

La Crisis

Por

Winston Churchill

***Free*editorial** 

PRIMERA PARTE

1911-1914

I

Las redomas del furor

1870-1904

En los tiempos de la reina Victoria era costumbre de los estadistas confiar en las glorias del Imperio británico y congratularse de la providencia protectora, que había salvaguardado a los ingleses a través de tantos peligros y los había llevado, finalmente, a una época segura y próspera. No sabían que aún tenían que ser afrontados los mayores peligros y ser ganadas las más grandes victorias.

Se enseñó a los niños que la guerra contra Napoleón había sido un esfuerzo culminante en la historia del pueblo británico, y los hechos de Waterloo y de Trafalgar fueron considerados como las acciones más brillantes de las armas británicas en mar y en tierra. Al eclipsar a todas las precedentes, estas victorias prodigiosas parecían ser la meta y el predestinado fin del largo drama del curso de la vida de nuestra raza, que había avanzado, a través de un milenio, desde pequeños y débiles orígenes hasta una posición de preponderancia en el mundo. En tres ocasiones distintas, en tres siglos diferentes, el pueblo británico ha rescatado a Europa de la dominación militar. Tres veces han sido asaltados los Países Bajos: por España, por la Monarquía francesa y por el Imperio francés. Tres veces la política y la guerra mantenidas por Inglaterra en el más completo aislamiento vencieron al agresor. Y, siempre, al principio del conflicto, la fuerza del enemigo parecía avasalladora, siempre se prolongó la lucha durante muchos años, y, siempre, a través de azares pavorosos, ha sido conquistada, al fin, la victoria. La última de estas victorias fue la mayor de todas, ganada después de una lucha exterminadora y sobre el más poderoso enemigo.

Este era, ciertamente, el final del relato, así como, frecuentemente, el del libro. La historia mostraba el auge, la culminación, el esplendor, la transición y la decadencia de imperios y estados. Parecía inconcebible que la misma serie de acontecimientos, que desde los tiempos de la reina Victoria recorrimos triunfalmente tres veces, se repitiera una cuarta vez y en una escala inconmensurablemente mayor. Y, sin embargo, esto es lo que ha sucedido y lo que hemos vivido.

La Gran Guerra se diferencia de todas las anteriores en la inmensa potencia

de los contendientes y de los medios de destrucción empleados, y de las guerras modernas, en la extrema crueldad con que se combatió. Entraron en acción todos los horrores de todas las épocas, y no solo los ejércitos, sino también la población en masa, fueron arrojados a ellos. Los estados más civilizados implicados en la contienda creyeron, con razón, que su misma existencia estaba en peligro. Alemania, que había desencadenado este infierno, mantenía el régimen de terror; pero era seguida, paso a paso, por las desesperadas y castigadas naciones que había sojuzgado. Todo ultraje contra la humanidad y las leyes internacionales fue cobrado en represalias, muchas veces a gran escala y duraderas. Ni treguas ni negociaciones mitigaron el uso de las armas. Los heridos morían entre las líneas de fuego; abandonados, se convertían en polvo. Los barcos mercantes neutrales y los barcos hospital eran atacados y echados al fondo del mar, y los que iban a bordo, abandonados a su suerte, o se los mataba cuando intentaban salvarse. Se hizo toda clase de esfuerzos para someter por hambre a las naciones, sin consideración alguna al sexo y a la edad de sus habitantes. Las ciudades y los monumentos eran arrasados por la artillería, las bombas se lanzaban desde el aire indiscriminadamente, los gases asfixiantes ahogaron o marchitaron a los soldados en la flor de su juventud y se proyectaba fuego líquido sobre sus cuerpos, los hombres caían en llamas desde los aires o eran ahogados, muchas veces lentamente, en los lugares más apartados. La fuerza combativa de los ejércitos únicamente estaba limitada por el valiente tesón de sus países. Europa y gran parte de África se convirtieron en grandes campos de batalla en los que, después de años de lucha, se derrumbaron y desaparecieron, no tan solo los ejércitos, sino también las naciones. Cuando todo terminó, la tortura y el canibalismo fueron los dos únicos recursos a los que los estados civilizados, científicos y cristianos no recurrieron, tal vez, por ser de dudosa utilidad.

Pero nada arredró al valiente corazón del hombre; hijo de la Edad de Piedra, capaz de vencer a la naturaleza con todas sus desgracias y monstruosidades, arrojó la pavorosa y asimismo impuesta agonía con nuevas reservas de energía; con la mente libre de temores medievales, marchó hacia la muerte con dignidad consciente. En el siglo XX, su sistema nervioso fue capaz de soportar tensiones físicas y morales ante las cuales se hubieran derrumbado las simples naturalezas humanas de los tiempos primitivos. Luchó una y otra vez bajo los espantosos bombardeos, una y otra vez del hospital al frente, una y otra vez frente a los terribles submarinos; siempre, inflexible. Y con todo ello, individualmente, siempre conservó, aun a través de tanto tormento, las glorias de una mentalidad razonable y compasiva.

Al principio del presente siglo, los hombres no se daban cuenta de que el mundo seguía avanzando a un alto precio. Era necesaria la convulsión de la guerra para despertar a las naciones al conocimiento de su propia fuerza. Un año después de la guerra, apenas se había empezado a dar cuenta alguien de

cuánto había de terrorífico y de casi inagotable en los recursos en acción, potencia, esencia y virtud, detrás de cada uno de los combatientes. Las redomas del rencor estaban llenas: tales eran las reservas de potencial. Desde el final de las guerras napoleónicas y, más aun, después de 1870, la acumulación de riqueza y bienestar en toda comunidad civilizada había ido en progresión continua, incluso cuando, aquí o allá, ocurriera un esporádico episodio de retroceso; las olas retroceden después de su avance, pero las mareas siguen su curso. Y cuando fue hecha la señal terrible del Armagedón, se mostró que la humanidad era mucho más fuerte en valor, tenacidad, cerebro, ciencia, maquinismo y organización, no solo de todo lo conocido hasta entonces, sino de cuanto hubiera podido imaginar el más audaz optimista.

La época victoriana fue la época de acumulación, no únicamente de opulencia material, sino también de aumento y acopio, en todos los países, de todos aquellos elementos que constituían el poder del Estado. La cultura se extendía entre los millones de seres de la Tierra. La ciencia había abierto la casa de los tesoros sin límites de la naturaleza, en la que se abría una puerta tras otra; fueron iluminados sucesivamente todos sus pasillos oscuros, se los exploró y quedaron accesibles; cada uno daba entrada, por lo menos, a otros dos más. Todas las mañanas, cuando el mundo despertaba, una nueva máquina había sido puesta en marcha, y al atardecer funcionaba aún y seguía su movimiento mientras el mundo dormía.

Y el avance de las ideas en el pensamiento general del hombre siguió un curso semejante. Disraeli dijo en los primeros años del siglo pasado: «En aquellos días, Inglaterra era para pocos... y para muy pocos». Cada día del reinado de la reina Victoria vio rotos y sobrepasados aquellos límites. Cada año, nuevos millares de hombres llegaban a la condición privada de espíritu que los hacía pensar en su país, en su historia, en sus deberes respecto a los otros países, al mundo y al futuro, y comprendían la grandeza de la responsabilidad de la que eran herederos. Cada año se conseguía una mayor holgura entre las altas categorías del trabajo y se hicieron progresos substanciales para mitigar la dureza de vida de las masas. Se aumentó su estado general de salud, se amplió el tiempo de sus existencias y las de sus hijos, fue mayor su desarrollo físico y se multiplicaron las medidas de seguridad contra algunos de sus más graves infortunios.

Y por eso, cuando sonaron las trompetas, cada clase y categoría de individuo tenía algo que dar para las necesidades del Estado. Algunos daban su saber, otros sus riquezas, otros su iniciativa y energía en los negocios, algunos sus maravillosas proezas personales y otros su fuerza perseverante o su debilidad resignada. Pero nadie dio más, o lo dio más efectivamente, que el hombre y la mujer del pueblo, que solo tenían su precario salario como puente

entre ellos y la miseria, y que poseían poco más que el pequeño ajuar de sus moradas humildes y los vestidos que llevaban puestos. Su amor y orgullo patrios, su lealtad a los símbolos que les eran familiares, su agudo sentido, según su punto de vista, de lo justo y de lo injusto, los llevaba a afrontar y soportar los peligros y demás pruebas, cuyo parangón no había sido conocido hasta entonces.

Pero estos avances no eran monopolio de ninguna nación. En todos los países libres, grandes o pequeños, creció este espíritu de patriotismo y nacionalidad, y en cada país, libre o no, la organización y la estructura en que estaban encuadrados sus habitantes por la ley recogían y alimentaban este espíritu. Más que sus vicios, fueron las virtudes de las naciones mal dirigidas por sus gobernantes la causa de su ruina y de la catástrofe general. ¿Hasta qué punto se podía culpar a esos gobernantes de Alemania, Austria e Italia o Francia, Rusia e Inglaterra? ¿Había realmente algún hombre de eminencia o responsabilidad reales cuyo diabólico corazón concibiera y deseara esta horrorosa guerra? En el estudio de las causas de la Gran Guerra, uno termina con la sensación general de un dominio deficiente de los individuos sobre los destinos mundiales. Constantemente se ha dicho: «Siempre hay más error que propósito en los asuntos humanos». Las mentes limitadas, incluso las de los hombres más capaces; su autoridad disputada; el clima de la opinión en que se mueven; sus contribuciones parciales o transitorias al magno problema, que los rebasa por su amplitud en escala y detalles, todo esto, todo, debe entrar en consideración antes de que pueda pronunciarse la absoluta condenación de los vencidos, o el descargo completo de los vencedores. Los acontecimientos se ponen en marcha de un modo que luego no pueden ser detenidos. Alemania avanzaba pavorosamente de un modo obstinado y fiero hacia el volcán y nos arrastraba con ella. Pero Francia era morada de duros resentimientos y en Rusia había un ambiente de intranquilidad. ¿Hubiera sido posible que Inglaterra, quizá mediante un esfuerzo, mediante algún sacrificio de nuestros intereses naturales o mediante algún gesto enérgico, amistoso y autoritario a un tiempo, hubiese llegado a reconciliar a Francia y Alemania, y formar así una unión en que estuviera salvaguardada la paz de Europa? No puedo saberlo. Solo sé que intentamos, del mejor modo posible, conducir a nuestro país a través de los peligros acumulados de una paz armada, sin llevarlo, ni llevar a los demás, a la guerra; y cuando fallaron estos esfuerzos, pasamos la tempestad salvando al país de su destrucción.

No es necesario mencionar las antiguas causas de las luchas entre los alemanes y los franceses para catalogar los conflictos que tanto daño hicieron durante siglos, ni tampoco hacer el balance de injurias y provocaciones por una u otra parte. Cuando, el 18 de julio de 1871, se consolidó el triunfo de los alemanes por la proclamación del Imperio alemán en el palacio de Versalles, se abrió un nuevo volumen de la historia de Europa: «Europa —se dijo

entonces— ha perdido un ama de casa y ha ganado un dueño». Nació un estado nuevo y poderoso, mantenido por una gran población, equipado por la ciencia y la enseñanza, organizado para la guerra y coronado por la victoria. Francia, despojada de Alsacia y Lorena, derrotada, empobrecida, dividida y sola, condenada a una inferioridad decisiva y creciente, cayó para rememorar en silencio y aislada sus glorias pasadas.

Pero los dirigentes del Imperio alemán no se hicieron ilusiones, pues conocían el carácter formidable y la resolución implacable de su postrado antagonista. «Lo que hemos ganado por las armas en medio año —dijo Moltke— debemos protegerlo con las armas por medio siglo, si queremos que no nos lo vuelvan a arrebatarse». Bismarck, más prudente aún, nunca habría anexionado a Lorena; pero, forzado por la presión militar a aceptar la doble carga, y en contra de su juicio, demostró desde el principio una extremada cautela en todos los actos de su política. Coaccionado por la opinión mundial y la decidida actitud de Gran Bretaña, no pudo anular a una Francia que resurgía en 1875, y orientó todo su genio y capacidad a la formación de un complicado sistema de alianzas destinado a asegurar la ascendencia continua de Alemania y el mantenimiento de sus conquistas. Sabía que la disputa con Francia era irreconciliable, a menos que se pagara un precio al que nunca se avendría Alemania, comprendió que la perseverante enemistad de un pueblo formidable era un hecho a tener en cuenta en la existencia del reciente Imperio. Todo tenía que estar supeditado a este hecho central. Alemania no podía soportar otros antagonismos. En 1879, Bismarck cerró una alianza con Austria. Cuatro años más tarde, se extendió aquella en la Triple Alianza entre Alemania, Austria e Italia. Mediante una alianza secreta, Rumanía se incorporó al sistema. Pero no era solo cuestión de asegurar, sino de reasegurar. Lo que él temía era la contralianza entre Francia y Rusia; y ninguno de estos extendidos compromisos trajo consigo este peligro. Por sí misma, la alianza con Austria debía provocar el natural acercamiento entre Francia y Rusia. ¿No podría llevar a cabo con una liga de tres emperadores la unión de Austria, Alemania y Rusia? Esto constituía, al fin, una fuerza predominante y una seguridad de permanencia. Cuando en 1887, después de seis años, fracasó este intento a consecuencia de los intereses encontrados de Rusia y Austria en los Balcanes, se orientó de nuevo hacia el medio más eficaz aún posible: su Tratado de «Contraseguridad» con Rusia. Por este acuerdo, Alemania se aseguraba contra una combinación agresiva de Francia y Rusia. Por otra parte, Rusia recibió la garantía de que la alianza germanoaustríaca no se emplearía en minar su posición en los Balcanes.

Todas estas precauciones y sabias medidas fueron tomadas con el objeto de permitir a Alemania disfrutar en paz de su victoria. El sistema de Bismarck incluía, además, el principio de buenas relaciones con Inglaterra. Esto era necesario, pues era bien conocido que Italia no acometería nada por su parte

que pudiera envolverla en una guerra contra la Gran Bretaña, y había requerido, como más tarde se supo, que esta circunstancia quedara expresamente consignada en el texto original y secreto de la Triple Alianza. En los primeros años, Inglaterra favoreció a la Triple Alianza, con lo que Francia quedó relegada a cicatrizar sus heridas por sí sola; Alemania, asegurada su preponderancia en el continente, quedó en condiciones de hacer desarrollar los inmensos progresos industriales que caracterizaban el final del siglo XIX. Más tarde, Alemania animó a Francia a fomentar sus posesiones coloniales como consuelo y para apartar sus pensamientos de Europa, y a promover, incidentalmente, una adecuada rivalidad e incidentes con la Gran Bretaña.

Este estado de cosas en que Europa vivió rígidamente, pero en paz, durante veinte años, y en el que Alemania creció en fuerza y esplendor, terminó en 1890 con la caída de Bismarck. El Canciller de Hierro ya no actuaba, y nuevas fuerzas empezaron el asalto del sistema que él había mantenido hábilmente durante tanto tiempo. Había un peligro constante de conflagración en los Balcanes y en el Oriente Próximo debido al mal gobierno de Turquía. La corriente ascendiente del paneslavismo y los grandes movimientos antigermánicos en Rusia empezaron a actuar contra la existencia del tratado de la Triple Alianza; en estos últimos años, las ambiciones alemanas crecieron con la prosperidad. Alemania no se contentó con la hegemonía en Europa, buscó un dominio colonial. Ya antes, el mayor imperio militar había empezado a dirigir sus miradas al mar. Libre de Bismarck, el joven emperador, con la ayuda de complacientes colaboradores como el conde Caprivi y demás hombres inferiores que siguieron a aquel, empezó alegremente a prescindir de las garantías y precauciones en que se había cimentado la seguridad de Alemania. Mientras la querella con Francia subsistía abierta e imperecedera, cesó el Tratado de Contraseguridad con Rusia y, más tarde, comenzó la rivalidad naval con Inglaterra. Estas dos tristes decisiones fueron desenvolviéndose lentamente con el curso de los años y sus consecuencias se hicieron claras a su debido tiempo.

En 1892, el temido acontecimiento, contra el que había sido dirigida toda la política de Bismarck, tuvo lugar: fue pactada la alianza entre Francia y Rusia. Y aunque sus efectos no fueron inmediatamente visibles (de hecho, la situación europea había cambiado), de aquí en adelante, el indiscutible y soberbio predominio ejercido por Alemania fue sustituido por un equilibrio de fuerzas. Dos grandes combinaciones, que disponían de enormes recursos militares, vivieron juntas al principio, pero se fueron enfrentando gradualmente.

Aun cuando estas agrupaciones de grandes potencias se alteraron sensiblemente en perjuicio de Alemania, no había nada en el cambio que

amenazara con la guerra a dicha nación. El espíritu perseverante de Francia no abandonó nunca el sueño de recuperar las provincias perdidas, pero el temperamento prevaleciente en este país era pacífico, y todas sus clases sociales estaban bajo la impresión de la potencia alemana y de las probables consecuencias de la guerra.

Sin embargo, los franceses nunca estuvieron seguros de la actitud de Rusia en una guerra únicamente entre Francia y Alemania. Ciertamente existía el tratado, pero para que este fuera operante requería agresión previa por parte de Alemania. ¿En qué consistía una agresión? ¿Hasta qué punto puede ser aclarado cuál es el agresor en el caso de una contienda entre dos contrincantes fuertemente armados? De todos modos, existía un ancho campo de acción discrecional por parte de Rusia, que en todos estos aspectos sería el juez, y tendría que ser juez precisamente en el momento en que tuviera que ordenar al pueblo ruso sacrificar millones de sus componentes en una lucha entre dos naciones en la que Rusia no estaba directamente relacionada. La palabra del zar era, por supuesto, una gran garantía. Pero los zares que intentaran dirigir a sus naciones, aun de un modo honorable, en guerras impopulares podían desaparecer. La política de un gran pueblo, aunque estuviese ligada directamente a una persona, era susceptible de modificación cuando esta desaparecía. Francia, por consiguiente, no podía estar nunca segura de que, si en alguna ocasión hacía resistencia a los designios de Alemania y se declaraba la guerra, Rusia acudiría en su ayuda.

Tal era el pesado equilibrio que había sucedido a la incuestionable ascendencia de Alemania. Inglaterra permanecía fuera de los dos grupos, segura en la preponderancia, hasta ahora indiscutible, de su marina de guerra. Era evidente que la posición del Imperio británico aumentaba en importancia como consecuencia del hecho de que su adhesión a una u otra Alianza decidiría el predominio de fuerzas. Pero lord Salisbury no mostró deseos de explotar esta favorable situación y mantuvo firmemente la amistosa y tradicional actitud respecto a Alemania, combinada con un frío desprendimiento de todos los embrollos europeos.

A Alemania le fue muy fácil perder contacto con Rusia, pero la pérdida de contacto con Inglaterra fue un proceso más largo. Para ello tenían que ser demolidos muchos puntales y ataduras. Los celos británicos de Rusia en Asia; el antagonismo histórico con Francia; el recuerdo de Blenheim, de Minden y de Waterloo; las conexiones comerciales entre Alemania e Inglaterra; la relación entre las familias reales, todo ello constituía una asociación profunda entre el Imperio británico y el estado rector de la Triple Alianza. La política británica no cobijó el propósito de obstruir las nuevas aspiraciones coloniales de Alemania, y más de una vez, como por ejemplo en Samoa, se prestó ayuda a esta nación. Con un completo desentendimiento de

consideraciones estratégicas, lord Salisbury cambió Heligoland por Zanzíbar. Pues bien, incluso antes de la caída de Bismarck, los alemanes no parecían tener una diplomacia amiga de Inglaterra. Parecía que siempre estaban buscando conquistar nuestra ayuda y nos recordaban que eran nuestros únicos amigos. Para recalcarlo llegaron aún más lejos: trataron, mediante medios de menor cuantía, enemistarnos con Francia y Rusia. Cada año, la Wilhelmstrasse inquiría algún nuevo servicio o concesión de la corte de St. James que mantendría activa la buena voluntad diplomática alemana para otra ocasión. Cada año hacía algo perjudicial para nosotros frente a Francia y Rusia, y hacía correr el estribillo de lo impopular que era Inglaterra, los enemigos poderosos que tenía, y lo contenta que estaba con encontrar algún amigo en Alemania. ¿Qué sería de Gran Bretaña en los consejos de Europa sin la asistencia de Alemania, o si esta pusiese su influencia en la combinación opuesta? Estas manifestaciones, prolongadas durante cerca de veinte años, produjeron unas sensaciones claramente de hostilidad en las mentes de la generación que subía en Asuntos Exteriores.

No obstante, ninguna de estas tristes tretas de los diplomáticos alemanes varió el curso de la política británica. La expansión colonial de Alemania era observada con indiferencia por el Imperio británico. A pesar de la rivalidad en el comercio, se producía una conexión comercial más grande entre las dos naciones. Eran entre sí los mejores clientes. Incluso el telegrama del emperador al presidente Kruger, 1896, debido a la incursión de Jameson (que ahora sabemos que no fue un acto personal, sino del Gobierno alemán) produjo solo una indignación pasajera. Todas las manifestaciones del descontento alemán contra Inglaterra, con motivo de la guerra bóer y con intención de formar una coalición europea contra nosotros, no impidieron a míster Chamberlain abogar, en 1901, por una alianza con Alemania, o que Asuntos Exteriores propusiera, el mismo año en que se concluyó la alianza entre Inglaterra y Japón, que se formase una triple alianza incluyendo a Alemania en ella. Durante este período tuvimos, al menos, tantas diferencias con Francia como con Alemania, y la suficiente superioridad naval para no sentirnos inquietos por ninguna de las dos; permanecemos igualmente apartados de la Triple Alianza como de la Doble, pues no teníamos la menor intención de inmiscuirnos en una contienda europea. Los esfuerzos de Francia para reconquistar las dos provincias perdidas nunca se dirigieron al pueblo británico o a alguno de sus partidos políticos en forma de súplica. La idea de que el ejército británico pudiera luchar en el continente entre las poderosas huestes europeas era rechazada por todos como completamente absurda. Únicamente una amenaza contra la vida misma de la nación podría remover al Imperio británico de su desvío, plácido y tolerante, de los asuntos del continente. Pero Alemania estaba predestinada a suponer semejante amenaza.

«Inglaterra necesita —decía Moltke en su Testamento Militar— un aliado

fuerte entre las grandes potencias del continente; no encontrará ninguno que corresponda mejor a todos sus intereses que una Alemania unida, que no puede nunca reclamar el dominio de los mares».

Desde 1873 hasta 1900, la marina de Alemania no fue concebida para afrontar la posibilidad de una «guerra naval contra grandes potencias». Pero a partir de 1900 fue otra la norma.

«La protección de la industria y el comercio alemanes en las condiciones actuales —decía el preámbulo del documento— solo puede hacerse con el auxilio de una flota al servicio de Alemania, de tal manera que, incluso para el adversario más poderoso, la guerra naval entrañase los riesgos necesarios para hacer dudosa la supremacía de dicho adversario».

La determinación de la potencia militar más fuerte del continente para llegar a ser al mismo tiempo, como mínimo, la segunda potencia naval era un acontecimiento de primera magnitud en los asuntos mundiales. Si ello se llevaba a efecto, significaría, sin duda alguna, la reproducción de aquellas situaciones que habían demostrado, en épocas anteriores de la historia, ser de una significación pavorosa para los habitantes de las islas británicas.

Hasta este momento, todas las orientaciones navales de Inglaterra se fundaron a base de dos potencias tipo, es decir, a base de una superioridad adecuada sobre las dos potencias inmediatas más fuertes en aquellos días, Francia y Rusia. La posible adición de una tercera potencia europea aún más fuerte que una de aquellas dos afectaría profundamente a la vida de Gran Bretaña. Si Alemania creaba una flota manifiestamente equiparable a la nuestra, no podíamos consentir permanecer en un «aislamiento magnífico» de los asuntos de Europa. En estas condiciones, debíamos encontrar un amigo digno de confianza. Este amigo fue un imperio isleño situado en el otro extremo del globo y también en peligro. En 1901, se firmó la alianza entre Inglaterra y Japón. Menos aun podíamos consentir tener peligrosas causas de disputa con Rusia y con Francia. En 1902, el Gobierno británico, regido por míster Balfour y lord Lansdowne, emprendió decididamente la política de solventar nuestras diferencias con Francia e incluso antes de dar estos pasos, se tendió de nuevo la mano a Alemania; fue invitada a formar parte de nuestra alianza con Japón, fue invitada a hacer un esfuerzo conjunto para resolver el problema de Marruecos. Fueron rechazadas ambas ofertas.

En 1903, estalló la guerra entre Rusia y Japón. Alemania simpatizaba francamente con Rusia; Inglaterra estaba dispuesta a cumplir sus compromisos con Japón, cultivando al mismo tiempo buenas relaciones con Francia. En este estado de cosas, las potencias esperaron el resultado de la contienda en el Extremo Oriente. Este resultado sorprendió a todas las potencias, excepto a una. La derrota militar y naval que infligió Japón a Rusia y las convulsiones

internas en este último país produjeron cambios profundos en la situación europea. Aun cuando Alemania había dirigido su influencia contra Japón, se sintió enormemente reforzada por el colapso ruso. Su predominio en el continente quedó restablecido. Su propia aserción en cualquier aspecto pesaba y se pronunciaba inmediatamente. Francia, por otra parte, se debilitaba y, de momento aislada y en peligro efectivo, buscaba ansiosamente una entente con Gran Bretaña. Inglaterra, cuyos hombres de estado eran los únicos que habían estimado exactamente la fuerza marcial de Japón, ganó considerablemente en fuerza y seguridad. Japón, su nuevo aliado, estaba triunfante; Francia, su antigua enemiga, buscaba su amistad; la flota alemana estaba todavía en los astilleros y, mientras tanto, todos los barcos de guerra británicos en China pudieron regresar, a salvo, a sus bases.

El ajuste de las diferencias subsistentes entre Francia e Inglaterra siguió su curso y, finalmente, en 1904, se firmó el acuerdo entre ambas naciones. En él había varias cláusulas, pero la esencia del pacto era que Francia desistía de oponerse a los intereses británicos en Egipto, e Inglaterra daba su ayuda a las aspiraciones francesas en Marruecos. Este acuerdo fue aclamado por los conservadores británicos, en los que había prendido ya la idea de la amenaza alemana. También fue bien acogido, con poca perspicacia, por los liberales, como un paso para asegurar la paz general mediante el despeje de incomprensiones y diferencias con nuestra enemiga tradicional. Es decir, el convenio fue bien recibido casi universalmente. Solo un observador inteligente levantó la voz en contra. «Mi triste y suprema convicción —decía lord Rosebery— es que este acuerdo conducirá probablemente a complicaciones y no a la paz». Este comentario de desaprobación fue impugnado con indignación y desde amplios sectores de los dos partidos políticos británicos, y el autor fue, en general, censurado.

Así, apaciblemente, Inglaterra, y todo lo que ella representaba, había abandonado su aislamiento, y apareció en Europa al lado contrario a Alemania. Por primera vez, desde 1870, Alemania tenía que tomar en consideración a una potencia fuera de su órbita que no era susceptible de arredrarse ante amenazas, y a la que no se podía combatir, si fuese necesario, sin ayuda. La forma en que fue barrido Delcassé del poder en el año 1905, y la aparición «del brillante aparato militar» con que hubo que contener a Rusia en 1908, no serían de tanta eficacia ante el cinturón defensivo de las islas británicas con su flota dueña de los mares.

Hasta este momento, la Triple Alianza había sido más fuerte que Francia y Rusia. Aun cuando la guerra contra estas dos potencias hubiera sido una empresa formidable por parte de Alemania, Austria e Italia, su resultado final no parecía dudoso. Pero si Inglaterra, con su fuerza, se ponía en el platillo contrario de la balanza, e Italia se retiraba del otro, entonces, y por primera

vez, Alemania no podía estar segura de hallarse en el lado más fuerte. ¿Se resignaría a ello? ¿Las ambiciones y aserciones crecientes y bruscas del nuevo gran Imperio consentirían una situación en la que, sin duda con mucha cortesía, quizá muy gradualmente, pero siempre con firmeza, tendría que ser aceptada la impresión de que su voluntad no era ya ley decisiva de Europa? Si Alemania y su emperador aceptaban los límites a los que se habían acostumbrado desde hacía tiempo Francia, Rusia e Inglaterra, y querían vivir, dentro de sus derechos, en un plano de igualdad en un mundo cómodo y libre, todo iría bien. Pero ¿querría Alemania? ¿Toleraría su asociación con un tipo de naciones ajenas a su órbita, lo bastante fuertes para examinar sus aspiraciones en vista solo de los méritos aducidos, y para resistir las provocaciones sin temor? Los próximos diez años de historia estaban destinados a dar la respuesta.

Estos antagonismos de las grandes potencias se iban ordenando y se armaban paulatina y continuamente. Al lado de estos antagonismos, se desarrollaban simultáneamente procesos de degeneración en imperios más débiles y que eran igualmente peligrosos para la paz. Había fuerzas latentes en Turquía que amenazaban la destrucción del viejo régimen y de sus abusos, al cual Alemania había decidido apoyar. Los estados cristianos de los Balcanes, crecientes en fuerza año por año, esperaban una oportunidad para liberar a sus compatriotas que padecían el desgobernio turco. El despertar del sentimiento nacional en cada país creó grandes tensiones y coacciones en el incómodo y variado embrollo del Imperio austrohúngaro. En este sentido, los estados balcánicos vieron ante sí compatriotas que rescatar, territorio que recobrar y unidades que concertar. Italia vigilaba atentamente la decadencia de Turquía y la intranquilidad de Austria. Era seguro que de todas estas regiones del Sur y del Este surgirían una serie de acontecimientos perturbadores para Rusia y para Alemania.

Para crear las condiciones desfavorables para sí misma, en las que Alemania produjo la guerra, eran, sin embargo, todavía necesarios muchos actos de absoluta imprudencia por parte de sus gobernantes. Francia tenía que ser mantenida en estado de recelo continuo. La nación rusa, no solo su corte, tenía que ser excitada por alguna afrenta violenta infligida en sus momentos de debilidad. El lento, profundo y limitado resentimiento británico tenía que ser aumentado por el constante y repetido desafío a su potencia naval, a la que Inglaterra debía su existencia. Y solo así, paulatinamente, podían crearse aquellas condiciones en las que Alemania, mediante un acto de agresión, se enfrentaría con un conjunto de naciones suficientemente fuerte para resistir y, finalmente, sobrepasar su potencia. Había que recorrer todavía un largo camino para que las redomas del furor estuvieran llenas. Durante diez años tuvimos que seguir ansiosamente este camino.

Hubo un tiempo en que estuvo de moda escribir como si el Gobierno británico fuera completamente inconsciente del peligro que se avecinaba, o como si tuviera una porción de asuntos secretos y profundas corazonadas en su mente, escondiendo ambas cosas al incauto país. Sin embargo, ninguna de estas alternativas, tomadas por separado, eran ciertas; aunque, tomadas en conjunto, hubiese cierto punto de verdad en ambas.

El Gobierno británico y los parlamentos de donde procedía no creían en la proximidad de una guerra, y estaban determinados a prevenirla. Pero, al mismo tiempo, la siniestra hipótesis estaba continuamente en sus pensamientos e inquietaba repetidamente a los ministros a través de incidentes y tendencias alarmantes.

Durante el transcurso de estos diez años, esta dualidad y estas discordancias fueron la nota sobresaliente de la política británica, y aquellos cuyo deber era vigilar por la seguridad del país vivían, simultáneamente, en dos mundos diferentes del pensamiento. Había el actual mundo visible con actividades pacíficas y fines cosmopolitas, y había en un mundo hipotético, un mundo «en el umbral», que parecía un instante completamente fantástico, y en el siguiente próximo a caer en la realidad. Un mundo de sombras monstruosas moviéndose convulsas a través de panoramas de catástrofes insondables.

II

Mojones en la ruta hacia Armagedón

1905-1910

Si el lector quiere seguir esta narración y el punto de vista desde el que ha sido escrita, debe seguir con el pensamiento cada esfera de origen. Debe conocer no solo la situación militar y naval previa al estallido de la contienda, sino también los acontecimientos que condujeron a este. Debe estar familiarizado con los almirantes y generales; debe estudiar la organización de ejércitos y armadas, y los principios de su estrategia por tierra y por mar; no debe asombrarse ante los diseños de barcos o de cañones; debe extender su vista a las agrupaciones y antagonismos, lentamente crecientes, de los estados modernos; debe comprender esto para seguir la humillante, pero inevitable, guerra de los partidos y el juego de fuerzas políticas y de sus personalidades.

Las *dramatis personae* del capítulo precedente han sido los grandes estados e imperios, y su tema, su situación en el mundo y las combinaciones de los mismos. Ahora la escena se empequeñecerá por un momento al marco de estas islas, ocupadas por personajes y facciones políticas del pasado y del presente.

En el año 1895 tuve el privilegio, como joven oficial, de ser invitado a un lunch con sir William Harcourt. En el curso de una conversación en la que tomé parte, pregunté, temo que no con mucha modestia: «¿Qué sucederá?». El viejo estadista victoriano replicó: «Mi querido Winston, las experiencias de mi larga vida me han convencido de que nunca sucede nada». Desde aquel momento, tal como me parece a mí, nada ha dejado de ocurrir. El aumento por doquier de grandes antagonismos vino acompañado por la agravación progresiva de la contienda política del país. La magnitud que han adquirido por sí mismos los acontecimientos ha empequeñecido los episodios de la época victoriana: sus pequeñas guerras entre grandes naciones, sus disputas de buena fe sobre asuntos superficiales, el alto y agudo intelecto de sus personajes, los límites de acción sobrios, frugales y estrechos, todo esto pertenece a un período desaparecido. Los ríos suaves por los que navegábamos, con sus pequeños remolinos y ondas, parecen inconcebiblemente remotos de la catarata a que hemos sido arrastrados y de las corrientes en cuya turbulencia estamos ahora luchando.

Yo cifro el comienzo de estos tiempos violentos en nuestro país desde la incursión de Jameson, en el año 1896. Este fue el herald, si no el progenitor, de la guerra sudafricana. De la guerra sudafricana nacieron la elección caqui, el movimiento proteccionista, la campaña sobre la mano de obra china y la consiguiente reacción liberal y su triunfo del 1906. A partir de aquí, se produjeron las violentas incursiones de la Cámara de los Lores sobre el Gobierno popular, que, hacia fines del 1908, había reducido la inmensa mayoría liberal a una virtual impotencia, de cuya condición fue rescatada por la Ley de Presupuestos de Lloyd George en 1909. A su vez, esta medida fue, por ambas partes, la causa de aun mayores provocaciones, y su rechazo por la Cámara de los Lores fue un ultraje constitucional y un desatino político sin parangón. Ello condujo directamente a las elecciones generales de 1910, a la ley o estatuto parlamentario y a la lucha de Irlanda, en la que nuestro país estuvo en el umbral de la guerra civil. De este modo se produjo una sucesión de acciones de partido que continuaron, sin interrupción, cerca de veinte años: cada injuria era devuelta con creces, cada oscilación era más violenta, cada peligro más grave, hasta parecer que tendría que suplicarse la intervención del sable para enfriar la sangre y calmar las pasiones exaltadas.

En julio de 1902, se retiró lord Salisbury; en lo que ahora nos parece un breve intermedio, había sido primer ministro y secretario de Asuntos Exteriores desde 1885. En estos diecisiete años, el Partido Liberal nunca ejerció una intervención efectiva sobre la administración del país. Su breve estancia en el poder había sido obtenida solo por una mayoría de cuarenta votos de los nacionalistas irlandeses. Durante trece años, los conservadores habían disfrutado de mayorías homogéneas de cien a ciento cincuenta votos, y en adición había aún la Cámara de los Lores. Este largo disfrute del poder

había llegado, en este momento, a su fin. El deseo de cambio, la sensación de que este era inminente, se extendió. Fue el final de una época.

Lord Salisbury fue seguido por míster Balfour. El nuevo primer ministro no tuvo suerte. Recibió una herencia agotada. Ciertamente, su derrotero más prudente hubiera sido el abandono del poder honorablemente, sin ruido y, sobre todo, lo más rápidamente posible. Podría haber dicho, con razón, que el parlamento de 1900 había sido elegido en situación de guerra o al término de la misma, que la guerra había acabado con éxito, que el mandato había caducado y que debía recurrir al juicio de los electores antes de seguir adelante con su tarea. No hay duda alguna de que los liberales habrían llegado al poder, pero no por gran mayoría, y habrían tenido que enfrentarse a una oposición conservadora fuerte y unida, que a los cuatro o cinco años, hacia 1907, habría reasumido una intervención efectiva sobre el Estado. Las sólidas filas del Partido Conservador que aclamaron el acceso al poder de míster Balfour como primer ministro no estaban dispuestas a ser rechazadas de sus distritos electorales cuando el Parlamento tenía solo dos años y debía aún funcionar durante otros cuatro o cinco más. Por consiguiente, míster Balfour se entregó a sus deberes de gobierno con una serena indiferencia al creciente rechazo de la opinión pública y a la consolidación de las fuerzas hostiles que se estaban organizando a su alrededor.

Míster Chamberlain, su poderoso lugarteniente, no se hacía ilusiones. Percibió, con aguda sensibilidad política, la fuerza creciente de la marea desencadenada contra la combinación del momento. Pero, en vez de seguir procedimientos de moderación y prudencia, se dejó arrastrar a un remedio desesperado debido al ardor de su naturaleza. Se reprochó al Gobierno ser reaccionario. Los conservadores moderados y los jóvenes estaban todos procurando una política liberal conciliatoria. La oposición avanzaba esperanzada hacia el poder, apoyada por una corriente de irritados clamores. Míster Chamberlain les demostraría a ellos y a sus amigos vacilantes y fatigados cómo era posible apagar la indignación con la violencia y sacar los medios de una victoria popular del mismo corazón de la reacción. Desplegó la bandera del proteccionismo.

El tiempo, la adversidad y la reciente ley de Enseñanza habían unido a los liberales; la Protección, o Reforma de Tarifas, como fue llamada, dividió a los conservadores. Últimamente habían dimitido seis ministros, y cincuenta miembros conservadores y unionistas negaron definitivamente su apoyo al Gobierno. Entre ellos había cierto número de elementos jóvenes, de los que un partido político debe sacar nueva fuerza e iniciativa y que son especialmente necesarios durante los períodos de oposición. El proceder de los Unionistas del Librecomercio fue apoyado, indirectamente, por lord Salisbury con su retirada, y sostenido eficazmente por pilares del Partido Unionista tales como sir Michael

Hicks-Beach y el duque de Devonshire. El Partido Conservador no había sufrido pérdidas tan importantes desde la expulsión de los partidarios de Peel.

Pero míster Balfour no tenía la intención de empezar su gestión con un acto de abdicación, y menos aún de consentir que se le arrebatara el poder de la mano. No obstante, consideró la división del Partido como la peor de las catástrofes interiores, y la responsabilidad de la misma como un inexorable sino. En consecuencia, trabajó con asombrosa paciencia y sangre fría para conservar una apariencia de unidad, para calmar la tempestad y resistir tanto tiempo como fuera posible con la esperanza de subsistir. Con la mayor sutilidad e ingenuidad imaginó una serie de fórmulas destinadas a la opinión, que discrepaba profundamente, para convencerla de que, realmente, estaban de acuerdo. Cuando tuvo efecto la dimisión de los ministros, tuvo buen cuidado en hacer correr tanta sangre proteccionista como del Librecurso y en partes lo más iguales posible. Igual que Enrique VIII, decapitó papistas y quemó evangelistas en el mismo día, a causa de sus respectivas divergencias en direcciones contrarias a su central, personal y artificial término medio.

Míster Balfour se mantuvo en esta desagradable posición por espacio de dos años. Vano fue el clamor por unas elecciones generales, vanas las provocaciones de los aspirantes al poder, vanas las peticiones de los amigos y los intentos de los enemigos para forzar un resultado decisivo. El primer ministro permanecía inamovible, inagotable e imperturbable, y subsistió como primer ministro. Su claro y justo espíritu, apartado de las pequeñas cuestiones, resistió indiferente al clamor que se formó a su alrededor. Continuó, como ya se ha dicho, una política de apoyo completo a Japón, a través del crítico período de la guerra ruso-japonesa. Por otra parte, resistió a todas las tentaciones para hacer del hundimiento de nuestros pesqueros por la flota rusa en el banco Dogger una ocasión para declarar la guerra a Rusia. Formó el Comité de Defensa Imperial, el instrumento de nuestra preparación. A través del convenio con Francia en 1904, llevó a cabo un hecho cuya importante significación fue mencionada en el precedente capítulo. Pero, en 1905, la política británica no se preocupaba por ninguna de estas cosas. El crédito del Gobierno caía continuamente; el proceso de degeneración del Partido Conservador continuaba. Creció rápidamente la corriente de oposición y se produjo la unificación de todas las fuerzas opuestas a un régimen moribundo.

Por último, en noviembre de 1905, míster Balfour presentaba su dimisión como primer ministro al rey. Se formó el gobierno de sir Henry Campbell-Bannerman, que convocó, en enero, las elecciones. Este gobierno representaba las dos alas en que se había dividido el Partido Liberal a causa de la guerra bóer. Los liberales imperialistas, tan distinguidos por sus personas de talento, ocuparon algunos de los ministerios más importantes. Míster Asquith fue a Hacienda, sir Edward Grey a Asuntos Exteriores; míster Haldane ocupó la

Secretaría de Estado para la Guerra. Por otra parte, el primer ministro, que representaba la principal corriente de la opinión liberal, designaba a sir Robert Reid para lord gran canciller (Justicia) y a míster John Morley para secretario de Estado para la India, estos dos estadistas habían condenado incesantemente la guerra, sin proponer medidas actuales contra la guerra en África del Sur. Y míster Lloyd George y míster John Burns pasaron a formar parte del Gabinete, aunque fueron políticos democráticos que habían ido aún más lejos. La dignidad de la Administración fue honrada por las figuras venerables de lord Ripon, sir Henry Fowler y el recién regresado virrey de la India, lord Elgin.

El resultado de las votaciones en enero de 1906 fue un derrumbamiento de los conservadores. Nunca, desde las elecciones siguientes a la gran ley de Reforma, había ocurrido nada comparable en la historia parlamentaria de Inglaterra. Por ejemplo, en Manchester, que era uno de los puntos más importantes de la contienda electoral, míster Balfour y ocho colegas conservadores fueron derrotados y reemplazados por nueve liberales o laboristas. Después de cerca de veinte años en el poder, la fuerza de los conservadores en la Cámara de los Comunes se redujo a ciento cincuenta votos. Los liberales habían conseguido la mayoría con más de un centenar de votos sobre todos los demás partidos combinados. Los dos grandes partidos arguyeron grandes agravios, y contra el desaguizado de las elecciones caqui y su mal resultado se puso en marcha el contraclamor sobre el asunto de la mano de obra amarilla.

Aún estaba recibiendo sir Henry Campbell-Bannerman las ovaciones clamorosas de liberales, pacifistas, partidarios de una política exterior no agresiva y antimilitarista, de todas las partes del país, cuando fue amonestado por sir Edward Grey para que atendiera a sus funciones de un modo muy diferente. La Conferencia de Algeciras estaba agonizando. Cuando se dio a conocer por primera vez el acuerdo anglofrancés referente a Egipto y Marruecos, el Gobierno alemán aceptó la situación sin protesta ni queja alguna. El canciller alemán, príncipe Bülow, había declarado en 1904 que no había nada en dicho acuerdo que pudiera ofender a Alemania. «Lo que tenemos ante nosotros es un intento por vías amistosas para eliminar cierto número de diferencias existentes entre Inglaterra y Francia. Nada tenemos que objetar a esto desde el punto de vista del interés alemán». Sin embargo, los partidos Pangermánico y Colonial originaron una agitación seria y molesta para el Gobierno alemán; bajo la presión de estos, la actitud del Gobierno tuvo que cambiar y, en el último año, Alemania fustigó abiertamente el acuerdo y buscó una oportunidad para exponer sus reivindicaciones en Marruecos. Esta oportunidad no se hizo esperar mucho.

A principios de 1905, llegó una misión francesa a Fez. Su lenguaje y sus acciones parecían mostrar sus intenciones de tratar a Marruecos como un

protectorado francés, olvidando así las obligaciones internacionales dimanadas del Tratado de Madrid. El sultán de Marruecos recurrió a Alemania preguntando si Francia estaba autorizada para hablar en nombre de Europa. Ello permitió a Alemania avanzar como paladín de un acuerdo internacional sugiriendo que Francia lo estaba violando. Detrás de todo esto estaba la clara intención de demostrar que Francia no se podía permitir, como consecuencia de su convenio con Inglaterra, ofender a Alemania. La actitud que adoptó esta última fue de carácter violento. El emperador alemán fue persuadido para ir a Tánger, y allí, en contra de su buen juicio, el 31 de marzo de 1905, profirió en un lenguaje inflexible, elegido por sus ministros, un claro desafío a Francia. Este discurso fue muy difundido por el Ministerio de Asuntos Exteriores alemán. Casi inmediatamente (11 y 12 de abril) se enviaron dos comunicaciones amenazadoras a París y Londres, pidiendo una conferencia de todas las potencias signatarias del Tratado de Madrid. Alemania empleó todos los medios para hacer comprender a Francia que si rehusaba la conferencia se produciría la guerra, y para hacer mayor hincapié en esta actitud salió de Berlín un enviado especial hacia París con este único objeto.

Francia no estaba preparada en absoluto para una guerra, su ejército estaba en mal estado, Rusia estaba incapacitada, además, Francia no defendía una buena causa. Sin embargo, el ministro de Asuntos Exteriores, monsieur Delcassé, no quería ceder. La actitud germana llegó a ser más amenazadora, y, el 6 de junio, el Gabinete francés de monsieur Rouvier aceptó unánimemente, casi ante la boca de los cañones, iniciar una conferencia y monsieur Delcassé dimitió.

Alemania había llevado a buen término sus propósitos. Bajo una amenaza directa de guerra, Francia fue obligada a doblegarse a su voluntad y a sacrificar al ministro que había negociado el acuerdo con Inglaterra. El Gabinete Rouvier buscó ansiosamente una solución amistosa que ahorrara a Francia la humillación de una conferencia impuesta en estas circunstancias, pero asegurara concesiones substanciales a Alemania. No obstante, el Gobierno alemán estaba dispuesto a explotar su victoria hasta el máximo y a hacer que la situación francesa no fuera cómoda, ni antes, ni durante la conferencia. Esta se produjo, en consecuencia, en Algeciras el mes de enero de 1906.

Fue entonces cuando apareció Inglaterra en escena, aparentemente tranquila y nada afectada por sus disputas internas. No había animado, en modo alguno, a Francia a rehusar la conferencia. Pero si Francia tuviera que soportar una guerra con Alemania como resultado directo del acuerdo francoinglés concertado a la luz del día, estaba claro que Gran Bretaña no podía permanecer indiferente. En consecuencia, sir Henry Campbell-Bannerman autorizó a sir Edward Grey para apoyar decididamente a Francia

en Algeciras. También autorizó, casi como primer acto de lo que iba a ser una era de paz, economías y reformas, el principio de conversaciones militares entre los estados mayores de Francia e Inglaterra con vistas a una acción concertada en caso de guerra. Este fue un paso de profunda significación y de reacciones de mucho alcance. De aquí en adelante, las relaciones de los estados mayores fueron de una intimidad creciente y confidencial. Las inteligencias de nuestros militares se orientaron definitivamente en una dirección determinada. La confianza recíproca creció continuamente con una serie de contactos militares, superadas las mutuas reservas. De todos modos, los dos gobiernos pudieron convenir y afirmar mutuamente y de forma explícita que no había compromiso político o nacional en estas discusiones técnicas, pero este hecho persistió constituyendo un lazo de unión excesivamente fuerte.

La actitud de Gran Bretaña en Algeciras inclinó la balanza en contra de Alemania. Rusia, España y otras naciones firmantes se pusieron del lado de Francia e Inglaterra. Austria manifestó a Alemania los límites que ella no rebasaría. De este modo, Alemania se encontró aislada, y todo lo que había ganado con sus amenazas de guerra se evaporó en la sesión del Consejo Internacional. Al final, un acuerdo sugerido por Austria permitió a Alemania retirarse sin pérdida manifiesta de su dignidad. No obstante, de todos estos acontecimientos se derivaron serias consecuencias. Los sistemas en los que Europa estaba dividida se habían cristalizado y consolidado. Alemania sintió la necesidad de ligar a Austria más fuertemente. Su claro intento de amedrentar a Francia había producido una profunda impresión en la opinión pública francesa. Fue llevada a cabo una reforma completa e inmediata del ejército francés y la entente con Inglaterra fue confirmada y reforzada. Algeciras fue un mojón en la ruta hacia Armagedón.

La enfermedad y muerte de sir Henry Campbell-Bannerman, a principios del año 1908, abrieron el camino a míster Asquith. El ministro de Hacienda había sido el lugarteniente del finado primer ministro y, mientras las fuerzas de su jefe decaían, él fue asumiendo, cada vez más, la carga. Se encargó personalmente de llevar adelante la ley de Licenciamiento, que iba a ser el asunto más importante en la temporada parlamentaria de 1908, y gracias a ello podía contar con la sumisión de una parte extrema y doctrinaria de su partido de la que estaba separado a causa de su imperialismo. Resolvió aliarse con las dotes democráticas y creciente reputación de míster Lloyd George. De este modo se produjo suavemente el traspaso de poderes. Míster Asquith fue primer ministro; míster Lloyd George ocupó el cargo de canciller del Tesoro y de segundo de a bordo en el Gobierno. El nuevo gabinete, al igual que el antiguo, era una encubierta coalición. Quedó marcada, bien distinta, una línea de separación entre los elementos radicalpacifistas, que habían seguido a sir Henry Campbell-Bannerman y constituido la mayoría del Gabinete y del

Partido, de una parte, y los del ala imperialista liberal, de la otra. Míster Asquith, como primer ministro, tenía que adoptar una posición imparcial, pero su espíritu y simpatías estaban siempre con sir Edward Grey, el Ministerio de la Guerra y el Almirantazgo, y en toda ocasión en que fue obligado a pronunciarse se puso concretamente a su lado. Sin embargo, no le fue permitido dar a sir Edward Grey el mismo apoyo eficiente, en el grado que él hubiera querido, que le había prestado antes sir Henry Campbell-Bannerman. La palabra del antiguo jefe era ley para los extremistas de su partido, que estaban dispuestos a aceptar cuanto dijese, pues estaban completamente seguros de que no haría nada en asuntos de defensa y de política exterior que no fuera absolutamente necesario, y que lo haría del modo menos a propósito para dar satisfacción a los sentimientos de los partidarios de una política exterior agresiva. Míster Asquith, en cambio, había distado mucho de ser «incólume» en la guerra bóer y era amigo de toda la vida del secretario de Asuntos Exteriores, que se había desviado del sendero estricto en los campos patrióticos. Por consiguiente, era sospechoso en cierto sentido, y cada paso que daba en asuntos exteriores era cuidadosamente vigilado por los ancianos del Sanedrín. Si las conversaciones militares con Francia no hubieran sido autorizadas por sir Henry Campbell-Bannerman y no pudiera citarse en su justificación su virtud política, dudo mucho que dichas conversaciones pudieran haber empezado o continuado con míster Asquith.

Desde que crucé la puerta de la Cámara de los Comunes en 1904, con el lema del librecurso, he trabajado en inmediato contacto político con míster Lloyd George, que fue el primero en darme la bienvenida. Nos sentamos y actuamos juntos en el período de oposición que precedió a la caída de míster Balfour y estuvimos de acuerdo durante el gobierno de sir Henry Campbell-Bannerman, en el que serví como subsecretario de Estado para las Colonias. Esta colaboración continuó cuando entré a formar parte del nuevo gabinete como presidente de la Comisión de Comercio, y en general, aunque desde distintos puntos de vista, apoyamos a los que querían parar los pies a los incorregibles en política exterior y armamentos. Debe quedar bien entendido que estas diferencias de actitud y carácter, que se reproducen en varias formas en la poderosa Administración británica, no eran inconveniente para el mantenimiento de unas relaciones agradables y armoniosas entre los principales personajes, y nuestros asuntos, intercalados con otros servicios, seguían su curso en un ambiente de cortesía, amistad y buena voluntad.

No pasó mucho tiempo hasta que se produjo la siguiente crisis europea. El 5 de octubre de 1908, Austria, sin consulta ni aviso previo, proclamó la anexión de Bosnia y Herzegovina. Estas provincias del Imperio turco habían sido administradas por dicho imperio en las condiciones estipuladas en el Tratado de Berlín de 1878; la anexión declaraba abiertamente solo lo que, de hecho, ya existía. La revolución de los Jóvenes Turcos, acaecida aquel verano,

le pareció a Austria que probablemente podría conducir al Imperio turco a reafirmar su soberanía sobre Bosnia y Herzegovina, cosa que no estaba dispuesta a consentir. Una diplomacia razonable y paciente hubiera procurado a Austria los apoyos que necesitaba, pues las negociaciones con Rusia, la gran potencia más interesada en el asunto, habían hecho progresos favorables. Pero el conde Aerenthal, ministro austríaco de Asuntos Exteriores, interrumpió las discusiones con el anuncio de la anexión, antes de concluir las providencias para una oportuna concesión a Rusia. Con este acto, especialmente violento, se infirió una afrenta pública a Rusia y un personal menosprecio al negociador de este país, el señor Isvolsky.

Por todas partes se levantó una corriente de disgusto y de protestas. Inglaterra, basándose en las palabras de la Conferencia de Londres de 1871, «Es principio esencial de la ley de las naciones que ninguna potencia puede eximirse por sí misma de los compromisos de un tratado, ni modificar sus estipulaciones, excepto previo consentimiento de las partes contratantes», rehusó reconocer la anexión de Bosnia y Herzegovina, y la simultánea declaración de independencia de Bulgaria. Turquía protestó alborotadamente contra este acto ilegal y el Gobierno turco organizó un boicot efectivo contra las mercancías austríacas. Los serbios movilizaron su ejército. Pero las consecuencias en Rusia fueron más serias: la amarga animosidad suscitada en Rusia contra Austria fue una de las penúltimas causas de la Gran Guerra. En esta contienda desempeñaron también su papel las diferencias personales entre Aerenthal e Isvolsky.

Entonces, Inglaterra y Rusia pidieron una conferencia, declinando, mientras tanto, reconocer lo que había sucedido. Austria, apoyada por Alemania, la rehusó. El peligro de una acción violenta por parte de Serbia aumentó. Sir Edward Grey, después de advertir que Inglaterra no sería arrastrada a una guerra a causa de una disputa en los Balcanes, se esforzó en contener a Serbia, en calmar al Gobierno turco y en dar un completo apoyo diplomático a Rusia. La controversia duró hasta abril del año 1909, cuando terminó del siguiente y singular modo: los austríacos habían determinado que, si Serbia no reconocía la anexión de Bosnia y Herzegovina, les enviarían un ultimátum y les declararían la guerra. En este estado de cosas, el canciller alemán, el príncipe Von Bülow, intervino para insistir a Rusia que debía aconsejar a Serbia que cediese; las potencias debían reconocer la anexión sin que se reuniera la conferencia y sin compensación alguna para Serbia. Rusia tenía que dar su consentimiento a esta acción sin informar previamente al Gobierno británico o francés. Si Rusia no aceptaba, Austria declarararía la guerra a Serbia con el apoyo completo y absoluto de Alemania. Rusia, ante la posibilidad de hacer frente por sí sola a una guerra contra Austria y Alemania, cedió ante la amenaza, lo mismo que hiciera Francia tres años antes. Inglaterra quedó así como un defensor solitario de la integridad en el cumplimiento de

los tratados y de las leyes internacionales. El triunfo teutónico fue completo, pero ganado a un precio peligroso. Francia, después del trato de que fue objeto en 1905, había empezado una reorganización a fondo de su ejército, y tanto Rusia como Francia, escarmentadas por experiencias similares, apretaron sus filas, estrecharon su alianza y emprendieron, con ayuda de la mano de obra rusa y el dinero francés, la construcción de la red estratégica de ferrocarriles en el oeste de Rusia, y de la que estaba tan necesitada este país.

Ahora le tocó a Inglaterra aguantar la presión de la potencia alemana.

En la primavera del año 1909, el primer lord del Almirantazgo, míster McKenna, pidió súbitamente la construcción de no menos de seis dreadnoughts. Fundó su petición en el rápido incremento de la flota alemana y en el aumento acelerado de esta en virtud del programa naval de 1908, que estaba produciendo una gran inquietud en el Almirantazgo. Yo era aún un escéptico sobre el peligro de esta situación europea y no estaba convencido de las razones del Almirantazgo. Conjuntamente con el ministro de Hacienda, procedí al estudio de este plan y a estudiar las razones en que se apoyaba. Ambos llegamos a la conclusión de que un programa de cuatro acorazados bastaba a nuestras necesidades. En este trabajo tuve que analizar minuciosamente el carácter y la composición de las armadas británica y alemana, tanto su estado como sus posibilidades. No pude conformarme con la opinión del Almirantazgo de que se llegaría a una situación de peligro en el año 1912, pues creía que los datos aducidos por ellos en esta cuestión eran exagerados; no creía que los alemanes estuvieran construyendo secretamente acorazados por encima del límite fijado en su programa naval. Yo sostenía que nuestro margen en barcos de línea, a los que había que añadir los cuatro acorazados del nuevo programa, nos aseguraría una adecuada superioridad para 1912, el llamado, por aquel entonces, «año peligroso». En todo caso, como el Almirantazgo solo reclamaba el quinto y sexto acorazado para el último mes del año económico, es decir, marzo del 1910, esto no podía afectar a las previsiones hechas. En consecuencia, tanto el ministro de Hacienda como yo propusimos que se aprobaran cuatro barcos para 1909 y que los otros dos se tuvieran en consideración en el programa de 1910.

Volviendo la vista a aquellos voluminosos documentos de esta controversia y con la luz de lo sucedido actualmente, no cabe duda de que teníamos razón en lo que se refería a las premisas de aquel tiempo; los siniestros augurios del Almirantazgo para el año 1912 no se cumplieron, el margen de superioridad británica fue estimado como suficiente en aquel año. No había tales acorazados secretos alemanes, ni el almirante Von Tirpitz había hecho ninguna afirmación inexacta en su programa.

La disputa en el Gabinete dio lugar a una fuerte agitación de la opinión pública; la controversia había elevado la temperatura ambiente, los puntos en

disputa en aquel momento no llegaron a un acuerdo. Todo el país estaba verdaderamente alarmado debido al reconocimiento por vez primera de la amenaza alemana en toda su amplitud. Al fin se llegó a una curiosa solución. El Almirantazgo había pedido seis barcos, los economistas ofrecían cuatro, y finalmente nos comprometimos con ocho. Sin embargo, cinco de los ocho barcos no estuvieron listos antes de que el temible año 1912 hubiera pasado en paz.

Pero aun cuando el ministro y yo teníamos razón en el sentido estricto, estábamos completamente equivocados en relación con los acontecimientos que nos depararía el destino. Sea dicho esto en honor del primer lord del Almirantazgo, míster McKenna, por la manera resuelta y valiente con que defendió su causa y mantuvo su partido en esta ocasión. Nadie podía imaginar, cuando continuó esta disputa, que en la próxima crisis del Gabinete debido a los asuntos navales se iban a invertir nuestros papeles; y tampoco nadie podía imaginar que los barcos por los que luchó tan denodadamente serían recibidos finalmente por mí, cuando estuvieron listos, con los brazos abiertos.

Cualesquiera que fueran las diferencias latentes sobre el número exacto de barcos requeridos para un año determinado, la nación británica llegó en general a convencerse de que indudablemente Alemania se proponía reforzar su inigualable ejército con una flota de guerra que en 1920 sería bastante más fuerte que toda la que hasta ese momento había tenido Inglaterra. A la ley naval de 1900 la habían sucedido las enmiendas de 1906, y a las mejoras de 1906 siguieron las de 1908. En un discurso rutilante, el emperador, en Reval, el año 1904, se había conferido a sí mismo el título de «almirante del Atlántico». Todas las personas serias de Inglaterra empezaron a inquietarse profundamente. ¿Para qué necesitaba Alemania una flota tan poderosa? ¿Con quién, que no fuese nosotros mismos, quería medirse?; ¿a quién quería igualar?; ¿contra quién la quería emplear? Había un sentimiento creciente y profundo, reservado no solo a los círculos políticos o diplomáticos, de que los alemanes amenazaban, de que envidiaban el esplendor del Imperio británico y de que, si se les presentaba una buena ocasión, sacarían ventaja de la misma a nuestra costa. Además, se empezó a notar que no tenía objeto intentar detener el curso de Alemania mediante contramedidas de abstención. La renuncia por nuestra parte a construir barcos se entendió en Alemania como una falta de espíritu nacional y como una prueba más de que una raza viril debía avanzar para reemplazar a una sociedad civilizada y pacifista que ya no era capaz de conservar una posición preponderante en los asuntos mundiales. Nadie podía examinar las cifras de construcción de barcos de Inglaterra y Alemania, durante los tres primeros años de la administración liberal, sin sentirse en presencia de una intención peligrosa, si no maligna.

En 1905, Inglaterra construyó cuatro acorazados y Alemania dos.

En 1906, Inglaterra disminuyó su programa a tres acorazados y Alemania aumentó el suyo a tres.

En 1907, Inglaterra disminuyó aún más su programa a dos acorazados y Alemania lo volvió a aumentar a cuatro.

Estas cifras eran clarísimas y alarmantes.

No era posible descartar la conclusión, que gradualmente se apoderaba de todos los ánimos, de que si Inglaterra seguía esta marcha se vería muy pronto en un gran apuro.

Ya hemos visto cómo, en el plazo de cinco años, la política de Alemania y el aumento consiguiente de sus armamentos produjeron una profunda inquietud en tres de las más grandes potencias mundiales. Dos de ellas, Francia y Rusia, habían tenido que someterse a la voluntad alemana a causa de una amenaza directa de guerra. Ambas naciones habían sido subyugadas por la clara intención del vecino de emplear la guerra contra ellas hasta el límite más extremo y sin consideración alguna a la responsabilidad. La sensibilidad de las dos naciones percibió que su sumisión las había salvado de una contienda sangrienta y de un probable desastre. El sentimiento producido por la humillación anterior estaba agravado por el temor de afrentas ulteriores. La tercera potencia —desorganizada para la guerra, pero inaccesible y no desdeñable en los asuntos mundiales—, Inglaterra, había sentido también como si unas manos extrañas estuvieran hurgando la base misma de su existencia. La flota alemana, de un modo rápido, seguro y metódico, estaba ante nuestras puertas exponiéndonos a peligros evitables solo a fuerza de grandes esfuerzos y por una vigilancia casi tan tensa como la desarrollada en una guerra. Del mismo modo que Rusia y Francia acrecieron su ejército, Inglaterra aumentó su flota. De aquí en adelante, las tres desasosegadas naciones se pusieron en contacto activo para no ser atacadas aisladamente por su adversario. De aquí en adelante, se acordarían gradualmente sus convenios militares. De aquí en adelante, harían frente de un modo consciente al peligro común.

¡Ah, cuán triste es que los alemanes, trabajadores duros y activos, con su manera tan profunda de pensar, siempre con marchas y contramarchas en las explanadas de las plazas de armas, tan detallistas en la ejecución de sus previsiones tan completas y prolijas, gozando en su felicidad recién encontrada, descontentos en medio del esplendor de sus éxitos mundiales, cuán triste es, que destrozaran con sus propias manos tantos baluartes levantados para su propia paz y gloria!

«En el año 1909 —escribía Von Bethmann-Hollweg, por aquel entonces supuesto sucesor del príncipe Von Bülow—, la situación estaba basada en el hecho de que Inglaterra había fijado su posición firmemente al lado de Francia

y Rusia, prosiguiendo así su política tradicional de encontrar una oposición a la potencia continental más fuerte en aquel momento; el que Alemania mantuviera firme su programa naval había dado una definitiva dirección a su política oriental, pero tenía, sin embargo, que precaverse contra el antagonismo francés que no había sido mitigado por su política durante los tres últimos años. Y si Alemania vio una agravación formidable de las tendencias agresivas de la política de Francia y Rusia en la amistad afirmada por Inglaterra con su doble alianza, Inglaterra, por su parte, había tenido una sensación creciente de amenaza en el refuerzo de la flota alemana, y de violación de sus antiguos derechos a causa de nuestra política oriental. Ya se habían cambiado palabras por ambas partes; la atmósfera estaba fría y nublada con recelos». Tal era, según sus propias palabras, la triste herencia del nuevo canciller alemán.

Ahora, iba a poner él su propia contribución a las ansiedades del mundo.

III

La crisis de Agadir

En la primavera de 1911, una expedición francesa ocupó Fez. Esta acción, añadida al descontento creciente de Alemania por el problema marroquí, tentó al Gobierno alemán a una acción abrupta en los comienzos de julio del mismo año. Los hermanos Mannesmann, una firma alemana muy activa por aquellos tiempos en los círculos financieros de Europa, reclamaron que ellos tenían grandes intereses comprometidos en un puerto de la costa africana y en sus alrededores. Este puesto se llamaba Agadir. Herr Von Kiderlen-Wächter, ministro alemán de Asuntos Exteriores, sostuvo este punto de vista ante Francia. El Gobierno francés se hizo cargo de que las ventajas que estaban adquiriendo en Marruecos justificaban que Alemania buscara ciertas compensaciones coloniales en el área del Congo. Por otra parte, la prensa alemana estaba indignada por el trueque de los intereses alemanes en el clima moderado de Marruecos por regiones tropicales insalubres, de las que ya estaban hartos. Las cuestiones en juego eran complicadas e intrínsecamente de una extrema insignificancia. Los franceses se prepararon para una larga discusión. En lo que se refería al puerto de Agadir y sus inmediaciones parecía no haber dificultades. Los franceses negaron, de todos modos, la existencia de intereses alemanes en aquellos lugares, pues decían que allí no había más que una playa libre de la mano del hombre; no había allí propiedad alemana alguna, ni establecimiento comercial, ni una casa; tampoco había intereses alemanes en el interior. Estos hechos podían ser fácilmente comprobados por

una visita de representantes acreditados de ambos países. Tal visita para averiguar los hechos, manifestaban los franceses, llevaría a un rápido arreglo; también solicitaron una discusión de las fronteras de los territorios del Congo.

De un modo súbito e inesperado, en la mañana del día 1 de julio, se anunció que Su Majestad imperial, el emperador de Alemania, había enviado el cañonero Panther a Agadir con el objeto de salvaguardar los intereses alemanes. Este pequeño buque de guerra estaba ya en ruta. Todas las campanas de alarma de Europa empezaron a repicar inmediatamente. Francia se encontró ante un hecho sin explicación posible y cuya intención ulterior no podía ser prevista. Gran Bretaña consultó el atlas y empezó a conjeturar qué influencia podría tener sobre su seguridad marítima el establecimiento de una base naval alemana en la costa africana del Atlántico, en observación, como dicen los marinos cuando se cruzan entre sí comunicaciones oficiales, de si tal hecho debía ser tomado en consideración en relación con las actividades alemanas en Madeira, en las Canarias y con las rutas comerciales de América y África del Sur que convergían y discurrían por aquellas aguas. Europa estaba inquieta y Francia verdaderamente alarmada. Cuando el conde de Metternich dio conocimiento de la acción alemana a sir Edward Grey, fue informado de que la situación era tan importante que debía ser estudiada por el Gabinete. El 5 de julio, después de la reunión de este, se informó que el Gobierno británico no se podía desinteresar de los problemas de Marruecos, y que su actitud era de reserva en tanto no fueran conocidas las intenciones de Alemania. Desde esta fecha hasta el 21 de julio, Alemania no dijo una palabra. No cabe duda de que la decidida postura de Inglaterra fue una gran sorpresa para el Ministerio de Asuntos Exteriores de Alemania. De aquí que surgiera entre los gobiernos lo que se llamó por entonces «un período de silencio». Mientras tanto, los periódicos alemanes y franceses estaban enzarzados en una viva controversia, y la prensa británica adoptó un aire sombrío.

Era difícil deducir de las largas cintas de telegramas que día tras día salían de las cancillerías cuál era el verdadero propósito de la acción alemana. Yo seguía atentamente en el Gabinete británico las repetidas discusiones sobre el asunto. ¿Estaba buscando Alemania un pretexto para una guerra con Francia, o estaba simplemente intentando mejorar su posición colonial mediante el desasosiego y la coacción? En el último caso, no había duda de que el asunto se arreglaría después de un cierto período de tensión, como había sucedido tantas otras veces. Las grandes potencias, formadas cada una en su sitio y precedidas y protegidas por un complicado almohadillado de diplomáticas cortesías y formalidades, desplegarían sus efectivos unas frente a otras. En primera línea estarían Francia y Alemania, y escalonadamente a sus espaldas y a intervalos variables, bajo una cortina de reservas y restricciones de distintas densidades, se desplegarían los otros componentes de la Triple Alianza y de la, como por entonces se empezaba a llamar, Triple Entente. En un momento

dado, estos elementos de apoyo de segunda línea dirían unas palabras misteriosas e indicadoras de su estado de ánimo, a consecuencia de las cuales Francia o Alemania marcharían un poco atrás o adelante, o quizá se moverían ligeramente a la derecha o a la izquierda. Cuando se hubieran hecho estas ligeras rectificaciones en la gran balanza de Europa y, por consiguiente, del mundo, los miembros de la formidable asamblea se retirarían a sus antiguas posiciones con muchas ceremonias y saludos, congratulándose o condoliéndose mutuamente con cuchicheos del resultado. Esto lo habíamos visto muchas veces.

Pero este proceso no estaba exento de peligros. Hay que pensar que tales movimientos entre naciones, por aquellos días, no eran como los de las piezas de un tablero de ajedrez o como los de marionetas muy bien vestidas, que se hacen muecas entre sí y por cuadrillas, sino como de organizaciones prodigiosas de fuerzas activas o latentes que, al igual que los cuerpos planetarios, no podían aproximarse entre sí en el espacio sin dar lugar a grandes reacciones magnéticas. Si se acercaban demasiado, las chispas empezarían a centellear y, más allá de un cierto límite, estas fuerzas podrían ser atraídas mutuamente, apartadas de sus órbitas de contención y lanzadas unas con otras a una terrible colisión. La misión de la diplomacia era evitar tales desastres; en tanto no existiera un propósito, consciente o subconsciente, de guerra en la mente de alguna potencia o raza, la diplomacia seguramente podría triunfar. Pero en estas situaciones graves y delicadas, un gesto violento por alguno de los bandos rompería y desorganizaría todos los impedimentos interpuestos y sumergiría al cosmos en el caos.

Yo, por mi parte, creo que los alemanes habían sufrido cierto agravio con motivo del primitivo convenio anglofrancés. Nosotros habíamos conseguido muchas ventajas en Egipto; Francia también había obtenido muchas ventajas en Marruecos. Si Alemania creía que su posición relativa había salido perjudicada por este convenio, no había razón alguna para que no expresara y gestionara su punto de vista de un modo paciente y amigable. A mí me parecía que Inglaterra, como la gran potencia más retirada y menos inmiscuida en el asunto, podía ejercer su influencia apaciguadora a fin de llegar a un acuerdo; y esto fue, por supuesto, lo que nosotros intentamos. Pero sería absolutamente inútil si Alemania adoptaba una posición malévola. En tal estado de cosas, tenía que haberse hecho sentir una palabra decidida y antes de que fuera demasiado tarde. Tampoco nuestra retirada de la escena hubiera ayudado a facilitar la cuestión. Si hubiésemos procedido así, se habría desvanecido nuestra influencia restrictiva y se habrían intensificado las desavenencias entre las fuerzas antagonistas. En consecuencia, empecé a leer con recelo todos los documentos y telegramas que empezaron a cursarse, y pude ver bajo la calma de sir Edward Grey una ansiedad creciente, que en algunos momentos llegó a ser grave.

La oscuridad sofocante de la situación europea estaba complicada con el despliegue inseguro de las fuerzas que componían nuestro Gabinete. De nuevo se reprodujeron en miniatura las posturas reservadas y de equilibrio en lo que se refería a la situación diplomática exterior. Los ministros que conducían la política extranjera de Inglaterra, con el importante tridente de la potencia marítima erguido detrás de ellos, estaban completamente mediatizados por la sección liberal imperialista del Gabinete; estaban estrechamente vigilados y equilibrados por los elementos radicales, que incluían las venerables figuras de lord Morley y lord Loreburn, a cuyo lado nos alineábamos el canciller del Tesoro y yo. Era evidente que tal equilibrio podía hacer fácilmente imposible que Gran Bretaña tomara una actitud decidida a uno u otro lado en caso de sobrevenir situaciones de peligro. Por consiguiente, no podíamos desentendernos del peligro retirándonos, ni éramos capaces, mediante una acción decidida, de prevenirlo a tiempo. En estas circunstancias la actitud del canciller del Tesoro fue de gran importancia.

Durante algunas semanas, no dio a entender cuál sería su línea de conducta, y en nuestras numerosas conversaciones me dio la impresión de que vacilaba entre un lado y otro. Pero, en la mañana del 21 de julio, cuando lo visité antes del Consejo, me encontré con otro hombre. Estaba resuelto y había elegido con claridad el camino a tomar; sabía qué había que hacer, cuándo y cómo. Por la pauta de su exposición me pareció que éramos impelidos a la guerra. Habló sobre el agresivo silencio alemán en la parte que este nos afectaba, resaltó que Alemania estaba actuando como si Inglaterra no contara en el asunto, que estaba presionando fuertemente a Francia, que podía surgir la catástrofe y que, si esta quería ser evitada, teníamos que hablar con decisión e inmediatamente. Me dijo que aquella noche iba a dirigir unas palabras a los banqueros en su comida anual y que se proponía puntualizar que si Alemania deseaba la guerra, Inglaterra se opondría a ella. Me enseñó lo que había preparado y me dijo que se lo enseñaría al primer ministro y a sir Edward Grey después de la reunión del Gabinete. ¿Qué dirían? Yo le manifesté que, por supuesto, se sentirían muy aliviados; y, en efecto, se sintieron muy aliviados y también yo.

El ascenso de míster Lloyd George en política exterior, al ala opuesta del Gabinete, fue decisivo. Ya estábamos capacitados para proseguir inmediatamente una política coherente y firme. Aquella noche, el ministro de Hacienda pronunció en la Asociación de Banqueros las siguientes palabras:

Si nos fuera impuesta una situación en la que la paz solo pudiera ser preservada por la entrega de la gran posición ventajosa que Gran Bretaña ha conquistado por siglos de heroísmo y de proezas, permitiendo que Gran Bretaña fuera tratada allí donde sus afectados intereses sean vitales como si no contara en el concurso de las naciones, entonces digo, categóricamente, que la

paz a tal precio sería una humillación intolerable que no podría soportar un gran país como el nuestro.

El auditorio financiero, cuyas mentes estaban obsesionadas por las iniquidades del presupuesto de Lloyd George y por las grandes penalidades infligidas por aquel a la propiedad y la riqueza (¡qué poco pensaban en el futuro!), no comprendió la significación o importancia de lo que oían. Lo tomaron como si fuera una de las perogrulladas corrientes en las exposiciones ministeriales sobre asuntos exteriores. Pero las cancillerías de Europa se pusieron en guardia.

Cuatro días después, aproximadamente a las cinco y media de la tarde, paseábamos el ministro y yo por las fuentes del palacio de Buckingham. Llegó presuroso un mensajero. «¿Sería tan amable el canciller del Tesoro de pasar enseguida a ver a sir Edward Grey?». Míster Lloyd George se paró bruscamente y, volviéndose a mí, dijo: «Esto es mi discurso. Los alemanes piden mi dimisión como hicieron con Delcassé». Yo contesté: «Usted será el hombre más popular de Inglaterra» (por aquel tiempo aún no lo era). Regresamos lo más deprisa posible y fue a ver a sir Edward Grey en su despacho de la Cámara de los Comunes. Sus primeras palabras fueron: «Acabo de recibir ahora mismo una comunicación del embajador alemán, tan enérgica que creo que nuestra flota puede ser atacada en cualquier momento. He hecho llamar a McKenna para avisarlo». Entonces, nos informó de la conversación que acababa de tener con el conde de Metternich. El embajador había dicho que, después del discurso del ministro de Hacienda, Alemania no podía dar ninguna explicación; había manifestado con tono duro que, si Francia rechazaba la mano que le tendía el Gobierno del emperador, la dignidad de Alemania induciría a esta a asegurarse por todos los medios el más absoluto respeto de Francia a todos los derechos convenidos. Leyó después una larga lamentación sobre el discurso de míster Lloyd George «que, no dándole importancia, pudiera ser interpretado como un aviso dirigido a Alemania y que en realidad había sido interpretado por las prensas francesa y británica como un aviso que bordeaba la amenaza». Sir Edward Grey había pensado, y con razón, contestar que el tono de la comunicación que le acababan de leer hacía incompatible con la dignidad del Gobierno de Su Majestad el dar explicaciones acerca del discurso de su ministro de Hacienda. El primer lord del Almirantazgo llegó mientras estábamos hablando y pocos minutos después salió precipitadamente para dar las oportunas órdenes preventivas.

Estas siniestras conversaciones tenían un tono de corrección y de precaución. Voces quedas, suaves, corteses, graves emitían frases exactamente medidas en salones pacíficos y espaciosos. Pero con cañones de aviso menos ruidosos se había roto el fuego otras veces y Alemania había derribado a otras

naciones. Así, pues, los cuchicheos inalámbricos del Almirantazgo a través del éter llegaron a todos los mástiles de los barcos, y sus capitanes recorrían los puentes ensimismados en hondas reflexiones. No es nada, no podía pasar nada, era demasiada locura, demasiado fantástico pensar así en pleno siglo XX. ¿Cómo podía ser que el fuego y la muerte nos estuvieran acechando en la oscuridad, que los torpedos llegasen a rozar los cascos de nuestros barcos; cómo podía ser que fuera discutida nuestra preponderancia naval y que una isla bien guardada hasta entonces quedara completamente indefensa? No, no pasaba nada, no podían suceder cosas semejantes, la civilización había saltado por encima de tales peligros, tales pesadillas eran imposibles a causa de la interdependencia de las naciones en el tráfico y en el comercio, del sentido de la ley pública, de la Convención de la Haya, de los principios liberales, del Partido Laborista, de las altas finanzas, de la caridad cristiana y del sentido común. Pero ¿se estaba completamente seguro? Sería una lástima equivocarse; equivocaciones de esta índole se pueden sufrir solo una vez, una vez para siempre.

El discurso de la Mansion House había sido una sorpresa para todos los países, era un trueno muy gordo para el Gobierno alemán; toda su información les había inducido a creer que mister Lloyd George sería el jefe del partido pacifista y que la acción británica quedaría neutralizada. En un mar de confusiones se dieron cuenta entonces de que el Gabinete británico estaba completamente unido y de que, de entre todos, el canciller del Tesoro había sido elegido deliberadamente por el Gobierno británico como el ministro más radical para hacer el discurso. No podían entender cómo sus representantes y agentes en Inglaterra podían haber sido engañados de un modo tan rotundo. Esto fue fatal para el conde de Metternich, que fue llamado a la primera oportunidad; era un embajador que, después de diez años de estancia en Inglaterra, no pudo ni suponer la actitud de uno de sus ministros en una cuestión de tal importancia. Se puede deducir de todo lo escrito que el punto de vista alemán fue muy duro para el conde. ¿Cómo iba a suponer él lo que iba a hacer mister Lloyd George? Sus mismos colegas no lo supieron hasta unas horas antes. Yo, que trabajaba en contacto con él, tampoco lo supe. Nadie lo sabía. Hasta que no se decidió, ni él mismo lo sabía.

Parece probable que los alemanes no tenían intención de ir a la guerra en esta ocasión. Pero querían tantear el terreno y estaban dispuestos a ir al mismo borde del precipicio, donde tan fácil es perder el equilibrio: un simple tropezón, una pequeña ráfaga de viento, un repentino vértigo y todo se precipita al abismo. Pero tanto si había como si no había intención por parte del Estado alemán de ir a la guerra antes que Inglaterra se definiera, dicha intención desapareció.

Después del discurso del ministro de Hacienda y de sus consecuencias, el

Gobierno alemán no podía abrigar duda alguna de que Inglaterra estaría enfrente en caso de que Francia fuera forzada a ir a una guerra por esta cuestión. Los alemanes no se retiraron de sus posiciones, pero pusieron especial cuidado en evitar cualquier nuevo acto de provocación, y toda su conducta ulterior en las negociaciones con Francia tendió en una dirección u otra a buscar posiciones de transigencia y de abandono. Siguió siendo extremadamente difícil para nosotros evaluar la exacta significación de los varios puntos en disputa, y durante los meses de julio, agosto y septiembre la situación continuó oscura y opresiva. El cambio ligero, pero decisivo, que se produjo en el carácter de la diplomacia alemana apenas fue perceptible, y, al mismo tiempo, ciertas medidas de precaución militar que se tomaron detrás de la frontera alemana, hasta donde nos fue posible conocerlas, aumentaron grandemente nuestra ansiedad. Por lo tanto, la atmósfera en Inglaterra se cargó cada vez con más electricidad, al igual que en la sucesión de los días de bochorno en el verano.

Hasta aquí, yo, como ministro del Interior, no tenía participación especial en este asunto, aun cuando lo seguí con la máxima atención como miembro del Gabinete. Pero en ese momento iba yo a recibir un duro choque. En la tarde del 27 de julio, asistía a una reunión en Downing Street. Allí encontré al jefe comisario de Policía, sir Edward Henry; hablamos de la situación europea y le dije que era muy seria. Entonces me hizo saber que, por una antigua disposición, el secretario del Interior era responsable, a través de la policía metropolitana, de la custodia de los almacenes de Chattenden en Lodge Hill, en los que estaban almacenadas todas las existencias de cordita de la marina. Durante muchos años habían sido guardados dichos almacenes, sin incidente alguno, por unos cuantos empleados; pregunté qué sucedería si veinte agentes alemanes decididos y armados, en dos o tres automóviles, llegasen por la noche a dichos almacenes. Me contestó que harían cuanto les viniera en gana. Abandoné la reunión en el acto.

Minutos más tarde estaba telefoneando desde mi despacho del Ministerio al Almirantazgo. ¿Quién estaba al frente? El primer lord estaba con la flota en Cromarty en servicio de inspección. Era perfectamente posible ponerme en contacto por telégrafo o por radio. Pero, mientras, había quedado un almirante en el mando (su nombre debe quedar sin mencionar). Pedí enseguida destacamentos marinos para guardar estos almacenes tan vitales para la Marina Real; yo sabía que había muchísimos marinos en Chatham y Portsmouth. El almirante contestó que el Almirantazgo no tenía responsabilidad alguna y que no tenía intención de asumirla; de sus modales se deducía que estaba resentido de la intromisión alarmista de un ministro civil. «Entonces ¿se niega usted a enviar a los marinos?». Después de alguna vacilación, contestó: «Me niego». Cambié de comunicación y me puse al habla con el Ministerio de la Guerra. Míster Haldane estaba allí; le dije que

estaba reforzando y armando aquella noche a la policía y quería, además, una compañía de infantería por cada almacén. Se dieron las órdenes en pocos minutos y en pocas horas las tropas estaban allí. Las reservas de cordita estaban ya a salvo al día siguiente.

Este incidente no tenía mayor importancia y tal vez mis temores fueran infundados. Pero cuando se ha empezado a ver la situación de este modo, es imposible pensar de otra manera. Alrededor se respiraba la vida de trajín, pacífica y confiada, de la nación. Las calles estaban abarrotadas de hombres y mujeres libres de toda sensación de peligro exterior. No había desembarcado en suelo británico ningún ejército enemigo desde hacía unos mil años. Durante cientos de años no había sido amenazada nunca la seguridad del país. Hombres y mujeres iban a sus negocios, sus deportes, sus clases y reuniones, año tras año, generación tras generación, con una confianza absoluta y en la ignorancia más ingenua. Sus ideas estaban determinadas por aquellas circunstancias de paz. Todo su modo de vivir derivaba de un gran período de paz. Muchos hubieran sido completamente incrédulos, muchos se hubieran disgustado, si alguien les hubiese dicho que podíamos estar cerca de una guerra terrible, y que quizá dentro de la ciudad de Londres, que acogía confiadamente a visitantes de todos los países, unos extranjeros decididos podían intentar un golpe mortal a la fortaleza de una gran arma que era el escudo en que confiábamos.

Empecé a informarme de todos los puntos vulnerables. Encontré al precavido capitán Hankey, por entonces secretario adjunto del Comité de Defensa Imperial, moviéndose ya en la clasificación de dichos puntos para el «Diario de Guerra», cuyo proyecto se había aprobado recientemente. Inquirí más noticias aún sobre materias de sabotaje, espionaje y contraespionaje. Me puse en contacto con otros oficiales que trabajaban escrupulosamente, pero por procedimientos anticuados y con pocos medios. Fui informado sobre las actividades de agentes y espías alemanes en varios de nuestros puertos. Hasta este momento, el secretario del Interior tenía que firmar una orden cuando era necesario censurar alguna carta particular que pasaba por los servicios de Correos; firmé autorizaciones generales, que se fueron ampliando, para la censura de correspondencia de los particulares. Con ello se logró descubrir pronto un sistema regular y extenso de agentes británicos a sueldo de Alemania. El secretario del Interior tenía solo una participación muy pequeña en los planes de preparación para la guerra, pero, una vez conocí lo que me afectaba, fue mi máxima preocupación. Durante cerca de siete años no tuve otra cosa en que pensar. Los políticos liberales, la ley Presupuestaria, el libre comercio, el orden público, economía y reforma, en fin todos los caballos de batalla de nuestras luchas electorales, empezaron a parecerme cosas irreales en presencia de mi nueva preocupación. Solo Irlanda era un problema en medio de estas sombrías realidades que se sucedían continuamente. No dudo

de que a los demás ministros les pasaba lo mismo, pues hablo de mi propia experiencia.

Empecé en ese momento a hacer un estudio extenso de la disposición militar de Europa. Leí todo lo que llegó a mis manos e invertí muchas horas en argumentaciones y discusiones. El secretario de Estado para la Guerra ordenó a sus oficiales que me dijeran todo lo que necesitaba saber. El jefe del Estado Mayor General, sir William Nicholson, era un antiguo amigo mío, había servido con él como joven oficial en el Estado Mayor de sir William Lockhart al final de la expedición de Tirah en 1898, escribió apreciaciones muy inteligentes y era hombre de doctrinas claras y firmes. Pero el hombre de quien más aprendí fue el director de operaciones militares, el general Wilson (después mariscal de campo, sir Henry Wilson). Este hombre poseía una visión extraordinaria y una gran lealtad; tenía unos grandes conocimientos, yo creo que inigualables, sobre el continente europeo; conocía perfectamente el ejército francés y estaba introducido en los secretos de su Estado Mayor, había sido director de la Escuela Superior de Guerra británica y había trabajado durante años con el convencimiento íntimo de que tendríamos que actuar con prontitud al lado de Francia. Estaba seguro de que tarde o temprano, esto tenía que suceder. Todos los hilos de información militar estaban en sus manos. La pared de su pequeño despacho estaba cubierta con un gran mapa de Bélgica en el que estaban claramente marcadas todas las comunicaciones practicables por las que podían pasar los ejércitos alemanes para invadir a Francia. Todas sus vacaciones las pasaba recorriendo dichas carreteras y sus terrenos inmediatos. En este sentido, no pudo hacer mucho en Alemania, donde le conocían muy bien.

Una noche, el embajador alemán, aún el conde de Metternich, a quien había tratado durante diez años, me invitó a cenar con él. Estábamos solos y celebramos un famoso vino del Rin procedente de las bodegas del emperador. Hablamos de Alemania y de su engrandecimiento, de Napoleón y del papel que este había desempeñado en la unión del país, de la guerra francoprusiana en sus principios y en su final. Yo me lamenté de que Bismarck hubiera consentido en ser violentado por los militares, que le obligaron a tomar la Lorena, y de que Alsacia y Lorena fueran la raíz de donde emergían todos los armamentos europeos y combinaciones rivales. Él manifestó que dichas provincias habían sido alemanas desde hacía muchísimo tiempo, hasta que un día, y en período de perfecta paz, Luis XIV había cruzado la frontera y las tomó. Contesté que las simpatías de sus habitantes eran para Francia, a lo que él objetó que había de todo en aquellas simpatías. Yo por mi parte dije cuanto requería la viveza de este tema. Francia no podría olvidar nunca sus provincias perdidas y no cesaría nunca de tratar de llevarlas a su seno. La conversación pasó a un tema emparentado, pero más delicado. ¿Estaba él inquieto a causa de la situación de aquel momento? Dijo que la gente estaba tratando de cercar

a Alemania para cogerla dentro de una red, pero que Alemania era un animal muy fuerte para ser tratado así. Por mi parte objeté que ¿cómo sería posible meterla dentro de una red si estaba aliada con otras dos potencias de primera clase, Austria-Hungría e Italia? Nosotros habíamos estado aislados durante muchos años sin buscar complicaciones. El conde me dijo que una isla era otro asunto. Pero cuando un país ha sido invadido y saqueado con tanta frecuencia solo le queda el pecho de sus soldados para ponerlos entre el país y la invasión, y odia al país agresor. Le dije que Alemania no temía a nadie y que todo el mundo la temía a ella.

Después pasamos a la marina. Seguramente, dije yo, sería una gran equivocación de Alemania intentar parangonarse con Inglaterra en los mares; nunca podría alcanzarnos, pues podíamos construir a razón de dos por uno, o aún más si fuera necesario, y esto era causa de un antagonismo creciente entre los dos países. Los radicales y los conservadores, por mucho que lucharan entre sí, estaban de acuerdo en esto y no era posible la existencia de un Gobierno británico que quisiera obstaculizar nuestra supremacía naval. Él dijo que, efectivamente, míster Lloyd George le había dicho lo mismo, pero que los alemanes no habían pensado nunca en la supremacía naval; todo lo que necesitaban se reducía a una flota para proteger su comercio y sus colonias. Le pregunté entonces para qué podía servir tener una flota más débil. No podía tratarse más que de una garantía contra posibles adversidades. El conde me manifestó que la flota era una cuestión muy personal del emperador, pues era obra suya. No pude resistir a la tentación de replicarle que Moltke había expresado una opinión muy diferente en relación a los verdaderos intereses de Alemania.

He traído a colación estas notas de una conversación amable, aunque cautelosa, no porque tengan mayor importancia, sino porque ayudan a mostrar los diferentes puntos de vista. Supe más tarde que el ministro de Hacienda había hablado de un modo más explícito en circunstancias análogas, afirmando que llegaría a recaudar un centenar de millones de libras en un solo año para la Marina de Guerra británica si la supremacía de esta estuviera realmente amenazada.

El conde Metternich era un perfecto caballero que servía con lealtad a su señor, trabajando para preservar la paz, especialmente la paz entre Alemania e Inglaterra. Ha llegado a mis oídos que, en Berlín, con ocasión de una reunión de generales y príncipes, alguien llegó a sugerir que la flota británica podía sorprenderlos con un ataque imprevisto a Alemania, y el embajador conde Metternich, allí presente, replicó que había vivido durante diez años en Inglaterra y sabía que tal cosa era absolutamente imposible. Como esta observación fuera recibida con incredulidad manifiesta, confirmó lo dicho manifestando que lo hacía por su honor de oficial alemán, y que respondía de

lo afirmado con él. Esto calmó, por el momento, a los concurrentes.

La vieja diplomacia es, habitualmente, objeto de mofa por el pueblo inconsciente, que está convencido de que las guerras surgen de las secretas maquinaciones de aquella. Cuando uno contempla los pequeños motivos que han conducido a una guerra entre grandes países y a tantas disputas, realmente es fácil formarse un concepto equivocado. Por supuesto, estos asuntos o motivos de tan poca importancia son los síntomas de los peligrosos acontecimientos, y son importantes precisamente por esta razón; detrás de ellos están los intereses, las pasiones y el destino de razas poderosas de la humanidad; los grandes antagonismos se manifiestan en detalles pequeños. Desde muy antiguo se viene diciendo: «Las grandes conmociones proceden de las pequeñas causas, pero nada tienen que ver con estas». La vieja diplomacia hizo cuanto pudo para hacer inofensivas las pequeñas causas; no pudo hacer más. Sin embargo, una guerra aplazada puede ser una guerra evitada. Cambian las circunstancias y las combinaciones, se forman nuevas agrupaciones, los intereses antiguos son reemplazados por otros nuevos. Muchas disputas, que podrían haber desembocado en una guerra, habían sido solventadas por la diplomacia europea y en palabras de lord Melbourne, «habían caído en el olvido». Aunque las naciones del mundo, conservando el sentido de sus tremendas experiencias, sean capaces de concebir amplias y profundas garantías de paz y de construir sus países sobre una base más segura de hermandad e interdependencia, siempre requerirán el concurso de los modos corteses, las frases afables y mesuradas, el porte imperturbable y la reserva y la discreción de los viejos diplomáticos europeos. Pero todo esto es pura digresión.

El día 23 de agosto, después de que se levantara la sesión parlamentaria y los ministros se dispersaran, el primer ministro convocó secretamente una sesión especial del Comité de Defensa Imperial. Dio instrucciones a los ministros en conexión inmediata con la situación exterior y con los servicios de guerra, incluyendo, por supuesto, al ministro de Hacienda. También estaban presentes los principales jefes del ejército y de la marina. Yo fui invitado a asistir aun cuando mi departamento no estaba directamente interesado. Estuvimos reunidos todo el día. Por la mañana, informó el ejército; por la tarde, la marina.

El general Wilson, como jefe de las operaciones militares, expuso los puntos de vista del Estado Mayor; al pie de su inmenso mapa, traído especialmente a la reunión, explicó con una exactitud magnífica, que el tiempo después confirmó, el plan de ataque alemán a Francia en caso de una hipotética guerra de Alemania y Austria por una parte y de Francia y Rusia por otra. El informe en resumen fue el siguiente:

En primer lugar, los alemanes dirigirían unas cuatro quintas partes de sus

efectivos contra Francia, reservando la parte restante para contener a Rusia. Los ejércitos alemanes se desplegarían en un frente desde la frontera suiza a Aquisgrán, entonces harían que su ala derecha avanzase girando a través de Bélgica, rodeando así la línea de fuertes que protegían la parte oriental de la frontera francesa. Este enorme movimiento de giro del ala derecha alemana necesitaba todas las carreteras que conducían, a través de Bélgica, desde Luxemburgo hasta el Mosa belga; era un total de quince carreteras, y permitían el paso de tres divisiones por cada una de ellas. El río Mosa discurría por Bélgica en dirección paralela a la marcha de estas y protegía el flanco derecho. A lo largo de este río había tres puntos fuertes fortificados o cabezas de puente; el primero, Lieja, cerca de Alemania; el último, Namur, cerca de Francia; y en medio de ambos, el fuerte de Huy. En este punto se presentaba la cuestión: los alemanes, después de ocupar estas cabezas de puente, ¿se limitarían a la orilla oriental del Mosa belga y usarían este río para su protección, o serían capaces de reunir y poner en acción un gran número de tropas para prolongar su movimiento giratorio al oeste del Mosa y avanzar así por el otro lado de él, en vez de por el interior? Esta era la única parte del plan alemán que no podía preverse. ¿Evitarían la parte occidental del Mosa? ¿Avanzarían a lo largo con fuerzas de caballería, o harían avanzar divisiones de infantería o incluso cuerpos de ejército por la orilla occidental del río? A su debido tiempo, y como sabemos ahora, pusieron en movimiento dos ejércitos completos. Para aquella fecha, sin embargo, la conjetura más pesimista no pasaba de un cuerpo de ejército o, todo lo más, dos.

Se adujo una demostración detalladísima para mostrar que los alemanes habían hecho todos los preparativos para avanzar a través de Bélgica: los campos militares de la frontera, los enormes depósitos, la red de ferrocarriles, los inmensos apartaderos demostraban con la mayor claridad y sin duda alguna las intenciones alemanas; Lieja sería tomada a las pocas horas de la declaración de guerra, tal vez antes, mediante la embestida de una columna de ciclistas y camiones procedentes del campo de Elsenborn. Este campo se hallaba, por entonces (agosto de 1911), repleto de tropas; no se podían acercar a él los curiosos ni los propios habitantes de la comarca, que eran apartados violentamente y seriamente prevenidos para que no reincidiesen.

¿Qué haría Bélgica frente a un ataque tan impetuoso? Lieja no se salvaría, pero las tropas francesas podrían llegar a tiempo para ayudar a su defensa. Por lo demás, suponiendo que Bélgica resistiese al invasor, el ejército belga se retiraría al gran campo atrincherado de Amberes. Esta área extensa, atravesada por una red muy nutrida de canales y de ríos, y defendida por tres líneas de fuertes, sería el último refugio de la Monarquía belga y del pueblo.

También se estudió la situación en Holanda; no se pensó que Holanda fuese invadida al igual que Bélgica, pero había la posibilidad de que los

alemanes creyeran conveniente marchar a través del curioso saliente holandés interpuesto entre Alemania y Bélgica, y que fue llamado entonces por el Estado Mayor británico «el apéndice de Maestricht». Esta marcha se haría, ciertamente, en el caso de lanzar un fuerte contingente de tropas al oeste del Mosa belga.

No conocíamos los detalles de los planes franceses para hacer frente a esta situación, pero era evidente que los franceses confiaban en detener e interrumpir el movimiento envolvente alemán mediante una contraofensiva a gran escala.

El número de divisiones disponibles en ambos lados y en todos los frentes cuando se terminase la movilización fue estimado en:

Francia: 85 divisiones.

Alemania: 110 divisiones.

Se dijo entonces que, si Inglaterra enviaba seis divisiones a tomar posición en el extremo del ala izquierda francesa inmediatamente después de declarada la guerra, aumentarían las posibilidades de rechazar a los alemanes en el primer gran encuentro de la campaña; todos los franceses lucharían con redoblado ardor si sabían que no iban a luchar solos. El general Wilson habló, con gran prudencia, sobre la potencia bélica de Rusia, y el informe que expuso sobre la lenta movilización rusa echó abajo muchas ilusiones. Parecía increíble que Alemania alineara únicamente una docena de divisiones para hacer frente a los rusos, pero el Estado Mayor británico estimó como acertada esta disposición alemana. Nos quedaba por ver cómo, más tarde, la lealtad de Rusia y del zar encontraría medios, a costa de grandes sacrificios, para atraer a su frente, en un momento crítico, a una parte vital del ejército alemán procedente del otro frente. Este comportamiento no se podía prever entonces y mucha gente lo ha olvidado ahora.

Naturalmente, se discutieron y se examinaron muchas cuestiones antes de que suspendiéramos la sesión a las dos de la tarde. Cuando se reanudó una hora más tarde, fue el turno del Almirantazgo, y el primer lord naval, sir Arthur Wilson, expuso sobre otro mapa sus puntos de vista sobre el plan que teníamos que seguir en el caso de vernos inmiscuidos en la guerra. No reveló los planes de guerra del Almirantazgo, que se reservaba en su mente, pero indicó que estos comprendían principalmente el bloqueo de todos los puertos enemigos. Enseguida se notó que había una gran diferencia entre los puntos de vista del ejército y del Almirantazgo. Este sostenía, esencialmente, que teníamos que concentrar nuestros esfuerzos en el mar, que si enviábamos nuestro pequeño ejército al continente, sería absorbido entre los contingentes inmensos que combatían allí y que, en consecuencia, el Almirantazgo creía que, si este pequeño ejército se mantenía en los barcos o a punto de embarcar

para emprender acciones contra las costas alemanas, se obtendría una retirada mayor de contingentes en línea de los alemanes que los efectivos empleados por nuestra parte. Este punto de vista, combatido violentamente por los generales, no era muy recomendable en las circunstancias del momento, y las autoridades militares y navales se encontraban en gran desacuerdo sobre los muchos puntos de detalle relacionados con las operaciones de desembarque. Este serio desacuerdo entre los estados mayores de tierra y mar en circunstancias tan críticas y sobre cuestiones fundamentales fue la causa de mi pase al Almirantazgo. Ya terminado el consejo, míster Haldane anunció al primer ministro que no continuaría siendo responsable en el Ministerio de la Guerra a menos que no fuera requerida una Comisión del Almirantazgo para trabajar en completa armonía dentro de los planes del Ministerio de la Guerra y empezara a organizarse un Estado Mayor naval apropiado. Por supuesto, yo no supe nada de esto, pero estaba destinado, en cierto modo, a ligar mi destino a este problema.

Yo creía que el Estado Mayor General confiaba demasiado en el punto de vista del ejército francés; conociendo su inclinación a la causa francesa, temía que su deseo fuera más allá de sus posibilidades. Era inevitable que los militares británicos, deseosos de ver intervenir a su país en favor de Francia, y convencidos de que la derrota de Francia por Alemania implicaría un peligro para el futuro de Inglaterra, estuvieran predispuestos a sobreestimar el poder relativo del ejército francés y a atribuirle perspectivas más brillantes de lo justificado en aquellas circunstancias; la parte más importante de su información provenía de fuentes francesas. El Estado Mayor francés estaba decidido y esperanzado; el principio de ofensiva era la base de su arte militar y la peculiaridad del soldado francés. De acuerdo con la mejor información, el ejército francés antes de emprender la guerra y terminada la movilización era solo unas tres cuartas partes del ejército alemán, pero la movilización francesa desde el noveno al decimotercero día permitiría una superioridad en el frente de lucha. Los generales franceses mantenían la esperanza de que una audaz toma de iniciativa con una ofensiva vigorosa en Alsacia y Lorena tendría como efecto la desorganización de los cuidadosos planes alemanes de marcha sobre París a través de Bélgica. Estas apreciaciones se reflejaban en los informes del Estado Mayor General británico.

Yo no podía compartirlas y, en consecuencia, preparé un memorándum para el Comité de Defensa Imperial que comprendía mis propias conclusiones sobre cuanto me había sido informado por el Estado Mayor. Este informe estaba fechado en 13 de agosto de 1911. Era, naturalmente, solo un intento de romper el velo del futuro, de conjeturar en una amplia situación imaginaria, de estimar lo incalculable, de pesar los imponderables. Señalé el vigésimo día de movilización como el día en el que «los ejércitos franceses serían expulsados de la línea del Mosa y retrocederían hacia París y hacia el Sur» y el

cuadragésimo día como el día en el que «Alemania se habría extendido en toda su amplitud de fuerza en el interior y sobre sus frentes de guerra» y en el que «podrían presentarse oportunidades para un ensayo decisivo de fuerzas». No tengo la pretensión de haber fijado estos días como fechas precisas, sino como orientaciones de lo que pasaría probablemente. No obstante, en la realidad, se cumplieron tres años más tarde casi exactamente estas previsiones.

Reimprimí este memorándum en el 2 de septiembre de 1914, a fin de animar a mis colegas con la esperanza de que si la desagradable previsión del vigésimo día se había confirmado, lo mismo sucedería con la predicción favorable del cuadragésimo día, y así fue efectivamente.

CONSIDERACIONES MILITARES SOBRE LA SITUACIÓN EN EL CONTINENTE EUROPEO

Memorándum de míster Churchill

13 de agosto de 1911

Estas notas han sido escritas bajo el supuesto de que ha llegado el momento de emplear la fuerza militar británica en el continente europeo. Estas notas no prejuzgan, en modo alguno, dicha decisión.

Se supone que en este momento existe una alianza entre la Gran Bretaña, Francia y Rusia, y que estas potencias son atacadas por Alemania y Austria.

1) Las operaciones militares decisivas tendrán lugar entre Francia y Alemania. El ejército alemán es, por lo menos, igual en calidad al ejército francés y moviliza unos 2.200.000 hombres contra 1.700.000. Los franceses deben, pues, procurar encontrar una situación más equilibrada. Esto puede lograrse, bien antes de que los alemanes hayan llegado a desarrollar toda su potencia, o bien, después de que el ejército alemán se reparta en un frente extenso. Lo primero puede tener efecto entre el noveno y decimotercer día, y lo segundo, alrededor del cuadragésimo.

2) El hecho de que, durante pocos días en el período de movilización de los franceses, estos sean iguales o temporalmente superiores en la frontera no tiene significación alguna, excepto en el supuesto de que Francia proyectara adoptar una ofensiva estratégica. Los alemanes no operarán los días en que no tengan la superioridad suficiente para un avance general; y los franceses, si avanzan, perderán entonces la ventaja de sus comunicaciones interiores y, en su movimiento hacia los refuerzos alemanes, que también avanzarían, anularían la ventaja que aquellas pudieran tener circunstancialmente. Por consiguiente, los franceses, al principio de la campaña, no tienen otra opción que permanecer a la defensiva sobre su línea fortificada y detrás de la frontera belga; la elección del día en que deba empezar la primera colisión está en manos de los alemanes, a quienes se les debe dar el crédito de que sabrán

escoger el día más a propósito, pues no podrán ser forzados, en contra de su voluntad, a una acción decisiva, a menos que se dé un movimiento imprudente o injustificado por parte de los franceses.

3) Una prudente observación de oportunidades, desde el punto de vista británico, tiene que tener en cuenta que, cuando empiece decididamente el avance alemán, este tiene que estar sostenido por una preponderancia de fuerzas suficiente y ser desarrollado en un ancho frente, para obligar al ejército francés a retirarse de sus posiciones de detrás de la frontera belga, aun cuando pudieran mantenerse los franceses en los huecos de la línea de fuertes del frente Verdún-Belfort. No hay duda que se librarán una serie de grandes batallas con suerte alterna y que siempre habrá la posibilidad de detener a los alemanes. Pero, aunque se obligue a detenerse a los alemanes, los franceses no serán lo bastante fuertes para avanzar a su vez, y en ningún caso debemos nosotros confiar en tal eventualidad. Lo más probable es que, en el vigésimo día, los franceses hayan sido expulsados de la línea del Mosa y retrocedan hacia París y hacia el Sur. Todos los planes fundados en supuestos contrarios dependen mucho de la casualidad.

4) No hay que excluir el empleo de cuatro a seis divisiones británicas en estas grandes operaciones iniciales; estas fuerzas constituyen un factor de la mayor importancia, ya que su valor, a los ojos de los franceses, es mucho mayor de lo que supone su fuerza numérica; esta acción por parte de Gran Bretaña les infundirá valor y hará mucho más caro el empeño alemán de cruzar la frontera. Pero la cuestión de mayor importancia práctica para nosotros es lo que sucedería después de que la frontera hubiera sido rebasada por los alemanes y empezara la invasión de Francia. Los franceses no pueden terminar la guerra con éxito en ninguna acción de fronteras, pues no serán lo suficientemente fuertes para invadir Alemania; su única posibilidad estriba en vencer a Alemania en terreno francés. Este es el problema que tiene que ser estudiado antes de tomar una decisión final.

5) Los alemanes en su avance a través de Bélgica y por Francia se debilitarán relativamente, debido a las siguientes causas:

Por las grandes pérdidas inherentes a la ofensiva (especialmente si intentan sin éxito forzar las líneas fortificadas francesas).

Por la necesidad de emplear más efectivos en líneas exteriores.

Por tener que proteger sus comunicaciones a través de Bélgica y de Francia (especialmente en su flanco marítimo).

Por tener que sitiar a París (lo que requiere por lo menos 500.000 hombres contra 100.000) y sitiar o neutralizar otras plazas, especialmente, a lo largo de la costa.

Por la llegada del ejército británico.

Por la presión creciente ejercida por Rusia desde el trigésimo día.

Y, en general, por la mala situación estratégica en que se encontrarán una vez ejecutado el avance de su ala derecha.

Todos estos factores se harán notar cada vez más en perjuicio de los alemanes a medida que estos sigan avanzando y discurra el tiempo.

6) También es necesario tiempo para que el bloqueo naval surta efecto en la industria, el comercio y los precios de los víveres alemanes, tal como se menciona en el memorándum del Almirantazgo, y para que su efecto alcance a la economía y créditos alemanes, ya cargados con el fabuloso coste diario de la guerra. Todas estas presiones actuarán de un modo simultáneo y progresivo. (El ministro de Hacienda ha dedicado una atención especial a esta cuestión y a la débil estructura de las organizaciones industriales y económicas de Alemania).

7) En el cuadragésimo día, Alemania se habrá extendido con toda la amplitud de su fuerza en el interior y en sus dos frentes de guerra, y este esfuerzo será cada día mayor hasta llegar, finalmente, a ser irresistible, a menos que se produzca un alivio por victorias decisivas en Francia. Si el ejército francés no es malogrado por una acción precipitada o desesperada, el equilibrio de fuerzas llegará a ser favorable después del cuadragésimo día y mejorará firmemente a medida que pase el tiempo. En cuanto a los ejércitos alemanes, se verán obligados a hacer frente a una situación que combinará una necesidad siempre creciente de una ofensiva victoriosa con un frente de batalla que tenderá continuamente a la igualdad numérica de fuerzas. Entonces puede presentarse la oportunidad para intentar una acción decisiva.

W. S. C.

Terminó la sesión; el temor se hizo dueño de los espíritus de los que habían asistido a la misma.

El Ministerio de la Guerra era sede de secretos en aquellos días; no podía tomarse abiertamente ninguna medida, pero fue hecha toda la preparación de provisiones y se trabajó con todo el detalle propio de ejercicios de gabinete. Se trazaron y ajustaron los gráficos de marcha en los ferrocarriles y se estableció ruta y horario para cada batallón, aquilatando incluso dónde tenía este que tomar su café. Se imprimieron millares de mapas de Francia y Bélgica. Las maniobras de caballería se aplazaron «debido a la escasez de agua en Wiltshire y zonas limítrofes». La prensa, dividida furiosamente por los partidos, de tendencia extraordinariamente pacifista, observó con general reserva y sin concurso alguno de censura o de coacción. Ni una palabra rompió aquel largo y opresivo silencio. La gran huelga ferroviaria llegó a su fin de un modo

súbito y misterioso; patronos y obreros se hicieron mutuas concesiones después de oír un informe confidencial del ministro de Hacienda.

A mediados de agosto, me fui al campo por unos días; no podía pensar en otra cosa que en el peligro de guerra. Hice el trabajo que me había propuesto, pero en mi imaginación solo había cabida para pensar en un único campo de interés.

En la alegre campiña que se extiende alrededor de Mells escribí la siguiente carta a sir Edward Grey. Habla por sí sola.

30 de agosto de 1911

Quizá esté llegando el momento en que sea necesaria una acción decisiva.

Le ruego que considere la siguiente conducta política en caso de que fallen las negociaciones sobre Marruecos.

Proponer a Francia y a Rusia una triple alianza para salvaguardar (inter alia) la independencia de Bélgica, Holanda y Dinamarca.

Decir a Bélgica que, si es violada su neutralidad, estamos preparados para ir en su ayuda y para lograr una alianza con Francia y Rusia que garantice su independencia. Decirle que tomaremos las medidas militares necesarias para hacer efectivo nuestro propósito. Pero el ejército belga debe combatir de acuerdo con los ejércitos francés y británico, y Bélgica debe guarnecer inmediata y debidamente las plazas de Lieja y Namur. De otra manera no podremos ser responsables de su destino.

Ofrecer la misma garantía a Holanda y a Dinamarca, siempre y cuando hagan también su máximo esfuerzo.

Debemos, si ello fuera necesario, ayudar a Bélgica a defender Amberes y a proveer esta plaza fuerte y a su guarnición. Debemos estar preparados en el momento oportuno para presionar a los holandeses para que mantengan abierto el Escalda a todos los fines. Si cerraran el Escalda, nos desquitaríamos bloqueando el Rin.

Es muy importante que seamos capaces de hacer este bloqueo, lo que será tanto más importante a medida que transcurra la guerra. Por otra parte, si los alemanes no hacen uso del «apéndice de Maestricht» en los primeros días de la guerra, no lo necesitarán después para nada.

Permítame que añada que no estoy convencido en absoluto de la conveniencia de un bloqueo próximo, y no me gusta el informe del Almirantazgo. Si los franceses envían cruceros a Mogador y Saffi, soy de la opinión, de enviar el grueso de nuestra escuadra a las bases de guerra de Escocia. Nuestros intereses son europeos, no marroquíes. La significación de este movimiento será tan importante como el envío de dos de nuestros barcos

con los franceses.

Le agradecería me dijese cuándo estará usted en Londres, y le ruego que remita esta carta al primer ministro.

Mis puntos de vista no cambiaron en los tres años de paz que siguieron. Por el contrario, fueron confirmados y ampliados por todo lo que pude llegar a conocer. En algunos aspectos, como en el de la abolición del plan de bloqueo próximo o inmediato y el envío de la flota a su base de guerra, pude llevar a cabo ambas acciones. En los otros casos, como el de la defensa de Amberes, no tuve fuerza para hacerlo en la época en que yo lo creía necesario, pero hice lo que pude. No como se ha dicho frecuentemente, por un impulso irreflexivo, sino por la perseverancia que dan las convicciones alcanzadas con la ponderación y el estudio. No podía evitar sentir una gran confianza en la verdad de estas convicciones cuando veía que varias de ellas se justificaban una detrás de otra en este terrible y sin igual período de convulsión. No tenía duda alguna sobre lo que debía hacerse en ciertos asuntos, y mi única dificultad era persuadir o inducir a otros.

No obstante, la crisis de Agadir llegó pacíficamente a su fin; terminó con una repulsa diplomática de Alemania. Esta nación, una vez más, había inquietado a toda Europa con un gesto súbito y amenazador; una vez más, profirió las más duras amenazas contra Francia. Por primera vez, había hecho experimentar a los estadistas británicos la sensación de contacto inmediato con el peligro de una guerra, que no estaba nunca ausente de los espíritus del continente. Sin embargo, los franceses ofrecieron concesiones y compensaciones; una complicada negociación sobre las fronteras de los territorios franceses y alemanes en el África occidental, en la que el «Bec de Canard» representó un papel importante, tuvo como resultado un acuerdo entre las dos partes. A nosotros nos pareció que Francia había obtenido una ventaja considerable, pero ella, en cambio, no estaba muy satisfecha. Su primer ministro, monsieur Caillaux, que había presidido el Gobierno durante estos años azarosos, fue relevado de su puesto por motivos que eran muy difíciles de discernir entonces, pero que pueden ser comprendidos a la luz de los acontecimientos ulteriores. La tensión en los círculos gubernamentales de Alemania debió de ser muy grande. El ministro de Colonias alemán, Von Lindequist, dimitió antes de firmar el acuerdo. No hay duda de que, debajo de los brillantes uniformes que pululaban por los palacios, se cobijaban profundas y violentas pasiones de humillación y resentimiento que el káiser excitaba. El príncipe heredero se hizo el exponente de tales pasiones. Todo el mundo desaprobaba esta conducta incorrecta; en realidad, el príncipe heredero no era ni peor ni mejor que el promedio de los jóvenes subalternos de caballería que no habían pasado por el cedazo de un instituto y que no tenían que pensar en ganarse la vida. Tenía un considerable encanto personal que prodigó,

especialmente, entre el bello sexo, pero que en días tristes sirvió para cautivar la juventud de Wieringen. Asediado por las lisonjas, estaba rodeado de un ambiente en que relampagueaban los ojos y sonaban las palabras guturales de los grandes capitanes, estadistas y jefes de partido. Así nada tenía de particular que se lanzara en esta fuerte corriente que le era favorable y que llegase a ser una fuerza, o mejor dicho, el foco de una fuerza, con la que el mismo káiser estaba obligado a contar. Una vez más, Alemania procedió a aumentar sus armamentos de tierra y mar.

«Era cuestión —escribe Von Tirpitz— de contener nuestros nervios, continuar armándonos en gran escala, evitar toda provocación y esperar sin impaciencia hasta que nuestro poder naval fuese un hecho y obligásemos a los británicos a dejarnos respirar en paz». ¡Solo respirar en paz! ¡Cuánto aparato para una operación fisiológica tan sencilla!

Veamos ahora cuál fue la reacción de estos acontecimientos en Francia.

Ya en el año 1911, el general Michel, vicepresidente del Consejo Superior de Guerra y designado comandante en jefe del ejército francés para el caso de una guerra, había redactado un informe sobre el plan de campaña. Decía que Alemania atacaría, indudablemente, a Francia por Bélgica, que este movimiento envolvente no se limitaría solo a la orilla meridional del Mosa, sino que se extendería bastante detrás del río, alcanzando Bruselas y Amberes en este plan. Afirmó que el Estado Mayor alemán emplearía inmediatamente, no solo sus veintiún cuerpos de ejército en activo, sino también la mayor parte de los veintiún cuerpos de reserva, que, como era sabido, intentaban formar los alemanes en la movilización general. Por consiguiente, Francia tenía que estar preparada para hacer frente a un movimiento envolvente inmenso a través de Bélgica, y a un ejército hostil que podía estar compuesto, en la rotura de hostilidades, de la mayor parte de los cuarenta y dos cuerpos de ejército. Para enfrentarse a esta invasión, propuso que Francia organizara y empleara en los comienzos de la contienda una gran parte de sus propias reservas; a este fin, deseaba que se creara una formación de reserva al lado de cada formación activa, y hacer que ambas hicieran la campaña bajo el mando de la oficialidad activa. De este modo la fuerza del ejército francés en la movilización aumentaría de 1.300.000 hombres a 2.000.000, y los invasores se encontrarían, por lo menos, con efectivos iguales en número. Muchos de los cuerpos de ejército franceses eran aumentados a 70.000 hombres y muchos de los regimientos se convertían en brigadas de seis batallones.

El general Michel procedió a la futura distribución de estas fuerzas. Propuso emplazar la masa más importante, cerca de 500.000 hombres, entre Lille y Avesnes para enfrentarse con la fuerza principal del movimiento envolvente alemán. Situó una segunda masa de 300.000 hombres a la derecha de la anterior, entre Hirson y Rethel. Designó una guarnición de 220.000

hombres para París, que tenía que actuar con carácter de reserva general. Las tropas restantes se colocaban a lo largo de la frontera oriental. Tal era el plan, en 1911, del comandante del ejército francés.

Estas concepciones tenían que chocar con la manera de pensar de los militares franceses. El Estado Mayor no creía que los alemanes hicieran el movimiento envolvente por Bélgica, y aún menos por el norte de esta; no creían que los alemanes emplearan sus formaciones de reserva en la apertura de la campaña; no creían que dichas formaciones fueran capaces de ser empleadas antes de que hubiera transcurrido un largo período de instrucción. Sostenía, por el contrario, que los alemanes, utilizando solo su ejército en activo, atacarían con extrema rapidez y debían ser detenidos mediante un fuerte contraataque en la frontera oriental. Para este fin, los franceses tenían que estar organizados con una proporción tan amplia como fuera posible de soldados en servicio y la menor cantidad posible de reservistas. Por ello pedían la institución de la ley de tres años de servicio obligatorio, que aseguraría la estancia en filas de, al menos, dos contingentes completos de soldados jóvenes. El espíritu dominante en el Estado Mayor francés, excepto el de su jefe, era partidario de la doctrina ofensiva, cuyo más activo apóstol era el coronel De Grandmaison, y creía sinceramente que podría lograrse la victoria desde el primer momento por un ataque vehemente y furioso sobre el enemigo.

Esta colisión de opiniones fue fatal para el general Michel. Podría ser que su personalidad y temperamento no fueran iguales a la justeza previsora y profunda de sus ideas. Tales discrepancias han frustrado con frecuencia políticas exactas. Se formó en el Consejo de Guerra una coalición contra él. Durante la tensión de Agadir la disputa alcanzó al general. El nuevo ministro de la Guerra, el coronel Messimy, insistió en la discusión del plan Michel en un pleno del Consejo. El vicepresidente se encontró solo; casi todos los generales manifestaron su desacuerdo. En consecuencia, a los pocos días, el ministro de la Guerra le manifestó que no tenía la confianza del ejército y, el 23 de julio, dimitió su cargo de vicepresidente del Consejo de Guerra.

Intentó el Gobierno que el general Michel fuese sustituido por Galliéni o Pau, pero este último solicitó la libertad de elegir a los comandantes de grandes unidades, lo que no pudo ser admitido por el ministro. No se procedió, pues, a su designación, aparentemente a causa de su edad, pretexto aún de más fuerza en el caso de Galliéni, que era todavía más viejo. Estas circunstancias determinaron el nombramiento del general Joffre.

Joffre procedía del arma de Ingenieros, y después de varios empleos en Madagascar, a las órdenes de Galliéni, y en Marruecos, se había ganado una reputación de soldado de carácter firme, prudente y ponderado. En 1911, ocupaba un sitio en el Consejo Superior de Guerra. Habría sido difícil

encontrar un tipo más distanciado de la idea que tenían los británicos de un francés en este personaje bucólico, flemático, lento en el pensar y terco; tampoco hubiera sido fácil encontrar un tipo que pareciera menos adecuado para tejer o descifrar la trama gigantesca de una guerra moderna. Era el miembro más joven del Consejo de Guerra. Nunca había mandado un cuerpo de ejército, ni dirigido grandes maniobras ni aun en prácticas; en tales ejercicios, solo había desempeñado el papel de inspector general de Comunicaciones, y para tal puesto estaba designado en el caso de una movilización.

Joffre recibió la propuesta de su trascendental nombramiento con temor y embarazo, ambos naturales y sinceros. Sus recelos fueron vencidos al asegurarle que estaba a su disposición el general Castelnau, muy versado en los planes y teorías del Estado Mayor francés y en las grandes operaciones de guerra. Así pues, Joffre aceptó el poder como nómimo de los elementos preponderantes en el Estado Mayor francés y como exponente de sus doctrinas. Siempre fue leal a estas concepciones, y los inmensos desastres que Francia estaba destinada a sufrir tres años más tarde fueron inevitables a partir de este momento.

Sin embargo, las cualidades del general Joffre hicieron de él el hombre apropiado para rendir un servicio muy útil a los fugaces gobiernos que precedieron al conflicto; representaba la «estabilidad» en un mundo tornadizo y la «imparcialidad» en un mundo de facciones. Era un «buen republicano» con un punto de vista político definido, sin llegar a ser un militar político o un militar que medrase en la intriga. Nadie podía sospechar en él religiosidad, pero, por otra parte, no podía acusarle nadie de favorecer a los ateos a expensas de los católicos. De todos modos había en él algo para Francia en que se podía confiar a pesar de sus políticos parlanchines, disipados y frívolos. Durante casi tres años y bajo gobiernos sucesivos, Joffre continuó en su puesto y así había la seguridad de que sus trabajos técnicos y orientaciones eran casi siempre adoptados por los diversos ministros que pasaban fugaces por una escena tan oscura; estuvo a las órdenes de Caillaux y Messimy, de Poincaré y Millerand, de Briand y Étienne; estaba aún con Viviani y de nuevo con Messimy cuando sobrevino la explosión.

Volvamos ahora a la Gran Bretaña.

En el mes de octubre, míster Asquith me invitó a ir con él a Escocia. Al día siguiente de mi llegada, cuando volvíamos del campo de golf, me preguntó a boca de jarro si me gustaría ir al Almirantazgo; esta cuestión ya me la había planteado cuando ocupó el cargo de primer ministro. Esta vez no tuve duda alguna al responder; estaba obsesionado con las graves cuestiones que planteaba una guerra y acepté con presteza. «Claro que acepto», fueron mis palabras. Míster Asquith me dijo que míster Haldane iba a venir a verlo al día

siguiente y que hablaríamos los tres. Pero pude observar que estaba resuelto. La luz del crepúsculo descubría las siluetas distantes de dos barcos de guerra que salían lentamente del Firth of Forth; me pareció que tenían una nueva significación para mí.

Aquella noche, cuando me fui a dormir, vi una gran Biblia encima de la mesa de mi cuarto; yo estaba dominado por las noticias del completo cambio de mi situación y por la nueva misión que me había sido encomendada. Pensé en los peligros de mi patria, pacífica, irreflexiva y poco precavida, pensé en su fuerza y en sus virtudes, en su misión de buen juicio y lealtad; pensé en la nación alemana con todo el esplendor de su Estado imperial y ahondé en sus especulaciones profundas, pacientes, frías y despiadadas; recordé las maniobras de cuerpo de ejército de Breslau en 1907 y sus despliegues de oleadas de hombres jóvenes y valientes, en los millares de fuertes caballos que arrastraban los cañones y pesados obuses a través de la campiña y a lo largo de carreteras en los alrededores de Wurzburg en 1910. Pensé en la educación y progreso de esta gran nación y en todos sus triunfos en los campos de la ciencia y de la filosofía, en las victoriosas guerras relámpago que habían formado su poder. Abrí el libro al azar y en el capítulo 9 del Deuteronomio leí:

1.Escucha, Israel: tú estás hoy día a punto de pasar el Jordán para conquistar naciones grandísimas, y más fuertes que tú, ciudades magníficas, y cuyos muros llegan hasta el cielo.

2.Un pueblo de grande y alta estatura, los hijos de los enaceos, que tú mismo has visto, y cuya fama has oído, y a quienes nadie puede contrarrestar.

3.Pues has de saber hoy que irá delante de ti el mismo Señor Dios tuyo, fuego devorador y consumidor, que los ha de desmenuzar y consumir, y disipar delante de tus ojos rápidamente, como te lo ha prometido.

4.No digas en tu corazón cuando el Señor Dios tuyo los haya deshecho en su presencia: por razón de la justicia que has visto en mí, me ha introducido el Señor en la posesión en esta tierra, siendo cierto que por sus impiedades son asoladas estas naciones.

5.Porque no por tus virtudes, ni por la rectitud de corazón entrarás a poseer sus tierras, sino porque aquellas obraron impíamente, por eso al entrar tú han sido destruidas; y, a fin de cumplir Dios su palabra, que confirmó con juramento a sus padres Abraham, Isaac y Jacob.

Me pareció un mensaje lleno de esperanza.

En el Almirantazgo

Míster McKenna y yo permutamos nuestros puestos con la formalidad del caso; por la mañana, vino al Ministerio del Interior y le presenté a los altos funcionarios del departamento; por la tarde, fui al Almirantazgo, donde me presentó la Junta de aquel, los altos oficiales y los jefes de departamento, y se despidió. Yo sabía que él sentía mucho aquel cambio de ministerio, pero nadie lo habría notado en su conducta. Tan pronto como se marchó convoqué a la Junta, en la que el secretario leyó los documentos que me acreditaban como jefe de la misma, y según las palabras de la orden del Consejo yo era «responsable ante la Corona y ante el Parlamento de todas las actividades del Almirantazgo». Por mi parte, iba a intentar cumplir esta misión de responsabilidad en los cuatro años más memorables de mi vida.

Me orienté, inmediatamente, hacia aquellas cuestiones navales de primera importancia y que estimaba que requerían otra directriz. En primer lugar, los planes de guerra de la flota, que hasta aquel momento estaban planteados a partir de un bloqueo próximo. En segundo lugar, la organización de la escuadra con vistas al aumento inmediato de su potencia disponible. En tercer lugar, las medidas previsoras para hacer frente a todos los aspectos inesperados de un repentino ataque enemigo. En cuarto lugar, la formación de un Estado Mayor naval. En quinto lugar, concertar los planes de guerra del ejército y de la marina mediante una estrecha colaboración de ambos departamentos. En sexto lugar, el desarrollo de proyectos para aumentar la potencia de fuego de los nuevos barcos de guerra en todos los rangos. Y en séptimo lugar, los cambios en los altos mandos de la Flota y en la composición de la Junta del Almirantazgo.

De todos modos, di instrucciones propias para que me permitieran «dormir tranquilamente». Los depósitos y almacenes navales iban a ser custodiados directamente por la Marina de Guerra; se dispuso la asistencia ininterrumpida de oficiales, adicional a la de los jefes de oficina, de tal modo que a cualquier hora del día o de la noche, inclusive los días festivos, no hubiera posibilidad de perder un momento a causa de una alarma; tenía que estar siempre en servicio un lord naval en el Almirantazgo o en sus inmediaciones, a fin de recibir el aviso de alarma. Detrás de mi sillón de trabajo había una gran caja cuyas tapas abiertas desplegaban un gran mapa del mar del Norte; en esta carta, todos los días marcaban los oficiales del Estado Mayor con una banderita la posición de la flota alemana; no se interrumpió esta costumbre hasta que estalló la guerra, y los grandes mapas que cubrían un costado completo de la Sección de Operaciones empezaron a servir. Me acostumbré a mirar todos los días mi mapa cuando entraba en mi despacho. No lo hacía, las más de las veces, para tomar información, puesto que esta la tenía por otros

conductos, sino para inculcarme en mí mismo y en los que me rodeaban una sensación, siempre presente, de peligro. Con este espíritu trabajábamos todos.

Ahora, debo presentar al lector los dos almirantes más importantes de la Flota; lord Fisher y sir Arthur Wilson, cuyas sobresalientes cualidades y vida de trabajo tanto a bordo como en el Almirantazgo, añadidas a las energías y patriotismo de lord Charles Beresford, habían hecho que la Marina Real fuera lo que era en aquel momento. Los nombres de ambos almirantes se encontrarán con frecuencia en estas páginas, pues desempeñaron papeles decisivos en todo lo que voy a relatar.

Por lo menos durante diez años, todos los pasos más importantes para ampliar, perfeccionar o modernizar la escuadra eran debidos a Fisher. Las calderas tubulares, los barcos armados con grandes cañones, la introducción de los submarinos (los «juguetitos de Fisher», como los llamaba lord Charles Beresford), el plan general de instrucción, el sistema de grupos de tripulaciones en reserva y últimamente —para hacer frente a la rivalidad alemana— la concentración de las escuadras en las bases del país, el desguazado de un gran número de barcos pequeños de poca eficiencia combativa, los grandes programas navales de 1908 y 1909, el aumento del calibre de los cañones de 30,5 cm a 34,3 cm, todo ello era obra suya.

En la ejecución de todos estos profundos cambios, el almirante Fisher se había creado violentas oposiciones a sí mismo y a sus métodos, de los que se preciaba; sus métodos eran de la especie que avivan las aversiones, que él correspondía gustosamente. El almirante hizo saber, proclamó, que, sin importar la categoría del oficial que se opusiera a sus normas, este sería hundido en su carrera profesional. Todos los traidores, es decir, todos los que se opusieran a él, abierta o secretamente, «merecían que sus mujeres quedasen viudas, sus hijos, huérfanos y su casa, convertida en un muladar». Esto lo repetía continuamente; «despiadado, implacable, cruel» eran palabras que siempre estaban en sus labios, y muchos ejemplos tristes de almirantes y capitanes consumiéndose en tierra demostraban que llevaba a cabo todo lo que prometía. No dudaba lo más mínimo en expresar su conducta en los términos más desfavorables, como para desafiar a sus enemigos y críticos. En su diario del Dartmouth College escribió: «el favoritismo es el secreto de la eficiencia». Lo que él quería decir con «favoritismo» era una selección de personal sin consideración alguna a la antigüedad, en beneficio de elementos de valor y por interés público, pero la palabra subsistió. Se dijo que los oficiales tenían que estar «en el vivero» —¡desgraciados de aquellos que no lo estaban!—. Manifestaba su desprecio por las opiniones y argumentos de todos los que no estaban de acuerdo con sus planes y los maltrataba abiertamente de palabra y por escrito.

Sin embargo, en la Marina Real había un número considerable de oficiales

de influencia social y medios independientes, muchos de los cuales se convirtieron en enemigos de Fisher; tenían acceso al Parlamento y a la prensa. Simpatizaban con ellos, aunque no con sus métodos, otro número mucho mayor de buenos y experimentados oficiales. Al frente de la oposición se encontraba lord Charles Beresford, por aquel tiempo comandante en jefe de la escuadra principal o del Canal. Se produjo así un cisma deplorable en la Marina Real que se extendió a cada flotilla y a cada unidad. Había partidarios de Fisher y de Beresford. Todo lo que proponía el primer lord era rechazado por el comandante en jefe, y todos los capitanes y tenientes fueron incitados a tomar partido por uno de los dos bandos. La discusión se llevaba a base de tecnicismos y de personalismos; ninguno de los bandos era suficientemente fuerte para aplastar al otro. El Almirantazgo tenía sus defensores en la Flota y esta tenía sus amigos en aquel; ambos lados, por consiguiente, poseían buena información de lo que pasaba en el campo contrario. La lamentable situación podría haber destruido la disciplina de no haber sido por el hecho de que un grupo numeroso de oficiales se negaron rotundamente, aun a costa de sí mismos, a participar en la lucha; estos oficiales trabajaron silenciosamente y continuamente en su misión hasta que pasó la tormenta de los partidismos. Debo hacer aquí honor a su conducta.

No hay duda de que Fisher tenía razón en las nueve décimas partes de lo que defendía. Sus grandes reformas mantuvieron la potencia de la Marina Real en el momento más crítico de su historia; dio a la Flota el sello característico de ofensiva que recibió el Ejército durante la guerra sudafricana. Después de un período de complacencia, serena e inalterable, se oyó el estampido de un trueno lejano. Fue Fisher quien percibió la señal de tormenta y puso en guardia a todas las secciones; forzó a todos los departamentos del Servicio Naval a revisar su estado y las necesidades de su existencia; les obligó, rogó y aduló para que pasaran de su estado semidormido al de actividad intensa. Pero la marina no era un sitio fácil de regentar en esta época. La tradición transmitida por Nelson con el lema de «Agrupación de hermanos» había desaparecido en aquel tiempo, solo por aquel tiempo, y detrás de la abierta hostilidad de los jefes florecieron las venenosas intrigas de sus seguidores.

Me he preguntado a mí mismo si no se habría podido evitar esto; si no habríamos podido llevar adelante las reformas Fisher sin los métodos Fisher. Mi convicción es que el almirante estaba enloquecido por las dificultades y obstrucciones que encontró, y se hizo violento en el proceso de una lucha más dura a cada paso que daba. En el gobierno de un gran servicio de guerra tiene que haber siempre la combinación de autoridades políticas y profesionales. Para que un primer lord pueda llevar a cabo una política enérgica, necesita la asistencia de un ministro que lo apoye y lo defienda; la unión de ambos le confiere mucho más del doble de su autoridad. Cada uno puede prestar servicios de suprema importancia al otro cuando los dos son factores

efectivos; el trabajo en armonía los multiplica entre sí y la concentración resultante de la combinación de poderes no deja espacio ni resquicio a la facción. Para lo bueno y para lo malo, todo lo que decidan de mutuo acuerdo en interés del servicio debe ser aceptado lealmente. Desgraciadamente, en los últimos años, los esfuerzos de Fisher no encontraron apoyo porque el Almirantazgo estaba regido por dos ministros que estaban enfermos, casi sin esperanza; aun cuando eran hombres públicos capaces y correctos, tanto lord Cawdor y lord Tweedmouth, primeros lores desde 1904 hasta 1908, se encontraban en un estado de salud deplorable. Además, ninguno de los dos estuvo en la Cámara de los Comunes ni fue capaz por sí mismo, mediante una exposición responsable ante la Cámara, de proclamar de un modo incontestable la política que debía seguir el Almirantazgo y que tenía que ratificar la Cámara de los Comunes. Cuando míster McKenna fue primer lord, hubo un cambio. Dotado de una clara mentalidad, un carácter resuelto, con plenas facultades en su plenitud de vida y habiendo conquistado una fuerte posición política en la Cámara de los Comunes, estaba capacitado para ejercer una grande e inmediata influencia. Pero era muy tarde para Fisher. La furia le seguía la pista; la oposición y los odios habían aumentado mucho, el cisma en la marina continuaba obstinadamente abierto.

El incidente más comúnmente asociado con el fin de esta parte de su carrera es el de las «cartas de Bacon». El capitán Bacon era uno de los mejores oficiales de la marina y muy partidario de Fisher. En 1906, había prestado servicio en el Mediterráneo a las órdenes de lord Charles Beresford. Fisher le había pedido que le escribiera de vez en cuando informándole de todo lo que pasara; así lo hizo por medio de cartas de mucho valor y energía, pero expuestas al reproche de contener críticas a su jefe inmediato. Si hubiera sido esto solo, podría haber pasado inadvertido, pero el primer lord tenía la costumbre de imprimir cartas, notas y memorándums con tipos esmerados y bonitos, y que trataban de asuntos de instrucción y de afianzamiento de la moral. Admirador de la fuerza lógica de las cartas de Bacon, las imprimió en 1909 y las hizo circular ampliamente por el Almirantazgo. Finalmente, cayó una copia en manos hostiles y fue a parar rápidamente a un periódico vespertino de Londres. El primer lord fue acusado de alentar a sus subordinados en la deslealtad a sus jefes inmediatos. Este episodio fue fatal, y, a principios de 1910, sir John Fisher abandonó el Almirantazgo y pasó, todo el mundo lo creyó así, a la situación de retiro y a la Cámara de los Lores, coronado por sus trabajos, cargado de honores, pero perseguido por la difamación en medio del triunfo de sus enemigos.

Tan pronto como supe con seguridad que iba al Almirantazgo, hice llamar a Fisher; estaba fuera del país. No nos habíamos visto desde la disputa sobre los presupuestos navales de 1909; él se consideraba ligado por lealtad a míster McKenna, pero tan pronto como supo que yo no tenía nada que ver con la

decisión que nos hizo cambiar de departamento vino enseguida. Pasamos tres días juntos y confortablemente en la Reigate Priory.

Encontré en Fisher un volcán de conocimientos y de inspiración; tan pronto como supo cuál era mi propósito principal, pasó a un estado de erupción vehemente. Realmente, tenía que haber sido muy duro para él esperar y seguir en vano desde el lago de Lucerna todas las incidencias de la larga crisis de Agadir, cuando todo el trabajo de su vida, su querida marina, tal vez tenía que ser puesto a prueba en cualquier momento. Empezó de nuevo y apenas podía parar. Yo le hice muchas preguntas y me dio muchas ideas. Siempre fue para mí una satisfacción hablar con él sobre estos importantes asuntos, pero lo más agradable era oírle hablar de cuanto se refería a proyectos de barcos. También habló muy bien de los almirantes, pero aquí había que hacer un gran descuento teniendo en cuenta sus enemistades. Mi intención era mantener la balanza en equilibrio y, mientras adoptaba en general la política de Fisher, insistía en el cese absoluto de la vendetta.

Conociendo perfectamente cuanto he escrito en las páginas precedentes, empecé nuestras conversaciones sin pensar en la reposición de Fisher en su puesto. Pero el domingo por la noche estaba bajo la influencia de aquel hombre y casi resuelto a hacer lo que hice tres años más tarde: colocarle al frente del Servicio Naval. No tenía miedo al alboroto que ello podía producir, pues me sentía bastante fuerte para hacerle frente. Pero temía que se reavivaran y continuaran los antagonismos, y era evidente que era inevitable, dado el carácter de Fisher. Además, me preocupaba mucho su edad; no podía sentir una confianza completa en el equilibrio de una mente a los setenta y un años de edad. Al día siguiente y durante todo el viaje de regreso a Londres estuve a punto de decirle: «Venga conmigo a ayudarme», y seguramente se lo habría dicho si hubiese pronunciado él una palabra que diese a entender sus deseos de volver; pero mantuvo una actitud digna y al cabo de una hora estábamos ya en Londres. Sobrevinieron otras reflexiones, no faltaron consejos en contra y al cabo de pocos días resolví definitivamente buscar a otro para el cargo de primer lord naval.

No sé si tuve o no razón.

Aun siendo un hombre que había ocupado durante muchos años cargos muy importantes y que había estado al corriente de tantos secretos y asuntos difíciles, siempre le había quedado tiempo a lord Fisher para escribir cartas que expresaban su carácter. Cuando para los fines de este trabajo y para la satisfacción de sus biógrafos coleccioné todas las cartas que había recibido del almirante, reuní más de trescientas, densamente escritas a máquina; en ellas, se repetían, por lo general, las principales concepciones y doctrinas que había seguido a lo largo de su vida. Aun cuando era fácil descubrir en las mismas muchas inconsistencias y contradicciones, la tónica general era invariable. Las

cartas estaban presentadas de un modo curioso, con intercalaciones de notas felices y a veces recónditas, con frases y conceptos brillantes, con chistes mordaces y personalismos de carácter corrosivo. Todo lo escrito por él era transcripción ardiente e inmediata de su pensamiento, su pluma corría siguiendo la estela de su poderosa facultad de pensar; con frecuencia, dejaba volar audazmente en el papel ideas que otras personas apenas podrían aceptar en su propia mentalidad. No es extraño que este paso turbulento levantara en su estela la agitación de muchos enemigos furiosos. Lo asombroso es que no naufragara él en muchas ocasiones; solo la euforia de su genio soportaba la carga. Ciertamente, en el curso de los años, la violencia profusa y airada de sus cartas llegó a convertirse, en cierto sentido, en su propia protección. Mucha gente creía que este era el estilo airoso apropiado a nuestros guardianes del mar, y el almirante persistió en su impetuosa conducta.

La llegada de sus cartas, en los tiempos de preparación, era siempre para mí una fuente de cosas interesantes y de placer; cada carta era un regalo de ocho o diez páginas con escritura muy apretada, reunidas por medio de un alfiler o un trozo de cinta de seda y conteniendo toda clase de noticias y consejos que comprendían desde el reproche enérgico a las formas más elevadas de la inspiración y del alentamiento. Las cartas estaban redactadas desde sus comienzos con un estilo afectuoso y paternal; empezaban con un «My beloved Winston», terminaban corrientemente con una variación en «Yours to a cinder», «Yours till Hell freezes» o «Till charcoal sprouts» seguida de un P. S. y dos o tres páginas más con asuntos interesantes. Me ha sido imposible volver a leer estas cartas sin un sentimiento de profundo respeto hacia él, a su espíritu enérgico, a su energía volcánica, a su mente creadora, a sus impulsos abiertos de odio, a su amor a Inglaterra. Pero, ¡cosas del destino!, llegó un día en que el infierno se heló, el carbón de leña retoñó y en que la amistad se redujo a cenizas: cuando el «mi querido Winston» dejó sitio a un «primer lord: No puedo seguir siendo vuestro colega». Tengo la satisfacción de poder decir que esto no fue el final de nuestra íntima y larga amistad.

Sir Arthur Wilson, el primer lord naval, me recibió con la digna sencillez a que estaba acostumbrado. Por supuesto, no podía desconocer las causas que me habían llevado al Almirantazgo. Cuando conversando con los otros lores navales llegó por primera vez al Almirantazgo el secreto, bien guardado, de mi nombramiento, dijo: «Vamos a tener nuevos jefes; si quieren que les sirvamos, así lo haremos; si no, ya encontrarán otros para hacer el trabajo». Hasta entonces, solo me había encontrado con él en las conferencias del Comité de Defensa Imperial y la opinión que me merecía estaba dividida entre lo que había oído hablar sobre su carácter y un total desacuerdo con lo que yo entendí que eran sus puntos de vista estratégicos. Él consideraba absolutamente innecesario el Estado Mayor: yo había venido a organizarlo. No estaba conforme con los planes del Ministerio de la Guerra para enviar un cuerpo

expedicionario a Francia en caso de guerra: yo creía que era mi deber preparar esta expedición hasta en su último detalle. Él era, según tenía entendido, un partidario de un riguroso bloqueo de los puertos alemanes, que, según mi manera militar o profana de pensar, era imposible a causa de los torpedos. Estas diferencias eran muy grandes y vitales. El almirante creía, probablemente, que nosotros habíamos sufrido un pánico innecesario con motivo de la crisis de Agadir, y que no habíamos comprendido bien la fuerza y movilidad de la flota británica ni el verdadero carácter de la fuerza estratégica británica. Tenía que retirarse del servicio por la edad dentro de tres o cuatro meses, a menos que se prorrogase su mandato. Por mi parte, yo iba al Almirantazgo con la clara intención de tener una nueva Junta elegida por mí. En estas circunstancias, no podíamos trabajar juntos.

No obstante, este es el momento para mí de dar mi opinión sobre su relevante personalidad naval. Era, sin excepción, el hombre más poco egoísta que había visto. No necesitaba nada y nada temía, absolutamente nada. Tanto si estaba mandando la flota británica como si estaba reparando un automóvil viejo, él estaba igualmente tranquilo y contento. El ir desde un alto cargo a un retiro absoluto y el retorno desde este hasta la cúspide del mundo naval eran para él transiciones que no alteraban lo más mínimo el latido de su corazón. Todo era deber, sin importar de qué se tratara ni dar más importancia al asunto; todo se reducía a cumplir su deber tan bien como fuera posible, fuera aquel grande o pequeño, y, naturalmente, no cabía esperar recompensa alguna. Este había sido el espíritu con que había vivido su vida y que había extendido ampliamente con su ejemplo a todos los escalones del personal de la Flota. Esto lo hizo muy antipático en bastantes ocasiones, tanto ante los oficiales como ante sus hombres. Órdenes son órdenes, tanto si estas acababan con la carrera profesional, como si les conducían a la fama; tanto si se trataba de un trabajo agradable como desagradable, apretaba los dientes y mostraba su triste sonrisa ante toda queja, sentimiento o emoción de cualquier clase que fuesen. Nunca vi turbada su compostura, nunca se descubría a sí mismo, nunca condescendía, ni una sola vez, hasta que en un día muy triste para mí, conocí que mi obra era estimada con buenos ojos por su parte.

Pero, a pesar de estos modos antipáticos, Tug (así se le llamaba porque siempre estaba trabajando esforzándose en ejercicios de tirar, remolcar o halar) o «old 'Ard 'Art» (viejo y animoso aldeano), era muy estimado en la flota. La gente hacía el trabajo desagradable y duro, aun cuando dudaran de su utilidad, porque lo había ordenado él y era «su manera». Había servido como guardiamarino en la guerra de Crimea; todo el mundo conocía la historia de su Cruz Victoria: la revuelta irrumpió en Tamai en el Sudán y, con las municiones de su Gatling agotadas, se le vio repartiendo sucesivamente golpes con sus puños sobre los lanceros derviches usando la empuñadura rota de su espada a modo de arma contundente. Se contaban historias sobre su aparente

insensibilidad al tiempo y al clima; podía llevar un simple chaquetón de piloto en medio del invierno del mar del Norte con apariencia satisfecha, mientras todo el mundo estaría temblando bajo gruesos abrigos; podía estar con la cabeza al descubierto bajo un sol tropical sin sentir sus efectos. Tenía una fuerte intuición inventiva y un gran conocimiento de la mecánica. El sistema de contraminado usado durante cuarenta años en la marina y los semáforos, que subsistieron hasta que fueron desplazados por la telegrafía sin hilos, eran productos de su ingenio. Era un experimentado jefe de escuadra en el mar. En adición a todo esto, se expresaba con gran claridad y competencia en los documentos, muchos de los cuales eran extensas argumentaciones con exactitud de detalle y de amplio alcance. Me impresionó desde el primer momento como hombre de calidad y talla, pero, tal como pensaba, muy aferrado al pasado arte naval y poco abierto a las nuevas ideas cuando las condiciones estaban cambiando tan rápidamente, y, por supuesto, tenaz y terco hasta el último grado.

Después de nuestras conversaciones preliminares, vi que no llegaríamos a un acuerdo. Le envié una minuta sobre la creación de un Estado Mayor naval que correspondía a una decisión inequívoca. Fue recibida con una denegación razonada y completa; entonces determiné formar sin demora una nueva Junta del Almirantazgo. Los lores del Almirantazgo eran nombramientos casi ministeriales y fue necesario, naturalmente, que hiciese mis propuestas al primer ministro y obtener su aprobación. Después de informarle, el día 5 de noviembre, que, en vista de la oposición de sir Arthur Wilson, al principio, de un Estado Mayor de Guerra para la armada, yo consideraba un imperativo que la nueva Junta estuviera constituida en enero a más tardar. El 16 de noviembre, pude enviar al primer ministro mis propuestas completas: sir Francis Bridgeman como primer lord naval, el príncipe Luis de Battenberg como segundo lord naval, el capitán Pakenham como cuarto lord naval, el contraalmirante Briggs tenía que conservar su puesto de interventor y de tercer lord naval. El vicealmirante sir George Callaghan, segundo en el mando, fue propuesto para reemplazar a sir Francis Bridgeman en el mando de la flota metropolitana. El nombramiento decisivo fue, sobre todo, el de sir John Jellicoe como segundo comandante, puesto que pasó por encima de los almirantes antiguos más importantes de la lista en activo y, virtualmente, quedaba designado para el mando supremo en un futuro próximo.

El anuncio de estos cambios (28 de noviembre) produjo una gran conmoción en la Cámara de los Comunes cuando, a última hora de la noche, fue conocido. Todos los lores navales, excepto uno, habían sido reemplazados. Fui interrogado inmediatamente: «¿Habían dimitido o se les había dicho que se marcharan?», y así sucesivamente. Di brevemente las explicaciones necesarias. Por entonces, yo ocupaba una posición fuerte, porque muchos de los que conocían la historia anterior de la crisis de Agadir estaban preocupados

por la Flota y, además, era bien sabido que yo había ido al Almirantazgo para hacer un nuevo y enérgico esfuerzo.

Sir Arthur Wilson y yo nos despedimos amigable y correctamente, pero al mismo tiempo en términos fríos. No mostró el más leve resentimiento por la disminución de su categoría. Era de tan buen temple e indiferente como siempre. Solo una vez denotó signo de vehemencia: cuando le dije que el primer ministro deseaba proponer su nombre al rey para hacerle par del reino. Se defendió de ello con mucho vigor. ¿Qué iba a hacer él con semejante título? ¡Era ridículo! No obstante, Su Majestad resolvió conferirle la Orden del Mérito y fue persuadido a aceptarla. En su última noche en el cargo, dio una cena a los nuevos lords navales en un estilo de verdadera agrupación de hermanos, y se retiró a Norfolk. No pude menos de pensar desazonadamente en el famoso boceto de Tenniel Dropping the Pilot, donde se pinta al inexperto e impulsivo emperador alemán observando indiferente la venerable figura de Bismarck cuando descendía las escaleras. Sin embargo, yo había obrado única y exclusivamente en vista de los altos intereses públicos, y en ellos me hice fuerte.

Como podrá verse más adelante, tendría que trabajar de nuevo con sir Arthur Wilson.

A las pocas semanas de mi llegada al Almirantazgo, pusieron en mi conocimiento que deseaba verme, entre otros oficiales de esta categoría, el contraalmirante Beatty, a quien yo no había visto nunca. No obstante, sobre él tenía las impresiones siguientes: primero, que era el contraalmirante más joven de la Flota; segundo, que había mandado la cañonera que había ascendido por el Nilo para prestar apoyo inmediato al 21 de lanceros cuando se dio la carga de Omdurman; tercero, que había tenido muchas experiencias de combate en tierra firme y, en consecuencia, tenía experiencia naval y militar; cuarto, que procedía de una familia de jinetes, su padre había estado en mi regimiento, el cuarto de húsares, y le había oído frecuentemente hablar de su hijo, el contraalmirante era un jinete consumado, sabía moverse en el campo, como dicen los militares; y quinto, que se hablaba mucho en los círculos navales de que había ascendido en su carrera con demasiada rapidez. Estas eran las impresiones que trajo el nombre de este oficial a mi mente, y me acuerdo de él con todo detalle, porque las decisiones que tuve el honor de tomar respecto a él eran las más eficientes para el enriquecimiento de la armada y del ejército.

No obstante, en el Almirantazgo me previnieron acerca de él en sentido adverso. Había ascendido con rapidez excesiva, tenía muchos intereses en tierra, se decía que su interés máximo no era el servicio; se le había ofrecido un nombramiento en la escuadra del Atlántico de acuerdo con su categoría y lo había declinado (un paso muy serio para un oficial de marina cuando los puestos eran pocos en relación a los candidatos). Por consiguiente, no se le

debía ofrecer ningún cargo más, pues esto sería contrario al precedente. Había estado sin colocar durante dieciocho meses, y probablemente sería retirado regularmente al expirar el plazo de los tres años sin empleo.

Pero mi primer encuentro con el contraalmirante me indujo inmediatamente a descartar esta opinión desfavorable y lo nombré mi secretario naval (o secretario privado, tal como se escribió en el nombramiento). Trabajando así en estrecha colaboración, discutimos durante los siguientes quince meses los problemas de una guerra naval con Alemania. Cada vez estaba más claro para mí que él veía las cuestiones de táctica y estrategia naval de un modo distinto al de la mayoría de los oficiales de marina; las abordaba, tal como me parecía a mí, con más espíritu de soldado; sus experiencias por tierra se habían complementado con su instrucción naval. No era partidario exclusivo del material bélico, sino que consideraba a este, no como un fin, sino como un medio; pensaba en los problemas de la guerra en un aspecto de unidad de tierra, mar y aire. Sus decisiones eran rápidas y flexibles, apropiadas a sus cualidades de buen jugador de polo y conocedor de las situaciones en las cacerías en el campo, cualidades enriquecidas por las variadas experiencias contra el enemigo a bordo de cañoneras y en tierra en el Nilo. Era realmente un placer discutir con él nuestro problema naval desde todos los puntos de vista, y para mí cada vez más sorprendente la profunda y aguda sagacidad de sus comentarios expresados en un lenguaje particularmente desprovisto de tecnicismos.

Cuando el mando de la Escuadra de Cruceros de Batalla quedó vacante en 1913 no vacilé en preferirle a él por encima de todos, y le confié el mando de aquel núcleo famoso de la Flota, la caballería estratégica de la Marina Real, combinación magnífica de velocidad y potencia a la que estaba orientado el espíritu del Almirantazgo. Y cuando, dos años más tarde (3 de febrero de 1915), lo visité a bordo del Lion, con las cicatrices de una batalla reciente y victoriosa en el banco Dogger, oí de sus capitanes y almirantes manifestaciones de un entusiasmo respetuoso e intenso hacia su jefe. Me acuerdo perfectamente de que, cuando estaba a punto de abandonar el barco, el imperturbable almirante Pakenham me tiró de la manga: «Primer lord, deseo hablarle en privado», y me acuerdo también de la intensa convicción de su voz al decirme: «Nelson ha vuelto otra vez». Son palabras que nunca olvido.

Mucha parte de mi trabajo de preparación de la Flota para la guerra dependió de las directrices y de la ayuda que recibí del príncipe Luis de Battenberg, quien, en conjunto, fue mi principal consejero como segundo lord naval desde enero de 1912 a marzo de 1913 (cuando sir Francis Bridgeman faltó temporalmente por causas de salud), y después, como primer lord naval, hasta finales de octubre de 1914. Es necesario, por consiguiente, dar más detalles de este notable príncipe y marino británico. Tanto más cuanto que el

accidente de su parentesco lo derrumbó en los primeros meses de la Gran Guerra y terminó con su larga carrera profesional.

El príncipe Luis era un miembro de la Marina Real; desde sus más tiernos años había sido criado en el mar; su casa fue el puente de un barco británico. Su alcurnia, lejos de haberlo ayudado en su carrera, más bien lo perjudicó. No hay duda de que, hasta cierto punto, aquella lo ayudó, pero, más tarde, fue una irrefutable rémora. En consecuencia había gastado una gran parte de sus cuarenta años de servicio a bordo y, generalmente, en los mandos menos agradables. Era corriente oír cómo acostumbraba conducir a toda marcha su flota de cruceros dentro del pequeño y abarrotado puerto de Malta y cómo en un instante, y escasamente con 50 brazas para maniobrar, echaba anclas, frenaba sobre sus cables y a toda marcha hacia popa llevaba sus barcos a la base. Tenía más conocimiento sobre la guerra por mar y tierra, y sobre el continente europeo, que la mayoría de los almirantes que he conocido. Su hermano, como rey de Bulgaria, había mostrado grandes aptitudes y en muy alto grado en la batalla de Slivnitza, y estaba muy versado en todo detalle, práctico y teórico, del servicio naval británico. No había carecido de razón su nombramiento, bajo el mando de lord Fisher, como jefe del Departamento de Información Naval, parte vital de nuestra organización. Era un oficial del Estado Mayor muy completo y adiestrado, dotado, además, de un juicio claro y lúcido, y de la perseverancia paciente que no hemos desdeñado nunca en la raza alemana.

Se dijo de él que, en una ocasión, con motivo de una visita a Kiel con el rey Eduardo, un almirante alemán de elevado empleo le había reprochado que estuviera sirviendo en la flota británica, a lo que el príncipe había contestado con rapidez: «Señor, cuando yo entré en la flota británica, el año 1868, aún no existía el Imperio alemán».

El papel desempeñado por el príncipe en los acontecimientos que estoy tratando será varias veces mencionado en el curso de esta narración.

Nuestra primera labor fue la creación del Estado Mayor. Todos los detalles fueron preparados por el príncipe Luis y aprobados por el primer lord naval. Repuse también en su cargo a sir Douglas Haig, que, por aquel tiempo, tenía un mando en Aldershot; este general me orientaba magistralmente en la formación de doctrina para la organización del Estado Mayor, y constituía, en muchos aspectos, un profesor formidable de los métodos navales existentes. Provisto yo de estas variadas opiniones, hice públicas mis conclusiones en enero de 1912 en un documento orientado todo lo posible a combatir los prejuicios existentes acerca del servicio naval.

Nunca cesé, pues, de laborar para la formación de un verdadero Estado Mayor General de la armada.

Pero esta labor requiere que pase una generación. El cambio no puede crear nuevos estados de mentalidad en los oficiales más antiguos, de los cuales depende la Flota. Los oficiales jóvenes pueden ser preparados, pero después tienen que recorrer todos los escalones de mandos de responsabilidad en el servicio. El peso muerto de la opinión profesional era una rémora. Ellos habían funcionado bien sin el nuevo organismo; no necesitaban una clase especial de oficial profesional más hábil que el resto de los compañeros. El tiempo de embarque tenía que ser la calificación máxima de un oficial y, después, las aptitudes técnicas. Así pues, cuando yo fui al Almirantazgo pude ver que no había un momento en la carrera e instrucción de un oficial de marina destinado a leer un simple libro sobre guerra naval o para versarse rudimentariamente en la historia naval. La Marina Real no ha contribuido en modo apreciable a la historia naval. La obra más generalizada sobre Marina de Guerra estaba escrita por un almirante americano. Las mejores narraciones de estrategia naval y de los combates de la flota británica estaban compiladas por un escritor civil inglés. Al servicio naval no se lo llamaba «servicio silencioso» precisamente porque estuviera absorbido en el estudio, sino porque estaba agotado por la rutina cotidiana y por una técnica complicada y diversificada. Teníamos administradores competentes, expertos brillantes de todas clases, navegadores sin parangón, conocedores de la disciplina, oficiales de mar, corazones marinos fuertes y fieles; pero cuando estalló el conflicto teníamos más capitanes de barcos que capitanes de guerra. Se requerían como mínimo quince años de política y orientación constante para dar a la Marina Real aquel amplio punto de vista sobre los problemas y situaciones de la guerra, sin el cual no hubiera sido posible que los marinos, artilleros, especialistas de todas clases y de lealtad máxima hubiesen podido encontrar la satisfacción del deber cumplido.

¡Quince años! ¡Y solo disponíamos de treinta meses!

Ya he mencionado antes que el ministro de Hacienda estaba conforme durante la crisis de Agadir con cualquier medida que tendiera a aumentar la fuerza de la actitud británica. Pero, tan pronto como pasó el peligro, adoptó una actitud diferente. Creía que tenía que hacerse un esfuerzo para subsanar los resquemores que pudiera tener Alemania y llegar a un común acuerdo sobre fuerzas navales. Sabíamos que estaba en preparación una nueva y formidable ley naval que sería pronto promulgada. Si Alemania estaba resuelta definitivamente a competir con Inglaterra, nosotros debíamos aceptar el desafío, pero podría ser posible evitar este curso peligroso de cosas mediante conversaciones sinceras, amistosas e íntimas. No éramos enemigos de la expansión colonial alemana y habríamos dado pasos para ayudarlos en este deseo. Seguramente había algo que se pudiera hacer para romper la cadena de causas ciegas de incidentes. Si ayudar Alemania en la esfera colonial era un medio para obtener una situación estable, era un precio que nos aveníamos a

pagar. Yo estaba completamente de acuerdo con esta orientación. Aparte de otras razones, tenía la sensación de que sería mejor pedir al Gabinete y a la Cámara de los Comunes el dinero suficiente, si yo podía ir siempre de acuerdo con el ministro de Hacienda y testimoniar que habíamos hecho todo lo posible para asegurar una mitigación de la rivalidad naval y que habíamos fracasado. En consecuencia consultamos juntos a sir Edward Grey y entonces, con autorización del primer ministro, invitamos a sir Ernest Cassel a ir a Berlín para ponerse en contacto directo con el emperador. Sir Ernest era muy apropiado para esta misión, pues conocía bien al emperador y era además leal a los intereses de su patria. Le proveímos de un memorándum breve, pero eficiente, que no podía ser mejor resumido que con las propias palabras de Von Bethmann-Hollweg: «Aceptación de la superioridad de Inglaterra en el mar, no aumentar el programa naval alemán, una reducción, la mayor posible, de este programa; y por parte de Inglaterra no poner impedimentos a nuestra expansión colonial, discusión y ayuda a nuestros propósitos coloniales, proposiciones por declaraciones mutuas de que las dos potencias no tomarían parte en planes agresivos o convenios que pusieran a una frente a otra». Cassel aceptó esta misión y salió seguidamente para Berlín, donde estuvo solo dos días, vino a verme a su regreso. Traía consigo una carta cordial del emperador y una exposición completa de Von Bethmann-Hollweg sobre la nueva ley naval alemana. Devoramos, por decirlo así, en el Almirantazgo durante toda la noche este documento inestimable. Estaba claro que nuestro proyectado programa de seis años de 4, 3, 4, 3, 4, 3 como contrapartida a su 2, 2, 2, 2, 2, 2 tenía que ser aumentado a 5, 4, 5, 4, 5, 4 frente a su proyecto de 3, 2, 3, 2, 3, 2. Esto solo nos permitiría mantener una superioridad de un 60 % en dreadnoughts y cruceros de batalla sobre Alemania, y tenían que ponerse dos quillas por cada una de sus tres barcos adicionales. La creación de una tercera escuadra alemana nos obligaría a traer a la flota metropolitana todos los acorazados del Mediterráneo y confiar el Mediterráneo a Francia. Para hacer frente al aumento de personal, tendríamos que doblar nuestro proyectado aumento y añadir 4.000 hombres en este año y otros 4.000 en el siguiente.

Expusimos estos hechos al Gabinete, que decidió que un ministro del mismo debía ir a Berlín; se eligió a míster Haldane a tal fin. Después de previas conversaciones entre ambos gobiernos, el secretario de Estado para la Guerra salió el 6 de febrero con dirección a Berlín, acompañado de sir Ernest Cassel.

Algunas semanas antes me había propuesto pronunciar un discurso en Belfast, para apoyar la Ley para el Gobierno de Irlanda; en la inflamable capital del Ulster se levantó una viva hostilidad a este proyecto. Como había sido comisionado para ello, no me quedaba otro remedio que cumplir mi misión, aun cuando, para evitar una provocación innecesaria, el lugar del mitin se designó en un gran pabellón que se erigió en los alrededores de la ciudad,

en vez del Ulster Hall. Se anunció por todas partes el peligro de violencias y de motín, y se concentraron cerca de 10.000 soldados para guardar el orden. Yo tenía proyectado, si todo iba bien en Belfast, ir al día siguiente a Glasgow, para inspeccionar alguno de los astilleros a lo largo del Clyde y pronunciar un discurso sobre la posición naval británica y exponer con claridad nuestras intenciones fundamentales y constituir así la contrapartida necesaria a la misión de Haldane. Cuando estaba esperando el tren que tenía que tomar en Londres para Irlanda, leí en la última edición de los periódicos de la noche el discurso del emperador en la apertura del Reichstag, en el que anunciaba la promulgación de leyes para el aumento del ejército y de la armada. La nueva ley naval era todavía un secreto para las naciones alemana y británica, pero conociendo, como yo ya conocía, su alcance y carácter, y considerándola en relación con la ley sobre el ejército, sufrí como una fuerte impresión de peligro inmediato. Unas frases, que revelaban a Alemania a sí misma, decían enérgicamente: «Son mi deber y cuidado constantes el mantener y reforzar en tierra y en el mar el poder defensivo del pueblo alemán, a quien no le faltan hombres jóvenes, listos para empuñar las armas». Y así era realmente. Era fácil imaginarse cómo estaría Francia, con su desfavorable problema demográfico, observando por encima de su fortaleza los campos alemanes y reflexionando en silencio sobre aquellos «hombres jóvenes listos para empuñar las armas». Mi pensamiento, olvidándose del día de agitación en Irlanda y del engorro del discurso a mi cargo, se fijó sobre Glasgow como lugar apropiado en que quizá se podría dar la respuesta a aquella amenaza de dominación continental. Una vez más, Europa podía encontrar la salvaguardia contra una dominación militar en una isla que nunca había estado ni estaría con «escasez de marinos fuertes y adiestrados, criados desde su primera juventud para el servicio en los mares».

En consecuencia y después de terminada la dura prueba irlandesa, dije en Glasgow:

Los propósitos del poder naval británico son esencialmente defensivos. No tenemos, ni hemos tenido nunca, intenciones agresivas y no atribuimos tales intenciones a otras grandes potencias. Sin embargo, hay una diferencia entre la potencia naval británica y la del amigable gran Imperio alemán, a quien deseo que pueda continuar siempre grande y amigo. La flota británica nos es necesaria por varias razones, mientras que la flota alemana tiene para ellos más bien un carácter de lujo. Nuestra potencia naval está ligada directamente a la existencia de Inglaterra. Es la existencia misma para nosotros, para ellos es la expansión...

Tenemos grandes reservas de personal marino en este país. Hay medidas que pueden ser tomadas para hacer un empleo mayor de dichas reservas del que ha sido posible hasta ahora, y he dado instrucciones para que este aspecto

sea estudiado detalladamente por los expertos navales que me informan. Nuestras reservas, tanto de la Marina Real como de la Marina Mercante, son un gran apoyo, y esta isla nunca ha estado ni estará escasa en marineros fuertes y adiestrados, aliados desde mi primera juventud para el servicio en los mares.

Suceda lo que suceda en el mundo, aquí no habrá lamentaciones, no se denotarán señales de angustia, no pediremos socorro ni ayuda. Haremos frente al futuro igual que lo habrían hecho nuestros antepasados, con calma y sin arrogancia, pero con firme e inflexible determinación. De todas las potencias, seremos los primeros en acoger una pausa o disminución de la rivalidad en los efectivos navales; tal disminución estamos dispuestos a hacerla, no con palabras, sino con hechos.

Pero si hay aumento de efectivos en el continente europeo, no se vacilará en hacerles frente para satisfacción de nuestro país. A medida que se agudice la competición naval, nosotros aumentaremos, no solo la cantidad de barcos en construcción, sino la proporción que deba tener nuestra fuerza naval para hacer frente a otras grandes potencias navales, de tal modo, que nuestro margen de superioridad sea cada vez mayor y nunca menor a medida que la tensión aumente. Así debemos dejar bien sentado y sin lugar a duda alguna que las potencias navales, en vez de alcanzarnos mediante esfuerzos crecientes, solamente conseguirán quedar más distanciadas a consecuencia de las medidas que tomaremos.

Este discurso produjo grandes quejas en Alemania, que fueron reflejadas por una gran parte de nuestra prensa liberal. Parece ser que la palabra «luxury» tuvo una mala interpretación en su traducción al alemán. La «Luxus Flotte» fue una expresión desagradable que iba de boca en boca. Tal como yo esperaba, encontré enojados a mis colegas cuando regresé a Londres. Sus felicitaciones sobre Belfast quedaron silenciadas por sus reproches sobre Glasgow. Míster Haldane regresó de Berlín dos días más tarde y se reunió el Gabinete para recibir el informe de su misión. Contrariamente a lo que esperaba todo el mundo, el secretario de Estado para la Guerra declaró que el discurso de Glasgow, lejos de dificultar sus negociaciones, había sido la mejor ayuda posible. En realidad, él había expuesto argumentos casi iguales el día antes a Von Bethmann-Hollweg. Le había dicho al canciller que, si Alemania añadía una tercera escuadra a su flota, nosotros «mantendríamos cinco o seis escuadras en nuestras aguas, recurriendo tal vez a traer los buques del Mediterráneo para reforzarlas»; que si los alemanes añadían barcos a su programa, «nosotros procederíamos simultáneamente a colocar dos quillas por cada una de las alemanas»; y que, haciendo honor a la marina, «el pueblo no se lamentaría del aumento de otro chelín a sus impuestos». Míster Haldane explicó cómo él mismo había leído los pasajes más efectivos de mi discurso al

mismo emperador y a Von Tirpitz, como prueba y confirmación de todo lo que había estado diciendo en las discusiones preliminares. Esto solventó el asunto en lo que a mí se refería. Esto fue solo un ejemplo más de la actitud valiente y leal que adoptó siempre míster Haldane en toda cuestión referente a la preparación de su país para la guerra con Alemania.

Míster Haldane trajo consigo el texto de la nueva ley naval alemana, o «Novelle» como fue llamada por entonces. El emperador se la había entregado durante el curso de la discusión. Era una detallada documentación técnica. Míster Haldane había tenido la prudencia de omitir su opinión sobre la misma hasta que no hubiera sido examinada por los expertos del Almirantazgo. Sometimos, entonces, el documento a un estudio riguroso y el resultado confirmó, una vez más, nuestra primera y desfavorable opinión.

El 9 de marzo, informé que la proposición fundamental de las negociaciones, desde el punto de vista del Almirantazgo, había sido que la ley naval alemana existente no debía ser aumentada, sino, en lo posible, disminuida, pues, todo lo contrario, iba a ser promulgada otra ley naval previendo grandes y progresivos aumentos, no solo en 1912, sino en los cinco años siguientes. Prácticamente, las cuatro quintas partes de la armada alemana iban a ser puestas permanentemente en pie de guerra. El Gobierno alemán estaría en condiciones de tener disponibles en toda época del año, veinticinco, o quizá veintinueve, acorazados, completamente en activo, mientras que, en aquel momento, el Gobierno británico tenía en servicio en las aguas de las islas británicas solo veintidós, contando incluso con la flota del Atlántico.

Encontramos una resistencia inflexible en la proposición fundamental. No obstante, perseveramos y la discusión fue llevada al terreno de una declaración mutua contra planes agresivos; sir Edward Grey propuso la siguiente fórmula: «Inglaterra no efectuará un ataque sobre Alemania que no haya sido provocado y no seguirá una política de agresión contra este país. La agresión a Alemania no es finalidad de Inglaterra y tal objeto no forma parte de ningún tratado, conversación o acuerdo firmado actualmente por Inglaterra, ni será tampoco parte de nada que tiende a tal fin». El Gobierno alemán consideró inapropiada esta fórmula y sugirió por conducto de su embajador la cláusula adicional siguiente: «Por consiguiente, Inglaterra observará, como mínimo, una actitud de neutralidad benévola, en caso de serle impuesta una guerra a Alemania», o bien, «Por consiguiente, Inglaterra permanecerá neutral, naturalmente, si se le impone una guerra a Alemania».

Esta última condición nos hubiera llevado más allá de nuestra primera intención, y podría esgrimirse para privarnos de ir en ayuda de Francia en una guerra «impuesta» o alegada como «impuesta» a Alemania, como consecuencia de una disputa entre Austria y Rusia. Ello induciría, ciertamente, a considerar como terminada la Entente. Sin embargo, aun en el caso de dar

nosotros ese paso, la nueva ley naval alemana no iba a ser retirada; a lo sumo, sería modificada. Así, pues, se llegó en la primera fase a un punto muerto. De todos modos, considerábamos tan importante crear como mínimo un espíritu amistoso y estábamos tan predispuestos a aplacar a Alemania y a ayudar a sus aspiraciones que aun persistimos en la empresa de llegar a un acuerdo beneficioso para Alemania en la esfera colonial. Estas negociaciones estaban progresando y casi habían llegado a una conclusión definitiva y ventajosa para Alemania cuando estalló la guerra.

A principios de marzo, cuando aún no se había publicado la nueva ley naval alemana, fue necesario presentar nuestro informe a la Cámara de los Comunes. Por supuesto, hubiera sido una falta de lealtad por mi parte al emperador de Alemania si hubiese puesto en mis labios la sugerencia de que nosotros ya conocíamos el texto de la ley naval. Estaba, por consiguiente, obligado a pronunciar mi primer discurso sobre temas navales a base de hipótesis: «Esto es lo que nosotros vamos a hacer, si no se hacen más aumentos en la flota alemana. Si, desgraciadamente, se confirmaran los rumores que llegan a nuestros oídos, presentaré un presupuesto extraordinario a la Cámara, etc».

En este discurso dejé establecido claramente, con el consentimiento del Gobierno, los principios que regirían nuestra construcción naval en los próximos cinco años y los tipos de proporción de fuerza que seguiríamos en acorazados de combate. Esta proporción era la siguiente: el 60 % en dreadnoughts por encima de Alemania, en tanto que esta nación se ciñera a su programa declarado en aquel momento, y dos quillas por cada una de las puestas por ella. Los barcos de los Dominios tenían que ser considerados como adicionales a cuanto nosotros pudiéramos construir; de otro modo los esfuerzos de los Dominios no habrían traído como resultado el debido estímulo. De acuerdo con estas orientaciones, establecí los seis años de construcción por parte de Inglaterra en 4, 3, 4, 3, 4, 3, contra una construcción constante de dos barcos por año por parte de los alemanes. No estábamos seguros de que Alemania aceptara una oferta hecha por míster Haldane de renunciar a uno de los barcos adicionales de su nueva ley naval. Este fue, sin embargo, el caso y constituyó, de todos modos, un resultado tangible de la misión de Haldane. Dicho, con palabras de Von Tirpitz: «Él —Haldane— hizo, a continuación, una propuesta de una cierta pausa en la construcción de los tres barcos; ¿no podríamos distribuirlos en doce años? Necesitaba solo una muestra de nuestra buena disposición hacia Inglaterra, más que por nada por pura fórmula... Haldane propuso que debíamos retardar la proporción de nuestro aumento para «lubricar» las negociaciones, o bien que renunciáramos, como mínimo, al primero de los tres barcos. Trazaba él, al escribir su proposición, el mismo principio que yo había fijado previamente sobre mi pensamiento como concesión posible. Por consiguiente, sacrifiqué el barco».

Nosotros, en consecuencia, «sacrificamos» dos barcos hipotéticos y nuestros programas, que tenían que ser aumentados a 5, 4, 5, 4, 5, 4, fueron fijados al final en 4, 5, 4, 4, 4, 4. El magnífico donativo del Malaya, hecho por los Estados Confederados de Malaya, aumentó la cifra del primer año a cinco.

Al anunciar estas decisiones al Parlamento al final del mismo mes, hice públicas y definitivas estas proposiciones para una tregua naval, que fueron inútiles en lo que concernían a Alemania e Inglaterra, pero la principal de las cuales ha sido desde entonces adoptada por los pueblos de habla inglesa:

Tomemos, como ejemplo de esta propuesta que someto a consideración, el año 1913. En este año, según mis noticias, Alemania construirá tres acorazados, y será necesario por consiguiente que nosotros construyamos cinco.

Suponiendo que adoptemos una tregua en este año e introduzcamos una página en blanco en el libro de las desavenencias, suponiendo que Alemania no construya acorazados este año, nosotros nos ahorraremos entre seis y siete millones de libras esterlinas. Pero eso no es todo. En circunstancias ordinarias, nosotros no empezaríamos la construcción de nuestros barcos hasta que Alemania hubiera empezado la de los suyos. Los tres barcos que Alemania dejaría, por consiguiente, de construir harían desaparecer automáticamente no menos de cinco potentes superdreadnoughts británicos. Esto es más de lo que yo creo que ellos pueden esperar de una brillante acción bélica.

Al principio del mes de abril, se hizo evidente que no se podía llegar a un acuerdo con Alemania para conseguir una tregua. El emperador me envió por mediación de sir Ernest Cassel un atento mensaje expresando su gran disgusto, pero añadiendo que tales acuerdos eran solo posibles entre aliados.

El aumento de la potencia alemana produjo consecuencias inevitables. La flota británica tuvo que concentrarse en aguas de la metrópoli, con fines de seguridad; nos vimos obligados a retirar los acorazados del Mediterráneo. Solo con esta medida se pudieron obtener los hombres instruidos para formar la Tercera Escuadra de Batalla en activo en las aguas de las islas. El Gabinete decidió que debíamos mantener todavía una fuerza potente en el Mediterráneo y, en última instancia, se situaron en la base de Malta cuatro cruceros de batalla y una escuadra de cruceros protegidos. Después se resolvió que para el año 1916 tenía que haber en el Mediterráneo una escuadra de dreadnoughts igual en potencia a la de la creciente flota austríaca. Se tomaron estas decisiones con el deliberado fin de volver a ganar nuestra completa independencia. Pero la retirada de los acorazados del Mediterráneo, aunque no fuese más que por pocos años, era un acontecimiento de importancia, pues nos hacía parecer como dependientes de la flota francesa en aquellas aguas. Los franceses simultáneamente reorganizaron sus fuerzas. Bajo la presión creciente

ejercida por los armamentos alemanes, Inglaterra trasladó toda su flota naval al mar del Norte y Francia desplazó todos sus grandes barcos al Mediterráneo, con lo que la sensación de alianza mutua prosperó entre las marinas de los dos países.

Es asombroso que el almirante Von Tirpitz no comprendiera nunca cuáles serían las consecuencias de su política. Incluso, después de la guerra, escribió:

Para poder estimar la fuerza de la carta de triunfo que puso por entonces nuestra flota en manos de una diplomacia activa, hay que recordar que, a consecuencia de la concentración que habíamos provocado de la escuadra británica en el mar del Norte, había prácticamente terminado el dominio británico de las aguas del Mediterráneo y de Extremo Oriente.

La única «carta de triunfo» que aseguró Alemania con esta política fue el aproximar más y más a Francia y a Inglaterra. El momento en que la flota francesa y británica estuvieron dispuestas por este camino a colaborar en interés común fue de la máxima importancia. Como quiera que fuera lo que nosotros estipuláramos con Alemania, los cargos morales que Francia podía hacer a Inglaterra si aquella nación fuese atacada por Alemania serían mucho más fundamentados, cualesquiera que fueran las razones de descargo de Inglaterra. Ciertamente, mi ansiedad estaba en el intento de impedir que esta llamada de nuestros barcos nos ligara demasiado fuertemente con Francia y nos privara así de la libertad de acción de nuestra fuerza para poder impedir una guerra.

Cuando, en agosto de 1912, el Gabinete decidió que tuvieran lugar conversaciones militares entre los almirantazgos francés y británico, similares a las que se habían sostenido desde 1906 entre los estados mayores de los ejércitos, expuse este punto de vista tan claro como me era posible en un escrito que dirigí al primer ministro y al ministro de Asuntos Exteriores, e hicimos todo lo posible para salvaguardarnos nosotros mismos.

Sir Edward Grey

Primer ministro

23 de agosto de 1912

El punto a salvaguardar y objeto de mi ansiedad es nuestra libertad de acción si fuera necesario y, por consiguiente, poder influir de antemano sobre la política francesa. Esta libertad quedará notablemente perjudicada si los franceses pueden decir que han dejado desguarnecida su costa atlántica y que han hecho concentraciones en el Mediterráneo en la confianza de los acuerdos navales hechos con nosotros. Esto no será del todo exacto. Si nosotros no existiéramos, los franceses no podrían tomar mejores disposiciones que las del presente; no son suficientemente fuertes para hacer frente solos a Alemania y

mucho menos mantenerse en dos campos de lucha. Por consiguiente, ellos concentrarían con razón su flota en el Mediterráneo donde, a salvo, tendrían superioridad para asegurar las comunicaciones con África. Tampoco es exacto que nosotros estemos confiando en Francia para mantener nuestra posición en el Mediterráneo... Si Francia no existiera, nosotros no tendríamos tampoco nuestras fuerzas en otra forma.

Pueden presentarse circunstancias en las que, a juicio mío, sería aconsejable y conveniente para nosotros ir en ayuda de Francia con todas nuestras fuerzas de mar y de tierra. Pero nosotros no pedimos nada a cambio. Si fuésemos atacados nosotros, no haríamos cargo alguno de mala fe a Francia, si esta nos dejara ir solos a la lucha; y ninguno de los preparativos navales y militares debería traer consigo la exposición a una carga semejante si, cuando se presente la ocasión, nosotros decidimos apartarnos.

Este es mi punto de vista, y estoy seguro de que estoy de acuerdo con usted en lo fundamental. De todos modos, no lo estoy en los detalles de cómo hay que hacer efectivo este punto de vista y no sé cuál es el documento a redactar. Pero [considérese] el arma tremenda que esgrimiría Francia para forzarnos a intervenir si pudiera decir: «Apoyados en vuestra opinión y mediante acuerdo con vuestras autoridades navales hemos dejado sin defender nuestras costas del Norte; no podemos volver atrás a tiempo». Ciertamente [añadí yo, no sin algo de inconsecuencia] sería probablemente decisivo lo que ahora se firmara. Todos los que conozcan los hechos tendrán la sensación de que tenemos las obligaciones de una alianza sin sus ventajas y, sobre todo, sin sus estipulaciones precisas.

W. S. C.

La dificultad demostró ser cierta. Las discusiones técnico navales solo podían ser planteadas en función de que la flota francesa tenía que concentrarse en el Mediterráneo y de que, en caso de una guerra en la que ambos países tomaran parte, incumbiría a la flota británica defender las costas septentrionales y occidentales francesas. Los franceses, tal como yo había previsto, suscitaron, naturalmente, la cuestión de que si Inglaterra no tomaba parte en la guerra, sus citadas costas quedarían indefensas. Sin embargo, nosotros, aunque reconociendo la dificultad, rehusamos firmemente que los preparativos navales nos ligaran en sentido político. Fue acordado, circunstancialmente, que, si hubiera una amenaza de guerra, los dos gobiernos se consultarían y concertarían de antemano cuál era la acción común, caso de haberla, que deberían emprender. Los franceses no tuvieron más remedio que aceptar esta posición y afirmar definitivamente que las conversaciones navales no traían consigo ninguna obligación de acción común. Esto es lo mejor que pudimos hacer para nosotros mismos y para ellos. Cuando llegara el momento, no habría lugar a dudas sobre lo que Inglaterra tendría que hacer.

La organización de una flota difiere completamente de la de un ejército. Los ejércitos solo mantienen una pequeña proporción de sus soldados en servicio activo. Estos forman los cuadros de los batallones, instruyen a los reclutas y forman la guardia de los tiempos de paz. Cuando se da la orden de movilización, todos los hombres que han recibido instrucción y que viven la vida civil son llamados a medida que se necesitan; entonces y solo hasta entonces el ejército está listo para la lucha.

Los navíos de guerra, en cambio, están en su mayoría siempre listos. La marina británica tenía sus mejores barcos con tripulaciones permanentes y completas de hombres en servicio activo. Desde el punto de vista de la calidad, se podía disponer en todo momento de la plenitud de potencia de dichos barcos; desde el punto de vista del número, podían entrar en acción y sin llamar a las reservas casi las tres cuartas partes de los barcos. Solo los más viejos y anticuados eran tripulados en tiempo de paz por las reservas, es decir, por hombres que habían dejado la marina y habían vuelto a la vida civil. Estos barcos anticuados eran la parte de flota que tenía que ser «movilizada» al igual que los ejércitos de Europa.

Así pues, la movilización, que es la base de todos los grandes ejércitos, desempeña un papel poco importante en las flotas. Todo barco que realmente contaba estaba dispuesto siempre para navegar y combatir cuando recibía la orden al efecto.

La organización de las flotas metropolitanas cuando yo llegué al Almirantazgo parecía dejar mucho que desear a los acostumbrados a la simetría militar. Informado por sir Francis Bridgeman, el príncipe Luis y el contraalmirante Troubridge, el primer jefe del nuevo Estado Mayor, proyecté una organización nueva y simétrica de las flotas.

Todos los barcos disponibles para la defensa de la metrópoli fueron divididos en primera, segunda y tercera flota, comprendiendo ocho escuadras de batalla de ocho acorazados cada una, junto con sus escuadras correspondientes de cruceros, flotillas y auxiliares. La primera flota comprendía un buque almirante y cuatro escuadras de batalla «en pleno activo», tripulados completamente con personal de servicio activo y por consiguiente siempre listos. Para formar esta flota fue necesario fondear la anterior Escuadra del Atlántico en puertos de la metrópoli en vez de en Gibraltar y fondear los acorazados del Mediterráneo en Gibraltar en vez de en Malta. Con esta combinación había siempre lista en aguas de las islas una escuadra adicional de combate a base de grandes barcos (del tipo del King Edward). La segunda flota consistía en dos escuadras de batalla, tripuladas también con personal en activo, pero con un 40 % de este personal instruyéndose y especializándose en las escuelas de artillería, de torpedos entre otras. Esta flota fue calificada como de «servicio activo», porque podía

combatir en cualquier momento, pero para comprobar su mayor eficiencia requería fondear en sus puertos de la metrópoli y llevar a bordo el resto de las tripulaciones que estaban en las escuelas. En las seis escuadras que contenían, además de las escuadras de cruceros, todos los barcos modernos y semimodernos no se podía encontrar ni un solo reservista. Por consiguiente, no era necesaria la movilización para poner en acción el total de dicha fuerza. La tercera flota consistía también en dos escuadras de combate y cinco de cruceros de nuestros barcos más viejos; estos estaban tripulados solo por personal en cuadro y de instrucción, y necesitaban que se llamaran a las reservas para poderlos hacer salir a la mar. Para poder acelerar la movilización de las escuadras de combate y de ciertos cruceros de la tercera flota, se formó entonces una clase especial de reserva llamada «reserva inmediata», que recibía mayores emolumentos e instrucción periódica y que estaba en condiciones de ser llamada antes que se ordenase la movilización general.

Alemania estaba añadiendo una tercera escuadra a la flota de alta mar, aumentando así su fuerza siempre lista de 17 a 25. Nosotros replicamos con las medidas citadas anteriormente y con varias otras demasiado técnicas para ser descritas en este lugar, elevando nuestra flota siempre lista de 33 acorazados a 49, y las otras fuerzas en proporción análoga. Las cifras alemanas después de la movilización se elevarían a 38 y las británicas a 57 al principio, y, en última instancia, a 65 cuando estuviera completada la nueva organización.

El lector no comprenderá los acontecimientos implicados en la consumación y movilización de las flotas en vísperas de una guerra a menos que se sepa a fondo la organización que se ha expuesto más arriba.

Hicimos una gran concentración de la Marina de Guerra en Portland, en la primavera de 1912. Las banderas insignia de doce almirantes, los gallardetones de tantos jefes de escuadra y los gallardetes de unos ciento cincuenta barcos flotaban en el aire. Vino el rey en el yate real con la insignia de almirante en el proel, el estandarte en el palo mayor y la bandera de popa en la mesana; estuvo entre sus marineros durante cuatro días. Uno de los días se emprendió un largo crucero entre una niebla densa y terriblemente sombría; toda la flota navegaba completamente invisible, guardando su formación entre fantásticos alaridos de potentes sirenas. Parecía increíble que no ocurriera accidente alguno y entonces, de un modo súbito, la niebla se levantó y pudieron distinguirse los lejanos objetivos y la larga formación de acorazados de combate apareciendo uno tras otro; emitían sus espantosos fogonazos y lanzaban sus proyectiles con detonaciones atronadoras y en el mar se levantaban grandes masas de agua. La flota vuelve a sus bases con tres escuadras de combate en formación frontal, con sus cruceros y flotillas de torpederos a popa y a proa. La velocidad es aumentada a veinte nudos. En las

popas de cada barco aparecen estelas de blanca espuma. La tierra surge cercana; la ancha bahía abraza esta rápida armada gigante; los barcos llenan la bahía con su formación. Los oficiales extranjeros que están conmigo en el puente del Enchantress miran con ansia; navegamos aún aprisa. Cinco minutos más y la vanguardia de la flota encallará. Cuatro minutos. Tres minutos. ¡Aquí! Por fin. ¡La señal! Una tira de brillantes banderines es arriada de las drizas del Neptune. Caen todas las anclas, sus cadenas discurren con estruendo por sus enormes boquetes; todas las hélices giran en marcha atrás. Parece como si en unos ciento cincuenta metros de recorrido se hubieran inmovilizado todos los barcos. Se observan las líneas de formación en muchas millas a un lado y a otro y se tiene la sensación de haber sido trazadas aquellas con una regla. Los observadores extranjeros están atónitos.

Fueron días grandes: desde el amanecer a medianoche, día tras día, la mente está absorbida por la fascinación y novedad de los problemas que se presentaban en aumento. Y en todo momento había una sensación de poder para actuar, para formar, para organizar; todos los oficiales más capacitados de la marina argumentaban, aconsejaban e informaban a punto con lealtad y avidez; todo el mundo sentía que había pasado un gran peligro cerca de nosotros, que había un plazo de respiro antes de que volviera y que había que estar mejor preparados para la próxima vez. Los sábados, los domingos y todos los días que podía, los pasaba con las flotas en Portsmouth, o en Portland, o en Devonport, o con las flotillas en Harwich. Venían a almorzar o cenar conmigo oficiales de todas las categorías y se seguían discutiendo sin cesar todos los aspectos de la guerra y de la administración naval.

El yate del Almirantazgo Enchantress iba a ser ahora y durante muchos días mi oficina, casi mi hogar; y mi trabajo, mi sola ocupación y recreo. En total, estuve ocho meses embarcado de los tres años que precedieron a la guerra. Visité todos los arsenales, astilleros y establecimientos navales de las islas británicas y del Mediterráneo, y todos los barcos importantes. Examiné por mí mismo todos los puntos de importancia estratégica y todos los dominios del Almirantazgo. Continué trabajando para conocer cómo eran todas las cosas, para qué servían y cómo estaban conectadas entre sí. Al fin podía poner mi mano en todo aquello que era una necesidad y conocí a fondo el estado corriente de nuestras cuestiones navales.

Me acuerdo perfectamente de mi primer viaje de Portsmouth a Portland, donde estaba la flota. Un triste atardecer tocaba a su fin. Cuando vi la flota por primera vez emergiendo de la niebla, un amigo me hizo recordar «aquella larga fila de barcos batidos por la tempestad a los que nunca habían visto los ojos del Gran Ejército», pero que en su día «se colocó entre Napoleón y el dominio del mundo». En el puerto de Portland, el yate estaba fondeado en las inmediaciones de los grandes acorazados. Todo el puerto estaba animado con

las idas y venidas de lanchas y pequeñas embarcaciones de todas clases, y cuando la noche cayó, nacieron millares de luces del mar y de la playa; y todos los mástiles centelleaban sus mensajes entre barcos y escuadras. ¿Quién podía fallar en el trabajo para tal servicio? ¿Quién podía fallar cuando la misma oscuridad aparecía como cargada con la amenaza de una guerra próxima?

Pero considérense estos barcos, tan grandes en sí mismos y, sin embargo, tan pequeños, tan fácilmente desaparecidos de la superficie de las aguas. Confiábamos en que fueran suficientes para llevar a cabo su misión, pero solo por un pequeño margen de ventaja. Eran todo lo que teníamos, pues con ellos, tal como los concebíamos, flotaban la poderosa y majestuosa fuerza y dominio del Imperio británico. Nuestra larga historia, formada siglo tras siglo; todos nuestros grandes intereses en todas las partes del globo; todos los medios de subsistencia y seguridad de nuestro industrioso y activo pueblo dependían de ellos. Si se abrieran las llaves de las compuertas y se hundieran en el mar, como pasó más adelante con otra flota en un puerto del norte de las Islas, entonces, escasamente en pocos minutos —media hora todo lo más—, cambiaría el aspecto del mundo. El Imperio británico se disolvería como un sueño; cada comunidad del mismo tendría que luchar aisladamente para su propia existencia, el poder central de unión quedaría roto; poderosas provincias, imperios en sí mismos, perderían irremisiblemente el rumbo y caerían presa del extranjero. Y Europa, después de una breve convulsión, sería presa de las tenazas de hierro de los teutones y de todo lo que significa el sistema teutónico. Solo allá lejos, con el Atlántico por medio, quedaba América, todavía desarmada, sin preparación y sin instrucción, para mantener por sí sola la ley y la libertad entre los hombres.

¡Guardadlos bien, almirantes, capitanes, fuertes marineros! ¡Guardadlos y empleadlos bien!

V

El frente del mar del Norte

Hasta que fui al Almirantazgo, no me fue posible nunca apreciar el servicio prestado por míster McKenna y por lord Fisher a la Flota en el año 1909, con su avanzada reforma para aumentar el calibre de los cañones de 30,5 cm a 34,3. El aumento de calibre en una era bastante para aumentar el peso del proyectil de 285 kilogramos a 635; estaban en las gradas de los astilleros no menos de doce barcos para la Marina Real dotados de este espléndido armamento, sin igual, por entonces, en el mundo, que disparaba un proyectil una vez y media más pesado que el empleado por la flota alemana.

Inmediatamente me dediqué a poder llegar a un calibre mayor. Hablé de la cuestión a lord Fisher en nuestra entrevista de Reigate, y se lanzó apasionadamente en el apoyo de la sugerencia: «No debe proyectarse nada de calibre inferior a 38,1 cm para todos los acorazados y cruceros de batalla del nuevo programa; lograr el suministro de estas piezas de artillería sería el equivalente de una gran victoria en el mar; la duda ante el empeño sería una traición al Imperio. ¿Qué fue lo que permitió a Jack Johnson deshacerse de sus contrincantes? Sus fuertes puños. ¿Y quiénes eran los miserables que llenaban la cubierta de los barcos con fútiles cerbatanas?». Nadie que no lo haya visto podrá tener una idea de la pasión y de la elocuencia de este viejo león cuando se zambullía en una cuestión técnica. Resolví hacer un gran esfuerzo para asegurar la presea, pero las dificultades y los riesgos eran muy grandes y cuando miro atrás siento que dichas dificultades solo tenían su justificación en el éxito. El aumentar el calibre de los cañones suponía hacer los barcos más grandes con su consiguiente aumento de coste. Sin embargo, el proyecto no tenía que sufrir dilación y los cañones tenían que estar terminados al mismo tiempo que sus torres. No existía nada tan moderno como el cañón de 38,1 cm; nadie lo había construido aún. El progreso que suponía el cañón de 34,3 cm había sido ya de por sí un gran paso; su potencia era mayor, su precisión de tiro y mayor su vida. ¿Podrían los proyectistas británicos repetir la hazaña en escala mayor y con más actividad? La Junta de Artillería se puso manos a la obra y redactó los planos. La casa Armstrong fue consultada con gran secreto y estaba dispuesta a la ejecución. Tuve ávidas conferencias con estos expertos, cuya ciencia, por supuesto, desconocía, para ver qué clase de hombres eran y darme cuenta de lo que realmente pensaban sobre la cuestión. Todos estaban conformes y, para discernirlo, no era necesario ser un experto en balística. El director de Artillería Naval, el contraalmirante Moore, estaba dispuesto a empeñar su carrera profesional en la cuestión. Pero, con todo, no podía haber una seguridad completa, pues nosotros conocíamos bien el cañón de 34,3 cm, pero en el nuevo modelo de 38,1 cm podían desarrollarse toda clase de tensiones. Si pudiéramos llegar a disponer de un cañón de ensayo y experimentarlo completamente antes de dar las órdenes para la totalidad de los cañones de los cinco barcos, no habría en ello peligro alguno; pero entonces teníamos que perder un año entero, con lo que entrarían cinco barcos en línea, pero con un armamento inferior al que estaba en nuestra mano darles. Había muchas autoridades competentes que, consultadas, dijeron que sería más prudente perder el año, pues si los cañones no daban resultado los barcos constituirían un fracaso tremendo. No puedo recordar haber sentido mayor ansiedad ante una decisión administrativa.

Recurrí otra vez a lord Fisher, que continuaba impertérrito y violento en su idea. Templé mi ánimo y me lancé. Se ordenó que fueran construidos los pertrechos accesorios de estos cañones; dispusimos que con esfuerzos

excepcionales se avanzara en la fabricación para obtener un cañón cuatro meses antes que el resto, a fin de poderlo probar en alcance y precisión de tiro, y poder preparar las tablas de tiro y otros medios auxiliares complejos de los que dependen los resultados del tiro de la artillería. Desde este momento estábamos irrevocablemente comprometidos con todo el armamento, y todos los detalles constructivos del barco, que afectaban a miles de piezas, tuvieron que ser calculados de nuevo para ajustarse a los cañones. Imagínese por un momento el fracaso. ¡Qué desastre! ¡Qué escándalo! No había excusa alguna. Hasta mí llegarían los: «irreflexivo, inexperto», «antes de haber pasado un mes», «alterando todos los planes de sus antecesores» y llegar a este «horrible fiasco», «la mutilación de todos los barcos del año». Y ¿qué podría contestar yo? Sin embargo, aun cuando la decisión, una vez tomada, era irrevocable, era inevitable un período de espera de unos catorce a quince meses como mínimo. No obstante, disimulé mis temores. Escribí al primer lord naval que «había que correr riesgos en la paz igual que en la guerra, y que la decisión en los proyectos actuales podía ganar batallas ulteriores».

Pero todo fue como una seda. La ciencia artillera británica confirmó su excelencia, así como la manufactura inglesa, su solvencia y puntualidad. El primer cañón fue conocido en Elswick como el «cañón secreto de combate» y era mencionado invariablemente en todos los documentos oficiales como el «35,5 cm experimental». Fue un éxito acaparador. Disparaba proyectiles de 870 kilogramos a 32.000 metros y demostró una notable precisión de tiro en todos los alcances sin acortar su vida a consecuencia de dilataciones de cualquier clase. No dudo que me dominaba una ansiedad indebida, pero cuando vi, un año más tarde, disparar por primera vez al cañón, y supe que todo iba bien, sentí que me había librado de un gran peligro.

En 1913, una de esas novelas horrorosas que solían aparecer de vez en cuando por aquellos tiempos anteriores a la guerra, leí acerca de una gran batalla en la que, ante el asombro de la deshecha flota británica, los nuevos barcos alemanes abrían fuego con un terrible y desconocido cañón de 38,1 cm. Sentí una gran satisfacción en saber que esta bota estaba en otra pierna.

En el barco todo estaba supeditado al cañón, y esta fue la causa decisiva de todos los cambios introducidos en los proyectos. Desde un principio, en nuestros planes existía un barco que llevaba un armamento de diez cañones de 38,1 cm. Este barco, por consiguiente, tenía 183 metros de largo, un espacio interior suficiente para máquinas propulsoras que podían dar al barco la velocidad de 21 nudos y una capacidad para soportar blindajes, que en la corazas, torretas y torre timonera alcanzaban espesores, hasta ahora desconocidos, de 33 cm. Cuanto menor era el blindaje, mayor la velocidad, y cuanto menor la velocidad, mayor el blindaje, todo ello dentro de amplios límites. Pero por entonces una nueva idea empezó a prosperar; ocho cañones

de 38,1 cm disparaban una andanada simultánea de, aproximadamente, 7.250 kilogramos; diez cañones del último tipo de 34,3 cm disparaban solo 6.350 kilogramos. Por consiguiente, la potencia de fuego de ocho cañones de 38,1 cm era considerablemente mayor que la de diez cañones de 34,3 cm. Pero la superioridad no terminaba aquí. El aumento de dimensiones del proyectil venía acompañado del aumento de capacidad de la carga explosiva; no en progresión geométrica, porque intervenían otras consideraciones, pero sí se daba en aumento. Por otra parte, había que tener en cuenta la velocidad. 21 nudos era una velocidad respetable, pero supongamos que pudiéramos alcanzar otra mayor, supongamos que pudiéramos meter dentro del barco el número de caballos de vapor suficientes para impulsar estos terroríficos barcos (que ya poseían armamento y blindaje superiores a los de los mayores acorazados de combate) a velocidades obtenidas hasta ahora solo para los cruceros de batalla con cañones de 30,5 cm y blindaje ligero. ¿No habríamos introducido con ello un nuevo elemento en la guerra naval?

Aquí dejamos de hablar del material bélico. He descrito el proceso del mismo, paso a paso, a medida que se argüía sobre el asunto, pero por supuesto, todos los procesos se sucedían en correlación y el resultado mostró grandes posibilidades. Algo parecido al barco más arriba descrito podía ser construido si fuera necesario. ¿Era necesario? ¿Era eso lo que había que construir? Su valor táctico, ¿era suficiente para justificar el aumento de coste y todas las modificaciones en los planos? Para contestar debemos inmiscuirnos en la esfera de acción de la táctica.

Una escuadra de barcos dotados de una determinada superioridad de velocidad podía estar desplegada en la formación de aproximación para el combate de forma que permitiera, cualquiera que fuese el despliegue del enemigo, poder doblar el fuego en un cierto intervalo de tiempo sobre la cabeza de la formación enemiga, y así poderlo envolverlo y cruzar, y forzarlo a un movimiento circular para llevarlo de una vez y para siempre dentro de un círculo, sin esperanza de poder escapar a él (la llamada «posición fundamental»).

Hasta este momento, en todos nuestros planes de combate, este papel había sido asignado a los cruceros de batalla. Su velocidad les permitía, desde luego, cumplir esta misión. Pero tenemos que imaginar que serían enfrentados por los cruceros análogos del enemigo, con lo que tendría lugar un combate por separado sin relación alguna con el combate total. Además, los cruceros de batalla, nuestros hermosos «gatos», tal como su escuadra los llamaba irreverentemente, tenían poca coraza comparada con la de los acorazados enemigos, que, probablemente, estarían en la cabeza de la línea de combate. Es muy triste empeñar cruceros de batalla contra acorazados, de 18 a 20 centímetros de blindaje contra 30 a 32 centímetros, y, probablemente, con

menor potencia de fuego.

Supongamos, sin embargo, que pudiéramos hacer que una división de barcos tuviera la velocidad suficiente para alcanzar la ventajosa posición y que tuviera además blindaje y armamento tan fuerte como el de cualquier acorazado. ¿No habríamos adquirido de este modo, casi con exactitud, una ventaja inestimable y decisiva? El primer lord naval, sir Francis Bridgeman, que acababa de dejar el mando de la flota metropolitana, y muchos de sus oficiales pensaron, ciertamente, de este modo. La división rápida era el sueño de sus planes de combate. Pero, ¿podíamos disponer de estos barcos? ¿Podían ser proyectados y contruidos?

En este estado de cosas, se requirió a la Sección de Táctica de la Escuela de Guerra para que dictaminara el número de nudos de velocidad requeridos por una división rápida para asegurar a esta el poder maniobrar alrededor de la flota alemana tal como debía ser en los años 1914 y 1915.

La contestación fue que, si la división rápida podía navegar a 25 nudos o más, podía hacer lo que fuera necesario. En consecuencia, necesitábamos 4 o 5 nudos de velocidad adicional. ¿Cómo lograrlos? Por cada nudo más, era progresivamente mayor la cantidad de caballos de fuerza requerida. Nuestro nuevo barco navegaría a 21 nudos, pero para hacerlo a 25 nudos necesitaba 50.000 caballos de potencia. Esto suponía más calderas, pero ¿dónde colocarlas? Desde luego, se podían colocar en el sitio donde tenía que estar la quinta torre, que se podía ahorrar, habida cuenta del aumento de potencia de fuego del cañón de 38,1 cm.

Pero aun así era insuficiente. No podíamos disponer de la potencia necesaria para hacer navegar estos barcos a 25 nudos si no empleábamos combustible líquido.

Las ventajas de este combustible líquido eran inestimables. En primer lugar, la velocidad; en barcos iguales, el aceite pesado daba un gran aumento de velocidad respecto al carbón, permitiendo alcanzar la velocidad máxima en menos tiempo. Para el mismo peso en combustible, daba un radio de acción 40 % superior al del carbón. El nuevo combustible permitía ser repuesto en el mar con gran facilidad. Una flota que quemase aceites pesados podía mantener su base en el mar en caso necesario y con buen tiempo, proveyéndose de combustible procedente de barcos petroleros y sin necesidad de estar enviando continuamente un cuarto de sus efectivos a carbonear al puerto, gastando combustible en los viajes de ida y vuelta. El engorroso carboneo de los barcos dejaba exhaustas a sus tripulaciones; en tiempo de guerra, estas estaban privadas de su breve período de descanso y todos estaban sometidos a incomodidades extremas. Con los aceites pesados, bastaba conectar unos cuantos tubos en tierra o con los barcos petroleros, y los barcos de guerra

cargaban por absorción su combustible, empleando escasamente un hombre en este servicio. Para atender y limpiar los hogares de aceite se necesitaban menos de la mitad de fogoneros. El combustible líquido se podía almacenar en lugares inaccesibles al carbón. Cuando el barco a carbón tenía que agotar su combustible, había necesidad de emplear un número creciente de hombres, incluso los artilleros, en caso necesario, para palear el carbón de carbonera en carbonera hasta las proximidades de los hogares o hasta los hogares mismos, de este modo disminuía la eficiencia combativa del barco quizá en el momento más crítico del combate. Por ejemplo, en el Lion, había casi un centenar de hombres ocupados constantemente en palear carbón desde una carbonera a otra sin ver siquiera la luz del sol o del fuego de los hogares. El empleo de aceites pesados hizo posible en todos los tipos de barco tener mayor potencia de fuego y más velocidad con menos espacio y menos coste. Solo el combustible líquido hizo posible obtener grandes velocidades en ciertos tipos de barcos, y eran vitales para que estos cumplieran con sus fines tácticos. Todas estas ventajas se obtenían simplemente quemando en las calderas aceites minerales en vez de carbón. Si se hiciera posible en adelante abolir las calderas también y hacer que el aceite pesado accionara motores de combustión interna, entonces, las ventajas serían mucho mayores aún.

A mi llegada al Almirantazgo, había contruidos ya, o estaban en construcción, 56 destructores y 74 submarinos que empleaban, exclusivamente, el combustible líquido, y casi todos los hogares de los barcos se rociaban también con cierta proporción de aceites pesados. Sin embargo, no éramos dependientes de este combustible hasta el punto de que su suministro creara un grave problema a la marina. La construcción de un gran número adicional de barcos accionados por aceites pesados significaba fundamentar nuestra supremacía naval en estos; ahora bien, nuestras islas no disponían de cantidades apreciables de este combustible, que, en caso de sernos necesario, teníamos que traerlo en tiempo de paz procedente de países lejanos. Por otra parte, teníamos el mejor carbón graso del mundo para calderas y que estaba a buen recaudo en nuestras minas y a nuestras manos.

El cambio del suministro fundamental de la marina, del carbón británico a los aceites pesados extranjeros, era, en sí, una decisión grandiosa, que una vez tomada daría lugar a una gran serie de problemas que requerían, todos, un considerable gasto inicial. En primer lugar, habría que almacenar en Inglaterra una enorme reserva de combustible, suficiente para permitirnos combatir durante muchos meses y sin necesidad de reponerlo con un simple petrolero; esta reserva de combustible tendría que estar en tanques de depósito enormes, contruidos en las inmediaciones de nuestras bases navales. Estos tanques de depósito, ¿no serían demasiado vulnerables?, ¿podrían ser protegidos? ¿Sería posible esconderlos o disimularlos? La palabra «camuflaje» no era aún conocida. Había que construir una flota de barcos petroleros para traer el

combustible procedente de países lejanos a Inglaterra, y otra, de distinto tipo, para transportarlo desde nuestros puertos a las flotas de guerra en alta mar.

Debido a los sistemas financieros a los que nosotros mismos nos habíamos ligado, no nos era posible disponer de una cantidad de capital suficiente para resolverlo todo de una vez; tenía que ser ganado cada penique en el Parlamento año tras año, y este gasto constituía un aumento inevitable del presupuesto naval tan discutido. Y, detrás de estos problemas, estaban aún los más intangibles de los mercados y monopolios. El suministro de aceites minerales estaba en manos de poderosos trusts bajo administración extranjera. La determinación irrevocable del cambio de combustible de nuestros barcos de guerra era, ciertamente, «armarse contra un mar de adversidades». En la tormenta, las olas coronadas de espuma surgían por encima de los rompeolas del puerto en que estábamos resguardados. ¿Debíamos lanzarnos a desafiar la tempestad o quedarnos tranquilos donde estábamos? Y, sin embargo, más allá de los rompeolas había una gran esperanza. Si vencíamos las dificultades y los peligros, estaríamos en condiciones de elevar a un gran nivel la potencia y eficiencia totales de la marina: mejores barcos, mejores tripulaciones, más economías y más modalidades en la intensidad de nuestra potencia de guerra; en una palabra, el precio de la aventura era la supremacía en sí. Un año ganado al enemigo podía asegurarla. ¡Adelante, pues!

Los tres programas de 1912, 1913 y 1914 comprendían los mayores aumentos en potencia y en coste que hasta ahora se habían hecho para la Marina Real. Con la excepción lamentable de los acorazados de combate del año 1913 (y estos fueron corregidos después), aquellos programas no comprendían ningún barco a carbón; submarinos, destructores, cruceros ligeros, acorazados rápidos, en fin, todos fueron a base de aceites pesados. Se tomó la resolución cuando fue decidida la creación de la división rápida. Entonces, y por primera vez, los barcos capitales de nuestra marina, en los que se fundaba nuestra existencia, estaban alimentados exclusivamente con el nuevo combustible y solo con este podían funcionar. Naturalmente, lo hecho con los grandes buques se hizo también con los pequeños, pues, una vez pasado el mal trago, no era cuestión de detenerse en los asuntos de poca monta.

Voy a hablar, ahora, de las dificultades que me ocasionaron en 1913 y 1914 las decisiones de formar la división rápida de acorazados y de cambiar la clase de combustible de nuestra flota. No puedo negar que los compañeros, que no podían prever el gasto suplementario a consecuencia de dichas decisiones, tenían motivos de queja. Los acorazados eran presupuestados por aquel tiempo en unos dos millones y medio de libras esterlinas, los barcos de la clase del Queen Elizabeth costaban más de tres millones; fue necesario un desembolso superior a los diez millones de libras para crear la reserva de aceites pesados,

con su proporción en depósitos tanques y petroleros, aun cuando en todo caso una parte de estos habría sido necesaria en cualquier caso. Más de una vez pensé que sucumbiría. No obstante, yo contaba con el apoyo constante del primer ministro, el lord canciller del Tesoro, cuya misión era ser mi crítico más exigente, y era mi más amistoso compañero. De este modo todo fue bien. La suerte premió esta lucha constante y firme contra las dificultades que iba encontrando la Junta del Almirantazgo y nos proporcionó una recompensa magnífica a nuestros esfuerzos y que rebasó, de mucho, nuestras esperanzas.

Una serie ininterrumpida de gestiones nos condujo a la Anglo-Persian Oil Convention; el primer paso fue la creación de una Comisión Real para Suministro de Aceites Minerales; lord Fisher fue invitado e inducido a presidirla. Simultáneamente a la creación de esta comisión, proseguimos en el Almirantazgo nuestras gestiones para la compra de este combustible. Aconsejado por sir Francis Hopwood y sir Frederick Black, envié al almirante Slade con una comisión de expertos a los territorios del golfo Pérsico para que recorriera los campos petrolíferos. A todos ellos es debido el buen término de esta empresa, en cuya fase financiera final prestaron sus buenos servicios el gobernador del Banco de Inglaterra, después lord Cunliffe, y los directores de la Anglo-Persian Company y de la Royal Burmah Oil Company. Durante los años 1912 y 1913, nuestros esfuerzos fueron continuos.

Así, cada cuestión traía consigo otra inmediata; desde el propósito primero de aumentar el calibre de nuestros cañones, fuimos a parar, poco a poco, a la división rápida, cuya formación nos obligó a la creación de unidades vitales de la flota accionadas por aceites pesados. Esto a su vez condujo a la adopción general de este combustible y a todas las previsiones necesarias para constituir una buena reserva almacenada del mismo. Así pues, llegamos a una situación en la que ya no podíamos retroceder; solo podíamos seguir nuestra ruta hacia adelante y encontramos, finalmente, el camino que nos condujo al acuerdo y contrato anglopersa sobre petróleos, que con una inversión inicial de dos millones de libras de empréstito público (ampliado después a cinco millones), había, no asegurado solamente a la marina una gran proporción de su suministro de combustible líquido, sino que condujo a la adquisición, por parte del Gobierno, de la dirección de propiedades e intereses petrolíferos que están valorados actualmente en veintenas de millones de libras esterlinas, y, por consiguiente, a economías muy importantes en el precio de compra de combustible del Almirantazgo, que aún continúan.

Fundado en todo lo expuesto, puede decirse que el beneficio acumulado (realizado y potencial) de este desembolso puede ser estimado como una suma no meramente suficiente para pagar todo el programa de barcos, grandes y pequeños, de este año y la implantación, anterior a la guerra, de los combustibles líquidos, sino como un argumento del que razonablemente

podemos hacer uso para proclamar que las poderosas flotas botadas al agua en 1912, 1913 y 1914, las mayores construidas por una potencia en tan breve plazo de tiempo, se añadieron a la flota británica sin costar ni un solo penique al contribuyente.

Tal es la historia de la creación de la división rápida de cinco acorazados de combate, el Queen Elizabeth, el Warspite, el Barham, el Valiant y el Malaya, todos accionados con aceite pesado, capaces de navegar a un mínimo de 25 nudos, armados con ocho cañones de 38 cm y protegidos con un blindaje de 33 cm. Estos barcos existen aún entre las quince grandes unidades capitales de la marina. Más tarde veremos el papel desempeñado por ellos en la batalla de Jutlandia.

No me es posible explicar aquí, dentro de los límites de esta obra y tal como me gustaría hacerlo, el proceso de los proyectos de los cruceros ligeros, los Arethusas, de los que se botaron, en la paz y en la guerra, no menos de cuarenta.

La política de guerra del Almirantazgo creció y se asentó a través de las continuas guerras y antagonismos con Francia; consistía en establecer inmediatamente después de la declaración de guerra un estrecho bloqueo de los puertos y bases navales enemigos por medio de flotillas de poca potencia respaldadas por cruceros y por flotas superiores de batalla en reserva. La experiencia de doscientos años había llevado a nuestros estrategas navales a establecer este principio fundamental: «Nuestra primera línea de defensa está en los puertos enemigos».

Cuando se inventó el torpedo, los franceses intentaron frustrar el bien conocido plan británico construyendo un gran número de torpederos, y el Almirantazgo, después de algunos años, contestó con la construcción de destructores. Estos barcos cumplían dos condiciones: la primera, eran lo suficientemente grandes para navegar en toda clase de tiempo y operar a través del Canal durante un período suficiente de tiempo; la segunda, sus cañones eran suficientemente poderosos para destrozar o dominar a los torpederos enemigos. Así pues, a pesar del advenimiento del torpedo, conservamos nuestra facultad de poder mantener flotillas fuertes en las inmediaciones de las bases navales enemigas. Al mismo tiempo, a lo largo de la costa meridional británica, se establecieron una serie de puertos en las inmediaciones de nuestras factorías navales, protegidos contra la acción de los torpedos, y que permitían un refugio seguro para nuestras flotas de combate y otros barcos auxiliares cuando no prestaban sus servicios en alta mar.

Cuando, a principios de siglo, Alemania se convirtió, en vez de Francia, en nuestro principal enemigo en el mar, nuestro frente estratégico general se desplazó de la costa sur a la este, y desde el Canal hasta el mar del Norte. Pero

aun cuando cambiaron el enemigo, el frente y el teatro de operaciones, el principio estratégico naval británico subsistió. Nuestra primera línea de defensa se consideró en los puertos enemigos; el plan del Almirantazgo era todavía el de un riguroso bloqueo de puertos ejercido por fuertes flotillas debidamente sostenidas por cruceros y, finalmente, por flotas de combate.

No era de esperar que nuestros preparativos en este nuevo frente alcanzaran el mismo grado de perfección que alcanzaron en los conflictos sostenidos en el Canal por tantas generaciones de marinos británicos; y en lo que se refiere a nuestras bases navales, estábamos aún en período de transición cuando empezó la Gran Guerra. El efecto más serio del cambio de frente se dejó sentir en nuestros destructores; en vez de operar a distancias de 20 a 60 millas a través del Canal con naves de soporte en puertos seguros cercanos, tenían ahora que operar en la bahía de Heligoland, a 240 millas y con bases no apropiadas para apoyar la flota de combate, a excepción del Támesis o Forth. No obstante, el Almirantazgo persistió en su plan tradicional, y sus planes de guerra hasta 1911 estaban orientados hacia el bloqueo, cerrando los puertos enemigos apenas fuera declarada la guerra. Nuestros destructores fueron contruidos con mayores cualidades marineras y con una mayor superioridad de artillería. Los alemanes, por su parte, se adhirieron a la concepción francesa del empleo de torpederos como medio de ataque de nuestros grandes barcos. Mientras nosotros confiábamos en las mejoras de las condiciones marineras y de la potencia de fuego de nuestros destructores, los alemanes confiaban en el torpedo y en las grandes velocidades en los momentos de buen tiempo en el mar. No obstante, las distancias mucho mayores a las que tenían que operar nuestros destructores a través del mar del Norte, reducían muchísimo su efectividad; en cualquier punto del Canal podían operar a base de dos relevos, pero, para operar en el mar del Norte eran necesarios tres. Por consiguiente, solo podíamos disponer de una tercera parte de nuestra fuerza en flotillas, en vez de la mitad, en un momento dado. Contra esta tercera parte, el enemigo podía lanzar en un momento determinado toda su fuerza. Para poder desarrollar nuestro antiguo plan estratégico desde nuestras bases navales metropolitanas, necesitábamos flotillas tres o cuatro veces mayores a las de los alemanes. No era probable que pudiéramos alcanzar esta superioridad.

En consecuencia, desde poco antes de 1905, cuando fue firmado el acuerdo con Francia, hasta la crisis de Agadir en 1911, el Almirantazgo hizo planes para capturar una u otra de las islas alemanas. Con ello se intentaba establecer una base allende los mares y en la que, a partir del comienzo de la guerra, pudieran repostarse y descansar nuestras flotillas y en la que, a medida que la guerra fuera siguiendo su curso, podrían efectuarse los preparativos necesarios para hacer de ella una ciudadela avanzada de nuestra potencia naval. Por este procedimiento, el Almirantazgo podría haber llevado a cabo nuestro antiguo plan de abatir las flotillas enemigas y fuerzas ligeras dentro de sus puertos y

mantener constantemente nuestro bloqueo cercano.

Estas consideraciones también se las hacían los alemanes. Aumentaron mucho las fortificaciones de Heligoland y procedieron a fortificar, una tras otra, las islas Frisias, en tanto estas eran adecuadas a nuestros propósitos. Al mismo tiempo apareció en escena un nuevo e importante factor: el submarino. El submarino, no solo hacía difícil la captura y mantenimiento de una base o bases alejadas, o imposible, como sostenían algunas autoridades en la materia, sino que amenazaba destruir nuestros cruceros y acorazados, sin cuyo apoyo constante, nuestras flotillas podrían ser destrozadas por los cruceros enemigos.

Esta era la situación en octubre de 1911, cuando, inmediatamente después de la crisis de Agadir, acepté el cargo de primer lord del Almirantazgo y procedí a la formación de una nueva junta del mismo. Viendo que en aquellos momentos no teníamos una fuerza numérica de destructores capaz de dominar la de los destructores enemigos en sus aguas, ni teníamos tampoco fuerza suficiente para sostener las flotillas con grandes buques de guerra, y teniendo en cuenta también las dificultades y el azar en todas las circunstancias del asalto y captura de una de estas islas fortificadas recientemente, procedimos a revisar nuestros planes de guerra y a sustituirlos, con pleno acuerdo de nuestros principales jefes con mando y embarcados, por el plan de bloqueo alejado expuesto en las órdenes del plan de campaña del Almirantazgo de 1912.

La política de bloqueo distante no fue adoptada por elección sino por necesidad; no implicaba un repudio, por parte del Almirantazgo, de su principio fundamental de estrategia naval agresiva, sino solo un abandono del mismo en vista de las dificultades que no podían resolverse prácticamente. Se proyectó que se harían toda clase de esfuerzos, tanto antes como después de la declaración de guerra, para vencer estas dificultades. Se previno acertadamente que, cerrando las salidas del mar del Norte al océano Atlántico, el comercio alemán podría ser casi eliminado del mundo; se esperaba que la presión económica y financiera resultante de tal bloqueo perjudicaría fatalmente a los alemanes en su fuerza para llevar adelante la guerra. Era de esperar que esta presión daría lugar a que la flota alemana se hiciera a la mar para combatir no en sus aguas territoriales, sino en alta mar, con gran desventaja numérica. Se creía que, entretanto, nosotros podríamos seguir dominando todos los mares sin peligro alguno para nuestras comunicaciones marinas o para el movimiento de nuestras tropas y preservar así a las islas británicas de la invasión. No había razón, por entonces, para suponer que no subsistieran las mismas condiciones con constante ventaja por nuestra parte y presión constante sobre el enemigo. En lo que se refiere a todos los barcos de superficie y, ciertamente, en los tres primeros años de la guerra, estas esperanzas fueron confirmadas por la experiencia.

La flota, con arreglo a estas órdenes, se dispuso estratégicamente para cortar las salidas del mar del Norte, situando la Gran Flota en Scapa Flow y desplegando un cordón de destructores en el estrecho de Dover, apoyados por acorazados viejos y protegidos por ciertos campos de minas. Estas conclusiones fueron sometidas a prueba durante la guerra y siempre mantenidas, en lo esencial, por todas las Juntas de Almirantazgo en funciones. Con estos métodos la flota británica tuvo el dominio efectivo de todos los océanos del mundo y lo conservó.

De todos los peligros que amenazaban al Imperio británico, no había ninguno comparable al de un ataque sorpresa a su flota. Si esta o alguna parte importante de la misma fuera cogida desprevenida o no preparada, y fuera destruida nuestra preponderancia naval, perderíamos la guerra y no habría límite a las desgracias que se nos vendrían encima, excepto el de la magnanimidad de un poderoso conquistador. En años recientes, habíamos visto, en este último aspecto, cuán poco se podía confiar en ello ante el ejemplo de pequeñas naciones vencedoras que no supieron poner límites a sus pasiones frente a sus enemigos vencidos. Gran Bretaña, una vez privada de su defensa naval, podía ser sometida de un modo expedito a una sumisión al arbitrio de un conquistador; sería desmembrado su Imperio; los Dominios, la India, sus inmensas posesiones africanas e insulares serían transferidos a los vencedores; Irlanda se convertiría en una república hostil bien armada en un flanco de Inglaterra; y el pueblo inglés, reducido a una condición sin esperanza, sería castigado con enormes indemnizaciones, calculadas para deshacer su organización social, eso si no eran reducidos más bien, según la frase mordaz de sir Edward Grey, a la condición de «apéndice subordinado a un poder superior». Unas condiciones menos severas de las que hasta ahora había encontrado Alemania le habrían bastado para destruir de un golpe y para siempre al Imperio británico. Las apuestas estaban muy altas; si subsistía nuestra defensa naval, estábamos a salvo y seguros, ajenos a las vicisitudes de cualquier nación europea; si fracasábamos, nuestro destino era cierto y final.

Por consiguiente, ¿a qué medidas supeditaría Alemania la destrucción de la flota británica? Habida cuenta del espíritu de inventiva alemán, que nos era necesario tener presente para conjeturar los propósitos enemigos, ¿con qué formas de ataque teníamos nosotros que contar? Por supuesto, si Alemania no deseaba ir a la guerra, todo esto no serían más que pesadillas. Pero si, por el contrario, deseaba e intentaba promover una guerra, era evidente que no habría dificultad en encontrar un pretexto, derivado de una disputa con Francia o con Rusia, para crear una situación en la que la guerra sería inevitable, y poder elegir así el momento más oportuno para ella. Las guerras de Federico y de Bismarck habían demostrado la extraordinaria rapidez y el modo súbito empleado por la nación prusiana para caer sobre su enemigo. El continente era un polvorín de extremo a extremo; una simple chispa bastaba para que se

produjera la explosión. Habíamos visto lo que había sucedido a Francia en 1870; habíamos visto lo que le había sucedido a la flota rusa en Port Arthur en 1904, por descuidar sus precauciones. Ahora sabemos lo sucedido a Bélgica en 1914, y, no menos notable, la demanda que Alemania decidió hacer a Francia el día primero de agosto de 1914, según la cual, en el caso de que Francia prefiriese permanecer neutral mientras Alemania atacaba a Rusia, tenía que entregar, como garantía, los fuertes de Verdún y de Toul para ser ocupados por guarniciones alemanas.

El peligro, pues, de un golpe inesperado, no era una fantasía. De todos modos, ¿no era razonable que se denotaran algunas señales de aviso? Probablemente habría una especie de disputa, cada vez mayor, entre las grandes potencias, lo que permitiría una observación particular de vigilancia por parte del Almirantazgo. Podíamos desplegar nuestros servicios de información sobre movimientos militares y navales. Era casi seguro que habría perturbaciones en los cambios financieros mundiales, que denotarían un estado de inquietud. Por consiguiente, ¿podríamos contar con un aviso previo de una semana, de tres días, o de, como mínimo, veinticuatro horas, antes que estallara el conflicto?

En Europa, donde grandes naciones se enfrentaban entre sí con sus grandes ejércitos, había montada una salvaguardia automática contra la sorpresa; no podían acontecer sucesos importantes y decisivos hasta que los ejércitos estuviesen movilizadas, lo que exigía, como mínimo, unos quince días. La defensa de Francia, por ejemplo, no podía, pues, ser vencida sin una gran batalla en la que tenía que estar inmiscuida la mayor parte de la fuerza defensiva de esta nación. Pero, la flota británica no tenía esta garantía; no era necesaria la movilización en las flotas de ambos bandos para lanzarse el uno contra el otro; solamente había que poner las máquinas en marcha y cargar los cañones. Y detrás de esta triste amenaza, estaba aún la del torpedo. En lo que se refiere al fuego de los cañones, nuestro principal peligro estaba en que fuera dividida nuestra flota de manera inesperada, y destrozada una parte vital de la misma sin daños proporcionales en la flota enemiga. Este peligro quedaba notablemente reducido por la telegrafía sin hilos, que permitía dirigir instantáneamente las partes divididas a un rendez-vous colectivo y evitar la acción antes de terminada la concentración. Además, el fuego artillero era un juego que ambas partes podían jugar. No era lógico estimar que la fuerza principal de una flota cayera dentro del radio de acción de la otra sin haber tomado las precauciones debidas. Pero el torpedo era un arma esencialmente de sorpresa y traidora; y todo lo que era verdad en el torpedo de un barco de superficie se aplicaba con un efecto diez veces mayor al torpedo de un submarino.

Naturalmente, había límites tras de los cuales era imposible salvaguardarse

uno mismo; no era simplemente un caso de pocas semanas de precauciones especiales. La flota británica tenía que vivir su vida ordinaria en tiempo de paz; tenía que hacer sus cruceros por el mar y sus ejercicios, sus períodos de permisos y de reparaciones; nuestros puertos estaban abiertos al comercio mundial y era imposible materialmente una seguridad absoluta contra la traición. Por otra parte, no era fácil tampoco la ejecución, incluso de la traición, pues requería la cooperación de un gran número de individuos de distintas categorías y la puesta en marcha de máquinas inmensas y complicadas. El Comité de Defensa Imperial, después de un serio debate, dispuso que el Almirantazgo, sin hacer suposiciones sobre si un ataque a la flota podía ser la victoria o la derrota, debía estar preparado para un ataque imprevisto en tiempo de paz. Hicimos cuanto estuvo en nuestras manos para seguir esta norma y, en lo principal, creo que tuvimos éxito; la posición y condición de la flota británica se consideraba diariamente en relación con las de la alemana. Era mi costumbre comprobar nuestras disposiciones con preguntas al Estado Mayor, que demandaba repentinamente: «¿Qué sucedería si la guerra con Alemania empezara hoy?». No pude nunca echar de menos la respuesta adecuada, mostrando todas las veces que tuvimos la facultad de efectuar nuestra concentración principal antes de que una parte de la flota pudiera ser inducida a combatir. Nuestra flota no hizo sus cruceros a las costas españolas hasta que supimos que la flota alemana de alta mar estaba en curso de sus reparaciones de invierno. Cuando hicimos grandes maniobras tuvimos mucho cuidado en que el carboneo y los permisos ulteriores de personal se hicieran de modo que nos asegurasen la posibilidad de concentrarnos en un momento determinado. No conozco ni un momento, en el período del que estoy escribiendo hasta la declaración de la guerra, en que fuera materialmente posible que la flota principal británica pudiera estar desprevenida o ser encontrada dispersa y dividida por una formación seria de barcos de superficie alemanes. No podía ser prevenido en absoluto un atentado en plena paz, o un ataque submarino sobre una escuadra en su puerto, en ejercicio, o en el minado de una zona probable de maniobra; pero, dentro de las posibilidades humanas, había que contar con que el éxito enemigo sería solo parcial. Es más, creo que tal procedimiento no entraba en los planes del Almirantazgo alemán, ni en los del Gobierno, ni en los del Emperador. Entretanto, en los intentos por nuestra parte de guardarnos contra las peores posibilidades, mi propia convicción era que habría una causa de disputa, acompañada de una crisis y una baja en los mercados, seguida rápidamente por la declaración de guerra o por acciones de guerra simultáneas a la declaración, pero ocurrirían muy poco antes. Lo que sucedió no era muy distante de lo que pensé.

Hay una gran incertidumbre, en tiempo de guerra, para saber lo que el enemigo hará y lo que sucederá después; pero, una vez en guerra, la tarea está determinada y predomina sobre todo. Cualesquiera que sean las conjeturas

sobre el enemigo en el futuro, la propia acción queda circunscrita dentro de los límites prácticos; queda campo abierto solo a un cierto número de alternativas y se vive en un mundo de realidades donde las teorías son constantemente corregidas y desviadas por la experimentación. Los hechos resultantes se acumulan y regulan la próxima decisión a tomar.

Supóngase que todo el proceso de la guerra se traslada desde la región de la realidad a la de la imaginación. Supóngase que tenemos que conjeturar, en primer lugar, todo lo que será la guerra; en segundo lugar, lo que será el país cuando aquella sobrevenga; y en tercer lugar, que iremos como una nación unida y convencida a tiempo, y que se tomarán las medidas necesarias antes de que sea demasiado tarde. Los procesos del pensamiento se hacen entonces en el terreno de la especulación. Cada serie de premisas, que hay que establecer previamente, pone un nuevo velo de densidad variable frente al telón oscuro del futuro. La vida del militar o del marino capacitado se hace a base de estas experiencias: tensión aguda en medio de toda la confusión imaginable de supuestos para tener que deducir de entre una gran cantidad de hipótesis confusas lo que sucederá en tal día y lo que habrá que hacer frente a lo sucedido antes que termine aquel. Pero la gente de mayor autoridad que los rodea, y con frecuencia más inteligente, los contempla como si fuesen unos conjurados, o en el mejor de los casos, como unos niños mayores que están jugando con sus juguetes, muy peligrosos por cierto.

En consecuencia, lo más que podíamos hacer en los días anteriores a la guerra era intentar medir y prever lo que podría sucederle a Inglaterra en un inicio de hostilidades con Alemania y en las semanas siguientes. El mirar más allá era superior a las fuerzas del hombre; solo el intentar hacerlo era complicar las cosas por encima de la resistencia mental, los senderos del pensamiento se bifurcaban con mucha rapidez. ¿Habría una gran batalla naval o no? ¿Qué sucedería entonces? ¿Quién ganaría la gran batalla terrestre? Nadie podía asegurarlo. Naturalmente, el primer paso era estar preparados; no ser sorprendidos; estar concentrados; no dejarse coger divididos; tener la flota más potente posible en las mejores bases, en las mejores condiciones, y a tiempo; y si entonces sobrevenía el combate, esperar su resultado con el corazón firme. Todo, pues, para precaver la sorpresa; todo, pues, para impedir la división de fuerzas; todo, pues, para aumentar la potencia de las fuerzas disponibles para la batalla naval suprema.

Pero supongamos que el enemigo no aceptase una batalla en el mar, y supongamos que la guerra continuase, no durante semanas o meses, sino durante años. Pues bien, entonces sería más fácil juzgar estos asuntos a su debido tiempo, porque todo el mundo estaría alarmado, despierto y activo para poder tomar las medidas necesarias, y también habría tiempo para llevarlas a cabo. Ninguna fase sería tan difícil y peligrosa como la primera; los problemas

del segundo año de guerra serían tratados con las experiencias del primero; los del tercer año se emprenderían con los resultados observados y estudiados del segundo, y así sucesivamente.

Por consiguiente, rechazo, en nombre de todas las juntas del Almirantazgo que yo presidí hasta finales de mayo de 1915, todos los reproches por lo que sucedió en los años 1917 y 1918. Las experiencias de estos años no pueden hacerme perder la cabeza; es inútil que se me diga que, si los alemanes hubieran construido en los tres años anteriores a la guerra los submarinos que construyeron en los tres años posteriores, Gran Bretaña habría sido derrotada; o que si Inglaterra hubiera tenido en agosto de 1914 el ejército que teníamos un año más tarde, no hubiera habido guerra. Cada serie de circunstancias crea otras nuevas. ¿Habría sido permitido por Inglaterra que, en plena paz, Alemania construyera una enorme flota de submarinos que no podía tener otro objeto que la ruina y destrucción por hambre de estas Islas mediante el hundimiento de sus barcos mercantes indefensos? ¿Habría esperado Alemania para atacar a Francia, mientras Inglaterra formaba un ejército fuerte para acudir en ayuda de su aliada?

Todos los acontecimientos tienen que ser juzgados en una justa relación con las circunstancias del momento, y solo desde este punto de vista.

VI

Irlanda y el equilibrio europeo

A lo largo de 1913 me encontré luchando con las dificultades del suministro de los combustibles líquidos; estábamos ya completamente comprometidos con estos como única fuerza motriz de una gran parte de barcos de nuestra flota, incluyendo los más modernos y nuestras unidades más vitales. Había una gran ansiedad en la Junta del Almirantazgo y en el Estado Mayor sobre las reservas de aceites pesados. El segundo lord naval, sir John Jellicoe, pedía con insistencia un mayor aumento de las cantidades previstas. El jefe del Estado Mayor era responsable, no solo de la cantidad de estas reservas, sino que también tenía que precaver el peligro alegado del empleo de un combustible tan explosivo en los barcos de guerra. Por último, la Comisión Real, que presidía lord Fisher, apremiada por la inquietud del Almirantazgo, mostraba predisposición para la demanda de una reserva igual a cuatro años de consumo en guerra. Este consumo había sido estimado por el Estado Mayor; el gasto que suponía esta reserva era enorme. No solo había que comprar los petróleos en mercados regidos por monopolios, sino que también había que construir grandes instalaciones de depósitos y comprar los terrenos adecuados.

Aun cuando, una vez creada esta reserva, constituyera, tanto en paz como en guerra, un valor activo del Estado, como la reserva de oro del Banco de Inglaterra, no nos estaba permitido tratar el asunto como una inversión de capital: todo tenía que resolverse con los presupuestos ordinarios. Al mismo tiempo, Hacienda y mis colegas del Gabinete se enojaban con inquietud ante los gastos navales, que eran atribuidos en gran parte a mi precipitación en la adopción de acorazados accionados por combustibles líquidos y al aumento desenfrenado del calibre de los cañones, de la velocidad y del blindaje de los barcos. Por una parte, tenía que afrontar la demanda creciente de los medios navales, y por otra, me encontraba con una fuerte resistencia a hacer gastos; en medio de todo esto estaba la existencia de nuestra potencia naval.

Tuve, pues, que luchar durante todo el año en dos frentes; en uno para rechazar la excesiva y, tal como yo creía, exagerada demanda de la Comisión Real y de mis consejeros navales, y en el otro tenía que luchar en la Tesorería y en el Gabinete para lograr las consignaciones necesarias. Tenía que tener sumo cuidado en que los argumentos que empleaba en un frente no fueran conocidos por los antagonistas del otro.

Todas nuestras dificultades económicas causadas por los aumentos de precios y la siempre creciente complejidad y refinamiento de las instalaciones navales, llegaron a su punto máximo a fines del año 1913, cuando los presupuestos para el año siguiente tenían que ser presentados, primero a la Tesorería, y después al Gabinete.

En las conversaciones preliminares no pudimos llegar a un acuerdo con la Tesorería y las negociaciones se trasladaron al Gabinete a finales de noviembre. Siguieron cinco meses de grandes discusiones, durante los cuales el presupuesto naval constituyó el principal, y con frecuencia único, tema de las deliberaciones en no menos de catorce prolongadas sesiones del pleno del Gabinete. Al principio, me encontraba casi en minoría de uno; yo no estaba dispuesto a ceder en lo esencial, especialmente en lo que hacía referencia al programa de acorazados de combate, sin bajar de los tipos calculados y declarados de fuerza en los que se basaba toda nuestra política naval frente a Alemania. El Gabinete había decidido, en 1912, mantener la igualdad con la flota austríaca del Mediterráneo con cuatro dreadnoughts que estábamos construyendo rápidamente. Sin embargo, la cosa se complicó con los tres dreadnoughts prometidos por Canadá. El Gobierno de Canadá había estipulado que estos barcos tenían que ser adicionales al 60 % de la fuerza tipo. Nosotros habíamos declarado formalmente que estos barcos eran indispensables, y a base de ello fue comisionado sir Robert Borden para discutir el asunto en Canadá. Como estaba claro, debido a la acción del Senado canadiense, que estos barcos «condicionales» e «indispensables» no serían botados en el próximo año, me vi obligado a pedir el adelanto de la botadura, como mínimo,

de tres acorazados del programa de 1914-1915. Era muy duro para el Gabinete acordar esta decisión. Hacia mediados de diciembre, creí ciertamente que tenía que presentar mi dimisión. Hasta las bases esenciales de la política naval fueron recusadas, y la controversia fue mantenida por críticos ministeriales conocedores especialmente de los asuntos del Almirantazgo, versados en todos los detalles del problema y autorizados para ser informados exactamente en todos los puntos. Sin embargo, el primer ministro, mientras aparentaba ser imparcial, trataba los asuntos como si no ocurriera nada. En varias ocasiones, cuando parecía que el desacuerdo era total y sin remedio, impidió una decisión adversa al Almirantazgo dando fin a la discusión; y, a mediados de diciembre, cuando esta situación no podía prolongarse por más tiempo, aplazó todo el asunto para mediados de enero.

Este intervalo para la reflexión produjo cierto cambio en la situación y, cuando regresé a Londres, hacia la mitad del mes de enero, varios de mis principales compañeros me comunicaron que creían que la causa del Almirantazgo había ganado terreno en lo esencial. No obstante, el conflicto se retomó con un vigor extraordinario. Nosotros continuamos entresacando documentos y argumentos del Almirantazgo de un modo ininterrumpido y a medida que se discutía cada nuevo punto.

Mientras tanto, los ecos de la controversia habían llegado a la prensa diaria. Ya el día 3 de enero, el lord canciller de la Tesorería había deplorado, en una entrevista concedida al Daily Chronicle, la locura de los gastos de armamentos; se había referido precisamente a la dimisión de lord Randolph Churchill por asuntos de economía y había expresado su opinión de que el estado y perspectivas del mundo nunca habían sido más pacíficos. La prensa radical y liberal se hacía oír con sus estribillos sobre economía y se desarrolló un fuerte movimiento contra el Almirantazgo entre nuestros defensores más influyentes de la Cámara de los Comunes. No obstante, pronto se reunió el Parlamento y la cuestión irlandesa empezó a acaparar la atención. Los más partidarios de la Ley para el Gobierno de Irlanda no deseaban en modo alguno que el Gobierno quedara debilitado por una dimisión de toda la Junta del Almirantazgo. Habíamos estado ya tan apremiados por la lucha de los partidos que la defección de un solo ministro podía producir serios efectos. Nadie esperaba de mí que me marchase en plácido silencio. La perspectiva de una gran agitación naval, añadida a una tensión irlandesa, era algo demasiado desagradable. Para consolidar mi posición en el partido, me mezclé de un modo activo en la controversia irlandesa; en esta precaria situación discurrieron el mes de febrero y parte del de marzo, sin ganancia ni pérdida para ninguno de los dos bandos en contienda.

Por fin, gracias a la inalterable paciencia del primer ministro y a su firme y silencioso apoyo, el presupuesto naval fue aceptado prácticamente tal como

estaba. En todos estos meses de disputas solo tuvimos que renunciar a tres pequeños cruceros y a doce torpederos para la defensa de bases. Se presentó al parlamento un presupuesto de 52,5 millones. Obtuvimos esta victoria, pero no sin vernos obligados a dar ciertas seguridades para el futuro. Di mi conformidad, con ciertas reservas, para una importante reducción del presupuesto en el año próximo.

Cuando llegó esta fecha, no hubo quien me presionara para cumplir mi promesa.

La primavera y el verano de 1914 se caracterizaron, en Europa, por una tranquilidad excepcional. Desde Agadir, la política alemana respecto a Inglaterra, no solo había sido correcta, sino también considerada. A través de todo el embrollo de las conferencias de los Balcanes, la diplomacia británica y la alemana trabajaron en plena armonía. La gran desconfianza de Asuntos Exteriores, aunque subsistía, fue sensiblemente modificada. Por lo menos, algunos de los que habitualmente emitían opiniones de recelo empezaron a sentir la necesidad de revisar sus juicios. Las personalidades que representaban la política extranjera de Alemania parecieron ser, por primera vez, hombres con los que se podía hablar y con los que era posible una acción común. La solución pacífica de las dificultades en los Balcanes abogaba por una confianza mayor; se había negociado durante meses sobre las cuestiones más delicadas y al borde de una ruptura local, pero esta no vino. Para una potencia que hubiese deseado la guerra se habían presentado un buen número de oportunidades. Alemania parecía, como nosotros, predispuesta a la paz. Aunque por todas partes proseguía activamente el aumento de los armamentos, aunque Alemania había recaudado cincuenta millones de un impuesto sobre el capital, y aunque la campana de alarma seguía repicando para todos los que querían escucharla, pasó una ola de optimismo sobre el Gobierno británico y la Cámara de los Comunes. La buena voluntad y el respeto mutuo habían aumentado entre los dirigentes de ambos pueblos, y ello pareció ser una señal que podía tener sus repercusiones en el futuro; y hubo algunos que incluso vieron la posibilidad de un mayor acuerdo entre Gran Bretaña y Alemania, sin perjuicio de sus respectivas amistades o alianzas, que podría dar lugar a una armonía entre los dos sistemas europeos opuestos, y dar así a todas las naciones inquietas garantías sólidas sobre su seguridad y modo de vivir. La rivalidad naval había cesado, por el momento, de ser un motivo de rozamientos. Nosotros seguíamos en el tercer año de nuestras series de construcciones navales de acuerdo con el proyecto y su orientación. Alemania no hizo más aumentos a partir del año 1912. Era seguro que no podríamos ser aventajados en todo lo concerniente a acorazados de combate.

La calma extraña en la política europea contrastaba con la creciente furia de la lucha de partidos en la nación. La disputa entre liberales y conservadores

había adoptado el tono odioso y amargo de los asuntos irlandeses. Cuando se confirmó que la Ley para el Gobierno de Irlanda pasaría por los requisitos del Acta de Parlamento, los distritos protestantes de Ulster hicieron abiertamente sus preparativos para una resistencia armada; en esto eran defendidos y animados por todo el Partido Conservador. Los dirigentes nacionalistas irlandeses, míster Redmond, míster Dillon, míster Devlin y otros, observaban con recelo la gravedad creciente de la situación en Ulster, pero detrás de ellos había elementos cuya irascibilidad y violencia eran indescriptibles, y cada paso o acción de moderación por el lado del Partido Parlamentario irlandés despertaba un furor apasionado. El Gobierno de míster Asquith trató de trazar su camino entre estas dificultades.

Ya desde las primeras discusiones en el año 1909 sobre la Ley para el Gobierno de Irlanda, el ministro de Hacienda y yo habíamos abogado siempre por la exclusión de Ulster a base de opción por distritos o algún proceso análogo. Nos encontramos con el argumento enojoso de que tal concesión podría hacerse como medio final para ajustar un arreglo, pero que hasta entonces sería infructuosa. Por entonces llegó el momento en que la Ley para el Gobierno de Irlanda había alcanzado su máxima actualidad y el Gabinete estuvo de acuerdo en que no se podía seguir adelante sin proveer efectivamente la exclusión de Ulster. Por consiguiente, en el mes de marzo fueron informados los dirigentes irlandeses de esta decisión. Hicieron una resistencia vehemente; tenían fuerza suficiente en cualquier momento para derribar el Gobierno y habrían sido poderosamente apoyados desde el mismo Partido Liberal. No hay duda de que los dirigentes irlandeses temían, e incluso contaban con ello, que una merma en la Ley para el Gobierno de Irlanda les conduciría a ser repudiados por el pueblo irlandés. Enfrentados, sin embargo, con el hecho evidente de que el Gobierno no dudaría en ser deshecho y en marcharse por esta cuestión, se conformaron. Se formularon enmiendas que aseguraban a todo distrito de Ulster el derecho de votar sin la Ley para el Gobierno de Irlanda hasta que hubieran tenido lugar dos elecciones generales en el Reino Unido. Prácticamente no había salvaguardia mejor, pues protegía el principio de la unidad irlandesa, pero garantizaba que la unidad no podría ser nunca conseguida a menos que se diera un libre consentimiento de los protestantes del norte de Irlanda después de observar al Parlamento irlandés, actualmente en embrión, durante un período mínimo de cinco años.

Tan pronto como estas proposiciones fueron anunciadas al Parlamento fueron recusadas con contumacia por la oposición conservadora. No obstante, las incluimos en el texto de la ley y se forzó al Partido irlandés para votar la inclusión. Tuvimos entonces la impresión de que podíamos ir adelante conscientemente y defender la ley contra todo el que se opusiera a ella. Mi punto de vista personal siempre había sido que nunca coaccionaría a Ulster para caer bajo la jurisdicción del Parlamento de Dublín, pero haría todo lo que

fuera necesario para impedir que Ulster pudiera obstaculizar que el resto de Irlanda tuviese el Parlamento que desease. Yo creo que esto era lo justo y lo correcto, y en apoyo de ello estaba efectivamente preparado para mantener la autoridad de la Corona y del Parlamento bajo la Constitución por todos los medios necesarios. En este sentido hablé el 14 de marzo en Bradford.

Es de esperar que nunca más los dirigentes políticos británicos se dejen incitar y empujar entre sí, o por sus seguidores, a los excesos de un partidismo que, para ambas partes en contienda, desgració el año 1914. Estos excesos fueron el punto culminante de una larga serie de ofertas y contraofertas para el predominio político al que ya he aludido en un capítulo anterior. Nadie, que no haya sido arrastrado a tales contiendas, puede comprender la intensidad de las presiones hechas a los hombres públicos, y cómo se les obliga a forzar todo designio de su naturaleza, bueno, malo o indiferente, para lograr un esfuerzo adicional que asegure la victoria. La vehemencia con que las grandes masas se prestan al partidismo y a seguir la lucha como si tratara del trofeo de un campeonato, su ardiente entusiasmo, sus ojos centelleantes, su furia repentina, su desconfianza y descontento si ellos creen que les han escamoteado su presa, el sentido de las injurias intercambiadas mutuamente, la extorsión y lo forzado de las promesas, las lealtades infectas, la incitación a la violencia, el frío desprecio, la honesta desilusión, los gritos de traición con que es recibida toda propuesta o compromiso, el deseo de ir de buena fe con los seguidores, el sentido de lo justo estando en uno de los bandos, las acciones duras e ilógicas de los oponentes, en fin, todas estas acciones y reacciones recíprocas de unos sobre otros tienden hacia un ambiente peligroso. El quedarse atrás es propio de holgazanes o de débiles y no es ni sincero, ni valiente; el ir al frente de la multitud, aunque no sea más que para encauzarla y apartarla, conduce con frecuencia a acciones muy violentas. Llegados a un cierto estado de cosas, apenas es posible entonces el mantener la pugna entre los límites señalados por la razón o por la ley. Necesario es que en aquel momento aparezca en la escena un árbitro final y cuerdo.

Los preparativos de los hombres de Ulster continuaban; declararon su intención de instaurar un gobierno provisional; continuaron formando e instruyendo sus fuerzas, importaron armas fuera de la ley e incluso con violencia. No es necesario decir que se manifestaron los mismos síntomas entre los nacionalistas. Se enrolaron a millares los voluntarios y se hacían toda clase de esfuerzos para obtener armas.

Como el peligro acrecía, fueron una preocupación para el Ministerio de la Guerra los pequeños puertos militares del norte de Irlanda, particularmente los que contenían depósitos de armamentos; idéntica situación se daba con las tropas en Belfast. Los orangistas no atacarían en modo alguno a las fuerzas reales; era más que probable que las tropas confraternizaran con ellos. Pero el

Gobierno se encontró con una completa desorganización de su autoridad en las regiones septentrionales y orientales de Ulster. Era necesario, pues, en aquellas circunstancias, tomar precauciones militares y navales. El día 14 de marzo, se decidió proteger con refuerzos los depósitos militares de Carrickfergus y otros pequeños puertos, y como era de esperar que la Compañía de los Ferrocarriles del Norte de Irlanda se negaría al transporte de tropas, se hicieron preparativos para enviarlas por mar. Se decidió también desplazar una escuadra de combate y una flotilla de torpederos desde la bahía de Arosa, donde estaban en crucero, hasta Lamlash, donde podían llegar rápidamente a Belfast. Se creyó que la popularidad e influencia de la Marina Real podría ayudar a una solución pacífica, en el caso de que el ejército fallase. No fue autorizado nada más, pero los comandantes militares, viéndose a sí mismos enfrentados con lo que muy bien pudieran ser movimientos previos de una guerra civil, empezaron a estudiar planes de más alcance, en los que estaba incluida la suposición, naturalmente improbable, de que las tropas británicas tuvieran que resistir y hacer fuego sobre las tropas orangistas.

Estas medidas militares, aun cuando limitadas, y las posibles consecuencias derivadas produjeron una gran inquietud entre los oficiales del ejército, y, cuando el día 20 de marzo el comandante en jefe de Irlanda y otros generales hicieron llamamientos sensacionales a las asambleas de oficiales en Curragh para que cumpliesen en todas las circunstancias sus deberes constitucionales, se encontraron con una negativa general.

Estos extraordinarios acontecimientos produjeron una explosión de furia sin igual en el Parlamento, que hizo estremecer los cimientos del Estado. Los conservadores acusaban al Gobierno de haber fraguado la matanza de los realistas de Ulster, cuyo designio había fracasado solo gracias al patriotismo del ejército. Los liberales replicaron que la oposición estaba tratando de subvertir la Constitución comprometiéndose en los preparativos de una rebelión, y que habían corrompido la lealtad, no del ejército, sino la de sus oficiales. No podemos leer los debates que se produjeron a través de los meses de abril, mayo y junio sin asombrarnos de que nuestras instituciones parlamentarias fueran lo suficientemente fuertes para sobrevivir a las pasiones que las agitaron. ¿Era sorprendente que los agentes alemanes informaran que Inglaterra estaba paralizada por los diferentes bandos, en vías de una guerra civil, y que no contaba realmente como un factor de la situación europea, y que los estadistas alemanes lo creyeran? ¿Cómo podían discernir o medir la muda comprensión que subsistía aún bajo aquella encrespada y furiosa tormenta?

Durante todo el mes de mayo y el de junio la guerra de partidos continuó estridentemente, pero, bajo mano, se sucedían persistentemente las negociaciones para un arreglo entre los dos grandes partidos. Estas

negociaciones se felicitaron el día 20 de julio por la intimación del rey a los dirigentes de los Partidos Conservador, Liberal e Irlandés para reunirse en el palacio de Buckingham.

A fines de junio, la flota británica hizo una doble visita a Kronstadt y Kiel. Por primera vez, después de varios años, algunos de los mejores barcos de guerra alemanes y británicos estaban reunidos en Kiel, rodeados de trasatlánticos, yates y embarcaciones de placer de todas clases. La curiosidad excesiva en asuntos técnicos fue proscrita por mutuo acuerdo. Hubo carreras, banquetes y discursos. Salió el sol y asistió el emperador. Los oficiales y marineros confraternizaban a bordo y en tierra. Juntos recorrían las calles de la hospitalaria ciudad y los oficiales comían juntos en sus comedores o salas de servicio. Asistieron juntos a los funerales de un oficial alemán muerto tripulando un hidroplano británico.

El día 28 de junio, en medio de estas festividades, llegó la noticia de la muerte del archiduque Fernando en Sarajevo. El emperador estaba navegando cuando recibió la noticia; regresó a tierra muy inquieto y la misma noche, cancelando todos sus actos oficiales, abandonó Kiel.

Al igual que mucha gente, conservo en mi memoria la impresión de aquellos días de julio. El mundo, en el mismo borde de la catástrofe, era muy brillante. Naciones e imperios con príncipes y potentados majestuosos navegaban en un mar de riquezas acumuladas durante una larga paz. Todos formaban parte —de una forma segura— de un inmenso puente colgante. Los dos poderosos sistemas europeos se veían las caras con sus brillantes y estridentes panoplias, pero con mirada tranquila. Una diplomacia refinada, discreta, pacífica y, en conjunto, sincera, tendía su tejido de conexiones entre ambos sistemas. Una frase en un telegrama, una observación de un embajador, una frase oscura en el Parlamento parecía suficiente para ajustar diariamente el equilibrio de la prodigiosa estructura. Contaban las palabras, incluso los rumores. Se daba significación a las simples inclinaciones de cabeza. Pero, después de todo, ¿es que teníamos que lograr la seguridad del mundo y la paz universal con un sistema maravilloso de combinaciones equilibradas, de ecuaciones de armamentos y de fintas y contrafintas en acciones violentas, cada vez más complejas y complicadas? La Europa así ordenada y dirigida, ¿podía llegar a ser un organismo glorioso y capaz de recibir y disfrutar en una abundancia fabulosa los dones que proporcionaban, juntas, la naturaleza y la ciencia? El viejo mundo en su ocaso era muy hermoso de ver.

Pero había algo extraño en el ambiente. Las naciones insatisfechas en su prosperidad material se orientaban obstinadamente a luchas internas o externas. Las pasiones nacionales, exaltadas indebidamente con el declive de la religión, ardían bajo la superficie de cada territorio con vivos, y a veces descubiertos, fuegos. Casi se podría creer que el mundo deseaba sufrir.

Ciertamente, en todas partes había provocadores. En todos los bandos habían alcanzado su punto máximo los preparativos militares, las medidas de precaución y las contramedidas correspondientes. Francia había dispuesto el servicio obligatorio de tres años, Rusia había desarrollado sus ferrocarriles estratégicos. El antiguo imperio de los Habsburgos, nuevamente mermado por las bombas de Sarajevo, era víctima de luchas raciales intolerables y de un hondo proceso de decadencia. Italia hacía frente a Turquía; Turquía a Grecia; Grecia, Serbia y Rumanía a Bulgaria. Inglaterra estaba dividida y parecía como si no hubiera que contar con ella. América estaba a más de tres mil millas. Alemania, que había gastado su impuesto de cincuenta millones sobre el capital en municiones, terminado su aumento de efectivos del ejército y abierto el canal de Kiel a los grandes acorazados aquel mismo mes, observaba la escena y su mirada se hizo de pronto feroz y penetrante.

En el otoño del 1913, cuando yo estaba revisando el plan del Almirantazgo para el siguiente año a la luz de los próximos presupuestos, había enviado una minuta al primer lord naval avisando que, a fines de economía, tendríamos que prescindir de las grandes maniobras de 1914 y 1915 y sustituirlas por una movilización de la Tercera Flota. Toda la reserva de la Flota Real y todos los oficiales de la reserva tenían que ser movilizados e instruidos durante una semana o diez días en los barcos de la Tercera Flota, que se acompañaría de los complementos exactos que tendría que llevar en guerra. Con ello se sometía todo el sistema de movilización general a una prueba efectiva. Estas prácticas tenían que ser seguidas a finales de año por una movilización durante una semana de toda la reserva voluntaria naval en la Primera Flota, adicional a los cupos regulares.

El príncipe Luis dio su conformidad. Se tomaron las medidas necesarias y se anunció el proyecto al Parlamento el día 18 de marzo de 1914. En cumplimiento de estas órdenes, y sin conexión alguna con la situación europea, las prácticas de movilización empezaron en 15 de julio. Aun cuando no había autorización legal para obligar a los reservistas a la incorporación, la respuesta de estos fue general y se presentaron más de 20.000 hombres en las bases navales. El total de nuestros dispositivos de movilización quedó sujeto, por primera vez en la historia naval, a una prueba práctica y a una revisión completa. Oficiales destacados desde el Almirantazgo vigilaban el proceso de movilización en cada puerto, a fin de que pudieran ser informados y remediados todos los defectos, demoras o paralizaciones del sistema. El príncipe Luis y yo inspeccionamos personalmente la movilización en Chatham. Todos los reservistas llevaban sus equipos y se dirigían a los barcos asignados. Todos los barcos de la Tercera Flota carbonearon y levantaron la presión y se hicieron a la mar para la concentración y gran revista que había de tener lugar en Spithead los días 17 y 18 de julio. Esta concentración era, sin duda alguna, la mayor que se había visto en la historia mundial. El mismo rey

estuvo presente e inspeccionó barcos de todas las categorías. En la mañana del día 19, toda la flota se hizo a la mar para hacer ejercicios de distintas clases. Se invirtieron más de seis horas para que cada barco de esta armada, cubierto de banderas, tripulados con marinos de guerra y reservistas, con sus bandas de música en la cubierta y marchando a 15 nudos, desfilara ante el yate real, mientras por el cielo pasaban continuamente un gran número de aeroplanos e hidroaviones. Sin embargo, es probable que el pensamiento más importante en las mentes del soberano y de sus ministros no fuera en aquel momento el imponente espectáculo que estaba ante sus ojos, ni la atmósfera agresiva y de bochorno de la política continental, sino la escuálida, intratable y trágica disputa irlandesa que amenazaba dividir a la nación británica en dos campos hostiles.

Un barco detrás de otro desaparecieron más allá de nuestra vista. Emprendieron un viaje más largo del que nadie pudo imaginar.

VII

La crisis

Del 24 de julio al 30 de julio

El viernes por la tarde, el Gabinete celebró una larga sesión que volvió a versar sobre la cuestión irlandesa. La conferencia del palacio de Buckingham había fracasado. Los desacuerdos y antagonismos parecían tan fieros e irresolubles como nunca, aun cuando las cuestiones en disputa, y sobre las cuales dependían tan tristes resultados, eran inconcebiblemente de poca monta. La discusión giraba principalmente alrededor de los límites fronterizos de Fermanagh y Tyrone. Las facciones irlandesas en su lucha insensata habían sido capaces de llevar a este trance a sus respectivos representantes ingleses. En aquel momento, el futuro de Gran Bretaña giraba alrededor de la disposición de unas agrupaciones de humildes aldeas. El Norte no estaba conforme con esto; el Sur tampoco lo estaba con aquello. Los dirigentes de ambos bandos deseaban llegar a un arreglo; ambos habían impulsado a sus seguidores a extremos avanzados y nadie parecía capaz de ceder ni un centímetro. Sin embargo, un acuerdo sobre el asunto produciría una inmediata y decisiva disminución de la lucha de partidos en Inglaterra, y aquellos proyectos de unidad y cooperación que tan intensamente habían invocado a los dirigentes de ambos bandos, desde que míster Lloyd George los había argüido en 1910, tenían que seguir adelante y materializarse. Por otra parte, el fracaso en el acuerdo significaba algo parecido a una guerra civil y el salto en un abismo que nadie podía imaginar. Y por eso, ensayando los diferentes caminos

para poder salir de aquel punto muerto, el Gabinete dirigió su máxima atención a los caminos confusos y apartados de Fermanagh y Tyrone. Era de esperar que los acontecimientos de abril en Curragh y en Belfast habrían sacudido la opinión inglesa y formado la unidad suficiente para imponer un acuerdo a los dos bandos. Aparentemente, habían sido insuficientes; aparentemente, el conflicto sería llevado por ambos bandos a una fase más avanzada de consecuencias incalculables antes de que fuera posible un retroceso. Desde los tiempos de Azules y Verdes en el Imperio británico, raramente había llegado nunca el partidismo a extremos tan absurdos. Sin embargo, una conmoción suficiente estaba ya a mano.

Esta discusión estaba llegando a su incierto fin y el Gabinete estaba a punto de disolverse, cuando se oyó la voz grave de sir Edward Grey al leer un documento que le acababan de entregar procedente del Ministerio de Asuntos Exteriores. Era la nota enviada por Austria a Serbia. Había estado hablando o leyendo varios minutos antes de que yo consiguiera librar mi pensamiento del fastidioso debate que había terminado en aquel momento. Todos estábamos muy cansados, pero a medida que frases y opiniones se sucedieron empezaron a formarse en mi mente impresiones de carácter muy diferente. La nota era un claro ultimátum, aunque redactado en una forma que no se había empleado en mucho tiempo. Conforme proseguía la lectura, parecía absolutamente imposible que ningún estado del mundo pudiera aceptarlo, o que tal aceptación, aun cuando abyecta, pudiera satisfacer al agresor. Las aldeas de Fermanagh y de Tyrone se perdieron en las nieblas y chubascos de Irlanda, e inmediatamente una luz extraña empezó gradualmente a caer y crecer sobre el mapa de Europa.

Siempre me interesó leer las narraciones de cómo llegó la guerra a los distintos pueblos; quiénes eran estos, qué estaban haciendo, cómo irrumpió en sus mentes la primera impresión y cómo empezaron a sentir este acontecimiento abrumador que ponía su marca sobre sus vidas. No me cansaban los más pequeños detalles y creo que, en tanto sean ciertos y naturales, tendrán un valor definitivo y un interés imperecedero para la posteridad; así, pues, recordaré brevemente lo que me pasó a mí.

Regresé al Almirantazgo alrededor de las seis; dije a mis amigos que me habían ayudado durante muchos años en mi tarea que había, realmente, peligro y que tal vez hubiera guerra.

Hice inventario de la situación y pensé en una serie de puntos que tendrían que ser atendidos si las circunstancias no cambiaban. Mis amigos los fueron anotando en los días que siguieron y los tachaban, uno por uno, a medida que se resolvían.

1. Primera y segunda flotas. Licencias y órdenes.

- 2.Tercera flota. Reabastecimiento de carbón y munición.
- 3.Movimientos en el Mediterráneo.
- 4.Disposiciones en China.
- 5.Cruceros fantasmas en los mares.
- 6.Munición para los barcos mercantes.
- 7.Flotillas de patrulla. Órdenes.

Licencias

Completado

35 ex guardacostas

- 8.Reserva inmediata.
 - 9.Acorazados de combate viejos a Humber. Flotillas a Humber.
 - 10.Barcos y sus fechas de entrega urgentes.
- Barcos en construcción para potencias extranjeras.
- 11.Vigilancia de costas.
 - 12.Artillería antiaérea en los depósitos de combustible líquido.
 - 13.Aviación a Sheerness. Aviones e hidroaviones.
 - 14.K. Espionaje.
 - 15.Almacenes y otros puntos vulnerables.
 - 16.Barcos irlandeses.
 - 17.Disposiciones contra submarinos.

Discutí largamente la situación a la mañana siguiente (sábado) con el primer lord naval. Sin embargo, de momento no había nada que hacer. En los últimos tres años, nunca habíamos estado tan completamente preparados.

Las prácticas de movilización habían terminado y, a excepción de la reserva inmediata, todos los reservistas fueron pagados y estaban de regreso a sus casas. Pero la primera y segunda flotas estaban completas, listas para el combate y fueron concentradas en Portland, donde tenían que estar hasta las siete de la mañana del lunes, día en que la primera flota seguiría navegando a sus bases para desembarcar sus tripulaciones de complemento. Por consiguiente, hasta el lunes por la mañana, una palabra transmitida desde las antenas del Iron Duke bastaría para mantener nuestra flota reunida. Si la palabra no se pronunciaba antes de esa hora, empezarían a separarse. Durante las primeras veinticuatro horas después de su separación podrían volver a

concentrarse en el mismo período de tiempo, pero si no se decía nada en cuarenta y ocho horas (es decir, antes del miércoles por la mañana), entonces los barcos de la segunda flota habrían empezado a desembarcar sus tripulaciones móviles en Portsmouth, Plymouth y Chatham y las escuelas de artillería y de torpedistas empezarían sus clases. Si durcurrieran aún otras cuarenta y ocho horas antes de dar la orden, es decir, el viernes por la mañana, un cierto número de barcos entrarían en astilleros para reparaciones o en dique. Así, pues, el sábado por la mañana podíamos tener la flota disponible durante cuatro días como mínimo.

La noche anterior (viernes), me encontré para almorzar con Herr Ballin; acababa de llegar de Alemania. Nos sentamos juntos y le pregunté qué pensaba sobre la situación. Con las pocas palabras que pronunció, se vio claro que no había venido en viaje de placer. Dijo que la situación era grave. «Me acuerdo —dijo él— del viejo Bismarck cuando me decía, un año antes de su muerte, que llegaría un día en que estallaría una gran guerra europea a consecuencia de algún simple incidente en los Balcanes». Estas palabras podían ser ciertas. Todo dependía del zar. ¿Qué haría si Austria hacía la guerra a Serbia? Unos cuantos años antes no habría habido peligro, pues el zar no estaba seguro en su trono, pero ahora no era así y, además, el pueblo ruso era muy sensible a cualquier cosa que pasara en Serbia. «Entonces —añadió él—, si Rusia ataca a Austria, nosotros iremos a la guerra y, por consiguiente, también Francia; y ¿qué haría Inglaterra en tal caso?». Yo no estaba en situación de decir nada más que sería una gran equivocación el suponer que Inglaterra no tendría que hacer nada y, añadí, que ella juzgaría los acontecimientos a medida que se fueran produciendo. Replicó, hablando con tono muy vivo: «Suponga usted que nosotros entramos en guerra con Rusia y Francia, y suponga que derrotamos a Francia y, sin embargo, no nos apropiamos de nada de esta en Europa, ni un simple metro de su territorio, sino solo algunas de sus colonias en concepto de indemnización; ¿sería esto causa de una actitud diferente por parte de Inglaterra? Suponga usted que damos previamente una garantía». Yo, por mi parte, me hice firme en mi fórmula de que Inglaterra juzgaría los acontecimientos y que sería erróneo suponer que quedara al margen de cuanto pudiera suceder.

Esta conversación la referí por el curso debido a sir Edward Grey y la repetí al principio de la siguiente semana en el Gabinete. El miércoles de dicha semana se nos telegrafió oficialmente desde Berlín exactamente la misma proposición que hizo Herr Ballin, es decir, que Alemania no haría conquista territorial alguna en Francia, pero se indemnizaría en sus colonias. Esta proposición fue rechazada inmediatamente. No tengo la menor duda de que el emperador había confiado directamente a Herr Ballin la misión de explorar qué es lo que haría Inglaterra.

La impresión de esta visita a Inglaterra la describió Herr Ballin en sus memorias diciendo: «Incluso un diplomático alemán medianamente capacitado podría haber llegado a un acuerdo con Inglaterra y Francia, lo que habría asegurado la paz e impedido a Rusia empezar la guerra». El redactor de estas memorias añade: «La gente, en Londres, estaba, ciertamente, muy preocupada con la nota austríaca, pero la medida en que el Gabinete deseaba el mantenimiento de la paz puede deducirse de la observación que hizo Churchill, casi con lágrimas en los ojos, a Ballin cuando se separaron: “Mi querido amigo, no nos hagan ir a la guerra”».

Tenía proyectado pasar el domingo con mi familia en Cromer y resolví no alterar mis planes. Dispuse que hubiera continuamente un operador en las oficinas de telégrafos para asegurarme un servicio de noche y de día. El sábado por la tarde llegaron noticias de que Serbia aceptaba el ultimátum. Me fui a la cama con la sensación de que las cosas se resolverían. Esta narración nos ha mostrado que antes se habían resuelto muchas veces; de vez en cuando las nubes se habían amontonado constantemente, amenazando, y quedaron después dispersas. También ahora parecía que estábamos aún alejados de la guerra. Serbia había aceptado el ultimátum, ¿qué más podía querer Austria? Y, en caso de que hubiera guerra, ¿no podría quedar esta reducida al este de Europa? ¿No podrían, por ejemplo, Alemania y Francia quedar apartadas del conflicto y dejar a Rusia y Austria dirimir sus cuestiones? Y, además, hurgando una vez más en el tema, estaba nuestro caso; habría, seguramente, una oportunidad para una conferencia, habría tiempo para que sir Edwad Grey pusiera manos a la obra procesos conciliatorios que probaron su efectividad el año anterior en las discusiones balcánicas. De todos modos, sucediera lo que sucediera, la flota británica nunca había sido más fuerte y nunca había estado mejor preparada. Probablemente la orden de movilización no llegaría, pero si llegara, no podría llegar en momento más oportuno. Tranquilizado con estas reflexiones dormí en paz, sin nuevas llamadas que perturbaran el silencio de la noche.

A las nueve de la mañana siguiente, llamé por teléfono al primer lord naval; me dijo que había un rumor de que Austria no estaba satisfecha con la aceptación por parte de Serbia de su ultimátum, y no sabía que hubiera otra novedad. Le pedí que me volviera a telefonar a las doce. Me fui a la playa y jugué con los pequeños; hicimos pequeñas presas en los riachuelos que desembocaban en el mar a medida que se retiraba la marea; fue un día magnífico. El mar del Norte brillaba y centelleaba en su lejano horizonte. ¿Qué había detrás de aquella línea en que se fundían el mar y el cielo? A lo largo de la costa oriental, desde Cromarty a Dover, estaban nuestras flotillas de destructores y de submarinos en los diversos puertos. En el canal, y detrás de las escolleras a prueba de torpedos, estaban todos los grandes barcos de la Flota británica. Hacia el nordeste, más allá del mar que se extendía ante mi

vista, la flota de alta mar alemana estaba haciendo, escuadra tras escuadra, un crucero por las costas noruegas.

A las doce hablé de nuevo con el primer lord naval; me dio una serie de noticias procedentes de distintas capitales. Sin embargo, ninguna era de importancia capital, pero todas tendían a aumentar la carga del ambiente. Le pregunté si habían marchado ya todos los reservistas; me dijo que sí. Decidí volver a Londres y le dije que viniera a verme a las nueve y, mientras tanto, que hiciera lo que creyera necesario.

El príncipe Luis me esperaba en el Almirantazgo. Evidentemente, la situación iba empeorando. Las ediciones especiales de los periódicos del domingo denotaban una gran excitación en casi todas las capitales europeas. El primer lord naval me dijo que, de acuerdo con nuestra conversación, había dado la orden a nuestra flota de no dispersarse. Cuatro meses más tarde tuve ocasión de referirme a esta disposición en mi carta aceptando su dimisión; fue una satisfacción para mí el testimoniar públicamente en aquel momento de disgusto y pena para él que su mano leal era la que había enviado la primera orden con la que empezó nuestra enorme movilización naval.

Entonces fui a ver a sir Edward Grey, que había alquilado mi casa de la plaza Eccleston, 33. Estaba acompañado solo de sir William Tyrrell del Ministerio de Asuntos Exteriores. Le dije que habíamos previsto tener la flota reunida. Me confesó que consideraba la situación como muy grave; dijo que había aún mucho que hacer antes de que se llegara realmente a una crisis peligrosa, pero que no le gustaba en modo alguno el sesgo que iba tomando aquel asunto. Le pregunté si sería conveniente o no que se hiciera público que teníamos la flota reunida. Tanto él como Tyrrell insistieron en que se hiciera público lo antes posible; tal vez con ello se obtendría el efecto de moderar a las potencias centrales y tranquilizar a Europa. Regresé al Almirantazgo, llamé al primer lord naval y redacté el comunicado necesario.

En la mañana siguiente apareció en todos los periódicos la noticia siguiente:

PRECAUCIONES NAVALES

ÓRDENES A LA PRIMERA Y SEGUNDA FLOTAS

Suspensión de maniobras

Hemos recibido a primera hora de esta mañana la siguiente información del secretario del Almirantazgo:

Se han cursado órdenes a la primera flota, que está concentrada en Portland, para que suspenda, de momento, las maniobras. Todos los barcos de la segunda flota permanecen en sus bases en la proximidad de sus

tripulaciones de complemento.

El lunes empezó la primera sesión de Gabinete dedicada a la situación europea, y estas sesiones se celebraron en lo sucesivo una o dos veces al día. Es de esperar que pronto o tarde se hará un resumen para la opinión mundial de la historia detallada del curso que tomaron las opiniones en el Gabinete durante aquel período. No hay realmente razones para que nadie se avergüence de dar un consejo honesto y sincero, tanto para preservar la paz como para entrar en una guerra justa y necesaria. Entretanto, solo es posible, sin menoscabo de la rectitud constitucional, tratar en términos muy generales lo que sucedió.

El Gabinete era extraordinariamente partidario de la paz. Un mínimo de las tres cuartas partes de sus componentes estaba determinado a no dejarse arrastrar a una guerra europea, a menos que Inglaterra fuese atacada, lo que no era probable. Los que pensaban así estaban inclinados a creer, en primer lugar, que, sobre todo, Austria y Serbia no llegarían a las manos; en segundo lugar, que, si llegaban, Rusia no intervendría; en tercer lugar, que, si Rusia intervenía, Alemania no atacaría; y en cuarto lugar, ellos confiaban en que, si Alemania atacaba a Rusia, podría ser posible que Francia y Alemania se neutralizaran mutuamente sin lucha. No creían que si Alemania atacaba a Francia, lo hiciera a través de Bélgica, y si lo hacía, los belgas resistirían bien. Es digno de mencionar que durante todo el curso de esta semana, Bélgica, no solamente no imploró nunca el auxilio de las potencias garantes, sino que indicó claramente que deseaba ser dejada sola. Así pues, había cinco o seis actitudes, las cuales podían ser impugnadas, pero ni una sola podía ofrecer resultado o solución alguno excepto la derivada de los hechos. Hasta el día 3 de agosto no se produjo la petición directa del rey de Bélgica para que Francia e Inglaterra prestaran sus auxilios; esto condujo a una situación que reunió la mayoría de los ministros y permitió a sir Edward Grey hacer el discurso de aquella tarde en la Cámara de los Comunes.

Mi propia participación en todos estos acontecimientos fue muy sencilla. Lo primero de todo era estar seguro de que la situación diplomática no fuera adelantada a la situación naval y de que la Gran Flota estaría en estado de guerra antes de que Alemania pudiera saber si iríamos o no a la guerra y por consiguiente, y si fuera posible, antes de que nosotros lo hubiéramos decidido. En segundo lugar, había que tener en cuenta que, si Alemania atacaba a Francia, lo haría a través de Bélgica, a juzgar por todos los preparativos que se habían hecho en este sentido, y que Alemania no podría ni querría adoptar otra estrategia o ir por otro lado. Yo me adherí firmemente a estos dos principios.

Todos los días había largas sesiones a partir de las once. Llegaban corrientes de telegramas, procedentes de todas las capitales de Europa. Sir Edward se vio arrastrado en la siguiente doble lucha: a) impedir la guerra y b)

no abandonar a Francia, llegado el caso. Yo observaba con admiración sus actividades en Asuntos Exteriores y su fría calma en los consejos. Las dos tareas mencionadas accionaban y reaccionaban entre sí de hora en hora. Él tenía que tratar de hacer notar a Alemania que había que contar con nosotros sin dar la sensación a Francia o a Rusia de que nos tenían ya en el bolsillo. Tenía que convencer al Gabinete de todo lo que hacía. Durante los muchos años que actuamos juntos en el Gabinete y los primeros años en los que leí sus telegramas de Asuntos Exteriores, creo que aprendí a entender sus métodos de discusión y controversia, y quizá pueda, sin ofenderlo, describirlos.

El secretario de Estado, después de un estudio y reflexión profundos de los asuntos, estaba acostumbrado a elegir uno o dos puntos de las controversias importantes y los defendía tenazmente con todos sus recursos. Estos eran sus centros de resistencia. Alrededor de ellos y en campo abierto la batalla sufría sus alternativas, pero si a la caída de la noche estaba aún en posesión de los puntos fortificados, había ganado la batalla. Todos los demás argumentos se habían consumido a sí mismos y solo subsistían las posiciones clave. Los puntos que él elegía demostraban ser inexpugnables, eran particularmente aptos para la defensa y se recomendaban por sí mismos a todos los hombres con sensibilidad y mente cultivada. Los sentimientos del patriótico Whig, del caballero inglés, del muchacho estudiante entraban en la liza para la defensa, y si aquellos puntos se mantenían, subsistía también todo el frente incluyendo muchos terrenos disputables.

Tan pronto como empezó la crisis, se obstinó en el proyecto de una conferencia europea, e hizo en este sentido todos los esfuerzos concebibles. Su plan era sentar alrededor de una mesa a las grandes potencias, en una capital agradable a todos; allí se podía luchar por la paz y, si fuera necesario, amenazar con la guerra a todos aquellos que la perturbaran. Si se hubiera celebrado esta conferencia, no habría habido guerra. La mera aceptación, en principio, de la conferencia por parte de las potencias centrales habría hecho bajar la tensión inmediatamente. Un deseo de paz en Berlín y en Viena no habría encontrado dificultades en nosotros, envueltos en aquella terrible red que se cernía hora por hora a nuestro alrededor. Pero por debajo de las maniobras y de las relaciones diplomáticas, de las contrapuestas proposiciones y de las contraproposiciones, de las agitadas intervenciones del emperador y del zar, había una marea profunda de calculados preparativos militares. A medida que las malaventuradas naciones se acercaban al borde del precipicio, las siniestras máquinas de guerra empezaron a desarrollar su ambiente y, eventualmente, a tomar la dirección de los acontecimientos.

El segundo punto capital del ministro de Asuntos Exteriores era el canal de la Mancha. Sucediera lo que sucediera, si la guerra estallaba, no podíamos permitir que la flota alemana bajara por el canal para atacar los puertos

franceses. Esta situación hubiese sido insoportable para Inglaterra. Cualquiera que se estimara estaba conforme en esto desde las primeras fases de nuestras discusiones. Pero, además, en cierto sentido, estábamos moralmente obligados con Francia en este aspecto. No había habido trato alguno en ello. Todos los acuerdos que habíamos concertado, y como ya ha sido mencionado, estaban prolongados específicamente con una declaración de que ninguna de las partes estaba obligada respecto a la otra más allá de una consulta mutua en caso de amenazar el peligro. Pero toda la flota francesa seguía en el Mediterráneo. Solo había unos pocos cruceros y flotillas de destructores para guardar las costas francesas septentrionales y atlánticas; y simultáneamente con esta disposición de fuerzas, sin que la casualidad o el cálculo contribuyeran a ello, nosotros habíamos concentrado en las islas todos nuestros acorazados de combate y solo cruceros y cruceros de batalla cuidaban de los intereses británicos en el Mediterráneo. Los franceses habían tomado su decisión bajo su propia responsabilidad, sin sugerencia alguna por nuestra parte, y nosotros habíamos salido beneficiados por su acción en el refuerzo de nuestro margen de superioridad en el frente de batalla de las Islas. Cualesquiera que fueran nuestras excusas debido a no estar comprometidos, ¿podríamos honorablemente, cuando llegara el caso, estarnos quietos y ver cómo las indefensas costas francesas eran arrasadas y bombardeadas por los dreadnoughts alemanes que se encontrarían a la vista y bajo el alcance de los cañones de nuestra flota?

Sin embargo, desde los comienzos de la discusión, me pareció que los alemanes cederían en este punto para mantenernos alejados del conflicto como mínimo hasta que se hubieran librado las primeras batallas en tierra sin nosotros; seguramente así lo habrían hecho. Creyendo como creía y creo que no podíamos, para nuestra propia seguridad e independencia, tolerar que Francia fuera aplastada a consecuencia de una acción agresiva alemana, siempre orienté, desde los primeros comienzos, nuestras obligaciones hacia Bélgica, a través de la cual estaba convencido que marcharían los alemanes inevitablemente para invadir a Francia. En esta fase, Bélgica no contaba mucho en mis sentimientos; creía que era muy improbable que ofreciera resistencia. Yo estaba convencido, con lord Kitchener, que almorzó conmigo el jueves (día 28), que Bélgica haría una protesta formal y se sometería. Pudiera ser que se disparasen algunos tiros en Lieja y Namur, y entonces esta infortunada nación inclinaría la cabeza ante la fuerza avasalladora. Quizá, también, había un acuerdo secreto para permitir el paso libre de los alemanes a través de Bélgica. De otra manera, ¿cómo podían haberse organizado todos aquellos preparativos alemanes, los grandes campos de maniobras a lo largo de la frontera belga, kilómetros y kilómetros de apartaderos y la intrincada red de ferrocarriles? ¿Cómo era posible que Alemania, tan meticulosa, pudiera prescindir de un factor tan importante como era la actitud de Bélgica?

Aquellos extraordinarios acontecimientos que tuvieron lugar el domingo y el lunes en Bélgica, y en la semana siguiente, no pudieron ser previstos por nosotros. Yo creía que Bélgica era un país que tenía muchas diferencias con nosotros a propósito del Congo y de otros asuntos; no había podido apreciar en la Bélgica del rey Leopoldo la heroica nación del rey Alberto. Pero, pasara lo que pasara a Bélgica, era la vida de Francia la que estaba en juego; los ejércitos de esta nación eran mucho más débiles, a mi juicio, que los que iban a atacarla, y la derrota de aquellos nos enfrentaría con una Alemania triunfante. Francia, aleccionada por la adversidad en aquellos tiempos para la paz y la cautela, democrática totalmente, despojada de dos hermosas provincias, estaba a punto de recibir el golpe final asestado por una fuerza brutal y abrumadora. Únicamente Inglaterra podía equilibrar la balanza y defender la tranquilidad del mundo. Sucediera lo que sucediera, nosotros teníamos que hacer acto de presencia y a tiempo. Una semana más tarde, todos los corazones británicos latían por la pequeña Bélgica. Hombres de las aldeas, desentrenados para la guerra, con la sangre de un pueblo aún libre en sus venas, se acumulaban en las oficinas de reclutamiento con la intención de ayudar a Bélgica. Pero no había solo que pensar en Bélgica, sino en Francia. Además, Bélgica y los tratados eran indiscutiblemente una obligación de honor del Estado británico, tal como los habían aceptado siempre los gobiernos de Inglaterra; en esta base es en la que yo, junto con otros, tomamos nuestra posición.

Quiero discutir, ahora, la disyuntiva de si una acción más decidida de sir Edward Grey en la primera fase del problema hubiera evitado la guerra. En primer lugar: ¿en qué fase primera? Supóngase que, después de Agadir o del anuncio de la nueva ley naval alemana de 1912, el ministro de Asuntos Exteriores hubiera propuesto, a sangre fría, una alianza formal con Francia y Rusia y que, como consecuencia de los acuerdos militares derivados, se hubiera empezado a organizar un ejército adecuado a nuestras responsabilidades y a la parte que desempeñábamos en los asuntos mundiales, y supóngase que nosotros hubiéramos tomado esta acción como una nación unida, ¿quién puede decir que esto hubiera impedido o precipitado la guerra? ¿Y qué probabilidad existía de que tal acción hubiera sido tomada por unanimidad? El Gabinete de aquel momento nunca habría dado su conformidad; dudo que nuestros ministros hubieran estado de acuerdo. Pero si el Gabinete hubiese aceptado, sus normas no habrían sido aceptadas por la Cámara de los Comunes. Por consiguiente, el ministro de Asuntos Exteriores habría dimitido; la política que él hubiera defendido hubiese sido rechazada y tal vez violentamente repudiada, y con el repudio habría sobrevenido un veto absoluto sobre aquellas preparaciones hechas sin compromiso y sobre aquellas discusiones sin formación de comités y en las que se basaba la fuerza defensiva de la Triple Entente. En consecuencia, tomando tal orientación, sir

Edward Grey únicamente hubiera conseguido paralizar a Inglaterra, aislar a Francia y aumentar la fuerza preponderante y creciente de Alemania.

Supóngase, también, que después del ultimátum de Austria a Serbia, el ministro de Asuntos Exteriores hubiera propuesto al Gabinete que, si los sucesos discurrían de tal modo que Alemania atacara Francia o violara el territorio belga, Inglaterra declararía la guerra a Alemania. ¿Hubiera asentido el Gabinete a tal comunicación? No puedo creerlo. Si sir Edward Grey hubiera dicho el lunes que, si Alemania atacaba a Francia o a Bélgica, Inglaterra declararía la guerra a Alemania, ¿no se habría llegado a tiempo de evitar la catástrofe? La cuestión, es, ciertamente, discutible. Pero lo que sabemos ahora de los acontecimientos en Berlín tiende a demostrar que Alemania entonces estaba muy comprometida por su acción previa. Ellos tenían ante sus ojos el deliberado anuncio británico de que la flota se iba a concentrar; esto constituía un aviso silencioso, pero serio. Bajo su impresión, el emperador alemán, tan pronto como regresó a Berlín, hizo el mismo lunes y los días siguientes grandes esfuerzos para llevar a Austria a la razón e impedir la guerra. Pero no pudo dominar los acontecimientos o resistir el contagio de las ideas. Fuera lo que fuese, estoy seguro de que, si sir Edward Grey hubiera enviado un ultimátum análogo, el Gabinete lo hubiera desautorizado y es, también, mi creencia que, hasta el miércoles o el jueves como mínimo, habría repudiado su acción. Nada más que las actuaciones alemanas llevarían a Inglaterra a la guerra. Actuar por delante de dichas actuaciones nos habría llevado a un peligro de división peor que la actitud precavida que manteníamos y que llevó unido a nuestro país a la guerra. Después del miércoles o jueves, era demasiado tarde. Desgraciadamente, la hora de las palabras había pasado para siempre en el momento en que aún podíamos haber lanzado la palabra de admonición.

Es cierto, desde luego, lo que se dice de que nuestra entente con Francia y las conversaciones militares y navales que habían tenido lugar desde el año 1906 nos habían llevado a una posición en que teníamos las obligaciones de una alianza sin ninguna de sus ventajas. Una alianza abierta, en caso de poder concertarse en paz en los primeros tiempos, habría sido un freno para los pensamientos de Alemania, o, cuando menos, habría alterado sus proyectos militares. En cualquier caso, nosotros estábamos obligados moralmente a acudir en ayuda de Francia, y, además, nos interesaba hacerlo. Por otro lado, nuestra ayuda parecía tan incierta que no pesaba como debiera para Alemania. Sin embargo, tal como estaban las cosas, si Francia hubiera adoptado una actitud agresiva, nosotros no habríamos tenido el derecho incuestionable de un aliado para influenciarla en un sentido pacífico, y si el resultado de su actitud hubiera sido la guerra y nos hubiéramos mantenido apartados, hubiéramos sido acusados de abandono, y en todo caso, habríamos sufrido los grandes perjuicios derivados de su derrota.

Sin embargo, el caso era que no había necesidad de moderar la actitud de Francia. Es justo reconocer explícitamente que la conducta de su Gobierno en esta terrible disyuntiva fue impecable; asintió inmediatamente a toda propuesta que se hiciera en favor de la paz; se abstuvo de toda clase de provocación; comprometió, incluso, su propia seguridad, retirando sus tropas de cobertura de la frontera a una distancia considerable de esta y demorando su movilización hasta el último momento, en contraste con la reunión continua de fuerzas por parte de Alemania. No aceptó el desafío hasta que tuvo que enfrentarse con la demanda directa de Alemania para que rompiera su tratado con Rusia y abandonara a esta; y, aun cuando hubiera accedido, tendría que haber hecho frente a un ultimátum ulterior de rendir a las fuerzas alemanas, y en concepto de garantía de su neutralidad, las fortalezas de Toul y de Verdún. Así pues, no había posibilidad para Francia de escapar a la dura prueba; no la hubieran salvado ni la cobardía, ni el deshonor. Los alemanes tenían proyectado que, si la guerra se producía, atacarían y derrotarían a Francia como primera operación. Los jefes militares alemanes ardían en ansias de dar la orden y estaban seguros del resultado. En vano hubiera implorado Francia clemencia, y no la imploró.

Cuanto más pienso en aquella situación, más convencido estoy de que tomamos el único camino practicable ante nosotros o ante cualquier gabinete británico; y que todas las objeciones que se pudieran hacer a aquel camino eran menores a las que habríamos podido formular a otra línea de conducta.

Después de oír las conversaciones que tuvieron en la sesión del Gabinete del lunes y de estudiar los telegramas, envié aquella noche a todos nuestros comandantes en jefe el siguiente comunicado de aviso secreto:

27 de julio de 1914

Este no es un telegrama de precaución, pero la situación europea no excluye la posibilidad de una guerra entre la Triple Entente y las potencias de la Triple Alianza. Estén preparados para seguir a los barcos posiblemente enemigos y estudiar las disposiciones a adoptar por los barcos de Su Majestad bajo su mando desde este punto de vista. Estas medidas son puramente previsoras. Informen únicamente a las personas estrictamente necesarias, manteniendo el mayor secreto.

El martes por la mañana envié la siguiente nota al primer lord naval, quien contestó al margen el mismo día:

28 de julio de 1914

1. Sería conveniente que los dragaminas fueran reunidos con calma en algún punto apropiado para prestar sus servicios a la Flota de Batalla cuando esta fuera movilizad.

Irán al norte con la Flota.

2. Envieme una breve información sobre nuestras reservas de carbón, y medidas que usted proponga.

Cumplimentado.

3. Supongo que el Firedrake y el Lurcher se reunirán con su flotilla.

Sí.

4. Todos los barcos en servicio en las costas de Irlanda deben ser considerados como disponibles en la movilización y deberán ir a sus posiciones de guerra en el plazo más breve posible cuando reciban el telegrama de precaución.

Se han dado las órdenes.

5. Sería conveniente que el Triumph pudiera ser movilizado sin ser advertido y que estuviera listo para reunirse con los destructores disponibles con el barco almirante de China. La posición de los cruceros pesados alemanes en China hace evidente que esto puede llevarse a cabo. Ruego estudie e informe los inconvenientes que pueda exigir esta movilización. Discutiremos entonces si conviene realmente solventarlos en las circunstancias presentes. La Escuadra de China debe estar en condiciones de concentrarse tan pronto como se envíe el telegrama de precaución y antes de que sea necesario emprender una acción importante. Sin el Triumph, el margen de superioridad es reducido y los refuerzos procedentes de otras bases serían lentos.

Se hará tan pronto como las órdenes estén redactadas.

Se concentraría en Hong Kong enseguida.

6. Debe estudiar usted si la posición del Goeben en Pola no justificaría el desplazamiento del New Zealand para reunirse con la Escuadra del Mediterráneo.

Decidido que «No» en la Conferencia.

7. Ayer, después de consultar al primer ministro, llegué a un acuerdo con el jefe del Estado Mayor imperial para mejorar la custodia de los almacenes y tanques de petróleo contra ataques de agentes enemigos o de la aviación. Han sido tomadas las oportunas medidas. Vea usted la carta adjunta del jefe del Estado Mayor imperial y mi contestación. Diríjase usted al director de la Sección de Operaciones para obtener una información completa del Ministerio de la Guerra de todo lo hecho, y, en el caso de haberse pasado por alto algún detalle, hacer las observaciones necesarias.

Llegado a un acuerdo personalmente con el jefe del Estado Mayor imperial.

8. Habría que pedir al director de la división aérea un informe sobre la posición exacta de las fuerzas aéreas concentradas ayer en las proximidades del estuario del Támesis y comprobar lo que se está haciendo para llegar a una inteligencia completa entre las autoridades militares y aéreas en lo que se refiere a la defensa antiaérea en los diversos puntos. Esto es de la máxima importancia si quieren ser evitados accidentes.

Cumplimentado.

I. B.

W. S. C.

El telegrama oficial de precaución fue expedido en el Almirantazgo el miércoles, día 29. En el mismo día fui autorizado por el Gabinete para poner en vigor las instrucciones del «Período de precaución». La obra de Ottler y de Hankey y, en general, la del Comité de Defensa Imperial iba a ser puesta ahora a prueba; se manifestó aquella en todos los aspectos como completa e inteligente, y las medidas de prudencia en todas partes empezaron a llamar la atención del público. Fueron descongestionados los puertos, se montaron guardias en los puentes, se examinaron y apartaron barcos, y los guardacostas montaron servicio de vigilancia en las costas.

Nuestras disposiciones de guerra comprendían un plan minucioso respecto a los barcos en construcción; en 1912 se habían tomado medidas para tener un plan al día. La idea era que todos los esfuerzos se concentrarían en los tres primeros meses de guerra para terminar los barcos que tenían que estar listos en seis meses, a costa de retrasar la entrega de otros barcos cuyas fechas de entrega eran más remotas. Esto auguraba en el mayor grado posible la superioridad en los primeros meses, y nos daría tiempo para ver qué clase de guerra había que hacer y la marcha de la misma, antes de ocuparnos de contingencias ulteriores. Por supuesto, el plan alcanzaba también todos los barcos que se construían en Inglaterra para otras naciones. Entre ellos había dos acorazados para Turquía, tres conductores de flotilla para Chile, cuatro destructores para Grecia y tres monitores para Brasil. Había también otros barcos de entrega, a plazo más largo, entre los que estaban incluidos un acorazado chileno, uno brasileño y un crucero para Holanda. Los acorazados turcos eran vitales para nosotros. Con un margen de solo siete dreadnoughts, no se podía prescindir de estos dos barcos; mucho menos aún podíamos permitir que cayeran en manos de un país que podía emplearlos, posiblemente, contra nosotros. Si se los hubiéramos entregado a Turquía, tal como fueron los acontecimientos, se hubieran convertido en una fuerza, junto con el Goeben, para cuya neutralización hubiéramos tenido que dedicar un mínimo de cuatro dreadnoughts o cuatro cruceros de batalla. Los efectivos navales británicos se habrían reducido en dos en vez de acrecerse en dos. Uno de los acorazados

turcos (el Reshadieh), que la casa Armstrong estaba construyendo en el Tyne cuando empezó la crisis, estaba listo por aquellos días. La tripulación turca, unos quinientos hombres, había llegado ya para hacerse cargo del barco y estaba alojada en un barco turco anclado en la ría. Parecía que había un gran peligro de que fueran a bordo, desplazando a los obreros de la factoría, y enarbolaran la bandera turca, lo cual podría crear una difícil situación política. Determiné no exponerme a tales peligros y envié una orden por escrito para montar guardia en el barco para que en ninguna circunstancia pudieran entrar los turcos a bordo. Las consecuencias a largo plazo de esta determinación serán relatadas en un capítulo posterior.

Es interesante leer en la Historia Oficial Alemana lo que los alemanes sabían de nuestros preparativos en aquella época.

El día 28 de julio, a las seis y media de la tarde, se recibió en Berlín, procedente del agregado naval alemán, el siguiente telegrama:

El Almirantazgo no publica los movimientos de barcos; la segunda flota está al completo de sus efectivos. Las escuelas de las bases navales están cerradas; se han tomado medidas para suprimir los permisos. De acuerdo con noticias, no confirmadas, la primera flota está aún en Portland; ha salido de Portsmouth una flotilla de submarinos. Es de suponer que el Almirantazgo está preparando en sigilo la movilización.

Dicho agregado envió por telegrama el mismo día lo siguiente:

De acuerdo con mi anterior telegrama, la flota británica se está preparando para toda eventualidad. En general, la distribución presente es la siguiente: la primera flota está reunida en Portland. El acorazado Bellerophon, en ruta a Gibraltar para su reparación, ha sido llamado. Los barcos de la segunda flota están en sus bases y con sus tripulaciones completas. Las escuelas de tierra no han sido abiertas. Han carboneado los barcos de la segunda y tercera flotas y completado sus municiones y aprovisionamientos, se encuentran en sus bases. El Times dice que, a consecuencia de la instrucción de los reservistas, recién acabada, la tercera escuadra puede ser completada en sus efectivos con más rapidez de lo corriente, en un plazo de cuarenta y ocho horas y con personal más o menos entrenado. Las flotillas de destructores, patrullas, así como los submarinos, están ya en sus puertos o en ruta a los mismos.

Reina una gran actividad en las bases navales y en los astilleros; han sido tomadas medidas especiales de precaución y se han montado guardias en todos los astilleros, almacenes, tanques de petróleo, etc. Se trabaja activamente en las reparaciones de los barcos que están en los astilleros y se trabaja mucho de noche.

La prensa dice que la flota del Mediterráneo ha salido de Alejandría; se

dice que se quedará en Malta.

Todos los barcos y escuadras tienen orden de estar listos para hacerse a la mar.

Externamente reina gran calma, a fin de no producir ansiedad con rumores alarmantes a propósito de la flota.

Los movimientos de los barcos, que publicaba ordinariamente el Almirantazgo todos los días, se mantiene desde ayer en secreto...

Estos preparativos han sido hechos a iniciativa del Almirantazgo. Quienquiera que haya dado las órdenes, el resultado es el mismo.

Así pues, el agregado naval alemán estaba perfectamente informado. Como ya he mencionado en uno de los primeros capítulos, las autorizaciones para abrir cartas, que yo había firmado tres años antes como secretario del Interior, habían conducido a descubrir la red general de espías de menor cuantía, la mayoría británicos, en nuestros puertos y a sueldo de Alemania. Si los hubiéramos detenido, habrían ocupado sus puestos otros que quizá no hubiéramos conocido. Por consiguiente, creímos mejor, una vez localizados, dejarlos en paz. De este modo se podían conocer regularmente sus comunicaciones, que procurábamos cuidadosamente que siguieran su curso, y al mismo tiempo nos enterábamos de lo que decían a sus amos durante estos tres años, conociendo exactamente lo que teníamos que hacer con dichos agentes en el momento apropiado. Sobre este punto no tenemos nada que objetar a que el Gobierno alemán fuera conociendo las precauciones especiales que se estaban tomando en la marina. Ciertamente y prescindiendo de los detalles, era deseable que se fueran enterando de la seriedad con que estábamos afrontando aquella situación. Pero había llegado el momento de correr el telón. No se dio ya más curso a aquellas cartas y, días más tarde, a una palabra mía al secretario del Interior, todos estos desgraciados que trataban de vender a su país por un puñado de libras esterlinas fueron puestos a buen recaudo. No les fue fácil a los alemanes en aquel momento organizar el servicio de nuevo con substitutos.

Queda por relatar el paso más importante. Desde el martes, 28 de julio, tuve la sensación de que la flota tenía que ir a su base de guerra; enseguida y secretamente tenía que estar navegando hacia el norte mientras toda autoridad alemana, militar o naval, tuviera un interés máximo en evitar una colisión con nosotros. Si esta marcha se hacía pronto, la escuadra no necesitaría pasar por el canal de Irlanda y por el norte; podría ir por el canal de la Mancha y el mar del Norte. De este modo las Islas no quedarían sin cubrir ni un solo día y llegaría antes y gastando menos combustible.

Por consiguiente, a eso de las diez de la mañana propuse esta medida al

primer lord naval y al jefe del Estado Mayor, que les pareció espléndida. Decidimos que la flota abandonaría a Portland a esa misma hora de la mañana del 29 para que pudiese pasar por delante de Dover en la oscuridad, atravesando aquellas aguas a toda velocidad, con luces apagadas y continuando su viaje hacia Scapa Flow con toda precaución. Yo temía llevar este asunto al Gabinete, pues podría ser considerado erróneamente como una acción provocadora para malbaratar las últimas posibilidades de paz; además, no era corriente tratar en el Gabinete los movimientos de la escuadra entre los puertos de la metrópoli. En consecuencia, informé solo al primer ministro, que dio seguidamente su aprobación. Se enviaron, entonces, las órdenes a sir George Callaghan, a quien se dijo, además, que enviara la flota al mando de su segundo adjunto y que él hiciera el viaje por tierra pasando por Londres, a fin de tener oportunidad de cambiar impresiones con él.

Almirantazgo al comandante en jefe de la flota metropolitana

28 de julio de 1914

Expedido a las 5 de la tarde

Mañana, miércoles, la primera flota debe salir de Portland para Scapa Flow. El destino será mantenido en secreto, excepto para el almirante y los comandantes. Como usted debe pasar por el Almirantazgo, tomará el mando el vicealmirante de la segunda escuadra de combate. La ruta desde Portland será hacia el sur y después, desde el centro del Canal, se dirigirá hacia el estrecho de Calais. Las escuadras pasarán por el estrecho de noche y sin luces y continuarán más allá de los bajos en su ruta hacia el norte. El Agamemnon quedará en Portland, donde se reunirá la segunda flota.

Podemos imaginarnos esta gran flota, con sus cruceros y flotillas, zarpando lentamente, división tras división, del puerto de Portland, veintenas de torres gigantescas de acero haciendo su camino a través de la bruma y en el resplandor del mar, como gigantes que pasan por una imaginación inquieta. Podemos imaginárnoslos de nuevo a la caída de la noche; una hilera de dieciocho millas de buques lanzados a gran velocidad, pasando a través del pequeño estrecho, llevando consigo a las aguas del mar del Norte la salvaguardia de grandes intereses.

Aun cuando no parecía existir motivo, suerte o mala fortuna que pudiera inducir a un razonable Almirantazgo alemán a establecer una trampa a base de submarinos o minas, ni parecía que tuviera conocimiento y tiempo para hacerlo, no pudimos menos de mirarnos con satisfacción cuando en la mañana del jueves, día 30, el barco almirante anunció a nuestro diario consejo del Estado Mayor que él mismo junto con toda la flota se encontraban sin novedad en el centro del mar del Norte.

El Embajador alemán se lamentó enseguida al Ministerio de Asuntos Exteriores de este movimiento de la escuadra. Según la historia Oficial Naval Alemana, dicho embajador informó a su Gobierno, en la noche del día 30, que sir Edward Grey le había contestado con las siguientes palabras:

«Los movimientos de la flota carecían de todo carácter ofensivo y la flota no se acercaría a las aguas alemanas».

«Pero —añade el historiador alemán— entonces quedó hecha la concentración estratégica de la escuadra con su traslado a los puertos de Escocia». Esto era cierto. Estábamos ahora en posición, sucediera lo que sucediera, de dirigir los acontecimientos, y no era fácil que se nos pudiera arrebatarse esta ventaja. El ataque de sorpresa con torpedos, antes o simultáneamente a la declaración de guerra, dejó ya de ser una pesadilla. Teníamos así diez días por delante. Si estallaba el conflicto, nadie podría saber dónde se encontraba la escuadra británica. Esta formidable organización se escondía en un lugar cualquiera de la enorme extensión de los mares del norte de nuestras islas, cruzando en esta o aquella dirección, batida por las tempestades y en la niebla. Sin embargo, desde las dependencias del Almirantazgo podíamos hablar con nuestra flota en cualquier momento y eventualidad. Los barcos del rey estaban en el mar.

VIII

La movilización de la marina

Del 31 de julio al 4 de agosto

El Gabinete estaba completamente de acuerdo con todos los telegramas enviados por sir Edward Grey y sus procedimientos durante la crisis. Pero había una resistencia invencible por parte de la mayoría del Gabinete a admitir una intervención de Inglaterra, por las armas, en el caso de que fracasaran las gestiones del secretario de Estado y de que empezara la guerra en el continente. Así pues, a medida que transcurría lentamente aquella terrible semana y se hizo inevitable la explosión, pareció también que se aproximaba rápidamente el momento de una posible rotura del organismo político con el que se había gobernado el país durante tanto tiempo. Pasé esta semana ocupándome exclusivamente de asuntos oficiales, y sin ver casi a nadie, excepto a mis colegas en el Gabinete y en el Almirantazgo, yendo y viniendo por la Horse Guards Parade, entre la oficina del Almirantazgo y Downing Street. Cada día, a medida que iban llegando los telegramas mostrando el oscuro aspecto de Europa y terminaba cada consejo en una tensión creciente,

yo iba accionando los diversos resortes que llevaban paulatinamente nuestra organización naval a una completa preparación. Era necesario recordar siempre que si era salvada la paz todas las medidas tomadas, todas de carácter alarmista y de mucho dispendio, tendrían que ser justificadas en una Cámara de los Comunes liberal. Esta asamblea, una vez pasado el peligro, hubiera procedido con el convencimiento de que una guerra continental hubiera sido una locura criminal. Además, no era siempre posible encauzar las principales deliberaciones del Gabinete dentro de un aspecto exclusivamente técnico. Por consiguiente, era necesario que yo asumiera una individual y peculiar responsabilidad por muchas cosas que tenían que ser hechas a medida que llegaba su turno. También tenía que tener en cuenta una rotura de la máquina gobernante. A juzgar por las informaciones y cartas de distintos miembros, la actitud de la Cámara de los Comunes era muy problemática.

El jueves por la tarde me puse en contacto con los jefes unionistas a través de míster F. E. Smith. Le informé de la gravedad creciente de la situación europea y de los preparativos militares, cada vez mayores, en todas partes de Europa. Le manifesté que el Gabinete no había tomado ninguna decisión y que yo había recibido cartas de uno o dos unionistas influyentes protestando vivamente contra nuestra orientación hacia una guerra en el continente. Le pedí me informara sobre cuál sería la actitud de él y de sus amigos en el momento decisivo. Contestó en el acto que él era partidario, sin reserva alguna, del apoyo a Francia y a Bélgica. Después de consultar con míster Bonar Law, sir Edward Carson y otros que estaban reunidos en casa de sir Edward Gouilding, en Wargrave, me envió una carta tranquilizándome, que enseñé a míster Asquith a la mañana siguiente (sábado).

Propuse en el Gabinete la llamada urgente de las reservas de la flota y el avance total de nuestros preparativos navales. Basé mi propuesta en el hecho de que los alemanes se estaban movilizandoy que nosotros deberíamos hacer lo mismo. El Gabinete, que desde luego no estaba mal informado en asuntos navales, después de una viva discusión, consideró que no era necesario dar este paso para nuestra seguridad, cuanto que la movilización afectaba solo a los barcos más viejos de la flota, que la fuerza naval principal estaba ya lista para la guerra y que la flota estaba ya en sus bases de operaciones. Repliqué que, aun cuando esto era cierto, necesitábamos los barcos de la tercera flota, particularmente los viejos cruceros, para que desempeñaran el papel asignado en nuestros planes de guerra. No obstante, no logré que se aceptara mi propuesta.

El sábado por la noche, cené solo en el Almirantazgo. Los telegramas extranjeros llegaban en cajas rojas que llevaban la etiqueta especial «Subcomité», que indicaba que estábamos en período de precaución; llegaban casi continuamente y la impresión que saqué, después de una lectura de casi

una hora, era que había aún una posibilidad de paz. Austria había aceptado la conferencia, y se estaban cruzando misivas de carácter particular entre el zar y el káiser. Me parecía, según la sucesión de telegramas que caían en mis manos, que sir Edward Grey lograría salvar la situación en el último momento. En tanto no se abriera fuego entre las grandes potencias. Sin embargo, dudaba que los ejércitos y flotas pudieran estar mucho tiempo sin combatir y después desmovilizarse.

Acababa de pensar en esto cuando vino otra caja de Asuntos Exteriores. Abrí y leí el mensaje: «Alemania ha declarado la guerra a Rusia». No había más que decir. Atravesé la Horse Guards Parade y entré en el 10 de Downing Street por la puerta del jardín. Encontré al primer ministro en su salón, estaba con él sir Edward Grey, lord Haldane y lord Crewe; puede ser que hubiera también otros ministros. Dije que pensaba movilizar inmediatamente toda la flota a pesar de la decisión del Gabinete y que asumía toda la responsabilidad ante la próxima reunión de este. El primer ministro, que se sentía ligado al resto del Gabinete, no dijo ni una palabra, pero era evidente que estaba satisfecho de ello. Cuando bajaba las escaleras de Downing Street con sir Edward Grey, este me dijo: «Debo poner en conocimiento de usted que acabo de hacer una gestión muy importante; he dicho a Cambon que no permitiremos que la flota alemana entre en el canal de la Mancha». Regresé al Almirantazgo e hice cursar la orden de movilización. No teníamos autorización legal para llamar las reservas navales, pues no se había hecho la debida propuesta a Su Majestad, debido a la decisión del Gabinete, pero estábamos completamente seguros que los hombres de la flota responderían plenamente a las citaciones. Esta acción fue ratificada por el Gabinete el domingo por la mañana, y el Real decreto salió horas más tarde.

Tuvo que tomarse otra decisión, dolorosa por supuesto. El mando de sir George Callaghan de las flotas metropolitanas se había prorrogado por un año, y expiraba el día 1 de octubre. Se había anunciado que sería sucedido por sir John Jellicoe. Además, nuestras medidas prescribían que sir John Jellicoe actuaría como segundo en el mando en caso de guerra. El primer lord naval y yo tuvimos una conferencia con sir George Callaghan, el día 30, en su viaje al norte pasando por Londres. Como resultado de esta conferencia, decidimos que, si estallaba la guerra, sería necesario poner inmediatamente a sir John Jellicoe en el puesto de comandante en jefe; dudábamos que la salud y energías físicas de sir George Callaghan pudieran soportar la inmensa labor que pesaría sobre él. La situación europea no permitía consideraciones de carácter individual: sir John Jellicoe abandonó Londres con instrucciones en sobre cerrado, cuyos sellos tenían que ser rotos una vez hubiera tomado el mando. En la noche del 2 de agosto, cuando parecía inminente la guerra, telegrafiamos a ambos almirantes comunicándoles la decisión del Almirantazgo. Fue, naturalmente, un rudo golpe para sir George Callaghan

tener que dejar el mando en aquel momento. Sus protestas encontraron eco en todos los almirantes y en el mismo sir John Jellicoe. Era un asunto muy delicado el hacer un cambio de mando de la flota en aquellos momentos. Sin embargo, hicimos lo que creímos más conveniente para el servicio, y sin demorarnos ni una hora. Telegrafíé a sir John Jellicoe: «Vuestros sentimientos os hacen honor y los comprendemos. Pero la responsabilidad es nuestra y hemos tomado nuestra decisión. Tome a su cargo su gran misión con entusiasmo y esperanza. Estamos seguros de que todo irá bien». Sir John Jellicoe tomó el mando en la noche del 3 de agosto y recibió casi inmediatamente la orden del Almirantazgo de hacerse a la mar el alba del día 4.

El Gabinete estuvo reunido casi todo el domingo y, hasta la hora del lunch, parecía que la mayoría iba a presentar la dimisión. Era doloroso contemplar la pena y el horror de tantos colegas. Pero ¿qué íbamos a hacer? Durante el intervalo del lunch vi a míster Balfour, una verdadera roca para circunstancias semejantes, y supe que los dirigentes unionistas habían asegurado por escrito al primer ministro su pleno apoyo.

Regresé al Almirantazgo y telegrafiamos a nuestros comandantes en jefe:

Hoy, 2 de agosto, a las 2.20, se ha entregado a los embajadores de Francia y de Alemania la siguiente nota. «El Gobierno británico no permitirá el paso de barcos alemanes a través del canal de la Mancha o por el mar del Norte para atacar las costas o navegación francesas».

Estad preparados para hacer frente a ataques por sorpresa.

Entretanto los acontecimientos estaban influyendo sobre la opinión hora por hora. Cuando se reunió el Gabinete, el domingo por la mañana, estábamos enterados de la intrusión de tropas alemanas en el Gran Ducado de Luxemburgo. Por la noche, Alemania había enviado el ultimátum a Bélgica; el día siguiente, llegó la petición del rey belga pidiendo auxilio a las potencias garantes, para mantener la integridad del tratado relativo a la neutralidad belga. Esto fue decisivo. El lunes, la mayoría de los compañeros de míster Asquith comprendieron que la guerra era inevitable. Se reanudaron las deliberaciones el lunes por la mañana y en una atmósfera muy diferente, aun cuando parecía seguro que se presentarían algunas dimisiones.

Antes de que se levantara la sesión del Gabinete el lunes por la mañana, sir Edward Grey obtuvo el asentimiento general a los puntos principales y a la tónica de la exposición a hacer aquella tarde en el Parlamento. Se autorizó formalmente la ya completada movilización de la flota y la inmediata del ejército. No se tomó la decisión de enviar un ultimátum a Alemania o de declararle la guerra, y menos aún la de enviar un ejército a Francia. Estas decisiones supremas no fueron tomadas nunca en ningún gabinete. Siempre

surgieron a consecuencia de los acontecimientos y quedaban al arbitrio del primer ministro. Fuimos a la Cámara de los Comunes para oír el informe del secretario de Estado para Asuntos Exteriores. Yo no sabía quiénes eran los ministros que habían dimitido, o cuál sería la composición del Gobierno de guerra. El aspecto de la asamblea era angustioso, pero resuelto. Nadie podía equivocarse en su propio propósito. Sir Edward Grey hizo un discurso de extremada moderación. A fin de no dar motivo a futuros reproches, informó a la Cámara de que los alemanes habían accedido a la petición británica de no mandar sus buques de guerra al canal de la Mancha. El curso severo de aquella argumentación traía consigo su propia e importante justificación. Cuando se sentó, contaba con el asentimiento general de la Cámara a su gestión. Ni él ni yo pudimos estar más tiempo en la Cámara. Una vez fuera, le pregunté: «¿Qué pasará ahora?». Contestó: «Ahora les enviaremos un ultimátum para que detengan la invasión de Bélgica en un plazo de veinticuatro horas».

Algunos ministros aún tenían la esperanza de que Alemania condicionaría su conducta al ultimátum británico y detendría la avalancha sobre Bélgica; algo así como detener la marcha de un barco en la grada de botadura cuando se lanza al mar. Alemania estaba ya en guerra con Rusia y Francia. Era evidente que a las veinticuatro horas estaría también en guerra con Inglaterra.

A través de estas tensas discusiones en el Gabinete, se presentaba en la imaginación de cada uno otro debate mayor aun que debía empezar cuando aquellos terminasen. El Parlamento, la nación y los Dominios tenían que ser convencidos. Yo no dudé por un momento de que la causa era justa, que los argumentos eran abrumadores y que la respuesta sería la adecuada. Pero tenía la sensación de que nos esperaba una labor política inmensa y veía con los ojos de la imaginación, no solo una Cámara de los Comunes repleta, sino formidables asambleas del pueblo en marcha en todo el país para pedir una rápida y completa justificación de la decisión formidable tomada en su nombre. Pero estas preocupaciones desaparecieron pronto. Cuando se abrieron las puertas del Consejo y los ministros se pusieron en contacto con el ambiente exterior, la nación británica estaba surgiendo adelante con el ímpetu de siempre, y el Imperio corría a las armas.

Men met each other with erected look,
the steps were higher that they took,
friends to congratulate their friends made haste,
and long-inveterate foes saluted as they passed.

DRYDEN, «Threnodia Augustalis».

Entretanto, en el Mediterráneo se estaba desarrollando un drama de intenso interés y de fatales consecuencias, como se vio más tarde.

El acontecimiento que dominaría todos los otros en el caso de que estallara el conflicto era el choque entre los ejércitos alemanes y franceses. Sabíamos que los franceses estaban proyectando poner en línea un cuerpo de ejército completo a base de sus mejores tropas marroquíes, y que tenían necesidad de hombres. Fuimos informados de que proyectaban transportar estas tropas a través del Mediterráneo tan deprisa como pudieran ser cargados los barcos, bajo la protección de la flota francesa, pero sin escolta individual o en sistema de convoyes. El Estado Mayor francés suponía que, a pesar de todo, la mayoría de las tropas llegarían a su destino. La flota francesa, dispuesta entre esta corriente de transportes y la flota austríaca, era una buena garantía del éxito de la misión. Pero había un buque de guerra en el Mediterráneo que no era aventajado en velocidad por ninguno de la escuadra francesa. Este barco era el Goeben. Los únicos de gran desplazamiento en el Mediterráneo que podían intentar medirse con él eran los tres cruceros de batalla británicos. El asunto se presentaba de tal modo que el Goeben, eligiendo un punto en un frente de 300 a 400 millas, estaba en condiciones de evitar contacto con las escuadras de combate francesas y, bien pasando o soslayando a los cruceros franceses, podía lanzarse sobre los transportes cargados de tropas hundiéndolos uno tras otro. Se me ocurrió entonces que, precisamente, la misión del Goeben bien pudiera ser esa. Por esta razón y como precaución adicional, sugerí, el día 28 de julio, al primer lord naval que habría que enviar un crucero de batalla, el New Zealand, como refuerzo de nuestra escuadra. Cuando, días más tarde, la situación llegó a ser delicada, el almirante Boué de Lapeyrère, comandante en jefe francés, adoptó el sistema de convoyes y, el día 4 de agosto, aplazó prudentemente el embarque de tropas hasta que pudiera organizar adecuadamente las fuerzas de escolta. Pero el Almirantazgo no fue informado de este cambio de plan.

El día 30 de julio, pedí las órdenes de campaña del mando en el Mediterráneo y las discutí minuciosamente con el primer lord naval. Estas órdenes, redactadas en agosto de 1913, tenían que tener en cuenta diversas contingencias políticas, es decir, Gran Bretaña en guerra con Alemania solo, o con Alemania y Austria, o con Alemania, Austria e Italia; y Francia y Gran Bretaña aliadas contra todos o cada uno de los tres oponentes mencionados. La marcha de las operaciones a seguir era distinta para cada caso. En resumen, si Inglaterra se encontraba sola contra toda la Triple Alianza, teníamos que abandonar temporalmente el Mediterráneo y concentrarnos en Gibraltar; en todos los otros casos, la concentración se haría en Malta y, si los franceses eran aliados nuestros, nos uniríamos a ellos para una batalla general. Pareció, entonces, necesario dar al comandante en jefe del Mediterráneo una información y directrices más completas.

Almirantazgo al comandante en jefe en el Mediterráneo

30 de julio de 1914

Es probable que estalle la guerra, que Inglaterra y Francia entren en ella, que Italia permanezca neutral y que Grecia llegue a ser un aliado. La actitud de España es amistosa y posiblemente será un aliado. Sin embargo, la actitud de Italia es incierta, y es especialmente importante que nuestra escuadra no se comprometa seriamente en una acción con los barcos austríacos antes de que sepamos lo que va a hacer Italia. La primera misión de usted es ayudar a los franceses en el transporte de su cuerpo de ejército africano, cubriéndolo y, en lo posible, emprendiendo acciones individuales contra los buques ligeros alemanes, especialmente el Goeben, que pudieran interferir el transporte. Se le avisará por telégrafo de cuándo podrá entrar usted en contacto con el almirante francés. Excepto en una combinación con los franceses para una batalla general, en el estado presente no debe entrar en acción contra fuerzas superiores. La velocidad de sus unidades es suficiente para permitirle elegir a usted el momento adecuado. Ahorre todo lo posible sus fuerzas; esperamos reforzar más tarde el Mediterráneo.

Estas directrices, en las que el primer lord naval y yo estábamos completamente de acuerdo, dieron al comandante en jefe una norma para la marcha general de la campaña; en ellas se le prevenía contra una batalla donde se enfrentaran solo sus fuerzas con la flota austríaca y en la que nuestros cruceros y cruceros de batalla se las tendrían que ver con los acorazados de combate austríacos; también le marcaban que tenía que ayudar a los franceses en el transporte de sus fuerzas africanas y se le decía cómo había de hacerlo, es decir, «cubriéndolo, y, en lo posible, emprendiendo acciones individuales contra los buques ligeros alemanes, especialmente el Goeben». Las palabras empleadas, en tanto el lenguaje inglés puede servir como transmisor del pensamiento, parecían expresar bien los planes que habíamos formado.

Sir Berkeley Milne contestó, el día 31, que mantendría sus fuerzas reunidas y listas para ayudar a la flota francesa para proteger los transportes, y abandonó deliberadamente nuestro comercio por el Mediterráneo oriental a su propia suerte. En esta actitud aguardó el permiso para consultar con el almirante francés; este permiso no fue posible concederlo hasta las siete horas y seis minutos de la tarde, cuando telegrafíé a todos nuestros comandantes en jefe del mundo lo siguiente:

La situación es crítica. Estén preparados para afrontar ataques por sorpresa. Puede usted entrar en contacto con el oficial francés de más categoría de su base, en vistas a una acción combinada en el caso de que Gran Bretaña decida aliarse a Francia contra Alemania.

Antes, pero en el mismo día, se había enviado desde el Almirantazgo a sir Berkeley Milne el siguiente telegrama firmado por el primer lord naval y por

mí:

El Goeben debe ser vigilado por dos cruceros de batalla. Las proximidades del Adriático serán vigiladas por cruceros y destructores. Permanezca usted cerca de Malta. Se cree que Italia será neutral, pero no confíe en ello con seguridad.

A las doce horas y cincuenta minutos de la mañana del 3 de agosto, hice resaltar la importancia del Goeben, comparado con los objetivos restantes, por medio de un telegrama ulterior a sir Berkeley Milne, redactado por mí mismo:

Debe mantenerse la vigilancia en la embocadura del Adriático, pero vuestro objetivo es el Goeben. Seguidlo y neutralizadlo donde quiera que vaya y estad listo para actuar cuando se declare la guerra, lo que parece probable e inminente.

A primera hora de la mañana del 4 de agosto, recibimos en el Almirantazgo con alegría las siguientes informaciones del comandante en jefe en el Mediterráneo:

Indomitable, Indefatigable siguen Goeben y Breslau 37° 44' norte, 7° 56' este.

Contestamos:

Muy bien. No separarse de él. Guerra inminente.

(Ejecución inmediata).

Impídase por la fuerza que el Goeben interfiera los transportes franceses.

(Espérese confirmación para esto).

Informé entonces al primer ministro y a sir Edward Grey de la situación y de mi deseo de enviar instrucciones adicionales. Ambos estuvieron de acuerdo con ello, pero el primer ministro pidió que se llevara el asunto al Gabinete, que se iba a reunir seguidamente, para su conformidad. En consecuencia, y antes de ir a la reunión, envié el siguiente telegrama:

Si el Goeben ataca los transportes franceses, debe usted atacarle inmediatamente. Debe usted avisarle previamente.

Sin embargo, el Gabinete se adhirió firmemente al principio de que no debíamos emprender ningún acto de guerra antes de la expiración del ultimátum. La integridad moral del Imperio británico no podía comprometerse en aquel momento solemne por el hundimiento de un simple barco.

Por supuesto, el Goeben no atacó los transportes franceses. En realidad, aunque no fue sabido a tiempo, estaba apartándose en su navegación de las rutas de transportes franceses cuando fue localizado por el Indomitable y el

Indefatigable. Sin embargo, aun cuando hubiera atacado a los transportes, la decisión del Gabinete británico habría impedido la intervención de nuestros cruceros de batalla. Naturalmente, esta decisión trajo consigo el veto más absoluto contra la apertura de fuego contra el Goeben cuando estaba en nuestras manos, si no atacaba a dichos transportes. No puedo impugnar esta decisión. Es justo que todo el mundo lo sepa. Pero ¿era imposible saber cuál fue el coste para nosotros, y para todos, de este honorable espíritu de reserva!

Debido a la decisión del Gabinete, el primer lord naval envió, a instrucciones mías, desde el Almirantazgo, el siguiente telegrama:

Almirantazgo a todos los barcos

4 de agosto

2.05 de la tarde

El ultimátum británico a Alemania expirará a medianoche, hora de Greenwich, el 4 de agosto. No se emprenderá ningún acto de hostilidad antes de tal hora, a la que será expedido desde el Almirantazgo el telegrama para comenzar las hostilidades contra Alemania.

Atención especial para el Mediterráneo. Indomitable, Indefatigable.

Queda anulada la autorización para atacar al Goeben, caso de que este atacara a los transportes franceses.

Casi al mismo tiempo recibí esta nota del primer lord naval:

Primer Lord

4 de agosto

En vista de la declaración de neutralidad por parte de Italia, propongo telegrafiar al comandante en jefe en el Mediterráneo para hacérselo saber y recomendarle que respete estrictamente dicha neutralidad y no permita que ninguno de sus barcos navegue a menos de seis millas de las costas de Italia.

B.

Teniendo en cuenta cuál sería el resultado desastroso a consecuencia de un incidente mínimo con Italia, aprobé la propuesta del primer lord naval y contesté por escrito:

4 de agosto

Proceda así. Asuntos Exteriores lo pondrá en conocimiento del Gobierno italiano.

W. S. C.

En consecuencia, a las doce horas y cincuenta y cinco minutos, se envió el

siguiente telegrama desde el Almirantazgo al comandante en jefe en el Mediterráneo:

El Gobierno italiano ha declarado la neutralidad. Debe respetar usted rígidamente esta neutralidad y no debe permitir que ningún barco de Su Majestad navegue a menos de 6 millas de la costa italiana.

Tal como fueron las cosas, esto vino a complicar la persecución del Goeben, aunque, como se verá más adelante, no de un modo decisivo.

Por la tarde envié la siguiente nota al jefe del Estado Mayor y al primer lord naval:

4 de agosto de 1914

Supongo que ha informado usted plenamente al Almirantazgo francés de nuestras intenciones y de que se ha establecido en todos los lugares la más estrecha cooperación con la flota francesa. En caso contrario, debe ser hecho inmediatamente.

W. S. C.

En virtud de esta comunicación, el jefe del Estado Mayor envió el siguiente telegrama a todos los apostaderos: «Puede usted entrar en la más estrecha colaboración con los oficiales franceses de su zona».

En el curso de aquella larga tarde de verano, tres grandes barcos, cazadores y presa, surcaban las aguas del Mediterráneo en una tensa y opresiva calma. En cualquier instante podría haber sido destruido el Goeben, a menos de 9.000 metros, con el fuego de dieciséis cañones de 30,5 centímetros. En el Almirantazgo sufríamos en aquellos momentos el suplicio de Tántalo.

Hacia las cinco horas, el príncipe Luis observó que había aún tiempo para poder hundir al Goeben antes de anoecer. Ante la decisión del Gabinete, yo estaba incapacitado para decir una palabra. La seguridad vital de Gran Bretaña era lo único que podría haber justificado un desacato tan grande a la autoridad del Gabinete. De todos modos, esperábamos poder hundirlo el próximo día. ¿Adónde podría ir? Su único refugio en el Mediterráneo parecía ser el puerto de Pola. De acuerdo con las leyes internacionales, no le esperaba al barco otra solución que su internamiento. Los turcos habían guardado muy bien su secreto. Cuando cayeron las sombras de la noche en el Mediterráneo, el Goeben elevó su velocidad a 24 nudos, que era la máxima velocidad que podían desarrollar nuestros cruceros de batalla. Aumentó aún más su velocidad. Hasta entonces no supimos que era capaz de desarrollar una velocidad excepcional durante un breve período de tiempo, llegando incluso a 26 o 27 nudos. Esta fue la ayuda necesaria para desprenderse de sus desagradables acompañantes y desvanecerse gradualmente en las sombras de

la noche.

Volveremos sobre esto en el momento oportuno.

A las 5.55 de la tarde, enviamos el siguiente telegrama:

Almirantazgo a todos los barcos

Mensaje general. El telegrama de guerra se expedirá a medianoche, autorizando el comienzo de las hostilidades contra Alemania, pero esta, en vista de nuestro ultimátum, puede decidir abrir fuego en cualquier momento. Deben estar preparados a este evento.

Después de la tensión y convulsión de los diez días precedentes, sobrevino en el Almirantazgo un extraño período de calma. Habían sido tomadas todas las decisiones. El ultimátum a Alemania había expirado; había sido, con toda seguridad, rechazado. La guerra se declararía a medianoche. Todos nuestros preparativos estaban hechos en la medida que nos era posible prever en aquellas circunstancias. Se había efectuado la movilización. Todos los barcos estaban dispuestos para la campaña y cada hombre en su sitio. En todo el mundo, todo capitán y almirante británico estaba en guardia. Solo faltaba dar la señal. ¿Qué sucedería entonces? Parecía como si el primer movimiento hubiese sido dejado en manos del enemigo. ¿Qué haría este? ¿Proyectaba alguna sorpresa mortal, algún proyecto terrible, planeado y perfeccionado con tiempo, y listo para desencadenarlo sobre nosotros en cualquier instante? ¿Habrían podido nuestros barcos en aguas extranjeras localizar a sus antagonistas alemanes? Si así fuese, por la mañana sabríamos ya de una media docena de acciones de cruceros en aguas muy lejanas. Una lluvia de telegramas de los diferentes apostaderos de nuestras costas daba noticias sobre movimientos de barcos y rumores de haber divisado al enemigo. Aun llegaban telegramas de las cancillerías europeas como últimas llamadas a la razón, acalladas por el ruido de los cañones. En el Departamento de Guerra del Almirantazgo, donde había montado mi puesto, se podía oír el tictac del reloj. Desde la calle del Parlamento llegaba el rumor de la multitud, pero sonaba distante y el mundo parecía muy tranquilo. El fragor de la lucha por la vida había cesado; fue sucedido por un silencio mortal y que anunciaba ruina. Tendríamos que despertarnos en un infierno.

Yo tenía la extraña sensación de que estaba esperando un resultado electoral, como si hubiera cesado el ruido de la contienda política y se estuviera haciendo el recuento de los votos para hacer público a las pocas horas el resultado de la misma. Solo se podía esperar, pero, ¿para qué resultado! Aun cuando los deberes de mi departamento hacían imperativo en mí y en todos los demás estar vigilantes y prever todo lo que hacía referencia a la preparación para la guerra, yo proclamo, tal como demuestran estas páginas, que, desde mi puesto subordinado, no hice nada voluntaria y

premeditadamente durante estos años anteriores a la guerra para malograr las ocasiones de una solución pacífica, y que hice todo lo que estuvo en mi mano, cuando hubo ocasión para ello, para hacer posible unas buenas relaciones entre Inglaterra y Alemania. Doy gracias a Dios de que en aquellos momentos pudiera sentir con firmeza que nuestro país estaba libre de culpa de un propósito deliberado para la guerra. Aun cuando hubiéramos cometido algún error, si es así lo desconozco, en el curso de esta terrible crisis, podemos asegurar de todo corazón que no fue porque lo hubiéramos querido. Parecía que Alemania se había lanzado a fondo y que hubiera resuelto su propia desventura. Y si esto es lo que se había propuesto durante tanto tiempo, si este era el peligro que nos había amenazado, hora por hora, durante los últimos diez años y tenía que estar suspendido sobre nuestras cabezas, hora por hora, hasta que sobreviniese la explosión, ¿no era mejor que sucediese ahora, ahora que ella se había puesto tan desesperadamente en aquel mal trance, ahora que estábamos listos a prevenir toda sorpresa, ahora que Francia, Rusia y Gran Bretaña estaban unidas?

Vinieron a verme el primer lord naval y el jefe del Estado Mayor acompañando a los almirantes franceses que habían llegado con premura para concertar en detalle la cooperación de las flotas en el Canal y en el Mediterráneo. Los almirantes franceses daban la sensación, dentro de sus uniformes elegantes, de una serena gravedad. Se podía sentir, en contacto con aquellos franceses, que realmente aquella crisis era cuestión de vida o muerte para Francia. Hablaban de apostar su escuadra en Malta, la misma Malta por la que había luchado Napoleón durante tantos años, la misma que fue pretexto para reanudar la contienda en 1803. *Malte ou la guerre!* Poco podía pensar el Napoleón de Santa Elena que Francia, en una situación desesperada, podría tener a su disposición la gran base mediterránea que su instinto estratégico había calificado de vital. Dije a los almirantes franceses: «¡Empleen Malta como si fuese Tolón!».

Los minutos pasaban lentamente.

Una vez más, en el curso de los siglos, la vieja Inglaterra tenía que presentar batalla contra las dominaciones y los tronos más poderosos. Una vez más, en defensa de las libertades de Europa y de la justicia, tenía que emprender una marcha penosa y desdichada a través de mares desconocidos hacia costas ignotas y guiada solo por las estrellas. Una vez más aquella «extensa línea de barcos batidos por las tormentas» iba a estar emplazada entre el tirano continental y el dominio del mundo.

Eran las once de la noche, las doce en la hora alemana, cuando expiró el ultimátum. Las ventanas del Almirantazgo estaban abiertas en aquella noche calurosa. Bajo el mismo techo donde Nelson recibiera órdenes, estaban reunidos un pequeño grupo de almirantes y capitanes y otro grupo de

secretarios, lápiz en mano. A lo largo de la calle y en dirección a palacio flotaba el fragor de una gran multitud que cantaba «God save the King». En aquel ámbito de entusiasmo irrumpieron los sonos del carillón del Big Ben y, a la primera campanada de la hora, hubo una sensación de movimiento en la sala. El telegrama de guerra, que rezaba «Empiece las hostilidades contra Alemania», fue expedido a todos los barcos y bases navales bajo el pabellón del Imperio británico de todo el mundo.

Pasé a través de la Horse Guards Parade hacia el salón del Gabinete e informé al primer ministro y los ministros reunidos que el acto había quedado cumplimentado.

IX

La guerra: el paso del ejército por el Canal

Del 4 de agosto al 22 de agosto de 1914

El inicio de la guerra de Gran Bretaña contra el imperio militar más poderoso de todos los tiempos fue estratégicamente impresionante. Las flotas británicas se mezclaban con las nieblas de un extremo de la isla; su pequeño ejército salía de su país para entrar en otro. Por esta doble acción parecía ante ojos profanos que quedaba la isla sin sus medios de defensa, exponiendo sus costas. Y, sin embargo, estos dos movimientos, dictados por puros principios de estrategia, aseguraban simultáneamente nuestra seguridad y la salvación de nuestros aliados. La Gran Flota ganaba su apostadero desde donde ejercía su dominio irresistible; el ejército regular alcanzaba, en el momento oportuno, el puesto vital de combate en el flanco del frente francés. Si todas nuestras acciones hubieran sido de la misma altura, estaríamos viviendo actualmente en un mundo más cómodo.

Las diferencias existentes acerca de nuestra entrada en la guerra fueron agravadas por la fuerte corriente de opinión, que no solo hacía acto de presencia en el Gabinete, de que si interveníamos en la guerra debía ser a base únicamente de la acción naval. Hombres eminentes y de influencia, que a lo largo de la contienda laboraron sin descanso y prestaron servicios indudables, estaban por aquel tiempo, en oposición resuelta al desembarco de un solo soldado en el continente. Y si no hubiera estado todo preparado, si el plan no hubiera sido perfeccionado, si no hubiera sido el único plan y si la opinión militar no hubiera sido laboriosamente encauzada en él, ¿quién podría asegurar que no nos habría afectado una indecisión fatal?

En la tarde del día 5 de agosto, el primer ministro convocó un Consejo

Extraordinario de Guerra en Downing Street. No recuerdo una reunión parecida. Se componía de los ministros que de forma más destacada apoyaban nuestra política de entrada en la guerra, los jefes del Ejército y de la Marina, todos los altos comandantes militares y, además, lord Kitchener y lord Roberts. Se requirió tomar una decisión sobre cómo habíamos de conducir la guerra que acababa de empezar. Todos los que hablaron por el Ministerio de la Guerra conocían sus propias opiniones y estaban unidos; todo el ejército británico tenía que ser enviado en seguida a Francia, de acuerdo con el plan llamado justamente Plan Haldane. Todo lo hecho en ocho años bajo esta orientación en el Ministerio de la Guerra había conducido a ello y todo había sido sacrificado a este fin. Colocar un ejército de cuatro o seis divisiones de infantería completamente equipadas, y con la caballería necesaria, en el flanco izquierdo del frente francés dentro de los doce a catorce días de la movilización, y guardar la isla, entretanto, con las catorce divisiones territoriales que él había organizado era el plan sobre el que, con la ayuda de los mariscales Nicholson y French, había concentrado él sus esfuerzos y sus limitados recursos. Era un plan sencillo, pero practicable; había sido minuciosamente seguido y se había estudiado laboriosa y escrupulosamente. Representaba más o menos el máximo esfuerzo de guerra que podía prestar el sistema de voluntariado y estaba aplicado en su forma más efectiva y audaz en el momento crítico; los planes de movilización, gráficos de ferrocarriles, horarios, organización de bases, depósitos, suministros, etc., regulaban y aseguraban una ejecución completa y concertada. Había sido elegido un jefe que, durante toda su vida, se había orientado con este punto de vista. Todo lo que quedaba por hacer era tomar la decisión y dar la señal.

Sobre este punto, informé en nombre del Almirantazgo que, estando completa ya en todos los aspectos nuestra movilización y nuestros barcos en sus apostaderos de guerra, podíamos renunciar a la petición, que habíamos hecho en todas las conferencias del Comité de Defensa Imperial, de que debían ser retenidas en Inglaterra, como salvaguardia contra la invasión, dos divisiones regulares. Además, en lo que al Almirantazgo se refería, no cuatro, sino las seis divisiones podían marchar; nosotros proveeríamos su transporte y la seguridad de la isla durante su ausencia. Esta considerable empresa fue llevada a cabo y bien por la Marina Real.

Entonces la discusión volvió sobre el sitio adonde tenía que ser enviado el ejército. Lord Roberts preguntó si no sería posible poner la base del ejército en Amberes para atacar en conjunción con el ejército belga sobre el flanco y retaguardia de las huestes alemanas de invasión. Desde el punto de vista del Almirantazgo, no estábamos en condiciones de garantizar las comunicaciones marítimas a un contingente de tropas tan importante situado en el lado enemigo del paso de Calais, solo podíamos garantizar el interior del cordón de flotillas anglofrancesas que estaban ya en sus puestos. Además, el Ministerio

de la Guerra no había preparado planes para tal contingencia; había concentrado su pensamiento en una cooperación integral con el ala izquierda del ejército francés, donde quiera que este estuviese. Este era el plan y no había otro.

Se desarrolló otra discusión sobre el punto dónde tenía que ser concentrado el ejército expedicionario. Algunas altas autoridades militares, apoyándose en el hecho de que la movilización del ejército británico había empezado tres días más tarde que la del francés, creían que debía concentrarse en los alrededores de Amiens para intervenir después del desarrollo de la primera batalla. Pero, finalmente, sir John French y el espíritu de audacia se abrieron su camino, y se decidió que debíamos prestar ayuda a Francia según las directrices que el Estado Mayor francés considerase como más efectivas.

Cuando fui por primera vez a la reunión del Gabinete, después de la declaración de guerra, me encontré con nuevos compañeros. Durante los siete años anteriores, lord Morley se había sentado siempre a la izquierda del primer ministro y yo al lado de aquel; había recibido de mi veterano vecino consejos cariñosos y sabios, escritos a lápiz en frases académicas; su encantadora cortesía, en la que era maestro, había facilitado el curso penoso de los asuntos. El domingo de la decisión, me dijo: «Si ello ha de ser, no soy hombre para hacerlo. No haría más que estorbar a hombres como usted, destinados a llevar la carga». Ya no estaba; en su puesto se hallaba lord Kitchener. También a mi izquierda había una nueva figura, el nuevo ministro de Agricultura, lord Lucas. Le conocía desde la guerra sudafricana, donde perdió una pierna, y conocerlo era un placer; su carácter alegre y abierto, su lengua fina e irónica pero nunca descortés, su agradable presencia, su risa fácil. Todo ello le granjeó muchos amigos, entre los que yo me contaba; miembro joven del Gabinete, heredero de posesiones espléndidas, feliz con todo lo que lo rodeaba, parecía haber cautivado a la fortuna y a todo lo demás.

Y, sin embargo, los dos hombres estaban predestinados a morir a manos del enemigo; el joven ministro luchando en el aire con su adversario y el viejo mariscal ahogándose en el helado mar. Me pregunto qué sensación habrían tenido los veinte políticos que estaban alrededor de la mesa si se les hubiese dicho que el prosaico Gabinete británico iba a ser diezmado en la guerra que acababa de declarar. Creo que hubieran experimentado una sensación de orgullo y de alivio al saber que iban a compartir en parte los peligros a que iban a ser enviados sus compatriotas, sus amigos y sus hijos.

En el Consejo de Guerra del 5 de agosto, lord Kitchener no había sido nombrado aún secretario de Estado para la Guerra, pero su nombramiento era inminente. El primer ministro, que ostentaba por entonces aquel cargo, no podía ser humanamente cargado con el trabajo enorme de relaciones entre los departamentos del Ministerio de la Guerra y del

Almirantazgo; este trabajo tenía que ser tramitado entre ministros. Por consiguiente, invitó a lord Kitchener a asumir el cargo ministerial del Ministerio de la Guerra, y el viejo mariscal, que, por supuesto, no había buscado aquel puesto, no tuvo más remedio que aceptar.

Mis relaciones con lord Kitchener habían sido limitadas. Nuestro primer encuentro tuvo lugar en el campo de batalla de Omdurman, cuando, como teniente del 21 de Lanceros, fui enviado a la retaguardia para informar verbalmente al comandante en jefe de cuál era la posición del ejército derviche que avanzaba. Me había reprendido severamente en mi juventud, había tratado de prohibirme que fuera a la campaña del Sudán, y se indignó porque lograra ir allí. A primera vista, era un caso de antipatía. Por mi parte, traté de su carácter y de sus campañas en dos voluminosos libros concebidos totalmente con un espíritu verdadero de crítica imparcial. Lo vi otra vez unos doce años después, cuando fuimos presentados personalmente y tuvimos una breve conversación en las maniobras del ejército en el año 1910. Llegué a conocerlo un poco en la Conferencia de Malta de 1912, y, en adelante, acostumbábamos hablar sobre los temas de la Defensa Imperial cuando nos encontrábamos de vez en cuando. En aquellas ocasiones, lo encontré mucho más amable de lo que me suponía en mis primeras impresiones o de lo que había oído decir sobre él. En la semana anterior a la guerra habíamos almorzado y cenado juntos dos o tres veces y habíamos discutido todas las posibilidades en la medida que podían ser previstas. Me alegré cuando fue nombrado secretario de Estado para la Guerra, y en aquellos primeros días trabajamos en estrecho contacto y en términos cordiales. Me consultaba constantemente sobre el aspecto político de su gestión y me distinguió con su confianza en asuntos militares. Los asuntos del Ministerio de la Guerra y del Almirantazgo estaban en tan estrecha conexión que durante la totalidad de los diez primeros meses nos consultábamos personalmente todos los días. No puedo olvidar que cuando abandoné el Almirantazgo, en mayo de 1915, el primero y casi el único, con una sola excepción, de mis colegas que me hizo una visita de cortesía, fue el Titán abrumado de trabajo y cuya desaprobación había sido una de las desconcertantes experiencias de mi juventud.

Como es sabido, el ejército británico movilizado consistía en una fuerza expedicionaria perfectamente organizada compuesta de seis divisiones regulares de infantería y una división de caballería; además, había dos divisiones regulares de infantería, la séptima y octava, que tenían que organizarse a base de todas las guarniciones de todo el Imperio o formarse con el sobrante en la metrópoli de las fuerzas expedicionarias. Se decidió emplear también dos divisiones de la India, mitad británicas y mitad indígenas. Detrás de estas fuerzas muy bien instruidas había catorce divisiones territoriales y trece brigadas montadas a las que estaba confiada la defensa de Gran Bretaña. Estas unidades estaban poco instruidas, provistas de escasa artillería, pero

compuestas por hombres previsores e inteligentes que no esperaron a la hora de peligro para hacer propia la causa de su país. En seis meses, o, como se llegó a pensar, en menos, aquellas tropas podrían emplearse en su cometido.

Por entonces llegó lord Kitchener al Gabinete y casi en la primera ocasión en que se reunió con nosotros expuso una porción de verdades inspiradas y proféticas con su estilo de soldado. Todo el mundo esperaba que la guerra sería corta, pero las guerras toman un curso insospechado y teníamos que estar preparados para una larga contienda. Tal conflicto no podía terminarse en el mar o solo a consecuencia del dominio del mar. Únicamente podía terminar con grandes batallas en el continente, en las que el Imperio británico tenía que soportar la parte proporcional a su categoría y poder. Teníamos que estar preparados para poner ejércitos de millones de hombres en el campo de batalla y mantenerlos durante varios años. Este era el único camino para cumplir nuestra misión ante todos los aliados y ante el mundo.

Estas palabras fueron recibidas por el Gabinete en un silencio de aprobación, y creo que, si lord Kitchener hubiera pedido que se declarase el servicio militar obligatorio, como pudo haber hecho, se habría procedido a su aprobación. Sin embargo, se contentó con proponer la llamada de voluntarios y formar, en primer lugar, seis nuevas divisiones regulares. Hubiera sido mucho mejor haber formado los nuevos voluntarios sobre los cuadros del ejército territorial, cada uno de los cuales podía haber sido duplicado o cuadruplicado en etapas sucesivas. Pero el nuevo ministro no conocía el sistema territorial británico y no tenía fe en él. El mismo nombre era una pesadilla para él. En la guerra de 1870 había estado presente en las batallas del Loire, probablemente en la de Le Mans, en la que la llave de la posición, confiada a tropas territoriales francesas, había sido expugnada con la consiguiente derrota de todo el ejército. Me habló varias veces de este incidente y sabía que era una de sus fijas obsesiones. Era en vano explicarle cuán diferente era el carácter de las tropas que formaban las fuerzas territoriales francesa y británica; las primeras a base de reclutas viejos en sus últimos años de servicio y las segundas a base de jóvenes entusiastas y de predilecciones militares. Eran territoriales, y con eso bastaba para él.

Esto aumentó las dificultades en los comienzos de su labor gigantesca. Se preocupó de crear cuadros él mismo, primero de seis, después de diez y por último de veinticuatro divisiones del «ejército de Kitchener», al mismo tiempo que afluían los voluntarios por centenas de millares. Este gran acto de improvisación fue llevado a cabo y debía catalogarse como una de las maravillas de aquel tiempo.

Los argumentos contra el servicio obligatorio, que sin duda eran muy firmes, fueron pronto reforzados por el número abrumador de voluntarios y la falta total de armamento y equipos. Aparte de los pequeños depósitos que

tenía el ejército regular, no había nada en absoluto. La limitada cantidad de nuestras fuerzas militares traía como consecuencia escasas fábricas de material de guerra. No había fusiles de reserva, no había cañones aparcados y los modestos depósitos y suministros de municiones empezaron a agotarse con una rapidez que parecía aterradora. Tuvieron que discurrir muchos meses antes de que se tomaran medidas, antes de que pudieran abrirse, aun cuando fuese en pequeña escala, otras fuentes de suministro. Se iba a aprender por primera vez que era más difícil hacer un fusil que un cañón; y los fusiles eran de una gran necesidad, la mayor de todas. No teníamos más que estacas para poner en las manos de los hombres entusiastas que llenaban las oficinas de reclutamiento. Saqué los parques de la Flota y del Almirantazgo y recogí en total unos treinta mil fusiles, que, literalmente, eran otros treinta mil hombres en el campo. A bordo, solo los de infantería de marina tenían fusiles; el marino corriente no disponía como último recurso más que de un machete, como en los tiempos antiguos.

En el momento en que lord Kitchener empezó la formación de sus primeras seis divisiones, y antes de la avalancha de voluntarios, le ofrecí la real división naval, que aceptó con alegría. Antes de la guerra habíamos previsto que la marina dispondría durante la movilización de muchos millares de hombres en las bases para los que no había puesto de embarque. En consecuencia, el año 1913, propuse al Comité de Defensa Imperial la formación de tres brigadas, una compuesta de marinos, y las otras dos de hombres procedentes de la reserva voluntaria de la Marina Real y de la reserva de la Flota Real. Se proyectó que estas brigadas se pudieran emplear en la defensa de la metrópoli en las primeras fases de la guerra. Se formaron fácilmente los cuadros a partir de los elementos disponibles. La brigada de infantería de marina existía ya virtualmente y estaba claro que las tres brigadas estarían listas para la campaña mucho antes que las nuevas tropas que estaban aún en período de movilización. Los voluntarios de la marina, que ansiaban prestar servicio a bordo, aceptaron su nuevo destino con gran desagrado, pero con lealtad sin límite. Para muchos de ellos fue fatal esta decisión; muy pocos de estos hombres valientes sobrevivieron sin estar marcados por la guerra. En cuanto a sus hechos de campaña, no deben ser eclipsados en la historia por los acontecimientos de una época tan convulsa.

Una de mis funciones era disponer todo lo concerniente a la salida del embajador alemán y, ocho días más tarde, la de su colega austríaco. En consecuencia, en la mañana del día 5 de agosto, envié mi secretario naval, el almirante Hood, de uniforme, a la embajada alemana para informarse en qué forma podíamos satisfacer los deseos y conveniencias del príncipe Lichnowsky. Mientras la multitud en Alemania insultaba e incluso apedreaba a los embajadores francés y británico en su partida, nosotros nos dedicamos con cuidado exquisito a asegurar la observancia de toda propiedad y cortesía hacia

aquellos por quienes éramos responsables. El príncipe Lichnowsky ha rendido su mejor recuerdo al ceremonioso tratamiento de que fue objeto, que pareció haber hecho una impresión profunda en su ánimo.

Escribí al conde Mensdorf, embajador austríaco, la siguiente carta:

13 de agosto de 1914

Mi secretario naval, el almirante Hood, portador de la presente carta, tiene instrucciones para ponerse a sus órdenes para organizar la comodidad y conveniencias de su viaje por mar. Si hubiese algo en que yo pudiese serle útil a usted, espero no dejaré de ordenármelo.

Aun cuando la terrible marcha de los acontecimientos ha interrumpido la antigua amistad entre nuestros países, el respeto y la estimación nacidos en tantos años de relaciones personales no pueden ser olvidados por sus amigos británicos.

El embajador austríaco pidió que se dispusiese un barco para llevarlo directamente a Trieste y se extendiese esta consideración a cierto número de descontentos austríacos no combatientes que residían desde hacía tiempo en Londres y que tenían que abandonar el país. Dispuse, en consecuencia, que embarcaran más de doscientas personas en el barco del embajador. Estaba seguro, cuando tomaba aquellas medidas, de que estaba procediendo de acuerdo con lo que requería la dignidad británica.

Por las comunicaciones y órdenes emanadas del Consejo, que constituían la base de su misión, el primer lord del Almirantazgo era responsable ante el rey y ante el Parlamento de todos los asuntos del Almirantazgo. En virtud de esos principios de organización el primer lord delegaba la responsabilidad de la marcha técnica y profesional de los asuntos en un marino eminente; pero, no podía, teórica ni prácticamente, eximirse de ninguna responsabilidad. Tenía que dar cuenta de forma estricta de todo lo que pudiera suceder, tenía que soportar las críticas de todo desastre. El crédito que da la victoria va en honor, por supuesto, de quien la gana; la carga de la derrota o de las equivocaciones debe ser soportada por el Almirantazgo, y la desaprobación de la nación cae fundamentalmente sobre su jefe.

¿Cómo es posible, entonces, que un ministro civil, designado como tal por razones políticas o parlamentarias, y privado de conocimientos profesionales, pueda asumir su función? Ello depende, evidentemente, del carácter, temperamento y capacidad del primer lord y del primer lord naval. Deben estar de mutuo acuerdo y, si no pueden entenderse absolutamente entre sí en los problemas circunstanciales que se les van presentando en constante sucesión, el rey, aconsejado por el primer ministro, tiene que elegir otra combinación. Yo interpretaba mi misión del siguiente modo: aceptaba plena

responsabilidad por llegar a resultados favorables, y a tal fin ejercía una supervisión general de todo lo que se proponía o se hacía. Además, llevaba a cabo un sinnúmero de sugerencias e iniciativas en todos los aspectos, sujetos tan solo a la aprobación y conformidad del primer lord naval en todas las fases operantes. Equivocadamente o no, esto es lo que hice, y a base de este principio deseo ser juzgado. En la práctica, las dificultades eran menores de lo que se supone y, ciertamente, la máquina trabajó sin interrupción incluso en los largos períodos de tensiones y crisis inacabables.

Al inicio de las hostilidades, el secretario de Estado de la Marina alemán, Von Tirpitz, al fin y al cabo un almirante, se encontraba completamente apartado de la formación de planes estratégicos y casi de los tácticos, hasta tal punto que él mismo declara que «no conocía los planes navales de guerra». Su misión había quedado reducida a los asuntos puramente administrativos, de tal modo que quedaba convertido en un adjunto al cortejo imperial en el gran Cuartel General. El Estado Mayor naval, regido primeramente por Von Pohl, era solamente un instrumento del emperador y recibía de los labios de aquel todopoderoso indicaciones de su imperial agrado. La posición del almirante Von Tirpitz era, por consiguiente, muy desagradable. El Estado Mayor lo apartaba todo lo posible del emperador y persuadía al mismo a rechazar los esfuerzos del almirante para romper su aislamiento. El emperador, abrumado con toda la carga de sus funciones de Estado, de vez en cuando, daba directrices a su Estado Mayor y sugería cosas a la ligera que eran después operantes con irresistible autoridad. Este es el estado de los asuntos al que el almirante Von Tirpitz atribuye la parálisis que sufrió la flota alemana durante los primeros meses críticos de la guerra naval. Esto fue, según él, lo que hizo perder la oportunidad de librar la batalla principal en las condiciones menos desfavorables, permitiendo que el dominio del mar pasara a nuestras manos prácticamente sin lucha y que quedara asegurado el transporte ininterrumpido de nuestro ejército a través del Canal. Si la solución que dimos a nuestro difícil problema de la dirección de la guerra naval era imperfecta, también lo fue la del enemigo.

Nuestro conocido margen de superioridad en nuestras aguas era más pequeño entonces que en cualquier momento posterior de la campaña. La Gran Flota, tal como estaba concentrada al norte en su base de combate el día 1 de agosto de 1914, comprendía veinticuatro barcos clasificados como dreadnoughts, o mejores. Además, el crucero de batalla Invencible estaba en Queenstown vigilando el Atlántico, los dos Lord Nelson estaban con la flota del Canal y había tres cruceros de batalla en el Mediterráneo. En aquel momento, los alemanes movilizaban dieciséis barcos de clasificación similar. Aun cuando era improbable, no podíamos estar completamente seguros de que los alemanes no pudieran tener listos dos o tres barcos más, y de gran potencia. Afortunadamente, todos los barcos británicos estaban listos y en

orden perfecto de combate; no había ninguno en reparación. Nuestra fuerza para una acción inmediata de la flota era de veinticuatro contra dieciséis seguros o diecinueve probables. Estas cifras no ilustran tan bien como las tablas del Apéndice la fuerza material total, como conjunto, de la flota británica, y menos aún de la potencia de fuego de la línea británica que, además de los dreadnoughts comprendían ocho King Edward notablemente superiores a sus ocho alemanes análogos. Aparte de cuanto pueda ser dicho en este aspecto y de la confianza que pudiera inspirar, el hecho es que toda la superioridad numérica que teníamos era de un orden de cinco a ocho dreadnoughts. Este no era un margen suficiente para afrontar la fatalidad, ni el porcentaje de defectos mecánicos que era de esperar en una flota tan grande, ni era margen alguno para resistir al desastre producido por acciones de sorpresa, en caso de que no hubiéramos estado prevenidos contra ellas. Cualquier observador superficial que contemplara desde los escarpados de Dover o de Portland los seis o siete barcos, empequeñecidos en la lejanía, habría tenido una sensación dolorosa de lo pequeña que parecía ser la base sobre la que descansaba el mundo británico. Si la inteligencia y el entusiasmo de los marinos británicos no hubieran sido todo lo que creíamos de ellos; si la mano de obra que había construido aquellos barcos no hubiera sido honrada y consciente; si la marinería o la artillería hubieran resultado inferiores a lo que eran; si sobreviniese alguna terrible innovación o equivocación, entonces la batalla podía quedar muy igualada.

Es fácil comprender cuán tensa era la expectación en la marina británica. Si la marina germana iba a entablar combate, su mejor oportunidad estaba en los comienzos de la campaña. El Almirantazgo alemán sabía, por supuesto, los barcos de que disponíamos, que estábamos movilizados, y que ya estaban concentrados aquellos en el mar. Ahora bien, si los alemanes comprendían el hecho extraordinario de que cada uno de nuestros dreadnoughts estaba listo y que ninguno de ellos denotaba defecto capital alguno, podían, desde el punto de vista alemán, emprender la batalla en la proporción de dieciséis contra un máximo de veintisiete. Esto era una gran diferencia, repetimos, desde su punto de vista, pero era aun mayor extendiendo la vista a la totalidad de las flotas, mayor aún si dejaban pasar seis meses; y a medida que transcurriera el tiempo aumentaría nuestra superioridad. Pues considérense los refuerzos que iban a recibir ambas flotas: los alemanes debían saber que, además de terminar nuestros propios barcos en construcción, requisaríamos todo barco de guerra para potencias extranjeras y en fase de construcción en nuestros astilleros. Esto suponía una adición a la Gran Flota de unos siete grandes barcos de guerra en un plazo de tres meses y doce al cabo de seis meses contra tres y cinco, respectivamente, que se podían calcular en el lado contrario. El balance sería, pues, de treinta y cuatro a diecinueve a los tres meses y de treinta y nueve a veintiuno a los seis meses; y todo ello no habida cuenta de tres

cruceros de batalla en el Mediterráneo y uno (Australia) en el Pacífico y que, naturalmente, podíamos traer a nuestras aguas cuando fuese necesario.

Este momento, pues, era el momento más favorable a Alemania y la mejor oportunidad que pudieran soñar. ¿Y no era también el momento estratégico? ¿No podían lógicamente suponer que el traslado del ejército británico a Francia era una gran preocupación para el Almirantazgo? ¿No era evidente que una victoria, aunque hubiese sido parcial, hubiera sido más fructífera en aquel momento que en ningún otro? Los cuarenta y dos mercantes rápidos alemanes armados en corso no necesitaban nada más que un espacio de tiempo muy reducido para escapar y armarse en el mar, y después habría que cazarlos uno tras otro. Y sobre todo, una interrupción o retraso del paso del ejército por el Canal, ¿no podía haber ejercido su influencia en el momento decisivo de la lucha en tierra? El Estado Mayor alemán creía corta la guerra; estaban poniendo todo su empeño para la prueba suprema de la campaña terrestre. ¿Por qué no tenía que ser también lanzada al combate la flota alemana para desempeñar su papel en la decisión suprema? ¿Cuándo y en qué mejor uso podía haber sido empleada?

Por todo lo expuesto, nosotros esperábamos una batalla en el mar; la esperábamos y la deseábamos. La noticia de que las dos flotas estaban en marcha de aproximación para llegar a una decisión en mar abierto habría sido recibida en la flota con satisfacción no afectada y en el Almirantazgo con calma. Nosotros no podíamos mandar nuestra Gran Flota a las zonas de la bahía de Heligoland, surcadas por submarinos y repletas de minas. Pero si el enemigo nos hubiera presentado batalla en unas condiciones que no hubiéramos juzgado muy desventajosas la hubiéramos aceptado inmediatamente.

En realidad, la tranquila confianza del Almirantazgo estaba basada sobre cálculos de una potencia naval relativa, cuya justa estimación no era discutida por el Estado Mayor alemán. Incluso Von Tirpitz, que abogaba por la acción, escribe: «Contra un combate inmediato estaba el hecho de que la totalidad de la flota británica estaba lista para el combate cuando estalló el conflicto, gracias a las prácticas de movilización, mientras que, por nuestra parte, solo estaban preparadas nuestras escuadras en activo». La Historia Oficial Naval Alemana dice: «Gran Bretaña se había asegurado grandes ventajas militares con sus prácticas de movilización y las subsiguientes medidas, hechas sin tener en cuenta las necesarias incomodidades producidas en consecuencia... Ventajas que Alemania no podía compensar ni aventajar». El Estado Mayor alemán tuvo la sensación de que si, realmente, era aquella una oportunidad para una primera prueba de su fuerza, estaba, sin embargo, en función del azar y de la desesperación para que valiera la pena ser aprovechada. De este modo, su flota quedó retenida en puerto hasta un día ignominioso para ella,

imponiendo, sin duda, un dispendio continuo y oneroso de nuestros recursos para fines navales, con lo que los alemanes salían beneficiados con ventajas de carácter secundario, pero sin influencia decisiva sobre el curso total de la guerra.

Así pues, esperamos; y no sucedió nada. No ocurrió nada inminente; no se entabló combate. La Gran Flota estaba apostada en el mar; la flota alemana no abandonó sus puertos. No hubo acción de cruceros. Un barco minador alemán que sembraba un campo de minas en Harwich fue alcanzado y hundido por una flotilla de destructores conducidos por el Amphion, que quedó destruido a su regreso a consecuencia de una mina. Por lo demás, subsistía un silencio en todos los mares no interrumpido por los cañones. Pero, durante el mismo y desde su comienzo, el dominio de los mares por parte de Gran Bretaña se hacía incontestable en el mundo. Todos los cruceros alemanes en aguas extranjeras se desvanecieron en los inmensos espacios del mar; todos los barcos mercantes alemanes, cuando se hizo patente nuestra entrada en la guerra, navegaron con rumbo a puertos neutrales. Siete de los ocho perturbadores eventuales del comercio fueron capturados sin disparar un tiro. La navegación alemana, excepto en el Báltico, dejó de existir a partir de la noche del 4 de agosto. Por otra parte, después de algunos días de duda, la Marina Mercante británica empezó a hacerse a la mar animada por el seguro gubernamental, que no era mayor de un 6 %, e incluso antes de que los grandes ejércitos empezaran sus encuentros, el vasto tráfico oceánico del Imperio británico continuaba su régimen de máxima actividad. Al final de agosto, el tipo de seguro había descendido a un 3 %, y el Almirantazgo pudo anunciar que, de los cuarenta y dos barcos alemanes de que se temían los ataques contra el comercio, once estaban amarrados y desarmados en los puertos de los Estados Unidos y vigilados fuera de las aguas jurisdiccionales por los cruceros británicos, seis se habían refugiado en otros puertos neutrales donde fueron desmantelados o tenidos en observación, catorce estaban recluidos en Alemania bajo la acción del bloqueo, seis fueron apresados y solo quedaban por localizar otros cinco, cuya suerte será relatada más tarde.

Así, no se confirmó ninguna de aquellas tristes profecías que habían servido de tema a tantos debates y artículos: que si nuestros barcos mercantes serían cazados por los corsarios alemanes, que se requerían decenas de cruceros británicos suplementarios para la protección del comercio, que los barcos mercantes británicos una vez en el puerto no se aventurarían a hacerse a la mar... Dichas profecías pudieron ser relegadas al limbo de las alarmas infundadas. Los tres grandes peligros navales que más habían obsesionado a nuestras mentes en los años anteriores a la guerra —primero, peligro de un ataque por sorpresa a nuestra flota; segundo, peligro de las minas; tercero, paralización de nuestro comercio naval— pasaron al igual que olas gigantescas que, por fin, son remontadas por el barco.

Habían pasado más de cien años desde que la marina británica había sido llamada a afrontar un peligro de tanta magnitud. Si, cuando hayan transcurrido otros cien años, en circunstancias semejantes, se encuentra igualmente lista para el combate, no tendremos razón para lamentarnos de nuestros descendientes que, en la historia de esta crisis, no tendrán tampoco razón para lamentarse de nosotros.

Pero es tiempo de volver a hablar del Mediterráneo.

El almirante Souchon, comandante en jefe alemán, una vez que se distanció de nuestros cruceros, que le seguían en la oscuridad de la noche, siguió su rumbo a Mesina, adonde llegó con el Goeben y el Breslau en la mañana del día 5; tal como sabemos ahora, había recibido un telegrama expedido por el Almirantazgo alemán desde Nauen a la una y treinta y cinco minutos de la mañana del día anterior. Este mensaje le daba toda clase de informaciones, y se decía en él que había sido establecido una alianza entre Alemania y Turquía, y le encomendaba a dirigirse inmediatamente a Constantinopla. Nosotros no sabíamos nada de este tratado; nuestras noticias eran muy diferentes, y hasta pasado mucho tiempo no supimos cuál era la verdadera actitud de Turquía en aquellos momentos.

A su llegada a Mesina, el Goeben y el Breslau empezaron a repostar de los barcos carboneros alemanes. Se invirtió en esta operación todo el día, toda la noche y gran parte del día siguiente, 6 de agosto. Transcurrieron exactamente treinta y seis horas antes de que el Goeben se hiciera a la mar. Mientras tanto, el crucero ligero Gloucester, en vigilancia a la salida sur del estrecho de Mesina, informó a sir Berkeley Milne, a las tres horas y treinta y cinco minutos de la tarde del día 6, que la intensidad de las señales radiotelegráficas que interceptaba indicaban que el Goeben debía de estar en Mesina.

El comandante en jefe británico había salido del canal de Malta en el buque insignia, el Inflexible, después de medianoche del día 4 de agosto y, aproximadamente, a las once de la mañana del día 5 de agosto había reunido los tres cruceros de batalla y dos cruceros ligeros cerca de la isla Pantelaria, situada en el centro de la ruta de Sicilia a la costa africana. De acuerdo con sus memorias, supo el día 4 que el barco correo alemán General estaba a la disposición del Goeben. En consecuencia, creyó que durante todo el día 5, «el Goeben, el Breslau y el General estuvieron todos en Mesina». Estaba en lo cierto.

Uno de sus cruceros de batalla, el Indomitable, tenía que carbonear y lo envió a Bizerta. Esta fue una decisión importante. Teniendo en cuenta que él creía que el Goeben estaba en Mesina y que él proyectaba vigilar en dirección norte con sus dos cruceros de batalla, algunas autoridades creyeron que hubiera sido una precaución razonable por su parte enviar su tercer barco a

Malta para carbonear, donde las facilidades eran seguras e inmediatas, y desde donde el barco podría desplazarse fácilmente para cerrar la salida al sur del estrecho de Mesina, o bien reunirse con él el contraalmirante Troubridge en la entrada del Adriático, donde este oficial había establecido su posición. Enviado el Indomitable a Malta, podría haber colocado los dos cruceros de batalla vigilando, uno a la salida norte y el otro a la salida sur. Pero el comandante en jefe decidió mantener a los tres barcos reunidos en su mano y patrullar a lo largo del extremo oeste de Sicilia entre Cerdeña y Bizerta. Así pues, la salida al sur quedaba completamente abierta al Goeben y le quedaba reservado un duro encuentro al contraalmirante Troubridge si, como era probable, el Goeben remontaba al Adriático.

A las cinco de la tarde del día 5, sir Berkeley Milne recibió el aviso expedido por el Gloucester a las tres horas y treinta y cinco minutos, donde da cuenta de la presencia del Goeben en Mesina. Esto era una confirmación de lo que él suponía. En aquel momento, se encontraba él a unas cien millas al oeste de Sicilia. No obstante, continuó su crucero con sus dos barcos entre Sicilia y Cerdeña hasta la noche del 6 de agosto; sus órdenes al Indomitable aún eran que se le reuniera en aquellos lugares. Hizo esto porque creyó que situar los tres cruceros de batalla en aquella posición era el medio más seguro de cumplimentar las instrucciones del telegrama del Almirantazgo del 30 de julio que hacían referencia a la ayuda a los franceses en el transporte de su ejército de África. No hay duda alguna de que este era un buen método para cumplir aquellas órdenes, y el almirante ha llevado a su libro las razones que lo indujeron a adoptar su dispositivo. La velocidad superior del Goeben hizo necesario —afirma él—, si tenía que interceptarlo, que tuviera que estar alejado y tener noticia a tiempo de su aproximación; colocar toda su fuerza por este procedimiento entre el barco alemán y los transportes franceses era la mejor ocasión de cazar al Goeben —según él arguye—, si este intentaba atacar. Propuso estos proyectos de dispositivo al Almirantazgo en la tarde del día 4, y el único comentario que recibió fue: «La vigilancia sobre el Adriático debe ser mantenida para el doble fin de impedir salir a los austríacos y entrar a los alemanes». El magistral modo de localizar al Goeben en pleno mar abierto el día 4 de agosto había dado la sensación al Almirantazgo de que el almirante tenía sobre el lugar una composición exacta de la situación y que no necesitaba más directrices.

No obstante, sir Berkeley Milne no había logrado aún comunicarse con el almirante francés, aun cuando lo había intentado repetidas veces por radio y había enviado al Dublin a Bizerta con una carta. No sabía dónde estaba la flota ni los transportes franceses. Esto no se lo comunicó al Almirantazgo, y este por su parte, en virtud del telegrama general del 4 de agosto encomendando la consulta inmediata con los franceses, supuso que los dos comandantes en jefe en el Mediterráneo actuaban de acuerdo. Por consiguiente, no se pidió ninguna

información a los franceses, y el Almirantazgo francés no proporcionó ninguna. Una demanda dirigida a París habría puesto en evidencia que los franceses habían cambiado sus planes y que no había aún transportes en el mar. En este aspecto, había que hacer cargos a todos, por estar todos en falta.

Mientras tanto, el embajador británico en Roma se apresuraba a informar al Almirantazgo, todo lo pronto que permitía la acumulación de trabajo de los servicios telegráficos, que el Goeben estaba en Mesina. La noticia no llegó a Londres hasta las seis de la tarde del día 5 de agosto. El Almirantazgo cursó el telegrama, sin comentario alguno, a sir Berkeley Milne, que ya estaba enterado por otros conductos. Se ha criticado al Almirantazgo que, una vez que supo que el Goeben estaba en Mesina, no autorizara inmediatamente a los barcos británicos para seguirlo dentro del estrecho. No me fue planteada esta cuestión ni por el primer lord naval ni por el jefe del Estado Mayor, y como yo personalmente no había estado presente en la proposición y redacción del telegrama que daba instrucciones para respetar escrupulosamente la neutralidad italiana, tampoco entraba aquella cuestión en mis prioridades. Si se me hubiera planteado, hubiera consentido inmediatamente. No era un incidente despreciable y el premio era suficiente para arrostrar el peligro de enojar a los italianos. En realidad, el permiso para ir a combatir a través del estrecho fue dado por el Almirantazgo, sin ser consultado, tan pronto como se puso de manifiesto que el Goeben se estaba escapando hacia el sur. Era ya muy tarde.

El almirante Souchon, con el Goeben y el Breslau, que habían carboneado a placer, salió de Mesina, de acuerdo con las órdenes expedidas en Alemania, a las cinco de la tarde del día 6 de agosto, listo para emprender el combate y a los acordes de sus bandas de música. El almirante esperaba, sin duda alguna, encontrar como mínimo uno, y probablemente dos, de los cruceros de batalla tan pronto como saliese de las aguas territoriales. Esta suposición era razonable cuanto que se daba perfecta cuenta de que su posición tenía que haber sido localizada hacía ya muchas horas por el comandante en jefe británico. Desgraciadamente, tal como se ha descrito, cada uno de los tres cruceros estaba apostado en otros lugares. Así pues, cuando el almirante alemán dobló la punta meridional de Italia y viró hacia el este, los tres únicos antagonistas, cuya combinación de potencia de fuego y velocidad era de temer, estaban ya muy a popa.

Aun había la escuadra de cruceros protegidos británicos que vigilaban el Adriático. Esta escuadra se componía de cuatro buenos barcos: el Defence, el Warrior, el Duke of Edinburgh y el Black Prince. Estaba mandada por el contraalmirante Troubridge, quien tenía también a sus órdenes ocho destructores, y se le iban a incorporar aún el crucero Dublin y dos destructores más procedentes de Malta. Es necesario seguir el curso de la acción de este

oficial.

En el supuesto, que era el más probable, de que el Goeben hiciera rumbo hacia Pola, el almirante Troubridge estaba bien situado para interceptarlo. Hasta que oyó del Gloucester que el barco alemán viraba al sur y que persistía en su navegación hacia el sudeste, no se había requerido de él una nueva decisión. No recibió órdenes de sir Berkeley Milne para que abandonara su posición. Pero el almirante Troubridge decidió actuar bajo su propia responsabilidad. Ocho minutos más tarde de la medianoche del día 6 de agosto (es decir, las cero horas y ocho minutos del día 7), dio orden a sus cuatro cruceros y sus ocho destructores para que navegaran rumbo al sur a toda velocidad, con el propósito de interceptar al Goeben. Avisó igualmente al Dublin (capitán John Kelly), que llegaba de Malta en aquellos momentos, para que se reuniera a él con los dos destructores y cortar la retirada al barco alemán. Informó al comandante en jefe de su decisión. La medianoche del 6 al 7 de agosto, convergían, pues, sobre el Goeben y el Breslau, dieciséis barcos británicos que se encontraban en posiciones que interceptarían seguramente al enemigo poco después del amanecer. Sin embargo, a las tres horas y cincuenta minutos de la mañana, después de reflexionar y no habiendo recibido órdenes ni contestación de sir Berkeley Milne, el almirante Troubridge llegó a convencerse de que no podía esperar encontrar al Goeben en las condiciones ventajosas de la media luz del amanecer y de que, en una acción emprendida en mar abierto y a pleno día, sus cuatro barcos serían hundidos sucesivamente por el Goeben, que se podía mantener siempre fuera del alcance (14.000 metros) de los cañones ingleses de 23,4 cm. Este punto de vista pareció exagerado a algunos oficiales británicos. Las limitadas municiones del Goeben habrían tenido que ser empleadas magníficamente para hundir a aquella distancia los cuatro cruceros protegidos británicos uno detrás del otro. Sin embargo, si el Goeben y el Breslau hubieran sido arrastrados al combate, es difícil creer que ninguno de los dieciséis barcos británicos hubiera podido acercarse a ellos para atacarlos con artillería o torpedos. Todos los destructores estaban en condiciones de alcanzar al enemigo y de encontrar la oportunidad para el ataque. Realmente, hubiera sido un prodigioso hecho de armas alemán el poder derribar a la vez a tan gran número de antagonistas. No obstante, el almirante llegó a la conclusión de que el Goeben era una «fuerza superior» con la que no debía entablar combate en virtud de las instrucciones que le había dado el comandante en jefe. Y esta conclusión fue admitida por un consejo de guerra naval británico.

Así pues, renunció a interceptar el Goeben, hizo virar sus barcos y entró en el puerto de Zante a las diez de la mañana, para prepararse a reanudar su vigilancia en el Adriático. El Dublin y sus dos destructores, después de perder un permiso, que les fue denegado, para atacar en pleno día, habían intentado interceptar al Goeben antes del alba; pero, en la oscuridad, no lograron

encontrarlo.

A las seis de la mañana del día 7, el Goeben, el barco más rápido del Mediterráneo estaba navegando sin obstrucción hacia los Dardanelos, llevando consigo para los pueblos de Oriente y Oriente Próximo más miseria, muerte y ruina de la que nunca había sido llevada por un barco.

De todos los barcos británicos que se encontraban o se podían haber encontrado a una distancia efectiva del Goeben, ninguno hizo nada útil, excepto los dos cruceros ligeros Dublin y Gloucester, mandados, casualmente, por dos hermanos. El Dublin (capitán John Kelly), tal como hemos visto, hizo todo lo que estuvo en su mano para atravesarse con sus dos cruceros en la ruta del enemigo y luchar con él de día o de noche, y el Gloucester (capitán W. A. Howard Kelly) se pegó a los talones del Goeben en extremo peligro y con una tenacidad magnífica hasta la tarde en que renunció a la persecución en virtud de órdenes recibidas del comandante en jefe.

En toda esta historia de la huida del Goeben parece como si se viera la influencia de aquella fatalidad siniestra que, a más largo plazo y en mayor escala, iba a perseguir la empresa contra los Dardanelos. Los terribles condicionales «si» se acumulaban: si mi primer pensamiento del 27 de julio de enviar el New Zealand al Mediterráneo se hubiera cumplido; si hubiéramos podido abrir fuego contra el Goeben en la tarde del día 4 de agosto; si no hubiéramos estado tan preocupados por la neutralidad italiana; si sir Berkeley Milne hubiera enviado el Indomitable a carbonear a Malta, en vez de a Bizerta; si el Almirantazgo le hubiera enviado instrucciones concretas cuando se supo dónde estaba el Goeben en la noche del día 5; si el contraalmirante Troubridge no hubiera cambiado de modo de pensar en las primeras horas del día 7; si el Dublin y los dos destructores hubieran interceptado al enemigo durante la noche del 6 al 7; la historia del Goeben habría terminado allí. Sin embargo, tal como fueron las cosas, hubo una oportunidad más de anular a aquel barco portador de un destino fatal. Aquella oportunidad, aunque remota, tenía también que ser destrozada por el destino, que estaba vigilante.

A la una de la mañana del día 8 de agosto, sir Berkeley Milne, habiendo reunido y provisto de carbón a sus tres cruceros de batalla en Malta, se lanzó a velocidad moderada hacia el este, en persecución del Goeben. En aquel momento, la fortuna hizo que un irreprochable y puntilloso secretario del Almirantazgo declarase la guerra a Austria. El telegrama cifrado dando órdenes para el inicio de hostilidades contra Austria fue cursado inadvertidamente, sin autorización alguna; el error fue subsanado pocas horas después, pero el primer mensaje llegó a sir Berkeley Milne a las dos de la tarde del día 8, cuando estaba a mitad de camino entre Sicilia y Grecia. Sus primeras órdenes de guerra prescribían que, en el caso de una guerra contra Austria, tenía, en primer lugar, que concentrar su flota en Malta, y fiel a estas

instrucciones, desistió de la persecución del Goeben. De este modo se perdieron veinticuatro horas antes de que recibiera órdenes para proseguir la caza de dicho barco. Pero este había llegado a una pausa en su marcha; el almirante Souchon cruzaba con precaución entre las islas griegas tratando de asegurarse de que sería recibido por los turcos en los Dardanelos. Invirtió así treinta y seis horas en Denusa y se vio obligado a emplear la comprometedor T. S. H. en varias ocasiones. Hasta la noche del día 10 no entró en los Dardanelos y la maldición cayó irrevocablemente sobre Turquía y el Oriente.

El ejército británico cruzó el Canal entre el 9 y el 22 de agosto. Este período fue de gran inquietud para nosotros. Podían tener lugar las posibilidades más terribles. Estábamos obligados a suponer que se intentara un desembarco en nuestras costas con la intención de detener el paso del ejército por el Canal, o de hacerle volver atrás; o bien una incursión naval en el mismo para cortar el transporte; o un ataque concentrado de submarinos sobre los barcos cargados de tropas. La gran batalla naval, independiente o en conexión con estas operaciones, podía empezar en cualquier instante. Fue un período de extrema tensión psicológica.

Las disposiciones navales destinadas a proteger el paso del ejército han sido descritas en la Historia Oficial de la Guerra y en publicaciones de otros departamentos. Las zonas septentrionales del paso de Calais estaban patrulladas por escuadras de cruceros y por flotillas de Harwich y del Támesis. El Estrecho era vigilado escrupulosamente por flotillas de destructores franceses y británicos del cordón de Dover y por las flotillas de submarinos del comodoro Keyes. Detrás de estas flotillas se formó, el día 7 de agosto, la flota del Canal, compuesta de diecinueve acorazados de la quinta, séptima y octava escuadras de combate, completamente movilizadas por entonces. Esta flota, que se había concentrado en Portland bajo el mando del almirante Burney, pasó al extremo Este del canal lista para el combate; su distancia de intervalo con el cordón de Dover fue determinada por su comandante. La entrada al Canal por su parte occidental estaba guardada por otras escuadras de cruceros.

Durante los primeros días, el transporte no fue muy intenso, pero, desde el día 12 al 17, se puso en tránsito la masa principal del ejército, y la tensión estratégica alcanzó su punto máximo. Hasta que se llegó a este momento, la Gran Flota estuvo apostada en su posición norte e incluso se le permitió hacer un crucero hacia el norte de las Orcadas. No obstante, el día 12 de agosto, se ordenó al almirante Jellicoe que volviese al mar del Norte y cruzase hacia el sur, para tomar una posición de proximidad efectiva.

Durante los días de transporte más intenso (15, 16 y 17 de agosto), la bahía de Heligoland estuvo bloqueada estrechamente por submarinos y destructores, protegidos por la totalidad de la Gran Flota, situada entre Horn Reef y el

banco Dogger. Se ofreció durante tres días a la marina alemana la batalla en mar abierto cuando sus posibilidades en el combate eran mayores. Pero, excepción hecha de algún submarino, no hubo señal que denotara la existencia de la potencia naval enemiga.

Todo fue bien. No se hundió ningún barco, ni se ahogó un soldado; todos los dispositivos funcionaron puntual y regularmente. La concentración del ejército quedó completada tres días antes de lo previsto por sir John French y el general Lanrezac; el total de esta vasta operación fue guardado en tal secreto, que en la noche del 21 de agosto, solo unas horas antes de que la caballería británica entrara en contacto con los alemanes, el general Von Kluck, que mandaba el primer ejército alemán en Bélgica, no recibió del Mando Supremo una información mejor que esta:

Debe contarse con un desembarco de tropas británicas en Boulogne y con su avance a partir de la región de Lille. Se supone que no ha tenido aún lugar un desembarco a gran escala de tropas británicas.

Tres días más tarde todo el ejército británico estaba luchando en Mons.

X

La invasión de Francia

Los ejércitos de Europa estaban en movilización desde el día 1 de agosto. Millones de hombres fluían a lo largo de carreteras y ferrocarriles, cruzaban los puentes del Rin, venían desde los lugares más apartados del Imperio ruso o remontaban hacia el norte procedentes del sur de Francia y del África francesa, formando todas inmensas masas de maniobra o en línea de combate. El silencio en el mar venía acompañado de incertidumbre en tierra. Había una pausa sofocante antes de que descargara aquella tormenta. Los combatientes tomaban sus puestos de combate con toda precaución y en el más estricto secreto. Aparte de los balbuceos de la artillería en Lieja y en Belgrado, en aquellos pequeños países que tenían que sufrir el ataque, y de algunas escaramuzas de menos importancia, reinaba en Europa en la primera quincena de Armagedón una extraña y fría calma.

El comienzo fue, no solo la primera, sino la más grande crisis de la guerra, sin lugar a dudas. Desde el 18 de agosto hasta mediados de septiembre, todas las tropas mejor instruidas de los siete estados en guerra eran lanzadas unas contra otras en pleno combate, bien provisionadas y con todo el ardor de la inexperiencia bélica propia, pues, en su mayoría, habían sido de una generación pacífica. En el transcurso de aquel terrible mes lucharon más

divisiones durante más días que en cualquier año completo de la lucha, lo mismo se puede decir de las cifras de muertos y heridos. En realidad, hubo dos crisis, una en el Este y otra en el Oeste; cada una rebasó en escala e intensidad a cualquier otra ulterior, y ambas se influían recíprocamente.

A los alemanes se les presentó el problema, ya previsto y escrupulosamente estudiado, de la guerra en dos frentes. Para este caso tenían preparado el plan Schlieffen. El esfuerzo principal se dirigió contra Francia. En el Este se estaban empleando más de las siete octavas partes de los cuerpos de ejército alemanes. De los cuarenta cuerpos de estos, se dejaron menos de cinco para defender las provincias del este de Alemania del ataque del Imperio ruso. El plan Schlieffen subordinaba todo a la invasión de Francia y a la destrucción del ejército francés mediante un inmenso movimiento envolvente a través de Bélgica. A fin de reforzar esta maniobra por todos los medios, el general Schlieffen estaba resuelto a dejar que los austríacos soportaran el peso del ataque de los rusos y aun a dejar que la Prusia oriental fuera invadida por los rusos, incluso, si fuera necesario, hasta el Vístula. Estaba preparado para que Alsacia y Lorena fueran invadidas con éxito por los franceses. La violación y el paso a través de Bélgica, aunque con ello obligara a Inglaterra a entrar en la guerra, era solo para él un corolario de su teorema principal. En esta concepción, no podía haber nada que pudiera resistir el avance de los alemanes desde el norte al corazón de Francia, con la consiguiente destrucción del ejército francés, la toma incidental de París y la derrota total de Francia en seis semanas. Tal como lo preveía dicho general, nada podía suceder en ningún lugar durante aquellas seis semanas capaz de impedir que este objetivo principal se cumpliera y terminara la guerra victoriosamente.

Por entonces, nadie podía decir que el plan Schlieffen fuera incorrecto. Pero Schlieffen había muerto. Sus sucesores en el Estado Mayor alemán aplicaron el mismo plan de un modo fiel y resuelto, haciendo solo algunos cambios al mismo, hijos de la prudencia. Estos cambios fueron funestos. Moltke, sobrino del gran general del mismo nombre, asignó un 20 % más de tropas a la defensa de la frontera oriental alemana y un 20 % menos en la invasión de Francia de lo que había prescrito Schlieffen; teniendo que hacer frente a la invasión rusa de la Prusia oriental, debilitó aun más la avalancha sobre Francia. Como se verá, la aplicación del plan Schlieffen en los cuatro quintos de su intensidad fracasó por poco, y pudimos sobrevivir hasta el presente.

Hemos mencionado ya cuán exactamente informó el general Wilson al Gabinete británico, el 11 de agosto de 1911, sobre el plan Schlieffen, y como evaluó, casi exactamente, el número de divisiones alemanas que se emplearían en el gran movimiento envolvente. El nombramiento del general Joffre para el mando supremo del ejército francés trajo consigo un cambio completo de los

planes franceses. Bajo el mando de dicho general, el Estado Mayor francés redactó un nuevo plan que fue mantenido en gran secreto. Se llamó el «Plan XVII».

El Plan XVII consistía en una ofensiva general en las direcciones este y nordeste, por ambos lados de Metz, ejecutada con cuatro ejércitos y un quinto ejército en reserva. Este plan estaba basado en la convicción profunda de que el ala derecha francesa penetraría a fondo en Alsacia y Lorena y en una obstinada incredulidad de que el ala izquierda francesa fuera envuelta por una maniobra alemana al oeste del Mosa y a través de Bélgica. Ambas premisas fueron modificadas por los primeros acontecimientos de la guerra. Desde los primeros días se hizo evidente que el punto de vista mantenido firmemente desde 1911 por el Estado Mayor británico era correcto, es decir, que se produciría un movimiento envolvente a través de Bélgica y por ambos lados del Mosa. ¿Cómo podía ser, si no, que los alemanes echaran deliberadamente primero a Bélgica y después a Gran Bretaña en el platillo contrario de la balanza? A menos, por supuesto, de tratarse de una operación de importancia capital. Además, había la evidencia de sus largos preparativos (campos de concentración, ferrocarriles y apartaderos), que habían sido tan minuciosamente estudiados por el Estado Mayor británico regido por sir John French y sir Henry Wilson. Por último, en los días sucesivos, se conocieron con toda clase de detalles los enormes movimientos de tropas que en el ala derecha alemana hacia el interior de Bélgica y dentro de sus fronteras, en las dos márgenes del Mosa. Antes del final de la primera semana del mes de agosto, el general Lanrezac, jefe del ejército francés del ala izquierda (el quinto), no hacía más que dar informaciones de aviso y de alarma sobre la amenaza que se cerniría sobre su ala izquierda y retaguardia si llevaba a cabo la misión que le había sido asignada y atacaba como estaba ordenado en la dirección nordeste. Al final de la segunda semana, el Alto Mando francés no pudo ignorar ya la presencia de masas crecientes en el ala derecha francesa; fueron tomadas, en consecuencia, medidas tardías e inadecuadas para afrontar el peligro. No obstante, después de la incursión de un cuerpo de ejército y de una división de caballería en Alsacia el día 13 de agosto, el general Joffre empezó su ofensiva sobre Lorena con dos ejércitos del ala derecha; los ejércitos del centro entrarían en acción unos días más tarde. Hasta la noche del día 18, el general Lanrezac y la izquierda del quinto ejército francés tenían aún la orden de avanzar hacia el nordeste. Tres días más tarde el mismo ejército se estaba defendiendo de un ataque procedente del norte y del noroeste; había sido obligado a hacer un cambio completo de frente.

Los alemanes, tal como habían predicho tres años antes el general Michel y sir Henry Wilson, hicieron la gran maniobra envolvente a través de Bélgica; pusieron inmediatamente en acción cerca de 34 cuerpos de ejército, de los cuales 13 o sus equivalentes eran formaciones de reserva. De los 2.000.000 de

hombres que estaban en marcha para invadir a Francia y Bélgica, solo 700.000 eran reclutas y el resto reservistas. Contra ellos, el general Joffre oponía solamente 1.300.000, de los que también había 700.000 reclutas y únicamente 600.000 reservistas. Otros reservistas, en número superior a 1.200.000, respondieron a la llamada de la nación y abarrotaban los campos sin equipo, sin armas y sin cuadros de oficiales. En consecuencia, los alemanes sobrepasaron en número a los franceses en la proporción de 3 a 2 a lo largo de todo el frente, pero como economizaron sus efectivos en su ala izquierda pudieron ejecutar su maniobra envolvente por la derecha del frente con una superioridad abrumadora, que en Charleroi fue de un orden de 3 a 1.

El general Joffre y su escuela de los Jóvenes Turcos, como se los llamaba en Francia, tenían reservados sus mayores errores para la esfera táctica; la infantería francesa iba al combate ofreciendo la visibilidad de sus pantalones rojos y guerreras azules; sus oficiales de artillería en negro y oro eran unos magníficos objetivos, y las corazas de las fuerzas de caballería eran de un brillo esplendoroso. El espíritu de ofensiva estaba exacerbado, casi hasta el frenesí religioso, en todas las graduaciones del ejército, y no estaba mermado en ninguna de estas por el debido conocimiento de la potencia de fuego del fusil moderno y de las máquinas de infantería. Ante ellos se levantaba una cruel sorpresa.

La batalla empezó el día 20, cuando los dos ejércitos de la derecha avanzaron por el sur de Metz. Fueron contenidos por las defensas fuertemente preparadas por los alemanes y atacados violentamente en su flanco izquierdo por el ejército bávaro, que emergía de su fortaleza por vías de comunicación radiales. En las nieblas matutinas del día 22 de agosto, el tercer ejército francés, marchando al norte hacia Arlon, se lanzó equivocadamente en el interior de zonas defendidas por los alemanes, y cuatro o cinco de sus divisiones perdieron sus efectivos mientras estaban aún cerca de sus campamentos. En cualquier parte del frente donde se veían alemanes se dio la señal de ataque. «Vive la France! A la baïonnette! En avant!», y aquellas valientes tropas conducidas noblemente por sus oficiales, que se sacrificaban a sí mismos en una mayor proporción, respondieron en todo a la magnífica moral combativa que tanto renombre ha dado a la nación francesa. A veces se dieron aquellos infructuosos asaltos a los acordes de «La Marsellesa» y a 400 o 500 metros de las posiciones alemanas. Aun cuando los alemanes eran los que invadían, los franceses atacaban con más frecuencia, y formaciones completas de soldados en rojo y azul yacían en los campos de rastrojos. La colisión fue general en todo el frente, y hubo un estremecimiento de horror en todo el universo. En la grandiosa batalla de fronteras, cuya magnitud y horror es escasamente conocida aún hoy por la conciencia británica, fueron muertos, heridos o hechos prisioneros más de 300.000 franceses.

Estos desastres fueron los heraldos de los enormes peligros a que iban a estar expuestos ahora los ejércitos franceses y británicos del ala izquierda. Apenas se había completado con severas medidas el despliegue del quinto ejército en Sambre, y tan pronto como el ejército británico alcanzó a marchas forzadas las inmediaciones de Mons, se descargó sobre ellos la abrumadora maniobra envolvente de los alemanes a través de Bélgica. Tanto el general Lanrezac como sir John French estaban a punto de desencadenar una violenta ofensiva que los altos mandos franceses creían que sería capaz de detener la maniobra alemana. El mando británico aceptó esta orientación con fe ilimitada. Lanrezac, seguro de que Joffre estaba desbordado por los hechos, preveía con gran disgusto el inminente desastre. Pero ni siquiera él imaginó nunca la potencia y la extensión del ataque alemán por aquel sector. Los dos ejércitos del ala izquierda escaparon al desastre gracias a una retirada a tiempo, por separado y propia iniciativa, emprendida por Lanrezac y sir John French, y a la resistencia encarnizada y al fuego de las tropas de infantería británicas, que tenían un alto grado de instrucción. Se hicieron cargos al general Lanrezac por sus defectos temperamentales y por su falta de lealtad al ejército británico de su ala izquierda. No obstante, su visión de la situación y la rápida decisión para emprender la retirada cuando aún quedaba tiempo ha merecido la gratitud de Francia. Fue una lástima que olvidara informar a sus aliados los británicos.

Los franceses mantuvieron, naturalmente, en el mayor secreto su plan general, pues estaba en juego la existencia de su nación. Ni el Gabinete británico, ni lo que quedaba del Ministerio de la Guerra estaban en condiciones de entender lo que estaba pasando. Yo no sabía hasta qué punto estaba especialmente informado lord Kitchener; creo muy improbable que compartiera los secretos del Cuartel General francés en la extensión suficiente para estimar en conjunto qué es lo que estaba pasando en el frente. Y si los compartía, no dio señal alguna que lo denotara. Conocía, por supuesto, todo lo que se tenía que saber sobre la situación de nuestro ejército, y bastante en lo que hacía referencia a las fuerzas contiguas.

A última hora de la noche del día 23 de agosto, hablé con lord Kitchener. Conocíamos la gran batalla y sabíamos que nuestros hombres estaban peleando todo el día, pero no había recibido noticias. Estaba preocupado y esperanzado. Se trajo un mapa. La densa concentración de divisiones alemanas al oeste del Mosa belga y el movimiento envolvente sobre el ala izquierda francoinglesa era claramente visible. También se destacaba la posición de pivote que ocupaba Namur, alrededor del cual parecía girar precariamente todo aquel vasto movimiento envolvente. Lord Kitchener estaba obsesionado con un gran contraataque francés, un golpe por la espalda al largo y tenso despliegue circular, que debía paralizarlo o destruirlo. Decía de los alemanes: «Están corriendo un gran riesgo. Nadie puede poner límites a lo que puede

hacer un ejército bien disciplinado, pero si los franceses fueran capaces de cortar por aquí —marcó con vigor una flecha en la dirección noroeste de Namur—, los alemanes pueden tener un Sedán propio y en mayor escala». Yo tenía un dulce recuerdo de la primera fase de la batalla de Austerlitz, con los austríacos extendiéndose y ampliando su ala izquierda hacia las poblaciones de Tellnitz y de Sokolnitz, mientras Napoleón quedaba reagrupado para lanzar su ataque sobre el llano de Pratzen. Pero ¿tenía Francia un Napoleón? Hacía noventa y nueve años que había pasado uno por Charleroi. ¿Habría otro ahora? ¿Eran los alemanes iguales a los austríacos y rusos de Austerlitz? Sin embargo, nos fuimos a dormir inquietos, pero llenos de esperanza.

A las siete de la mañana del siguiente día, estaba yo sentado en mi cama en el Almirantazgo trabajando con mis cajas de telegramas, cuando se abrió la puerta y apareció lord Kitchener. Aquel día no se había puesto el uniforme, y lo recuerdo aún con su sombrero hongo en la mano en la que sostenía también una tira de papel. Se detuvo en la puerta y supe en un instante y antes de que hablara que las cosas no iban bien. Aunque tenía un aspecto tranquilo, su cara estaba cambiada. Experimentaba yo la sensación subconsciente de que estaba alterado como si hubiera recibido un puñetazo; sus ojos estaban inquietos y su voz era bronca. Parecía un gigante. «Malas noticias», dijo lentamente y dejó caer el papel en mi cama. Leí el telegrama. Era de sir John French.

Mis tropas han combatido todo el día en una línea que se extendía al este y al oeste de Mons. El ataque se renovó después de oscurecido, pero nos mantenemos tenazmente en el terreno. Acabo de recibir un mensaje del Gran Cuartel General del quinto ejército francés diciendo que sus tropas se han retirado, que ha caído Namur y que está ocupando una línea desde Maubeuge a Rocroi. He ordenado, por consiguiente, una retirada a la línea Valenciennes-Longueville-Maubeuge, que se está efectuando en estos momentos; será una operación difícil si el enemigo sigue en contacto. Recuerdo sus instrucciones precisas como método y norma de la retirada en caso de necesidad.

Creo que debe prestarse atención inmediata a la defensa del Havre.

No me inmuté hasta que llegué a lo de Namur. ¡Había caído Namur! Namur tomado en un solo día, aun cuando los belgas habían sido reforzados con una brigada francesa. Estábamos, evidentemente, en presencia de nuevos hechos y de una nueva escala de valores. Si las fortalezas fuertes habían de desaparecer al igual que las nieblas en una mañana de sol, tendrían que ser revisadas muchas composiciones de lugar. Los fundamentos de nuestro raciocinio vacilaban. En cuanto a la situación estratégica estaba bien claro que el brazo envolvente no iba a ser atacado por su espalda, sino que se cerraría en una terrible tenaza. ¿Dónde se detendría? ¿Qué iba a ser de los puertos de la Mancha? ¡Dunkerque, Calais, Boulogne! «¡Fortificad el Havre!», decía sir John French. ¡Un día de combate general, y el avance entusiasta y el ansiado

contraataque convertidos en un «Fortificad el Havre»! «Será una operación difícil si el enemigo sigue en contacto»; inquietante observación. He olvidado mucho lo que pasó entre nosotros. Pero la aparición de Kitchener Agonistes en mi puerta quedará en mi mente mientras viva. Era igual que si viera al viejo John Bull en el potro de los tormentos.

Cuando me reuní a las diez con los almirantes, estaban todos muy preocupados con los puertos del Canal. Nunca habían compartido el punto de vista del Ministerio de la Guerra de la superioridad del ejército francés. En aquel choque decisivo vieron la confirmación de sus opiniones. Alguien sugirió que teníamos que mantenernos en la península de Cotentin, a modo de una amplia plaza de armas, rodeada por el mar por tres de sus partes y desde la cual los ejércitos británicos podrían proceder en el futuro a la reconquista de Francia. ¡Fortificad el Havre! Estábamos ya mirando hacia Cherburgo y Saint Nazaire.

Vinieron entonces los días de la retirada. Vimos que los ejércitos franceses de la derecha se mantenían en su terreno, pero todo el centro izquierda estaba marchando al sur, hacia París, lo más deprisa posible, mientras nuestras cinco divisiones estuvieron durante varios días al borde mismo de su destrucción. En el Almirantazgo recibimos peticiones para trasladar la base general del ejército del Havre a Saint Nazaire, y tuvimos que ocuparnos de este complicado problema. La retirada continuaba de día en día y parecía que una presión irresistible estaba forzando a los ejércitos franceses en su marcha atrás. ¿Qué es lo que los haría detenerse? ¿No serían capaces los franceses de dar media vuelta y hacer frente? Si Francia no podía salvarse a sí misma, nadie podría salvarla.

Personalmente, yo estaba esperanzado en que la ola invasora remitiría en su furia y, tal como había indicado tres años antes en mi memorándum, creía que, a menos que las tropas francesas no fueran mal empleadas en una acción de fronteras, hacia el cuadragésimo día se podría presentar la oportunidad de dar un golpe decisivo. Para animar a mis colegas, reimprimí dicho memorándum y lo repartí a todo el Gabinete el día 2 de septiembre, especificando que yo no había contado nunca con un resultado victorioso en las fronteras, y que siempre había esperado que los ejércitos serían obligados a retirarse el vigésimo día pero que, a pesar de ello, tenía esperanzas de éxito. Naturalmente, carecía de medios para medir las fuerzas que podían producir estos satisfactorios resultados y hablaba, claro está, en términos generales.

En este momento culminante, la presión rusa empezó a producir efectos sustanciales. Siempre habrá que hacer honor al zar y a la nación rusa por el noble entusiasmo y lealtad con que se lanzaron a la guerra. Un tratamiento de su problema militar, considerándolo solo desde el punto de vista ruso, habría traído consigo la retirada inmediata de los ejércitos rusos de sus fronteras hasta

que estuviera acabada su vasta movilización. En lugar de esto, a su movilización rápida añadieron un avance impetuoso, no únicamente sobre Austria, sino sobre Alemania. La avalancha rusa tuvo que ser contenida pronto en terribles y enormes batallas en la Prusia oriental. Los resultados de su invasión fueron aprovechados en el punto y momento decisivos. Los nervios del Cuartel General alemán fallaron. El día 25 de agosto fueron retirados de Francia dos cuerpos de ejército y una división de caballería. El día 31 de agosto, lord Kitchener pudo telegrafiar a sir John French: «En el día de ayer, se confirmó que treinta y dos trenes de tropas alemanas estaban en marcha desde el frente occidental al frente ruso».

¿Qué había sucedido en el Este? Los rusos habían invadido la Prusia oriental con sus dos ejércitos convergentes del norte; uno de ellos, al mando de Rennenkampf, marchaba desde Vilna a lo largo de las costas del Báltico, y el otro, al mando de Samsonov, atacaba procedente de Varsovia. La defensa de la Prusia oriental había sido confiada al general Von Prittwitz, quien con un volumen de unos cinco cuerpos y medio de ejército tenía que hacer frente al doble ataque de dos ejércitos iguales cada uno en potencia al suyo. Prittwitz había avanzado para detener a Rennenkampf cerca de la frontera oriental, y el día 20 de agosto se empezó a librar la batalla de Gumbinnen. Aun cuando las cualidades de los alemanes eran aparentemente superiores, el resultado de la batalla aquel día quedó indeciso. Por la noche, Prittwitz, alarmado por el avance del ejército de Varsovia, que amenazaba su retaguardia, interrumpió la batalla de Gumbinnen y telefoneó a Moltke, en el Cuartel General alemán en Luxemburgo, para comunicarle que, ante las abrumadoras masas rusas, tenía que retirarse al Vístula y no podía garantizar el mantenerse en esta línea, dado el bajo nivel de las aguas. El tono agitado del general resaltó aún más aquellas graves noticias. Cuando Moltke colgó el aparato, decidió relevarlo inmediatamente. Se expidieron telegramas a un general llamado Ludendorff, alto oficial del Estado Mayor que se había distinguido en la toma de Lieja, y al general Von Hindenburg, jefe retirado y de sólidas condiciones militares, para que se hicieran cargo de las defensas de vidas y haciendas de la Prusia oriental. Además, Moltke requirió urgentemente al comandante en jefe austríaco, Conrad von Hötzendorff, que apresurara la ofensiva de su ejército para aliviar la peligrosa situación en la Prusia oriental. En consecuencia, Hötzendorff, con mucha reserva y sin emplear toda su fuerza, avanzó para encontrarse con la avalancha rusa y fue derrotado una semana más tarde en la batalla de Lemberg, de 320 kilómetros de frente. Ludendorff y Hindenburg se dirigieron, rápidamente, a la Prusia oriental, donde encontraron la situación muy mejorada por las decisiones tomadas por el general Hoffman, brillante oficial del Estado Mayor de Prittwitz. Llegaron y encontraron ya en movimiento a las tropas, en las fases preparatorias que cinco días después tenían que dar lugar a los desastrosos resultados de la batalla de Tannenberg.

La noche del día 25 de agosto trajo al Alto Mando alemán una seguridad absoluta en la victoria. De todas partes del frente del Oeste recibían buenas noticias. Los franceses habían fracasado en todos sus avances y estaban en plena retirada. Fue en este momento cuando Moltke estuvo en condiciones de compensar las intranquilidades que sufriera unos cinco días antes al recibir la conferencia telefónica de Prittwitz, que estaba bajo la acción del pánico. Creyendo que habían llegado ya a un momento decisivo en Francia y que el definitivo encuentro era inminente y favorable a los alemanes, Moltke volvió sus ojos al Este. Toda Alemania estaba excitada por la invasión de la Prusia oriental. El emperador estaba indignado por la violación de «nuestros queridos lagos mazurianos». Aquel era el momento para enviar refuerzos al Este. Se dijo que Tappen, jefe de la Sección de Operaciones, recibió órdenes para hacer planes de traslado de seis cuerpos de ejército del Oeste, a razón de dos por el centro y cada una de las dos por las alas. Sin embargo, es mejor no ofrecer más de lo que se puede dar. Cuatro de dichos cuerpos estaban comprometidos en aquel momento en el combate o en la persecución. Había solo dos disponibles inmediatamente; pertenecían al ala derecha alemana. En el profundo designio de los planes alemanes, aquellos dos cuerpos de ejército habían sido reservados para el sitio de Namur y habían cruzado la frontera belga cubiertos detrás del ejército de Bülow. Pero no hubo sitio de Namur; cayó casi a la primera salva de los morteros pesados de artillería, estaba ya en manos de los alemanes y, al parecer, los dos cuerpos de ejército estaban libres. Se les podía mandar a Ludendorff por Marienburgo; los otros podían ir más tarde.

De este modo, Tappen aclara la densidad del frente y ofrece inmediatamente a Ludendorff, en la víspera de Tannenberg, en premio a sus inmensas incertidumbres, dos de los mejores cuerpos de ejército alemanes, incluyendo una división regular de la Guardia. Tal oferta era una tentación para un general; era una tentación extraordinaria para un hombre del temperamento de Ludendorff. Lo curioso del caso es que contra esta tentación lo protegían eficazmente su alto intelecto y punto de vista de mando. Aun cuando él estaba combatiendo en la Prusia oriental por todo aquello que se le había encomendado, incluyendo (cosa no despreciable) su propia personalidad e importancia, no había perdido de vista su composición de lugar sobre la verdadera situación general. Por supuesto —dijo él— le gustaría disponer de aquellos dos cuerpos de ejército, pero no podrían llegar a tiempo para la inminente batalla del Este, y no quería que el frente del Oeste se debilitara por su causa. En la historia militar de Ludendorff hay un gran número de hechos brillantes, algunos desvanecidos e incluso impugnados; este es uno que perdurará mucho tiempo. No obstante, la decisión la toma Moltke, y los dos cuerpos situados en la misma extremidad de la rama derecha alemana, colocados en la posición exacta desde donde podrían haber seguido fácilmente

la marcha de los ejércitos y avanzado para tapar alguna brecha abierta entre ellos, son trasladados con magnífica eficiencia alemana de transporte en un viaje de más de 1.120 kilómetros hasta el Vístula.

Durante la totalidad de la semana siguiente, todo continuó bien para Alemania. Todos sus ejércitos iban pisando a marchas forzadas los talones de sus enemigos, y del Este llegaban las noticias deslumbradoras de la batalla de Tannenberg. El emperador estaba en un estado descrito por el Estado Mayor como de shout hurrah mood; seguro, no solo de la victoria, sino también del final de la guerra, apremió a sus comandantes en jefe, y estos, a su vez, a sus soldados. Pero para Moltke parecía haber habido cambios sutiles. La tenaz e inesperada resistencia del ejército de Lanrezac en Guisa; la sangrienta respuesta con que los bávaros habían sido acogidos cuando atacaron las líneas fortificadas francesas delante de Nancy; el hecho de que Von Kluck había entrado en contacto con un fuerte e inesperado ejército británico, que, a pesar de irse retirando, no solo le había infligido muchas pérdidas en Mons, Le Cateau, Néry y VillersCotterets, sino que produjo una formidable impresión en el Estado Mayor alemán; todo esto, añadido a las distancias crecientes entre las columnas alemanas y sus bases, mezclaba aquella alegría general con un amargo rastro de inquietud que iba en aumento. ¿Estaban realmente deshechos los ejércitos enemigos?, se preguntaba el inquieto jefe del Estado Mayor alemán. ¿Había terminado la batalla? ¿Dónde estaban los prisioneros? ¿Dónde, los cañones capturados? ¿Dónde, la desorganización? El hecho es que, cuando finiquitaban los últimos minutos de agosto, el hombre que más sabía era también el más inquieto.

Mientras tanto, ¿qué pasaba con Joffre? No tenemos noticia de las reacciones producidas en las mentes de los llamados Jóvenes Turcos, que formaban su ambiente y le aislaban de los mandos más importantes, por el completo fracaso de todos sus planes. Pero ya hemos mencionado que Joffre estaba preservado contra todo por una conducta calmada, impasible, resuelta, y, al igual que Jorge II en la batalla de Dettingen, sans peur et sans avis. Naturalmente, había que hacer alguna cosa para detener al ala derecha alemana. El día 25, cuando se hicieron patentes los resultados de las batallas de las fronteras, el Gran Cuartel General expidió la siguiente «Instrucción número 2»: «Habiendo sido imposible ejecutar la maniobra ofensiva proyectada, se dispondrán las operaciones necesarias para llegar a constituer en nuestra ala izquierda, mediante la conjunción del cuarto y quinto ejércitos, el ejército británico y nuevas fuerzas traídas del Este, una masa de maniobra capaz de emprender la ofensiva, mientras los otros ejércitos, de momento, contienen los esfuerzos del enemigo». En virtud de esta norma, durante los últimos cinco días empezó a desplegarse alrededor de Amiens un nuevo ejército francés, el sexto, bajo el mando del general Maunoury, un oficial de altas cualidades que quedó ciego poco después a consecuencia de un disparo

de fusil. Las tropas de este ejército fueron transportadas rápidamente por ferrocarril desde las líneas fortificadas del este del frente, donde los ejércitos de Dubail, Castelnau y, añadamos también con justicia, Sarraill habían empezado por primera vez a descubrir el enorme poder defensivo de las armas modernas cuando se emplean en líneas fortificadas.

Pero por entonces se empezó a observar la intrusión de los políticos en las esferas militares. Hasta aquí, Joffre y su círculo habían disfrutado de aquel libre albedrío propio de los grandes capitanes cuando son, además, reyes o emperadores. Pero el fracaso en las fronteras dio un triste estímulo al poder civil. El mismo día 25 de agosto, el ministro de la Guerra francés, Messimy, militar esencialmente político, envió un oficial al puesto de mando de Joffre con la siguiente orden: «Si la victoria no es el premio de los éxitos de nuestros ejércitos, y si estos se ven obligados a retirarse, debe disponerse que un ejército, compuesto como mínimo de tres cuerpos de ejército, se dirija al campo atrincherado de París para asegurar la defensa». Monsieur Messimy dio durante la guerra pruebas abundantes de su valor y decisión como diputado y como militar, pero en este caso tenía detrás de él una gran figura. El propósito de esta digresión es el de poner de manifiesto que, en el general Galliéni, nuevo gobernador militar de París y nombrado *successeur éventuel* del general Joffre, se encontrará al salvador de Francia.

Los Jóvenes Turcos se disgustaron con esta intervención, y podemos suponer que tomaron sus precauciones para que la intromisión de Galliéni, sucesor virtual al frente de fuerzas importantes en la capital, no perjudicara la posición del general Joffre. Pero la orden era imperativa. Messimy, que en cuestión de pocas horas iba a ser reemplazado por un nuevo ministro, disponía de una autoridad constitucional cuyas tradiciones se podían encontrar en el Comité jacobino de Salud Pública de los feroces días del 1793. Así pues, Joffre y su Estado Mayor tenían que designar aquellas fuerzas; pero ¿dónde encontrarlas? Del este no se podían extraer más efectivos; sin duda alguna, tampoco de la línea de ejércitos que se retiraban desde el norte. Bien, allí está aquel ejército de Maunoury que nos hubiera gustado reunir en el flanco izquierdo, una mezcla de efectivos diversos, la mayoría maltratados por sus desfavorables acciones militares. Si tenemos que mandar un ejército a París, si el Gobierno insiste en ello, tendrán las tropas y suya será la responsabilidad. Tan pronto como Maunoury empezó a desplegar su ejército alrededor de Amiens fue obligado a adaptarse a la retirada general. La fuerza ciega de los acontecimientos decretó que se dirigiera a París para convertirse en la espada de Galliéni.

El Marne

La avalancha alemana se dirigía a París al igual que la de las aguas de un dique roto. La capital enemiga era, no solo el corazón de Francia, sino la mayor fortaleza del mundo. Era el centro de una intrincada red de ferrocarriles. Las masas de tropas alemanas podían desembocar, casi en número ilimitado, en cualquier dirección sobre los puntos de paso obligados. Pero no se puede entrar en estos sin un sitio formal; la artillería destinada a tal propósito estaba emplazada entonces frente a Amberes. Los alemanes no tenían bastantes efectivos para avanzar por ambos lados de París, y para entrar en este no disponían en aquel momento de artillería pesada. ¿Qué había que hacer? Debían marchar entre París y Verdún (esta plaza era de una influencia estratégica similar) y, guardando sus flancos contra estas dos fortalezas, seguir adelante a destruir los ejércitos franceses en campos de combate abiertos. ¿No era esa la tradición? ¿No había proclamado Moltke, no este, sino el gran Moltke, muerto hacía ya un cuarto de siglo, que la dirección era París y el objetivo los ejércitos enemigos de campaña?

Al mediodía del 31 de agosto, el capitán Lepic, que había sido enviado en misión de reconocimiento con su escuadrón, informó desde Gournay-sur-Aronde que las interminables columnas del primer ejército de Von Kluck estaban cambiando la dirección hacia Compiègne, en vez de dirigirse a París. Estas noticias fueron confirmadas al día siguiente por los aviadores franceses y británicos. A la caída de la noche del día 2, el ejército del general Maunoury, que había llegado entonces a las inmediaciones septentrionales de París, informó que no había tropas alemanas al oeste de la línea Senlis-París. A partir de estas indicaciones, confirmadas el día 3 por los aviadores británicos, actuó el general Galliéni.

Seguramente, ningún cerebro humano concibió el designio, ni manos humanas colocaron las piezas en aquel tablero. Varias series de acontecimientos, separados entre sí y discrepantes, se habían producido al mismo tiempo. En primer lugar, Galliéni estaba en el juego; fijado sobre su fortaleza no podía ir hacia la batalla, y la batalla más importante fue planteada para ir hacia él. En segundo lugar, el ejército de Maunoury, su arma, había sido puesto en sus manos. Se le confió para una misión: la defensa de París; la empleó en otra: una maniobra decisiva en el campo. Aquella arma se le dio en contra de la voluntad de Joffre: aquel arma fue la salvación de Joffre. En tercer lugar, Von Kluck, lanzándose hacia adelante en la persecución de lo que él creía británicos derrotados y franceses desmoralizados, presentaría, en su paso ante París, todo su flanco derecho y retaguardia a la acción Galliéni con Maunoury a mano. Obsérvese que cada uno de estos tres factores no tienen nada que ver con los otros dos; todos son independientes; todos estaban

presentes y en aquel mismo momento.

Galliéni se hizo una rápida composición de lugar: «¡No es posible! —dijo—; demasiada belleza para ser verdad». Pero era verdad. Hora por hora, se iba confirmando. Galliéni vibraba de entusiasmo. De un modo súbito, el día 3, dio órdenes al ejército de Maunoury para que tomase posiciones al nordeste de París, con lo que estaría así en condiciones de poder atacar, a las cuarenta y ocho horas, el día 5, al ejército de Von Kluck y a toda la línea de ejércitos que avanzaba detrás de su ala derecha. Pero esto no fue todo. ¿Qué es lo que puede hacer un ejército, rápidamente improvisado, en medio de acontecimientos de tal magnitud? Debe dar confianza a los británicos; debe animar a Joffre. A las ocho y media de la noche del tercer día, le escribe pidiéndole autorización para hacer su maniobra, que ya había ordenado hacer al ejército de Maunoury, y lo apremia para que realice una ofensiva general de todos los ejércitos franceses entre París y Verdún, simultánea con su ataque.

Joffre y su cuartel general habían llegado aquel día a Bar-sur-Aube. Las numerosas oficinas que componían la complicada máquina del Estado Mayor habían estado en desplazamiento durante dos días, y se estaban instalando en su nuevo centro. Debemos suponer que Joffre y sus colaboradores estaban pensando en las cosas del momento. Era evidente para cualquier observador avisado que, si las fortalezas de París y Verdún estaban defendidas por ejércitos de maniobra, la invasión alemana se internaría crecientemente en arco entre estos dos puntos, y ello daría una oportunidad para un ataque general francés. Alguna vez, en algún sitio y de alguna manera habían intentado Joffre y su Estado Mayor hacerlo. En principio, Galliéni y ellos estaban de acuerdo. Joffre había dicho, desde el principio de la retirada: «Atacaré cuando mis dos alas tengan una posición envolvente». Pero estaban en cuestión el cómo, el cuándo y el dónde. Estas eran las dificultades; lo cierto es que en estas cuestiones capitales no se había tomado ninguna resolución o directriz, sino que habían sido cursadas órdenes no comprendidas en aquel plan.

El mensajero de Galliéni llegó a Bar-sur-Aube en la noche del día 3, y en la mañana siguiente, mientras el ejército de Maunoury marchaba hacia sus posiciones, Galliéni estaba en angustiosa espera. En la noche del día 4, se trasladó en automóvil a Melun para pedir a sir John French la colaboración británica. Recuértese que este hombre había tenido a Joffre a sus órdenes en Madagascar y que estaba nombrado su sucesor. Él no pensaba solo en la situación local en los alrededores de París; pensaba en Francia y se comportaba con la confianza espontánea propia del genio en acción. Pero French estaba fuera con sus tropas y fue recibido por Murray, jefe de su Estado Mayor. La entrevista fue difusa y algo fría.

Era un momento inapropiado para un general francés subordinado

proponer una nueva y desesperada batalla al mando británico. El día 2 de septiembre, sir John French había escrito a Joffre ofreciendo empeñar el ejército británico en la acción y poner todo en la prueba si los franceses se detenían y entablaban una batalla general en el Marne; y Joffre contestó: «No creo sea posible pensar en este momento (actuellement) en una operación general en el Marne con el total de nuestras fuerzas». El jefe británico, que se había ligado a sí mismo para una prueba definitiva con su reducido ejército, cansado y destrozado, estaba desalentado. Por una rápida reacción, recordando todo lo que había pasado desde que empezó la batalla de Mons, había llegado precipitadamente a la conclusión disculpable de que los franceses habían perdido su ánimo y que no se sentían capaces de reemprender la ofensiva, por lo menos, de momento. Su conclusión se fundaba en que sus aliados no habían tenido más que fracasos; todos los planes de estos, por lo menos por lo que él sabía de ellos, parecían haber fracasado; sabía que el Gobierno estaba trasladándose de París a Burdeos; vio que las líneas a alcanzar en la retirada estaban bastante detrás de las posiciones que él ocupaba en aquel momento. En la mañana en que fue declinada su oferta, no podía apartar de su mente la posibilidad de un colapso general de la resistencia francesa. Era evidente que los alemanes, por el hecho mismo de despreciar a París, no buscaban nada menos que la destrucción de los ejércitos franceses. Si hubiera estado en el Cuartel General alemán, habría sabido que, en aquel momento, Moltke tenía una gran confianza en arrojar a las masas enemigas a Suiza o bien, si Rupprecht podía irrumpir entre Nancy y Toul, caer sobre la parte posterior de su propia línea fortificada, llegando así rápidamente a una rendición general del enemigo. Si hubiera sido admitido en los secretos del Cuartel General francés, habría sabido que Joffre había propuesto declarar París ciudad abierta y rendirla a las primeras tropas alemanas que se presentaran; que había dado orden al general Sarrail de que abandonase a Verdún; y que solo la intromisión de Messimy y la resistencia de Sarrail habían impedido que estas dos catástrofes se hubieran convertido en hechos consumados. Nadie puede hacer cargo alguno a sir Archibald Murray, con lo que este sabía y en ausencia de su jefe, por escuchar con escepticismo los animosos proyectos, evidentemente no autorizados, del gobernador de París. No obstante, prometió detener provisionalmente el movimiento del ejército británico hacia el sur y estudiar una línea definitiva a retaguardia.

Mientras tanto, en las primeras horas del día 4, Joffre había recibido en Bar-sur-Aube la carta de Galliéni de la noche anterior. Toda la mañana estuvo reflexionando sobre ella. Al mediodía, autorizó telegráficamente a Galliéni para que utilizara el ejército de Maunoury como había propuesto, pero con la condición expresa de que no debía atacar al norte, sino al sur del Marne. Un poco más tarde, telegrafió a Franchet d'Espérey, que mandaba el quinto ejército francés, preguntándole si podría estar listo para tomar parte en una

ofensiva general. Franchet respondió, a las cuatro de la tarde del día 4, que podría atacar en la mañana del día 6. Esta contestación llegó a las manos de Joffre entre las cinco y las seis, pero en las tres horas siguientes no hizo nada, ni tomó decisiones, ni envió órdenes.

Galliéni llegó a París desde Melun antes de las ocho. Había estado ausente de su cuartel general durante cinco horas y, mientras tanto, había llegado la contestación de Joffre. Estaba inquieto por la condición expresa de que el ejército de Maunoury no podía atacar por el norte, que debía hacerlo por el sur del Marne. Le llegaron otras noticias desconcertantes. Supo por telegrama de sir Henry Wilson (adjunto de Murray) que el ejército británico continuaba su retirada; y, poco después, recibió del coronel Huguet, el oficial francés de enlace en el Cuartel General británico, la contestación de sir John French a su propuesta: «En vista de los continuos cambios de la situación, prefiero volver a estudiar su propuesta antes de decidir sobre operaciones ulteriores».

Eran las nueve de la noche. Aparentemente, no había sucedido nada. Todos los ejércitos tenían que continuar su retirada antes del alba. Hasta el momento, él solo había recibido autorización para hacer un ataque aislado por el flanco sur con el ejército de Maunoury. Galliéni llamó por teléfono a Joffre y ambos generales empezaron a hablar. Cuando el comandante en jefe de los ejércitos franceses daba sus órdenes por el conducto regular y oficial, estaba a un nivel superior que Galliéni. Aun así, en aquel momento, casi en contacto personal, Galliéni y su antiguo subordinado hablaron como de igual a igual; y, sea dicho en honor de Joffre, este general, remontándose por encima de formalidades y recelos, sintió la directriz clara y contundente de su valiente camarada; dio su conformidad para que atacara por el norte del Marne el día 5 y, cuando volvió al círculo de sus oficiales, dio órdenes para la batalla general del día 6. Desgraciadamente, su indecisión y las demoras anteriores trajeron otras consigo. Hemos podido ver en los tiempos registrados lo que requiere la preparación de órdenes vitales, su cifrado en la expedición y el descifrado en la recepción; era casi medianoche cuando fueron cursadas dichas órdenes. En realidad, eran aún aventajadas por los duplicados que llevaban los oficiales en automóvil. Foch, que era el que estaba más cerca, recibió su orden a la una y media de la madrugada; pero ni Franchet, ni sir John French supieron nada de aquella gran decisión hasta después de las tres de la mañana, cuando sus ejércitos ya habían empezado otro día más de marcha hacia el sur.

No obstante, la suerte estaba echada, y la famosa orden del día, en curso. Desde Verdún a París, como por efecto de una conmutación eléctrica, se volvieron un millón de bayonetas y mil cañones contra las huestes invasoras. Había empezado la batalla del Marne.

Hay que admitir que, en conjunto, la batalla del Marne fue la más importante que nunca haya tenido lugar en el mundo. Las fuerzas elementales

puestas en juego en la contienda en curso sobrepasaron de mucho a todo lo que hasta aquel momento había sucedido. Es cierto, realmente, que en el Marne se decidió la guerra europea. Una media docena de otras crisis importantes dejó sus mojonos a lo largo de los caminos de tribulación que recorrieron las naciones, y puede ser argüido que alguna de ellas pudo haber hecho revertir en parte el resultado del Marne; los aliados pudieron haber sido batidos en otras ocasiones, y Alemania pudo haber surgido de la guerra europea con una paz victoriosa. Si en 1917 el ejército francés hubiese sucumbido, si la Marina británica no hubiese batido a los submarinos, si los Estados Unidos no hubiesen entrado en la guerra, los estudiantes de hoy y de mañana tendrían que estudiar historia en otros textos y en otros mapas. Pero, después del Marne, Alemania no tuvo ya oportunidad alguna para un triunfo absoluto. No hubo ya más ocasión para que pudiesen ser satisfechas todas las reivindicaciones de su orgulloso militarismo, y nunca más pudo la dominación de la fuerza científica conseguir su implantación definitiva. En los terribles años que siguieron hubo cambios profundos en el mundo y entre los contendientes. Las naciones lucharon desesperadamente, aunque en una atmósfera diferente y en un plano más reducido. El cañoneo y la carnicería aumentaron, pero nunca la moral de los resultados militares llegó a la misma cúspide de intensidad. Al final del año 1915, Inglaterra era ya una gran potencia militar, y todo el Imperio británico estaba en armas y organizaba su fuerza. Al final del año 1916, Alemania era profundamente consciente de su debilidad. En el año 1917, Estados Unidos había sido arrastrado al conflicto. Es evidente que, a la larga, el Imperio británico y los Estados Unidos podrían haber vencido a Alemania, aun cuando Francia hubiera sido completamente sojuzgada. Pero la batalla del Marne podría haber acabado la guerra en seis semanas, y el káiser, sus veinte reyezuelos y su aristocracia feudal podrían haber fundado para muchas generaciones la leyenda de la fuerza militar invencible.

Debemos recordar que, el día 3 de septiembre, el emperador Guillermo II y el Estado Mayor General alemán se sabían victoriosos en el Este y tenían todas las razones para suponer que capturarían o destrozarían a todos los ejércitos que se les enfrentaban en el Oeste en el plazo de una semana. El día 10, según rezaba un amplio informe, Moltke informaba a su señor que «Alemania había perdido la guerra». Evidentemente, hubo una gran transformación; algo misterioso y de gran potencia había estado trabajando en la mente de Moltke y dejó planteado para la posteridad, como para los que vivieron aquel diluvio, la cuestión de saber lo que fue aquel algo.

Por entonces, nadie se preocupaba por las causas. Todo el mundo, haciendo frente a los nuevos peligros del momento, se interesaba únicamente por los resultados. La invasión alemana había sido detenida. «La avalancha de fuego y de acero», no solo había llegado a un punto muerto, sino que fue

echada atrás. La obsesión de la invencibilidad alemana se había desvanecido. Hubiera sido el momento de que todo el mundo hubiera ido a la guerra, incluso los países más pacíficos y menos preparados, para convertirse en cuarteles y arsenales. Seguramente, ya había bastante. Todos volvían sus espaldas o sus cabezas al tormento de la guerra; y nadie de los círculos enterados de los aliados y pocos de los alemanes dudaban de cuál iba a ser el camino en que se hallaría el resultado. Nunca más nos vimos en la necesidad de conjeturar una rendición absoluta del ejército francés antes de que otros ejércitos estuvieran preparados para ocupar su puesto en el combate. Y, en el peor de los casos, hubiera habido negociaciones, cambalaches, compromisos y paz de regateo.

Desde que se han puesto en marcha los laboriosos estudios de la Gran Guerra, han salido a la luz una enorme cantidad de publicaciones oficiales, no oficiales y oficiosas, que en su conjunto han reunido una porción de adornos de detalle. Pero hay muchos hechos aducidos y muchas especulaciones acerca de factores de importancia vital han dado lugar por su número a una media docena de teorías para ser esgrimidas. No obstante, el mundo, atemorizado con la cuenta a pagar, se ha conformado con mantenerse en la firme creencia de que los franceses derrotaron a los alemanes en la batalla del Marne.

La Historia Oficial Francesa refiere su discreta narración a la noche del día 5 de septiembre. De acuerdo con este relato, y con poca generosidad para Galliéni, la batalla del Marne no empezó hasta el día 6, y los historiadores franceses, en presencia de este dato, se callan; sus páginas están en blanco desde la noche del día 5 de septiembre hasta enero de 1915. Naturalmente, las controversias de escuelas rivales de opinión profesional, las vivas disputas sobre hechos y sobre su estimación, de acuerdo con las reacciones sensibles de hombres ilustres, indujeron a los cronistas a elevar el clímax de su asunto, hasta que el tiempo ha intervenido con su acción niveladora.

Tal como nosotros podemos juzgar de las fases preliminares del relato francés, ellos estiman que la batalla se extendió desde París hasta Verdún. El relato alemán, por su parte, y en armonía con sus planes, afirma que fue desde París a los Vosgos, pasando por el ángulo de Verdún. Los alemanes consideran que sus siete ejércitos estuvieron empeñados en la batalla; los franceses sostienen que lanzaron a la lucha solo cinco de los suyos y el británico. Partiendo de los dos puntos de vista tenemos, pues, que estudiar la contienda de trece o catorce ejércitos, cada uno con la población masculina de una gran ciudad y consumiendo víveres, material, municiones, tesoros y vidas a una impresionante velocidad. Tenemos también que recordar que los ejércitos franceses y británicos eran como unos muelles comprimidos apoyados atrás en sus reservas y suministros, y que, por el contrario, los alemanes se habían distendido mucho a partir de su organización de retaguardia y de su red de

ferrocarriles. Los franceses tenían buenas comunicaciones en todos sentidos y los alemanes no habían reparado aún las carreteras y puentes volados por el enemigo. Los franceses operaban por líneas interiores; los alemanes tenían un frente más amplio a causa del recodo de Verdún. Sobre estas bases se emprendió la batalla del Marne.

Como batalla en sí fue menor que cualquier otra; hubo relativamente pocos muertos y heridos, no hubo grandes hechos de armas, ni encuentros proporcionales a la magnitud del acontecimiento. A lo largo de un frente de unos 350 kilómetros estaban en contacto desesperado tropas muy desgastadas; entonces y de un modo súbito, uno de los contendientes dio señales de ser el más débil y sufrió las consecuencias. Pero ¿cuál fue el origen maquinal que llevó a esta abrumadora reacción psicológica? Yo solo puedo intentar sacar brillo a algunos de los eslabones que habían estado parcialmente enterrados.

La concepción popular de la batalla del Marne como un fiero contraataque de Francia a Alemania, como un leopardo que se arroja sobre el cuello del intruso o como una impulsión hacia adelante en las alas de la pasión y del éxtasis, está en singular contraste con la verdad. El cambio de frente de los ejércitos franceses en retirada entre París y Verdún necesitó su tiempo: aquellas masas enormes podían invertir la dirección de sus movimientos solo al cabo de un buen número de horas, y aun de días. Apenas los franceses dieron media vuelta y empezaron a avanzar, se encontraron con los alemanes que venían hacia ellos; los franceses se detuvieron prudentemente y abrieron el fuego sobre el enemigo que empezó a vacilar. Era la batalla de las fronteras, pero al revés; nada de avances vigorosos a los acordes de «La Marsellesa» mientras los alemanes los detenían y diezmaban con fuego de artillería y de ametralladoras. Se habían invertido los papeles; eran los alemanes los que intentaban avanzar y sufrían, por primera vez, los efectos del terrible poder de la artillería francesa. Si los franceses hubieran hecho esto en sus fronteras, si hubieran empleado el fuego de las armas modernas sobre las fuerzas enemigas, ¡cuán diferente aparecería el mundo hoy día!

La batalla del Marne se ganó cuando Joffre terminó su conversación con Galliéni, en la noche del 4 de septiembre. Aun cuando los ejércitos franceses estaban deshechos, habían sufrido grandes pérdidas y se habían estado retirando día tras día, constituían aún una fuerza enorme que estaba sin batir y que poseía una gran capacidad combativa. Aunque los británicos se habían retirado con rapidez y perdido 15.000 hombres, sus soldados sabían que habían combatido con un enemigo que les doblaba en número e igualmente le habían infligido muchas más pérdidas que las propias. Habían recibido refuerzos y suministros, y estaban en aquel momento mucho más fuertes de lo que nunca habían sido. Aun cuando los alemanes tenían 78 divisiones en su frente occidental contra 55 de los franceses y británicos, esta superioridad no

era bastante para el objetivo supremo que tenían ante sí. El plan Schlieffen, la «fórmula para la victoria», había prescrito 97 divisiones contra Francia solo, y 71 de ellas tenían que ejecutar la gran ofensiva a través de Bélgica. Moltke tenía 19 divisiones menos en todo el frente y 16 menos en el ala derecha envolvente. De esta parte del frente, retiró aún 2 cuerpos de ejército (4 divisiones), para enviarlas al frente oriental. No había creído que valiera la pena intentar detener o demorar el transporte de las fuerzas británicas expedicionarias a través del Canal. De acuerdo con la Historia Naval Alemana, «el jefe del Estado Mayor General contestó personalmente que, por ese motivo, la marina no debía inmiscuirse en unas operaciones que, de todos modos, se hubieran llevado a cabo. Incluso sería una ventaja si los ejércitos en el Oeste podían contender con 160.000 británicos al mismo tiempo que con franceses y belgas». Así pues, cuando Joffre tomó su decisión, la balanza se inclinaba ya fuertemente en favor de los aliados.

El Marne (pase a la ofensiva).

Contrariamente al relato oficial francés, la batalla empezó el día 5, cuando el ejército de Maunoury entró en acción en el Ourcq. Vamos a insistir rápidamente sobre este punto.

El ejército del general Von Kluck está en marcha hacia el sur y pasa ante París, a la vista de la torre Eiffel; uno de sus cuerpos de ejército protege el flanco derecho. ¡Cómo brilla el cielo sin nubes! De repente, hacia la una de la tarde, el cuerpo situado en el flanco empieza a entrar en contacto con fuerzas francesas que avanzan desde París. Los alemanes contraatacan, a fin de tantear la fuerza del enemigo, y nace así, de un modo súbito, un combate violento que se extiende. El cuerpo retrocede unos 11 kilómetros y con grandes pérdidas. El ataque desde París aumenta y se extiende con más fuerza detrás de él; llega la noche. El general alemán derrotado, esperando cambiar la fortuna a la mañana siguiente, no dice nada a Von Kluck, pero un aviador alemán ha notado muy abajo la acción de sus tropas y la posición inesperada de las mismas; llega un informe al Cuartel General. Este informe no llega al general Von Kluck hasta cerca de medianoche, y se entera entonces de que el escudo en que había confiado ha cedido. Entonces, y solo entonces, recuerda Von Kluck las órdenes de Moltke, es decir, que en el avance principal para arrojar a los franceses dentro de Suiza los ejércitos de Von Kluck y de Von Bülow tenían que formar un flanco defensivo contra los ataques procedentes de París. Así pues, lejos de dar protección a la línea de ejércitos alemanas, tiene él su flanco al descubierto ¡y el nuevo día empieza cuatro horas más tarde!

Sin más demora, Von Kluck echa atrás los dos cuerpos de ejército de su centro y les ordena que vuelvan a cruzar el Marne y que se desplieguen al norte de su derrotado flanco derecho. Además, como la presión del ataque de Maunoury continúa durante el día 6, decide inmediatamente disponer de lo

que le queda, los dos cuerpos de ejército de su izquierda; les hace recorrer 100 kilómetros en cuarenta y ocho horas y se hace a la idea de no dejar desbordar su flanco por el norte, suceda lo que suceda, para evitar que corten sus comunicaciones. De este modo, Von Kluck, que estaba presionando hacia el sur con rapidez a fin de encontrar los restos que quedaban del ejército británico, efectúa un cambio completo de frente hacia el oeste, para defenderse del continuo ataque procedente de París. Pero todos estos cambios requieren su tiempo, y hasta la mañana del día 9 Von Kluck no consigue su nueva posición para poder caer con fuerzas superiores sobre Maunoury y rechazarlo hasta las fortificaciones de París. Mientras tanto, la lucha en otros sectores había ido siguiendo su curso.

En la línea de ejércitos, Von Bülow era el inmediato a Von Kluck; y también recuerda las órdenes dadas para formar el flanco contra París. Sin embargo, la retirada de los cuerpos de ejército de Von Kluck ha dejado su ala derecha en el aire; así pues, Von Bülow hace un giro sobre su centro: su ala derecha retrocede, su izquierda avanza. En el curso de los días 6, 7, 8 y 9 se coloca encarado hacia París y casi en ángulo recto con su frente anterior. Pero cualquiera que mire el esquema «El Marne (lo que les sucedió a Von Kluck y a Von Bülow)», puede ver que ambos, Kluck y Bülow, han dejado expuestas sus alas izquierdas al ataque de cualesquiera fuerzas aliadas que avancen desde el sur. Sabemos que el ejército británico y el quinto francés (Franchet d'Espérey) habían dado media vuelta el día 5 y estaban avanzando. Esto era solo el principio. Von Kluck y Von Bülow, no solo habían expuesto sus flancos izquierdos a los ataques de fuerzas enemigas poderosas, sino que habían abierto una terrible brecha entre ellos. ¡Una brecha de unos 50 kilómetros y, prácticamente, sin nada para cubrirla! Únicamente se disponía de una gran masa de caballería compuesta por dos cuerpos de caballería, uno de ellos, el de Marwitz, cedido por Von Kluck y otro, el de Richthofen, cedido por Bülow, pero de todos modos era solo caballería y sin mando común. Es decir, una brecha grande cubierta someramente. Podemos imaginarnos lo que pensarían en el Gran Cuartel General alemán, en Luxemburgo, cuando todos estos movimientos se fueron haciendo visibles en el plano. «Si dispusiéramos aunque solo fuera de dos cuerpos de ejército marchando detrás del frente principal, he aquí su posición y su hora». «¿Qué hicimos con aquellos dos que tenían que haber sitiado a Namur?». «¡Ah, sí, los enviamos al Vístula! Así lo hicimos. ¿Están aún muy lejos?». «Están desembarcando de ochenta trenes a unos 1.500 kilómetros de aquí». Es muy posible que el káiser hubiera dicho: «¡Moltke, Moltke, devuélveme mis legiones!».

Si en el inmenso organismo de ejércitos modernos que tienen que estar enlazados se encuentra una amplia brecha entre sus líneas, y no se tienen reservas para taparla, no pueden desplazarse lateralmente entre sí al igual que las compañías de un batallón. Solo pueden cerrar la brecha avanzando o

retrocediendo. ¿Qué iba a pasar? Para contestar tenemos que ver qué es lo que sucedía en el resto del frente.

Empezando por el ángulo del extremo izquierdo del frente de invasión alemán, tenemos al príncipe Rupprecht, que no ha podido irrumpir en el frente enemigo entre Toul y Epinal. La artillería pesada de las fortalezas francesas, las posiciones preparadas y la obstinada resistencia de los ejércitos de Dubail y Castelnau habían detenido a sus tropas bávaras, infligiéndoles pérdidas sangrientas. El príncipe había estado sacando la artillería pesada de Metz, pero esto requería mucho tiempo y era, además, reclamada en todas partes. En consecuencia, Rupprecht informa, el día 8 de septiembre, que no puede irrumpir a través de la Trouée des Charmes y que, de hecho, se encuentra en un punto muerto. Al nordeste de Verdún, Sarrail hace frente al ejército del príncipe heredero; aquí también la artillería de las fortalezas asestaba sus terribles golpes. Las columnas del ejército del príncipe heredero estaban a una distancia respetable de Verdún, desde donde eran azotadas por el fuego enemigo. A continuación se encontraban los ejércitos del duque de Württemberg y del general Von Hausen; estos estaban enfrentados, respectivamente, por el ejército de Langle de Cary y, en los alrededores de los pantanos de Saint Gond, por el ejército del general Foch.

En el centro del frente, la lucha era confusa, oscura y, en definitiva, indecisa. En la izquierda del ejército de Bülow (con el que estaba ahora casi la mitad del ejército de Hausen), se hizo un intento de avance contra Foch con un ataque a la bayoneta, gigantesco y desesperado, emprendido en la madrugada. Los alemanes dicen que el ataque tuvo éxito. Los puestos y tropas avanzados de uno de los cuerpos de ejército de Foch fueron, ciertamente, echados atrás; pero la artillería, desplegada en la línea principal de resistencia, continuó con su fuego devastador. Todo el mundo recuerda las frases de Foch: «Mis flancos están desbordados; mi centro cede; yo ataco».

Tres ejércitos alemanes habían intentado avanzar directamente contra los franceses y habían fracasado. Los franceses, prudentes y con decisión consciente, se abstuvieron de atacar, contentándose con recibir al enemigo con sus fuegos. En pocas palabras, los ejércitos del príncipe heredero, del duque de Württemberg y del general Hausen estaban el día 8 de septiembre en un punto muerto y expectantes ante los de Sarrail, de Langle y de Foch. Los centros de los frentes franceses y alemanes estaban en contacto inmediato y en equilibrio completo. Estamos en el momento en que nació la guerra de trincheras.

El Marne (lo que les sucedió a Von Kluck y a Von Bülow).

Pero, entretanto, ¿qué había estado sucediendo en la brecha? No debemos olvidarla; aún hay 50 kilómetros abiertos entre los ejércitos del ala derecha alemana. Ahora se encuentran en marcha, dentro de la brecha, el ejército

británico junto con el ala izquierda del quinto ejército (el de Franchet); en la brecha están avanzando las cinco divisiones británicas precedidas de sus cinco brigadas de caballería y de una división de caballería francesa; continúan. Los aviones alemanes divisan negras orugas de 25 kilómetros de longitud que se comen las blancas carreteras, e informan «que avanzan grandes masas británicas». ¿Y qué hay para detenerlas? En aquel momento, solo una división de caballería (la otra había sido retirada por Von Bülow), seis batallones de cazadores y, mucho más atrás, una división de infantería muy castigada en los combates. No había posibilidad de que tales efectivos pudieran contener o frenar la marcha de un ejército profesional de 120.000 hombres. Había tres ríos que cruzar y cuatro grandes ondulaciones de terreno cubiertas de bosques que limpiar, pero nada podía detener a la cuña que avanzaba dentro de la brecha. El embarazo de la situación estratégica de Von Kluck y de Von Bülow crecía a cada hora y a cada kilómetro de avance. No había sucedido hasta el momento nada semejante; la caballería alemana y los cazadores estaban cediendo ante el fuego de fusilería de la caballería británica, respaldada por bayonetas dispuestas al ataque y por el fuego de la artillería. Pero las pérdidas británicas durante los cuatro días fueron inferiores a 2.000 hombres; los efectos no eran tácticos, sino estratégicos.

Ningún genio humano había dispuesto que el ejército británico avanzara dentro de esta brecha; una serie de acontecimientos tumultuosos lo había lanzado dentro de esta posición en el frente; cuando avanzó, estaba ya la brecha frente a ellos y esta era, en el conjunto del frente, la línea de menor resistencia. A lo largo de ella, los británicos tantearon y penetraron, consiguiendo esta posición vital estratégica en el ala derecha alemana. La ciega fortuna reguló los no vigorosos, pero sí decisivos movimientos de este ejército británico, que marchaba asombrado de lo que le había sucedido a aquel monstruo que hasta ahora lo había estado persiguiendo y azotando desde Mons. Bülow veía cómo su flanco derecho era echado atrás por el quinto ejército francés, y cómo él mismo se iba separando, cada vez más, de su camarada Kluck, a consecuencia del avance británico. El general Von Kluck, justamente cuando acababa de adoptar una posición favorable para luchar contra Maunoury, se encontró con que su ala izquierda y retaguardia de la misma, estaba expuesta y comprometida sin remedio.

Todos estos acontecimientos se van poniendo de manifiesto en primer lugar sobre los planos de los cuarteles generales de Bülow y de Kluck, abrumados con los cien detalles concernientes a suministros, seguridad e incluso evacuación de, por lo menos, una tercera parte del total de ambos ejércitos. Este cúmulo de inquietudes, que irremediablemente se van poniendo de manifiesto de un modo consecutivo, revela sus terrores a la célula más alta de la autoridad.

Debemos ahora transportarnos, como es nuestro privilegio, al Cuartel General del emperador en Luxemburgo. Momento de la escena: mañana del día 8. Los magnates están reunidos y alarmados ante la ausencia de noticias de victorias a las que ya se habían acostumbrado. En su lugar, llega la información de Rupprecht, que está en un punto muerto, y una copia de la orden de operaciones de Joffre para el quinto ejército, que fue interceptada. ¡Todo el ejército francés atacando! El príncipe heredero dice que está pegado en el terreno: «¡Solo podemos hacer avances insignificantes! —dice—. Estamos bajo un diluvio de fuego de artillería, la infantería se preocupa únicamente de encontrar abrigo; no hay medio de avanzar, ¿qué hacemos?». El duque de Württemberg y Hausen cuentan la misma historia en términos similares, la única diferencia es el episodio del ataque a la bayoneta. En cuanto a Bülow y Kluck, no hay más que mirar al plano; no hay necesidad de leer los informes tácticos de estos ejércitos cuando su tortura estratégica está descubierta por aviones y otros medios de información. Aquí, en el alto ambiente de salones espaciosos; en una atmósfera de órdenes, saludos y taconazos con sonsonete de espuelas; lejos de los cañones y de la desesperada, macilenta y gloriosa confusión de los frentes en lucha; los resultados de las presiones sobre el cuerpo inmenso de la invasión alemana se pueden totalizar y recordar, como si fuera una catástrofe en la Bolsa ante el marcador de cotizaciones de Wall Street: los valores cambian minuto a minuto, los hombres de las altas finanzas se están consolando a sí mismos y adoptando nuevas posiciones. Las magníficas esperanzas del día 3 se reemplazan por la crisis de las acciones en el día 8. Es la misma historia, tan solo cambian las acciones por la sangre.

El coronel Bauer, un cumplido oficial del Estado Mayor de graduación superior, nos ha pintado la escena:

Un pánico desesperado se apoderó de todo el ejército, o, para ser más veraces, de la mayor parte de los dirigentes. El pánico máximo parecía estar en el ánimo del mando supremo. Moltke estaba completamente desmoralizado; estaba asustado y su cara pálida miraba el plano, insensible a todo: un hombre destrozado. El general Von Stein (lugarteniente de Moltke) dijo: «No perdamos la cabeza», pero no se hizo cargo de nada. Ni él mismo tenía esperanza, y expresaba su estado de ánimo diciendo: «No podemos decir cómo irán las cosas». Tappen —jefe de la Sección de Operaciones de quien ya hemos hablado antes— estaba tranquilo como siempre y no consideraba que el fracaso fuera culpa suya; no lo fue, porque no había perdido sus nervios. Pero no hizo nada. «Nosotros, pueblo joven, no podemos soportar una noticia».

¡Así se expresó Bauer!

Todo convergía sobre Moltke. ¿Y quién era Moltke? Era la sombra de un gran nombre militar; era el sobrino del viejo mariscal y había ejercido su

ayudante de campo. Era un hombre corriente, más bien un cortesano; un palaciego agradable al emperador en los días prósperos de paz. Una clase de hombre que no es susceptible ante su soberano y sabe anular su personalidad, caso de que esta existiera; en fin, un hombre bueno, inofensivo, respetable y corriente. Y en aquellas malaventuradas catástrofes se producía una brutal, inexorable y centrípeta avalancha de alteraciones y presiones bajo las cuales podrían haber sucumbido los más grandes capitanes de la historia.

Apenas hay duda sobre lo que tendría que haber hecho: un simple mensaje a todos los ejércitos alemanes para transmitirlo a cada división diciendo: «Si no pueden avanzar, manténganse y fortifíquense en el terreno, no cedan ni un ápice del terreno conquistado; *vestigia nulla retrorsum*»; con esto se habría restablecido la situación. Sin embargo, por entonces, el ejército británico era el único que conocía (desde la guerra bóer) cuál era el poder de las armas modernas en la defensa; los franceses estaban, justamente, experimentándolo con éxito por primera vez. Ninguno de los militares del otro lado conocía todavía que, en definitiva, una brecha de 50 kilómetros en un frente de unos 400 es solo una trampa para quien penetra en ella; se forma casi instantáneamente, no una situación victoriosa, sino una bolsa sometida a fuego y a contraataque de flanco, la peor posición imaginable para una ofensiva continuada.

Los oficiales del Estado Mayor alemán constituían una corporación cerrada y de confraternidad, y se comportaban lo mismo ante el ejército como ante sus dirigentes, al igual que los jesuitas de los siglos XVIII y XIX ante los sacerdotes y cardenales de la Iglesia Católica Romana. Tenían su propio lenguaje, tenían sus propios afiliados, movían a los hombres y a las cosas con una alta inteligencia, consecuencia obligada de la organización y del conocimiento. Moltke comunicó su estado de ánimo a uno de estos oficiales, el coronel Hentsch, jefe de la Sección de Información, al mediodía del día 8 de septiembre. Nadie ha relatado aquella conversación; solo conocemos sus consecuencias. El coronel Hentsch tomó su coche gris de campaña y recorrió toda la línea de ejércitos, deteniéndose en cada cuartel general, y llegó al de Bülow cuando había anochecido. En esta unidad vio a su hermano, oficial del Estado Mayor. Discutió con él y llegaron al acuerdo de que si el ejército británico se encontraba en posición de cruzar seriamente el Marne y avanzaba dentro de la brecha entre Bülow y Kluck, el general Bülow debería retirarse al Aisne, de acuerdo con los demás ejércitos alemanes del centro y del ala derecha. Hentsch dispuso de algunos de sus minutos para hablar cortésmente con Bülow; esta conversación se ha dicho que fue pesimista. El coronel durmió en este puesto de mando y se marchó a las siete de la mañana siguiente y, como el viejo general no fue despertado hasta las nueve, habló otra vez con el jefe del Estado Mayor. Tomando en consideración los informes del día anterior, era evidente y no había duda alguna de que las vanguardias de las

columnas británicas estaban cruzando el Marne; por consiguiente, las condiciones previstas la noche anterior estaban cumplidas. El general Bülow, «por propia iniciativa» y asesorado por su oficial del Estado Mayor, ordenó la retirada del segundo ejército cuando entró aquella mañana, como de costumbre, en su despacho del Cuartel General.

Hentsch, sabiendo lo que estaba haciendo el segundo ejército, siguió su camino; tuvo dificultades para llegar al encuentro de Kluck; tenía que cruzar la terrible brecha y su coche estaba bloqueado por las masas de caballería que se retiraban. Según él mismo describe, se vio envuelto en el pánico resultante de un ataque aéreo británico. No pudo llegar al Cuartel General de Kluck hasta después del mediodía. Aquí trató solo con Kühl, jefe del Estado Mayor; no vio a Kluck para nada. Dijo a dicho jefe que, como se sabía que los británicos estaban avanzando dentro de la brecha, el ejército de Bülow estaría retirándose. Pero según dice Hentsch, Kühl había cursado, aproximadamente dos horas antes, la orden de retirada. Kühl, que aún vive y ha escrito un voluminoso libro, admite que tal orden había sido transmitida por teléfono por un subordinado (muerto actualmente), pero que este no había interpretado lo que él quería; declara que Hentsch le dio una orden efectiva de retirarse al Aisne y trata de cargar toda la culpa sobre él.

El Marne (retirada alemana).

En la indagación que se hizo sobre este célebre episodio, a petición de Ludendorff en 1917, fueron anulados los cargos contra el coronel Hentsch. Se llegó a la conclusión de que la misión que le había confiado Moltke era, en resumen, ver si era necesaria la retirada y, caso de serlo, coordinar los movimientos retrógrados de los cinco ejércitos; para esto, él había recibido autoridad plena en nombre del mando supremo. ¡Y se le había dado verbalmente! Pero el duelo entre Kühl y Hentsch ha sido continuado por el primero sobre la tumba de su adversario, dice que la orden de retirada fue categórica. Sin embargo, hay que tener en cuenta que él no pidió esta orden vital por escrito y que no dijo nada a Von Kluck sobre el asunto hasta que habían pasado varias horas.

No obstante, parece ser que Hentsch, un peripatético centro geométrico del desastre, atravesó y recorrió el frente completo de los ejércitos alemanes; en el viaje de ida a los mismos recogió malas noticias, y cuando regresó dio las órdenes fatídicas. Usó los poderes confiados para ordenar sucesivamente a los cinco ejércitos que se retiraran al Aisne o a otra línea en conexión con esta. Solamente se hizo objeción en uno de los ejércitos. El príncipe heredero, objeto de tanta burla, recibió en persona al emisario de Moltke; ante una orden de retirada, pidió que le fuera dada por escrito, y rehusó, de lo contrario, obedecerla. Todas las directrices de Hentsch habían sido verbales, de un oficial del Estado Mayor a otro. Pero aquí entró en contacto con el primer jefe

del ejército. Hentsch contestó que «recibiría una orden categórica enviada desde Luxemburgo»; y tal orden fue remitida al día siguiente y por telégrafo.

Así terminó la batalla del Marne. Hasta que empezó la retirada, el único ejército que cruzó el Marne fue el británico; en realidad, puede decirse que en todo el frente, desde Verdún a París, los franceses no avanzaron en absoluto en la batalla del Marne; incluso alguno de sus efectivos, exactamente en el ala izquierda de Foch y en la derecha de Franchet, retrocedieron. El único ejército que avanzó continuamente fue el británico; avanzaron más de 70 kilómetros en dirección norte en los cuatro días de septiembre, del 5 al 8. Pero el lector no debe tomar esto como una aserción de vanagloria nacional; séame permitido repetir: primero, que en aquel momento, cuando invirtió su marcha de retirada, el ejército británico tuvo que ir más lejos que los otros para establecer contacto con el enemigo, y, segundo, que cuando encontró al enemigo, este consistía en fuerzas de caballería que cubrían la fatal brecha. No obstante, subsiste el hecho de que el ejército británico hizo su camino hacia el corazón del enemigo.

Así quedó decidida, por una sucesión de acontecimientos imprevisibles e imposibles de encauzar, la suerte de la guerra terrestre al principio de la misma, quedando solo los cuatro años restantes de carnicería insensata. No sabemos si el general Moltke dijo al emperador: «Majestad, hemos perdido la guerra». Sabemos que alguien, con un mayor conocimiento en asuntos políticos que en militares, escribió a su mujer en la noche del día 9: «Las cosas no han ido bien; la lucha al este de París no nos ha sido favorable y tendremos que pagar el daño que hemos hecho».

XII

La guerra en el mar

Tengo ahora que relatar un episodio brillante que vino en el momento oportuno y en el curso del cual estuvimos favorecidos por una gran suerte. Mi deseo insistente de desarrollar una ofensiva de carácter secundario contra los alemanes en la bahía de Heligoland cristalizó en unas conferencias con el comodoro Tyrwhitt, que mandaba los cruceros ligeros y los destructores de la fuerza naval apostada en Harwich, y con el comodoro Keyes, jefe del servicio de submarinos de la misma base. El día 23 de agosto, el comodoro Keyes solicitó entrevistarse conmigo en el Almirantazgo para proponerme «un plan bien organizado de ataque antes del alba en las inmediaciones próximas de la costa enemiga». El día 24 presidí una reunión en mi despacho en la que estaban presentes él, el comodoro Tyrwhitt, el primer lord naval y el jefe del

Estado Mayor.

El plan bosquejado por ambos comandantes era sencillo y atrevido. Desde que empezó la guerra, nuestros submarinos habían estado patrullando en las proximidades de la bahía de Heligoland y habían acumulado en el curso de tres semanas una completa información de los dispositivos del enemigo. Los submarinos británicos sabían que este tenía la costumbre de mantener una flotilla de destructores, apoyada por un par de cruceros ligeros, en vigilancia y patrullando todas las noches al norte de Heligoland; estas unidades, corrientemente, eran relevadas poco antes del alba por una segunda flotilla que patrullaba en un sector no tan extenso. Los comandantes proponían emplear dos flotillas de nuestros mejores destructores y dos cruceros ligeros de Harwich. Saldrían de noche y alcanzarían, justo antes del alba, un punto en el interior de la costa norte de la bahía de Heligoland, no muy lejos de la isla de Sylt. Desde este punto cortarían a la izquierda hacia la costa, atacando y echando atrás a la flotilla entrante, caso de encontrarla. Entonces volverían desplegados en un ancho frente a través de la dirección oeste, hacia las bases propias, para llegar a enfrentarse y, si fuera posible, a destruir la otra flotilla alemana. Seis submarinos británicos, en dos grupos, tomarían parte en estas operaciones para atacar, si aparecían, a las grandes unidades alemanas; también recibirían apoyo de dos cruceros de batalla (el *Invincible* y el *New Zealand*) estacionados por entonces en Harwich.

Este fue, en resumen, el plan propuesto por aquellos oficiales y aprobado por el primer lord naval. Se fijó la acción para el día 28. Tan pronto como sir John Jellicoe recibió noticias de estos planes, ofreció enviar un apoyo adicional de tres cruceros de batalla y seis cruceros ligeros. Hizo más aún: mandó también a sir David Beatty. El resultado fue un éxito que rebasó las esperanzas del Almirantazgo y trajo consigo consecuencias de mayor alcance en el conjunto de toda la campaña naval de esta guerra.

Al amanecer del día 28, las flotillas del almirante Tyrwhitt, conducidas por el *Arethusa* y el *Fearless*, llegaron al punto de ataque y, según palabras del almirante Scheer, «irrumperon en la bahía de Heligoland». El enemigo quedó sorprendido; en la costa había una niebla creciente; las baterías de Heligoland entraron en acción sin resultado alguno. Los acorazados y cruceros alemanes, debido a la marea, no pudieron cruzar la barra exterior de Jade antes de la una de la tarde; solo pudieron correr en ayuda de las flotillas los cruceros ligeros en servicio de patrulla o disponibles en el Elba y en el Ems. Se entabló una serie de combates, confusos, dispersos y prolongados, entre las flotillas y los cruceros ligeros y continuó hasta después de las cuatro de la tarde. Durante todo este tiempo, las fuerzas ligeras británicas estaban paseándose por las aguas más íntimas y mejor guardadas del enemigo.

No obstante, las cosas no fueron como se habían planeado. Debido a una

mala interpretación, derivada en principio de una anomalía en la labor del Estado Mayor del Almirantazgo, no llegó a tiempo la comunicación que anunciaba a los comodores Keyes y Tyrwhitt la presencia del almirante Beatty con su escuadra de refuerzo a base de cruceros de batalla y de cruceros ligeros, ni el almirante Beatty tuvo conocimiento de las zonas donde operaban los submarinos británicos. De todo ello resultó una porción de dificultades que fácilmente podían haber producido un desastre. Sin embargo, la fortuna estaba con nosotros, y la sorpresa inicial, junto a la resuelta ofensiva, nos ayudaron a pasar la aventura. Los cruceros ligeros alemanes que corrieron en ayuda de sus flotillas, animados con la esperanza de cortar nuestra retirada, cayeron bajo la acción de nuestros cruceros de batalla. El almirante Beatty, a pesar del peligro, no solo de minas y submarinos, sino también, como supimos más tarde, de encontrarse con fuerzas superiores, había llevado su escuadra dentro de la bahía con un espíritu de audacia extraordinario. Dos cruceros enemigos (el *Ariadne* y el *Köln*) fueron hechos pedazos con los pesados proyectiles del *Lion* y del *Princess Royal*; un tercero (el *Mainz*) fue hundido por los cruceros ligeros y los destructores; otros tres (*Frauenlob*, *Strassburg* y *Stettin*) se retiraron con muchas averías; se hundió un destructor alemán; el resto pudo escapar en aquella confusión y niebla ligera, muchos con averías.

Las buenas noticias llegaron al Almirantazgo durante aquel día, pero estuvimos inquietos durante algún tiempo con la suerte del *Arethusa*; un impacto rompió un tubo de alimentación y su velocidad quedó reducida a siete u ocho nudos. No obstante, regresó, sin ser molestado, al Támesis.

No se perdió ni un barco británico, ni hubo averías de consideración; nuestras bajas no excedieron los 35 muertos y unos 40 heridos, a pesar de que, según palabras del teniente alemán Tholens: «Dos barcos ingleses hicieron los esfuerzos máximos para recoger a los supervivientes». En circunstancias de mucho peligro, el almirante Keyes recogió y condujo a Inglaterra a 224 alemanes, muchos de ellos heridos de gravedad. Murieron más de un millar de alemanes, incluyendo al almirante de la flotilla y al comodoro de los destructores; entre los prisioneros se hallaba un hijo del almirante Von Tirpitz. Mucho más importante que estas ventajas materiales fue el efecto conseguido sobre la moral del enemigo. Los alemanes no supieron nada del defectuoso trabajo de nuestro Estado Mayor y de los riesgos que habíamos corrido. Todo lo que vieron fue que los ingleses no dudaron en aventurar sus mayores barcos al igual que sus fuerzas ligeras en una atrevida acción ofensiva y habían salido de la misma, aparentemente, incólumes. Tuvieron la misma sensación que nosotros habríamos sentido si los destructores alemanes hubieran irrumpido en el Solent y sus cruceros de batalla hubieran penetrado hasta el Nab. Los resultados de esta acción fueron de mucho alcance. De ahora en adelante el peso del prestigio naval británico se hacía sentir en toda iniciativa naval tomada por los alemanes. La impresión producida sobre el emperador fue

decisiva. El almirante Scheer dice: «Las restricciones impuestas a la flota de batalla fueron aumentadas». Von Tirpitz, todavía más explícito, dice: «[...] 28 de agosto, día triste, tanto en sus consecuencias ulteriores como en los resultados del momento para la labor de nuestra marina [...] el emperador no quería pérdidas de este orden [...] el emperador dictó órdenes [...] después de una conferencia con Pohl, a la que, por supuesto, no concurrí, para restringir la iniciativa del comandante en jefe del mar del Norte; tenía que ser evitada la pérdida de barcos; las salidas de la flota y cualquier acción importante tenían que ser aprobadas previamente por Su Majestad», etc. En la protesta de Von Tirpitz contra esta «política amordazadora», se lee: «A partir de aquel día, se interpuso entre el emperador y yo un distanciamiento que aumentó cada vez más».

La marina alemana quedó, ciertamente, «amordazada». Excepción hecha de movimientos furtivos de algunos submarinos y barcos minadores, no hubo nada de particular desde el mes de agosto al de noviembre. Entretanto, nuestra fuerza, ofensiva en el mar y defensiva en los puertos, iba creciendo con rapidez.

Las noticias de esta acción naval llegaron a los ejércitos franceses e inglés en la triste víspera al amanecer de la victoria y fue propalada por todos los medios entre las tropas en retirada.

En una mañana de agosto, era digna de verse una reunión del Gabinete británico de insignes políticos liberales que trataban de un modo deliberado y premeditado cuál sería el plan para conquistar ¡las colonias alemanas de todas partes del mundo! ¡Con cuánto horror y disgusto hubieran renunciado todos los presentes a semejante idea solo un mes antes! Pero nuestras comunicaciones marítimas dependían en mucho de la anulación de aquellas bases y refugios para los cruceros alemanes. Además, todo el mundo comprendía que no había tiempo que perder en tomar en prenda dichas colonias para la eventual liberación de Bélgica, que ya había sido invadida por los alemanes. En consecuencia, provistos de lápiz y mapas, se echó una ojeada a todas las partes del mundo y se aprobaron en principio seis expediciones distintas, remitiéndose este plan a los estados mayores para su estudio y ejecución. Un capitán muy emprendedor había invadido ya al principio de la guerra la colonia alemana de Togoland. Nosotros proponíamos, de acuerdo con los franceses, atacar Camerún, lo que constituía una empresa de más envergadura. El general Botha había declarado ya su intención de invadir el África Sudoccidental alemana. Los gobiernos de Nueva Zelanda y de Australia deseaban al mismo tiempo tomar Samoa y las posesiones alemanas del Pacífico. Se autorizó una expedición angloindia para atacar el África Oriental alemana. El trabajo del Estado Mayor en preparación para el aspecto militar de esta última expedición no era perfecto ni mucho menos y resultó un

fracaso. El transporte de las fuerzas expedicionarias simultáneamente hacia todos aquellos destinos, mientras los cruceros alemanes aún recorrían los mares, hizo recaer una nueva serie de responsabilidades sobre el Almirantazgo.

A partir de mediados de septiembre, empezamos a trabajar en plena tensión. El gran mapa del mundo que cubría toda una pared de la Sección de Operaciones presentaba un aspecto notable. Nada menos que veinte acciones y expediciones estaban en curso simultáneo en todas partes del globo, y dependían todas ellas de nuestra fuerza marítima. Aparte de las expediciones citadas, descansaba en nosotros el enorme trabajo de proteger y transportar de todas partes del Imperio las tropas que se necesitaban en Francia y reemplazarlas en algunos casos por territoriales inglesas. Esta misión pronto iba a aumentar su amplitud.

Había sido fácil poner en pie de guerra las tres brigadas navales y otras tropas divisionarias para la real división naval, pero ya en la primera fase de organización me encontré con que estaba fuera de mis recursos la creación de su artillería. Pedimos e hicimos pedir un centenar de piezas de campaña a los Estados Unidos, pero la instrucción y equipamiento de los artilleros no podía ser emprendida aparte de la preparación general del ejército. Mi oficial del Estado Mayor militar, el mayor Ollivant, tuvo por entonces una idea feliz que provocó inmediatamente consecuencias de gran alcance; me aconsejó que pidiera a lord Kitchener una docena de baterías inglesas de la India para formar la artillería de la real división naval, y que dejara a cambio baterías territoriales en la India. Planteé la cuestión a lord Kitchener aquella misma tarde; quedó muy sorprendido con la idea. Me preguntó: «¿Qué diría el Gabinete? Si el Gobierno de la India rehusase, ¿podría el Gabinete pasar por encima? ¿Querrían hacerlo? ¿Podría yo apoyarlo en esta cuestión?», y así sucesivamente. Aquella noche yo tenía que salir hacia el norte para visitar la flota, que estaba en Loch Ewe, en la costa occidental de Escocia. Cuarenta y ocho horas más tarde, a mi regreso, visité a lord Kitchener y le pregunté cómo iban los asuntos; estaba radiante de júbilo. «No solo —me dijo— voy a tomar doce baterías, sino treinta y una; y no solo voy a tomar baterías, sino batallones; voy a tomar treinta y nueve batallones; voy a mandarles, a cambio, divisiones territoriales, tres divisiones territoriales. Usted tiene que preparar los transportes». Después de recrearnos en la perspectiva de socorrer a nuestro frente en lucha, sugerí que yo podría contar ahora con las doce baterías de la real división naval. «Ni una —dijo él—, las quiero todas para mí». Y se frotaba las manos con mucha satisfacción. La división naval se quedó otra vez sin artillería y se vio obligada a seguir adelante solo con infantería.

Este nuevo desarrollo de los acontecimientos suponía una nueva carga para nuestro trabajo de convoyes. La situación en los océanos Índico y Pacífico

debe ser examinada ahora por el lector.

Cuando empezó la guerra, los alemanes tenían en bases alejadas los siguientes cruceros: Scharnhorst, Gneisenau, Emden, Nürnberg, Leipzig (China); Königsberg (África oriental y océano Índico); Dresden, Karlsruhe (Indias Occidentales). Todos estos barcos eran rápidos y modernos, y cada uno de ellos nos infligió muchos daños antes de ser destruido. Había también varios cañoneros: Geier, Planet, Komet, Nusa y Eber, ninguno de los cuales podía ser ignorado. Además, esperábamos que los alemanes intentaran enviar al mar más de cuarenta barcos mercantes armados para atacar nuestro comercio marítimo. Sin embargo, tal como ya hemos relatado, nuestros preparativos habían tenido éxito impidiendo que pudieran salir, excepción hecha de cinco. El mayor de estos, el Kaiser Wilhelm der Grosse, fue hundido el día 26 de agosto por el Highflyer, (capitán Buller); el Cap Trafalgar fue hundido el 14 de septiembre por el mercante inglés armado Carmania (capitán Noel Grant), después de una brillante acción entre estos dos barcos sin protección. Los otros tres se refugiaron y fueron internados en puertos neutrales meses más tarde. Nuestras disposiciones para prevenir el ataque de cruceros y corsarios a nuestro comercio marítimo fueron de franco éxito desde el principio de la contienda, y en los pocos meses a que se refiere esta parte del libro, todos los barcos fueron reducidos a la inactividad, hundidos o amarrados en puerto.

No obstante, es una crítica justa que deberíamos haber tenido más cruceros ligeros en aguas extranjeras y, en particular, que debíamos haber equilibrado cada uno de los cruceros alemanes con un barco más rápido como fue nuestra intención hacerlo. El Karlsruhe en las Indias Occidentales dio una oportunidad a nuestros barcos perseguidores al principio de la guerra, y el Königsberg fue localizado unos días antes. Pero nuestros barcos no eran bastante rápidos para obligar al primero al combate o para mantenerse en contacto con el segundo hasta que se declarara la guerra. Como se verá, casi todos estos cruceros alemanes hicieron su presa, antes de ser capturados, no solo de barcos mercantes, sino de guerra. El Scharnhorst y el Gneisenau hundieron al Monmouth y al Good Hope; el Königsberg sorprendió y destruyó al Pegasus, y el Emden hundió al crucero ruso Zemchug y al destructor francés Mousquet. No cabe duda de que cumplieron bien con su deber.

Todas las disposiciones del Almirantazgo al estallar el conflicto buscaban esencialmente ser lo más fuerte posible en las aguas de la metrópoli para poder entablar una batalla decisiva con toda la flota alemana. A este fin, todas las bases lejanas fueron reducidas al mínimo necesario para poderse enfrentar con los barcos aislados en los mares de cada sector. La flota era débil en cruceros ligeros y rápidos, y la totalidad de mi administración se había preocupado en construir tantos como fuera posible. Sin embargo, ninguno de los Arethusas se

había incorporado aún a la flota. Lamentábamos, por consiguiente, que estuviera ausente cualquier crucero ligero, pues teníamos la sensación de que la flota estaba tácticamente incompleta sin su caballería marina. El principio de hacer en primer lugar lo fundamental y el de concentrarse en una zona decisiva para hacer frente a la fuerza principal enemiga prevalecieron sobre todo y habían conducido a diferir un problema importante y, evidentemente, subsidiario. Era necesario afrontar este serio problema en las otras partes del mundo.

Pero en ninguna parte se puso tan de manifiesto la gravedad de este problema como en el océano Índico. Después de haber sido localizado y desaparecido el Königsberg, el día 31 de julio, este barco fue motivo de una seria preocupación para todos nuestros movimientos comerciales y de tropas. Otro crucero rápido, el Emden, que se encontraba en China cuando estalló el conflicto, apareció en las aguas de las Indias hacia mediados de septiembre y, mandado con acierto e intrepidez, empezó a causarnos pérdidas numerosas y serias en nuestra Marina Mercante. Estos sucesos tuvieron sus consecuencias.

A final de agosto, habíamos ya reunido la masa principal de la decimoséptima división, procedente de todas las fortalezas y guarniciones del Imperio. Durante el mes de septiembre, se encontraban ya cruzando el océano Índico las dos divisiones indobritánicas con caballería adicional (en total unos 50.000 hombres). A todo esto se añadieron los planes para cambiar prácticamente toda la infantería y artillería británicas de la India por batallones y baterías territoriales, y la formación de las divisiones 27, 28 y 29 de tropas regulares. El contingente de Nueva Zelanda debía ser escoltado a Australia, donde, con 25.000 australianos, tenían que esperar a ser transportados por convoy a Europa. Mientras tanto, las primeras fuerzas del Canadá, unos 25.000 hombres, tenían que atravesar el Atlántico. Por supuesto, todo esto era adicional a la situación general en el mar del Norte y a la continua corriente de municiones y refuerzos a través del canal de la Mancha. Entretanto, la flota enemiga permanecía intacta, esperando, tal como podíamos suponer, su momento para atacar; y sus cruceros siguieron operando en los mares. Para reforzar nuestros efectivos de cruceros habíamos armado ya 24 paquebotes como cruceros auxiliares y habíamos armado definitivamente a 44 mercantes; estaban en preparación otros 40 barcos apropiados. Para aliviar la tensión en el océano Índico y dedicar nuestros cruceros ligeros a la caza del enemigo, propuse el empleo de nuestros viejos acorazados (de la clase Canopus) para dar escolta a los convoyes. En septiembre redacté instrucciones para que todo el sistema de convoyes en el océano Índico fuera organizado a base de travesías quincenales y para que fueran relevados el Dartmouth, el Chatham y el Black Prince por la utilización de tres acorazados viejos.

Además de emplear estos tres acorazados en los convoyes, enviamos

también a fines de agosto otros tres a puntos lejanos donde servirían como apoyo de nuestros cruceros en el caso de que algún crucero pesado alemán lograra forzar el bloqueo; así, el Glory fue enviado a Halifax, el Albion a Gibraltar y el Canopus a la base de Cabo Verde. La historia naval ofrece numerosos ejemplos de empleo de un acorazado de protección para dar seguridad y superioridad defensiva a una fuerza de cruceros. Sirve, en realidad, a modo de una fortaleza flotante a cuyo alrededor pueden maniobrar los barcos ligeros y sobre la que estos se pueden retirar. Estos acorazados dieron también protección a carboneros y a barcos de suministros de las diversas bases oceánicas, sin la cual podía haber fracasado todo nuestro sistema de empleo de cruceros. El lector podrá ver cada vez más aplicado este dispositivo a medida que la guerra seguía su curso.

También era complicada la situación en el Pacífico. Nuestra escuadra consistía allí en el Minotaur y en el Hampshire, junto con el crucero ligero Yarmouth; constituían apenas un equilibrio para los dos poderosos cruceros alemanes Scharnhorst y Gneisenau. Sin embargo, en 1913, proyectamos un plan sobrio en el que el Triumph (uno de los dos acorazados que habíamos construido para Chile y que habíamos comprado a esta nación, para impedir que cayera en manos de los rusos al estallar la guerra rusojaponesa), usó como barco depósito tripulado en la movilización por tripulaciones de los cañoneros del Yangtse. Una vez movilizado el Triumph, nuestra superioridad, excepto en velocidad, era abrumadora y nos podíamos permitir seguir el curso de asuntos más importantes en la metrópoli antes de abordar el posible refuerzo de las bases chinas. Ya en tiempo tan avanzado como del 28 de julio, propuse al primer lord naval la movilización discreta del Triumph y la concentración sobre él de la escuadra de China; todo ello fue ejecutado a su debido tiempo. Cinco mil millas al sur se encontraba la escuadra de Australia compuesta del crucero de batalla Australia, y de los dos excelentes cruceros ligeros Sydney y Melbourne. El Australia por sí solo podía, por supuesto, destrozar al Scharnhorst y al Gneisenau, aunque si estos tomaban rumbos distintos, podría uno de ellos escapar a su destrucción. Nuestra última ojeada a los océanos antes de la fatal señal, nos permitió eximirnos de una ansiedad inmediata en los asuntos en el Pacífico.

Cuando estalló el conflicto, los cruceros protegidos franceses Montcalm y Dupleix y los cruceros ligeros rusos Askold y Zemchug en el Lejano Oriente fueron subordinados al mando británico, creciendo así notablemente nuestro predominio. Pocos días más tarde tuvo lugar un acontecimiento de la máxima importancia; la actitud de Japón hacia Alemania se convirtió de repente en una fiera amenaza. No había cláusula alguna en el tratado anglojaponés que nos permitiera invocar la asistencia de Japón, pero ya antes de que discurriera la guerra una semana, se hizo evidente que la nación japonesa no había olvidado las circunstancias e influencias bajo las cuales se vieron obligados, al final de

la guerra en China, a abandonar Port Arthur. Los japoneses se manifestaron ahora resueltos a eliminar toda la autoridad e intereses alemanes en el Lejano Oriente. El día 15, el Japón dirigía un ultimátum a Alemania exigiendo en el plazo de siete días la entrega incondicional de la base alemana de Tsing Tau [Kiaochow], redactando su demanda con las mismas frases con que, diecinueve años antes, había sido advertido, a sugerencias alemanas, para abandonar Port Arthur. En contestación, el emperador alemán ordenó a los sirvientes de la base que resistieran hasta el fin; y aquí, al igual que en casi todos los sitios donde los alemanes se encontraron aislados y frente a fuerzas superiores, fue obedecido con firmeza.

La entrada del Japón en la guerra nos permitió emplear nuestra escuadra de China con más ventaja en otros teatros de guerra. El Newcastle fue enviado a través del Pacífico, donde nuestras dos viejas corbetas (Algerine y Shearwater) estaban en una situación peligrosa frente al crucero ligero Leipzig. El Triumph fue enviado a participar con una pequeña formación inglesa en el ataque japonés sobre la fortaleza de Tsing Tau. Se concluyeron acuerdos generales entre los almirantazgos japonés e inglés, a consecuencia de los cuales, la responsabilidad total en el norte del Pacífico, excepto en la costa canadiense, fue asumida por el Japón.

El cuadro «BARCOS DE GUERRA EN EL PACÍFICO OCCIDENTAL» muestra el estado de fuerzas en el Pacífico occidental a la rotura de hostilidades. Incluso sin los barcos empleados por los japoneses o las reservas de los mismos que apoyaban su acción, la fuerza de los aliados era muy superior. Pero el juego a desarrollar por ambas partes no era en absoluto tan desigual como parecía; era, ciertamente, una especie de juego de la zorra y los gansos. Los dos poderosos cruceros alemanes Scharnhorst y Gneisenau, con sus dos cruceros ligeros, constituían una agrupación moderna, rápida y efectiva. Nuestro crucero de batalla Australia podía alcanzarlos y batirlos por sí solo; el Minotaur y el Hampshire podían también alcanzarlos y, como creíamos, luchar con posibilidad de éxito; pero hubiera sido una acción muy disputada. Si se añadía el Triumph al Minotaur y al Hampshire, no había duda alguna en el resultado del encuentro; pero la dificultad estribaba en obligar al enemigo al mismo. Entre los cruceros ligeros, el Yarmouth, el Melbourne, el Sydney y el japonés Chikuma, podían alcanzar y batir al Emden o al Nürnberg; nuestros viejos cruceros ligeros Fox y Encounter, podían enfrentarse con el Emden o Nürnberg con probabilidad de batirlos o, cuando menos, averiarlos antes de ser ellos mismos destruidos, pero ninguno era lo bastante ligero para alcanzarlos. Todos los otros cruceros disponibles podían ser solo empleados en combinación con barcos de guerra más fuertes. El Almirantazgo tenía que proteger todas las expediciones con todas nuestras fuerzas, ayudadas por dos barcos franceses, dos rusos y por los japoneses en la extensión que se indicará. Es decir:

El convoy de Nueva Zelanda a Australia.

El convoy de Australia y Nueva Zelanda desde Australia hasta Europa.

El convoy de las guarniciones británicas del Extremo Oriente a Europa.

El convoy de tropas indias para relevar las guarniciones de Extremo Oriente.

La expedición a Samoa.

La expedición a Nueva Guinea.

Todos estos convoyes eran misión a añadir a los del comercio general, que continuó sin interrupción.

El almirante Von Spee, comandante en jefe alemán en el Pacífico, no estaba, por consiguiente, falto de objetivos; no tenía más que esconderse y atacar. La inmensidad del Pacífico y su multitud de islas le ofrecían abrigo, y una vez que desaparecía, ¿quién podía decir dónde volvería a aparecer? Por otra parte, había considerables inconvenientes para su acción y un límite cierto, aunque indeterminado, a la vida de su escuadra. El bloqueo de Tsing Tau le privó de su única base en esta parte del mundo; no tenía medio de llevar sus barcos a dique o ejecutar reparaciones serias, necesarias tanto para navegar como para combatir. El desgaste y las averías de los barcos modernos son muy considerables, y las dificultades se multiplican cada mes que los barcos no pueden entrar en dique. La velocidad elevada o máxima, o en persecución, durante algún tiempo abreviaban rápidamente su vida. Eran como una flor cortada en un vaso; muy bonita de ver y, sin embargo, condenada a morir y tanto más deprisa si no se cambia el agua con frecuencia. Además, el proceso de agenciarse carbón era una dificultad y un peligro extraordinarios. La extensa organización del Almirantazgo tenía servicios de vigilancia en cada puerto, sobre cada tonelada y en todo carbonero probable. La compra del carbón y el movimiento de un carbonero podían muy bien proporcionar una pista a los perseguidores. Su propia seguridad y su facultad de molestarnos dependía de la incertidumbre de sus movimientos; pero esta incertidumbre podía ser traicionada en cualquier instante por el movimiento de los carboneros o por la interceptación de mensajes inalámbricos. ¿Cómo se podía hacer llegar los carboneros al punto de encuentro sin el auxilio de la T. S. H.? En el Pacífico, había solo cinco estaciones inalámbricas alemanas: Yap, Apia, Nauru, Rabaul y Anguar; estas estaciones fueron destruidas antes de dos meses, a contar desde el principio de la contienda. Después de esto, solo quedaron las estaciones de T. S. H. de a bordo, con las que era muy peligroso lanzar una sola palabra en el espacio. Tal era la situación del almirante Von Spee.

El problema del Almirantazgo fue también muy delicado y complejo; todas

nuestras acciones estaban bajo la amenaza de un serio peligro potencial. Era fácil conjeturar situaciones en las que Von Spee podía irrumpir con toda su fuerza en casi todas partes. Por otra parte, era imposible que nosotros fuéramos lo suficientemente fuertes para enfrentarnos con él en todos los puntos. Por consiguiente, teníamos que estimar probabilidades y arrostrar riesgos, o bien reducir nuestros movimientos y comercio marítimo a estrechos límites. Una seguridad absoluta es muchas veces sinónimo de paralización absoluta. Sin embargo, las protestas airadas se producirían lo mismo en un estancamiento que en un desastre. Decidimos deliberadamente llevar adelante y proseguir nuestras actividades y correr el riesgo. Después de todo, los océanos eran tan anchos para nosotros como para Von Spee. El mapa del mundo en la Sección de Operaciones del Almirantazgo medía casi 6 × 9 metros. Como era un mapa marítimo, su centro estaba ocupado por la mayor masa de agua del globo; el área enorme del Pacífico ocupaba más de 9 metros cuadrados. En este mapa, la cabeza de un alfiler corriente representaba todo el campo visual en derredor hasta el horizonte observado desde lo alto de un mástil en un día claro. No cabe duda que había sitio suficiente en el mar para que unos barcos se escondieran de otros.

Como ya se ha citado, la escuadra inglesa en China estaba movilizada y concentrada en Hong Kong, y la marina de Australia, en Sydney. El almirante Von Spee estaba en Ponape, de las islas Carolinas, cuando Gran Bretaña declaró la guerra a Alemania. Desde Hong Kong y Sydney a Ponape las distancias eran de unas 2.750 millas. Aun cuando Japón no había entrado todavía en la guerra, el almirante alemán no intentó volver a Kiaochau, pues ello podía haber supuesto una batalla inmediata con la escuadra inglesa de China. No fue más allá de las islas de los Ladrones (alemanas) donde se le incorporó el Emden escoltando sus barcos de suministro y procedente de Kiaochau. Envió al Emden al océano Índico para que atacara al comercio marítimo y él se dirigió a las islas Marshall. El 22 de agosto, destacó el Nürnberg a Honolulu con órdenes de obtener informes y enviar mensajes, cortar el cable entre Canadá y Nueva Zelanda e incorporarse a él el día 8 de septiembre en la isla de Pascua. Aquí se encontraría él en el mismo centro del Pacífico.

El Almirantazgo lo único que sabía de estos movimientos era que, según un informe, estaba carboneando en las islas Carolinas el día 9 de agosto. Después desapareció completamente de la escena. No sabíamos nada de cierto. No obstante, la teoría del Estado Mayor del Almirantazgo, sugerida por sir Henry Jackson, quien estaba haciendo un estudio especial y detallado de este teatro de la guerra, era que podía ir a las islas Marshall y después, probablemente, trataría de ir a la costa occidental de América del Sur y de doblar el cabo de Hornos en su ruta a Europa. Esta teoría y el complicado razonamiento que le servía de base probaron ser correctos. En lo esencial,

aunque no podíamos confiarnos en absoluto a ella y esperábamos siempre sorpresas desagradables, fue nuestra hipótesis dominante. A partir de ella tenían que ser estudiadas las operaciones en el Pacífico.

Ya en el día 2 de agosto, el Gobierno de Nueva Zelanda, siempre a la vanguardia del Imperio, había llegado al convencimiento de que la guerra era inevitable y había hecho propuestas para organizar fuerzas y atacar al enemigo. La División de Operaciones del Estado Mayor propuso, en consecuencia, la captura de Samoa y la destrucción de la estación de T. S. H. que allí había; esto me fue recomendado por el primer lord naval y jefe del Estado Mayor como una operación posible. El día 8 de agosto, Nueva Zelanda telegrafió que, si se podía prestar escolta naval, la expedición para atacar a Samoa podría salir el día 11 de agosto. El Estado Mayor dio su conformidad, manteniendo su opinión de que el Gneisenau y el Scharnhorst estaban debidamente cubiertos por la escuadra australiana; di mi conformidad el mismo día y se dispuso que la expedición encontraría al crucero Australia y al crucero francés Montcalm en Numea o en su ruta a este lugar.

El Gobierno de los Dominios organizó otra expedición desde Australia para atacar la Nueva Guinea alemana. Los movimientos en aquellas aguas tenían que ser estudiados con cierta escrupulosidad azarosa, debido a la incertidumbre sobre el paradero del Scharnhorst y del Gneisenau. Sin embargo, se pensó que los cruceros ligeros Melbourne y Sydney podrían proteger el convoy hacia el norte de los Dominios en dirección a Nueva Guinea, manteniéndose dentro de Barrier Reef y entonces, antes de aventurarse al mar abierto, podrían ser acompañados por el Australia y el Montcalm, que para entonces podrían haber ya cumplido su misión de escolta de la expedición de Nueva Zelanda a Nueva Guinea. Pensamos que lo más importante, por encima de todo, era que estas expediciones, una vez desembarcadas y tomada posesión de las colonias alemanas, tenían que ser por sí mismas suficientes, y que no habría que dejar barcos pequeños en los puertos para protegerlos. Tales barcos, aparte de la necesidad de ahorrarlos, hubieran sido una presa fácil para los dos grandes cruceros alemanes.

Samoa fue ocupada el día 30 de agosto. La T. S. H. de Nauru fue destruida el día 10 de septiembre. El contingente australiano fue recogido por el crucero de batalla Australia el día 9 de septiembre y llegó a Rabaul dos días más tarde.

Teníamos ahora que proveer protección al convoy australiano a Europa, que había de partir de Sydney el día 27 de septiembre para Puerto Adelaida, donde se incorporaría el contingente de Nueva Zelanda y su propia escolta, así como la flota australiana (el Australia, el Sydney y el Melbourne) tan pronto como quedara libre de la expedición a Nueva Guinea. Nuestra primera propuesta para proteger el convoy del ejército australiano era, por consiguiente, el Australia, el Sydney y el Melbourne, con los pequeños

cruceros de Nueva Zelanda. Para proteger aquellos Dominios durante la ausencia de toda su flota, se dispuso que el Minotaur, junto con los barcos japoneses Ibuki y Chikuma, descendería al sur, hacia las islas de Nueva Bretaña.

A mediados de septiembre, el contingente de Nueva Zelanda tenía que salir para Adelaida. El Australia y sus acompañantes estaban aún en Nueva Guinea, donde se produjo una demora a causa de la resistencia alemana. Se despertó una gran inquietud en Nueva Zelanda ante la perspectiva de lanzar su contingente hacia Australia sin mejor escolta que los dos cruceros de la clase P. Hicieron hincapié en los peligros que constituían los dos barcos enemigos Scharnhorst y Gneisenau, que habían sido vistos en Samoa el día 14 de septiembre. El punto de vista del Almirantazgo era que resultaba más que improbable que el Scharnhorst y el Gneisenau pudieran conocer la expedición en cuestión y mucho menos aun la fecha prevista para hacerse a la mar. Además, para efectuar un ataque en las aguas de Nueva Zelanda tenían que navegar desde sus bases de carboneo al norte del Ecuador y ser acompañados por sus barcos carboneros, reduciendo así su velocidad y quedando estorbados en sus movimientos. En estas circunstancias, el Almirantazgo solo suponía un ligero peligro para el convoy de Nueva Zelanda en su primera parte del viaje, y, no disponiendo de elementos para dar más protección en esta fase del transporte, expresó su opinión de que debía ser afrontado el riesgo. El Gobierno de Nueva Zelanda se conformó con esta opinión el día 21 de septiembre y se acordó que el convoy partiera el 25. Sin embargo, los éxitos renovados del Emden en el golfo de Bengala crearon una natural sensación de alarma en el ánimo público de Nueva Zelanda y Australia, y decidimos tomar decisiones para acabar con aquellas preocupaciones, sin modificar nuestro primer planteamiento.

El día 24 llegaron noticias de que la expedición a Nueva Guinea había vencido con éxito la oposición enemiga y decidimos, entonces, el siguiente cambio de plan: el Minotaur y el Ibuki irían a Wellington y escoltarían a los neozelandeses a Adelaida, mientras el Australia y el Montcalm, después de acompañar a los barcos de guerra pequeños y auxiliares desde Nueva Guinea al refugio de Barrier Reef, emprendían la caza del Scharhorst y Gneisenau en las islas Marshall, donde se encontraban probablemente. Esta decisión alteró la composición de la escolta del convoy australiano, cuya protección a través de los océanos Pacífico e Índico fue confiada en gran parte a un barco que ondeaba la bandera de guerra de Japón. Este hecho histórico fue un reflejo más de la buena voluntad entre las naciones amigas y aliadas presentes en el Pacífico.

Mientras, continuaron las hazañas del Emden en el golfo de Bengala; el día 22 apareció en Madrás, bombardeó los tanques de petróleo de la Burma

Company y disparó algunos cañonazos sobre la ciudad antes de que fuera rechazado por las baterías de costa. Este episodio, seguido de la perturbación en la ruta comercial Calcuta-Colombo y de los numerosos, y casi diarios, hundimientos de barcos mercantes en el golfo de Bengala, extendió la sensación de alarma. El día 1 de octubre, envié una nota al primer lord naval, proponiendo, inter alia, una concentración en larga escala en las aguas de la India contra el Emden. Esta concentración se tenía que componer del Hampshire, el Yarmouth, el Sydney, el Melbourne, el Chikuma (Japón), el Zemchug y el Askold (Rusia), el Psyche, el Pyramus y el Philomel, un total de diez barcos en una concentración que era capaz de estar en plena actividad en, aproximadamente, un mes.

El día 15 de octubre reiteré:

Sydney debe dar escolta a los australianos y después perseguir al Emden.

Este tiro, como se verá más adelante, dio en el blanco.

Quedaba por transportar el ejército canadiense a través del Atlántico. Más de 25.000 voluntarios de un valor individual muy elevado, parcialmente instruidos en el campamento de Valcartier, se embarcaron en Saint Lawrence en un convoy de treinta y un barcos, al que se añadieron dos barcos con los contingentes de Terranova y un batallón inglés de las Bermudas. Al contraalmirante Wemyss, con una escuadra de cruceros ligeros, le fue encargada la misión de escolta, pero la protección esencial del convoy fue asegurada por medios más poderosos y de más alcance. Todas las escuadras de cruceros de la Gran Flota se desplegaron en los frentes entre las costas de Noruega y Escocia para impedir la salida de los barcos ligeros alemanes, e, incluso, la Gran Flota se apostó al norte en misión de apoyo. La escuadra del norte de América, bajo el mando del contraalmirante Hornby, cubría a los mercantes alemanes armados que se escondían en el puerto de Nueva York. Se ordenó a los dos viejos acorazados Glory y Majestic que se unieran al convoy en un punto lejos de la ruta batida, y el mismo almirante Hornby acompañó en el Lancaster al convoy en su primera parte de la travesía. Por último, el Princess Royal fue el elegido de la Gran Flota para salir al encuentro del convoy en medio del Atlántico y protegerlo así contra cualquier crucero de batalla alemán que pudiera haberse escurrido entre las amplias zonas patrulladas por sir John Jellicoe. Los movimientos de este barco fueron mantenidos en secreto para todo el mundo, incluso para el Gobierno canadiense, a quien se le negó esta nueva medida de seguridad a pesar de la inquietud que sentía.

El convoy se hizo a la mar el día 3 de octubre, y diez días más tarde se aproximaba a salvo frente a la embocadura del canal de la Mancha. La intención había sido desembarcar las tropas canadienses en Portsmouth, donde

se habían hecho todos los preparativos al efecto. Pero, el mismo día en que tenía que llegar el convoy, la flotilla de defensa de Portsmouth localizó un submarino en las inmediaciones de Cherburgo y otro en las de la isla de Wight. En consecuencia, insistimos, a pesar de los inconvenientes de carácter militar, en dirigir todo el convoy a Plymouth. Durante el 14 de octubre, aquella flota, con el primer ejército enviado hacia la parte oriental del Atlántico, llegó sin novedad a Plymouth.

Con este suceso quedaron completados todos los movimientos iniciales de la concentración imperial. Estos movimientos comprendieron el transporte de un equivalente de cinco divisiones de la India a Europa y su relevo por tres divisiones territoriales británicas; la creación de la séptima y la octava división a base de todas las guarniciones y fortalezas del Imperio británico, con los consiguientes relevos procedentes de la India y de Inglaterra; y por último, aunque no se terminó hasta finales de diciembre, el transporte de dos divisiones desde Australia y Nueva Zelanda a Egipto. El efecto de esta concentración fue la adición de un refuerzo de cinco divisiones regulares inglesas (la séptima, la octava, la 27, la 28 y la 29) y dos angloindias a las tropas regulares disponibles, para aumentar las seis divisiones regulares con que habíamos empezado la guerra, consiguiendo así, para fin de noviembre, que nuestro ejército en Francia estuviese formado por unas trece divisiones de tropas muy instruidas. Por otra parte, las cuatro divisiones australianas y canadienses estaban completando su instrucción en Inglaterra y Egipto, y se estimaba que su estado de preparación era más avanzado que el de las diez divisiones de territoriales que quedaban en Inglaterra, o que el de las veinticuatro divisiones del nuevo ejército que lord Kitchener estaba organizando. Toda la labor de transporte marítimo emprendida mientras los cruceros enemigos surcaban los mares había sido llevada a cabo sin incidente alguno, es decir, sin perder ni un barco, ni un solo hombre.

El día 16 de septiembre, el mariscal Joffre telegrafió a lord Kitchener preguntándole si podría enviar una brigada de infantería de marina a Dunkerque, para reforzar la guarnición y hacer creer al enemigo que había efectivos ingleses y franceses en aquella zona. Lord Kitchener me preguntó si podía ayudarlo, y di mi conformidad al envío de la brigada si él, por su parte, me mandaba algo de caballería para su protección local. Envié un regimiento. Así pues, me vi obligado, aunque de todo corazón por mi parte, a aceptar una serie de responsabilidades menores de carácter directo y personal que irrumpían en mi tiempo y en mis preocupaciones, y que podían muy bien, aunque ello no fue así, haber entorpecido mi visión de conjunto. Formé un pequeño departamento administrativo para este asunto, en el que el coronel Ollivant era el espíritu realizador. A sugerencia suya, tomamos cincuenta autobuses de Londres para hacer así aquellas tropas lo más móviles posible y pronto hubo destacamentos ingleses haciendo ostentación de transportes en

Ypres, Lille, Tournai y Douai. Todos los que emprendieron estas pequeñas operaciones corrieron sus riesgos, primero bajo el mando del general Aston, y, cuando la salud de este falló, bajo el del general Paris. Pero no ocurrió accidente alguno, ni a los fusileros ni a la caballería; cumplieron su misión en el plan general sin pérdidas ni incidentes. Sin embargo, me sentí muy aliviado un mes más tarde cuando las tropas del ejército del general sir John French llegaron a las inmediaciones, y transferí estos destacamentos al comandante en jefe, eximiéndome de inquietudes que, aun cuando subsidiarias, pesaban en mi ánimo.

Este capítulo, que empezó con buenos éxitos y buena suerte, debe acabar, no obstante, con infortunios. Las órdenes generales habían sido redactadas para hacer frente a la situación en el inicio de hostilidades. Colocamos las piezas en el tablero en la disposición que creímos más conveniente, dejando que esta pudiera ser modificada por la experiencia futura. Entre estas órdenes, había una en la que se disponía que la séptima escuadra de cruceros de la tercera flota, que estaba formada por los viejos cruceros de la clase Bacchante (Bacchante, Euryalus [buques insignias], Cressy, Aboukir, Hogue), había de tener su base en Nore «a fin de asegurar la presencia de barcos protegidos en las inmediaciones del sur del mar del Norte y en la entrada oriental del Canal, y apoyar a la primera y tercera flotillas que operaban en aquella zona y tenían su base en Harwich». El objeto de aquellas flotillas era «mantener limpia de torpederos y minadores enemigos la zona al sur del paralelo 54». La fuerza de cruceros tenía que «apoyarlas en la ejecución de su cometido y también montar, junto a las flotillas, un sistema de vigilancia cercana sobre los barcos de guerra y de transportes enemigos a fin de informar desde el primer momento de los movimientos emprendidos por estos».

Este servicio, muy necesario, de patrulla había sido mantenido día tras día sin incidente alguno y habíamos estado ya en guerra durante seis meses. En la guerra, todas las repeticiones son peligrosas; se pueden hacer muchas cosas con impunidad si estas no se hacen siempre igual una y otra vez.

No era misión mía inmiscuirme en los movimientos de servicio de la flota y de sus escuadras; yo tenía que ejercer una inspección de carácter general. Mis ojos y oídos estaban siempre abiertos a las indicaciones que pudieran ser útiles. El día 17 de septiembre, durante una visita a la Gran Flota, oí una expresión empleada por un oficial y que llamó inmediatamente mi atención; habló de una «escuadra cebo». Pregunté qué quería decir con ello, y me dijeron que se refería a aquellos viejos cruceros que surcaban mares estrechos en una paz aparentemente ininterrumpida. Discutí este tema con los comandantes Tyrwhitt y Keyes. A la mañana siguiente dirigí al primer lord naval la nota siguiente:

Secretario,

Primer lord naval

18 septiembre 1914

La fuerza disponible para operaciones en los mares estrechos debe ser suficiente para acciones secundarias sin necesidad de recurrir a la Gran Flota. A este fin, debe haber una fuerza de apoyo efectiva constituida por dos o tres cruceros de batalla o acorazados de la segunda flota, que tiene su base en Sheerness; esta es la base más eficiente y más vigilada por fuerzas aéreas y destructores que poseemos. Dichos barcos pueden utilizar este refugio y pueden siempre hacerse a la mar cuando se intente una salida. Son preferibles, y de mucho, los cruceros de batalla.

Los Bacchantes no deben continuar en este servicio. El peligro que estos barcos pueden correr no está justificado por los servicios que pueden prestar. Siendo el estrecho el punto más cercano al enemigo, debe estar guardado por un pequeño número de barcos buenos y modernos.

Los Bacchantes deberían ir a la entrada del canal y dejar libres a los barcos de línea de Bethell —más tarde a los cruceros de Wemyss—, para los servicios de convoy y otros.

Los primeros cuatro Arethusas deberían incorporarse a las flotillas del estrecho.

No veo la razón para relevar a estas flotillas, que conocen ahora su misión, por otras más modernas.

Cuando se entreguen las unidades «M», deben constituir una media flotilla e ir al norte para prestar servicios en la Gran Flota.

El King Alfred debe ser desarmado y reparado completamente.

El príncipe Luis dio, inmediatamente, su conformidad e instrucciones al jefe del Estado Mayor para hacer la necesaria redistribución de fuerzas. Con esto me di por satisfecho y no me ocupé más del asunto, estaba seguro de que las órdenes dadas podrían ser cumplimentadas desde el primer momento. Pero antes de surtir efecto, sobrevino el desastre.

En espera de la introducción del nuevo sistema, el Estado Mayor del Almirantazgo continuó empleando el antiguo. El tiempo equinoccial era, sin embargo, tan malo que el almirante que mandaba la escuadra de Bacchantes dio orden a las flotillas de destructores de que se retiraran a puerto. Dicho oficial propuso, no obstante, continuar su patrulla en la zona de Dogger solo con los cruceros. El Estado Mayor del Almirantazgo dio su conformidad, pero, el día 19, le ordenó que vigilara los Broad Fourteens, en vez del banco Dogger:

No hay necesidad de patrullar en el banco Dogger. El tiempo es muy malo

en el mar para los destructores. Disponga que los cruceros vigilen los Broad Fourteens.

Por supuesto, esta comunicación de servicio no pasó por mis manos, pero tampoco fue expedida por el Estado Mayor sin ser examinada. El oleaje propio de los temporales en el estrecho era un gran inconveniente para los submarinos, que podían observar mal y con dificultad. Se creyó que el temporal que dificultaba la navegación de nuestros destructores sería una buena protección contra la acción submarina enemiga.

Por consiguiente, almirante y Almirantazgo estaban de acuerdo en dejar solos a los cruceros sin su flotilla. Se proyectó, caso de que mejorara el tiempo, que una de las flotillas del comodoro Tyrwhitt fuera a reunirse con ellos en la mañana del día 20. No obstante, el mal tiempo persistió durante dicho día y la flotilla mandada desde el Fearless tuvo que regresar a Harwich. Así pues, durante los días 19, 20 y 21, los cruceros Aboukir, Cressy y Hogue quedaron en vigilancia en el estrecho sin el concurso de la flotilla. El almirante tuvo que regresar al puerto con el Euryalus el día 20, para que su barco carboneara; dejó la escuadra al mando del comandante más antiguo, después de dar instrucciones especiales. No había razón alguna para suponer que fueran atacados en este momento y no antes; por el contrario, los rumores de actividad enemiga hacia el norte habían sido la causa de que toda la Gran Flota hiciera un barrido hacia el sur hasta la línea entre Flamborough Head y Horn Reef. No había conexión alguna entre las órdenes a estos cruceros y el movimiento de la brigada de infantería de marina desde Dover a Dunkerque, que tuvo lugar el día 20. Los cruceros estaban simplemente haciendo su servicio ordinario, cuya frecuente repetición se había hecho ya peligrosa, y para lo cual no estaban preparados en ningún caso.

Tan pronto como el tiempo empezó a amainar el día 21, el comodoro Tyrwhitt salió de nuevo para Broad Fourteens con ocho destructores, y continuaba sin novedad su ruta al amanecer del día 22. Como el tiempo mejoraba, se hizo más grande el peligro submarino. No obstante, los tres cruceros, en vez de ir al encuentro de sus destructores, navegaron pausadamente hacia el norte, a una velocidad de diez nudos y sin hacer zigzags en su ruta, tal como, sin duda alguna, habían hecho ya muchas veces. Entretanto, un simple submarino alemán, que se había hecho más audaz de día en día, dirigía su proa hacia el sur y a lo largo de la costa holandesa. Poco antes del amanecer, a las seis y media, el Aboukir fue alcanzado por un torpedo; el viejo barco se hundió en veinticinco minutos. Algunos de sus botes de salvamento fueron destrozados por la explosión y cientos de hombres se encontraban nadando en el agua o se asían a los restos del naufragio. Los otros dos barcos, con una simplicidad caballeresca, corrieron en su auxilio; pararon sus máquinas a poca distancia del lugar del suceso y echaron los botes para

recoger a los náufragos. En esta posición fueron ellos hundidos a su vez, primero el Hogue y después el Cressy, por el mismo submarino. De más de 2.200 hombres que componían las tripulaciones, se salvaron 800 y se ahogaron más de 1.400. Los barcos no eran de gran valor; eran cruceros viejos de la tercera flota y contribuían en poco a nuestro margen vital de superioridad sobre el enemigo. Pero, al igual que todos los barcos de la tercera flota, estaban tripulados, casi en su totalidad, por reservistas, muchos de los cuales eran casados. También había jóvenes cadetes de Osborne, que estaban embarcados allí por motivos de mayor seguridad, puesto que no se creía que aquellos barcos se vieran envueltos en grandes batallas. Estas crueles pérdidas en vidas, aunque reducidas en comparación con las que sufría el ejército, constituían el primer revés serio recibido por la marina en la guerra. Esto estimuló y animó el espíritu emprendedor de los submarinos alemanes. El comandante del fatal submarino (teniente Weddigen) fue proclamado héroe nacional. Ciertamente, la destrucción con sus propias manos de más de 1.400 vidas era un episodio muy particular de la historia de la humanidad; no vivió mucho tiempo para gozar de su fama sombría. El Almirantazgo y, en particular yo, fuimos objeto de muchas críticas: «He aquí un ejemplo del desastre que conlleva la intervención de un ministro civil en las operaciones navales y la no observancia de las opiniones de almirantes hábiles y expertos». El autor de un folleto pequeño, pero venenoso, que circuló profusamente en los altos círculos londinenses, no dudó en hacer este cargo del modo más claro, y fue repetido en innumerables insinuaciones a través de la prensa británica. Sin embargo, no me pareció posible formular ninguna respuesta o explicación.

Todo esto dio motivo a que se abrieran las investigaciones en el Almirantazgo para encontrar a los responsables de este trágico acontecimiento. Se reunió la consiguiente comisión de responsabilidades y dictaminó que la responsabilidad, por la posición de los cruceros en aquel día, era atribuible al telegrama del Estado Mayor del Almirantazgo del día 19, que ya ha sido citado. El primer lord naval sostuvo que esto era un cargo contra el Almirantazgo mantenido por un organismo subordinado, pero a mí me pareció justa la crítica y que debía seguir adelante el expediente. Sin embargo, las cosas no fueron muy lejos. Era lógico esperar de los oficiales superiores al mando de la escuadra de cruceros que juzgaran por sí mismos el peligro de su misión y, especialmente, de su repetición constante; y aun cuando obedeciendo órdenes recibidas, podían hacer presente su desfavorable situación al Almirantazgo, en vez de ir día tras día y semana tras semana al mismo servicio hasta que interviniera la superioridad o sucediera algo lamentable. Era lógico esperar también que fueran tomadas precauciones de orden táctico en la marcha de las escuadras. El mismo impulso que indujo al Hogue y al Cressy a ir a salvar a los náufragos del Aboukir fue de una evidente y generosa humanidad, pero apenas era posible hacer cosa más ilógica o que condujera

con más probabilidad al aumento de pérdidas humanas. Aquellos dos barcos debían haber salido cada uno por su lado esperando mejor oportunidad para arriar sus botes.

Todo esto lo sometí a lord Fisher cuando, dos meses más tarde, volvió al Almirantazgo, replicó lacónicamente que «la mayoría de los oficiales interesados estaban a medio sueldo, que estaban así muy bien, y que no valía la pena seguirse ocupando más de aquella cuestión».

XIII

Amberes y los puertos del Canal

Desde el momento en que fracasaron las esperanzas alemanas de destruir los ejércitos franceses en una batalla general y terminar así la guerra de un solo golpe, todos los objetivos secundarios e incidentales de los que hasta aquí se había prescindido adquirieron una gran importancia. Cuando las pasiones declinaron, los aspectos materiales asumieron su verdadero valor. La lucha de ejércitos y de naciones no consiguió una decisión, las plazas recobraron su significación y la geografía, más que la psicología, empezó a delimitar los frentes de guerra. París, ahora inatacable; los puertos del Canal (Dunkerque, Calais y Boulogne) todavía sin guarnecer, y, finalmente, Amberes aparecieron todos en el campo de valores, al igual que emergen las rocas sumergidas cuando remite el flujo de las mareas.

Se abrió, entonces, la segunda fase de la guerra. Los franceses, habiendo rechazado a los alemanes desde el Marne al Aisne y encontrándose incapacitados para echarlos más atrás por medio de ataques frontales, prolongaron incesantemente su ala izquierda con la esperanza de desbordar a sus contrincantes. Así comenzó la carrera al mar; los franceses empezaron a trasladar sus tropas de derecha a izquierda. El ejército de Castelnau, marchando desde Nancy por detrás del frente, entró en batalla en la Picardía, y esforzándose en rebasar la derecha alemana, fue desbordado por su izquierda. El ejército de Foch, cuerpo tras cuerpo, aceleró su marcha por carretera y ferrocarril para prolongar el frente de lucha hasta el Artois, pero, alrededor de su ala izquierda, fue desbordado por las divisiones de caballería alemanas de Von Marwitz (ataque y contraataque). Cada hombre y cada cañón de ambos bandos fue arrojado dentro de la contienda y el cañoneo continuo se desplazaba siempre hacia el norte y hacia el oeste, siempre hacia el mar.

¿Dónde desembocarían los dos ejércitos en el mar? ¿En qué punto exacto de la costa? ¿Quién desbordaría el flanco del contrario? ¿Sería al norte o al sur

de Dunkerque? ¿O de Gravelinas, Calais o Boulogne? Y, más hacia el sur, ¿sería alcanzada Abbeville? Todo estaba pendiente del choque de una batalla en movimiento. Pero, como objetivo máximo, como flanco inexpugnable de los aliados, el más avanzado, el más atrevido, el más valioso, valiendo por todo el resto, protegiendo a todos los demás, allí estaba radiante Amberes, siempre que Amberes pudiera resistir.

Amberes no solo era la única fortaleza de la nación belga, sino también el verdadero flanco izquierdo del frente aliado occidental; guardaba toda la línea de puertos del Canal, amenazaba el flanco y la retaguardia de los ejércitos alemanes en Francia, era la puerta por donde podía irrumpir el ejército inglés en cualquier momento sobre las comunicaciones enemigas sensibles y vitales. No parecía factible ningún avance alemán hacia la costa, hacia Ostende, Dunkerque, Calais o Boulogne mientras quedara Amberes sin conquistar.

A partir del momento en que el Gran Cuartel General alemán desembrolló y reformó sus ejércitos después del fracaso en el Marne, se hizo necesario y urgente para ellos la toma de Amberes. En consecuencia, y como se ha sabido después, en la tarde del día 9 de septiembre, el emperador alemán fue inducido a ordenar la captura de aquella plaza. Nada se hizo patente para los aliados hasta el día 28. Las tropas alemanas y belgas subsistían en contacto a lo largo de la línea de fuertes sin que se desarrollaran operaciones serias de asalto o de asedio. Hasta que, el día 28, los alemanes desencadenaron de repente sus fuegos sobre los fuertes de las líneas exteriores de Amberes, empleando los obuses de 42 cm, que lanzaban proyectiles de más de una tonelada de peso.

Casi inmediatamente, el Gobierno belga dio señales de una justificada inquietud. Los informes ingleses indicaron que los alemanes estaban emprendiendo seriamente el asedio de Amberes y que sus operaciones no tendían únicamente a ser una demostración para fijar las tropas belgas o para proteger las líneas de comunicación. Las informaciones de Bruselas decían que el emperador había ordenado la toma de la ciudad, aun a costa de millares de vidas, y que la orden tenía que ser obedecida. Se recibieron informaciones de que cerca de Lieja se estaban produciendo grandes concentraciones. En vista de estas noticias, era evidente que estaba ya agotado el papel desempeñado por nuestros pequeños contingentes de infantería de marina con sus autobuses, automóviles blindados, aviones, etc., que operaban en Dunkerque; no tenían que entenderse ya con las patrullas de ulanos o con las incursiones enemigas. Fuerzas en grandes masas se estaban acercando al sector de la costa y la impostura, que nos había permitido subsistir ocupando Lille y Tournai, ya no había medio de sostenerla por más tiempo.

El ejército de campaña belga se componía de unos 80.000 hombres, a los que había que añadir 70.000 de guarnición en las fortalezas. La parte meridional del perímetro exterior de las defensas de Amberes estaba defendida

por cuatro divisiones del ejército belga, con una quinta división en reserva y una división débil en Termonde. Una división de caballería de unos 3.600 sables se encontraba al sudeste de Termonde guardando las comunicaciones entre Amberes y la costa. Gante estaba guarnecido por algunos voluntarios.

En la noche del día 1 de octubre, nuestro ministro sir Francis Villiers informó que el ataque alemán había destrozado dos de los fuertes principales de Amberes y que habían ocupado las trincheras entre ellos. No obstante, los belgas estaban resistiendo aún en las dos márgenes del río Nethe. Se mostró entonces lord Kitchener muy dispuesto a ir en socorro de Amberes, empleando en ello las fuerzas regulares de que aún disponía en Inglaterra, siempre y cuando los franceses quisieran colaborar. Por su parte, ya había enviado oficiales y piezas de artillería a la ciudad sitiada. Ya en la mañana del día 2 de octubre sugirió a sir Edward Grey que telegrafiara al Gobierno francés apremiando su intervención. La división territorial que los franceses habían prometido era, según decía él, insuficiente, y la situación de Amberes muy grave; solo en el caso de que los franceses enviaran tropas haría él lo mismo. Añadió que, «si el general Joffre podía llevar a cabo una acción decisivamente favorable en el plazo de dos o tres días, podría resultar de ello la liberación de Amberes. En caso contrario, si no enviaba tropas regulares a la plaza, podría ser que esta se perdiera».

Hasta este punto yo no había intervenido para nada en el asunto. Por supuesto, leía todos los telegramas a medida que iban llegando o eran despachados por lord Kitchener, siguiendo así el curso de la situación. Aprobé con entusiasmo todos los esfuerzos que estaba haciendo para proveer y obtener socorro para la plaza sitiada, y compartía plenamente su ansiedad; lo veía todos los días. Sin embargo, yo no tenía responsabilidad personal, ni estaba interesado de un modo directo. Por entonces, yo tenía la impresión de que la situación de Amberes era seria, pero no inminentemente crítica. La plaza podía resistir durante unos quince días más y, entretanto, los esfuerzos de Kitchener o la influencia de la batalla principal en Francia podrían liberar la plaza. Tanto era así que propuse ausentarme del Almirantazgo durante dieciocho horas de los días 2 y 3 de octubre.

Aguas de la metrópoli

Tenía proyectado ir a Dunkerque el día 3 para arreglar los asuntos relacionados con la brigada de infantería de marina y con los servicios auxiliares enviados a petición del mariscal Joffre. A las once de la noche del día 2 ya estaba a unos 50 kilómetros de Londres en mi viaje hacia Dover cuando se detuvo el tren en que viajaba y, sin más explicaciones, regresó a la estación Victoria. Se me dijo a la llegada que tenía que ir inmediatamente a la casa de lord Kitchener en Carlton Gardens. Allí encontré, poco antes de medianoche, a lord Kitchener, a sir Edward Grey, al primer lord naval y a sir

William Tyrrell, del Ministerio de Asuntos Exteriores. Me enseñaron el siguiente telegrama de nuestro ministro sir Francis Villiers, enviado desde Amberes a las veinte horas y veinte minutos y recibido en Londres a las veintidós del día 2:

El Gobierno ha decidido salir mañana para Ostende, de acuerdo con el consejo unánime dado por el Consejo Superior de Guerra en presencia del rey. El rey se retirará con el ejército de campaña, empezando mañana con los puestos avanzados en la dirección de Gante, para proteger el frente costero y, eventualmente, así se espera, cooperar con los ejércitos aliados. También saldrá la reina.

Se dice que la ciudad resistirá cinco o seis días, pero parece muy improbable que pueda prolongarse mucho la resistencia cuando se hayan marchado la corte y el Gobierno.

Pude observar que mis colegas habían recibido con consternación estas noticias, que ya habían discutido durante una media hora. De ningún modo se esperaba que la situación pudiera empeorar con tal rapidez. A todos nos pareció, no solo anonadador, sino incomprensible que pudieran derrumbarse en cuarenta y ocho horas la gran fortaleza y la ciudad de Amberes, con su triple línea de fuertes y su sistema de inundaciones, defendidas por todo el ejército de campaña belga, que tenía unos efectivos iguales en número a los de los alemanes en aquella zona de operaciones. Era muy duro aceptar que esto pudiera suceder mientras seguían en progreso los preparativos en Francia y en Inglaterra para aliviar o socorrer la plaza y cuando se disponía de tropas de refresco a ambos lados del Canal, y antes de que el mariscal Joffre pudiera contestar al telegrama de lord Kitchener. Asombrados y desolados nos mirábamos unos a otros. ¿Qué podría haber sucedido en las últimas horas para que los belgas estuvieran tan desesperados? Nuestro último telegrama del coronel Dallas, recibido aquella tarde, decía: «Situación invariable durante la noche; los alemanes no han hecho más progresos. Se habla de una gran carnicería de alemanes y correspondiente entusiasmo de los belgas, que están a punto de desencadenar un contraataque en las inmediaciones del fuerte de Sainte Catherine». ¡Y, en este momento, un mensaje a las veintidós horas anunciando la evacuación y la caída inminente de la plaza!

Todos aquellos que, cuando hayan transcurrido unos años, echen una mirada atrás sobre las primeras convulsiones de esta época pavorosa encontrarán muy fácil emitir juicio sobre lo que se hizo y lo que se dejó de hacer. Siempre es posible llegar a situaciones para no hacer nada, especialmente para no hacer nada uno mismo, pero el pequeño grupo de ministros reunido aquella noche en casa de Kitchener tenía la obligación evidente de asegurar que Amberes no cayese sin una causa justificada mientras hubiera recursos a mano para impedirlo. Apremié vivamente para

que no cediéramos sin luchar, y por unanimidad, acordamos enviar a sir F. Villiers el telegrama siguiente:

3 de octubre de 1914

12.45

La importancia de la defensa de Amberes justifica un nuevo esfuerzo hasta que se sepa el resultado de la batalla en Francia. Estamos intentando enviaros ayuda procedente del ejército principal y, si fuese posible, añadir refuerzos enviados desde aquí. Entre tanto, mañana llegará una brigada de infantería de marina para coadyuvar a la defensa. Solicitamos que se haga otro nuevo esfuerzo para resistir. Solo unos días pueden cambiarlo todo. Esperamos que el Gobierno halle los medios para permanecer en la plaza y que el ejército de campaña continúe las operaciones.

Por otra parte, en todas las mentes estaba presente el peligro de apremiar al Gobierno belga para que resistiese en contra de su meditada decisión, sin un conocimiento completo de la situación local. Además, si las fuerzas para ayudar a la defensa tenían que entrar en estudio, había aún mucho que preparar y decidir antes de que pudieran darse fechas y seguridades. Nos encontrábamos frente al duro dilema de, o bien tener que tomar decisiones de gran importancia ulterior con mucha precipitación y con información incompleta, o bien dejar caer la plaza sin defenderla.

En estas circunstancias, era lógico que alguien de autoridad y que conociera la situación general fuese inmediatamente a Amberes y estudiase allí lo que había de hacerse por las partes interesadas. Puesto que yo tenía que llegar a Dunkerque a la mañana siguiente, se me confió aquella misión; lord Kitchener hizo hincapié en que partiese yo y el primer lord naval consintió en aceptar la responsabilidad absoluta durante mi ausencia. Esto sucedía a la una y media de la noche; me fui seguidamente a la estación Victoria, tomé el tren que me estaba esperando y salí inmediatamente para Dover. Minutos antes de mi partida, lord Kitchener recibió la contestación a su telegrama del día 2. El ministro de Asuntos Exteriores francés decía que se enviarían en el plazo más breve posible dos divisiones territoriales con artillería y caballería a Ostende para ayudar a la defensa de Amberes. Esto era en adición a una acción general del ejército francés en el frente principal de la contienda. En consecuencia, lord Kitchener se lanzó a la tarea de concentrar y organizar un ejército para ayudar a la defensa de la plaza.

Mientras, sir Edward Grey envió a la una y cuarto del día 3 de octubre un telegrama al Gobierno belga anunciando mi llegada para la mañana del mismo día y pidiendo que se aplazara hasta entonces su decisión final. El Consejo de Guerra belga, con este telegrama a la vista y reunido en la mañana del día 3, decidió suspender la evacuación de la ciudad.

No llegué a Amberes hasta después de las tres de la mañana, y fui visitado inmediatamente por el primer ministro belga, monsieur de Broqueville, era un hombre de excepcional energía y clarividencia de espíritu y de palabra. Había sido llamado a regir el Estado belga en el momento de tomar la decisión de no someterse a la inicua agresión. Me expuso con toda exactitud cuál era la situación; el general Deguise, jefe de la plaza, expuso también su opinión. Los fuertes exteriores estaban cayendo uno a uno; cinco o seis proyectiles de los enormes obuses alemanes eran suficientes para destruirlos hasta en sus cimientos, para aniquilar a sus defensores incluso en las casamatas más protegidas, y para destrozar las plataformas de las piezas de artillería. En este momento les tocaba el turno, de un modo análogo, a los fuertes de la línea interior y no se concebía medio alguno para impedir su destrucción consecutiva a razón de un fuerte por día. El ejército estaba cansado y desanimado por haber estado tanto tiempo abandonado a sus propios medios y sin señal de ayuda de sus aliados, por quienes ellos habían arriesgado tanto. Había escasez de toda clase de material: cañones, municiones, proyectores, teléfonos, material de trinchera. Había sido cortado el suministro de agua de la ciudad. Había rumores de que existían muchos simpatizantes con el enemigo entre aquella población de 400.000 habitantes. En cualquier momento, el frente podía ser roto bajo el ataque de la artillería pesada, que continuaba en aumento. Pero esto era solo la mitad del peligro. La vida y el honor de la nación belga no dependían de Amberes, sino de su ejército. La pérdida de Amberes era un desastre, pero la pérdida del ejército era fatal. El Escalda estaba obstruido a causa de una severa interpretación de la neutralidad. La única retirada posible era mediante una peligrosa marcha de flanco paralela a la frontera holandesa y a la costa. Dos divisiones belgas y una de caballería mantenían alejados a los alemanes de su única línea de retirada. Sin embargo, la presión aumentaba y la línea del Dendre ya no estaba intacta. Si Gante caía antes de que el ejército belga pudiera hacer su retirada, nada podría ser salvado del desastre.

En estas circunstancias, los belgas habían decidido, primero, retirarse al llamado campo atrincherado en la margen izquierda del Escalda, es decir, hacia su derecha; y, segundo, retirarse en la misma dirección a través de Gante hacia el flanco izquierdo de los ejércitos aliados. Estas órdenes habían sido suspendidas a consecuencia del telegrama del Gobierno británico.

Entonces expuse yo el plan de lord Kitchener y cité el número de tropas francesas y británicas ya disponibles para ir en ayuda del ejército belga; hice hincapié en la importancia de mantener la ciudad y de detener a los alemanes el mayor tiempo posible sin comprometer la retirada del ejército. Hice notar que el resultado de la batalla por el flanco del mar estaba aún en suspenso y que los ejércitos principales se estaban aproximando cada vez más a Bélgica. Pregunté si los efectivos mencionados, caso de ser enviados, influirían en su

decisión. Contestaron que esto era una nueva situación, que si esta ayuda hubiera venido antes, los acontecimientos habrían seguido otro curso. Incluso en aquel momento, si quedaba asegurada su línea de retirada con la llegada de tropas aliadas a las inmediaciones de Gante, estaban dispuestos a continuar su resistencia. Por lo tanto, con su aprobación y de mutuo acuerdo, redacté el siguiente telegrama:

El Gobierno belga hará todos los preparativos para prolongar la resistencia diez días como mínimo y se tomarán con toda energía las medidas necesarias para ello. En el plazo de diez días, nosotros tenemos que decir definitivamente si podemos emprender o no una gran operación de campaña para su alivio y cuándo tendrá lugar probablemente. Si no pudiéramos darles una garantía formal de asistencia en el plazo de tres días, ellos quedarán en libertad de acción para batirse en retirada con su ejército de campaña; nosotros (aun cuando no emprendamos la gran operación) tenemos que ayudar a su ejército en su retirada mediante envío de tropas de cobertura a Gante u otros puntos de la línea de retirada. Así, todo el tiempo que ellos puedan perder en un empeño de defender Amberes con todas sus energías, tendrá que ser compensado en el mayor grado posible por nuestra ayuda.

Además, ayudaremos entretanto a la defensa local con medios accesorios como cañones, infantería de marina, brigadas navales, etc.

He hablado en términos generales para evitar a toda costa prometer algo que no pudiéramos cumplir luego y evitar, también, precipitación en declarar las tropas que podíamos ahorrar para operaciones de gran escala. Usted estará en condiciones, tal como dice su telegrama núm. 7 (al coronel Dallas), de hacer mucho más y dar promesa decidida en el plazo de tres días, pero la cuestión fundamental es que el Gobierno y el ejército belgas se lancen de nuevo con energía renovada a la defensa de la plaza.

El ataque enemigo sigue presionando fuertemente en estos momentos y las soluciones a medias serían inútiles, pero el primer ministro me informa que ellos confían en sostenerse tres días, casi seguro seis, y que intentarán que sean diez.

Este acuerdo, caso de ser adoptado, dará el tiempo necesario para resolver el problema con calma.

Esta noche llegan dos mil hombres de infantería de marina.

Estaré aquí hasta mañana por la mañana.

He leído este telegrama al primer ministro belga, quien me dice que está completamente de acuerdo y pendiente de ratificación por el Consejo de Ministros, que se reunirá inmediatamente.

Si aprueba usted estas proposiciones, ruego transmita la siguiente orden al Almirantazgo: «Enviar inmediatamente las dos brigadas navales, excluyendo los reclutas, a Amberes, vía Dunkerque, con cinco días de racionamiento y 2.000.000 de cartuchos, pero sin tiendas y con poca impedimenta».

¿Cuándo podrán llegar?

Mientras esperaba la contestación de Londres, aquella tarde y a la mañana siguiente fui a visitar el frente: un país frondoso y completamente llano, una gran cantidad de globos observadores alemanes, un bombardeo continuo, apenas algo que se pareciera a un ataque de infantería, defensores cansados y desanimados. Era extremadamente difícil observar el campo de batalla y comprender qué clase de lucha se practicaba. No obstante, logramos al fin llegar a las inundaciones, detrás de las cuales estaba apostado el enemigo. El atrincheramiento era imposible por ambas partes debido a que ya se encontraba agua en las excavaciones a poca profundidad. Las patrullas belgas estaban agazapadas detrás de los matojos. En aquel momento no había fuego alguno de fusilería, pero los proyectiles de artillería silbaban sobre nuestras cabezas en dirección a las líneas belgas.

Aun cuando el fuego de artillería de los alemanes en Amberes no era comparable a los grandes bombardeos que tuvieron lugar después en el frente occidental, era de todos modos muy severo. Las trincheras belgas eran anchas y poco profundas y apenas daban protección a aquellas tropas tan fatigadas y, en muchos casos, sin experiencia. Cuando regresábamos a lo largo del borde de las inundaciones, por una gran carretera adoquinada, me producía una sensación formidable ver cómo estallaban a ambos lados los proyectiles de artillería en salvas de tres o cuatro, produciendo un denso humo negro y cayendo en las inmediaciones y, a veces, en los mismos livianos refugios en los que se encontraban, rodilla en tierra y en orden muy cerrado, las tropas belgas. Todo edificio que se destacaba, castillo, torre o molino, era objeto de un fuego ininterrumpido; las granadas de metralla estallaban a lo largo de la carretera, y a una media milla a la izquierda, había un pequeño bosque coronado por una nube moteada de nubecillas blancas de la metralla. Se necesitarían como mínimo dos o tres días para hacer buenos parapetos o construir y excavar trincheras apropiadas o pozos de defensa. Hasta entonces, la protección consistía únicamente en casas y fajinas, pues las trincheras, inadecuadas, consistían únicamente en los embudos producidos por los proyectiles.

Amberes era el caso, desconocido hasta la Gran Guerra, de una fuerza atacante que marchaba metódicamente, sin operaciones regulares de asalto, a través de una línea de fortificaciones permanentes y bajo una barrera de fuego de artillería. Siguiendo a esta, pausadamente avanzaba la infantería alemana, reducida en número, no muy instruida, inferior en calidad, pero que iba

infiltrándose y penetrando en su marcha en el interior de «la segunda fortaleza de Europa».

Como el fuego de las piezas alemanes se iba acercando a la ciudad y cada día los impactos se sucedían en nuevas áreas de terreno, las corrientes de fugitivos que escapaban de sus casas derrumbadas obstruían lamentablemente las carreteras, mezclándose con los heridos. Amberes conservaba su calma habitual; sus calles soleadas estaban llenas de gente que escuchaba meditabunda el fuego distante de las armas. Los campanarios famosos, las calles centrales de este antiguo centro de riqueza y cultura, los espaciosos almacenes a lo largo del Escalda, los espléndidos hoteles «con todo el confort moderno», el ambiente general de vida, prosperidad y civilización, todo ello daba la impresión de una seguridad serena que contrastaba con la realidad de los hechos. Era una ciudad bajo los efectos de la catalepsia.

La infantería de marina no llegó hasta la mañana del día 4, y entró seguidamente en línea. Cuando los visité aquella misma tarde, estaban ya en contacto con los alemanes en los alrededores de Lierre. Aquí, por primera vez, vi soldados alemanes trepando de casa en casa o atravesando las calles. Los soldados de marina tiraban con una ametralladora desde una terraza. Los fogonazos de los fusiles y los haces de llamas que salían de las bocas de las ametralladoras iluminaban aquella escena guerrera en medio de los ecos de las explosiones y los silbidos de las balas.

Veinte minutos de automóvil y nos encontramos de nuevo en el ambiente de calor y luz de uno de los mejores hoteles de Europa, con sus mesas perfectamente preparadas, camareros correctamente vestidos y sirviendo como de costumbre.

La contestación del Gobierno británico llegó a mi poder en la mañana del día 4 y la envié inmediatamente a monsieur de Broqueville:

Lord Kitchener al primer lord

Estoy organizando fuerzas expedicionarias para ayudar a la defensa de Amberes. Están compuestas del siguiente modo:

Fuerzas británicas

Séptima división, 18.000 hombres, 63 cañones, al mando del general Capper. División de caballería, 4.000 hombres, 12 cañones, bajo el mando del general Byng; estas fuerzas llegarán a Zeebrugge el 6 y 7 de octubre. Destacamento naval, ya allí, 8.000 hombres, al mando del general Aston, además de artillería pesada y destacamentos ya enviados. El Cuartel General será notificado en breve.

Fuerzas francesas

División territorial, 15.000 hombres, con su complemento en artillería y dos escuadrones, bajo las órdenes del general Roy, llegará a Ostende entre el 6 y el 9 de octubre; brigada de infantería de marina, 8.000 hombres, al mando del contraalmirante Ronarc'h Total: 53.000 hombres. Estas cifras son aproximadas.

Recibí, también, a las diez y media de la mañana un telegrama del príncipe Luis:

Las brigadas navales embarcarán en Dover a las cuatro de la tarde para Dunkerque; llegarán entre las siete y las ocho; provisiones y municiones, como se indican en su telegrama.

El asunto había entrado ya en la región de las realidades. ¿Podría resistir Amberes el ataque enemigo lo bastante para permitir que llegaran las fuerzas francesas y británicas? Además, si llegaban, ¿podrían estas nueve o diez divisiones aliadas en Amberes y Gante mantener en jaque a los alemanes hasta que los ejércitos principales, que avanzaban desde el sur, pudieran unirse a ellas? En este caso, el frente aliado en el Oeste podría ser trazado por Amberes, Gante y Lille. Y todo en pocos días, incluso en pocas horas.

A juzgar por el número de tropas disponibles en ambos lados, las posibilidades de los aliados no eran desfavorables; en el papel eran dos veces más fuertes que el enemigo, pero el ejército belga había sido dejado durante demasiado tiempo sin ayuda ni alivio. La destrucción diaria de los fuertes, en los que tanto confiaban; el incesante y devastador bombardeo de una artillería superior; sus temores por su línea de retirada y los duros reveses y pérdidas que habían sufrido desde el principio de la guerra habían destruido su confianza y agotado sus fuerzas.

La necesidad más importante y vital era mantener la defensa de Amberes contra el ataque incesante de la artillería al que estaba sometido todo el frente meridional. La posición de detrás del río era susceptible de ser fuerte; era, potencialmente, más fuerte en muchos aspectos que la del Yser, en la que quince días más tarde el mismo ejército belga, a pesar de sufrir más pérdidas y desmoralizaciones, iba a presentar una resistencia obstinada y gloriosa, pero el abatimiento ante una artillería aparentemente irresistible y la sensación de abandono sembró en aquel ejército un frío mortal.

De todos modos, la ayuda estaba llegando; la infantería de marina ya estaba en línea. En la mañana del día 4 entraron en acción trenes blindados con cañones de la Marina y marinos británicos; las dos brigadas navales llegaron a Dunkerque aquella noche y tenían que entrar en Amberes el día 5 por la noche. Estas brigadas tenían que ser intercaladas, a petición del Estado Mayor belga, entre las divisiones belgas para infundirles ánimo y la seguridad de que el socorro estaba llegando.

La séptima división británica y la tercera división de caballería, transportadas intrépidamente por mar, ante la boca de los submarinos y bajo el mando personal del príncipe Luis, empezaron a desembarcar en Ostende y Zeebrugge a partir de la mañana del día 6. Las divisiones francesas estaban embarcando en el Havre; el almirante Ronarc'h y sus 8.000 hombres de infantería de marina estaban ya en camino para Dunkerque. ¡Si Amberes aguantara!

Mientras tanto, hay que tener presente, que sir John French estaba retirando en secreto el ejército británico del Aisne y trasladándose por detrás de las líneas francesas a las vecindades de Saint-Omer con intención de atacar en Lille y derrotar la extrema derecha alemana. Cada día que fueran contenidas grandes fuerzas alemanas frente a Amberes ayudaba y cubría el desembarque y despliegue del ejército, y aumentaba sus posibilidades de éxito; pero también cada día se hacía mayor el peligro de que el ejército belga fuese copado, si, al final de cuentas, los alemanes resultaban victoriosos en la batalla principal.

Las inquietudes y zozobras de esta terrible situación tenían que ser soportadas por los jefes belgas, además de las inherentes al ataque alemán en el desmoronado frente de Amberes y al cansancio de sus tropas. El que estas pruebas fueran soportadas con constancia y sangre fría, el que la defensa se prolongara durante cinco días y el que, aunque se rompió el frente belga antes de que llegara ayuda efectiva, se pudiera retirar el ejército, todo ello constituye una memorable realización.

La actitud del rey y de la reina durante estos días trágicos fue magnífica. Nunca se apartará de mi mente la impresión producida por aquel soldado serio y grave, el rey, que presidía el Consejo y animaba a sus tropas y jefes conservando una magnífica majestad en medio de la ruina de su reino.

Entretanto, lord Kitchener y el príncipe Luis continuaron dando las órdenes necesarias en Londres.

Así es como me encontré yo inmiscuido, de un modo súbito e inesperado, en una situación local terriblemente crítica, que bien podría continuar aún algún tiempo. Yo había asumido una gran responsabilidad directa, por exponer la ciudad al bombardeo y por haber introducido en ella los batallones de la real división naval, inexpertos, parcialmente instruidos y equipados. Creí deber mío examinar todo esto a fondo. Por otra parte, no había que dejar al Almirantazgo sin su jefe. En consecuencia, telegrafíe el día 4 al primer ministro ofreciéndome formalmente para hacerme cargo de las fuerzas británicas en Amberes y presentando mi dimisión de primer lord del Almirantazgo. No fue aceptada mi oferta. He sabido después que lord Kitchener había propuesto que fuera así y que se me invistiera de la necesaria

categoría o grado militar. Pero prevalecieron otros puntos de vista; ciertamente, no tengo motivo para lamentarlo. Fui informado de que iba a ser enviado a la ciudad sir Henry Rawlinson, y se me pidió que hiciera todo lo que estuviera en mi mano hasta que él llegara.

El día 5 de octubre fue de lucha continua; la situación cambiaba de hora en hora. Por la noche fui al Cuartel General del general Paris, en la carretera de Lierre, con el propósito de confiarle el mando de las dos brigadas navales a punto de llegar. El fuego a lo largo de esta carretera era cada vez más intenso; una granada de metralla estalló encima de nuestras cabezas cuando salía del coche y lanzó un hombre muerto a mis pies. Mientras discutíamos alrededor de la mesa de la casa de campo, toda la casa se estremecía de minuto en minuto con las explosiones cercanas, cuyas llamaradas iluminaban los ventanales de la habitación. En tales circunstancias fue cuando el general Paris recibió del representante del Almirantazgo el mando de la real división naval, que iba a ostentar con tanto honor hasta que, tres años más tarde, cayó herido gravemente en sus trincheras. Este mando militar fue el más importante ejercido por un oficial de la Marina Real durante la guerra europea.

El resultado general de la lucha en el día 5 aumentó nuestras esperanzas. El contraataque emprendido por un batallón británico y nueve belgas echó atrás al enemigo. Se reconquistaron todas las posiciones que se habían perdido y la línea del Nethe quedó casi restablecida. En el cuartel general, el general Deguise recibió a medianoche y en mi presencia una favorable información telefónica de casi todos los sectores. No obstante, el enemigo había conseguido sostenerse en el vado del río y parecía probable que intentase tender los puentes aquella noche. El general Deguise se decidió, en consecuencia, a hacer otro contraataque protegido por la oscuridad con la esperanza de echar al enemigo al otro lado del río.

Me fui a dormir sobre las dos de la mañana; había sido muy grande, y con solo breves pausas, mi actividad de pensamiento y mi acción durante cuatro días en el Consejo y en el frente en circunstancias de una responsabilidad indefinida pero onerosa. Parecía, en verdad, que la situación había mejorado: la línea del Nethe estaba prácticamente intacta y el frente no estaba roto; las brigadas navales, retrasadas un día, estaban llegando aquella mañana; las tropas de tierra y mar estaban en marcha para socorrer a la plaza. Todas las personalidades y energías estaban orientadas en la misma dirección y trabajaban para el mismo objeto; Francia, Gran Bretaña, el Almirantazgo, el Ministerio de la Guerra, el Gobierno y mandos belgas seguían la misma directriz. Rawlinson llegaría al día siguiente y se terminaría mi misión. Pero ¿qué nos iba a traer el día siguiente? Estaba muy cansado y dormí profundamente algunas horas.

La lucha continuó durante toda la noche, pero no se recibieron

informaciones concretas hasta las nueve de la mañana. En el Cuartel General belga me enteré de que el ataque nocturno de los belgas había fracasado, que los alemanes contraatacaban violentamente, que las tropas estaban muy fatigadas y que la situación a lo largo del Nethe era muy confusa. El general Paris y la brigada de infantería de marina estaban igualmente empeñados en el combate; las brigadas navales habían llegado, desembarcado y se dirigían ahora a las posiciones asignadas en el frente. Pero ¿dónde estaba el frente? Una cosa era colocar estas tropas parcialmente instruidas y equipadas en una línea atrincherada, y otra cosa completamente distinta inmiscuirlas en las maniobras de una acción de movimiento; pegados al terreno, con sus fusiles y bien municionados no era tarea fácil desalojar a aquellos hombres animosos y resueltos, pero ¡eran incapaces de maniobrar! Me pareció que debían adoptar una posición intermedia hasta que supiéramos lo que estaba sucediendo en el frente. El general Paris estaba envuelto personalmente con su brigada en la lucha y no había podido tomar el mando de toda la fuerza. Era necesario, por consiguiente, que yo mismo diera instrucciones. Fui en coche al Cuartel General belga y dije al general Deguise que había que fijar posiciones a estos nuevos efectivos para que entraran en combate, y que no se aprovecharían debidamente si se les fraccionaba. Propuse que se les situase a unos seis o siete kilómetros más atrás de la primera posición asignada, y como sostén y línea de repliegue de las tropas belgas que estaban retrocediendo; estuvo conforme con la prudencia de esta proposición y fui personalmente a comprobar la ejecución de las órdenes.

En el momento que se franqueaban las puertas de la ciudad, los torrentes de heridos y fugitivos daban noticia de la enconada y adversa contienda. Los proyectiles de la artillería de campaña alemana caían frecuentemente en carreteras y pueblos que el día antes estaban fuera de su alcance; no podíamos conjeturar dónde acababa el alud de los refugiados y dónde empezaba el de los invasores. A pesar de todo, hacia el mediodía, las tres brigadas navales y de infantería de marina se desplegaron con las reservas belgas a caballo de la carretera Amberes-Lierre en la línea Contich-Vremde.

Esperamos en esta posición el próximo curso que tomaría el combate y creíamos que seríamos atacados casi inmediatamente. Para alivio nuestro, los alemanes no molestaron la retirada de las tres divisiones belgas; hicieron una pausa para reunir fuerzas, emplazar y reunir su artillería inexorable en la que ellos confiaban principalmente. Como no aparecía la infantería alemana y no empezó aún un bombardeo intenso, las brigadas navales avanzaron a su vez y tomaron posiciones cerca de donde se había detenido el enemigo. Yo me quedé en la línea de la carretera de Lierre, donde se reunió conmigo a las cinco sir Henry Rawlinson.

Como era de esperar, el general estudió con ánimo la situación y no estaba

dispuesto en modo alguno a abandonar la partida, ni en el frente de Amberes, ni en la línea de comunicaciones, que estaban cada vez más presionadas. Encontré en este oficial, a quien conocía hacía años, aquel espíritu de revuelta, innato e instintivo, contra la aceptación de la voluntad enemiga; esto es una cualidad inestimable en los militares. Esta manera de pensar era compartida por el coronel Bridges, antiguo agregado militar en Bélgica, que había llegado a consecuencia de una orden de sir John French. A las siete, tuvo lugar un Consejo de Guerra en palacio bajo la presidencia del rey. Nosotros confirmamos la voluntad del Gobierno británico de cumplir completa y puntualmente los compromisos aceptados dos días antes, y las posibilidades favorables para ello. Pero los jefes belgas estaban convencidos de que, aun en el caso de restablecerse el frente de Amberes a lo largo de la línea del Nethe, el peligro en sus comunicaciones había aumentado en tal forma que tenían que emprender sin tardanza la retirada de su ejército a la margen izquierda del Escalda, movimiento que había sido interrumpido tres días antes. De este modo, ellos pensaban estar en condiciones de entrar en contacto con las fuerzas anglofrancesas de socorro, augurando al mismo tiempo su propia retirada sobre Gante, que habían reforzado ya con una brigada el día 4 de septiembre. No era cosa nuestra controvertir este punto de vista, y los acontecimientos demostraron que tenían razón. El general Rawlinson y yo abandonamos juntos la ciudad aquella noche y, después de un azaroso viaje por aquellas carreteras, infectadas lamentablemente por algo peor que los rumores, me embarqué en Ostende en el *Attentive* y regresé a Inglaterra.

Después de la retirada del ejército de campaña belga, la defensa de las líneas subsistentes de Amberes fue confiada a las tropas de guarnición de los fuertes, la segunda división belga y las tres brigadas navales inglesas que retuvieron en el frente enemigo a más de cinco divisiones completas alemanas, a saber: la quinta y la sexta de reserva, la cuarta de Ersatz, la división de marina, la 26 y la 37 y la primera brigada de Landwehr bávara.

A medianoche del día 7, los alemanes, que habían avanzado sus emplazamientos de artillería, empezaron a bombardear la ciudad y los fuertes de la línea interior. Los fuertes desaparecían bajo el fuego enemigo y una gran parte de la población civil huyó durante la noche, a la luz de la conflagración, por los puentes del Escalda hacia el campo abierto, y por las carreteras hacia Gante y Holanda. La presión del ataque enemigo aumentaba rápidamente y el cinturón de la ciudad fue estimado como insostenible en la noche del día 8. La división belga y las divisiones navales inglesas evacuaron a Amberes aquella noche, cruzaron a salvo el Escalda y empezaron su retirada por ferrocarril y carretera sobre Gante y Ostende. Dos aviadorez navales, después de largos vuelos cual nueva flecha, destruyeron un zepelín en su cobertizo de Düsseldorf y bombardearon la estación de ferrocarril de Colonia. Las patrullas alemanas entraron con muchas precauciones en Amberes la noche del día 9, y el día 10,

el valiente gobernador, que se encontraba en uno de los fuertes aún subsistentes, capituló.

La resistencia de la ciudad se había prolongado cinco días. ¿Era tiempo suficiente para que los ejércitos franceses e ingleses pudieran apoyar su ala izquierda en aquella fortaleza y mantener a los alemanes lejos de la costa en la línea Amberes-Gante-Lille? Esto dependía, no solo de las operaciones locales, sino del resultado de una serie de batallas de desbordamiento que caracterizaron la carrera hacia el mar. Una victoria decisiva ganada por los franceses en las inmediaciones de Peronne, o por los británicos detrás de Armentières y hacia Lille, podría haber hecho posible aquella perspectiva. Altas autoridades francesas han llegado a la conclusión de que una transferencia de fuerzas más rápida, y, por consiguiente, más atrevida desde la derecha y centro de su frente hacia su izquierda, «avanzando 60 kilómetros en vez de 25», y, en general, un intento más vigoroso de desbordar a los alemanes después de la victoria del Marne y de la detención de los ejércitos en el Aisne, podría haber rechazado a los alemanes, no solo del mar, sino también de una gran parte de la Francia ocupada. Sin embargo, en aquellas circunstancias y con las fuerzas empleadas, los aliados no lograron desbordar el ala enemiga. Las batallas en Albert, La Bassée y Armentières no dieron el resultado deseado; no se pudo llegar a Peronne y Lille, y el frente de combate continuó simplemente alargándose hacia el noroeste. La retención de Amberes habría premiado la victoria de los ejércitos principales con una recompensa de muchísimo valor; su resistencia prolongada disminuía las consecuencias de su fracaso. Toda la situación de Amberes había dependido de una victoria en el sur. Esta victoria nos había sido negada. Sin embargo, tal como veremos ahora, aquel esfuerzo fue notablemente fructífero.

La caída de Amberes dejó libre al ejército sitiador; una división de marina penetró en la ciudad el día 10; el resto de las divisiones alemanas estaba ya extendiéndose al sur y al oeste en viva persecución, esperando interceptar al ejército belga. Pero les aguardaba una sorpresa.

Amberes

Las fuerzas alemanas que habían cruzado el Dendre en la noche del día 9 habían entrado en contacto con la infantería de la marina francesa en Melle y Meirelbeke, y durante el día 10 se encontraron en presencia de fuerzas regulares británicas de efectivos desconocidos, cuyas patrullas hacían su marcha a partir de Gante para salirles al encuentro. La séptima división y la tercera división de caballería habían aparecido en escena de acuerdo con la cuarta condición del acuerdo anglobelga del 4 de octubre. Así, pues, las fuerzas británicas, francesas y belgas de Gante amenazaban el flanco izquierdo contra cualquier movimiento serio de los alemanes para cortar el norte, hacia la frontera holandesa.

No conociendo las fuerzas del ejército frente al que se encontraban e inquietos por las posibilidades indefinidas de desembarcos desde el mar, los alemanes hicieron una pausa para concentrar sus fuerzas. Ellos sabían que la masa principal del ejército británico ya no estaba en el Aisne. ¿Dónde estaba, pues? ¿Por dónde podrían aparecer? ¿Quiénes eran esas fuerzas regulares británicas que se interponían con tanta seguridad en su camino? El día 12, cuando se consideraron bastante fuertes para avanzar sobre Gante, el total del ejército de campaña belga había pasado ya sin novedad por los puntos de peligro, siendo interceptado un simple escuadrón. Los alemanes victoriosos fueron meros espectadores en esta complicada acción de guerra.

Solo unos débiles efectivos alemanes se aventuraron detrás de Lokeren durante la noche del 9 al 10 para hostigar la retirada de las tropas de Amberes. La segunda división belga y dos de las tres brigadas navales llegaron intactas. Pero las disposiciones para el transporte por vía férrea y para otros servicios fueron mal interpretadas, y unos dos batallones y medio de tropas muy fatigadas, que habían perdido unas horas a consecuencia de la mala transmisión de una orden, fueron empujadas a través de la frontera holandesa en circunstancias sobre las que solo a aquellas que conocían sus dificultades les es dado formar un juicio.

En el momento en que el Gobierno británico decidió enviar ayuda a Amberes, la fuerza total alemana en el norte de Bélgica había sido correctamente estimada en cuatro o cinco divisiones. Pero antes de que capitulara la ciudad, y mientras estaban aún las tropas británicas en Gante, empezó a ponerse de manifiesto aquel despliegue tan pavoroso e inesperado de efectivos alemanes que fue lanzado contra la izquierda aliada en dirección a Calais. Además del ejército sitiador que había quedado libre y de las tropas que habían amenazado las comunicaciones belgas, estaban ya disponibles nada menos que cuatro cuerpos de ejército frescos (22, 23, 26 y 27), recientemente formados en Alemania y concentrados en Bélgica. Y frente a este ejército formidable había habido solo, desde su concentración al 21 de octubre, los destrozados belgas, los infantes de Marina, la séptima división y tercera división de caballería británica. La prudencia del avance alemán puede ser atribuida a su incertidumbre sobre la posición e intenciones del ejército británico y al temor de que este fuera lanzado desde el mar contra su flanco derecho. Pero, cualquiera que fuera la causa, subsiste el hecho y a él debemos la victoria en el Yser y la gloria eterna de Ypres.

Un simple examen de fechas revela la magnitud del peligro a que escapó la causa aliada. Amberes cayó veinticuatro horas después de que la última división del ejército belga abandonara la ciudad. Si esto hubiera sucedido el día 3 o el 4 de octubre, la ciudad se habría rendido el 4 o el 5 y no habría estado el cuarto cuerpo o fusileros de la Marina en Gante para cubrir la

retirada belga. Esto, suponiendo que el ejército belga hubiera hecho esto sin ayuda, las mismas jornadas de marcha les habría llevado a ellos y a sus perseguidores alemanes al Yser el día 10 y no habría sucedido nada en absoluto en el frente de Ypres. Sir John French no podía entrar en acción al norte de Armentières antes del día 15. Sus desembarcos en Saint-Omer, etc., no terminaron hasta el día 19. Sir Douglas Haig, con el primer cuerpo, no podía entrar en línea al norte de Ypres hasta el 21 aproximadamente. Si el ejército sitiador hubiera quedado libre el día 5 y hubiese avanzado, acompañado por los grandes efectivos ya disponibles, nada podría haber salvado a Dunkerque ni quizá a Calais y a Boulogne. La pérdida de Dunkerque era cierta y la de Calais y Boulogne probable. Se necesitaba diez días y se ganaron los diez.

Estábamos en la necesidad de afrontar seguidamente y sin respiro la marcha de los alemanes hacia los puertos del Canal. Las seis divisiones alemanas que quedaron libres en Amberes y las ocho nuevas divisiones, cuya aparición había sido tan inesperada para los estados mayores francés y británico, emprendieron su marcha hacia el sur en un doble alud. El ejército belga se retiraba en tropel y en lúgubre procesión a lo largo de la costa hacia el Yser; el general Rawlinson, con la séptima división y la tercera división de caballería, se despegó hábilmente de grandes fuerzas alemanas (aun no se sabía entonces su potencia) y, permaneciendo en cada punto hasta el último minuto y sin verse envuelto seriamente en combate, se encontró hacia el día 15 de octubre en las inmediaciones de un lugar llamado Ypres. Sir John French, se detuvo en Saint-Omer y, creyendo confiadamente que estaba desbordando el ala derecha alemana, atacó a través de Armentières hacia Lille, y envió órdenes terminantes a Rawlinson, sobre cuya cabeza estaba a punto de descargar la tormenta, de que avanzara en consonancia y tomara Menin. Las fuerzas francesas destinadas a Amberes y los comienzos de mayores refuerzos franceses trataron de cerrar la brecha entre Rawlinson y los belgas. Se abrieron los diques y empezaron a producirse grandes inundaciones. De este modo se formó un frente débil, nuevo, sin consistencia, pero continuo. Se extendía desde las inmediaciones de La Bassée hasta el mar en la desembocadura del Yser; y sobre este frente, que crecía y se fijaba en cada punto a medida que se sucedían colisiones entre fuerzas hostiles, se iba en este momento a librar la tercera gran batalla en el oeste.

Estos acontecimientos interesaban al Almirantazgo en muchos aspectos. La posición de las tropas de Rawlinson en presencia de fuerzas muy superiores era precaria y estuvimos preparados algunos días para reembarcarlas. Hicimos el máximo para salvar todo lo que pudimos del desastre belga. La real división naval tuvo que retirarse a bases de retaguardia para rehacerse, reorganizarse y continuar su instrucción interrumpida. Los servicios accesorios que concernían al Almirantazgo, aviones, trenes blindados, automóviles blindados, transportes

por autobús, etc., con los que había estado yo tratando durante las semanas precedentes de esconder nuestra escasez en la vital zona costera, podían quedar ahora absorbidos entre los ejércitos británicos que llegaban.

El día 16 de octubre, el general Joffre telegrafió a lord Kitchener:

Ahora que las operaciones se extienden hasta la costa del mar del Norte, entre Ostende y las defensas avanzadas de Dunkerque, sería importante para las dos marinas aliadas participar en estas operaciones, apoyando nuestra ala izquierda y actuando con sus cañones de largo alcance sobre el ala derecha alemana. El comandante de las fuerzas navales debe actuar de acuerdo con el general Foch a través del gobernador de Dunkerque.

Fue aceptada inmediatamente esta misión.

Primer lord a sir John French

17 de octubre de 1914

Los monitores se han retrasado debido al tiempo, pero estarán en posición a partir del amanecer del día 18. Mientras tanto, entre las cuatro y las cinco de la tarde del 17, tienen que haber llegado al flanco del ejército aliado seis destructores y, una hora más tarde, dos cruceros exploradores. Se les ha ordenado que se pongan en contacto con el coronel Bridges en los muelles de Nieuport.

Enviamos dos barcos de línea armados con ocho piezas de 30,5 cm a la rada de Dunkerque para cubrir la fortaleza y sus zonas costeras de las proximidades.

Nos pusimos manos a la obra para ayudar al flanco izquierdo aliado. Confié esta misión, que requería un oficial de altas cualidades, al almirante Hood, hasta entonces mi secretario naval. Quedó comisionado junto al comandante de Dover, mientras yo tomé al almirante Oliver en su puesto. El día 18, los tres monitores brasileños, con sus nuevos nombres, Humber, Mersey y Severn, escoltados por cuatro destructores llegaron a Dunkerque y empezaron una serie de operaciones navales en la costa belga.

No hubo problemas para encontrar muchos barcos de diferentes clases para cubrir el flanco del ejército; además de los tres monitores había disponibles una gran cantidad de destructores en Dover. Había muchos acorazados viejos, los cuales en ciertas alturas de marea podían llegar en las costas a tomar una buena posición para bombardear; además había los cruceros de la clase scout, entre los que se podía disponer de siete armados de nuevo con los mejores cañones de 10 centímetros. Pero las reservas de municiones del Almirantazgo estaban calculadas a base de acciones puramente navales, que son pocas y muy distanciadas entre sí, eso sin tener en cuenta que muchos barcos no

sobreviven a dichas acciones. El bombardeo de las posiciones alemanas, semana tras semana, y, posiblemente, durante meses, requería de nuestros depósitos una cantidad de municiones de un orden muy distinto. Teníamos que escoger barcos según la clase de municiones que empleaban, es decir, barcos que pudieran emplear municiones antiguas y barcos cuyo valor como tales fuese tan pequeño que pudiesen consumir todas sus municiones. A medida que pasaba el mes de octubre, íbamos rebuscando en nuestros arsenales todos los pequeños barcos que llevaran encima cañones de cualquier clase y calibre. Incluso los más pequeños cañoneros, los de 250 toneladas y de cuarenta años de antigüedad, fueron puestos en servicio, y de una manera u otra el fuego se mantuvo constantemente.

Era evidente que estas operaciones tenían que ser conducidas bajo el ataque continuo de los submarinos. Además, teníamos que estar preparados contra una repentina incursión de los cruceros y destructores alemanes. Confiamos al comodoro Tyrwhitt, con sus fuerzas ofensivas de Harwich, la protección contra estas incursiones o el castigo al enemigo a su regreso de las mismas. El día 17, los alemanes, vacilando entre su deseo de atacar y el temor, y prescindiendo de las orientaciones de los reglamentos, enviaron una pequeña fuerza de cuatro pequeños destructores que, procedentes del Ems, bajaron por la costa holandesa. Fueron destruidos rápidamente por el comodoro, que dispuso en combate al crucero ligero Undaunted y los destructores Lance, Lennox, Legion y Loyal.

Desde mediados de octubre en adelante las huestes alemanas pudieron ver las aguas del mar; ocuparon primero Zeebrugge, después Ostende, y luego, milla a milla, fueron devorados por la guerra las dunas arenosas, los campos de golf y las villas de aquella costa de placer. En su primer contacto con el nuevo elemento, aquel monstruo de tierra cometió varias imprudencias; despreciando manifiestamente la potencia de los cañones navales, desplegó baterías de artillería en plena playa y abrió fuego sobre destructores y cañoneros. Estos experimentos no se repitieron. Un escritor sueco, el doctor Sven Hedin, que por entonces se encontraba con los ejércitos alemanes ensalzando sus hazañas y rendido obsequiosamente ante lo que él consideraba que era la fuerza que había de conquistar al mundo, describió una escena que tuvo lugar en el restaurante del mejor hotel de Ostende. El comedor estaba lleno de oficiales hambrientos del ejército invasor, que acababa de entrar en la plaza; todos estaban sentados y ocupados con un excelente ágape.

Un destructor se acababa de destacar del resto y avanzaba a gran velocidad sobre Ostende, paralelamente a la costa y pegado lo más posible a la playa. En aquel momento apareció otro destructor siguiendo la estela del primero. ¿Qué querían aquellos rufianes? Se oyeron palabras fuertes ante aquel descaro consumado de presentarse navegando en semejante forma delante de nuestras

propias narices; evidentemente, estaban haciendo un reconocimiento. Pero aquello era una insolencia; debían de saber que ya habíamos ocupado Ostende. ¡Ah, ya! ¡Sospechan que hay submarinos y destructores en el interior del puerto y tratan de localizarlos desde el exterior! ¡Insolencia inaudita! Se emplazaron dos pequeñas piezas de artillería. «¿Van a disparar?», pregunté yo. «Naturalmente, van a tirar»... Salió el primer proyectil. Apenas se habían disparado los primeros cañonazos alemanes, los dos destructores viraron a babor y abrieron fuego de inmediato. Sus cañones parecía que disparaban justamente contra nosotros...

Los resultados fueron instantáneos. Aquel restaurante, que había sido «uno de los más elegantes de Europa» fue arrasado bajo un alud de ruina y de muerte.

De este modo entraron en contacto por primera vez el ejército alemán y la marina inglesa.

Entretanto, había empezado la lucha en el Yser.

Leyendo de nuevo los breves telegramas, que, como relámpagos, se enviaron de un lado a otro aquellos días, tengo la sensación de la batalla tiene lugar de nuevo: los belgas exhaustos, pegándose desesperadamente a los pocos kilómetros de tierra patria que les quedaba; sus valientes reyes, en medio de las explosiones en Furnes; la infantería de marina aguantando en Dixmude hasta que no quedó viva más que una quinta parte de sus componentes; nuestros pequeños barcos navegando a lo largo de la costa bajo los ataques, desde abajo, de los submarinos y de la lluvia de metal, desde la costa; las inundaciones que crecían lentamente, a modo de un escudo acuático, hora a hora, entre las desmayadas líneas belgas y el monstruo cruel que tenían enfrente; y, durante todo aquel tiempo, nuestros hombres luchando contra una abrumadora superioridad, diez días, veinte, treinta, desde Ypres a Armentières. Nada para enviar a ningún sitio, ni hombres, ni armas. Cada noche, el coronel Bridges me hablaba por teléfono desde el Cuartel General belga en Furnes; cada noche creíamos que sería la última vez que nos hablara desde aquel sitio. Solo desde final de octubre, y muy gradualmente, se empezó a tener la sensación de que las tropas belgas y francesas estaban afianzándose en la línea del Yser, y, por entonces, también pudo escribir sir John French que «los alemanes nunca podrían avanzar más hacia el oeste». Pero transcurrieron tres semanas más de agonía antes de que la balanza de Ypres se inclinara en favor del ejército británico.

Creo firmemente que estamos en el derecho de tratar el episodio de Amberes como una parte vital e integral de esta terrible batalla por los puertos del Canal. Si no hubiéramos hecho nuestro tardío esfuerzo para prolongar la defensa de aquella plaza, el curso ulterior de los acontecimientos podría haber

sido distinto y difícilmente habría sido mejor. Pero, gracias al tiempo ganado en Amberes y a la llegada de las fuerzas inglesas y francesas a una posición avanzada, el impulso de los ejércitos aliados hacia el mar, de por sí inferior al requerido, hubiera sido sensiblemente debilitado. La gran colisión y batalla con la derecha alemana hubiera tenido lugar también; quizá con el mismo resultado. Pero ¿dónde? ¿Por dónde se podría haber trazado el frente cuando los ejércitos se atrincheraron en aquellas posiciones de las que no se desplazaron sensiblemente en el espacio de cuatro años? En el mejor de los casos, se podían haber asegurado las defensas de agua de Gravelinas-Saint-Omer-Aire; Dunkerque y su buen puerto se habrían convertido en otro nido de submarinos para atacar nuestras comunicaciones en el Canal; y Calais hubiera estado expuesto a un bombardeo constante. Las complicaciones derivadas de estos acontecimientos, las mínimas que eran de esperar, podrían haber influido mucho sobre la suerte posterior de las armas aliadas en Francia.

Si esto es cierto, y la historia dirá la última palabra a este respecto, los hombres que tuvieron la responsabilidad del socorro de Amberes no tendrán motivo para arrepentirse de su esfuerzo. El azar y la incertidumbre intervienen en todas las acciones de guerra. Es en vano pretender que lord Kitchener u otro cualquiera previera todas las consecuencias derivadas de las decisiones del día 4 de octubre. El resultado fue muy diferente de las esperanzas y de las estimaciones. Pero en muy pocos casos se obtuvieron resultados más importantes por fuerzas tan limitadas y con pérdidas tan reducidas como los que premiaron esta empresa casi desesperada; ni hay en los tiempos modernos un ejemplo más notable de la flexibilidad, celeridad y desconcertante actuación de aquel poder anfibia que solo Gran Bretaña maneja, pero que con tanta frecuencia ha sido descuidado.

XIV

Lord Fisher

Octubre y noviembre de 1914

Todas las incertidumbres mencionadas en el capítulo anterior se desvanecían ante nuestras preocupaciones sobre la Flota. Ciertamente, las alarmas e incursiones en la costa belga eran por entonces casi un alivio comparadas con la tensión de nuestras responsabilidades principales. Todo dependía de la Flota, y, durante aquellos mismos meses de octubre y noviembre, la Flota estaba inquieta en la base misma de su existencia. Allí estaban anclados los poderosos barcos; todos sus hombres, desde el paleador al almirante, estaban dispuestos a sacrificar su vida en cualquier momento; no

hacía presa en ellos ningún temor de carácter personal. Pero desde el plano superior desde el que nosotros contemplábamos la situación, se percibía una nueva sensación que oprimía el corazón. La Gran Flota estaba inquieta. No podía encontrar ningún sitio más tranquilo para ella que el mar. ¡Imaginarse que el non plus ultra, la razón suprema de nuestra existencia, el arma suprema que nadie se atrevía a desafiar y cuyo prestigio daba la vuelta al mundo, no estaba segura de sí misma! Una idea había tomado raíz: los submarinos alemanes venían a buscarlos dentro de los puertos.

En la costa meridional, no había por qué inquietarse; se podía amarrar detrás de los rompeolas de Portland y cerrar literalmente las puertas. Pero en la costa oriental no existía un puerto que pudiera cerrarse de un modo absoluto. Se creía que el puerto de Scapa estaba protegido del ataque submarino por sus corrientes; no había duda de que los destructores podían atacarlo si asumían el serio peligro de una travesía a plena luz del día, ida y vuelta, a través del mar del Norte, pero nadie, así lo creíamos, era capaz de conducir un submarino en inmersión por los intrincados canales llenos de remolinos. No obstante, por entonces y de un modo inesperado, la Gran Flota empezó a ver submarinos en Scapa Flow. Se dio la alarma tres o cuatro veces; la mayor tuvo lugar el día 17 de octubre, se rompió el fuego de cañón, los destructores recorrieron y batieron aquellas aguas y la armada gigantesca se hizo a la mar rápidamente y de mal talante.

Por supuesto, nunca hubo un submarino alemán en Scapa; ninguno durante toda la guerra llegó a vencer el terror del paso al interior. Uno de ellos fue destruido en la parte exterior, hacia final de noviembre, en circunstancias que han quedado en el misterio para el enemigo. En el mismo final de la guerra, en noviembre de 1918, después de la sublevación de la flota alemana, un submarino tripulado completamente por oficiales que trataban de salvar el honor sucumbió en un esfuerzo final y desesperado. Nadie penetró en la base de la Gran Flota. Sin embargo, el mero temor a que los submarinos atacaran a los barcos mientras todo el mundo descansaba fue suficiente, en el invierno de 1914, para anular aquella sensación de seguridad que toda flota requiere cuando se encuentra en sus bases.

Hasta finales de septiembre de 1914, nadie pensó seriamente en que los submarinos de ambas partes pudieran entrar en tiempo de guerra en los puertos donde atracaban barcos enemigos. Para llevar adelante este empeño, el submarino tenía que hacer frente a las inmensas dificultades de abrirse camino en un estuario o punto interior de aguas poco profundas y de navegación intrincada, sumergido todo el tiempo y con ocasionales ojeadas a través del periscopio. Además, mientras se hace esto, hay que evitar las fuerzas de patrullas que vigilan y guardan en muchas millas las proximidades del puerto. Y por último, hay que vencer los terrores, inimaginables y desconocidos,

producidos por las minas y obstrucciones de todas clases que, lógicamente, había que suponer infectarían de un modo creciente los canales de paso. Se creyó que estos impedimentos serían eficientes, y, mirando atrás hacia los acontecimientos, podemos comprobar que esta estimación era correcta. No hay ejemplo probado de un submarino alemán que lograra penetrar en un puerto de guerra británico. El servicio submarino británico no era ciertamente inferior al alemán en espíritu de empresa, y desde las primeras horas de la guerra nuestros submarinos se encontraban en las aguas de la bahía de Heligoland, pero ningún oficial submarinista británico intentó penetrar en un puerto de guerra alemán o infiltrarse en las bocas del Elba, del Jade, del Weser o del Ems. Lo más parecido a una empresa semejante fueron las numerosas travesías por los Dardanelos llevadas a cabo por submarinos británicos, que empezaron al final de diciembre bajo la heroica dirección del comandante Holbrook. Para estas acciones, los submarinos tenían que emprender la travesía en inmersión a partir de unas pocas millas ante la entrada del estrecho, atravesando un canal de aguas profundas de unas dos millas de ancho y logrando reiteradas veces penetrar en el mar de Mármara. Esto no era comparable con la penetración en un puerto o desembocadura de río británicos, y no ocurrió hasta que la experiencia de las posibilidades de guerra del submarino aumentó mucho.

Durante los meses de agosto y septiembre, el Almirantazgo hizo los máximos esfuerzos para aumentar la protección de nuestras bases en Escocia y en la costa oriental emplazando cañones, apostando barcos de vigilancia, disponiendo obstrucciones y colocando cadenas y redes contra torpedos. Pero el peligro contra el que se proyectaron estas defensas en aquellos meses no fue fundamentalmente el de los submarinos, sino el ataque regular de los destructores enemigos sobre escuadras ancladas, o bien el de una incursión de los cruceros enemigos durante la ausencia temporal de la propia flota. No fue hasta mediados o fines de septiembre cuando los mayores conocimientos y pruebas de la potencia de los grandes submarinos en las condiciones de guerra hicieron pensar que los sumergibles alemanes podían entrar en nuestros puertos de guerra en Forth, Cromarty y Scapa Flow. Una vez arraigó esta idea, se convirtió en una grave preocupación. Las precauciones tomadas contra la incursión de los torpederos eran evidentemente insuficientes para detener un navío que podía pasar por debajo de las cadenas y soslayar los cañones protectores.

La amenaza de los submarinos fue una de las que, en realidad, no se materializó al principio de la guerra. La situación fue diferente seis meses más tarde. El espíritu emprendedor y la habilidad de los comandantes submarinistas se había hecho mayor, y entraron en consideración toda clase de posibilidades que nunca se habían estudiado antes. Pero, por entonces, los submarinos tenían que hacer frente a otra serie de dispositivos de obstrucción.

En el tiempo en que fueron conocidas sus posibilidades, estas desaparecieron.

Sin embargo, esta eventualidad parecía suficientemente real en el mes de octubre de 1914. Las cadenas y otras obstrucciones que se improvisaban en todas partes estaban colocadas solo parcialmente o de un modo incompleto, mientras el peligro empezó a tomar una forma definida en las mentes de la Flota y del Almirantazgo. No había otra cosa a hacer que esperar la terminación de cadenas y obstrucciones, y mientras tanto, mantener la Flota lo más alejada posible del peligro. La Flota solo se sentía a salvo cuando estaba en el mar, donde navegando se encontraba de nuevo a sí misma; pero esto suponía un gran esfuerzo para los oficiales, dotación y máquinas y un gran consumo de combustible.

El día 30 de septiembre, sin John Jellicoe me escribió sobre la situación general de la Flota; hacía notar que los alemanes nos habían pasado delante con sus submarinos de alta mar. Nosotros siempre habíamos supuesto que las fases preliminares de una guerra naval moderna serían batallas con pocas unidades, y la cuestión de mantener nuestros barcos pesados fuera del mar del Norte, hasta que la amenaza de las pequeñas fuerzas hubiera sido reducida, había sido frecuentemente discutida. El creía suicida aventurar nuestra posición ventajosa en grandes barcos exponiéndolos en aguas donde actuaran los submarinos. Era de la opinión que el submarino tenía un radio de acción muy limitado, que no podía causar perjuicio a nuestro comercio marítimo (por aquella época, esto era realmente cierto) y que tampoco podían ayudar a sus propios barcos para entrar en sus puertos. Proponía, en consecuencia, emplear la flota de batalla alejada hacia el norte y desplegada para interceptar el comercio enemigo. Nosotros no teníamos los suficientes cruceros para formar la doble línea que era realmente necesaria para detener todos los barcos durante los cortos días y las largas noches. Era perfectamente factible —decía él—, atravesar la línea por la noche, pues las posiciones de los cruceros podían conocerse pronto y no podían modificarse mucho. Pero, con la ayuda de la flota de batalla en aguas exentas del peligro submarino, se podía estar más seguro. Sin embargo, esto traía consigo vinculada la idea de movimientos de la flota de batalla hacia el sur. Sugirió que los submarinos franceses, así como los nuestros, debían ser empleados en los puntos de paso probables de los submarinos alemanes. Destacaba la importancia de equipar cierto número de pesqueros con T. S. H. Me pedía que enseñara la carta al primer lord naval y le comunicase si estábamos de acuerdo con sus puntos de vista, si se darían los pasos necesarios para establecer patrullas de pesqueros y si era aprobada la idea de emplear la Gran Flota para cerrar la entrada norte al mar del Norte. Terminaba apremiando la aceleración en la disposición de defensas submarinas en Scapa Flow.

El día de mi regreso de Amberes, le contesté, de completo acuerdo, lo

siguiente:

Para asegurar la mayor cantidad posible de reposo y seguridad para la Flota y el mantenimiento de la mayor eficiencia de navegación y de combate de sus barcos, está usted justificado en el empleo ocasional de fondeaderos más alejados que los de Scapa y Loch Ewe; pero, para esto, debe haber proposiciones oficiales. No tiene usted que temer que con estas retiradas pierda una oportunidad de llevar a la flota de batalla alemana a una acción. Si esto sucediera alguna vez, será con un fin táctico, por ejemplo, cubrir el desembarco de algunas fuerzas invasoras, romper el bloqueo hacia el norte para lanzar cruceros de batalla a nuestras rutas comerciales, o, simplemente, con el propósito de lograr un cambio librando batalla. En los dos primeros casos, siempre tendría usted tiempo de encontrarlos o interceptarlos antes de que hubiesen terminado la operación; en el tercer caso, los deseos del enemigo serían los de usted.

En lo que se refiere a los fondeaderos, usted solo tiene que hacer sus propuestas y nosotros procuraremos equipar lo mejor posible las bases que usted desee emplear con redes antisubmarinas, reflectores y cañones. Es importante que dichas bases sean varias, pues la absoluta seguridad descansa mucho más en la incertidumbre expectante de los movimientos de la Gran Flota que en la defensa pasiva y fija de algún punto determinado. No debemos llegar a fragmentar nuestros recursos para mantener una media docena de bases en estado de semidefensa, y, en tanto nos sea posible, debemos organizar una defensa móvil a base de guardacostas, barcos pesqueros, barcos patrulleros, minadores, destructores con explosivos remolcados, hidroaviones, etc., que puedan desplazarse cuando la flota esté en el mar y preparar las nuevas bases para recibir a aquella.

El empleo de una parte o, circunstancialmente, la totalidad de la flota de batalla para acrecer el bloqueo septentrional, de vez en cuando, es asunto a juzgar por usted. Una gran parte de su tiempo debe ser invertido necesariamente en cruceros en el mar, y estos cruceros deben ser ejecutados del modo que pueda reportar mayores resultados. Sobre este punto, una vez más, todo lo que sea de carácter de rutina o bases regulares será peligroso y podría, después de cierto tiempo, atraer sobre usted el peligro del ataque de submarinos, incluso en las más remotas aguas septentrionales.

Estas conclusiones generales orientaron nuestra política durante los meses inmediatos. Pero, a medida que transcurría el mes de octubre, nuestras inquietudes aumentaron y se hizo mayor la tensión.

El 17 de octubre, sir John Jellicoe telegrafió que se había dado noticia de un submarino que entró en Scapa Flow a las cinco de la tarde del día anterior. Aun cuando él no daba crédito a la información, se hizo a la mar con toda la

flota. Solicitaba urgentemente la disposición de obstrucciones submarinas cuanto que «en aquel momento no tenía ninguna base segura y el único procedimiento para carbonear era cambiar constantemente los puertos de carboneo con la consiguiente desorganización de este suministro». El día 18 de octubre, comunicó que Scapa Flow no podía ser utilizada hasta que estuviera ya dispuesta la defensa submarina. El 19, preguntó al Almirantazgo si debía ser afrontado el peligro submarino en Scapa Flow o desplazar la flota a bases lejanas en las costas occidentales de Escocia o de Irlanda a más «de 300 millas de Pentland Firth»; añadía: «No puede afirmarse con seguridad si los submarinos estuvieron en el interior de Scapa Flow, aun cuando el capitán D. de la cuarta flotilla de destructores afirmaba que se había disparado en el interior de la rada contra el Swift. Yo soy de la opinión que no es difícil penetrar en el repunte de la marea».

Otra seria advertencia llegó a mis manos, casi simultáneamente, procedente de sir David Beatty:

La flota adquiere gradualmente la sensación [escribía él] de que hay algo que no va bien. La amenaza de minas y submarinos va en aumento cada día y no hay en marcha medios para enfrentarla o combatirla. Estamos siendo empujados fuera del mar del Norte y de nuestras bases naturales. ¿A dónde conducirá este estado de cosas? Está claro que no tenemos base donde podamos estar con cierto grado de seguridad para carbonear, municionar y reparar después de dos meses y medio de guerra. Esto tiene cierto sabor a perturbación. El remedio es fijar una base y hacerla completamente inaccesible al ataque de submarinos, y estoy absolutamente convencido de que se puede hacer.

Creo que me conoce usted bien para saber que no hablo sin motivo. La Flota no tiene aún el rabo entre piernas; odiamos el alejarnos correteando de nuestra base y los efectos son evidentes; no nos divierte esta situación. Pero la moral es alta y la confianza mayor aún. No le escribiría esto si no supiera que con su rápida comprensión de detalles y su imaginación puede usted sacar adelante la cuestión.

Mientras tanto, el Almirantazgo, particularmente el primero y el cuarto lord naval, había estado ocupado desde fines de septiembre en ingeniar y preparar los dispositivos protectores necesarios. A copia de esfuerzos apremiantes, estaba a punto de terminarse el primer sistema de aquellos, y, el 20 de octubre, el príncipe Luis estuvo en condiciones de poder telegrafiar al comandante en jefe:

Las defensas de Scapa Flow saldrán de los astilleros el día 24 de octubre.

El comandante en jefe, de acuerdo con la autorización del Almirantazgo, se retiró, a finales de octubre, a la costa septentrional de Irlanda, para descansar

unos días y hacer prácticas de artillería. Por una extraordinaria mala suerte, la llegada de la flota frente a Loch Swilly coincidió con la visita de un minador a estas aguas. El minador no tenía idea de que se interponía a la flota o de que esta estuviese en aquellas aguas. Su objetivo era la navegación comercial de Liverpool, pero el tiro dirigido a un pájaro derribó a un águila.

El 27 de octubre, el príncipe Luis irrumpió en mi despacho con la grave noticia de que el Audacious había sido alcanzado por una mina o torpedo al norte de Loch Swilly, y que se temía su hundimiento. Por la tarde, el comandante en jefe telegrafió pidiendo que se hicieran todos los esfuerzos para evitar que se publicara el suceso. Aquella noche, al dar el parte de que el Audacious se había hundido, repitió su esperanza de que aquella pérdida se mantendría en secreto. Yo veía grandes dificultades en ello, pero prometí llevar el asunto al Gabinete. Entre tanto, telegrafíé a las doce y media del día 28 de octubre al comandante en jefe lo siguiente:

Estoy seguro de que no se descorazonará por el episodio del Audacious. Hemos tenido mucha suerte en el transcurso de tres meses de guerra sin la pérdida de un acorazado de línea. Yo estimaba que perderíamos tres o cuatro en dicho período de tiempo, lo que no ha sido así a causa de su incesante vigilancia y capacidad. También el ejército se ha mantenido en todo el frente, a pesar de sus 14.000 muertos y heridos. Muy pronto los puertos estarán en condiciones de seguridad para la flota. No tema pedir lo que crea necesario.

Considerado militarmente, el Audacious constituía la primera pérdida seria que sufríamos. Era una de aquellas unidades vitales, de las que a la sazón no andábamos muy sobrados, en la que tanto amigos como enemigos basaban toda clase de cálculos estratégicos. Cuando recomendé al Gabinete guardar el secreto, la opinión al respecto estaba muy dividida. Se dijo que la confianza pública quedaría destruida si se creía que ocultábamos las pérdidas y que los alemanes ya debían de conocer la verdad. Repliqué que no había razón para impedir que los alemanes se informaran por sí mismos, y que cuando proclamaran el hundimiento del Audacious nos sería fácil explicar públicamente el motivo de nuestra discreción. Cité el ejemplo del Yashima, cuya pérdida en Port Arthur, en 1904, ocultaron eficazmente los japoneses. Si sir John French hubiera perdido un cuerpo de ejército, se hubiese hecho todo lo posible para ocultarlo al enemigo. ¿Por qué había de negarse a la Flota una libertad similar? Lord Kitchener apoyó firmemente mis palabras, y nuestro punto de vista fue eventualmente aceptado por el Gabinete.

El Almirantazgo pidió a la prensa que se abstuviera de hacer ninguna referencia al suceso. Algunos periódicos lo hicieron de mala gana. Se adujo que había centenares de personas que ya lo sabían, incluyendo todos los pasajeros del transatlántico Olympic, que pasó junto al barco en trance de hundirse; que los espías alemanes en Inglaterra harían llegar, seguramente, la

noticia a Alemania en pocos días, y que, de todos modos, en el próximo correo para los Estados Unidos saldrían extensos relatos y fotografías del hundimiento y la noticia sería transmitida telegráficamente a Alemania. No obstante, mantuvimos nuestra petición, revisando cuidadosamente la prensa alemana para descubrir la más leve indicación sobre el asunto. Mientras tanto, se creyó ingenioso por parte de algunos periódicos escribir artículos y párrafos en los que se mentaba frecuentemente la palabra «audacious», mientras yo era objeto de censura. Creí necesario hacer una llamada secreta, que ayudada por los esfuerzos leales del Comité de Prensa hizo ciertamente su efecto. Después de todo, pasaron más de cinco semanas antes de que el Almirantazgo alemán supiera que se había hundido el Audacious, y aún no estaban muy seguros de no ser víctimas de un rumor.

El almirante Scheer dice:

Los ingleses lograron mantener en secreto durante un tiempo considerable la pérdida de este gran acorazado, una pérdida que era un éxito eficiente para nuestros esfuerzos hacia el equilibrio... La conducta de los ingleses estaba inspirada en todos los aspectos en consideraciones supeditadas a sus propósitos militares... En el caso del Audacious, no podemos por menos de aprobar la actitud inglesa de no revelar una debilidad al enemigo, porque una información confirmada sobre la otra parte contendiente es de efecto decisivo sobre las decisiones tomadas.

No recuerdo ningún período en el que sintiera más el peso de la guerra sobre mí que aquellos meses de octubre y noviembre de 1914. En agosto, se esperaba una gran batalla naval y la primera de las grandes batallas en tierra, pero nuestra ruta era clara y una vez tomada no teníamos más que esperar los resultados. Todo el mes de septiembre fue dominado por la victoria del Marne, pero en octubre y noviembre la bestia estaba otra vez sobre nosotros. Mi mente estaba oprimida por aquella sensación de dominio de un monstruo de una fuerza abrumadora en tierra y aparentemente inagotable, y también por aquella serie completa de inquietudes constantes y devoradoras sobre la seguridad de nuestra flota en el mar y en los puertos contra los ataques submarinos. No pasaba una hora sin la posibilidad de que ocurriera un desastre u otro en alguna parte del mundo, ni un día sin la necesidad de afrontar riesgos. Mi propia posición era, en cierta parte, incompatible. La pérdida de los tres cruceros había sido claramente atribuida a mi actuación personal; fui acusado de no haber tenido en cuenta la opinión de los lores navales y de haber enviado aquella división de cruceros a su perdición. Amberes llegó a ser la causa de un duro reproche; casi se podía pensar que la ciudad había caído por haber intervenido yo. En general fue censurado el empleo de aquellas tropas sin instrucción que constituían las brigadas navales; el internamiento de tres de sus batallones en Holanda fue considerado como un gran desastre

debido enteramente a mi inexcusable ligereza. Una frase desgraciada (cierta en intención y en la ocasión) sobre echar «a las ratas fuera de su madriguera» que había salido de mis labios con motivo de mi largo discurso en Liverpool, fue recogida y hecha servir de estribillo. Estos eran los únicos asuntos con los que estaba mezclado mi nombre en los periódicos. Mi trabajo en el Almirantazgo, tal como realmente fue, no era conocido por el público; no hubo ataque parlamentario que me diera oportunidad para defenderme. A pesar de estar acostumbrado ya de años a ser denostado, no pude por menos de sentir las corrientes adversas y hostiles contra mi persona; se empezaba a percibir que podrían conducir fácilmente a un resultado práctico. Afortunadamente, no había mucho tiempo para abandonarse a tales reflexiones.

El Almirantazgo había entrado en la guerra reivindicando para sí la confianza pública. La coincidencia de las prácticas de movilización con la crisis europea fue atribuida, generalmente, a un cálculo profundo. El hecho de que no se confirmaran todas aquellas tristes predicciones de que íbamos a estar desprevenidos, de que los destructores alemanes limpiarían los mares de nuestro comercio y de que nuestra navegación comercial, así como nuestro aprovisionamiento, serían puestos en peligro, fue reconocido con general alivio. El transporte sin pérdidas del ejército británico a Francia y la afortunada acción en la bahía de Heligoland fueron estimados como hazañas completas. Pero a raíz de los primeros y pocos incidentes de mala fortuna prevaleció un tono diferente en los círculos que tenían voz. La pérdida de los tres cruceros marcó un cambio en la actitud de aquellos que en los malos tiempos de guerra están en condiciones de monopolizar la expresión de la opinión pública. A medida que se desvanecía la esperanza de una inminente gran batalla naval, se empezó a oír la queja: «¿Qué hace la Marina?». Era quizá inevitable que se produjera una sensación de desencanto cuando, semana tras semana, no se veía ni se oía aquella máquina formidable de la potencia naval británica. Existía la opinión general de que debíamos haber empezado por atacar y destrozar la flota alemana. Era en vano que hiciéramos referencia a la corriente ininterrumpida de tropas y suministros hacia Francia o al comercio naval británico extendido por todo el mundo casi sin interrupción; era imposible explicar ante los oídos del enemigo el complicado movimiento de refuerzos o de expediciones escoltadas a través de casi todos los océanos procedentes de todas las partes del Imperio, o exponer las razones que hacían imposible el llevar a la flota alemana a una batalla. Nuestro pequeño ejército combatió por su propia existencia y desempeñaba un papel ante los ojos británicos tan importante como todos los ejércitos de Francia; y mientras tanto, nuestra gran escuadra, la más potente del mundo, permanecía en un estado de inercia aparente solo alterada por algún percance desfavorable y circunstancial.

El pan comido es pronto olvidado. No son nunca recordados los peligros

evitados por previsiones y precauciones eficientes. Es así cómo se formó aquel juicio injusto sobre el Almirantazgo en aquella primera fase de la guerra. Para mí, que veía los peligros contra los que nos habíamos preparado y sobre los que habíamos triunfado, y que experimentaba una sensación de agradecimiento profundo por el pasado y de confianza absoluta para el porvenir, estas manifestaciones de descontento me parecían debidas únicamente a una falta de comprensión. Pero no por eso eran menos inquietantes, y no era fácil tratar con ellas. Las cuestiones no podían ser argumentadas en público o en el Parlamento. No se profirió ninguna acusación formal, ni se podría haber contestado cumplidamente sin perjuicio de los intereses nacionales. Teníamos que soportar todo aquello en silencio. En el curso de los meses era inevitable una cierta proporción de pérdidas en el mar y, en cada caso, era muy fácil aseverar que alguien era el responsable, lo que en muchos casos era cierto. Con un millar de barcos en el mar y un millar de azares, reales o posibles, amenazándolos todos los días, era forzoso que se produjeran accidentes y faltas. ¡Cuántas de estas se cometieron sin que, por fortuna, se reclamara sanción! No hubo nunca una hora en que decenas de barcos no corrieran peligros contra los cuales no se pudo hacer previsión alguna, o en que no se plantearan problemas difíciles y nuevos a los capitanes, muy pocos de los cuales estaban instruidos en la guerra. ¿Qué tenía de particular que incurriéramos ocasionalmente en un error o que tuviéramos pérdidas? «Otro desastre naval. Quinientos hombres ahogados. ¿Qué hace el Almirantazgo?». Durante todo aquel tiempo, ejércitos inmensos eran arrastrados a la confusión de enormes batallas, y millares de hombres eran enviados frecuentemente sin necesidad y por error a la muerte: durante todo este tiempo todas las operaciones de guerra y del tráfico británico en el mar se efectuaban sin obstáculos apreciables.

Esta atmósfera de crítica tuvo una seria consecuencia en la persona del príncipe Luis. En la primera fase de nuestra afortunada movilización y en la entrada en la guerra, no se hizo comentario alguno sobre su parentesco. Pero ahora las habladurías de los clubs y de la calle empezaron a producir una corriente de cartas, firmadas o anónimas, protestando de muy diversas maneras y frecuentemente con violencia contra que una persona de origen alemán ocupara el cargo vital de primer lord naval. Esto era cruel, aunque, hasta cierto punto, natural. Y yo contemplaba con ansiedad y disgusto el aumento de aquella desconfianza muy extendida. Pude también observar, en algunas insinuaciones que él hizo, que esta atmósfera estaba siendo notada por el primer lord naval. Así pues, se encontraba él en la situación poco envidiable de asumir diariamente grandes responsabilidades y riesgos sin contar con la confianza pública, a la que él tenía todo el derecho, y con la certidumbre que de vez en cuando se producirían accidentes. Por consiguiente, no me sorprendió que, hacia finales de octubre, el príncipe Luis me pidiera ser

relevado de su cargo. La dignidad con que él hizo este sacrificio sin protesta alguna y el distanciamiento aceptado conscientemente como recompensa por los grandes y fieles servicios que él había prestado a la nación británica y a la Marina Real eran dignas de un marino y de un príncipe. Ahora yo tenía que buscar un sucesor, y mi mente estaba ya orientada en una dirección, en una única dirección.

Lord Fisher tenía costumbre de venir al Almirantazgo y yo le observaba estrechamente para formarme un concepto sobre su resistencia física y agudeza mental; no parecía haber duda alguna sobre ambas. En una ocasión, estando increpando a alguien que, según él creía, le hacía una labor obstructiva, llegó a estar tan convulso por la ira que parecía que iban a estallar todos los nervios y vasos sanguíneos de su cuerpo. Sin embargo, soportó aquella tensión magníficamente y me dio la impresión de que una terrible y potente máquina de energía mental y física bullía y se estremecía dentro de aquel viejo cuerpo. Yo no tenía problema alguno en trabajar con él y creía conocerlo tan bien, y había tenido con él durante tanto tiempo un equilibrio entre la amistad y la superioridad en mis funciones oficiales, que creí que podríamos solventar juntos todas las dificultades. En consecuencia, le sondeé en diversas conversaciones, sin soltar yo prenda, y pude comprobar que él deseaba ardientemente el poder y que estaba fuertemente inspirado como si tuviera una palabra que revelar y una misión que cumplir; determiné proceder sin demora. Fui a ver al primer ministro y le expuse los argumentos que me habían llevado a la conclusión de que Fisher tenía que volver y de que yo no podía trabajar con ningún otro; también hablé de sir Arthur Wilson como su principal colaborador. Sabía perfectamente que encontraría en muchos sectores una fuerte oposición, natural y legítima, al nombramiento de lord Fisher, pero, habiendo formado ya mi composición de lugar, estaba determinado a no permanecer en el Almirantazgo si no se aceptaba mi proposición. Así pues, finalmente, para bien o para mal, yo tenía mi ruta trazada.

La decisión de volver a llamar a lord Fisher al Almirantazgo era muy importante; él, tal como ya se ha mencionado en este libro, era el oficial naval británico más distinguido después de Nelson. La originalidad de su espíritu y la espontaneidad de su naturaleza le desligaban de toda clase de convencionalismos; su genio era profundo y sincero y, sobre todo, su grandeza estaba a la altura de los acontecimientos. Al igual que estos, estaba conformado en proporciones titánicas.

Pero tenía setenta y cuatro años de edad. Lo mismo que en un gran castillo que ha luchado largamente contra el tiempo, el núcleo central subsistía erguido e intacto y aparentemente eterno, pero las obras exteriores y las murallas almenadas se habían derrumbado y su imperioso instinto director se reducía a

los departamentos especiales y galerías con los que él mantenía una familiaridad de mucho tiempo. Si él y su camarada, sir Arthur Wilson, hubieran nacido diez años más tarde, la dirección naval británica cuando se rompieron las hostilidades habría alcanzado su más alto grado de perfección en el Almirantazgo y a bordo. Las nuevas figuras que se iban formando en la lucha, Beatty, Keyes, Tyrwhitt, no habían alcanzado aún la autoridad que las habría hecho aceptables a las más altas graduaciones de la marina. Fisher y Wilson habían sobrevivido a sus contemporáneos y habían destacado por encima de la generación naval que los siguió. Era a estos dos grandes viejos y endurecidos lobos de mar que por más de medio siglo habían desafiado las batallas y los temporales, y que ya eran capitanes a bordo cuando yo estaba en la cuna, era a ellos, repito, a quienes se iba a confiar ahora la dirección profesional de la guerra en el mar.

Era evidente para mí, que conocía perfectamente a estos dos almirantes de la Flota y que había tenido muchas oportunidades en los tres años anteriores de oír y leer sus opiniones, que la organización de la maquinaria de nuestro Estado Mayor tenía que sufrir alteraciones. Se necesitaba hacer un cambio en la persona al mando de aquel servicio. La marina tenía en el almirante Sturdee un oficial de preclara inteligencia y de gran habilidad en la práctica, un hombre que podía gobernar y hacer combatir a su barco o a su escuadra con la máxima habilidad y energía, pero no era el hombre con el que lord Fisher pudiera trabajar satisfactoriamente en aquel centro supremo ejecutivo. Afortunadamente, no hubo dificultad en el acuerdo para nombrar su sucesor.

Desde Amberes, el almirante Oliver era mi secretario naval; durante el año anterior a la guerra había sido director del Servicio de Información Naval. Cumpliendo esta misión, había tenido que consultarle continuamente, así como a su antecesor, el capitán Thomas Jackson, para todo lo que hacía referencia a los datos y características de que dependía la controversia de la fuerza relativa de las marinas británica y alemana. Su escrupulosidad en los detalles y su poder mental, constante y tenaz, eran extraordinarios; en él se hallaban una capacidad profesional y una precisión y una claridad de exposición poco comunes. Sus méritos como oficial de mar eran impecables. Había sido comandante de navegación de sir Arthur Wilson y todos los componentes de la marina conocen la historia de cómo, en las maniobras navales de 1901, estos dos hombres habían conducido la flota del Canal a lo largo de la isla de Rathlin, al norte de Irlanda, a través del canal irlandés hacia las Scillies, en una espesa niebla, sin divisar tierra ni luces, y sin tener la tentación de hacerse el uno al otro la menor indicación; al tercer día, la niebla se levantó rápidamente mostrando las islas Scillies a la flota asombrada que ya había anclado en la rada.

Estuve muy satisfecho cuando lord Fisher me propuso hacer jefe del

Estado Mayor al almirante Oliver, y me ofreció, en cambio, para mi despacho particular a su propio colaborador personal, el comodoro De Bartolomé. Así pues, todo empezó bien; reformamos el Grupo de Guerra, que se reunía como mínimo una vez al día, del modo siguiente: primer lord, primer lord naval, sir Arthur Wilson, almirante Oliver y comodoro De Bartolomé (este último representaba la joven escuela de oficiales de Marina), así como el inestimable secretario sir Graham Greene; se convocaba frecuentemente también a sir Henry Jackson, pero no de un modo tan continuo como para confiarle una responsabilidad determinada.

A los acontecimientos de este duro mes de noviembre de 1914, hubo que añadir un serio temor de invasión que tomó cuerpo en el espíritu de las autoridades militares y navales...

El Ministerio de la Guerra argüía que la calma en los frentes de lucha podía permitir a los alemanes ahorrar un gran número de buenas tropas, 250.000 si fuese necesario, para la invasión de la Gran Bretaña. Lord Kitchener dirigió todos los preparativos defensivos y lord Fisher se lanzó a esta labor. Aun cuando yo en este aspecto era escéptico, creí que tales precauciones tenían justificación, y, después de todo, ello añadía interés a la vida de las fuerzas que tenían que defender las islas y sus costas. Por consiguiente, me dejé arrastrar también por aquella atmósfera excitada que se cargaba a través de los altos círculos, e hice todo lo posible para ayudar y acelerar los preparativos. Tal como se ha descrito, situamos la tercera escuadra de batalla en el Forth, llevamos la segunda flota al Támesis, dispusimos los viejos acorazados Majestic en varios puertos de la costa oriental, se prepararon barcos de bloqueo para ser hundidos y se colocaron minas para hacerlas explotar a su debido tiempo en las bocas de nuestros puertos indefensos, en tanto entraba en actividad toda la vigilancia militar, aérea y marina de nuestras costas. Los preparativos del ejército se complicaron con el hecho de que algunas de las divisiones que estaban suficientemente instruidas para ser empleadas en rechazar a los invasores habían prestado sus fusiles a otras que estaban instruyéndose, y estos fusiles tenían que ser recogidos y vueltos a distribuir como parte de un procedimiento prescrito para el caso de una alarma suprema. ¡A tales procedimientos nos vimos reducidos! Sin embargo, los alemanes no se movieron en absoluto; las mareas y la luna que fueron tan favorables para desembarcos nocturnos algunos días antes del 20 de noviembre, cesaron de ser tan favorables, y se fue borrando gradualmente de nuestro pensamiento aquella sensación de acontecimiento inminente.

Lord Fisher se lanzó a las nuevas construcciones con una energía fulminante. Reunió a su alrededor a todos los proyectistas y directores de casas constructoras navales de Inglaterra, y, en cuatro o cinco días gloriosos, cada minuto de los cuales fue pura delicia para él, me presentó planes para la

construcción de submarinos, destructores y pequeños barcos en una escala apenas imaginable para mí y mis consejeros. Por entonces se encontraba en Inglaterra, regresando a Estados Unidos, míster Schwab. Le invité a que fuese al Almirantazgo y aceptó el encargo de la construcción de veinticuatro submarinos, doce en Canadá y doce en Estados Unidos, cuyos cascos tenían que ser terminados en el plazo increíble de seis meses. Establecí un sistema de primas para una entrega más rápida. Se terminaron estas largas negociaciones y el trabajo subsiguiente fue ejecutado con maravillosa escrupulosidad y puntualidad por la inmensa organización de la Bethlehem Steel Company. Una noche, cuando lord Fisher, míster Schwab y yo estábamos reunidos alrededor de la mesa octogonal del Almirantazgo, después de una larga discusión sobre los contratos de submarinos, preguntamos a míster Schwab: ¿Tiene usted noticia de algo que pueda ser útil para nosotros? Nos contestó que disponía de cuatro torres de dos cañones de 30,5 cm que estaban casi completas para el acorazado Salamis, en construcción en Alemania para Grecia; nos interesó de corazón la noticia. Y yo tuve una idea: el lector recordará los tres pequeños monitores que se construían para el Brasil, los cuales, aun sin tener un empleo inmediato por aquel tiempo, decidí incautar cuando se rompieron las hostilidades; las operaciones sobre la costa belga pusieron de manifiesto su valía. Sugerí a lord Fisher que deberíamos comprar aquellas torres y construir monitores apropiados a ellas. El almirante quedó encantado con este plan y, a las pocas horas, estaba reunido con sus constructores para proyectar los barcos; pronto nos embarcamos en un extenso plan de construcción de monitores.

En otoño de 1914, pusimos en marcha, a base de varios programas en que culminaban los ímpetus de lord Fisher, la enorme flota que citamos seguidamente y que tenía que estar lista para el final del año 1915:

Acorazados y cruceros de batalla de gran potencia. 7

Cruceros ligeros. 12

Destructores de la clase de mayor tonelaje y conductores de flotilla. . . . 65

Submarinos de gran radio de acción 40

Submarinos de pequeño radio de acción 22

Monitores:

Pesados. 18

Medios 14

Ligeros 5

Corbetas y pequeños barcos antisubmarinos 107

Lanchas motoras 60

Lanchones con motores de combustión interna. 240

Esta formidable nueva escuadra (porque no era nada menos) fue una ayuda providencial al Almirantazgo cuando, dos años más tarde, empezó el ataque efectivo de los submarinos alemanes. La creación de esta flota a gran escala fue uno de los servicios más grandes que la nación debe al genio y energía de lord Fisher. Probablemente, él nunca tuvo en toda su larga vida una experiencia tan gozosa como la de este gran esfuerzo de nuevas construcciones; nadie mejor que él sabía conferir espíritu guerrero a un barco; su construcción era la mayor pasión de su vida. Y ahora tenía a su disposición todos los astilleros de Gran Bretaña y estaban rotas todas las barreras de acceso a la Tesorería.

Los cruceros de batalla Repulse y Renown, y aun más los Courageous, Furious y Glorious, a los que di mi consentimiento meses más tarde, en circunstancias que se mencionarán a su debido tiempo, puede decirse que eran los hijos de un viejo marino; aun cuando estos barcos poseían las maravillosas cualidades combinadas de un barco de guerra, no logradas nunca hasta entonces, eran ligeros en su estructura. La marina los consideró siempre como defectuosos en la resistencia de su estructura y de su blindaje, que requerían nuevas condiciones para la guerra. Por el contrario, sus creadores los adoraban y siempre los defendían con la máxima vehemencia cuando se oponía alguna objeción a sus cualidades.

Yo dirigía por encima estos procesos durante los meses de noviembre y diciembre, con mi mayor admiración por el primer lord naval, pero con algún recelo sobre el volumen de los gastos. No creía que la guerra se prolongara más allá del año 1915 y no quería mermar recursos que pudieran necesitarse en los servicios de los ejércitos y de su material. Cuando la caída de Rusia se hizo un factor decisivo y final, solo entonces, en abril de 1915, supuse que la guerra duraría hasta diciembre de 1916, y di mi conformidad a los planes de construcciones adicionales dentro de aquel límite de tiempo. Entre tanto, yo procuraba lo mejor posible dar satisfacción a los planes de lord Fisher. Repetidas veces le hice darse cuenta de que, desde muchos puntos de vista, un barco terminado doce meses antes del final de la guerra tenía un valor doce veces mayor que el terminado un mes antes de dicha fecha, y apremiaba para que no hubiera trabas en la terminación de barcos a punto de entrega. Sin embargo, lord Fisher era muy difícil de saciar; era capaz de diseñar un acorazado en un día, en una semana era capaz de devorar un programa y volver a pedir más. Cuando le sugerí que emprendiera la construcción de un cañón experimental de 45,5 cm, aquel rico bocado fue engullido apenas lo mencioné: «Lo pondré en un crucero de batalla que marchará a cuarenta nudos», gritó el almirante. «Tirar cómo, cuándo y dónde se quiera» era su

lema; pero ¿qué había de cierto sobre su doctrina de que «el blindaje es una ilusión»? No obstante, le apoyé todo lo que pude; tenía razón casi siempre, y su energía y fuerza vital hacía trepidar al Almirantazgo como a uno de sus grandes barcos lanzados a toda velocidad.

La edad de lord Fisher y la gran tensión a que tenía que estar sometido en estos momentos hizo necesario que llevara una vida muy ordenada. Se retiraba a descansar generalmente después de las ocho, para despertarse entre las cuatro y las cinco, y aun antes; era en estas horas de la mañana cuando hacía su esfuerzo máximo, trataba una cantidad inmensa de asuntos, escribía numerosas cartas y tomaba sus decisiones del día. Este método de vida respondía exactamente a las máximas del poeta Blake: «Pensar por la mañana, actuar al mediodía, comer por la tarde y dormir por la noche». Pero no lo vi nunca hacer referencia a esta cita. A medida que se acercaba la noche, aquella formidable energía de la mañana declinaba y con las sombras de la noche la fuerza gigante del viejo marino quedaba exhausta. No obstante, juzgado desde el único punto de vista del vigor físico e intelectual, era un esfuerzo magnífico, que a mí, testigo inmediato de su obra, me llenaba de admiración y, añadiré, de confianza.

Yo modifiqué mis costumbres en algo para acomodarme al régimen del primer lord naval. Dormía, corrientemente, una hora más por la mañana; me llamaban a las ocho en vez de las siete, y, si era posible, echaba una siesta de una hora después de almorzar. Esto me permitía trabajar continuamente hasta la una o las dos de la noche sin sentirme fatigado. De este modo constituíamos un equipo de vigilancia continua, día y noche; en realidad, éramos según expresión de Fisher, «casi un reloj de cuerda perpetua». Los telegramas llegaban al Almirantazgo a todas horas, de día y de noche, y no pasaba una hora sin que tuvieran respuesta por uno de nosotros en caso necesario.

Este acuerdo era también conveniente desde el punto de vista de los asuntos. El primer lord despachaba todo lo que era de su incumbencia antes de irse a dormir y, tres horas más tarde, el primer lord naval se dedicaba a todos los asuntos; cuando yo me despertaba a las ocho recibía todo el trabajo que él había preparado. Nunca se había visto antes latir el pulso del Almirantazgo de un modo tan fuerte y regular.

Convinimos mutuamente que ninguno de nosotros emprendería una acción importante sin consultárselo al otro, a menos de haber quedado previamente de acuerdo. Cumplimos escrupulosamente este convenio; así llegamos a formar, por primera vez, una autoridad central de inspección sobre todo el curso de guerra naval, y estábamos en posición de hacer prevalecer nuestra voluntad en todas las flotas y en todas las ramas de la administración naval, así como de enfrentarnos con todas las interferencias exteriores. Yo estaba acostumbrado desde hacía ya mucho tiempo a escribir todas mis notas con tinta encarnada;

Fisher empleaba corrientemente un lápiz verde. Cito sus palabras: «Eran las luces de babor y estribor». En tanto estas brillaran juntas, todo iría bien. Habíamos montado una combinación, que en tanto subsistiera, no podía ser vencida ni por intrigas interiores ni por el enemigo en el mar.

XV

Coronel y las islas Falkland (Malvinas)

Octubre, noviembre y diciembre de 1914

Como ya se ha mencionado, el almirante Von Spee, comandante en jefe alemán en el Extremo Oriente, zarpó de Tsingtau (Kiauchow), en la última semana de julio, con el Scharnhorst y el Gneisenau, y el día 5 de agosto, inmediatamente después de la declaración inglesa de guerra, estos dos potentes barcos fueron localizados cerca de las islas Salomón. Después se supo que estaban por Nueva Guinea hacia el 7 de agosto, y carboneando en las islas Carolinas el día 9. Después desaparecieron en el inmenso Pacífico con sus innumerables islas, y nadie podía decir dónde aparecerían de nuevo. Como los días se iban sucediendo, nuestra inquietud por su causa aumentaba. Tomando las islas Carolinas como centro, podíamos trazar cada día círculos más extensos, que comprendían más puntos donde era factible su entrada en acción repentina. Estos círculos eran distintos según se atribuyera a los barcos alemanes su marcha o velocidad económica, su velocidad máxima o sus tres cuartas partes; y estas velocidades probables de navegación estaban en función del objetivo real que en cada caso pudiera atraerlos.

Hemos visto, también, cómo aquel misterio que les rodeaba influía sobre los movimientos de los convoyes de Nueva Zelanda y de Australia, y las decisiones inquietas que nos fueron impuestas. Hemos visto cómo influyó la incertidumbre sobre la pequeña expedición de Nueva Zelanda a Samoa, cuán alegre fue la noticia de la llegada y toma de aquella isla y cuán pronto, providencialmente pronto, desaparecieron todos los barcos de la rada de Samoa en cuanto fueron desembarcadas las tropas y su impedimenta. Cuando por fin pasaron cinco semanas sin que los alemanes dieran señales de vida, emprendimos el estudio de la situación de conjunto. Todas las probabilidades indicaban que habían hecho rumbo al estrecho de Magallanes o a las costas occidentales de América del Sur. El convoy australiano fue provisto de una escolta de fuerza superior. No se podía encontrar ni un solo barco inglés en la rada de Samoa. Los viejos acorazados estaban ya en ruta para proteger los convoyes en el Océano Índico. No había ningún sitio donde los alemanes pudieran hacer tanto daño como en el estrecho de Magallanes. Sin embargo,

creíamos que había indicios de que los alemanes podían carbonear en la costa chilena; había también rumores de bases de aprovisionamiento enemigas en el estrecho de Magallanes, y se estaban haciendo las necesarias averiguaciones. Había la certidumbre de que continuaba el comercio alemán por todo lo largo de la costa occidental de América del Sur.

En consecuencia, el día 14 de septiembre, el Almirantazgo envió el siguiente telegrama al contraalmirante Cradock, que mandaba la base sudamericana:

Almirantazgo a contraalmirante Cradock, R. M. S. «Good Hope».

14 de septiembre

17.50

Los alemanes están reanudando su comercio en la costa occidental de América del Sur; el Scharnhorst y el Gneisenau llegarán probablemente al estrecho de Magallanes.

Concentre una escuadra suficientemente fuerte para enfrentarse con el Scharnhorst y el Gneisenau, haciendo de las islas Falkland su base de carboneo y dejando detrás una fuerza suficiente para combatir con el Dresden y el Karlsruhe.

El Defence va a reunirse con usted procedente del Mediterráneo y el Canopus está en ruta a Abrolhos. Debe retener usted como mínimo una unidad de la clase County y al Canopus con el barco almirante hasta que se haya incorporado el Defence.

Cuando tenga usted fuerzas superiores, debe explorar seguidamente el estrecho de Magallanes, manteniéndose en condiciones de retornar y cubrir la costa del Plata o, según información, buscar hacia el norte, incluso hasta Valparaíso, para destrozar los cruceros alemanes e interrumpir el comercio alemán.

Dos días más tarde se desvanecieron nuestras incertidumbres y, con ellas, nuestras inquietudes; se recibieron noticias de que el Scharnhorst y el Gneisenau habían aparecido en Samoa el 14 de septiembre. No había posibilidad de hacernos daño alguno en aquellos parajes; la rada vacía hacía burla a su fuerza. La bandera británica ondeaba en tierra y la guarnición de Nueva Zelanda era bastante fuerte para rechazar a cualquier desembarco. Los alemanes, una vez enterados de la suerte de su colonia, zarparon después de disparar unos cuantos cañonazos a los edificios gubernamentales.

Una semana más tarde, el día 22, estaban en Papeete. Llevaron a cabo un bombardeo que destruyó media ciudad y hundió el pequeño cañonero francés Zélé, que estaba en el puerto. Se marcharon aquella misma mañana con rumbo

al norte. No supimos nada más de ellos hasta el día 30, después se hizo de nuevo el silencio en el Pacífico.

Podíamos empezar a trazar círculos como al principio; de todos modos no necesitamos preocuparnos, durante varias semanas, de estos barcos. En consecuencia, el Almirantazgo telegrafió al almirante Cradock, el día 16 de septiembre, comunicándole la nueva situación y que no necesitaba concentrar sus cruceros, pero que debía proceder inmediatamente a atacar el comercio alemán en el estrecho de Magallanes y en la costa chilena.

No sucedió nada más durante una quincena. El día 4 de octubre, una señal de la T. S. H. del Scharnhorst fue captada por una estación de Suva y también en Wellington, Nueva Zelanda. A partir de aquí, parecía ser que los dos barcos estaban en ruta entre las islas Marquesas y la isla de Pascua. Evidentemente, entraban en sus cálculos las costas de América del Sur. Pasamos nuestra información al almirante Cradock con el telegrama siguiente:

Almirantazgo al contraalmirante Cradock

5 de octubre de 1914

De la información recibida parece ser que el Gneisenau y el Scharnhorst están en dirección a América del Sur; podría ser que el Dresden hiciera la exploración para ellos. Debe estar usted preparado para hacerles frente con la escuadra reunida. El Canopus debe acompañar al Glasgow, Monmouth y Otranto, y deben explorar y proteger simultáneamente al comercio.

El día 8 contestó (recibido el 12), lo siguiente:

Sin alarmaros, sugiero respetuosamente que, en el caso de presentarse los cruceros pesados alemanes y otros en la costa occidental de América del Sur, se sitúe una fuerza naval británica en cada costa y suficientemente fuerte para obligarlos a combatir.

Por otra parte, si las fuerzas británicas concentradas enviadas de la costa sudoriental fueran evitadas por el enemigo, lo que no es imposible, [¿y?] por consiguiente [¿quedáramos?] detrás del enemigo, este podría destruir las bases de Falkland, de las islas de la Banca y de Abrolhos con muy pocos efectivos que se les opusieran y, con barcos ingleses incapaces de seguirlos a falta de carbón, el enemigo podría alcanzar las Indias Occidentales.

En el mismo día (recibido el 11), informó de las señales que indicaba la presencia del Dresden en aguas de América del Sur:

Se ha recibido la siguiente información acerca del Scharnhorst y del Gneisenau. El Good Hope, visitando la bahía de Orange el día 7 de octubre, ha encontrado pruebas de que el Dresden había estado por allí el día 11 de septiembre, y hay indicios de que al Scharnhorst y al Gneisenau se les unen el

Nürnberg, el Dresden y el Leipzig. Tengo la intención de concentrarme en las islas Falkland y evitar la división de fuerzas. He ordenado al Canopus que vaya allá, y al Monmouth, al Glasgow y al Otranto que no vayan más al norte de Valparaíso hasta que no hayan sido localizados de nuevo los cruceros alemanes...

Haciendo referencia al telegrama núm. 74 del Almirantazgo: ¿el Defence debe reunirse conmigo?

Este telegrama tenía mucha importancia; denotaba la posibilidad de una concentración de fuerzas enemigas con la intención de combatir; en estas circunstancias era evidente que nosotros teníamos también que concentrarnos. Examiné, entonces, el telegrama del día 5 de octubre expedido por el Estado Mayor y creí que no era suficientemente claro en su punto vital, es decir, la concentración para el combate. A fin de que no hubiese malas interpretaciones, escribí al dorso del telegrama del almirante Cradock, recibido el día 11 de octubre, lo siguiente:

Primer lord naval

En estas circunstancias sería mejor que los barcos británicos se mantuvieran a distancias de apoyo mutuo, bien en el Estrecho o bien en las Falkland, y aplazar el crucero a lo largo de la costa occidental hasta que cese la actual incertidumbre sobre el Scharnhorst y Gneisenau.

Estos barcos son nuestra preocupación actual y no el comercio enemigo. Por encima de todo, no debemos dejarlos escapar.

W. S. C.

El primer lord naval añadió esa noche la palabra «Resuelto».

El día 14 de octubre, discutí con el primer lord naval el conjunto de la situación en curso, y de acuerdo con mi costumbre habitual le envíe, minutos después de terminada nuestra entrevista, una nota sobre lo que yo había entendido que habíamos acordado.

Primer lord naval

De nuestra conversación he deducido que las medidas que usted propone para el Pacífico y Atlántico del Sur son las siguientes:

1) Concentración de Cradock en las Falklands, con el Canopus, el Monmouth, el Good Hope y el Otranto.

2) Enviar al Glasgow en busca del Leipzig para que lo ataque, y proteger el comercio en la costa occidental de América del Sur, como máximo hasta la altura de Valparaíso.

3) El Defence debe reunirse al Carnarvon, para formar una división de

combate en la gran ruta comercial de Río.

4) El Albion debe ser el barco insignia del comandante en jefe del Cabo, para la protección de la expedición de la bahía Luderitz.

Estas disposiciones tienen mi aprobación.

Diríjase usted al jefe del Estado Mayor para preparar un informe que complemente estas disposiciones junto con la fecha en que el Scharnhorst y el Gneisenau podrían llegar a sus esferas respectivas.

Supongo que el almirante Cradock conoce perfectamente la posibilidad de que el Scharnhorst y el Gneisenau puedan llegar el 17, o más tarde, a sus inmediaciones; y que si no es bastante fuerte para atacarles, hará todo lo posible para fijarlos en tanto llegan refuerzos.

Se envió el siguiente telegrama al almirante Cradock:

Almirantazgo al contraalmirante Cradock

14 de octubre de 1914

Proceda a la concentración de Canopus, Good Hope, Glasgow, Monmouth y Otranto, para una operación combinada.

Hemos dado la orden a Stoddart, en el Carnarvon, como oficial de mayor graduación, de que vaya a Montevideo, al norte de dicha plaza.

Se ha ordenado al Defence que se reúna al Carnarvon.

Tendrá también a sus órdenes al Cornwall, el Bristol, el Orama y el Macedonia.

El Essex debe permanecer en las Indias Occidentales.

El día 18, el almirante Cradock telegrafió:

Creo probable que el Karlsruhe se haya dirigido hacia el oeste y que se reúna con los otros cinco barcos. Confío en que podré forzar al enemigo a combatir, pero temo que, estratégicamente, no pueda alcanzar una velocidad mayor de 12 nudos, debido al Canopus.

Está claro que hasta esta fecha el almirante tenía la intención de estar concentrado con el Canopus, aun cuando la velocidad de su escuadra quedara reducida a 12 nudos. Oficialmente, el Canopus podía navegar a 16 o 17 nudos, pero, en realidad, su velocidad de operaciones no era mayor de 15,5 nudos.

Examinemos la situación que estaba en curso. El Scharnhorst y el Gneisenau estaban acercándose a la costa occidental de América del Sur; en su ruta podía ser que recogieran a los cruceros ligeros Leipzig, Dresden y Nürnberg. La escuadra resultante estaría compuesta de barcos rápidos y

modernos. Los dos grandes cruceros eran barcos potentes; llevaban cada uno ocho cañones de 21 centímetros apareados en el puente mayor; seis de estas piezas de artillería podían tirar a los dos costados del barco. Los dos barcos, que estaban siempre en servicio en el extranjero, estaban tripulados por lo mejor de la marinería alemana; recientemente se habían distinguido en la marina alemana entre los barcos que mejor tiraban con su artillería. Contra estos dos barcos y sus cruceros ligeros, el almirante Cradock disponía del Good Hope y del Monmouth. El Good Hope era un barco viejo de la tercera flota con un cañón de 23,4 centímetros en cada extremo y dieciséis cañones de 15,2 centímetros en medio del barco; tenía una velocidad excepcional, 23 nudos, para un barco de su época; su tripulación se componía, en su mayoría, de reservistas, y aunque sus artilleros eran buenos no se podían comparar en eficiencia con los equipos artilleros a bordo de otros barcos alemanes y británicos. El Monmouth era una unidad de la clase County, contra la que despotricaba Fisher; un barco con buena velocidad y pequeño blindaje y que no llevaba más de catorce cañones de 15,2 centímetros, de los que nueve solo podían disparar por una banda a la vez. Estos dos cruceros tenían pocas posibilidades frente al Scharnhorst y el Gneisenau. El entusiasmo y el valor no podían compensar aquella diferencia de fuerzas, sin hacer mención de la artillería. En caso de un combate, únicamente la suerte podía evitar su destrucción. Por esto, en cuanto el Almirantazgo empezó a admitir la posibilidad de la llegada del Scharnhorst y del Gneisenau a América del Sur, se envió un acorazado de refuerzo al almirante Cradock. Nuestra primera intención había sido enviar el Indomitable, desde los Dardanelos, y ya había llegado a Gibraltar en su ruta a América del Sur cuando la tensión creciente con Turquía le obligó a regresar a su posición anterior. Como no creíamos estar en condiciones de ahorrar ni un crucero de batalla de la Gran Flota en aquellos momentos, no pudimos hacer otra cosa que enviar un acorazado viejo; y, a fines de septiembre, el Canopus estaba ya navegando desde Abrolhos a través del Atlántico del Sur.

La escuadra del almirante Cradock estaba a salvo con el Canopus. El Scharnhorst y el Gneisenau nunca se aventurarían a ponerse al alcance de sus cuatro cañones de 30,5 centímetros; el hacerlo suponía para ellos un serio perjuicio sin perspectiva alguna de éxito. El viejo acorazado, con su gran blindaje y su artillería, era realmente una ciudadela a cuyo alrededor podían encontrarse completamente seguros todos nuestros cruceros. Esta fue la razón por la que el Almirantazgo, el día 14 de septiembre, telegrafió: «Retenga, como mínimo, con usted al Canopus y una unidad de la clase County con el barco insignia»; y, de nuevo, el día 5 de octubre: «El Canopus debe acompañar al Glasgow, al Monmouth y al Otranto». Por esto me alegré cuando leí el telegrama del almirante Cradock: «He ordenado al Canopus que vaya a las islas Falkland, donde pienso concentrarme y evitar divisiones de fuerzas». En

el dorso del mismo anoté: «En estas circunstancias, sería mejor que los barcos británicos se mantuvieran a distancias de apoyo mutuo, bien en el Estrecho o cerca de las Falklands»; y, por esta misma razón, el Almirantazgo telegrafió, el día 14 de octubre: «Proceda a la concentración del Good Hope, el Canopus, el Monmouth, el Glasgow y el Otranto para una operación combinada».

Era cierto que la velocidad del Canopus era, de hecho, solo de 15,5 nudos y que, en tanto nuestros cruceros fueran con él, no había esperanza de cazar a los alemanes. Todo lo que el Canopus podía hacer era impedir que los alemanes nos atacaran y nos derrotaran. Pero este no fue el final de la historia, sino solo su principio. Cuando los alemanes llegaran a América del Sur, después de su largo viaje a través del Pacífico, tendrían que carbonear y aprovisionarse; estaban obligados a intentar encontrar algún sitio donde reunirse con sus barcos carboneros y donde poder rehacerse y avituallarse. En el momento en que fueran localizados, bien por uno de nuestros cruceros o bien desde tierra, la incertidumbre de sus andanzas habría llegado a su fin. Nosotros procederíamos inmediatamente a concentrar nuestras fuerzas sobre ellos desde muchos sectores. El acorazado japonés Hizen y el crucero Idzumo, con el crucero ligero británico Newcastle, estaban en ruta hacia el sur a través del Pacífico norte y hacia las costas de América del Sur. Tampoco eran capaces de alcanzar al Scharnhorst y al Gneisenau, pero eran demasiado fuertes para ser atacados por ellos. En la costa oriental de América del Sur estaba la escuadra del contraalmirante Stoddart, con el poderoso crucero acorazado Defence y dos cruceros más de la clase County, el Carnarvon (cañones de 19 cm) y el Cornwall; el crucero ligero Bristol, y los mercantes armados Macedonia y Orama. Todos estos barcos podían concentrarse, en virtud de una simple orden, contra la escuadra alemana en el momento que supiéramos dónde se encontraba; y, entretanto, mientras el almirante Cradock se mantuviera dentro de la distancia de apoyo del Canopus, podría recorrer la costa chilena vigilando a los alemanes y regresando siempre a su acorazado si estos intentaban atacarlo. El Good Hope y el Monmouth, navegando juntos, eran ligeramente inferiores en potencia y velocidad al Scharnhorst y al Gneisenau, que llevaban largo tiempo en alta mar. El almirante Cradock pudo haberse quedado vigilándoles, acosándoles e incitándoles para atraerlos al radio de acción del Canopus. Además, el Glasgow era un crucero ligero muy superior en velocidad a las dos naves alemanas en cuestión, y superior tanto en potencia como en velocidad a las otras fuerzas alemanas de la zona.

No puedo, por consiguiente, permitir que el Almirantazgo cargue ninguna parte de culpa de lo que ocurrió. La primera norma de la guerra es concentrar una fuerza superior para una acción decisiva y evitar división de fuerzas o su empeño parcial en acciones. El almirante demostraba con sus telegramas que él lo apreciaba así también; las órdenes expedidas por el Almirantazgo aprobaban explícitamente su aserción a estos principios elementales. En

consecuencia, no sentíamos ansiedad alguna sobre la seguridad de la escuadra del almirante Cradock. Una situación más crítica e importante podría presentarse si el almirante, en crucero a lo largo de la costa occidental de América del Sur con sus fuerzas concentradas, no veía a los alemanes, y estos, pasando por el sur de él, atravesaban el estrecho de Magallanes o doblaban el cabo de Hornos, y se aprovisionaban en alguna bahía secreta para caer después sobre la gran ruta comercial que partía de Río. Aquí encontraría al almirante Stoddart, cuya escuadra concentrada, aun cuando algo más ligera y fuerte que los alemanes, no tenía mucho margen de superioridad en ambos aspectos. Por esta razón, censuré, en mi nota del día 12 de octubre, al almirante Cradock por su movimiento ascendente a lo largo de la costa occidental. Hubiera preferido verlo estacionado cerca del estrecho de Magallanes, donde podía, o bien cerrar el paso al Scharnhorst y al Gneisenau, o bien maniobrar para reunir sus fuerzas con el almirante Stoddart. De todos modos, quedé satisfecho con las decisiones contenidas en el telegrama del Almirantazgo del día 14 de octubre y esperé acontecimientos.

De pronto, el 27 de octubre, llegó un telegrama del almirante Cradock, que me dejó perplejo:

Contraalmirante Cradock al Almirantazgo

26 de octubre de 1914

19.00

Desde el Good Hope

Recibido telegrama del Almirantazgo del 7 de octubre. Haciendo referencia a las órdenes para buscar al enemigo y a nuestro gran deseo para un pronto éxito, creo que debido a la escasa velocidad del Canopus, es imposible encontrar y batir a la escuadra enemiga.

Por consiguiente, he ordenado al Defence que se reúna a mí después de pedir la orden a Montevideo.

Emplearé al Canopus para defender los convoyes de los carboneros.

Entonces estábamos en los momentos angustiosos del cambio de primer lord naval y yo estaba gravemente preocupado con las circunstancias que rodeaba al nombramiento de lord Fisher y la oposición que levantaría. Si no hubiera sido por eso, estoy seguro de que hubiera reaccionado mucho más violentamente contra la frase ominosa «emplearé el Canopus en la misión necesaria de convoyar los carboneros». Pero en fin, transmití al secretario naval (almirante Oliver), la nota siguiente:

Este telegrama es muy oscuro y no comprendo qué es lo que intenta y quiere el almirante Cradock.

Me tranquilicé con su respuesta del 29 de octubre:

La situación en la costa occidental parece asegurada. Si el Gneisenau y el Scharnhorst han ido hacia el norte encontrarán eventualmente al Idzumo, al Newcastle y al Hizen, que van hacia el sur, y serán empujados sobre el Glasgow y el Monmouth, que tienen buena velocidad y pueden mantener contacto y empujarlos más al sur sobre el Good Hope y el Canopus, que se deben mantener a distancia de apoyo mutuo.

Aquel asomo de temor de que quizá el almirante iba a salir y a combatir sin el Canopus, cosa que yo consideraba tan improbable que no lo estampé en el papel, había empezado a apaciguarse. Por supuesto, le era posible al almirante maniobrar 40 o 50 millas por delante del Canopus, y aun más cerca, antes de combatir. El envío del Defence al almirante Cradock había dejado al almirante Stoddart en una inferioridad irremediable. Naturalmente, al cabo de pocas horas llegó la protesta del almirante Stoddart, el día 29 de octubre. No obstante, el Estado Mayor del Almirantazgo había contestado ya al almirante Cradock, de acuerdo con nuestras decisiones, que el Defence permanecería en la costa oriental bajo el mando de Stoddart, para asegurar flotas suficientemente fuertes a ambos lados de América del Sur.

Pero ni este ni ningún otro mensaje llegó a manos del almirante Cradock; había tomado ya su propia decisión. Sin esperar al Defence, en el caso de que se lo hubiéramos podido enviar, y dejando detrás al Canopus, para proteger a los barcos carboneros, empezó a remontar la costa chilena. Pero aun cuando dejó el inexpugnable Canopus detrás, porque era muy lento, tomó con él al mercante armado en crucero Otranto, que apenas era un poco más rápido. Estaba, pues, mal preparado tanto para navegar como para luchar.

Nos telegrafió, cuando se encontraba frente a Vallenar, a las cuatro de la tarde del día 27 de octubre (recibido el 1 de noviembre a las dieciséis horas y treinta y tres minutos):

He recibido telegrama 105. He capturado correos alemanes. Monmouth, Good Hope y Otranto carbonean en Vallenar; Glasgow patrulla por las inmediaciones de Coronel para interceptar a los barcos alemanes y se reunirá después al buque insignia. Tengo la intención de navegar secretamente hacia el norte con la escuadra, después de carbonear, y mantenerme alejado de tierra. Hasta recibir otra noticia, continúe telegraphiando a Montevideo.

Y al mediodía del 29 de octubre (recibido el 1 de noviembre a las diecinueve horas y cuarenta minutos):

Hasta ulterior aviso, el correo para contraalmirante Cradock, Good Hope, Canopus, Monmouth, Glasgow y Otranto debe ser dirigido a Valparaíso.

La inclusión del Canopus en medio de este último mensaje parecía indicar

la intención del Almirante de operar en combinación con el Canopus, aunque no estuviera concentrado de momento. Estos fueron los últimos mensajes que recibimos de él.

El día 30 de octubre, lord Fisher ocupó el cargo de primer lord naval. Tan pronto como entró en el Almirantazgo le convoqué en la Sección de Operaciones y examinamos con él la posición, sobre el mapa, de todos los barcos de nuestra inmensa organización; estuvimos más de dos horas ocupados en ello. El punto crítico se encontraba, evidentemente, en las aguas de América del Sur. Hablando de la posición del almirante Cradock, dije: «¿No creerá usted que él intentará entablar combate sin el Canopus?». No me dio una contestación decisiva.

El 3 de noviembre, recibimos noticias de los alemanes.

Cónsul general de Valparaíso a Almirantazgo

Enviado a las 17.30 del 2 de noviembre;

recibido a las 3.10 del 3 de noviembre

El patrón de un barco mercante chileno informa que, el día 1 de noviembre, fue detenido a las 13 horas por el Nürnberg 5 millas frente al cabo Carranza, a unas 62 millas al norte de Talcahuano. Los oficiales alemanes estuvieron a bordo 45 minutos. Otros dos cruceros alemanes se encontraban a 5 y 10 millas al oeste respectivamente. El patrón cree que uno de estos era el Scharnhorst. El día 26 de octubre, a las 13 horas, el Leipzig tocó en Mas Afuera; tenía una tripulación de 456 hombres y 10 cañones. Se encontraba a unos dieciocho días de Galápagos; estaba acompañado por otro crucero de nombre desconocido; compró carne y partió aquel mismo día. El día 29 de octubre se vio un barco desconocido a 33° latitud y 74° longitud, navegando hacia Coquimbo.

He aquí, por fin, el mensaje que había esperado tanto tiempo el Estado Mayor del Almirantazgo; había sido localizada definitivamente la escuadra del almirante Von Spee en la costa occidental de América del Sur. No se había escurrido por detrás del almirante Cradock doblando el cabo de Hornos, como hubiera sido bien posible. Por el momento, el almirante Stoddart estaba completamente a salvo; con la larga península de América del Sur entre él y el Scharnhorst y el Gneisenau; no había necesidad entonces de retener al Defence, que podía reunirse a Cradock para lo que podíamos esperar que fuera una pronta batalla. Después de estudiar la nueva situación, telegrafiamos al almirante Stoddart lo siguiente:

Expedido a las 18.20 del 3 de noviembre

El Defence debe zarpar rápidamente para reunirse con el almirante

Cradock en la costa occidental de América. Acuse recibo.

Iba conformado por el almirante Sturdee y lord Fisher.

También telegrafiamos al almirante Cradock reiterando una vez más las instrucciones sobre el Canopus:

Expedido a las 18.55 del 3 de noviembre

Se ha ordenado al Defence de que se reúna a su barco insignia con toda urgencia. El Glasgow debe localizar o guardar contacto con el enemigo. Debe mantener usted contacto con el Glasgow, concentrando toda su escuadra incluso el Canopus. Es importante que haga la reunión con el Defence lo más pronto posible y en contacto con el Glasgow y con el enemigo. El enemigo le supone a usted en la bahía de Corcovado. Acuse recibo.

Pero estábamos hablando ya con el vacío.

Cuando abrí mi caja de telegramas a las siete de la mañana del día 4 de noviembre, leí el siguiente telegrama:

Macleán, Valparaíso, al Almirantazgo

Expedido a las 18.10 del 3 de noviembre de 1914

Acabo de tener noticia por el almirante chileno de que el almirante alemán da cuenta de que, a la puesta del sol del domingo, encontró, con mar gruesa y mal tiempo, al Good Hope, el Glasgow, el Monmouth y el Otranto. Empezó el combate y el Monmouth fue hundido al cabo de una hora de lucha.

El Good Hope, el Glasgow y el Otranto desaparecieron en la oscuridad.

El Good Hope estaba en llamas, se oyó una explosión y se cree que se ha hundido.

Entre los barcos alemanes empeñados en la batalla, se encontraban el Gneisenau, el Scharnhorst y el Nürnberg.

Ahora sabemos la historia de lo sucedido hasta el extremo en que pudo ser conocida; figura en toda su extensión en la historia oficial y aquí solo necesita ser resumida. El almirante Von Spee, una vez llegado a la costa chilena, habiendo cargado combustible en una isla desierta y habiendo llegado a sus oídos que el crucero ligero Glasgow estaba en Coronel, determinó intentar coparlo. Con esta intención zarpó hacia el sur el día 1 de noviembre con toda su escuadra. La buena suerte quiso que el Glasgow abandonara el puerto antes de que fuera demasiado tarde. Casi en el mismo momento, el almirante Cradock dirigió su crucero hacia el norte, en la esperanza de cazar al Leipzig, cuya T. S. H. fue captada repetidas veces por el Glasgow. Se le reunió el Glasgow a las dos horas y treinta minutos y toda la escuadra prosiguió con unas 15 millas de intervalo. A las cuatro y media, aproximadamente, se vio el

humo de varios barcos hacia el norte y un cuarto de hora más tarde el Glasgow pudo identificar al Scharnhorst, al Gneisenau y a otro crucero ligero. El Canopus estaba apartado casi 300 millas. ¿Había tiempo para rehuir el combate? Lo había indudablemente. El Good Hope y el Monmouth tenían velocidades normales de 23 y 22,4 nudos, respectivamente, y podían navegar juntos en aquel día a 21 nudos; el Glasgow podía navegar por encima de los 25. El Scharnhorst y el Gneisenau tenían velocidades nominales de 23,2 y 23,5 nudos, pero habían estado mucho tiempo sin entrar en dique. Con los datos del momento, el almirante Cradock hubiera sido muy pesimista estimando una velocidad de 22 nudos para el enemigo. El mal tiempo reducía la velocidad en ambos bandos. Si él hubiera hecho cara a la mar gruesa permitiendo al enemigo que tratara de cazarle por popa, podría haber perdido solo 1 milla por hora. Cuando fue divisado el enemigo por el Glasgow a las cuatro horas y cuarenta y cinco minutos, el barco acorazado más próximo estaba a unas 20 millas. Quedaban escasamente dos horas para que se ocultara el sol y menos de tres para que se hiciera de noche.

Pero el Otranto era una posible complicación; podía navegar solo a 18 nudos, y, en realidad, solo a 15 contra la mar gruesa. Como este barco lento y débil había sido enviado, por alguna razón desconocida, con el Glasgow, divisó al enemigo solo a 17 millas de este. Suponiendo que el almirante Von Spee pudiera navegar a 22 nudos, mejor dicho, a 19, habida cuenta del mal estado del mar, podría acercarse al Otranto a razón de 4 nudos por hora, con lo que podría haber caído este bajo el alcance de sus cañones cuando se echó la noche encima. A este ritmo reducía este barco la velocidad de la escuadra inglesa y disminuía sus probabilidades de salvarse. Esto puede que pesara en la decisión tomada por el almirante Cradock.

Por supuesto, estamos en conocimiento actualmente de que, a pesar de estar embarazado en sus movimientos por el Otranto, pudo haber evitado el combate con facilidad, si se lo hubiera propuesto. En el momento de verse los contendientes, el almirante Spee tenía presión solo para 14 nudos con lo que tenía que encender dos calderas más para llegar a la velocidad máxima. Por otro lado, sus barcos estaban dispersos. El concentrarse y ganar velocidad requería una hora y media de la breve luz de día durante la que los barcos ingleses podían haber aumentado aún su distancia. Además, durante la caza y combate de la batalla de las Falklands, la mayor velocidad desarrollada por el Scharnhorst y el Gneisenau no pasó del orden de 20 nudos con buen tiempo. Por consiguiente, no hay duda de que el almirante Cradock podía haber escapado indemne.

Pero nada más lejos de su intención; por el contrario, decidió atacar inmediatamente. Tan pronto como el Glasgow divisó al enemigo, regresó hacia el buque almirante precedido por el Monmouth y el Otranto a toda

velocidad. Pero el almirante Cradock ordenó a las cinco horas y diez minutos concentrar la escuadra, no sobre el Good Hope, buque almirante y el más alejado del enemigo, sino sobre el Glasgow que, aun retirándose rápidamente, era el que estaba más cerca. A las seis horas dieciocho minutos de aquella tarde, transmitió al distante Canopus: «Voy a atacar al enemigo». Aquella decisión de combatir selló su destino y, lo que era peor aún, el destino de su escuadra.

El diario de a bordo del Glasgow dice: «La escuadra inglesa viró a babor cuatro cuartas hacia el enemigo con el ánimo de aproximarse y forzarlo al combate antes de la puesta del sol. Esta maniobra, en caso de éxito, habría puesto al enemigo en situación desventajosa, debido a que la escuadra inglesa estaba entre el enemigo y el sol». El almirante alemán evitó fácilmente esta maniobra dirigiéndose hacia tierra y manteniéndose a una distancia mínima de 10 millas. Ambas escuadras estaban ahora navegando hacia el sur en rutas ligeramente convergentes, los ingleses hacia alta mar con el sol poniente detrás de ellos y los alemanes más cerca de tierra. En este momento empieza la acción naval más triste de toda la guerra. De todos los oficiales y hombres de ambas escuadras que se enfrentaban en aquellas aguas tormentosas, tan lejos de su patria, las nueve décimas partes estaban condenadas a morir; los ingleses aquella misma noche, los alemanes un mes más tarde. A las siete, el sol desapareció detrás del horizonte y el almirante alemán abrió fuego una vez que los rayos del sol dejaron de deslumbrarlo. Los barcos británicos se destacaban en el crepúsculo, mientras que los alemanes apenas eran visibles en el fondo oscuro de las costas chilenas. La ventaja había cambiado de mano. Había temporal en el mar y debía entorpecer a los cañones de la cubierta principal del Monmouth y del Good Hope. Las baterías alemanas, todas ellas montadas modernamente en la cubierta superior, no experimentaban tanto los inconvenientes del estado del mar. Aquella contienda desigual duró menos de una hora. Una de las primeras salvas alemanas desmontó, probablemente, el cañón de proa de 23,4 cm del Good Hope, que estuvo fuera de acción durante todo el combate. Tanto este barco como el Monmouth empezaron a arder. Vino la oscuridad y el temporal acreció hasta que el Good Hope, después de una gran explosión, quedó convertido en un ascua incandescente que se iba extinguiendo. El Monmouth, absolutamente desarmado, pero negándose a rendirse, fue destrozado por el Nürnberg y se hundió, al igual que su compañero, con su bandera de combate flotando al aire. El Otranto, un mercante sin protección, completamente incapacitado para entrar en combate, mantuvo con habilidad su distancia y desapareció en la oscuridad. Solo el pequeño Glasgow, que escapó milagrosamente de un destino fatal en medio de muchas descargas enemigas, continuó el combate hasta que quedó solo en las tinieblas de aquella noche de tormenta. No hubo supervivientes de los dos barcos ingleses; todos murieron, desde el almirante hasta el último marinero.

Los alemanes no tuvieron pérdidas en vidas.

Copio el informe ulterior del Glasgow:

Durante toda la acción, la conducta de oficiales y marineros fue absolutamente admirable, reinó una perfecta disciplina y sangre fría en aquellas circunstancias de prueba al recibir una gran cantidad de fuego enemigo sin posibilidad de devolver la correspondiente réplica. Los hombres se comportaron exactamente como en unos ejercicios de tiempo de paz; no hubo indicios de un tiro de artillería mal dirigido y, cuando el objetivo era invisible, los artilleros dejaban de disparar por propia iniciativa. El espíritu de los oficiales y de los equipos del Glasgow no se abatió en absoluto con aquel serio revés en que participaran y el deseo unánime de todos nosotros es que el barco pueda ser rápidamente reparado y dejado en condiciones para que pueda tomar parte en otras operaciones contra el mismo enemigo.

Tal como sucedieron las cosas, esto no les fue denegado.

Teníamos que hacer frente a la nueva situación; nuestras combinaciones, en su estado actual, estaban completamente desorganizadas y el almirante Von Spee, que dominaba temporalmente las aguas de América del Sur, tenía ante sí muchas alternativas a elegir. Podía regresar al Pacífico y repetir la misteriosa táctica que tantas preocupaciones nos había dado o podía navegar hacia el norte a lo largo de la costa occidental de América del Sur y alcanzar el canal de Panamá. En este caso, sería arrastrado al combate por la escuadra anglojaponesa que iba hacia el sur; pero, por supuesto, podía también no encontrar a esta escuadra, o, si la encontraba, podía evitar la lucha en virtud de su velocidad superior. También, podía doblar el cabo y presentarse en la costa oriental americana e interrumpir la gran ruta comercial. Si hacía esto, tenía que estar preparado para combatir con el almirante Stoddart; lo cual suponía un combate muy igualado y azaroso. El almirante Stoddart disponía de tres barcos protegidos contra los dos barcos alemanes, de los cuales, el Defence, un barco mejor y más moderno que los dos alemanes, montaba nueve cañones de 23,4 cm y diez de 19 cm y era uno de los más potentes de nuestros cruceros acorazados. Por último, podía cruzar el Atlántico, haciendo de paso una incursión sobre las islas Falkland y llegar inesperadamente a la costa sudafricana; aquí encontraría en pleno apogeo la expedición del Gobierno de la Unión contra la colonia alemana y su llegada sería recibida incómodamente. Los generales Botha y Smuts, después de dominar la rebelión, estaban a punto de emprender en un ambiente difícil su ataque sobre el África sudoriental alemana; pronto habría una gran corriente de transportes con la expedición, y suministros desde la ciudad de El Cabo a la bahía Luderitz. En consecuencia, o como alternativa a esta intención, el almirante Von Spee podía remontar la costa africana y atacar toda la navegación de la expedición al Camerún que estaba absolutamente sin medios de defensa.

Teníamos que enfrentarnos con todas estas desagradables posibilidades, teníamos que prepararnos en muchos puntos contra un ataque por sorpresa y, por grandes que fueran nuestros recursos, estos estaban sometidos a una gran tensión. Lo primero era restablecer la situación en las aguas de América del Sur, en lo que se invertiría, seguramente, un mes. En este gran apuro, mi pensamiento se orientó inmediatamente a restar un crucero de batalla de la Gran Flota, el cual, junto con el Defence, el Carnarvon, el Cornwall y el Kent, darían una gran superioridad al almirante Stoddart.

4 de noviembre de 1914

Director de la Sección de Operaciones:

1. ¿Cuál es la distancia y cuánto tiempo les es necesario al Dartmouth y al Weymouth para alcanzar Punta Arenas, Río o Abrolhos, respectivamente, si salieran esta tarde con toda urgencia?

2. ¿Cuánto tiempo sería necesario para que:

a) el KENT llegue a Río y a Abrolhos?

b) el Australia 1) sin y 2) con el Montcalm, llegue a las Galápagos, vía islas Makada, y, también, para que el Idzumo y el Newcastle se incorporen a dicho lugar?

c) la escuadra japonesa reemplace al Australia en las islas Fiyi?

d) el Defence, el CARNARVON y el CORNWALL lleguen respectivamente a Punta Arenas?

e) el INVINCIBLE llegue a Abrolhos, Río, Punta Arenas?

f) el Hizen y el Asama lleguen a las Galápagos o Esquimalt?

W. S. C.

Pero me encontré a lord Fisher muy animado; quería tomar dos cruceros de batalla de la Gran Flota y enviarlos a América del Sur. Además, quería enviar un tercero, el Princess Royal, a Halifax y después a las Indias Occidentales para el caso de que Von Spee atravesara el canal de Panamá, lo cual era muy discutible. No hubo nunca duda sobre lo que tenía que ser enviado. La cuestión era saber lo que se podía ahorrar. Examinamos ansiosamente nuestras fuerzas en las aguas metropolitanas, teniendo en cuenta que el Tiger estaba a punto de incorporarse a la primera división de cruceros de batalla y que los nuevos acorazados Benbow, Emperor of India y Queen Elizabeth estaban ya prácticamente listos. Expedimos al comandante en jefe la orden siguiente:

4 noviembre de 1914

12.40

Ordene al Invencible y al Inflexible que carboneen inmediatamente al completo y salgan con toda urgencia hacia Berehaven; se necesitan urgentemente para un servicio en el exterior. El almirante y capitán almirante del Invencible deben pasar al New Zealand, y el capitán del New Zealand al Invencible. Se ha dado la orden al Tiger de incorporarse a usted con toda urgencia; dele usted las órdenes necesarias.

Sir John Jellicoe estuvo a la altura de las circunstancias y se desprendió de sus cruceros de batalla sin decir una palabra. A estos se les dio la orden de navegar por la costa occidental hacia Devonport para aprovisionarse para su viaje hacia el sur. Nuestros planes para el segundo encuentro con Von Spee fueron concebidos del siguiente modo:

1) Si cruzaba el Pacífico, tendría que enfrentarse con la primera escuadra japonesa, que era muy superior y tenía su base en Suva, para cubrir a Australia y Nueva Zelanda. Se componía de los siguientes barcos: Kurama (acorazado), Tsukuba e Ikoma (cruceros de batalla), Chikuma y Yahagi (cruceros ligeros). En Suva se encontraban también el Montcalm y el Encounter. Otra fuerte escuadra japonesa (cuatro barcos), tenía su base en las islas Carolinas.

2) En el caso de que remontara la costa occidental de América del Sur, se iba a formar una escuadra anglojaponesa frente a la costa de América del Norte para salirle al encuentro. Estaría formada por el Australia (procedente de Fiyi), el Hizen, el Idzumo y el Newcastle.

3) Si daba la vuelta hacia la costa oriental, el Defence, el Carnarvon, el Cornwall y el Kent tenían la orden de concentrarse frente a Montevideo, junto con el Canopus, el Glasgow y el Bristol, y no buscar el combate hasta que llegaran el Invencible y el Inflexible. Después de su llegada el Defence se dirigiría a África del Sur.

4) Si se aproximaba a la base de El Cabo, sería esperado por el Defence y también por el Minotaur (relevado del convoy australiano después de saber que Von Spee había llegado a las aguas de América del Sur), junto con el viejo acorazado Albion y los cruceros ligeros Weymouth, Dartmouth, Astræa y Hyacinth; la expedición de la Unión quedó aplazada catorce días.

5) Si pasaba por el canal de Panamá, se encontraría con el Princess Royal, así como con el Berwick y el Lancaster, de la escuadra de las Indias Occidentales, y con el francés Condé.

6) En Camerún, se les advirtió que estuvieran dispuestos a remontar sus embarcaciones por el río fuera de su alcance.

7) Si tratara de volver a Alemania a través del sur del Atlántico, entraría en el área de una nueva escuadra al mando del almirante De Robeck, que tenía que formarse en las proximidades de las islas de Cabo Verde y que

comprendía el viejo acorazado Vengeance, los cruceros fuertemente protegidos Warrior y Black Prince, así como el Donegal, el Highflyer y, más tarde, el Cumberland.

Así, para obtener la destrucción de cinco barcos de guerra, de los cuales solo dos estaban acorazados, era necesario emplear cerca de treinta, incluyendo veintiún barcos acorazados de una excelente construcción metálica, y sin tener en cuenta las potentes escuadras japonesas, ni los barcos franceses, ni los mercantes armados en corso que se utilizaban en los servicios de exploración.

Telegrafié al Almirantazgo japonés anunciando nuestra nueva concentración en el sur del Atlántico contra la escuadra alemana y proponiendo la concentración frente a la costa norteamericana del Newcastle, el Idzumo, el Hizen y el Australia, a los que más tarde se incorporaría el Asama, después de que este hubiera internado o destruido al Geier. Propuse que fuera una escuadra japonesa a Fiyi a reemplazar al Australia, para proteger a Australia y Nueva Zelanda en el caso de que volvieran los alemanes. Contra el Emden, propuse que las escuadras japonesas que no estuvieran empeñadas en el movimiento hacia el este, debían desplazarse hacia occidente a las proximidades de Sumatra y de las Indias Orientales holandesas, para bloquear toda salida y hacer imposible el refugio más allá del meridiano 90° longitud este. La respuesta del Almirantazgo japonés se mostraba conforme en todo.

Entretanto había sido necesario proveer, en lo posible, seguridad a los barcos supervivientes de la escuadra del almirante Cradock y desplazar los barcos de refuerzo. El Canopus, el Glasgow y el Otranto recibieron orden de unirse al Defence en Montevideo; se ordenó al almirante Stoddart que reuniera bajo su mando al Carnarvon y al Cornwall. Por su parte, el Kent recibió instrucciones para salir de Sierra Leona, vía Abrolhos, para reunirse con la escuadra del almirante Stoddart. El gobernador de las islas Falkland recibió aviso para que estuviera preparado contra una probable incursión de los alemanes. Cuando supimos que la continua navegación forzada del Canopus había ocasionado desperfectos en sus calderas, se le dio la orden de ir a las Falkland. Allí recibió instrucciones de encontrar un buen fondeadero en Stanley Harbour para que sus cañones defendieran la entrada, preparándose él mismo contra el bombardeo y esperando órdenes.

El esfuerzo requerido de los recursos navales británicos en los mares exteriores, aparte del teatro principal de operaciones navales, estaba en su punto máximo en aquellos momentos, lo que se podrá apreciar fácilmente en los siguientes datos numéricos:

Operaciones combinadas contra Von Spee, 30 barcos.

En busca del Emden y del Königsberg, 8 barcos.

Protección general del comercio por otros barcos distintos, 40 barcos.

Servicios de convoy en el océano Índico, 8 barcos.

Bloqueo de la flota germanoturca en los Dardanelos, 3 barcos.

Defensa de Egipto, 2 barcos.

Misiones secundarias, 11 barcos.

Total, 102 barcos de todas las clases.

No era posible, literalmente, echar mano de ningún barco de cualquier clase que pudiera cumplir útilmente una misión. Pero pronto íbamos a sentir alivio.

El día 30 de octubre, recibimos ya noticias de que el Königsberg había sido encontrado en Rufigi River en el África Oriental alemana; instantáneamente fue fijado por dos barcos de igual potencia a la suya, quedando libres todos los demás. El día 9 de noviembre, llegaron noticias aun más agradables. El lector recordará los fines para los que el Sydney y el Melbourne habían sido agregados al gran convoy australiano que estaba cruzando en aquellos momentos el Océano Índico. El día 8 de noviembre, el Sydney, que iba a la cabeza del convoy, interceptó un mensaje de radio de la isla Cocos, diciendo que un barco extraño penetraba en la bahía. Después se calló aquella estación. En consecuencia, el gran crucero Ibuki aumentó su velocidad, desplegó la bandera de guerra de Japón y pidió permiso al comandante inglés que mandaba el convoy para perseguir y atacar al enemigo. Pero el convoy no podía dispensarse de su fuerte protección y la deseada misión fue confiada al Sydney. A las nueve, divisó al Emden y empezó el primer combate naval de la historia de Australia, no podía tener más que un resultado. En unos cien minutos, el Emden fue arrojado a la costa en forma de una masa de metales retorcidos en llamas y quedó absolutamente libre el Océano Índico.

Teniendo en cuenta que todo el daño que aquel barco nos había causado fue hecho sin violar el espíritu humano de las leyes de guerra, tal como nosotros lo concebíamos, enviamos el siguiente telegrama:

Almirantazgo al comandante en jefe, China

11 de noviembre de 1914

Parece ser que el capitán, oficiales y tripulación del Emden tienen derecho a todos los honores de la guerra. A menos que conozca usted alguna razón en sentido contrario, el capitán y los oficiales deben ser autorizados a conservar sus espadas.

Sin embargo, esta cortesía militar fue contestada con la grosería.

La limpieza hecha en el océano Índico dejó libres a todos los barcos

dedicados a la caza del Emden y del Königsberg. El convoy australiano no podía sufrir ya daño alguno; la mayoría de su escolta se dispersó; fueron apuntados en nuestra cuenta el Emden y el Königsberg; Von Spee estaba en el otro lado del globo. El Minotaur recibió orden de dirigirse a toda velocidad a El Cabo. Todos los demás barcos entraron en el Mediterráneo pasando por el mar Rojo; su presencia en aquel mar fue muy bien acogida en vista de las noticias de una inminente invasión turca de Egipto.

Mientras tanto, el Invencible y el Inflexible habían llegado a Devonport. Habíamos decidido que el almirante Sturdee, al dejar su puesto de jefe del Estado Mayor, debía izar su insignia en el Invencible, tomando el mando de la base sudamericana y asumiendo la dirección general de todas las operaciones contra Von Spee. Estábamos impacientes por la salida de él y de sus barcos de los astilleros. Pero cuando un barco entra en un arsenal empiezan a surgir centenares de reparaciones necesarias.

El día 9 de noviembre, estando lord Fisher en mi despacho, me pusieron encima de la mesa el siguiente mensaje:

El almirante intendente mayor de Devonport manifiesta que la, fecha más adelantada para acabar los trabajos en el Invencible y en el Inflexible es la medianoche del día 13 de noviembre.

Manifesté inmediatamente mi disgusto por las demoras del astillero y pregunté: «¿Le meto mano?», o cosa parecida. Fisher tomó el telegrama, tan pronto como lo vio exclamó: «Viernes, día trece. ¡Vaya día que ha ido a escoger!». Inmediatamente escribí y firmé la siguiente orden que fue la causa directa de la batalla de las Falklands:

Almirantazgo a comandante en jefe, Devonport

Los barcos zarparán el miércoles 11. Se necesitan para servicio de guerra y el arsenal debe tomar las medidas oportunas. En caso necesario, se embarcarán los obreros, que regresarán cuando haya oportunidad para ello. Es usted responsable del pronto despacho de estos barcos en perfectas condiciones de servicio. Acuse recibo.

W. S. C.

Los barcos partieron, como estaba previsto, en la fecha acordada. El día 26 de noviembre, carbonearon en Abrolhos, donde se reunieron con la escuadra del almirante Stoddart (Carnarvon, Cornwall, Kent, Glasgow, Bristol y Drama) y la absorbieron. Mandaron el Defence a El Cabo; sin ser vistos desde tierra y sin emplear la T. S. H., llegaron a Port Stanley, islas Falkland, en la noche del 7 de diciembre. Aquí encontraron al Canopus en la laguna, preparado para defenderse a sí mismo y a la colonia, de acuerdo con las instrucciones del Almirantazgo. Los barcos empezaron seguidamente a

carbonear.

Después de su victoria en Coronel, el almirante Von Spee se comportó con la dignidad de un perfecto caballero. Declinó las fervientes aclamaciones de la colonia alemana en Valparaíso y en honor a los muertos no dijo palabra alguna de triunfo. No se hacía ilusiones sobre el peligro que le amenazaba. Cuando le presentaron flores dijo de ellas: «Servirán para mis funerales». En general, su conducta nos induce a suponer que si los alemanes no recogieron a los supervivientes ingleses, no fue por falta de sentimientos de humanidad, y este punto de vista ha sido aceptado por la marina británica.

Después de estar algunos días en Valparaíso, él y sus barcos se perdieron de nuevo en el horizonte. No sabemos las razones que lo indujeron a dirigirse a las islas Falkland, ni cuáles eran sus planes ulteriores en el caso de éxito. Probablemente, confiaba en destruir aquella base de aprovisionamiento indefensa y hacer menos precaria su posición en las aguas sudamericanas. De todos modos, a mediodía del 6 de diciembre, salía del estrecho de Magallanes con sus cinco barcos con rumbo al este; hacia las ocho de la mañana del día 8, su barco en cabeza (el Gneisenau) estaba a la vista del puerto principal de las Falkland; minutos más tarde, los ojos alemanes tuvieron una terrible aparición. Detrás del promontorio, visibles claramente en el aire límpido, había un par de mástiles en trípode. Con la primera ojeada bastaba; aquellos mástiles significaban la muerte. El día era magnífico y desde los mástiles se extendía la vista a 30 o 40 millas. No había esperanza alguna para la victoria; no había medio de escapar. Un mes antes, otro almirante y sus marineros habían sufrido una experiencia semejante.

A las cinco de aquella misma tarde yo estaba trabajando en mi despacho en el Almirantazgo cuando el almirante Oliver entró con el siguiente telegrama, del gobernador de las islas Falkland:

El almirante Spee llegó en la madrugada del día de hoy con todos sus barcos y se encuentra ahora empeñado en combate con toda flota del almirante Sturdee, que estaba carboneando.

Habíamos tenido ya tantas sorpresas desagradables que estas últimas palabras me hicieron estremecer hasta la médula. ¿Habríamos sido sorprendidos y, a pesar de toda nuestra superioridad, destrozados cuando los barcos estaban alineados en la rada? «¿Podrá ser que este telegrama quiera decir esto?», pregunté yo al jefe del Estado Mayor. «Espero que no», fue todo lo que me contestó. Pude observar que mi sugerencia, aun cuando yo no acababa de tomarla en serio, le había inquietado. Sin embargo, dos horas más tarde, se abrió de nuevo la puerta, y esta vez el aspecto del grave y serio Oliver mostraba una especie de risa burlona. «Todo va bien, Sir. Todos han ido al fondo». Y, con una sola excepción, así era.

Cuando fueron divisados en el horizonte lejano los barcos alemanes que iban en cabeza, la escuadra del almirante Sturdee estaba, ciertamente, carboneando. Según las informaciones recibidas, él estaba convencido de que los alemanes estaban en Valparaíso; y por ello intentaba hacerse a la mar al día siguiente con la esperanza de doblar el cabo de Hornos antes de que pudiera hacerlo el enemigo. Pasaron más de dos horas desde que se divisó el enemigo hasta que la escuadra del almirante Sturdee pudiera tener presión y zarpar. Los primeros disparos fueron hechos por los cañones de 30,5 cm del Canopus, desde su emplazamiento fijo en los bancos de fango del puerto interior. El Gneisenau continuó aproximándose hasta que vio los trípodes fatales, momento en que dio media vuelta, y, seguido por uno de sus cruceros ligeros, se dirigió a toda velocidad hacia el grueso de su escuadra. Al cabo de poco tiempo, toda la escuadra alemana estaba navegando a toda velocidad hacia el oeste. A las diez, después de la salida del Kent, el Carnarvon y el Glasgow, salió del puerto el almirante a bordo del Invencible, seguido por el Inflexible y el Cornwall; mientras, los cruceros ligeros, uno de los cuales (el Bristol) tenía sus turbinas aún abiertas, lo siguieron lo más deprisa que pudieron.

Los cinco barcos alemanes eran en estos momentos visibles, destacándose claramente en el horizonte y a unas 15 millas de distancia. Se dio la orden de persecución general, pero más tarde, como el almirante Sturdee tenía todo el día por delante, hizo regular las velocidades, manteniendo los cruceros de batalla a 20 nudos. Esta era, sin embargo, completamente suficiente para alcanzar al enemigo, quien, después de su larga estancia en el Pacífico sin entrar en dique, estaba incapacitado para sostener una velocidad de conjunto superior a los 18 nudos. Aun así, el Leipzig empezó a quedar rezagado y poco antes de la una de la tarde, el Inflexible rompió el fuego sobre él a más de 9 millas. El almirante Von Spee, teniendo que afrontar la situación de ver destrozados sus barcos uno a uno, tomó una decisión de acuerdo con las mejores tradiciones marineras. Indicó a sus cruceros ligeros que se escaparan hacia la costa americana y se volvió con el Scharnhorst y el Gneisenau para hacer frente a sus perseguidores. El combate que tuvo lugar seguidamente no tuvo novedad alguna para los británicos. El almirante alemán se esforzó repetidas veces en acortar las distancias para que pudiera entrar en funciones su potente armamento secundario de 15 cm; los ingleses se mantuvieron lo suficientemente alejados para hacer este tiro ineficaz y disparar sobre el enemigo con sus cañones de 30,5 cm. No obstante, aquella distancia trajo consigo el empleo de mucho tiempo y de muchas municiones para conseguir la destrucción de los dos cruceros alemanes. El Scharnhorst, con el almirante y todos los hombres de a bordo, se hundió a las dieciséis horas y diecisiete minutos, dando su última señal a su compañero para que se pusiera a salvo. El Gneisenau continuó luchando sin posibilidad de éxito y con una formidable entereza, hasta que a las seis de la tarde, estando completamente

desmantelado, abrió sus compuertas y desapareció con su bandera de combate izada bajo las heladas aguas. Cuando estuvieron hundidos el Scharnhorst y el Gneisenau, les quedaban al Inflexible y el Invencible solo treinta y veintidós proyectiles, respectivamente, por cada pieza de 30,5 cm.

Entre tanto, cada uno de los cruceros británicos había elegido un barco ligero alemán y organizaron una serie de persecuciones y cazas independientes. El Kent (capitán Allen) alcanzó y hundió al Nürnberg con un esfuerzo en la marcha que rebasó todos los récords anteriores, e incluso —se dice— la velocidad indicada a aquel barco. El Nürnberg se negó a rendirse y, cuando se hundía de proa, los vencedores pudieron ver un grupo de marinos en la popa levantada que saludaron hasta el último instante la bandera alemana. El Leipzig fue hundido por el Glasgow y el Cornwall. Solo consiguió escapar el Dresden; fue alcanzado y hundido tres meses más tarde en la rada de Mas a Fuera.

Así fue como terminó la guerra de cruceros alemanes en los mares exteriores. Con la excepción del Karlsruhe, del cual no se oyó hablar durante bastante tiempo, y del que sabemos ahora que se hundió a consecuencia de una explosión el día 4 de noviembre, y del Dresden, que fue hundido poco después, no quedaban barcos de guerra alemanes en ningún océano del mundo. Habían tenido que pasar cuatro meses desde el comienzo de la guerra para llegar a este resultado. Las consecuencias del mismo fueron de mucho alcance y afectaban simultáneamente a nuestra posición en todas las partes del globo; la tensión había remitido en todas partes y todas nuestras acciones, de guerra y de comercio, continuaron sin perturbación alguna en todos los mares del mundo. En menos de veinticuatro horas se cursaron órdenes a una gran cantidad de barcos ingleses para que regresaran a la metrópoli. Por primera vez nos vimos en posesión de un margen inmenso de barcos de ciertas clases, de marinos instruidos y de suministros navales de todas clases, y estábamos en situación de emplearlos en condiciones ventajosas. El público, totalmente satisfecho con el carácter de aniquilamiento de aquellas victorias, era desconocedor de la importancia de estas en el conjunto de la situación naval.

XVI

El bombardeo de Scarborough y de Hartlepool

Nuestro Servicio de Inteligencia había ganado y merecido una fama mundial. Y quizá en mayor escala que ninguna otra potencia, tuvimos acierto durante la guerra para penetrar en las intenciones del enemigo. Una y otra vez las previsiones de nuestros estados mayores, militar y naval, se confirmaron

ante la admiración de nuestros amigos y el gran disgusto de los enemigos. Los tres jefes consecutivos de la Sección de Información Naval, el capitán Thomas Jackson, el contraalmirante Oliver y, por último, el capitán Reginald Hall, fueron hombres de élite en este servicio, organizaban y extendían continuamente una organización eficaz y profunda. Había otros, trabajando en aquella brillante organización, cuyos nombres es mejor silenciarlos incluso en estos momentos. Nuestra información sobre los movimientos alemanes se obtuvo principalmente: 1) de los informes de agentes secretos en los países neutrales y enemigos, principalmente en Alemania; 2) de los informes de nuestros submarinos, que patrullaban a lo largo de la bahía de Heligoland en una vigilancia erizada de peligros, y 3) de un estudio especial que habíamos hecho de la T. S. H. alemana. En este último aspecto, estuvimos ayudados durante cierto tiempo por la suerte.

A principios de septiembre del 1914, naufragó en el Báltico el crucero ligero alemán Magdeburg. El cuerpo de un suboficial alemán que pereció en el naufragio fue recogido por los rusos unas horas más tarde, apretaba con sus brazos rígidos un bulto que contenía los libros de cifrado y de señales de la marina alemana, así como los mapas minuciosamente cuadriculados del mar del Norte y de la bahía de Heligoland. El día 6 de septiembre, vino a verme el agregado naval de la Embajada rusa; había recibido un mensaje de San Petersburgo explicándole lo ocurrido y que el Almirantazgo ruso había conseguido, con la ayuda de aquellos documentos, descifrar, en parte, algunas comunicaciones navales alemanas. Los rusos creyeron que el Almirantazgo británico, como representante de la primera potencia marítima, debía tener aquellas notas de cifra y de señales. Dijeron que si enviábamos un barco a Alexandrov, los oficiales rusos que tenían a su cargo aquellos documentos los llevarían a Inglaterra. No perdimos tiempo y enviamos el barco, y a última hora de una tarde de octubre recibimos el príncipe Luis y yo de manos de nuestros leales aliados aquellos inapreciables documentos descoloridos por el agua de mar. Pusimos en marcha una organización para el estudio de la T. S. H. alemana y para el descifrado de los mensajes interceptados. Al frente de dicha organización fue colocado sir Alfred Ewing, director del departamento de Instrucción Naval, cuyos servicios al Almirantazgo en este y otros asuntos fueron de primerísimo orden. El trabajo era de una gran complejidad, pues la cifra es en sí solo un elemento de los métodos de guardar el secreto de un mensaje. Pero durante los primeros días de noviembre, nuestros oficiales consiguieron descifrar partes inteligibles de varios mensajes navales alemanes. La mayor parte eran de trámite ordinario: «Uno de nuestros torpederos se retirará y penetrará en la cuadrícula 7 T a las veinte horas», etc. Pero el archivo escrupuloso de estos fragmentos nos dio una base de información con la que se podía deducir la cantidad de dispositivos enemigos en la bahía de Heligoland con bastante exactitud. No obstante, los alemanes cambiaron

repetidamente sus códigos y claves y solo pudimos conocerlos ocasionalmente y durante breves períodos de tiempo. A medida que la guerra seguía su curso, los alemanes se hicieron cada vez más suspicaces y adoptaron medidas para hacer fracasar nuestras investigaciones. De todos modos, en tanto subsistió esta fuente de información, fue, naturalmente, de gran valor para nosotros.

La Historia Oficial Alemana muestra que, finalmente, acabaron dándose cuenta de este asunto: «y por si hubiera aún alguna duda de que el Almirantazgo británico estaba en posesión de todo el secreto de nuestro sistema de cifrado, fue aclarado después por noticias de San Petersburgo, dignas de confianza, que después del naufragio del Magdeburg frente a Odensholm los rusos recogieron y enviaron a sus aliados los documentos secretos de aquel barco, que habían sido lanzados por la borda».

Últimamente, y en gran parte debido al espíritu previsor del almirante Oliver, habíamos empezado a colocar radiogoniómetros en el mes de agosto de 1914. De este modo llevamos a un alto grado de perfección, inigualado y casi inaccesible, nuestros métodos de fijación de las sucesivas posiciones y de la ruta de cualquier barco enemigo que utilizara su estación de radio.

«Los ingleses —dice Scheer— recibían noticias por medio de sus radiogoniómetros, que ya tenían en funcionamiento, pero que nosotros adoptamos mucho más tarde... Los ingleses, en posesión de estos aparatos, tenían una gran ventaja en el curso de la guerra, pues estaban en condiciones de obtener información exacta de la posición del enemigo tan pronto como este hacía uso de señales inalámbricas. En el caso de una gran flota, cuyas diversas unidades se encuentran muy distanciadas entre sí y cuya comunicación entre las mismas es esencial, una suspensión absoluta de enlace por radio podría ser fatal para emprender cualquier acción».

Pero entre la recogida y clasificación de informaciones y la deducción de su verdadera significación, hay frecuentemente grandes vacíos. Supongamos que se han hecho señales, que se han oído mensajes de un barco aislado, que se han visto luces en ciertos canales a ciertas horas, que los barcos de patrulla están en actividad, que los canales están balizados y las puertas de los diques abiertas; pues bien, ¿qué quiere decir todo ello? A primera vista, parece que todo es mera rutina. Y, sin embargo, estimando el conjunto, se puede llegar a revelaciones tremendas. Baste decir que todas estas indicaciones, cualquiera que fuera su origen, eran objeto de un estudio especial por sir Arthur Wilson, que tenía la seria responsabilidad de informar sobre ello a nuestro Grupo de Guerra.

El silencio en el mar del Norte subsistió hasta la tarde del martes, 14 de diciembre. Hacia las siete de aquella tarde, sir Arthur Wilson entró en mi despacho y pidió que se convocara inmediatamente una reunión con el primer

lord y el jefe del Estado Mayor. Tardé pocos minutos en reunirlos. Entonces, sir Arthur Wilson expuso que su estudio de los informes existentes sobre el enemigo indicaba la probabilidad de un movimiento enemigo inminente que podía comprender a sus cruceros de batalla y quizá, aun cuando no era de positiva evidencia, pudiera tener un carácter ofensivo contra nuestras costas. La flota de alta mar alemana, confirmó finalmente, parecía que no intervendría. Las indicaciones eran oscuras e inciertas; había lagunas en lo expuesto. Pero después de escucharle, se llegó a la conclusión de que debíamos proceder como si todas nuestras suposiciones fueran ciertas. Se decidió no movilizar toda la Gran Flota. Esta había estado mucho tiempo en alta mar debido a la poca seguridad de Scapa Flow y era deseable ahorrar, todo lo que se pudiera, fatiga y desgaste a la maquinaria y condensadores. Los peligros de accidentes, submarinos y minas que se arrostraban cada vez que aquella inmensa organización era enviada al mar, imponían cierta reserva en su empleo, excepto en los casos de evidente necesidad.

Esta decisión, a la que no hizo objeción alguna el comandante en jefe, tenía que ser más tarde lamentada a la luz de los acontecimientos ulteriores. Pero debe ser recordado que la información sobre la que fundaba su actuación el Almirantazgo no había sido nunca comprobada, que parecía ser de un carácter altamente especulativo y que, cualquiera que fuese su valor, excluía la presencia en el mar de la flota de alta mar alemana. En consecuencia, se cursaron inmediatamente las órdenes a los cruceros de batalla y a la segunda escuadra, así como a una división de cruceros ligeros y a una flotilla de destructores, para elevar la presión y salir al mar a la hora y velocidad precisas para estar en condiciones de ocupar una posición de interceptación al alba del próximo día. Se enviaron órdenes al comodoro Tyrwhitt, de las fuerzas de Harwich, para estar en el mar a lo largo de Yarmouth, y al comodoro Keyes, para emplazar nuestros ocho submarinos de alta mar disponibles frente a Terschelling, a fin de impedir una incursión hacia el sur. Las fuerzas costeras fueron puestas en posición de alerta.

Almirantazgo a comandante en jefe

14 diciembre de 1914

Expedido a las 21.30

Información fidedigna, acabada de recibir, indica que la primera escuadra de cruceros alemana con sus destructores ha dejado su rada el martes por la mañana y regresará el miércoles noche. Parece deducirse de la información que los acorazados probablemente no saldrán.

Las fuerzas enemigas tendrán tiempo para llegar a nuestras costas.

Envíe usted inmediatamente, saliendo esta noche, la escuadra de cruceros

de batalla y la de cruceros ligeros, apoyados por una escuadra de batalla, preferentemente la segunda.

Al alba del miércoles deben encontrarse en tal posición que puedan interceptar con seguridad al enemigo a su regreso.

Tyrwhitt con sus cruceros ligeros y destructores intentará entrar en contacto con el enemigo a lo largo de la costa británica y de hostigarlo, teniendo al corriente al almirante.

Según nuestra información, la primera escuadra de cruceros alemana se compone de cuatro cruceros de batalla y cinco cruceros ligeros y habrá, probablemente, tres flotillas de destructores.

Acuse recibo.

Almirantazgo al comodoro (T), Harwich

15 diciembre de 1914

Expedido a las 14.05

Hay muchas probabilidades de que cruceros de batalla, cruceros y destructores alemanes lleguen mañana al alba a nuestras costas.

Un destructor de la clase M patrullará en las inmediaciones del buque vigía de North Hinder desde medianoche hasta las nueve de la mañana. Un segundo destructor de la clase M patrullará a lo largo de una línea que se extienda 15 millas al sur de una posición situada a 53° lt. N. y 3° 5' long. E., desde medianoche hasta las nueve de la mañana.

La misión de estos destructores es localizar y vigilar al enemigo, escapar si es necesario aprovechando su velocidad.

Si el tiempo fuera muy malo, regresarán a Harwich. Anuncie sus nombres.

La primera y tercera flotillas de destructores, con todos los cruceros ligeros disponibles, deberán estar en ruta a lo largo de Yarmouth antes del alba de mañana y dispuestas a desplazarse a cualquier punto donde fuera localizado el enemigo, tanto al norte como al sur.

La misión es mantener contacto con el enemigo, seguirlo e informar sobre su posición al contraalmirante de la segunda escuadra de batalla y al contraalmirante de la primera escuadra de cruceros de batalla.

La segunda escuadra de batalla, la primera escuadra de cruceros de batalla, la tercera escuadra de cruceros y la escuadra de cruceros ligeros se encontrarán en la posición 54° 10' lat. N., 3° 0' long. E., a las siete y media de la mañana y dispuestas a cortar la retirada al enemigo.

Si se diera un combate, sus flotillas y cruceros ligeros deben procurar

unirse a nuestra flota y combatir con los destructores enemigos.

Si el tiempo fuese muy malo para los destructores, emplee solo los cruceros ligeros y haga volver a los destructores. Acuse recibo.

Habiendo tomado todas las medidas que creímos que podían ser necesarias, esperamos durante treinta y seis horas los acontecimientos del miércoles con dudas, pero con curiosidad llena de expectación. En la mañana del día 16 de diciembre, hacia las ocho y media, estaba bañándome, cuando se abrió la puerta e irrumpió precipitadamente un oficial de la Sección de Operaciones con una comunicación que cogí con las manos mojadas: «Dos cruceros de batalla alemanes están bombardeando a Hartlepool». Salté de mi baño dando voces. Mi simpatía por Hartlepool estaba mezclada con aquello que definió una vez sir George Wyndham como «un sentimiento anodino de deliberadas represalias». Sin secarme me puse la ropa y bajé rápidamente las escaleras hasta la Sala de Operaciones; el primer lord naval acababa de llegar de su casa, que era la puerta contigua. Oliver, que invariablemente dormía en la Sala y que raramente la abandonaba durante el día, estaba marcando posiciones en la carta naval. Los telegramas procedentes de todas las estaciones afectadas por el bombardeo y los mensajes que interceptábamos de nuestros barcos en aquellos lugares y que comunicaban entre sí, afluían a razón de dos o tres por minuto; el Almirantazgo retransmitía a su vez las noticias y mantenía a flotas y flotillas informadas de cuanto acontecía.

Todo fue enviado al mar o puesto en movimiento. La tercera escuadra de batalla (los King Edwards) de Forth recibió la orden de impedir al enemigo que escapara por el norte. Como precaución adicional (aunque difícilmente podría ser efectiva a tiempo, a menos de que los alemanes fueran empujados hacia el norte), la Gran Flota iba, después de todo, a entrar en escena. El comodoro Tyrwhitt y sus cruceros y destructores de la fuerza de combate de Harwich recibieron orden de ir a reunirse con sir George Warrender, que mandaba la segunda escuadra de batalla y era el almirante más antiguo de la fuerza de interceptación. Sin embargo, el tiempo era muy malo para los destructores y solamente podían emplearse los cruceros. Finalmente, a última hora del día, el comodoro Keyes, que se encontraba a bordo del Lurcher, uno de los destructores más modernos, y que tenía también con él al Firedrake, recibió la orden de tomar sus submarinos de la base avanzada frente a Terschelling en la bahía de Heligoland e intentar atacar al enemigo en retirada.

El bombardeo de ciudades abiertas era aún nuevo para nosotros en aquellos tiempos. Pero, después de todo, ¿qué importancia tenía en aquellos momentos? La carta mostraba los cruceros de batalla alemanes, identificados uno a uno y al alcance de los cañones de la costa de Yorkshire, mientras que, a 150 millas al este, entre ellos y Alemania, cortando matemáticamente su línea de retirada y navegando en las previstas posiciones, se encontraban cuatro

cruceros de batalla británicos y seis de los más poderosos barcos de línea del mundo que formaban la segunda escuadra de batalla. Sostenida y precedida por sus escuadras de cruceros, esta flota de nuestros mejores y más rápidos barcos, armados con la artillería de más calibre a flote, podía, con buen tiempo, cubrir y vigilar eficientemente un frente de unas 100 millas. En las posiciones en que se encontraban al alba de aquel día los dos contendientes, solo había una cosa que pudiera permitir a los alemanes escapar de su aniquilamiento a manos de una fuerza enemiga abrumadora. Mientras los grandes proyectiles estallaban en las pequeñas viviendas de Hartlepool y de Scarborough, aportando su cruel mensaje de dolor y destrucción a hogares tranquilos, solo había una ansiedad que se apoderaba de los pensamientos de la Sala de Operaciones del Almirantazgo.

La palabra «visibilidad» adquirió, entonces, una siniestra importancia; en aquellos momentos, era bastante buena. Tanto Warren der como Beatty tenían horizontes del orden de unas 10 millas; cerca de la costa la lucha creciente se hacía a una distancia de 4 millas. Las indicaciones meteorológicas no indicaban nada desfavorable. El bombardeo alemán cesó a las nueve y sus barcos se dejaron pronto de ver desde tierra, sin duda en su viaje de regreso. En aquellos trances nos fuimos a desayunar. Era para nosotros una tortura pensar que teníamos aquella valiosa presa (la escuadra de cruceros de combate alemanes cuya pérdida suponía una fatal mutilación de toda la marina alemana, que no podría ser nunca más reparada) en nuestras manos y que todo ello se arriesgaría si se interponía un velo de neblina. Entretanto, el teléfono y el telégrafo iban dando noticias a todas las partes del reino sobre las desgracias sufridas por Hartlepool y Scarborough, y a las diez y media, cuando se reunió el Consejo de Guerra del Gabinete, las noticias, agravadas por los rumores, produjeron una gran excitación. Se me preguntó inmediatamente cómo podía ser que hubiera sucedido tal cosa. «¿Qué estaba haciendo la Marina y qué pensaban hacer?». Contesté enseñando la carta marina que tenía marcadas las posiciones respectivas en aquel momento de las fuerzas navales contendientes e informé que, debido a la moderada visibilidad, esperábamos que la colisión se produjera hacia el mediodía. Estas aclaraciones produjeron a todos una sensación de inquietud y se aplazó la reunión del Consejo de Guerra hasta la tarde.

A las diez y media, el Almirantazgo supo que el enemigo abandonaba nuestras costas y se informó seguidamente al almirante Warrender.

Es probable que el enemigo esté de regreso para Heligoland; debe usted permanecer en el exterior del campo de minas y maniobrar de modo que pueda usted interceptarlo.

Pero empezaron a llegar telegramas de mal agüero. Warrender tenía horizontes visibles de solo 4 millas; Beatty, de 3,5; algunos de los cruceros

ligeros cercanos a la costa ya mencionaban 3 millas y, mientras tanto, no se había producido el contacto. Pasó el mediodía. Pasó la una. El tiempo iba empeorando. Era evidente que sobre el mar del Norte estaban cayendo cortinas de niebla. Los barcos, que hablaban entre sí, citaban ya cifras de entre 1 o 2 millas. Los graves semblantes de Fisher y de Wilson no se traicionaron con signos de emoción, pero se notaba que el fuego estaba dentro. Traté de hacer otra labor y me fue imposible. Se recogieron mensajes oscuros procedentes de nuestra flota que, evidentemente, se encontraba muy cerca del enemigo, tratando de encontrarlo en una niebla que solo permitía divisar a los barcos a una milla. Oímos cómo Warrender ordenaba a sus barcos de menor valor que navegaran a través de los campos de minas localizados a lo largo de la costa de Yorkshire, aparentemente con el deseo de acercarse a algo que casi se veía al alcance de la punta de los dedos. De repente, oímos al contraalmirante Goodenough que había abierto fuego con sus cruceros ligeros sobre un crucero ligero alemán a 2 millas de distancia. Renació de nuevo la esperanza. Una vez restablecido el contacto, ¿no arrastraría este a todos los demás acontecimientos derivados? El Almirantazgo no estaba aterrorizado por la perspectiva de una batalla a cortas distancias; solo tenía un único temor: que se escapara el enemigo. Incluso el movimiento que se propuso a la segunda escuadra de batalla a través del campo de minas fue acogido en un silencio absoluto.

Aproximadamente a la una y media, sir Arthur Wilson rompió el silencio: «Parece ser que se alejan de nosotros». Pero entonces cambió el curso de las cosas de una manera impresionante: a las catorce menos diez supimos que la flota de alta mar estaba en el mar; esta gran flota no había hablado hasta el mediodía; una vez que lo hizo y que se establecieron los cálculos necesarios, pudimos identificarla y localizarla. En realidad, había penetrado ya bastante en el mar del Norte. La aparición de la flota alemana, a la que se suponía que avanzaba en apoyo de los cruceros de batalla alemanes, alteraba completamente el balance de fuerzas. Nuestros diez grandes barcos, navegando junto con sus escuadras ligeras y sus flotillas, constituían, no solo la fuerza más fuerte del mundo, sino la más rápida. No existía fuerza alemana equivalente que pudiera atacarlos y vencerlos. Por otra parte, no estaban en condiciones de encontrar a la flota de alta mar. Los cruceros de batalla alemanes estaban separados todavía de su flota unas 150 millas, pero nos parecía que una acción entablada con los cruceros de combate alemanes, una vez empezada, podía posiblemente conducirnos, en aquel tiempo cerrado que predominaba, a un encuentro por sorpresa con la principal fuerza naval del enemigo. Esto, por supuesto, no era del agrado del Almirantazgo. Informamos al momento a nuestras escuadras.

Almirantazgo a la segunda escuadra de batalla y primera escuadra de cruceros de batalla.

Expedido a las 13.50

(Urgente).

La flota de alta mar alemana ha salido y estaba a las 0.30 en la posición 54° 38' lat. N. y 5° 55' long. E.; en consecuencia no alejarse mucho hacia el este.

Estas siniestras posibilidades se desvanecieron pronto, al igual que nuestras esperanzas. La flota de alta mar no estaba saliendo, como nosotros imaginábamos, sino que había estado fuera durante mucho tiempo y regresaba en aquel momento.

A las tres de la tarde, salí e informé al Consejo de Guerra de lo que estaba pasando; pero ¡con qué tristeza en el corazón volví a cruzar de nuevo la Horse Guards Parade! Regresé al Almirantazgo. Los miembros del Consejo se reunieron alrededor de la mesa octogonal de mi despacho. Habían caído ya las sombras de aquella tarde de invierno. Entonces, sir Arthur Wilson dijo con su tono sencillo: «¡Bien! Aquí estamos nosotros; ellos se han marchado y, ahora, deben de estar por aquí», y marcó un punto en la carta sobre la que el jefe del Estado Mayor señalaba las posiciones cada quince minutos. Era evidente que los alemanes habían eludido nuestra fuerza de interceptación, y que incluso sus cruceros ligeros con los que habíamos estado en contacto habían también escapado en la niebla. El almirante Warrender dijo en su informe ulterior: «Salieron de una tormenta de agua y desaparecieron en otra».

Entonces eran cerca de las ocho de la noche.

Así pues, ¿se había acabado todo? Hice preguntas sobre nuestros submarinos; habían sido recogidos por el comodoro Keyes de su primera posición y estaban maniobrando en aquellos momentos en la línea de retirada alemana. Pero que el curso del enemigo coincidiera con su limitada esfera de acción era cuestión de suerte. Entonces, sir Arthur Wilson dijo: «No nos queda ahora nada más que una sola coyuntura. Keyes, con el Lurcher y el Firedrake, está con los submarinos; podrá, probablemente, atacar la escuadra de cruceros de batalla alemanes cuando entre esta noche en la bahía. Podría torpedear uno o dos». Tenía, ciertamente, la apariencia de una tentativa desesperada este envío de dos frágiles destructores con su bravo comodoro y sus fieles tripulaciones lejos de su patria, pegados a las costas enemigas, sin protección alguna, dentro de las garras de aquella potente fuerza alemana con sus barcos protectores y flotillas. Hubo un gran silencio. Todos conocíamos bien a Keyes. Alguien dijo: «Esto es enviarle a la muerte»; otro dijo: «Sería el último hombre que nos hiciera cargo alguno por ello». Hubo una gran pausa. No obstante, sir Arthur Wilson ya había escrito el siguiente mensaje:

20.12

Creemos que las luces de Heligoland y de Amrun se encenderán cuando

los barcos entren. Vuestros destructores pueden tener ocasión de atacar a los dos de la mañana o más tarde en la línea que se os ha fijado.

El primer lord naval inclinó la cabeza en señal de asentimiento. El jefe del Estado Mayor tomó el mensaje, se levantó pesadamente y abandonó la habitación. Después nos dedicamos a los asuntos del día y también a decidir qué es lo que se podía hacer público sobre lo sucedido.

Dos días más tarde, recibí a Keyes en mi despacho del Almirantazgo, y le dije: «Le enviamos a usted la otra noche un terrible mensaje; creí que no le volvería a ver a usted nunca más». «Fue horrible —contestó— no recibirlo hasta que ya estaba casi a punto de terminar mi viaje de regreso. Aguardé tres horas con la esperanza de recibir tal orden, y estuve a punto de hacerlo bajo mi responsabilidad»; y siguió así reprochándose a sí mismo sin necesidad alguna.

Hasta aquí he descrito este episodio del día 6 de diciembre exactamente tal como se vio desde el Departamento de Guerra del Almirantazgo y tal como lo entendimos por entonces. Vamos a examinar en lo esencial lo ocurrido. Nadie podía decir en qué punto de nuestra costa se podía producir el ataque, y no era posible hacer ninguna conjetura sobre los 800 kilómetros de nuestra costa plagada de objetivos. Sin embargo, las órdenes emitidas por el comandante en jefe y la posición elegida para el alba de aquel día comprendían bien cuál era el propósito del enemigo. En virtud de aquellas órdenes, la segunda escuadra de batalla (seis barcos) y la escuadra de cruceros de batalla (cuatro barcos), junto con la tercera escuadra de cruceros, una escuadra de cruceros ligeros y una flotilla, navegaron todas procedentes de Scapa, Cromarty y Forth, y llegaron aproximadamente a las cinco y media de la mañana del día 16, dos horas antes del alba, al extremo sur del banco Dogger. Aquí, en el mismo centro del mar del Norte, casi en la línea trazada desde Hartlepool a Heligoland, entró en contacto la cortina avanzada de destructores ingleses con los cruceros ligeros y destructores alemanes y, cuando llegaba la luz del día los ingleses vieron e identificaron al gran crucero alemán Roon. Empezó la lucha, algunos de nuestros destructores fueron alcanzados y los alemanes se retiraron hacia el este. El almirante Beatty empezó con sus cruceros de batalla la caza del Roon. A las nueve, cuando estaba empeñado en la misma, llegaron a él y al almirante Warrender las noticias del Almirantazgo de que los cruceros de batalla alemanes bombardeaban Hartlepool y, después, Scarborough. Entonces, todos los barcos ingleses tomaron rumbo al oeste y navegaron desplegados en un gran frente, hacia la costa inglesa y hacia los cruceros de batalla alemanes cuya interceptación aparecía como muy probable.

Durante la guerra estuvimos tratando de averiguar qué es lo que hacían a aquellas horas de la mañana el Roon y las fuerzas ligeras alemanas en las proximidades del banco Dogger; era una fuerza naval mal emplazada en una posición de peligro y que, ni por sus efectivos, ni por su posición, podían

aportar ayuda alguna a los cruceros alemanes que atacaban las costas inglesas. Pero ahora ya sabemos qué sucedía. El Roon, con sus cruceros y destructores, era parte de la vanguardia cubridora de la flota de alta mar alemana, que había salido al mar con todas sus unidades: tres escuadras potentes con todos sus barcos auxiliares y numerosas flotillas. El almirante Von Ingenohl, al mando de aquella gran flota, había salido de Cuxhaven a la caída de la tarde del día 15 (entre las cuatro y las cinco de la tarde) y antes del alba del 16 estaba navegando con todas sus fuerzas hacia el banco Dogger en apoyo de sus cruceros de batalla que, al mando del almirante Von Hipper, se estaban aproximando a las costas británicas. Si Von Ingenohl hubiera proseguido en su ruta, tal como era su intención, sus unidades de exploración, con tiempo de buena visibilidad en aquella parte del mar del Norte, habrían sido divisadas entre las ocho y las nueve por los cruceros de batalla británicos y la segunda escuadra de batalla que bajaban del norte. Era casi seguro que se produciría un encuentro. ¿Qué habría sucedido? El almirante Von Tirpitz dice que aquella fue una oportunidad llovida del cielo para una batalla extremadamente favorable para los alemanes y que nunca más se volvería a presentar. «El día 16 de diciembre —escribió él unas semanas más tarde—, Ingenohl tuvo el destino de Alemania en sus manos. Ardo con emoción interna cada vez que pienso en ello». Más tarde haremos juicio sobre esta opinión. De momento, sigamos el curso de las cosas.

El almirante Von Ingenohl había rebasado sus instrucciones avanzando tanto en alta mar. La protesta lanzada por él contra las órdenes restrictivas que el emperador había hecho cursar después de la acción de la bahía de Heligoland (28 de agosto) había sido rechazada recientemente. «La flota debe quedar en reserva y evitar acciones que puedan conducir a pérdidas elevadas». Tal había sido el último caso. Pues bien, allí estaba la flota en pleno en el centro del mar del Norte en las sombras de un atardecer de invierno. De súbito los cañones entran en funciones, hay noticias de que su cortina de cruceros está en medio de una acción con destructores ingleses, la cortina se retira, los destructores persiguen, y aún faltan dos horas para romper el día. Von Ingenohl se creyó él mismo en peligro de un ataque en la oscuridad con torpedos. Por consiguiente, hizo cambiar el rumbo a toda su flota a las cinco y media y se dirigió hacia el sudeste. Poco antes de las seis, cada vez más inquieto por sus instrucciones restrictivas, pero sin saber más de la presencia de nuestras escuadras que lo que estas sabían de él, hizo lo que tan gráficamente expresan las palabras empleadas en la Historia Oficial Británica: *fairly turned tail and made for home, leaving his raiding force in the air*. Aun así, a las seis, las dos flotas estaban distanciadas unas 50 millas y ¡sus fuerzas ligeras en contacto! Scheer, que estaba al mando de la segunda escuadra alemana, dice: «Nuestro cambio prematuro de rumbo a este sudeste nos privó de la oportunidad de encontrarnos con ciertas divisiones navales enemigas de

acuerdo con el plan trazado y que, tal como se sabe hoy, era correcto».

No había, por supuesto, obligación alguna de que los almirantes Warrender y Beatty se empeñaran en tal acción. Sus escuadras estaban navegando protegidas por sus cortinas de cruceros y destructores. En aquellos parajes y a aquellas horas, el tiempo era casi bueno en visibilidad; ellos habrían conocido las fuerzas que tenían en su presencia antes de combatir seriamente. No hubiera habido nada que justificara intentar hacer frente a la flota de alta mar de veinte barcos de línea, con solo seis acorazados y cuatro cruceros de batalla, aun cuando estos fueran nuestros barcos más potentes. No había necesidad alguna de ello. La segunda escuadra de batalla británica podía navegar a 20 nudos, y forzar la velocidad a 21 para escaparse; de los barcos de Von Ingenohl únicamente había seis que alcanzasen aquella marcha, y en cuanto a los cruceros de batalla no había barco alguno que los pudiera alcanzar; la seguridad de esta fuerza, que actuaba sin contacto con la flota principal inglesa, se fundaba, precisamente, en su velocidad de navegación. Por consiguiente, los almirantes Warrender y Beatty podrían haber soslayado el combate con la flota alemana y hubiera sido, además, su deber. Teniendo en cuenta el gran número de destructores alemanes que había en el mar con la flota alemana y las oportunidades que ofrecían oscuridad y el tiempo, la situación en aquel estado de cosas, tal como sabemos ahora, es causa de profundo estudio. El que esta situación no materializara en nuestra contra era el premio de una audacia anterior; el 16 de diciembre está bajo la salvaguardia del 28 de agosto.

Entramos en este momento en la segunda fase de este día extraordinario. Las cuatro escuadras británicas con sus flotillas se encontraban navegando entre las nueve y las diez hacia las costas británicas. Los cruceros incursionistas alemanes, una vez terminado su bombardeo, intentaban regresar a sus bases a toda marcha. Había dos grandes campos de minas colocados por los alemanes al principio de la guerra a lo largo de la costa de Yorkshire, y nosotros, que los habíamos localizado y considerado como una protección contra incursiones enemigas, los habíamos mejorado colocando aun más minas. Entre estos campos de minas y frente a Whitby y Scarborough había una brecha de unas quince millas. Sir John Jellicoe, a bordo del Iron Duke, estudió la situación de conjunto y llegó a la conclusión de que el enemigo intentaría escapar, bien hacia el norte, remontando nuestra costa por la parte interior de los campos de minas, o bien, mucho más probable, hacia el este a través de la brecha mencionada. Ordenó a la tercera escuadra de batalla, procedente de Forth, que se acercase a la brecha desde el norte, lo que fue ejecutado rápidamente. A las diez y diez señaló a sir George Warrender la posición de la brecha entre los campos de minas y añadió: «El enemigo saldrá, probablemente, por ese sitio». Los almirantes Warrender y Beatty estaban maniobrando ya a base de esta suposición, que, de hecho, correspondía a lo

que los alemanes estaban haciendo.

A las once, por consiguiente, los cuatro cruceros de batalla alemanes, con sus cruceros ligeros, que regresaban independientes a unas 60 millas delante de ellos, estaban navegando con rumbo a Heligoland a toda marcha. Al mismo tiempo, las cuatro escuadras británicas estaban en marcha hacia el oeste desplegadas en un gran frente y hacia ellos. La distancia entre ambas flotas era de unas 100 millas y se aproximaban entre sí a una velocidad resultante de 49 millas por hora. En el curso de nuestra flota estaba la parte sudoeste del banco Dogger en el que no había bastante fondo para ningún crucero de batalla, tanto británico como alemán. Así pues, nuestras fuerzas se dividieron: Beatty y los cruceros ligeros fueron por el norte de aquel lugar y Warrender con los acorazados y la tercera escuadra de cruceros fue por el sur. Esto suponía cierto rodeo y demora en nuestro avance. Además, el tiempo empezó a empeorar; la niebla descendía y la mar se hacía más gruesa. En este momento, los cruceros ligeros alemanes fueron vistos por nuestra escuadra de cruceros ligeros, en exploración de vanguardia de Beatty, a través de la niebla y de la lluvia. El Southampton, el crucero ligero más al sur, abrió fuego y fue contestado por el enemigo. Renacieron las esperanzas a bordo del Lion. La cortina de cruceros enemigos estaba exactamente en el sitio y momento en que se podía esperar que estuviera. Naturalmente, la masa de la flota estaba detrás de ellos; probablemente no estaba muy alejada. Pero intervino de nuevo la mala suerte.

Los otros tres cruceros ligeros, al ver que el Southampton estaba combatiendo hacia el sur, viraron en esta dirección para intervenir en el combate y el Birmingham también abrió fuego. Esto no estaba de acuerdo con los deseos de Beatty, que quería mantener sus unidades exploradoras en frente de él en el momento en que se suponía que se acercaba a los cruceros de batalla enemigos, y cuando el peligro de perderlos era tan grande. Por eso mandó a sus cruceros ligeros volver a sus puestos. La señal, en vez de ser dada con el nombre de los dos barcos que no estaban en combate fue general para la escuadra de cruceros ligeros y, de acuerdo con esta orden el Southampton y el Birmingham suspendieron su combate con el crucero alemán y volvieron a sus puestos. Los cruceros ligeros alemanes viraron hacia el sur y desaparecieron en la neblina. Así se perdió el contacto con ellos.

Sin embargo, mientras, los cruceros de batalla de ambos bandos continuaban aproximándose entre sí. A las doce y cuarto el almirante Von Hipper, avisado por sus cruceros ligeros de que había frente a él una fuerza enemiga, viró ligeramente al sudeste. El almirante Beatty continuó en su rumbo hasta las doce y media. En este momento, las dos fuerzas de cruceros de batalla estaban separadas por 25 millas y se acercaban aún rápidamente. Pero ¡he aquí de nuevo la desgracia! Los cruceros ligeros alemanes, que giraron hacia el sur alejándose de Beatty, entraron en contacto con la tercera

escuadra de cruceros de Warrender. Se abrió de nuevo fuego, que fue contestado, y de nuevo se perdieron los cruceros en la niebla; estos informaron a Von Hipper que en este lugar había también una fuerza de interceptación. Por consiguiente, a la una menos cuarto, hizo «un tres cuartos a la izquierda» (permítanme emplear un término militar de caballería) y navegaron hacia el norte. Esto, por sí solo, no le habría salvado. Si el almirante Beatty hubiera mantenido su rumbo original durante un cuarto de hora, habría empezado una acción a distancias decisivas antes de la una. Veamos qué sucedió.

A las doce y media, el almirante Beatty recibió de sir George Warrender, en el momento del segundo contacto con los cruceros ligeros alemanes, la siguiente noticia: «¡Cruceros y destructores alemanes a la vista!». Dedujo, en consecuencia, que los cruceros de batalla alemanes se habían deslizado al sur y maniobrando según el sano principio de mantenerse entre el enemigo y las bases de este a toda costa. Por ello, hizo un giro brusco y retrocedió en su marcha, es decir, se dirigió hacia el este durante tres cuartos de hora. A la una y cuarto, oyendo que los cruceros de batalla enemigos habían girado hacia el norte, él hizo lo mismo; pero ya no fue nunca restablecido el contacto. Von Hipper logró escapar envolviendo el flanco norte de nuestras escuadras. El tiempo era tan malo en visibilidad que sus cruceros ligeros hicieron su camino a través de la tercera escuadra de cruceros, pasando, durante breves momentos, a la vista de los barcos de línea de Warrender.

Así acabó aquel juego emocionante de la gallina ciega.

Queda solo por mencionar la acción de los submarinos ingleses. A las tres y media, el comodoro Keyes había reunido cuatro de sus submarinos de su puesto de inmersión de Terschelling y, de acuerdo con las órdenes del Almirantazgo, se dirigía hacia la bahía de Heligoland. Logró, finalmente, colocar tres submarinos en la costa sur de Heligoland y uno en la del norte. Este submarino solitario, al mando del comandante Nasmith, se encontró en la mañana del día 17 en medio de la escuadra de Von Hipper y de las flotillas que regresaban de la incursión y disparó dos torpedos contra los cruceros de batalla en condiciones muy difíciles y sin resultado.

Así fue la incursión sobre Scarborough y Hartlepool. Todo lo que pudimos decir al público estaba en el comunicado que se publicó en los periódicos de la mañana del 17 de diciembre:

Almirantazgo,

16 de diciembre de 1914

21.20

Esta mañana, una fuerza de cruceros alemanes hizo una demostración de fuerza sobre la costa de Yorkshire, en el curso de la cual bombardeó a

Hartlepool, Whitby y Scarborough.

Algunos de sus barcos más rápidos fueron empleados para este propósito y permanecieron frente a nuestras costas aproximadamente una hora. Los barcos de patrulla de aquellos lugares les hicieron frente.

Tan pronto como se supo la presencia del enemigo, trató de cortarles la retirada una escuadra británica que patrullaba. Cuando fueron descubiertos los barcos alemanes por los británicos, se retiraron a toda velocidad y, favorecidos por la niebla, consiguieron escapar.

Las pérdidas fueron mínimas en ambos bandos, pero aún no se han recibido informes completos.

El Almirantazgo aprovecha esta oportunidad para hacer notar que las demostraciones de este carácter contra ciudades indefensas o contra puertos comerciales, fáciles a condición de aceptar ciertos peligros, están desprovistas de toda significación militar.

Estas demostraciones pueden ocasionar algunas pérdidas de vidas entre la población civil y perjuicios en la propiedad privada, que son muy de lamentar; pero no pueden, en ninguna circunstancia, modificar la política naval general que se sigue actualmente.

Naturalmente, la indignación fue muy grande ante el fracaso de la Marina para impedir, o al menos vengar, un ataque sobre nuestras costas. ¿Qué estaba haciendo el Almirantazgo? ¿Estaban dormidos? Aunque las ciudades bombardeadas, en las que hubo cerca de quinientos muertos y heridos, soportaron la prueba con entereza, se extendió el descontento. No obstante, no podíamos explicarnos. Teníamos que soportar en silencio las censuras de nuestros compatriotas. No podíamos decir dónde estaban nuestras escuadras, ni cuán cerca estuvieron los cruceros alemanes incursionistas de ser destruidos, por miedo a comprometer nuestros medios de información. Teníamos un consuelo: las suposiciones a base de las cuales habíamos actuado habían sido confirmadas por los hechos; las fuentes de información en que confiábamos eran, en consecuencia, dignas de crédito. ¡Si en la próxima oportunidad que se presentara pudiéramos tener una visibilidad tolerable! Pero ¿cuándo se presentaría esta nueva oportunidad? El almirante alemán debió de darse cuenta de que estuvo muy cerca de potentes barcos ingleses, pero pudo ser un misterio para él su número, su nombre, su posición y la proximidad en que se hallaban; ¿no era ya un misterio el porqué estaban allí aquellos barcos? Por otra parte, la satisfacción que pudiera sentir Alemania ante las odiadas ciudades inglesas, que habían sentido por primera vez los horrores de la guerra, podía incitar una nueva incursión; incluso la indignación de nuestros periódicos tenía su valor a este fin. No era lógico esperar que las cosas fueran mal otra vez. Entretanto, los planes y secretos navales británicos subsistieron

en un silencio impenetrable.

Llegados a este punto, sería conveniente examinar alguno de los amplios aspectos estratégicos que presentaba la situación naval en el mar del Norte.

Los cronistas alemanes suelen argumentar en términos mordaces sobre el porqué la flota británica no los atacó al principio de la guerra. Describen el ardor bélico de que estaba poseída la Marina alemana y su constante expectación del instante de la batalla. El almirante Scheer relata cómo un colega suyo, que mandaba la primera escuadra alemana, le apremió en las primeras horas del día 2 de agosto a fin de que pasara el canal de Kiel aquella misma noche, para reunirse con el resto de la flota en Wilhelmshaven, pues, si esperaba el alba, quizá sería ya tarde. Describe también la febril energía con que se despojó a los barcos de todas las impedimentas de maderas, cuadros, etc., del interior de los mismos, para que estuvieran preparados para el combate; y manifiesta su asombro, no exento de ironía, porque los ingleses no se comportaron como ellos esperaban. Teniendo en cuenta que la flota alemana permaneció durante los cuatro primeros meses de la guerra absolutamente inmóvil en las desembocaduras de los ríos y en los puertos fuertemente fortificados y protegidos por sus campos de minas y submarinos, es natural que parezca algo forzado este estado de ánimo de un marino hábil.

Si los alemanes creyeron realmente que la Gran Flota iba a ser enviada a través de sus campos de minas para presentarles batalla en sus puertos de guerra, debieron estimarnos muy poco inteligentes. Tal proceder por nuestra parte solo podría haber conducido a la ruina de la flota británica y a consumir la de la nación en pocas horas. Tampoco las demostraciones aisladas frente a Heligoland, Sylt o Borkum habrían conseguido nada útil. Tanto Scheer como Tirpitz escriben como si no tuviéramos otra cosa que hacer que presentarnos frente a dichas islas para obligar a la flota de alta mar alemana a aceptar una batalla decisiva. Y al mismo tiempo se nos dice que las órdenes de la Marina alemana eran de no empeñarse en una batalla general hasta que la flota británica no se hubiera ido desgastando por pérdidas menores hasta llegar a la paridad con la alemana. Por supuesto, ¿por qué habrían los alemanes de salir y empeñarse en una batalla en condiciones de inferioridad cuando los barcos de guerra británicos estuvieran en duelo con las baterías de las islas alemanas? Para los alemanes era mucho más razonable enviar submarinos de día y destructores de noche para torpedear a los incursionistas y sembrar aquellas aguas con minas para el caso de que insistieran en su intento. Por este procedimiento, la política de equilibrio alemana habría tenido una gran coyuntura; y bien se puede creer que tal actuación por parte de la flota británica habría sido muy agradable a los deseos alemanes. Realmente, ¿qué más podían desear aparte de que nuestra flota se fuera menguando rápidamente patrullando de uno modo ostentoso y estúpido ante los puertos

alemanes?

Nosotros también sentíamos las ansias de empeñar una batalla, pero no una batalla disparatada, ni siquiera una batalla en igualdad de efectivos. Era nuestro deber aprovechar las ventajas de nuestra superioridad y luchar solo en condiciones que dieran sólidas garantías de triunfo. Además, mientras los alemanes estaban en sus bases, nosotros habíamos asegurado el dominio pleno del mar y lo estábamos aprovechando. Cuando estalló la guerra, la flota británica, desde su base en Scapa Flow, aisló a Alemania del resto del mundo. Esto constituía en sí un acto ofensivo de máxima intensidad. Incumbía a los alemanes prever hasta qué punto se atrevían, y podían. Nosotros teníamos que transportar nuestro ejército a Francia y reunir nuestras fuerzas procedentes de todas partes del Imperio británico. Estos ejércitos estaban en camino hacia el frente decisivo en tierra. Impedir estos transportes era, evidentemente, un alto objetivo estratégico para Alemania y para su marina. Si se hubiera podido impedir que el ejército británico hubiese ocupado su puesto en el flanco izquierdo francés, ¿quién podría asegurar que la guerra no habría terminado en la batalla del Marne? Sin embargo, la Marina alemana, con el consentimiento formal y explícito del Estado Mayor alemán, permaneció inactiva e impasible detrás de sus campos de minas y fortificaciones, mientras todo el tráfico del mundo y de la guerra proseguía en todos los mares bajo la autoridad británica.

«Si tú eres un gran general —dijo Sila a Mario—, acércate y lucha». «Si tú eres un gran general —fue la famosa respuesta—, hazme luchar contra mi voluntad». Este era, realmente, el problema con el que el Almirantazgo estaba enfrentado claramente una vez que terminó la primera fase de la guerra. Las formas evidentes de ofensiva naval posibles para la flota británica eran los intentos y medidas para sacar a la flota enemiga de sus puertos y obligarla a aceptar combate. El bloqueo lejano, aparte de su inmensa influencia en la marcha de la guerra, era una provocación de primer orden al enemigo. Otra provocación constante era aquella corriente ininterrumpida de tropas y suministros a Francia. Estas misiones eran, ciertamente, tan importantes para la Marina Real, y un desafío tan directo e insistente a la flota alemana, que el punto de vista predominante a través de la guerra se satisfizo con aquellas y no aspiró a nada más. Una vez terminada la primera fase de la guerra y limpiados los océanos, esta estrategia no podía estimarse como completamente suficiente. Sin arriesgar la Gran Flota, a menos de tratarse de una batalla en condiciones favorables, debía haberse estudiado perseverantemente todo plan y forma de apremio para hacer salir al enemigo y llevarlo a una crisis y culminación navales. Si el enemigo no hacía acto de presencia para romper el bloqueo, se debía buscar otra provocación efectiva, y buscarla con diligencia constante y de forma audaz. Sin embargo, los almirantes con mando y las altas autoridades del Almirantazgo se dieron por satisfechos con su bloqueo a distancia y su protección de las vías de comunicación. Se preocuparon por

reunir todos los barcos posibles, añadiendo escuadra tras escuadra y flotilla tras flotilla, y entonces creyeron que habían hecho cuanto se podía esperar de ellos. Al reprocharles de vez en cuando su inactividad, replicaban empleando unos argumentos correctos y perfectos sobre la conveniencia de no arriesgar la Gran Flota.

Pero esto no era para ellos el fin de la historia. Era misión suya imaginar o descubrir algún plan de ofensiva en el que, sin comprometer a la Gran Flota con desventaja, se pudiera forzar a los alemanes a presentar la batalla, o bien que ayudara a los ejércitos aliados de un modo eficiente y descargara de ellos algo de la presión a que estaban sometidos. Sin embargo, un ministro civil nunca podría obligarlos a emprender este camino; podía sugerir, animar y apoyar. Si ellos permanecían inamovibles, nada había que hacer.

¿Qué es, pues, lo que podría impulsar a la flota alemana fuera de sus puertos con intención de combatir? El bloqueo no les había provocado; el paso del ejército por el canal, tampoco; demostraciones sin mayor importancia frente a las islas alemanas no les habían tentado. Algo tenía que ser descubierto y ejecutado, algo que una vez hecho hubiera resultado insoportable a los alemanes, y ante lo que no pudieran permanecer indiferentes y pacientes. Algo tan urgente, tan sensacional, tan grave que, cualesquiera que fueran las circunstancias del equilibrio naval, les obligara a combatir con toda su flota. La historia militar presenta muchos ejemplos de jefes que se introducen rápidamente en un país enemigo y toman alguna posición clave, de fuerte capacidad defensiva, que el enemigo se ve forzado después a asaltar; así se encuentran combinadas las ventajas de una ofensiva estratégica con las de una defensiva táctica. Esta situación se produjo varias veces y en gran escala en Francia, durante la Gran Guerra, donde los alemanes estuvieron a la defensiva y los franceses invadidos tuvieron que sacrificar sus hombres asaltando alambradas y ametralladoras. ¿Cómo podían aplicarse tales concepciones militares a la guerra naval? ¿Qué podíamos hacer nosotros para forzar a la marina alemana a luchar en el momento y condiciones elegidos por nosotros? Indudablemente, dicho estudio debería haber ocupado un primer lugar en el pensamiento naval británico.

El día 19 de agosto de 1914, y con asentimiento del primer ministro, me puse en contacto con el Gobierno ruso con el fin de estar atentos continuamente a los aspectos estratégicos en el mar Báltico. Indiqué que si el Almirantazgo inglés ganaba el dominio naval del Báltico, bien triunfando en una batalla general y decisiva, o bien bloqueando el canal de Kiel, sería posible desembarcar un ejército ruso para envolver el flanco y retaguardia de la línea Danzig-Thorn, o atacar a Berlín desde el norte, o atacar a Kiel y el canal, y empujar así, la flota alemana al mar. Para cualquiera o para la totalidad de estas operaciones del ejército ruso, el Almirantazgo británico

podría ayudar con las fuerzas necesarias para los convoyes y para el desembarco. La contestación rusa, recibida el día 24, fue de aceptación en principio; consideraban la operación sugerida de desembarco factible y oportuna, siempre que la situación general militar favoreciera su aplicación.

Estas ideas recibieron un ímpetu poderoso a la llegada de lord Fisher tres meses más tarde. El primer lord naval estaba plenamente convencido de que el dominio en el Báltico y la consecuente irrupción de los ejércitos rusos en la totalidad del indefenso litoral alemán del norte sería un golpe mortal. En un voluminoso memorial, que fue publicado después, exponía el caso con segura perspicacia. Era indudablemente la primera meta de una ofensiva naval. Cuando le enseñé mi correspondencia con el Gobierno ruso sobre esta cuestión, se sumó con entusiasmo a la idea. En su presencia, expuse al Consejo de Guerra, durante nuestras conversaciones del mes de diciembre y en palabras a las que ha hecho frecuentemente referencia, que había tres axiomas en la guerra naval. «Primero, limpieza de todos los mares exteriores; segundo, el embotellamiento absoluto de la flota alemana; y tercero, la entrada en el Báltico». Pero todo ello era más fácil de decir que de hacer. La segunda etapa estaba interpuesta en el camino de la tercera y hasta que aquella no estuviera terminada no se podía empezar con esta; la segunda etapa, en sí misma, era una operación de mayores azares y consecuencias que la etapa ulterior. Para poder embotellar la bahía de Heligoland era necesario asaltar y mantenerse en una o más islas alemanas, y esto conduciría con toda probabilidad a una batalla naval decisiva entre las flotas británica y alemana. Era realmente muy difícil ver más allá de tal acontecimiento; era el acontecimiento naval de más envergadura que podría nunca haber ocurrido. Las dificultades de esta etapa preliminar y decisiva eran tales que, durante toda la guerra, el Almirantazgo, aun poseyendo una superioridad enorme de fuerza, rehusaba enfrentarse con ella.

Veamos lo que fue exactamente esta primera operación que se interpuso en el paso de todo el resto.

En mis primeros encuentros con lord Fisher, en 1907, me había explicado que los planes del Almirantazgo por aquella fecha, en el caso de hostilidades con Alemania, consistían en la toma, lo más pronto posible en cuanto se iniciara la guerra, de la isla de Borkum como una base avanzada para todas nuestras flotillas y escuadras de bloqueo de las desembocaduras de los ríos alemanes. Yo estuve siempre vivamente interesado en esta cuestión, que era sólidamente sostenida por el almirante Lewis Bayly. En 1913, este oficial que estaba en la primera fila de los almirantes jóvenes de la marina, se había dedicado a estudiar los métodos por los que se podría llevar a cabo la conquista y mantenimiento de esta isla y cómo había sido influido entretanto el problema con las nuevas condiciones de la guerra. Los nuevos elementos

eran formidables: aviación, submarinos y cañones de largo alcance. Pero estos factores favorecían o perjudicaban a los dos contendientes en diversos grados según las diferentes etapas de la operación. Como alternativa, o, posiblemente, como complemento se estudió también el caso de la isla Sylt. Se confeccionaron cuidadosamente modelos en relieve de las desembocaduras de los ríos alemanes y de todas las islas. Los planos e informes del almirante Bayly estaban disponibles en los archivos del Estado Mayor. No había posibilidad de utilizarlos al principio de la guerra. Para el asalto de la isla se requerían como mínimo tres o cuatro de las mejores brigadas de tropas de infantería, aun cuando efectivos mucho más reducidos habrían bastado después para conservar la isla en poder británico. No obstante, por entonces, no había posibilidad alguna de retirar estos efectivos del frente de batalla decisivo en Francia. Además, como ya se ha visto, la marina estaba abrumada en los comienzos de la guerra por sus misiones de asegurar el dominio en los mares y de transportar el ejército por los mismos.

Los planes fueron apoyados en principio por el príncipe Luis. Sir Arthur Wilson creía factible la operación y en sus iniciales puntos de vista sobre la guerra naval estaba siempre dispuesto a la empresa mucho más azarosa y mucho menos fructífera de bombardear y asaltar Heligoland. Lord Fisher, cuando llegó al Almirantazgo, era aún partidario de atacar a Borkum, pero, al igual que todos, se dio cuenta del carácter grave y de las consecuencias de tal operación. Estas serían, como mínimo, el desarrollo inmediato de la batalla suprema, lo más tarde al cabo de una semana de tener la isla en nuestra posesión, aunque sería mucho más probable mientras la operación de desembarco se encontrara en su apogeo; la flota alemana completa habría salido a defender el suelo patrio de este ataque estratégico y mortal. Este plan era esencialmente uno de estos grandes proyectos que tienen que ser preparados en secreto absoluto y en todos sus detalles, para ser empleados solo cuando las circunstancias permitieran tomar la grave resolución. Lord Fisher y yo, de completo acuerdo, hicimos que el Estado Mayor revisase en el mes de noviembre los planes del almirante Bayly para una ofensiva en alta mar con la intención de actuar en cierto período de 1915; el día 7 de enero obtuve, con su apoyo, la aprobación provisional del Consejo Superior de Guerra para esta operación y solo cuando las circunstancias lo demandaran.

Pero aun cuando las concepciones estratégicas del primer lord naval estaban concentradas en el Báltico, y aun cuando era partidario en principio de la toma preliminar de Borkum, no encontré en él aquella energía práctica, constructiva y emprendedora de que había dado abundantes pruebas en otros tiempos de su carrera, y también en estos momentos cuando se trataba de otros asuntos. No creo que nunca llegara a ver claro a través de las fases azarosas y decisivas que eran necesarias para el éxito de la operación. Hablaba mucho sobre Borkum, de su importancia y de sus dificultades, pero no dio al Estado

Mayor aquel fuerte impulso profesional que era necesario para asegurar el estudio completo del plan. En lugar de ello, hablaba en términos generales sobre hacer impracticable el mar del Norte sembrándolo abundantemente de minas, e impidiendo así que los alemanes entraran en él mientras el núcleo principal de la flota británica se encontraba en el Báltico. Yo no podía convencerme de que esto nos diera la seguridad necesaria. En primer lugar, no disponíamos más que de 5.000 minas, con lo que se necesitaban aún muchos millares más, que tardarían muchos meses en ser suministradas. Y aun cuando las hubiéramos tenido, ¿qué es lo que impediría a los alemanes limpiar su ruta a través de las mismas a menos que nosotros guardáramos los campos de minas con nuestra flota?

Por consiguiente, mientras el primer lord naval continuaba abogando en términos generales por la entrada en el Báltico, yo me esforcé persistentemente en concentrar la atención sobre las fases prácticas necesarias para el asalto y toma de la isla de Borkum, y embotellar así a la flota alemana u obligarla a combatir. En este sentido, me dirigí, no solo al primer lord naval y al Estado Mayor, sino también al comandante en jefe. Si como resultado de ello me hubiera encontrado con una respuesta clara en la opinión naval, habría estado yo en condiciones de llevar adelante el asunto hasta el punto donde podría adoptarse una decisión. Pero, lejos de asegurar esta respuesta, me encontré con una evidente y firme desgana que aumentaba a medida que iban apareciendo los detalles problemáticos y que se manifestó finalmente con retrasos y ausencia absoluta de un esfuerzo positivo. No había duda, el instinto naval estaba en contra de arrostrar tales peligros. Pero si así era, inútil era hablar ostentosamente de entrar en el Báltico.

El 21 de diciembre de 1914, y a consecuencia de largas discusiones y resistencias por mi parte a varios proyectos de menor importancia, escribí al primer lord naval lo siguiente:

La clave de la situación naval es una base avanzada en el mar, tomada y conservada a la fuerza, y desde la cual nuestros submarinos de clase C y destructores fuertemente armados puedan bloquear noche y día la Bahía. Alrededor de dicha base y a causa de la misma tendrán lugar una serie de combates violentos que conducirán a la derrota total del enemigo.

Pero no encuentro a nadie que dé vida y preponderancia a tal plan, y, mientras tanto, nuestra situación, tal como le he dicho a usted, es la de esperar los golpes y conjeturar por dónde vendrán estos.

Y, otra vez, el día 22 de diciembre:

Estoy con usted en el asunto del Báltico. Pero primero hay que asegurar la zona norte: hay que tomar una isla y embotellarla a la manera Wilson, o bien destruir el canal o las esclusas, o bien descalabrar su flota en una batalla

general.

Nada de esto puede ser sustituido por un sembrado de minas.

El primer paso era encontrar un comandante que fuera partidario de esta empresa y que poseyera destreza profesional y resolución personal para llevarla a cabo. Estas condiciones las tenía el almirante Lewis Bayly.

Los monitores aún tardarían muchos meses en estar listos. Entretanto, teníamos cierto número de viejos acorazados que podían ser encuadrados en una escuadra de bombardeo. Sir Arthur Wilson había argüido que un bombardeo efectivo desde el mar requería prácticas intensivas de tiro y ejercicios para dirigir y coordinar el fuego de los barcos con un alto grado de perfección. Por consiguiente, propusimos formar durante los primeros meses del año 1915 una escuadra especial que ulteriormente, cuando llegaran los monitores, estaría en condiciones para la gran operación y que, por el momento, podría ser empleada como fuera necesario en Zeebrugge y Ostende en apoyo del ejército. En el mes de diciembre, el primer lord naval, sir Arthur Wilson y yo, de completo acuerdo, decidimos trasladar a sir Lewis Bayly de su mando de la primera escuadra de batalla en la Gran Flota al de la quinta escuadra de batalla («Formidables») en el Nore, con la intención de hacer de esta escuadra el núcleo de la futura escuadra de bombardeo y hacer que su nuevo jefe fuera el director de la ofensiva naval de 1915. El lector podrá ver cómo se frustraron descontroladamente estas esperanzas.

XVII

Turquía y los Balcanes

Ningún estado se lanzó a la guerra mundial tan conscientemente como Turquía. El Imperio otomano estaba ya moribundo en 1914. Italia, con el auxilio de su fuerza naval, había invadido y anexionado Trípoli en 1909 y había aún en curso en aquella región una guerra desordenada, cuando, en 1912, los estados balcánicos se alzaron contra su antiguo conquistador y tirano. El deshecho Imperio turco cedió provincias importantes y muchas islas en virtud del Tratado de Londres. La repartición de los despojos fue motivo de derramamiento de sangre entre los vencedores balcánicos, pero aún quedaban ricas prendas en la Turquía europea para tentar la ambición o satisfacer las demandas de Rumanía, Bulgaria, Serbia y Grecia; Constantinopla brillaba como meta suprema ante aquellos afanes. Sin embargo, a pesar de la inminencia de los peligros para el Imperio turco ante la ambición y la venganza de los estados balcánicos, no podían aquellos suplantar el temor que

sentía Turquía ante Rusia. Esta estaba en contacto con Turquía por tierra y mar a lo largo de una frontera de unos 1.600 kilómetros, que se extendía desde el litoral occidental del mar Negro al Caspio. Inglaterra, Francia e Italia (Cerdeña) en la guerra de Crimea y el poder excepcional de Inglaterra bajo Disraeli en 1878 habían salvado al Imperio turco de su ruina y a Constantinopla de ser tomada. Aun cuando antes de que los aliados balcánicos se peleasen entre ellos, los búlgaros habían llegado a las puertas de Constantinopla desde el oeste, el peligro procedente del norte predominaba en los pensamientos turcos.

A todo esto se añadía el antagonismo de la raza árabe en el Yemen, el Hedjaz, Palestina, Siria, Mosul e Irak. La población del Kurdistán y la muy expandida raza armenia estaban sojuzgadas. Las naciones y razas de todas partes, que, durante cinco o seis siglos, habían sostenido guerras con el Imperio turco o habían sufrido la suerte de los cautivos turcos, se volvieron en ansias ilimitadas de odio y de ambición contra el moribundo Imperio al que habían soportado durante tanto tiempo. Había llegado la hora de ajustar cuentas, y la única duda estaba en saber cuánto tiempo podrían aplazarlo las complicadas telarañas de la diplomacia europea y, en particular, de la diplomacia inglesa. El inminente colapso del Imperio turco, al igual que la continua decadencia del Imperio austríaco, levantando fuerzas más allá del alcance humano, habían debilitado todos los cimientos de la Europa Oriental y Sudoriental. Un cambio violento, inmenso, incalculable, pero irresistible e inmediato, se había apoderado de los corazones e instituciones de 120 millones de hombres.

En este momento y en este panorama decidió Alemania lanzar su ejército a través de Bélgica para invadir a Francia, y todas las demás disputas se colocaron en línea al compás de aquel combate supremo. En aquel terremoto, ¿qué era lo que sacudiría a aquella Turquía de escándalo, desmoronada, decrepita y sin dinero?

Turquía recibió, según les pareció a los británicos, la oferta más favorable que nunca recibió nación alguna en la historia. Se le garantizó la absoluta integridad de sus dominios a cambio de mantener su neutralidad. Se le garantizó esto, no solo con la autoridad de sus amigas Francia y Gran Bretaña, sino también con la de su enemiga Rusia. La garantía de Francia e Inglaterra la habría protegido de los estados balcánicos y especialmente de Grecia; la garantía rusa interrumpía los períodos indefinidos de amenaza avasalladora del norte, y la influencia británica podría haber reducido ampliamente el movimiento de rebelión árabe y, por supuesto, haberlo aplazado. Nunca, o así creyeron los aliados, se había hecho una proposición tan ventajosa a un estado tan débil y tan en peligro.

Pero había otro aspecto de la cuestión. Dentro del decadente edificio del

Imperio turco y bajo la superficie de sus asuntos políticos, había latentes fuerzas violentas y decididas, en los hombres y en sus ideas. El desastre de la primera guerra balcánica creó, a base de estos elementos, un fuego interno y abrasador de una intensidad no discernida por ninguna de las embajadas que se extendían a lo largo de las playas del Bósforo; excepto por una. «Durante este tiempo [los años anteriores a la guerra] —escribía, en 1915, un turco muy bien informado—, todo el futuro del pueblo turco fue estudiado por comités hasta en sus más pequeños detalles».

El Comité Panturco aceptó el acuerdo angloruso de 1907 como una definida alianza entre la potencia que había sido su apoyo más firme y desinteresado y su amigo, y la potencia que era su antigua e inexorable enemiga. Por consiguiente, buscaron ayuda aprovechando aquella guerra europea que estaban convencidos que iba a tener lugar. Su plan, que parecía visionario en el año 1913, se fundaba en la reorganización turca en una única base de un pueblo turco: es decir, el paisanaje turco de Anatolia. Este plan consideraba como ideal nacional la unión de las zonas musulmanas de Caucasia, de la provincia persa de Azerbaiyán y de las provincias turcas que se encontraban en Rusia, detrás del Caspio (la tierra patria de la raza turca), con los turcos de la provincia de Anatolia; también comprendía la extensión de Turquía en el Caspio. Este plan incluía la condenación del régimen teocrático, un cambio radical de relaciones entre la Iglesia y el Estado, la modificación de las «fundaciones pías»; procurar los medios para las necesidades seculares del Estado y una rigurosa disciplina de las clases religiosas profesionales. También incluía los cambios esbozados en cuestiones sociales, literarias y económicas que se habían producido en esta última época en Turquía. Mustafá Kemal había trazado en realidad un plan decidido sobre lo que podría haber sido un partido político unos quince años antes y para qué fines. El punto central de todos los proyectos panturcos era apoyarse en Alemania para poder eliminar el peligro ruso. El mariscal Von Bieberstein, embajador alemán en Constantinopla durante muchos años, animaba estos fuegos escondidos con manos muy hábiles.

Los proyectos panturcos podrían haber quedado en el terreno de la fantasía de no ser por el hecho de que, en esta hora fatídica, estaba casi al frente del país un hombre de acción; un presunto Napoleón turco, en cuyas venas corría sangre guerrera y que estaba destinado con su voluntad, vanidad y engaño a arrastrar al Imperio turco a la aventura más arriesgada de su existencia. Enver, un subalterno y turco de corazón, educado en Alemania había thrown his cap over the fence, citamos sus propias palabras, como señal para la revolución de la joven Turquía en 1909. Junto con su puñado de amigos formaban el Comité de la Unión y el Progreso e hicieron frente con valor a todos los enemigos que se presentaban. Cuando Italia conquistó Trípoli, Enver luchó en los desiertos africanos; cuando los ejércitos de los aliados balcánicos estaban en las líneas

de Chatalja, fue Enver el que nunca desesperó. «Adrianópolis —dijo míster Asquith, en 1912, entonces primer ministro— nunca volverá a ser de Turquía». No obstante, Enver entró en Adrianópolis antes de un mes y sigue siendo de Turquía actualmente. El estallido de la Gran Guerra encontró a Enver junto con su compañero Talaat y su hábil e incorruptible ministro de Hacienda, Djavid, al frente de la administración turca. Por encima de ellos, a modo de imponente fachada, estaban el sultán y el gran visir; pero aquellos hombres y sus colaboradores eran incontestablemente la fuerza gobernante, y, de todos ellos, Enver era la fuerza explosiva.

Los dirigentes turcos estimaron el poder de Rusia para una guerra en bastante menos que los aliados occidentales del zar. Estaban convencidos de que el grupo alemán vencería en la guerra terrestre, de que Rusia sería severamente derrotada y de que se produciría una revolución en el país. Con la victoria alemana, Turquía quería asegurarse ganancias territoriales y de población en el Cáucaso, lo que podría salvar a Turquía de la amenaza rusa durante varias generaciones. En las discusiones preliminares, Alemania prometió a Turquía aquellas satisfacciones territoriales en el Cáucaso, en el supuesto de una victoria de las potencias centrales. Esta promesa fue decisiva en la política turca.

La política de los panturcos en todas las esferas de la vida del país y sus ambiciones territoriales estaban comprendidas en un plan definido de guerra. Este plan requería como base el dominio del mar Negro. Cualquiera que fuera el instante en que estallara la guerra, los turcos estaban seguros de que estallaría, y mientras Rusia se las entendía con Alemania y Austria, los panturcos se proponían invadir y conquistar el Cáucaso. Era indispensable el dominio de la ruta marítima desde Constantinopla hasta Trebisonda para avanzar desde este último lugar a Erzerum. Para esto, Turquía necesitaba tener una marina de guerra. Las suscripciones populares abiertas en Anatolia, e incluso en el Islam, durante los años 1911 y 1912 recaudaron el dinero suficiente para la construcción de dos dreadnoughts en Inglaterra. La llegada, como mínimo, de uno de estos a Constantinopla era el puntal en el que se apoyaba todo el plan de guerra turco. La cuestión capital de julio de 1914 para los dirigentes turcos era: ¿llegarían los barcos a tiempo? Evidentemente, el margen era escaso. El primer dreadnought turco, el Reshadieh, tenía que estar terminado en julio; el segundo, unas semanas más tarde. Los agentes turcos estaban ya en acción en territorio ruso alrededor de Olti, Ardahan y Kars, para recolectar las cosechas los turcos musulmanes, que formaban la mayoría de la población, y para hacer posible el avance de las columnas turcas, que descenderían por el valle del Chorukh y se dirigirían contra la retaguardia rusa. El día 27 de julio, Turquía propuso a Alemania una alianza contra Rusia, esta fue aceptada por Alemania y firmada el día 2 de agosto. El día 31 de julio, se había ordenado la movilización del ejército turco.

Pero en este momento se produjo una sorpresa. Inglaterra había tomado una actitud resuelta de resistencia contra Alemania; las flotas británicas se habían hecho a la mar en orden de batalla. El día 28 de julio, incauté, con destino a la Marina Real, los dos dreadnoughts; esta acción la emprendí únicamente desde el punto de vista del interés de la Flota británica. Nadie del Almirantazgo, por lo menos que yo supiera, tenía conocimiento alguno de los proyectos turcos o de la parte que aquellos barcos iban a desempeñar en estos. Procedimos mejor de lo que creíamos. Más tarde fui criticado desde algunos sectores por haber incautado los barcos turcos. Se dijo que la indignación y descontento desatados en todo el país turco habían hecho inclinar la balanza y provocado a Turquía contra nosotros. Sin embargo, ahora sabemos la explicación íntima de aquella indignación: la requisa de aquellos barcos, lejos de hacer de Turquía un enemigo, casi la convirtió en un aliado.

Pero aún les quedaba a los turcos una esperanza: el Goeben. Este crucero rápido de batalla tenía, como ya hemos citado, la orden en tiempos de paz de repostar en el puerto de Pola, en el Adriático. Este barco por sí solo era suficiente para dominar la escuadra rusa del mar Negro. ¿Querían enviar los alemanes el Goeben a Constantinopla? ¿Podría lograrlo? Fue en este momento cuando llegaron a Constantinopla las noticias del ultimátum británico a Alemania, noticias que traían con ellas la seguridad de la declaración de guerra por parte de Gran Bretaña. Los realistas turcos no habían contado nunca con tal acontecimiento, que cambiaba la situación naval en el Mediterráneo. ¿Podría el Goeben escapar a las numerosas flotillas, a las escuadras de cruceros y a los tres de los más poderosos, aunque menos rápidos, cruceros de batalla británicos que se encontraban entre Turquía y el barco alemán? La ansiedad de Enver no conoció límites cuando supo que el Goeben tenía órdenes de remontar el Adriático hasta Pola. Fue a visitar inmediatamente al agregado militar ruso, el general Leontev, y echando por la ventana todos los proyectos anteriores, incluyendo el acuerdo firmado el día anterior con Alemania, propuso a aquel asombrado oficial una alianza entre Turquía y Rusia con varias condiciones, entre ellas las compensaciones turcas en la Tracia occidental. Bien porque los alemanes se dieron cuenta de que los panturcos no les perdonarían, a menos que el Goeben hiciera un esfuerzo para llegar a Constantinopla, o bien porque ya fuera ese su plan de guerra en aquellos momentos, el almirante Von Tirpitz, el 3 de agosto, envió órdenes al Goeben, que estaba a punto de empezar a carbonear en Mesina, para que se dirigiera a Constantinopla. Este barco, después de todas las peripecias ya conocidas, llegó a los Dardanelos el día 10, y tras de algunas conversaciones, fue admitido en el mar de Mármara.

Renació, así, la confianza en Enver, pues el dominio del mar Negro estaba en manos de los turcos. Pero era muy grave afrontar la hostilidad segura de Gran Bretaña, teniendo en cuenta su supremacía naval y la indefensión de los

Dardanelos; además, Italia se había separado de la Triple Alianza. Quizá sería, pues, prudente por parte de Turquía observar el curso de las inminentes batallas terrestres, en particular las del frente ruso. Entre tanto, la movilización rusa podía proseguir sin ostentación y ser justificada como una medida de precaución. Siguió así un período de unos tres meses de vacilación y demora turcas, que daban la sensación de una consumada duplicidad. No puedo recordar ninguna esfera política en que estuviera más desorientado el Gobierno británico que en la de Turquía. Es sorprendente leer, a luz de lo que sabemos actualmente, los telegramas que nos llegaban por distintos conductos desde Constantinopla durante aquel período de tiempo. Todos los aliados, por un lado, animados por las seguridades amistosas del gran visir y de una parte respetable, pero desgastada, del Gabinete, y, por otro lado, indignados ante la negativa de internar y desarmar al Goeben, y, en general, desorientados por algunas voces contradictorias, creyeron que Turquía no tenía política y que podía ganarse o perderse para la causa. Este período de incertidumbre se acabó cuando Enver, actuando el mes de noviembre como agente de las fuerzas panturcas, provocó, sin justificación alguna, el ataque del Goeben y de la flota turca sobre los puertos rusos del mar Negro, arrastrando brutalmente a Turquía a la guerra.

La posición turca solo podía ser juzgada en relación con la situación general en los Balcanes, y esta no se puede entender si no se tienen presentes continuamente los factores dominantes de la historia balcánica anterior a la guerra. La primera guerra balcánica nos presenta a Bulgaria llevando triunfalmente el peso del ataque contra Turquía: mientras sus ejércitos avanzaban hacia Constantinopla contra las mejores tropas turcas, los griegos y los serbios invadían las regiones relativamente menos defendidas de Tracia y Macedonia. Los búlgaros, que habían librado las más grandes batallas y habían sufrido, con mucho, las mayores pérdidas, se encontraron finalmente detenidos ante Constantinopla, y, cuando volvieron la vista atrás, pudieron ver que la casi totalidad de los territorios conquistados estaban en manos de sus aliados. El destino de dichos territorios había sido determinado antes de la guerra por tratados entre los cuatro estados menores beligerantes. Sin embargo, Adrianópolis no se había rendido aún, y, de acuerdo con el tratado, los serbios fueron en ayuda de las fuerzas búlgaras y desempeñaron un importante papel en la captura de aquella fortaleza. Tanto los serbios como los griegos argumentaron que la guerra había sido prolongada por la necesidad de tomar Adrianópolis para reclamar la anulación de algunos puntos del tratado anterior a la guerra, y, mientras, retenían todos los territorios conquistados que estaban en su poder. Los búlgaros se dispusieron a contestar a esta demanda con la violencia; atacaron a serbios y griegos, quedaron derrotados por la superioridad de los ejércitos de estos y, en un momento de debilidad extrema y de derrota, fueron invadidos en otro sector por los rumanos, que, no habiendo

tomado parte en la lucha, tenían sus ejércitos intactos y dispuestos para el ataque. Al mismo tiempo, los turcos avanzaban en Tracia, y, mandados por Enver, reconquistaron Adrianópolis. Así pues, al final de la segunda guerra balcánica, Bulgaria, no solo se vio despojada de casi toda su participación en los territorios conquistados a los turcos (que se dividieron entre Grecia y Serbia), sino que Rumania ocupó su provincia nativa de Dobrudja. Las terribles crueldades y atrocidades que se habían perpetrado por ambos lados en aquella guerra sin cuartel, que siguió a la de expulsión de los turcos, había interpuesto un río de sangre entre griegos y serbios por una parte y los búlgaros por la otra.

Es posible que no haya habido nunca nación alguna que contemplara su sino con una resolución más profunda y desesperada que los búlgaros en aquella ocasión. Todos sus sacrificios habían sido inútiles; peor que inútiles. Todos los frutos de sus conquistas habían ido en beneficio de sus rivales; según ellos, habían sido apuñalados por la espalda y habían sufrido el chantaje de Rumanía, a quien no habían provocado en modo alguno. Vieron cómo las grandes potencias, con Inglaterra a la cabeza, prohibían la vuelta de los turcos a Adrianópolis sin que hicieran el menor intento de cumplir su palabra para impedirlo. Los búlgaros vieron, no solo a Salónica, sino incluso a Cavala, en poder de los griegos; vieron cómo grandes territorios habitados por una mayoría de raza búlgara recién liberada de los turcos pasaban bajo el yugo, para ellos no menos odioso, de serbios y griegos. Fue en estas circunstancias, cuando el ejército búlgaro, según palabras del rey Fernando, «plegó sus banderas» y se retiró a esperar mejores días.

Esta Bulgaria guerrera y fuerte, con su rey emprendedor y su valiente ejército de hombres del campo recogidos en sus meditaciones sobre lo que les parecían a ellos intolerables injusticias, era el factor dominante en los Balcanes en los años 1914 y 1915.

El día 19 de agosto de 1914, el señor Venizelos, entonces primer ministro de Grecia, con la aprobación obtenida asombrosamente del rey Constantino, puso formalmente al servicio de las potencias de la Entente todos los recursos militares y navales de Grecia a partir del momento en que estos fueran necesarios. Añadió que su oferta estaba hecha con atención especial a Gran Bretaña, con cuyos intereses estaban indisolublemente unidos los de Grecia. Los recursos de Grecia, decía él, eran pequeños, pero podía disponer de 250.000 hombres, y sus puertos y marina podían ser de algún servicio. Esta oferta magnánima, hecha cuando todo parecía tan incierto, e incluso antes de que tuviera lugar la batalla principal de Francia, me atrajo mucho. No cabe duda, por una parte, que era un problema grave correr el riesgo de añadir a Turquía entre nuestros enemigos, pero, por otra, el ejército y la marina de Grecia eran elementos de mucho valor y una combinación de la escuadra

británica del Mediterráneo con dichos elementos ofrecía un medio de solventar las dificultades en los Dardanelos de un modo más rápido y efectivo. La península de Gallípoli estaba por entonces ocupada con pocos efectivos turcos, y se sabía que el Estado Mayor griego tenía preparados planes concienzudos para conquistarla. Además, yo tenía la impresión de que, de todos modos, Turquía estaba yendo hacia la guerra y hacia el bando contrario. Su actitud respecto al Goeben y el Breslau continuaba siendo francamente fraudulenta. La presencia de estos dos barcos alemanes en el mar de Mármara era un medio de ejercer una presión decisiva sobre los partidarios de la neutralidad en Constantinopla. Si no íbamos a asegurarnos una sincera neutralidad de Turquía, que nos fuera entonces permitido poner a nuestro lado a los estados cristianos de los Balcanes. ¿Podíamos contar con ellos? ¿Podríamos formar una confederación balcánica de Serbia, Grecia, Bulgaria y Rumanía? Sucediera lo que sucediera, teníamos que procurar no caer en una situación confusa.

Sin embargo, sir Edward Grey, después de complicadas consideraciones, indujo al Gabinete a declinar la oferta de Venizelos, pues temía, con razones de peso sin duda alguna, que una alianza con Grecia suponía inmediatamente la guerra con Turquía, y posiblemente con Bulgaria. Temía que Grecia corriera peligros sin que estuviéramos en condiciones de ayudarla. Sobre todo, estaba preocupado por alentar una acción de Grecia contra Constantinopla de tal forma que pudiera ser causa de disgusto para Rusia. Y, por último, confiaba en que sir Louis Mallet, que estaba muy bien relacionado con el gran visir y con los dirigentes del partido de la neutralidad, podría, a fin de cuentas, estar en condiciones de mantener la paz. Nadie podía aventajar la habilidad y perseverancia con que trabajaba el embajador británico. De todo esto se dedujo que debíamos mantener aquella excelente oferta que habíamos hecho en común con Francia y Rusia al principio de la guerra para garantizar la integridad del Imperio turco a cambio de su neutralidad. Naturalmente, yo me conformé con la decisión del Gabinete, pero mi desconfianza iba en aumento. Yo continué pensando y confiando en una confederación balcánica.

En los primeros días de septiembre, parecía muy probable que Turquía, bajo la influencia del avance alemán sobre París, nos declararía la guerra a nosotros y a Grecia, hiciéramos lo que hiciéramos. Empecé seguidamente a preparar tal evento, convocando una conferencia entre representantes del Almirantazgo y la Sección de Operaciones del Ministerio de la Guerra para preparar un plan para la toma de Gallípoli por el ejército griego con el objeto de dar acceso a la flota británica al mar de Mármara. La estimación resultante de 60.000 hombres como fuerza indispensable era acorde a los recursos griegos y empezaron las conversaciones con el Gobierno griego mediante el contraalmirante Mark Kerr, jefe de nuestra misión naval en Grecia. El Estado Mayor griego juzgó favorablemente el conjunto de la operación, pero opinó

que Bulgaria debía atacar simultáneamente a Turquía con todas sus fuerzas; no querían aceptar la garantía búlgara de neutralidad.

El día 6 de septiembre, el señor Venizelos dijo a nuestro ministro en Atenas que no temía un ataque por tierra, mano a mano con Turquía, pues el Estado Mayor griego confiaba en poder resistirlo. El Gobierno griego había recibido de Sofía seguridad positiva de una neutralidad definida, pero no confiaba en ella. No obstante, se daba por satisfecho con una protesta formal del Gobierno búlgaro contra la violación de su territorio por tropas turcas que quisieran atacar a Grecia. No obstante, si Bulgaria se unía a Turquía mientras Serbia se las entendía con Austria, la situación sería crítica. En este aspecto hice notar, en aquella misma fecha, al secretario de Estado que, para atacar Gallípoli, podría traerse un cuerpo de ejército desde Arkangel, desde Vladivostok o, con autorización de Japón, desde Port Arthur. «El precio a pagar por la toma de Gallípoli sería, sin duda alguna, elevado, pero no habría ya más guerra con Turquía. Un buen ejército de 50.000 hombres y el dominio del mar: esto es el final de la amenaza turca».

Pero era más fácil buscar ejércitos que encontrarlos. Sir Edward Grey contestó enviándome un telegrama que había recibido aquella misma mañana desde San Petersburgo, diciendo que, en vista del gran número de tropas que los alemanes estaban transportando desde el frente occidental al oriental, Rusia estaba llamando a todos los hombres disponibles en Asia y en el Cáucaso, y que en este último sector dejaba únicamente un cuerpo de ejército. Por consiguiente, y de acuerdo con el telegrama de San Petersburgo, Grecia tenía que soportar por sí sola la guerra, a menos que pudiera aplacara Bulgaria mediante concesiones territoriales. Él añadía en el dorso de mi nota: «Podrá usted deducir por el telegrama de San Petersburgo que Rusia no puede proporcionar ayuda contra Turquía. No me gusta en absoluto la perspectiva en el Mediterráneo, a menos que se produzca un cambio en Francia».

Solamente un estudio concienzudo de este problema podría solventar todas sus inmensas dificultades. Para que no se piense que yo desestimaba la gravedad de una guerra con Turquía, debe recordarse que yo estaba convencido de que Turquía nos atacaría más pronto o más tarde, y que también estaba procediendo basándome en la creencia de que la invasión alemana en Francia llegaría a un punto muerto. Estas dos hipótesis demostraron ser ciertas. No quiero hacer creer que mi punto de vista fuera el más correcto, sino que lo expongo para que sea juzgado en el futuro. La política derivada de tal punto de vista tendría, por supuesto, que haber ofrecido Chipre a Grecia a cambio de que esta ofreciese Cavala a Bulgaria. Ello habría sido un motivo de presión extrema sobre Serbia, para que hiciera concesiones a Bulgaria en Monastir. No sé si estas medidas hubieran tenido éxito por aquel tiempo.

El día 9 de septiembre, la actitud de los turcos en lo que hacía referencia al Goeben y al Breslau se había manifestado tan abiertamente provocadora que se hizo necesario retirar la misión naval británica, que estaba expuesta diariamente a incidentes desagradables provocados por los alemanes y el partido turco partidario de la guerra. Mi intención era destinar al jefe de nuestra misión naval en Turquía, el contraalmirante Limpus, al mando de la escuadra de vigilancia en los Dardanelos, y a tal efecto, se enviaron finalmente las órdenes oportunas. No obstante, no se prosiguió este proyecto, creyendo que no sería correcto colocar en este puesto al mismo oficial que acababa de cesar en su misión de instructor de la flota turca. No cabe duda de que este argumento era de peso, pero al aceptarlo perdimos las ventajas de tener en aquel funesto sector al almirante que conocía mejor que nadie a los turcos y a los Dardanelos, con todas sus posibilidades. Era un pequeño eslabón en una larga cadena; se impusieron dilaciones y tuve que preparar otras disposiciones.

El día 21 de septiembre, telegrafí al vicealmirante Carden, que estaba al frente del arsenal de Malta, para que tomara el mando de la escuadra frente a los Dardanelos, la cual tenía que ser aumentada con el Indomitable y dos acorazados franceses con la única misión de hundir al Goeben y al Breslau, sin hacer distinción de la bandera que enarbolasen, en el caso de que salieran de los Dardanelos.

La victoria del Marne, aunque después perdió valor a causa de acontecimientos adversos, puso freno al desarrollo de la situación en el Oriente Próximo. La actitud de Turquía no sufrió modificación de momento, excepto hacia Grecia, que se hizo menos amenazadora. Esto, sin embargo, produjo el correspondiente enfriamiento en Atenas para lanzarse a la guerra europea. Desde mediados de septiembre, la situación en los Balcanes pasó de la fase de crisis a la de espera. Pero en dicha situación subsistieron fundamentalmente los afanes bélicos.

Yo continué trabajando sin cesar para llegar a una oportunidad que permitiera una política de unión de los estados balcánicos, sin tener en cuenta lo que pudiera suceder en Turquía. Nunca me desvié de esta norma; pero el lector comprenderá los otros argumentos que regulaban la actitud del Gabinete. Estos eran: el deseo leal de no extender la guerra a otras regiones, los peligros en la India derivados de una disputa de Gran Bretaña con Turquía, nuestra debilidad militar en 1914, los deseos de lord Kitchener de mantener el Oriente tranquilo hasta que las dos divisiones indias hubieran pasado el canal de Suez, las dificultades de obtener el apoyo de Rusia respecto a Constantinopla, y, por último, las dudas, evidentemente substanciales, de si Bulgaria y el rey Fernando podrían ser apartados del sistema teutónico a causa de la ausencia de éxitos militares efectivos en los teatros principales de la guerra o de una fuerte intervención local en los Balcanes por fuerzas aliadas.

Cuando yo hablaba de estas cuestiones por aquel tiempo con sir Edward Grey, era sobre este último argumento sobre el que más se inclinaba él. «Hasta que Bulgaria crea que Alemania perderá la guerra, no cambiará de actitud por las promesas que le hagamos de territorios de otros países». La rápida invasión del norte de Francia por los ejércitos alemanes, la retirada del Gobierno francés a Burdeos, la caída de Amberes, las grandes victorias de Hindenburg sobre los rusos, todos ellos eran acontecimientos que dominaban igualmente a los espíritus búlgaros y turcos. Inglaterra, sin un ejército, sin ninguna reserva en soldados, sin armamentos para enviar, solo con su marina y su dinero, contaba poco en el Oriente Próximo. Las pretensiones rusas sobre Constantinopla se interponían directamente en el camino de las ambiciones del rey Fernando y del rey Constantino. En todos los Balcanes, solo un espíritu clarividente, solo el genio de Venizelos discernía los resultados morales fundamentales de la lucha, estimaba correctamente las fuerzas relativas de los poderosos combatientes y apreciaba en su verdadero valor las victorias del ejército alemán y la potencia marítima bajo la que se iban reuniendo paulatinamente los recursos latentes e inexhaustos del Imperio británico.

Así pues, los aliados continuaban poniendo su expectación y esperanza en Constantinopla, y los días iban pasando rápidamente. A mediados de octubre, supimos que los preparativos de Turquía para invadir Egipto estaban ya hechos. Supimos también, gracias a una fuente secreta, que el embajador austríaco en Constantinopla había recibido de Enver la garantía de que Turquía entraría en guerra contra la Entente en fecha próxima. Al final de octubre, nuestros puestos avanzados más allá del canal de Suez tuvieron que ser retirados en vista de las concentraciones turcas. Y finalmente, el día 27 de octubre, el Breslau, con el crucero turco Hamidieh y una división de destructores seguidos por el Goeben, irrumpió en el mar Negro; bombardearon los días 29 y 30 las fortalezas de Sebastopol, hundieron un transporte ruso, hicieron una incursión sobre el puerto de Odesa, torpedearon un cañonero, y, por último, destrozaron prácticamente Novorossisk, sus tanques de gasolina y todos los barcos que había en el puerto.

El embajador ruso en Constantinopla pidió inmediatamente sus pasaportes, y a las ocho y cuarto de la tarde del día 30 de octubre, el Ministerio de Asuntos Exteriores británico, después de exponer sus agravios contra los turcos, especialmente los de su invasión de la península del Sinaí y su proceder respecto al Goeben, envió un ultimátum exigiendo la condenación de estos actos y la destitución de las misiones militar y naval alemanas en el plazo de doce horas.

Cuando expiró el ultimátum, Rusia declaró la guerra a Turquía, y el día 1 de noviembre, los embajadores de Francia e Inglaterra, en compañía de su colega ruso, abandonaron Constantinopla, el mismo día en que en la otra parte

del mundo se estaba librando la batalla de Coronel. Las órdenes navales para empezar las hostilidades se enviaron de acuerdo con Asuntos Exteriores, cuando expiró el plazo del ultimátum.

El día 1 de noviembre, dos de nuestros destructores entraron en el golfo de Esmirna, destruyeron un gran yate armado turco, que estaba colocando minas a la deriva, y más tarde, en el mismo día, el almirante Carden recibió órdenes para bombardear los fuertes exteriores de los Dardanelos desde gran distancia en la primera ocasión favorable. Este bombardeo tuvo lugar en la mañana del día 3 de noviembre; los dos cruceros de batalla británicos, disparando fuera del alcance de los cañones turcos, bombardearon las baterías del litoral europeo de Sedd-el-Bahr y del cabo Helles. Los acorazados franceses dispararon sobre las baterías del litoral asiático en Kum Kalé y Orkanieh. Se hicieron aproximadamente unos ochenta disparos que produjeron daños considerables a los fuertes turcos y varios cientos de bajas a los alemanes y turcos que los guarnecían.

Han sido muy discutidas las razones de esta demostración bélica. Aunque estas no eran de mayor importancia. Una escuadra británica había estado esperando durante meses en la parte exterior de los Dardanelos, se había declarado la guerra a Turquía, y era natural que se rompiera el fuego sobre el enemigo tal como se habría hecho en los frentes de ejércitos enemigos. Era necesario conocer exactamente los alcances eficaces de los cañones turcos y las condiciones en que se podía hacer una entrada de aproximación a la zona bloqueada. Se ha dicho que este bombardeo fue una acción imprudente, pues obligaba a poner a los turcos en guardia y a hacer que reforzaran sus defensas. Era inevitable después de la declaración de guerra que se mejorara constantemente la organización defensiva de los estrechos. El que este proceso de mejora fuera estimulado por el bombardeo es una simple conjetura; cuando tres o cuatro meses más tarde (19 febrero de 1915) el almirante Carden volvió a bombardear los mismos fuertes, la península de Gallípoli estaba totalmente sin preparar para la defensa y aun débilmente guarnecida; pequeños destacamentos de infantería de marina pudieron llegar sin oposición a los fuertes destrozados y a una considerable distancia detrás de ellos.

Teníamos que prepararnos en aquel momento contra el ataque inminente de Turquía a Egipto. La primera escuadra de cruceros, el Black Prince, el Duke of Edinburgh y el Warrior, había sido empleada en misiones de escolta o de protección en Alejandría o en Port Said. Incluso antes de que tuviéramos noticias de la batalla de Coronel, la tensión creciente sobre nuestros recursos había hecho necesario reemplazar aquellos buenos barcos por otros más viejos y pequeños. Aquellos se necesitaban en este momento urgentemente para formar una escuadra de combate cerca de las islas de Cabo Verde como parte de la segunda combinación contra Von Spee. Después estaban también

prometidos al comandante en jefe para la Gran Flota y lo más pronto posible. Nos habríamos visto en un gran aprieto en aquellas circunstancias para encontrar una nueva y satisfactoria fuerza naval para la defensa del Canal contra el ataque inminente turco. La localización y bloqueo del Königsberg, el día 31 de octubre, dejó libres dos de los tres barcos que fueron a su caza; pero esto no era bastante. La destrucción del Emden, el día 9 de noviembre, fue un acontecimiento completamente distinto; nos permitió un alivio inmediato y precisamente donde lo necesitábamos. El océano Índico quedaba ahora libre de barcos enemigos. Inmediatamente se dio la orden al acorazado Swiftsure para que fuera desde la base de las Indias Orientales al canal. De los cruceros rápidos que habían ido en busca del Emden, el Gloucester, el Melbourne, el Sydney, el Hampshire y el Yarmouth fueron traídos al Mediterráneo pasando por el mar Rojo. Busqué en todos los océanos todos los barcos disponibles. Durante la segunda y tercera semanas de noviembre, el Swiftsure y la escuadra y la flotilla mencionadas más arriba, junto con el barco francés Requin y el ruso Askold, entraron en el Canal para la defensa de Egipto. El ataque turco demostró tener solo un carácter de tentativa; cuando vieron ante sí tropas y barcos se retiraron, tras débiles intentos, a los desiertos orientales para reunir más fuerzas.

Durante todo este tiempo, el gran convoy australiano, que transportaba el cuerpo de ejército de Australia y Nueva Zelanda, había estado navegando continuamente hacia Francia a través de los océanos Pacífico e Índico. Se habían hecho preparativos para enviarlos, en caso necesario, a la Ciudad del Cabo; pero, antes de que el convoy llegara a Colombo, el general Botha y el general Smuts habían conseguido reprimir ya la rebelión en África del Sur. Los australianos y neozelandeses continuaron por consiguiente su viaje a Europa, escoltados por el Ibuki y el Hampshire. Al final de noviembre, estos transportes entraban en el canal de Suez. Como la invasión de Egipto por parte de Turquía era todavía una amenaza, era necesaria la presencia en aquella zona de tropas fieles y resueltas, y, el primer día de diciembre, lord Kitchener, ante el peligroso desarrollo de los acontecimientos, dio la orden de desembarcar todas las fuerzas australianas y neozelandesas en Suez, con el doble fin de completar su instrucción y defender la línea del Canal.

En este punto tenemos que dejar la situación turca por un momento. La garra alemana apretaba cada día más sobre Turquía. La desgracia de este pueblo y el perfeccionamiento de su organización militar avanzaban juntos; bajo los cañones del Goeben y del Breslau, la incertidumbre, la división y el hambre se apoderaban de Constantinopla. En la parte exterior de los estrechos estaba montada la guardia silenciosa de la escuadra británica. Grecia, perpleja ante la actitud de Gran Bretaña, interesada en las disputas entre Venizelos y el rey Constantino, estaba muy lejos de mantener su resolución del mes de agosto. Serbia luchaba valientemente contra los ejércitos austríacos. Rumanía

y Bulgaria, con su espíritu en el pasado, se vigilaban mutuamente. En Egipto, la instrucción del cuerpo de ejército australiano y neozelandés se iba perfeccionando semana por semana.

Así pues, cuando este acto del terrible drama mundial llega a su fin, vemos ya cómo se preparan la escena y los actores para el próximo. De los rincones más apartados del mundo hombres y barcos aflúan o se concentran en el Mediterráneo oriental en cumplimiento de un destino que hasta el presente no podía haber sido comprendido por ningún mortal. La eliminación de alemanes en los océanos liberados por nuestras flotas y la llegada de los anzacs a Egipto creaban el núcleo del ejército necesario para atacar al corazón del Imperio turco. La pausa en el frente occidental, donde todo quedaba helado en las trincheras de invierno, nos daba de pronto un poco de respiro y una gran posibilidad de acopio de efectivos. Mientras los batallones australianos maniobraban en evoluciones continuas sobre las rizadas arenas del desierto egipcio y el comandante Holbrook, en su valiente submarino, se sumergía por debajo de los campos de minas de Chanak y hundía un transporte turco en la boca de los Dardanelos, lejos, en las dársenas de Portsmouth, los hombres de los astilleros se afanaban noche y día para montar los cañones de 38,1 cm y sus torres en el Queen Elizabeth. Y todo era inconsciente, sin coordinación y sin plan. Entre una veintena de posibilidades, podía haber una que diera una dirección distinta al desarrollo de la guerra. No se había hecho ningún plan, ni se había tomado ninguna decisión. Pero habían surgido nuevas ideas, estaban apareciendo nuevas posibilidades, se disponía de nuevos efectivos y además marchaba hacia nosotros un nuevo peligro de primera magnitud. Rusia, aquel poderoso rodillo ruso, esperanza de la sufrida Francia y de la postrada Bélgica, estaba cayendo. Sus ejércitos estaban combatiendo con las fuerzas de Hindenburg y Ludendorff y detrás de sus frentes de batalla aparecían ya en todos los gabinetes y consejos los terribles síntomas de debilidad, deficiencia y desorganización. El invierno había llegado y envuelto a Rusia; no había contacto con sus aliados, no había posibilidad de que estos la ayuden: los bloques de hielo cerraban el mar Blanco, los alemanes estaban en el Báltico, los turcos habían cerrado los Dardanelos. Solo era necesario un grito de Rusia para ir en su ayuda, para hacer vital lo que parecía sin vida, para marcar un propósito a lo que no lo tenía. Pero aquel grito no llegó.

El lector ha seguido el aumento creciente de tensión sobre los recursos del Almirantazgo, que se hizo notar en todas las zonas de guerra durante los meses de septiembre, octubre y noviembre de 1914. Debe comprender que, aun cuando para los fines de la narración es necesario tratar en capítulos separados cada serie independiente de tensiones y crisis, muchos de los acontecimientos estaban en curso simultáneo en todos los teatros de la guerra y las dificultades consiguientes se amontonaban y se influían recíprocamente entre sí, llegando de este modo a un punto de máxima intensidad en el mes de noviembre, y esta

no podía mantenerse y posiblemente no podría ser excedida.

Vale la pena dar un repaso a toda la situación. En primer lugar, los transportes de tropas y suministros a Francia eran incesantes y vitales para nuestro ejército; por encima de todo esto vinieron las operaciones en la costa belga, la aproximación del enemigo a los puertos del Canal y la larga crisis de la gran batalla de Ypres-Yser. En segundo lugar, todos los cruceros del enemigo estaban presentes en el mar y cierto número de mercantes armados enemigos andaban sueltos por los mares exteriores, amenazando cada uno un número indefinido de puntos y de sectores, y requiriendo cada uno de ellos de cinco a seis veces más efectivos para localizarlos y para proteger el tráfico mientras ellos estaban en funciones. Al mismo tiempo, los grandes convoyes de tropas de la India, del Canadá y de Australia y las concentraciones de las tropas regulares británicas procedentes de todas las partes del mundo estaban en marcha. Estaban también en curso o en su fase crítica no menos de seis expediciones distintas: Samoa, Nueva Guinea, el África Oriental alemana, Heligoland, el Camerún y el África Sudoriental alemana. A esto hubo que añadir la rotura de hostilidades con Turquía, el ataque al canal de Suez y las operaciones en el golfo Pérsico.

Para hacer frente a estas serias obligaciones, tuvimos que quitarle no menos de tres unidades decisivas a la Gran Flota. Esta, que al principio de la guerra estaba en perfecto orden, requería ya reparaciones y modificaciones por turno con la consiguiente reducción de fuerza disponible. Mientras, la amenaza submarina se había presentado en forma seria y además fue exagerada por nosotros mismos. Si bien se hicieron los más vehementes esfuerzos para dar seguridad a nuestras flotas en los puertos del norte, estas medidas requirieron muchas semanas durante las cuales la ansiedad fue continua. Detrás de todo esto se encontraba la flota alemana, sabedora, como podíamos suponer, de la tensión a que estábamos sometidos, y lista potencialmente en cualquier momento para combatir para afianzarse de forma total. Con las largas noches de invierno, la ausencia de todas las tropas regulares, la instrucción, inadecuada por entonces, de la fuerza territorial y el estado embrionario de los nuevos ejércitos de Kitchener, el miedo de la invasión volvió a surgir, y aunque deseamos esta idea en teoría, estábamos, sin embargo, obligados a poner en práctica una larga serie de medidas de precaución. Fue un período de mucha tensión. Más de una vez se sugirió que el Almirantazgo tendría que verse forzado a limitar sus responsabilidades y abandonar a su destino, por cierto tiempo, algunos intereses muy importantes, para poder asegurar así los intereses vitales. Mientras, fuimos pasando como pudimos. Puede proclamarse que, durante aquellos meses, contestamos a todas las llamadas que se nos hicieron, se protegían todos los mares, se llevaban a cabo todas las expediciones, se conducían los convoyes sanos y salvos a su destino, cumplimos con todas nuestras obligaciones respecto al ejército en

Francia y a los belgas, y durante todo el tiempo mantuvimos nuestra fuerza principal de tal modo que nunca declinaríamos la batalla que el enemigo se aventurara a presentar.

Entonces, de repente, la tensión quedó relajada en todas partes del mundo. Los cruceros y barcos alemanes que atacaban el comercio fueron bloqueados y hundidos uno tras otro, llegaron los grandes convoyes y los expedicionarios desembarcaron sin novedad, las defensas de nuestros puertos contra submarinos quedaron completadas. Una serie de medidas para luchar contra los submarinos fueron puestas en práctica. Empezaron a incorporarse a la flota grandes refuerzos de nuevos barcos de la más alta calidad y de todas clases. El ataque al canal de Suez quedó detenido, la rebelión en África del Sur había sido reprimida. Los peligros de invasión, tal como se presentaban, disminuían cada día con la creciente eficiencia de las fuerzas territoriales y los nuevos ejércitos. La gran batalla por los puertos del Canal terminó en una victoria decisiva y de gloria imperecedera. Y, finalmente, con la batalla de las islas Falkland, quedó terminada la limpieza de los océanos. Excepto en los cerrados mares del Báltico y Negro y la zona defendida de la bahía de Heligoland, la bandera alemana había dejado de ondear en cualquier barco en todas las partes del globo.

A medida que pasaba el mes de diciembre, se apoderó del Almirantazgo una sensación de indescriptible alivio. Habíamos hecho la transición de la paz a la guerra sin desastres, casi sin desgracias. Todos los peligros que nos acechaban antes de la guerra y contra los que nos habíamos preparado, habían sido soslayados, vencidos o bien no se habían presentado; no había habido sorpresas, la Flota estaba a punto. El ejército había llegado a tiempo al campo de batalla decisivo y fue apoyado satisfactoriamente. Había sido vencido el peligro de las minas. Pensábamos haber encontrado medios eficientes de lucha antisubmarinos y fueron empleados durante casi los dos años venideros. Todos los planes del enemigo para la destrucción de nuestro comercio marítimo y todas nuestras alarmas respecto a tales planes habían desaparecido. El comercio británico y aliado continuaba sin novedad a través del mundo; el comercio y el aprovisionamiento de Gran Bretaña estaban asegurados; el seguro de guerra descendió al 1 %. Un sentimiento de profunda gratitud llenaba nuestros corazones cuando se aproximaban las primeras fiestas de Navidad de la guerra, así como una absoluta confianza en la victoria final.

El poderoso enemigo, con todas las ventajas de preparación y preconcepción, había desencadenado su ataque y en todas partes había sido llevado a un punto muerto. Nos había llegado el turno a nosotros; la iniciativa había pasado a manos de Gran Bretaña, la Gran Anfibia. El tiempo y los medios estaban bajo nuestro mando y nos tocaba a nosotros atacar dónde y cuándo quisiéramos. Tal como creíamos, la fuerza de nuestra Gran Flota era

inmensa, y en adición, el total de aquellas numerosas escuadras que hasta aquí habían estado extendidas por todos los mares del mundo, formaban ahora una flota adicional capacitada para intervenir en la batalla suprema sin comprometer en absoluto la base de nuestra potencia naval.

Pero estas realizaciones eran solo tolerables como preludio de otras operaciones nuevas y más intensas. Ciertamente, hubiera sido vergonzoso, por lo menos así me lo parecía a mí, que el Almirantazgo hubiera quedado satisfecho con el cumplimiento de la primera y más azarosa etapa de su labor y se hubiera abandonado a la contemplación de seguridades reconquistadas y peligros soslayados. Había llegado el momento de hacer sentir, quizá no decisivamente, pero ciertamente con mucho peso, nuestra potencia en la contienda de los ejércitos; había llegado el momento de desencadenar una ofensiva sobre los alemanes, inesperada e imprevista, para enfrentarlos con una sucesión de situaciones sorprendentes que les llevaran de crisis en crisis y golpe tras golpe hasta que quedara consumada su derrota.

Así como los alemanes, de entre todos los enemigos en el mundo, eran los más terribles cuando ponían en ejecución sus propios planes, también era fácil desconcertarlos cuando se les forzaba a conformarse con los planes de su antagonista. El dejar a los alemanes la holgura necesaria para desarrollar sus planes inmensos, pacientes y concienzudos; para ejecutar sus preparativos lentos, completos y de previsión inmensa; era correr un terrible peligro. Desviarlos de su ruta, perturbar su mentalidad estudiosa, quebrantar la confianza en sí mismos, desmoralizarlos y quebrar sus planes por una acción inesperada, era seguramente el camino, no solo de la gloria, sino de la prudencia.

Aquí termina la primera fase de la guerra naval. La primera parte de la labor británica está ya hecha tanto por mar como por tierra. París y los puertos del Canal están salvados y los océanos limpios de enemigos. Es evidente que toda la fuerza del Imperio británico puede ser transformada en potencia guerrera y dirigida sobre el enemigo. Ya no hay posibilidad de que Francia quede derrotada antes de que el Imperio británico esté listo; tampoco hay posibilidad de que el Imperio británico quede paralizado antes de que pueda invertir toda su fuerza en la lucha. La iniciativa suprema pasa de las manos de las potencias teutónicas a las de los aliados. Ahora afluirán a nuestras manos continuamente todos los recursos, casi inconmensurables y de una indescriptible variedad, en barcos, en hombres, en municiones y en dispositivos de guerra. ¿Qué haremos con ellos? Se presentan a nuestra elección alternativas estratégicas inmensas y del más alto orden. ¿Cuáles elegiremos? ¿Emplearemos nuestras flotas reforzadas y nuestros grandes y poderosos ejércitos de 1915 sobre la derecha teutónica en el Báltico o sobre su izquierda en el mar Negro y los Balcanes? ¿O lanzaremos nuestros hombres

contra los parapetos, alambradas y obras de hormigón en un ataque frontal sobre las líneas fortificadas alemanas en Francia? ¿Podremos, mediante un esfuerzo magnífico, entrar en contacto directo con nuestro aliado ruso, o lo dejaremos en un peligroso aislamiento? ¿Podremos, mediante una acción decisiva, en la esperanza de acortar el conflicto, arrastrar a la guerra a las pequeñas naciones en el Norte y en el Sur que hasta este momento han estado al margen de la misma? ¿Avanzaremos firmemente hacia lo que se encuentra inmediato a nuestro frente? ¿Emplearemos nuestros ejércitos solo en los barrizales de Flandes o abriremos un nuevo frente? ¿Se darán por satisfechas nuestras flotas con los grandes y sólidos resultados que han conquistado o se preservarán de los futuros peligros mediante una nueva e inagotable audacia?

Las contestaciones a las cuestiones de aquel momento irán apareciendo en las diversas etapas de esta historia.

SEGUNDA PARTE

1915

A todos los que bregaron

XVIII

La pausa en el Oeste

El año 1915 estaba predestinado a ser desastroso para la causa de los aliados y para el mundo entero. Los errores cometidos en aquel año hicieron perder la oportunidad de mantener la conflagración dentro de límites, que, aunque enormes, podían aún ser regulados. Luego continuó el incendio hasta que se extinguió por sí mismo. Después los acontecimientos se desarrollaron mucho más allá del alcance de una voluntad consciente. Los gobiernos y los individuos se adaptaron al ritmo de la tragedia y vacilaron y se tambalearon hacia adelante abandonados a una violencia sin remedio, matando y derrochando en una escala que aumentaba continuamente, hasta que se causaron agravios a la estructura de la sociedad humana que no se borrarán en un siglo y que se demostrarán, probablemente, como fatales a la presente civilización. Pero, en enero de 1915, aquella terrible crisis aún podía haber sido aliviada; podía haber sido encomendada a manos humanas y llevada a un equilibrio de victoria justa y fructífera antes de que el mundo quedara exhausto, antes de que las naciones quedaran destrozadas, antes de que los

imperios saltaran en pedazos y antes de que Europa quedara arruinada.

Pero las cosas no tenían que suceder así. La humanidad no pudo escaparse tan fácilmente de aquella catástrofe a la que se vio arrojada. Fue preciso que el orgullo fuera humillado en todas partes y que en ninguna recibiera satisfacción. Las magníficas realizaciones no fueron coronadas por una armonía espléndida, no hubo premios para recompensar los sacrificios de los combatientes. La victoria tuvo que ser comprada tan cara que apenas se distingue de la derrota; no iba a dar seguridad alguna incluso a los vencedores; nunca tendría lugar aquello de: *The silence following great words of Peace*.

A las convulsiones de la lucha los sucederían los tumultos estériles de la posguerra. Las esperanzas nobles, la bella camaradería y las gloriosas audacias tenían que conducir en cada nación solo a la desilusión y al abatimiento. Los sufrimientos y el empobrecimiento de los pueblos habrían podido detener la guerra, la ruina de los vencidos podría mitigar los bombardeos, y sin embargo, los odios continuaron subsistiendo y no fueron canceladas las querellas. La más completa victoria que nunca fuera ganada por las armas fracasó en la resolución del problema europeo y en la eliminación de los peligros que produjeron la guerra.

Cuando finalizó el año, los grandes combatientes habían llegado a un punto muerto total en el Oeste, tanto en tierra como en el mar. La flota alemana continuaba al abrigo de sus puertos fortificados y el Almirantazgo británico no había descubierto el procedimiento para hacerla salir de ellos. Las líneas de trincheras discurrían de un modo continuo desde los Alpes al mar, y no había posibilidad alguna de maniobra. Los almirantes pusieron toda su fe en el bloqueo; los generales concibieron una guerra de desgaste junto con las más terribles tentativas para romper el frente enemigo. Ninguna de las guerras del mundo había mostrado nada comparable al frente continuo que se había acabado de establecer; desde la frontera Suiza hasta el mar del Norte se extendían fortificaciones en más de 600 kilómetros, guarnecidas por millones de hombres y apoyadas por millares de piezas de artillería. Cuando estas líneas eran aún débiles y poco profundas en los meses de octubre y noviembre, los alemanes intentaron romperlas; fracasaron con fuertes pérdidas. Los estados mayores francés y británico tenían que ser iniciados aún en el poder defensivo de las alambradas y de las ametralladoras atrincheradas.

Desde hacía más de cuarenta años se había renunciado a los ataques frontales, habida cuenta de la potencia de los fuegos modernos. En la guerra francoalemana, las grandes victorias alemanas habían sido ganadas mediante amplios movimientos envolventes ejecutados en un flanco u otro con fuerzas considerables. En la guerra rusojaponesa fue adoptado invariablemente este método por los vencedores. Así, en Liaoyang, fue el ejército del general Kuroki el que envolvió el flanco izquierdo de los rusos; y en Mukden, el

ejército del general Nogi, llevado especialmente desde Port Arthur, el que envolvió el ala derecha rusa. Se consideraba que si los ataques frontales no iban acompañados de movimientos envolventes sobre el flanco eran extremadamente costosos y, probablemente, fracasaban. Pero en este momento, por primera vez, en Francia y en Flandes, no había flancos que desbordar. El movimiento envolvente, la maniobra más antigua de la guerra, se hizo imposible; el frente no se podía extender cuanto que estaba limitado por territorio neutral o por las aguas del mar, y los grandes ejércitos estaban enfrentados a corta distancia sin una idea exacta de lo que iba a suceder después.

Fue en estas circunstancias cuando el Alto Mando francés, arrastrándonos consigo, se volvió de nuevo al abandonado procedimiento del ataque frontal, que había sido descartado por las amargas experiencias del pasado. Entre tanto, la potencia de las armas modernas se había duplicado y triplicado desde la guerra rusojaponesa, e iba aumentando casi diariamente; además, el empleo de las alambradas y la consiguiente necesidad de un prolongado bombardeo para destruirlas, descartaba la posibilidad de un ataque sorpresa. En aquella época no había medio de tomar la ofensiva en Francia con probabilidades de éxito; no se podía romper por el centro y no había flancos que envolver. El arte militar, enfrentado con este punto muerto, permaneció mudo: los comandantes en jefe y sus estados mayores generales no tenían ningún plan fuera del de ataques frontales, a los que se había renunciado antes por la experiencia; no tenían otra política que la del desgaste.

No hay guerra tan sanguinaria como la guerra de desgaste, y ningún plan puede ser menos prometedor que el plan de ataque frontal. Sin embargo, las autoridades militares francesas y británicas consumieron durante tres años sucesivos, mediante el empleo de aquellos dos brutales procedimientos, la flor de la juventud de sus países. Sin embargo, el triste precio de la política de desgaste no se aplicó por igual a los combatientes. Las ofensivas francoinglesas de 1915, 1916 y 1917 fueron en casi todos los casos, y ciertamente en el conjunto, mucho más costosas para los atacantes que para la defensa alemana. No era simplemente un caso de cambio de una vida por otra; se pagaron repetidamente dos, e incluso tres, vidas francesas o británicas por una del enemigo. Y se hicieron tristes cálculos para probar que, al final, tendrían aún los aliados unos cuantos millones de margen. A las futuras generaciones les parecerá, no solo horrible, sino increíble que tales doctrinas hayan sido impuestas por los militares profesionales a las poblaciones entusiastas y heroicas que se sometieron a sus órdenes.

Es la historia de la tortura, de la mutilación o del exterminio de millones de hombres, y la del sacrificio de todo lo que hubo de mejor y de más noble en una generación entera. El mundo mutilado y destrozado en el que vivimos hoy

día es el resultado de aquellos acontecimientos espantosos. Sin embargo, constantemente hubo medios viables merced a los cuales esta carnicería pudo ser evitada y por los que pudo acortarse aquel período de tormento. Hubo regiones donde los flancos podían haber sido envueltos; hubo procedimientos por los que se podían haber abierto brechas en los frentes. Estos podían haber sido descubiertos, para merecer una gratitud efectiva, no por ningún desvío de los principios del arte militar, sino simplemente por la exacta comprensión de dichos principios y de su aplicación a los hechos reales.

Las batallas se ganan causando muchas bajas al enemigo o por maniobra. Cuanto más grande es un general, tanto más recurre a la maniobra y tanto menos a la carnicería. La teoría que ha exaltado la «batalla de desgaste» a una posición destacada está en contradicción con la historia y sería rechazada por los grandes capitanes del pasado. Casi todos los enfrentamientos considerados como obras maestras del arte militar y de los que se ha derivado la fundación de estados y la fama de los generales habían sido batallas de maniobra en las que, con mucha frecuencia, el enemigo había sido derrotado por algún nuevo procedimiento o ardid, por algún ataque o estratagema sorprendente, rápida e inesperada. En muchas de estas, las pérdidas de los vencedores habían sido pequeñas. Un gran general requiere, no solo mucho sentido común y una poderosa capacidad de razonamiento y de imaginación, sino también cierta destreza, una original y aviesa manera de actuar que deja al enemigo asombrado al mismo tiempo que derrotado. Precisamente porque los dirigentes militares están acreditados con dotes de este género que les permiten asegurar la victoria y ahorrar vidas, su profesión es digna de alta estima. Pues si todo su arte no fuera más que un proceso mortal de intercambio de existencias y de recuento de cabezas al final de las batallas, ocuparían un grado mucho más bajo en la escala de la estimación de sus semejantes.

Hay muchas clases de maniobras en la guerra, pero solo algunas de ellas tienen lugar en el campo de batalla. Hay maniobras que se desarrollan bien lejos de las alas y de la retaguardia; son las maniobras en el tiempo, en la diplomacia, en los armamentos, en la psicología. Todas están separadas del campo de batalla, pero, con frecuencia, influyen en ella, y el objeto de todas es encontrar caminos fáciles para lograr el fin principal, sin que aquellos sean precisamente los de la simple matanza. La distinción entre la política y la estrategia se esfuma cuando se eleva el punto de vista. En la cúspide, la verdadera política y la verdadera estrategia se confunden. La maniobra que atrae un aliado al campo de batalla es tan eficiente como la que gana una gran batalla. La maniobra que conquista un punto estratégico importante puede ser de menos valor que la que aplaca o intimida a un país neutral peligroso. Al principio de la guerra padecemos la carencia de una cámara de compensación común donde estos diferentes valores relativos pudieran ser establecidos e intercambiados. Una simple conferencia prolongada, entre los jefes aliados,

civiles y militares, en enero de 1915, podría habernos evitado desgracias incalculables. No todo puede ser tratado por correspondencia. Las personas dirigentes debían haber llegado a reunirse para concertar planes en común, en vez de que los aliados siguieran cada uno su propia marcha de la que informaban más o menos a los otros; los ejércitos y las marinas de cada país vivían un ambiente separado. El problema de la guerra, que es común, se enfocaba desde puntos de vista distintos, desconectados entre sí. La guerra, que no sabía nada de las rígidas divisiones entre los aliados franceses, británicos y rusos, entre tierra, mar y aire, entre las victorias y las alianzas, entre los aprovisionamientos y los combatientes, entre la propaganda y el maquinismo, la guerra, repetimos, que no es más que la suma de todas las fuerzas y acciones operantes en un determinado período, fue hecha pedazos. Y fueron necesarios años de enseñanza cruel antes de que se acordaran unificaciones, aunque imperfectas, de estudio, doctrina, mando y acción. Los hombres del comienzo no deben ser juzgados completamente bajo la luz del fin. Tenía que aprenderse todo; tenía que sufrirse todo. Pero los que aprendieron más lentamente no fueron los que tenían que sufrir más.

Pero si en el Oeste se había llegado a una pausa, los acontecimientos en el Este se desarrollaban con una violencia imperiosa. Estos acontecimientos justifican una breve regresión en el relato.

Cuando, en agosto de 1914, se vio que los alemanes estaban concentrando prácticamente las cuatro quintas partes de sus efectivos contra Francia y dejaban solo un puñado de divisiones para guardar sus fronteras orientales contra Rusia, se concibieron altas esperanzas de que estas débiles fuerzas serían arrolladas u obligadas a retirarse, y que Alemania sería continuamente invadida desde el Este. En los trágicos momentos anteriores al Marne, cuando se hablaba de abandonar París y se preparaba una resistencia desesperada a lo largo del Loire, nos habíamos consolado nosotros mismos con la creencia de que las masas rusas avanzarían sobre Danzig, sobre Breslau, hacia el corazón del Imperio germánico. Contábamos con esta presión creciente del Este para aliviar la situación en el Oeste, y forzar así a los alemanes a recoger algunas de sus divisiones invasoras para defender su propio suelo. Hemos visto cómo la leal conducta del zar y el ardor de los ejércitos rusos y de la nación habían precipitado una rápida ofensiva en la Prusia oriental en la primera quincena de la guerra; sabemos que los efectos de esta ofensiva sobre los nervios del Gran Cuartel General habían conducido a retirar dos cuerpos de ejército de la derecha alemana en Bélgica durante la crisis anterior al Marne. Puede ser bien argüido que este acontecimiento fue decisivo en el desenlace de esta batalla. Y, si ello es cierto, mucho después que haya pasado esta generación ingrata, se rendirá el debido homenaje al zar y a sus soldados.

Pero para esta magnífica acción, Rusia pagó un precio terrible. Tan pronto

como entraron en contacto los ejércitos del Este, se vio que la bravura y la superioridad numérica de los rusos no tenían parangón con la ciencia, la disciplina y el mando alemanes. Las veinte divisiones de infantería y de caballería que formaban el ejército de Rennenkampf y las quince divisiones de Samsonoff fueron enfrentadas por quince divisiones alemanas, y al frente de este ejército reducido y de calidad estaba el rudo Hindenburg y un general cuyo nombre se dio a conocer en la toma de Lieja y que se citará en el futuro junto a los de los grandes generales. En las espantosas batallas de Tannenberg (del 25 al 31 de agosto) y de los lagos masurianos (del 5 al 15 de septiembre), el ejército de Samsonoff fue destrozado con la muerte y captura de cien mil de sus hombres, y el ejército de Rennenkampf quedó completamente derrotado. Las audaces combinaciones con las que Hindenburg y Ludendorff aniquilaron en poco más de quince días a dos ejércitos, cada uno de los cuales era superior al suyo propio, han parecido tan asombrosas que se ha llegado a invocar la traición como única explicación posible. Sin embargo, la historia se apoyará en los resultados, y fue con estos con los que nos vimos enfrentados.

Los ejércitos rusos, que incluso con su entusiasmo inicial y estando completamente equipados no fueron comparables a los alemanes, se mostraron superiores en todo a las abigarradas fuerzas del Imperio austrohúngaro. Mientras Rusia soportaba en el Norte los desastres de Tannenberg y de los lagos masurianos, sus ejércitos avanzaban en Galitzia y, sobre una gran extensión de terreno y en una serie de combates tumultuosos, ganaron una victoria efectiva, que por entonces se llamó batalla de Lemberg. Este suceso cubría, disimulaba y, en parte, compensaba los desastres del Norte. En realidad, la victoria de Galitzia fue tan bien explotada en los relatos publicados en Francia y Gran Bretaña, que la catástrofe en la Prusia oriental causó poco o ningún efecto. Hindenburg y Ludendorff pusieron en este momento sus manos sobre los austríacos derrotados y procedieron a reforzar y reorganizar su frente. Después vino el invierno. En la nieve y el barro de Polonia y Galitzia, sobre frentes enormes que oscilaban adelante y atrás con suerte alterna, los rusos seguían haciendo frente a sus antagonistas. La situación de los alemanes en Francia después de la batalla del Marne y de la gran ofensiva de octubre y noviembre contra los puertos del Canal impidió la retirada de efectivos alemanes del Oeste con destino al Este. El primer movimiento combinado de Ludendorff contra Varsovia, concebido con su habitual atrevimiento, demostró ser un intento superior a sus fuerzas. El gran duque Nicolás le hizo frente obstinada y hábilmente, y los ejércitos alemanes que avanzaban se vieron obligados a retroceder en medio de las condiciones indescriptibles del invierno polaco. Y otra vez aquí se puso de manifiesto la magnífica calidad de las tropas alemanas y de su mando; más de una vez, cuando estaban casi cercados por un enemigo superior en número, cortaron y se retiraron con disciplina y decisión. Rusia continuó avanzando en Austria. En noviembre de 1914, el gran

duque pudo aún pensar en un avance por Silesia sobre el corazón de Alemania.

No obstante, después se produjo un terrible cambio. Rusia había entrado en la guerra con 5.000 cañones y 5.000.000 de proyectiles; durante los tres primeros meses de lucha dispararon un promedio de 45.000 disparos por día. La producción de las fábricas rusas no excedía los 45.000 proyectiles al mes. A principios de diciembre de 1914, quedaban como primera reserva unos 300.000 proyectiles, es decir, escasamente para una semana. En el momento en que los ejércitos rusos necesitaban más del apoyo de su artillería, se encontraban de súbito con sus cañones helados en el silencio. No menos espantosa era la penuria en fusiles. En la lucha fiera, continua y confusa de los tres primeros meses se perdieron, fueron capturados o destrozados más de 1.000.000 de fusiles de un total de 5.500.000. Al final de aquel año habían muerto o caído prisioneros o heridos más de 1.350.000 rusos. Los cuarteles del Imperio ruso estaban llenos de valientes soldados; más de 800.000 estaban listos para enviarse al frente, pero no había armas para poner en sus manos. Todas las baterías estaban condenadas al silencio, todos los batallones reducidos a las dos terceras partes de sus fuerzas. Eran necesarios muchos meses antes de que pudiera reanudarse la afluencia de proyectiles; muchos más meses aún para que el suministro de fusiles superara el consumo diario. Entretanto, los ejércitos rusos, fuertes y paralizados: tuvieron que esperar y soportar la venganza de sus enemigos. Tal era la perspectiva que se cernía sobre Rusia y sus aliados antes de llegar a los días de la primera Navidad de la guerra.

El Gobierno inglés tenía en el Gran Cuartel General ruso un agente de singular perspicacia, el coronel Knox. Todos los hechos expuestos anteriormente fueron descubiertos e informados por este oficial durante los meses de noviembre y diciembre. El general Sukhomlinoff, ministro de la Guerra, podía persistir en un optimismo ciego y culpable; el Estado Mayor General de San Petersburgo podía declarar en contestación a las ansiosas preguntas del general Joffre, a fines de septiembre, que «el promedio de consumo de municiones no daba motivo a inquietud»; el gran duque mismo, absorbido en las operaciones en curso, podía no darse cuenta de que el terreno fallaba bajo sus pies; pero los terribles secretos de la administración rusa fueron analizados por el inexorable escrutinio de Knox, quien, en una serie de informes luminosos e implacables, expuso la situación al Gobierno británico; aquellas graves predicciones pesaron en nuestro ánimo durante las últimas semanas del año 1914.

A veces parecía como si Rusia fuera a saltar en pedazos antes de que pudiera volverse a armar. Mientras continuaba la pausa en el Oeste, mientras Joffre proseguía su política de «hostigamiento» —Je les grignote— y su Estado Mayor elaboraba planes para atacar frontalmente las líneas alemanas

durante la primavera, Rusia, con sus recursos inagotables en hombres y en víveres, podía sufrir un colapso o ser obligada a una paz por separado. Y, entonces, todo el peso de las fuerzas teutónicas descargaría, después de un intervalo, sobre los presionados ejércitos de Francia y sobre los aún no preparados ejércitos británicos. En el mejor de los casos, podía esperarse de nuestro gran aliado un largo período de debilidad, calma y pasividad.

Nadie podía prever los desastres que contendría este período. Aun cuando en apariencia las líneas en el Este formaban un frente continuo, estas no reproducían en modo alguno las condiciones de las del Oeste. Las distancias eran mucho más grandes, las comunicaciones mucho peores, las líneas estaban débilmente guarnecidas en ambos lados; podían ser modificadas o rotas por un avance decidido. ¿Cómo podrían los rusos mantener su frente sin apenas protección de su artillería, con pocas ametralladoras y con escasez creciente de fusiles? Además, en el mismo momento en que se hacía evidente su desfavorable posición y en que faltaban toda clase de municiones, el ataque de Turquía había obligado a Rusia a crear y sostener un nuevo frente en el Cáucaso contra los ejércitos turcos que avanzaban.

No obstante, Rusia tenía un último recurso supremo, su territorio. Las enormes dimensiones del mismo permitían posibilidades casi infinitas de retirada; esta, ejecutada a tiempo y con habilidad, podía asegurar un vital período de respiro. Una vez más, como en 1812, los ejércitos rusos podían retirarse intactos al corazón de su Imperio, hostigando en todo el frente a grandes contingentes enemigos. Una vez más, los invasores podían ser atraídos a las vastas extensiones de Rusia. Y, mientras, las fábricas del mundo podían poner manos a la obra para municionar y reequipar a los ejércitos rusos. La situación, aunque trágica, no era necesariamente fatal. No había razón para que su fuerza no pudiera ser restablecida antes de terminar el año 1915, si la voluntad de la nación rusa no se desmoralizaba ante la prueba que se les presentaba, si podía ser animada con la promesa de la victoria, si podía establecerse un contacto estrecho y continuo entre ella y sus aliados occidentales.

Solo en estas bases podían ser estudiadas la estrategia y la política del año 1915.

Los aspectos esenciales de una guerra no cambian porque la magnitud de la misma sea enorme. La línea de las potencias centrales, que se extendía desde el mar del Norte al Egeo y se alargaba inconsistentemente incluso más aún, hasta el canal de Suez, no era, después de todo, diferente a la línea de un pequeño ejército atrincherado a través de un istmo, con sus dos flancos apoyados en el mar. En tanto se considerase a Francia como teatro de guerra aislado y único, existiría una pausa completa y el frente de los invasores alemanes no podría ser roto ni envuelto. Pero una vez que se extendiera la

vista a la escena total de la guerra, se concibiera aquella guerra extensa como una simple batalla, y entrara en funciones la potencia naval británica, se abrirían a los aliados perspectivas de movimientos envolventes de amplio alcance. Estos movimientos, tan gigantescos y complejos, suponían por sí mismos unas guerras completas; requerían ejércitos que en cualquier otra guerra se hubieran considerado grandes. Estaban apoyados por el completo dominio del mar y exigían una propia y completa diplomacia.

En el mismo momento en que el Alto Mando francés se lamentaba de que no había flancos para envolver, los imperios teutónicos eran, de hecho, vulnerables en grado extremo en sus dos bancos. Así pues, los tres factores dominantes de la situación general de la guerra al principio del año 1915 eran: primero, la pausa en Francia, teatro principal y central de la guerra; segundo, la necesidad urgente de salir de aquella tregua antes de que Rusia fuera derrotada, y tercero, la posibilidad de dicha salida mediante grandes operaciones anfibias de carácter político estratégico sobre ambos flancos.

Permitámonos, al llegar a este punto, echar una mirada sobre cada uno de estos flancos de la línea de batalla.

En el flanco norte se encontraban un grupo de pueblos pequeños, pero viriles y civilizados. Todos estaban bajo la impresión de la fuerza alemana y estaban unidos con muchos lazos a Alemania, pero todos estaban absolutamente persuadidos de que una victoria alemana los reduciría a la condición de servidores del vencedor, y todos temblaban ante la desgracia que había caído sobre Bélgica. Holanda, movilizada y bien armada, estaba en guardia atenta y tensa en sus fronteras. Dinamarca, colocada en la puerta del Báltico, estaba prácticamente indefensa. Noruega y Suecia estaban atemorizadas tanto por Rusia como por Alemania. Hubiera sido erróneo inmiscuir a estas naciones sin estar capacitados para apoyarlas por mar y tierra, y sin poder combinarnos debidamente con sus fuerzas. Si se hubiera llegado a realizar esto, la situación de Alemania habría llegado a ser desesperada. El ejército holandés era un factor substancial; las islas holandesas ofrecían a la flota británica ventajas estratégicas incalculables. Dinamarca podía abrir el paso al Báltico, y el dominio de este por los aliados habría permitido un contacto directo con Rusia. Con ello se habría logrado el bloqueo absoluto y expuesto todo el norte de Alemania a la amenaza constante de una invasión rusa por el mar.

El aspecto del flanco meridional era aún más interesante. En esta parte, los serbios habían rechazado heroicamente por dos veces a los austríacos. Allí estaba aquella Turquía débil, dividida y mal organizada que había declarado tardíamente la guerra a los aliados. Tres de aquellos estados guerreros de la península balcánica, Grecia, Serbia y Rumanía, estaban distanciados de un cuarto estado, Bulgaria, a causa de los odios de una guerra reciente; pero los

cuatro eran enemigos naturales de Turquía y de Austria, y amigos tradicionales de Gran Bretaña. Entre estas cuatro naciones se podía disponer de ejércitos que ascendían a un total de 1.100.000 hombres (Serbia, 250.000; Grecia, 200.000; Bulgaria, 300.000; Rumanía, 350.000), sin contar con que su fuerza militar en hombres era considerablemente mayor. Se habían eximido de la opresión centenaria de los turcos y solo podían expansionarse a costa de Turquía y Austria. Serbia estaba ya luchando por su existencia frente a Austria; Rumanía anhelaba la Transilvania del Imperio austrohúngaro; Bulgaria tenía sus ilusiones en Adrianópolis, en la línea Enos-Midia e, incluso, en la misma Constantinopla; Grecia veía cómo un gran número de sus compatriotas estaban aún bajo el yugo turco y cómo varias de las mejores provincias e islas del Imperio turco estaban habitadas por una mayoría de hombres de sangre griega. Si se pudiera inducir a aquellos cuatro estados a dejar aparte sus rencillas y entrar en la guerra bajo la dirección británica contra Turquía y Austria, podría darse como cierta la caída rápida de Turquía. Esta nación quedaría separada completamente de sus aliados y se vería obligada a una paz por separado en 1915. Entonces, la totalidad de las fuerzas de la confederación balcánica podría lanzarse contra Austria en el próximo año. Las fuerzas combatientes del Imperio turco podían estimarse en unos 700.000 hombres; la derrota de estos hombres y la adición a nuestras fuerzas de 1.000.000 de hombres de los ejércitos balcánicos suponía una mejora de nuestra posición frente a Alemania y Austria de cerca de 2.000.000 de hombres. Tendríamos 700.000 hombres menos contra nosotros y 1.000.000 más a nuestro favor. La posibilidad de efectuar esta transferencia de fuerzas combatientes era seguramente un objetivo militar de primer orden.

Pero también era cierto que la colaboración de los Balcanes y el ataque a Turquía no dejarían a Italia indiferente. Se sabía que Italia sentía simpatía amistosa por la causa aliada y particularmente por la de la Gran Bretaña. Era enemiga secular de Austria. Tenía intereses inmensos en la península balcánica, en el Imperio turco y en las islas turcas. Era muy probable que una acción decisiva y de éxito por parte de la Gran Bretaña en esta parte del mundo arrastrara consigo a Italia, con su ejército de cerca de 2.000.000 de hombres, dentro del ámbito de la Gran Guerra, constituyéndose como un aliado de primera calidad.

El éxito de las operaciones de desembarco depende de que puedan llevarse al lugar designado contingentes superiores a los del enemigo y que dichos contingentes puedan ser reforzados continuamente y de un modo más rápido que los del enemigo. Si se consigue, los defensores están en condiciones de inferioridad. Incluso cuando la expedición se ha hecho a la mar, nadie puede tener por cierto dónde tendrá lugar el desembarco. Aun cuando las potencias centrales se movían por líneas interiores, esta ventaja no podía contrarrestar la movilidad superior de los transportes marítimos. Por ejemplo, Gran Bretaña

habría podido en cualquier momento del año 1915 desplazar unos 250.000 hombres (caso de estar disponibles) a puntos escogidos del litoral del Mediterráneo oriental, en una fracción del tiempo que hubiera invertido Alemania o Austria para hacer la misma operación. Además, la selección de dichos puntos sería un misterio para el enemigo hasta el último momento; no hay duda que él sabría que se estaba preparando una expedición y que se habían reunido los transportes necesarios, pero el que la expedición se dirigiera al norte o al sur es cosa que no podría saber hasta que aquella se hubiera hecho a la mar. Era imposible hacer preparaciones exactas contra tales incertidumbres. Los asaltantes anfibios podían tener planes preparados de alternativa y hasta el último momento no necesitaban tomar una decisión. Podían simular que iban hacia el norte y después cambiar hacia el sur; podían cambiar de manera de pensar cuando les conviniera; podían poner en práctica todas las fintas y estratagemas conocidas en la guerra, y, por consiguiente, cuando los defensores hubieran reforzado su flanco norte, atacar por el sur, y viceversa. Así pues, la defensa tenía que esperar hasta el momento de dar el golpe para saber lo que tenía que hacer. Entonces, y solo entonces, podía empezar el transpone de contingentes al lugar en cuestión. Incluso en el caso de que el camino fuera amplio, que no lo era en el flanco sur, el movimiento de ejércitos considerables, de la impedimenta y de la organización en un nuevo teatro de la guerra era cuestión de meses. ¿Qué es lo que podían hacer entre tanto los invasores? ¿Qué territorios podrían ocupar? ¿Qué posiciones podrían conquistar? ¿Qué defensas podrían construir? ¿Qué depósitos podrían acumular? ¿Cuáles eran las fuerzas locales que podrían derrotar? ¿Cuántos aliados podrían unir a su causa? Todo esto dependía de nuestra elección en la primavera y verano del año 1915.

A medida que discurre la guerra, las oportunidades disminuyen y las dificultades aumentan constantemente. En los últimos períodos de la guerra, la magnitud de los ejércitos necesarios para asegurar una rápida victoria en el sector meridional empezó a ser mayor que los recursos, tan forzados en otros cometidos, de la Marina Mercante. También tenía sus límites la potencia marítima de la Gran Anfibia. Estos límites se hicieron visibles gradualmente bajo cargas cada vez mayores y bajo los ataques y perjuicios constantes. Pero el año 1915 era el momento de superioridad anonadada, el de la oportunidad suprema.

En aquel tiempo había, de hecho, dos grandes planes de empleo de la potencia marítima para aliviar la pausa mortal en el Oeste. Ambos tendían a penetrar y dominar las aguas cercadas por tierra que guardaban los flancos teutónicos; ambos darían contacto directo con Rusia y rescatarían a nuestro aliado oriental de su mortal aislamiento; ambos afectaban de un modo decisivo a un grupo de estados neutrales; ambos, en la medida de su resultado favorable, abrirían enormes y nuevas pérdidas a los recursos de los imperios

centrales. ¿Hacia dónde dirigir la mirada? ¿Sobre Holanda, Dinamarca, Noruega y Suecia o sobre Grecia, Bulgaria y Rumanía? ¿Atacaríamos en el Báltico a través de los Belts, o a Constantinopla y el mar Negro a través de los Dardanelos?

No cabe duda que tales planes de acción tenían sus peligros, no solo para los que los ejecutaran, sino también para los que los preparaban; requerían esfuerzos intensos en gran escala y tenían, ciertamente, su precio. A tales peligros, esfuerzos y costes de las acciones a emprender había que oponer en contraste los peligros y consecuencias de la pasividad. Antes de desaprobar, por peligrosa o impracticable, la penetración en el Báltico o el forzar los Dardanelos con la escuadra británica; antes de condenar como insensata la invasión de Schleswig-Holstein, o la expedición de un ejército a la península balcánica, o a Gallípoli, el lector debe pensar también en las sangrientas batallas de Loos-Campagne, del Somme, de Passchendaele; en los desastres, casi fatales, de Caporeto en 1917, y el 21 de marzo de 1918; en el colapso, revolución y desertión rusas, y en el inmenso peligro de la guerra submarina de 1917. Solo sobre tal fondo se podía hacer una composición de lugar para llegar a planes que condujeran, mediante maniobras o estratagemas súbitas y complejas, a caminos breves hacia la victoria.

Pero como resumen de las alternativas complicadas y discutibles que se exponen en estas páginas, se presentan a continuación algunos aspectos de la cuestión. Si estos se comprenden y se aceptan, la reflexión seguirá, naturalmente, su curso y cada opinión ocupará su lugar propio y relativo. Dichos aspectos están ordenados por categorías:

En tierra:

- 1.El teatro decisivo de la guerra es aquel donde puede obtenerse un cambio vital en un momento determinado. El teatro principal es aquel en el que están estacionados los ejércitos y marinas principales; este no es siempre el teatro decisivo.

- 2.Si los frentes o centros de los ejércitos no pueden ser rotos, deben envolverse sus flancos. Si estos se apoyan en el mar, las maniobras de envolvimiento deben ser anfibia y dependen de la potencia marítima.

- 3.Deben elegirse los puntos estratégicos menos preparados para la defensa y no los más fuertemente guarnecidos.

- 4.En una coalición de enemigos, una vez que se tiene la seguridad de que la mayor potencia enemiga no puede ser derrotada directamente, pero que no puede prescindir de la más débil, es esta la que tiene que ser atacada.

- 5.No debe desencadenarse ofensiva alguna en tierra hasta haber medios efectivos, cantidad, sorpresa, municiones y armamento, para llevar aquella a

buen término.

En el mar:

1.La Gran Flota no debe ser arriesgada para ningún otro fin que no sea una batalla general.

2.Debe provocarse una decisión naval a la primera oportunidad.

3.La Marina debe ayudar activamente al Ejército con sus efectivos sobrantes.

Estos principios generales fueron mis normas a través de toda la guerra. Por supuesto, están en contradicción con las ideas reinantes en el Ejército y difieren en parte de las prácticas seguidas en la Marina. Otros deben juzgar hasta qué punto estuvieron justificados por los acontecimientos, pero la historia de la lucha dará muchos ejemplos de su adaptación o de su repudiación por parte de ambos contendientes y las consecuencias que se derivaron.

XIX

El origen de los tanques y de los humos

Las condiciones mecánicas, no menos que las estratégicas, se combinaron para producir en esta primera etapa de la guerra un punto muerto en la lucha por mar y tierra. La flota más fuerte estaba paralizada en su ofensiva a causa de la amenaza de submarinos y torpedos; el ejército más fuerte estaba detenido en su avance por las ametralladoras. En su marcha hacia posiciones necesarias para una acción ofensiva, los barcos se hundían a consecuencia de explosiones bajo el agua y los soldados eran arrasados por torrentes de proyectiles. Este era el mal que causaba nuestras incertidumbres. No tenía objeto tratar de remediar este mal en el mar manteniendo nuestros barcos en el puerto, o derrochando las vidas y el coraje de masas inmensas de soldados en tierra. El peligro mecánico tenía que ser superado con un remedio mecánico. Una vez logrado, tanto la flota como el ejército más fuertes debían recobrar sus ventajas ofensivas normales. Hasta que esto fuera logrado, ambos lucharían en vano y lo sufrirían todo. Si nos hacemos cargo de que este era el punto crucial del problema de la guerra, tal como se hizo evidente a partir de fines del año 1914, las próximas etapas del razonamiento serán seguidas de un modo sencillo. Tenía que ser descubierto algo que hiciera inmunes a los barcos contra el torpedo e innecesario que los soldados avanzaran a pecho descubierto ante las ametralladoras. Este mal definido y el hecho espantoso de que un torpedo o una mina hicieran una brecha en el fondo de un barco y de que uno de los

innumerables disparos de la granizada disparada por una ametralladora atravesara fatalmente el cuerpo de un hombre eran sucesos que no podían ser ignorados. Tenía que hallarse un remedio para que la guerra prosiguiese y para que se consiguiera la victoria. Cuando se anunció el remedio, resultó ser tan sencillo que durante meses e incluso años fue rechazado con desdén y descuidado por muchos de los dirigentes de las profesiones militares.

Reducido a sus principios elementales, consistía en interponer una simple plancha de acero entre el costado del barco y el torpedo enemigo, o bien entre el cuerpo del hombre y la bala que se acercaba.

En esto consistía uno de los más grandes secretos de la guerra y del mundo en el año 1915. Pero apenas nadie quería creerlo. Esta solución, soberana, acreedora de inestimables bendiciones, estaba allí en el polvo del olvido, donde todo el mundo la podía ver, y casi todas las autoridades responsables quedaban atónitas contemplándola. Los que la percibieron: soldados, marineros, aviadores, hombres civiles, eran una clase aparte, fuera de las corrientes de la opinión ortodoxa, y para ellos quedó reservada la larga e ingrata lucha de convertir a la autoridad y procurar la acción. Eventualmente, se salieron con la suya. Intervinieron sobre la autoridad naval en una fase más temprana; en tierra el proceso fue más penoso. El monitor y barco con bulges fue el principio de la flota a prueba de torpedos, el tanque fue el principio del ejército a prueba de balas. Ambos dispositivos, cuando fueran vencidas las dificultades de su aplicación, devolverían al ejército y a la marina más fuertes la potencia ofensiva de que habían sido privados a causa de nuevos perfeccionamientos mecánicos. Pero cuando por fin fueron proyectados y contruidos monitores con bulges y tanques, y puestos a disposición de los comandantes en jefe, su utilidad quedó ampliamente depreciada. Los monitores, cuyos primeros prototipos distaron mucho de ser perfectos, no fueron perfeccionados y no fueron nunca empleados como parte de ninguna gran ofensiva naval, y los tanques fueron enseñados imprudentemente al enemigo mucho antes de que fueran lo suficientemente numerosos para obtener efectos decisivos. No obstante, los tanques sobrevivieron para desempeñar su cometido.

Íntimamente unida al problema de encontrar medios para atacar por mar y tierra, estaba la gran cuestión de los humos. La formación de una neblina artificial que enmascarara cierto sector de modo que hombres y barcos pudieran atravesarlo u ocuparlo sin que el enemigo viera a dónde tirar fue un segundo problema más sencillo y evidente. El humo era el aliado y camarada del tanque. Ambos siguieron perfeccionándose, complementándose mutuamente y multiplicando su efecto de conjunto.

Y detrás del humo vino un triste descubrimiento: los gases asfixiantes. Los humos tenían ya, no solo que impedir la visibilidad, sino que destruir al

observador; tenían, no solo que hacer que el servidor de la máquina no apuntara, sino que se asfixiara.

Todas estas ideas habían salido a la luz antes de que terminara el año 1914.

En los primeros meses de la guerra, se requirió del Almirantazgo que asumiera la responsabilidad de la defensa de Gran Bretaña contra los ataques aéreos. Para ello se necesitaba emplazar escuadrillas aéreas en las costas belgas y francesas, con bases en Dunkerque, para atacar todos los hangares de aviones o de zepelines que pudiera montar el enemigo en el terreno ocupado. Esto traía consigo la formación de escuadras de automóviles blindados para proteger las bases avanzadas que pudieran necesitar nuestros aviones navales. El enemigo, alarmado por los automóviles blindados, cortó las carreteras, y yo pedí inmediatamente los medios para poder reparar las brechas abiertas. Entretanto, los automóviles blindados empezaron a multiplicarse, pero justamente cuando empezaron a ser numerosos y eficientes, las líneas de trincheras de ambos contendientes alcanzaron el mar, y no quedó ya campo abierto para la maniobra ni alas para desbordar. Como no era posible, pues, soslayar las trincheras, había que pasar por encima de ellas. Así pues, la aviación fue la causa primera que nos llevó a Dunkerque. El coche blindado era hijo del aire, y el tanque, su nieto. Hasta aquí había llegado el curso de acontecimientos en la segunda semana de octubre de 1914.

Desde que el almirante Bacon se había retirado de la marina, había ocupado el cargo de director de los talleres de artillería de Coventry. En 1913, saqué de apuros a esta casa, que producía una tercera parte de la artillería pesada, asignándole alguno de los cañones de 38,1 cm y sus torres para los acorazados modernos. A los pocos días de la rotura de hostilidades, recibí una carta del almirante Bacon en la que manifestaba que había proyectado un obús de 38,1 cm que podía ir por carretera. Asombrado por esta aseveración, le hice venir a verme. Entonces me habló con energía y convicción sobre aspectos generales de artillería, previendo en particular que las fortalezas existentes no podrían resistir los grandes proyectiles de los cañones y obuses modernos, cuyos efectos eran mucho más formidables de lo que se creía en la fecha de su construcción. Escuché con interés y, cuando en la próxima quincena supimos que los fuertes de Lieja y de Namur estaban siendo destrozados rápidamente por la artillería alemana, llamé de nuevo al almirante Bacon, a quien le dije que se había confirmado su opinión. Le pregunté si podría hacer algunos obuses de gran calibre para el ejército y cuánto tiempo invertiría. Me contestó que podía hacer el primer obús de 38,1 cm en cinco meses, entregando después los demás a razón de uno cada quince días. Propuse al Ministro de la Guerra que hiciera un pedido de diez.

El general Von Donop, director general de artillería, quedó asombrado ante aquella idea y expresó sus dudas sobre la posibilidad de la construcción o del

empleo que pudiera darse a aquella pieza de artillería. Pero a lord Kitchener le atrajo la idea y se dio la orden de suministro. Prometí al almirante Bacon que, si terminaba sus obuses en el corto plazo que había fijado, iría él mismo en persona a mandarlos en Francia. Se puso la máxima urgencia en el asunto, y aunque no se pasó el pedido hasta después de la caída de Namur, el primero de aquellos monstruos disparó ya en la batalla de Neuve Chapelle.

Me informé minuciosamente del proyecto y de su curso; cuando estuvo terminada la pieza me enteré de que esta, con su plataforma y municiones, tenía que transportarse al campo desmontada en partes y con el concurso de ocho tractores oruga enormes. Los dibujos de estos vehículos eran extremadamente sugestivos, y cuando me los enseñó el almirante Bacon, en el mes de octubre, le pregunté si eran capaces de cruzar las trincheras, transportando los cañones y sus artilleros, o si podía proyectar algo que sirviera a tal fin. A consecuencia de la conversación que siguió sobre este asunto, el almirante Bacon proyectó un tractor oruga que pasaba por encima de las trincheras con el concurso de un puente portátil que colocaba delante de él, y se recogía una vez pasado el obstáculo. Ya en noviembre de 1914 le di instrucciones para construir una máquina experimental y para someter entre tanto el proyecto a la consideración de sir John French y de lord Kitchener. El día 13 de febrero de 1915, ante lo que prometía el modelo, di orden para la construcción de treinta tractores. Hasta mayo de 1915 no pudo ser probado por el Ministerio de la Guerra el primero de estos artefactos con su dispositivo de puente. Fue rechazado porque no podía descender taludes de 1,20 metros, ni pasar por agua de un metro de profundidad (lo que no fue logrado por ningún tanque hasta el final de la guerra), ni cumplir severas condiciones de servicio en campaña. Sin embargo, mi orden de construcción de los treinta tractores fue anulada antes de que tuvieran lugar las pruebas, pues por entonces había un proyecto mejor emprendido por otra factoría. Así acabó el primer intento de construcción de un vehículo para el paso de trincheras, que recibió el nombre de tanque.

El segundo intento de construcción de un tanque y de su adopción por las autoridades militares se desarrolló del siguiente modo:

Hacia mediados de octubre, y con absoluta independencia de lo que se ha relatado, el coronel E. D. Swinton, que estaba agregado al Cuartel General en Francia como testigo ocular y enlace oficial, también llegó a concebir la necesidad de un arma semejante. En consecuencia, sometió el proyecto al estudio del coronel Hankey. A final del mes de diciembre, el coronel Hankey redactó una nota dando cuenta de la necesidad de esta y de otras máquinas de guerra e hizo circular la nota entre todos los miembros del Gabinete interesados directamente con la marcha de la guerra.

Leyendo aquel papel recordé el asunto sobre el que yo había dado

instrucciones al almirante Bacon, y el día 5 de enero escribí una carta al primer ministro, de la que cito los siguientes párrafos:

Sería muy fácil preparar, en un breve plazo de tiempo, cierto número de pequeños tractores a vapor con una pequeña protección blindada en la que cupieran hombres y máquinas, y que estuviera a prueba de balas. Usando este artefacto por la noche, no habría temor alguno a ser alcanzado por el fuego de la artillería. El sistema de oruga permitiría cruzar fácilmente las trincheras enemigas y el peso de la máquina destrozaría el sistema de alambradas. Cuarenta o cincuenta de estas máquinas, preparadas en secreto y llevadas a su posición a la caída de la noche, podrían avanzar con seguridad en las trincheras enemigas, pasando por encima de todos los obstáculos y barriendo las trincheras con ametralladoras y con granadas de mano. Estas máquinas constituirían así otros tantos puntos de apoyo para la infantería acompañante que avanzaría y se reuniría con ellos. Entonces podrían proseguir el ataque hacia la segunda línea de trincheras. El coste de las máquinas sería pequeño. Si la experiencia no prosperara, ¿qué inconveniente se derivaría de ello? Una medida lógica de prudencia habría sido haber emprendido algo semejante unos dos meses antes. Evidentemente, habría que hacerlo ahora.

El escudo o armadura es otra clase de experiencia que se debería haber hecho en escala considerable. ¿Qué importaba cuál fuera el mejor modelo? Se deberían haber construido en gran número y de tipos distintos; algunos para llevarlos a mano, otros para llevarlos encima, otros montados sobre ruedas. Si el barro impedía por entonces el empleo de máquinas acorazadas, podían emplearse en completa efectividad cuando helara por primera vez. Teniendo en cuenta todo esto, encargué hace un mes veinte abrigos blindados sobre ruedas que tenían que ser contruidos sobre el mejor proyecto que presentara el Servicio de Aeronáutica Naval. Estas máquinas estarán pronto listas y podrán, en caso necesario, ser usadas de modo experimental.

Un tercer medio de combate que debe ser empleado sistemáticamente y en gran escala es el humo artificial. Es posible hacer pequeños depósitos productores de humos que, una vez encendidos, sean capaces de producir una gran columna de denso humo negro que puede ser dirigido y regulado a voluntad. Hay otros asuntos íntimamente ligados con este, sobre los que he llamado ya a usted la atención, pero que son de carácter tan secreto que no puedo exponerlos por escrito.

Uno de los más serios peligros a que estamos expuestos es la posibilidad de que los alemanes estén trabajando y preparando todas estas sorpresas y que, en un momento determinado, podamos vernos nosotros expuestos a una forma completamente nueva de ataque. En el Ministerio de la Guerra debería haber una comisión permanente de oficiales de ingenieros y de otros expertos para formular proyectos y recibir sugerencias, y, debo repetir, en muchos casos no

será posible disponer de tiempo para largos experimentos. Si estas armas de combate han de estar listas para cuando sean necesarias, es preciso que la fabricación se haga al mismo tiempo que los experimentos. Lo peor que puede suceder es que se gaste una cantidad de dinero relativamente pequeña.

Míster Asquith enseñó esta carta a lord Kitchener unos dos o tres días después de recibirla y lo apremió mucho para que se prosiguieran los estudios en estos asuntos. Lord Kitchener, que era muy partidario de estos planes, remitió el proyecto al departamento de la dirección general de artillería. Este curso fue mortal al segundo intento de construcción de los tanques y el proyecto quedó archivado con todas las formalidades en el Ministerio de la Guerra.

No sé lo que sucedería como consecuencia de mi carta al primer ministro, o qué es lo que estaba haciendo el Ministerio de la Guerra; pero tuve la impresión de que no se hacía ningún progreso y de que las autoridades militares no estaban convencidas de la factibilidad de construir tales máquinas y, caso de ser posible, de su utilidad de empleo. Sin embargo, yo continué pensando en el asunto de vez en cuando, siempre que las grandes preocupaciones del Almirantazgo y de los asuntos públicos me dejaban una oportunidad para ello. En consecuencia, el día 19 de enero de 1915, envié una nota al director de aeronáutica dándole instrucciones para que hiciera ciertos experimentos con rodillos a vapor para intentar llegar a aplastar las trincheras enemigas a causa de su propio peso. Por supuesto, yo no era experto en mecánica, y solo podía dar o apoyar ideas de carácter sugestivo, proveer fondos y dar orden para que se hicieran los experimentos y que se tomaran las medidas necesarias. Esta variante (que estaba mencionada en la nota del coronel Hankey del día 28 de diciembre) fracasó debido a las imperfecciones de construcción, pero no cabe duda que desempeñó su papel en la formación de opinión entre los oficiales de automóviles blindados y de los expertos relacionados con las unidades automóbiles, e incitó a las imaginaciones a trabajar en busca de una solución más o menos feliz.

Así pues, hasta aquí hubo tres intentos para procurar la fabricación y adopción de aquella clase de vehículos, que después se llamarían tanques, y los tres fracasaron, bien a causa de defectos mecánicos o bien a causa de la obstrucción oficial. Este punto muerto de la cuestión podría haberse prolongado por tiempo indefinido. No se había recibido demanda alguna de aquellas armas (y tardaron mucho en ser reclamadas), procedente de las autoridades militares en Francia; toda sugerencia, hecha por los civiles o por otro departamento, había sido rechazada por el Ministerio de la Guerra. Estaban empezando las operaciones de los Dardanelos y casi todas las horas del día estaban ocupadas por mis asuntos del Almirantazgo. Sin embargo, el duque de Westminster, que mandaba una unidad de automóviles blindados y

era muy aficionado a la discusión de semejantes cuestiones, me invitó a comer el día 17 de febrero en compañía de varios oficiales de aquella especialidad. La conversación versó sobre los vehículos armados que podían marchar a campo traviesa, y el mayor Hetherington, que pertenecía también a estas unidades y conocía alguno de los experimentos que se habían hecho, habló con entusiasmo y visión del asunto, abogando por la creación de acorazados de tierra, y en una escala mucho más grande de la que nunca se hubiera considerado practicable.

A consecuencia de esta conversación, regresé a mi casa determinado a dar órdenes imperativas y sin demora para llevar adelante, en una forma u otra, el proyecto en que yo siempre había puesto mi fe. En vista de ello, insté al mayor Hetherington a que propusiera su plan, que consistía entonces en una plataforma montada sobre ruedas enormes de 12 metros de diámetro, y transmití este proyecto, dos días más tarde, al primer lord naval (lord Fisher), apremiándole a que dedicara todas sus grandes energías y conocimientos en mecánica para que aquel siguiera adelante. Además de esto, al día siguiente, el 20, hice venir a míster Tennyson-d'Eyncourt, director del servicio de construcciones navales, y convoqué una conferencia que, como yo estaba entonces enfermo, se reunió en mi dormitorio del Almirantazgo en la tarde de aquel día. El resultado fue organizar, por orden mía, el Comité de Cruceros Terrestres del Almirantazgo bajo la presidencia de míster Tennyson-d'Eyncourt, que me informaba directamente; dicho comité tenía la orden de dedicar sus máximos esfuerzos para estudiar afanosamente la solución del problema.

Desde la formación de este comité, el 20 de febrero de 1915, hasta la aparición de los tanques en agosto de 1916, durante la batalla del Somme, se tiende una cadena continua de trabajo.

El 20 de marzo, míster Tennyson-d'Eyncourt me informó de que el Comité había llegado a fijar dos tipos posibles, mucho más pequeños que el imaginado por el mayor Hetherington; uno de ellos movido por grandes ruedas y el otro por un dispositivo de oruga. Pedí inmediatamente que me informaran sobre el tiempo y dinero necesarios.

Di la conformidad a dicho informe, y el 26 de marzo tomé yo la responsabilidad de pasar un pedido de dieciocho de estos vehículos, llamados entonces navíos terrestres; seis de ellos tenían que ser del tipo de ruedas y doce del tipo de oruga.

Así pues, asumí la responsabilidad personal para el gasto de fondos públicos en una cantidad de 70.000 libras. No invité a la Junta del Almirantazgo a que compartiera esta responsabilidad conmigo. No informé al Ministerio de la Guerra, porque sabía que se harían objeciones a mi

interferencia en su esfera de acción y que, por aquel tiempo, el departamento de la Dirección General de Artillería no era muy partidario de aquellos proyectos. Tampoco informé a Tesorería.

Era una decisión muy seria gastar aquella gran cantidad de dinero en un proyecto tan problemático, de cuyas capacidades no estaban convencidos ningún experto militar ni ninguna autoridad naval. Además, el asunto estaba fuera de la misión de mi propio departamento y de las facultades de que yo estaba investido. Si los tanques hubieran sido un fracaso, o no se hubieran aceptado, o no se hubieran empleado nunca, y si hubiera tenido que deponer ante una comisión parlamentaria, yo no podría haberme defendido realmente contra el cargo de haber gastado los fondos públicos en un asunto que no era de mi jurisdicción y en relación con el cual yo no había recibido un informe autorizado de las esferas militares responsables. La situación extremadamente grave de la guerra y mi convicción de la necesidad de romper aquel punto muerto que bloqueaba la producción de aquellas máquinas eran mi única defensa, pero esta defensa es solo válida en vista del enorme éxito que tuvieron más tarde aquellas armas.

Al llegar aquí hay que hacer una observación general. No había novedad alguna en la idea del vehículo blindado avanzando a campo traviesa y transportando armas y combatientes. Mister H. G. Wells había agotado prácticamente todas las posibilidades de la imaginación en esta cuestión en un escrito suyo del año 1903. Además, desde sus mismos comienzos, la historia de la guerra está llena de dispositivos de este carácter empleados en el ataque de fortalezas y posiciones fortificadas. También eran obvios los principios generales de aplicación de la idea; los escudos o blindajes a prueba de proyectil habían sido llevados a un alto grado de perfección mediante diversos procedimientos de temple de los aceros. Los motores de combustión interna eran los que daban la fuerza motriz al vehículo. Los sistemas de cadenas Pedrail y Caterpillar eran bien conocidos y habían sido ampliamente utilizados en muchas partes del mundo. Así, estaban a mano para hacer efectiva la idea.

De todos modos, hay que distinguir dos cosas:

a) La responsabilidad por la iniciación y apoyo de la acción que condujo a que se construyeran los tanques

b) El mérito de resolver problemas extremadamente difíciles relacionados con el proyecto, aparte de sus principios fundamentales.

Eran dos servicios completamente diferentes. No hubo nunca un momento en que se pudiera decir que había sido «inventado» un tanque; no hubo nunca una persona sobre la que se pudiese haber dicho «este hombre ha inventado el tanque». Pero hubo un momento en que fue ordenada concretamente la fabricación positiva del primer tanque y hubo un momento en que fue

proyectada en todos sus detalles una máquina efectiva como consecuencia directa de aquella orden.

Estoy convencido de que la responsabilidad de la ejecución mecánica del proyecto fue asumida por míster Tennyson-d'Eyncourt. Sin su alta competencia y sin su conocimiento experto del proyecto, este podría no haber llegado a ser desarrollado con éxito. A sus órdenes, sir William Tritton y el mayor Wilson prestaron servicios muy valiosos en la esfera de adaptación y de fabricación. Pero yo sancioné el gasto de aquellos fondos públicos con plena confianza en las dotes y conocimientos de míster Tennyson-d'Eyncourt y sobre las seguridades que me dio de que las dificultades de carácter mecánico podían ser solventadas. Confié en él, lo mismo que lo había hecho con el almirante Bacon en el primer proyecto, para que me informara de si el asunto podía llevarse adelante o no, y para encontrar un camino que soslayase y resolviese las dificultades técnicas. Y una vez que él dijo que era factible, yo estuve dispuesto a correr peligros, a asumir responsabilidades para proveer los fondos necesarios y a dar las disposiciones oportunas. Solo fue con él con quien traté, y fue solo de mí de quien recibió órdenes.

Otros, tal como el coronel Swinton y el capitán T. G. Tulloch, habían captado también la idea e incluso hecho proposiciones concretas al Ministerio de la Guerra, en enero de 1915. Pero estos oficiales no tenían la autoridad ejecutiva que pudiera asegurar el progreso de sus planes, y sus esfuerzos fueron anulados por la obstrucción de algunos de sus superiores; tuvieron la desgracia de no estar en condiciones de disponer de los recursos necesarios para la empresa o de no convencer a aquellos que tenían libertad de acción.

Después de abandonar el Almirantazgo, al final del mes de mayo de 1915, otro momento de extremo peligro amenazó la empresa. La nueva junta del Almirantazgo estaba compuesta por tres miembros nuevos, aparte de los cuatro de la antigua junta, reforzados por sir Henry Jackson, el nuevo primer lord naval; parece ser que habían considerado aquellas operaciones financieras, que habían llegado a ser de un orden de gastos de 45.000 libras, como poco convenientes o fuera de la esfera de acción de los intereses del Almirantazgo. Por consiguiente, y dentro de la tónica general de desfavor que envolvía a mis asuntos en aquellas circunstancias, propusieron cancelar los contratos y abandonar el proyecto en cuestión. Sin embargo, míster Tennyson-d'Eyncourt continuó fiel a la misión que le había confiado; me puso en conocimiento de aquellas decisiones inminentes o que quizá ya habían sido tomadas, y en consecuencia, como miembro del Consejo de Guerra del Gabinete, recurrí personalmente a míster Balfour, el nuevo primer lord del Almirantazgo. Después de examinar la cuestión, míster Balfour decidió que se prosiguiera la construcción de un tanque. Solo uno sobrevivió. Pero este se demostró como la madre de todos los demás; en enero de 1916, se hicieron las

pruebas en Hatfield Park con aquel tanque, que fue el modelo exacto de los tanques que intervinieron en el Somme en agosto de 1916 y el origen y, en principio, el prototipo de todos los tanques pesados que se emplearon en la Gran Guerra.

Requiere también una explicación el párrafo de mi carta del día 5 de enero al primer ministro, en el que hacía referencia al empleo de humos y a los secretos que había detrás de esta cuestión.

Al principio del mes de septiembre de 1914, el teniente general lord Dundonald, nieto del famoso almirante Cochrane, habló a lord Kitchener de varios planes de su antepasado para el empleo de cortinas de humo y también de otros para sacar al enemigo de sus posiciones por medio de gases nocivos, aunque no tenían que producir necesariamente la muerte. «Lord Kitchener — escribe lord Dundonald—, me dijo entonces que aquellos planes pudieran tener aplicación en las operaciones terrestres, y, como eran ideados por un almirante, sería mejor que hablara al Almirantazgo sobre los mismos». Así pues, lord Dundonald se procuró una presentación al segundo lord naval, sir Frederick Hamilton, con quien tuvo una entrevista el día 28 de septiembre. El segundo lord naval fue, en general, favorable a la proposición y le escribió el 29 de septiembre: «He hablado del asunto con el príncipe Luis y cree que lo mejor es que vea usted a Churchill sin mencionarnos a nosotros». Yo había servido en la brigada de lord Dundonald en África del Sur, en el socorro de Ladysmith, y le di hora seguidamente para recibirlo. Quedé inmediatamente interesado en sus ideas y solicité examinar los planes del ilustre Cochrane. Después de pensarlo unos días, lord Dundonald contestó que tenía la sensación de que, a fin de cuentas, la situación que atravesaba su patria justificaba que rompiera el secreto que había guardado durante toda su vida. Hacia mediados de octubre, me trajo aquellos documentos históricos que ya una vez antes, durante la guerra de Crimea, habían sido puestos a disposición del Gobierno británico. En la cubierta interior del paquete y con la misma letra del viejo almirante, se podía leer: «Al espíritu rector del Imperio le bastará una aserción: Todas las fortificaciones, especialmente las navales, pueden ser irresistiblemente conquistadas bajo la protección de un humo denso producido por azufre quemado en cantidad a barlovento de dichas fortificaciones». El lector, cautivado por este regalo, no cabe duda de que se pondría a la altura del momento y captaría inmediatamente todo lo que significaba aquella idea. Hice llamar en seguida al primer lord naval (príncipe Luis de Battenberg) y tuvimos una larga conversación.

Procuré agenciarme toda clase de medios para el estudio de la cuestión sin hacer peligrar su secreto. En primer lugar, recurrí a lord Arthur Wilson, cuya mentalidad práctica y espíritu de inventiva parecían adaptarse especialmente a esta labor. No obstante, los resultados fueron negativos. Durante las semanas

siguientes, lord Dundonald continuó enviándome magníficas sugerencias, basadas en las ideas de su abuelo; después de dar instrucciones concretas para emprender los experimentos, continué trabajando para asegurar en secreto una seria garantía profesional. En octubre me escribió:

El empleo con éxito del plan expuesto depende totalmente de un viento favorable. [...] Las indicaciones meteorológicas de los vientos reinantes entre Holanda y Berlín muestran que el viento procedente del Oeste es más frecuente que el del Este, especialmente durante los meses de noviembre, diciembre, enero y febrero...

[...] Los vehículos que transportan el azufre deben ser conducidos y manejados por hombres protegidos por armaduras a prueba de gas...

Un ataque contra una línea de trincheras de varios kilómetros se haría con sulfuro y humos y por sectores parciales; los obstáculos que se presentaran donde no se empleara el sulfuro, se cubrirían con humo para impedir la intervención de la artillería enemiga.

No hay ninguna clase de duda de que lord Dundonald había captado por aquel tiempo todas las posibilidades de guerra de los gases y del humo, y que había llegado directamente a ello partiendo de los documentos de su abuelo. La química moderna ofrecía terribles posibilidades a estas concepciones. El uso de humos y gases nocivos o venenosos estaba explícitamente condenado por leyes internacionales. No podíamos, por consiguiente, emplearlos nosotros a menos que el enemigo empezara a hacerlo. Pero, de vez en cuando, en medio de la agitación de la guerra, volvía mi pensamiento a la cuestión, recordando la ciencia alemana y la mentalidad alemana, y cada vez estaba más inquieto. Como era muy difícil obtener la aquiescencia de las altas autoridades navales o militares, y yo no tenía vida ni fuerza para llevar personalmente este nuevo peso de proyectos, me dirigí a otro sector. En el mes de enero, aconsejé a lord Dundonald que expusiera los planes de su antepasado al coronel Hankey y, el día 21 de marzo, ordené que se formara una comisión técnica eficiente para tratar del asunto en cuestión, bajo la presidencia de lord Dundonald. Hice constar claramente que no nos podíamos apartar de las leyes de guerra vigentes.

Me mantuve en íntimo contacto con la comisión. Siempre en la esfera limitada a que estábamos obligados por las leyes internacionales y la política del Estado, se dieron lentos y esporádicos progresos; y, el 10 de abril, pude escribir a sir John French lo siguiente:

Mister Churchill a sir John French

10 de abril de 1915

Se han ejecutado, bajo mi dirección, algunos magníficos experimentos

sobre la producción de humos. El dispositivo consiste en una pieza cónica, metálica y ligera, de construcción sencilla y de 1 metro de altura por 2 metros de anchura en la base, que está alimentada por benzol, cayendo el combustible y sobre la base. El aceite se extiende sobre toda la superficie del cono, y produce un humo denso que se puede interrumpir simplemente mediante una llave colocada en el suministro del aceite.

Estoy perfeccionando el sistema para fines navales, pero mis reflexiones me han inducido cada vez más a creer en su importancia en la clase de guerra que ustedes hacen ahora. Si el viento es favorable, pueden ustedes ocultar absolutamente todo un sector al fuego enemigo de artillería y de fusilería, pueden ustedes hacer cubrir todo un pueblo o una línea de trincheras hasta que nuestros soldados se encuentren en sus proximidades a punto de entrar a la bayoneta, o bien pueden ocultar la concentración en el momento preciso y en un punto determinado de una gran masa de caballería.

El día 22 de abril de 1915, los alemanes, violando las leyes de la guerra, hicieron su primer ataque con gases y empezó la segunda batalla de Ypres. Este crimen y esta locura estaba destinada a exponerlos a un severo desquite por parte de quien tenía la ventaja de los vientos dominantes y, al final, de superior ciencia en el asunto, y que, por respeto a las leyes internacionales, se había abstenido hasta entonces de aprovechar una situación favorable.

Hay otra etapa a describir en la historia de los tanques y para ello me debo adelantar al tiempo. Cuando presenté mi dimisión al Gabinete en noviembre de 1915, en circunstancias que serán relatadas, y me incorporé al ejército en Francia, concebí ser yo mismo el portador de un buen regalo; consistía este en la concepción de la batalla y de la victoria; sabía que el comandante en jefe, sir John French, estudiaría las proposiciones que yo le hiciera con una atención amistosa y profunda. Así pues, a mi llegada al Cuartel General redacté una nota, fechada el día 3 de diciembre y titulada «Variantes de la ofensiva», que fue impresa por el Comité de Defensa Imperial. La sometí a la consideración de sir John French y, más tarde, a la de su sucesor, sir Douglas Haig. La primera de estas variantes puede quedar citada en este lugar:

Orugas:

Estas máquinas pueden ser empleadas en el corte de las alambradas enemigas y en el dominio general de su línea de fuego. Hay unas setenta a punto de ser terminadas en Inglaterra y deben ser revisadas. No debe utilizarse ninguna hasta que todas puedan hacerlo juntas. Podrían ser emplazadas en secreto a lo largo de todo el frente atacante y a una distancia de unos 150 o 200 metros. Diez o quince minutos antes del asalto, estas máquinas deben desplazarse hacia adelante por el mejor camino de avance abierto, pasando por nuestras trincheras o a través de ellas, por puntos elegidos. Estas máquinas

pueden atravesar un obstáculo ordinario, como fosos, parapetos o trincheras; llevan dos ametralladoras cada una y pueden ser provistas con aparatos lanzallamas. Solo puede detenerlas un impacto directo de la artillería. Una vez que hayan llegado a las alambradas enemigas, harán un giro a la derecha o a la izquierda y se desplazarán paralelamente a las líneas enemigas de trincheras, barriendo con sus fuegos el parapeto y aplastando y cortando las alambradas por calles de curso ligeramente serpenteado. Mientras las orugas hacen esto, estarán muy próximas a las líneas enemigas y quedarán inmunes al fuego de su artillería. La infantería, llevando escudos protectores, avanzará por las brechas abiertas.

Si se emplea la artillería para cortar las alambradas, se anuncia con varios días al enemigo la dirección y la inminencia del ataque. Pero, con este método, el asalto sigue casi inmediatamente al corte de alambradas, es decir, antes de que el enemigo pueda traer refuerzos o antes de que pueda tomar medidas especiales de defensa.

Las orugas son capaces de cruzar las trincheras enemigas y avanzar a cortar sus trincheras de comunicación, pero en este aspecto no es necesario ir adelante. Cada cosa a su tiempo. Será más fácil, cuando la línea enemiga esté en nuestro poder, encontrar los mejores sitios de paso para las orugas para otro avance ulterior que pueda ser necesario. Pueden trepar y descender; en resumen, son cúpulas móviles provistas de ametralladoras así como también destructoras de alambradas. El cortador de redes contra torpedos, empleado en la marina, colocado delante de la oruga se ha demostrado perfectamente aplicable. Con solo ver el espectáculo de tal máquina cortando los hilos de alambrada revueltos uno se convence de su perfección; se parece a las operaciones de recolección con una agavilladora. Un aviso con dos o tres días de antelación al Departamento de Guerra de Trincheras permitirá preparar una demostración.

Es evidente que el método de ataque más arriba descrito requiere en el momento de actuar: terreno helado, oscuridad y sorpresa. Para detener a las orugas se pueden disponer, bien galerías de minas, homilías, granadas enterradas, etc., o bien cañones de campaña disimulados en los parapetos. Pero una vez en marcha estos dispositivos de defensa, surgirán otros que los contrarresten. Hasta que no hayan llegado estas máquinas a Francia, no es posible conjeturar el límite máximo de su potencia. Sin embargo, se cree que, durante las oscuras horas de una noche de invierno, se podrían tomar por este procedimiento, no una, sino varias líneas sucesivas de trincheras. A medida que las máquinas sigan avanzando en las posiciones del enemigo, la artillería de este estará limitada en sus fuegos contra aquellas, y, con la gran confusión, la toma de posición y emplazamiento de los cañones para batir a estas estructuras móviles será casi imposible. La luz del día hará de estas máquinas

una presa fácil, pero si el nuevo día fuera testigo de una nueva situación, habrían cumplido ya su cometido, incluso en el caso de que tuvieran que ser retiradas. A medida que avanzasen, podrían conducir el ataque de la infantería con ellas y servir como puntos de apoyo móviles que guiaran y definieran el ataque.

El plan de ataque por vehículos oruga así desarrollado no fue puesto en práctica hasta la primera batalla de Cambrai en noviembre de 1917. A la luz de años de experiencia pueden señalarse muchos errores en esta exposición, pero puede haber servido de base a un serio estudio militar. Tres meses más tarde, en febrero de 1916, el coronel Swinton, que prestaba sus servicios en la Secretaría del Comité de Defensa Imperial, y que había presenciado las primeras experiencias del «tanque madre», redactó e imprimió con detalles minuciosos y cuidados el plan de una batalla de tanques a gran escala. A pesar de todo, el Alto Mando tardó cerca de dos años más en aprender a emplear los tanques en la forma y condiciones para las que fueron concebidos originalmente. Durante el intervalo, se cometieron toda clase de errores concebibles por falta de comprensión. Los primeros veinte tanques fueron imprudentemente empleados contra el enemigo en la batalla del Somme, a pesar de mis protestas y de las objeciones más vehementes aún de míster Asquith y míster Lloyd George. La inmensa ventaja de la novedad y de la sorpresa quedó así anulada mientras el número de tanques era reducido, mientras estaban en condiciones experimentales y mientras sus dotaciones no estaban aún bien instruidas. Este invento incalculable, que contenía en sí mismo la certidumbre de una victoria, siempre y cuando se empleara en su integridad y en escala suficiente, fue revelado a los alemanes por el mero e insignificante propósito de tomar unos cuantos pequeños villorrios destrozados. Afortunadamente, las altas autoridades militares de todos los países son de la misma mentalidad. Aquella revelación pasó inadvertida al Alto Mando alemán. Aunque lleno de novedad y de efectos de terror, el tanque no pudo constituir ya una aparición, pero, por lo menos, durante el año 1917, no nos vimos enfrentados con gran número de tanques alemanes.

Aquel año aún tenía que ser testigo de otro mal empleo de los tanques británicos. En lugar de emplearlos juntos, en tiempo seco y en terreno no removido por los bombardeos, en algún sector nuevo donde pudieran actuar cómodamente y por sorpresa, fueron utilizados en grupitos de cuatro o cinco como accesorios secundarios de la infantería en los barrizales y embudos de la zona de Passchendaele. Este empleo en pequeñas dosis hizo que el enemigo se llegara a familiarizar con los tanques y estos, de por sí, quedaban atascados en el barro. Y, ciertamente, a final del año 1917, muchas altas autoridades del ejército británico llegaron casi a convencerse de que eran inútiles, e ilustres sabihondos empezaron otra vez a desenterrar sus primitivos argumentos de condenación contra aquellos procedimientos tan poco clásicos.

Afortunadamente, el mal empleo de los tanques y su consiguiente fracaso produjeron una impresión similar en los dirigentes militares alemanes y, una vez más, el enemigo perdió la oportunidad de atacarnos con nuestras propias armas.

A pesar de los estudios de los dos años anteriores y de las constantes argumentaciones y peticiones de los oficiales del cuerpo de tanques, hasta después de las acciones de Passchendaele no se presentó la oportunidad a esta nueva arma. Por fin iban a tener su batalla. Por fin les iba a ser permitido mostrar que podían destruir las alambradas sin un bombardeo que pudiera avisar de nuestras intenciones al enemigo y, en consecuencia, volver a restablecer el factor sorpresa en las modernas ofensivas. El general Byng tuvo el honor de organizar la batalla de Cambrai, que empezó el día 20 de noviembre de 1917. Se emplearon tardíamente y con incertidumbre, pero los resultados fueron decisivos; se logró la victoria en pocas horas y casi sin pérdidas. Sin embargo, como no se habían hecho preparativos para explotarla, las consecuencias ulteriores fueron adversas, e incluso, días más tarde, desastrosas. Hasta el año 1918 no fue adoptada formalmente en la campaña la combinación de tanques y cortinas de humo, esta última para cubrir el avance de un número crecido de aquellos. Si la guerra hubiera continuado en 1919, todos los tanques habrían dispuesto de medios para hacer su propio humo, y todas las operaciones con ellos se hubieran hecho bajo nubes de humo artificial. Pero, después de la batalla de Cambrai, la fama de los tanques quedó asegurada y de entonces en adelante y a través del año 1918 fueron a los ojos del enemigo y a los nuestros la gran arma decisiva y la característica distintiva de las ofensivas británicas, francesas y americanas.

XX

La opción

El Almirantazgo hizo su entrada en el nuevo año bajo cielos extraños y tormentosos. Hemos hablado ya de cómo el almirante Bayly había sido destinado desde la Gran Flota a mandar la quinta escuadra de batalla en el nordeste; y de cómo su escuadra iba a convertirse en el núcleo principal de una flota especialmente instruida para bombardeos, en la que se esperaba encontrar el medio de desarrollar una ofensiva naval. El almirante bajó de su destino del norte sin estar enamorado, ni mucho menos, de aquel cambio que le daba una escuadra de «Formidables» en lugar de los dreadnoughts que había mandado. Como les sucedía a muchos marinos, su corazón estaba en la Gran Flota, pero se dirigió a su nuevo destino dispuesto a desempeñar su función con el celo

acostumbrado. Pidió permiso al Almirantazgo para hacer un crucero con su escuadra por el Canal. Pasó los estrechos en pleno día protegido por una flotilla de destructores dispuesta por el Almirantazgo y empleó el día 31 de diciembre para hacer ejercicios frente a Portland. La flotilla, una vez que vio que la escuadra había pasado los estrechos, la dejó al oscurecer para retornar a Dover y, durante el día, no sucedió nada desagradable. Los barcos hicieron rumbo hacia el oeste descendiendo por el Canal después de anochecido y a las dos estaban llegando al Start. Empezó a soplar viento y la mar se hizo gruesa, pero la luna brillaba espléndida; la marcha era de 10 nudos y recta, sin zigzags. Un submarino alemán, que navegaba por el Canal e inadvertido entre las olas agitadas, disparó un torpedo de efecto fatal sobre el Formidable, el último barco de la línea. El barco se hundió en dos horas y media, perecieron el capitán Loxley y más de quinientos oficiales y marineros; todas las categorías observaron las más elevadas formas de disciplina y lealtad.

Estas tristes noticias llegaron al Almirantazgo con la luz del primer día del año. Lord Fisher estaba indignado por la forma en que había sido conducida la escuadra. Las explicaciones que fueron exigidas al almirante no fueron consideradas como satisfactorias por sus jefes navales. Con mi más profundo disgusto, por motivos personales y otros muchos más comprensivos, se decidió relevarlo de su mando. Le designé para la inspección del Greenwich College, puesto que ocupó durante algún tiempo.

Se hicieron entonces varios intentos para realizar un estudio de conjunto de la situación general y formular planes para la primavera. El día 1 de enero, el canciller del Tesoro, míster Lloyd George, hizo circular una nota de la mayor importancia, llamando la atención sobre el infundado optimismo reinante sobre la situación de la guerra, sobre el fracaso creciente de Rusia como primer factor y sobre la necesidad de una acción en la península balcánica, para unir a Grecia y Bulgaria a la causa de los aliados. Había también un impresionante memorándum del coronel Hankey, al que se hace referencia en la información de la Comisión de los Dardanelos. Ambos documentos apuntaban al Oriente Próximo como el verdadero campo de nuestra acción e iniciativa para 1915. Después de leer un adelanto de estos documentos, devolví, el día 31 de diciembre, el último de estos al primer ministro, diciendo:

En lo inicial estamos de acuerdo y nuestras conclusiones no son incompatibles.

Yo quería que se atacara a Gallípoli cuando se declaró la guerra [...] Entretanto las dificultades se han hecho mayores [...] Creo que el Consejo de Guerra tiene que convocarse diariamente durante algunos días de la próxima semana. No se podrá llegar a nada concreto y útil reuniéndose solo de vez en cuando cada semana.

El día 2 de enero recibí la siguiente carta de lord Kitchener:

Sin duda habrá usted visto el telegrama de Buchanan referente a los rusos y a los turcos; si no, se lo llevará Fitzgerald.

¿Cree usted que sería posible una acción naval para impedir a los turcos enviar más hombres al Cáucaso, desguarneciendo así Constantinopla?

El coronel Fitzgerald trajo con esta nota el telegrama del que destaco el interesante extracto siguiente:

Al principio de esta semana, la posición de los rusos en el Cáucaso fue causa de gran inquietud, pues los turcos habían empezado a ejecutar movimientos envolventes que amenazaban seriamente a las fuerzas rusas. El comandante en jefe del ejército del Cáucaso pidió urgentemente refuerzos; muchas tropas caucásicas están empeñadas ahora contra los alemanes y el gran duque le contestó que se las arreglara con los medios de que disponía.

Sin embargo, el gran duque pregunta si le sería posible a lord Kitchener preparar una demostración de cualquier clase y en cualquier punto, militar o naval, contra los turcos y hacer correr noticias que pudieran inducir a los turcos, que, dice él, son muy susceptibles al pánico, para que retiraran alguna de las fuerzas que operaban contra los rusos en el Cáucaso y aliviar así la posición de estos.

A última hora de aquel día vino lord Kitchener a verme en el Almirantazgo y hablamos largo y tendido sobre el telegrama ruso y sobre si la Marina podía hacer algo para ayudar. Fueron mencionadas todas las alternativas posibles en el teatro turco; ambos teníamos en la mente nuestras discusiones del mes de noviembre sobre las posibilidades de un avance desde Egipto sobre Gallípoli. Ambos comprendíamos perfectamente las importantes consecuencias de un ataque exitoso sobre Constantinopla. Si hubiese un serio proyecto para intentar forzar el estrecho de los Dardanelos en una fase ulterior, sería una imprudencia solemne el dar el toque de alarma a causa de una simple demostración. Hice hincapié en este aspecto y sugerí otras operaciones variadas de diversión para ayudar a los rusos. Lord Kitchener no discutió este argumento, pero volvió firme y decididamente a afirmar que no tenía tropas para derrochar y que no podía hacer frente a una nueva y mayor expansión de nuestros compromisos militares. No recuerdo la conversación, pero mis ideas sobre la misma están confirmadas por la segunda carta que recibí de lord Kitchener aquel mismo día (2 de enero).

Lord Kitchener a míster Churchill

2 de enero de 1915

No veo que podamos hacer nada que sirva para ayudar seriamente a los

rusos en el Cáucaso.

Evidentemente, los turcos están retirando la mayoría de sus tropas de Adrianópolis para reforzar su ejército contra Rusia, probablemente las envían tanto a través del mar Negro.

Los ejércitos rusos están tanto apurados en el Cáucaso como en el norte de Persia.

No tenemos tropas para desembarcar en ningún punto, cualquiera que este sea. Una demostración en Esmirna no servirá para nada y provocaría probablemente una matanza de cristianos. Ya se ha tanteado Alejandreta, y no tendría efecto alguno un segundo intento. La costa de Siria no tiene importancia. El único sitio donde la demostración produciría algún efecto para que cesara el envío de refuerzos turcos hacia el este sería los Dardanelos, particularmente, si, como dice el gran duque, pueden difundirse noticias al mismo tiempo que se amenaza a Constantinopla.

No estamos en condiciones de hacer nada serio por algunos meses.

En el mismo día, lord Kitchener, sin duda debido al resultado de la conversación que había tenido conmigo, envió a San Petersburgo el siguiente telegrama a través de Asuntos Exteriores:

Ruego aseguren al gran duque que se tomarán las medidas necesarias para hacer una demostración contra los turcos. Es de temer, no obstante, que toda acción que nosotros podamos planear y ejecutar posiblemente no afecte al número de enemigos en el Cáucaso, o que pueda inducirlos a retirarse.

Este telegrama nos obligaba a una demostración de una clase u otra contra los turcos, pero no nos comprometía respecto a su dirección, naturaleza e importancia. Era lo menos que podía ser dicho en contestación a la petición de un aliado que se encontraba en un aprieto.

A la mañana siguiente (3 de enero), entró en liza lord Fisher. Había estado considerando todos estos asuntos, había leído varias notas del Gabinete y el telegrama ruso, y conocía perfectamente mi conversación con lord Kitchener. La carta que me envió es de una gran importancia. Revela de un modo absolutamente claro cuál era la posición de lord Fisher. La turbulencia de su estilo no afecta en modo alguno a la agudeza y profundidad de su visión. No creo que nunca emprendiera lord Fisher ninguna acción ni que expresara ninguna opinión que fueran incompatibles con los principios generales de estas primeras opiniones. Siempre fue partidario de una gran operación contra los turcos y de aliarnos con los estados balcánicos y siempre pensó que Bulgaria era la llave de la situación en aquel sector; y estaba siempre dispuesto a exponer los viejos acorazados como parte de una gran combinación naval, militar y diplomática.

Estábamos de acuerdo en todo, tal como demuestra su carta. El que aquellos grandes proyectos no fueran llevados a efecto no fue culpa suya ni mía.

3 de enero de 1915

Querido Winston:

Me he enterado por Hankey que el Consejo Superior de Guerra se reúne el próximo jueves y supongo que será una cosa parecida al juego de bolos. Cada uno tendrá un plan y en cayendo un bolo le dará un golpe al vecino. ¡Considero primordial un ataque sobre Turquía! Pero ¡solo en el caso de ser inmediato! De todos modos no se hará. Nuestro Consejo áulico aplazará el asunto quince días, hasta el siguiente jueves. (N. B. ¿Cuándo nos reunimos por última vez? ¿Qué es lo que se sacó en limpio?).

Nos decidiremos por un insubstancial bombardeo de los Dardanelos que desgaste los insustituibles cañones del Indefatigable, que probablemente necesitará relevarse después. ¿Qué ha resultado de bueno del último bombardeo? ¿Se movió un simple turco del Cáucaso? ¡Y así va la guerra! ¡Ustedes necesitan un hombre!

Este es el plan contra Turquía:

1.Designar a sir W. Robertson, actual segundo jefe de E. M. del ejército, al mando la fuerza expedicionaria.

2.Relevar inmediatamente todos los indios y a 75.000 soldados instruidos del mando de sir John French por territoriales, etc., de Inglaterra (tal como usted sugirió) y embarcar esta fuerza expedicionaria haciendo ostentación de que ¡van a proteger a Egipto!, ¡con toda la rapidez posible a Marsella! y desembarcarlos directamente en la bahía de Besika con fintas previas, antes de que lleguen con las tropas que hay en Egipto, contra Haifa y Alejandreta, siendo la última realmente ocupada a causa de su inestimable valor por los campos petrolíferos del Jardín del Edén, con el que está en comunicación directa. Y echar a los alemanes establecidos ahora en Alejandreta con motivo de una concesión inmensa de los turcos. ¡La última hazaña del archienemigo de Inglaterra, el mariscal von Biberstein!

3.Los griegos irán sobre Gallípoli al mismo tiempo que nosotros sobre Besika, los búlgaros sobre Constantinopla, y los rusos, serbios y rumanos sobre Austria (¡esto ya lo ha dicho usted!).

4.Sturdee forzará al mismo tiempo los Dardanelos con unidades de la clase Majestic y Canopus. ¡Qué Dios lo bendiga!

Pero, como decía el gran Napoleón, rapidez. Sin esta, ¡Desastre!

En la historia del mundo, ¡una junta no ha conquistado nunca nada!

¡Ustedes necesitan un hombre!

Suyo,

F.

Nunca hubo la menor posibilidad de llevar a efecto todo el plan de Fisher. Sir William Robertson, a quien proponía confiar la empresa, se habría manifestado, con toda probabilidad, contra ella, pues su opinión era concentrarlo todo en el principal o decisivo (como seguramente lo habría descrito) teatro de guerra. La retirada del cuerpo indio y de 75.000 hombres escogidos de sir John French y su relevo por divisiones territoriales habría encontrado resistencia hasta el punto de producir la dimisión del comandante en jefe, apoyado por todo su Estado Mayor. El general Joffre y el Gobierno francés habrían protestado de un modo enérgico. El tercer párrafo de lord Fisher, sobre los griegos, búlgaros, serbios y rumanos, expresaba, exactamente, lo que todo el mundo quería: era el máximo objetivo a lograr en aquella parte del mundo. La cuestión era: ¿cómo hacerlo? Esta era la clave del problema. Además, esto estaba en conexión con aquel cuarto párrafo de lord Fisher que me impresionó tanto: ¡he aquí por primera vez la propuesta de forzar los Dardanelos con viejos acorazados!

Esta porción de sugerencias autorizadas tuvo el efecto de hacerme entrar en actividad. Yo creí ver una gran convergencia de opiniones en la dirección de un ataque contra los Dardanelos, por el que yo tanto había propugnado. Los argumentos en su favor eran de carácter aplastante; y en este momento, las altas autoridades políticas, civiles y militares, estaban, al parecer, dispuestas a arrimar el hombro. Todos los argumentos e influencia de míster Lloyd George parecían estar orientados a las propuestas hacia Turquía y los Balcanes. Aunque su método era distinto, el objeto final, es decir, reunir a los estados balcánicos contra Austria y Turquía, era el mismo y todos sus argumentos eran igualmente válidos para todos los planes. Yo sabía, por mis conversaciones con míster Balfour, que estaba fuertemente sugestionado por las ventajas que se «podrían recoger de un éxito en la acción en este teatro sudoriental». Por último, el Ministerio de Asuntos Exteriores y sir Edward Grey estaban, también, evidentemente interesados. Había un acuerdo unánime de opiniones; parecía, por fin, que existía el suficiente impulso para una unidad de acción. Pero ¿había un plan practicable? Resolví encontrarlo, y, el día 3 de enero, con el respaldo activo de lord Fisher y después de una entrevista con sir Henry Jackson, que estaba estudiando principalmente este teatro de la guerra e informándonos sobre el mismo, telegrafíé al vicealmirante Carden, que ejercía su mando en los Dardanelos, lo siguiente:

Almirantazgo al contraalmirante Carden

3 de enero de 1915

Primer Lord:

¿Estima usted posible forzar los Dardanelos con solo barcos en una operación viable?

Se supone que serán empleados acorazados viejos provistos con chocaminas y precedidos de carboneros u otros barcos mercantes para hacer estallar las minas o dragadas.

La importancia del resultado justificaría serias pérdidas por nuestra parte.

Hágame conocer su opinión.

Todo esto era a título de exploración. Yo no me había convencido aún de la conveniencia de esta fase dentro del principio general de un ataque a Turquía. Necesitaba estudiar todas las alternativas y ver qué apoyo podrían tener realmente tales proyectos. Todos nuestros asuntos estaban por entonces complicados con los planes que, como se ha explicado en el último capítulo, estaban en discusión para el avance del ejército a lo largo de la costa de Francia y para el embotellamiento del puerto de Zeebrugge.

Estaba yo aún muy ocupado pensando en el teatro septentrional, en Borkum y en el Báltico. El día 4 de enero escribí una nota al primer lord naval sobre varios puntos a tratar en las deliberaciones del próximo Consejo de Guerra, decía: «Haríamos mejor en esperar a oír lo que los demás tienen que decir sobre los planes de Turquía antes de tomar una orientación definida. Yo no pondría mala cara a la cifra de 100.000 hombres a causa de los grandes efectos políticos en la península balcánica [...]».

«Las ventajas navales —contestó él aquel mismo día— de la posición de Constantinopla y de hacernos con el trigo del mar Negro son tan extraordinarias que estimo que el plan del coronel Hankey para las operaciones en la zona turca es vital, imperativo y muy urgente».

No cabe duda, que podíamos haber trabajado juntos, unidos y con el mayor entusiasmo para las operaciones anfibias del Sur, si estas hubieran sido apoyadas eficientemente por el Consejo Superior de Guerra con la decisión y dinamismo necesarios.

El día 5 de enero, llegó la contestación del almirante Carden; era notable.

Vicealmirante Carden a primer lord

5 de enero de 1915

Haciendo referencia a su telegrama del día 3 del corriente mes, no creo que los Dardanelos puedan ser atacados por sorpresa.

Podrían ser forzados desarrollando operaciones extensas con un gran número de barcos.

En el Consejo de Guerra de aquella tarde, una de las principales cuestiones más discutidas fue la de un ataque sobre Turquía y una operación de diversión en el Oriente Próximo. Todo el mundo parecía comprender las ventajas de estas operaciones y leí el telegrama del almirante Carden que fue escuchado con mucho interés. La significación de este telegrama estribaba en el hecho de que ofrecía una perspectiva de influencia en la situación oriental de un modo decisivo sin dar paso al empleo de efectivos militares en gran escala, y además, permitía un medio efectivo de ayudar al gran duque sin agotar las posibilidades sobre los Dardanelos por nada más que una simple demostración. A mi regreso al Almirantazgo, me encontré con que la idea de un asalto gradual de los estrechos con operaciones escalonadas era admitida favorablemente, tanto por el almirante Oliver, el jefe del Estado Mayor, como por sir Henry Jackson. Tuve una conversación con este último, quien había terminado en aquel día un memorándum sobre la cuestión (que yo leí algunos días más tarde). Él no era partidario de ningún intento por sorpresa en los estrechos, pero habló de los considerables efectos del breve bombardeo del día 3 de noviembre, y estaba atraído por la idea de una reducción escalonada de las fortalezas, aun cuando serían necesarias las tropas para seguir la operación y completar el ataque naval, y especialmente para ocupar a Constantinopla. Así pues, teníamos al jefe del Estado Mayor, al almirante que estudiaba este teatro particular y al almirante en mando que aparentemente estaban de acuerdo en los puntos principales. Esta coincidencia de opinión entre oficiales tan distantes unos de otros y en circunstancias tan distintas me provocó un fuerte efecto, y, en consecuencia, telegrafíé el día 6 de enero al vicealmirante Carden lo siguiente:

Primer lord a Almirante Carden

6 de enero de 1915

Su punto de vista es compartido aquí por las altas autoridades. Por favor, telegrafíe en detalle qué es lo que usted cree que se puede hacer con operaciones extensas, las fuerzas, que serían necesarias, y cómo cree usted que estas pueden emplearse.

Hubo otra reunión del Consejo de Guerra el día 8 de enero en la que tuvo lugar una larga discusión sobre esta zona de guerra. Especulando con varias soluciones, lord Kitchener expresó una opinión en favor de un ataque sobre los Dardanelos; dijo en el Consejo que los Dardanelos parecían ser el objetivo militar más apropiado cuanto que un ataque en aquel lugar podía ser llevado a cabo en cooperación con la escuadra. Estimaba que para la captura de los Dardanelos serían suficientes 150.000 hombres, pero se reservaba su opinión final hasta que se hubiera hecho un estudio más detallado. Él no ofreció las tropas y concretó que no tenía efectivos disponibles. Su contribución era, por consiguiente, y esta era su intención, puramente teórica.

El día 11 de enero, llegó el plan detallado de Carden. Este, en sus detalles y en su mayor parte, era obra de un oficial de infantería de marina muy capaz, el capitán Godfrey (que pertenecía al Estado Mayor del vicealmirante), y de los artilleros del Inflexible. Recupero a continuación lo más esencial.

Posibilidad de las operaciones:

- a) Reducción de las defensas en la entrada.
- b) Eliminación de las defensas interiores de los estrechos, incluyendo la punta Kephez, batería núm. 8.
- c) Reducción de las defensas del paso de Chanak.
- d) Abrirse paso a través del campo de minas, avanzando a través del paso de los estrechos y finalmente hasta el Mármara.

Fuerza requerida: 12 acorazados, 4 de ellos provistos de chocaminas; 3 cruceros de batalla, 2 de los cuales deben estar disponibles para entrar en el Mármara; 3 cruceros ligeros, 1 conductor de flotilla, 16 destructores, 1 barco depósito de reparaciones, 6 submarinos, 4 hidroaviones y el Foudre, 12 dragaminas, incluyendo quizá 4 dragaminas de la flota; 1 barco hospital, 6 carboneros en la isla de Tenedos, 2 barcos de municiones y suministros. La fuerza expresada da margen para las pérdidas.

Detalles de la acción:

Es indispensable un reconocimiento frecuente por hidroaviones.

- a) Bombardeo indirecto de los fuertes, completando su destrucción por tiro directo a distancias eficaces; destrucción de los tubos lanzatorpedos en la entrada y los cañones del sector del campo de minas; limpieza de este.
- b) Los acorazados, precedidos por los dragaminas, entrarán en el estrecho abriéndose camino hasta la posición desde la cual puede ser reducida al silencio la batería núm. 8.
- c) Severo bombardeo sobre los fuertes por los cruceros de batalla desde Gaba Tepe dirigido desde los acorazados; destrucción completa por tiro directo a distancias eficaces.
- d) Los acorazados, precedidos por dragaminas, se abrirán camino hacia los estrechos. Bombardeo previo de los fuertes 22, 23 y 24 desde Gaba Tepe, dirigiendo el tiro sobre el 22 por los hidroaviones, después tiro directo. Limpieza de los campos de minas en los estrechos; destrucción por tiro directo del fuerte de Nagara; la fuerza de batalla entra en el Mármara precedida por dragaminas.

El gasto de municiones para c) debe ser ampliamente estimado y, si el municionamiento fuera suficiente, el resultado será favorable. Las dificultades

del apartado b) aumentarán mucho si el Goeben colabora a la defensa desde Nagara. Se necesitaría, excepto si tuvieron éxito en los ataques submarinos, el empleo del fuego de los cruceros de batalla desde Gaba Tepe o en tiro directo.

El tiempo necesario para las operaciones depende en gran parte de la moral del enemigo para soportar el bombardeo. Las guarniciones están ampliamente reforzadas por los alemanes; influirán también las condiciones del tiempo, las tormentas son ahora frecuentes. Todo puede ser hecho aproximadamente en un mes.

El gasto de municiones será elevado; será necesario preparar las cantidades que se estimen necesarias.

La disposición de la escuadra al terminar las operaciones será: en el Mármara, 2 cruceros de batalla, 4 acorazados, 3 cruceros ligeros, 1 conductor de flotilla, 12 destructores, 3 submarinos, 1 barco de municiones y suministros, 4 dragaminas y carboneros.

El resto de la fuerza mantendrá abiertos los estrechos y los dragaminas completarán la limpieza de los campos de minas.

Este plan produjo una gran impresión a todos los que lo vieron. En sus detalles era para mí una proposición completamente nueva. Mi telegrama contenía algo de la naturaleza de un asalto por sorpresa, de acuerdo con la sugerencia de lord Fisher sobre la expugnación de los estrechos por el almirante Sturdee con los acorazados de la clase Canopus. Envié inmediatamente una copia del plan al primer ministro y a otros, y fue libremente discutido por todos aquellos que recibieron la información. Tanto el primer lord naval como el jefe del Estado Mayor parecían partidarios de él. Nadie en ninguna ocasión sugirió la más pequeña duda sobre su corrección técnica. Por ejemplo, nadie de las cuatro o cinco autoridades navales con sus asesoramientos técnicos, que estaban allí privadamente, dijo: «Esto es absurdo, los barcos no pueden disparar sobre los fuertes», ni ninguno criticó los detalles. Por el contrario, todos estimaron el plan como una propuesta muy interesante y esperanzadora, y así creció en los círculos secretos del Almirantazgo una opinión clara y favorable a la operación. Entonces el Estado Mayor hizo una sugerencia que tuvo una gran influencia sobre el resultado.

El Queen Elizabeth, el primero de los cinco acorazados rápidos armados con cañones de 38,1 cm, quedó listo entonces. Se había decidido enviar este acorazado a hacer sus prácticas de artillería y tiros de ensayo en las aguas tranquilas del Mediterráneo; en aquellos momentos tenía ya la orden de proceder así. El Estado Mayor proponía ahora que probase sus enormes cañones contra los Dardanelos, e informaba que podía disparar a distancias mayores que el alcance de las piezas de los fuertes turcos. Esto no se me había ocurrido a mí antes, pero desde el momento en que fue mencionado, se hizo

evidente su importancia. Todos tuvimos la sensación de encontrarnos en presencia de un nuevo hecho. El Queen Elizabeth entraba en la discusión con su efecto adicional. El vicealmirante Carden nunca había soñado con poder disponer de este barco. Nuestras discusiones preliminares y su plan detallado no habían tenido en cuenta esta nueva ayuda.

Entonces ordené al Estado Mayor que hiciera los planes definitivos y redactara las órdenes, y yo hice una nota de la flota que estaba realmente disponible para la operación.

Secretaría

Primer lord naval

Jefe del Estado Mayor

12 de enero de 1915

1) Forzar los Dardanelos como se ha propuesto y la llegada de una escuadra suficientemente fuerte al mar de Mármara para destruir la flota turca sería una victoria de la mayor importancia, y cambiaría a nuestro favor la situación de conjunto de la guerra en el Este.

2) Parece posible proveer la fuerza requerida por el almirante Carden, sin disminuir el margen de superioridad necesario en las aguas metropolitanas, del modo siguiente:

Ocean, Swiftsure y Triumph (destinados o ya en este sector).

Vengeance, Canopus (procedentes del Atlántico).

Albion (procedente de El Cabo).

Cæsar y Prince George (procedentes de Gibraltar).

Victorious, Mars, Magnificent, Hannibal (se había dado ya orden de desmantelarlos en la metrópoli).

Queen Elizabeth (destacado en Gibraltar para preparativos de ejercicios de artillería).

Inflexible (se ha dado orden de que vaya al Mediterráneo para relevar al Indefatigable).

Indefatigable (está en el sector).

Así pues, no se debería enviar ningún barco de línea desde la metrópoli, excepción hecha de los cuatro que tenían que ser desmantelados.

3) En lo expuesto no se tienen en cuenta los cuatro acorazados franceses del sector y otros seis, dados como disponibles. [...]

4) Las operaciones podrán empezar el día 1 de febrero con un bombardeo a gran distancia por el Queen Elizabeth sobre los fuertes de la entrada. No es necesario desarrollar el ataque en pleno hasta que se hayan hecho visibles los efectos de la primera fase de la operación. Deben ser concertados todos los preparativos en secreto para la ejecución del plan, debiendo estar previstos los hidroaviones y elementos auxiliares. Tomará el mando el almirante Carden. [...]

En consecuencia, deben ser preparados los planes concretos.

W. S. C.

Lord Fisher dio su aprobación a esta nota, y él mismo, en fecha posterior (9 de febrero), añadió a la flota propuesta dos barcos de línea, casi dreadnoughts, el Lord Nelson y el Agamemnon. Esto constituía un gran refuerzo y suponía una disminución en la misma escala del margen de seguridad de la Gran Flota.

El día 13 de enero llevé el proyecto al Consejo Superior de Guerra. Veinticuatro horas antes hice llegar el telegrama del almirante Carden a sus principales miembros, incluyendo, por supuesto, al primer ministro y lord Kitchener. Este último tenía la opinión de que valía la pena emprender el plan y dijo: «Podemos interrumpir el bombardeo si este no resultara efectivo». Lord Fisher y sir Arthur Wilson estaban presentes, nadie hizo observación alguna y pensé, naturalmente, que estaban conformes. La decisión del Consejo fue unánime y fue acordada en la curiosa forma siguiente:

Que el Almirantazgo debe estudiar urgentemente la posibilidad de una acción efectiva en Cattaro o cualquier otro punto del Adriático con la intención (inter alia) de presionar a Italia.

El Almirantazgo debe también preparar para el mes de febrero una expedición naval para bombardear y tomar la península de Gallípoli con Constantinopla como objetivo.

Después del Consejo, el 15 de enero, y con el consentimiento de lord Fisher, envié el siguiente telegrama al almirante Carden:

Su plan ha sido presentado ayer por el primer lord naval y por mí mismo al Consejo Superior de Guerra del Gabinete y fue aprobado en principio.

No encontramos dificultad en proveer la fuerza que usted necesita, incluyendo, para el 15 de febrero, el Queen Elizabeth.

Estamos completamente de acuerdo con su plan de una reducción metódica y por fases de los fuertes, al igual que los alemanes hicieron en Amberes.

Proponemos confiar a usted esta operación. El almirante Robeck será probablemente su segundo en el mando.

Cuanto antes podamos empezar, mejor.

En breve recibirá usted instrucciones oficiales del Almirantazgo.

Continúe perfeccionando su plan.

Procedí entonces a presentar el asunto al Gobierno francés, con el que se necesitaba llegar a un ajuste, entre otras cosas, de la cuestión del mando en el Mediterráneo.

Hice un esquema de nuestro plan para forzar los Dardanelos y añadí:

El Almirantazgo no desea, en vista de esta importantísima operación, que se produzca cambio alguno en el mando local en este sector del Mediterráneo en el momento presente. Sin embargo, esperamos que la escuadra de acorazados franceses, junto con los submarinos y destructores y el portaaviones Foudre, cooperarán bajo el mando de un contraalmirante francés.

Antes de entregar esta nota al agregado naval francés tuve cuidado de que fuera refrendada previamente por el primer ministro, lord Kitchener y sir Edward Grey, así como por el primer lord y el jefe del Estado Mayor naval. Esta precaución era la obligada en un asunto de tanta importancia y sobre el cual era esencial que no hubiera después malas interpretaciones.

Envié una comunicación similar al gran duque Nicolás.

Como puede verse, la génesis de este plan y su elaboración fueron de carácter puramente profesional y naval. Fue el almirante Carden y los oficiales de artillería de su Estado Mayor quienes propusieron el método de reducción de los fuertes por bombardeos a grandes distancias; fue sir Henry Jackson y el Estado Mayor del Almirantazgo quienes ampararon esta idea, la estudiaron y la aprobaron en detalle. Malo o bueno, era un plan del Estado Mayor. De igual modo, las órdenes del Almirantazgo fueron preparadas exclusivamente por el jefe del Estado Mayor y sus colaboradores. Yo hice un esquema de los recursos disponibles en acorazados viejos. Pero fue el Estado Mayor quien propuso la adición del Queen Elizabeth con todas las posibilidades derivadas de este barco. Fue el primer lord naval quien añadió otros dos poderosos barcos, el Lord Nelson y el Agamemnon, a la flota de los Dardanelos. En ningún aspecto se inmiscuyó en la integridad de la concepción profesional ninguna interferencia profana o civil y tampoco la perturbó.

No escribo esto con la intención de disminuir o achacar a otros mi propia responsabilidad. Pues no es en esto donde se halla mi responsabilidad. Yo no hice ni podía hacer el plan. Pero cuando este fue hecho por las autoridades navales y perfeccionado y avalado por altas autoridades técnicas y aprobado por el primer lord naval, lo hice mío y me formé el propósito de llevarlo a ejecución; y, por consiguiente, me consagré a él con todos mis recursos.

Mientras otros vacilaban o cambiaban de manera de pensar, sin aducir nuevas razones, yo los hacía volver enérgicamente a sus previas decisiones; y así, en el interés general de los aliados, llevé el asunto firmemente hacia delante hasta su puesta en práctica.

Queda así completada la descripción de la primera fase en la iniciación de la empresa contra los Dardanelos. Pocos motivos de discusión pueden suscitarse de los hechos con los documentos a la vista. Durante veinte días, el proyecto estuvo bajo la consideración de las autoridades directoras navales de por entonces y también fue sometido a los miembros del Consejo de Guerra. En el Almirantazgo había sido la cuestión más debatida en los círculos secretos. Hasta aquí todas las opiniones fueron favorables y no se alzó ninguna voz ni se adujo argumento alguno contra él. El redactor de la Historia Oficial Australiana ha tenido a bien resumir este acontecimiento con la concluyente sentencia:

Y así la tragedia de Gallípoli nació de un exceso de imaginación de Churchill, de la ignorancia de un profano en cuestiones artilleras, y del poder fatal de un joven entusiasmo para convencer a cerebros más viejos y más lentos.

Tengo confianza en que el pueblo australiano, ante el cual he sentido siempre una responsabilidad solemne, no se contentará con un juicio tan crudo, tan inexacto, tan incompleto y tan parcial, sino que juzgará por el estudio de los hechos en sí mismos.

XXI

El combate del banco Dogger, 24 de enero

A mediados del mes de enero, se hizo notar un desasosiego sobre nuestra situación naval que se manifestó en las altas y secretas esferas gubernamentales. Sir John Jellicoe ha descrito en su libro la que él consideraba como excepcional debilidad de la Gran Flota en aquellos momentos. Sus cartas al primer lord naval estaban llenas de comparaciones inquietantes sobre la fuerza relativa de las marinas británica y alemana en el evento de una gran batalla. Varios de sus dreadnoughts estaban realizando sus reparaciones normales, y dos más, el Monarch y el Conqueror, estaban temporalmente fuera de servicio a consecuencia de una colisión. Volvió a la teoría que había mantenido en el pasado mes de noviembre, según la cual los alemanes habían armado secretamente sus últimos acorazados con cañones de mucho más calibre. Pero mientras en noviembre el rumor había sido de que

cuatro barcos estaban armados con cañones de 35,6 cm, en estos momentos el rumor había crecido hasta los seis barcos con cañones de 38,1 cm. Por supuesto, no había posibilidad de que hubiera tenido lugar tal transformación. Nuestros servicios de información nos habían señalado posiciones de estos barcos fuera de dique y en movimiento en varias fechas, lo que invalidaba la supuesta ejecución de tan enormes reconstrucciones. No obstante, me vi obligado a combatir estos argumentos y otros de carácter también alarmante, y, en particular, a disponer la formación de una comisión presidida por el tercer lord naval para aplacar el recelo producido por aquellos rumores.

Otra demanda del comandante en jefe fue causa para mí de mucha inquietud. Se mostró extremadamente ansioso de que los cruceros de batalla, que habían sido estacionados en Forth, fueran retirados a Cromarty a fin de estar en más estrecho contacto con la flota principal. Esta proposición, en el caso de acceder a ella, nos privaba de los medios para actuar eficientemente contra una incursión alemana sobre nuestras costas, caso que el enemigo repitiese la prueba que había ya intentado el 16 de diciembre contra Hartlepool y Scarborough. Cromarty estaba tan lejos de Heligoland como de Scapa, y la retirada del almirante Beatty y de la escuadra de cruceros de batalla a aquella base distante parecía suponer para nosotros un desamparo innecesario. Ciertamente, yo habría preferido que toda la flota de batalla fuera a la base, más al sur, de Forth. Pero si esto no era posible, me oponía enérgicamente a que los cruceros de batalla fueran retirados de su posición estratégica respecto a los barcos rápidos enemigos. Por consiguiente, el 20 de enero escribí al primer lord naval:

Los cruceros de batalla deben mantenerse concentrados, pues siempre tenemos que disponer de una fuerza suficiente para batir la totalidad de barcos ligeros alemanes. Estarían completamente fuera del radio de acción necesario para desarrollar una operación para proteger las costas de Inglaterra en el caso de que fueran a Cromarty, que se encuentra a la misma distancia de Scapa Flow que de Heligoland. Por consiguiente, creo que no deben ser divididos o desplazados de Forth, a menos que el almirante Beatty informe que estima peligrosas las condiciones de navegación.

Discutí al día siguiente y con toda amplitud este tema y otros relacionados con la fuerza de la Gran Flota con lord Fisher, y estuvo de acuerdo con mi punto de vista. El resultado fue que puse una notificación el día 21 al jefe del Estado Mayor, que decía:

Los cruceros de batalla deben estar reunidos en Forth como hasta ahora, a menos que el almirante Beatty informe que estima peligrosas las condiciones de navegación. Proceda en consecuencia.

La repercusión de todos estos temores se puso de manifiesto en el mismo

Consejo Superior de Guerra. El día 21 de enero, el primer ministro me escribía informándome que había convocado una reunión del Consejo de Guerra para el día 28 y que deseaba que sir John Jellicoe estuviese presente en la misma. Me di cuenta en seguida de que había otra vez mar de fondo alrededor del Almirantazgo. No creí que fuera conveniente hacer que sir John Jellicoe dejara la flota y viniese a Londres para asistir al Consejo durante un período comúnmente admitido como de insuficiencia de nuestra fuerza naval, y durante el cual todo indicaba que podía perfectamente temerse una actividad enemiga. Me opuse a que sir John Jellicoe fuera convocado.

Como consecuencia de las discusiones que tuvieron lugar entre el Estado Mayor naval alemán y el emperador al principio de la guerra, se habían impuesto a la flota alemana serias restricciones. Debido a estas decisiones imperiales, el almirante Von Ingenohl dispuso enviar su escuadra de batalla más potente, la tercera, consistente en las unidades de la clase Kaiser y König, al Báltico, para fines de instrucción. No obstante, intentó emprender en primer lugar otra acción de carácter limitado, mediante la flota, en el mar del Norte. Debido al mal tiempo, esta empresa tuvo que ser aplazada día tras día. Hacia mediados de enero, él y el Estado Mayor naval se dejaron llevar por la creencia de que era inminente una gran ofensiva naval británica. Habían oído hablar de unos barcos enmascarados que se estaban construyendo en Belfast y relacionaron esto con un plan para obstruir las desembocaduras de los ríos de Heligoland Bight con estos barcos. Pasaron algunos días de febril inquietud y de disposición inmediata para entrar en acción. En la mañana del día 19, un hidroavión alemán divisó a unas 60 millas de Heligoland «numerosos barcos ingleses con rumbo al este, entre los que había varios cruceros de batalla y además un centenar de unidades menores». Creyeron entonces que se acercaba la gran operación de embotellamiento. En realidad, se trataba de un reconocimiento con todas las fuerzas de destructores de Harwich y flotillas de submarinos, apoyadas por los cruceros de batalla. Cuando vieron que no había sucedido nada, y las noticias ulteriores dieron cuenta de que una gran parte de la flota inglesa se había aproximado a sus costas y después se había retirado, Von Ingenohl llegó a la conclusión de que se había renunciado a aquella temida operación, o de que, en todo caso, había sido pospuesta. Procedió, en consecuencia, a hacer remitir las precauciones especiales adoptadas y, el día 21, envió la tercera escuadra a través del canal de Kiel para que hiciera sus ejercicios en el Báltico. Las decisiones contradictorias e inconsecuentes que se derivaron están descritas con amargura en la Historia Oficial Alemana.

Después de la relajación general de las medidas adoptadas en aquel período de tensión, hubiera sido muy natural, de acuerdo con las directrices trazadas en el informe del comandante en jefe y en su diario de guerra, que él hubiera mostrado aún menos iniciativa que antes en el empeño de operaciones ofensivas en el mar del Norte. Pero el tiempo mejoraba precisamente por

entonces y el vicealmirante Eckermann, jefe del Estado Mayor, necesitaba aprovechar la oportunidad de resarcirse de la inactividad impuesta por el mal tiempo. Por consiguiente, el día 22 de enero, expuso las siguientes sugerencias al comandante en jefe, escribiendo:

«Si mañana el tiempo se mantuviera como durante esta tarde y noche, creo que sería muy conveniente una salida de cruceros y destructores hasta el banco Dogger. No se necesitan preparativos especiales; sería suficiente una orden, expedida por la mañana, para el oficial más antiguo de las fuerzas de exploración.

»Salir por la noche, llegar al mediodía y regresar por la tarde».

El almirante Von Ingenohl [dice el historiador alemán] se dio cuenta enseguida de que la propuesta estaba en contradicción con las directrices que se habían acordado y puso la siguiente nota marginal:

«Preferiría que tales salidas fuesen hechas solo cuando la flota pudiese salir reunida. Desgraciadamente, esto es imposible en este momento».

No obstante, dio su consentimiento.

A las diez y veinticinco minutos de la mañana siguiente, fue enviada por telegrafía sin hilos al contraalmirante Von Hipper la siguiente orden:

«El primero y segundo grupos de exploración, los destructores del oficial más antiguo y dos flotillas seleccionadas por el oficial más antiguo de las fuerzas de exploración tienen que proceder a un reconocimiento en el banco Dogger. Saldrán de sus puertos después de anochecido y regresarán mañana por la noche, después de oscurecer».

El día 23, lord Fisher, quien a pesar de varias divergencias, de las que se hablará más tarde, había estado muy unido a mí con motivo del incidente Jellicoe, guardaba cama resfriado. Naturalmente, fui a verle a Archway House, que estaba en las inmediaciones de los edificios del Almirantazgo. Tuvimos una larga y agradable conversación sobre todos nuestros problemas. Era casi mediodía cuando llegué a mi despacho en el Almirantazgo. Apenas me había sentado cuando se abrió la puerta rápidamente y entró sin anunciarse sir Arthur Wilson, me miraba intensamente y sus ojos brillaban, detrás de él venía Oliver con cartas y compases.

«Primer lord, vuelven otra vez esos tipos».

«¿Cuándo?».

«Esta noche. Tenemos el tiempo justo para enviar a Beatty».

Enviamos sucesivamente y con breves intervalos los telegramas siguientes:

Almirantazgo al comodoro (T), Harwich

Suspendido plan Z. Todos nuestros destructores y cruceros ligeros se necesitarán esta noche. Suspenda envío de destructores a Sheerness para escolta.

Almirantazgo al vicealmirante «Lion», Rosyth

Estén preparados para hacerse a la mar inmediatamente con todos los cruceros de batalla, cruceros ligeros y destructores de alta mar. Seguirán órdenes complementarias.

Almirantazgo al comandante en jefe de la Gran Flota

La primera, la segunda y la cuarta escuadra de batalla, cruceros y cruceros ligeros deben estar listos para hacerse a la mar esta noche después de oscurecido.

Una vez hecho esto, sir Arthur explicó brevemente las conclusiones a que había llegado del estudio del mensaje interceptado a los alemanes, que había sido traducido por nuestros criptógrafos, y de otras noticias de los servicios de información de los que él era el jefe. Todos los barcos rápidos alemanes se iban a hacer a la mar en cuando entrara la noche, y era de esperar, evidentemente, una incursión sobre las costas británicas. Mis compañeros se ocuparon ellos mismos de fijar el punto de reunión de las diversas fuerzas británicas. La carta y los compases pusieron de manifiesto en un momento que solo Beatty desde Forth y Tyrwhitt desde Harwich podían interceptar a los alemanes antes de que pudieran atacar y escapar. La Gran Flota no podía llegar a aquel sector hasta la tarde siguiente, así como tampoco los barcos apostados en Cromarty. No obstante, había el tiempo justo para que Beatty y Tyrwhitt reunieran sus fuerzas al romper el alba cerca del banco Dogger. Wilson y Oliver habían trazado ya en la carta la línea probable de ruta que seguiría el enemigo, trazado que, como quedó demostrado después, era casi de exactitud matemática. Hora por hora, fueron situando la posición del enemigo con el concurso de los compases y de acuerdo con la velocidad que atribuían a los alemanes, hasta que estos alcanzaran nuestras costas; después trazaron a partir de Forth y Harwich las líneas de interceptación de Beatty y de Tyrwhitt. La intención era que las fuerzas se encontraran y quedaran unidas al alba en un punto a unas 10 millas o media hora detrás del enemigo después de que este hubiera pasado en dirección oeste, y de esta suerte quedarían colocadas entre él y sus bases. Discutimos si podríamos correr el riesgo de un margen más atrevido, es decir, un punto de reunión para nuestros barcos situado aún más al este. Esto nos daría una mayor seguridad de quedar interpuestos entre el enemigo y sus bases, pero también más probabilidades de perderlo si el tiempo se hacía desfavorable. Recordando lo que había sucedido el 16 de diciembre, esta última posibilidad nos parecía muy seria; así pues, el rendez-vous fue fijado para las siete de la mañana del día 24 a los 55° 13' N, 3° 12' E, es decir,

a 180 millas desde Heligoland y casi en la recta trazada desde Heligoland a Firth of porth. El siguiente telegrama se expidió al comandante en jefe de la Gran Flota en Scapa, al almirante Bradford con la tercera escuadra de batalla, al almirante Beatty con los cruceros de batalla en Rosyth, y al comodoro Tyrwhitt con los cruceros ligeros y destructores en Harwich:

Cuatro cruceros de batalla alemanes, seis cruceros ligeros y veintidós destructores saldrán esta noche para explorar el banco Dogger, regresaran probablemente mañana por la noche. Todos los cruceros de batalla, cruceros ligeros y destructores disponibles tienen que encontrarse a las siete de mañana en un punto a los 55° 13' N, 3° 12' E. El comodoro (T) va a salir con todos los cruceros ligeros y destructores disponibles desde Harwich para unirse al buque insignia Lion a las siete en el punto más arriba indicado. Si el enemigo fuera divisado por el comodoro (T) en el curso de su ruta, este debe atacar al enemigo. La T. S. H. no se empleará a menos que sea un caso de absoluta necesidad. Este telegrama ha sido enviado al comandante en jefe de la flota metropolitana, al vicealmirante a bordo del Lion, al vicealmirante de la tercera escuadra de batalla y al comodoro (T).

Había pasado cerca de una hora entre estos cálculos y discusiones, y, entretanto, el primer lord naval aún no sabía nada de lo que estaba sucediendo. Por consiguiente, pedí a sir Arthur Wilson y al jefe del Estado Mayor que llevaran las cartas y el telegrama redactado a la Archway House, y, a menos que hubiera una diferencia de criterio, darle el curso debido. Lord Fisher estuvo completamente satisfecho con las decisiones que fueron propuestas, y la acción fue emprendida en los términos descritos.

El lector puede imaginar la tensión de espíritu a que me vi sometido en aquellas largas horas de la tarde y de la noche. No compartimos nuestro secreto con nadie. Aquella noche asistí a una cena que daba el embajador francés a monsieur Millerand, entonces ministro de la Guerra, que había venido a Londres con una misión de importancia. Me sentí separado de la brillante sociedad que se reunía allí por una pared de conocimientos secretos que eran causa para mí de una abrumadora preocupación. En el mes de diciembre pasado, apenas habíamos dado crédito a nuestras fuentes de información. Todo era incierto, siempre había parecido probable que no ocurriría nada. Pero en este momento, con la experiencia ganada a nuestra propia costa, solo había un pensamiento reinante: ¡la batalla al alba! ¡Una batalla por primera vez en la historia entre poderosos superdreadnoughts! Y a todo esto se añadía una sensación de angustia ante la bestia de presa que avanzaba sin pausa, hora por hora, hacia la trampa.

A la mañana siguiente, y antes de amanecer, estábamos todos de pie, Fisher, Wilson, Oliver y yo estábamos en el Departamento de Guerra cuando empezó a verse en las ventanas la luz del día. Los servicios ordinarios de

noche de los distintos departamentos del Estado Mayor estaban aún en sus puestos. De súbito, con la seguridad del destino y la puntualidad de una parada militar dejaron ante nosotros un telegrama interceptado a la flota. Era un telegrama de la primera escuadra de cruceros ligeros al Lion (Beatty) y al Iron Duke (Jellicoe):

Expedido a las 7.30. Recibido a las 8.01

Urgente. Enemigo a la vista. Lat. 54° 54' N, long. 3° 30' E rumbo al este. Se compone de cruceros de batalla y cruceros. Número desconocido.

Y dos minutos más tarde:

Urgente. Lat. 55° 24' N, long. 4° 12' E. Enemigo a la vista. Se compone de cruceros y destructores, cruceros de batalla y cruceros ligeros, con rumbo comprendido entre sudeste y sur.

¡Así, pues, una vez más, toda la información era cierta!

Pocas experiencias puramente mentales más cargadas de fría excitación puede haber que la de seguir, casi minuto a minuto, desde los silenciosos despachos del Almirantazgo las distintas fases de una gran acción naval. Allí, sobre las aguas azules, a bordo de los barcos combatientes, en medio de las atronadoras detonaciones del cañoneo, pueden seguirse algunos aspectos del acontecimiento que se despliega ante la vista de los contendientes. Allí hay una sensación de acción en su más alto grado, allí está el furor de la batalla, allí está el intenso y agotador esfuerzo mental y físico. Pero en Whitehall solo se oye el tictac del reloj y unos hombres sosegados entran a distribuir trozos de papel a otros hombres, igualmente silenciosos, que trabajan sobre el plano, emborronan papeles de cálculo y señalan con el dedo a medida que emiten a media voz sus breves comentarios. Los telegramas se suceden con pocos minutos de intervalo. A medida que van llegando, a veces en orden invertido, se van descifrando, y a menudo sus contenidos son dudosos; y en este ambiente, la mente se forma una imagen inquieta y variable alrededor de la cual la imaginación vuela en alas de la esperanza o del temor.

Primera escuadra de cruceros ligeros a comandante en jefe

Expedido a las 8. Recibido a las 8.20

Los barcos enemigos han variado su rumbo al NE.

Lion al comandante en jefe

Expedido a las 8.30. Recibido a las 8.37

El enemigo divisado se compone de cuatro cruceros de batalla, cuatro cruceros ligeros, destructores en número desconocido, navegando en dirección S 61 E 11 millas. Mi posición: lat. 54° 50' N, long. 3° 37' E. Rumbo S 40 E.

26 nudos.

Comandante en jefe a tercera escuadra de batalla

Expedido a las 9. Recibido a las 9.18

Tome rumbo hacia Heligoland.

Comodoro Tyrwhitt a comandante en jefe

Expedido a las 9.05. Recibido a las 9.27

La primera y tercera flotillas están a popa de los cruceros de batalla. 2 millas.

Comandante en jefe a la tercera escuadra de batalla

Expedido a las 9.20. Recibido a las 9.28

Proceda al apoyo de la primera escuadra de batalla.

Lion a comandante en jefe

Expedido a las 9.30. Recibido a las 9:48

Estoy en combate con los cruceros de batalla. 7,9 millas.

Primera escuadra de cruceros ligeros a Lion

Expedido a las 10.8. Recibido a las 10.18

El enemigo sitúa un crucero de batalla a la retaguardia. Estoy apartándome.

Primera escuadra de cruceros ligeros a Lion

Expedido a las 10.21. Recibido a las 10.27

Mantengo contacto con el enemigo.

Primera escuadra de cruceros ligeros a comandante en jefe y a Lion

Expedido a las 10.15. Recibido a las 10.59

Barcos portaaviones enemigos al E S E.

No habíamos oído hablar al Lion desde hacía una hora y media. Durante este espacio de tiempo, él y la escuadra de cruceros de batalla estarían, probablemente, en plena batalla. Evidentemente, sir John Jellicoe sentía también el peso de este silencio opresivo.

Comandante en jefe a Lion

Expedido a las 11.01. Recibido en el Almirantazgo a las 11.09

¿Están en acción?

¡Otros veinte minutos más de silencio!, que parecieron mucho más largos.

Entonces, a las once horas y treinta y siete minutos llegó, por fin, el siguiente mensaje, no del Lion o de la primera escuadra de cruceros de batalla, sino del oficial más antiguo que mandaba la segunda escuadra de cruceros de batalla al comandante en jefe:

Fuerte combate con los cruceros de combate enemigos. Lat. 54° 19' N, long. 5° 05' E.

Alguien dijo: «Está hablando Moore; claramente, el Lion está fuera de combate».

Por mi mente pasó un cuadro inoportuno; pensé en los solemnes funerales a los que con tanta frecuencia asistí en la abadía de Westminster: multitud, uniformes, el féretro con la bandera de la Union Jack, la música solemne, ¡Beatty! Por lo menos, esta visión no se confirmó; pero, había algo de cierto: «El Lion estaba fuera de combate».

Es hora de escapar de esta atmósfera de tensión del Almirantazgo y seguir a las escuadras sobre las aguas azules.

Cuando la primera luz de aquella clara mañana de invierno brilló sobre el mar en calma, el almirante Beatty llegaba al punto de reunión con sus cinco cruceros de batalla (Lion, Tiger, Princess Royal, New Zealand e Indomitable) y cuatro cruceros ligeros. Diez minutos más tarde divisó al comodoro Tyrwhitt en el Arethusa, con siete de sus rápidos destructores de la clase «M» que formaban la vanguardia de las fuerzas de Harwich, y casi simultáneamente se produjo el primer fogonazo de cañón. El Aurora, siguiendo al comodoro a pocas millas de distancia, tan deprisa como le era posible, con el Undaunted y veintiocho destructores más de la primera y tercera flotillas, entró en contacto con el almirante Von Hipper. Este, con el Seydlitz, el Moltke, el Derfflinger y el Blücher, acompañados por ocho cruceros ligeros y veintidós destructores alemanes, estaba navegando a lo largo del mismo curso y casi en el mismo momento que Wilson y Oliver habían calculado. El Aurora abrió el fuego sobre un crucero alemán y señaló inmediatamente que estaba en combate «con la flota de alta mar alemana». Así pues, las tres líneas de avance se encontraban casi en un mismo punto.

Hemos visto las causas que condujeron al almirante Von Hipper a hacer la incursión. Cuando rompió el día, sus barcos estaban extendidos en un amplio frente formando hilera y buscando sin duda barcos de pesca británicos y fuerzas de patrulla ligeras. Lo que siguió fue muy sencillo. En el momento en que el comandante alemán vio numerosos barcos británicos, incluyendo los cruceros de batalla, tomó su decisión: concentró sus barcos, dio media vuelta y regresó a sus bases a la mayor velocidad posible. Entretanto, el almirante Beatty aceleró también su marcha con el mismo celo y se desvió algo al sur de los alemanes de modo que a las ocho de la mañana estaba navegando en una

ruta paralela y a 14 millas detrás de ellos. En este momento, empezó una gran carrera entre todos los barcos rápidos de las dos marinas. A causa del peligro de las minas lanzadas por el enemigo en retirada, todos los barcos británicos evitaron las estelas de los barcos alemanes; el comodoro Goodenough y sus cuatro cruceros ligeros estaban ligeramente al norte, Tyrwhitt y su fuerza de destructores y cruceros ligeramente al sur, y los cruceros de batalla británicos todavía más al sur.

En la persecución sobre tierra, el campo de batalla es estacionario y las tropas se mueven; en una caza en el mar los barcos modifican muy gradualmente sus posiciones relativas, mientras que el campo de batalla se desplaza a la velocidad de un caballo a galope. Todas las partes en contienda se mantuvieron por consiguiente en la misma postura durante cierto tiempo. Entretanto, la velocidad de los cruceros de batalla británicos se iba desarrollando paulatinamente y pronto se hizo evidente que estaban ganando en velocidad a los alemanes. A las ocho y media se llegó a los 26 nudos, o sea, un nudo más de las velocidades marcadas al Indomitable, y al New Zealand. El almirante Beatty señaló: «Bravo por el Indomitable» y pidió 27, 28 y 29 nudos sucesivamente y en breves intervalos. Estas velocidades inmensas podían ser alcanzadas solo por sus barcos más potentes: El Lion (en la vanguardia), el Tiger y el Princess Royal. Su intención era alcanzar al enemigo y llevarlo a la batalla a la primera ocasión, sus tres barcos contra cuatro.

La distancia entre los últimos barcos alemanes y los de cabeza británicos disminuía continuamente. Era tal la velocidad de los superdreadnoughts que los destructores apenas podían seguirlos. Tal como fueron las cosas, en el momento del contacto, Tyrwhitt y sus cuarenta barcos seguían una ruta que les conducía hacia las escuadras de cruceros de batalla enemigos. Esto era un inconveniente porque avanzando y marchando a través de los cruceros de batalla, tal como hicieron las unidades de la clase «M», obstruirían su visibilidad con sus enormes cortinas de humo. Por otra parte, a la marcha que todos iban, no era posible trasladarlos al flanco sur donde podrían haber llegado a obtener una velocidad mínima de 27 nudos. Al caer detrás de los cruceros de batalla británicos, hacer un cambio de ruta oblicuo les habría hecho renunciar a la caza. Por consiguiente, no estuvieron en condiciones de alcanzar al enemigo y permanecieron ligeramente retrasados y protegidos, en cierto modo, en el interior de la línea de cruceros de batalla británicos.

El Lion abrió fuego a eso de las nueve de la mañana. Hasta el año 1914, la distancia máxima para las prácticas de combate había sido de 9 kilómetros; en la primavera de aquel año, yo había ordenado se hicieran, a título de experiencia, prácticas a 13 kilómetros. A esta distancia, para asombro de todos, se obtuvo inmediatamente una considerable precisión del tiro. Pero esta lección no había sido aún asimilada cuando estalló el conflicto. En este

momento, en la primera acción entre superdreadnoughts, los perseguidores abrieron fuego espontáneamente a una distancia sin precedentes hasta aquí: 18 kilómetros. El segundo disparo pasó por encima del Blücher, y el Lion empezó, entonces deliberadamente, su fuego sobre aquel barco. A medida que se iba acortando la distancia gradualmente, el Tiger y el Princess Royal abrieron fuego a su vez, y fueron observados, casi inmediatamente, impactos sobre el Blücher. A las nueve y cuarto, empezaron los alemanes a contestar. Ahora, el Lion dirigía su fuego contra el Derfflinger, mientras el Tiger y el Princess Royal continuaron tirando sobre el Blücher. El fuego artillero sobre estos dos barcos alemanes empezó a ser efectivo; la tercera salva alcanzó al Blücher en la línea de flotación, lo que provocó la reducción de la marcha del barco; la cuarta causó un daño terrible, poniendo fuera de combate las dos torres de popa con 200 o 300 hombres. A las nueve y treinta y cinco, habiendo llegado el New Zealand a distancia de tiro con el Blücher, el almirante Beatty señaló a sus barcos que entraran en combate con los que les correspondieran numéricamente, barco a barco, haciendo él mismo fuego sobre el barco almirante alemán, el Seydlitz, que dirigía la retirada. El primer impacto causado por el Lion sobre el Seydlitz a una distancia superior a 15 kilómetros hizo mucho daño sobre la popa, destrozando las dos torres. «La dotación completa de artilleros de ambas torres —escribe el almirante Scheer— pereció rápidamente; las llamas se levantaban por encima de las torres tan altas como casas».

Entretanto, el enemigo también había empezado a tocarnos. Debido a una mala interpretación de las órdenes, el Tiger, al igual que el Lion, estaba tirando sobre el Seydlitz y no lo alcanzaba. El Princess Royal estaba en combate, tal como debía, con el Derfflinger; el New Zealand con el Blücher, y el Indomitable no estaba a distancia de tiro. Así pues, al Moltke no lo atacaba nadie y podía hacer fuego sobre el Lion sin que nadie lo molestara.

Los tres barcos principales alemanes concentraron su fuego sobre el Lion y, durante la siguiente hora y media, este noble barco se lanzó hacia delante a toda velocidad, llevando el intrépido pabellón del almirante hacia lo más fuerte del combate. El mar se levantaba en grandes columnas de agua alrededor del barco y caían sobre su puente centenares de toneladas; el aire estaba lleno de fragmentos de los proyectiles que estallaban en sus inmediaciones. A partir de las nueve y media fue alcanzado repetidas veces. Un poco antes de las diez su torre delantera fue tocada y uno de sus cañones quedó fuera de combate. Minutos más tarde su blindaje fue atravesado por un proyectil de 28 cm. A las diez y dieciocho minutos, sufrió dos impactos de 30,5 cm procedentes del Derfflinger; uno de ellos, atravesando el blindaje, estalló detrás de él y causó la inundación de varios compartimientos; el otro destrozó una placa de blindaje debajo de la línea de flotación. El almirante, ignorando la torre impactada y colocándose sobre el puente descubierto con su

Estado Mayor, continuó conduciendo su barco hacia delante con toda la marcha de que era capaz, pues no había sido aún reducida, y haciendo frecuentes zigzags para dificultar la precisión del fuego artillero enemigo. La situación era favorable; ninguno de nuestros cruceros de batalla había sido seriamente alcanzado y quedaba disponible el Indomitable para entendérselas con todos los barcos enemigos heridos. El período crítico de la acción se estaba aproximando.

A las diez y veintidós minutos, el almirante Beatty, estimando que sus barcos estaban muy dificultados por las interferencias de humo, ordenó a los cruceros de batalla «formar en línea de marcación NNO» y marchar a toda velocidad. Su propósito era evitar el humo y las proyecciones de agua, y llevar la retaguardia de su escuadra a un contacto más próximo con el enemigo, que había formado en línea de marcación a la izquierda del Seydlitz. Las flotillas alemanas cambiaron su rumbo hacia la izquierda, amenazando con hacerlo pasar a través de sus estelas, es decir, por las aguas donde era probable encontrarse con sus minas y sus torpedos. Esto obligó al almirante Beatty a desistir de su movimiento de aproximación y volver a adoptar su marcha en paralelo bajo un fuego terrible. El Blücher estaba ardiendo y saliéndose de la línea alemana; a las once menos cuarto el almirante Beatty ordenaba a su barco más a retaguardia, el Indomitable, que estaba a alguna distancia a popa del Blücher, que «atacara al enemigo que se escapaba hacia el norte», designando así al Blücher. Hizo nuevos esfuerzos para aproximarse, pero a las once menos ocho, en el punto culminante de su acción con el Seydlitz, el Moltke y el Derfflinger, su barco, que ya había recibido catorce impactos, fue alcanzado de nuevo en un punto vital para su velocidad y fatal, como pudo verse más tarde, para nuestra victoria completa; fallaron sus máquinas de vapor, bandeó 20° y su velocidad quedó reducida en pocos minutos a 15 nudos.

En este momento, a las once menos seis, cuando el Lion se estaba saliendo de la línea, y el Tiger, el Princess Royal y el New Zealand estaban pasando rápidamente por su lado, fue informado el almirante Beatty desde la cofa de trinquete del Lion que había sido vista la estela del periscopio de un submarino a estribor, dato que fue comprobado por el mismo almirante y su Estado Mayor. Tal como sabemos ahora, los submarinos alemanes se encontraban en aquel momento en aquella zona. Para evitar este nuevo peligro, mediante una rápida maniobra, ordenó a toda la escuadra que hiciese un cambio de rumbo de ocho cuartas a babor, es decir, a través de la retaguardia enemiga y en ángulo recto al rumbo anterior. Se pretendía que este movimiento fuera de duración mínima, y cuatro minutos más tarde, lo modificaba el almirante por la señal de «Rumbo al nordeste». En este punto, los acontecimientos quedaron completamente fuera de su alcance. El Lion quedaba rezagado a popa de sus compañeros; su estación de radio había

quedado inutilizada, sus reflectores estaban inservibles y solo le quedaban dos drizas para señales. Así, en esta crisis en que los grandes barcos, amigos y enemigos, navegaban a razón de velocidades de un orden de 30 millas por hora, una vez que el Lion se había desviado, se estaban alterando las distancias relativas a medida que transcurrían los segundos y aquel barco que llevaba a bordo con el almirante Beatty todo el espíritu y la dirección de la batalla, quedaba paralizado y casi mudo. Sus dos últimas señales fueron: «Atacar la retaguardia del enemigo», y después, como orden de despedida, «Acercarse al enemigo; repetir la señal que el almirante está haciendo ahora». Pero las banderas de señales eran difíciles de ver a causa del viento, y ningún crucero de batalla recibió esta última orden.

Fue en este momento y en estas circunstancias cuando el contraalmirante Moore, cuyo distintivo estaba enarbolado en el New Zealand, actualmente el tercero de la línea, tomó a su cargo el mando. Era un oficial cuyas buenas cualidades le habían hecho inestimable como tercer lord naval durante la mayor parte del tiempo de mi estancia en el Almirantazgo. Había pedido, insistentemente, un mando a bordo, adecuado a su categoría y a sus servicios; fue satisfecha su petición, y entonces, la fortuna se le presentaba con una apariencia casi simultánea de halago e incertidumbre. Al principio, no estaba seguro de que tuviera que tomar el mando, porque este nunca fue formalmente transferido. No supo por qué el almirante Beatty había cambiado tan bruscamente el rumbo hacia el norte; nadie lo había informado de la presencia de submarinos enemigos. El Lion hizo la señal: «Atacar la retaguardia del enemigo» antes de que arriara la señal «Acercarse al enemigo». Por consiguiente vio cómo el Tiger, que iba a la cabeza de la línea, continuaba su ruta bajo la misma confusión de las órdenes del almirante Beatty, órdenes que aquel barco había seguido independientemente. No dio orden alguna hasta las once menos ocho, casi una hora después de que el Lion hubiera abandonado la línea.

La operación quedó malograda en su conjunto. Los cuatro cruceros de batalla británicos interrumpieron su fuego sobre los alemanes en retirada y empezaron a hacer círculos alrededor del desgraciado Blücher, el cual, ya en estado lastimoso, estaba siendo atacado por los cruceros ligeros y los destructores de la clase M. A las doce y diez, el Blücher, luchando desesperadamente hasta el final, dio la vuelta y se hundió bajo las aguas. De su tripulación de unos 1.200 hombres fueron salvados unos 250 por los cruceros ligeros y destructores británicos; más se hubieran salvado a no ser por un hidroavión alemán que dejó caer sus bombas indistintamente sobre los naufragos alemanes y sus salvadores británicos. Entretanto, el almirante Von Hipper, que se había librado de una destrucción casi segura a causa de un disparo de suerte de uno de sus barcos, continuó su marcha a toda velocidad hacia Heligoland, entonces a unas 80 millas, con dos barcos ardiendo de los

tres que le quedaban, sus cubiertas colmadas de destrozos y atestadas de muertos y heridos. Así pues, por segunda vez, la escuadra de cruceros de batalla alemana pudo escaparse cuando estuvo en las mismas puertas de su destrucción.

En la opinión de sus superiores profesionales del Almirantazgo, el contraalmirante Moore estaba justificado en lo que hizo y en lo que no hizo. No se había separado de una estricta interpretación de las órdenes recibidas en su barco. Estas órdenes, no corregidas por la señal final «Acercarse al enemigo», parecían sugerir que alguna razón, desconocida por el almirante Moore, había conducido al más atrevido de nuestros jefes navales a interrumpir el combate. No es fácil fijar el momento preciso, cuando el Lion estaba quedando rezagado, en que el mando pasó a sus manos. Cuanto mayor fuera su confianza en el almirante Beatty tanto más tarde asumiría el mando y tanto más impresionante sería para él la señal de cambiar el rumbo a través de la retaguardia. Para todo esto bien se le podía conceder un margen de un cuarto de hora, a fin de que hiciera su composición de lugar; y un cuarto de hora es mucho tiempo. Los barcos que se encuentran en persecución de otros, con solo un pequeño margen de superioridad de marcha, pierden esta ventaja cuando abandonan la dirección de la persecución. Ciertamente, le quedaba la solución, una vez seguro de que tenía el mando y de que había cesado el almirante Beatty en el mismo, de reanudar la persecución y volver a emprender la acción contra los barcos de Von Hipper que se estaban escapando. Pero, antes de entrar en distancia de tiro, tenía que transcurrir mucho tiempo, con lo que su escuadra se podía acercar demasiado a Heligoland y a la flota de alta mar alemana.

Las pruebas a que se ven sometidos los almirantes con altos mandos durante un combate naval son más complejas que las de los generales en una batalla en tierra. El almirante dirige la flota en persona y, probablemente, se halla bajo el mismo fuego severo y bajo el mismo peligro que el último de sus hombres; un general, sean cuales fueren sus deseos, no tiene otra opción que permanecer en su Cuartel General situado en un ambiente tranquilo a 10, 15 o 30 kilómetros a retaguardia. El general está obligado a confiar en las informaciones que le traen desde las brigadas, divisiones y cuerpos de ejército, y transmite sus órdenes por el mismo conducto después de consultar con su Estado Mayor. El almirante ve con sus propios ojos y son sus propios labios los que pronuncian las órdenes que regulan la totalidad del magno acontecimiento. Las fases de una acción naval se suceden en intervalos de dos o tres minutos, mientras que en las batallas modernas pasan dos o tres horas, incluso días, antes de que se requiera una nueva decisión de un jefe de ejército. Una vez que ha comenzado la batalla, todo el desarrollo de los acontecimientos está en manos del almirante, o de su sucesor cuando aquel ha dejado de dar órdenes, mientras que, en tierra, después que ha sonado la hora

H, aquel desarrollo escapa completamente, por algún tiempo, a la autoridad del general.

Hay centenares de modos de explicar una derrota en tierra o de tapar las consecuencias de una mala interpretación. De estas, la más sencilla es continuar atacando el próximo día en una dirección distinta o en condiciones diferentes. Pero, en el mar, las ocasiones no se presentan todos los días. El enemigo desaparece para meses y la batalla queda terminada. Las órdenes del almirante expedidas de minuto en minuto se recuerdan para siempre en el libro de a bordo de cada navío interesado en la acción. Los grandes barcos, a menos que dejen de funcionar sus mecanismos, obedecen puntual e inexorablemente las directrices recibidas de una voluntad humana. El rumbo y la velocidad de cada barco es registrada a cada momento; es conocido el valor de cada barco hundido; sus nombres son publicados; las cartas y las rutas se reproducen, y las posiciones y movimientos de cada barco pueden ser fijadas con mucha exactitud respecto a todos los demás; el campo de batalla es plano y casi invariable; se pueden exigir explicaciones concretas en cada punto y toda la intensa escena puede ser reconstruida y analizada a la luz de la historia. Todo esto debe tenerse muy presente en la mente cuando se emite un juicio.

Mientras estos graves sucesos se habían decidido por sí mismos, el almirante Beatty, muy retrasado y creyendo que la caza proseguía, se decidió a abandonar el averiado Lion y, enarbolando su insignia en el destructor Attack, emprendió la marcha precipitadamente hacia el lugar de la acción. Pero, en vez de esta, y poco después del mediodía, se encontró a sus barcos, que regresaban. Con la primera impresión de amargura al saber que el resto del enemigo había escapado, ordenó que se reanudara la caza aun cuando no había probabilidades de éxito. Se habían perdido veinte o treinta minutos y con ellos 12 o 15 millas. Esto era irreparable, y, dándose cuenta de que su persecución no tenía objeto, regresó e hizo rumbo hacia el Lion, para tomar las medidas para su salvación y hacerlo llegar a Forth.

La situación del Lion pareció crítica durante algún tiempo; su velocidad descendió a 8 nudos, su bandeo crecía y se generó la inquietud consiguiente. Por fin, sus máquinas quedaron completamente incapacitadas para reanudar la navegación; fue tomado a remolque por el Indomitable y de esta forma empezó su largo, lento y peligroso regreso a Forth. Sesenta destructores bajo el mando del comodoro Tyrwhitt rodeaban al barco con evoluciones incesantes, protegiéndolo contra ataques por torpedos o por submarinos durante la noche del día 24 y durante todo el día 25. «Si se vieran submarinos —ordenó el comodoro—, tirar y abordarlos sin mirar al vecino». El día 26, y a la luz del día, el Lion, fue anclado en Rosyth, siendo recibido por una multitud entusiasmada.

La victoria en el banco Dogger puso bruscamente fin al movimiento

adverso contra mi gestión en el Almirantazgo que había empezado a formarse. De todas partes llegaron felicitaciones y disfrutamos otra vez de una cierta cantidad de prestigio. El hundimiento del Blücher y la huida, después de serias averías, de los otros barcos alemanes fue aceptado como un buen e indiscutible resultado. Se confirmó que el emperador alemán sufrió la misma penosa impresión a consecuencia de la acción del día 28 de agosto de 1914. De nuevo fue ahogada, efectivamente, toda iniciativa del Almirantazgo alemán y, excepción hecha de la guerra submarina, reinó un período de calma ininterrumpida en el mar del Norte y en las aguas metropolitanas. El mundo neutral aceptó el acontecimiento como una prueba decisiva de la supremacía británica en el mar, e incluso el Almirantazgo sintió el beneficio de un aumento sensible de confianza y de buena voluntad del país.

XXII

Cambio de pensamientos y decisión final

Hasta el día 20 de enero, aproximadamente, parecía haber una conformidad unánime en favor de la empresa naval contra los Dardanelos. El Ministerio de la Guerra, el de Asuntos Exteriores y el Almirantazgo, por intermedio de sus representantes, parecían estar ardientemente interesados. El Consejo Superior de Guerra había tomado su decisión. Es cierto que esta no era final ni irrevocable; autorizaba y animaba simplemente al Almirantazgo para examinar sus recursos y desarrollar sus planes. Si estos fallaban ya durante su preparación, hubiera sido muy fácil exponer este hecho al Consejo Superior de Guerra y no se hubiera seguido adelante. Pero el trabajo del Estado Mayor continuó su progreso y se mostró de completo acuerdo todos los almirantes interesados. Fue a final de enero, estando ya muy avanzadas las negociaciones con los gobiernos francés y ruso, hechos muchos preparativos, dadas muchas órdenes y en movimiento muchos barcos con su completa autorización, cuando lord Fisher empezó a manifestar una antipatía y oposición creciente al plan.

Entretanto, las posibilidades de una ofensiva naval británica o acción anfibia en las aguas del mar del Norte iban siendo cada vez más remotas. La correspondencia con sir John Jellicoe ponía de manifiesto que el comandante en jefe era contrario a todo aquello que tendiera a un ataque sobre Borkum o a intentar entrar en el Báltico. El refuerzo de nuestras fuerzas navales por todo medio concebible, añadir todo barco nuevo a la Gran Flota y permanecer en actitud de expectación inactiva era el máximo y esencia de la política naval pedida desde este sector. Al mismo tiempo, la oposición del general Joffre a

los planes de sir John French para un avance en potencia a lo largo de la costa belga, puso fin a tal proyecto. Era evidente que no podía tener lugar una ofensiva naval seria en el teatro occidental por un período indefinido y que todos los planes que fueran gradualmente perfeccionados para ello no recibirían ninguna acogida por parte del comandante en jefe de la Gran Flota.

Todo esto hizo crecer mis deseos de actuar en el Mediterráneo; esta me parecía la forma más apropiada para emplear nuestros barcos y municiones sobrantes, como consecuencia del fracaso o aplazamiento de otras alternativas. Era la única dirección en que podíamos orientar un plan práctico, adecuadamente elaborado por el Estado Mayor naval y apoyado por un poderoso asentimiento de las opiniones política y naval.

Sin embargo, tan pronto como el comandante en jefe vio que el Queen Elizabeth, un crucero de batalla, y otros potentes barcos iban a ser asignados al Mediterráneo, empezó a lamentarse de la debilidad de su flota y de la insuficiencia de su margen de superioridad y encontró entonces, por primera vez, al primer lord naval predispuesto a escuchar sus lamentaciones. Aquella súbita antipatía de lord Fisher contra el plan de los Dardanelos parecía proceder de su desapego, a la sazón muy marcado e incluso insistente, a la empresa del bombardeo y embotellamiento de Zeebrugge. Por entonces se hacía sentir la necesidad de esta operación, pues el ejército había abandonado su intención de avanzar a lo largo de la costa belga; el Consejo Superior de Guerra, el Estado Mayor del Almirantazgo y, especialmente, sir Arthur Wilson, apremiaban esta operación. «Si no obstruimos el canal de Zeebrugge —escribió sir Arthur Wilson en enero de 1914—, creo que perderemos inevitablemente más barcos de guerra y más transportes. Si lo hubiéramos hecho la última vez que se bombardeó Zeebrugge, no habríamos perdido el Formidable. No podemos guardar los bloqueos eternamente en los puertos sin que se deterioren. Hasta aquí, hemos sufrido muy pocas pérdidas mientras los barcos han sido empleados en operaciones activas». Yo estaba de completo acuerdo con esta doctrina. Últimamente, y como todo el mundo sabe, el embotellamiento de Zeebrugge tuvo que ser llevado a cabo en circunstancias muchísimo más difíciles y sufriendo grandes pérdidas. El primer lord naval, encontrándose completamente solo en esta cuestión, llegó a estar muy desasosegado. Su antipatía por el plan de Zeebrugge se extendió, no únicamente al plan de los Dardanelos, sino a todos los planes de ataque naval a costas enemigas que no estuvieran combinados con grandes fuerzas de desembarco, y en esta época emitió opiniones que parecían oponerse a toda forma de intervención naval en ningún sector. Este cambio de pensamiento era muy grande respecto a sus tesis anteriores y recientes, y tuve que limitarme a observarlo.

Los argumentos de lord Fisher no pretendían criticar los detalles de las dos

operaciones en cuestión; él no especulaba, por ejemplo, con el aspecto artillero del plan de los Dardanelos, o con otro aspecto puramente técnico, en relación al cual se hubieran encontrado los contraargumentos o bien se hubiera abandonado el plan. Él simplemente estaba inquieto por la seguridad de la Gran Flota y por su margen de superioridad. Era esta una cuestión con la que yo estaba ya muy familiarizado. ¿No la habíamos ya examinado a fondo en las discusiones del mes de noviembre con el comandante en jefe? No había, realmente, nada relevante en las objeciones con que me tenía que enfrentar en este momento. Sin embargo, había detrás de todo esto un hecho importante: lord Fisher había tomado posiciones en contra de la operación a que voluntariamente había dado su conformidad, por reflexión, por segunda intención, por alguna corazonada o por otra razón cualquiera. De todos modos, el asunto había llegado ya a un punto en que no eran admisibles los meros recelos para paralizar la acción. Se necesitaban buenos razonamientos o nuevos hechos para ello.

El día 20 de enero, en respuesta a las dudas, reales o no, de lord Fisher, le envié una nota, haciendo las siguientes observaciones:

Parece ser que han cambiado sus puntos de vista, desde que tomó posesión de su cargo, sobre las fuerzas relativas de la Gran Flota británica y de la flota de alta mar alemana. En noviembre, aconsejó usted separar el Princess Royal, el Inflexible y el Invencible, junto con ocho King Edwards y cinco Duncans, total 16 barcos capitales, de la Gran Flota, algunos para misiones temporales de importancia, pero los acorazados para servicios permanentes en el sur. Se cumplieron las órdenes oportunas. Desde entonces, el comandante en jefe ha recobrado los ocho King Edwards y el Princess Royal, se le ha incorporado el Indomitable, además, han llegado también el Warrior, el Duke of Edinburgh, el Black Prince, el Gloucester, el Yarmouth, el Caroline, el Galatea, el Donegal y el Leviathan, junto con 16 destructores y, según creo, unas 50 unidades menores. Todo esto supone un aumento enorme de efectivos de la flota y, que yo sepa, no se han producido circunstancias nuevas ni el enemigo ha recibido refuerzos para que estemos ahora inquietos si no lo estuvimos antes de que estos aumentos de efectivos hubieran llegado.

Lord Fisher no hizo objeciones a este argumento general, pero volvió a la carga en la cuestión de los destructores; la consideraba nuestro punto más débil, y pidió el regreso de una flotilla completa de los Dardanelos. No pude acceder a esto, pues, evidentemente, habría paralizado la flota de los Dardanelos y destruido los planes que el Estado Mayor estaba madurando. Al mismo tiempo, sir Arthur Wilson continuó presionando para hacer la operación sobre Zeebrugge.

Esta doble presión condujo las cuestiones a ser ultimadas.

25 de enero de 1915

Primer lord:

No forma parte de mis deseos hacer una resistencia innecesaria en el Consejo Superior de Guerra a planes con los que no puedo estar conforme, pero quisiera que el escrito adjunto fuese impreso y distribuido entre sus miembros antes de la próxima convocatoria.

El memorándum era un argumento por la adhesión a la policy of steady pressure (política de tensión constante) de la flota y a permanecer impasible, excepto por un movimiento enemigo que forzara una acción general. Del documento pueden extraerse los siguientes párrafos:

De todas las actitudes estratégicas, la defensiva, tal como la ha adoptado Alemania, es la más difícil de enfrentar y la más cargada de peligros para el beligerante oponente, si este es tan débil en tierra como lo somos nosotros y su enemigo tan fuerte en tierra como es Alemania. Sin embargo, a lo largo de nuestra historia nos hemos encontrado con situaciones similares. La política de los franceses en casi todas nuestras guerras navales era la política que Alemania ha adoptado. Nuestra réplica de hoy debe ser la misma que nuestra réplica de entonces, es decir, contentarse con mantener nuestro dominio en el mar, ahorrando nuestra fuerza hasta que la gradual presión del poder marítimo obligue a la flota enemiga a hacer un esfuerzo para atacarnos en condiciones de inferioridad.

En la guerra de los Siete Años, los franceses preservaron a su flota de una decisión durante cinco años. Nelson estuvo navegando a lo largo de Tolón durante dos años. Relativamente, los seis meses durante los cuales ha tenido que esperar sir John Jellicoe son muy poco tiempo y han sido aliviados por incidentes que han disminuido considerablemente las fuerzas enemigas.

La presión de la fuerza marítima es, en la actualidad, probablemente no menor, sino mayor y de mayor rapidez de acción que en el pasado; pero es aún un proceso lento y requiere una gran paciencia. El tiempo inducirá, casi con seguridad, al enemigo a buscar una solución en el mar, sobre todo cuando se empiece a convencer de que su ofensiva en tierra fracasa. Esta es una razón para economizar nuestra fuerza. Otra es que la prolongación de la guerra en el mar tiende a crear cada vez más enemigos, a causa del dominio naval, en mucha mayor escala que lo haría por dominio terrestre y a causa de la exasperación de los neutrales. Esta tendencia será solo detenida por la convicción de una abrumadora superioridad naval tras de la potencia que ostenta el dominio de los mares.

Haremos el juego a los alemanes si arriesgamos nuestros barcos de guerra en algunas operaciones subsidiarias, tal como bombardeos de costas o ataques

a plazas fortificadas y sin la colaboración militar, pues con ello acrecemos la posibilidad de que los alemanes sean capaces de arrastrar a nuestra flota al combate con alguna relativa igualdad de fuerza. La sola justificación de bombardeos de costas y ataques por la flota sobre plazas fortificadas, como por ejemplo, el proyectado bombardeo continuo de los fuertes de los Dardanelos, estriba en forzar a una decisión en el mar; esto y nada más que esto puede justificar aquellos.

En tanto la flota de alta mar alemana conserve su potencia actual y su espléndida eficiencia artillera, será imperativo y realmente vital que no sea emprendida operación alguna por la flota británica que pueda ser causa de perjuicio en su presente superioridad... Ni los viejos barcos deben ser arriesgados, pues no pueden ser perdidos sin pérdidas de hombres, y estos constituyen nuestra única reserva detrás de la Gran Flota.

La suprema necesidad de mantener nuestra pasividad y las dificultades para hacerlo son de nuestra incumbencia, excepción hecha de cuanto podamos hacer para forzar al enemigo a abandonar la defensiva y exponer su flota a una acción general.

Se ha dicho que la primera misión del ejército británico es colaborar con la flota para obtener el dominio del mar. Esto puede llevarse a efecto por una cooperación militar con la marina en operaciones como el ataque a Zeebrugge o el forzamiento de los Dardanelos, que podrían hacer salir a escena las flotas alemana y turca respectivamente. Sin embargo, parece ser que esto no es de esperar; el ejército británico, aparentemente, continúa en la misión de ocupar un pequeño sector del frente aliado en Francia, donde no ayuda más a la marina de lo que podría hacerlo desde Tombuctú.

Estando, pues, en posesión de todo lo que una flota poderosa puede dar a un país, debemos continuar disfrutando con calma de la ventaja y sin disipar nuestra fuerza en operaciones que no pueden mejorar nuestra posición.

Creo que esta nota, excepto por las últimas sentencias características, no era la redacción propia de lord Fisher; había sido redactada de acuerdo con sus directrices. Por supuesto, era totalmente contraria a todas mis convicciones. Ciertamente, nadie deseaba «disipar nuestra fuerza en operaciones que no pueden mejorar nuestra posición». Escribir esto era tergiversar la cuestión. Pero la política naval derivada de la última sentencia nos hubiera condenado a una inactividad absoluta. Esta fue, sin duda, la política seguida por el comandante en jefe y por el Almirantazgo después de que yo lo abandonara. Fue la política que condujo directamente al peligro máximo submarino de 1917.

Entretanto, el día 26 llegó la contestación rusa a mi telegrama informando al gran duque de los planes de los Dardanelos. Esta contestación era, por

supuesto, favorable, pero no prometía ayuda. Sir Edward Grey me la envió junto con las siguientes observaciones:

Esta es la contestación rusa sobre los Dardanelos. Puede verse que, aun cuando Rusia no puede ayudar, la operación tiene su aprobación y el gran duque atribuye la más grande importancia a su éxito.

Este hecho debe ser esgrimido con Augagneur, para demostrar que debemos ir adelante y que un fracaso en la realización descorazonaría a Rusia y reaccionaría muy desfavorablemente sobre la situación militar, en lo que Francia y nosotros estamos justamente ahora interesados...

Entonces dirigí yo mismo la nota de lord Fisher al primer ministro con la siguiente réplica, de la que envié una copia al primero:

MEMORÁNDUM DEL PRIMER LORD

27 de enero de 1915

El argumento general que esgrime la nota del primer lord naval es indiscutible. La base de nuestra política naval es el mantenimiento de una posición segura para la flota de batalla con todos sus barcos auxiliares a fin de poder derrotar en combate a la flota de alta mar alemana, y reservarla para tal propósito por encima de cualquier misión y ante todo lo demás. Este principio ha sido y será completa y estrictamente observado.

Los barcos que tomaron parte por ambas partes en la acción del domingo, la del banco Dogger, eran la representación exacta, en lo que a calidad unitaria se refiere, de la clase de barcos que pueden actualmente enfrentarse en una acción naval general. El combate demostró que una superioridad a nuestro favor de 5 a 4 es decisiva; planteado aquel en estos términos, los barcos alemanes no pueden pensar en otra cosa que en la retirada, y los británicos, en el ataque. Se infligieron grandes pérdidas a los alemanes: fue hundido uno de sus cuatro barcos, y dos fueron averiados seriamente. Si la operación hubiera proseguido, la destrucción de los otros era segura.

Ahora, pues, ya no estamos en la región de la mera especulación, las cualidades relativas de los barcos y de la artillería de ambos bandos han sido puestas a prueba y no revelan inferioridad por nuestra parte, mientras que la superioridad de los cañones de 34,3 cm y el efecto de los proyectiles pesados han quedado demostrados. Hay toda clase de razones para creer que los mejores acorazados de combate y cruceros de batalla británicos pueden derrotar decisivamente a un número igual de unidades alemanas. Toda adición en barcos británicos a aquel número debe ser considerada como una seguridad contra pérdidas inesperadas a causa de minas o de torpedos.

Cuando se declaró la guerra, las cifras máximas en aguas metropolitanas

en ambos lados eran: Gran Bretaña, 24 + 2 Lord Nelsons; Alemania, 21. Desde entonces se han unido a la flota las siguientes e importantes unidades: Queen Elizabeth, Erin, Agincourt, Benbow, Emperor of India, Tiger, Indomitable; y en el próximo mes se unirán: Inflexible, Invincible, y, quizá, Australia. Frente a todos estos, solo hemos perdido el Audacious. Además de todos estos barcos, la Gran Flota y las fuerzas de combate de Harwich han sido reforzadas por 18 cruceros y 36 destructores.

Entretanto, la flota alemana en aguas metropolitanas no ha recibido ningún aumento de efectivos y ha sufrido las siguientes pérdidas en barcos modernos: Blücher, Magdeburg, Köln, Mainz y 10 o 12 destructores.

Hay que reconocer que el perfeccionamiento progresivo de clases ha sido tan notable que los barcos viejos de más de doce años solo pueden desempeñar un papel secundario en la guerra; su velocidad les impedirá, probablemente, participar en la acción principal, excepto contra barcos de su misma clase, y les expone a la destrucción casi cierta si se enfrentan con barcos de las últimas clases. No obstante, en esta clase de predreadnoughts, tenemos también una gran superioridad, los ocho King Edwards son ya una parte de la Gran Flota y pueden ser reforzados en cualquier momento por la adición de dos Lord Nelsons y seis Formidables sobrantes. Esta flota destruiría fácilmente y con seguridad a toda la flota alemana de tipos anteriores al dreadnought.

Durante el curso de la presente guerra se podrá disponer para refuerzos o para cubrir bajas de ocho acorazados, cinco de ellos con velocidades superiores a los 26 nudos y todos armados con cañones de 38,1 cm constituyendo una escuadra probablemente capaz de luchar por sí misma contra las dos mejores escuadras de la marina alemana. Desde que empezó la guerra, han sido destinados ocho cruceros ligeros al servicio en aguas metropolitanas; serán entregados ocho más en los próximos tres meses y cuatro más en los tres meses siguientes. Todos estos cruceros son superiores en velocidad y potencia de fuego a cualquier crucero ligero alemán a flote. El próximo año se podrá disponer de 56 destructores, entre 50 y 75 submarinos, 24 cañoneros para misiones secundarias, junto con otros barcos auxiliares. Por consiguiente, se puede asegurar que la fuerza de la Gran Flota, que al principio era ya suficiente, ha sido ahora muy reforzada y continuará aumentando. El principio principal expuesto por el primer lord naval está, pues, debidamente atendido.

La segunda función vital de la marina es la protección del comercio y la intervención de las comunicaciones navales. Todos los cruceros y los cañoneros alemanes de los mares exteriores han sido hundidos, bloqueados o internados, excepto el Karlsruhe y el Dresden, cuyo paradero se desconoce. Se duda de la actividad del Karlsruhe, del cual no se ha oído nada durante los tres últimos meses. Se cree que hay dos barcos mercantes armados en corso (el

Kronprinz Wilhelm y el Prinz Eitel Friedrich). De los 41 barcos preparados por los alemanes para ser armados, y a los que se proyectaba lanzar para atacar las rutas comerciales, todos han sido bloqueados, internados, hundidos o capturados.

Entretanto, las otras misiones de la marina, es decir, la vigilancia del canal de la Mancha y de sus proximidades, el servicio de patrulla por el estrecho de Calais, las flotillas de vigilancia de la costa oriental y la fuerza especial de combate en Harwich, están, todas ellas, debidamente atendidas.

Además de todo lo expuesto, y después de atender a todos los requerimientos puramente navales, tenemos disponibles los siguientes barcos de línea con tripulaciones al completo y con su municionamiento completo y reservas:

5 Duncans.

6 Canopus.

9 Majestics.

1 Royal Sovereign.

Entre principios de abril y finales de julio recibiremos también 14 monitores de poco calado y fuertemente armados; dos de ellos con dos cañones de 38,1 cm, cuatro con dos cañones de 35,6 cm y ocho con ocho cañones de 30,5 cm. Estos últimos serán armados con las torres de cuatro de nuestros Majestics. Estos son los efectivos que se proponen para emplearse en servicios especiales y para bombardeos que pudieran ser necesarios, de vez en cuando, para la consecución de objetivos de mayor importancia estratégica o política, entre los que podemos citar los siguientes:

1.Las operaciones de los Dardanelos.

2.El apoyo del ala izquierda del ejército.

3.El bombardeo de Zeebrugge.

4.La toma de Borkum.

Es de creer que, con prudencia y habilidad, las pérdidas pueden ser reducidas a un mínimo y, por supuesto, ser mantenidas entre ciertos límites justificados por la necesidad e importancia de las operaciones. No se puede decir que este empleo de barcos, que (excepto los Duncans) no son necesarios ni apropiados para entrar en línea de batalla, esté en contradicción con cualquiera de los sanos principios de política naval expuestos por el primer lord naval. No emplear estos barcos allí donde fuera necesario por temor a la impresión que produciría la pérdida de un barco y la pérdida de una cierta proporción de vidas de oficiales y marineros de la Marina Real de la

tripulación de aquellos barcos, que serían inmoladas para lograr importantes objetivos de guerra y ahorrar una mayor pérdida de vidas entre nuestros compatriotas y aliados en tierra, es cuestión ante la cual no debemos arredrarnos.

W. S. C.

El primer lord naval no podía estar sinceramente inquieto por el margen de superioridad de la Gran Flota. Sabía que yo conocía su verdadera opinión sobre el asunto. No intentó continuar la discusión sobre una base falsa, pero manifestó su intención de no asistir al Consejo Superior de Guerra convocado para el próximo día 28. Esto, por supuesto, era imposible. Insistí en que tenía que estar presente y preparé una reunión privada de nosotros dos con el primer ministro antes de que se celebrara dicho consejo. El primer lord naval accedió a esto.

Así pues, nos reunimos en el despacho de míster Asquith unos veinte minutos antes de que empezara el Consejo. No se ha conservado ninguna relación por escrito de la discusión que tuvo lugar, pero de todos modos no ha habido discusión sobre lo tratado. «Excepción hecha de algunos puntos de menor importancia en cuanto a los términos exactos empleados —dicen los componentes de la Comisión de los Dardanelos—, las declaraciones prestadas por míster Asquith y lord Fisher respecto a lo tratado en aquella reunión privada estaban de acuerdo». Lord Fisher hizo brevemente sus objeciones a los planes de Zeebrugge y a los de los Dardanelos e indicó su preferencia por una gran operación en el Báltico o por un avance general del ejército a lo largo de la costa belga con fuerte apoyo naval. Los miembros de la Comisión aludida dicen: «Lord Fisher no criticó el ataque a la península de Gallípoli en sí mismo. Tampoco hizo mención al primer ministro de que tuviera intención alguna de presentar su dimisión en el caso de que no fuera compartida su manera de pensar». Esto es absolutamente cierto. Yo sostuve que debían emprenderse tanto el plan sobre Zeebrugge como el de los Dardanelos, pero, caso de tener que renunciar a uno de ellos, tenía que ser el de Zeebrugge, al cual parecía más particularmente contrario el primer lord. El primer ministro, después de oír ambas opiniones, manifestó su acuerdo con mi manera de pensar y decidió que el plan Zeebrugge tenía que ser aplazado, pero el de los Dardanelos había que llevarlo adelante. Lord Fisher parecía estar satisfecho y bajé las escaleras con él con la impresión de que todo iba bien.

El Consejo estaba ya reunido. El relato hecho por el coronel Hankey de la discusión que tuvo lugar se ha hecho público en el informe de la Comisión de los Dardanelos:

Míster Churchill dijo que había comunicado el proyecto de un ataque naval a los Dardanelos tanto al duque Nicolás y como al Almirantazgo francés. El

gran duque contestó con entusiasmo y creía que podría ser para él de una gran ayuda. El Almirantazgo francés dio también una contestación favorable y prometió su colaboración. Se estaban haciendo preparativos para empezar las operaciones a mediados de febrero. Preguntó al Consejo Superior de Guerra si este atribuía importancia a esta operación, que indudablemente implicaba algunos riesgos.

Lord Fisher dijo que él entendía que esta cuestión no sería suscitada en aquel día. El primer ministro conocía perfectamente su punto de vista sobre el asunto.

El primer ministro dijo que, en vista de los pasos que ya se habían dado, no podía aplazarse.

Lord Kitchener consideraba que el ataque naval era de una importancia vital. Caso de realizarse con éxito, su efecto sería equivalente al de una afortunada campaña llevada a cabo por ejércitos nuevos. El mérito del plan consistía en que, si no se hacían progresos satisfactorios, podía ser interrumpido el ataque.

Míster Balfour manifestó que un ataque afortunado sobre los Dardanelos reportaría los siguientes resultados:

Cortaría en dos al ejército turco.

Pondría a Constantinopla bajo nuestra autoridad.

Nos daría la ventaja de podernos procurar el trigo ruso y permitir a Rusia reanudar sus exportaciones.

Facilitaría el comercio ruso que estaba decayendo, debido a la imposibilidad de reanudar sus exportaciones, y produciendo grandes dificultades.

Abriría un paso al Danubio.

Era difícil concebir una operación de resultados más fructíferos.

Sir Edward Grey dijo que el plan fijaría definitivamente la actitud de Bulgaria y de todos los Balcanes.

Míster Churchill dijo que el comandante en jefe del Mediterráneo creía que podía ser realizado; pidió de tres semanas a un mes de tiempo para la realización. Los barcos necesarios estaban ya en camino hacia los Dardanelos. Contestando a míster Balfour, dijo que los franceses, en respuesta a sus preguntas, habían manifestado su confianza en que los submarinos austríacos no podrían llegar hasta los Dardanelos.

Lord Haldane preguntó si los turcos tenían submarinos.

Míster Churchill dijo que, por lo que él sabía, no tenían. No creía que tuviéramos muchas pérdidas por el bombardeo, pero que estas eran de esperar en el dragado de minas. Las dificultades empezaban después de haber silenciado a los fuertes exteriores y cuando se hiciera necesario atacar el paso de Tchanak. Explicó el plan de ataque sobre la carta.

Sin embargo, este relato no completa toda la historia. Durante el Consejo surgió un incidente que después fue objeto de una gran publicidad. He aquí el relato del mismo hecho por lord Fisher:

NOVENA SESIÓN DEL CONSEJO SUPERIOR DE GUERRA

28 de enero de 1915, 11.30

(Nota. Antes de esta sesión, el primer ministro discutió con míster Churchill y lord Fisher las operaciones propuestas contra los Dardanelos, y se decidió estudiar el proyecto en contra de la opinión de lord Fisher).

LOS DARDANELOS

Míster Churchill preguntó al Consejo de Guerra si este atribuía importancia a esta operación, que indudablemente implicaba algunos riesgos.

Lord Fisher dijo que él entendía que esta cuestión no sería suscitada en aquel día. El primer ministro conocía perfectamente su punto de vista en el asunto.

El primer ministro dijo que, en vista de los pasos que ya se habían dado, no podía aplazarse.

(Nota. Al llegar a este punto, lord Fisher abandonó la mesa del Consejo; le siguió lord Kitchener, quien le preguntó qué pensaba hacer. Lord Fisher contestó que no pensaba volver a la mesa del Consejo y que presentaría su dimisión del cargo de primer lord naval. Lord Kitchener hizo notar a lord Fisher que era el único disidente y que las operaciones sobre los Dardanelos habían sido decididas por el primer ministro; e hizo notar a lord Fisher que su deber hacia su patria era continuar desempeñando su misión como primer lord naval. Después de hablar un poco más, lord Fisher accedió de mala gana a los deseos de lord Kitchener y volvió a ocupar su puesto en la mesa del Consejo).

Debe ser aquí observado, así como también respecto a lo expuesto en el informe de lord Kitchener al Consejo de Guerra con fecha del 14 de mayo de 1915, que lord Fisher estimó que hubiera sido impropio e incorrecto por su parte entrar en altercado con su jefe, míster Churchill, primer lord del Almirantazgo tanto en el Consejo Superior de Guerra como en cualquier otro lugar. No podía hacer otra cosa que callar o dimitir.

Cuando terminó la reunión, quedó aplazada por unas horas. Aun cuando el Consejo Superior de Guerra había llegado a una decisión a la que daba mi

conformidad absoluta, y no se puso objeción alguna al plan naval, creí que tenía que aclarar las cosas con el primer lord naval. Me había dado cuenta de que había abandonado la mesa y se había marchado, seguido por lord Kitchener, hacia la ventana donde discutieron ambos; yo no sabía cuál era su estado de ánimo ni el resultado de aquella discusión. Después del almuerzo le pedí que viniera a verme en el despacho y tuvimos una larga conversación. Hice presión apremiante sobre él para que no se opusiera a la operación de los Dardanelos y, al final, después de una larga y amistosa discusión que abarcó todos los asuntos navales y del Almirantazgo, consintió definitivamente en apoyarla. Nunca se produjo una discusión ulterior a consecuencia de esta cuestión. «Cuando me decidí, por fin, a embarcarme en el asunto —dijo lord Fisher a los miembros de la Comisión de los Dardanelos—, lo hice de corazón». Después de esto nos dirigimos a la reunión del Consejo Superior de Guerra, acompañados por el almirante Oliver, donde anuncié, en nombre del Almirantazgo, que habíamos decidido emprender la misión que con tanta urgencia nos había confiado el Consejo. La suerte estaba echada; y después, nunca miré atrás. Habíamos dejado las regiones de las consultas y especulaciones, de dudas y recelos. El asunto había pasado al dominio de la acción.

No trato de disimular la enérgica y constante presión que hice sobre el viejo almirante. Esta coacción fue reforzada por la influencia personal de lord Kitchener, por la opinión colectiva del Consejo Superior de Guerra y por la decisión autoritaria del primer ministro. Era una presión, no solo a base de opiniones abrumadoras, sino de argumentos a los que él no podía contestar. Además, había un apoyo de peso en la manera de pensar de una gran parte del personal técnico profesional del Almirantazgo. «La opinión naval era unánime —decía lord Fisher más tarde—, míster Churchill tenía a todos de su parte. Yo era el único rebelde».

¿Fue equivocada esta coacción sobre el primer lord naval? No puedo creerlo. La guerra trae consigo grandes presiones, y las personas que toman parte en ella fracasan si no son lo bastante fuertes para resistirlas. Como simple político y hombre civil, yo no habría dado mi asentimiento al proyecto de los Dardanelos si no hubiera creído en el mismo, si no hubiera tenido confianza en el mismo. Hubiera hecho todo lo que hubiera estado en mi mano para ahogar el plan con mis argumentos y levantar la opinión en contra. Si hubiera estado en el lugar de lord Fisher y hubiera compartido sus puntos de vista, hubiera dado mi negativa rotunda. No había necesidad de dimitir. Solo un primer lord naval solo puede ordenar a los barcos que se hagan a la mar y que disparen sus cañones. Los lores navales tienen que enfrentarse con los hechos y tomar sus resoluciones de un modo decidido en el momento de decidirse. El volverse atrás en una decisión después que se ha emprendido la tarea, después que se han hecho sacrificios y corrido riesgos, es otro asunto

muy distinto. Durante el período de opción, el hombre debe mantener su opinión con la máxima tenacidad. Pero una vez que se ha tomado una decisión, es necesario lanzarse a la tarea con espíritu de leal camaradería.

En los últimos años me he preguntado a mí mismo qué es lo que habría sucedido si hubiera seguido el consejo de lord Fisher y me hubiera negado en redondo a emprender acción alguna en los Dardanelos, al menos hasta que el Ministerio de la Guerra organizara bajo su propia responsabilidad un ejército apropiado para el asalto de la península de Gallípoli. Si hubiera sido así, ¿habríamos conseguido un buen ejército y un buen plan? ¿Habríamos podido lograr todas las ventajas de nuestra política en los Dardanelos sin los errores y fracasos que tuvimos que pagar tan caramente? Los miembros de la Comisión de los Dardanelos, estudiando los acontecimientos desde un ángulo completamente distinto, llegaron, naturalmente, al convencimiento de que si no hubiera existido plan naval por entonces se habría concebido y concertado, efectivamente, un buen plan de ataque anfibio. Es muy difícil poder probar esta situación imaginaria hasta este punto y es imposible emitir un juicio exacto. Pero yo creo, sinceramente, que la demostración material, la prueba práctica de la importancia estratégica de los Dardanelos y los efectos ofensivos sobre todos los Estados mediterráneos y balcánicos eran lo único capaz de iluminar suficientemente la mente de los dirigentes para hacer posible una larga sustracción de tropas del teatro principal de la guerra. Yo creo que nada sino aquellas inmensas esperanzas, reforzadas por una gran necesidad, habrían podido permitir a lord Kitchener retirar un ejército de Francia y de Flandes. A sangre fría, esto nunca se hubiera hecho. El gran Cuartel General y el Estado Mayor francés habrían logrado destrozar cualquier plan, en tanto este no hubiera sido más que una propuesta teórica para una gran diversión de fuerzas en el teatro meridional. En un momento determinado habrían dicho que, debido a la caída de Rusia, grandes masas alemanas estaban regresando al Oeste para emprender una ofensiva arrasadora; en otro momento, que no podían ahorrar un simple escalón de municiones y que estaban en grandes apuros por falta de ellas; en otro, que tenían un plan magnífico para una gran ofensiva que rompería el frente alemán y expulsaría al enemigo de una gran parte de Francia. Realmente, todos estos argumentos fueron, de hecho, esgrimidos y la consecuencia fue, como podrá verse, paralizar las operaciones de los Dardanelos aun cuando estas habían empezado. ¡Con cuánta más razón habrían descartado un plan en el papel para una campaña en Oriente! No habría habido la operación en los Dardanelos, con sus esperanzas, sus glorias, sus pérdidas y su lamentable fracaso final.

Pero ¿quién podrá decir lo que habría ocurrido en este caso? Unas pocas semanas de retraso en la entrada de Italia en la guerra y la continuación de las grandes derrotas rusas en Galitzia habrían hecho muy improbable aquella entrada. Bulgaria habría precipitado unos meses su declaración de guerra

contra nosotros y la totalidad de los Balcanes, excepto Serbia, habría quedado encuadrada bajo las banderas teutónicas. La flor del ejército turco, que fue destruida en gran parte en la península de Gallípoli, habría combatido, seguramente, contra nosotros o contra nuestros aliados en algún otro sector. No se podría haber evitado la destrucción del ejército ruso del Cáucaso. No creo que hubiéramos llegado, adoptando una actitud negativa, a desarrollar nunca nuestra bien concebida operación anfibia. No hubiéramos hecho operación de ninguna clase. No habríamos hecho nada y nos habríamos enfrentado con reacciones diplomáticas y militares completamente desfavorables de los teatros de guerra orientales y meridionales. Desde el fondo de mi corazón, no puedo lamentar el esfuerzo que se hizo. Estuvo bien llegar hasta donde llegamos.

No perseverar, este fue el crimen.

XXIII

La génesis del ataque militar

Llegados a este punto de la historia de los Dardanelos, el Consejo de Guerra y el Almirantazgo habían aceptado totalmente que no había tropas disponibles para las operaciones ofensivas contra Turquía. En la primera carta del día 2 de enero, lord Kitchener decía: «No tenemos tropas para desembarcar en ningún sitio. [...] No estaremos listos para nada importante en algunos meses». El primer telegrama al almirante Carden, el día 3 de enero, presentaba la cuestión: «¿Cree usted que es posible forzar los Dardanelos empleando solo barcos?». En la reunión del Consejo Superior de Guerra, que tuvo lugar el día 28 de ese mes por la noche, lord Kitchener, cuando fue tomada la decisión final, repitió: «No tenemos, actualmente, tropas disponibles». Todas nuestras decisiones en favor de un ataque puramente naval fueron tomadas fundándonos en esta afirmación. Pero, a partir de aquel momento, empezaron a entrar en juego una serie de nuevos hechos y presiones que iban cambiando de forma gradual, pero continuamente, el carácter de la empresa que se preveía enorme y cada vez en mayor escala. Bajo nuevas influencias y en menos de dos meses, el ataque naval con su falta de seguridades, pero con sus costes y peligros limitados, adquirió una importancia menor y en su lugar se produjo un desarrollo militar de gran magnitud. El Almirantazgo no tenía una intervención responsable sobre dicho plan; nuestro consejo no prevaleció, nuestras críticas no fueron bien recibidas e incluso las preguntas no pudieron ser formuladas más que con delicadeza y tacto. No obstante, teníamos que atenernos a los resultados de esta operación militar.

Después de todo, allí había un ejército. Desde el mismo momento en que se decidió el ataque puramente naval, empezó a entrar en consideración la intervención de tropas procedentes de nuestros sectores. A partir de aquel momento tomó cuerpo en todas las mentes el apremio para emplear las tropas de un modo u otro. La decisión de abandonar o de aplazar indefinidamente un avance a lo largo de la costa belga dejó disponibles una cierta cantidad de refuerzos destinados a sir John French. La poca energía del ataque turco en Egipto y su fracaso dejó libre la mayor parte del ejército allí concentrado. El continuo progreso en la instrucción de las tropas australianas y territoriales en aquel ejército las hacía cada vez más aptas para operaciones ofensivas. La supresión de la rebelión en el África del Sur había disipado otras inquietudes. Entretanto, el primero y segundo de los nuevos ejércitos (en total doce divisiones), estaban progresando en instrucción y completando su equipamiento. Estaban también disponibles en la metrópoli cierto número de divisiones territoriales completamente equipadas, en buen orden y con una instrucción muy avanzada. El gran número de soldados armados y organizados en el Reino Unido había disipado todo recelo de una invasión procedente del mar.

Por intervalos y durante los próximos tres meses fueron enviados a los Dardanelos los siguientes efectivos:

Desde Inglaterra:

La división 29.

Dos divisiones territoriales de primera línea.

La real división naval.

Una división montada de yeomanry.

Desde Egipto:

Dos divisiones australianas.

Una brigada australiana suplementaria.

La división territorial del Lancashire.

Una brigada india.

Desde Francia:

Dos divisiones francesas.

Todas estas tropas estaban disponibles para desplazarse por aquel tiempo. El material de transporte para su traslado por mar podía haberse dispuesto inmediatamente. Todos estos efectivos o sus equivalentes, y más aun, debían enviarse en consecuencia. En conjunto formaban un ejército de unos 150.000

hombres como mínimo. Este ejército podía haber sido concentrado en el Mediterráneo oriental en disposición de intervenir en un punto determinado y un poco antes de fines de marzo. Si en cualquier momento del mes de enero se hubiera decidido emplear deliberadamente un ejército semejante, de acuerdo con un buen plan y con un propósito claro, en una gran operación combinada para asaltar la península de Gallípoli y abrir así el paso a la flota, no cabe duda de que pocos hubieran dudado de que obtendríamos una victoria completa. Por otra parte, a excepción hecha de la división 29, todas estas tropas habían sido organizadas o encuadradas permanentemente solo desde el principio de la guerra. La iniciación de una nueva campaña en gran escala era una decisión muy importante, teniendo en cuenta que las tropas no estaban muy entrenadas y que se sufría una escasez general de municiones. Esta era la justificación del ataque naval. Así pues, este, dentro de sus límites, era un plan lógico y consistente. Los dos planes eran defendibles. Pero a juzgar por lo sucedido, no hubo tal defensa, sino indecisión. Lanzarse a una nueva campaña con operaciones fragmentarias y sin una acción decidida ni un plan estudiado hubiera sido rechazado por todo el mundo. Sin embargo, el curso de los acontecimientos fue tan poco claro y los factores personales fueron tan desconcertantes que el Consejo Superior de Guerra fue arrastrado imperceptible e irresistiblemente por el torbellino de las circunstancias.

En este tiempo, la actividad del espíritu de lord Kitchener constituía una faceta casi tan curiosa como el problema de la Gran Guerra en sí. Su prestigio y su autoridad eran inmensos. Era el único portavoz en el Consejo Superior de Guerra de la opinión del Ministerio de la Guerra. Todo el mundo sentía la más grande admiración por su carácter y todo el mundo recibió una sensación de seguridad ante su prestancia para el mando en medio de los sucesos abarcables y terribles de los primeros meses de la guerra. Cuando él adoptaba una decisión, esta era admitida invariablemente, era definitiva. Según mi manera de ver, nunca fue rebasado en el Consejo Superior de Guerra ni en el Gabinete en ningún asunto militar, grande o pequeño. Nunca fue enviada o retirada ni una simple unidad contrariamente, no solo a su conformidad, sino a su consejo. Apenas nadie se aventuró a discutir con él en el Consejo. Respecto al hombre, la simpatía por su inmensa labor, la confianza en su juicio profesional y la creencia de que tenía planes más profundos y de más alcance de los que nosotros podíamos imaginar, acallaba celos y disputas, tanto en el Consejo como en el Ministerio de la Guerra. Todopoderoso, imperturbable y reservado, por aquel tiempo dominaba absolutamente nuestros debates en todo lo que hacía referencia a la organización y al empleo de los ejércitos.

Sin embargo, detrás de esta imponente y espléndida fachada había muchas debilidades, cuyas evidencias se empezaron a manifestar de un modo creciente e inquietante. El secretario de Guerra estaba abrumado por más trabajo que ningún hombre; ni tres hombres con su gran capacidad podrían desarrollarlo

con eficacia. Había absorbido todo el Ministerio de la Guerra dentro de su espaciosa personalidad. El Estado Mayor General estaba completamente en suspenso, excepto como máquina para proporcionarle informaciones. Incluso como tal máquina, era asombrosamente débil. Los oficiales más capaces y las cabezas con más liderazgo y más fuerza del Estado Mayor General y del Consejo del Ejército, excepción hecha de sir John Cowans, el jefe del Cuartel General, habían salido animosamente del país con la fuerza expedicionaria y estaban ahora en Francia, creyendo que tenían que gobernar la marcha total de la guerra desde el estrecho punto de vista del Gran Cuartel General británico en Saint-Omer. En su lugar, y ocupando cargos de importancia vital, había oficiales de la reserva u hombres cuyas opiniones no habían pesado nunca en los círculos militares británicos. Estos oficiales estaban petrificados por la posición y personalidad de lord Kitchener. Ninguno de ellos estaba dotado de la personalidad o habilidad necesarias para discutir con él de hombre a hombre. Con la prestancia que le daba el uniforme, la personalidad militar se destacaba, como mariscal y como ministro, y le saludaban como subordinados en un campo de maniobras. Nunca hacían acto de presencia ante él con razonamientos generales bien estudiados sobre el curso total de la guerra. Estaban siempre dispuestos a ejecutar sus decisiones del mejor modo que les permitían sus propias cualidades, dejando a los miembros del Consejo de Guerra que redactaran documentos sobre las amplias perspectivas de la guerra, dejando al canciller del Tesoro, míster Lloyd George, discernir e informar al Gabinete en términos inequívocos sobre el inminente colapso militar de Rusia, dejándome a mí la misión de sugerir un método de influir sobre la situación política en el Oriente Próximo a falta de los esquemas militares adecuados, y lord Kitchener fue también dejado para afrontar el torrente impetuoso y turbulento de los acontecimientos sin ningún apoyo firme de doctrina o de cálculo a sus espaldas.

La consecuencia de todo ello era que daba directivas ora en esta dirección, ora en la otra y todas ellas estaban manifiestamente influidas por sus impresiones del día y muchas veces eran de carácter pasajero. El resultado era que estas decisiones eran muchas veces contradictorias. Él estaba vacilante entre dos puntos de vista de la guerra, perfectamente definidos, ambos apremiando timbas sobre él con fuerza y pasión y con abundancia de hechos y argumentos. La totalidad de los principales jefes del ejército británico y la elevada autoridad del alto mando francés afirmaban que el único camino para la victoria era enviar hasta el último hombre y el último cañón al frente francés para «matar alemanes» y romper sus líneas. Por otra parte, la opinión del Consejo Superior de Guerra, compuesto por hombres que habían llegado a ser los directores de la vida pública de su generación, estaba orientada hacia los teatros meridional y oriental como escena para la campaña de 1915. El mismo Kitchener estaba fuertemente atraído en esta dirección por su interés y

conocimiento del Oriente. Comprendía perfectamente la importancia de un éxito en este sector, pero también se daba cuenta de que nosotros no sentíamos en el mismo grado la pavorosa alternativa y presión a la que él estaba sometido continuamente desde el frente francés.

El problema no era irresoluble. Tampoco era imposible la labor de reconciliación de estas dos concepciones, aparentemente opuestas. Se podría haber preparado en el mes de enero un plan y un programa bien concebidos y preparados para actuar en el Oriente Próximo en los meses de marzo, abril, mayo e incluso junio, y para una gran concentración y operación ulterior en el frente occidental en el otoño de 1915, o mejor aún, bajo condiciones más favorables, en la primavera de 1916. El desarrollo sucesivo de ambas políticas en su propio orden y cada una en su integridad era perfectamente factible si se hubieran podido convencer las grandes autoridades interesadas. Sin embargo, lord Kitchener sucumbió al final a las fuerzas en disputa y a las políticas rivales.

Además de estas pruebas y cargas que él era incapaz de superar, estaba aún toda la compleja cuestión del reclutamiento, organización y equipo de los nuevos ejércitos; y detrás de este problema quedaban también a su consideración una serie de problemas en conexión con la fabricación y compra de municiones en una escala que jamás pudo soñar ningún ser humano. Estos problemas comprendían toda la vida social e industrial del país y afectaban a todo el sistema económico y financiero del mundo. Añádase a todo esto la exposición cotidiana de todos los asuntos militares en el Gabinete y en el Consejo Superior de Guerra, labor enojosa y pesada para lord Kitchener y en la que él mismo no se sentía a sus anchas; sumado a la serie continua de decisiones que tenía que tomar en asuntos que comprendían todos los aspectos de la guerra, incluyendo expediciones y operaciones importantes que eran campañas en sí mismas. Es fácil hacerse cargo de que el esfuerzo a que estaba sometido este eminente súbdito del rey era mucho mayor del que ningún mortal podía soportar.

No obstante, es necesario hacer constar que lord Kitchener no hizo nada para aligerarse de estas terribles cargas. Por el contrario, reaccionaba enérgicamente contra todo intento de interferencia e incluso de examen en sus vastos dominios de responsabilidad. Se resistió tenazmente a todos los esfuerzos que se hicieron a partir del mes de enero con el objetivo de descargar su intervención como secretario de Guerra en la producción de municiones de toda clase. Confiaba el trabajo en sus subordinados lo menos que podía. Trató de conducir la guerra con la misma implicación personal que había empleado con tanto éxito en el mando de la minúscula expedición del Nilo. Mantuvo al Estado Mayor General, o a lo que quedaba del mismo, en unas condiciones de completa dependencia y de una práctica suspensión. Se

extendía también, justificado por su cargo en el Gabinete, hasta las esferas políticas en cuestiones como las de Irlanda, el alcohol y de la organización industrial.

Hoy día no tiene objeto afectar desconocimiento de aquellos hechos o disimularlos. Realmente, la grandeza de lord Kitchener y su derecho a ser recordado con el respeto y la gratitud de las sucesivas generaciones de sus compatriotas, por cuya causa y seguridad luchó con todo su corazón y con la potencia de un gigante, solo quedarán firmemente confirmados por la plena comprensión de su carácter y de sus tropiezos. Si esta historia, con los hechos y documentos sobre los que se apoya, contiene alguna crítica reflexiva sobre su política militar, debo también testimoniar el abrumador peso de las misiones que se le encomendaron, su extraordinaria paciencia y presencia de ánimo frente a todas las dificultades y sorpresas que atravesamos, y su invariable cortesía y amistad hacia mí.

El Consejo Superior de Guerra del día 28 de enero, además de decidirse definitiva y finalmente en favor del ataque naval sobre los Dardanelos, se mostró muy interesado y deseoso de procurar alguna fuerza militar para influir en la situación política de los Balcanes. No se pensó, por entonces, en reunir fuerzas suficientes para asaltar la península de Gallípoli, y esta operación no recibió el más pequeño apoyo en aquella ocasión. Todo lo que se esperaba era asegurar la sustracción de las fuerzas de Inglaterra, destinadas a Francia, entre una y dos divisiones, incluyendo la división 29 (la única división regular que nos quedaba), y el empleo de esta fuerza como brazo de palanca para animar al señor Venizelos y al rey griego y su Gobierno a entrar en la guerra a nuestro lado en ayuda de Serbia.

Después de mucho discutir con sir John French, el Consejo Superior de Guerra del día 9 de febrero decidió ofrecer la división 29 (que todavía estaba en Inglaterra) a Grecia, junto con una división francesa, caso de que esta se pudiera obtener. Yo creí que esta oferta, sin tener en cuenta los efectos que pudieran resultar del ataque naval a los Dardanelos, era completamente inadecuada. No creí que Grecia, y menos aun Bulgaria, pudiera ser influida por la perspectiva de una ayuda tan limitada. De hecho, el carácter limitado de la ayuda era de por sí una confesión de nuestra debilidad. Este punto de vista era correcto, y la oferta fue pronto declinada por el señor Venizelos.

Entretanto, los preparativos para el ataque naval estaban muy avanzados. Todos los barcos designados en el plan se encontraban en el sector o aproximándose a él. Mediante un acuerdo oficioso con el señor Venizelos, la isla de Lemnos, con el espacioso puerto de Mudros, había sido puesta a nuestra disposición como una base para reunir la flota y habían sido enviados allí dos batallones de infantería de marina de la real división naval. El único objeto de esta pequeña fuerza era proveer de partidas de desembarco a la flota

del almirante Carden en el caso de que, durante sus operaciones, se ofreciera la oportunidad de destruir cañones o fuertes de la península de Gallípoli ya puestos fuera de combate y virtualmente hubiera cesado la resistencia enemiga. Pero una vez que empezó a ponerse de manifiesto que había tropas disponibles en número considerable, sir Henry Jackson y lord Fisher empezaron a hacer presión para que fueran empleadas en la operación. «Nunca debe perderse de vista la provisión de las fuerzas militares necesarias —escribió sir Henry Jackson el día 15 de febrero— para permitir recoger los frutos de esta gran empresa naval. Los barcos empleados en el transporte de estas tropas deben estar a punto de entrar en los estrechos tan pronto como hayan sido reducidos al silencio los fuertes de los mismos. [...] El bombardeo naval no es recomendable como operación militar, a menos que se disponga de una gran fuerza militar para colaborar en la operación, o, como mínimo, entrar en acción inmediatamente después de que los fuertes hayan sido reducidos al silencio». En todo esto había muchas cuestiones involucradas. La diferencia entre «colaborar en la operación» y «entrar inmediatamente después de que los fuertes hayan sido reducidos al silencio» era fundamental. Por otra parte, la posición de Fisher era perfectamente clara; quería que la península de Gallípoli fuera asaltada y mantenida por el ejército. Esta idea no había sido tomada en cuenta ni por lord Kitchener ni por el Consejo Superior de Guerra.

«Espero que haya logrado usted un acuerdo con lord Kitchener —me escribió el primer lord naval en la tarde del 16 de febrero—, para enviar las divisiones a Lemnos mañana. No vendrá ni un solo gramo de trigo desde el mar Negro a menos que los Dardanelos sean ocupados militarmente y sería lo más sorprendente de todos los tiempos que no se envíen tropas para colaborar con la flota habiendo medio millón de soldados en Inglaterra.

»¡La guerra de las ocasiones perdidas! ¿Por qué cayó Amberes?

»Las lanchas Haslar podrían salir inmediatamente hacia Lemnos para que alguien desembarcara en Gallípoli un día u otro».

Yo estaba todavía identificado con la integridad del plan naval. Sabiendo lo que sabía de la situación naval y del estado de nuestros ejércitos no me pasaba por alto la responsabilidad de una decisión para empeñar las tropas británicas en una lucha dura e indefinida con los turcos en la península de Gallípoli. Por supuesto, yo había meditado mucho y con inquietud sobre lo que tendría lugar después de que el ataque naval tuviera éxito y la flota británica entrara en el mar de Mármara. Yo esperaba que, cuando empezaran a caer los fuertes turcos, los griegos se unirían a nosotros y que la totalidad de sus ejércitos estaría a nuestra disposición en lo sucesivo; esperaba que la aparición de la flota británica frente a Constantinopla y la huida o la destrucción del Goeben y del Breslau provocaría reacciones políticas de gran alcance, y como consecuencia de las cuales el Gobierno turco negociaría o se retiraría hacia

Asia. Yo pensaba que una buena diplomacia que siguiera paso a paso los acontecimientos de la guerra podría inducir a Bulgaria a marchar sobre Adrianópolis. Por último, yo estaba seguro de que Rusia, cualesquiera que fueran sus necesidades en otros sectores, no quedaría indiferente al destino de Constantinopla y que más tarde nos enviaría refuerzos. Era precisamente sobre estos factores casi políticos sobre los que yo contaba en nuestra penuria militar, como medios de explotar y consolidar cualquier éxito obtenido por la flota. El lector podrá ver hasta qué punto estaban fundadas estas especulaciones.

Pero, naturalmente, si después de todo, lord Kitchener y el Consejo Superior de Guerra veían la manera de formar un ejército serio en el Este, eran mucho más esperanzadoras las perspectivas de una gran combinación afortunada. La concentración en Egipto y en las islas griegas de tal ejército sería la causa motriz que decidiría y animaría todo lo demás. Este ejército podría ocupar el istmo de Bulair si los turcos evacuaban la península después de que la flota hubiera pasado los estrechos; si se llegaba a un armisticio con Turquía, podría ocupar rápidamente Constantinopla. Incidentalmente podrían también proceder de esta fuente los refuerzos para las fuerzas de desembarco que pudieran ser necesitadas durante el paso de la flota. De este modo se llegó a establecer un acuerdo para el envío de tropas al Este entre personas que mantenían diferentes puntos de vista para las fases ulteriores. En medio de las opiniones contradictorias, planes contrapuestos y exigencias variables de la situación, a todos los del Almirantazgo nos parecía lógica la conveniencia de concentrar con la máxima prontitud un ejército lo mayor posible en el Mediterráneo oriental, y colocar al frente de él a un general de prestigio. Por consiguiente, en todas las circunstancias y en todas las discusiones apoyamos todo aquello que tendía a acelerar y hacer expedita esta concentración.

El 16 de febrero fue el día de la decisión. En la reunión de los principales ministros en el Consejo Superior de Guerra, incluyendo al primer ministro, a lord Kitchener y a mí mismo, se tomaron, y eventualmente se incorporaron a las decisiones del Consejo, las siguientes:

- 1.La división 29 debe ser enviada a Lemnos lo más pronto posible, preferiblemente dentro de los próximos nueve o diez días.

- 2.Se harán los preparativos necesarios para enviar tropas desde Egipto, caso de ser necesario.

- 3.El total de las fuerzas citadas, junto con los batallones de infantería de marina ya enviados, tienen que estar disponibles para ayudar al ataque naval contra los Dardanelos si llegara el caso.

- 4.Los transportes para los caballos irán con la división 29, y el Almirantazgo hará lo necesario para reunir en el Este barcos pequeños,

remolcadores y barcazas.

La decisión del día 16 de febrero es el fundamento del ataque militar sobre los Dardanelos. Los miembros de la Comisión de los Dardanelos dicen: «No había quedado bien determinado el empleo de tropas en gran escala, pero tenían que ser concentradas de modo que pudieran siempre estar preparadas por si era requerida su asistencia». Se informó aquel día al almirante Carden que el puerto de Mudros podía ser utilizado como base, y el contraalmirante Wemyss fue nombrado comandante de aquel sector. En la tarde del 16, de conformidad con las decisiones que habían sido tomadas, ordené al almirante Oliver, jefe del Estado Mayor, que tuviera preparados los transportes con la máxima urgencia para la división 29, para lo que él cursó las órdenes a este efecto aquel mismo día. La decisión de concentrar un ejército traía consigo inevitablemente la posibilidad de emplearlo en ciertas circunstancias. Pero estas no habían quedado precisadas.

Durante el día 17 parece ser que se ejerció una gran presión sobre lord Kitchener desde el Gran Cuartel General para que no se desviase de Francia la división 29. En realidad, como ha sido justamente observado por el historiador oficial naval, el empleo de la división 29 llegó a ser una cuestión capital para lo que empezaba a ser designado en nuestros círculos secretos como política de Occidente y Oriente. Lord Kitchener se convirtió en la presa de estas fuerzas y opiniones contendientes y fue sumido en un estado de máxima y lamentable indecisión.

En tanto, no se había disparado aún un tiro en los Dardanelos, pero estábamos en la víspera del ataque sobre los fuertes exteriores. Cuando nos reunimos de nuevo en el Consejo, el día 19, se hizo evidente que lord Kitchener había cambiado de manera de pensar. Nos informó de que no podía dar su consentimiento al envío a Oriente de la división 29. Dio como razón la peligrosa debilidad de Rusia y su temor de que grandes masas de tropas alemanas fueran retiradas de ese frente para enfrentarlas con nuestras tropas en Francia. No puedo creer que este argumento pesara realmente sobre él. Debía de saber, aparte de otras improbabilidades, que era materialmente imposible para los alemanes transportar grandes ejércitos de Rusia al frente francés en menos de dos o tres meses como mínimo, y que la división 29, una única división, no podía afectar apreciablemente el resultado en caso de que los alemanes procedieran de aquel modo. Empleó este argumento para hacerse fuerte en una decisión a la que había llegado después de una penosa meditación sobre otros motivos de carácter general.

El Consejo se inclinó ante la voluntad de lord Kitchener, aun cuando sus deseos y opiniones subsistían inalterados. Se decidió aplazar la salida de la división 29, pero el Almirantazgo recibió instrucciones para continuar la preparación de transportes para esta división y para otras tropas. El día 20 puse

una comunicación al director de Transportes en la que decía: «Tienen que hacerse todos los preparativos para embarcar la división 29 en el plazo menor posible. De todos modos este transporte no está absolutamente decidido».

El día 20 marcó un retroceso. Lord Kitchener rehusó el envío de la división 29; incluso parecía rechazar una gran concentración de tropas en el Este. «Los franceses —me escribió el 20 de febrero— están muy incomodados por el empleo de tantas tropas como usted les ha dicho. Acabo de ver a Grey y esperamos no vernos embarazados con un contingente francés para los Dardanelos». Criticó mi reunión de transportes en Alejandría para 40.000 hombres como medida de precaución, a la que él había dado previamente su conformidad. Hizo más aún: envió su ayudante de campo, el valiente y cumplidor coronel Fitzgerald, al primer lord naval y al Departamento de Transportes del Almirantazgo para decir que la división 29 no iba a marchar. El primer lord naval y el director de Transportes Navales supusieron, por consiguiente, que la cuestión había quedado finalmente arreglada por mutuo acuerdo entre lord Kitchener y yo. Las órdenes para la reunión y preparación de los transportes para esta división, que estaban en vigor desde el día 16, fueron, en consecuencia, anuladas, y la flota preparada de veintidós barcos quedó disponible para otras misiones y dispersa sin que yo estuviera informado.

La discusión fue reanudada el 24 y 26 de febrero, pero entonces nos encontramos bajo la impresión del inicio del ataque sobre este momento los Dardanelos. El bombardeo de los fuertes exteriores había empezado el día 19 de febrero y había una impresión favorable sobre el mismo, a pesar de que las operaciones tuvieron que ser interrumpidas por el mal tiempo. Además, en este momento se había emprendido francamente la acción. Si el 16 fue un día de resolución y el 20 un día de retroceso, el 24 y el 26 lo fueron de medidas a medias y de compromiso. El día 24, lord Kitchener dijo que él «estimaba que si la flota no podía pasar por los estrechos sin ayuda, el ejército tenía que tratar de emprender el asunto. El efecto de un desastre en Oriente sería muy serio; no se podía retroceder». Así pues, de repente, la idea de descartar el ataque naval caso de presentarse muchas dificultades, y de dirigirlo hacia otro objetivo, fue abandonada, pareciendo ser que quedaba aceptada la posibilidad de una gran operación militar. Por consiguiente, volví a pedir enérgicamente, tanto el día 24 como el 26, que fuera enviada la división 29 y exploté hasta el máximo las esperanzas y el interés que estaba despertando en grado creciente el ataque naval.

No obstante, lord Kitchener persistió en su negativa, a pesar de dichas manifestaciones. Había enviado al general Birdwood, jefe que él conocía bien y en el que podía tener absoluta confianza, desde Egipto (donde desempeñaba el mando del cuerpo de ejército australiano) a los Dardanelos, para informar

sobre las perspectivas y posibilidades de una acción militar. El 24 de febrero, el Ministerio de la Guerra pidió al Almirantazgo que se enviase el siguiente telegrama, redactado por sir Henry Jackson, al almirante Carden:

[...] El Ministerio de la Guerra no estima la ocupación del extremo meridional de la península hasta la línea Suandere-Chana Ovasi como una operación obligada para asegurar el éxito del primer objetivo principal, la destrucción de las baterías permanentes. Aun cuando las tropas deben estar siempre en disposición de colaborar en operaciones de menor importancia en las dos partes de los estrechos para destruir las baterías enmascaradas y combatir las fuerzas enemigas allí emplazadas, nuestro ejército principal puede permanecer en reserva en Lemnos hasta que esté en nuestras manos el paso de los estrechos, pues la ocupación de las líneas de Bulair puede ser necesaria para detener todos los suministros a la península. Debe usted discutir esta operación con el general Birdwood a su llegada y antes de decidir operaciones más importantes en sectores más allá del alcance de los cañones de los barcos. Envíe información de las conclusiones a que hayan llegado.

Sin embargo, dos días más tarde, el 26 de febrero, lord Kitchener autorizó al general Birdwood a emplear el cuerpo de ejército australiano «hasta el límite máximo de su fuerza» con el propósito de ayudar a la flota.

Todas estas medidas a medias, que, sin embargo, estaban alcanzando grandes proporciones y marcaban un cambio en el carácter de la operación, me parecían tan peligrosas que, en el consejo del día 26, decliné formalmente toda responsabilidad derivada de las consecuencias de estas operaciones militares eventuales. Mi declaración fue incluida en el proceso. Entonces el primer ministro, haciendo una clara intervención, apremió enérgicamente a lord Kitchener para que no permitiera que se privara al Este de una división regular tan necesaria a su composición efectiva. Fue en vano. Después del Consejo me quedé rezagado, pues sabía que el primer ministro estaba de acuerdo conmigo y que, ciertamente, todo el Consejo, excepción hecha de lord Kitchener, era de la misma manera de pensar. Hice presión sobre el primer ministro para que hiciera efectiva su autoridad e insistiese en el envío de la división 29 a Lemnos o Alejandría. En aquel momento sentí un intenso presagio de desastre. Yo sabía que estábamos en un punto peligroso de la lucha con la misma seguridad que sé ahora que las consecuencias están grabadas en los monumentos de la historia. El primer ministro no creía que se pudiera hacer nada más; él había hecho todo lo posible para persuadir a lord Kitchener y no podía obligarlo ni admitir su dimisión en una cuestión de esta naturaleza, pues toda la opinión de las autoridades francesas y del Estado Mayor General estaría de su lado.

El día 25 de febrero había preparado un estudio de la situación general y lo había utilizado para mis argumentos en el consejo de Guerra del día 26. Lo hice imprimir y llegar al primer ministro, al canciller del Tesoro y a míster

Balfour. La reproduzco aquí, pues explica mi posición con más claridad que ningún otro documento de la época:

APRECIACIÓN

1. Rusia: No tenemos que esperar que Rusia pueda emprender con éxito la invasión de Alemania hasta que hayan pasado muchos meses. Pero aun cuando la ofensiva rusa está paralizada, debemos confiar en que no solo aguantará su defensa, sino que contendrá y retendrá efectivamente un gran número de fuerzas alemanas en el frente. No hay ninguna razón para creer que Alemania esté en condiciones de transferir al Oeste masas de un orden de 1.000.000 de hombres, ni para creer que puedan llegar al Oeste antes de mediados de abril fuerzas alemanas suficientes para influir sobre la situación.

2. Las líneas anglofrancesas en el Oeste son muy fuertes y no pueden ser envueltas. Nuestra posición y nuestras fuerzas en Francia son incomparablemente más fuertes que al principio de la guerra, cuando teníamos opuestas cerca de las tres cuartas partes del ejército alemán de primera línea. Deberíamos recibir con satisfacción la noticia de que los alemanes van a desencadenar un ataque en la mayor escala posible; tendríamos en nuestro favor muchas probabilidades de rechazarlo y, aunque un éxito por parte del enemigo nos obligara a retirarnos a otra línea, tendríamos la compensación de las pérdidas superiores del atacante. Los acontecimientos en el Oeste durante los tres próximos meses no deben ser causa de ansiedad. Y en cualquier caso el resultado no se verá afectado decisivamente a causa de cuatro o cinco divisiones británicas.

3. El punto decisivo, y el único donde puede mantenerse y conservarse la iniciativa, es la península de los Balcanes. Con una apropiada colaboración militar y naval, y con las fuerzas que hay disponibles, podemos estar seguros de tomar Constantinopla a final de marzo y capturar o destruir todas las fuerzas turcas en Europa (excepto las de Adrianópolis). Podemos desencadenar este ataque antes de que quede decidida la suerte de Serbia, y su efecto será decisivo en todos los Balcanes. Turquía quedará eliminada como factor militar.

4. Hay disponibles inmediatamente como mínimo los siguientes efectivos militares:

5. Todas estas tropas son susceptibles de quedar concentradas a una distancia efectiva del istmo para el día 21 de marzo si se dan las órdenes inmediatamente. Si para entonces no han tenido éxito las operaciones navales, pueden ser empleadas para atacar la península de Gallípoli y asegurar el paso de la flota. Tan pronto como queden abiertos los Dardanelos pueden: a) operar desde Constantinopla para eliminar a todas las fuerzas turcas en Europa, o b), si Bulgaria accede a nuestra invitación para ocupar la línea Enos-Midia,

pueden pasar a través de Bulgaria para ir en ayuda de Serbia, o c), si Bulgaria se confirma simplemente en una neutralidad amistosa y Grecia se une a nosotros, pueden pasar a través de Salónica para ir en socorro de Serbia.

W. S. C.

W. S. C. 25 de febrero de 1915

Y el día 27:

Debo hacer constar mi opinión de que los efectivos militares previstos, es decir, dos divisiones australianas apoyadas por nueve batallones navales y la división francesa, no son suficientes para la obra a llevar a cabo, y que la ausencia de alguna división regular británica, en caso de combatir, expone a los batallones navales australianos a peligros indebidos.

Aun en el caso de que la flota consiguiera forzar el paso por sí sola, la debilidad de la fuerza militar puede obligarnos a sacrificar gran parte de las ventajas que podríamos haber obtenido de otro modo.

Yo tenía aún esperanzas, después de la reunión del día 26, de que cambiara el humor de lord Kitchener al cabo de uno o dos días, de que el primer ministro se las arreglaría para encuadrarlo en la opinión general y de que se podría obtener la cesión de la división 29. El Consejo Superior de Guerra, aun cuando se conformaba con la decisión de lord Kitchener, había decidido que los transportes estuvieran concentrados y en disposición de emprender el viaje. Después de terminar la reunión del día 26, pregunté al Departamento de Transportes el estado exacto de preparación en que estaban los barcos para este cometido, esperando que todo estuviera en buen orden. Entonces supe que, el día 20, se había dado la contraorden y que en estos momentos estaban completamente dispersados; quedé muy sorprendido y escribí inmediatamente mi protesta a lord Kitchener.

Renové inmediatamente las órdenes del Departamento de Transportes, pero no fue posible concentrar y equipar los barcos necesarios antes del 16 de marzo.

El comienzo del bombardeo y el éxito de la flota sobre los fuertes exteriores, que será descrito en el próximo capítulo, fue causa de un nuevo cambio de opinión. «Otra reunión del Consejo Superior de Guerra —cito el informe de la Comisión los Dardanelos— tuvo lugar el día 3 de marzo. Por entonces, la oposición de lord Kitchener al envío de la división 29 había disminuido aparentemente. Cuando fue suscitada la cuestión por míster Churchill, dijo que proponía dejar la cuestión pendiente hasta el día 10 de marzo, fecha en la que esperaba haber recibido el informe del general Birdwood». Sin embargo, el general Birdwood llegó a los Dardanelos antes del día 10; el 5 telegrafió a lord Kitchener: «Dudo mucho que la flota pueda

forzar el paso sin ayuda».

Este telegrama fue seguido de otro del día 6, que decía: «Ya le he informado a usted de que considero muy optimista el proyecto del almirante, y aun cuando podemos confiar en mejores perspectivas para el día 12 de marzo, dudo que sea capaz de forzar el paso sin ayuda». El día 10 de marzo, lord Kitchener, estando algo más tranquilo con referencia a la situación en otros teatros de guerra, y estando posiblemente impresionado por los informes del general Birdwood, anunció al Consejo Superior que «él creía que la situación era entonces lo suficientemente segura para justificar el envío de la división 29».

«[...] La decisión del día 16 de febrero, cuya ejecución había sido suspendida el 20, se hizo de nuevo operante el 10 de marzo. Entretanto, se habían perdido tres semanas de un tiempo precioso. Los transportes, que podían haber partido el día 16 de febrero, no lo hicieron hasta el 16 de marzo».

Pronto nos vimos obligados a enfrentarnos con las consecuencias de este retraso. Eran desconcertantes en grado sumo los cambios repetidos de plan, pero aun después de que fue tomada por última vez la decisión de enviar un ejército incluyendo la división 29, el empleo de este se subsistió como un secreto de la esfinge. Cuando lord Kitchener decidió de corazón que si la flota fallaba en el paso de los Dardanelos, él asumiría el asalto a la península de Gallípoli, debería haberlo dicho a sus colegas. En su defecto debería, de todos modos, haber desplazado y organizado sus tropas de modo que quedaran abiertas las diferentes alternativas de acción. Sobre todo, tendría que haber ordenado a su Estado Mayor General elaborar los planes para las nuevas contingencias que ahora iban a tener lugar. No lo habría comprometido a nada el tener estudiado el problema militar científicamente o haber elegido un jefe a su debido tiempo.

«A partir del momento en que fue tomada la decisión del 16 de febrero — dicen los miembros de la Comisión de los Dardanelos—, había, realmente, solo dos soluciones admisibles. Una era aceptar el punto de vista de que, en razón de las obligaciones que habíamos aceptado en otros sectores, no se podía disponer de fuerzas adecuadas para una acción expedicionaria en el Mediterráneo oriental; en consecuencia, haber hecho frente a la posible pérdida de prestigio derivada del conocimiento de un fracaso parcial y haber retrocedido al plan original de abandonar el ataque naval sobre los Dardanelos cuando se hizo evidente que serían necesarias operaciones militares en gran escala. La otra solución era haber afrontado decididamente los peligros que se hubieran podido presentar en todas partes y haber hecho inmediatamente un esfuerzo determinado para forzar el paso de los Dardanelos mediante un rápido y bien organizado ataque combinado emprendido con grandes efectivos. Desgraciadamente, el Gobierno no adoptó ninguna de las dos

soluciones... Estimamos que míster Churchill tenía toda la razón al atribuir una importancia extrema a los retardos que se produjeron en el desvío desde este país de la división 29 y de la división territorial».

XXIV

Caída de los fuertes exteriores y segunda oferta de Grecia

A las nueve y cuarto de la mañana del 19 de febrero, las flotas británica y francesa concentradas en los Dardanelos empezaron el bombardeo de los fuertes exteriores. Eran cuatro fuertes artillados con diecinueve cañones principales; de estos, cuatro eran de tipo antiguo con un alcance máximo de 6.000 a 7.000 metros. Solo los dos pares de cañones de 23,5 cm de los fuertes más pequeños podían disparar a más de 10.000 metros. Por consiguiente, la totalidad de estas defensas estaban expuestas al bombardeo de los barcos a una distancia a los que ellas no podían contestar.

La flota atacante estaba compuesta de tres divisiones:

PRIMERA DIVISIÓN	SEGUNDA DIVISIÓN	TERCERA DIVISIÓN
<i>Inflexible</i>	<i>Vengeance</i>	<i>Suffren</i>
<i>Agamemnon</i>	<i>Albion</i>	<i>Bouvet</i>
<i>Queen Elizabeth</i>	<i>Cornwallis</i>	<i>Charlemagne</i>
	<i>Irresistible</i>	<i>Gaulois</i>
	<i>Triumph</i>	

Estos barcos poseían 178 piezas de 14 cm en adelante, en su mayor parte más modernas que las de los fuertes, de más calibre y de alcance superior en cada clase de piezas. Las operaciones que siguieron están minuciosamente descritas en la Historia Naval Oficial, donde se registran las maniobras de cada barco y los resultados de casi cada disparo. No es mi intención repetirlo aquí.

El ataque se tenía que desarrollar en dos partes: primera, bombardeo a gran distancia, y, segunda, destrucción de los fuertes a corta distancia y dragado de un camino hacia la entrada de los estrechos. Las municiones se emplearon moderadamente y, al principio, los barcos dispararon en marcha. Pronto se hizo evidente que los barcos en movimiento no podían precisar su tiro, y a las diez y media de la mañana se les ordenó que anclaran en posiciones fuera del alcance del enemigo y que permitieran a un barco observar el tiro de artillería de otro. A las dos, se consideró que el efecto del bombardeo lento a gran distancia había sido suficiente para permitir hacer un ataque más próximo, y los barcos se acercaron a una distancia de unos 6.000 metros. Ningún fuerte

había replicado hasta este momento, pero a las cinco menos cuarto, cuando el Suffren, el Vengeance y el Cornwallis avanzaron hasta los 5.000 metros, los dos pequeños fuertes con cañones modernos entraron en acción, dando a conocer que sus cañones no habían sufrido los efectos del cañoneo a gran distancia. El Vengeance y el Cornwallis, reforzados por el Agamemnon, el Inflexible y el Gaulois, contestaron a los fuertes y silenciaron temporalmente a uno de estos. El contraalmirante De Robeck, el segundo en el mando, cuya insignia estaba enarbolada en el Vengeance, quiso continuar la acción a distancia aun más reducida, pero como eran ya cerca de las cinco y media y había cada vez menos luz, el comandante en jefe señaló retirada general y se suspendieron las operaciones en aquel día. La flota había hecho solo 139 disparos de 30,5 cm. Los resultados de este bombardeo incompleto parecían demostrar, primero, que era necesario que los barcos se anclaran en posiciones fijas para hacer un tiro de precisión; segundo, que el tiro directo era más eficaz que el indirecto; y tercero, que no era suficiente alcanzar los fuertes con proyectiles navales, era necesario impactar directamente sobre las piezas o sus montajes. Este último hecho era importante.

Al día siguiente, empeoró el tiempo y se suspendieron las operaciones durante cinco días. Se reanudó el bombardeo el día 25, basándose en la experiencia del último día de operaciones. El Agamemnon tiró sobre el fuerte Helles, el Queen Elizabeth sobre Sed-del-Bahr y más tarde sobre el fuerte Helles, el Irresistible sobre Orkanie y el Gaulois sobre Kum Kalé. Todos estos barcos se observaban y se corregían su tiro recíprocamente. Los fuertes contestaron, aunque sin mucha eficacia; los efectos del bombardeo fueron notables y demostraron la gran precisión de tiro de la artillería naval cuando se dispone de una buena observación. El Queen Elizabeth, después de su decimotavo disparo, alcanzó directamente los dos cañones del fuerte Helles y los desmanteló; el Irresistible, después de consumir treinta y cinco disparos, destrozó los cañones modernos de Orkanie, uno a primera hora y el otro por la tarde de aquel día. Así pues, los cuatro cañones de largo alcance que defendían la boca de los estrechos fueron puestos, uno por uno, fuera de combate o destruidos con un gasto muy reducido de municiones por nuestra parte. Después del mediodía, se acercaron los barcos a corta distancia de los fuertes y los sometieron a un fuego violento. Todos los fuertes fueron reducidos al silencio. Los fuertes viejos con su armamento de poco alcance eran considerados por los turcos como objetivo cebo para los proyectiles enemigos y se habían retirado sus guarniciones. Después del armisticio, los turcos manifestaron que quedaron destrozadas todas las baterías con sus municiones, pero que no se habían alcanzado los depósitos de municiones. Los fuertes fueron evacuados porque el fuego de la escuadra a poca distancia los había destrozado por completo. Las pérdidas de vidas por ambas partes fueron reducidas. Prácticamente, la flota no sufrió ningún daño, aun cuando el

Agamemnon fue tocado seis o siete veces. En total, hubo tres muertos y siete heridos.

Como se verá, este día fue muy importante y satisfactorio. Se habían hecho solo 31 disparos de 38,1 cm, además de 81 disparos británicos de 30,5 cm y 50 de la artillería naval francesa. El bombardeo demostró claramente que la potencia de fuego de barcos anclados a unos 12.000 metros, caso de disponer de una buena observación bajo ángulos perpendiculares al plano de tiro, era capaz de destruir los fuertes turcos sin gasto exagerado de municiones. Ya era factible limpiar las proximidades y entrada de los estrechos, lo que fue hecho los días 25 y 26; entraron 3 acorazados en los estrechos y completaron la destrucción, desde el interior, de todos los fuertes exteriores. Siguió después un acontecimiento más notable y, tal como pensábamos, más esperanzador. El día 26 y los siguientes, se desembarcaron, protegidos por el fuego de artillería, pequeños grupos de entre 50 y 100 marinos e infantes de marina especializados, que volaron todos los cañones de Sedd-el-Bahr, así como los de los dos fuertes de la orilla asiática; no encontraron mucha resistencia de los turcos. En total fueron destruidos o encontrados en estado inservible 88 cañones y solo hubo 9 muertos y heridos.

Así pues, el día 2 de marzo, estaban destruidas todas las defensas exteriores de los Dardanelos, incluyendo 90 cañones, de los cuales 4 eran modernos. Este armamento constituía, aproximadamente, una quinta parte en número y en calidad de las defensas artilladas de los estrechos. La flota estaba ahora en condiciones de limpiar y entrar en los estrechos a una distancia de más de seis millas, hasta el borde del campo de minas de Kephez. Había terminado la primera fase de las operaciones de los Dardanelos.

El Almirantazgo recibió pruebas de la máxima satisfacción y aquellos días no vi a mi alrededor más que caras sonrientes. Lord Kitchener me dijo que sus oficiales que estaban en contacto con el Almirantazgo denotaban un espíritu de gran confianza. Si los miembros de la Comisión de los Dardanelos hubieran presenciado la capacidad de los barcos que atacaron los fuertes la primera semana de marzo de 1915, en vez de la primavera del 1917, hubieran quedado impresionados por la solidez de las opiniones navales en estas cuestiones. También habrían quedado asombrados por el número de personas en favor de las operaciones de los Dardanelos que proclamarían haber contribuido a su iniciación. Es decir, su labor se hubiera parecido a la de la Comisión Real que hizo la encuesta sobre el origen de los tanques.

Todos los días, en las sesiones del Consejo de Guerra en el Almirantazgo, invitaba yo a sir Henry Jackson a emitir su juicio sobre los telegramas de la flota. Estas apreciaciones fueron hasta entonces muy animadoras. Telegrafí al almirante Carden, a fines del mes de febrero, preguntándole cuántos días favorables estimaba como necesarios para cruzar los estrechos. El 2 de marzo

contestó: «Catorce». Creí entonces, realmente, que habíamos encontrado el procedimiento por el que la marina podía ayudar a la causa aliada con una ayuda nueva y de máxima importancia. No obstante, hago notar que informé el 26 de febrero al Consejo Superior de Guerra que «el Almirantazgo no puede garantizar el éxito y que la dificultad máxima la encontraremos en el paso de Chanak. Todo lo que se puede decir es que la reducción de los fuertes exteriores será un buen augurio para el éxito». Hice también notar repetidas veces que una operación puramente naval no dejaría a los estrechos libres para barcos mercantes sin armamento.

Las defensivas internas e intermedias de los Dardanelos estaban entonces expuestas al ataque de la flota. Estas defensas consistían en diez fuertes y baterías de potencia e importancia distintas, emplazados en ambas orillas, europea y asiática; en campos de minas cerrando los estrechos en líneas sucesivas, y en baterías de campaña y de obuses protectores de los fuertes y campos de minas. La flota iba a dedicarse ahora a esta tarea.

Desde el 24 de febrero en adelante, pude contar con que lord Kitchener estaría dispuesto, en ciertas circunstancias, a emplear un ejército, no solo para aprovechar meramente una victoria de la flota, sino, en caso de necesidad, para contribuir a ella en gran escala. Todo lo demás era incierto. Cuándo, cómo y qué sería lo que haría, no era posible saberlo. Las posibilidades crecientes de una extensa acción militar me hicieron sentirme inquieto sobre el espíritu reinante en el Ministerio de la Guerra. Yo sabía que, prácticamente, no se había hecho ninguna labor en el Estado Mayor. No fueron estudiadas en detalle las diversas contingencias posibles. Las cantidades, fechas, aprovisionamiento y organización apropiadas a las diversas modalidades de acción estaban calculadas de un modo vago, desconociéndose hasta qué punto estaban en la mente comprensiva del mismo secretario de Guerra, que estaba en comunicación constante con el general Birdwood en los Dardanelos. Pero él no permitía al Estado Mayor General, ni al jefe del Cuartel General inmiscuirse en esta etapa, ni les hizo ninguna insinuación sobre las graves decisiones que él hubiera querido adoptar en ciertas circunstancias y que, ciertamente, se estaban formando en su mente. En vista de todo ello, me sentí cada vez más intranquilo en la primera semana de marzo por miedo a que se produjera un fracaso militar. Yo estaba decidido a no asumir ninguna responsabilidad por ninguna acción más trascendental que la que estaba desarrollando el Almirantazgo, y sobre la que yo no tenía intervención alguna. En consecuencia, a principios de marzo, pedí al primer ministro que preparara una entrevista entre lord Kitchener y yo en su presencia. Entonces pregunté formal y concretamente a este si aceptaba la responsabilidad por las operaciones que pudieran surgir, y, en particular, por la provisión de fuerzas necesarias para el éxito. Contestó en el acto que la aceptaba y, sobre esta base, el Almirantazgo transfirió a su mando la real división naval el día 12 de

marzo.

El día 10, se dio la orden a la división 29 para partir para Lemnos, y, el día 16, se hizo a la mar el primero de sus transportes. Sin embargo, el Ministerio de la Guerra no la embarcó con una orden concreta o plan de combate para cuando llegara a su destino.

El éxito del ataque naval sobre los fuertes exteriores de los Dardanelos y la primera penetración en los estrechos produjo reacciones de grandes consecuencias a través de Europa, y su repercusión fue evidente para todo el mundo. «El Gran Cuartel General turco —escribe el general Liman von Sanders, entonces jefe de la misión militar alemana— temía, a finales del mes de febrero, que la flota enemiga forzara los estrechos. Se hicieron preparativos para que el sultán, la corte y la Tesorería se refugiaran en Asia Menor». Muy lejos de allí, en Chicago, los cambios de bolsa sobre los trigos bajaron bruscamente.

En Europa, Rusia exigió una declaración pública sobre Constantinopla; al principio de la guerra, la actitud de Rusia había sido absolutamente correcta: se había unido a Francia e Inglaterra para asegurar a Turquía que sería respetada, cuando llegara la paz, la integridad territorial del Imperio otomano. Pero una vez que Turquía, rechazando esta oferta ventajosa, adoptó una actitud contraria a Rusia, la de esta también cambió. «La agresión turca —escribe, el día 9 de noviembre de 1914, monsieur Paléologue, el embajador francés en San Petersburgo— llegó a lo más profundo de la conciencia rusa. [...] De pronto, despertaron todas las románticas utopías del eslavismo». La extrema necesidad de animar a Rusia en medio de sus desastres y derrotas indujo a sir Edward Grey, en fecha tan temprana como el día 14 de noviembre de 1914, a dar instrucciones a sir George Buchanan para que informara a M. Sazonoff de que el Gobierno británico reconocía que «la cuestión de los estrechos y de Constantinopla tenía que ser solventada de acuerdo con los deseos de Rusia». Por entonces, esto permaneció en completo secreto. Pero en estos momentos, en 1915, cuando parecía que había la perspectiva de que cayera Constantinopla en manos de los aliados, la opinión rusa quería que se hiciera pública aquella declaración. Esta traía consigo reacciones desfavorables en Grecia, Bulgaria y Rumanía. Por otra parte, ¿nos estaba permitido disputar o descorazonar a Rusia en el momento en que estaba vacilante bajo el ataque alemán, aunque combatiera valientemente y constituyera para nosotros un factor de importancia vital para la victoria? Tan importante fue la decisión adoptada que, a primeros de marzo, el primer ministro invitó a los directivos del Partido Conservador, lord Lansdowne y míster Bonar Law, a asistir a la sesión que trataría sobre el asunto. Yo estaba muy contento de que se emprendiera esta gestión y la apoyé con entusiasmo; siempre había deseado ver formada una coalición nacional. Veía con inquietud el espectáculo de aquel

poderoso Partido Conservador (había llegado a ser casi todopoderoso desde que los partidos liberales habían quedado momentáneamente quebrantados cuando se declaró la guerra), con excelente información de los servicios, adoptando una actitud morosa y desprendida, y un completo abandono de toda responsabilidad en los inmensos problemas que se desarrollaban de día en día. Necesitábamos su ayuda. El Imperio necesitaba toda su ayuda. Nos eran necesarios sus hombres capaces en puestos de alta y activa autoridad. Yo había hablado frecuentemente a míster Asquith en este sentido en los primeros meses de la guerra, y entonces hice hincapié en que este momento, cuando nos llegaban del Este promesas y buenas noticias de la marcha de la guerra en aquel sector, era el más indicado para hacer la fusión y coalición necesarias entre los dos grandes partidos. El primer ministro se daba perfectamente cuenta de este aspecto político y de la inestabilidad que podría presentar la situación política en el caso de que el estado general de la guerra tomara un mal rumbo, como era muy probable. Yo confiaba en que la primera reunión con los jefes autorizados de la oposición (míster Balfour asistía ya a nuestros consejos) podía traer como consecuencia un rápido curso hacia la cohesión y unidad nacionales. Sin embargo, los dos directivos conservadores dieron a conocer claramente que no tenían la menor intención de aceptar la más mínima responsabilidad de la política del Estado y mostraron mucha cautela ante la posibilidad de comprometerse, aunque solo fuera en relación con un simple aspecto particular. Esto era natural, pero los resultados fueron muy lamentables. La sesión del Consejo no fue halagüeña, aun cuando se llegó a una decisión unánime. En conjunto y como resultado, el primer ministro quedó bajo la fría impresión de que fue un simple incidente de política interior.

En los primeros días de marzo, Francia y Gran Bretaña dieron a conocer al Gobierno ruso que estaban conformes con la anexión de Constantinopla por Rusia como parte de una paz victoriosa y este hecho importante fue hecho público el día 12.

El efecto de las operaciones navales fue instantáneo en los Balcanes. La actitud de Bulgaria cambió con la velocidad del rayo. En menos de una quincena, nuestros servicios de información indicaron que los turcos fueron obligados a volver a Adrianópolis y desplegar su frente contra Bulgaria. El general Paget, el jefe de una misión especial en Sofía, telegrafió a lord Kitchener el día 17 de marzo, que, después de una audiencia con el rey, estaba convencido de que «las operaciones en los Dardanelos habían producido una profunda impresión, que había desaparecido toda posibilidad de que Bulgaria atacara a ningún estado balcánico que luchara al lado de la Entente, y que había alguna razón para suponer que pronto el ejército búlgaro se pondría en marcha contra Turquía, para colaborar en las operaciones de los Dardanelos». La actitud de Rumanía fue de expectación amistosa. Rusia, que no había podido dar hasta entonces más que mil cosacos para actuar en los Balcanes,

ofrecía ahora una completa colaboración naval y empezó a concentrar un cuerpo de ejército en Batum, al mando del general Istomine, para participar en lo que se creía la caída inminente de Constantinopla.

El día 2 de marzo, nuestro ministro en Bucarest telegrafió que el primer ministro rumano había dicho que cada vez estaba más convencido de que Italia «entraría en el conflicto». «Mi colega ruso ha visto dos veces al ministro de Italia, quien le ha hablado con frecuencia de que su país entraría en la guerra a nuestro lado, y su lenguaje en las dos últimas entrevistas ha sido más preciso que nunca y casi apremiante. Habló de adquisiciones sobre la costa adriática y una parte en el eventual reparto de Turquía [...] Italia dispondría en el plazo de un mes de un ejército de 1.800.000 hombres dispuestos para combatir». Siguieron otras informaciones análogas. El día 5 de marzo, envié una nota a sir Edward Grey: «Es interesante la actitud de Italia; si pudiera ser inducida a unirse a nosotros, la flota austríaca quedaría impotente y el Mediterráneo sería tan seguro como un lago inglés. Seguramente habría que hacer algún esfuerzo para animar a Italia. Entre la denuncia de una alianza y la declaración de guerra no hay más que un paso». El secretario de Asuntos Exteriores me contestó: «No desperdiciaré ninguna oportunidad».

Más importante que todo lo demás era el efecto de las operaciones sobre Grecia. Hemos hablado ya de cómo, el 11 de febrero, el señor Venizelos, a pesar de su amistad con los aliados y sus grandes deseos de unirse a ellos en la contienda, había rechazado el ir a la guerra ante la fútil oferta del envío de una división francesa o inglesa. Pero el ataque sobre los Dardanelos produjo un cambio inmediato de actitud. El día 1 de marzo, el ministro británico en Atenas telegrafió que el señor Venizelos había lanzado la proposición del envío a Gallípoli de un cuerpo de ejército griego compuesto de tres divisiones. Sir Edward Grey respondió enseguida que el Gobierno de Su Majestad estaría muy satisfecho de poder aceptar aquel ofrecimiento, y añadía que el Almirantazgo tenía ardientes deseos de que los griegos colaboraran con ejércitos y escuadras en los Dardanelos. El ministro británico contestó el 2 de marzo: «El señor Venizelos espera estar en situación de hacernos mañana una oferta precisa. [...] Ha convencido ya al rey, quien, según sé por otro conducto, es partidario de entrar en la guerra».

El día 3, el agregado militar británico en Atenas telegrafió que: «el punto de vista unánime del Estado Mayor griego era que el ataque naval tenía que ser asistido por operaciones en tierra. Su plan era desembarcar cuatro o cinco divisiones griegas en el extremo meridional de la península y avanzar contra las alturas situadas al este de Midos. Sería necesario asaltar tres posiciones defensivas sucesivas, pero los turcos no podían desplegar muchas fuerzas, debido a la falta de espacio para ello. Si se emprendiera simultáneamente un ataque por separado y con fuerzas suficientes contra las líneas de Bulair, bien

desembarcando tropas al norte de las líneas o bien en la entrada del golfo de Saros, los turcos tendrían que abandonar la región de Maidos o exponerse a quedar copados».

Así pues, en aquel momento estaba en nuestra mano, o en camino para ello, disponer, no solo del cuerpo de ejército australiano y de todas las otras tropas de Egipto, de la división naval real y de una división francesa, sino también de un cuerpo de ejército griego, como mínimo, compuesto de tres divisiones o más, y todo ello mientras se estaba concentrando un cuerpo de ejército ruso en Batum. Hubiera sido, además, muy fácil el envío de la división 29 y de una o dos divisiones territoriales desde Inglaterra. Había una perspectiva razonable de que con todas estas fuerzas, cumpliendo cada una sus misiones respectivas en un plan de conjunto, se podría conquistar la península de Gallípoli y tomar Constantinopla antes de finalizar el mes de abril. Detrás de todo esto estaban aún Bulgaria y Rumanía determinadas a no quedar apartadas de la caída de Constantinopla y del colapso del Imperio turco. Un paso más, un esfuerzo más, y Constantinopla estaría en nuestras manos y todos los estados balcánicos forzados a una irrevocable hostilidad contra las potencias centrales. Conviene detenerse a reflexionar a la luz de los trágicos acontecimientos que después tuvieron lugar sobre esta asombrosa situación que se había producido de modo claro, rápido y seguro a consecuencia de una empresa naval relativamente pequeña dirigida contra uno de los más vitales centros nerviosos del mundo.

Pero intervino entonces una terrible fatalidad. Rusia, la potencia que estaba vacilante y retrocediendo bajo la enorme presión alemana, la potencia que se estaba quedando sin municiones y que se encontraba separada de sus aliados, Rusia, fue la potencia que destruyó de modo irremediable esta brillante y decisiva combinación. El día 3 de marzo, el ministro ruso de Asuntos Exteriores informó a nuestro embajador de que:

El Gobierno ruso no podía consentir la participación griega en las operaciones de los Dardanelos, pues ello conduciría seguramente a complicaciones. [...]

«El emperador —añadía M. Sazonoff— había declarado, en la audiencia que le había concedido, que no podía consentir en ninguna circunstancia la cooperación griega en los Dardanelos». ¡Decir esto era muy fuerte! ¿No había ningún dedo que escribiese en la pared, no había ningún espíritu ancestral que conjurara ante este desgraciado príncipe la caída de su casa, la ruina de su pueblo, el sangriento sótano de Ekaterinburgo?

El ministro ruso en Atenas, actuando bajo las órdenes de su Gobierno, desplegaba su actividad para impedir y descorazonar la intervención griega. En particular, el rey de Grecia fue informado de que no sería autorizado, bajo

pretexto alguno, para entrar en Constantinopla al frente de sus tropas. Se hicieron otras sugerencias, entre ellas que la intervención de una única división griega, quizá podría participar, pero «el rey no intervendría personalmente en la campaña». ¿Qué tenía, pues, de extraño que este rey, con su esposa alemana y sus tendencias alemanas, con su máxima inclinación por un bando y una violenta repulsa por el otro, que tenía de particular, repito, que el rey retrocediera a su primera actitud de reserva hostil? Otras noticias, procedentes del Ministerio de Asuntos Exteriores francés, informaban de que:

El Gobierno ruso no acepta a ningún precio la cooperación griega a la expedición contra Constantinopla. [...] Si el Gobierno griego ofrece cooperación en los Dardanelos debe ponerse en su conocimiento que aquella debe ser total y dar apoyo completo y activo a Serbia.

Nuestro ministro en Atenas, el vigilante y bien informado Elliot, no dejó lugar a duda alguna con su informe sobre la posición griega.

La insistencia en el apoyo de Grecia a Serbia [telegrafió el día 6], excepción hecha de que Bulgaria atacase, sería la destrucción de la posibilidad de cooperación de Grecia con nosotros. El mismo primer ministro ha sido convencido por los argumentos del Estado Mayor del peligro estratégico de tal operación.

El agregado militar británico telegrafió también el día 6:

Mi colega ruso me ha dicho en el día de hoy que su país haría objeciones a la presencia del rey griego en Constantinopla, y que pudiera ser que pidiera la estipulación de que no hiciese acto de presencia en la ciudad como condición para aceptar la oferta griega. Tal restricción puede producir una paralización del conjunto de la combinación propuesta. Lo apremié para que hiciera presente al Estado Mayor General las ventajas estratégicas de la propuesta. La entrada de Grecia en la guerra daría la mejor garantía de ayuda a Serbia si era atacada de nuevo por Austria, y el mantenimiento de las fuerzas griegas intactas traería consigo inicialmente un motivo para disuadir a Bulgaria, y dejaría a su vez libre a Rumanía para cooperar con Rusia en Bukovina. Los franceses podrían servirse de la base naval de Corfú y se produciría un movimiento general en los Balcanes a favor de la Triple Entente.

El rey [añadía], en principio, no acompañará a las tropas, pero, cuando estas estén cerca de Constantinopla, podría cambiar de manera de pensar. En este caso, es probable que el rey de Bulgaria se anticipara a él cooperando contra el ejército turco, lo que podría dar lugar a resultados decisivos.

La objeción de Rusia a la presencia temporal de cualquiera de los dos reyes sería entonces sumamente infortunada.

El señor Venizelos [concluía] recibió hoy una gran ovación en un cortejo,

pero la mayor razón de la popularidad de su propuesta de unión a nuestra causa es la esperanza de que las tropas griegas alcancen Constantinopla.

Yo estaba bajo una sensación de inquietud a consecuencia de que todos mis nervios sentían aquella situación. El recuerdo de la cita de mis tiempos escolares —*Quos Deus vult perdere prius dementat*— adquiriría ahora su profunda significación en aquellas circunstancias tan trágicas y tan cargadas de fatalidad como las de la antigua Roma, que habían descendido ahora sobre la tierra. Esta era, ciertamente, la situación para la que habían sido enunciadas tales terribles sentencias; quizá era para esta situación, precisamente, para la que estaba reservada proféticamente aquella frase.

En aquel estado escribí, a última hora de la noche del día 6, a sir Edward Grey:

Mister Churchill a sir Edward Grey

6 de marzo de 1915

Le encomiendo encarecidamente que no cometa el error de no estar a la altura de los acontecimientos. Las medidas tomadas sin entusiasmo estropearían todo, y un millón de hombres morirán a consecuencia de la prolongación de la guerra. Debe ser usted audaz y enérgico; tiene derecho a ello. La flota está forzando los Dardanelos. Ningún ejército que no haya sido invitado podrá entrar en Constantinopla, donde no buscamos nada más que la victoria de la causa común.

Diga usted a los rusos que nos entenderemos con ellos en el asunto de Constantinopla con espíritu de generosidad y de simpatía, pero no debe haber impedimento alguno en el camino de la cooperación griega. Debemos recibir a Grecia y a Bulgaria si vienen hacia nosotros. Tengo miedo de que pierda usted a Grecia entregando todo el futuro en manos de Rusia. Si esta impide la ayuda de Grecia, haré todo lo que esté en mi mano para impedir que Constantinopla sea suya. Rusia estaría en quiebra si no mediara nuestra ayuda, y no tiene otro camino que el de la traición... y esto no puede hacerlo.

Si usted no apoya a esta Grecia, la de Venizelos, tendrá usted otra que se unirá a Alemania.

Puse a un lado la carta hasta la próxima mañana en que llegó de Atenas el lacónico telegrama siguiente:

Habiendo rechazado el rey las proposiciones del señor Venizelos, el Gabinete ha presentado la dimisión.

No hice uso de mi carta y ahora no la reproduzco como reproche a sir Edward Grey o al Ministerio de Asuntos Exteriores, que participaban también de nuestra pena; hicieron todo lo que estaba en sus manos. La reproduzco

porque es una muestra de un momento terrible de la larga lucha para salvar a Rusia de sus enemigos y de ella misma.

XXV

La nueva resolución

Mientras la atención de tantos estados, grandes y pequeños, se concentraba en los Dardanelos, y mientras se producían en todos los sectores de la guerra tantas reacciones profundas y de gran alcance, las operaciones navales, origen de tanto interés, empezaron a vacilar y a languidecer. A partir del 3 de marzo, se hicieron menos notables los progresos del ataque del almirante Carden. El tiempo se hacía a menudo inapropiado para el fuego de la artillería de gran alcance; nuestros hidroaviones no eran ni numerosos ni muy eficientes; la coordinación del fuego artillero con la observación, aun cuando basada en sanos principios, era primitiva en la práctica a causa de la falta de experiencia. El aumento diario del número de obuses móviles, que empezaron a hacer fuego desde ambas márgenes de los estrechos, hostigaba a los barcos atacantes obligándoles a estar en movimiento. Los destacamentos desembarcados el día 4 de marzo se encontraron con una resistencia más enérgica y no pudieron alcanzar los fuertes. Los intentos de limpieza de los campos de minas fueron objeto de un fuego creciente de artillería de campaña bien iluminado por reflectores. Los barcos dragaminas preparados para este servicio resultaron inadecuados para esta severa tarea; la prueba era muy dura para un personal de origen civil, que aunque familiarizado con las minas, no estaba acostumbrado al fuego artillero enemigo.

Entre los días 2 y 8 de marzo, se hicieron tres bombardeos distintos y sucesivos sobre los fuertes turcos que constituían las defensas interiores de los Dardanelos.

En primer lugar, los días 2 y 3, el Canopus, el Swiftsure, el Cornwallis, el Albion, el Triumph y el Prince George bombardearon varios fuertes; el fuerte Dardanos (8) recibió el fuego más intenso. Fueron reducidos al silencio, pero como los barcos estaban en movimiento para evitar el fuego de los obuses, no fueron alcanzados directamente los cañones enemigos. En total se hicieron 121 disparos de 30,5 cm. No se pudo formar un juicio sobre los efectos del bombardeo, pero el consumo de municiones fue bastante importante. Se cambió entonces de método. El 5 de marzo, el Queen Elizabeth empezó el tiro indirecto sobre los fuertes de los estrechos de Chanak; el barco estaba estacionado en la parte exterior de los estrechos, a dos millas de Gaba Tepe y tiraba por encima de la península. Durante el día se hicieron 33 disparos de

28,1 cm, 28 sobre el fuerte 13 y cinco sobre el 17. Todo dependía de los dispositivos adoptados para la observación de los impactos. Esto se intentó hacer en lo posible por 3 hidroaviones y 3 acorazados (Irresistible, Canopus y Cornwallis), que maniobraban en los estrechos en dirección perpendicular al plano de tiro. Las correcciones por elevación eran relativamente fáciles de hacer por los barcos, pero estaban incapacitados desde su posición para registrar los desvíos en dirección. Esto dependía de los hidroaviones, que eran inapropiados para este importante fin. El primero de estos aviones se estrelló contra el suelo a consecuencia de la ruptura de la hélice a 1.000 metros de altura; el segundo fue forzado a descender después de ser tocado 6 veces por fuego de fusil y herido su piloto; el tercero solo hizo una corrección.

El bombardeo indirecto fue continuado el día 6 de marzo. Pero, por entonces, los turcos habían emplazado en la península de Gallípoli pequeños cañones y obuses que hacían fuego sobre el Queen Elizabeth, haciendo que este tuviera que tirar a 18.000 metros de distancia. El viejo acorazado turco Barbarossa también abrió fuego desde el interior de los estrechos frente a Midos con sus cañones de 27,9 cm. No fue averiado ninguno de nuestros barcos, aun cuando fueron alcanzados varias veces por los cañones y obuses de tierra.

Los resultados del bombardeo son conocidos ahora y son los siguientes: el fuerte 13 fue alcanzado once veces y el 17, siete veces; los cuarteles de detrás de estos fuertes fueron destrozados y tocado un depósito de municiones. No se averió ningún cañón, pero el fuego procedente de un sector para el que no había protección era desmoralizador para los sirvientes de las piezas. Si hubiera sido posible la observación con aviones, no hay duda de que se podría haber causado mucho daño a los fuertes, y podrían haber sido destruidos los cañones mediante el empleo de un número suficiente de disparos. Los fuertes estaban completamente al descubierto en esta dirección y cada cañón y su montaje resultaban un objetivo muy vulnerable. Las instrucciones contenidas en las órdenes originales del Almirantazgo sobre la economía en municiones y los dispositivos inadecuados de observación desde el aire condujeron a una discontinuidad prematura de esta forma de ataque. Fue una gran lástima. El bombardeo a gran distancia por el Queen Elizabeth era uno de los elementos esenciales del plan naval. Había disponibles gran cantidad de municiones para los cañones de 38,1 cm, pero el Almirantazgo no dio permiso para utilizarlas hasta después del 18 de marzo. La orden de economía era, pues, mantenida. Hubiera sido posible en pocas semanas reforzar y perfeccionar la observación aérea, lo que, en realidad, fue hecho. El principio en que se basaba el empleo del Queen Elizabeth contra los fuertes, tal como figuraba en el plan original del Almirantazgo, era excelente. El fracaso fue debido a la restricción en el municionamiento y a la imperfecta observación aérea. Ambos defectos fueron corregidos ulteriormente, pero, entretanto, se había condenado

precipitadamente aquel método que nunca fue ya reanudado.

Habiéndose admitido que el ataque por fuego indirecto había fracasado, se emprendieron el 17 de marzo ataques directos sobre los fuertes de Chanak con Agamemnon y el Lord Nelson a distancias de 10.000 a 11.000 metros. La escuadra francesa atacó también los fuertes 7 y 8. Los resultados fueron dudosos. El día 8, el Queen Elizabeth, ayudado por el Canopus, el Cornwallis y el Irresistible, renovó el ataque. Los chubascos dificultaron la visibilidad y las nubes bajas imposibilitaron la observación aérea. Todos los barcos entraron bajo la acción del fuego enemigo de obuses, que, no obstante, no produjo daños serios. Los fuertes fueron reducidos aparentemente al silencio, pero los turcos dicen que reservaban sus municiones para el tiro a pequeñas distancias y que dejaron de tirar para limpiar los cañones de la tierra y piedras lanzadas por las explosiones cercanas de nuestros proyectiles.

Las operaciones continuaron hasta el día 12 con bombardeos intermitentes e intentos de dragado de los campos de minas. Durante aquellos días empecé a dudar de que el ataque se hiciera con la determinación necesaria. En uno de sus telegramas, por ejemplo, el almirante informaba que los dragaminas habían sido echados atrás por el violento fuego de artillería enemigo, que, añadía, no había causado bajas. Teniendo en cuenta las misiones desesperadas y las espantosas pérdidas que sufrían casi diariamente las tropas aliadas en el frente occidental, no podía por menos de sentirme inquieto por una observación de tal clase. En telegramas ulteriores, el almirante explicaba las dificultades y que estaba procediendo a reorganizar su servicio de dragado de minas con personal naval regular. Sin embargo, no se completó esta organización hasta un período mucho más avanzado de las operaciones. Mientras, a pesar de que fueron hechas otras tentativas enérgicas afortunadamente poco costosas en bajas, los campos de minas subsistieron prácticamente intactos.

Era evidente que tenía que realizarse un esfuerzo mucho más grande.

Tardó mucho en hacerse el nombramiento del comandante en jefe de las fuerzas reunidas en el Mediterráneo oriental y su envío al teatro de operaciones. Al final de la primera semana de marzo, lord Kitchener había virtualmente decidido nombrar a sir Ian Hamilton, quien estaba por aquel tiempo al mando de la «Central Force». No obstante, no descubrió su intención a dicho oficial hasta la mañana del día 12, en la que lo mandó llamar y le dijo lacónicamente: «Estamos enviando tropas para ayudar a la flota en los Dardanelos y usted las tiene que mandar».

Había sido muy penoso para lord Fisher y para mí esperar aquella decisión, diferida sin razón alguna día tras día, mientras las tropas y los acontecimientos seguían su rápido curso. La concentración de transportes había sido fijada para

el día 18 y, además, había que atender en Mudros una serie de problemas, intrincados y apremiantes, referentes al aprovisionamiento en víveres y en agua, y a la organización de aquellas grandes masas de hombres y ganado. La división francesa estaba ya en el mar y reclamaba de nosotros las directrices y preparativos a seguir. Todas las cuestiones sobre el empleo de aquellas tropas eran adicionales a los problemas administrativos. Por otra parte, lord Kitchener se mostraba reservado ante las cuestiones que le planteaban y se indisponía muy pronto ante todo lo que pudiera parecer presión o coacción sobre sus actos. Nosotros estábamos deseando ver, cuanto antes mejor, cualquier clase de tropas que él quisiera enviar a la zona de acción, y era necesario un gran tacto por nuestra parte. Yo no estuve seguro, hasta el día 11, de que había tomado su determinación sobre sir Ian Hamilton. Ordené inmediatamente que se preparara un tren especial para la tarde del día 12, por si era necesario.

En las instrucciones por escrito que dio lord Kitchener a sir Ian Hamilton, había los puntos esenciales siguientes:

- 1.La flota ha emprendido una operación para forzar el paso de los Dardanelos. El empleo de fuerzas militares en gran escala para operaciones terrestres en esta operación está supeditado al caso de que la flota fracasase después de haber hecho todos los esfuerzos posibles.

- 2.Antes de emprender nada importante en la península de Gallípoli, todas las fuerzas destinadas a la expedición deben estar concentradas de modo que puedan ser empleadas con toda su fuerza combativa.

- 3.Habiéndose formado el propósito de forzar los estrechos, no hay que pensar en renunciar a la idea. Ello requerirá tiempo, paciencia y planes metódicos de colaboración entre los jefes navales y militares. Lo esencial es evitar un fracaso que pondría en peligro nuestras posibilidades de éxitos estratégicos y políticos.

- 4.Esto no excluye la posibilidad de pequeñas operaciones emprendidas para la limpieza de pequeños sectores ocupados con emplazamientos turcos de artillería que hostigan a la flota, o para la demolición de fuertes ya reducidos al silencio por aquella. Pero estas pequeñas operaciones deben ser emprendidas con la cantidad estricta de efectivos necesarios y no traerán consigo, caso de no ser indispensable, la ocupación permanente de posiciones en la península de Gallípoli.

Cualesquiera que fuesen las objeciones que se pudieran presentar a estas instrucciones, representaban claramente todo lo que el Consejo Superior de Guerra había decidido hasta aquel momento. Con estas instrucciones en el bolsillo y acompañado de un pequeño grupo de oficiales del Estado Mayor, nombrados el día antes y que se conocían entonces por primera vez, sir Ian

Hamilton dejó Charing Cross para dirigirse a los Dardanelos en la noche del día 13 de marzo. El crucero ligero Phaeton, de 30 nudos de marcha, lo esperaba a punto de zarpar en Marsella y lo condujo a toda velocidad hacia los Dardanelos en la mañana del 17 de marzo.

Las inquietudes crecientes del ataque naval y la sorprendente facilidad con que fueron desembarcados pequeños destacamentos de infantería de marina en la península en los últimos días de febrero hacían muy tentador para el Almirantazgo y para las autoridades del sector el empleo de aquellas tropas. Era difícil conjeturar las perspectivas de un desembarco militar en aquella ocasión. Nadie sabía los efectivos de que disponían los turcos en la zona. El vicealmirante Carden había informado en su telegrama del 23 de febrero que «la guarnición de la península de Gallípoli era de unos 40.000 hombres». Esta era, también, la cifra admitida por el Ministerio de la Guerra para sus cálculos. Pero ahora sabemos que aquella fuerza era inferior a los 20.000 hombres, distribuidos a lo largo de la costa en pequeñas partidas sin apoyo ni reservas. Parece probable que si hubiese desembarcado por entonces la división 29 junto con cualesquiera de las tropas de Egipto, lo habría hecho con pocas bajas y podría haber ocupado posiciones muy importantes y, probablemente, decisivas. Después, estos efectivos desembarcados hubieran tenido que hacer frente a fuertes ataques turcos, pero no hay razón alguna para suponer que no se hubieran mantenido en sus posiciones, pues podrían ser reforzados continuamente desde Egipto, y después desde Inglaterra y en una proporción mayor que el enemigo. La posesión del punto vital de observación de Achi Babá habría permitido que el tiro indirecto hubiera sido dirigido con precisión máxima sobre los fuertes de los estrechos; también se podrían haber desembarcado y emplazado a distancias eficaces cañones y obuses pesados, incluyendo nuestros modernos obuses de 38,1 cm. En estas circunstancias es evidente que se conseguiría la destrucción de los fuertes dentro de un plazo de tiempo razonable y que la flota podría haber entrado seguidamente en el mar de Mármara. Sin embargo, el empleo de tropas en esta escala hubiera supuesto una nueva y seria decisión. Todo ello suponía nada menos que la iniciación de una nueva campaña y esta hubiera tenido que ser acomodada a la perseverancia de un puro ataque naval que no había llegado aún a ninguna conclusión.

Creí oportuno, sin dar yo mismo mi opinión, pedir a lord Kitchener que hiciera una exposición formal del punto de vista del Ministerio de la Guerra. Su respuesta no fue la que yo esperaba.

13 de marzo de 1915

Primer lord:

En contestación a su pregunta, debo manifestarle que, a menos que

descubramos que nuestro cálculo de la fuerza turca en la península balcánica y en la posición de la meseta de Kilid Bahr fuera erróneo y sean menos efectivos de lo previsto, no se pueden emprender operaciones en gran escala hasta que haya llegado la división 29 y esté dispuesta a tomar parte en lo que será una operación difícil y en la que se pueden suponer anticipadamente serios combates.

K.

No critico esta decisión; era la más prudente en aquellas circunstancias. El error se cometió antes. Si la división 29 se hubiera enviado, como se decidió en principio, a partir del día 22 de febrero, habría llegado al sector a mediados de marzo, en vez de tres semanas más tarde; si hubiera sido embarcada en los transportes en orden de combate, podría haber entrado en acción a los pocos días de su llegada. Todas las demás tropas designadas para este sector fueron transportadas a Lemnos desde Francia o desde Inglaterra, o estaban esperando con sus transportes en Alejandría hacia los días 17 y 18 de marzo. Desde el 20 en adelante, todas estas tropas estaban disponibles (por lo menos en lo que a transportes se refiere) para una operación sobre la península de Gallípoli. La concentración de todas las tropas asignadas, incluyendo la división francesa, fue efectuada, como prometió el Almirantazgo, en la fecha fijada, es decir, el 17 de marzo. El ataque naval llegó a su punto culminante en el día 18. No habían llegado antes refuerzos turcos a la península. Pero, sin la división 29, el ejército no podía hacer nada. Esta era la división primordial, la única división regular, cuyos movimientos y llegada regulaban todo lo demás. Por consiguiente, las cuatro quintas partes de la fuerza asignada a este teatro de guerra estaban puntualmente concentradas, según lo previsto, y la quinta parte restante, sin la cual no podían actuar las otras, se retrasó tres semanas. Así, pues, aquellas fuerzas no podían recibir empleo.

En consecuencia, hacia mediados de marzo habíamos llegado a un punto crítico, no solo en las operaciones navales, sino en toda la empresa. Hasta aquí no se habían corrido grandes riesgos, no se habían sufrido pérdidas importantes y no se habían empeñado grandes efectivos. El plan original de Carden, la reducción gradual de fuertes enemigos, se había proseguido; no había fracasado, pero languidecía y se continuaba con tan poca intensidad que casi había llegado a un punto muerto. Entretanto, el tiempo iba pasando; había discurrido casi un mes desde que se rompió el fuego. ¿Qué estaban haciendo los turcos? Naturalmente, debían de estar reforzándose, fortificando, colocando nuevas minas, montando nuevos tubos lanzatorpedos y emplazando nuevos cañones bajo la enérgica organización de sus instructores alemanes. Y los mismos alemanes, ¿qué estaban haciendo? El envío de submarinos desde el Elba al Egeo invertiría un mes como mínimo. ¿Los habían enviado? ¿Estaban en camino? ¿En qué punto del camino? Podría ser que estuvieran cerca. ¡Serio

motivo de inquietud! Y también era un acicate. Evidentemente, había llegado el momento de revisar el conjunto de nuestra posición y de nuestra política. Seguramente era el momento preciso previsto desde el principio en que «si las cosas no iban como esperábamos, si la resistencia de los fuertes demostraba ser muy dura», podíamos, a elección nuestra, suspender la operación. Obsérvese que, en realidad, podíamos hacerlo en un instante. Un gesto, y toda la armada reunida en los Dardanelos o en su paso a través de ellos podía desaparecer, acorazados, cruceros, destructores, barcos de suministro, transportes, dragaminas; podía caer la noche sobre una escuadra poderosa empeñada en un ataque naval de interés mundial y podía el sol iluminar, al siguiente día, mares vacíos y riberas silenciosas.

Pero no era este el momento de meditar las alternativas. El prolongado bombardeo de los Dardanelos, seguramente, habría atraído fuerzas turcas, cada vez mayores, a la península de Gallípoli y a la costa asiática; cañones, municiones y aprovisionamientos de todas clases, de los que tan mal provista estaba Turquía, habrían sido buscados y extraídos de todas partes, y estaban ya allí o en camino. Además, los rusos, con un brillante esfuerzo, habían restablecido ampliamente la situación en el Cáucaso. Pudiera ser que las tropas francesas y británicas, entonces en el mar, no fueran lo suficientemente fuertes para desembarcar y atacar las llanuras y las crestas de Gallípoli. Pero nadie podía dudar de que fueran capaces de tomar y conservar Alejandreta, quitando así una parte importante de territorio al Imperio turco, dificultando las comunicaciones con su ejército que amenazaba a Egipto e interceptando la corriente de suministros de material y de víveres procedentes del Este. Para tal operación, la expedición de los Dardanelos era la mejor de las fases preliminares, una verdadera y eficiente operación de distracción.

Estas consideraciones no hacían mella en mí; las conocía todas y las rechazaba todas. Yo estaba absolutamente identificado con la operación principal; creía que si persistíamos con bastante firmeza podríamos forzar los Dardanelos y que si lo conseguíamos habríamos ganado una victoria decisiva. Pero ¿dónde estaban los almirantes, generales y estadistas que no compartían estas claras conclusiones, que tenían dudas entonces y sobre las posibilidades de éxito de la operación, sobre el margen de superioridad de la Gran Flota, sobre la utilidad de realizar operaciones en el teatro oriental? Aquella era su hora. Aquel era el momento para lord Fisher. Pudo decir con gran propiedad y lógica: «Hemos dado una oportunidad al plan Carden; nunca me gustó mucho; no ha salido bien; pero ha sido muy útil la demostración; hemos engañado a los turcos; hemos ayudado a los rusos; prácticamente no nos ha costado nada. Ahora interrumpamos el asunto y busquemos otra cosa». Más tarde, en el mes de abril, cuando estábamos mucho más comprometidos, cuando habíamos sufrido pérdidas y un fracaso notables y cuando no podíamos retirarnos sin producir un gran daño a nuestro prestigio, se nos hicieron sugerencias de esta

índole. Pero, en este momento, era una política defendible para ajustar la cuenta y desde el punto de vista naval era la cosa más fácil de hacer del mundo.

Pero ¿qué sucedió? Lejos de querer interrumpir la operación, lord Fisher nunca estuvo tan resuelto a apoyarla. Dio voluntaria y cordialmente su asentimiento a la decisión de cambiar aquel avance gradual, experimental y limitado, por un ataque vigoroso, determinado y necesariamente arriesgado. Aprobó los importantes telegramas del Almirantazgo que yo redacté entonces, después de discusiones serias en nuestro Consejo de Guerra, y, por supuesto, de acuerdo con el primer ministro. Incluso llegó a ofrecer ir allí, izar su insignia y tomar el mando en los Dardanelos, diciendo que la responsabilidad era tan grande que solo podía ser asumida por la más alta autoridad. Más tarde, aun cuando complicaba mucho su posición, lord Fisher declaró franca y caballeramente este hecho ante los miembros de la Comisión de los Dardanelos.

En cuanto a las otras autoridades responsables mencionadas en estas páginas, no manifestaron señal alguna de desacuerdo. Sir Arthur Wilson, sir Henry Jackson, el almirante Oliver y el comodoro De Bartolomé, todos estaban de acuerdo y unidos para continuar la operación enérgicamente. Los ministros estaban igualmente decididos. El Ministerio de la Guerra y el de Asuntos Exteriores estaban animados y esperanzados. El primer ministro no creyó incluso necesario convocar el Consejo para tratar la cuestión. Yo no había ocultado nunca mi opinión y estaba contento de encontrar tanto acuerdo y energía tras la empresa. Mi única objeción había sido que aquella gran resolución no fuera llevada por todas las partes a una conclusión definida.

¿Cuál era la explicación de esta unidad y resolución? Las inteligencias estaban iluminadas por la visión de la victoria. Todas las mentes estaban poseídas por la inmensa significación de los Dardanelos y de la ciudad que había detrás. La combinación total que había hecho fracasar a Rusia el día 6 de marzo estaba aún en pie, y la actitud de Italia, Rumanía, Bulgaria y Grecia absorbía la atención. A todos les ardía la sangre en las venas; había una predisposición viril para la acción y para la audacia. Toda la voluntad y cohesión necesarias para organizar y emprender una gran operación por tierra y por mar estaban ahora en marcha. Pero ¡un mes demasiado tarde!

En el Consejo de Guerra del Almirantazgo estuvieron todos de acuerdo con el siguiente telegrama para el almirante Carden:

11 de marzo de 1915

13.35

101. Sus primeras instrucciones hacían hincapié en los métodos de

prudencia y de circunspección, y aprobamos completamente la habilidad y paciencia con que ha procedido hasta aquí sin sufrir pérdidas.

No obstante, los resultados a beneficiar son lo suficientemente importantes para justificar pérdidas de barcos y hombres si el éxito no se pudiera conquistar sin ellas. El recodo de Chanak puede decidir toda la operación y producir consecuencias de carácter decisivo sobre la totalidad de la guerra. Por esto, sometemos a la consideración de usted si hemos llegado ahora a un punto en que es necesario, eligiendo buenas condiciones atmosféricas, destruir los fuertes del paso de Chanak con fuego, a distancias decisivas, con el mayor número de cañones, grandes y pequeños, que puedan ser empleados contra ellos [...].

No es nuestro deseo apremiarlo a usted más allá de lo que le dicte su propio juicio, pero estimamos como evidente que, al cabo de cierto período de tiempo, tendrá usted que forzar una decisión y deseamos saber si cree usted que ha llegado el momento. Lo apoyaremos en toda acción bien concebida para precipitar un cambio, aun cuando este reporte sensibles pérdidas.

Y el día 15:

109. Comprendemos que la intención de usted es abrir un paso a través de los campos de minas que permita el ataque a pequeñas distancias de los fuertes de los estrechos y proteger esta operación, bien contra los fuertes, bien contra la artillería móvil y de pequeño calibre, con el fuego necesario de la flota de batalla, y que para ello serán necesarios varios días. Después de logrado esto, entendemos que usted intenta batir los fuertes del paso citado a distancias eficaces y ponerlos verdaderamente fuera de combate. Entonces procederá, a juicio de usted, al ataque de los fuertes situados detrás de aquellos y podrán ser necesarias otras operaciones de dragado de minas. Si fuera esta su intención, la aprobamos sinceramente. Deseamos que sea ejecutada sin prisas, pero sin pérdida de tiempo.

El almirante contestó:

15 de marzo de 1915

9.15

Me hago cargo de la situación, e intento, como manifesté en mi telegrama del día 14, atacar vigorosamente las fortalezas de los estrechos, limpiando los campos de minas bajo la protección del ataque. Es esencial una buena visibilidad y aprovecharé la primera oportunidad favorable [...].

Los telegramas 101 y 109 eran unos mensajes muy serios; tenían la intención, entre otras cosas, de hacer notar al almirante que, si hacía un esfuerzo decidido para forzar el paso y sufría pérdidas graves, o bien

malograba toda la operación, la responsabilidad era aceptada por sus superiores en la metrópoli. El solo tenía que pensar en la misión encomendada y en el enemigo que tenía enfrente.

Todo estaba dispuesto para el ataque; yo me tomé dos días de permiso y me fui al Cuartel General de sir John French, donde disponía de hilo telefónico directo, y esperé allí los acontecimientos. Apenas hube llegado, recibí un telegrama del vicealmirante Carden, dirigido al Almirantazgo, informando que había tenido que abandonar el servicio por orden del médico; recomendaba en el mensaje que se confiara al vicealmirante De Robeck la marcha de las operaciones, pues, decía él, «estaba al corriente de todos los preparativos presentes y futuros, y había sido un gran colaborador en todos sus trabajos».

Este era un incidente desconcertante. Nosotros nos habíamos entendido completamente con el vicealmirante Carden; era el autor del ataque naval por etapas; había dado su conformidad a la adopción de un método más enérgico; estaba comprometido con la misión y empeñado en llevarla a su conclusión, y en este momento, en la víspera de la batalla, caía enfermo repentinamente. Teníamos que empezar a tratar el asunto con otra persona. Yo conocía al almirante De Robeck desde hacía unos tres años; poseía una alta reputación en el servicio; era un buen oficial de mar y tenía un sentido correcto de la disciplina. Antes de la guerra, había estado, durante dos años de mi actuación en el Almirantazgo, al mando de los servicios de patrullas de la costa oriental. Yo no siempre había estado conforme con las propuestas que hacía en virtud de su capacidad para tratar los problemas de guerra; no daba la sensación de que el entrenamiento y la experiencia adquirida hasta entonces lo hubieran conducido a un profundo conocimiento de los amplios aspectos de la táctica y de la estrategia. Personalmente, su carácter y su celo inspiraban una confianza total. El curso de los acontecimientos lo indicaban como el sucesor adecuado del almirante Carden. Tenía menos antigüedad que el contraalmirante Wemyss, que mandaba la base de Mudros, pero había sido el segundo en el mando en todas las operaciones hechas hasta entonces y estaba al tanto de todos los detalles del momento. Por su parte, Wemyss estaba muy ocupado en los problemas administrativos derivados de la continua llegada de transportes con tropas. El permutar estos oficiales solo por motivos de antigüedad era, evidentemente, un error.

El mismo Wemyss, sensiblemente consciente de lo que demandaba el interés público, telegrafió: «Estoy completamente dispuesto a actuar bajo las órdenes de De Robeck, si creen ustedes que es conveniente nombrarle a él para el mando. De Robeck y yo estamos de completo acuerdo y podemos colaborar lealmente en todo aquello que ustedes decidan». Así pues, la decisión era, prácticamente, inevitable. De este modo el destino iba dando pasos cautelosos en el acontecer de los Dardanelos.

Creí indispensable conseguir entenderme con el almirante De Robeck y asegurar de una vez y para siempre que estaba conforme en absoluto con el Almirantazgo y dispuesto a emprender las operaciones desde el punto de vista que el almirante Carden se había visto forzado a delegar en él. Por consiguiente, y después de consultar a lord Fisher, envié el siguiente telegrama desde el Cuartel General de sir John French:

Almirantazgo al vicealmirante De Robeck

17 de marzo de 1915

Personal y secreto del primer lord.

Al encomendarle con gran confianza el mando de la flota destacada en el Mediterráneo, doy por supuesto que está usted de completo acuerdo con los telegramas número 101 y 109 del Almirantazgo y con la correspondiente contestación del vicealmirante Carden, y que considera usted, después de un estudio libre e independiente por su parte, que las operaciones propuestas son razonables y factibles. En caso contrario, no vacile en decirlo. Si no es así, empréndalas sin más demoras y sin más comunicaciones en la primera oportunidad favorable. Informe ampliamente todos los días; trabaje en contacto con el general Hamilton. Haga las propuestas que crea convenientes sobre mandos subordinados. Wemyss es su segundo en el mando. Buena suerte.

Vicealmirante De Robeck al Almirantazgo

17 de marzo de 1915

10.20

Primer lord del Almirantazgo. Secreto y personal.

228. Del vicealmirante De Robeck. Agradezco su telegrama. Estoy completamente conforme con los telegramas mencionados. Las operaciones empezarán mañana si el tiempo lo permite. Mi opinión es que todo depende de nuestra habilidad en limpiar los campos de minas para forzar el paso de Chanak, lo que requiere reducir al silencio los fuertes durante la operación de dragado. Los generales Hamilton y D'Amade y el almirante Wemyss han estado hoy a bordo y hemos tenido un cambio de impresiones completamente satisfactorio.

Y al día siguiente:

18 de marzo de 1915

Buen tiempo. Operaciones a punto de empezar.

XXVI

El 18 de marzo

En la mañana del 18 de marzo, toda la flota aliada avanzó al ataque del paso de Chanak.

El plan del almirante De Robeck era silenciar simultáneamente los fuertes que guardaban el paso de Chanak y las baterías que protegían los campos de minas. Había designado diez acorazados para el ataque y cuatro para su relevo en intervalos de cuatro horas. El ataque tenía que empezar con un bombardeo a gran distancia por cuatro acorazados modernos. Una vez reducidos parcialmente los fuertes, los cuatro barcos de la escuadra francesa tenían que pasar por los intervalos de la primera línea y atacar a los fuertes a una distancia de unos 7.000 metros. Tan pronto como fueran dominados los fuertes, los minadores tenían que abrir un canal de unos 900 metros de anchura a través de las cinco líneas de minas que formaban el campo de Kephez. El dragado tenía que continuar durante la noche, protegido por dos acorazados, mientras se retiraba el resto de la flota. A la mañana siguiente, si el canal quedaba listo, la flota avanzaría por él hacia la bahía de Sari Siglar y batiría los fuertes del paso de Chanak a distancias eficaces. Después de la destrucción o el desmantelamiento efectivo de estos fuertes se procedería al dragado de minas de aquel sector.

La base de todo el plan era que los acorazados solo combatirían y maniobrarían en aguas que hubiesen sido completamente dragadas y desembarazadas de minas. El día 7 de marzo, la zona desde donde se hacía el bombardeo se había dado como limpia de minas y así era realmente. Se habían hecho dragados de minas, casi todas las noches, hasta unos 7.000 metros de distancia del paso de Chanak y se habían hecho otros a lo largo de la costa asiática. Sin embargo, la bahía de Eren Keui no había sido seriamente dragada. Una experiencia llevada a cabo por el Ark Royal había inducido a creer que las minas situadas a unos 6 metros de profundidad, en aguas limpias, podían ser observadas desde los aviones. Los aviones localizaron frecuentemente minas en los campos conocidos y sus informes daban a entender, no solo la afirmación de que había minas en ciertos sitios, sino también la mucho más amplia y controvertible afirmación de que no había minas allí donde no hubieran sido observadas; ahora sabemos que esta experiencia del Ark Royal no era digna de confianza. En realidad, los aviones no podían localizar campos de minas regulares y lo que ellos veían e informaban solo eran minas que estaban excepcionalmente cerca de la superficie o una serie de boyas sumergidas. Deben tenerse en cuenta las dificultades de la labor y los limitados medios disponibles para llevarla a cabo. Pero la condición previa e indispensable para efectuar el ataque naval contra los fuertes era la ejecución

del dragado de la zona desde la que los barcos bombardearían, zona que tenía que estar dominada por nosotros y que de ninguna manera tenía que ser confundida con los campos de minas regulares fuertemente protegidos. Esto, como sabemos ahora, no fue así, porque los dragaminas eran inadecuados en número y en eficiencia, y este hecho condujo directamente a las pérdidas sufridas el 18 de marzo e indirectamente al abandono de toda la empresa naval.

En el alba lluviosa del día 8 de marzo, mientras la patrulla nocturna de destructores británica se retiraba de los estrechos, el pequeño vapor turco Nousret sembró una nueva línea de veinte minas en la bahía de Eren Keui, paralela a la playa, fondeando los artefactos a una distancia entre sí de 100 a 150 metros. Estas minas las puso el enemigo con la intención de que alcanzaran a los barcos que intentasen renovar el bombardeo desde las posiciones que habían tomado para el bombardeo de los días 6 y 7 de marzo; pero, en realidad, estas minas desempeñaron una parte importante en la historia de la Gran Guerra. Tres de ellas fueron encontradas y destruidas por los dragaminas el 16 de marzo, pero como no se encontraron más, no se descubrió que formaban parte de una línea de minas; durante los diez días anteriores al ataque allí quedaron sin localizar, e insospechadas, las restantes. Y seguían en la misma posición en aquella mañana brillante y soleada del 18 de marzo, cuando la poderosa armada reunida bajo el mando del almirante De Robeck avanzaba majestuosamente para realizar su importante misión.

Hacia las once y media, el Queen Elizabeth, el Agamemnon, el Lord Nelson y el Inflexible abrieron fuego sucesivamente a 13.000 metros sobre los fuertes del paso de Chanak, y pocos minutos después estaba en plena acción toda la línea A. Los barcos quedaron inmediatamente bajo el fuego violento de obuses y cañones de campaña de las defensas intermedias. Todos los barcos fueron alcanzados repetidas veces, pero su blindaje los protegía eficazmente. También dispararon los fuertes, pero la distancia era superior al alcance de sus piezas. A las doce menos diez se produjo una gran explosión en el fuerte 20, sobre el que hacía fuego el Queen Elizabeth, y también se registraron los impactos producidos por el Agamemnon y el Lord Nelson sobre los fuertes 13 y 17. Pocos minutos después del mediodía, la escuadra francesa avanzaba a través de la línea de fuego y, conducida valientemente por el almirante Guépratte, empezó a disparar sobre los fuertes a distancias más reducidas. Todos los fuertes respondieron enérgicamente y aumentó muchísimo la violencia del fuego por ambas partes; las líneas A y B hacían fuego simultáneamente contra los fuertes y baterías ligeras. El espectáculo fue calificado como de una grandiosa magnificencia: barcos poderosos maniobraban y disparaban sus piezas de artillería, grandes y pequeñas, entre columnas de agua; los fuertes, rodeados por grandes llamaradas, estaban envueltos en polvo y humo; resonaba el estruendo del cañoneo en las

montañas de ambas márgenes de los estrechos, que adquirirían vida con las descargas de sus cañones de campaña; los destructores auxiliares y los pequeños barcos iban de un lado a otro cumpliendo su peligrosa misión. Esto tenía lugar bajo el cielo brillante y sobre las aguas azules y tranquilas, combinado todo ello para producir una impresión de majestuosidad y violencia inconcebibles. Este período duró, lo menos, una hora. Poco antes de la una de la tarde, se produjo una gran explosión en el fuerte 13; un cuarto de hora más tarde, el fuerte 8 interrumpió el fuego. El Gaulois y el Charlemagne asestaban con regularidad sus golpes sobre los fuertes 13 y 16. A la una y media remitió notablemente el fuego de los fuertes y casi había cesado a las dos menos cuarto; los artilleros habían sido obligados a abandonar sus piezas y el interior de los fuertes estaba obstruido por las ruinas.

Entonces se ordenó que avanzaran los dragaminas. La escuadra francesa, que había sostenido el choque, se retiró y los acorazados de relevo avanzaron para tomar sus puestos. Apenas se habían producido daños en los barcos británicos, aunque el Inflexible estaba averiado y ardía su puente anterior. Por otro lado, varios barcos franceses habían recibido muchos impactos. Pero, en conjunto, ningún barco había sufrido daños en su artillería y máquinas, y las tripulaciones, protegidas por el blindaje, apenas habían sufrido pérdidas; no había llegado a cuarenta el número total de bajas. Hasta aquí todo parecía ir bien. La impresión general era que los fuertes estaban dominados y que, a no ser por los campos de minas, los barcos podrían haber navegado a través de los estrechos, manteniendo neutralizados los fuertes bajo la acción de sus fuegos y sufriendo pocas pérdidas. En todo caso, es cierto que los fuertes podían ser reducidos. Pero en aquel momento se produjo el primer desastre.

A las dos menos seis minutos, el Bouvet salía de los estrechos siguiendo al barco insignia, el Suffren, y tocó una de las minas de la bahía de Eren Keui. La explosión alcanzó a su pañol de municiones y desapareció bajo las aguas entre una nube de humo y vapor en menos de dos minutos. Se salvaron solo 66 hombres. La causa de su destrucción se atribuyó en el Queen Elizabeth a un proyectil de gran calibre enemigo y las operaciones continuaron sin interrupción alguna.

A las dos, los fuertes estaban completamente silenciados y solo el Queen Elizabeth y el Lord Nelson continuaban haciendo fuego sobre ellos. Se ordenó entonces a los barcos dragaminas que entraran en los estrechos; al mismo tiempo, los barcos de la línea B avanzaron para atacar los fuertes a distancias más cortas. Todos los fuertes reanudaron un fuego rápido pero poco eficaz y replicó el Queen Elizabeth. Esta fase duró más de una hora y los fuertes hacían fuego intermitente y sin producir daños. No hay duda de que en aquellos momentos el ataque y el sistema de comunicaciones turcos estaban desorganizados. Entretanto, los dragaminas avanzaban lentamente contra la

corriente hacia el campo de minas de Kephez; en su camino, hicieron estallar tres minas y recogieron tres más de las recién colocadas en la bahía de Eren Keui. Fue precisamente de este momento de la acción del que dio cuenta el almirante De Robeck con las siguientes palabras: «A las cuatro de la tarde los fuertes del paso de Chanak estaban prácticamente silenciados; las baterías que protegían los campos minados se habían retirado y la situación para la limpieza de minas parecía ser la más favorable».

A las cuatro y once minutos, el Inflexible, que había estado todo el día sobre, o en las inmediaciones, del campo de minas, informó de que había sido alcanzado por una de ellas. Dio fuertemente de banda y quedó evidentemente en situación de peligro. Tres minutos más tarde se vio que el Irresistible estaba también bandeoado e incapacitado, aparentemente, para moverse. A las cinco menos diez el almirante De Robeck supo también que su barco había tocado una mina. La aparición de estas minas en aguas que se creía con seguridad que estaban limpias de ellas y en las que se había maniobrado sin novedad durante todo el día era terriblemente desconcertante. No se creía en aquel tiempo que pudiera haber sido colocada en nuestras aguas una línea de minas fondeadas, ni se supo hasta que terminó la guerra. ¿Cuál era, pues, el terrible y misterioso agente que había asestado aquellos golpes terribles? ¿Eran torpedos lanzados desde algún punto sumergido o enmascarado en las costas? ¿O se trataba de un gran número de minas flotantes lanzadas por los turcos desde más arriba del paso de Chanak y a favor de la corriente? Algunas de estas minas habían sido observadas aquella tarde y habían sido recogidas por nuestras intrépidas pequeñas unidades. Por otra parte, se habían visto, poco antes de empezar la acción, cuatro barcos turcos en espera en el paso de Chanak, probablemente con la misión de lanzar las minas en el momento oportuno. Por consiguiente, en aquellos momentos, esta era la mejor explicación posible. Pero, de todos modos, era evidente que la zona donde maniobraban los barcos estaba minada o que estaban estos sometidos a la acción de algún medio de destrucción más alarmante.

Al llegar a este punto, el almirante De Robeck decidió interrumpir la acción. Nadie puede acusarlo por esta decisión; era imposible continuar el ataque a los fuertes en presencia de aquellas pérdidas e incertidumbres. Los dos acorazados que tenían que proteger las operaciones de dragado nocturno de minas no podían quedarse en los estrechos. Además, los fuertes intermedios 7 y 9 no habían sido aún dominados. Las operaciones de dragado no podían, pues, continuar y tuvo que interrumpirse el conjunto de la acción. Se dieron órdenes, a las cinco, para una retirada general y se concentró toda la atención en los barcos averiados y en el salvamento de sus tripulaciones. El Ocean entró en el campo de minas y fue también alcanzado cuando iba en socorro del Irresistible. El resto de la historia se cuenta pronto. El Inflexible llegó sano y salvo a la isla de Tenedos y fue anclado en aguas poco profundas. Las

tripulaciones del Ocean y del Irresistible fueron tomadas a bordo de los destructores que maniobraron con habilidad y valentía, y aquellos acorazados en llamas se hundieron por la noche en la profundidad de los estrechos.

Así terminó la acción del día 18 de marzo. Las pérdidas en hombres fueron increíblemente reducidas en ambos bandos, dado el intenso fuego y terrible aspecto de la batalla. Los turcos perdieron menos de 150 hombres en sus fuertes y baterías, y la flota británica no tuvo más que 61 bajas entre muertos y heridos. Los franceses, sin embargo, tuvieron que lamentar la pérdida de la dotación del Bouvet, lo que supuso la pérdida de cerca de 600 hombres. En cuanto a los barcos, el Inflexible quedó fuera de servicio durante seis semanas; el Gaulois había sido seriamente averiado por el fuego de la artillería; y tres viejos acorazados habían sido hundidos. Más tarde veremos la situación en que habían quedado el enemigo y sus defensas.

Pasé el día 18 en las trincheras francesas, entre las dunas de arena de la costa belga. Aquí, las líneas complicadas del frente llegaban al mar y se extendían por el otro lado hasta Suiza; las alambradas descendían por la playa y se mojaban con el agua del mar, donde los cadáveres enredados entre los alambres estaban cubiertos de algas y lavados por las mareas mientras se descomponían; otros, en grupos de diez o doce, estaban al pie de las ondulaciones de la arena donde les fulminara la muerte, pero conservando todavía el dispositivo de ataque, a juzgar por la actitud y orden en que se encontraban. Estos muertos yacían allí desde hacía meses y la arena iba tapándolos gradualmente, dulcificando los contornos de las figuras. Parecía como si la naturaleza los fuera asimilando. Las líneas de combate estaban muy cerca entre sí y distanciadas en algunos sitios solo por unos cuantos metros. Reinaba un gran silencio, roto de vez en cuando por algún cañonazo. Las defensas en la playa eran complicadas y se usaba un sistema nuevo; presentaban particularidades que no había visto en ninguna parte del frente. Hacía buen tiempo y estaba satisfecho de alejar mi pensamiento de los acontecimientos que sabía que se estaban desarrollando en el otro flanco de mar de la línea de combate. Regresé a Inglaterra en la noche del día 18 para recibir noticias de la acción.

Me llegaron por la mañana, y a la primera mirada se pudo sentir que no eran buenas.

Un último mensaje decía:

Con excepción de los barcos perdidos y averiados, la escuadra está lista para la acción inmediata, pero el plan de ataque debe ser revisado y hay que encontrar medios para defenderse contra las minas flotantes.

Yo estimé estas noticias como consecuencia del primer día de lucha. Ni por un momento llegué a pensar que no debiéramos llegar a los límites de lo que

habíamos decidido arriesgar hasta lograr un resultado en un sentido bueno o malo. Me encontré a lord Fisher y a sir Arthur Wilson en el mismo estado de ánimo. Ambos vinieron a mi encuentro aquella mañana expresando su firme determinación de llevar adelante la lucha. El primer lord naval ordenó inmediatamente que dos acorazados, el London y el Prince of Wales, salieran para reforzar la escuadra del almirante De Robeck y suplir las bajas, sin contar con el Queen y el Implacable que ya estaban en camino. El ministro de Marina francés telegrafió que mandaba al Henri IV para reemplazar al Bouvet. Nos dirigimos al Consejo Superior de Guerra que se reunía a las once de la mañana. El Consejo estaba también firmemente decidido a seguir adelante y, después de oír nuestras noticias, autorizó «al primer lord del Almirantazgo para que informara al vicealmirante De Robeck de que podía continuar las operaciones navales contra los Dardanelos si lo creía oportuno».

Además, enviamos nosotros un telegrama para animar al almirante De Robeck, dándole cuenta de los barcos de refuerzo que estaban en camino; añadíamos:

Parece importante no dejar que los fuertes sean reparados o que el enemigo se envalentone por la aparente suspensión de operaciones. Hay disponibles en abundancia municiones de 38,1 cm para el tiro indirecto del Queen Elizabeth por encima de la península.

El día 20, el almirante De Robeck telegrafió al Almirantazgo los detalles de la reorganización de los dragaminas que se estaba llevando a cabo. Esperaba, decía él, estar en condiciones de reanudar las operaciones a los tres o cuatro días; la necesidad de alguna práctica preliminar de las nuevas tripulaciones de aquellos barcos y de los destructores imponía aquella demora inevitable. No entraría ningún barco en los Dardanelos a menos que todo estuviera preparado para un ataque sostenido.

A última hora del día, telegrafió que la eficiencia combativa de los barcos que le quedaban estaba incólume, pues los daños estaban todos en las superestructuras, chimeneas y puentes.

Hasta aquí todos estaban decididos y resueltos. El primer lord naval, el Consejo de Guerra del Almirantazgo, el primer ministro, el Consejo Superior de Guerra, el ministro de Marina francés, el almirante De Robeck y el almirante francés de la zona de operaciones, en fin todos, no tenían otra idea que la de perseverar de acuerdo con las solemnes decisiones que habían sido tomadas.

Pero entonces y de un modo súbito, llegó un telegrama el día 23 de un carácter completamente distinto:

Vicealmirante De Robeck al Almirantazgo

23 de marzo de 1915

Recibido a las 6.30

818. En una reunión tenida hoy con los generales Hamilton y Birdwood, el primero manifestó que el ejército no estará en disposición de emprender operaciones militares antes del 14 de abril. Para poder mantener nuestras comunicaciones cuando la flota penetre dentro del mar de Mármara es necesario destruir todos los cañones de posición que guardan los estrechos. Estos cañones son numerosos y solo un pequeño número de ellos puede ser puesto fuera de combate por el fuego de nuestra artillería. El desembarco de destacamentos para realizar las destrucciones hecho el día 26 de febrero sorprendió evidentemente al enemigo. De nuestra experiencia del día 4 de marzo parece desprenderse que, en el futuro, la destrucción de los cañones enemigos tendrá que llevarse a cabo frente a una resistencia enemiga fuerte y bien organizada. No creo que sea practicable el desembarco de una fuerza suficiente para realizar esta misión en el interior de los Dardanelos. El general Hamilton es de la misma opinión. Si no son inutilizados los cañones enemigos, todos los éxitos de la flota pueden ser anulados por el cierre de los estrechos después de que haya pasado la flota. Si ese fuera el caso es posible que suframos numerosas pérdidas en material, y que no se disponga de barcos para mantener abiertos los estrechos. La amenaza de las minas subsistirá en tanto no se llegue al mar de Mármara, y es mucho mayor de lo que se había pensado. Es preciso poner la mayor atención tanto en lo que se refiere a las minas fondeadas como a las minas flotantes. Esto requerirá tiempo, pero nuestros preparativos estarán terminados para cuando el ejército pueda actuar. Parece que sería mucho mejor preparar un esfuerzo decisivo a mediados de abril que exponerse mucho más por lo que posiblemente sea solo una solución parcial.

Leí este telegrama con consternación. Temía los peligros de un gran retraso; aun temía más el inmenso e incalculable calibre de la empresa que suponía un ataque militar en gran escala. La sola fase del desembarco de un ejército después de haber dejado prepararse al enemigo durante tres semanas, como mínimo, me parecía un azar formidable y espantoso. Por entonces, me parecía un asunto mucho más serio en todos los aspectos que un ataque naval. Además, ¿qué razón había para abandonar el plan naval en el que se habían basado hasta aquí todos nuestros razonamientos y conclusiones? La pérdida de vidas en las operaciones navales había sido muy reducido. En todas las operaciones solo un barco importante (el Inflexible) había sido averiado, y en un mes o seis semanas quedaría completamente reparado en el arsenal de Malta. En cuanto a los viejos acorazados, igualmente estaban condenados a ser desguazados. Todos los barcos perdidos iban a ser sustituidos. El mismo día 20, el almirante había teleografiado: «De la experiencia adquirida el día 18,

creo que los fuertes del paso de Chanak y las baterías que guardan los campos de minas pueden ser dominados después de varios días de combate, los suficientes para permitir que los dragaminas limpien el campo de minas de Kephez». Pero si era así, ¿por qué no hacerlo? Esto era precisamente lo que habíamos pensado; esto era precisamente lo que habíamos decidido hacer. ¿Por qué este cambio en aquella hora fatal y por qué imponer una prueba tan dura sobre el ejército? Si fallaba, esta nos conduciría a un camino mucho más peligroso que el fracaso de un ataque naval. El peligro era mayor y las consecuencias peores aún. No cabía duda sobre las órdenes que había que remitir al almirante De Robeck. Convoqué inmediatamente el Consejo de Guerra del Almirantazgo y propuse el siguiente telegrama:

Almirantazgo al vicealmirante De Robeck

Respuesta al 818. En vista de los peligros de un retraso a causa del riesgo de un ataque submarino, de lo que costaría una operación militar, de la posibilidad de que esta fracasara o fuera solo parcialmente efectiva en la apertura de los estrechos, y de que el peligro de las minas no quedara remediado, consideramos que usted debe perseverar metódica pero resueltamente en el plan contenido en sus instrucciones y en el telegrama 109 del Almirantazgo y que debe hacer todos los preparativos para reanudar el ataque empezado el día 18 a la primera oportunidad. Debe usted dominar los fuertes del paso de Chanak y dragar los campos de minas, y batir entonces los fuertes a distancias cortas, tomando para ello su tiempo, empleando sus aviones y todos los métodos perfeccionados de defensa contra las minas. La destrucción de los fuertes del paso de Chanak puede abrir camino para un avance ulterior. La entrada en el mar de Mármara de una flota lo bastante fuerte para batir a la escuadra turca puede producir resultados decisivos en el conjunto de la situación y no necesita usted inquietarse sobre su ulterior línea de comunicaciones. Sabemos que los fuertes están escasos de municiones y que el suministro de minas es limitado. No creemos que haya llegado aún el momento de abandonar el plan de forzar los Dardanelos mediante un ataque puramente naval.

Proyecto de orden del Almirantazgo del 23 de marzo

El comodoro De Bartolomé, que sale en el día de hoy, le dará los detalles de nuestro punto de vista. Entretanto, deben continuar los preparativos para reanudar el ataque.

Pero, entonces, encontré yo una resistencia insuperable. El jefe del Estado Mayor estaba dispuesto a ordenar la reanudación del ataque; pero el primer lord naval se negó a aprobar el telegrama propuesto, igual que sir Arthur Wilson y sir Henry Jackson, que estaba presente. Lord Fisher sostuvo que hasta aquel momento había apoyado deliberadamente la empresa porque

estaba aconsejada y apoyada por el comandante del sector, y si el almirante De Robeck y sir Ian Hamilton habían decidido una operación de conjunto, estábamos obligados a aceptar sus puntos de vista. En realidad, él se sentía inmensamente aliviado porque la operación tomaba finalmente la forma que en los primeros días él y todos nosotros hubiéramos preferido que tomara. «¿Qué más podíamos pedir? El ejército iba a colaborar; debería haberlo hecho ya antes». Pero yo no podía pensar así, viendo cuán terriblemente iba a cambiar todo en nuestra contra a causa de aquella demora y de los peligros consiguientes. Entreví las consecuencias terribles que había detrás de aquella fácil relegación de propósitos. Por primera vez desde que empezó la guerra se oyeron palabras malsonantes alrededor de la mesa octogonal. Hice presión enérgica sobre el deber y necesidad de reanudar el ataque naval. Fui apoyado valientemente por el comodoro De Bartolomé; pero era el más joven y no pudimos hacer nada. Finalizó la reunión sin llegar a un acuerdo. Presenté mi proyecto de telegrama al primer ministro, que estuvo sinceramente de acuerdo conmigo, así como también míster Balfour, con quien discutí durante aquel día.

Mirando atrás, se comprende hoy que aquel era el momento para que interviniera el primer ministro e hiciera efectiva su opinión. En cuanto a mí, ¿qué es lo que podía hacer? Si la dimisión hubiera traído consigo la decisión, la hubiese presentado sin dudar ni un momento. Estaba claro que esto hubiera empeorado la cuestión. No podía hacer nada para prevalecer sobre los almirantes que se habían aferrado a su opinión; solo les bastaba señalar las pérdidas de barcos que habíamos tenido y todo el mundo se hubiera puesto de su parte. Por consiguiente, me vi obligado, muy a mi pesar, a abandonar la intención de expedir órdenes directas al almirante De Robeck para que reanudara el ataque.

El primer lord naval trató de consolarme con una nota el día 25:

Es conveniente, sin duda alguna —escribía él—, enviar allí a De Bartolomé y cuanto antes mejor. No tarde usted en disponer del Phaeton. Los franceses dispondrán un barco rápido en Marsella o en Tolón... Hace usted mal en atormentarse y alterarse. Trate de recordar que somos las diez tribus perdidas de Israel. ¡Estamos seguros del triunfo! Ya sé que soy un optimista. ¡Siempre lo he sido! ¡A Dios gracias! ¡Dé usted prisa a Bartolomé! ¡No mande usted más telegramas! ¡Deje que las cosas sigan su curso!

A la vista de los acontecimientos que se desarrollaron después, ¿hacía mal en atormentarme y alterarme? Creo razonable preocuparse de las cosas que importan, y preocuparse, precisamente, cuando es tiempo de ello.

XXVII

El cambio de plan del almirante De Robeck

¿Qué había sucedido en los Dardanelos? El ejército había llegado. Desde el primer momento el Almirantazgo había transportado con puntualidad todas las tropas al punto de concentración. Sir Ian Hamilton había llegado a los Dardanelos la víspera del ataque naval contra el paso de Chanak y había sido testigo de las últimas escenas, embarcado en el puente del Phaeton. La impresión del hundimiento de los acorazados; la visión del Inflexible, alcanzado, que se bandeaba y salía navegando lentamente de los estrechos; los destructores abarrotados con las tripulaciones salvadas, todo ello había producido una penosa impresión en su espíritu. En su naturaleza caballeresca en extremo se produjo un intenso deseo de correr en ayuda de sus compañeros. En este estado abordó el problema con el que estaba inmediatamente enfrentado.

Este problema era, realmente, muy grave y muy complejo. Si la marina pedía ayuda, sir Ian Hamilton estaba resuelto a darla en el mayor grado posible; si un desembarco en el extremo de la península y la conquista del llano Kilid Bahr resolvían ampliamente las dificultades navales, él intentaría estas operaciones. Pero, naturalmente, no había tiempo que perder. Cada día, cada hora, se perfeccionarían las defensas y preparativos turcos y se acumularían más efectivos. El desembarco de 40.000 hombres en la península se podría haber efectuado quince días antes sin grandes dificultades. Pero en estos momentos, eran de esperar violentos combates. Además, el general Birdwood, que había estado presenciando los acontecimientos del sector desde los primeros días de marzo, deseaba ardientemente desembarcar en muchos sitios y estaba confiado en que se podía vencer la resistencia mediante un pronto ataque.

Pero, entonces, y por primera vez en estas operaciones militares, le fue dado exponer su opinión al Estado Mayor General. Este pudo presentar a su jefe un problema enjundioso y apremiante. Las preparaciones para el desembarco bajo fuego enemigo requerían un alto grado de organización. No se habían hecho preparativos de ninguna clase. Para llevar adelante tal empresa era necesario, ante todo, cierta proporción mínima de tropas muy capacitadas de las que no se disponía, pues las australianas, valientes y sufridas, estaban solo parcialmente instruidas, al igual que la real división naval. La división 29 acababa de salir de Inglaterra y no llegaría antes de la primera semana de abril. Pero ¿cómo llegaría? Había sido embarcada en veintidós transportes sin la intención de que entrara en combate inmediatamente. Las municiones estaban en un barco, los medios de transporte en otro, los arneses en un tercero, las ametralladoras en el fondo de la cala, y

así sucesivamente. Antes de que estas tropas, excelentes e instruidas, pudieran entrar en acción, tendrían que ser desembarcadas con el concurso de pequeñas unidades, o bien sobre muelle, equiparlas entonces al completo y organizarlas para el combate. El puerto de Mudros (en la isla de Lemnos) no ofrecía las necesarias facilidades. Además, aun cuando había 6.000 hombres disponibles a una distancia apropiada de la península de Gallípoli, los suministros estaban esparcidos por todo el Mediterráneo, los hospitales no estaban preparados y el Estado Mayor no se había reunido aún.

En la elección de mal menor que quedaba en este momento abierta a sir Ian Hamilton, su Estado Mayor se pronunció en el sentido de que cualesquiera que fueran los riesgos de una demora eran, sin embargo, menores que los de un asalto precipitado y desorganizado. Por consiguiente, el general se determinó a trasladar su base y ejército desde Lemnos a Alejandría, dejando solo las tropas suficientes en los Dardanelos para operaciones menores, y organizar desde Egipto cualquier operación militar en gran escala que pudiera ser demandada por la marina.

El almirante De Robeck había salido de la acción del 18 de marzo con la intención de reanudar el ataque a la primera oportunidad. Pero entonces tuvo lugar el cambio repentino y extraordinario de cuya repercusión habíamos sido testigos en el Almirantazgo. El día 22, se celebró una conferencia a bordo del Queen Elizabeth. Estaban presentes el almirante De Robeck, el almirante Wemyss, sir Ian Hamilton, el general Birdwood, el general Braithwaite y el capitán Pollen. Sir Ian Hamilton recordó esta conferencia con las siguientes palabras:

Cuando tomamos asiento, De Robeck nos dijo que estaba completamente convencido de que no podría pasar los estrechos sin la ayuda de todas mis tropas.

Antes de que fuéramos a bordo, Braithwaite, Birdwood y yo habíamos acordado que, aparte de lo que pudiéramos pensar los hombres de tierra, nosotros teníamos que dejar a los marinos que arreglaran su propio problema. No diríamos nada en contra ni en favor de las operaciones sobre tierra o de las combinadas, hasta que los mismos marinos se dirigieran a nosotros y nos dijeran que habían abandonado la idea de forzar los estrechos con operaciones puramente navales.

Así lo hicieron.

No hubo discusión alguna. Inmediatamente abordamos el proyecto de ataque terrestre.

Es evidente que el almirante De Robeck tomó su decisión en la tarde o noche del día 21. Dicha decisión era de mucho alcance. Dejó aparte tanto la

política del Gobierno como la del Almirantazgo, con las que, hasta aquí, se había declarado de acuerdo el almirante. Los planes que habían emanado desde la flota, y con los que estaban de acuerdo almirante y Almirantazgo, fueron arrojados al viento. Retiró la flota de la zona de combate y descargó las responsabilidades de la marina sobre el ejército, colocando a este en las condiciones más desfavorables para una empresa peligrosa y de primera magnitud. Era una decisión completamente contraria al espíritu, redactado en términos explícitos, de los mensajes que el almirante De Robeck había recibido desde el Almirantazgo después de mis noticias de la acción del 18 de marzo. Se salía fuera del marco de las órdenes con las que el almirante, al aceptar el mando, había manifestado estar de completo acuerdo. Es cierto que el telegrama del Almirantazgo, número 109, del 15 de marzo, además de lo citado anteriormente, decía: «Debe concertar usted con el general Hamilton, cuando este llegue, todas las operaciones militares en gran escala que consideren necesarias». Pero esta frase no tenía la intención de disculpar, ni se podía deducir de su contexto, el abandono total del ataque naval y su sustitución por un intento puramente militar.

Así pues, en esta conferencia del día 22 se hicieron efectivas dos graves decisiones. Primera, que el ataque naval tenía que ser suspendido a favor de un asalto general emprendido por el ejército; y segunda, que el ejército tenía que volver a Alejandría para organizarse y prepararse para este ataque, aun cuando en esta fase se invirtiera un mínimo de tres semanas de retraso. De hecho, el ejército había llegado muy tarde y muy mal organizado para lanzar su ataque de sorpresa, pero en el preciso momento para tentar a la marina a que desistiera del suyo.

No obstante, hay que ser indulgente con el almirante y con el punto de vista naval que representaba. Para los gobernantes y para los soldados, los barcos, en tiempo de guerra, no tienen ningún valor sentimental; son simplemente artefactos de guerra para ser empleados, arriesgados, y, si es necesario, sacrificados por la causa común y por la política general del Estado. Para tales mentalidades, la vida de un soldado es tan preciosa como la de un marino, y un acorazado destinado a ser desguazado es un instrumento de guerra para ser empleado exactamente igual que las municiones de artillería disparadas para apoyar y proteger el ataque de la propia infantería. Pero para un almirante de esta edad y formación, aquellos barcos viejos eran sagrados, habían sido los navíos más bellos a flote en los días en que él, como joven oficial, había paseado sobre sus puentes. El descrédito e incluso el deshonor que se atribuían a la pérdida de un barco estaban grabados en su mente como parte de una formación intelectual y profesional de muchos años; la desaparición debajo de las olas de las nobles estructuras en las que se habían puesto tantas ilusiones y lealtades, y que, además, eran los apoyos materiales flotantes de la vida diaria, aparecía como un suceso de carácter extraordinario

y contra natura. Allí donde un profano o un soldado estaría satisfecho con que se hubiera saldado una acción tan importante como la del día 18 de marzo con una pérdida de menos de treinta vidas británicas y dos o tres barcos sin valor, y que se hubiera llegado a conclusiones tan valiosas a costa de pérdidas tan reducidas, el almirante De Robeck estaba entristecido y consternado en la base de su propia existencia. Estas emociones estaban también presentes alrededor de la mesa del Almirantazgo en Whitehall.

Hay una clara discrepancia entre las manifestaciones del almirante De Robeck y las de sir Ian Hamilton. El almirante dice que su cambio de opinión era el resultado de las proposiciones que le hiciera el general, en tanto que este manifiesta explícitamente: «Cuando tomamos asiento, De Robeck nos dijo que estaba completamente convencido de que no podría pasar los estrechos sin la ayuda de todas mis tropas». La explicación es, probablemente, la siguiente: hasta la víspera del día 21, el almirante creyó que el ejército no estaba autorizado para atacar ninguna parte de la península, sino que solo lo estaba para ocupar las líneas de Bulair después de que la flota hubiera forzado el paso; tan pronto como supo que el ejército podía actuar en cualquier dirección y que sir Ian Hamilton estaba dispuesto, caso de ser requerido, a desembarcar con todas las fuerzas en el extremo meridional de la península, abandonó inmediatamente el ataque naval e invitó al ejército a abrir el paso. Cualquiera que sea la explicación, los argumentos del telegrama del almirante De Robeck eran decisivos; en el Almirantazgo se consolidaron las oposiciones a la acción naval; en el frente, paralizaron a la flota.

El día 24, sir Ian Hamilton y su Estado Mayor se embarcaron para Alejandría, a donde fueron dirigidos todos los transportes de tropas que navegaban por el Mediterráneo. También en este día y en el bando enemigo, fue tomada una importante medida. El general Liman von Sanders había sido hasta aquí el jefe de la misión militar alemana en Turquía, pero no había ejercido ningún mando efectivo. Las zozobras e inquietudes de los turcos y la crisis de las operaciones indujeron a Enver Pasha a citar, el día 24 de marzo, en Constantinopla al general Liman von Sanders y a colocar en sus manos la dirección total de las fuerzas turcas disponibles para la defensa de la península. El general Von Sanders asumió el mando el día 26. «La distribución —escribió— de las cinco divisiones disponibles en ambas orillas del Mármara que había estado en vigor hasta el día 26 de marzo tuvo que ser completamente cambiada. Hasta llegar a este acuerdo, su despliegue se había hecho repartiendo todos los efectivos a lo largo de la costa al igual que los guardafronteras de los antiguos tiempos. Si el enemigo hubiera desembarcado se habría encontrado con resistencia en todas partes, pero no con fuerzas o reservas disponibles para lanzar un contraataque fuerte y enérgico».

Con gran disgusto, anuncié al Gabinete el día 23 la negativa del almirante

y del Almirantazgo a continuar el ataque naval, que debía ser interrumpido por lo menos de momento. Desde la crisis de agosto de 1914, la Marina Real había emprendido una serie de misiones que hasta aquí habían sido realizadas todas con éxito. Aquel era el momento en que, si lo deseaban, el primer ministro, lord Kitchener y el Gabinete podían decidir el abandono de toda la empresa y disimular el fracaso con la ocupación de Alejandreta. Habíamos tenido menos bajas en muertos y heridos de las que se sufrían generalmente en una incursión de trincheras del frente occidental, y no se había perdido ningún barco de valor. Yo no habría podido impugnar tal decisión, aun cuando podría haber argumentado contra ella. Pero no había necesidad de discutir. Lord Kitchener era siempre espléndido cuando las cosas iban mal. Seguro, autoritario y magnánimo, no hizo ningún reproche. Con unas cuantas frases breves asumió la carga y declaró que ejecutaría las operaciones únicamente con fuerzas militares. Tampoco hubo aquí discusión alguna: el acuerdo del almirante y del general del sector, y la declaración de lord Kitchener desvanecían todas las dudas. Ni siquiera fue registrada en el Gabinete o en el Consejo Superior de Guerra ninguna decisión formal para emprender el ataque terrestre. Cuando recordamos las prolongadas discusiones y estudios que precedieron a la resolución para emprender el ataque naval, con su riesgo y coste limitado, el silencio que rodeaba la aceptación de esta amplia aventura militar debía ser considerado como un extraordinario episodio. Tres meses antes ¡cuán razonable y segura hubiera sido esta decisión! ¡Pero ahora!

Cuando lord Kitchener decidió la ocupación de la península de Gallípoli con el ejército, estaba bajo la impresión de que bastaría una semana para preparar y empezar la operación. Sin embargo, cuando se desdijo de la decisión del día 16 de febrero para enviar la división 29; cuando dio la contraorden y dispersó, en consecuencia, los barcos preparados; cuando dejó en suspenso, deliberadamente, la cuestión hasta el día 10 de marzo; cuando permitió que la división fuera embarcada en un orden que no era el de batalla, se ató sus propias manos inextricablemente. No tenía otra opción que esperar durante semanas frente a peligros y dificultades que se iban acumulando. Eso o abandonar la empresa. Esta última solución, sin embargo, no le había pasado por la cabeza; por el contrario, se declaró partidario de hacer el esfuerzo y los acontecimientos continuaron su curso.

Yo esperaba aún que una continuación de la presión naval, incluso dentro de los límites prescritos entonces, produciría resultados que animarían al almirante a reanudar su ataque y así, quizá, ahorraría al ejército la tremenda prueba.

Sin embargo, el almirante no llevó a cabo operaciones de ninguna clase, ni siquiera en pequeña escala. Sus energías y las de sus colaboradores del Estado Mayor quedaron absorbidas en la preparación de los vastos y complicados

planes necesarios para el desembarque de las tropas. El Queen Elizabeth no hizo ni un solo disparo y todos los barcos permanecieron inactivos durante un mes. En este estado de cosas, yo no estaba en condiciones de reanimar las operaciones y todas las fuerzas negativas empezaron a coaligarse.

De aquí en adelante las defensas de los Dardanelos iban a ser reforzadas por una barrera mental infranqueable; un muro de cristal, completamente inamovible, comenzó a erigirse en los estrechos, barrera de inhibición contra la que no se podía emplear ninguna arma. El principio del «no» tomó asiento en las mentes y nada pudo desarraigarlo de ellas. Nunca más pude dirigirme al Consejo de Guerra del Almirantazgo ni al Consejo Superior de Guerra haciendo referencia a una acción resuelta; nunca más pude mover la opinión del primer lord naval. El «no» se había establecido para siempre en nuestros consejos, oponiendo su resistencia mortal a todo lo que creíamos que era la esperanza del mundo. Fue en vano que el almirante De Robeck, un mes más tarde, e inspirado por el animoso Keyes, ofreciera reanudar el ataque naval. Había pasado su hora; nunca más pude levantar el «no» que había caído y pronto tuve que sucumbir yo mismo. Fue aún más en vano para el almirante Wemyss, cuando sucedió en el mando a De Robeck, someter a la nueva Junta del Almirantazgo los planes de Keyes y sus propias y resueltas convicciones. Fue en vano que Keyes presentara la dimisión de su cargo en octubre como jefe del Estado Mayor y se apresurara a discutir personalmente en Londres con lord Kitchener y mi sucesor para obtener la autorización de reanudar el ataque. El «no» había vencido con el consentimiento general y ruina infinita. Nunca más la flota británica reanudó el ataque sobre el paso de Chanak, que había empezado el 18 de marzo en virtud de órdenes recibidas y que esperaba confiadamente continuar después de un breve intervalo. En su lugar, la flota esperó durante nueve meses como testigo de los sufrimientos, de las pérdidas inmensas y de las glorias imperecederas del ejército; esperó siempre que llegara su hora para intervenir, esperó siempre que llegara su turno para correr todo riesgo y ofrecer todo sacrificio, hasta que, al fin, tuvo que tomar con dolor y humillación los restos de aquel ejército y desaparecer de la escena de aquel inmenso desastre, amparada en la oscuridad de la noche.

Y, sin embargo, si la flota hubiera intentado otra vez el ataque habría encontrado la puerta abierta; sus perfeccionados servicios de dragado de minas podrían haber sido concentrados para limpiar las pocas minas que quedaban en la bahía de Eren Keui. Todas sus pérdidas hubieran tenido su premio; la batalla del 18 de marzo podría haber sido reanudada un mes más tarde en condiciones muchísimo más favorables; y si así hubiera sido, se habría hecho evidente en pocas horas que aquella operación solo podía tener un fin; sabíamos por entonces y de fuentes secretas, cuyo crédito era incontrovertible, que el ejército turco padecía escasez de municiones.

Para descubrir que realmente apenas tenían municiones habría bastado reemprender el avance naval y el bombardeo graduales. Sabemos ahora lo que entonces podríamos haber averiguado fácilmente: los cañones de grueso calibre, los únicos que podrían haber hecho daño a nuestros barcos blindados, disponían solo de veinte disparos por pieza.

Este número de disparos no podría haber sido aumentado por los servicios de municionamiento alemán hasta que Bulgaria hubiera entrado en la guerra al lado de las potencias centrales. También sabemos ahora lo que podríamos haber averiguado exactamente con un simple intento de dragado: no había ya más minas. No quedaban siquiera una docena en Constantinopla y, al igual que con los proyectiles, no pudo llegar ninguna más a la escena del combate hasta al cabo de seis meses.

El relato alemán escrito por un oficial del Estado Mayor de Liman von Sanders, comandante en jefe alemán de los turcos, dice:

Se habían gastado la mayoría de las municiones turcas; los obuses de calibre medio y las baterías protectoras de los campos de minas habían disparado la mitad de sus municiones. Para los 5 cañones de 25,5 cm había solo 271 proyectiles, o sea unos 50 por cada pieza; para los 11 cañones de 233 cm solo de 30 a 50 por pieza... Era particularmente grave el hecho de que los proyectiles de los cañones de largo alcance, los únicos efectivos contra los blindajes, se habían casi consumido. El fuerte Hamidieh tenía solo 117; Kilid Bahr 10. Tampoco había reservas de minas. ¿Qué hubiera sido de esperar, pues, si la batalla hubiera sido reanudada con la misma violencia el día 19 y siguientes?

La Historia Militar Oficial británica, dice:

En la víspera del 18 de marzo, el mando turco de los Dardanelos estaba bajo el peso de una advertencia del destino. Más de la mitad de las municiones habían sido consumidas y no podían ser reemplazadas. [...] Es importante señalar que si Constantinopla hubiese tenido que ser abandonada, los turcos habrían estado incapacitados para continuar la guerra. Las únicas fábricas de armas y municiones de que disponían estaban en la capital y habrían sido destruidas por la flota; el suministro de material por parte de Alemania no hubiera sido posible. [...] Sus medios inadecuados de dirección de tiro habían sido seriamente averiados. Los artilleros de las piezas estaban desmoralizados, e incluso los oficiales alemanes presentes tenían evidentemente poca esperanza en el éxito de la resistencia si la flota hubiera atacado el próximo día.

Y de nuevo:

De las nueve líneas de minas, muchas habían sido colocadas hacía seis

meses y se creía que una gran parte habían sido arrastradas por la corriente o se habían hundido a tal profundidad que los barcos no las habrían tocado. Por lo demás, muchas eran de tipo antiguo y poco dignas de confianza, y, debido a su escasez, estaban dispuestas a una distancia media de 80 metros entre sí, más de tres veces la manga de un barco.

El relato oficial turco dice:

Para lograr un objetivo tan importante, el enemigo debía haber repetido su ataque con gran intensidad, y sin reparar en pérdidas relativamente pequeñas. De este modo, probablemente, habría logrado forzar los estrechos por mar. [...] En el fuerte Hamidieh solo quedaban disponibles 10 proyectiles y las baterías del lado europeo padecían análoga escasez de municiones.

Con los datos que poseíamos por entonces ya no me cabía duda, tal como muestran los telegramas del Almirantazgo, de que los riesgos militares eran muy superiores a los navales, y de que las pérdidas en vidas de soldados serían muy superiores a las de marineros. Sospechábamos la debilidad y situación críticas de la defensa turca contra la flota, tal como se confirmó después. Pero nadie estimó exactamente la enorme capacidad de resistencia turca contra las fuerzas de tierra. En vez de las 5.000 bajas, que había calculado el Ministerio de la Guerra como coste de la operación afortunada y decisiva de desembarque, tuvimos más de 13.000 para ganar una pequeña porción de terreno de la península, no decisiva, y muchas más aún en los esfuerzos ulteriores para ampliar la zona conquistada. Y en esto no se toman en cuenta las grandes pérdidas y desgastes sufridos en los meses anteriores a la batalla de la bahía de Suvla, las 40.000 bajas sufridas en esta batalla y las 20.000 más de la evacuación final.

Si estos cuadros, en los que podemos mirar actualmente, del día 25 de abril con su heroísmo inmortal, de mayo con su terrible desilusión, de agosto con su tragedia y de diciembre con su fracaso y desastre que desesperanzaron al mundo, si estos cuadros, repetimos, se hubieran presentado a los ojos de aquellos que tenían el poder en sus manos y a los que incumbía la responsabilidad ante la historia, ¿qué duda cabe de que habrían creído mucho mejor perseverar resuelta y decididamente en el ataque naval de acuerdo con las órdenes dadas y recibidas?

XXVIII

La primera derrota de los submarinos

En los relatos es substancial el orden cronológico. Pero ante una serie de

sucesos simultáneos interpuestos en el curso de los acontecimientos, es inevitable que este sea modificado por la selección y clasificación. Algunos de ellos tienen que dejarse aparte hasta el momento en que no hay más remedio que dar cuenta de ellos; otros, sucedidos en una pausa, pueden citarse antes de los períodos generales del relato.

Durante todas las operaciones de los Dardanelos, que se han descrito en una serie de capítulos, la guerra naval había continuado su curso ininterrumpido: la Gran Flota estaba vigilando incansablemente a sus antagonistas; el Gabinete seguía trabajando para perfeccionar el bloqueo contra el enemigo en el mar y para dominar los mares exteriores, y una corriente de refuerzos y suministros aflucía constantemente a Francia. Además, el Almirantazgo se tuvo que hacer cargo de la protección de las flotas mercantes británicas contra una nueva forma de ataque sin precedentes hasta entonces. Había empezado la primera campaña de submarinos y, para describir este episodio en una forma inteligible, es necesario mirar al pasado y avanzar algo en el futuro de estos momentos.

Cuando yo llegué al Almirantazgo en el año 1911, teníamos 57 submarinos (11 de la clase A, ya muy viejos; 11 de la B; 33 de la E y 2 de la D); Alemania tenía 15; pero todos nuestros submarinos, excepción hecha de los dos de la clase D, estaban capacitados para operar solo a poca distancia de las costas. No podían acompañar a la flota, ni hacer, aislados, largos viajes en el mar. En contraposición de los 15 submarinos alemanes había por lo menos 11 tan buenos como los nuestros de la clase D. Durante los tres años de preparación en el Almirantazgo, de la que yo era responsable, el servicio de submarinos estuvo a cargo del comodoro Keyes. Ya en el año 1912 empezamos a vislumbrar en el submarino de alta mar un nuevo método para mantener el bloqueo inmediato de los puertos alemanes que ya no era posible mantener con el concurso de destructores y otros barcos de superficie. En consecuencia, tratamos continuamente de construir submarinos de más radio de acción, incluso transoceánicos. Se proyectó la clase E y uno o dos tipos aún mayores. Nos encontramos con grandes dificultades técnicas y con los inconvenientes derivados de las demoras de las casas constructoras y de los departamentos del Almirantazgo. El submarino más grande y de más desplazamiento era completamente experimental y no faltaban expertos que dudaran de que se pudieran vencer las dificultades en la inmersión de navíos de dimensiones que sobrepasaran a las de un cierto tamaño. Además, en virtud de los contratos que se habían hecho, que asignaban prácticamente el monopolio de la construcción de submarinos a una sola casa, nos vimos al principio con muchas dificultades, incluso en los trabajos experimentales. En el año 1912, y por consejo del comodoro Keyes, decidimos cancelar aquellos contratos que nos ligaban y dar órdenes para la construcción de submarinos de distintos tipos a otras casas constructoras en el Clyde y en el Tyne. Compramos también submarinos

franceses e italianos para conocer todo lo que podía ser conocido en la construcción de tales navíos. Los progresos eran, por consiguiente, extremadamente lentos y se paralizaban por dudas constantes.

Cuando se rompieron las hostilidades, teníamos en total 74 submarinos construidos, 31 en construcción y 14 encargados o proyectados. Los alemanes tenían 33 construidos y 28 en construcción. Pero de los 74 ingleses, solo 18 (8 de la clase E y 10 de la D) eran de alta mar, mientras que de los 33 construidos por los alemanes había no menos de 28 de gran radio de acción. Por lo tanto, la situación era que teníamos mayores efectivos en submarinos para la defensa de nuestras costas contra la invasión y para la protección de nuestros puertos, pero no teníamos suficientes submarinos de gran radio de acción para mantener un bloqueo submarino, continuo y completo, de la bahía de Heligoland; ni teníamos tampoco tantos submarinos de esta clase como los alemanes.

No seríamos sinceros si pretendiéramos que estábamos satisfechos con semejante estado de cosas. Por otra parte, es probable que, si nos hubiéramos lanzado a un gran programa de construcción de submarinos antes de la guerra, habríamos estimulado a los alemanes a emprender otro igual, o quizá mayor. Esto nos hubiera expuesto a peligros que nunca habrían podido ser compensados por un aumento en el número de los submarinos británicos. Es muy probable que hiciéramos lo que más nos convenía en aquellos momentos.

Ni el Almirantazgo británico ni el alemán comprendieron al principio de la guerra lo que los submarinos podían hacer. Solo se llegó a ello cuando estas armas empezaron a ser empleadas bajo las severas condiciones de la guerra y solo entonces se hicieron evidentes las extraordinarias condiciones de estos barcos para mantenerse en el mar. Ambos bandos descubrieron enseguida que los tipos mayores de submarinos podían permanecer en el mar solos y sin ayuda durante ocho o diez días sin quebrantar la resistencia de sus tripulaciones. Este período fue rápidamente doblado y triplicado en ambas marinas. Lejos de tener que regresar a los puertos cuando el tiempo empeoraba, se descubrió que los submarinos podían resistir al temporal mejor que cualquier otra clase de barco. Proyectados como estaban en relación con el límite extremo del valor y de la resistencia humana, los oficiales marinos y mecánicos, altamente instruidos, que los tripulaban, respondieron a lo que se requería de ellos con una fidelidad increíble.

Antes de la guerra era un misterio lo que los submarinos podían hacer; lo que se les podía ordenar hacer era también otro misterio.

A final del año 1913, lord Fisher, que no ocupaba ningún cargo por entonces, escribió su célebre memoria sobre el empleo probable que harían los alemanes del submarino contra el comercio, y manifestaba que no dudarían,

ciertamente, en hundir barcos mercantes que no podrían escoltar a puerto tal como requerían las leyes de la guerra. La memoria se debía, en gran parte, a los conocimientos técnicos del capitán S. S. Hall, que era uno de los íntimos colaboradores de lord Fisher, pero todo el documento estaba dominado por las directrices generales, creación del viejo almirante. Di orden de que fuera examinada inmediatamente esta memoria por los lores navales y por los departamentos técnicos.

Ni el primer lord naval ni yo compartimos la opinión de lord Fisher de que los alemanes utilizarían los submarinos para hundir mercantes desarmados sin ser provocados o sin medios de salvar las tripulaciones, pues ello era completamente incompatible con las leyes y prácticas inmemoriales del mar. El príncipe Luis me escribió que aquel brillante documento de lord Fisher «estaba desfigurado por aquella sugerencia».

Aunque nosotros creíamos que nunca una nación se dedicaría al empleo de tales prácticas, estábamos seguros de que, si lo hacía, levantaría a todo el mundo en contra de ella. En particular, parecía cierto que una potencia que atacara de este modo no podría distinguir entre barcos enemigos y neutrales, y que se producirían equivocaciones que, aparte de la indignación moral, forzarían a las naciones neutrales a declarar la guerra a la nación pirata. En el diagnóstico de la actitud alemana, lord Fisher tuvo razón; el Almirantazgo no la tuvo. Pero, aun en el caso de que hubiéramos aceptado su punto de vista, no era fácil determinar qué clase de medidas había que adoptar antes de la guerra para hacer frente a tal ataque.

El submarino es el único barco de guerra que no lucha igual que los otros. Esto no quiere decir que no hayan tenido lugar combates entre submarinos, pero estos son excepcionales y, generalmente, sin conclusión. De ello se deduce que la flota submarina de un bando no se puede medir en comparación con la análoga del otro; su fuerza debe ser regulada, no de acuerdo con el número de submarinos enemigos, sino de acuerdo con el propio plan y circunstancias especiales del país. Si Alemania hubiera tenido cuatro veces más submarinos de los que realmente tenía, podría haber ganado una ventaja considerable y nos habría colocado seguidamente en un gran peligro. Esto no podría haber sido esquivado con la multiplicación por cuatro del número de nuestros submarinos y, si lo hubiéramos hecho, tampoco habría estado Alemania expuesta a un peligro semejante al nuestro.

Si hago resistencia a los cargos que se formulan contra las juntas del Almirantazgo que presidí, a causa de la política anterior a la guerra, más resistencia haré aún a los que digan que el servicio de submarinos británicos era en modo alguno inferior en habilidad y audacia al alemán. Por el contrario, proclamo y aduciré pruebas de que las hazañas de los submarinos británicos demostraron ser, mes por mes, superiores a las de sus antagonistas. Sin

embargo, padecieron de una desventaja abrumadora que no estaba en nuestra mano equilibrar: la penuria de objetivos. Excepción hecha de algunas súbitas incursiones de barcos rápidos, el viaje ocasional e inesperado de un simple crucero y la ejecución de una demostración rápida de la flota de alta mar alemana, con preparativos y protección meticulosos, la marina alemana se mantenía inmóvil en sus puertos protegidos contra la acción de los torpedos, y, excepto el mar Báltico, todo el comercio naval alemán estaba paralizado. Por otra parte, todos los mares estaban surcados abundantemente por barcos mercantes británicos, de los que llegaban y salían diariamente docenas de la metrópoli; nuestras flotas se hacían repetidamente a la mar, y nuestros cruceros de patrulla y barcos mercantes armados en corso mantenían una constante e ininterrumpida vigilancia y bloqueo lejano. Si se hubieran invertido los papeles y nos hubiera sido posible atacar barcos mercantes indefensos, se habrían conseguido, de mucho, resultados más brillantes. Esto no es una simple afirmación; se puede probar. Como se verá, cuando sean relatadas las hazañas de los submarinos británicos en el mar de Mármara, un solo submarino, el E11, pasó a través de los terribles peligros de las 10 líneas de campos de minas, de la red de Nagara y de los pasos muy vigilados de los Dardanelos, y lo repitió tres veces. Consiguió permanecer 96 días en el mar de Mármara (47 seguidos en una de las veces) y hundió por sí solo 101 barcos, incluyendo un acorazado, un destructor moderno y 3 cañoneros. Esta actuación prodigiosa del comandante Nasmith, V. C., aun cuando seguida de cerca por el comandante Boyle, V. C., a bordo del E14, no fue nunca mejorada en la historia de la guerra submarina.

El día 4 de febrero de 1915, el Almirantazgo alemán hizo pública la siguiente declaración:

Para lo sucesivo, son declaradas zona de guerra todas las aguas que rodean a Gran Bretaña e Irlanda, incluyendo la totalidad del canal de la Mancha. Desde el 18 de febrero en adelante, todo barco mercante enemigo encontrado en esta zona de guerra será destruido sin que se puedan evitar siempre los peligros a las tripulaciones y pasajeros.

Los barcos mercantes neutrales estarán también expuestos a peligros en dicha zona de guerra y, teniendo en cuenta el empleo indebido de banderas neutrales ordenado el día 31 de enero por el Gobierno británico, y los incidentes imprevistos inherentes a la guerra naval, es imposible impedir los ataques sobre barcos neutrales que equivocadamente puedan ser considerados como enemigos.

Así, pues, nos hallábamos frente a la situación que lord Fisher había previsto en su memoria de 1913. Sin embargo, esta declaración no alarmó al Almirantazgo. Nuestros servicios de información mostraban que los alemanes no disponían de más de veinte a veinticinco submarinos capaces de bloquear

las islas Británicas. Como estos tenían que prestar servicio en tres relevos, no podrían estar al acecho simultáneamente más de siete u ocho; y, teniendo en cuenta el enorme volumen de tráfico entrante y saliente en los numerosos puertos del Reino Unido, parecía evidente que no producirían perturbaciones mayores en nuestro comercio, siempre que nuestros barcos continuaran tan animosamente su servicio como hasta el momento. Por otra parte, estábamos seguros de que la declaración alemana y los consiguientes incidentes inevitables con los neutrales indignarían, y quizá inducirían a entrar en la guerra, a Estados Unidos; en todo caso quedaría reforzada nuestra posición para hacer más fuerte aún el bloqueo. Estábamos confiados en que remitiría sensiblemente la presión que nos hacía el Gobierno americano para que restáramos severidad a nuestro sistema de bloqueo y a partir de aquí disponíamos de un gran número de argumentos prácticos para reforzar nuestra actitud. Tuvimos consultas largas y detalladas en el Almirantazgo en los días sucesivos, como consecuencia de las cuales anuncié que publicaríamos semanalmente el número de barcos hundidos por los submarinos alemanes, junto con el número de barcos que entraban y salían de los puertos británicos.

Entretanto, incrementamos nuestros esfuerzos para aumentar nuestros recursos para afrontar el ataque de los submarinos y estudiamos todos los métodos posibles para combatirlos.

Las comunicaciones a través del Canal fueron consideradas como las más importantes y vitales; se dispusieron redes antisubmarinas en el paso de Calais y se montó un servicio de patrulla a base de pesqueros y corbetas. Casi todos los días pasaban nuevas divisiones para Francia y su transporte y protección requerían precauciones complicadas e incesantes. También pusimos una particular atención en el canal del Norte (entre Escocia e Irlanda), en la ruta de Southampton al Havre y en bahías y parajes ocultos donde se conjeturaba que se reponían los submarinos. Se dieron también instrucciones minuciosas a los capitanes de los barcos mercantes para afrontar o evitar los ataques submarinos y se tomaron otras medidas que han sido registradas en la Historia Naval Oficial.

Aparte de la enorme flota de «Mosquitos», en la que confiábamos principalmente, nuestros dos principales dispositivos para la destrucción de los submarinos alemanes eran las redes indicadoras Bircham y los barcos trampa, llamados después barcos Q. La red indicadora era una flexible y ligera red de alambre fino de acero con mallas de 1,80 a 3 metros y fabricada en longitudes de 200 metros. Estas redes se disponían, empalmadas entre sí, en largas líneas a través de puntos de paso más o menos obligados y eran vigiladas continuamente por pesqueros armados. Habíamos experimentado estas redes, no sin peligro, con uno de nuestros submarinos y dieron buen resultado. La inmersión de las boyas de cristal en las que estaba suspendida la red o la

ignición automática de la luz de calcio denotaban la presencia del submarino; la red, extendiéndose hacia atrás sobre el submarino, lo envolvía y, en caso de buena suerte, se enrollaba alrededor de su hélice. Al mismo tiempo, una boya indicadora dispuesta en el extremo de un cable localizaba la posición del submarino y facilitaba la caza a los barcos protectores, cualquiera que fuese la dirección en que huyera. En los primeros meses del año 1915, se dio orden para el suministro de un mínimo de 1.000 millas de esta red y, en el mes de febrero, el paso de Calais estaba interceptado en unas 17 millas por estas redes protectoras. Esta era la teoría, pero no es necesario decir que en la práctica se tropezó con dificultades y decepciones.

La idea de los barcos trampa era también muy sencilla y surgió del siguiente modo. El mes de septiembre anterior había sido atacado por un submarino un pequeño barco que navegaba entre Saint Malo y Southampton y que transportaba frutas y vegetales. El almirante sir Hedworth Meux, que era jefe del puerto de Portsmouth, vino a verme al Almirantazgo para tratar asuntos generales y sugirió en la conversación que entre aquel cargamento de frutos se podría esconder una pieza de artillería. Así se hizo, pero no se presentó la oportunidad de empleo. Sin embargo, la idea volvió a ser de actualidad a medida que iban aumentando los ataques submarinos. A primeros de febrero, di las órdenes oportunas para que se construyeran o se adoptaran cierto número de barcos al propósito de engañar o hacer caer en emboscada a los submarinos enemigos. En general, se trataba de barcos ordinarios, pero algunos se construyeron tomando como tipo los barcos pesqueros; estos llevaban escondidos cañones que podían entrar en acción rápidamente, y se podían poner al descubierto por un sistema de compuertas que se abrían de un modo súbito. El Almirantazgo aprovechó ingeniosamente la idea, y el empleo de estos barcos dio más tarde ocasión a algunas de las estrategias más brillantes y atrevidas de la guerra naval.

Además de todo esto, se seguía estudiando continuamente toda forma científica de lucha contra los submarinos. Había sido ya descubierto el micrófono o hidrófono que detectaba a distancia las vibraciones producidas por la acción de la hélice en el agua; pero, por entonces, no se había pasado aún del estadio experimental. Al mismo tiempo se perfeccionaron los lanzabombas, los explosivos remolcados y las redes Acteón (especie de collares de explosivos). Se estableció una íntima colaboración entre el técnico, el inventor y el oficial submarinista, se concentraron las mejores inteligencias de la marina en el problema y no fue rechazada por el Almirantazgo ninguna nueva idea táctica o técnica.

La campaña submarina alemana, o el llamado Bloqueo de las islas Británicas, empezó el día que el enemigo había prometido, el día 18 de febrero; aquel mismo día fue torpedeado en el Canal un barco mercante

británico. A fines de la primera semana habían sido atacados 11 barcos británicos, de los que fueron hundidos 7. En el mismo período de tiempo entraron y salieron de los puertos británicos más de 1.381 barcos mercantes. La segunda semana de ataque fue completamente ineficaz; solo fueron atacados 3 barcos y todos escaparon; las llegadas y salidas de barcos fueron un total de 1.474. A fines de febrero, estábamos convencidos de la solidez de las bases de nuestra acción; el comercio británico continuaba su curso normal, y el transporte de nuestros efectivos, división tras división, seguía ininterrumpido a través del Canal. Continuamos dando al público nuestros datos estadísticos semanales durante todo el mes de marzo. En las cuatro semanas de este mes pasaron por los puertos británicos más de 6.000 barcos, de los que solo fueron hundidos 21, que sumaban un total de unas 65.000 toneladas. El mes de abril confirmó las conclusiones del mes anterior; únicamente fueron hundidos 23 barcos sobre 6.000 entradas y salidas; de estos, 6 eran neutrales, y solo 11 británicos, lo que sumaba un total de 22.000 toneladas. En consecuencia, era patente ante todo el mundo el fracaso de la campaña submarina alemana.

Entretanto, los alemanes estaban pagando duramente su política. Habían sido destruidos como mínimo cuatro de los pocos submarinos de que disponían. El día 1 de marzo, quedó prendido uno de ellos entre las mallas indicadoras de Start Bay, cerca de Dartmouth, y fue hundido bajo el agua al día siguiente por una carga explosiva. El día 4, las redes de Dover y los destructores localizaron, cazaron y hundieron al U8, salvando a toda la tripulación, que quedó prisionera. El día 6, un submarino enemigo, que más tarde se confirmó que era el U12, fue visto frente a Aberdeen y, después de cuatro días de persecución llevada a cabo con magnífica perseverancia y habilidad por nuestras pequeñas unidades, quedó destruido y se hicieron prisioneros a diez de sus tripulantes. El día 16, tuvo lugar un incidente mucho más interesante: el comandante Weddigen, que se había convertido en un héroe nacional en Alemania por hundir tres cruceros británicos frente a las costas holandesas en el mes de septiembre de 1914, hundió un barco mercante británico frente a las costas meridionales de Irlanda, después de tomar como trofeo el pequeño cañón del barco. Iba el submarino de regreso a Alemania el día 18, cuando, cerca de la bahía de Pentland se encontró con la Gran Flota que estaba haciendo ejercicios. La cuarta escuadra de batalla estaba entonces mandada por el almirante Sturdee, que enarbolaba la insignia en el Dreadnought. La suerte que había acompañado al almirante durante la batalla de las islas Falkland no le abandonó tampoco en esta ocasión, pues, en diez minutos, el Dreadnought, dirigido con gran habilidad por su capitán y oficial navegador y ayudado por el Temeraire, abordó al submarino; la popa de este se alzó sobre el agua mostrando su número, U29, y se hundió para siempre en el fondo del mar, llevando consigo a todos los tripulantes. Así murió el que

produjo la pérdida del Cressy, del Aboukir y del Hogue.

La mayor parte de los submarinos que regresaban a Alemania tenían muchos peligros corridos y trabajos sin provecho de los que informar. Uno había sido cogido entre las redes frente a Dover y escapó de ellas después de espeluznantes peripecias; otro había sido abordado por un barco mercante bien dirigido, el Thordis, y pudo llegar a su base averiado y con muchas dificultades; otro escapó casi de milagro después de tres horas de persecución por parte del destructor Ghurka. Hubo otros muchos incidentes análogos.

Fue en el paso de Calais donde concentramos nuestros máximos esfuerzos y donde logramos nuestros éxitos más destacados. A principios de abril, el U32 quedó atrapado en las redes de Dover y, cuando se soltó, prefirió volver a su base rodeando el norte de Escocia antes que volver a pasar por lo mismo. El informe que dio el Estado Mayor naval alemán sobre las defensas francesas del paso de Calais fueron tales que quedó prohibido en lo sucesivo que los submarinos intentaran el paso del Estrecho; todos tenían que dar la vuelta por el norte de Escocia para llegar a las aguas occidentales inglesas. Esta prohibición subsistió durante más de un año. Así, quedaron libres de peligro las aguas del Canal y no se produjo ningún otro hundimiento dentro del cordón de Dover hasta después de mediados de abril. No obstante, no sabíamos los buenos resultados de nuestras medidas y de los trabajos del almirante Hood, que las había elaborado y llevado a buen fin. Este oficial fue víctima de la injusticia cuando, por indicación de lord Fisher, lo destiné, a mediados de aquel mes, a otro mando y puse en su sitio al almirante Bacon, cuyos conocimientos en mecánica y disciplina científica le hacían particularmente apropiado para aquel mando difícil. No me di cuenta hasta mediados de mayo, gracias al estudio de los datos que daban nuestros servicios de información, de la magnífica labor desarrollada por Hood. Me quedaban pocos días en el Almirantazgo, pero hubo tiempo, sin embargo, de reparar la injusticia, y casi mi último acto oficial fue designarlo para el mando de la tercera escuadra de cruceros de batalla, premio que aceptó con la mayor alegría; quiso la suerte que este cargo lo condujera a un fin glorioso en la batalla de Jutlandia.

Examinando la situación en el mes de abril, era evidente que los alemanes, no solo habían fracasado en su empeño de producir perturbaciones, sino que habían experimentado pérdidas graves y desproporcionadas en las unidades vitales en las que se basaba toda su política. Aquella débil y prematura campaña había sido anulada y durante unos ocho meses, a pesar de trágicos incidentes, no sufrimos molestias mayores. Todas las medidas tomadas y todas las organizaciones puestas en vigor para afrontar aquella forma de ataque sin precedentes fueron ampliadas y perfeccionadas con la mayor energía. Los capitanes de nuestros barcos mercantes se familiarizaron rápidamente con los

procedimientos para resistir y evitar los ataques submarinos. La vigilancia y el ingenio en nuestra creciente flota de «Mosquitos» estaban estimulados por un generoso sistema de recompensas. Se perfeccionaron las redes indicadoras y se fabricaron en grandes cantidades. Una incansable investigación científica iba detrás del procedimiento para detectar la presencia de un submarino sumergido con auxilio del hidrófono. Finalmente, se aumentó el número de barcos trampa, y sus emboscadas y estratagemas alcanzaron la categoría de un arte nuevo. A aquel aviso providencial que nos deparó aquella impotente campaña enemiga y a los medios de combatirla les debemos nuestra seguridad en los días terribles que nos reservaba el porvenir.

No menos favorables fueron los resultados que obtuvimos en nuestras relaciones con Estados Unidos, de ellas dependían toda la eficiencia de nuestro sistema de bloqueo de los imperios centrales. No es este sitio apropiado para discutir las graves y complicadas cuestiones de derecho internacional que se habían suscitado desde el principio de la guerra entre Gran Bretaña y Estados Unidos y otras naciones neutrales. Los argumentos por ambas partes eran interminables y de carácter técnico, y se podría formar una biblioteca con ellos. Pero, dejando aparte las maniobras y disputas legales, había una gran cantidad de afecto y buena voluntad hacia nosotros, simpatía por la causa de los aliados, cariño hacia Francia e indignación contra Alemania, y todo ello influyó siempre en la actitud de América, influencia que, finalmente, triunfó en la decisión ulterior de este país. Sin embargo, a pesar de todo, pudimos muy bien haber sido forzados por entonces a abandonar nuestro eficaz bloqueo para evitar una ruptura con Estados Unidos.

Hay, actualmente, una gran tendencia a desestimar el peligro real de una decisión contraria de América por aquellos tiempos. La tradición nacional en Estados Unidos no nos era favorable. El tratado con Prusia de 1793 en defensa de «la libertad de los mares» constituía la primera relación internacional de la República americana. La guerra de 1812, no olvidada en América, había surgido precisamente de estas cuestiones de neutralidad. Las reglas establecidas por la ley internacional no se aplicaban a las condiciones que imperaban en la gran contienda. Toda la concepción de contrabando condicional estaba influida por el hecho de que estaban fuera de lugar las distinciones entre ejército y naciones. Las antiguas leyes de bloqueo eran, tal como se ha visto, inaplicables cuando hizo su aparición el submarino. No siempre fue posible armonizar nuestra acción con la letra estricta de la ley. Esto dio lugar a una serie de discusiones delicadas y profundamente perturbadoras en las que los rígidos juristas del otro lado del Atlántico ocupaban posiciones muy fuertes. Había, además, graves peligros políticos: las influencias alemana e irlandesa eran poderosas y activas, había en el Senado un fuerte partido de tendencia antibritánica, y el Departamento de Estado era objeto de una observación atenta y vigilante, por miedo a que no se

manifestara con tendencias parciales a Gran Bretaña. El más pequeño desliz en las relaciones con América podría haber creado, en aquella situación, dificultades de mucha importancia. Este peligro fue evitado gracias a la memorable gestión de sir Edward Grey, secundado por nuestro embajador en Washington, sir Cecil Spring-Rice. La gratitud británica y americana se extiende también a la memoria del embajador de Estados Unidos en Londres, míster Page, cuya prudencia, nobleza y generosidad guardó al mundo de habla inglesa y a su destino de daños incalculables.

Fue en estas circunstancias cuando la campaña submarina alemana nos sirvió de gran ayuda. El anuncio amenazador alemán contra los barcos mercantes británicos y neutrales alteró completamente la situación de la controversia con América. Se hizo notar enseguida un gran alivio. Hacia fines de febrero, el barco noruego Belridge fue torpedeado en su viaje de América a Holanda, con un cargamento de petróleo consignado al Gobierno de este país; este fue otro suceso que redirigió la irritación americana contra el bloqueo británico hacia las violencias alemanas. Todas las fuerzas simpatizantes con la causa de los aliados fueron estimuladas y reforzadas, con la disminución proporcional de la influencia alemana. La severidad de nuestras medidas contra Alemania pudo ser mayor, sin temor a alterar el equilibrio precario de nuestras relaciones con la gran república. Sir Edward Grey, ayudado y orientado por míster Page, pudo sostener, con su labor paciente, prudente y conciliadora, nuestra posición durante los meses de marzo y abril sin roce alguno. En mayo tuvo lugar un acontecimiento de carácter decisivo.

XXIX

Aumenta la tensión

El mes de abril fue de espera penosa y agotadora. El ejército de sir Ian Hamilton se hallaba en Alejandría modificando la distribución de su material en los transportes; el almirante De Robeck tenía toda su atención concentrada en la preparación del desembarco. Los turcos se estaban concentrando, organizando y fortificando. Italia y los Balcanes vacilaban aún y nuestras relaciones con Estados Unidos eran de lo más delicado. La situación en el frente ruso y en su retaguardia causaba gran ansiedad y los métodos de suministro de municiones del Ministerio de la Guerra estaba empezando a fallar claramente. La situación política se hacía tirante.

Desde el 18 de marzo, el primer lord naval había adoptado una actitud de distanciamiento. Se sentía muy aliviado con que el peso principal hubiera sido transferido al ejército. Aprobaba sin objeciones todos los telegramas

concernientes a operaciones que yo o el jefe del Estado Mayor redactábamos para él. Acababa por acceder a todas las medidas que se consideraran necesarias para sostener adecuadamente al ejército. Pero, en tanto que aprobaba todos los envíos de tropas, se resistía a cualquier clase de ayuda naval suplementaria. Trataba constantemente de desviar mi atención de los Dardanelos y volverla hacia el mar del Norte, aunque en este teatro no podríamos en muchos meses tomar la iniciativa de ninguna operación naval importante; mostraba una inquietud creciente en todo lo que se refería al mar del Norte.

Por más que no compartiera esta ansiedad real o fingida de lord Fisher sobre el teatro de operaciones metropolitano, consideraba yo también el mes de abril como muy crítico. Los alemanes debían de saber que habíamos retirado de este teatro principal, y para la marina decisivo, una escuadra considerable, en la que figuraban algunas de las unidades más modernas. Además, confiábamos en que creyeran a nuestras fuerzas de los Dardanelos más importantes aún de lo que eran en realidad. Habíamos enviado al Mediterráneo varios de nuestros acorazados de imitación para inducir así al enemigo a arriesgar la batalla en el mar del Norte.

Las órdenes del Estado Mayor naval aprobadas por lord Fisher para el ataque a los Dardanelos contenían el párrafo siguiente:

Cierto número de navíos mercantes han sido modificados para representar buques de línea tipo dreadnought y cruceros, y no pueden distinguirse de ellos a 3 o 4 millas de distancia. [...] Han de ser empleados tomando las precauciones necesarias para que no se descubra su verdadera naturaleza, y convendría presentarlos a la entrada de los Dardanelos como si formaran parte de la escuadra y fueran mantenidos en reserva. Esto podría engañar a los alemanes sobre la fuerza real de nuestra flota en las aguas metropolitanas.

Hoy sabemos que los turcos se dejaron engañar por completo e identificaron uno de estos buques como el Tiger. Y así lo informaron a los alemanes. Cuando vi al primer lord naval aceptar de buen grado esta táctica de buscar la batalla, comprendí que no podía tomarse demasiado en serio su actitud general de recelo: él sabía muy bien que éramos suficientemente fuertes para el combate y a nadie le habría gustado más ver empezar la lucha.

En esta época ideé y ejecuté la formación de una escuadra de cruceros de batalla: iban a constituir la tres divisiones, cada una de tres cruceros de batalla y acompañados cada uno de otras tres divisiones ligeras compuestas cada una de cuatro de nuestros cruceros más recientes y rápidos; comprendía, además, la escuadrilla de nuestros más rápidos destructores de la clase M. La idea que había presidido la formación de esta fuerza era la de velocidad: presentaba una combinación de rapidez y potencia de fuego muy superior a la de cualquier

fuerza naval a disposición de los alemanes. Al principio, la mayor parte de nuestros cruceros ligeros pertenecía a la clase de las ciudades y no pasaban de los 24 nudos, pero la clase Arethusa iba entrando rápidamente en servicio y ello aumentaría sensiblemente la velocidad de las escuadras. Para organizar esta formación, telegrafié al Gobierno australiano pidiéndole que pusiera el Australia a nuestra disposición, y así lo hizo del mejor grado, mostrando una apreciación excelente del interés general.

El día 7 de abril, los segundo, tercero y cuarto lores navales se dirigieron a lord Fisher mediante una nota para pedirle que les informara sobre ciertos puntos relativos a la dirección de la guerra. ¿Estaba seguro de que seguía respetándose el principio de que la Gran Flota debía estar siempre en condiciones de hacer frente a la fuerza entera del enemigo con seguridad completa de éxito? El ataque de los Dardanelos, decían, era probablemente correcto desde el punto de vista de la política general de guerra, pero ¿estábamos en condiciones de soportar las pérdidas en barcos y el consumo de municiones? Dicho de otro modo, los lores navales preguntaban a lord Fisher si prestaba su ayuda en esta política general y si estaba conforme con ella.

Lord Fisher respondió el mismo día con otra nota en que manifestaba estar completamente de acuerdo con el principio fundamental de mantener la fuerza de la Gran Flota.

La operación de los Dardanelos es indudablemente de las que por sus resultados políticos vale la pena hacer algún sacrificio en material y en personal: abreviará el curso de la guerra, haciéndonos ganar nuevos aliados en el teatro oriental, y romperá la espina dorsal de la alianza germanoturca, además de abrirnos el mar Negro.

Consentí en esta empresa con vacilación, a causa del número de buques necesariamente limitado que se le podía consagrar, de la insuficiencia en proyectiles y en cordita, y del factor de incertidumbre con el que hay que contar siempre cuando se atacan desde el mar fortificaciones terrestres y zonas de minas por ellas protegidas.

Pero, como ustedes dicen, estas cuestiones de alta política han de ser decididas por el Gabinete, y, en este caso particular, las ventajas reales que se podrían obtener me decidieron a dar mi consentimiento a la empresa, si bien a condición de que las fuerzas navales que fueran empleadas en ella estarían limitadas por la necesidad de que nuestra situación en el teatro decisivo, o sea el del mar del Norte, no corriera peligro alguno.

Soy de la opinión que, en el presente, nuestra superioridad es segura en las aguas metropolitanas y que las fuerzas que se han separado de la Gran Flota no podrían ejercer una influencia decisiva en el caso de que la «Flota de alta mar» ofreciera la batalla. Pero estimo al mismo tiempo que con ellas hemos

alcanzado el límite estricto y que, sea cual fuere el resultado, no podemos enviar ya ayuda adicional de ninguna clase. He expresado esta opinión muy claramente al primer lord del Almirantazgo y, caso de que algún día se dictara por el Gabinete alguna disposición en contra, requeriría el apoyo de mis colegas navales para sostener mi punto de vista.

La posición del primer lord naval queda así perfectamente definida: estaba formal y deliberadamente identificado con la empresa. Cuando se supo que se había planteado una interpelación parlamentaria, tratando de esclarecer si el primer lord naval había aprobado el ataque del 18 de marzo, él escribió al margen del proyecto de respuesta: «Si lord Fisher no hubiera estado de acuerdo con la operación, no seguiría siendo primer lord naval». No hay duda alguna, pues, sobre la cuestión en sí. Pero, después de haber avanzado hasta este punto, no podía decir, como me escribió en una carta el 12 de abril: «No enviaré un cabo de cuerda más». Se había incurrido en grandes responsabilidades; era inminente una de las operaciones más serias; el ejército estaba a punto de desembarcar, y era indispensable que se le prestara todo el apoyo posible: una vez salvadas las necesidades primordiales de nuestra seguridad en el mar del Norte, había que enviar todo lo que era necesario y estaba razonablemente disponible. Por entonces telegrafió el almirante De Robeck pidiendo cierto número de oficiales, para que prestasen ayuda en el desembarco. Lord Fisher se resistía a acceder a esta petición y quería, además, imponer restricciones sobre el empleo, no solo del Queen Elizabeth, sino también del Agamemnon y del Lord Nelson, lo que habría privado al ejército en gran medida de su apoyo. No pude honradamente acceder a ello y fue mi punto de vista el que se aceptó. Pero cada oficial, cada marinero, cada barco, cada disparo que había que enviar a los Dardanelos era una nueva causa de fricción, y tenía que luchar para obtenerlos, no solo con el primer lord naval, sino, hasta cierto punto, con sus colegas navales. Ello me daba un trabajo enorme y, aunque no permití nunca que ninguna petición de la flota quedara desatendida, el proceso resultaba agotador. Estoy seguro de que muchas demandas no llegaron hasta mí o que simplemente no llegaron a formularse porque se sabía que no serían bien recibidas. En todo momento, hubo amplias reservas de municiones y poderosos refuerzos navales disponibles, que hubieran podido ser enviados sin que quedara afectada la seguridad en el mar del Norte. La prueba de ello es que, con posterioridad y en escala mucho mayor de la que en este momento se pedía fueron aceptadas las peticiones por otro consejo del Almirantazgo y sin que resultaran de ello mal alguno ni riesgos indebidos.

El día 11 de abril, escribía a lord Fisher:

Hablando en serio, amigo mío: ¿no es un poco injusto de su parte tratar de poner obstáculos a esta operación en los detalles, cuando la ha aceptado usted

en lo general? Me resulta penoso verlo insistir así todos los días con alguna cosa nueva; no es digno de usted ni de la gran causa por la que los dos trabajamos.

Usted sabe hasta qué punto estoy deseoso de trabajar con usted; de no haber sido por los Dardanelos, esta cooperación habría sido imposible. No está bien suscitar ahora pequeñas dificultades y aumentar la carga que en estos tiempos hemos de soportar.

Perdone mi franqueza, pero entre amigos es un derecho, y entre compañeros de trabajo es un deber.

Al día siguiente respondió con la misma claridad:

En toda mi vida no había sacrificado nunca mis convicciones en el grado que lo he hecho para complacerlo: esto es un hecho positivo. Por mi propia iniciativa, sugerí el envío inmediato del Lord Nelson y del Agamemnon (¡esperando con ello salvaguardar al Elizabeth y al Inflexible!). Puede usted estar seguro de que De Robeck izará su insignia en el Nelson, en vez de en el Vengeance, donde la tenía antes, y que, para la misión a ejecutar, hubiera valido lo mismo. Pero no quiero decir nada más; el mundo exterior está completamente convencido de que he sido yo el que lo ha empujado a usted y no usted a mí; que yo sepa, el primer ministro es la única persona en el mundo que sabe lo contrario. Por mi parte, no he dicho de ello una palabra a nadie, a excepción de Crease, Wilson, Oliver y Bartolomé, y estos cuatro sabe usted bien que no abrirán la boca.

Además, he influido en Kitchener indirectamente vía Fitzgerald.

Creo que la empresa será un éxito, pero prefiero perder solo barcos viejos y economizar a nuestros oficiales y marineros para emplearlos luego en el frente decisivo.

Y de nuevo el día 20 de abril:

Estoy asqueado de nuestros submarinos y de nuestras minas y de que no se les tire a los zepelines (que no suben a más de 2.000 metros y que podrían ser derribados por los cruceros ligeros). Verdaderamente, de no ser por los Dardanelos que me ligan a usted pase lo que pase, ayer habría salido del Almirantazgo para no volver nunca más y le habría enviado a usted luego una postal para decirle que llamara a Sturdee en mi lugar. ¡Entonces sería usted completamente feliz!

Desde principios de año había ido aumentando la inquietud de varios de los más importantes miembros del Consejo Superior de Guerra sobre los recursos en municiones para el ejército. Mister Lloyd George y mister Balfour, que, con lord Kitchener y yo constituíamos una Comisión del Gobierno

formada en enero para examinar la situación, insistieron en que las medidas tomadas por el Ministerio de la Guerra no correspondían en modo alguno a las necesidades. Varios cientos de millares de hombres se habían incorporado a filas y estaban instruyéndose; se había previsto un incremento del ejército británico hasta 70 o incluso 100 divisiones, y, sin embargo, no se habían encargado fusiles más que para las dos terceras partes de los reclutas. Los encargos hechos para la artillería eran notablemente insuficientes. Las necesidades nuevas y especiales de la guerra presente parecían aún menos atendidas: todavía no había ningún plan para organizar la fabricación de ametralladoras en la escala entonces requerida. Los recursos en proyectiles de cañón, en especial de alto explosivo, y los de la artillería de mediano y grueso calibre eran de una limitación lastimosa. La fabricación de morteros de trinchera, bombas y granadas de mano apenas había sido iniciada.

Cuando se dirigían quejas sobre estos puntos a lord Kitchener, el secretario de Guerra y sus colaboradores respondían que todas las fábricas trabajaban ya a pleno rendimiento, que los encargos hechos superaban en mucho a la capacidad de producción y que las entregas, incluso en relación con los planes iniciales, estaban enormemente retrasadas. Todo esto era verdad, pero con ello no quedaba el tema agotado. Se dispuso que se tomaran medidas para ampliar las fuentes de producción en una escala muy superior a lo que se había previsto hasta entonces. El Ministerio de la Guerra replicó que se había hecho ya todo lo que era posible por el momento y que el resultado de sus esfuerzos no se haría patente hasta transcurridos muchos meses; adujo gran número de ejemplos de su actividad y presentó los encargos que se estaban haciendo en el extranjero, principalmente en América y Japón. Pero todo esto fue considerado aún como insuficiente y la discusión se encontró por ambas partes.

Los críticos sostenían que los negociadores encargados de los servicios de Artillería y de Contratación en el Ministerio de la Guerra no entendían nada de la fabricación de municiones en la escala gigantesca entonces requerida y que eran organismos demasiado reducidos para que pudieran ocuparse de problemas tan inmensos y complicados como los de la manufactura y de la industria. A esto respondía el Ministerio que no podía aceptar la responsabilidad de permitir que estos asuntos pasaran de manos militares profesionales a las de hombres civiles, políticos u hombres de negocios, por buena intención y entusiasmo que tuvieran. Así, de una y otra parte, los fuegos se avivaban y subían a la vez la temperatura y la presión.

La tensión iba creciendo cada semana; las necesidades del ejército aumentaban sin cesar, cada nueva división que entraba en línea empezaba a consumir municiones de todas clases en proporción cada vez mayor. En la metrópoli se veían muchas tropas sin equipo de ninguna clase, mientras desde el frente llegaba un diluvio de quejas. Y, simultáneamente, la producción

descendía sin remedio muy por debajo de las promesas de los contratistas. Lord Kitchener no se atrevía a enviar las nuevas divisiones al frente, ni siquiera cuando estaban ya equipadas, por temor a poner todavía más de manifiesto las deficiencias del suministro que había de sostenerlas. Por su parte, hacía todos los esfuerzos personales que pueden imaginarse, pero no existía en su formación como militar ni como administrador nada que lo hubiera preparado para organizar esta maquinaria nueva y compleja. Sus colaboradores eran pocos y rígidos e incluso él mismo tenía un concepto muy estricto de la importancia de la dirección militar.

De la indignación de mis compañeros, que estos me expresaron libremente durante el mes de abril, deducía que se estaba preparando una explosión violenta. El Almirantazgo estaba en mejor situación, pues desde tiempos de paz habíamos mantenido la marina de guerra más grande del mundo, y nuestras fuentes de recursos estaban montadas en la misma escala. En cambio, el ejército británico estaba basado en almacenes establecidos para nuestros escasos armamentos de épocas de paz. La marina, partiendo de una base amplia, se había, quizá, hasta duplicado, pero el ejército, desde una base muy restringida, se había tenido que extender a diez o quince veces su importancia inicial. En la marina, desde el comienzo de la guerra, se habían hecho encargos considerables a los grandes establecimientos y arsenales que trabajaban para nosotros y que proveían toda clase de efectos que se pudieran necesitar. En 1913, había tomado medidas para que siguieran abiertos los talleres de Coventry, lo que nos daba en estos momentos una fuente adicional en fabricación de cañones pesados. Antes incluso de que entrara lord Fisher en el Almirantazgo, en noviembre de 1914, ya habíamos puesto en marcha un volumen considerable de producción con arreglo a planes de preguerra cuidadosamente preparados. El impulso y la inspiración del viejo almirante sobrevinieron entonces dando un efecto acumulado, y así nos encontrábamos entonces en condiciones de seguir fácilmente el desarrollo que requería el curso de la guerra y el progreso de las invenciones técnicas. Ya desde enero y febrero íbamos a plena marcha y, en general, bastante adelantados en el trabajo de cada departamento. Nuestras dificultades no podían compararse con las del Ministerio de la Guerra y, en realidad, la misma capacidad de la marina para absorber gran parte de la producción existente en armamento agravaba los apuros del ejército. Sea como sea, el hecho era que el Ministerio de la Guerra no resolvía sus problemas ni había esperanza de que los resolviera nunca siguiendo los métodos existentes.

El temor y la cólera se extendían más allá del Consejo de Guerra. Los apuros de lord Kitchener le obligaban a imponer rebajas enérgicas en los pedidos de las unidades del frente para toda clase de suministros. Se había visto obligado a dictar reglamentos sobre el empleo de ametralladoras, proyectiles de alto explosivo y artillería pesada, que parecían absurdos y casi

criminales a los que ignoraban las dificultades de suministro del ejército. Aumentaba la tensión entre el Ministerio de la Guerra y el Estado Mayor del Gran Cuartel General. El ejército hacía llegar sus quejas al Parlamento y a la prensa por innumerables caminos y, aunque el patriotismo y la censura evitaban que la cosa se hiciera pública, la ola de ansiedad y de cólera crecía diariamente.

Hubiera sido mucho mejor que, en el momento solemne en que nosotros desenvainamos la espada, se hubiese constituido un Gobierno nacional apoyado por todos los partidos. En aquellos días de agosto en que nuestro pueblo pacífico y desarmado, si no fuera por la marina, hizo frente al agresor, todos los corazones latían al unísono; existió entonces una unidad y camaradería que nunca fue después igualada. Todos ardían por la causa y no había habido tiempo aún para cometer errores en los métodos. Aquel fue el momento indicado para haber formado el Gobierno nacional y el Servicio nacional al mismo tiempo, y este fue, ciertamente, mi deseo. Pero se dejó perder la ocasión. El Partido Conservador, cuya potencia había aumentado en la atmósfera de guerra, quedó libre de toda responsabilidad y dedicado a contemplar las faltas inevitables, las debilidades, las sorpresas y los engaños que la lucha tenía reservados. Sus directivos, por consideración al interés común, se habían mantenido hasta entonces apartados; convertidos en espectadores mudos, pero apasionados; ya no podían soportar por más tiempo la espera. Así, a la vez en el interior como en el exterior, en el Ministerio de la Guerra como en el Almirantazgo, en Francia como en los Dardanelos, la tensión llegó a la crisis y la crisis alcanzó su paroxismo.

XXX

La batalla de las playas

25 de abril de 1915

La península de Gallípoli penetra en el mar Egeo 90 kilómetros y su parte más ancha mide 18. Pero su «tobillo», el istmo que la une al continente, mide solo unos 6 kilómetros de ancho junto al poblado de Bulair, y en su «cuello», frente a Maidos, en el extremo sudoeste, su anchura es de escasamente 10 km. Esta gran extensión de terreno es montañosa, áspera y está surcada por barrancos. Cuatro elementos geográficos dominan la región: la cadena semicircular de colinas que rodean la bahía de Suvla, con alturas de unos 200 metros; la montaña de Sari Bair, que alcanza los 300 metros; la meseta de Kilid Bahr, frente al estrecho, de unos 200 metros, y el pico de Achi Babá, también de 200 metros, y situado a unos 10 kilómetros de la punta sudoeste de

la península.

Fuera del estrecho, los sitios para desembarcar son relativamente escasos. Los escarpados se elevan verticalmente sobre el mar y solo están interrumpidos por unos pocos barrancos estrechos. La superficie de la península está en su mayor parte cubierta de matorrales con porciones intercaladas de tierras de cultivo. Existen considerables recursos en agua, a base de manantiales y pozos repartidos por toda la región y, sobre todo, en las proximidades de la bahía de Suvla. Hay otro rasgo de importancia especial que conviene señalar: la punta de la península desde Achi Babá al cabo Helles parece, vista desde el mar, tener una pendiente suave, pero, en realidad, tiene una forma parecida a la de una cuchara, por lo que queda en gran parte protegida por su reborde contra el tiro directo de los navíos.

Las operaciones que se iban a emprender presentaban para ambas partes los problemas militares más incalculables e inciertos de toda la guerra. Desembarcar un gran ejército frente a una defensa alerta desde hacía mucho tiempo y cuidadosamente preparada, servida por tropas valerosas y con armas modernas, era osar lo que nunca antes se había intentado y que muy bien podía resultar imposible. Por otro lado, la movilidad misteriosa de una fuerza anfibia imponía a los defensores iguales peligros y dudas. El general Liman von Sanders conocía, como se ha dicho, la existencia de un ejército de 80.000 a 90.000 hombres concentrado en Mudros, en Egipto o en algún otro lugar próximo. ¿Cuándo y por dónde atacaría? Había, evidentemente, tres soluciones, todas de fatales consecuencias: la orilla asiática, el istmo de Bulair y el extremo meridional de la península. La costa asiática era la que presentaba mayores facilidades para desembarcar y para maniobrar con un gran ejército. El istmo de Bulair suponía, si caía en poder de los aliados, el corte de las comunicaciones por mar y tierra de todas las fuerzas de la península y, citando las palabras de Von Sanders, «ofrecía la posibilidad de una decisión estratégica». El tercer punto, citando también a Von Sanders, «presentaba en la faja costera a uno y otro lado de Gaba Tepe las condiciones más favorables para una decisión rápida, porque una ancha depresión interrumpida solo por una ligera elevación del terreno llevaba desde allí directamente a Maidos». Había también en el extremo sur las playas próximas al cabo Helles, favorables a un desembarco y que permitían el acceso al pico de Achi Babá, desde donde quedaban dominados directamente los fuertes del estrecho. El enemigo no tenía medio alguno de saber cuál de estos objetivos, ampliamente separados entre sí e igualmente decisivos, iba a ser objeto del ataque inminente. Para hacer frente a tal situación incierta, desconocida e incognoscible a la vez que de vital importancia, el mando alemán se vio obligado a dividir el quinto ejército turco en tres partes iguales, cada una de unos 20.000 hombres y 50 cañones. La fracción que se viera atacada tenía que aguantar durante dos o tres días contra fuerzas superiores hasta recibir ayuda.

Para disminuir este intervalo peligroso, hemos visto que se habían mejorado en lo posible las comunicaciones entre las tres partes: se habían construido caminos y concentrado barcos y chalupas en puntos convenientes del estrecho. Pero con todo ello Liman von Sanders tenía que resignarse a hacer frente en primera instancia a la totalidad del ejército aliado con solo un tercio de sus fuerzas, en principio iguales en número, y había de transcurrir un plazo aproximado de tres días antes de que refuerzos turcos importantes pudieran intervenir en la batalla.

En realidad el mando británico tenía menos alternativas libres que las que Liman von Sanders tenía en cuenta en su cálculo. Por órdenes de lord Kitchener, sir Ian Hamilton no podía emprender una campaña de envergadura en Asia, porque se carecía de las tropas y de los transportes en tierra necesarios para ello. Por otra parte, se creyó en esta época que los recursos de la marina en embarcaciones ligeras no eran suficientes para el mantenimiento de un gran ejército desembarcado en Enos, a 90 o 100 kilómetros de la base de Mudros, para atacar a Bulair. Quedaba así, prácticamente, solo el extremo meridional de la península como punto de ataque. Pero como Von Sanders no podía saberlo, tenía que seguir previendo las tres contingencias. El problema se reducía, pues, la víspera de la batalla, a una lucha de tres días entre todas las fuerzas anglofrancesas disponibles y los 20.000 turcos con 50 cañones que ocupaban el extremo meridional de la península. La misión de sir Ian Hamilton era desembarcar y aplastar, o desgastar, a estos 20.000 hombres, apoderándose de las posiciones clave que guardaban junto a los estrechos. Para esto disponía de unos 60.000 hombres y de todo el apoyo que podía darle la enorme potencia artillera de la escuadra. Era una lucha terrible a emprender, a vida o muerte.

El primer elemento imprevisible era el desembarco bajo el fuego enemigo, que bien podía resultar un fracaso completo; podía ocurrir, en efecto, que la mayor parte de las tropas fueran destruidas en los botes antes siquiera de alcanzar la playa: nadie podía asegurar lo contrario. Pero si el desembarco tenía éxito, el peligro pasaba a los turcos, que, durante tres días al menos, tendrían que sostenerse contra fuerzas superiores, sin que por su parte pudieran calcular esta superioridad. Solo lord Kitchener había decidido la cantidad de hombres a emplear. En cambio, si las fuerzas británicas y francesas eran demasiado débiles y la defensa turca se mantenía los tres días, el peso de la balanza se inclinaría una vez más contra los aliados, pues transcurrido este tiempo, los atacantes habrían perdido el inestimable beneficio de la sorpresa, el punto elegido sería conocido y estarían ya ligados a él irrevocablemente. Los turcos recibirían entonces refuerzos considerables, perfeccionarían sus fortificaciones y, poco a poco, los invasores tendrían que hacer frente al grueso de las tropas traídas de todas las partes del Imperio otomano. Lo esencial en cualquier plan sólido a establecer era, pues, la rapidez

y la intensidad en la ejecución.

Sir Ian Hamilton comenzó el desembarco en el amanecer del día 25. El relato de la batalla de las playas se ha hecho ya muchas veces y se volverá a hacer aún, pues destaca con vivos perfiles en el fondo sombrío de la Gran Guerra, pese a los inagotables sacrificios y al carácter de carnicería general de esta contienda. El carácter único de la operación; su curioso carácter anfíbio; el azar mortal, al que estaban sometidos a la vez los dos ejércitos; los enormes intereses que se ponían en juego; y la resolución inquebrantable de los soldados, tanto cristianos como musulmanes, de ganar una victoria cuyas consecuencias eran comprendidas en cada lado, todo ello contribuye a hacer de esta lucha un episodio del que la historia hablará largo tiempo. No corresponde a este libro repetir los hechos de armas que ilustraron esta jornada, para hacerlo con justicia haría falta un volumen entero: cada bahía exigiría un capítulo y cada batallón una página. Aquí solo se pueden trazar los rasgos principales y sus consecuencias.

El plan de sir Ian Hamilton comprendía dos ataques principales convergentes contra la punta sur de la península: el primero por la división 29 en cinco desembarcos simultáneos, pero separados, en las proximidades del cabo Helles, y el segundo por el cuerpo de ejército australiano y neozelandés junto a Gaba Tepe, frente a Midos. Los dos ataques quedarían enlazados si cualquiera de ellos lograba una progresión sensible y cada uno recaía sobre una de las dos divisiones turcas, las únicas disponibles en este extremo de la península. Además, los franceses tenían que hacer un desembarco en la costa asiática, junto a las ruinas de Troya, para crear una distracción temporal, y la real división naval embarcada en transportes acompañados por buques de guerra tenía que simular otro desembarco cerca de Bulair.

Liman von Sanders ha descrito las emociones que se vivieron en el Cuartel General turco en la ciudad de Gallípoli cuando llegaron a primeras horas de la mañana las noticias de la invasión.

Se comprendía, viendo las caras pálidas de los oficiales que transmitían los partes en aquella hora temprana, que, por más que se esperara un desembarco enemigo, su realización en tantos lugares a la vez los había sorprendido y llenado de aprensión a la mayor parte.

«Mi primera impresión —añade con cierta complacencia (porque se engañó totalmente sobre cuál era el ataque principal y cuáles los secundarios) — fue que no era necesario alterar nada en nuestro dispositivo. El enemigo había elegido para desembarcar, precisamente, aquellos lugares que nosotros habíamos considerado como más probables y donde habíamos previsto la defensa con más especial cuidado». Por su parte, se dirigió al lugar que juzgaba más peligroso: «Personalmente, tuve que permanecer por el momento

en Bulair, porque era de la máxima importancia que la península no quedara cortada por este punto». También dirigió hacia allá la séptima división, acampada junto a la ciudad de Gallípoli. Durante todo el día, y a pesar de las noticias que le llegaban de la lucha desesperada que se estaba desarrollando en el otro extremo de la península, conservó a esta división y a la quinta completas junto a las líneas de Bulair. Fue solo al atardecer cuando se convenció de que los buques de guerra y transportes reunidos en el golfo de Saros constituían una finta, y aun así solo se atrevió por el momento a enviar por mar cinco batallones de este punto vital para socorrer a las fuerzas fuertemente presionadas frente a Maidos. Hasta la mañana del día 26, veinticuatro horas después de haber empezado el desembarco, no se decidió a dar la orden para que el resto de la quinta y de la séptima división emprendiera la marcha de Bulair a Maidos, adonde no pudieron llegar hasta el día 27. Así, como dice él mismo, «la parte norte del golfo de Saros quedó desprovista casi por completo de tropas turcas», y al final solo «una compañía de ingenieros y algunos batallones de trabajadores» quedaron en las alturas ocupando las tiendas vacías. «La decisión de dejar esta zona desprovista de toda clase de fuerzas —escribe— fue por parte mía un acto de mucha gravedad y responsabilidad, dadas las circunstancias, pero había que tomarla en vista de la enorme superioridad del enemigo en la parte meridional de la península. Si los británicos se hubieran dado cuenta de este punto débil podrían haber sacado gran partido de él».

Nada revela más claramente el carácter vital de las comunicaciones turcas a través del istmo de Bulair que la solicitud manifestada hacia ellas en tal ocasión por este oficial tan competente. Es útil tenerlo en cuenta cuando se piensa en la observación de lord Kitchener: «Una vez que la escuadra haya pasado el estrecho, la posición de la península de Gallípoli dejará de tener importancia».

Volvamos a la batalla de las playas. De los cinco desembarcos a intentar en las proximidades del cabo Helles se consideraba como más importante el de la brigada 88 en la playa V, junto a las ruinas del fuerte de Sedd-el-Bahr. Más de dos mil hombres de los fusileros de Dublín y de Munster y del regimiento de Hampshire fueron amontonados en la cala del River Clyde, vapor preparado expresamente para desembarcos de tropas, y fueron llevados así hasta pocos metros de la orilla. Se había dispuesto establecer dos barcasas para salvar el espacio intermedio, y sobre esta especie de puente tenían que lanzarse las fuerzas, una compañía detrás de otra, hasta ganar la playa, mientras el resto de los fusileros de Dublín se acercaba a ella en botes. Había escasamente cuatrocientos o quinientos turcos para oponerse a este asalto, pero se habían ocultado hábilmente entre los acantilados y las ruinas, reforzados por un buen número de ametralladoras y protegidos por minas y alambradas, tanto en el mar como en la orilla. En cuanto las tropas irlandesas se precipitaron fuera del

River Clyde, o tan pronto como los botes alcanzaron las alambradas sumergidas, cayó sobre ellas un fuego aniquilador procedente de todos los puntos del pequeño anfiteatro. Los botes se encontraron detenidos por la alambrada o por la muerte de sus remeros. Las barcasas, arrastradas por la corriente, solo podían colocarse y mantenerse en posición con gran dificultad. En pocos minutos murieron más de la mitad de los que estaban expuestos al fuego. Botes, barcasas, pasarela, el agua misma y el borde de la playa se encontraban llenos de muertos y moribundos. No obstante, los supervivientes se esforzaban por avanzar a través del alambre y del mar, y algunos alcanzaban la playa mientras pelotones sucesivos de fusileros de Dublín y de Munster seguían lanzándose desde las entrañas del River Clyde al matadero sin vacilación alguna, hasta el momento en que sus superiores los detuvieron. El comandante Unwin y el pequeño Estado Mayor naval, que habían dispuesto la sujeción de las barcasas e ideado el modo de emplear el River Clyde, perseveraban en sus esfuerzos para asegurar el puente y continuaban poniendo tablones sin descanso entre la tempestad de fuego, mientras otros luchaban con heroísmo inigualable para salvar a los que morían o se ahogaban, o para llegar a la orilla con su armamento. Se renovaban las escenas inmortalizadas por Napier en las brechas de Badajoz. Pero todo fue en vano: el desembarco se detuvo ante un valladar sangriento. Los supervivientes estaban tendidos al abrigo de las pequeñas anfractuosidades de la playa y, sin duda, habrían sido exterminados sin el fuego de ametralladoras del escuadrón de vehículos blindados del comandante Wedgwood, que habían sido armadas en la proa del River Clyde. Al ser muerto el brigadier general Napier, la tentativa completa de desembarco en este punto fue suspendida hasta la noche.

En la playa W se había desarrollado un combate apenas menos terrible. Aquí, después de un violento bombardeo de la escuadra, los fusileros de Lancashire llegaron a la playa en treinta o cuarenta chalupas a remolque o a fuerza de remos. También aquí los turcos reservaron su fuego hasta el momento en que las chalupas alcanzaban la orilla y sus efectos fueron igualmente devastadores. Impertérrito ante las terribles bajas que sufría por tiro de fusil y ametralladora y de la mina marítima y terrestre, este batallón magnífico supo vadear los metros de agua que quedaban, abrirse paso a través de las alambradas y formarse de nuevo en línea de tiradores con disciplina maravillosa, pero con enormes vacíos a lo largo de la playa. Desde esta posición le era completamente imposible avanzar al batallón, y también este ataque habría quedado detenido de no haber ocurrido un accidente feliz. Los botes que llevaban la compañía de la izquierda habían virado hacia unas rocas situadas debajo del promontorio de cabo Tekke. Aquí, los soldados pudieron desembarcar con escasas pérdidas y, trepando por los acantilados, cayeron sobre las ametralladoras turcas que barrían la playa y desalojaron a sus artilleros a la bayoneta. Aprovechando esta tregua, el resto del batallón ya

instalado en la playa consiguió alcanzar la protección del acantilado y después de subir se estableció sólidamente en la cresta. Hacia las nueve fueron reforzados por los fusileros de Worcester y poco a poco el punto de apoyo logrado se amplió y mejoró durante el resto del día.

Más a la izquierda aún, los Royal Fusiliers habían desembarcado en la playa X, admirablemente apoyados desde la distancia más corta posible por el Implacable (capitán H. C. Lockyer). Seguidos por los Inniskillings y el Border Regiment y, combatiendo duramente, en un asalto brillante conquistaron las alturas alrededor del cabo Tekke, enlazando así con las tropas de la playa W.

A unos 1.500 metros todavía más a la izquierda de la playa X, en la llamada playa Y, habían desembarcado sin una sola baja dos batallones de marinos. Fueron atacados al anochecer, y en las primeras horas de la mañana siguiente hicieron señales a los botes y reembarcaron. No obstante, habían atraído importantes fuerzas turcas y contribuido así por algún tiempo a ayudar a los otros ataques. En el otro extremo de la línea, en la playa S de la extrema derecha, junto al viejo fuerte llamado Batería de Totts, había desembarcado fácilmente otro batallón y se había mantenido en una posición aislada. Cuando llegó la oscuridad, el resto de las tropas del River Clyde consiguió llegar a la orilla sin sufrir más bajas y tomó posesión gradualmente del borde de la playa Y un poco de terreno quebrado a uno y otro lado de ella. Así, al terminar el día, se había puesto pie en tierra en las cinco playas atacadas y se habían desembarcado unos 9.000 hombres. De ellos, al menos 3.000 estaban muertos o heridos y el resto se pegaba penosamente a las posiciones tan caramamente logradas en el borde de la península. Pasemos ahora al segundo ataque principal.

Se había pensado desembarcar el cuerpo australiano y neozelandés junto a Gaba Tepe, para que atravesara el «cuello» de la península en dirección a Maidos. Al contrario de lo que sucedió con los desembarcos de la división 29 en el cabo Helles, este importante desembarco tenía que efectuarse antes del amanecer y sin preparación de artillería. Se esperaba que mientras las fuerzas turcas eran empleadas en el extremo de la península contra la mencionada división, los anzacs podrían penetrar profundamente en la parte más vulnerable. Se habían preparado desembarcos sucesivos de 1.500 hombres cada uno, llevados en botes y barcasas, y se había escogido para poner pie en tierra en un lugar escabroso y difícil, a unos 800 metros al norte de Gaba Tepe, que no se prestaba para ser bien defendido. Pero, en la oscuridad, las largas columnas de botes se equivocaron de dirección y fueron a dar a un punto de la costa unos 1.500 metros más al norte, dentro de una pequeña bahía rodeada de altos acantilados y llamada hasta entonces Ari Burnu, pero conocida después como Anzac Cave. Este incidente desvió el ataque a un punto completamente inesperado para los defensores. El desembarco propiamente dicho se hizo con

pocas bajas y el pie de los acantilados se vio que quedaba bien abrigado del fuego de artillería. Pero, en contraposición, la dirección de avance australiana quedó desviada de la ancha depresión que va de Gaba Tepe a Maidos, enredándose en una región confusa, surcada de barrancos profundos que irradian en todas direcciones desde la montaña de Sari Bair. Además, el ataque de los anzacs quedó más separado todavía del de la división 29 en el cabo Helles.

Al aproximarse la flotilla a la playa, los puestos avanzados turcos abrieron un fuego disperso, pero los australianos, saltando de los botes al agua, llegaron a la orilla, escalaron las rocas y desalojaron de ellas a los turcos a la débil y creciente luz de la aurora. Los destructores estaban a corta distancia con otros 2.500 hombres, y así, apenas en media hora, se desembarcaron más de 4.000 hombres. Al ir saliendo el sol, la escaramuza se fue convirtiendo en combate y extendiéndose hacia el interior, por lo que, cuando ya fue de día, se había logrado un avance considerable. A las siete y media, habían desembarcado un total de 8.000 hombres, y a las dos de la tarde, a pesar del fuego de fusil y de artillería, que no cesaba de aumentar contra la playa, toda la infantería de la división de cabeza australiana, o sea 12.000 hombres, con dos baterías de montaña indias, se hallaban en tierra ocupando una posición en semicírculo de extensión considerable. La segunda división, que comprendía una brigada neozelandesa, fue la siguiente, y en veinticuatro horas se tuvieron desembarcados un total de 20.000 hombres con una débil protección de artillería.

Las dos divisiones turcas que habían sido asignadas para hacer frente, sin ayuda alguna, al ataque del ejército aliado habían adoptado disposiciones muy hábiles. Nueve batallones de la novena división guardaban los probables puntos de desembarco a lo largo de la costa, desde Gaba Tepe a la bahía Marta; los otros tres batallones de dicha división y los nueve que constituían la 19 se mantenían concentrados en reserva cerca de Maidos. Al frente de esta división 19 se hallaba en esta hora histórica un hombre de curioso destino. El día 24, Mustafá Kemal Bey había dispuesto para el día siguiente, que su mejor regimiento, el 57, realizara un ejercicio de campaña en la dirección de la elevada montaña de Sari Bair (cota 971), y como si el destino lo hubiera preparado así, estos tres batallones se encontraban formados en orden de revista cuando llegó, a las cinco y media de la mañana, la noticia de los primeros desembarcos. Algo más tarde se tuvo también noticia de que junto a Ari Burnu había desembarcado alrededor de otro batallón británico y estaba avanzando hacia Sari Bair. Tanto Sami Pachá, que ejercía el mando del extremo sur de la península, como el mismo Von Sanders, consideraron este desembarco de Ari Burnu como una finta y se ordenó a Mustafá Kemal que destacara solo un batallón para hacerle frente. Pero este general adivinó instantáneamente la fuerza y el peligro del ataque y, bajo su propia

responsabilidad, dirigió contra él la totalidad del regimiento 57, acompañado por una batería de artillería. Él mismo marchó a pie, a campo traviesa, al frente de la compañía de vanguardia. La distancia no era grande y, antes de una hora, encontró a las fuerzas turcas de cobertura que se replegaban ante el impetuoso avance australiano. Al instante ordenó desplegar al batallón que iba en cabeza y empezar el ataque, a la vez que indicó en persona a la batería el emplazamiento a ocupar. A continuación y sin pedir autorización superior hizo acudir al lugar del combate a su regimiento 77. A las diez de la mañana, cuando el jefe turco local llegó a galope al campo de batalla, encontró prácticamente la totalidad de las reservas de la parte meridional de la península empeñadas en la acción contra los australianos, un conjunto de diez batallones con toda la artillería disponible.

La lucha que vino a continuación fue dura y confusa. Los anzacs, con sus grandes miembros atléticos, se precipitaban hacia el interior en todas direcciones con ardor extraordinario, tal como habían saltado de los botes, en confusión, tratando de hacerse con todos los metros de terreno que podían. Pero ahora estaban en contacto con tropas valientes y notablemente bien dirigidas y con un fuego de artillería que aumentaba por momentos. En las hondonadas profundas, entre las rocas y los matorrales, se desarrollaron muchos combates a muerte; no se pedía ni se daba cuartel, grupos de australianos copados fueron exterminados hasta el último hombre y los turcos no cogieron prisioneros ilesos ni heridos.

Entretanto, por ambas partes, se enviaban precipitadamente refuerzos que se acoplaban a la línea de fuego irregular y oscilante. Todo el día y toda la noche siguió la batalla con furor creciente. En la línea de combate por uno y otro bando más de la mitad de los hombres estaban muertos o heridos. A medianoche del 25, la situación aparecía tan crítica y tan grande la confusión detrás de la línea de fuego que el general Birdwood y los jefes de las brigadas australianas aconsejaron un inmediato reembarque, añadiendo que esta decisión había de tomarse enseguida o no habría ya tiempo de hacerlo. Pero en esta ocasión el comandante en jefe se mostró mejor juez sobre el ánimo de las tropas australianas que los propios jefes de estas y, contando con la opinión también firme del almirante Thursby, sir Ian Hamilton envió la orden tajante de «atrincherarse y resistir». A partir de este momento y durante todos los meses que siguieron no hubo fuerza alguna en todo el Imperio turco que pudiera sacudir la garra de los hombres de los antípodas.

Durante toda la noche del día 26, la situación en la playa V había seguido siendo crítica. El punto de desembarco continuaba expuesto al fuego de fusil turco y era indispensable avanzar más si se quería alcanzar un resultado positivo. Así pues, al amanecer del día 26, y después de un intenso bombardeo de la escuadra, los restos de los fusileros de Dublín y Munster y del regimiento

de Hampshire recibieron orden de tomar por asalto el castillo y el pueblo de Sedd-el-Bahr. A pesar de sus anteriores bajas y sufrimientos, y con la fatiga de veinticuatro horas de combate incesante a sus espaldas, estas tropas heroicas respondieron bravamente: a las nueve habían tomado el castillo, y después de tres horas de combate, casa por casa, se habían hecho también dueñas del pueblo. Quedaba algo más allá un reducto turco fuertemente defendido. Los extenuados batallones hicieron alto ante el nuevo esfuerzo que les era exigido mientras el reducto era sometido a un bombardeo violento y prolongado desde el acorazado Albion. Cuando cesó el cañoneo, ingleses e irlandeses entremezclados, animados por una común resolución, salieron de las casas en ruinas de Sedd-el-Bahr y en pleno día y con crueles pérdidas tomaron el reducto a viva fuerza, pasando a cuchillo a sus obstinados defensores. Los esfuerzos prolongados, renovados y al parecer inagotables de los supervivientes de estos tres batallones, su tenacidad, fuerza de voluntad y resistencia física, hacen de este hecho de armas, desde este punto de vista, una hazaña rara vez o nunca superada en la historia de las dos razas insulares. La reorganización de las tropas en la orilla del agua, así como la preparación y dirección de estos asaltos sucesivos, están vinculados a la memoria de un valeroso oficial del Estado Mayor, el coronel Doughty-Wylie, que, como Wolfe, murió en el momento de la victoria, y el ejército puso su nombre al fuerte capturado junto al que descansan sus restos.

Como resultado de estos éxitos y de la presión continuada del ataque británico desde sus varios puntos de partida, quedó establecido hacia el atardecer del día 26 un arco continuo que enlazaba todas las posiciones de la costa en las playas V, W y X y también se estableció contacto por tierra con el batallón aislado desembarcado en la S. Una vez se reforzaron nuestras tropas con cuatro batallones franceses, se aprovechó la extenuación, las elevadas pérdidas y la inferioridad numérica turca para convertir, el día 27, mediante un nuevo avance, dicho arco en una línea recta que iba desde un punto unos 3 kilómetros al norte del cabo Tekke hasta la Batería de Totts. La punta extrema de la península de Gallípoli quedaba así como mordida por los aliados, y todas las playas estaban ya al abrigo del fuego de fusil, quedando constituido un punto de apoyo importante, de posición firmemente consolidada.

Durante el 26 y el 27, habían desembarcado el resto de la división 29, la división de la Marina Real y la división francesa. Para el 28, el general Hamilton dispuso un avance general desde el extremo de la península hacia el pueblo de Krithia. Aunque los turcos comenzaban ya a recibir refuerzos y a reorganizarse, consideraron esta jornada como uno de los días más críticos. Las tropas que habían hecho frente al desembarco habían sufrido pérdidas terribles; sus batallones estaban reducidos a poco más de 500 hombres y a partir del mediodía todas sus reservas estaban empeñadas en línea. Pero, con todo, los británicos y franceses no tuvieron fuerzas suficientes para abrirse

camino bajo el tiro de la infantería turca. Una vez en el hueco de la cuchara, la artillería de los buques no podía prestarles gran ayuda y las tropas de tierra no habían tenido tiempo aún de organizar su propio apoyo artillero. Por esto, en la tarde del día 28, se llegó a un punto muerto. Si durante el 28 y el 29 hubieran podido intervenir dos o tres divisiones de refresco francesas, británicas o indias, la defensa turca habría podido ser forzada y las posiciones decisivas habrían caído en nuestro poder, y durante todo este tiempo las líneas de Bulair estaban vacías, desnudas y sin guarnición, expuestas como presa fácil a cualquier tropa de refresco que hubiera podido acercarse por mar. ¿Dónde estaba el cuerpo de ejército suplementario que hacía falta? Existía y estaba destinado a esta lucha, en la que sufriría más tarde pérdidas terribles. Pero en este momento en que su presencia habría dado con seguridad la victoria, se encontraba ocioso en Egipto o en Inglaterra.

La iniciativa pasó entonces a los turcos. Los refuerzos llegaban rápidamente a las dos apuradas divisiones. Los primeros regimientos de las divisiones de Bulair estaban ya llegando por fracciones. La división 15 llegaba por mar a Kilia Liman desde Constantinopla, y la 11 cruzaba el estrecho desde la costa asiática. En esta situación, transcurrieron los días 29 y 30 sin acontecimientos de importancia.

En la mañana del día 27, se recibió en el Almirantazgo un telegrama del almirante De Robeck, en el que daba cuenta de la batalla.

Yo mismo se lo llevé a lord Kitchener. En cuanto vio que habían logrado desembarcar 29.000 hombres expresó la más viva satisfacción: parecía pensar que el momento crítico había pasado ya y que, una vez desembarcadas las tropas en cantidad, lo demás vendría rápidamente. Pero las noticias llegadas el día 28 sobre el gran número de bajas sufridas y los telegramas posteriores que se fueron recibiendo mostraron la gran dureza y carácter crítico de la lucha. En consecuencia, este mismo día fuimos juntos lord Fisher y yo al Ministerio de la Guerra y solicitamos a lord Kitchener que enviara grandes refuerzos a sir Ian Hamilton, sacándolos de las tropas de Egipto, y que otras fuerzas se prepararan a marchar desde Inglaterra. Fisher abogó con elocuencia e impetuosidad y yo hice por mi parte cuanto pude. Lord Kitchener se mostró al principio incrédulo sobre la necesidad de enviar nuevas tropas, pero nuestra evidente ansiedad lo impresionó y aquella misma noche telegrafió a sir John Maxwell y a sir Ian Hamilton destinando a los Dardanelos una brigada india y la división territorial 42 entonces en Egipto.

No había razón alguna para que estas fuerzas u otras, no hubieran sido puestas a disposición de sir Ian Hamilton como reserva antes de que lanzara su ataque, en cuyo caso los preparativos para llevarlas a la península habrían podido simultanearse con los del ataque, y los transportes podían haberlas llevado a las playas en cuanto estuvieron estas en condiciones de recibirlas.

Estos refuerzos, que habrían sumado 12.000 o 13.000 fusiles, podían, entonces, haber tomado parte en la batalla del día 28, o permitido tomarla al amanecer del 29. En cambio, la brigada de infantería india no desembarcó hasta el 1 de mayo, y la primera de la división territorial 42 hasta el 5 de dicho mes.

Y durante este tiempo les estaban llegando a los turcos refuerzos de todas partes, así como artillería sacada de las defensas del estrecho. El 1 de mayo, el comandante alemán del sector, Sodenstern, se creyó lo suficientemente fuerte para iniciar un contrataque general y, durante los días 1, 2, y 3, siguió empeñando a sus tropas, fatigadas por las marchas o por el combate, en una serie de esfuerzos desesperados y desconectados, con el fin de arrojar a los aliados al mar. No obstante, si el ejército de sir Ian Hamilton no era lo bastante fuerte para avanzar, lo era, en cambio, para resistir inquebrantablemente en sus posiciones. El 3 de mayo, el ataque turco había fracasado por completo con grandes pérdidas; la primera oleada de refuerzos turcos se había agotado y la iniciativa volvía de nuevo a manos de los aliados. La organización de las playas estaba terminada; artillería, municiones y víveres se habían desembarcado en cantidades considerables. Nada impedía renovar, el día 4 o el 5, el avance general contra los turcos, descorazonados, pero no se disponían de tropas de refresco en relación a la nueva situación. Tal como estaban las cosas, el ataque no pudo comenzar hasta el día 6, y tan pocas reservas tenía sir Ian Hamilton que creyó necesario retirar la segunda brigada australiana y la neozelandesa de la zona de Anzac para trasladarlas al cabo Helles.

La nueva batalla empezó en la madrugada del día 6 y continuó durante los dos días siguientes. La libraron cerca de 50.000 hombres entre británicos y franceses, con 72 cañones, contra unos 30.000 turcos con 56 cañones. El resultado fue un nuevo y amargo desengaño para los aliados. Solo se ganaron unos centenares de metros en todo lo largo del frente, y las bajas, tanto de los franceses como de los británicos, fueron muy importantes. En total, desde el 25 de abril hasta que cesó el ataque en la tarde del 8 de mayo, los británicos habían perdido unos 15.000 hombres, entre muertos y heridos, y los franceses al menos 4.000.

La situación al día siguiente de esta batalla era sumamente sombría. El ejército entero de sir Ian Hamilton se hallaba colgado y clavado en dos puntos separados de la península de Gallípoli. Los dos ataques principales, aunque ligados por el mar, no habían podido conectarse por tierra, y ninguna de las posiciones decisivas de la península había caído en nuestras manos. Una línea continua de atrincheramientos turcos se extendía entre los británicos y Achi Babá, y entre los australianos y la montaña de Sari Bair, o la ciudad de Maidos. Estas fortificaciones se perfeccionaban continuamente. Al haberse retirado los franceses de Troya, las tropas turcas de Asia quedaban libres para

reforzar la península. Todas las reservas británicas disponibles, incluidas la brigada india y la división 42, habían sido empeñadas y en gran parte consumidas sin haber aprovechado el momento oportuno. Las bajas eran serias en todos los batallones y no había a mano medio alguno de colmar los huecos. En la división 29 no se disponía siquiera de la reserva normal del 10 % que sigue automáticamente a toda división en servicio activo. El día 9, sir Ian Hamilton dio cuenta de que era imposible romper las líneas turcas con las fuerzas de que disponía, que había que recurrir por el momento a la guerra de trincheras y que era necesario al menos otro cuerpo de ejército. Había de transcurrir al menos un mes para que pudieran llegar desde la metrópoli los contingentes necesarios para reponer las bajas de las divisiones ya en línea y para acumular las nuevas unidades que se requerían. ¿Qué iba a ocurrir en este mes de desgaste continuo para el ejército aliado y de incesante aumento del poder turco? La iniciativa y la oportunidad habían pasado a manos del enemigo; se nos presentaba una lucha larga y costosa que exigiría seguramente esfuerzos todavía más considerables.

XXXI

Después del desembarco

Pese haber llegado el avance a un punto muerto, el desembarco, como gran acontecimiento, continuaba ejerciendo profunda impresión en toda Europa. Italia, Grecia, Bulgaria y Rumanía creían que, con los aliados desembarcados con fuerzas considerables, podrían ser reforzados por mar hasta que la resistencia turca quedara dominada. Italia continuaba inclinándose a la guerra incesantemente y los estados balcánicos seguían en una actitud de espera angustiosa. En Gran Bretaña, la crisis política que se avecinaba sufrió un retardo: los jefes de la oposición, que habían sido informados por personajes franceses bien enterados de que la operación sería un fracaso y de que las tropas serían rechazadas y destrozadas en las playas, quedaron tranquilizados al ver que estas predicciones resultaban falsas, y durante algún tiempo se aflojó la tensión política.

El 5 de mayo, cuando todavía no estaba decidida la batalla de la península, tuve que ir a París para un asunto de gran importancia. Las negociaciones con Italia, que habían sido proseguidas en marzo y abril, habían adquirido en los últimos quince días un carácter decisivo. El 26 de abril, se había firmado el Tratado de Londres, por el que Italia se comprometía a entrar en la guerra. El 4 de mayo, denunció este país la Triple Alianza, haciendo público así su cambio de política. Sir Edward Grey se había tomado, a principios de abril y por

prescripción de los médicos, unas cortas vacaciones y, durante diez días, el primer ministro se había dedicado al asunto italiano con gran vigor. Al regreso del secretario de Asuntos Exteriores, la ventaja obtenida se había continuado desarrollando activamente. Los términos del tratado secreto por el que entró Italia en la guerra han sido hechos públicos hace largo tiempo: revelan con lamentable claridad el estado desesperado de los tres aliados en aquel momento. Empeñados en una lucha a muerte, con la visión amenazadora de un probable colapso ruso y jugándose en la contienda su propia existencia, ni Gran Bretaña ni Francia podían regatear en el precio que pagarían o que prometían pagar para obtener la alianza de una nueva potencia de primer orden. Los negociadores italianos, plenamente conscientes de nuestra ansiedad, estaban decididos a hacer el negocio más ventajoso posible para su país.

Las ganancias territoriales que había de obtener Italia en sus fronteras, en el Adriático y a expensas del Imperio turco, eran de una extensión enorme. Este precio político había aún de incrementarse por convenios militares y navales de la mayor importancia. La flota británica tenía que cooperar con la italiana en el Adriático, y los rusos tenían que empezar una vigorosa ofensiva, con 500.000 hombres al menos, contra Austria en Galitzia. Con estas garantías tanto por tierra como por mar, Italia se creía segura de avanzar y apropiarse la enorme ganancia que había estipulado. Las esperanzas y los cálculos que habían inspirado estos arreglos iban pronto a quedar desvanecidos. Los que se lanzan al viaje tempestuoso de una guerra no pueden decir nunca de antemano cuál será su duración ni sus aventuras, ni en qué puerto echarán al fin el ancla. Quince días antes de la firma del convenio, el ejército de Mackensen había caído sobre los rusos en el Dunajec, se había librado la batalla de Gorlice-Tarnow y los ejércitos rusos se hallaban en retirada por todas partes. Por otro lado, la aparición de Yugoslavia al fin de la guerra como nueva potencia hizo inaplicables por completo las condiciones que Italia había exigido en el Adriático. Y, finalmente, Turquía, batida en la guerra, ha resucitado y ha quedado virtualmente intacta de los desastres de la paz. No era una guerra de riesgos limitados y grandes ganancias territoriales la contienda en que los estadistas italianos embarcaron a sus compatriotas. Italia, como todas las otras grandes naciones combatientes, iba a empaparse de sangre y de lágrimas. Año tras año, con su suelo invadido, su población diezmada, su tesoro exhausto y su vida y honor en peligro, tendría que proseguir la lucha por una victoria que no iba a traerle la satisfacción completa de sus ambiciones. Pero, aunque los cálculos de sus hombres de estado fallaron, el corazón generoso de la nación italiana se mostró a la altura de las pruebas y desengaños de la lucha, y digna de sostener en medio de sus infortunios la fama de la antigua Roma.

Como parecía de la máxima importancia que no se interpusieran obstáculos ni demoras a la firma de la convención naval, me dirigí a París,

provisto de plenos poderes del Almirantazgo. El temor de Italia era que, si a consecuencia de la victoria Rusia se establecía en Constantinopla y Serbia obtenía un gran incremento territorial, estas dos potencias eslavas, en combinación, podrían establecer una fuerte base naval en la costa dalmata o junto a ella. La perspectiva de ver a Constantinopla en poder de Rusia, gracias a la empresa de los Dardanelos, obligaba a Italia a hacer los mayores esfuerzos para asegurar su propia posición en el Adriático. Y esta habría quedado irremediablemente comprometida por una victoria aliada en la que Italia no hubiera tomado parte. Sobre este punto se emplearon dos días enteros en laboriosas discusiones entre franceses e italianos, a fin de fijar las bases navales que Italia quería asegurarse en la costa de Dalmacia en los tratados que seguirían a la victoria. Entre ellas, la que reclamaba como más importante era el llamado canal de Sabioncello. Esta faja de agua, donde pueden fondear los más grandes navíos, situada entre dos islas alargadas, fuera del alcance de la artillería de la costa y hacia la mitad de la longitud del Adriático, presentaba realmente todas las condiciones ideales para una base naval italiana. Pero reclamaba muchas cosas más. Cada vez que la discusión parecía llevar a los italianos a una decepción, nosotros echábamos en la balanza el tridente de Gran Bretaña, ofreciendo, no solo los cruceros y flotillas pedidos, sino una escuadra de buques de línea. Desde el momento que el almirante De Robeck parecía haber abandonado definitivamente el proyecto de forzar los Dardanelos, su escuadra tenía, evidentemente, buques disponibles. Al fin se llegó a un acuerdo completo entre las autoridades navales de los tres países. Los italianos habían insistido en tener acorazados británicos, y los franceses, sin ofenderse por ello, habían aceptado sustituir una escuadra británica sacada de los Dardanelos por un número igual de sus propios navíos.

Salí de París a primeras horas del día 7, pensando pasar un día en el Cuartel General de sir John French en mi viaje de regreso a Inglaterra. Al llegar a Saint-Omer ese mismo día por la tarde, me enteré de dos cosas. En primer lugar, los telegramas de sir Ian Hamilton decían que se hallaba en plena batalla sin que se pudiera aún prever el resultado. En segundo lugar, sir John French pensaba empezar un ataque general contra la cresta de Aubers, en combinación con el ejército francés que operaba a su derecha contra la posición de Souchez, y este importante acontecimiento estaba fijado para el amanecer del día 9. Decidí quedarme para ver una batalla, satisfecho de distraerme con ella de la idea de la otra.

Como sabe el lector, yo estaba ya por aquella época convencido de que el problema planteado a las tropas francesas y británicas era imposible de resolver. Los alemanes, en su frente, tenían fuerzas casi iguales en número, poderosamente fortificadas y bien preparadas. Las brechas que se practicaban en sus alambradas bombardeándolas con granadas de metralla les revelaban exactamente los puntos por los que se iban a lanzar los asaltantes, y era seguro

que dispondrían todos los preparativos necesarios para barrerlos. Además, los aprovisionamientos británicos en proyectiles de cañón eran sumamente limitados y los de alto poder explosivo necesarios para destrozar las trincheras alemanas puede decirse que prácticamente no existían. Hice todos los esfuerzos posibles para ver la batalla sin incurrir en riesgos exagerados, pero ni desde un campanario elevado de retaguardia, ni adelantándome hasta el límite del tiro de barrera enemigo podía ver otra cosa que humo y explosiones. Sin tomar parte efectiva en el asalto era imposible darse cuenta de sus condiciones reales. Para verlas había que sentir las y sintiéndolas podía ocurrir muy bien que ya no pudiera sentirse nada más. Quedarse fuera era no ver nada, y meterse dentro era ser dominado por preocupaciones personales de un tipo absorbente. Esta es una de las características más crueles de la guerra: muchos de los generales de mandos elevados no conocían las condiciones en que sus tropas se movían y las dificultades que se les presentaban, y no estaban, por lo tanto, en situación de aconsejar los remedios que podían aliviarlas.

En la tarde de este día fui testigo del horrible espectáculo que ofrece en el momento máximo del combate un gran puesto de clasificación de heridos. Más de mil hombres que sufrían toda clase de heridas terribles, quemados, mutilados, atravesados, o ahogándose, o muriéndose, iban siendo clasificados con arreglo a sus desgracias en los diferentes locales del convento de Merville. A la entrada era incesante la llegada y partida de ambulancias, cada coche con sus cuatro o cinco seres humanos destrozados y torturados; desde la salida trasera iban entregándose los cadáveres, a breves intervalos, a un equipo de sepultureros que no cesaba de trabajar. Una sala estaba llena a rebosar de casos considerados sin esperanza, que era inútil transportar a otra parte y cuyo estado irreparable les excluía de toda prioridad en intervenciones quirúrgicas. Otras contenían heridos que podían ser trasladados, todos sufriendo, pero en general con moral elevada: a estos se les daba una taza de té y un cigarrillo y se les sometía a otro largo viaje en ambulancia. En la puerta de la sala de operaciones se apretujaba una fila ininterrumpida de casos críticos y urgentes; esta puerta estaba abierta de par en par y al pasar contemplé el terrible espectáculo de una trepanación. Por todas partes se veían sangre y vendajes ensangrentados. Afuera, en el claustro, el atronar del cañoneo proclamaba que el proceso de muerte y mutilación seguía su curso.

También llegó en estos días la noticia del hundimiento del Lusitania. Hacia algunos meses, este transatlántico gigante había reanudado definitivamente el servicio de pasajeros y había hecho varias travesías como tal, en uno y otro sentido, a través del Atlántico. En la primera semana de mayo, volvía de Nueva York a Liverpool, llevando a bordo unos 2.000 pasajeros, británicos y americanos, ninguno de ellos combatiente. En su cargamento iba incluida una pequeña cantidad de municiones de fusil y de cañón, que pesaban en total 173

toneladas. Antes de su salida, circularon por Nueva York anuncios de que iba a ser hundido, rumores que se atribuyeron más tarde al Gobierno alemán. El 4 y 5 de mayo, cuando se iba acercando a las islas Británicas, se señalaron submarinos alemanes hacia la entrada sur del canal de Irlanda, y dos buques mercantes fueron hundidos. El 6 se tuvieron nuevos datos de la actividad de los submarinos en esta zona y, en consecuencia, y por la emisora del Almirantazgo en Valentia, se transmitieron avisos repetidos y concretos.

A todos los buques británicos

6 de mayo de 1915

12.05

Evitar los promontorios. Pasar a toda velocidad por delante de los puertos. Enfilarse por el centro del canal. Hay submarinos a la altura de Fastnet.

Al Lusitania

6 de mayo de 1915

19.50

Submarinos en acción a la altura de la costa sur de Irlanda.

A todos los buques británicos

7 de mayo de 1915

11.25

Submarinos en acción en la parte sur del canal de Irlanda. Se ha avistado uno por última vez al sur del faro de Coningbeg. Asegurarse de que el Lusitania recibe el aviso.

Al Lusitania

7 de mayo de 1915

12.40

Submarinos a 5 millas al sur del cabo Clear dirigiéndose al oeste cuando fueron vistos a las 10 horas.

Todos estos mensajes fueron recibidos a su debido tiempo.

La instrucción confidencial del Almirantazgo del día 16 de abril contenía, además, el siguiente párrafo:

La experiencia de la guerra demuestra que los vapores rápidos pueden disminuir considerablemente el riesgo de un ataque submarino navegando en zigzag, es decir, alterando su rumbo a intervalos cortos e irregulares, por ejemplo, de diez minutos a media hora. Este sistema es el adoptado casi

invariablemente por los buques de guerra cuando cruzan por una zona que se sabe infestada de submarinos. La velocidad de un submarino en inmersión es muy reducida y le es sumamente difícil adoptar una posición de ataque cuando no puede seguir ni predecir la ruta del buque atacado.

A pesar de estas advertencias e instrucciones de la Sección Comercial del Almirantazgo, el Lusitania iba siguiendo la ruta comercial ordinaria cuando a las dos y diez minutos del 7 de mayo fue torpedeado a 8 millas del Old Head de Kinsale por el submarino alemán U20, mandado por el comandante Schweiger. Recibió dos torpedos, uno que acertó al buque por el centro con una terrible explosión y otro que lo alcanzó por la popa unos minutos más tarde. Se hundió por la proa en 20 minutos arrastrando consigo a 1.195 personas, entre ellas 291 mujeres y 94 niños. Este crimen de lesa humanidad, fruto de la guerra submarina, resonó profundamente en el mundo entero. Estados Unidos, que perdió en él gran número de ciudadanos, se sintió sacudido por la indignación, y en todo el país los elementos más fuertes del pueblo americano esperaron con impaciencia la señal para la intervención armada. Tal señal no se dio y la guerra continuó su vaivén destructivo, pero desde entonces los amigos de los aliados en Estados Unidos dispusieron de un arma contra la que nada podía la influencia alemana, y ante la cual, y después de un aplazamiento lamentable, la política de insensibilidad tenía al fin que sucumbir.

Desde los primeros momentos comprendí el alcance de esta tragedia y el horror que significaba. Cuanto más se piensa en la historia de la guerra mejor se ven surgir sus severas lecciones destacándose del tumulto y de la confusión de los hechos. En dos ocasiones supremas, ahogando todo remordimiento, desafiando la conciencia, deliberadamente, con resolución y cálculo siniestros, el Gobierno imperial de Alemania había minado los fundamentos profundos que sostienen la civilización mundial y que mantienen unida a la gran familia humana incluso en medio de sus querellas. Tanto la invasión de Bélgica como la guerra submarina a ultranza fueron adoptadas como únicas medidas que podían proporcionar la victoria, a juicio de sus técnicos: una y otra puede decirse que fueron la causa de su ruina, porque atraieron a la lucha contra Alemania a potencias situadas fuera de su alcance y que destruyeron su fuerza implacablemente. En el primer año de la guerra, nada habría podido privar a Alemania de la victoria militar excepto la invasión de Bélgica; en el año final, nada podía negársela excepto la campaña submarina sin restricciones. No fue el número de sus enemigos, sus recursos o su prudencia, no fueron los errores de sus almirantes o de sus generales en los campos de batalla. Ni la debilidad de sus aliados, ni mucho menos ninguna falta de valor o de lealtad en su población o en sus ejércitos. Fueron solo estos dos grandes crímenes y faltas históricas los que fueron la causa de su ruina y de nuestra salvación.

Entretanto, en el buque almirante de la escuadra de los Dardanelos se estaban desarrollando las más violentas discusiones.

Desde el 18 de marzo se habían formado dos corrientes distintas de opinión en los círculos navales. La escuela impulsiva se había convencido cada vez más de que silenciar los fuertes, dragar los campos de minas y finalmente forzar el estrecho propiamente dicho era una operación perfectamente practicable; no tenían duda alguna de que la escuadra podía abrirse paso hasta el mar de Mármara. Los que opinaban así presionaban constantemente al almirante, haciéndole ver que era deber de la flota intentar esta tarea. Apenados hasta lo indecible por las crueles pérdidas sufridas por el ejército, desproporcionadas a lo que se había esperado, no podían soportar, por así decirlo, que la marina permaneciera silenciosa e inactiva después de las órdenes que había recibido y de los preparativos hechos para ella. En consecuencia, empujaron a su jefe a que propusiera al Almirantazgo que se retomara el ataque naval.

Todas estas presiones y el espectáculo de los sufrimientos del ejército produjeron su efecto en un hombre del valor y la calidad del almirante De Robeck. Al final, decidió enviar un telegrama al Almirantazgo expresando su deseo de atacar otra vez con la flota. Este telegrama lleva trazas de muchos redactores de opiniones contradictorias. Pero, en apariencia, como ahora sabemos, todos los que tomaron parte en aquellas conferencias en el Queen Elizabeth creían que a dicho telegrama seguirían órdenes inmediatas del Almirantazgo para emprender la batalla. El comandante en jefe francés, el almirante Guépratte, telegrafió también a su ministro de marina diciendo que esperaba ser lanzado a un ataque decisivo y solicitaba otro buque más potente para reforzar la división francesa. El Estado Mayor de la escuadra y los comandantes de los buques estaban, pues, bajo la impresión de que se iba a adoptar una decisión suprema, por la que estaban dispuestos a hacer frente a todos los riesgos y a soportar todas las pérdidas.

Vicealmirante De Robeck a Almirantazgo

10 de mayo de 1915

Situación en la península de Gallípoli:

El general Hamilton me informa que el ejército está detenido; se acerca a Achi Babá con saltos de unos centenares de metros en cada ataque. Amenaza una situación parecida a la del norte de Francia. Se plantea la situación indicada en mi telegrama núm. 292:

«Si el ejército es detenido en su marcha a Kilid Bahr, la cuestión de si podría la escuadra forzar los estrechos dejando los fuertes intactos depende por completo de esta otra cuestión: si la flota apoyaría mejor al ejército en su

marcha hacia los estrechos quedándose delante de Chanak con sus comunicaciones intactas, o si lo haría mejor desde el otro lado, aun quedando incomunicada».

La ayuda que ha podido prestar la marina al ejército en su avance no ha sido tan grande como se había esperado, aunque haya logrado apagar el fuego de las baterías enemigas. Cuando se trata de trincheras y ametralladoras, la escuadra es de poca aplicación y es precisamente este obstáculo el que ha detenido a las tropas.

Juzgando por el vigor de la resistencia enemiga, es improbable que el paso de la escuadra al mar de Mármara resulte decisivo y es igual de improbable también que los estrechos vuelvan a cerrarse detrás de la flota. Esto no será de mucha importancia siempre que la resistencia enemiga pueda ser superada a tiempo, evitando así la retirada forzosa de los barcos por falta de aprovisionamiento.

El apoyo del ejército en su avance, caso de que la escuadra penetre en el mar de Mármara, será confiado a los cruceros y a cierto número de acorazados de tipo anticuado, incluyendo en ellos a algunos franceses, buques que no son adecuados para un bombardeo serio de los estrechos. Se sobreentiende que tal apoyo será mucho menos efectivo que el proporcionado hasta ahora por la escuadra completa.

La moral del ejército turco de los Dardanelos indica que el forzamiento del estrecho y la aparición subsiguiente de la escuadra en aguas de Constantinopla no serán por sí mismos acontecimientos decisivos.

Los puntos a decidir parecen ser:

1. ¿Puede la escuadra, forzando la entrada a los Dardanelos, asegurar el éxito de las operaciones?
2. ¿En caso de que la flota sufriera un revés, que necesariamente sería serio, quedaría el ejército en una situación tan crítica que pondría en peligro el conjunto de las operaciones?

Este mensaje merecía un estudio muy detenido. Evidentemente, tenía por objeto solicitar una decisión sobre la cuestión de renovar el ataque naval para forzar los estrechos. En él, el almirante De Robeck sopesaba los pros y los contras, insistiendo en realidad sobre los últimos. Pero al mismo tiempo se declaraba firmemente dispuesto a hacer la tentativa si el Almirantazgo daba la orden. Su telegrama me ocasionó mucha preocupación. Personalmente, estaba como siempre a favor de una reanudación del ataque naval, pero la situación en este momento era muy distinta de lo que había sido en marzo y abril y, de acuerdo con la decisión tomada por el almirante De Robeck el 22 de marzo, estábamos siguiendo otra línea de conducta. Tres sucesos importantes habían

tenido lugar:

1.El ejército había desembarcado en la península de Gallípoli con pérdidas de unos 20.000 hombres. El ataque había sido detenido, pero lord Kitchener me había dicho que pensaba reforzarlo con el cuerpo de ejército entero que había pedido sir Ian Hamilton. El desembarco a viva fuerza había sido siempre la parte más temida de la operación y una vez que se había logrado parecía que, al no haber sido capaces los turcos de evitarlo, tampoco podrían impedir el futuro avance del ejército, si los grandes refuerzos que estaban disponibles le llegaban rápidamente. Había esperanzas razonables, en aquel momento, de poder llevar a feliz término las operaciones militares, caso de que estos refuerzos llegaran con prontitud.

2.Italia estaba a punto de entrar en la guerra, y el tratado naval angloitaliano que acabábamos precisamente de firmar nos obligaba a enviar al Adriático cuatro acorazados y cuatro cruceros ligeros que habían de unirse a la flota italiana. Yo me había comprometido a esto basándome en la renuncia definitiva del general De Robeck a un ataque naval y en que el avance había de ser logrado por el ejército. La retirada de aquellos navíos de la escuadra del almirante De Robeck, aunque mitigada por los refuerzos franceses, era incompatible con una decisión de intentar un esfuerzo a fondo, y hasta desesperado, de forzar los Dardanelos solo con la flota.

3.Acababa de presentarse el suceso que tanto tiempo habíamos temido: habían aparecido submarinos alemanes en el Egeo. Uno o dos y hasta quizá tres habían sido señalados en distintos puntos próximos a los Dardanelos. La situación del Queen Elizabeth se hacía con ello terriblemente peligrosa y la seguridad de la escuadra entera de los Dardanelos quedaba afectada en una medida que todavía no podíamos calcular exactamente. Aparte de ello, si conseguía la escuadra forzar el paso y llegar al mar de Mármara, se vería allí inquietada por estos submarinos, y aunque el hecho en sí no fuera un obstáculo decisivo, la acción de la flota se vería perturbada. Además, si los estrechos se cerraban detrás de ella, su potencialidad estratégica se encontraría ciertamente muy reducida en duración.

En relación a todo lo anterior, con el ejército en tierra y terriblemente empeñado, las responsabilidades de la flota habían aumentado enormemente. Como decía con amargura el almirante Oliver: «El 18 de marzo, la flota era soltera, pero ahora tiene un cónyuge en la playa».

Todas estas consideraciones estaban presentes en mi espíritu y al acumularse ejercían sobre mí un gran efecto. En mi opinión, si el almirante De Robeck insistía en querer realizar un ataque decisivo, era posible volver a crear en pocas semanas las condiciones que le permitirían hacerlo. Nuestros recursos navales eran enormes y aumentaban día a día. Para mediados de

junio, podíamos haber proporcionado a su escuadra una fuerza mayor que la anterior y preparado en todos sus detalles la operación. Además, para entonces, habríamos sabido ya a qué atenernos con los submarinos alemanes del mar Egeo y en cuánto podía estimarse su amenaza. Pero, de momento, los argumentos en contra de la acción naval decisiva eran muy poderosos.

Por otra parte, yo quería realizar una operación de alcance limitado: quería que la escuadra atacara a los fuertes de los estrechos para comprobar así su supuesta escasez de municiones; y bajo la protección de esta acción deseaba que se dragara y eliminara el campo de minas de Kephez. Estas operaciones eran perfectamente factibles en este momento, puesto que las unidades de dragaminas estaban bien organizadas y la escuadra de los Dardanelos, aunque reducida, era todavía lo bastante fuerte para tal propósito. La eliminación del campo de minas de Kephez representaría ya de por sí un comienzo de amenaza para las comunicaciones que el ejército turco estaba construyendo en la península. Pero, entretanto, yo veía que lord Fisher estaba muy agotado y sus setenta y cuatro años le pesaban fuertemente. Durante mi ausencia en París, para las negociaciones del tratado naval angloitaliano, había manifestado síntomas de gran depresión nerviosa, sin ocultar su inquietud por haber quedado solo a cargo del Almirantazgo. No cabe duda de que el viejo almirante estaba abrumado hasta el límite por la enorme presión de las circunstancias y por el curso que habían tomado los acontecimientos. El telegrama del almirante De Robeck lo turbó profundamente, pues estaba ya esperando verse enfrentado con la decisión que más odiaba y temía: la de tener que dar la orden de renovar la batalla naval y llevarla hasta un resultado definitivo.

En la mañana del día 11 discutimos juntos la situación. Traté varias veces de convencerlo de que no deseaba otra cosa que barrer el campo de minas de Kephez bajo el pretexto de un nuevo ataque a los fuertes de los estrechos, sin intención alguna de hacer un esfuerzo decisivo para forzarlos y penetrar en el mar de Mármara. No conseguí, sin embargo, disipar sus inquietudes, pues, sin duda, comprendía que, si la operación tenía éxito, las voces que exigían el ataque decisivo en una etapa posterior quedarían enormemente reforzadas, lo que, desde luego, era cierto. El campo de minas de Kephez venía a ser, pues, su primera línea de defensa, como lo era para los turcos. El mismo día, después de nuestra conversación, me remitió lord Fisher una nota firmada en que «se veía obligado a su pesar» a presentar un nuevo y firme resumen de sus puntos de vista sobre la operación de los Dardanelos, y en la que llegaba a la conclusión de que no podía

bajo ningún concepto suscribir ninguna orden para que el almirante De Robeck emprendiera un nuevo intento de forzar los Dardanelos hasta que las orillas hubiesen sido efectivamente ocupadas... Deseo, pues, se entienda

claramente que no quiero asociarme en modo alguno a ningún proyecto de esta clase.

Le respondí el mismo día que nunca recibiría de mí ninguna propuesta de forzar los Dardanelos por sorpresa, y que en este punto estaba plenamente de acuerdo con él. Pero volví a insistir en la posibilidad de que el almirante De Robeck se viera obligado a entrar en lucha con los fuertes y a dragar el campo de minas de Kephez como apoyo a las operaciones del ejército. Expresando de nuevo mi esperanza de que, ante cualquier decisión efectiva, nos encontraríamos siempre unidos, apelé finalmente a él diciendo:

[...] Nos encontramos comprometidos en una de las operaciones anfibias más grandes de la historia. Usted se ha comprometido en absoluto a ella, y para conseguir la victoria necesitamos camaradería, espíritu de inventiva, firmeza y paciencia, todo en grado máximo [...]

Al día siguiente me volvió a escribir diciendo que como mi respuesta no repudiaba concretamente la idea del ataque naval al campo de minas antes de que el ejército hubiera ocupado las orillas del estrecho, él había enviado al primer ministro copia de la nota que me había dirigido.

En cuanto a su observación de que estoy absolutamente comprometido, solo tengo que decirle que usted sabe muy bien, como sabe también el primer ministro, que mi asentimiento, arrancado de mala gana, no se extendía en modo alguno a llevar el proyecto hasta el extremo de repetir el ataque del 18 de marzo antes de que el ejército hubiera realizado su misión.

Se ve así que, después del 22 de marzo, no llegaron nunca a ponerse de acuerdo para el ataque el Almirantazgo y el comandante en jefe de la escuadra. El día 21, todos estaban conformes, pero después, cuando uno tenía ardor, el otro se sentía helado. El 23 y 24 de marzo, el Almirantazgo, sin dar la orden categórica, presionaba fuertemente para que se hiciera el ataque, y el almirante, desde el teatro de la lucha, dijo: «No». El 10 de mayo era el almirante quien quería y fue el Almirantazgo quien dijo: «No». Más tarde, el 18 de agosto, bajo la impresión del desastre de la bahía de Suvla, el Almirantazgo suscitó de nuevo la cuestión y autorizó al almirante para emplear sus acorazados viejos sin restricciones y el Almirante respondió con una negativa razonada, pero categórica. Por fin, al sobrevenir la evacuación final, el almirante Wemyss, que había avanzado en la cadena de mando, provisto de planes trazados por el comodoro Keyes hasta sus más pequeños detalles para el forzamiento de los estrechos, solicitó con vehemencia que se aprobara su ejecución y esta vez fue el Almirantazgo quien rehusó.

Las malas noticias que llegaban en este momento de Rusia, de Francia y de los Dardanelos, y la impresión que había recogido mientras estuve con el ejército me indujeron a dirigir la siguiente nota circular a todos los

departamentos del Almirantazgo:

Al secretario de marina y miembros del Consejo

11 de mayo de 1915

Infórmese a todos los jefes de los departamentos del Almirantazgo que, por el momento, es de creer que la guerra no terminará antes del 31 de diciembre de 1916. Todas las previsiones y planes del Almirantazgo han de ser preparados en este supuesto y han de estudiarse todas las medidas que ayuden al desarrollo de nuestro poder naval que puedan llegar a hacerse efectivas antes de la citada fecha. Ello rige sobre toda clase de cuestiones acerca de personal, embarcaciones, armamento y aprovisionamientos, así como a la organización y conservación de la flota y de los arsenales. Todo ello ha de adaptarse a un período prolongado de progresivo aumento de nuestra potencia bélica sin que resulten por eso esfuerzos exagerados. Espero propuestas de todos los departamentos sobre el desarrollo y ampliación de sus actividades.

W. S. C.

En la noche del día 12 de mayo fue torpedeado y hundido en los Dardanelos el Goliath, por un destructor turco con tripulación alemana. Este suceso determinó a lord Fisher a traer de nuevo a la metrópoli al Queen Elizabeth y me dirigió a este efecto una petición muy enérgica. No opuse la menor objeción: los dos primeros monitores armados con cañones de 35,6 cm, llamados Stonewall Jackson y Admiral Farragut, estaban ya listos, y convinimos con el primer lord naval que el Queen Elizabeth regresaría en cuanto ellos y otros monitores, así como dos acorazados antiguos de la clase Duncan y cierto número de buques adicionales fueran enviados para sustituirlo. Quedó muy aliviado con ello y me lo agradeció profundamente. La situación recíproca en que nos encontrábamos lord Fisher y yo resultaba muy penosa: él deseaba a toda costa terminar con las pérdidas y salir de aquel maldito asunto; yo estaba obligado, tanto por propia convicción como por un deber de honor, a sostener la empresa y apoyar hasta el final al ejército empeñado en la lucha.

Pero en este momento era necesario dar la noticia a lord Kitchener. Lo invité a una reunión en el Almirantazgo, en la tarde del día 13 de mayo; nos sentamos alrededor de la mesa octogonal, colocándose lord Kitchener a mi izquierda, y lord Fisher a mi derecha, junto con varios jefes de alta graduación. En cuanto se dio cuenta lord Kitchener de que el Almirantazgo pensaba retirar el Queen Elizabeth, se irritó extraordinariamente, perdiendo su calma habitual que solía conservar en las pruebas más difíciles: protestó con vehemencia de lo que consideraba como un abandono del ejército en el momento más crítico. Entonces, del lado opuesto, lord Fisher se puso aún más furioso: «El Queen Elizabeth volvería, y volvería inmediatamente; si no se le daba la orden

aquella misma noche, él abandonaría en el acto el Almirantazgo». Si se pudieran haber trocado en aquel momento las posiciones de aquellos dos jefes eminentes, dar a lord Kitchener la misión de hacer cumplir su deber al Almirantazgo y enviar a lord Fisher al Ministerio de la Guerra para apresurar el envío de refuerzos, los dos habrían quedado satisfechos y todo habría terminado bien. Pero esta solución estaba más allá de mi alcance y tuve que limitarme a apoyar al primer lord naval, haciendo los mayores esfuerzos para explicar a lord Kitchener que los monitores rendirían el mismo servicio con menos riesgo para nuestro poder naval; le enumeré los buques que iban a enviarse y le garanticé solemnemente, con el apoyo del Estado Mayor naval, que estábamos dispuestos a sostener al ejército con los medios más eficaces. Creo que al salir se había tranquilizado hasta cierto punto.

Con arreglo a esto, convinimos con lord Fisher en enviar una serie de telegramas. Dimos orden al almirante De Robeck de hacer partir al Queen Elizabeth para Gran Bretaña con toda urgencia y el mayor secreto; lo informamos de que se le reunirían enseguida el Exmouth y el Venerable y de que, antes de fin de mes, dispondría de los dos primeros monitores, que eran la última tecnología como buques para efectuar bombardeos, compensando con creces su presencia la baja del Queen Elizabeth. Se le enviarían los primeros seis monitores así que estuviesen listos. En cuanto la escuadra francesa bajo su mando, hubiera sido incrementada hasta seis buques de línea, pero tenía que enviar con el mayor secreto a los acorazados Queen, London, Implacable y Prince of Wales a las órdenes del contraalmirante Thursby en Malta, en disposición de prestar servicio en el Adriático con la escuadra italiana, de acuerdo con las previsiones del tratado naval angloitaliano. Igualmente informamos al almirante De Robeck de que se consideraba pasado el momento de un ataque naval independiente para forzar los estrechos y que tal momento no podía presentarse de nuevo en las circunstancias presentes, por lo que su misión había de limitarse a apoyar el avance del ejército.

Enviados estos telegramas, que iban a ser los últimos que redactábamos juntos, lord Fisher y yo nos despedimos hasta el día siguiente.

XXXII

La caída del Gobierno

La sesión del Consejo de Guerra del 14 de mayo resultó tempestuosa. Tuvimos que enfrentarnos al hecho de que el ejército de sir Ian Hamilton había sufrido una parada definitiva en la península de Gallípoli, donde quedaba aferrado en condiciones peligrosas, siendo difícil reforzarlo y todavía más

difícil retirarlo. La flota había vuelto a su situación pasiva; lord Fisher había insistido en retirar al Queen Elizabeth; los submarinos alemanes estaban a punto de penetrar en el mar Egeo, donde se encontraban las enormes concentraciones de buques auxiliares necesarias para las operaciones de los Dardanelos sin ninguna protección eficaz. Al mismo tiempo, se sabía ya con certeza que los ataques británicos en Francia sobre la cresta de Aubers habían fracasado: el ejército de sir John French había perdido cerca de 20.000 hombres sin resultados apreciables y, naturalmente, el Gran Cuartel General reclamaba nuevos suministros de hombres y municiones. La crisis de los proyectiles de cañón había alcanzado su clímax (aquella misma mañana daba cuenta el Times de la penuria) y tras ella venía otra crisis política de primer orden: la debilidad y el fracaso de Rusia se hacían más patentes cada mes. Una intensa ansiedad y un extraordinario malhumor, ambos disimulados bajo la cortesía de los modales, fueron las características de la discusión.

Tomó la palabra lord Kitchener que expresó sus quejas en un tono de solemnidad impresionante. Dijo que había sido inducido a participar en la expedición de los Dardanelos en la seguridad dada por la marina de que ella forzaría el paso; y en cambio resultaba que esta abandonaba la empresa. Su decisión había sido influida muy especialmente por las cualidades excepcionales del Queen Elizabeth, y este buque iba a ser retirado; iba a ser retirado en el preciso momento en que él había comprometido a su ejército en una gran operación sobre la península de Gallípoli, y este ejército se hallaba luchando por su vida con el mar a la espalda. En este momento interrumpió lord Fisher para decir que, por su parte, se había opuesto a la operación de los Dardanelos desde el principio, y que tanto el primer ministro como lord Kitchener lo sabían bien; esta significativa intervención fue acogida en silencio. El secretario de Guerra prosiguió entonces pasando revista a los otros teatros de operaciones en una forma sumamente pesimista. El ejército de Francia estaba consumiendo proyectiles de cañón a una velocidad que no se había exigido nunca de los servicios militares. Los pedidos de municiones de todas clases iban siendo recibidos todos con retraso. Por otra parte, la debilidad creciente de Rusia podía permitir a los alemanes en un momento dado trasladar tropas al Oeste y emprender de nuevo la ofensiva contra nosotros. Y por último, pasó a extenderse sobre los peligros de una invasión. ¿Cómo podía él predecir lo que podía pasar? Gran Bretaña debía ser defendida a toda costa y tanto más si los otros asuntos iban mal. En tales circunstancias se veía obligado a negar a sir John French las cuatro divisiones que le había prometido, las cuales habían de ser reservadas para la defensa de la metrópoli.

Cuando hubo terminado, todo el Consejo se volvió hacia mí, o más bien, contra mí. Yo entonces hablé basándome en la serie de argumentos que a estas alturas conoce ya el lector y que constituyen el fondo de este libro. Si se hubiera sabido tres meses antes que se dispondría en mayo de un ejército de

80.000 a 100.000 hombres para atacar los Dardanelos, nunca se habría pensado en emprender la ofensiva con la escuadra sola. Pero, aunque las cosas habían ido mal en muchos aspectos y se habían sufrido grandes desilusiones, no había razón para desanimarse ni alarmarse, ni mucho menos para presentar las cosas peor de lo que eran o para tomar decisiones de un modo irreflexivo. Las operaciones navales en los Dardanelos no se apoyaban ni se habían apoyado nunca sobre el valor exclusivo del Queen Elizabeth, y habían sido planeadas antes de que se supiera que iba a participar en ellas. En estos momentos tenía que ser retirado por el peligro que suponían los submarinos para un buque tan valioso, pero sería reemplazado por monitores y otros buques de trazado especial, mucho más apropiados, desde todos los puntos de vista, para operaciones de bombardeo y mucho menos expuestos, además, al ataque de los submarinos. El apoyo naval al ejército no sufriría, pues, lo más mínimo; no tenía objeto exagerar el valor del Queen Elizabeth, o suponer que una operación de tal magnitud podía depender de un simple navío. En cuanto a la penuria de municiones, se desvanecería por sí misma si aplicábamos el máximo esfuerzo a su fabricación y no nos embarcábamos al mismo tiempo en ofensivas prematuras, cuando no se disponía aún de la debida superioridad en hombres, cañones y pertrechos. Y, por último, ¿qué significaban aquellas alarmas sobre una invasión? El Almirantazgo no creía posible ningún desembarco de fuerzas importantes y mucho menos que, si llegaba a efectuarse, pudiera ser sostenido y alimentado. ¿Qué motivos había para suponer que el enemigo, empeñado en estos momentos a fondo en un esfuerzo en el Este contra Rusia, daría de repente media vuelta para traer tropas a Occidente con el fin de invadir a Inglaterra o atacar el frente francés? ¿Y cuántas fuerzas podría traer y qué tiempo tardaría en ello? Mejor era poner fin a las ofensivas inútiles en el frente occidental hasta que estuvieran dispuestos los nuevos ejércitos y acumuladas las municiones, y concentrar en cambio los refuerzos disponibles contra los Dardanelos, dándoles todas las municiones necesarias para lograr allí algo decisivo en el mínimo tiempo posible. Había que desechar aquellos temores sobre la invasión de una isla que no estaba ya desprovista de tropas como en 1914, sino erizada de soldados y guardada por una flota más fuerte en proporción de lo que era al principio de la guerra, y con fuentes de información con las que nunca antes se había soñado. Se podían mandar a sir John French las nuevas divisiones que había pedido, si bien a condición de permanecer a la defensiva en Francia.

No cito las mismas palabras de los oradores, sino su sentido, que aparece claramente en los resúmenes de las actas del Consejo. Estas consideraciones parecieron ejercer una impresión clara sobre el mismo. Nos separamos sin que se tomara decisión alguna, pero mis argumentos resultaron adoptados casi en su totalidad por el Gobierno de coalición que se formó pocas semanas más tarde, y cada uno de los supuestos sobre los que descansaban fue confirmado

por los sucesos. La partida del Queen Elizabeth no perjudicó al apoyo naval del ejército de Gallípoli ni a su aprovisionamiento por mar. Las ofensivas británicas y francesas en el Oeste siguieron fracasando durante los tres años siguientes, cada vez con mayor carnicería y destruyendo estérilmente nuestros nuevos ejércitos. Los alemanes no detuvieron ni podían detener su ataque contra Rusia, que se hallaba precisamente en vísperas de alcanzar su máxima intensidad; no se volvieron hacia el Oeste ni les fue materialmente posible hacerlo en muchos meses. No invadieron Inglaterra: no habían pensado en hacerlo en esta época ni lo hubieran podido hacer aunque hubieran querido.

No obstante, iban a ocurrir entonces en el mundo político de Gran Bretaña sucesos que destruirían fatalmente las esperanzas de triunfar en los Dardanelos y excluirían toda posibilidad de que la guerra terminara rápidamente.

Después de la sesión, escribí al primer ministro la carta que sigue y que creo señala exactamente mi posición:

De míster Churchill al primer ministro

14 de mayo de 1915

He de solicitar de usted que tome nota de la afirmación hecha por lord Fisher de que «está en contra de la operación de los Dardanelos y lo ha estado siempre», pues estas u otras muy parecidas han sido sus palabras. El primer lord naval ha dado su consentimiento por escrito a cuantas órdenes telegráficas se han dictado sobre la dirección de las operaciones y, si estas hubieran obtenido un éxito inmediato, el mérito habría recaído sobre él. Pero no me quejo por ello. Tengo un gran afecto por este viejo amigo y es para mí un gran placer colaborar con él. Creo, además, que estos sentimientos son recíprocos. Lo que quiero decir es que puede llegar el momento durante estas operaciones en que el almirante y el general que se hallan sobre el terreno quieran y soliciten hacer correr el riesgo a la escuadra en vistas a un esfuerzo decisivo. Si yo estoy de acuerdo con ellos, aprobaré su plan y en este caso no puedo admitir que paralice mi acción el veto de un amigo que, cualquiera que sea el resultado, insistirá en repetir que «siempre estuvo en contra de los Dardanelos».

Comprenderá usted que, en un asunto de esta clase, ha de haber alguien que asuma la responsabilidad. Estoy dispuesto a hacerlo yo, siempre que sea mi decisión la que se siga, no en caso contrario.

También resulta molesto no saber lo que Kitchener quiere hacer o no quiere hacer en el asunto de los refuerzos. Estamos absolutamente en sus manos y nunca le vi de un humor más raro ni menos razonable. Kitchener querrá castigar al Almirantazgo por haber retirado al Queen Elizabeth, suprimiendo a Hamilton sus divisiones, y por su parte Fisher quiere tener aquí

al Queen Elizabeth, si ha de continuar en funciones.

A través de todo ello y con paciencia y firmeza hemos de seguir nuestro camino hacia uno de los acontecimientos más grandes de la historia mundial.

Pero quiero que vea usted claramente que un hombre que dice: «declino toda responsabilidad ante un fracaso» no puede ser el árbitro de las medidas que se consideren necesarias para asegurar el éxito.

Pasé la tarde completando mis propuestas sobre los refuerzos navales para los Dardanelos y sobre el transporte de las dos divisiones que tenía entendido que iban a ser enviadas inmediatamente a sir Ian Hamilton.

Aunque no podía haber muchas dudas sobre qué refuerzos navales eran los necesarios, no quise que la propuesta cayera sobre lord Fisher como un mazazo y en consecuencia pasé a su despacho a última hora de la tarde para discutir con él el conjunto de la situación. Nuestra conversación fue amistosa; no opuso objeciones a ninguna medida en particular pero, como siempre, se manifestó disgustado por la incesante y creciente sangría abierta en nuestros recursos y por el giro dado a la campaña por las peticiones cada vez mayores de los Dardanelos. Entonces le dije que no me parecía correcto por su parte obstruccionar las medidas indispensables que había que tomar en los Dardanelos, para luego, si ocurría un fracaso, poder decir «yo ya lo dije, yo siempre me opuse a esta empresa». Me miró de una manera rara y respondió: «Creo que tiene razón; no es correcto». No obstante, aceptó las notas y nos separamos amistosamente.

Dentro de este período extraordinario en el que las situaciones de gran tensión se sucedían con rapidez vertiginosa, todavía iba a sobrevenir otro acontecimiento. Siguiendo el sistema que había adoptado desde que entrara lord Fisher en el Almirantazgo, volví de nuevo a mi despacho a las diez de la noche para reanudar el trabajo. La crisis política en Italia estaba en aquel momento en su punto culminante. El Gobierno italiano acababa de dimitir, a causa de la oposición a que Italia entrase en la guerra, y en consecuencia este éxito político brillante, que quince días antes nos había parecido casi asegurado, aparecía otra vez dudoso. Un poco antes de medianoche solicitó hablar conmigo el agregado naval italiano, oficial ardientemente afecto a la causa de los aliados; le acompañaba el almirante Oliver, que traía una carpeta. El agregado manifestó que la situación incierta y agitada que reinaba en Roma hacía necesario que los arreglos previstos la semana anterior en París para la cooperación naval fueran puestos en práctica inmediatamente. Según estos arreglos teníamos que enviar entre otras cosas cuatro cruceros ligeros, que tenían que estar en Tarento al amanecer del 18, para reforzar la escuadra italiana del Adriático. El agregado naval proponía que se acelerase esta llegada, pues, si llegaban en la mañana del 16, la cooperación efectiva entre

Gran Bretaña e Italia sería un hecho consumado que podría muy bien resultar decisivo.

Como era yo mismo el que había negociado la convención naval con Italia, estaba desde luego perfectamente enterado de todos los detalles, y me había ya procurado la conformidad del primer lord naval para todos sus términos, incluido el envío de los cuatro cruceros, los cuales habían sido ya designados. La inicial verde de Fisher, dirigiendo sus movimientos, destacaba en la segunda página del legajo. En el hecho de anticipar dos días la partida de los cruceros, no iba envuelta ninguna cuestión de principio, por lo que esta medida no entraba en el convenio de cooperación que habíamos establecido Fisher y yo, según el cual no adoptaríamos ningún paso importante sin consultarnos previamente. Ni por un momento se me ocurrió que pudiera considerarse así, ni tampoco el jefe del Estado Mayor hizo referencia alguna de que tuviéramos que despertar al primer lord naval. Cuando empezara a escribir sus cartas a las cuatro de la mañana, encontraría allí la carpeta. Aprobé por lo tanto el envío inmediato de los cruceros y escribí al margen, como en tantas otras ocasiones: «Al primer lord, para su conocimiento, después de cumplimentado».

Durante más de diez años creí que fue esta frase la que prendió fuego al polvorín. Pero hoy sabemos por los biógrafos de lord Fisher que no conoció la nota italiana hasta después de haber dimitido. El almirante Bacon, en su *Life of lord Fisher*, y basándose en una comunicación directa del capitán Crease, declara explícitamente que la «última gota» fue que propuse al primer lord, por la noche, el envío a los Dardanelos de otros dos submarinos, además de los refuerzos que habíamos convenido por la tarde. Si ello es así, el pretexto no deja por esto de ser bien nimio. La causa que había detrás del pretexto era de principio, como habrá visto ya el que vaya leyendo estas páginas. El viejo almirante, al despertar por la mañana, se encontró de nuevo frente a la propuesta de envío de refuerzos a los Dardanelos, a la que sabía que no podía oponerse. Se vio envuelto cada vez más en una empresa que le disgustaba y en la que no tenía confianza; veía la empresa ya tambaleándose y en vísperas del fracaso; veía a un ministro civil, al que por lo demás estaba ligado por una buena amistad, haciéndose cada día más exigente e imponiéndole cada vez más concesiones sobre todo lo que era necesario para sostener aquella maldita operación; veía el terrible descontento del Partido Conservador por la penuria de municiones y por la dirección general de la guerra, y veía, por otra parte, al frente del Ministerio de la Guerra a un mariscal vestido de uniforme, mientras él, cuyo nombre era una consigna para la nación, se encontraba relegado a un lugar secundario, ligado a él por razonamientos y presiones que nunca había podido resistir, pero que le producían un profundo resentimiento, y obligado a hacerse responsable de unas operaciones por las que sentía una inmensa repugnancia. El momento había llegado.

Cuando desperté el día siguiente, un sábado por la mañana, me extrañó no recibir carta del primer lord naval, pues acostumbraba casi siempre a escribirme sus impresiones matinales sobre la situación. Hacia las nueve, tuve que ir al Ministerio de Asuntos Exteriores, y allí me entretuve algún tiempo. Cuando regresé, y mientras atravesaba la Horse Guards Parade, se me abalanzó Masterton-Smith con rostro inquieto diciendo: «Fisher ha dimitido y esta vez me parece que va de veras», y me entregó la siguiente nota del primer lord naval:

15 de mayo de 1915

Al primer lord del Almirantazgo:

Después de reflexionar profundamente, he llegado a la lamentable conclusión de que no puedo continuar siendo por más tiempo su compañero en esta empresa. En bien del interés nacional, creo preferible no entrar en detalles (Jowett decía: «no explicar nunca»); baste decir que encuentro cada vez más difícil acomodarme a las exigencias cada día mayores de los Dardanelos, para satisfacer su punto de vista. Como dijo usted mismo ayer certeramente, me encuentro constantemente oponiendo mi veto a sus propuestas. Y esto no es obrar bien con usted, además de ser para mí extraordinariamente desagradable. Me voy de inmediato a Escocia, para evitar toda clase de preguntas.

Suyo siempre,

FISHER

No obstante, al principio no la tomé en serio; recordaba una carta similar, redactada a principio de año y en ocasión de los ataques aéreos en los términos más irrevocables; y, además, durante los últimos cuatro o cinco meses y por escrito o de palabra, había amenazado con dimitir por toda clase de motivos, grandes y pequeños. Estaba, pues, casi seguro de que una conversación amistosa podía solucionar el incidente. Pero, cuando regresé al Almirantazgo, encontré que ya había desaparecido: no estaba en el edificio ni en su casa. Ninguno de los suyos sabía dónde se encontraba, solo que iba a partir inmediatamente para Escocia. Había enviado una comunicación a los otros lores navales, que la estaban entonces discutiendo en una reunión.

Fui entonces a ver al primer ministro y le expliqué lo ocurrido. Míster Asquith envió inmediatamente a su secretaria con una orden escrita para lord Fisher ordenándole en nombre del rey que se reintegrara a su destino. Se tardó varias horas en encontrar al primer lord naval, y este se negó en redondo a volver a entrar en el Almirantazgo ni a desempeñar ningún nuevo cargo, reiterando su propósito de marchar enseguida a Escocia. Al fin, se le pudo persuadir a que fuera a ver al primer ministro, entrevista en la que no estuve yo presente. Cuando hubo concluido, me dijo míster Asquith que creía haber

quebrantado su resolución, pero que el almirante estaba muy trastornado. Me aconsejó que le escribiera y añadió: «Si consigue usted traerlo de nuevo, todo irá bien; si no, nos encontraremos en una situación muy difícil».

Hice todo lo que pude; otras veces le había convencido con mis escritos, pero esta vez todo fue inútil. Me respondió:

USTED QUIERE FORZAR LOS DARDANELOS, Y NADA PODRÁ DISUADIRLE DE ELLO, ¡NADA! Le conozco a usted muy bien. La mejor prueba que he podido darle de mis deseos de colaborar es la de haber permanecido a su lado en este asunto de los Dardanelos hasta este último momento, en contra de la convicción más firme de mi vida, como he afirmado en el memorándum de la Comisión de los Dardanelos.

Usted se queda y YO ME VOY. Es mejor así. Nunca podré olvidar cómo me apoyó jugándose su carrera política, y por mi parte he trabajado de firme para usted cuanto he podido. Pero aquí se trata de un asunto que está por encima de las obligaciones de carácter personal. Le aseguro que resultaría penoso continuar la discusión. He dicho al primer ministro que quiero marcharme y he decidido mantener esta decisión a ultranza. Nada podrá disuadirme. Dice usted de un modo muy sentido que le será una gran pena separarse de mí. Por mi parte, estoy seguro de que en el fondo de su corazón sabe usted muy bien que nadie le ha sido más fiel que yo desde que empezamos a trabajar juntos en octubre. He hecho lo que para mí era más duro...

Era inútil insistir y empecé a buscar nuevas combinaciones. Temía encontrarme con la dimisión en masa de los otros tres lores del mar. Pero, el domingo por la mañana, supe que habían consultado a sir Arthur Wilson y que este les había dicho que era su deber permanecer en sus puestos, pues no existía motivo alguno para dimitir. Este hecho me impulsó a preguntar a sir Arthur Wilson si quería aceptar él mismo la vacante de primer lord naval. Pidió una hora para reflexionar y luego, sorprendiéndome un poco, pero llenándome de satisfacción, me dijo que aceptaba. El domingo a mediodía, estaba, pues, en disposición de reconstituir por completo el Consejo del Almirantazgo y, en consecuencia, marché en automóvil a ver al primer ministro, que se encontraba en el campo. Le dije que la dimisión de lord Fisher era definitiva, y que ponía mi cargo a su disposición por si creía oportuno verificar un cambio. Me respondió: «No, ya he pensado en esto y no lo deseo; pero ¿puede usted formar otro Consejo del Almirantazgo?». Le dije entonces que todos los demás miembros del Consejo querían continuar y que el cargo de primer lord naval había sido aceptado por sir Arthur Wilson. Entendí que el primer ministro aceptaba este arreglo, pero, más tarde, su secretario particular, hablando conmigo, dijo que la situación creada por la revelación de la penuria en municiones y por la dimisión de lord Fisher resultaba tan grave que el

primer ministro pensaba consultar con los jefes del partido unionista sobre las soluciones a adoptar. Comprendí entonces que la crisis no se limitaba solo al Almirantazgo. Míster Asquith me invitó a quedarme y a comer con él y, en medio de nuestras preocupaciones, pudimos aún pasar una tarde deliciosa. Por la noche regresé a Londres.

El lunes por la mañana invité a míster Balfour a que viniera al Almirantazgo. Le dije que lord Fisher había dimitido, que me parecía entender que el primer ministro aprobaba la reconstrucción del Consejo del Almirantazgo con sir Arthur Wilson como primer lord naval, y que este aceptaba el cargo y que todos los demás miembros del Consejo seguían en sus puestos. Dije que si dicho arreglo era aprobado definitivamente aquella tarde por el primer ministro, yo lo anunciaría inmediatamente en la Cámara de los Comunes provocando un debate. Míster Balfour se indignó al conocer la dimisión de lord Fisher; dijo que esto molestaría mucho a sus amigos unionistas y que él mismo iba a prepararles para ello y a calmar su opinión. Su cordialidad y firmeza estuvieron por encima de todo elogio. Por mi parte, empleé el resto de la mañana en preparar mi discurso ante el Parlamento, donde esperaba una lucha seria, pero en la que saldría triunfante. No tenía conocimiento alguno todavía de las violentas convulsiones políticas que se estaban produciendo a mi alrededor y debajo de mí.

Fui a la Cámara con la lista completa de mi nuevo Consejo del Almirantazgo, plenamente dispuesto a hacer frente al debate. Antes de ir a ver al primer ministro visité en su despacho al canciller del Tesoro. Míster Lloyd George me reveló entonces lo siguiente: los jefes de la oposición conocían ya todos los hechos relativos a la falta de municiones y habían anunciado que pensaban provocar un debate; la dimisión de lord Fisher en este preciso momento creaba una crisis política. Míster Lloyd George pensaba que esta crisis solo podía ser resuelta con la formación de un gobierno de coalición nacional y en consecuencia había anunciado al primer ministro que dimitiría por su parte si no se constituía este gobierno inmediatamente. Yo le dije que siempre había sido partidario de un gobierno de esta clase y había abogado por él en todas las ocasiones que se habían presentado, pero que esta vez esperaba que se aplazara su formación hasta que el nuevo Consejo del Almirantazgo estuviese reconstituido y en funciones. Él sostuvo que era preciso obrar inmediatamente.

Entonces visité, como habíamos convenido, al primer ministro, que me recibió con la mayor cortesía. Le presenté mi lista del nuevo Consejo y dijo entonces: «No, esto no es suficiente; he decidido formar un gobierno nacional por coalición con los unionistas y será precisa una reconstrucción mucho más amplia». Me dijo que lord Kitchener iba a dejar el Ministerio de la Guerra y, después de algunas frases de cumplido, añadió: «¿Y qué vamos a hacer con

usted?». Comprendí enseguida que era cosa decidida que yo dejara el Almirantazgo y contesté que podría sucederme míster Balfour sin demasiados problemas, pues durante largos meses lo había hecho confidente de todos nuestros secretos y de cuanto se iba emprendiendo, por lo que su designación parecía ser la más indicada. El primer ministro pareció muy satisfecho con esta sugerencia y comprendí que ya la tenía pensada. Volviendo al asunto personal, me preguntó si preferiría un empleo en el nuevo Gobierno o ejercer un mando en Francia. En este momento entró en el despacho el canciller del Tesoro y el primer ministro le preguntó su opinión. Míster Lloyd George dijo: «¿Por qué no enviarlo al Ministerio de Colonias? Allí hay mucho que hacer». No acepté la idea, y la discusión iba a continuar cuando se abrió de nuevo la puerta y entró un secretario que me entregó el mensaje siguiente: «Masterton-Smith está en el teléfono. Acaban de recibirse noticias muy importantes. Es preciso que vuelva usted enseguida al Almirantazgo». Leí este mensaje a mis dos colegas y los dejé sin añadir una palabra.

Solo necesité cinco minutos para llegar al Almirantazgo. Allí supe que la flota alemana estaba saliendo al completo, con sus tres escuadras de línea, sus dos grupos de exploración y setenta destructores. Un radiograma suscrito por su comandante en jefe contenía la frase «Pienso atacar de día». La crisis política y mi propio destino se borraron casi por completo de mi mente. Al estar ausente el primer lord naval, envié a buscar al almirante Oliver, jefe del Estado Mayor, y al segundo lord naval, sir Frederick Hamilton, y juntos expedimos las órdenes para que se hicieran a la mar la Gran Flota y todas las demás fuerzas disponibles. Estaba dispuesto a empeñar en la batalla toda nuestra potencia naval si se lograba establecer contacto con el enemigo y, si era posible, a cortarle la retirada. A sir John Jellicoe le puse el siguiente telegrama:

Es posible que mañana sea el gran día. Mucha suerte.

Una revisión detallada de nuestras fuerzas disponibles mostraba que la situación en aquellos momentos era excepcionalmente favorable, nuestras reservas estaban al máximo en todos sentidos. Pedí a sir Arthur Wilson y al segundo lord naval, sir Frederick Hamilton, que se quedaran a dormir en mis habitaciones del Almirantazgo, para que estuviéramos dispuestos a actuar concertadamente frente a la crisis que podía surgir al amanecer. Por mi parte, no volví ya a la Cámara de los Comunes, y me quedé permanentemente en el Almirantazgo. A última hora de la tarde, me llegó un sobre rojo del primer ministro con una nota en la que decía que había determinado formar un gobierno de coalición, por lo que pedía a todos los ministros que pusieran sus cargos a su disposición aquella misma noche. Así lo hice y añadí:

Soy completamente partidario de un gobierno nacional y, en una crisis como esta, hay que prescindir por completo de toda clase de intereses o

reivindicaciones personales. En cuanto a mí, sentiré dejar el Almirantazgo, donde he tomado parte en la lucha, pero confío que usted sabrá siempre defender la labor que en él he realizado.

Despachado este asunto, me fui a descansar. Por la mañana, me había preparado para una lucha parlamentaria de las más intensas; por la tarde, para una crisis política que me era fatal, y por la noche, para la batalla suprema en el mar. Para un día solo, ya era bastante.

Con la primera luz del alba volví a la War Room. Desde las tres en adelante, nuestras estaciones radiogoniométricas habían empezado a localizar a la flota enemiga. El buque almirante alemán se hallaba a las dos y nueve minutos de la mañana a 53° 50' de lat. N. y 4° 20' de lon. E., lo que venía a ser unas 126 millas al oeste de Heligoland y a 40 de la isla de Terschelling. Todas nuestras escuadras habían salido: la Gran Flota, con todas sus escuadras y flotillas, marchaba a toda máquina hacia el sur; el comodoro Tyrwhitt con las flotillas de Harwich, reforzadas por los destructores de Dover y apoyadas por 11 submarinos, estaba a la altura de Texel vigilando la parte estrecha del mar del Norte. El enemigo solo podía intentar un golpe eficaz hacia el sur; por ejemplo, contra Calais o Boulogne; si tal era su propósito, las flotillas de Harwich podían atacarlo por la noche, o bien atraerlo en su persecución durante el día hacia el sur, llevándole a una línea de submarinos. Si la flota alemana podía ser entretenida en el sur por cualquier medio, existía la posibilidad de que la Gran Flota le cerrara el camino de regreso a las bases alemanas, o a la altura de Terschelling, o más al este, en la bahía de Heligoland. La situación, al amanecer, iba a ser por lo tanto, durante algún tiempo, de máximo interés.

Hasta las siete no nos llegó ninguna nueva indicación sobre los movimientos del enemigo. Resultó que había alterado el rumbo y se dirigía hacia el sudeste en vez de al oeste. Nos venimos abajo; si no daba otra vez la vuelta, no podíamos contar con cogerlo en la red. Se pasó la mañana entre indicaciones contradictorias. A las nueve, supimos que el crucero ligero alemán Danzig había sufrido un accidente, probablemente por efecto de una mina a 54° 40' de lat. N. y 7° 5' de lon. E.; quedamos consternados, pues esto resultaba mucho más cerca de la costa alemana. Por fin, hacia las diez y media, quedó patente que la flota alemana regresaba a puerto. En realidad y por lo que ahora sabemos, había efectuado su salida para proteger la colocación de un campo de minas en el banco Dogger, cuya existencia comprobamos después de esta fecha. Concluida esta operación, la flota alemana volvió a la bahía de Heligoland antes de que nuestros submarinos pudieran llegar a tiempo de interceptar su ruta. El episodio había concluido: todas nuestras flotas, escuadras y flotillas regresaron malhumoradas para reanudar su larga e incesante vigilancia, mientras yo volvía a la crisis política.

Pero mi hora había ya pasado, y por la tarde, y más aún durante el día siguiente, supe de fuente segura que mi posición se veía cada vez con peores ojos entre los que habían asumido el poder. No fui llamado a sus reuniones, que proseguían por el momento con la mayor animación. Los jefes unionistas al venir en ayuda de la nación en un momento crítico no reclamaban condición política alguna, pero estipulaban para su partido la mitad de los puestos y de la influencia. Míster Asquith tenía, pues, que desprenderse de la mitad de sus antiguos colaboradores. Aquellos cuyos actos en la dirección de la guerra se tenían por causa de tan desagradable situación eran naturalmente objeto de resentimiento en los círculos liberales. El lunes por la noche estaba resuelto que lord Kitchener dejaría el Ministerio de la Guerra para ocupar un cargo elevado parecido al de comandante en jefe; pero el martes se vio que la nación tenía todavía en él demasiada confianza para que pudiera dispensarse ningún Gobierno de su presencia. El miércoles, tranquilizó míster Asquith a la opinión haciendo público que tanto lord Kitchener como sir Edward Grey continuarían en sus respectivos puestos.

Cuando el viernes 21 lord Northcliffe publicó un ataque especialmente violento contra el ministro de la Guerra, surgió un movimiento espontáneo de cólera en muchas partes del país y el periódico ofensivo cayó estrepitosamente en la Bolsa. Habiéndose despertado estas emociones, era natural que la vacante existente en la orden de la Jarretera fuera otorgada a lord Kitchener, que recibió al mismo tiempo el gran cordón de la orden belga de Leopoldo. Su rehabilitación fue, pues, completa y solo yo fui quien quedó expuesto a todos los denuestos y descontentos.

Las heridas físicas más serias no duelen muchas veces en el momento en que son recibidas; existe un intervalo de duración incierta hasta que se renueva la sensación. La sacudida aturde pero no paraliza; la herida sangra pero no duele. Así ocurre también con los grandes reveses y pérdidas de la vida. Antes de darme cuenta de la intensidad con que se había concentrado sobre mí la irritación política, estaba resignado a dejar el Almirantazgo. Pero, el miércoles por la tarde, ocurrió un incidente que me conmovió profundamente: uno de los lores del mar me informó de que sir Arthur Wilson, que ya había asumido con carácter provisional las funciones de primer lord naval, había escrito al primer ministro rehusando desempeñar este cargo con cualquier otro primer lord del Almirantazgo que no fuese yo.

De sir Arthur Wilson al primer ministro

19 de mayo de 1915

Querido míster Asquith:

Ante las referencias dadas esta mañana en la prensa sobre la probable reconstitución del Gobierno, me creo obligado a informarlo a usted de que,

aunque estoy de acuerdo con desempeñar el cargo de primer lord naval bajo míster Churchill, por parecerme este el mejor medio de mantener una continuidad de política naval en las desgraciadas circunstancias que han sobrevenido, no me considero preparado para hacerlo bajo ningún otro primer lord, por ser en este caso el esfuerzo a realizar muy superior a mis posibilidades.

Considéreme sinceramente suyo,

A. K. WILSON

Esta prueba de confianza absolutamente inesperada me dejó abrumado. La reserva del viejo almirante había sido siempre impenetrable y yo no tenía ninguna idea de cómo juzgaba mi obra. Realmente, no había contado nunca con la más ligera aprobación o apoyo de su parte.

Quedé, pues, muy turbado, y entonces se me hizo muy duro dejar el Almirantazgo. En medio de la condenación general, de las violentas censuras de la prensa, de las airadas discusiones de los pasillos parlamentarios y de los reproches de mis propios compañeros, encontraba por fin un juez competente, enterado e imparcial, que, con un acto más significativo que las palabras, pronunciaba un fallo no solo de inculpabilidad, sino de justificación. Yo sabía bien la profunda impresión que, de haberse hecho público, habría producido el acto de sir Arthur Wilson sobre los círculos navales; habría restablecido en un momento la confianza que habían minado los ataques de la prensa, que no se podían contestar. Solo de esta manera podían rechazarse categóricamente las persistentes acusaciones sobre interferencias en la dirección naval de la guerra por parte de un ministro civil temerario e ignorante. Respaldado de este modo, me sentía lo bastante fuerte para llevar adelante hasta lograr el éxito las grandes operaciones que habíamos emprendido. Sentía que, trabajando con Wilson y Oliver, el primer lord naval y el jefe del Estado Mayor, compenetrados como estaban, habríamos restablecido de nuevo aquella unidad de miras, espíritu de camaradería y autoridad superior en las altas esferas del Almirantazgo que eran indispensables para correr los riesgos y realizar los esfuerzos necesarios para la victoria. Pero la información que me había llegado era confidencial y no podía yo hacerla pública, y en cuanto al primer ministro, no creyó oportuno divulgarla.

Tengo la seguridad de que si el primer ministro, en lugar de someterse a las exigencias del canciller del Tesoro para formar un gobierno de coalición, hubiera expuesto ampliamente la situación, tanto militar como naval, ante la Cámara de los Lores y la de los Comunes reunidas conjuntas en sesión secreta, una mayoría importante le habría sostenido tanto a él como a la política que seguía. El relato impresionante de todo lo que había hecho el Ministerio de la Guerra bajo lord Kitchener habría sin duda mitigado en gran parte las quejas

por lo que había dejado de hacer. Por mi parte, estoy seguro de que habría logrado defender con éxito la política del Almirantazgo. Y, por añadidura, el 23 de mayo, dominando nuestras cuestiones interiores, sobrevinía la declaración de guerra de Italia a Austria, en cuyo suceso el primer ministro había tomado personal una parte muy importante. Estoy convencido de que, si hubiera librado la batalla, la habría ganado, y, una vez ganada, podía con dignidad y verdadera autoridad haber invitado a las oposiciones a ayudarlo en vez de ponerle obstáculos. Sobre esta base de confianza, camaradería y respeto, se podía haber formado entonces una verdadera coalición nacional para llevar la guerra adelante y con ello se hubiera ahorrado mister Asquith aquel entreacto de compañeros recelosos, de consejos divididos y más veces aún paralizados, y de oportunidades perdidas que se extendió hasta diciembre de 1916.

Quiero recordar aquí que el Parlamento es la base sobre la que descansan los gobiernos y que, en particular la Cámara de los Comunes, tiene derecho a ser informada y consultada en todos los grandes virajes políticos. El único sistema seguro consiste en que los hombres que se han comprometido como miembros de un gabinete en una política concertada y común se sostengan o caigan juntos por una votación de la Cámara de los Comunes, realizada después de un debate completo. El olvido de estos principios fundamentales condujo a una catástrofe de toda la organización que llevaba la guerra, precisamente en el instante más crítico, pues llevó a dilaciones sobre las medidas a adoptar más urgentes, dilaciones que, como luego se verá, tuvieron consecuencias fatales.

Solo cuando aparecieron, en 1928, las Memorias de mister Asquith, se hizo público el ultimátum que lord Fisher envió al Gobierno. Nada revela con más claridad, casi habría que decir con más crueldad, el estado de angustia mental y de exacerbada excitación en que el esfuerzo de la guerra había sumido al viejo almirante. Nada pinta de un modo más vivo el volcán sobre el que había estado yo viviendo y sobre el que habíamos estado tomando graves decisiones militares y políticas.

He aquí el escrito de lord Fisher:

Si se aceptan las seis condiciones que siguen, puedo garantizar la feliz terminación de la guerra y la total eliminación del peligro submarino.

Deseo añadir también que, desde que en 1885 me ofreció lord Ripon el cargo de lord del Almirantazgo, pero me nombró director de los Servicios de Artillería Naval y Torpedos a petición mía, he venido prestando servicio bajo nueve primeros lores y he pasado en el Almirantazgo diecisiete años, por lo que creo que entiendo algo del asunto.

1. Que mister Churchill deje de formar parte del Gobierno, para que no

pueda seguir haciéndome víctima de sus enredos. Tampoco quiero servir con míster Balfour.

2. Que sir A. K. Wilson deje el Almirantazgo, así como el Comité de Defensa Imperial y el Consejo de Guerra, a fin de que no me haga perder el tiempo con el bombardeo de Heligoland y otros proyectos parecidos. Además, sigue una política completamente distinta de la mía y aceptó el cargo de primer lord naval para sucederme, adoptando así puntos de vista diametralmente opuestos a los míos.

3. Que se renueve totalmente el Consejo del Almirantazgo en lo que se refiere a los lores navales y al secretario administrativo, cargo este último que, por lo demás, es completamente inútil. Medidas nuevas exigen hombres nuevos.

4. Que esté a mi cargo la completa dirección técnica de la guerra naval, juntamente con la jurisdicción exclusiva sobre la flota y la designación de todos los cargos entre oficiales de cualquier jerarquía.

5. Que el primer lord del Almirantazgo se limite exclusivamente a los asuntos políticos y de tramitación parlamentaria, ocupando respecto a mí la misma posición que tiene el miembro del Parlamento míster Tennant al lado de lord Kitchener, y que funciona perfectamente.

6. Que tenga por mi parte la autoridad única y absoluta sobre toda clase de construcciones nuevas, así como sobre las obras que se realizan en los arsenales, de cualquier clase que sean, y la intervención completa en todos los establecimientos civiles que trabajan para la Marina.

(Firmado con la inicial) F.

19 de mayo de 1915

P. S. Hasta ahora he gastado el 60 % de mi tiempo y energía contra nueve primeros lores del Almirantazgo, y en adelante quiero consagrarlos íntegros a la feliz prosecución de la guerra. Tal es la razón única que motiva estas seis condiciones, las cuales deben ser publicadas al pie de la letra para que la Marina conozca mi opinión.

Inútil es decir que a tan pintoresco documento solo se respondió aceptando la dimisión de lord Fisher.

La formación del nuevo gobierno continuaba trabajosamente. Aunque se había convenido entre los jefes de los partidos, mediante lo que se había llamado ingenuamente «pacto del desinterés», que ningún miembro del Parlamento que estuviera sirviendo en el ejército sería incluido en el Ministerio, el ajuste de los partidos y las exigencias personales creaban dificultades en numerosos puntos. Aunque me dejaban aislado en el

Almirantazgo, estuve siempre perfectamente informado de todas las fases de este proceso complicado y nada edificante. No forma parte de mis propósitos descubrir aquí tales manejos: quede su crónica para que la hagan los Greville y los Croker, de los que no se verá libre sin duda la posteridad, ni aun quizá nuestra propia generación.

Fue durante este intervalo cuando tuve el honor de recibir una visita de ceremonia de lord Kitchener. Al principio, no comprendí bien su objeto. En la última reunión del Consejo de Guerra, habíamos discrepado fuertemente sobre muchas materias y, por lo demás, durante aquel entreacto no podía tomarse decisión alguna de importancia sobre asuntos militares o navales. Conversamos acerca de la situación y, después de algunas observaciones de carácter general, me preguntó si era cosa decidida que fuese yo a dejar el Almirantazgo. Le respondí afirmativamente y entonces me preguntó qué pensaba hacer, a lo que tuve que responder que no tenía de ello la menor idea, pues nada se había determinado. Habló muy afectuosamente de nuestra obra común. Evidentemente no tenía sospecha alguna de por cuán poco había escapado a mi destino. Al levantarse para salir, se volvió y dijo con aquel tono solemne y casi majestuoso que era en él característico: «Bueno, por lo menos siempre habrá una cosa que no le podrán negar: la flota estaba preparada», y con esto se marchó. Durante los meses que íbamos aún a estar juntos en el nuevo Gabinete, tuve que disentir de él en muchas ocasiones, contradecirle y criticarle, pero nunca podré olvidar el afecto brusco y la simpatía cortés que le impulsaron a hacerme esta visita.

El día 21 fue decidido que pasara míster Balfour al Almirantazgo y, de acuerdo con el deseo del primer ministro que yo conocía, traté de persuadir a sir Arthur Wilson de que sirviera a sus órdenes. Pero permaneció intransigente y ningún argumento pudo moverlo. Tuvo cierta dificultad en explicar que esta decisión no se basaba en ninguna clase de afecto hacia mi persona y sí exclusivamente en que no se sentía capaz de soportar la tarea sin mi ayuda. Pero, con todo, parecía haber en su conducta un cierto elemento desacostumbrado de simpatía, y ello se probó un año más tarde, en la investigación parlamentaria sobre los Dardanelos: no solo prestó entonces un testimonio que fue para mí de la mayor ayuda, sino que redactó en una sola noche un informe justificativo sobre la parte técnica artillera del plan que habíamos seguido, colocando así bajo su amparo y autoridad una empresa que todo el mundo en aquel momento estaba dispuesto a condenar.

En la tarde del mismo día 21 di cuenta al primer ministro:

He tratado con insistencia de persuadir a sir Arthur Wilson para que preste su ayuda a míster Balfour, pero no he podido lograrlo. En estas condiciones, aconsejo que se nombre a sir Henry Jackson.

Se adoptó esta disposición al mismo tiempo el proceso de formación del Gobierno se iba completando. Míster Asquith tuvo la bondad de ofrecirme la Cancillería del ducado de Lancaster, cargo que constituye una sinecura muy distinguida. Sin duda no me habría sentido capaz de aceptarlo de no haber sido por ir emparejada con la promesa de que continuaría siendo miembro del Consejo de Guerra del Gabinete. Así situado, estaría en condiciones de aportar al servicio de la expedición de los Dardanelos todos los conocimientos que había adquirido, ya que sentía que era mi deber apoyarla y sostenerla por todos los medios que quedaban aún a mi disposición. Permanecí, pues, en el nuevo Gobierno todo el tiempo que se observó esta condición.

Hasta el día 26, no se dio a conocer la lista completa del Gobierno, y entonces los ministros cambiaron sus cargos y presentaron sus respetos al monarca. En el intervalo, la espera había sido angustiosa. No se había tratado en consejo ningún asunto de guerra, y todos los temas políticos habían de reservarse necesariamente para que los decidiera el nuevo Gabinete. No habían sido enviadas nuevas tropas a los Dardanelos y solo se habían podido tomar disposiciones de un día para otro. No había primer lord naval y, en tales circunstancias, hice lo que pude.

A primeras horas de la mañana de ese mismo día, el último día que estuve en el Almirantazgo, llegó la triste noticia de que el Triumph había sido torpedeado y hundido en los Dardanelos por un submarino alemán. Pero mi tarea había terminado ya y, antes de marchar al palacio de Buckingham, escribí la carta que sigue para el hombre de Estado sobre el que recaía ahora la carga del Almirantazgo:

De mister Churchill a mister Balfour

26 de mayo de 1915

Le dejo a usted una tarea de gran dificultad y que requiere una atención inmediata: la protección de la flota de los Dardanelos contra los ataques submarinos. No subestime la gravedad de este peligro. Hasta que pueda ser contrarrestado, las consecuencias pueden no tener límite. Durante estos quince días, no he tenido la autoridad necesaria para tomar decisiones importantes. Su espíritu claro y su juicio tranquilo darán el impulso necesario. Por mi parte, le dejo las notas que siguen por si quiere tenerlas en cuenta:

1. Conviene proseguir las operaciones militares al ritmo más acelerado posible, a fin de acortar el período peligroso. Todas las fuerzas necesarias que puedan estar disponibles y ser allí empleadas han de enviarse de una vez e inmediatamente.

2. Hasta que puedan reanudarse estas operaciones militares definitivas, la escuadra ha de permanecer segura en el puerto de Mudros o en el canal de

Suez. Los buques indispensables para la protección de las tropas han de protegerse con barcos carboneros o transportes varios, amarrados a sus costados, hasta que hayan llegado las chalupas provistas de redes contra torpedos.

3. Tan pronto como sea posible, es preciso enviar buques protegidos contra los torpedos. Como indicaba en mi nota del día 13 del corriente al primer lord naval, los nueve monitores pesados han de ser enviados en cuanto vayan estando listos y también los cuatro Edgars provistos de bulges, que harán las veces de baterías de calibre mediano para fines de bombardeo. En los Edgars se han perdido quince días con este intermedio. Hasta que lleguen estos buques y mientras no se emprendan operaciones terrestres definitivas, hay que reducir la exposición de los barcos tanto como sea posible.

4. Hay que enviar al menos cien chalupas y remolcadores con 95 millas de redes indicadoras y ocho destructores más, que, de paso, escoltarán a los transportes; todo ello aparte de las otras medidas ya tomadas y que le serán expuestas.

5. La protección contra los submarinos ha de organizarse alrededor de la punta de la península de Gallípoli a partir de una gran zona rodeada de redes y ocupada por gran número de chalupas armadas y de hidros constantemente preparados. Insisto en que ha de actuarse enérgicamente y en gran escala. Por lo demás, se ha hecho ya mucho en este sentido.

6. Han de apresurarse las medidas para vigilar y proveer de redes la salida del Adriático, para buscar las probables bases de submarinos de la costa de Asia Menor, a fin de obstruirlas con minas, y organizar un vasto sistema de información sin reparar en gastos, cosas todas que han sido ya empezadas.

7. Hay que soportar con entereza todas las pérdidas.

Le deseo de corazón que triunfe en este y en todos los demás asuntos angustiosos que le han sido confiados y que ha aceptado usted tan leal y valerosamente.

Así terminó mi administración en el Almirantazgo. Durante treinta y dos meses de preparación y diez de guerra, había sostenido la primera responsabilidad y dispuesto del poder ejecutivo. El lector que haya llegado hasta aquí comprenderá las dificultades con que hubo que luchar, las contingencias que se encontraron, los errores que se cometieron y la obra total que fue realizada. A la Marina Real todavía le quedaban por sufrir largos años inciertos, muchos infortunios, trabajos enormes y amargos desengaños. Pero creo que tengo derecho en este momento del relato a recordar la situación y condiciones en que dejé a mis sucesores el poderoso instrumento del poder naval y de nuestra salvación. Nunca, en ninguna de las guerras sostenidas por

Gran Bretaña, había sido más completo nuestro dominio del mar y en ninguna de las contiendas anteriores había sido afirmado este dominio con más rapidez ni menos pérdidas. No solo habían sido expulsados los buques de superficie enemigos de los océanos del mundo entero, no solo habían sido batidas sus flotas y escuadras en el mar del Norte, intimidadas y rechazadas a sus bases, sino que incluso el nuevo y bárbaro sistema de la guerra submarina había sido combatido y frenado. Aún tardaría más de un año en salir de sus puertos la flota alemana de alta mar, y cuando se atreviera a hacerlo, no sería para intentar entablar batalla, sino con la esperanza siempre burlada de regresar inadvertida y sin molestias. Durante dieciocho meses, iba a estar la campaña submarina virtualmente suspendida. A pesar de las modernas complicaciones de que se ha hablado, había sido establecido y mantenido el bloqueo económico de Alemania con el más estricto rigor por lo que concierne a la marina: casi ninguno de los buques que nuestras naves estaban autorizadas para registrar había logrado atravesar nuestra extensa línea. El aprovisionamiento de nuestros ejércitos de Francia y del Este había proseguido cada mes en mayor escala sin que los comandantes de los frentes pudieran percibir el más ligero impedimento de sus comunicaciones. Las flotas mercantes de Gran Bretaña y de sus aliados se movían libremente en todas direcciones sobre los mares y océanos, y la tarifa de seguros del 1 % dejaba un amplio beneficio al fondo nacional. Estas condiciones reinaron durante todo el año 1915 y hasta el último trimestre del 1916. Nunca hubo en toda la historia militar un dominio más absoluto de los mares.

Entretanto la marina británica aumentaba continua y rápidamente su potencia. El fruto de los esfuerzos hechos antes y después de la declaración de guerra fue cosechándose en los meses sucesivos: acorazados, cruceros de batalla, docenas de cruceros ligeros, veintenas de submarinos, centenares de destructores y millares de embarcaciones menores iban siendo construidos y armados y eran entregados en un flujo incesante y creciente. Las tripulaciones para manejar esta enorme cantidad de barcos nuevos estaban preparadas con un año de antelación. Todos los nuevos adelantos de la ciencia naval en cañones, torpedos, proyectiles, explosivos, combustibles, carbón, petróleo y servicios auxiliares habían sido previstos y suministrados en proporción al incremento del poder naval. En el Almirantazgo se seguían con ardor la mayor parte de las grandes invenciones capitales de la guerra, y en este terreno se llevaba mucho adelanto sobre todas las demás naciones, aliadas o enemigas: tanques, humos de guerra, hidroaviones torpederos, radiogoniometría, criptografía, detección de minas, monitores, barcos a prueba de torpedos, paravanes, todo había sido iniciado o desarrollado. Solo la cuestión de los gases tóxicos había sido dejada de lado, aunque no, como ya se ha visto, por falta de comprensión. Incluso contra la nueva campaña submarina, que no iba a desencadenarse hasta dieciocho meses más tarde, habían sido ya imaginadas

las principales medidas de protección: se estaban construyendo grandes cantidades de barcos y se había iniciado la fabricación de los barcos trampa.

Además habían surgido ya los verdaderos jefes de guerra de la marina de entre las filas del mérito de tiempo de paz, y en Beatty, Keyes, Tyrwhitt, Pakenham y también Lewis Bayly, entonces bajo un disfavor pasajero, teníamos ya maestros de armas capaces de emular sobre los mares y contra las costas enemigas las proezas de las figuras marineras más famosas del pasado. Quedaban solo por elaborar y perfeccionar los planes de ofensiva naval, que, a pesar de la ciencia y los inventos modernos, habían de poner de manifiesto la riqueza en recursos y la audacia de nuestros oficiales y marineros, los cuales también se valieron de estos avances científicos. Se dispondría para ello de un prolongado intervalo de tranquilidad sobre los mares, durante el cual todos los planes podían ser objeto de un estudio seguro y deliberado.

De toda esta futura recompensa y oportunidad habíamos quedado excluidos, Fisher, por su propio acto de fatal impulsividad, y yo, por los motivos que se han expuesto en estas páginas. Íbamos a quedar esperando, convertidos en espectadores inactivos, hasta que este período de calma serena terminara bruscamente y la vida del país volviera a quedar expuesta a los azares de la lucha naval.

XXXIII

La escena se ensombrece

El nuevo Gobierno se reunió por primera vez el día 26 de mayo. Desde el primer momento, quedaron patentes sus defectos como instrumento de guerra. Los ministros antiguos habían llegado a un arreglo con sus adversarios políticos, no porque apreciaran sus méritos, sino por la presión de las circunstancias. Los ministros nuevos sentían, a su vez, profundos prejuicios contra la obra de sus predecesores: si ellos hubieran sido responsables, la serie de faltas cometidas habría sido, sin duda, diferentes. Los unionistas tenían poca confianza en el primer ministro y, en realidad, una de las cuestiones más debatidas entre ellos había sido, precisamente, si habían de consentir que siguiera a la cabeza del Gabinete. Míster Lloyd George, el poderoso político cuya influencia había obligado a formar la coalición, se encontraba al día siguiente de su triunfo en una situación singularmente débil: había cedido el Tesoro a míster McKenna y encontraba en el nuevo ministerio, que tanto había contribuido a crear, una serie de jefes conservadores que consideraban su pasado político con la mayor aversión. Míster Bonar Law, el jefe del Partido Conservador en la Cámara de los Comunes, podía muy bien haber aspirado a

este cargo y, aunque él personalmente no tenía intereses especiales, sus amigos políticos habían quedado descontentos. En tanto que todos los asuntos importantes referentes a la guerra habían sido en el Gobierno anterior tratados entre solo cuatro o cinco ministros, a partir de este momento tenían que ser consultadas al menos una docena de personalidades poderosas, capaces y distinguidas.

Por esta razón, la resolución de los asuntos se hizo larga y penosa en grado extremo, y aunque todos estos males se paliaban por un patriotismo y lealtad evidentes, el resultado general era forzosamente lamentable: los que conocían los asuntos tenían un pasado que defender, y los que estaban libres de compromisos carecían de la experiencia de la guerra. En cada cuestión importante no prevalecían menos de cinco o seis opiniones diferentes, y toda resolución a adoptar se lograba solo a fuerza de discusiones prolongadas y fatigosas. Las más de las veces se llegaba, después de largas dilaciones, solo a soluciones eclécticas y defectuosas. Y, entretanto, la guerra continuaba impertérrita su trabajo de destrucción.

Aunque desprovisto de poder ejecutivo, yo era tratado en el nuevo Gabinete con gran consideración. Seguí ocupando mi antiguo asiento a la izquierda de lord Kitchener y me nombraron para el comité de nueve ministros que, con el título de Comisión de los Dardanelos, era virtualmente el antiguo Consejo de Guerra. Fui invitado a presentar informes sobre la situación, tanto naval como general, y en el Almirantazgo me dieron toda clase de facilidades para la ordenación y comprobación de los datos. También lord Kitchener fue invitado a presentar al nuevo Gabinete informes parecidos desde el punto de vista del Ministerio de la Guerra. Tales informes se redactaron con gran rapidez y, entretanto, los ministros nuevos iban siendo iniciados en los puntos de vista centrales e internos, así como en la información especial y secreta que estaba a disposición del Gobierno. La opinión se seguía mostrando cada vez más favorable a la prosecución de la empresa de los Dardanelos y, en general, en el sentido en que yo había planteado el problema militar. Con todo, fue la tarde del día 7 de junio cuando se reunió por primera vez la Comisión de los Dardanelos. Estaba compuesta por el primer ministro, lord Kitchener, lord Lansdowne, míster Bonar Law, míster Balfour, lord Curzon, lord Selborne, lord Crewe y yo.

Míster Lloyd George, aunque formaba parte de ella, no asistió en esta ocasión. Ya desde entonces, y durante varios meses, se había consagrado a la producción de municiones y había concentrado en esta tarea todas sus energías.

La Comisión se dedicó a estudiar las peticiones de refuerzos contenidas en el telegrama de sir Ian Hamilton del día 17 de mayo. Lord Kitchener se pronunció categóricamente a favor de la prosecución de la campaña en los

Dardanelos con el máximo esfuerzo: declaró que iba a reforzar a sir Ian Hamilton con tres divisiones del nuevo ejército, además de la división territorial de Lowland, enviada ya según órdenes anteriores al interregno. Añadió que no consentiría en seguir siendo responsable de la dirección de la guerra si se resolvía abandonar el ataque contra la península de Gallípoli. La Comisión aceptó esta clara dirección, no solo con alivio, sino con satisfacción. La opinión fue unánime y se acordaron las siguientes conclusiones:

1. Reforzar a sir Ian Hamilton con las tres divisiones que quedaban del nuevo ejército, con vistas a dar el asalto en la segunda semana de julio.

2. Enviar las siguientes unidades navales, mucho menos vulnerables a los ataques submarinos que las que se encontraban a las órdenes del almirante De Robeck:

Endymion y Theseus [cruceros ligeros de la clase Edgar que acababan de proveerse con bulges].

4 monitores armados con cañones de 35,6 cm.

6 monitores armados con cañones de 23,3 cm.

4 monitores armados con cañones de 15,2 cm y a los que seguiría otro más tarde.

4 corbetas.

2 submarinos clase E, ya en camino.

4 submarinos clase H.

Se puede apreciar que las medidas navales adoptadas por el nuevo Consejo del Almirantazgo y el nuevo Consejo de Guerra eran, con un ligero aumento, las mismas en principio que había presentado yo a lord Fisher la víspera de su dimisión. En cambio, las medidas militares eran previstas en una escala mucho mayor que todas las que había considerado lord Kitchener hasta entonces: además de las dos divisiones que había pensado enviar el 17 y el 30 de mayo, respectivamente, y una de las cuales ya había partido, se habían añadido otras dos. De estas cuatro divisiones asignadas a sir Ian Hamilton, tres eran de las del nuevo ejército, consideradas entonces, quizá sin razón, como superiores a las divisiones territoriales.

Las conclusiones de la reunión de la Comisión de los Dardanelos del día 7 de junio fueron presentadas al Consejo del Gobierno el día 9, lo que provocó una animada discusión sobre si había de perseverarse en la empresa de los Dardanelos o detener de una vez las pérdidas, abandonando la partida. Por lo demás, este había sido también el proceso por el que había llegado la Comisión a sus conclusiones y el Gabinete estuvo igualmente en principio claramente de acuerdo con la Comisión. Al final, se convino en el envío de las

tres divisiones de refuerzo a sir Ian Hamilton.

Pero, desde el principio hasta el final, se manifestó ya en el Gabinete una dualidad de opiniones que, aunque no correspondía a la división de partidos, creaba una escisión del mismo tipo e iba a causar graves tropiezos en todo el resto de las operaciones de los Dardanelos. Si el primer ministro hubiera poseído entonces unos poderes plenarios, o hubiera sido capaz de obtenerlos luego, y se le hubiera permitido ejercerlos durante los meses de mayo y junio sin interrupción, tengo la convicción, fundada en mi conocimiento detallado de estos tratos, de que habría adoptado medidas que incluso a aquellas alturas habrían asegurado una victoria decisiva. Pero, desde el momento en que se formó la coalición, el poder estaba disperso y los consejos divididos, teniendo que seguir toda decisión de carácter militar el mismo proceso de tacto, contemporización y paciencia que las cláusulas de una ley discutida al detalle por la Cámara de los Comunes en tiempo de paz. No expongo aquí estos hechos para formular reproches en un asunto en que todos eran igualmente sinceros y bienintencionados, sino solo para explicar el rumbo desgraciado que tomaron los sucesos.

De este modo habíamos logrado, el 9 de junio, el tipo de decisiones necesarias para llevar la empresa a buen fin. Ahora bien, no había ninguna razón de orden militar por la que estas decisiones del 7 y 9 de junio no hubieran sido adoptadas en las cuarenta y ocho horas siguientes al telegrama de sir Ian Hamilton del 17 de mayo: todos los datos necesarios para tomar estas decisiones se tenían ya en aquella fecha, las tropas estaban también disponibles y los argumentos tenían la misma fuerza. Pero, por causas en que no tenía el enemigo parte alguna y que provenían únicamente de la confusión en que estaba sumido el Gobierno de nuestro país, se habían perdido para siempre entre quince días y tres semanas.

Las consecuencias fueron graves, porque el tiempo era el factor decisivo. La extraordinaria movilidad y carácter inesperado de un ataque anfibio solo tienen validez, como se ha visto, durante un tiempo muy limitado. La sorpresa, la rapidez y la intensidad del ataque están supeditadas al estado de preparación del enemigo en un momento dado. Todo movimiento emprendido por un bando puede ser anulado por un movimiento contrario del adversario. En una operación de esta clase, fuerza y tiempo vienen a ser magnitudes de valor equivalente y que pueden en gran medida expresarse en las mismas unidades: una semana perdida viene a equivaler a una división. En febrero, tres divisiones podían haber ocupado la península de Gallípoli con escasa lucha; después del 18 de marzo, podía haberse hecho con cinco; a fines de abril, no fueron ya suficientes siete, pero podían haberlo sido nueve; a principios de julio, podían haber bastado once, mientras que, el 7 de agosto, iba a verse que catorce no eran suficientes. Además, cada retardo originaba otros.

La fecha del próximo ataque en la península de Gallípoli dependía de dos factores: la llegada de las nuevas unidades y, en menor medida, la fase de la luna, pues se consideraba que un desembarco por sorpresa en un nuevo punto se efectuaría en las mejores condiciones en una noche sin luna. Por lo tanto, si no podía aprovecharse la fase del novilunio de julio, la operación, en la forma particular que se preveía, habría de ser aplazada hasta el período similar de agosto. Puede verse, en las decisiones de la Comisión de los Dardanelos del 7 de junio que se preveía el ataque para la segunda semana de julio, creyéndose que para entonces habrían llegado ya las tres nuevas divisiones. Este habría sido, sin duda, el momento más favorable, y habría podido alcanzarse muy bien si se hubiera tomado la decisión inmediatamente al recibirse el telegrama de sir Ian Hamilton o si, dejando en suspenso la cuestión de política general, se hubiera proseguido el envío de refuerzos mientras el Gobierno seguía estudiando el asunto. Pero, tal como estaban las cosas, las tropas que se habían decidido enviar entonces no llegarían ni podían llegar a tiempo para atacar en julio. Las tres divisiones nuevas no terminaron de desembarcar en realidad hasta finalizado dicho mes. Así, la gran batalla de las bahías Anzac y Suvla se libró en la segunda semana de agosto, en lugar de a comienzos de julio, como habría sido perfectamente factible. Durante este mes perdido, o sea, desde principios de julio a principios de agosto, diez nuevas divisiones turcas, o sus equivalentes, aparte de numerosos destacamentos, llegaron, según sabemos ahora con certeza, a la península de Gallípoli. De este modo, las nuevas divisiones que al fin nos habíamos decidido a enviar, y que de haberlo hecho a tiempo nos habrían proporcionado una buena superioridad, fueron compensadas y neutralizadas antes incluso de llegar a su destino. Además, durante el intervalo transcurrido, las fuerzas ya desembarcadas habían sufrido un gran desgaste y habían sido muy reducidas por bajas y enfermedades, y la escuadra se había visto expuesta al peligro continuo de los submarinos. Los alemanes ejercían una intervención creciente en el ejército turco, lo que provocaba que los sistemas de defensa fueran estando cada vez mejor organizados. Las derrotas de los rusos en Galitzia durante los meses de junio y julio produjeron, además, un cambio notable sobre el espíritu combativo de los turcos en la península. El regreso del ejército del general Istomine, situado antes en Batum, porque había tenido que acudir al teatro principal de guerra ruso, había dejado disponibles fuerzas considerables, que antes los turcos habían tenido que mantener concentradas junto a Midia, para prevenir un posible desembarco en dicha región. Antes de mediados de junio, pareció ya claro que nuestros refuerzos no llegarían a los Dardanelos a tiempo para dar la batalla en julio: la segunda semana de agosto era la fecha más temprana en que las tropas ya estarían allí y en que a la vez las noches serían oscuras.

Todas estas consideraciones estaban presentes en mi espíritu y me llenaban de angustia por el resultado del próximo esfuerzo. Por esta razón me esforcé

por todos los medios a mi alcance en asegurar refuerzos todavía mayores, y sobre todo en que se enviaran rápidamente.

En mayo y junio, había empezado la gran retirada rusa. Hasta final de marzo, la estrategia de Hindenburg y de Ludendorff había tendido al envolvimiento y captura de ejércitos enteros. Habían hecho su primera tentativa hacia Varsovia en noviembre de 1914, pero las fuerzas alemanas y austríacas no habían tenido la potencia necesaria para realizar un proyecto tan ambicioso, y el intento había sido hábilmente frustrado por el gran duque. Intentaron un segundo golpe en enero por el norte, contra los ejércitos rusos de la Prusia Oriental, pero, aunque lograron capturar cerca de 100.000 prisioneros en la terrible batalla invernal de los lagos mazurianos, la masa general de los rusos pudo escapar antes de que los alemanes cerraran la tenaza. Con lo cual no se obtuvo tampoco el éxito estratégico; «el plan era bueno y esta vez las fuerzas empleadas eran suficientes, pero se había elegido mal la estación y subestimado las dificultades de una campaña de invierno». Desde principios de marzo de 1915, todo el frente oriental había caído de nuevo en la guerra de trincheras y, el 22 de dicho mes, había caído Przemyśl en manos del grupo de ejércitos ruso del sur, dejando disponibles gran número de fuerzas para la invasión de Hungría. El segundo intento de Hindenburg y de Ludendorff para obtener una victoria suprema en el Este había fallado. Pero entonces, el jefe del Estado Mayor austrohúngaro, Conrad von Hötzendorf, sugirió que se rompiera el frente atrincherado ruso en una extensión limitada; Hindenburg y Ludendorff, siempre empeñados en repetir la maniobra de Tannenberg, se opusieron al plan austríaco y propusieron, a pesar de sus fracasos anteriores, obtener una victoria estratégica emprendiendo una nueva operación de envolvimiento desde el Norte en una escala todavía mayor. Pero el Gran Cuartel General alemán no disponía de las tropas ni de las municiones necesarias para tal maniobra, por lo que, el 4 de abril, Falkenhayn, que había sucedido a Moltke a la cabeza del Estado Mayor General, decidió adoptar el plan austríaco e intentar la ruptura entre Gorlice y Tarnow, como había propuesto Conrad von Hötzendorf. Tarnow se halla en Galitzia, junto a Cracovia, en la confluencia del Biala y el Dunajec; y Gorlice, inmediatamente al norte de los Cárpatos, a unos 40 kilómetros al sudeste de Tarnow. El sector de ataque se encontraba, pues, en el lado sur del saliente ruso de Galitzia, de manera que una parte considerable del frente ruso quedaba al oeste de la línea de avance germano, con peligro de quedar cortada si el ataque tenía éxito. El golpe era un upper-cut.

El ataque austroalemán empezó el día 2 de mayo. Había sido confiado al general Mackensen; con la ayuda de gases tóxicos y una formidable preparación de artillería logró un éxito inmediato, ganando las posiciones rusas de primera y de segunda línea. El instinto estratégico de Conrad von Hötzendorf iba también a quedar confirmado, porque el gran duque Nicolás,

en vez de dejar descubierto el flanco de las tropas que quedaban a uno y otro lado de la brecha, retiró la línea entera en esta parte del frente. Los alemanes repitieron continuamente este proceso de ataque sobre un frente limitado en los meses siguientes, ocasionando cada vez nuevos y profundos repliegues de la línea rusa, que culminaron en la evacuación de la totalidad de Galitzia y Polonia y en la caída, una tras otra, de todas las fortalezas y ciudades en que se apoyaban los ejércitos rusos.

Al ir siguiendo sobre el mapa día tras día este sombrío desarrollo de los sucesos, durante los meses de junio y julio, lord Kitchener se iba poniendo cada vez más inquieto. Temía que Rusia se hundiese por completo y que los alemanes llevaran entonces sus tropas del frente oriental al de Occidente. En más de una ocasión llegó a persuadirse de que este traslado se estaba ya efectuando y de que era inminente una ofensiva enemiga en Francia. Por las razones que he explicado ya ampliamente, no compartía yo estos temores, y me esforzaba por combatirlos en todas las ocasiones. Yo creía que los rusos lograrían retener grandes ejércitos austroalemanes sobre su frente por un tiempo indefinido, y no podía suponer que los alemanes tuvieran intención alguna de interrumpir su ofensiva sobre Rusia para dar media vuelta y emprender otra en el Oeste. Por último, señalaba siempre la victoria en los Dardanelos como el remedio único y supremo que nos quedaba para todos los males de la situación.

Mientras habían tenido lugar los cambios ministeriales y las discusiones del Gabinete, la situación en los Dardanelos y en la península de Gallípoli había pasado por una serie de fases críticas. El 19 de mayo, los turcos, después de recibir noticia de la llegada de submarinos alemanes, hicieron un esfuerzo intenso y enérgico para echar al mar a los anzacs. El ataque, en el que tomaron parte cuatro divisiones con 30.000 infantes, fue sostenido durante varias horas del día y de la noche. Fue rechazado definitiva y totalmente en todas partes y, cuando cesó, los turcos habían perdido al menos 5.000 hombres y 3.000 de sus muertos yacían frente a las trincheras de Anzac. En cambio, las bajas británicas no pasaban de 600. Por la mañana, el mando turco solicitó un armisticio para enterrar a los muertos y recoger los heridos, que fue concedido por sir Ian Hamilton.

Desde el 19 de mayo [escribió el Ministerio de la Guerra turco, una vez terminada la guerra], quedó comprobado que las defensas británicas en la playa de Anzac eran demasiado fuertes para que se pudiera lograr algún efecto sobre ellas sin artillería pesada y grandes cantidades de municiones; así que, teniendo en cuenta que nuestra posición defensiva también era fuerte, se dejaron solo en las trincheras dos divisiones débiles y se retiraron las otras dos.

La situación quedó, por lo tanto, invariable en la zona de Anzac.

En el frente del cabo Helles, británicos y franceses emprendieron un ataque general el día 4 de junio. En él tomaron parte las divisiones 29 y 42, la segunda brigada naval y las dos divisiones francesas. Las fuerzas aliadas sumaban unos 34.000 infantes contra 25.000 turcos. Pese a la gran deficiencia en artillería y municiones, las tropas británicas tomaron por asalto las trincheras del centro turco. Los franceses ganaron terreno a la derecha, pero fueron luego desalojados por contraataques, lo que dejó expuesto el flanco de la división 42 y la naval, las cuales se vieron obligadas a ceder sucesivamente la mayor parte de sus ganancias. Al final, la línea completa de los aliados había avanzado solo unos 200 o 300 metros. La batalla fue sangrienta por ambas partes: las bajas turcas ascendieron a 10.000 y las de los británicos solos a una cifra igual. Como en todas las batallas de la península, la decisión había estado oscilando en la balanza: llegó un momento en que la confusión en las filas turcas fue tan grande que en un frente de dos kilómetros había entremezclados no menos de veinticinco batallones (o restos de batallones), sin organización superior alguna. En esta situación, el mando de la división dio cuenta de que no podría resistir ningún nuevo ataque británico, y, después de una conferencia acalorada, el jefe del Estado Mayor turco aconsejó la retirada del frente entero a Achi Babá. Solo con las máximas dificultades y con ayuda de la buena fortuna del enemigo pudieron estas revueltas tropas ser relevadas por una división de refresco en la noche del 7 de junio.

El 21 del mismo mes, fue librada otra acción importante por el cuerpo francés, que atacó con gran valor a la derecha del frente del cabo Helles, tomando el reducto del Haricot y logrando un avance importante. Parte de estas ganancias se perdieron el día siguiente en un contraataque turco.

Una semana más tarde, el 28 de junio, habiendo sido reforzados los británicos con la división 52, emprendieron un ataque general a la izquierda del frente del cabo Helles. Se tomaron cinco líneas de trincheras y se logró un avance de cerca de 1.000 metros. Los turcos habían empeñado unos 38.000 infantes con 16 baterías de campaña y 7 pesadas. El tiro de los buques resultó en esta ocasión de gran eficacia y el éxito del ataque originó de nuevo discusiones críticas en el Cuartel General turco. El general alemán Weber, que ejercía entonces el mando de la zona sur, quería retirar todo el frente a la meseta de Kilid Bahr, pero Liman von Sanders se impuso y exigió, en cambio, un contraataque inmediato. Para esto entraron en línea dos divisiones turcas nuevas y, antes del amanecer del 5 de julio, se efectuó un terrible ataque por sorpresa, pero los asaltantes fueron rechazados con una pérdida de 6.000 hombres.

«La acción del día 28 —dice el general Callwell en su sereno y documentado relato de la campaña— al seguir inmediatamente al golpe de Gouraud sobre el ala opuesta, parece indicar que, si hubiera existido a mano

una fuerte reserva a arrojar en la balanza en este momento crítico sobre el frente del cabo Helles, este pudiera haber sido el instante psicológico indicado para iniciar un esfuerzo determinado con vistas a posesionarse de Krithia, de las alturas situadas detrás de este codiciado pueblo e incluso quizá del mismo Achi Babá; pero tales reservas no existían». La parálisis del poder ejecutivo británico durante la formación del gobierno de coalición y durante la iniciación de los nuevos ministros nos había privado de aquella presa.

Los días 12 y 13 de julio se efectuó un nuevo ataque a lo largo de todo el frente con las tropas y municiones de que se disponía. La línea general adelantó de 200 a 400 metros, pero no se logró ningún resultado importante. Era evidente, desde principios de julio, que los turcos estaban recibiendo refuerzos considerables, y, en cambio, el ejército británico se iba reduciendo de un modo terrible por el desgaste y las bajas. Ya a mediados de mayo, después de las primeras batallas, la infantería de las cinco divisiones de sir Ian Hamilton contaba solo con 23.000 hombres, o sea, el 60 % de su efectivo en pie de guerra. Este déficit no llegó nunca a verse compensado por los destacamentos enviados por el Ministerio de la Guerra. En junio llegaron la división 52 y otros refuerzos de menor cuantía, pero apenas bastaron para compensar el desgaste. Mientras las divisiones nuevas se acercaban, las antiguas se deshacían, con lo que, durante el conjunto de mayo, junio y julio, el total de las fuerzas británicas en la península y Anzac no excedió nunca los 60.000 hombres.

Aun más deprimente que la debilidad de los batallones era la escasez de las municiones. «Durante los meses de junio y julio —dice el general Simpson-Baikie, que mandaba la artillería británica—, el número de disparos completos de 8 kilogramos disponibles en cabo Helles no llegó nunca a 25.000. Solía alcanzar su máximo, de 19.000 a 23.000, antes de cada uno de los ataques, por lo que, como era necesario reservar de 6.000 a 10.000 disparos en prevención de los contraataques turcos, el número total de disparos por operación no pasaba de los 12.000. Además, como no había proyectiles cargados de alto explosivo para cañón de 8 kilogramos (solo había 640, que se consumieron el 4 de junio), únicamente podía usarse la granada de metralla, que, como es sabido, resulta casi inútil para destruir trincheras». El 13 de julio, quedaban en Helles únicamente 5.000 disparos de artillería de campaña y tuvieron que ser suspendidas las operaciones activas.

Las municiones de artillería de campaña disponibles para preparar y apoyar los ataques británicos en cada una de estas batallas de la península no excedieron nunca un peso total de 150 toneladas. Para juzgar la escala de la preparación artillera, puede compararse esta cifra con la de 1.300 toneladas consumidas en los dos primeros días de la batalla de Loos a fines de septiembre del mismo año y con la de más de 25.000 empleada con frecuencia

en un par de días de combate durante la ofensiva de agosto de 1918. De aquí que el fuego de fusil y de ametralladora de la defensa continuara siendo siempre un factor constante. Las tropas de Gallípoli se encontraban, pues, ante tareas muy duras y el hecho de que el éxito estuviera siempre incierto hasta el último momento da la medida de su bravura y de su abnegación.

Como la flota británica, durante todo este período, ni atacó ni amenazó los fuertes de los estrechos, ni tampoco trató de dragar los campos de minas, los mandos alemanes y turcos se encontraron en libertad de desplazar la artillería móvil de mediano calibre que defendía los estrechos y socorrer al quinto ejército turco en su lucha desesperada. Los primeros traslados empezaron el 27 de abril. El 23 de mayo, el almirante Von Usedom, que el 26 de abril había asumido el mando de las fortalezas y de todas las defensas marítimas de los estrechos, dio cuenta al emperador de que hasta aquella fecha había tenido que ceder al ejército, no sin haber formulado su protesta, la artillería siguiente: 6 morteros de 20,8 cm, 8 obuses de campaña de 15,2 cm, 2 obuses de campaña de tiro rápido de 11,9 cm, nueve obuses de campaña de 11,9 cm, 12 cañones de posición de 11,9 cm y 12 cañones de campaña; en total, 49 piezas.

Durante los meses de junio y julio, el quinto ejército turco, muy apurado, absorbió cada vez más elementos de la defensa artillera de los estrechos. Las cartas del almirante Von Usedom al emperador revelan su ansiedad al verse privado de la artillería de costa y también ante la terrible penuria en municiones alemanas, no solo para las fortalezas, sino para el quinto ejército. «Sin municiones de Alemania —escribía—, el ejército solo podrá contener al enemigo por un tiempo muy corto; Turquía no debe ahorrar esfuerzo alguno para obtener municiones alemanas a través de los países balcánicos».

Tales esfuerzos no tuvieron éxito, y, el 16 de agosto, el almirante Von Usedom daba cuenta al emperador de que «las tentativas para traer por Rumanía las municiones encargadas en Alemania han fracasado por completo». Se vio obligado a soportar mes tras mes su precaria situación. Pero es justo consignar que, así como la escasez de municiones de los turcos provenía de causas fuera de su alcance, la penuria británica procedía únicamente de falta de decisión en la distribución de las cantidades disponibles entre los distintos teatros de operaciones.

Las medidas tomadas para hacer frente al ataque submarino sobre nuestras comunicaciones siguieron poco más o menos las directrices ya indicadas, y, en términos generales, puede decirse que tuvieron un éxito completo. La escuadra se mantenía al abrigo en el puerto de Mudros, los acorazados solo se exponían cuando eran necesarios para una operación definida, y el apoyo ordinario del ejército por el fuego naval lo proporcionaron durante el mes de junio únicamente los destructores y embarcaciones ligeras.

Con ello bastaba. La observación y corrección del tiro de los buques alcanzaba cada semana mayor eficacia y este proceso continuó regularmente hasta que la cooperación naval en la lucha terrestre llegó a ser un factor de la máxima importancia. En julio, empezaron a llegar los monitores y los cruceros con bulges, y desde entonces se pudieron batir los cañones turcos de la orilla asiática, cuyo fuego fue casi neutralizado. A fines de dicho mes, se hallaban ya en escena los cuatro monitores grandes, armados con cañones de 35,6 cm, cuatro medianos con cañones de 23,3 o de 15,2 cm, y cuatro cruceros con bulges (Theseus, Endymion, Grafton y Edgar). Si se hubiera actuado cuando se hizo la primera proposición a lord Fisher, la llegada de estos buques habría podido anticiparse en más de tres semanas. Pero, afortunadamente, el intervalo transcurrió sin gran perjuicio para el ejército y, cuando la escuadra entera de monitores hubo llegado, el apoyo naval de las tropas quedó, no solo restaurado, sino muy incrementado.

Entretanto, el abastecimiento del ejército se mantenía con gran número de embarcaciones pequeñas de poco calado y se iba prosiguiendo sin interrupción, de manera que, hacia mediados de julio, se había acumulado una reserva de veinticuatro días de racionamiento para todas las tropas desembarcadas en Helles y Anzac. Los refuerzos de la metrópoli llegaron a su destino en convoyes, aunque varios transportes fueron torpedeados y en una ocasión mil hombres perdieron la vida. Es digno de observar que los monitores, los cruceros con bulges y los buques de pequeño calado no fueron nunca seriamente atacados ni amenazados por los submarinos. Por último, las grandes zonas rodeadas de redes resultaron plenamente eficaces contra el ataque submarino; aunque en su interior se movían continuamente buques de guerra de todas clases, no sufrieron en ningún caso molestia alguna durante toda la campaña. Así lo que había parecido un peligro mortal de necesidad, había sido neutralizado mediante medidas adecuadas aplicadas con perseverancia y en escala suficiente.

Mientras era frustrado el ataque submarino contra las comunicaciones marítimas de Gran Bretaña, el enemigo empezaba, por su parte, a sufrir una presión mucho más efectiva. Ya en diciembre de 1914, el teniente Norman Holbrook había ganado la Cruz Victoria al pasar con su submarino B11 sumergido por debajo de los campos de minas de los Dardanelos y hundir al crucero turco Messudieh. El 17 de abril, esta empresa desesperada fue intentada de nuevo por el submarino E15 en combinación con el entonces inminente desembarco de sir Ian Hamilton: la tentativa falló y el submarino embarrancó en el estrecho junto a Dárdanos, siendo muerto su comandante, el teniente T. S. Brodie, y capturada la mayor parte de su tripulación. Los restos del buque después de dura lucha fueron finalmente destruidos por un torpedo lanzado por un bote de patrulla británico. El día 25 de abril, mientras se estaba efectuando el desembarco, el submarino australiano AE2, sin asustarse por la

desgracia de su antecesor, pasó sumergido con gran habilidad y valor a través y por debajo de los campos de minas y consiguió entrar en el mar de Mármara, donde del 25 al 30 atacó la navegación turca y hundió un gran cañonero. Pero, el 30 de abril, hallándose averiado e imposibilitado de hacer inmersión correctamente, fue a su vez hundido, tras dos horas de combate, por un bote torpedero turco. Sin embargo, el camino estaba de nuevo abierto y el paso, aunque peligroso, no resultaba imposible. La pérdida de estos dos buques, que tanto molestó a lord Fisher, no impidió a los demás perseverar de un modo sublime. El 27 de abril, el E14, al mando del teniente C. Boyle, se sumergió 20 metros por debajo de los campos de minas, pasó el Kilid Bahr bajo el fuego de todos los fuertes y torpedeó a un cañonero turco junto a Gallípoli. Desde entonces hasta el final, operaron continuamente uno o varios submarinos británicos en el mar de Mármara y sus ataques a las comunicaciones marítimas turcas, aunque aislados, consumaron casi la ruina del enemigo.

El E14 permaneció en el mar de Mármara del 27 de abril al 18 de mayo, perseguido sin tregua por botes torpederos y otras embarcaciones de patrulla, siendo objeto de un fuego tan continuado que apenas podía encontrar tiempo para recargar sus acumuladores y aguantar con vida. Sin embargo, pudo causar daños decisivos a los transportes turcos: el día 29, atacó a dos de ellos, hundiendo uno; el 1 de mayo, hundió un cañonero; el 5 atacó a otro transporte e hizo huir a varios más hacia Constantinopla, y el 10, atacó a dos transportes escoltados por dos destructores turcos, lanzando torpedos contra ambos, el segundo era un navío muy grande cargado de tropas: una explosión terrible siguió al impacto del torpedo y el transporte se hundió rápidamente con una brigada completa de infantería y varias baterías, con lo que murieron más de 6.000 turcos. Este terrible suceso paralizó prácticamente el movimiento de tropas turcas por mar. El E14 no tenía ya torpedos y, el día 17 de mayo, recibió por radio orden de regresar; el 18, desafió de nuevo el fuego de los fuertes pasando delante de ellos a 7 metros de profundidad y después se sumergió donde pensó que se hallaba el campo de minas, aunque es probable que pasara más bien a través de ellas corriendo el mayor peligro.

Al día siguiente, entró en el mar de Mármara el comandante Nasmith con el E11, que acababa de ser armado con un cañón de 3 kilogramos, y cruzó durante varios días, amarrado a un velero, hundiendo un cañonero y varias otras embarcaciones. El día 25 de mayo, el comandante Nasmith llevó el E11 sumergido hasta la misma Constantinopla, donde torpedeó a un gran navío fondeado junto al arsenal; el submarino tocó fondo varias veces y escapó del puerto enemigo con gran dificultad. Desde entonces hizo reinar el terror en el mar de Mármara, atacando sin éxito al acorazado Barbarossa, luchando con destructores, hundiendo transportes de víveres y otros vapores y escapando siempre a la destrucción por un pelo. El 7 de junio regresó atravesando el campo de minas y llevándose una de ellas, que arrastró largo tiempo

suspendida de su timón de profundidad, todo bajo un fuego terrible de los fuertes. Había estado diecinueve días en el mar de Mármara y había hundido un cañonero, tres transportes, un navío cargado de municiones y tres cargados de víveres.

El 10 de junio hizo su segunda entrada en el mar de Mármara el comandante Boyle y permaneció allí veintitrés días, hundiendo un gran vapor y trece veleros. Los submarinos E12 (teniente Bruce) y E7 (teniente Cochrane) pasaron el estrecho los días 20 y 30 de junio, respectivamente, y destruyeron, entre ambos, siete vapores y diecinueve veleros, cañoneando, además, repetidas veces las carreteras y ferrocarriles a lo largo de la costa.

Un nuevo peligro iba a ser entonces añadido a los del paso: a mediados de julio, los turcos terminaron de colocar la red antisubmarina de Nagara, constituida por mallas de 3 metros de largo y 8 centímetros de grueso, reforzadas con alambre de 13 centímetros. Esta, excepto una pequeña abertura, cerraba el paso por completo hasta una profundidad de 66 metros. Este obstáculo estaba guardado por cinco cañoneros a motor armados con cargas de profundidad, y por numerosos cañones colocados convenientemente.

El día 21 de julio, el comandante Boyle pasó el estrecho por tercera vez en el E14. Cerca del paso, rozó una mina que no estalló y tuvo la enorme suerte de acertar la abertura de la red en Nagara. El día 22, encontró en el mar de Mármara al E7 y ambos continuaron juntos sus depredaciones contra la navegación. No obstante, respetaron a los buques hospital, aunque su número creciente mostraba que los turcos los utilizaban como transportes militares. El regreso del comandante Boyle, o sea, su sexto paso por el estrecho, el día 12 de agosto, lo relata él mismo del siguiente modo:

No dimos con la puerta y chocamos con la red; puede que la red hubiera sido ampliada ahora y no dejara abertura. En tres segundos el submarino fue levantado de 80 pies de profundidad a 45 pies; pero, por fortuna solo se desvió unos 15 grados de su ruta. Se oyó un ruido terrible de desgarraduras, golpes violentos y choques sordos, y pareció como si se hubiera chocado con dos obstáculos sucesivos, porque el ruido cesó casi, para sentirse de nuevo. Necesitamos veinte segundos para atravesar la red y, al doblar el Kilid Bahr, nos hicieron fuego lanzándonos además un torpedo desde Chanak, que salió a la superficie a unos pocos metros de nuestra popa. A una milla al sudoeste de Chanak, rozamos una mina, pero no nos detuvo. Cuando salimos a la superficie encontramos varios alambres de conducción eléctrica enredados en las hélices... y varias partes del submarino estaban raspadas y marcadas por los cables.

El día 5 de agosto, el E11 (comandante Nasmith) había hecho su segundo paso del estrecho. Su costado golpeó duramente contra una mina a la altura de

la punta de Kephez y a 23 metros de profundidad. Para romper la red en Nagara se sumergió a 33 metros y se lanzó a toda máquina: la red lo cogió por la proa y lo levantó violentamente, pero con el golpe cedieron las mallas con un ruido seco y el buque quedó libre. Una hora más tarde, torpedeaba a un transporte; durante todo el día fue perseguido por los patrulleros y, al amanecer del día siguiente, lo bombardeó un avión. Más tarde, torpedeó a un cañonero y, el día 7, entraba en acción contra tropas que marchaban por la carretera de la costa. El 8, torpedeó y hundió al acorazado Barbarossa, que, escoltado por dos destructores, marchaba a toda máquina hacia la península, en ocasión de la batalla de Suvla. Estas aventuras y proezas continuaron sin interrupción durante veintinueve días, después el E11 regresó sano y salvo, habiendo hundido o destruido un acorazado, un cañonero, seis transportes, un vapor y veintitrés veleros.

Este peligroso servicio fue continuado sucesivamente por los submarinos E2, E7, E12, H1 (teniente Pirie) y E20 (teniente Clyfford Warren), así como por el francés Turquoise. En total, la barrera de Nagara se pasó veintisiete veces, constituyendo cada viaje por sí solo una epopeya. De los trece submarinos ingleses o franceses que pasaron o intentaron pasar, se hundieron ocho, cuatro de ellos con toda su tripulación o poco menos. Además del E15 y el AEII, fue cogido también el E7, de Cochrane, en la red de Nagara, el día 4 de septiembre: bombardeado con cargas de profundidad durante dieciocho horas, y habiendo tratado de pasar a través del fondo de la red descendiendo a la profundidad excesiva de 40 brazas, Cochrane subió al fin a la superficie y, viéndose inextricablemente enredado en la red, mandó lanzarse al agua a su tripulación y hundió el buque con sus propias manos. Sus ulteriores evasiones de los turcos y sus aventuras en el cautiverio constituyen una historia asombrosa de valor y constancia. De los submarinos franceses, tres fueron hundidos o capturados a la entrada o en la red: el Saphir, en enero; el Joule, en mayo, y el Mariotte, el 26 de julio. El Turquoise fue el único que logró pasar, pero fue averiado y capturado el día 30, después de una breve campaña en el mar de Mármara. En el camarote del capitán encontró el enemigo su libro de notas que había olvidado destruir y que contenía la indicación del lugar en que había de encontrar el Turquoise al submarino inglés E20 el día 6 de noviembre. El submarino alemán U14 estaba efectuando entonces reparaciones en Constantinopla, y fue él quien acudió a la cita, con lo que el E20, esperando encontrar un amigo, fue volado por el torpedo de un enemigo.

En total los submarinos británicos destruyeron en el mar de Mármara 1 acorazado, 1 destructor, 5 cañoneros, 11 transportes, 44 vapores y 148 veleros, resultando de ello la suspensión virtual de las comunicaciones marítimas turcas. Fue un hecho de la mayor importancia para el enemigo y por el que, a fines de junio, quedó el ejército turco reducido a los límites más precarios en víveres y municiones. Solo a costa de grandes esfuerzos y a última hora, pudo

organizarse el camino por tierra lo suficiente para que resistiera una circulación intensa. Desde entonces, el abastecimiento entero de la península dependía del transporte con carretas de bueyes sobre un solo camino de más de 150 kilómetros y vulnerable a los ataques desde el mar.

La historia naval de Gran Bretaña no contiene ninguna página tan admirable como la que recuerda las proezas de sus submarinos en los Dardanelos, que constituyen, en audacia, habilidad, resistencia y riesgos, el ejemplo más hermoso de acción submarina de todo el conjunto de la Gran Guerra, y que fue caracterizado, además, por la más estricta observancia de las leyes aceptadas en la guerra. Cuando se piensa en aquellos oficiales y marineros, apretados entre la complicada maquinaria de sus buques de acero en forma de cigarro, tanteando, dándose golpes o cargando ciegamente a gran profundidad contra obstáculos desconocidos e imprevisibles, rodeados por ingenios explosivos (uno solo de los cuales podía destruirlos a un simple contacto), siendo blanco de cañones y torpedos en cuanto emergían un instante a la luz del día, perseguidos por cargas de profundidad, cazados por cañoneros y destructores, espiados por los submarinos alemanes y esperando a cada momento ser destrozados, ahogados o dejados morir de inanición en el fondo del mar, y no obstante soportando alegremente estas pruebas durante semanas enteras, para volver a pasar una y otra vez sin vacilar por entre las garras de la muerte... entonces resulta en verdad todavía más amargo recordar que sus proezas y su abnegación no se vieron coronadas por la victoria.

A fines de la primera semana de julio, lord Kitchener resolvió añadir a los refuerzos que marchaban a los Dardanelos las divisiones territoriales 53 y 54.

No hay principio alguno de la guerra mejor establecido que el de que hay que concentrarse antes de la batalla. Las lecciones de la historia militar, la experiencia de los grandes capitanes, las doctrinas de los manuales, todas han prescrito esta regla en todas las épocas. Napoleón, antes de librar batalla, echaba mano de todas las tropas a su alcance, no perdonando recurso alguno por pequeño que fuera y aceptando riesgos en otros puntos con tal de asegurarse la fuerza máxima que pudiera estar a su disposición.

Esta gran prudencia no resulta visible en los dispositivos de lord Kitchener en esta época. No se decidió a añadir las divisiones 53 y 54 a los refuerzos ya en marcha hasta que le fue imposible a la segunda de ellas llegar antes del comienzo de la batalla, por lo que tuvo que entrar inmediatamente en línea después de un viaje de tres semanas. La situación de las tropas en Egipto continuó siendo indeterminada hasta el último momento. Incluyendo los efectivos destinados a los Dardanelos, habían sido acumulados cerca de 75.000 hombres entre Alejandría, El Cairo y la línea del Canal. Mientras se estuviera amenazando a Constantinopla, no podía existir ningún peligro serio de invasión turca en Egipto, por lo que se podía haber constituido, sacándola

de las tropas del general Maxwell, una reserva adicional de al menos 30.000 fusiles para lanzarla en el momento decisivo y por tiempo limitado en la península de Gallípoli. Si se hubiera ordenado organizar esta fuerza al general Maxwell y se hubiera dicho a sir Ian Hamilton que podía contar con ella entre las tropas a su disposición, se la hubiera podido incluir en los planes que se preparaban, aumentando sus probabilidades de éxito. Pero la manera como trataba lord Kitchener esta cuestión resulta desconcertante. Su correspondencia telegráfica con sir Ian Hamilton, que ha sido publicada, le presenta unas veces contando con gran número de tropas de Egipto como disponibles para los Dardanelos en caso de necesidad y en otras ocasiones reprimiendo a sir Ian por tratar de extraer de ellas refuerzos. Como resultado, la guarnición británica de Egipto no jugó papel alguno en los cálculos y planes de sir Ian Hamilton y solo fue empeñada en la lucha, como tantas otras cosas, cuando era ya demasiado tarde.

Cuando, en vísperas de la batalla, el día 29 de julio, telegrafió lord Kitchener a sir Ian Hamilton, diciéndole que tenía «un total de unos 205.000 hombres para las próximas operaciones», el general replicó: «El total general que usted cita no tiene en cuenta los indisponibles ni las bajas; incluye refuerzos como la división 54 y parte de la 53 que no pueden estar aquí a tiempo para la operación y comprende igualmente a la Yeomanry y a tropas indias que hasta esta mañana no he sabido que estaban a mi completa disposición. Para la próxima operación, el número de fusiles disponibles viene a ser la mitad de la cifra que usted cita, o sea, unos 120.000». Esta cifra no fue, efectivamente, discutida por el Ministerio de la Guerra.

Yo no estaba en situación de conocer la insuficiencia de los refuerzos ni sabía las condiciones ambiguas impuestas al empleo de la guarnición de Egipto como reserva. Pero un joven oficial del Estado Mayor de los Dardanelos que llegó a Londres en julio me reveló la escasez de municiones y sugirió que, si se enviaban los pedidos por tren hasta Marsella en vez de hacerlo por mar, podrían aún llegar al ejército a tiempo para la batalla. Solicité, pues, a lord Kitchener que fueran remitidos por esta ruta los suministros de la última semana. Aunque solía aceptar mis importunidades cortés y pacientemente, esta vez tomó muy mal la petición. Yo dije que reclamaría una decisión del Gabinete y nos despedimos bruscamente. Empleé la tarde y la noche en sumar adeptos e informé al primer ministro de mi intención de forzar una decisión. Pero cuando el zafarrancho de combate estaba terminado y fui invitado a exponer el asunto, lord Kitchener cerró la cuestión diciendo que había juzgado posible dar las órdenes necesarias. Así fueron remitidos tres trenes cargados de granadas de alto explosivo.

Después de estos preludios iban ahora a desarrollarse los sucesos.

XXXIV

La batalla de la bahía de Suvla

En los largos y variados anales del ejército británico, no existe ningún episodio más triste que la batalla de la bahía de Suvla. La magnitud de la presa codiciada, lo poco que faltó para lograrla, los máximos ejemplos de hábil valor y de incompetencia, de esfuerzo y de inercia que se dieron al mismo tiempo, y la mala fortuna que tuvimos en el campo de batalla son rasgos que no suelen encontrarse juntos en nuestra historia. Ya existen varios relatos de estos hechos, por lo que aquí solo se tratará de dar un esbozo general.

El plan de sir Ian Hamilton se proponía como objetivo decisivo la captura de la cota 971 (Koja Chemen Tepe), cumbre dominante de la cresta de Sari Bair, para, desde allí, hacerse con el «cuello» de la península, de Gaba Tepe a Midos. Este plan se desarrollaba en las siguientes fases:

1. Romper el frente desde Anzac y dejar sin comunicaciones por tierra con Constantinopla al grueso del ejército turco.
2. Conquistar posiciones artilleras que permitieran cortar igualmente sus comunicaciones por mar, tanto con Constantinopla como con la orilla asiática.
3. Apoderarse de la bahía de Suvla como base de invierno para los anzac y todas las tropas que operaban en aquella región.

Con este propósito el Estado Mayor del Ejército preparó, con todo detalle, durante el mes de julio, tres ataques separados: el primero, de fijación, por dos de las seis divisiones del cabo Helles, a fin de impedir a los turcos que sacaran tropas de este sector; el segundo sería un gran ataque desde Anzac sobre la cresta dominante principal de Sari Bair y lo efectuarían las dos divisiones australianas reforzadas por la 13 del nuevo ejército y por una brigada inglesa y otra india; y el tercero sería un desembarco de dos divisiones (la décima y la 11 formando el noveno cuerpo de ejército) en la bahía de Suvla, para apoderarse del crestón de Anafarta, enlazando por la derecha con el ataque de Anzac al que ayudaría en su progresión.

En el sector de Helles había 35.000 hombres a las órdenes del general Davies. Para el ataque de Anzac se disponía de 37.000 al mando del general Birdwood y para el de Suvla, de 25.000 con el general Stopford. Comprendiendo una reserva de 20 a 25.000 hombres en las islas o de camino, el conjunto era de unos 120.000 combatientes.

Los turcos creían que los británicos habían recibido refuerzos de hasta 100.000 hombres y esperaban para principios de agosto un ataque general

combinado con un desembarco. Sabían que la cresta de Sari Bair era la clave de los estrechos, tenían desembarcos cerca de Kum Tepe o de Bulair y, además, tenían que custodiar la orilla asiática. Las bahías de Suvla y de Ejelmer se consideraban lugares posibles de desembarco, pero no lo suficientemente probables para desperdigar en ellas sus fuerzas más de lo que ya estaban. En la tarde del 6 de agosto, tenían el siguiente dispositivo: en Helles, 40.000 fusiles con 94 cañones; frente a Anzac y entre Anzac y Helles, 30.000 fusiles y 76 cañones; en Bulair, 20.000 fusiles con 80 cañones, y en la costa otros 20.000 fusiles con 60 cañones. En total, e incluyendo los destacamentos que vigilaban la costa en distintos puntos, los turcos habían reunido hasta veinte divisiones, que sumaban, en conjunto, 120.000 fusiles y 330 piezas de artillería, de los cuales entre 90 y 100.000, con 270 piezas, se encontraban en aquel momento en la península de Gallípoli.

Las fuerzas disponibles para la batalla eran, pues, aproximadamente iguales por ambos bandos. Los británicos no tenían, por lo tanto, la superioridad necesaria para una ofensiva y, una vez lanzado plenamente el ataque y empeñada la batalla en todo el frente, no había esperanza razonable de batir al ejército turco. Existía, sin embargo, la posibilidad de apoderarse por sorpresa de posiciones de importancia vital antes de que los turcos hubieran reunido todas sus fuerzas. En realidad, la situación venía a reproducir exactamente la del 25 de abril, pero en una escala mayor. Una vez más la ventaja del dominio marítimo había sido neutralizada por la pérdida de tiempo, dando al enemigo la oportunidad de reunir fuerzas iguales a las nuestras; una vez más se iba a sustituir una operación razonable y segura por una empresa terrible y aleatoria; una vez más había que poner toda la esperanza en la abnegación de las tropas y la habilidad de sus mandos, y una vez más estaba todo a la merced del tiempo y del azar.

En la tarde del 6 de agosto, comenzó la gran batalla con el ataque de las divisiones territoriales de Lancashire y Lowland sobre un frente de unos 100 metros en la zona del cabo Helles. Coincidió que los turcos acababan de hacer entrar en línea en este frente dos divisiones frescas, por lo que se encontraban con sus efectivos al completo y el sistema de trincheras rebosaba de gente. Enseguida empezó un combate encarnizado que se mantuvo con dureza creciente durante una semana entera; la lucha se polarizó alrededor de un viñedo tomado por asalto en el primer momento por los británicos y mantenido contra repetidos contraataques hasta el día 12, cuando lo reconquistó el enemigo, para ser de nuevo desalojado de él el día siguiente, y quedar, finalmente, en poder de los británicos. Pero no fue este el único premio de tan costosos sacrificios; de las siete divisiones turcas concentradas en el extremo meridional de la península, solo una pudo ser retirada para desempeñar su parte en el punto crítico de la lucha.

Simultáneamente con el ataque británico de cabo Helles, empezó en la tarde del día 6 un ataque australiano sobre la cresta del Pino Solitario, a la derecha de la posición anzac. Este ataque era, a su vez, una acción preliminar a la operación principal de los anzacs; su objetivo era engañar al enemigo y atraerlo hacia la derecha de Anzac, mientras la maniobra decisiva se desarrollaba a la izquierda. La cresta del Pino Solitario y las fortificaciones a su alrededor fueron tomadas por asalto antes de la puesta de sol por la primera brigada australiana: al no disponerse por nuestra parte de artillería de tiro curvo, las grandes vigas que cubrían las trincheras enemigas se convertían en verdaderos abrigos a prueba, pero fueron separadas a viva fuerza y los australianos se dejaron caer por las aberturas pasando a cuchillo o capturando a sus defensores. Los turcos contraatacaron inmediatamente con furia y en gran número, y continuó en este punto una lucha sangrienta durante toda la noche. El día 7 volvió a empezar, y de nuevo en mayor escala el 9; pero todos los esfuerzos del enemigo para reconquistar el Pino Solitario quedaron fallidos y la posición permaneció definitivamente en manos de la primera brigada australiana. Otros australianos lanzaron ataques afines y concomitantes al del Pino Solitario contra varios puntos fortificados del centro de la línea adversa, en particular contra un reducto llamado el Tablero de Ajedrez; pero, a pesar de todos los sacrificios, no se ganó ningún terreno y los destacamentos de asalto fueron en algunos casos aniquilados casi por completo.

Mientras resonaba en toda la península el fragor del cañoneo de Helles y del Pino Solitario, había empezado la gran salida desde Anzac. Durante una semana habían ido concentrándose, noche tras noche, poderosos refuerzos en la playa de Anzac, con gran secreto y habilidad, quedando ocultos en hondonadas y cuevas hasta que, el 6 de agosto, la fuerza del general Birdwood tenía a su mando 37.000 hombres y 72 cañones. Entonces, en la oscuridad de una noche sin luna, se deslizaron desde la izquierda de la posición anzac 16.000 hombres formando dos grandes columnas; avanzaron silenciosamente a lo largo de la playa más de un kilómetro y luego torcieron a la derecha y procedieron al ataque siguiendo tres barrancos escabrosos y cubiertos de maleza, abiertos por las aguas y que conducían a las alturas fatales de Sari Bair. La fase preliminar de esta azarosa empresa implicaba la captura de los espolones fortificados situados a derecha e izquierda de estos barrancos. Las fuerzas a las que se había asignado esta tarea alcanzaron puntualmente y con éxito estos dos puntos de apoyo, y las columnas principales continuaron toda la noche abriéndose camino monte arriba a través de la oscuridad, de pedruscos, matorrales y de los puestos avanzados enemigos. El general Birdwood, sir Ian Hamilton y sus estados mayores habían esperado que para la aurora las vanguardias de las columnas australiana y británica se encontrarían en posesión de las alturas decisivas de Chunuk Bair y Koja Chemen Tepe. De día, y sin resistencia, no se habrían necesitado más de dos horas para cubrir

esta distancia, pero en las condiciones existentes se habían previsto seis. No obstante, cuando rompió el día, las dificultades nocturnas y del terreno, así como la tenaz e inesperada resistencia de las patrullas turcas, habían hecho que no se hubiera recorrido más allá de la mitad del camino. Las tropas se encontraban agotadas, y así, después de algunos esfuerzos infructuosos, se resolvió consolidar las posiciones alcanzadas, hacer descansar y reorganizar las tropas y volver a emprender el ataque en la noche del 7 al 8.

Esta fue la desgracia fundamental. Si hubiera sido posible hacer adelantar a través de las tropas extenuadas una ola de refuerzos, intactos, toda la cresta de Sari Bair podía haber caído en nuestras manos antes de mediodía. No se creyó posible organizar esta maniobra por las dificultades del terreno y de los suministros y, en cambio, el enemigo conocía en este momento plenamente la dirección y la intensidad del ataque.

Al llegar a este punto hemos de dirigir nuestra atención a la bahía de Suvla. Cierta número de aquellas chalupas automóviles defendidas por planchas de acero que había proyectado lord Fisher a fines de 1914, para desembarcar tropas en playas enemigas, habían sido terminadas y enviadas a los Dardanelos. Se habían previsto para transportar 500 hombres de infantería de una vez, podían desarrollar una velocidad de 5 nudos, estaban a prueba de fusil y disponían en la proa de una pasarela de desembarco. Su aspecto les hizo merecer en todo el Egeo el apodo de «escarabajos». En trece de ellas, acompañadas de numerosos destructores, chalupas y transportes y protegidas por una fuerte división de la escuadra, la división 11, seguida de la décima, partió en la oscuridad de la noche para la bahía de Suvla. Dos horas antes de medianoche alcanzaron la orilla las tres brigadas de la división 11, desembarcando la 34 en la playa A, dentro de la bahía de Suvla, y la 32 y la 33 en las playas B y C, al sur de la punta Nibrunesi. A pesar del fuego de fusiles de los puestos avanzados turcos que vigilaban la costa, de haber embarrancado algunos de los escarabajos antes de alcanzar la orilla, y del efecto desconcertante de algunas minas terrestres que estallaron en la playa A, el conjunto de las tres brigadas logró desembarcar felizmente y sin muchas bajas en el transcurso de dos o tres horas. Su misión inmediata consistía en ocupar dos pequeñas alturas: la cota 10 y Lala Babá, a uno y otro lado de un lago salado que estaba seco, y hacerse con las alturas al norte en dirección de Kiretch Tepe Sirt. Desde allí, como segunda etapa, había de realizarse un asalto combinado entre las tropas de la colina 10 y de Lala Babá, para tomar la colina Chocolate, y si este tenía éxito había que proseguir el avance contra el contrafuerte confuso, escabroso y cubierto de maleza llamado Ismail Oglu Tepe. El Estado Mayor creía que, a menos de encontrar fuertes destacamentos enemigos, todas estas posiciones podrían hallarse al amanecer en poder de nuestras tropas. Sin embargo, los sucesos se desarrollaron de un modo muy distinto.

Eran ya más de las dos de la madrugada cuando el medio batallón turco que guarnecía Lala Babá pudo ser desalojado y ocupada la colina. Al mismo tiempo, el jefe de la brigada 34, que había desembarcado en la playa A, confundió la colina 10 con una duna próxima a la orilla y se limitó a ocupar esta hasta la aurora, por lo que fue ya completamente de día cuando hubo de tomarse la colina 10 y sus defensores supervivientes se replegaron lentamente por los matorrales de la llanura. Así, al amanecer del día 7, solo se había llevado a efecto la primera parte de la tarea asignada a la división 11, y, a medida que la luz se fue haciendo más intensa, la artillería turca, desde posiciones desenfiladas detrás de las alturas, empezó a batir eficazmente las distintas playas y las tropas que había en ellas. La oscuridad ejerce un efecto tan desconcertante y misterioso sobre los movimientos de tropas incluso muy ejercitadas que puede quizá tacharse de demasiado ambicioso el horario previsto por el Estado Mayor. En cualquier caso, la ejecución quedó muy por debajo de las esperanzas más razonables. El servicio de información británico había estimado las fuerzas que defendían esta zona de la costa en cinco batallones turcos que sumaron 4.000 fusiles, más la artillería; pero, en realidad, frente al lugar elegido para la división 11, había solo tres, y de ellos dos eran de gendarmería, sumando en conjunto unos 1.800 hombres y 20 cañones.

La décima división, a las órdenes del general Hill, se acercó entonces a la orilla junto a Lala Babá y empezó, a partir del alba, a desembarcar bajo un fuego intermitente de la artillería turca. A las ocho, estaban en acción trece batallones de la división 11, dos baterías de montaña y todos los buques de protección, mientras la décima división se iba formando rápidamente en segunda línea. Estas fuerzas, que en el transcurso del día llegaron a superar los 20.000 hombres, necesitaban tan solo haber avanzado 5 kilómetros a partir de sus puntos de desembarque para barrer lo que quedaba de los 1.800 turcos y ocupar posiciones donde habría agua en abundancia y que eran de importancia capital para esta parte del campo de batalla. Pero, en vez de hacer esto, las tropas desembarcadas permanecieron inactivas junto a Lala Babá durante algunas horas o marcharon penosamente a lo largo de la playa cubierta de arena del lago salado, andando 8 kilómetros bajo el calor del mediodía, antes de emprender el ataque de la colina Chocolate. Así, el día estaba ya muy avanzado cuando estos soldados jóvenes, extenuados por el cansancio y la sed, se apoderaron de la colina en un ataque lleno de ardor. Llegó la noche y las tropas se hallaban muy fatigadas, con sus unidades mezcladas, sus reservas de agua en mal estado y sin haber logrado más que los primeros objetivos. Se habían sufrido unas mil bajas, distribuidas casi todas en solo tres o cuatro batallones. Así pasaron las primeras veinticuatro horas en la bahía de Suvla.

En las últimas horas de la tarde del día 6 de agosto, el general Liman von Sanders, en su Cuartel General de Gallípoli, había recibido por las líneas

telefónicas de campaña las noticias del comienzo de la batalla, casi al mismo tiempo que oía empezar el cañoneo. Se estaban iniciando poderosos ataques británicos y australianos en Helles y en el Pino Solitario, a la vez que se daba cuenta de otros desembarcos ya realizados o probables en el golfo de Saros y frente a Mitilena, los cuales eran, en realidad, demostraciones falsas de los británicos. Aunque el tiempo de respuesta era vital, no podía tomarse medida alguna antes de conocer del todo las intenciones del atacante. Pero, antes de medianoche, se recibió ya la noticia de que grandes masas de tropas se ponían en movimiento desde la izquierda de la posición anzac hacia el norte, siguiendo la costa, y, más tarde, la de que en la bahía de Suvla se estaban efectuando numerosos desembarcos. Entonces se enviaron dos divisiones que estaban de reserva en Midos para que reforzaran a los defensores de Sari Bair, unidades que, seguramente, podrían entrar ya en acción al día siguiente. En cambio, el desembarco en la bahía de Suvla era una sorpresa inevitable contra la que no habría sido razonable hacer de antemano grandes preparativos. No podía calcularse la intensidad del ataque: podían ser una división o dos, un cuerpo de ejército o dos, nadie podía decirlo.

Pero, sea cual fuere su fuerza, entre los invasores y las posiciones llave de Kiretch Tepe Sirt, cresta de Anafarta e Ismail Oglu Tepe, no se encontraba más que el mayor alemán Willmer con un batallón de gendarmes de Gallípoli, otro de gendarmes de Brussa y otro del regimiento 31, con 20 piezas de artillería. No era posible enviar socorros desde el sur, pues todo se hallaba empeñado en la batalla y, en consecuencia, Liman von Sanders, repitiendo la estrategia del 26 de abril, ordenó que marcharan a la bahía de Suvla la séptima división y la 12, situadas en Bulair, y, a la vez, que todas las tropas de la orilla asiática pasaran a Gallípoli. Una vez más se había de dejar Asia y las líneas vitales de Bulair virtualmente desguarnecidas, expuestas como presa fácil a cualquier nuevo desembarco. «Por segunda vez —dice el general alemán— quedó desprovista de tropas la parte superior del golfo de Saros, y solo quedaron en la orilla asiática para la defensa costera tres batallones y unas pocas baterías». La séptima división turca recibió orden de marchar a las tres horas y cuarenta minutos, y la 12 a las ocho y media de la mañana del 7: las dos partieron de las cercanías de Bulair por los dos caminos que se dirigen al sur a lo largo de la península. La distancia que las separaba de la bahía de Suvla era de más de 48 kilómetros.

El general Von Sanders creía que el mayor Willmer y sus gendarmes no podrían recibir ayuda alguna antes de la noche del 8, y que no podría lanzarse ningún contraataque serio antes del amanecer del 9. En la mañana del día 7 se pudo ver la magnitud del desembarco británico: una gran flota cubría la bahía, su artillería tanteaba las alturas y un hormiguero de tropas se hallaba desembarcando en oleadas sucesivas sobre la playa y reuniéndose en la llanura. Mientras, lejos, al norte, la séptima división turca y la 12, que

formaban el cuerpo de ejército 16, acababan de emprender la marcha. No obstante, por la tarde y para sorpresa de Sanders, el general turco que mandaba el cuerpo de ejército, Fezi Bey, dio cuenta de que las dos divisiones habían alcanzado ya su punto de destino al este de Anafarta, habiendo realizado la doble etapa en una sola jornada. Sanders dispuso entonces un ataque general para el día 8 al amanecer sobre la llanura de Anafarta y, al romper el alba, montó a caballo y marchó a la zona de despliegue de este ataque: allí vagó algún tiempo al azar buscando a sus tropas inútilmente y, al fin, encontró a un oficial del Estado Mayor de la séptima división turca, quien le informó de que estaba eligiendo una posición avanzada, y que la mayor parte de las dos divisiones estaba aún muy atrás, por lo que no podía pensarse en atacar aquella mañana. El comandante en jefe dispuso entonces que el ataque se realizase a la puesta de sol y pasó todo el día lleno de inquietud, pues no había todavía entre él y las inmensas fuerzas del invasor más que la reducida y extenuada gendarmería: 400 hombres, restos de los gendarmes de Brussa y del batallón del regimiento 31, que se hallaban en Ismail Oglu Tepe, y 300 que quedaban de los gendarmes de Gallipoli en Kiretch Tepe Sirt. No había más tropas entre estos dos puntos. Las colinas de Kavak y Tekke y el terreno bajo intermedio se hallaban desguarnecidos por completo, y, en estas circunstancias, todos los cañones turcos, menos uno, tuvieron que ser retirados detrás de la cresta de Anafarta para evitar su casi segura captura. Al anoecer, supo el general Von Sanders, por el mayor Willmer, que el cuerpo 16 no había llegado aún a su zona de despliegue, y, habiendo llamado al jefe, supo de su boca que el estado de extenuación de las tropas no les permitiría ataque alguno antes de la mañana del 9. Indignado de haber sido engañado con falsas esperanzas, destituyó Sanders al general del cuerpo 16 y confió, por decirlo así, los destinos de todo el Imperio otomano a un jefe del que se ha hablado ya y del que se había de oír hablar mucho todavía. «Aquella misma noche —escribe— encargué el mando de todas las tropas del sector de Anafarta a Mustafá Kemal Bey, quien mandara hasta entonces la 19 división».

Volvamos a los anzacs, en Sari Bair. Todo el día 7 fue empleado por las tropas del general Birdwood en reorganizarse, descansar y prepararse para el nuevo asalto del amanecer. La línea de los gurkas, británicos y anzacs cruzaba la pendiente del monte hacia los dos tercios de su distancia a las crestas, pero estas crestas se hallaban en estos momentos defendidas por el triple de fuerzas que en la noche anterior.

El avance de Anzac volvió a reanudarse antes del amanecer del 8. Las columnas de la derecha y del centro, partiendo del espolón del Rododendro asaltaron Chunuk Bair; la de la izquierda, partiendo del extremo del más septentrional de los tres barrancos, atacó la colina Q, que era una altura situada sobre la cresta principal y separada de Koca Chemen Tepe por una depresión. Se había reducido, pues, el frente original de ataque. Empezó una lucha

intensa que duró sin cesar tres días enteros: la columna derecha, de tropas neozelandesas, se apoderó y se mantuvo desde el alba en una posición importante en el extremo sur de Chunuk Bair, estableciéndose así en la cresta principal. Las columnas centro e izquierda, faltas de apoyo alguno desde la bahía de Suvla, no pudieron hacer grandes progresos. La noche suspendió algún tiempo la sangrienta lucha, pero, entretanto, seguían llegando continuamente nuevas tropas turcas, mientras, debido a las dificultades del terreno y a la falta de agua, no podían emplearse nuevos refuerzos en el ataque.

La batalla se renovó el día 9 con la misma furia. La derecha de los anzacs se mantuvo en Chunuk Bair, la izquierda atacó la colina Q y el centro trató de enlazar ambas posiciones, ocupando una divisoria situada entre las dos. Estas operaciones fueron preparadas y apoyadas por un intenso bombardeo en el que tomaron parte todos los cañones disponibles de la flota y del ejército. El ataque de la izquierda, retrasado por la oscuridad y el terreno, tardó en realizarse y no logró ocupar la colina Q. Pero, a pesar de ello, el sexto de gurkas y dos compañías del sexto de Lancashire Sur, pertenecientes a la columna del centro, lograron subir y apoderarse de una posición importante sobre la divisoria situada entre Chunuk Bair y la colina Q. El heroico coronel Cecil Allanson, que mandaba el sexto de gurkas y que dirigió el asalto, ha escrito sus recuerdos de la tragedia que siguió a este episodio. Había pasado la noche del 8 al 9 en la línea de fuego.

Los turcos estaban a unos 100 metros de nosotros y bajo un ángulo de 35 grados. [...] Durante la noche, me llegó un mensaje del general que ejercía el mando, diciendo que desde las cinco menos cuarto hasta las cinco y cuarto la escuadra bombardearía la cota 971 y que a esta hora trataría de apoderarme de ella, para lo que había de reunir todas las fuerzas próximas. [...] Tuve que contentarme con tres compañías británicas, las únicas que hallé a mano. [...] Me quedaban quince minutos; el fragor de la artillería era terrible; la colina, que se elevaba casi verticalmente, parecía surgir de nuestros pies; me di cuenta de que, si nos lanzábamos en el momento de terminar el fuego de artillería de apoyo, teníamos que ir de un impulso hasta arriba. Distribuí las tres compañías en las trincheras entre mi gente y les dije que habían de lanzarse en el momento en que me vieran salir llevando una bandera roja. Saqué el reloj: eran las cinco y cuarto. Nunca había visto tal apoyo de artillería; las trincheras estaban destrozadas; la precisión era maravillosa y podíamos apreciarla bien por estar justamente debajo. A las cinco y dieciocho minutos, aún no había cesado y pensé si mi reloj iría mal. A las cinco y veinte se hizo el silencio pero esperé todavía tres minutos para tener la certeza, pues el riesgo era grande, y entonces nos lanzamos todos juntos, en un avance perfecto; era un espectáculo maravilloso. [...] En la cresta encontramos a los turcos: Le Marchand cayó de un bayonetazo en el corazón; a mí me atravesaron una pierna y, durante lo que

nos parecieron diez minutos, tuvimos un cuerpo a cuerpo, luchando con puños y dientes y empleando como mazas los fusiles y las pistolas. De pronto los turcos salieron huyendo y de repente me sentí lleno de orgullo: teníamos en nuestro poder la llave de toda la península y no habíamos tenido demasiadas bajas para tan gran resultado. Debajo se veían los estrechos, y las carreteras que iban a Achi Babá, llenas de coches y camiones de transporte. Al mirar alrededor, vi que no teníamos apoyo alguno y pensé que el mejor modo de sostenernos era correr detrás de los turcos en fuga. Nos lanzamos hacia abajo en dirección a Maidos, pero no habíamos recorrido 30 metros cuando, de pronto, nuestra propia marina hizo caer entre nosotros seis granadas de 30,5 de los monitores, sembrando una confusión terrible: fue un desastre lamentable; no cabía duda de que nos tomaban por turcos y nos vimos obligados a volver atrás. Era un espectáculo terrible; el primer proyectil había alcanzado a un gurka en el rostro; a nuestro alrededor no había más que sangre, cuerpos mutilados y gritos de dolor, y todos volvimos a la cresta y de allí a nuestra antigua posición más abajo. Yo permanecí en la cresta con unos quince hombres; la vista era admirable: debajo se hallaban los estrechos y se veían pasar refuerzos desde la orilla asiática y correr automóviles por todas las carreteras. Se contemplaba a Kilid Bahr, la retaguardia de Achi Babá y las comunicaciones de todo el ejército enemigo. [...] Me encontraba solo, debilitado por el dolor de mi herida que se estaba endureciendo y por la pérdida de sangre. Vi que el avance por la bahía de Suvla había fracasado, aunque no pude distinguir a más de 1.000 o 2.000 turcos haciéndoles frente, pero veía apresurarse numerosos refuerzos enemigos en aquella dirección. Mi línea telefónica estaba cortada. [...] Me dejé caer en las trincheras de la noche anterior y, después de hacerme vendar la herida, procedí a buscar mi regimiento; lo reuní a su tiempo y esperé nuevo apoyo antes de subir otra vez a la colina. Pero no llegó ya apoyo alguno y se nos mandó solo mantener la posición durante la noche del 9 al 10. Por la tarde, fuimos contraatacados cinco veces sucesivas por grandes masas de turcos entre las cinco y las siete; pero no llegaron nunca a menos de 13 metros de nuestras líneas. [...] El capitán Tomes y Le Marchand fueron enterrados en el punto más alto de Chunuk Bair. [...] Me mandaron bajar a dar cuenta de la situación. Estaba muy débil y agotado. [...] Di cuenta al general y le dije que, si no se enviaban grandes refuerzos, así como víveres y agua, nos veríamos obligados a retroceder, pero que al hacerlo abandonábamos la llave de toda la península de Gallípoli. El general me dijo que el ataque había fallado en casi todas partes y que el regimiento sería retirado a las colinas inferiores a primeras horas de la mañana.

El día 10 amaneció sobre estos estériles prodigios de abnegación. Habían caído 12.000 hombres, la mitad al menos de los empeñados realmente en este terrible combate y las crestas brillaban tan inalcanzables como siempre. No

obstante, la derecha de los anzacs conservó, con tropas relevadas, la importante ventaja del Chunuk Bair, contra la que se estaban concentrando en la oscuridad las reservas turcas.

Ya hemos visto cómo el general Von Sanders pasó el día 8 de mayo esperando en las alturas detrás de Anafarta la llegada de los refuerzos de Bulair. ¿Qué ocurría entretanto en la bahía de Suvla? Nuestros anales militares, antiguos y modernos, son lo bastante ricos para que podamos permitirnos un relato fiel de este caso desdichado.

El teniente general sir Frederick Stopford, jefe del noveno cuerpo, había llegado con su Estado Mayor, al alborar el día 7, a bordo de la corbeta Jonquil. Durante el día permaneció en el Jonquil, por la facilidad de comunicaciones por señales y radio, y por la tarde del día siguiente hizo una visita a la playa. El general Stopford era un caballero agradable y culto que, quince años antes, había servido en la guerra sudafricana como secretario militar de sir Redvers Buller. Luego fue gobernador militar del distrito de Londres y había dejado el servicio en 1909, para vivir retirado hasta el momento en que estalló la guerra, porque se encontraba bastante mal de salud. De este retiro había sido arrancado, como tantos otros, por el enorme incremento de nuestras fuerzas terrestres. Lord Kitchener le encargó la preparación de un cuerpo de ejército en Inglaterra, y en estos momentos se encontraba, por primera vez en su vida, en una situación de alta y directa responsabilidad y encargado de un mando efectivo de tropas frente al enemigo. En tales circunstancias, tenemos que admitir que hizo todo lo que pudo.

Apenas el éxito había venido a calmar las inquietudes naturales en que había estado sumido durante el desembarco en las playas enemigas, cuando se le presentaron otra serie de graves preocupaciones. El enemigo podía ser más numeroso de lo que creía el Estado Mayor; podían existir trincheras que el reconocimiento aéreo no hubiera descubierto y, por último, podía en cualquier momento reanudarse el tiro de hostigamiento de la artillería contra las playas, que había cesado en la tarde del día 7. Con este panorama, entendió que las medidas más inmediatas a tomar eran la reorganización de las tropas desembarcadas, la mejora de sus abastecimientos, en especial de agua, abrir trincheras para asegurar el terreno ganado y desembarcar toda la artillería posible para apoyar el avance ulterior. En estas ocupaciones pasó pacíficamente el día 8, o sea, las segundas veinticuatro horas posteriores al desembarco, mientras el jefe del Estado Mayor, el general Reed, que compartía totalmente el punto de vista de su jefe, preparaba las órdenes y tomaba las disposiciones necesarias para reanudar el avance al amanecer del 9. «El segundo día de la estancia del noveno cuerpo en Suvla —escribe el general Callwell, en aquella época jefe de la Sección de Operaciones en el

Ministerio de la Guerra— fue desde el punto de vista combativo prácticamente un día de descanso». Detengámonos un momento a imaginar la escena en ambos lados del frente en esta tarde soleada de agosto. Por un lado, el caballero inglés, plácido, prudente y entrado en años, con sus 20.000 hombres esparcidos por la playa, los de la línea del frente sentados en el borde de sus zanjás-trincheras, fumando y preparando la comida, con algún que otro disparo de fusil, mientras los demás se bañan a centenares en las hermosas aguas azules de la bahía, donde, apenas molestados por alguna granada aislada, flotan los grandes buques de guerra; por el otro, el hábil general alemán consumiéndose de impaciencia por la llegada de sus divisiones y temiendo a cada momento ver barridas sus exiguas fuerzas de cobertura, mientras el ardiente Kemal anima a sus fanáticos soldados y los hace precipitarse hacia la batalla.

El jefe de la Sección de Operaciones en el Estado Mayor de sir Ian Hamilton, el coronel Aspinall, había recibido la misión de visitar la bahía de Suvla, para dar cuenta de la situación. Llegó en la mañana del 8, y ha dejado escrita una gráfica descripción de la apacible escena que vieron sus ojos. Cuando hubo confirmado, dando una vuelta por la orilla, lo que al principio se resistía a creer, subió a bordo del Jonquil donde el jefe del cuerpo de ejército tenía aún su puesto de mando.

El general Stopford me acogió diciendo: «¡Bravo, Aspinall, los hombres se han portado magníficamente!». «Pero no han llegado a las alturas, señor», repliqué. «No —contestó—, pero han llegado a tierra». Le hice presente que creía estar seguro de que el general en jefe quedaría muy decepcionado cuando supiera que no había sido alcanzado aún el terreno elevado que domina la bahía, de acuerdo con las órdenes dadas, y traté de hacerle comprender la necesidad urgente de moverse hacia adelante lo antes posible, antes de que los refuerzos enemigos se le adelantaran en las colinas. El general Stopford replicó que comprendía la importancia de no perder tiempo, pero que no era posible avanzar hasta que se hubiera descansado. Pensaba hacerlo al día siguiente.

Entonces fui a bordo del buque almirante y envié al Cuartel General el telegrama siguiente:

«Acabo de estar en la playa donde lo he encontrado todo en calma. No hay fuego de fusil ni de artillería, ni en apariencia turco alguno. El noveno cuerpo descansa. Estoy seguro de que se están perdiendo magníficas oportunidades y la situación me parece peligrosa».

Poco después de enviar este mensaje supe que el general en jefe estaba ya en camino para Suvla y pocos minutos más tarde entraba en el puerto en el yate del almirante.

La armonía de la bahía de Suvla se vio turbada por la tarde con la llegada del general en jefe. Sir Ian Hamilton había sido convencido por su Estado Mayor de que su lugar adecuado durante la triple gran batalla estaba en su Cuartel General habitual de Imbros, y en él había permanecido durante todo el día 7 y la mañana del 8 estudiando los informes contenidos en los telegramas que le remitían de los distintos sectores. Pero, a las once y media del día 8 llegó a ponerse tan inquieto por la falta de noticias de Suvla que no pudo aguantar más su aislamiento y resolvió ir allá. La marina había puesto a su disposición durante el desarrollo de las operaciones al destructor Arno, y, por lo tanto, se hicieron señales a este para que se acercara en el acto. Pero resultó entonces que el contraalmirante que ejercía el mando local había ordenado que se apagaran los fuegos en dicho buque, sin duda por el estado de sus calderas, y que por lo tanto, no podría salir antes de seis o siete horas. El general en jefe se puso tan angustiado e indignado a la vez, al verse «abandonado en su isla» que el contraalmirante le ofreció pasaje en el yate Triad, que salía para Suvla a las cuatro y cuarto de la tarde. Embarcó, pues, en él el general y llegó a la bahía hacia las seis, subiendo al Chatham, donde se encontraban el almirante De Robeck y el comodoro Keyes. Ambos le expresaron su profunda inquietud ante la parálisis que parecía haber hecho presa de las tropas, y en este momento sobrevino el coronel Aspinall. Al oír su informe, el general en jefe pasó a bordo del Jonquil, donde encontró al general Stopford fatigado de su paseo por la playa, pero por lo demás satisfecho. Este dijo que «todo marchaba bien» y procedió a explicar que sus hombres se habían cansado mucho, que no había sido posible enviarles agua ni desembarcar la artillería tan deprisa como se esperaba y que, por todo ello, había decidido aplazar la ocupación de las alturas, que «podía producir un combate serio», hasta la mañana siguiente. Añadió que, entretanto, los jefes de las brigadas tenían orden de ir ganando todo el terreno que pudieran sin entablar combate, pero que hasta el momento presente no se habían posesionado todavía de ninguna posición táctica dominante.

El general en jefe no quiso contentarse con este resultado. Sabía que estaban en marcha refuerzos turcos de Bulair hacia el sur, creía que la cresta de Anafarta no estaba ocupada todavía por ninguna fuerza enemiga apreciable, y comprendía, con razón, que lo que se podía ganar sin combate en la tarde del 8 costaría al amanecer una lucha sangrienta. Instó a que se avanzara inmediatamente hacia Ismail Oglu y las alturas de Tekke, pero el general Stopford presentó una serie de objeciones, con lo que el general en jefe resolvió visitar los puestos de mando de división en la orilla y ver las cosas por sí mismo. El general Stopford no lo acompañó.

El general Hammersley, que mandaba la división visitada, no pudo dar explicaciones muy claras de la situación y, después de una larga discusión, el general en jefe resolvió intervenir personalmente. El general Hammersley le

había dicho que la brigada 32 se hallaba disponible en las proximidades de Sulajik y estaba en condiciones de avanzar. Sobre esta base sir Ian Hamilton expresó al jefe de la división «en los términos más precisos, que deseaba que dicha brigada avanzara y se fortificara en la línea de la cresta». El general Hammersley convino, aparentemente, en ello, y más tarde ha afirmado que había actuado bajo su propia responsabilidad, no como consecuencia de una orden concreta, sino de un deseo expresado personalmente por el general en jefe. Así, una vez que sir Ian Hamilton hubo regresado al Triad, el general Hammersley ordenó a la brigada 32 que se concentrara y tratara de poner pie en las alturas al norte de Kuchuk Anafarta; en la orden citaba, especialmente, al 6 batallón de Yorkshire Este, como uno de los que habían de ser retirados de la posición que ocupaban y concentrados para el avance. Y mientras se tomaban estas disposiciones se hizo de noche.

Pero la brigada 32 no estaba desplegada como se imaginaba el mando divisionario. Por el contrario, con una iniciativa digna de encomio, dos de sus batallones habían adelantado mucho más allá que el resto del noveno cuerpo y, al no hallar resistencia, uno de ellos había ocupado una excelente posición cerca de Abrikjar, y el otro se estaba entonces atrincherando en la colina de la Cimitarra. Resulta extraordinario que en una jornada tan tranquila este hecho no fuera conocido en el puesto de mando de la división, a una distancia de 3 kilómetros. Ambos batallones fueron retirados de las posiciones que habían logrado y concentrados para el avance hacia Kuchuk Anafarta. Estos movimientos perturbaron el plan general de ataque fijado para el amanecer, aparte de traer consigo el abandono de la valiosa posición de la colina de la Cimitarra, que nunca más se pudo volver a ocupar, a pesar de todos los esfuerzos. Y, por lo demás, tampoco le fue posible, al final, a la brigada 32 emprender el ataque hasta que rompió el día.

Al amanecer del 9, se reanudó, al fin, el avance británico desde la bahía de Suvla. Emprendieron el ataque contra las alturas de Kuchuk Anafarta, a la izquierda de Ismail Oglu, la división 11, 31 la brigada de la décima y varios batallones de la división territorial 53, que habían desembarcado hacía poco. Pero, al mismo tiempo, empezaba también el contraataque ordenado por Liman von Sanders. Las vanguardias de la séptima división turca y la 12 habían llegado por la noche y el enemigo tenía, quizá, el triple de fuerzas que las del día anterior, y aumentaban constantemente. Apenas había sido retirado el sexto batallón de Yorkshire Este de la colina de la Cimitarra, cuando los turcos la reocuparon. Era necesario tomar esta colina antes de poder emprender un avance efectivo sobre la de Ismail Oglu, situada a su derecha, y por ello la asaltó la brigada 31 de la división 10. No pudo recuperarla y toda el ala derecha del ataque quedó perjudicada por este fracaso. A la izquierda de la línea, la brigada 32 no consiguió tampoco su objetivo, y en algunas partes del frente las tropas fueron rechazadas en desorden por el ardor con que los turcos

recién llegados se arrojaban a la lucha.

El resto de la división 53 desembarcó durante el día 9, así que la batalla fue renovada en la mañana del 10 y mantenida todo el día. Tanto la colina de la Cimitarra como la de Ismail Oglu fueron ocupadas parcialmente, pero se perdieron de nuevo ante la presión de los violentos contraataques. Cuando cayó la noche sobre el campo de batalla, iluminado por los matorrales en llamas, el noveno cuerpo ocupaba unas posiciones apenas algo más adelantadas que las alcanzadas el primer día del desembarco, y sobre todas las posiciones decisivas había entonces fuerzas turcas atrincheradas y victoriosas. El día 7 no se habían sufrido más allá de 1.000 bajas, pero entre el 9 y el 10 habían muerto en la bahía de Suvla cerca de 8.000 oficiales y soldados.

Hay que recordar ahora el episodio final de la batalla. Cuando rompió el día en la mañana del día 10, todavía los británicos de Anzac mantenían las posiciones duramente expugnadas en Chunuk Bair. Dos batallones de la división 13, el sexto de Lancashire Norte y el quinto de Wiltshire habían relevado a las tropas desgastadas que habían tomado la colina. Apenas se habían instalado en su nueva posición cuando se encontraron sometidas a un ataque terrible. Después de su afortunada acción del 9 en la bahía de Suvla, Mustafá Kemal había pasado la noche preparando un esfuerzo supremo para recuperar esta preciosa cresta. Se empleó la totalidad de la octava división turca, traída de la orilla asiática, más otros tres batallones, y fueron apoyados por un fuego de artillería concentrado e intenso. El asalto lo dirigió Mustafá Kemal en persona. Los mil británicos, todos los que habían cabido en aquella altura estrecha, se vieron sumergidos y abrumados por esta oleada terrible. Solo escaparon muy pocos de los de Lancashire y el batallón de Wiltshire fue literalmente aniquilado. Embriagados por el triunfo, los turcos pasaron la cresta y descendieron en densas oleadas la otra abrupta vertiente de la montaña, tratando de arrojar al mar a los invasores. Pero aquí se encontraron con el fuego de la escuadra y de la artillería y ametralladoras de la línea de británicos y anzacs, las masas turcas que adelantaban se vieron aplastadas por este huracán: de los tres o cuatro mil hombres que descendieron solo unos cientos consiguieron ganar de nuevo las alturas. Pero en ellas quedaron hasta el final de esta campaña. Así, el día 10 había terminado en conjunto el segundo gran esfuerzo para llegar a los estrechos sin haberse logrado ganancias apreciables en ningún punto.

Aún habían de librarse otros dos ataques antes de que se aceptara el fracaso definitivo. En Suvla acababa de desembarcar la división territorial 54 y, mediante su apoyo, los días 15 y 16 atacaron dos brigadas de la división irlandesa a lo largo de la cresta de Kiretch Tepe Sirt, que limita por el norte a la bahía de Suvla. Apoyadas desde el mar, estas tropas, dirigidas por el general Mahon, realizaron al principio buenos progresos, pero se vieron obligadas a

ceder la mayor parte del terreno ganado, a causa del bombardeo y los contraataques. Esta acción no figura como de mucha importancia en los partes británicos, y no parece haberse apreciado debidamente su carácter crítico. En cambio, dice de ella Liman von Sanders:

Si durante sus ataques del 15 y 16 de agosto los británicos hubieran ocupado y mantenido el Kiretch Tepe, la posición de todo el quinto ejército habría quedado amenazada por el flanco, y los británicos hubieran podido lograr una victoria final decisiva.

El día 21 de agosto, se intentó otro esfuerzo, encaminado, esta vez, a la toma de la colina de Ismail Oglu. A este efecto se llevaron a Suvla la división 29 desde cabo Helles y la división desmontada de Yeomanry desde Egipto, reforzándose con ellas a la décima, la 11, la 53 y la 54, situadas ya todas en dicho sector. También cooperaron grandes fuerzas de la izquierda del sector de Anzac al mando del general Cox. Pero los turcos poseían ahora gran fuerza y estaban perfectamente fortificados. Únicamente había disponibles para apoyar el ataque menos de 60 piezas de artillería, de ellas solo 16 de calibre mediano, y había muy pocas municiones para ellas. La batalla se libró ferozmente entre la maleza en llamas, pero una niebla súbita, poco acostumbrada en tal región, impidió la acción de la artillería atacante, por lo que, aunque la izquierda de Anzac ganó y conservó algún terreno importante, no se consiguió ningún resultado general. «Los ataques —dice Liman von Sanders— fueron rechazados por los turcos después de sufrir por su parte grandes bajas y de haber empeñado hasta sus últimas reservas, incluida la caballería». Las pérdidas británicas, en especial de la Yeomanry y de la división 29, que atacó con la mayor decisión, fueron severas y estériles. En este campo de batalla lleno de niebla y llamas cayeron los brigadieres generales lord Longford y Kenna V. C., el coronel sir John Milbanke V. C. y otros paladines. Fue el mayor combate librado sobre la península, e iba a ser el último. Desde el comienzo de la nueva ofensiva, las pérdidas británicas pasaban de 45.000 y las de los turcos no bajaban de 40.000. El 16, sir Ian Hamilton había teleografiado ya a lord Kitchener diciendo que se necesitaban otros 50.000 hombres, más los 45.000 a sustituir, para poder continuar la ofensiva. El Gobierno británico, por razones que se explicarán en el capítulo que sigue, no se consideró en condiciones de poder enviar estos refuerzos, y con esto cesó la acción en el frente de los dos ejércitos igualmente agotados.

En todas las fases de la batalla, hasta la última acción del 21, la victoria había estado oscilando en la balanza: el más ligero cambio en el curso de los sucesos habría bastado para inclinarla en sentido favorable. De no haber sido por las cuarenta y ocho horas preciosas que perdió el noveno cuerpo de ejército en Suvla, se hubieran podido alcanzar posiciones desde las que se hubiesen podido emprender operaciones decisivas. «Todos comprendimos —

dice Sanders— que los jefes británicos de los desembarcos sucesivos que empezaron el 6 de agosto se detenían demasiado tiempo en las playas en vez de lanzarse hacia el interior a toda costa, desde cada uno de los puntos de desembarco». Si se hubiera empleado en este punto la ejercitada división 29, si la Yeomanry de Egipto hubiera estado disponible desde el principio, difícilmente se nos hubiera escapado el éxito. Cuando ya era demasiado tarde, fueron enviados de Francia jefes de primera calidad, Byng, Fanshawe, Maude, para que reemplazaran a los que por inercia o por incapacidad habían dado lugar a tan grave situación: podían muy bien haberse ahorrado estos generales después del desastre, pero no cuando su presencia podía haber significado la victoria para nuestras armas.

Se ha aplicado una crítica minuciosa y severa a muchos detalles de la batalla de Suvla, pero la historia dictaminará que no fue en la península de Gallípoli donde se perdió. Rara vez se repite dos veces una oportunidad, pero esta vez, pese a los errores y desgracias de las operaciones iniciales, se nos había ofrecido la suerte por segunda vez. El momento crítico no fue en agosto, sino a fines de junio o principios de julio, y este momento fue desaprovechado sin razón. «Después de fracasar los ataques que siguieron al primer desembarco —dijo la Comisión de los Dardanelos en su conclusión número cinco— hubo un retardo indebido en decidir el curso de las futuras operaciones. El informe de sir Ian Hamilton fue enviado el 17 de mayo y no fue estudiado por el Consejo de Guerra del Gabinete hasta el 7 de junio, debido principalmente a la reconstitución del Gobierno, que tuvo efecto en este período crítico. Como consecuencia, el envío de los refuerzos pedidos por sir Ian Hamilton en su informe se retrasó seis semanas». Este retardo y el no haber utilizado el excedente de fuerzas que había en Egipto nos privó de la superioridad numérica de que podíamos haber dispuesto y que era condición esencial para una ofensiva victoriosa. Si se hubiera adoptado una decisión razonable, incluso desde el 17 de mayo en adelante, se verá en el cuadro «Bahías de Anzac y de Suvla» que 15 divisiones aliadas, que sumaban 150.000 fusiles, podían haber atacado en la segunda semana de julio a 10 turcas que contaban de 70 a 75.000 fusiles. En lugar de esto, los errores cometidos en Downing Street y en Whitehall nos condenaron sin razón a luchar en agosto con fuerzas iguales, exponiéndonos a un azar del tipo más crítico, sobre el que no pudimos triunfar. Los errores y desgracias cometidos en el campo de batalla no han de ocultarse, pero están en un plano inferior al de aquellas faltas de dirección superiores e irreparables. Las causas de la derrota resaltan con cruel evidencia en las cifras del cuadro de la pág. 596.

XXXV

El desastre de los Balcanes

Los estados cristianos de los Balcanes habían nacido de la opresión y la rebeldía. Después de permanecer cuatro siglos bajo el yugo de los conquistadores turcos, habían logrado recobrar su libertad tras luchas crueles, solamente durante los últimos cien años. Sus características nacionales habían quedado marcadas por tan dura experiencia y sus constituciones y dinastías habían salido de ella. Sus poblaciones eran pobres, ardientes y orgullosas; sus gobiernos se hallaban divididos entre sí por celos y ambiciones irreconciliables. Cada uno de estos países había sido la sede de un imperio importante en aquella región en algún período lejano de la historia, y aunque los esplendores serbio y búlgaro habían sido de duración muy breve en comparación a las glorias de Grecia, cada uno de ellos consideraba su remoto período de grandeza como medida de sus derechos históricos. Todos se consideraban a la vez propietarios legítimos de los territorios que en siglos pasados les habían pertenecido sucesivamente. De aquí que todos ellos estuviesen sumidos en intrigas y disputas violentas.

Esta ha sido la causa principal y originaria de sus indescriptibles sufrimientos. No le era fácil a ninguno de estos pequeños estados salir por sí mismo de este cenagal triste y peligroso y encontrar un terreno sólido en que afirmarse. Detrás de las comunidades nacionales, en acción y reacción confusa entre ellas, había además en cada país divisiones políticas, partidos y odios de clanes capaces por sí solos de quebrantar al imperio más poderoso. Todo hombre de estado balcánico tenía que llegar al poder en su propio país a través de complicaciones, peligros y transformaciones sorprendentes, más intensas y violentas que las que se ven en la política interior de las naciones grandes. Cuando llegaban, eran estorbados por su pasado y perseguidos por enemigos y rivales, y cargados con tales estorbos y debilidades tenían que enfrentarse con las combinaciones siempre cambiantes de la política balcánica, influida a la vez por la inmensa convulsión de la Gran Guerra.

A esto se sumaba entonces la política de las tres grandes potencias aliadas. Francia y Rusia tenían cada una sus propios intereses y fines particulares, su estado balcánico favorito y su partido favorito dentro de cada estado. Gran Bretaña tenía un vago deseo de verlos a todos unidos, y observaba una altiva imparcialidad y distanciamiento apenas menos desconcertantes. Sobre todo esto venían a añadirse las perturbadoras influencias de los distintos soberanos, casi todos de origen y parentesco teutónicos. Como consecuencia, la situación era tan caótica e inestable, y surgían tantas opiniones vehementes, que los estadistas británicos, franceses y rusos no consiguieron nunca establecer una política firme y comprensiva. Por el contrario, con sus intervenciones aisladas, vacilantes y con frecuencia contradictorias, no consiguieron más que agravar el desorden que iba a conducir sucesivamente a cada uno de estos pequeños

estados a la ruina más horrible.

No obstante, durante todo el tiempo, habían sido idénticos los intereses capitales de los tres grandes aliados y de los cuatro reinos balcánicos, y todos habrían podido ser protegidos y sostenidos por una política simple y coherente. Las ambiciones de los distintos estados balcánicos podían haberse satisfecho a expensas de los imperios turco y austríaco, con los que había suficiente y aun sobraba. El interés de los tres grandes aliados consistía en sumar a estos estados contra los dos imperios. Unidos entre sí, los estados balcánicos estaban a salvo, y unidos a los tres aliados no obtendrían los territorios que codiciaban. La incorporación de los estados balcánicos unidos a las fuerzas de la Entente habría llevado consigo la caída de Austria y de Turquía y causado un rápido y victorioso fin de la guerra. Para cada uno había una parte de botín bien definida: para Rumanía, Transilvania; para Serbia, Bosnia y Herzegovina, Croacia, Dalmacia y el Banato de Temesvar; para Bulgaria, Adrianópolis y la línea Enos-Midia; para Grecia, Esmirna y sus tierras interiores, y para todos la seguridad, la riqueza y el poder.

Pero para obtener estas ventajas, los estados balcánicos tenían que hacerse recíprocamente ciertas concesiones. Rumanía podía devolver a Bulgaria Dobruja; Serbia podía liberar los distritos búlgaros de Macedonia, y Grecia devolver Cavala como complemento, y, para consuelo inmediato de Grecia, podía haberse echado a Chipre en la balanza. Como palancas a emplear en último término, había los recursos financieros de Gran Bretaña y todas las fuerzas militares y navales que la Entente se decidiera a emplear en este nuevo teatro de guerra.

Es asombroso que aunque se compartían los mismos intereses se disponía de medios tan poderosos de coerción y de estímulo, se perdiera todo sin excepción. Si en febrero de 1915, o a raíz de la declaración de guerra turca en noviembre de 1914, hubieran podido convenir los gobiernos británico, francés y ruso una política común en los Balcanes y hubieran enviado a la península plenipotenciarios de primera calidad, para negociar con cada uno de los estados sobre bases firmes y claras, se habría podido trazar una acción uniforme y coherente de beneficios inconmensurables para todos. En lugar de hacerse así, se trató la situación con los expedientes parciales debidos a la rápida y desconcertante sucesión de los acontecimientos. Todas las cosas fueron hechas u ofrecidas por los aliados sucesiva y tardíamente en vano, pero si hubieran sido hechas de una vez y a tiempo habrían dado el resultado deseado.

Los estados balcánicos eran el campo de acción más favorable abierto a la diplomacia aliada a principios de 1915. Pero no se supo comprender ni planear como la gran batalla que era en realidad. Los hombres de estado de Rusia, Francia y Gran Bretaña no supieron emplear más que expedientes de acción

espasmódica, esporádica, vacilante; mudable e incoherente. No es justo, pues, que la opinión pública de los países occidentales condene sin reservas a los políticos y soberanos balcánicos. Las vacilaciones del rey de Rumanía, las astucias del rey Fernando, las tergiversaciones y evasivas del rey Constantino procedían, todas, de la naturaleza confusa del problema balcánico y de la falta de política de los aliados. Serbia luchó en verdad ciega y desesperadamente sin considerar más que sus intereses propios, pero con consecuencias espantosas para ella, solo reparadas en última instancia por la victoria final. Rumanía vio en peligro su propia existencia y fue sacudida hasta los cimientos. Cuando al fin, tras infinitas vacilaciones, precauciones y regateos, se decidió por entrar en la guerra, era ya demasiado tarde para decidir o abreviar la lucha conjunta, pero no lo era para ser destruida. Bulgaria hizo traición a la vez a su pasado y a su futuro y después de hacer muchos esfuerzos se vio envuelta en la suerte de los vencidos. Grecia, salvada en el último instante por hombres de valor y talento, y apareciendo con pocas pérdidas al lado de los vencedores, siguió incorregible y perdió enseguida todas sus ganancias. Y no obstante, había habido en Rumanía un Take Ionescu que veía siempre claro y bien; en Bulgaria un Stambulsky que supo desafiar la cólera regia y marchar orgulloso a la prisión con los nombres de Inglaterra y Rusia en los labios, y en Grecia un Venizelos, que, abriéndose camino entre obstáculos indescriptibles y triunfando de dificultades sin número, pudo salvar a su patria contra sí misma durante algún tiempo, y hubiera podido muy bien abreviar los sufrimientos de Europa.

En agosto de 1915, los desastres rusos llegaron al punto culminante. A finales de junio, la ofensiva austroalemana había expulsado a los rusos de casi toda la mitad meridional del gran saliente de su frente en Polonia y Galitzia, el cual había quedado reducido a un semicírculo de unos 300 kilómetros de diámetro con su centro en Brest Litovsk, y Varsovia cerca de su periferia. Se había perdido Lemberg, y el frente de Mackensen estaba encarado en estos momentos casi hacia el norte, quedando delante de él las cuatro líneas férreas que alimentaban el saliente. El 13 de julio, emprendió de nuevo este general el avance con un ejército alemán y dos austríacos, contra el ferrocarril más al sur (la línea Kowel-Cholm-Lublin-Ivangorod) mientras a su izquierda el mariscal Woyrsch presionaba hacia el este. El 1 de agosto, había atravesado la vía férrea por el centro de la línea en Cholm y Lublin y, cuatro días más tarde, los rusos evacuaron Ivangorod y Varsovia. Novo-Georgievsk, donde se habían concentrado unos 85.000 hombres de tropas de segunda línea, hizo un simulacro de resistencia pero capituló el día 20. Los desastres no terminaron allí: por el norte, en Lituania, el octavo ejército y el décimo, al mando de Hindenburg, reforzados por tropas sacadas del sur, donde el frente se había acortado, emprendieron otro ataque y, el 10 de agosto, tomaron Kovno. Todas las tropas rusas situadas entre Kovno y Riga podían quedar rodeadas y

tuvieron que retroceder. Tampoco Brest Litovsk, la fortaleza modelo tan ensalzada, iba a resistir mucho tiempo: atacada el 11 del mismo mes por tres costados, fue evacuada el 26, después de haber sido tomados por asalto los fuertes de su frente sudoeste. Con ello desaparecía el último vestigio del gran saliente, y el frente ruso, a excepción de un codo que cubría Riga, tenía aproximadamente la forma de una línea recta en dirección norte-sur. Los rusos habían evitado el envolvimiento y la captura, pero habían perdido todas sus ganancias en Galitzia, así como Polonia, 325.000 prisioneros y más de 3.000 cañones, aparte de fusiles y equipo de todas clases. Todo esto era imposible de sustituir. Y, lo que era aún peor, se persuadió al zar para que quitara el mando al gran duque Nicolás y lo enviara al Cáucaso.

Las derrotas sufridas por los rusos a partir de abril habían repercutido muy desfavorablemente sobre Italia. En 1914, Austria no había podido disponer más que de algunas tropas territoriales para vigilar la frontera italiana. En la fecha de la declaración de guerra de Italia había logrado reunir contra ella 122 batallones, 10 escuadrones y 216 piezas de artillería, dispuestos en unidades mixtas detrás de fortificaciones cuidadosamente construidas. Pero desde entonces había venido un flujo continuo de refuerzos procedente del teatro de Galitzia. La ofensiva italiana contra Trieste, conocida como primera y segunda batallas del Isonzo, hizo adelantar a los italianos en junio y julio unos 10 kilómetros en territorio enemigo; pero, después, los dejó tan atascados en la guerra de trincheras como a los ejércitos del frente occidental. Tampoco las operaciones italianas en el Tirol habían conducido a grandes avances, tan solo a la ocupación de cinco pequeños salientes del territorio austríaco, separados entre sí. Así, al desastre ruso venía a añadirse la inmovilización italiana, y ambos casos ejercieron una influencia fatal sobre el espíritu de Bulgaria.

No obstante, la atención de todos los estados balcánicos estuvo concentrada sobre la península de Gallípoli hasta que se supo el resultado de la batalla de la bahía de Suvla. Hasta que se conoció el fracaso de esta, los búlgaros habían permanecido a la expectativa, y, durante el mes de julio, hubo todavía esperanza de atraerlos a la causa de los aliados. El ataque austroalemán contra Serbia, que en febrero había parecido inminente, no maduró durante los meses de verano. La gran ansiedad que provocaba este gran peligro algunos miembros del Gabinete no había quedado, afortunadamente, justificada durante los meses transcurridos. Por mi parte no puedo explicar esta demora de otro modo que por la influencia ejercida sobre los estados balcánicos en general y sobre Bulgaria en particular, por el curso de las operaciones de los Dardanelos y la creencia ampliamente extendida en todos ellos de que Inglaterra no abandonaría la empresa sin rematar el éxito. La lucha incesante que seguía en la península, la certeza de que iban incorporándose grandes refuerzos y de que era inminente en este teatro un nuevo y gran esfuerzo dominaban la acción de Bulgaria, y esta a su vez

condicionaba el ataque austroalemán contra Serbia.

Yo había opinado ya durante el mes de julio que no se debía confiar la política entera de los Balcanes al resultado de la batalla de Gallípoli, sino que, sin dejar de ejercer allí todo el esfuerzo necesario para asegurar la victoria, había que esforzarse igualmente en atraer a Bulgaria. Esto solo se podía lograr mediante concesiones territoriales sobre Grecia y Serbia, combinadas con la ayuda financiera y la esperanza del triunfo en los Dardanelos. El peligro inminente en que Serbia se encontraba y las condiciones restringidas bajo las que podían prestarle ayuda los aliados hacían indispensable que cediera la zona no discutida de Macedonia a Bulgaria, la cual pertenecía a este país por la raza, la historia, los tratados y, hasta que le fue arrebatada en la segunda guerra balcánica, por derecho de conquista. Serbia, incluso en su extraordinario apuro durante el primer ataque austríaco de 1914, se había visto obligada a mantener gran número de tropas en los distritos búlgaros de Macedonia para tener sujeta a la población indígena. El derecho y la razón, los imperativos de la justicia y los aún más apremiantes de la necesidad, todo aconsejaba a los serbios ceder, al fin, la zona no discutida. A las exhortaciones de la diplomacia corriente se añadieron apelaciones especiales de los soberanos y gobernantes de los países aliados. El zar, el presidente de la República francesa y el rey Jorge V pidieron al príncipe regente de Serbia que accediera a una medida justa de por sí, necesaria a la causa común y vital, además, para la seguridad de la propia Serbia. Pero todas estas llamadas fueron desoídas por el Gobierno y el Parlamento serbios. La diplomacia aliada, marchando pesadamente, pues todas las medidas y todos los telegramas habían de ser convenidos entre los distintos gobiernos, acababa de llegar precisamente al punto crítico. Se negaron a Serbia nuevos envíos de material y nuevos créditos si seguía resistiéndose a sus peticiones. En este momento fue cuando comenzó la invasión final.

Lo mismo ocurrió con la cuestión de Cavala. El señor Venizelos, con su juicio casi infalible para los grandes problemas, estaba dispuesto a sacrificar toda su popularidad y a situarse en una posición sumamente desventajosa en su controversia con el rey, declarándose dispuesto a ceder Cavala a Bulgaria bajo determinadas condiciones. Si los aliados hubieran podido asegurar a Bulgaria la cesión inmediata de la zona no discutida de Macedonia y la del puerto de Cavala, parece muy probable que este país se habría decidido durante el mes de julio a venir en nuestra ayuda y a marchar contra Adrianópolis.

En todo caso, parece cierto, aun sin haberse logrado este resultado, que la cesión palpable de tales territorios a Bulgaria a instancias de los aliados habría impedido al rey Fernando llevar a su país al campo adversario. El señor Radoslavoff ha hecho en un lenguaje brutalmente franco una exposición

perfectamente exacta de la posición de Bulgaria durante estos meses. Pero no se tomó ninguna medida efectiva y todo fue dejado al azar del resultado de la batalla de Gallípoli.

Sería injusto no reconocer al mismo tiempo las dificultades extraordinarias a las que tenía que hacer frente sir Edward Grey, pues tenía que combinar la acción diplomática de cuatro grandes potencias distintas en un asunto tan delicado y penoso como el de obligar a una Grecia todavía amiga y a una Serbia aliada y en peligro, amparada especialmente por Rusia, a hacer concesiones territoriales que le repugnaban profundamente. Aunque una acción diplomática unificada podía ayudar mucho, es evidente que en este momento solo una victoria decisiva en los Dardanelos hubiera podido compensar en los Balcanes la terrible impresión de la derrota rusa.

A fines de la tercera semana de agosto se habían desvanecido todas las perspectivas de una victoria inmediata en aquel punto vital. Cuando nuestro fracaso fue plenamente apreciado por las autoridades militares competentes de Sofía, el rey de Bulgaria y su Gobierno se decidieron definitivamente a unirse a Alemania. Desde este momento, la ruina de Serbia fue segura e inevitable. El dique vacilante que constituía la campaña de los Dardanelos y que había contenido por tanto tiempo el diluvio había cedido al fin y, desde entonces, solo se trataría de una cuestión de tiempo y del horario de marcha de las tropas austroalemanas. Pero Serbia, aunque plenamente consciente del peligro, permaneció recalcitrante a toda concesión efectiva, mantuvo hasta el último momento su dominación sobre los territorios búlgaros conquistados y ofreció un frente feroz a las fuerzas abrumadoras que se estaban reuniendo contra ella.

Un nuevo y terrible suceso iba aún a presentarse en esta situación sombría. En la conferencia mantenida en Calais, a principios de julio, los representantes del Gabinete, es decir, el primer ministro, lord Kitchener y míster Balfour, habían argumentado contra una ulterior ofensiva anglofrancesa en Occidente durante 1915, siguiendo la opinión de la mayoría de los miembros del Gobierno. Propusieron que las operaciones aliadas en Francia y Flandes se limitaran a lo que se llamó «defensiva-ofensiva», o para hablar más exactamente, defensiva activa. Los franceses se habían mostrado de acuerdo y el general Joffre había aceptado personalmente, siendo el convenio formal y explícito. Fue sobre esta base sobre la que habíamos previsto y preparado la nueva batalla de la península de Gallípoli. Pero apenas había regresado el general Joffre de la conferencia, cuando, en contradicción con tales acuerdos, reanudó tranquilamente el estudio de sus planes para un gran ataque en la Champagne, en el que esperaba con plena confianza romper las líneas alemanas y arrollarlas hacia el norte. Solo después de haber perdido la batalla de Suvla, y cuando estábamos más comprometidos que nunca en la península, nos enteramos en Gran Bretaña de sus intenciones.

A fin de evitar que los documentos secretos no tuvieran más circulación que la estrictamente indispensable, se había convenido que los miembros del Consejo de Guerra que quisieran leer los telegramas diarios del Ministerio de la Guerra lo hicieran por la mañana en este edificio, donde estarían a su disposición en el antedespacho de lord Kitchener. Allí tenía yo la costumbre de ir a leerlos todos los días hasta la última sílaba y en ello me ocupaba en la mañana del 21 de agosto cuando su secretario particular me anunció que lord Kitchener, que acababa de regresar precisamente del Cuartel General francés, deseaba hablarme. Entré en su despacho y lo encontré de pie, de espaldas a la luz: me miró de soslayo con una expresión extraña en el rostro y comprendí que tenía que hacerme alguna revelación de importancia, por lo que esperé a que hablara. Tras una vacilación manifiesta me dijo que acababa de convenir con los franceses en una gran ofensiva en el Oeste. Yo dije enseguida que no había probabilidad alguna de éxito, y él explicó entonces que la escala de la operación sería mucho mayor que todo lo que se había imaginado hasta entonces y, si triunfaba, lo compensaría todo, incluso, por supuesto, los Dardanelos. Tenía un aire de excitación contenida, como un hombre que ha adoptado una gran resolución y va a ponerla en práctica, pero sin estar muy seguro del resultado. Evidentemente, estaba concentrando todas sus energías para el anuncio que tenía que hacer de ello aquella mañana ante el Consejo de Guerra y luego ante el Gabinete. Yo seguí inmovible y, como eran ya las once, me llevó a Downing Street en su coche.

El Consejo se reunió. Lord Kitchener ya había sin duda puesto al corriente al primer ministro y este lo invitó inmediatamente a hacer su declaración. Él nos dijo que, a causa de la situación en Rusia, no le era posible mantenerse por más tiempo en la actitud convenida con los franceses en la reunión de Calais, es decir, de aplazar toda ofensiva seria en el frente occidental hasta que los aliados estuvieran plenamente preparados. Siguió diciendo que, en consecuencia, había instado él mismo al general Joffre para que se emprendiera el ataque. Este esfuerzo de lord Kitchener era, sin duda, superfluo, dado que, como hoy sabemos, los planes y preparativos franceses llevaban largo tiempo elaborándose y en realidad no se habían interrumpido nunca. Por mi parte, protesté inmediatamente por el abandono de las decisiones del Gobierno, adoptadas tras madura reflexión y refrendadas por la conferencia de Calais, y me expresé abiertamente en contra de una operación que solo podía conducir a una carnicería estéril y en gran escala. Señalé que no teníamos ni las municiones ni la superioridad numérica requeridas para garantizar tal ataque contra las líneas fortificadas del enemigo, que no podría realizarse a tiempo para aliviar a Rusia, que no impediría a los alemanes seguir teniendo la iniciativa en los otros teatros de operaciones y que destruiría fatalmente nuestro proyecto de forzar los Dardanelos. Estas observaciones han sido conservadas en el siguiente resumen de la sesión:

Míster Churchill expresó su disgusto a tal resolución. Las fuerzas alemanas del frente occidental no habían sufrido reducción y eran 2.000.000 contra 2.500.000 de tropas aliadas, lo que equivalía a una superioridad de estas de cinco a cuatro, inadecuada para una ofensiva. Desde nuestro último esfuerzo en este frente, las fuerzas relativas no habían sufrido alteración, en tanto que las defensas alemanas se habían perfeccionado.

En su opinión al satisfacer el grande y natural deseo de aliviar a Rusia, los aliados perderían entre 200.000 y 300.000 vidas humanas y una considerable cantidad de municiones para ganar posiblemente solo un poco de terreno. El ataque del 9 de mayo (Festubert-Arras) había sido un fracaso y el frente no se había alterado. Y, después de este consumo de vidas y municiones, los alemanes se encontrarían ante una ocasión favorable, ante la que valdría la pena traer fuerzas del Este. Se había admitido que, para atacar, era precisa una superioridad de dos a uno, y en este momento los aliados no la tenían.

Estos argumentos no fueron seriamente discutidos, pero se adujo que en todo caso los franceses atacarían y, si no lo hacíamos también nosotros, quedaría destruida la alianza. Lord Kitchener puso gran cuidado en prevenir contra las esperanzas de un «éxito decisivo» y cuando se lo apremió para que definiera lo que entendía como tal, acabó por aceptar mi expresión de «una alteración estratégica fundamental del frente», y añadió: «Hay mucho de verdad en lo que ha dicho míster Churchill, pero, por desgracia, hemos de hacer la guerra como podemos y no como nos gustaría hacerla».

En la reunión del Gobierno, que siguió una hora más tarde a la del Consejo, pedí que no se cediera a las impacencias francesas sin celebrar una nueva conferencia en la que pudieran aducirse todos los argumentos y hacerse un llamamiento final a nuestros aliados. Mi planteamiento fue firmemente apoyado por otros ministros. Tuve que admitir que, si los franceses insistían en su proyecto después de oír nuestra argumentación, tendríamos que conformarnos a ello, pero insistí en que se hiciera un último esfuerzo para evitar la inmensa, estéril y desastrosa matanza que se preparaba. El Gobierno consultó también a sir John French, que se hallaba en Londres en este momento, y que también rehusó dar seguridad alguna acerca del éxito, aparte de estar muy disgustado por el sector de ataque en que se le había pedido que operara. No tenía municiones más que para siete días de ofensiva; pero estaba dispuesto, si así se le ordenaba, a lanzarse a la empresa de todo corazón. Le hice luego una visita particular en Lancaster Gate, donde pasaba la noche, y le expresé mis opiniones. Adujo los argumentos habituales sobre la necesidad de actuar en armonía con los franceses y luego me reveló el hecho de que el general Joffre iba a emplear nada menos que cuarenta divisiones solo en el sector francés del ataque. Aunque tuve que admitir que la escala enorme de la operación parecía plantear el asunto en la región de lo desconocido, no me

dejé convencer y me separé de mi amigo presa de la mayor ansiedad, pues me parecía que íbamos a encontrarnos con la ruina de la campaña, a la vez en el Este y en el Oeste.

La decisión de emprender un ataque general en Francia llevaba consigo la inanición, o por lo menos una falta de nutrición, en municiones y refuerzos para el ejército de la península de Gallípoli. Aunque habían de enviarse allá grandes cantidades de personal, simplemente para mantener en línea las unidades de sir Ian Hamilton, estas cifras, suficientes para representar una seria reducción en el teatro occidental, no eran lo bastante importantes para producir allí un resultado útil. Las operaciones de la península tuvieron que suspenderse por completo, y los turcos se apresuraron a reponer sus grandes pérdidas y a reorganizar sus formaciones quebrantadas y en algunos casos destruidas. Entretanto, las enfermedades y el desaliento sacudieron nuestro ejército. La angustia de ver escapar el éxito por tan poco, pero para siempre; el sentimiento de verse mal apoyados desde la metrópoli; la incertidumbre sobre las futuras intenciones del Gobierno; la penuria en municiones; la amenazadora inminencia del invierno; las rigurosas privaciones sufridas por oficiales y soldados, todo exponía al ejército de los Dardanelos a una prueba de las más tristes. Los numerosos e influyentes adversarios de la expedición, los abogados del abandono, los partidarios de otros planes contrarios, se encontraron provistos de cuanto necesitaban. En tales condiciones deprimentes, solo la resistencia paciente de las tropas británicas y el inquebrantable espíritu de los anzacs permitieron que el ejército se mantuviera firme y que más tarde pudiera conservar su propia existencia.

Pero en este momento ocurrió un incidente curioso que aumentó todavía más las perplejidades del Gobierno británico. El poder político y la influencia del general francés Sarraill se apoyaban sobre fundamentos difíciles de definir y de explicar. Este jefe había sido desposeído en julio, por el general Joffre, de un mando en Verdún en el que había triunfado. Sin embargo, había logrado, mediante profundas influencias políticas, el mando de las fuerzas francesas de Oriente como sucesor del general Gouraud, que había sido gravemente herido. Cualesquiera que fueran sus méritos militares, lo que estaba fuera de duda eran sus convicciones irreligiosas. Parecía cosa convenida en los círculos directivos franceses que había de asignársele un papel independiente en el Este que le proporcionara la oportunidad de recoger los laureles guerreros, en que los elementos radicales socialistas querían a toda costa que los generales anticlericales tuvieran su parte. Júzguese nuestra sorpresa cuando, el 1 de septiembre, en medio de los preparativos para la batalla suprema de Francia, y mientras nuestro propio ejército de los Dardanelos no recibía más que el mínimo estricto en refuerzos y municiones, recibió de repente el Almirantazgo por conducto del agregado naval francés la petición de que se ayudase al Ministerio de Marina francés en el envío de cuatro nuevas divisiones francesas

a embarcar en Marsella con destino a los Dardanelos. Entonces se nos informó de que el Gobierno francés había resuelto constituir en Oriente un ejército independiente de seis divisiones, que, al mando del general Sarraill, iba a desembarcar en octubre sobre la costa asiática de los Dardanelos y marchar desde allí contra los fuertes de Chanak, en combinación con nuevos ataques nuestros por la península de Gallípoli. Se nos pidió que releváramos las dos divisiones francesas de cabo Helles para que estas, en unión de las cuatro que enviaría Francia, pudieran constituir el ejército independiente que se requería para la nueva operación. Pareció entonces por un momento que lo que no se había podido conseguir con los argumentos más irrefutables inspirados en la razón, la audacia y el sentimiento del deber, lo iba a lograr entonces fácilmente el juego interno de los partidos políticos de Francia. Por una vez, las dificultades que ensombrecían nuestros consejos se vieron iluminadas por el rayo de sol de una hora de felicidad. Nos apresuramos a aceptar la propuesta francesa y lord Kitchener prometió al instante las dos divisiones que relevarían a las francesas de Helles. Míster Balfour empezó enseguida a reunir los transportes necesarios y míster Bonar Law se unió a mí para pedir que se enviaran fuerzas británicas aún más considerables para «aprovechar aquella ganga». Compadezcamos al Gabinete británico: siempre comprendió claramente la verdad y estuvo firme y acertado en su dirección general. No falló por un juicio erróneo, sino por falta de energía. En aquellos tiempos, el reino de los cielos había de ser conquistado a viva fuerza.

Pero entonces surgió la cuestión: ¿Cómo podía haber consentido esto el general Joffre? Cuando nos informamos, resultó que solo había consentido bajo determinadas condiciones. Su posición propia no era lo bastante segura para que pudiera permanecer indiferente a la presión política de las izquierdas, y se había visto obligado a transigir. Pero había impuesto como condición que las divisiones de refuerzo a enviar a los Dardanelos no saldrían de Francia hasta que hubiera tenido lugar el choque principal de la inminente batalla y hasta que se hubiera visto si los resultados de esta eran o no decisivos. El 11 de septiembre, apremiado en Calais por lord Kitchener para que dijese el tiempo que necesitaría para asegurar unos resultados decisivos, contestó al fin el general Joffre que lo sabría al terminar la primera semana de batalla. Si para entonces se veía claramente que no se forzaba a los alemanes en el Oeste a una retirada general (en cuyo caso habría que echar mano de todas las tropas disponibles), se dejarían en libertad las divisiones asignadas a los Dardanelos. Se fijó para el 10 de octubre la fecha de embarque de las que irían en cabeza. Por lo demás, se observó que el general Sarraill, en lugar de apresurarse a ir a los Dardanelos para examinar la situación sobre el terreno y completar sus planes, como le pedía lord Kitchener con insistencia, prefirió permanecer en París para atender asuntos sin duda de gran importancia.

El 20 de septiembre, llegó a Londres una noticia siniestra: en Bulgaria era

inminente la movilización, y se creía que este país se uniría definitivamente a los imperios centrales. Al día siguiente, el primer ministro búlgaro declaró en una reunión de su partido político que la causa de los aliados era cosa perdida, y que Bulgaria no podía unirse al bando que iba a perder; que la Cuádruple Alianza solo había hecho a Bulgaria proposiciones vagas sobre la ocupación de la zona no disputada después de la guerra y, finalmente, que al ir Bulgaria a la guerra estaba asegurada previamente la neutralidad de Rumanía. A medianoche del 22, Turquía firmó un acuerdo cediendo a Bulgaria el ferrocarril de Dedeagatch, y aquel mismo día señaló Serbia con alarma un creciente movimiento de fuerzas austroalemanas hacia su frontera norte. La tan temida ofensiva hacia el sur iba al fin a comenzar.

Resulta significativo observar que Bulgaria, en tanto que había aguardado pacientemente el resultado de la batalla de Suvla antes de adoptar su definitiva resolución, no vacilaba, en cambio, en hacerlo en vísperas de la batalla, mucho más importante, a punto de comenzar en Francia. Los alemanes se habían dado cuenta de la concentración de tropas y artillería en el Artois y la Champagne, y habían tomado efectivamente todas las medidas necesarias para hacer frente al ataque, pero su confianza en la victoria era sin duda compartida por el Estado Mayor búlgaro.

Al amanecer del 26 de septiembre, empezó la gran batalla en el Oeste. Comprendía un ataque secundario con unas treinta divisiones británicas y francesas en Loos y un ataque principal con cuarenta divisiones francesas en Champagne. Para combinar su acción con la de los franceses, sir John French se había visto obligado a aceptar un sector de ataque que no le parecía juiciosamente elegido; pero una vez resuelto a adoptar los planes del general Joffre, se aplicó a su ejecución con su firmeza habitual. El ataque francés de Champagne ha sido descrito posteriormente como de «método ilimitado», es decir, que los ejércitos eran lanzados adelante para que avanzaran tan lejos como pudieran, «en el azul», con la confiada esperanza de que, no solo se apoderarían de la línea frontal, que había sido sometida al bombardeo previo, sino también de todas las posiciones y defensas intactas que pudieran encontrarse en la retaguardia de ella. Con arreglo a los falsos y absurdos conceptos del Estado Mayor, se habían acumulado grandes masas de caballería para impulsar la victoria hasta una conclusión definitiva. Cuando sonó la señal fatídica, los valientes ejércitos marcharon hacia la tempestad de fuego, con idéntico fervor en ambos aliados. Pero el resultado, no obstante, no fue nunca dudoso: los cálculos alemanes sobre la fortaleza de su frente y el número de tropas suficiente para defenderlo demostraron ser acertados y firmes. Su ofensiva contra Rusia y su proyecto contra los Balcanes prosiguieron imperturbablemente. Durante la primera semana, el ataque anglofrancés había conseguido solo ligeros progresos en varios puntos sin significación estratégica alguna, unos pocos cañones y unos miles de prisioneros, ganancias

que se habían logrado a costa de más de 300.000 bajas.

Había llegado el momento de que el general Joffre permitiera partir a las tropas de Oriente, pero, naturalmente, se resistió a admitir el fracaso, y disimuló la ruina de sus esperanzas con la prosecución de la lucha, aplazándose de semana en semana la partida de las divisiones de los Dardanelos. Y, entretanto, el invierno se aproximaba rápidamente y tenía lugar la catástrofe de los Balcanes.

La movilización general del ejército búlgaro había empezado el 25 de septiembre. Los que habían puesto sus esperanzas en los informes optimistas de la lucha en el Oeste que eran emitidos aquí y en Francia por las autoridades militares creían imposible que los alemanes, teniendo que hacer frente a tan formidable asalto en Occidente, y empeñados en Oriente en operaciones de inmensa envergadura, pudieran aún disponer de un nuevo ejército para invadir a Serbia. Siguieron incrédulos hasta el fin. Pero durante la tercera y cuarta semana de septiembre la concentración de considerables fuerzas austroalemanas al norte del Danubio se hizo evidente. El 4 de octubre, nuestro servicio de información dio cuenta de la presencia de Mackensen en Temesvar. Entonces se hicieron esfuerzos tardíos y desesperados para detener a los búlgaros, agotando la gama completa de promesas y de amenazas, pero fueron recibidas con aire ceñudo e imperturbable y la movilización continuó con toda regularidad. El rey Fernando prosiguió con precisión matemática su política peligrosa pero profundamente meditada. Una disciplina de hierro sujetó a los soldados-campesinos y una represión implacable redujo al silencio a las fuerzas parlamentarias. Por su parte, Serbia, irrazonable hasta el fin, se disponía a hacer frente a su destino, dirigiendo a los aliados llamamientos desesperados y mostrando en el campo de batalla el heroísmo más indomable.

Conviene estudiar ahora la repercusión de estos sucesos. La única potencia que podía acudir en ayuda de Serbia antes de que fuera demasiado tarde era Grecia. En consecuencia, se hizo al fin un esfuerzo serio y unitario de los aliados para lograr la entrada de este país en la guerra. Por dos veces se había puesto a nuestra disposición y había sido rechazada. Entonces les tocó a los aliados solicitar. Grecia estaba obligada por un tratado a acudir en ayuda de Serbia contra un ataque búlgaro. Pero el rey Constantino y la parte del país que seguía sus inspiraciones alegaban que este tratado no podía aplicarse al caso en que Serbia fuera atacada, no solo por Bulgaria, sino por una gran potencia. Serbia invocaba el tratado, pedía el apoyo de Grecia y solicitaba además de los aliados el envío de 150.000 hombres. El señor Venizelos, que era otra vez primer ministro y estaba al frente de una mayoría parlamentaria, gracias a unas elecciones recientes, apremiaba a los aliados para que enviaran tropas a Salónica, lo que permitiría a Grecia entrar en la guerra cumpliendo su deuda de honor. Este desembarco, considerado como medida militar para

ayudar a Serbia directamente, era en tales circunstancias completamente absurdo; los ejércitos enemigos concentrados en las fronteras norte y este de Serbia dominarían y aplastarían con toda seguridad a este país antes de que pudiera llegarle ninguna ayuda efectiva que no fuera la griega. En cambio, como medida política para animar y decidir la acción de Grecia, el envío a Salónica de tropas aliadas estaba justificado. Pero se presentaba la siguiente cuestión: ¿De dónde iban a tomarse las tropas? Evidentemente, solo podían tomarse de los Dardanelos; y así fue. En consecuencia, en los últimos días de septiembre se destacaron del ejército de sir Ian Hamilton una división francesa y otra británica, únicos efectivos que podían deducirse de aquellas tropas tan duramente desgastadas, y que podían llegar a tiempo aún a Salónica.

El lector que posea un sentido justo de los valores en juego en esta cuestión no se sorprenderá al saber que este envío de tropas desde los Dardanelos produjo un efecto diametralmente opuesto al que se buscaba o deseaba. El rey Constantino había sido educado como militar, había estudiado muy a fondo la posición estratégica de su país y se consideraba a sí mismo como una autoridad en la materia. El modo indicado para seducirlo habría sido el de presentarle algún plan militar bien trazado, y esto es lo que no hicieron los aliados en ningún momento. Cuando supo que la ayuda aliada iba a realizarse retirando dos divisiones de los Dardanelos, dedujo naturalmente que esta empresa iba a ser abandonada. Vio que, si entraba en la guerra, tendría que hacer frente, después de un breve intervalo, no solo a los búlgaros, sino al grueso del ejército turco, empeñado en este momento en la península de Gallípoli. Leyó en la acción francobritánica una confesión clara del fracaso inminente de la operación principal, cuyo progreso había dominado durante todo el año la situación completa en Oriente. Fue imposible desvanecer de la mente del rey estas inquietudes, que, unidas a sus simpatías alemanas, resultaron decisivas. «Su Majestad —dijo sir Francis Elliot, el 6 de octubre— se conmovió ante el hecho de que se hubieran trasladado tropas de los Dardanelos a Salónica. Pensó que esto era el comienzo del abandono de la expedición y que dejaría a todo el ejército turco en condiciones de ayudar a los búlgaros».

Cuando las tropas estaban ya en camino y unidades de la marina británica estaban emplazando redes contra submarinos en el puerto de Salónica, el rey Constantino retiró su confianza al señor Venizelos, que las había invitado a acudir. Con ello los aliados se encontraban ante una Grecia germanófila dispuesta a repudiar sus obligaciones con Serbia, y el objeto de la expedición de Salónica había desaparecido por completo. Pero las poderosas personalidades de Francia y de Inglaterra que la habían promovido estaban decididas a perseverar. Las miserias de Serbia combatiendo desesperadamente contra fuerzas superiores, la vergüenza y la pena de ver aplastada a una pequeña nación aliada se combinaron con el disgusto y fatiga causados por los

Dardanelos, formando una corriente de opinión irresistible. Yo seguía apoyando un ataque naval para forzar los estrechos como la única probabilidad de alterar la acción de Bulgaria y de evitar la destrucción de Serbia, pues estaba convencido de que los Dardanelos eran la clave del problema. Hasta el último momento, la llegada de una escuadra británica al mar de Mármara podría haber transformado la situación: los búlgaros, que se habían movilizado contra una frontera, habrían quizá marchado contra la otra. Pero m^{rs} Balfour, aunque enteramente dispuesto a afrontar la responsabilidad suprema si el almirante De Robeck y el primer lord naval, sir Henry Jackson, hubieran querido hacer el intento, no podía sentirse con derecho a imponerles otra opinión ni a sustituirlos por otros en aquel momento. No quedaba, pues, más que aguardar la catástrofe.

El Gabinete encontró intolerable esta situación desesperada y el Gobierno francés parecía tener la misma opinión. Se manifestó espontáneamente un vivo deseo de enviar tropas en ayuda de Serbia y fue inútil que se explicara la imposibilidad de que llegaran antes de que fuera demasiado tarde. El viernes 6 de octubre, tras discusiones acaloradas y confusas, el Gabinete resolvió someter tan enredada situación al juicio ponderado de los estados mayores combinados del Almirantazgo y del Ministerio de la Guerra. La gran cuestión sobre lo que había que hacerse fue planteada por lo tanto a los técnicos militares y navales reunidos bajo la presidencia del jefe del Estado Mayor imperial y del primer lord naval. Durante todo el sábado y el domingo, estos jefes discurrieron y prepararon su informe y, el lunes 9 de octubre, este importante documento fue enviado a los ministros: el Estado Mayor, en leal acuerdo con el Cuartel General del frente francés y con la opinión casi unánime de la ortodoxia militar, recomendaba que se concentrara absolutamente todo en la prolongación de la batalla de Loos, de la que creía podrían obtenerse resultados decisivos. Se equivocó en este punto como iban a probar, no solo los sucesos de 1915, sino los de 1916 y 1917. Aunque el ejército británico prosiguió sus operaciones con el más amplio apoyo y hasta el límite máximo de sus municiones, no solo no fue capaz de romper el frente alemán, sino que una gran parte de sus ganancias iniciales fueron recuperadas luego por los contraataques alemanes. Si sir Douglas Haig, con el enorme consumo de municiones y de vidas que caracterizaron las batallas del Somme en 1916 y de Passchendaele en 1917, no pudo lograr un resultado decisivo, ¿cómo podía lograrlos sir John French con los escuálidos recursos ofensivos de 1915? La opinión militar más pura y ortodoxa estaba en aquella época tan alejada del contacto con la realidad que el Estado Mayor General imaginaba aún la irrupción de una masa de caballería a través de las líneas germánicas, aunque no explicaba que es lo que habría hecho la caballería si hubiera conseguido atravesarlas.

Pero, pasando de la cuestión general de la ofensiva en Francia a los

problemas concretos planteados por la situación en Oriente, los estados mayores generales del Ejército y del Almirantazgo se pronunciaban en tonos inequívocos en contra de la empresa de Salónica y a favor de continuar las operaciones de los Dardanelos. Los partidarios de Salónica habían sido precisamente los que habían insistido más fuertemente para que se remitieran las cuestiones en litigio al juicio independiente y conciso de los técnicos militares y navales, pero entonces no se mostraron dispuestos a aceptar el fallo del tribunal al que habían apelado.

Cuando el día 9 por la tarde, se llevó el asunto al Consejo de Guerra, cuyo número de miembros había aumentado en esta ocasión para incluir a las figuras más prominentes de los dos bandos en controversia, se vio claramente que no se podía llegar a acuerdo alguno entre los partidarios de Salónica y los de los Dardanelos. Por otra parte, se sobreentendía por unos y otros que habían de enviarse lo antes posible grandes refuerzos al teatro de Oriente. Como estos movimientos implicarían varias semanas y podía argüirse con razón que en este tiempo la situación evolucionaría de manera que sería posible quizá un acuerdo final, se decidió, para terminar, que se retirarían de Francia seis divisiones y se enviarían a Egipto, retrasando así la decisión sobre lo que habría que hacer con ellas. El primer ministro se sintió obligado a aceptar este arreglo; tengo el convencimiento de que tuvo siempre la intención de perseverar en los Dardanelos y de que empleó todos sus recursos de paciencia y de tacto para guiar y orientar a las opiniones en esta dirección y asegurar las decisiones necesarias en la primera ocasión posible. Probablemente si hubiera empleado una táctica más vigorosa, se habrían creado tensiones en el Gobierno, y por mi parte era y soy de la opinión de que hubiera sido preferible lidiar con estas tensiones para que uno u otro de los partidos hubiera puesto en práctica sus conceptos de un modo íntegro, antes que conservar la llamada «unidad nacional» a expensas de la acción vital y ejecutiva. Pero, desde luego, aun así, habría habido que resolver las dificultades que nos separaban de los franceses.

Por entonces, el Gobierno francés se había decidido francamente en favor de Salónica, y declarado su intención de enviar allí al ejército del general Sarrail en lugar de a los Dardanelos, instándonos para que lo apoyáramos tan fuertemente como pudiéramos. Por lo tanto, surgió en el Gabinete una nueva serie de discusiones sobre la propuesta de desviar hacia Salónica a las tropas entonces en marcha hacia Egipto, y el consiguiente abandono de toda gran empresa ulterior para abrir los estrechos. De nuevo se recurrió a las autoridades militares y al Estado Mayor General. En un informe que los acontecimientos posteriores confirmaron palabra por palabra, mostró que no había posibilidad alguna de salvar a los serbios y que la empresa de Salónica era una peligrosa e inútil disipación y despilfarro de fuerzas. Reforzado por este asesoramiento categórico de las autoridades militares y navales, el

Gabinete se negó a aceptar la propuesta francesa e insistió en que las divisiones británicas de refuerzo se enviaran a Egipto conforme a lo previsto, para ser provistas allí de su equipo semitropical. Entonces, el Gobierno francés envió a Inglaterra al general Joffre. Después de su derrota de Champagne, no se encontraba el general en situación de resistir a las tendencias manifiestas de su Gobierno y, además, no sentía posiblemente grandes deseos de que siguiera en París el general Sarraill. Llegó y, en ausencia del primer ministro, enfermo por aquellos días, tuvo una reunión con los miembros principales del Gabinete. Fui excluido de esta conferencia, porque sin duda se sabía que me manifestaría insistentemente. Después de ella, el Gobierno fue informado de que el general Joffre había abogado en favor de la necesidad y practicabilidad de la expedición de Salónica y había amenazado con dimitir del mando de los ejércitos franceses si los británicos no cooperaban en ella de un modo efectivo. Pese a la tenaz resistencia del Estado Mayor General británico y despreciando abiertamente su consejo, el Gabinete cedió a esta escandalosa amenaza.

La acción política del Gobierno británico, aunque de dirección equivocada y de acción tardía no dejó de tener su grandeza. El 12 de octubre, se dirigió la siguiente declaración tanto a Rumanía como a Grecia:

El único medio efectivo de poder acudir en ayuda de Serbia es una inmediata declaración de guerra de Rumanía y de Grecia a los austroalemanes y a Bulgaria. En este caso, el Gobierno británico está dispuesto a firmar inmediatamente una convención militar con Rumanía por la que Gran Bretaña se comprometería a poner en línea en el teatro de los Balcanes, sin incluir a las fuerzas de Gallípoli, un ejército de 200.000 hombres como mínimo. Si los franceses envían también fuerzas como parece, estas entrarían en la cifra total indicada, pero en caso contrario, el Gobierno británico garantiza que proporcionará él solo la totalidad.

Esta fuerza incluirá algunas de nuestras mejores divisiones y más aguerridas y la mantendremos en campaña al lado de nuestros aliados hasta lograr el objetivo propuesto. El envío regular de estas tropas comenzará en cuanto haya transportes disponibles y se sostendrá de una manera continua. Se considera que habrá disponibles 150.000 hombres para fin de noviembre y, al terminar el año, se alcanzará el total de 200.000.

La convención militar fijará con precisión las fechas en que llegarán las distintas fracciones del ejército. La misma oferta se hace a Grecia y, si Rumanía está preparada para actuar inmediatamente, se exigirá de Grecia de una manera imperativa que cumpla las obligaciones de su tratado con Serbia.

Si se hubiera manifestado esta energía tres meses antes, se habrían evitado los desastres que en estos momentos la impulsaban. Un ejército como el descrito aplicado en agosto o septiembre, en la península de Gallípoli o en la

orilla asiática, habría dominado a los turcos, llegados ya al límite de su esfuerzo, y transformado la derrota en victoria en todo el Oriente. Pero estas inmensas ofertas, al no estar inspiradas por la previsión, sino arrancadas por la presión de los sucesos, sonaban en oídos sordos. Ni Rumanía ni Grecia se movieron en absoluto.

En medio de estos apuros, dimitió sir Edward Carson, por no haberse conseguido socorrer a Serbia, y monsieur Delcassé por haberse intentado tal socorro.

El 9 de octubre, descargó la tempestad sobre los Balcanes, y Mackensen, cruzando el Danubio con nueve divisiones alemanas y austríacas, entró en Belgrado por el norte. Dos días más tarde, los búlgaros invadieron a Serbia por el este, y dicho ataque doble y convergente fue irresistible. El 22 del mismo mes, cayó Uskub, y Nish el 2 de noviembre. Un mes más tarde, era capturada Monastir y, hacia mediados de diciembre, todo el ejército serbio estaba destruido o había sido expulsado por completo del territorio nacional.

La implacable severidad de la persecución búlgara sometió a las fuerzas en retirada y a la población civil a los peores horrores de la guerra y del invierno. La gente murió por decenas de miles y el país entero fue arrasado y reducido a una completa esclavitud. Durante este tiempo, numerosas fuerzas anglofrancesas empezaron a acumularse en Salónica como espectadores impotentes de la catástrofe, el ejército aliado de la península de Gallípoli quedó abandonado a su suerte y la flota británica de los Dardanelos permaneció inactiva.

XXXVI

El abandono de los Dardanelos

Los sucesos que se han descrito en el último capítulo llevaron directamente al abandono de la empresa contra los Dardanelos. En primer lugar, la inminente apertura de comunicaciones directas entre Alemania y Turquía parecía ofrecer a los turcos perspectivas de amplios suministros de todas clases y en particular de artillería pesada y municiones. Nuestras tropas de la península, situadas en posiciones que no permitían ningún repliegue local, se encontrarían desde entonces amenazadas por un gran incremento en el bombardeo enemigo. En segundo lugar, la expedición de Salónica se iba a convertir en una oposición seria para los Dardanelos, al sacar elementos de un ejército ya gastado e interceptar y desviar hacia ella los refuerzos y suministros. Surgieron temores de una ruina próxima y hasta quizá de un

desastre completo. Solo el miedo a una matanza en las playas y a la pérdida de una gran parte del ejército retrasó por algún tiempo la evacuación de Gallípoli y el abandono de la empresa. Como medida preliminar, el 11 de octubre, lord Kitchener telegrafió a sir Ian Hamilton:

Diga en cuánto estima las pérdidas probables de nuestras fuerzas, caso de que se decidiera la evacuación de la península de Gallípoli y suponiendo se realizara con la máxima precaución.

Sir Ian Hamilton, que ya había declarado que la evacuación era una cosa «Inconcebible», contestó el día 12:

No sería prudente contar con salir de Gallípoli sin perder menos de la mitad aproximada de la fuerza total, lo mismo que de la artillería, que habría de emplearse hasta el último momento, depósitos, material de vía férrea, caballos, etc. Quizá, teniendo mucha suerte, podamos sufrir pérdidas mucho menos considerables.

El 14 se decidió a llamar a sir Ian Hamilton y enviar en su lugar al general Monro, que había ya mandado un ejército en Francia y estaba plenamente saturado de «ideas occidentales». Pertenecía a la escuela cuya suprema concepción de la estrategia en la Gran Guerra era «matar alemanes»: todo lo que mataba alemanes estaba bien y todo lo que no mataba alemanes era inútil, aunque permitiera que los mataran los demás y en mayor cantidad, o evitara que ellos nos mataran a nosotros. Para tales mentalidades la conquista de Constantinopla era solo un vano trofeo y la destrucción de Turquía como potencia militar o la adhesión de los estados balcánicos a la causa de los aliados, simple política que un verdadero militar había de despreciar por completo. Esta opinión particular del general Monro no era conocida por el Gabinete y sus instrucciones eran además de orden exclusivamente militar: tenía que dar su parecer sobre si había de ser evacuada la península de Gallípoli o hacerse una nueva tentativa para expugnarla, e indicar la cantidad: de tropas que serían necesarias: para tomar la península, para mantener abiertos los estrechos, y para tomar a Constantinopla. No se hacía referencia a la parte que pudiera desempeñar la flota en esta operación esencialmente anfibia. En aquel momento se estaban moviendo grandes masas de tropas desde Francia al teatro de Oriente y estaba aún en suspenso la cuestión de su empleo, por lo que en tales circunstancias el informe del general Monro era esperado con la mayor ansiedad.

No hubo que esperar mucho. El general Monro era un jefe de decisiones rápidas: llegó, vio y capituló. Se presentó en los Dardanelos el 28 de octubre y el 29, él y su Estado Mayor, no hacían ya otra cosa que discutir la evacuación. El 30 desembarcó en la península y, sin pasar de las playas, en el curso de seis horas se familiarizó por completo con las condiciones que reinaban en el

frente de 20 kilómetros de longitud de Suvla, Anzac y Helles, y dirigió algunas palabras de desaliento a los jefes principales de cada punto. Citó a los mandos divisionarios en el Cuartel General de su cuerpo de ejército respectivo y les planteó sucesivamente y por separado una pregunta parecida a «Suponiendo que no se recibieran más refuerzos, ¿podrían sostenerse las posiciones, aunque el enemigo recibiera nuevos y fuertes contingentes con artillería pesada y cantidades ilimitadas de municiones alemanas?». De este modo reunió un cierto número de respuestas dudosas y, armado con ellas, regresó a Imbros sin que volviera ya a poner los pies en la península en todo el tiempo en que ejerció el mando. Su jefe del Estado Mayor, igualmente entusiasta de la evacuación, no la visitó nunca. El 31 de octubre, el general Monro remitió su telegrama recomendando la evacuación total de la península de Gallípoli y el abandono definitivo de la campaña. Según sus propias evaluaciones suponía, además de la ruina total de la empresa, una pérdida del 30 al 40 % del ejército, es decir, de unos 40.000 oficiales y soldados para la retirada. Esta pérdida le parecía aceptable. Dos días después partió para Egipto dejando provisionalmente el mando del ejército de los Dardanelos en manos del general Birdwood.

El telegrama del general Monro sobre la «evacuación» cayó como un rayo sobre lord Kitchener, y en aquel momento y bajo la acción del golpe surgió toda la fuerza que lo poseía cuando encarnaba la esencia indomable de nuestro carácter nacional.

De lord Kitchener al general Birdwood

3 de noviembre de 1915

Muy confidencial.

Ya conoce usted el informe enviado por Monro. Salgo mañana por la noche para hablar con usted. He visto al capitán Keyes, y creo que el Almirantazgo consentirá en intentar el ataque naval para forzar los estrechos. Hemos de hacer todo lo que podamos para ayudarlos y pienso que, en cuanto estén los buques en el mar de Mármara, deberíamos apoderarnos del istmo de Bulair y conservarlo para aprovisionar por él a la flota en caso de que los turcos sigan resistiendo.

Estudie con el mayor cuidado el mejor punto para el desembarco junto al pantano situado al fondo del golfo de Saros, para que podamos establecer una línea a través del istmo, con buques en los dos extremos. Para hallar las tropas necesarias para tal empresa, habrá que reducir al estricto mínimo las que hayan de permanecer en las trincheras y quizá evacuar las posiciones de Suvla. Las mejores fuerzas combatientes de que se pueda disponer, incluyendo sus muchachos de Anzac y todo lo que esté disponible en Egipto, han de concentrarse en Mudros, dispuestos para la operación.

Tendrá lugar probablemente un cambio en el mando de la flota, nombrándose a Wemyss para que lleve a efecto la parte naval de la empresa.

Respecto a la parte militar, usted ejercerá el mando de todas las fuerzas y ha de escoger con cuidado los mandos subalternos y las tropas. Aconsejo a Maude, Fanshawe, Marshall, Peyton, Godley y Cox, dejando a los otros para guardar el frente. Le ruego que haga el plan de esta empresa o presente otros que crea mejores. Esta vez hay que hacer bien las cosas.

Me niego rotundamente a firmar la orden de evacuación, que creo que sería el mayor desastre y condenaría a una gran proporción de nuestra gente a la muerte o al cautiverio.

Monro será nombrado para el mando de las fuerzas británicas de Salónica.

Este era el verdadero Kitchener. En este apasionado telegrama, y fuera o no Bulair el sitio más adecuado, estaba el hombre que todo el Imperio británico creía que había dentro de él, en el que habían puesto su confianza millones de seres, resuelto, seguro de sí mismo, creador, corazón de león.

Pero, por desgracia, al día siguiente volvió a telegrafiar:

De lord Kitchener al general Birdwood

4 de noviembre de 1915

Salgo como se ha convenido... Cuanto más examino el problema, menos veo la solución. Así será mejor que con calma y sigilo prepare algún plan para sacar las tropas de la península.

Podemos ahora aprovechar una vez más el privilegio que tenemos de poder trasladarnos a las líneas enemigas de los Dardanelos para ver cómo consideraban la situación las autoridades alemanas responsables. El mismo día 31 de octubre en que enviaba el general Monro a lord Kitchener su telegrama de evacuación, el almirante Von Usedom, que, como se recordará, mandaba los fuertes de los Dardanelos y toda la defensa marítima de los estrechos, redactaba un informe al emperador sobre los sucesos transcurridos en aquel mes, y escribía:

El gran ataque que se esperaba en el frente de tierra no ha tenido lugar desde que fue contenido el avance iniciado por el nuevo desembarco del 7 de agosto al norte de Ariburnu. A fines de septiembre, aumentaron las noticias sobre movimientos de tropas y vehículos. Informes de Salónica confirman que las tropas enviadas allá han salido del frente de los Dardanelos. No obstante, no creo probable que el enemigo evacúe la posición sin combatir duramente. Para arrojarle de ella sería necesaria una preparación de artillería muy completa, y para esto son insuficientes las municiones ahora existentes y las que se pudieren traer.

Proseguía luego insistiendo sobre la manera peligrosa con que habían sido debilitadas las defensas de los estrechos por los repetidos traslados a Gallípoli de piezas de la artillería móvil, en especial de obuses, sobre los cuales estaba basado todo el sistema. Además de los 49 obuses y cañones móviles con sus dotaciones de municiones retirados en mayo y junio, había tenido que ceder en agosto y septiembre otras 21 de sus mejores piezas. El conjunto de las defensas «intermedias» contaba en este momento solo 20 piezas móviles entre obuses y morteros.

Entretanto, el comodoro Keyes, jefe del Estado Mayor del almirante De Robeck, no pudo soportar por más tiempo la situación de los Dardanelos. Estaba convencido desde el principio de que la escuadra podía en todo momento, y con la debida preparación, forzar los estrechos y llegar al mar de Mármara con fuerzas suficientes. Durante el verano y bajo su dirección, el Estado Mayor naval había preparado planes detallados para esta operación. Estos planes estaban ya terminados, y el comodoro Keyes se declaraba seguro de su éxito, siendo fuertemente apoyado en esta opinión por el contraalmirante Wemyss. Este jefe era en realidad más antiguo que el almirante De Robeck, pero, en las circunstancias que se explicaron anteriormente había aceptado el puesto de segundo jefe en vísperas de la acción del 18 de marzo. Las cualidades de carácter y de juicio que desplegó durante la guerra iban a elevarle de la categoría de contraalmirante al puesto de primer lord naval, en cuyo cargo tuvo que soportar el peso de los últimos catorce meses de lucha. Su opinión está, pues, respaldada a posteriori con la máxima autoridad. Pero las observaciones conjuntas de su segundo y del jefe del Estado Mayor no llegaron a convencer al almirante De Robeck y, en consecuencia, el comodoro Keyes solicitó ser relevado de sus funciones para poder ir a Inglaterra y presentar sus planes al Consejo del Almirantazgo. El almirante De Robeck con un gesto de caballerosidad le pidió que conservase su puesto y le concedió licencia para ir a la metrópoli a exponer su programa con plena libertad y sin reparos, aunque le indicó claramente que, por su parte, no aceptaría en ningún caso la responsabilidad de una nueva tentativa naval. En consecuencia, el comodoro Keyes marchó inmediatamente a Londres, adonde llegó el 28 de octubre.

El plan Keyes era notable por su audacia. Rechazaba todos los métodos de progresión gradual sobre los que únicamente hasta entonces se había podido conseguir la aprobación de las autoridades navales. Dividía la flota en cuatro escuadras, tres de las cuales tomarían parte en el ataque, mientras la cuarta seguiría apoyando al ejército. La segunda escuadra comprendía unos ocho acorazados y cruceros antiguos, otros cuatro acorazados muy viejos que servirían para transportar aprovisionamientos y todos los acorazados «falsos» de que pudiera disponerse, así como cierto número de barcos mercantes aprovisionadores de carbón y municiones. Todos estos buques irían provistos

de cajones contra las minas. Precedida de cuatro de nuestros mejores dragaminas y acompañada de ocho destructores y dos buques exploradores, esta segunda escuadra tenía que entrar en los estrechos poco antes de la aurora, manteniéndose fuera de la zona iluminada hasta que el día estuviera a punto de romper, en cuyo momento emprendería la marcha a través de los estrechos a toda velocidad. El comodoro Keyes se ofrecía para mandar él mismo esta escuadra y tenía la firme convicción de que con los dragaminas perfeccionados y los cajones, y con la ayuda de cortinas de humos, de la oscuridad y de la sorpresa, llegarían, seguramente, más de la mitad de los buques hasta Nagara. Los acorazados supervivientes emprenderían inmediatamente el ataque de los fuertes desde su retaguardia, que quedaría enteramente expuesta a los fuegos.

Entretanto, al amanecer, la primera escuadra, compuesta del Lord Nelson, Agamemnon, Exmouth, dos King Edward, cuatro acorazados franceses, el Glory y el Canopus, acompañados de ocho corbetas y diez destructores que se encargarían del dragado de las minas, atacaría simultáneamente los fuertes de los estrechos desde más allá del campo de minas de Kephez. La tercera escuadra, compuesta de dos monitores, el Swiftsure y cinco cruceros o cruceros ligeros, cubriría al ejército y cooperaría al ataque de los fuertes de los estrechos disparando por encima de la península. El bombardeo de estos fuertes llevado a cabo por las tres escuadras a la vez y el dragado de los campos de minas, descolocados ya por el paso de la segunda escuadra, serían proseguídos sin descansar un momento. El Estado Mayor había preparado una memoria detallada, regulando todas las fases de este ataque principal, que podía continuarse muy bien durante dos o tres días si era necesario antes de que se ordenara a la primera escuadra avanzar a través de los estrechos. En suma, el plan de Keyes venía a ser el primitivo de neutralizar los fuertes por medio de un ataque continuado y a corta distancia mientras eran dragados los campos de minas, pero se le había añadido un furioso ataque previo por sorpresa a realizar con los barcos más viejos, a fin de desorientar la defensa, romper los campos de minas y asegurarse una posición desde la cual los fuertes serían cogidos de revés. «La acción recomendada en el informe del Estado Mayor —escribía el comodoro Keyes—, combinada con la sorpresa preliminar y con una ofensiva decidida por tierra, representa, en términos generales, la opinión de gran número de oficiales experimentados que abogan calurosamente por un ataque naval a los estrechos y están seguros de su éxito. Si este se logra, el ejército turco de Gallípoli solo dispondrá para sus abastecimientos del istmo de Bulair, y esta línea de comunicaciones puede ser hostigada día y noche». Por último, el plan contenía disposiciones detalladas para mantener y aprovisionar a los buques que logran llegar al mar de Mármara en el tiempo que operaran contra las comunicaciones turcas.

El día 2 de noviembre, el primer ministro reconstituyó el Consejo Superior

de Guerra o Comisión de los Dardanelos, como hasta entonces había sido llamado. En esta nueva forma fue llamado Comité de Guerra, y estaba limitado al primer ministro, míster Balfour, lord Kitchener, sir Edward Grey y míster Lloyd George, aunque diez días después se unió míster Bonar Law, bajo la presión del Partido Conservador. Yo quedaba excluido. Se anunció que el Comité sería responsable ante el Gabinete de la dirección total de la guerra. El día 3, se reunió el nuevo Comité para estudiar la cuestión de la evacuación de los Dardanelos. El punto de vista de lord Kitchener se ha visto ya plenamente en su telegrama de aquel día al general Birdwood, antes del cual había teleografiado al general Monro preguntándole si sus opiniones eran compartidas por los jefes de cuerpo de ejército de la península. La respuesta había sido que el general Byng secundaba la evacuación y creía que Suvla podía ser abandonada sin sufrir grandes pérdidas siempre que se hiciera la operación antes de que llegaran los refuerzos alemanes; que el general Davies, que ejercía el mando en cabo Helles, coincidía también con el general Monro, pero que el general Birdwood de Anzac se oponía a la evacuación. El general Maxwell, comandante de las fuerzas de Egipto, había teleografiado separadamente pidiendo que se hiciera un nuevo esfuerzo para continuar la lucha. Las opiniones militares estaban, pues, divididas. Además, el Comité tenía ante sí los planes del comodoro Keyes respaldados por el almirante Wemyss y, respecto a los cuales, el Estado Mayor del Almirantazgo no se había manifestado de un modo definido. Keyes entonces era solo capitán de navío, con consideración de comodoro; se lo conocía como un oficial de talento y audacia, pero no había ejercido aún ningún mando importante ni su nombre tenía la autoridad necesaria para vencer la opinión negativa del almirante De Robeck. Si en aquella ocasión hubiera podido gozar ya de la fama que iba luego a adquirir como jefe de la flotilla de Dover y poner sobre la mesa del Almirantazgo las credenciales de Zeebrugge, la historia de la Gran Guerra habría podido quizá abreviarse notablemente.

En las circunstancias presentes, el nuevo Comité de Guerra no halló dificultad en diferir el día fatal de la decisión: lord Kitchener iría a los Dardanelos y desde allí presentaría nuevas proposiciones. El secretario de Guerra salió de Londres, el día 4 de noviembre, muy predispuesto, en apariencia, en favor del plan Keyes. A su paso por París se expresó en términos muy enérgicos y encargó al comodoro Keyes que explicara el plan al ministro de Marina, que era entonces el almirante Lacaze, y que lo siguiera después a toda velocidad. El almirante Lacaze se mostró del todo favorable al plan y prometió enseguida un refuerzo de seis acorazados antiguos para realizarlo.

Lord Kitchener llegó a los Dardanelos el 9 de noviembre. Una inspección personal de las tropas y defensas lo dejó convencido de que las posiciones podrían mantenerse bien, excepto si tenían que hacer frente a grandes

refuerzos alemanes, y de los cuales no había ningún indicio inmediato. En cambio, sus conferencias con el almirante De Robeck, en ausencia del comodoro Keyes, lo condujeron a descartar la idea de renovar el ataque naval. En su lugar pensó en hacer un nuevo desembarco en Ayas, situada en el golfo de Alejandreta, con el doble objeto de cerrar el camino de una nueva invasión turca sobre Egipto y disimular el mal efecto de la próxima evacuación de Gallípoli. Este plan no halló respaldo ni ante el Almirantazgo ni ante el Comité de Guerra: teniendo entre las manos a Salónica y a los Dardanelos, se resistían, naturalmente, a comprometerse en otra empresa enteramente nueva e independiente y que a lo sumo solo podría conducir a resultados de importancia secundaria. Informaron, pues, a lord Kitchener de su disconformidad y le anunciaron que la decisión final sobre Gallípoli había sido aplazada para decidirse en una conferencia que se celebraría en París unos días más tarde.

Acepté un puesto en el nuevo Gobierno, después de dejar el Almirantazgo a fines de mayo, porque creía que era mi deber sostener la empresa de los Dardanelos en la medida de mis fuerzas y porque tenía la esperanza de que desde mi asiento en el Consejo Superior de Guerra me hallaría en condiciones de hacerlo. Solo con esta condición me decidí a aceptar un cargo que era una sinecura. Tal condición había desaparecido a estas alturas. Mis puntos de vista eran opuestos a la opinión que entonces prevalecía y a la que el primer ministro había acabado por ceder. Me hallaba disgustado, además, por los procedimientos indecisos, fruto de las opiniones contradictorias que en aquel momento invadían y paralizaban la dirección de la guerra. En particular, la negativa a aceptar los planes del comodoro Keyes me llenó de desesperación. Me convencí de que se iba a realizar la evacuación de Gallípoli y de que esta medida sería consecuencia obligada de lo que se acababa de producir.

Por terribles que fueran los riesgos de tal decisión, nada podía evitarla si no se intentaban nuevos esfuerzos en gran escala por mar o por tierra. La evacuación era incluso preferible a dejar morir poco a poco al ejército, sin apoyo ni objeto. Si no había un Gobierno británico ni un Almirantazgo que quisieran afrontar la responsabilidad de un intento naval, se estaba aún a tiempo de hacer nuevos esfuerzos por tierra. Las nuevas e importantes fuerzas que se estaban reuniendo en el Oriente Próximo, en Egipto y en Salónica podían hacerse desembarcar en la bahía de Besika para avanzar a lo largo de la costa asiática, o bien en algún lugar del golfo de Saros para cortar el istmo de Bulair. Ambas operaciones habrían requerido gran número de pequeños buques auxiliares (chalupas, remolcadores, «escarabajos», etc.), pero cualquiera de ellas podía realizarse antes de que la situación del ejército aliado de la península de Gallípoli se hiciera insostenible por la llegada de grandes cantidades de artillería y municiones alemanas. En ninguno de los dos casos tenían los turcos suficientes reservas disponibles para hacer frente a la nueva

invasión y en ambos la victoria habría supuesto la destrucción o captura de todo el ejército turco, compuesto de veinte divisiones y concentrado entonces en la península de Gallípoli. Además se lograría la consiguiente liberación de catorce divisiones propias como nuevo factor en la lucha. Bulgaria se había unido a nuestros enemigos y Serbia había sido aplastada, pero todavía podían ganarse Grecia y Rumanía, tomarse Constantinopla, abrirse de nuevo la comunicación con Rusia y arrojar a Turquía de Europa si no se llegaba incluso a imponerle la paz.

Pero hubiera sido inútil abogar por una política semejante ante las opiniones que dominaban en estos momentos, aunque hubiese ocupado un puesto en el Comité de Guerra. Era mejor que se ensayaran otros planes, fruto del pensamiento estratégico y político entonces dominante y que fueran aplicados en toda su integridad por los que creían en ellos. Yo estaba demasiado bien informado y sentía los asuntos de un modo demasiado vivo para que pudiera aceptar una responsabilidad ministerial por lo que creía que era una concepción de la guerra totalmente equivocada. Así pues, hacia mediados de noviembre, solicité retirarme del Gobierno.

En aquella época era imposible discutir en el Parlamento ninguno de los graves y angustiosos problemas que exponen estas líneas. Por otra parte, solo experimentaba los sentimientos personales más cordiales hacia mis colegas y hacia el primer ministro, y no quería decir ni una palabra que pudiera aumentar sus dificultades o las del Estado. Me limité, pues, a alegar el deseo de abandonar una sinecura bien retribuida que no quería seguir disfrutando en aquel triste estado de nuestros asuntos.

He tratado de mostrar lo que a mi juicio fueron la interacción de las diferentes fuerzas y el encadenamiento de los sucesos en esta tragedia. Podría acompañar gran cantidad de documentos que ilustrarían y explicarían todas sus fases, y hay multitud de episodios de menor importancia que he omitido para evitar la confusión. Pero con lo escrito pueden comprenderse fácilmente las terribles dificultades y las dolorosas vacilaciones de los que, fueran cuales fueran sus opiniones, trabajaron seria y lealmente en las tareas que tenían a su cargo. He recordado los consejos que entonces emití. En aquellas fechas, no se conocía el futuro, y nadie tenía tampoco poderes plenarios. En muchas ocasiones, no tuvieron razón los técnicos y la tuvieron los políticos. Los deseos de los gobiernos extranjeros, sujetos por su parte a las mismas dificultades internas, se interponían muchas veces a nuestra política. Al no poseer nadie la certeza absoluta de un éxito positivo, nadie tenía el poder de lanzar órdenes claras y categóricas que impusieran indiscutible respeto. El poder estaba ampliamente diseminado entre los muchos personajes importantes que formaban en este período el instrumento de gobierno. Sus conocimientos estaban entre ellos muy desigualmente repartidos y, a favor de

cada una de las tesis que se oponían, podían citarse innumerables argumentos de carácter parcial. La situación a su vez evolucionaba por sí misma constante y violentamente y no conseguimos nunca volver a tomar en ella la iniciativa, viéndonos obligados siempre a adaptarnos al curso de los sucesos, sin poder en ningún caso preverlos ni evitarlos. Pero en todo el tiempo hubo soluciones claras y sencillas que habrían proporcionado rápidamente los elementos de la victoria.

Conviene quizá que cierre el capítulo reproduciendo algunas frases de carácter general que empleé al explicar mi dimisión ante la Cámara de los Comunes:

No hay razón para desanimarse ante el proceso de la guerra. Estamos ahora ciertamente atravesando un mal momento y probablemente los habrá aún peores antes de que venga un tiempo mejor; pero vendrá este tiempo mejor si sabemos aguantar y perseverar, estoy completamente seguro. Las guerras pasadas se resolvían por episodios más que por tendencias generales; en esta las tendencias son mucho más importantes que los episodios. Sin ganar ninguna victoria sensacional podemos ganar la guerra. Podemos ganarla incluso sufriendo una serie continua de fracasos del tipo más depresivo y vejatorio. Para ganar la guerra no es necesario empujar a los alemanes a través de todo el territorio que han ocupado, ni atravesar sus líneas. Aunque estas líneas se extiendan mucho más allá de sus fronteras, y sus banderas ondeen sobre capitales conquistadas y provincias subyugadas, y todas las apariencias del éxito militar acompañen a sus ejércitos, Alemania puede ser derrotada de un modo más decisivo en el segundo o tercer año de guerra que si los aliados hubieran entrado en Berlín durante el primero... Es sin duda desconcertante para nosotros observar que el Gobierno de un estado como Bulgaria, después de examinar imparcialmente las probabilidades, se haya convencido de que la victoria va a ser de los imperios centrales. Es que todos los estados pequeños se hallan hipnotizados por el aparato militar alemán y su precisión de movimientos. No ven más que el brillo externo, lo episódico y no ven ni se dan cuenta de la capacidad de las naciones antiguas y poderosas contra las que lucha Alemania para soportar las adversidades, disipar desalientos y desconciertos internos, recrear y renovar sus fuerzas y pasar con obstinación ilimitada a través de sufrimientos, también ilimitados, para conseguir el triunfo de su causa.

XXXVII

Las consecuencias de 1915

Las últimas escenas de los Dardanelos se desarrollaron mientras yo me hallaba prestando servicio en el segundo batallón de granaderos de la Guardia cerca de Laventie. No dejaba por esto de estar informado del curso de los sucesos por mis amigos del Gobierno y del Cuartel General. En aquel momento era para mí un consuelo verme entre aquellas tropas magníficas, estudiar sus métodos de combate, su disciplina y su modo de llevar la guerra de trincheras, en todo lo cual no las superaba ninguna otra unidad del ejército, y compartir su vida cotidiana bajo las duras condiciones del invierno y del fuego enemigo. Siempre recordaré la acogida afectuosa que se me dispensó en la división de la Guardia durante mi período de instrucción, les estoy muy agradecido por ello. En la oscuridad de un atardecer de noviembre conduje por primera vez una patrulla de granaderos a través de los campos fangosos que daban acceso a nuestras trincheras mientras aquí y allá acompañaban nuestra marcha el brillante resplandor de un cañonazo o el silbido de una bala perdida. Allí surgió en mi mente con absoluta claridad la convicción de que los simples soldados y sus oficiales de regimiento, inspirados por la causa que defendían, lograrían al fin reparar con sus virtudes las faltas e ignorancia de los estados mayores, de los gobiernos, de los almirantes, de los generales y de los políticos, incluyendo entre ellas, sin duda, muchas cometidas por mí mismo. Pero, por desgracia, ¡a qué precio! ¡Cuántas carnicerías tendrían aún que afrontar estos hombres supervivientes ya de tantas batallas sangrientas! ¡Durante cuántos meses interminables de firmeza y privaciones tendrían aún que afanarse antes de que se lograra la victoria!

El 22 de noviembre, lord Kitchener, después de ser rechazado su proyecto de desembarco en Ayas, consintió al fin en la evacuación de Suvla y Anzac. Esperaba aún salvar Helles, por cuya conservación abogaba calurosamente el almirante De Robeck. Sin embargo, el Comité de Guerra decidió desalojar los tres sectores. El almirante De Robeck se manifestó disconforme con esta resolución; ya había criticado la evacuación de Suvla y Anzac y cuando se le preguntó concretamente, el día 25, si convenía en la evacuación de Helles, declaró resueltamente que «no podía comprenderla». Aunque tampoco se podía desligar la situación presente de su actitud sobre el empleo de la flota. Su salud se hallaba entonces debilitada por el largo período de intensa labor y partió seguidamente para la metrópoli con una larga licencia.

El mando recayó entonces en el almirante Wemyss, y el nuevo jefe, sin desanimarse por los episodios anteriores, se dispuso a hacer un último esfuerzo para salvar la situación. En una serie de telegramas insistió sobre los peligros de una evacuación en pleno invierno, se extendió sobre sus dificultades, apoyó la apreciación del general Monro de que se perdería en ella el 30 % de la fuerza y pidió con insistencia que se hiciera un nuevo esfuerzo para convertir la derrota en victoria. Con un espíritu que no puede ser censurado en la Marina Real, afirmó que la flota quería tomar parte en él y que

incluso si no podía cooperar el ejército, él llevaría a cabo el plan Keyes y forzaría los Dardanelos únicamente con la marina.

Estos telegramas enérgicos parecieron poner otra vez la cuestión en litigio; el Gabinete se rebeló contra la decisión del Comité de Guerra. Al fin se resolvió no tomar ninguna resolución hasta haber celebrado una nueva conferencia con los franceses y se convino una reunión del nuevo Consejo Permanente Aliado para el día 5 de diciembre en Calais. Lord Kitchener volvió a esperanzarse. De acuerdo con el Estado Mayor General británico, estaba resueltamente opuesto a la expedición de Salónica. El 2 de diciembre, telegrafió al general Monro:

Personal y secreto.

El Gabinete ha estado deliberando todo el día sobre la situación en Gallípoli. Existe una fuerte tendencia contra la evacuación incluso parcial, a causa de sus consecuencias políticas. En general se piensa que hay que conservar el cabo Helles.

En caso de que se pusieran a su disposición hasta cuatro de las divisiones de Salónica para realizar una operación ofensiva que mejorara la posición de Suvla, ¿podría usted realizar esta operación a tiempo, para que pudiéramos mantener Suvla, mediante una ocupación de alturas más elevadas y más al interior? La marina tomaría también parte en la operación.

Entretanto, la actividad de los submarinos británicos en el mar de Mármara había casi cortado las comunicaciones marítimas del ejército turco, que entonces había de aprovisionarse por las carreteras a lo largo de la costa. Para hacer frente a este peligro, que se había visto venir claramente y que había aumentado rápidamente en los últimos dos o tres meses, el Estado Mayor alemán había construido un ramal nuevo de vía férrea que se separaba de la red principal turca y llegaba a Kavak, en el fondo del golfo de Saros. Al fallar los transportes marítimos, esta línea recién terminada vino a convertirse en la única vía de suministro, relevos y refuerzos para las veinte divisiones turcas de la península de Gallípoli. Desde la estación término de ferrocarril de Kavak, todo el transporte se hacía en carretas de bueyes o a lomo de camellos por caminos que cruzaban el istmo de Bulair y que eran hostigados con frecuencia por el tiro de nuestra escuadra. El 2 de diciembre, el almirante Wemyss logró destruir los tres tramos centrales del puente de Kavak por medio del tiro del Agamemnon, del Endymion y de un monitor. Además, la carretera estaba tan deteriorada por el bombardeo que el tráfico rodado quedó interrumpido casi por completo. El quinto ejército turco se encontraba, pues, en situación muy crítica. El Servicio de Información británico daba cuenta de la creciente desmoralización del enemigo, debida a las bajas, enfermedades, escasez de víveres, mal tiempo y precisión cada vez mayor del tiro naval. Hoy sabemos

que estos informes eran exactos. Había una terrible penuria de víveres, vestuario, calzado y municiones, y el estado de los soldados turcos, con frecuencia descalzos, vestidos de andrajos y hambrientos, aferrados a sus trincheras durante semanas enteras, excitaba a la vez la simpatía y la alarma de sus amos alemanes. El conde Metternich, entonces embajador alemán en Constantinopla, visitó en diciembre el frente de la península acompañado de Liman von Sanders y después de la guerra dijo, al hablar de esta época: «Solo con saber el estado del ejército turco, ya lo habríais pasado mal». No fue, pues, información lo que nos faltó entonces, sino voluntad colectiva para sacar partido de lo que sabíamos.

El almirante Wemyss y su Estado Mayor tenían entonces la seguridad de poder, aún, no solo impedir la llegada de refuerzos de artillería enemiga en gran escala, sino comprometer gravemente la misma existencia del ejército turco en la península de Gallípoli, incluso si no se forzaban los estrechos. Así, en el lugar de la lucha, surgía de nuevo la esperanza, pero fue precisamente en este momento, cuando por vez primera un mando naval enérgico y competente se declaraba seguro del éxito, cuando se adoptó finalmente la decisión mal meditada de evacuar. El 8 de diciembre se reunió la conferencia de los estados mayores interaliados en el Gran Cuartel General francés y se decidió por unanimidad la inmediata organización de la defensa de Salónica y la también inmediata evacuación de Gallípoli. Desde este momento terminaron las dudas del Gobierno británico, y a partir de entonces se mantuvo firme en su cobarde resolución. No obstante, el almirante Wemyss, con Keyes a su lado, no cedió fácilmente. La lucha de estos dos marinos contra el actual frente único del Gabinete, el Comité de Guerra, la Conferencia de estados mayores interaliados, el Almirantazgo y el Ministerio de la Guerra constituye un episodio que, quizá, se complacerán algún día en relatar los historiadores navales de Gran Bretaña. Su telegrama del 8 de diciembre merece, por lo menos, ser citado aquí en honor de la Marina Real:

La marina está dispuesta a forzar los estrechos y a dominarlos por un período indefinido, cortando todos los abastecimientos turcos que llegan ahora a la península a través del mar de Mármara o cruzando el estrecho de la orilla asiática a la europea. Solo quedaría como línea de comunicaciones la carretera que sigue el istmo de Bulair, y esta puede ser dominada casi totalmente desde el mar de Mármara y desde el golfo de Saros. Se ofrece, pues, al ejército prácticamente el corte completo de todas las líneas de comunicación turcas, acompañado de la destrucción de los grandes depósitos de víveres situados a la orilla de los Dardanelos.

Yo pediría en primer término que el ataque naval se hiciera de forma simultánea con una ofensiva por tierra, y con tal que el ejército esté dispuesto a atacar caso de presentarse por sí misma una oportunidad favorable, nada más

se le pediría. La marina está preparada para emprender la operación con seguridad completa de éxito y, si pueden proporcionarse las unidades que citaban ustedes en su carta del 24 de noviembre, esta seguridad aumentará aún más, a la vez que disminuirá el número probable de pérdidas.

La opinión militar unánime a que se refiere el telegrama núm. 422 del Almirantazgo estoy seguro de que ha sido influida por las apreciaciones técnicas de sir Charles Monro. No he leído estas apreciaciones pero las he comprendido en el curso de conversaciones con él. Sé que los jefes del cuerpo de ejército ven con malos ojos la evacuación. La empresa de forzar los Dardanelos, tal como se ha trazado en mis telegramas, no la conocen aún, y estoy seguro de que, después de considerar los resultados seguros que seguirían a un éxito naval, se decidirían en favor de un ataque que siguiera las citadas directrices, especialmente teniendo en cuenta el bajo estado moral del ejército turco de la península, del que tenemos amplia evidencia.

Estoy seguro de que la intensa propaganda emprendida por los alemanes en todo el Oriente Próximo, acompañada de la distribución de enormes cantidades de dinero, no ha sido emprendida simplemente como una derivación local de la guerra europea.

La salida natural de la situación parece ser una posición de empate, a la vez en los dos teatros principales de la guerra. Esta es la opinión que se expresa en círculos militares elevados de Grecia, y parece por lo tanto, y ello es interesante, ser fomentada por los alemanes.

Cuando estamos a la vista de la victoria, ceder nuestra posición aquí, ayuda al enemigo a ganar mercados cuya posesión puede permitirle adelantarse a los aliados en la carrera de la guerra de agotamiento que ahora empieza.

Un ataque victorioso dispararía de una vez y para siempre todas estas nubes inciertas, aparte de dejar libres gran número de buques y resueltas las cuestiones de Grecia y de Egipto.

Yo no sé lo que se haya podido decidir sobre Constantinopla, pero si se les pudiera decir a los turcos que nosotros íbamos al mar de Mármara para evitar que la ocuparan los alemanes, creo que ello produciría un quebrantamiento, y por lo tanto una debilitación entre ellos.

Temo, además, que la evacuación produzca un efecto deplorable en la marina.

Aunque no he dicho una palabra del ataque más que a mi Estado Mayor inmediato y a los almirantes, estoy seguro de que todos los oficiales y marineros sentirían que la campaña se abandona sin hacer pleno uso de nuestra mayor fuerza, o sea de la marina.

La situación es tan crítica que no puede perderse el tiempo en protocolos, así que sugiero que se solicite la opinión del general Birdwood, que es el jefe que tendrá que llevar ahora a cabo el ataque o la evacuación, si esta se ordena al fin.

La conclusión lógica es, pues, que hay que elegir entre evacuar o forzar los estrechos. Considero la primera solución como un desastre táctico y estratégico, y la segunda en cambio como factible y, mientras haya tropas en Anzac, decisiva.

Estoy convencido de que la situación está madura para una ofensiva vigorosa y estoy seguro de su éxito.

El 18 de agosto, el Almirantazgo había teleografiado al almirante De Robeck autorizándolo e implícitamente instigándolo a emplear los acorazados antiguos de la escuadra para forzar los Dardanelos, y el almirante había rehusado. En estos momentos se habían invertido las condiciones. En diciembre, el mismo Consejo del Almirantazgo respondía que no estaba dispuesto a autorizar una tentativa de la marina aislada para forzar los estrechos y este lamentable veto fue definitivo.

Los riesgos que los hombres están dispuestos a afrontar en relación con las circunstancias representan algunos de los fenómenos más extraños de la psicología. Una fracción mínima de la intrepidez que despliegan para escapar al desastre aseguraría muchas veces el éxito. Considérese, por ejemplo, la alternativa que entonces se presentaba ante el Gobierno británico y el Almirantazgo. Por un lado la posibilidad, la probabilidad incluso, según el dictamen de todos los técnicos, de perder 40.000 hombres en una evacuación que, aun realizada con éxito, solo podía concluir en la pérdida total de la campaña. Y por el otro, la posibilidad de perder una escuadra de barcos viejos y un pequeño número de tripulantes en una operación que si tenía éxito cambiaría de golpe la campaña, transformando el desastre en triunfo. Y, sin embargo, vemos al Gabinete y al Almirantazgo sintiéndose capaces de afrontar la primera eventualidad y asustándose ante la segunda. Mientras hay tiempo por delante, mientras las perspectivas son favorables y pueden ser ganadas primas inestimables, la precaución, la vacilación y las semimedidas dominan y paralizan la acción. Solo el sombrío crepúsculo de la lucha adversa trae la hora de las soluciones desesperadas. Lo positivo posible se rechaza cuando todo podía ganarse, mientras lo negativo peligroso se adopta cuando no queda otra posibilidad que la huida, y la energía y resolución que podían haber asegurado la victoria se malgastan en meros procesos de fuga.

La resolución del Gobierno británico de abandonar a toda costa era irrevocable. El Almirantazgo reiteró las órdenes para evacuar Suvla y Anzac, y, el 12 de diciembre, el almirante Wemyss se inclinó ante ellas «con el mayor

pesar y aprensión». Se completó el plan para la evacuación sobre el que se había empleado ya un mes de penosa labor, y el almirante fijó la fecha de la operación para la noche de los días 19 al 20.

Las esperanzas se resisten a morir. Al ordenar la evacuación de Suvla y Anzac, el Gobierno había consentido en mantener provisionalmente Helles y, mientras se conservara esta posición, quedaba abierta la posibilidad de un nuevo ataque naval. Para asegurar Helles, el almirante, de acuerdo con el general Davies, comandante del sector, trazó el plan de un ataque combinado a Achi Babá con la escuadra y el ejército. La corrección y dirección del tiro naval de los monitores y de los Edgar, provistos de bulges, habían alcanzado un elevado grado de eficacia. Como escribía el general Davies, «la cooperación es ahora una realidad práctica»; los dos jefes, naval y militar, situados sobre el terreno, estaban, por lo tanto, de perfecto acuerdo. Pero no sirve de nada hablar sobre las perspectivas de tal operación, porque en este momento el general Monro regresó de Salónica donde había residido desde su visita de veinticuatro horas a la península y de su estancia en Egipto. Ya el día 1 de diciembre había prohibido al general Birdwood y a los jefes del cuerpo de ejército que conferenciaran con el almirante sin su autorización, y el día 10 prohibió terminantemente al primero discutir con el almirante cualquier asunto militar. El día 14, telegrafió al Almirantazgo su disconformidad con los puntos de vista del almirante, protestando de que este emitiera opiniones cualesquiera sobre asuntos de carácter militar. Convino, sin embargo, con la opinión naval y militar local en que el cabo Helles no podía sostenerse indefinidamente sin ocupar a Achi Babá. En consecuencia, y en último término, puesto que la conquista de esta posición se juzgaba imposible, se llegó finalmente a la decisión de evacuar la península por completo.

Con tristeza, aunque con profundo alivio, supe en Francia que se había ejecutado con éxito y sin bajas dicha operación crítica, que fue realizada en la noche del 19 de diciembre. Hay que rendir los máximos honores a los jefes navales y militares que regularon todos sus detalles y a los almirantes y generales que la realizaron tan perfectamente. El tiempo, que era el factor decisivo, se mantuvo favorable exactamente durante las cuarenta y ocho horas vitales, y los turcos no sospecharon nada. Realmente, solo cuando alumbró la aurora las trincheras vacías y las posiciones famosas tan caramamente conquistadas, y entonces tan silenciosas como las tumbas de que estaban rodeadas, fue cuando los feroces soldados turcos y sus indomables jefes quedaron sin poder creer lo que veían sus ojos. Su país, cuya capital habían defendido con tan valiente tenacidad, pasaba, de golpe, de un peligro extraordinario a convertirse en una potencia renovada y resucitada. La convicción, la firmeza y la voluntad de vencer mantenida inquebrantablemente por su alto mando habían procurado la victoria a la defensa, pese a su inferioridad numérica y en recursos y al peligro estratégico inherente a su

posición. La falta de estas cualidades en nuestro bando, aun con la máxima potencia, habían privado a los atacantes de la recompensa, preñada de consecuencias para el mundo entero, a que tenían derecho por su superioridad abrumadora en fuerzas y recursos, por su audacia, por su abnegación y por sus terribles sacrificios.

La evacuación de Helles se realizó con la misma habilidad y feliz éxito el día 8 de enero, y la historia de los Dardanelos terminó con ello definitivamente y esta conclusión fue aplaudida por los superficiales e ignorantes como si hubiera sido una victoria.

Es necesario, sin embargo, no solo relatar las consecuencias inmediatas, sino bosquejar las más vastas y ulteriores que se derivaron de estos sucesos.

La campaña de los Dardanelos había sido en cada una de sus fases mal alimentada y entorpecida por la continua oposición de los altos mandos francés y británico de Francia a que se retiraran tropas y municiones del teatro principal de la guerra. El abandono de los Dardanelos condujo, no obstante, a distraer fuerzas militares aliadas mucho más numerosas que las que sus más ardientes partidarios habían nunca soñado. Serbia había quedado destruida, Bulgaria se había unido a nuestros enemigos, Rumanía y Grecia se mantenían heladas en una neutralidad aterrorizada. Pero mientras ondeó la bandera británica en la península y su flota estuvo fondeada frente a los estrechos, la fuerza principal de Turquía estuvo agarrotada y paralizada. La evacuación dejó en libertad a veinte divisiones turcas de la península que desde entonces Turquía pudo usar para constituir un frente común con los búlgaros en Tracia, atacar a Rusia, ayudar a Austria y atemorizar a Rumanía. Además, Turquía se encontró en condiciones de amenazar a Egipto, y a la vez de reforzar a Mesopotamia. Las trece divisiones británicas evacuadas, una vez descansadas y reequipadas, hubieron de ser empleadas contra estos dos últimos nuevos peligros. El total del nuevo ejército enviado por Francia y Gran Bretaña desde el teatro occidental, y que contaba con siete nuevas divisiones, fue asignado para la defensa de Salónica, y, a excepción de los anzacs, casi ninguna de estas veinte divisiones aliadas volvió a combatir contra los alemanes en todo el resto de la guerra. Además, casi ninguna de ellas entró de nuevo en contacto con el enemigo durante cerca de seis meses, en cuyo tiempo trece de las veinte divisiones turcas liberadas fueron añadidas a las fuerzas enemigas en otros teatros de operaciones: once fueron al Cáucaso y dos a Galitzia, sumándose en ambos casos al peso que había de soportar Rusia. Así, los primeros frutos de la evacuación de Gallípoli pueden evaluarse en una pérdida total para los aliados de treinta a cuarenta divisiones, o sea, la mitad de las fuerzas de una potencia de primer orden. Era evidente que de esta causa sola había de salir una grave prolongación de la guerra.

Desde el momento en que se aflojó la presión sobre el corazón del Imperio

turco y este tuvo espacio para respirar, sus miembros esparcidos recobraron y desarrollaron su acción bajo el estímulo alemán. Las tres campañas ya empezadas o de comienzo inminente, Salónica, Egipto y Mesopotamia, se desarrollaron rápidamente, convirtiéndose en empresas de envergadura y todas se prosiguieron hasta el último día de la guerra, desviando grandes recursos de Gran Bretaña y, en menor grado, de Francia. En el año 1918, siete divisiones británicas e indias que formaban un ejército de 270.000 hombres (sin contar los auxiliares indígenas) se hallaban operando en Mesopotamia. La defensa del canal de Suez y el subsiguiente ataque a Turquía de Palestina se convirtió en una guerra separada que en cualquier otra época habría absorbido la atención del mundo entero. En lugar de atacar a Constantinopla, que era el corazón de Turquía; o de golpear en Alejandreta, que era, por decirlo así, su axila; o Haifa, que era su codo, empezamos el ataque por las puntas de los dedos en dirección ascendente, abriéndonos camino lenta y penosamente, con infinitos esfuerzos y gastos, entre hechos de armas asombrosos a través de desiertos, arrastrando verdaderos ríos artificiales sobre centenares de kilómetros de arena ardiente. Tuvimos que trabajar y combatir kilómetro por kilómetro y hasta metro por metro, de Gaza a Jerusalén, y de Jerusalén a Damasco, sin que en ningún momento existiéramos del enemigo más allá de un tercio de nuestro propio esfuerzo guerrero. En el momento del armisticio, había en Palestina y Siria doce divisiones británicas que formaban un ejército de cerca de 280.000 hombres (sin contar los auxiliares). La campaña de Salónica no resultó menos formidable: a fines de 1917, había en línea doce divisiones inglesas y francesas, más dos italianas, contra fuerzas turcas, que podían haber estado fuera de combate de haberse perseverado en los Dardanelos, y contra un ejército búlgaro que una política prudente y oportuna podía haber alineado a nuestro lado. La única adición obtenida en este gran despliegue de fuerzas aliadas fue la de seis divisiones serbias traídas por mar después del desastre de su país y cuatro divisiones griegas que armó el señor Venizelos después de rebelarse contra el rey Constantino. Al final, había en el frente de Salónica 630.000 soldados aliados.

El sostenimiento de estas tres grandes expediciones a gran distancia y a través de los mares impuso a los recursos marítimos de Gran Bretaña un esfuerzo que, combinado con la guerra submarina ilimitada, estuvo a punto de llevarnos a la ruina completa en la primavera de 1917. Así, los almirantes que solo pensaban en la Gran Flota y los generales que solo pensaban en el ejército principal pudieron aprender cuán cruelmente se venga la fortuna de los que desdeñan sus primeras y preciosas ofertas.

Aunque llevada a cabo por un método costoso y desviado, la concepción estratégica que inspiró la política de Oriente quedó al fin justificada, y el colapso de Bulgaria, después de tres años de guerra, fue la señal de la catástrofe general de los imperios centrales.

Con los Dardanelos terminó toda esperanza de entrar en contacto directo y continuo con Rusia. Podría construirse un ferrocarril de 1.900 kilómetros hasta Murmansk, y podrían seguir enviándose víveres por Vladivostok a través de 6.000 kilómetros, pero la cooperación íntima, el intercambio de hombres y municiones, la valiosa exportación del trigo ucraniano y la expansión de un comercio vivificante que solo podía lograrse con la apertura del mar Negro, todo esto, se perdió para siempre.

El abandono de Gallípoli desvaneció el sueño ruso. En sus horas más sombrías, bajo los golpes de Ludendorff, arrojada de Polonia y de Galitzia, con sus ejércitos sufriendo desastres y desafiando a la muerte a veces sin armas, con el coste de la vida subiendo continuamente en todo su inmenso imperio aislado del mundo exterior, Rusia se había mantenido animosa pensando en la gran presa de Constantinopla. En todas las clases sociales de Rusia se sintió entonces un escalofrío profundo y con él se despertaron sospechas no menos profundas: Inglaterra no había tratado seriamente de forzar los estrechos. En cuanto había accedido a las pretensiones rusas sobre Constantinopla, ya no había actuado de corazón, ya había perdido su interés en la empresa. Su acción irresoluta y sus consejos divididos provenían de motivos secretos ocultos en el seno del Estado. Y esto ocurría mientras Rusia estaba derramando su sangre como ninguna raza lo había hecho desde que los hombres se hacían la guerra. Tales eran los rumores, atizados por una hábil propaganda alemana, que se esparcieron en todos los dominios del zar, y gracias a ellos todas las influencias subversivas ganaron fuerza. Al final, la prolongación en este momento inevitable de la guerra, estaba destinada a ser fatal para Rusia, y en la guerra de agotamiento a que estábamos desde entonces condenados y que algunos llegaron a presentar como la última revelación del arte militar, Rusia iba a ser la primera en caer y con su caída atraería sobre sí una ola de ruina en que quizá han perecido veinte millones de seres humanos. Las consecuencias de estos sucesos las estamos sufriendo todavía y atormentarán aún la existencia de los hijos de nuestros hijos.

El fracaso de la expedición de los Dardanelos fue fatal para lord Kitchener. Durante todo el año 1915, había ejercido la dirección única y plenaria de las operaciones militares británicas, y hasta noviembre se había obedecido su voluntad en todos los puntos importantes. Pero el nuevo Gabinete, y los miembros directivos del antiguo, habían perdido la confianza en su modo de llevar la guerra. La dirección de la campaña de Gallípoli venía a mostrar de un modo claro las limitaciones de esta gran figura, en este período de su vida, y en esta terrible situación, tanto como organizador, como hombre de acción. También sus consejos sobre la ofensiva de Francia, que había fracasado estrepitosamente en Loos y en la Champagne, estaban en la mente de todos. Con la agonía de la evacuación de Gallípoli, su fuerza de voluntad había fallado claramente y la larga serie de disposiciones contradictorias que había

marcado su modo de llevar este triste problema eran conocidas de todos los que sabían lo ocurrido.

Ya en noviembre sufrió un primer desaire: su plan de hacer un nuevo desembarco en el golfo de Alejandreta, aunque trazado por él sobre el mismo teatro de operaciones, había sufrido una negativa rotunda en el nuevo Comité de Guerra y en la conferencia de los aliados. En una serie de telegramas cuya intención se disimulaba apenas, se lo invitó a convertir su misión definida de los Dardanelos en una dilatada visita de inspección general por todo el Oriente. Su rápido regreso a Londres mostró que no dejaba de darse cuenta de su situación. El dispositivo que adoptó para las fuerzas británicas de Oriente después de la evacuación de Suvla y Anzac no era adecuado, ciertamente, para restablecer un prestigio que se apagaba. Era natural que Egipto se destacara de un modo desproporcionado en su espíritu; había pasado allí casi toda su vida y ganado allí su fama. En este momento, veía amenazado este país amado por lo que él creía una inminente invasión turca en gran escala y, en su afán de alejar este peligro imaginario, amontonó divisiones en Egipto e imaginó, sin duda para fecha no lejana, luchas desesperadas en defensa del canal de Suez. En los primeros días, a fines de 1914 o comienzos de 1915, había sido útil que unos miles de turcos amenazaran el canal y crearan la máxima perturbación posible con el objeto de retrasar el traslado al frente europeo de las tropas procedentes de la India, Australia y Nueva Zelanda. Pero la utilidad y a la vez la posibilidad de realizar esta operación habían sido anuladas por el gran incremento que había experimentado el teatro de guerra del Mediterráneo Oriental durante el año transcurrido. Los estados mayores alemán y turco se contentaron, pues, con amenazas y baladronadas y con anunciar propósitos de invasión en lugar de intentarlas realmente. En diciembre, dijo Enver Pachá: «Egipto es nuestro objetivo», y, siguiendo esta simple indicación, se prosiguió allí febrilmente la concentración británica.

Para colmo de males vino el revés de Mesopotamia, en el que no tenía lord Kitchener ninguna responsabilidad directa. El general Townshend había marchado sobre Bagdad, y se había hecho creer al Comité de Guerra que era él mismo quien había impulsado la empresa. El general Nixon, comandante en jefe en Mesopotamia, no había dado cuenta de que su audaz y hasta entonces afortunado subordinado había informado por escrito de sus recelos sobre la operación. Las fuerzas de Townshend, consistentes en unos 20.000 hombres, se vieron obligadas, el 25 de noviembre, a retroceder después de una acción muy disputada en Ctesifonte, y solo después de la rápida y desastrosa retirada pudieron encontrar un refugio provisional en Kut-el-Amara.

El 3 de diciembre, el Comité de Guerra resolvió volver a crear el Estado Mayor General del Ministerio de la Guerra, dándole una forma efectiva. Fue una decisión trascendente: el experimento de nombrar secretario de Guerra a

un mariscal había terminado. Lord Kitchener podría continuar disfrutando la apariencia del poder, pero este poder hasta entonces tan abrumador que había absorbido e incorporado a la vez la autoridad ministerial y la de un jefe del Estado Mayor profesional iba a ser ahora constreñida a unos límites que, realmente, pocos políticos habrían aceptado en un ministerio. Se trajo a Whitehall a sir William Robertson, jefe del Estado Mayor del Ejército en el frente francés y se publicó un decreto ministerial fijando sus derechos y su responsabilidad en términos a la vez amplios y estrictos. Lord Kitchener aceptó la cesión, no solo de los poderes excepcionales de que había disfrutado, sino de los que habían sido siempre inherentes al cargo que desempeñaba.

Se acercaba el fin de su gran historia: su larga vida de acción, iluminada por triunfos ganados duramente y coronada por una autoridad que rara vez ha tenido ningún súbdito británico y por todas las consideraciones y honores que pueden conceder Gran Bretaña y su Imperio, estaba declinando hacia la sombra. La súbita entrada de la noche, las aguas profundas del mar del Norte, iban a preservarle de los bajíos a él y a su fama.

Better to sink beneath the shock,
than moulder piecemeal on the rock.

Los días solemnes en que se irguió como condestable de Gran Bretaña, a cuyo amparo su pueblo indefenso iba a instruirse para la guerra, habían terminado. Su vida, consagrada al cumplimiento del deber, solo podía terminar con una muerte de guerrero. Sus servicios durante la Gran Guerra como estratega, administrador y guía serán juzgados por otras generaciones distintas de la nuestra, y es de esperar que, al hacerlo, recuerden también la confortación que dio su carácter y su personalidad a sus compatriotas en las más duras horas de prueba.

No se puede seguir la larga cadena de ocasiones fallidas que impidieron el forzamiento de los Dardanelos sin experimentar una sensación de espanto. Mirando atrás, se ven al menos una docena de situaciones, todas fuera de la intervención del enemigo, cualquiera de las cuales, de haberse decidido de otra manera, habría asegurado el éxito. Si cuando se resolvió hacer el ataque naval, se hubiera sabido que había un ejército disponible y se hubiera dispuesto de él, habríase resuelto un ataque combinado naval y militar por sorpresa y todos lo habrían apoyado de corazón. Si no se hubiera enviado nunca ningún ejército, la marina, una vez bien organizado el servicio de dragaminas, habría reanudado sus esfuerzos después de la detención del 18 de marzo y, de hacerlo así, habría consumido las municiones de los fuertes turcos y dragado los campos de minas. Si no se hubiera dado contraorden para la marcha de la 29 división el 20 de febrero, o se la hubiera acomodado correctamente en los transportes en disposición de poder combatir en cuanto desembarcara, sir Ian

Hamilton habría atacado la península de Gallípoli casi a raíz del 18 de marzo y, en tal caso, la habría encontrado mal defendida. Las batallas de junio y julio fueron indecisas hasta el último momento y cualquier adición substancial a las fuerzas atacantes habría resultado decisiva. La parálisis del poder ejecutivo durante la formación en mayo del gobierno de coalición retrasó por seis semanas la llegada de los refuerzos británicos y permitió a los turcos duplicar la fuerza de su ejército, anulando así el instante favorable de comienzos de julio. La batalla de Suvla en agosto está caracterizada por una combinación de azares desdichados, extraordinaria en los anales de la guerra; la historia del noveno cuerpo de ejército y de todo el desembarco en Suvla sería increíble si no fuera verdad. La dimisión de lord Fisher, mi sustitución en el Almirantazgo y la impopularidad de la expedición de los Dardanelos a causa de la ignorancia general intimidaron a nuestros sucesores en el Consejo del Almirantazgo, impidiéndoles aceptar la responsabilidad de los riesgos que había que correr. Rehúsar la alianza y el ejército de Grecia cuando se nos ofrecieron en 1914; no lograr obtenerlos cuando se solicitaron en 1915; la insensatez de Rusia al rechazarlos; el delicado equilibrio de que estuvo pendiente la fatal decisión de Bulgaria; las extraordinarias circunstancias que condujeron en París durante el mes de septiembre al nombramiento del general Sarraill y a la proposición del Gobierno francés de enviar una gran expedición a la costa asiática de los Dardanelos y el posterior abandono de una política que tantas perspectivas de éxito ofrecía; la dispersión de todas las fuerzas disponibles a fines de 1915 del objetivo vital de los Dardanelos y de Constantinopla para las operaciones pródigas y por tres años enteros indecisas de Salónica, y, por último, la decisión final de evacuar Gallípoli en el momento en que el ejército turco se encontraba en la situación más desesperada y la marina británica más segura de sí misma, todas estas son tragedias distintas y encadenadas.

El fin de la campaña de los Dardanelos cierra el segundo gran período de la guerra. No quedaba ya otro recurso que la guerra de agotamiento, no solo de los ejércitos, sino de las naciones. Ya no habría más estrategia, y solo un poco de táctica; únicamente el monótono desgaste de la coalición más débil por la más fuerte, mediante el intercambio de vidas humanas, junto con la multiplicación del maquinismo por ambas partes para hacer más rápido este intercambio. El frente continuo se extendía en estos momentos, no solo del mar a los Alpes, sino a través de la península balcánica, de Palestina y de Mesopotamia. Los imperios centrales habían defendido con éxito su flanco meridional en los Balcanes y en Turquía. Su victoria desvanecía al mismo tiempo toda probabilidad de tentativas contra su flanco norte en el Báltico. Todas estas ideas habían de aplazarse. Desde entonces, el arte militar no nos reservaba más que ataques frontales de sangre y carne fresca contra alambradas y ametralladoras, para «matar alemanes», mientras los alemanes mataban doble cantidad de aliados, alistaban a los hombres de cuarenta, de

cincuenta y hasta de cincuenta y cinco años, y a los adolescentes de dieciocho y volvían a enviar a la matanza a los soldados heridos hasta tres y cuatro veces. Y cuando al final, tres años más tarde, la nube de funcionarios de uniforme que había presidido plácidamente desde sus oficinas este proceso monstruoso presentara la victoria a sus naciones exhaustas, esta victoria iba a resultar solo un poco menos ruinosa para los vencedores que para los vencidos.

TERCERA PARTE

1916-1918

A todos los que sufrieron

XXXVIII

Una estadística sangrienta

La luz del nuevo año, 1916, que surgía sobre un mundo frenético y desesperado, iluminó plenamente el inmenso campo de batalla en que había quedado convertida Europa y sobre el que se entremezclaban en una confusa matanza las naciones más nobles de la cristiandad. Entonces ya era seguro que la lucha se prolongaría hasta un final de aniquilamiento. Las enormes fuerzas acumuladas en cada bando estaban tan equilibradas que los daños que podían infligir y sufrir en la lucha eran inconmensurables. Los combatientes, tanto de una como la otra coalición, estaban enzarzados en una forma tan comprometida que ningún estado podía salir solo de la lucha.

Las provincias septentrionales de Francia, invadidas y ocupadas por los alemanes, inspiraban al pueblo francés un ansia imperativa de arrojar al enemigo del suelo natal. Las líneas de trincheras en que los ejércitos se hallaban frente a frente no corrían a lo largo de las fronteras, en cuyo caso no habría sido quizá imposible entrar en negociaciones, sino a través del corazón de Francia. La llamada para liberar el territorio nacional de la opresión extranjera llegaba a todas las cabañas y templaba todos los corazones. En el otro lado, Alemania, en pleno apogeo de sus fuerzas y cuando sus ejércitos se hallaban casi en todas partes sobre territorio enemigo, no podía ceder lo que había ganado con tanta sangre, ni pagar las culpas de su error original o reparar los daños que había causado. Una dinastía o un gobierno alemanes que hubieran propuesto tales medidas prudentes y justas habrían sido derribados en

el acto. Así, las pérdidas francesas y las conquistas alemanas de territorios impulsaban análogamente a ambas naciones a continuar la lucha. Un incentivo similar actuaba sobre Rusia, en la que, además, la creencia de que la derrota significaba la revolución fortalecía todas las resoluciones del Gobierno. En Gran Bretaña, una obligación de honor hacia sus aliados en desgracia, y en particular hacia Bélgica, excluía la más ligera inclinación a ceder o a retirarse, y, además, tras esta deuda de honor, hervía en el corazón de la raza insular una ardiente pasión contenida y una resolución por la victoria a toda costa y a pesar de todos los riesgos, que estaba latente desde Napoleón.

No menos perentorias eran las fuerzas que dominaban en los otros sectores de la lucha. Italia acababa de entrar en la guerra bajo promesas que le ofrecían recompensas deslumbrantes y que estaban simbolizadas en el Tratado de Londres. Una de las condiciones era que no podía aceptarse la rendición del Imperio austrohúngaro sin que este concediera dejar de ser una gran potencia. La aceptación de Gran Bretaña y Francia de las pretensiones rusas sobre Constantinopla condenaba a Turquía a un destino semejante. El fracaso significaba, pues, para los imperios austríaco y turco, no ya solo la derrota, sino la disolución. Y, en cuanto a Bulgaria, solo podía esperar de la victoria de los aliados ser medida con el mismo y terrible rasero con que ella había medido a Serbia.

Así, en todos los tapetes, las apuestas eran desesperadas si no mortales, y cada una de las dos grandes confederaciones estaba clavada dentro de sí misma y a la vez encadenada a su enemiga por grilletes que solo se podían fundir en el crisol de la guerra.

En este capítulo, y antes del comienzo de la campaña de 1916, es necesario pedir al lector que considere de un modo, por así decirlo, estadístico, el conjunto de la guerra en Occidente, y que examine sus principales episodios en su carácter, proporción y relaciones.

Los sucesos se dividen de un modo natural en tres períodos: el primero es 1914; el segundo 1915, 1916 y 1917; y el tercero 1918, representando, respectivamente, el choque inicial, el equilibrio y la convulsión final. El primer período es, a la vez, el más sencillo y más intenso. Los ejércitos instruidos de Alemania y Francia se precipitan uno contra otro, se empeñan furiosamente, se separan un corto espacio de tiempo, tratan en vano de envolverse mutuamente, se agarran de nuevo en un esfuerzo desesperado y luego quedan de los Alpes al mar jadeando y mirándose uno al otro sin saber qué hacer. Ninguno de ellos tenía suficiente fuerza para dominar al otro, ninguno poseía los medios o el método superiores que requería una ofensiva triunfante. En estas condiciones, ambos continuaron, durante más de tres años, incapaces de dar una batalla general y menos aún de realizar un avance estratégico. Hasta el año 1918, no se empeñaron de nuevo simultáneamente

los dos ejércitos principales en un encuentro decisivo, como en 1914. En una palabra, la guerra en el Oeste se resolvió en dos períodos de batalla suprema, separados por tres años de guerra de sitio.

La escala e intensidad del primer choque de 1914 no han sido apreciadas plenamente ni siquiera por el público francés bien enterado, y en Inglaterra no han sido comprendidas en absoluto. Al principio, las cifras de bajas eran silenciadas en todos los países combatientes por una censura rigurosa, y más tarde, cuando en el curso de la guerra se fueron conociendo mejor los sucesos, nadie tenía tiempo de mirar hacia los primeros días, debido a los nuevos peligros. Por último, cuando la guerra hubo terminado, no le llegó al público ninguna impresión fiel y verdadera. La atención británica se ha concentrado en los cuadros intensos de Lieja, Mons y Le Cateau, la parte de batalla del Marne que se desarrolló junto a París y la contienda desesperada alrededor de Ypres; lo demás queda en un fondo oscuro que es ahora posible iluminar.

En los tres primeros meses de lucha efectiva, desde la última semana de agosto hasta finales de noviembre, cuando terminó la embestida alemana contra los puertos del Canal y quedó contenida la primera invasión, los franceses habían perdido entre muertos, heridos y prisioneros a 854.000 hombres. En el mismo período, el pequeño ejército británico, que venía a ser un séptimo de la fuerza combatiente francesa, perdió 85.000 hombres, lo que hace un total de bajas aliadas de 939.000. Contra ellas, en el mismo período, los alemanes habían perdido 677.000. El hecho de que los alemanes, aunque invadiendo y es de suponer que en general atacando, hubieran infligido más daño del que recibieron ha de atribuirse a los graves errores de doctrina, de instrucción y de táctica del ejército francés, que se han descrito en un capítulo anterior, y a las equivocadas disposiciones estratégicas del general Joffre. Más de los cuatro quintos de las bajas francesas fueron sufridas en el primer choque: en los combates desde el 21 de agosto, en que tuvo lugar el encuentro principal, hasta el 12 de septiembre, en que se consolidó definitivamente la victoria del Marne. En este período que comprende escasamente tres semanas, los ejércitos franceses perdieron cerca de 330.000 hombres entre muertos y prisioneros, o sea, más de un sexto de sus pérdidas totales en muertos y prisioneros durante los cincuenta y dos meses completos de la guerra. Si se añaden a estas bajas definitivas unos 280.000 heridos, se tendrá para este breve período un total de 600.000 bajas solo en el ejército francés; y de este terrible total los tres cuartos fueron sufridos de los días 21 al 24 de agosto y del 5 al 9 de septiembre, es decir, en menos de ocho días.

Nada comparable a esta matanza concentrada fue sufrido por ningún otro combatiente en tan corto tiempo, ni siquiera en los primeros desastres rusos, ni en la campaña de 1918 en el Oeste. El hecho de que el ejército francés haya podido sobrevivir a tal espantosa carnicería y a los notorios errores que la

habían causado, así como a la larga y agotadora retirada posterior, conservando, no obstante, las cualidades combativas que hicieron posible su sublime recuperación, son la prueba más alta de fortaleza bélica y de abnegación que registra la historia. Si este ejército heroico hubiera sido manejado en el primer choque con prudencia, a base de un plan estratégico sensato y con conocimiento práctico de los efectos del fuego de las armas modernas y del empleo de la fortificación de campaña y de las alambradas, no hay razón para dudar que la invasión alemana habría sido detenida después de sufrir bajas enormes, a 30 o 50 kilómetros de la frontera francesa. En vez de ser así, y tal como se desarrollaron los sucesos, el ejército francés recibió en las primeras semanas de la guerra unas heridas que estuvieron a punto de serle fatales y que nunca se curaron del todo.

La más grande de estas heridas la constituyó la pérdida en oficiales profesionales, que se sacrificaron con abnegación sin límites. En muchos batallones, solo dos o tres oficiales sobrevivieron a las batallas iniciales y los cuadros de todo el ejército francés quedaron seriamente perjudicados por la destrucción general del elemento profesional instruido. Las bajas que sufrieron los franceses en los años siguientes fueron agravadas sin duda por este empobrecimiento de los conocimientos militares en las unidades combatientes. Los alemanes, aunque lamentaron sus bajas en oficiales durante las batallas iniciales, no sufrieron pérdidas tan considerables y, hasta después de las ofensivas de Ludendorff, tuvieron siempre los cuadros profesionales necesarios para instruir y manejar los sucesivos contingentes de reclutas.

Una vez estabilizada la situación a fines de noviembre, empezó en el frente occidental el largo período de la guerra de sitio. Los alemanes se fortificaron en suelo francés y belga a lo largo de una línea escogida por su excelente red ferroviaria y durante tres años los aliados intentaron, fracasando invariablemente en sus intentos, romper su frente y obligarlos a la retirada. En total, los aliados intentaron cinco grandes asaltos:

1.Los franceses, en Champagne y Artois, en la primavera y principios de verano de 1915.

2.Los franceses, en Champagne, a fines de otoño y comienzos de invierno de 1915, mientras los británicos atacaban a la vez en Loos.

3.Los británicos y franceses, en el Somme, de julio a octubre de 1916.

4.Los británicos, en Arras y los franceses en el Aisne, de abril a julio de 1917.

5.Los británicos, prácticamente solos, en Passchendaele, durante el otoño e invierno de 1917.

En estas ofensivas de sitio, que llenaron los años 1915, 1916 y 1917, los

ejércitos francés y británico se consumieron en vano y sufrieron, como se verá, el doble de bajas que los alemanes. Durante todo este tiempo, los alemanes hicieron una única y gran contraofensiva: el ataque prolongado de Falkenhayn a Verdún en la primavera de 1916, cuyos rasgos especiales se relatarán en el capítulo correspondiente.

Estas luchas, increíblemente sangrientas, y que se extendieron durante meses enteros, suelen ser calificadas someramente como de «batallas», pero si se juzga por el número de hombres que entraron por turno en el combate en distintos momentos, por la inmensa cantidad de artillería y municiones que se emplearon y por las terribles pérdidas totales, han de contarse, cada una como un conjunto, entre los acontecimientos más grandes de la historia militar. Pero no hay que dejarse engañar por la terminología. Si el llamarlas batallas fuera solo una manera de presentar un aspecto general de lo que de otro modo resultaría un cuadro confuso, la cosa podría admitirse. Sin embargo, los mandos militares y toda una escuela de escritores han tratado de presentar estas operaciones prolongadas como episodios comparables a las batallas decisivas del pasado, solo que más extensas y más importantes; admitir esta argumentación especiosa equivale a aceptar un concepto totalmente falso, tanto del arte militar como de lo que ocurrió en realidad en la Gran Guerra.

¿Qué es una batalla? Yo escribí, el 5 de marzo de 1918: «La guerra entre dos poderes iguales tendría que ser una sucesión de crisis en las que todo se pone en juego, a las que se aplican todos los esfuerzos y de las que se obtienen resultados definitivos. Estas crisis se llaman, generalmente, batallas, y por lo tanto, batalla significa que, en el transcurso de un solo episodio, se concentran contra el enemigo todos los recursos que pueden ser aportados por uno y otro bando». La escala de la batalla debe, pues, guardar proporción con la fuerza combatiente total de los ejércitos. En un ejército de siete divisiones, una batalla puede ser librada por cinco; pero la misma proporción de combatientes en un ejército de setenta divisiones, aun siendo iguales los sufrimientos y las bajas, hace descender la operación a la categoría de un pequeño combate, y una serie de tales combates no hace más que elevar el número de pérdidas sin amplificar la categoría del suceso.

Además, la batalla, hablando con propiedad, no puede analizarse excluyendo el factor tiempo. Al aplastar el ala derecha enemiga, podemos situarnos en una posición que nos permita atacar su flanco indefenso o la retaguardia de su centro; o bien rompiendo su centro podemos lograr la posibilidad de envolver sus alas; o bien apoderándonos de una determinada altura podemos dominar su línea de comunicaciones. Pero no se logrará ninguna de estas ventajas si el tiempo necesario para las operaciones preliminares es tan largo que el enemigo pueda adoptar en el mismo tiempo nuevas disposiciones, como, por ejemplo, doblar su frente hacia atrás a cada

lado de la brecha fortificándose de nuevo, o retirar su ejército antes de que caiga la altura que domina sus comunicaciones. Si tiene tiempo de adoptar tales medidas de un modo efectivo, la primera batalla habrá terminado, pero la nueva etapa a desarrollar llevará consigo una segunda batalla. Ahora bien, el tiempo que necesita el enemigo para adoptar sus medidas no es ilimitado; en una noche se puede organizar y fortificar una posición nueva y en cuarenta y ocho horas pueden llegar por ferrocarril grandes refuerzos en hombres y artillería a un punto amenazado. El atacante se encuentra entonces frente a una nueva situación, un problema diferente, una batalla distinta. Es, pues, impropio describir la reanudación del ataque bajo estas nuevas circunstancias como parte integrante de la batalla original, o pintar una serie de tales esfuerzos desconectados como si constituyeran una batalla prolongada. Las operaciones que consisten en episodios independientes, que ocupan meses enteros y que se hallan separadas por intervalos durante los cuales se han constituido situaciones enteramente nuevas, no pueden ser comparadas, por grande que sea su escala, con batallas como fueron, para tomar solo algunos ejemplos modernos, Blenheim, Rossbach, Austerlitz, Waterloo, Gettysburg, Sedán, el Marne o Tannenberg.

Las verdaderas batallas-crisis de la Gran Guerra se destacan de la larga serie de operaciones parciales, aunque costosas, no solo por el número de bajas, sino por el número de divisiones empeñadas simultáneamente por ambos bandos. En 1914, del 21 al 24 de agosto, estuvieron empeñadas 80 divisiones alemanas contra 62 francesas, 4 británicas y 6 belgas. Los cuatro días decisivos del Marne, incluyendo el 6 y el 9 de septiembre, comprendieron, aproximadamente, las mismas cifras. Prácticamente, se emplearon todas las reservas de cada lado y se explotó hasta el máximo el esfuerzo entero de los ejércitos. Las operaciones de Artois en la primavera del 1915, que duraron tres meses y costaron a los franceses 450.000 hombres, no presentaron, en cambio, una sola ocasión en que se empeñaran simultáneamente por alguno de los bandos más de 15 divisiones. La batalla de Loos-Champagne, que empezó el 25 de septiembre de 1915, comprendió el ataque de 44 divisiones francesas y 15 británicas (un total de 59) contra 30 alemanas, aproximadamente; pero a los tres días puede decirse que el período de batalla había terminado, y las cifras empeñadas por el bando anglofrancés se redujeron rápidamente. El año 1916 estuvo ocupado por Verdún y el Somme, y en este año de combates casi continuos, en los que murieron o fueron heridos más de dos millones y medio de soldados británicos, franceses y alemanes, no hubo más que un solo día, el 1 de julio en el Somme, en el que llegaron a empeñarse 22 divisiones aliadas a la vez. El resto de los hechos de la batalla del Somme, con toda su carnicería, no contiene ninguna operación en que intervinieran más de 18 divisiones aliadas y en la mayor parte de los casos se emplearon 3 o 4 divisiones inglesas o francesas contra menos de la

mitad de alemanas. En el conjunto de la llamada batalla de Verdún, nunca se empeñaron en un solo día más de 14 divisiones francesas y alemanas, y el ataque inicial, realmente crítico, que estuvo a punto de sellar los destinos de la fortaleza, fue llevado a cabo por solo 6 divisiones alemanas contra 2 o 3 francesas. En 1917, con el acceso al mando francés del general Nivelle, se hizo un intento de operación decisiva y, aunque con resultado desastroso, los franceses empeñaron en un solo día 28 divisiones, después de lo cual las operaciones disminuyeron de nuevo a la sangrienta insignificancia de siempre. Los combates de otoño lanzados en Flandes por el ejército británico consistieron en una serie de ataques sucesivos en que entraban solo de 5 a 15 divisiones británicas.

Yo escribí, en octubre de 1917 (y el lector lo hallará en el lugar correspondiente): «El éxito solo se obtendrá por la escala y la intensidad de nuestro esfuerzo ofensivo durante un tiempo limitado. Estamos tratando de neutralizar al ejército enemigo en vez de neutralizar su posición. [...] Una estrategia de simple desgaste entre ejércitos tan equilibrados no puede producir la decisión. No se trata de gastar las reservas enemigas, sino de gastarlas tan rápidamente que les sea imposible reponer y reorganizar las divisiones desgastadas. [...] Hasta que no se resuelva satisfactoriamente este problema, no haremos más que desgastarnos mutuamente en una escala inmensa y con espantosos sacrificios, sin cosechar nunca el fruto del esfuerzo».

Hasta el 21 de marzo de 1918, al empezar la tercera y última fase de la guerra, no volvió Ludendorff a introducir el período de las grandes batallas. La masa de artillería que los alemanes habían acumulado entonces en el Oeste les permitía montar simultáneamente tres o cuatro grandes ofensivas contra los aliados, y la facultad de lanzar a su arbitrio una u otra de ellas proporcionó a Ludendorff el factor sorpresa. Las grandes reservas de que disponía, tras cuatro años de carnicería, y que utilizó tan despiadadamente como en la primera invasión, extendieron la lucha sucesivamente a todo el frente occidental hasta que la completa estructura de los ejércitos oponentes y sus dispositivos de ataque y de defensa fueron llevados a su máxima tensión. El clímax del esfuerzo alemán culminó en julio: entonces Ludendorff se encontró con su ejército completamente agotado por esta lucha de gran estilo y empezó la ofensiva aliada apoyada por una artillería igualmente numerosa. Al ir desarrollándose esta ofensiva, todos los ejércitos se fueron encontrando envueltos en una batalla siempre en movimiento y muchos días estuvieron empeñadas cerca de noventa divisiones aliadas contra setenta u ochenta alemanas, lográndose de este modo, al fin, un resultado.

La proporción fundamental de los sucesos que revelan las cifras y los hechos citados resulta más visible si se toman para el cómputo semanas en

lugar de días. Vamos, pues, a multiplicar el número de divisiones por el de días que estuvieron empeñadas activamente en una semana determinada. La batalla de las Fronteras da, de los días 21 al 28 de agosto, unos 600 días-división. La semana del Marne, del 5 al 12 de septiembre, da unos 500. La semana de Loos-Champagne, del 25 de septiembre al 2 de octubre de 1915, da un total aproximado de 100. La primera semana de batalla intensa y continua de Verdún da solo 72 días-división y nunca más volvió a alcanzarse esta cifra. La primera del Somme, y la más importante, da 46. El ataque del general Nivelle, en abril de 1917, da 135 en una semana. Passchendaele nunca subió a más de 85 días-división de combate en una sola semana. Con la ofensiva de Ludendorff, en 1918, alcanzamos la cifra de 328 entre el 21 y el 28 de marzo. A lo largo de todo el verano de 1918, las semanas muestran repetidamente 300 entradas de divisiones de todos los ejércitos en combate, y finalmente, el avance del general Foch, en agosto, septiembre y octubre, llegó a una intensidad máxima de 554 acciones divisionarias a la semana y mantuvo en el mes más duro un promedio semanal superior a 400.

Durante la guerra fue costumbre de los estados mayores francés y británico declarar que en sus ofensivas infligían a los alemanes pérdidas mucho más graves que las que sufrían las fuerzas propias. El enemigo hacía alegaciones similares y Ludendorff compartía la opinión profesional de los altos mandos británico y francés. Incluso terminada la guerra y teniendo todos los hechos en la memoria o a su disposición si hubiera querido comprobarlos, escribe: «De los dos sistemas, el de la ofensiva exige menos esfuerzo de los hombres y no ocasiona pérdidas más elevadas». Por nuestra parte nos limitaremos a someter estas aserciones y teorías de las escuelas militares de los tres grandes países beligerantes a una prueba estadística, tan despiadada como la que todos ellos exigieron a sus valerosos soldados.

A partir del armisticio conocemos todos los hechos, pero antes de dar las cifras detalladas conviene hacer una ojeada general.

Los alemanes, con una población de menos de 70.000.000, movilizaron para servicios militares durante la guerra 13.250.000 hombres, de los cuales, según los últimos datos oficiales del Reich que incluyen todos los frentes incluso el ruso, 7.000.000 fueron muertos, heridos o capturados, y concretamente 2.000.000 los muertos. Francia, con una población de 38.000.000 movilizó un poco más de 8.000.000, aunque esta cifra incluye una proporción notable de tropas africanas al lado de la población básica francesa. De estos fueron bajas aproximadamente 5.000.000, muriendo 1.500.000. El Imperio británico, de una población blanca de 60.000.000, movilizó cerca de 9.500.000, con más de un tercio de bajas, y de estas cerca de un millón de muertos.

Los totales británicos no son comparables a los de Francia y Alemania,

pues la proporción de tropas de color fue mayor, y en cambio, es también mucho mayor el número de bajas en teatros distintos del occidental y en servicios navales.

Por esto, las cifras francesas y alemanas son las que pueden someterse a una comparación precisa. Ambos ejércitos combatieron con todas sus fuerzas desde el principio hasta el final de la guerra y ambas naciones exigieron el mayor rendimiento posible de su población. Así, no sorprende que en tales circunstancias las cifras francesas y alemanas cuadren con gran exactitud. Los alemanes movilizaron el 19 % de su población y los franceses, con su considerable adición africana, el 21 %. Por lo tanto, si pudiera deducirse este factor, parecería que ambos países habían aplicado en esta lucha a vida o muerte un esfuerzo igual sobre su población masculina. Si esta presuposición es firme, y parece razonable admitirlo así, las proporciones de las bajas francesas y alemanas en relación al número de movilizados nos muestran una concordancia todavía mayor. La proporción alemana es de 10 bajas por cada 19 movilizados y la francesa de 10 por cada 16. En ambos países había 2 muertos por cada 5 heridos. Finalmente, la estadística muestra una distribución de las bajas alemanas entre el frente occidental y todos los demás de aproximadamente 3 a 1, tanto en muertos como en bajas no definitivas. Todos los cálculos que siguen han sido hechos, pues, a base de estas tablas que tan precisas y relacionadas proporciones facilitan.

El Ministerio de la Guerra británico publicó, en marzo de 1922, sus *Statistics of the Military Effort of the British Empire during the Great War*. Una parte de esta voluminosa compilación da las cifras comparativas de bajas británicas y alemanas en el sector británico del frente occidental, desde febrero de 1915 a octubre de 1918 inclusive. Los números británicos han sido tomados de los estados oficiales del Ministerio de la Guerra y los alemanes del archivo federal de Potsdam (Reichsarchiv). Los resultados del cálculo dan las siguientes sumas: total de bajas en oficiales británicos, 115.741, y en alemanes, 47.256; total de bajas en otros rangos británicos, 2.325.932; y alemanas, 1.633.140. La proporción de bajas de oficiales entre británicos y alemanes es, pues, de 5 a 2 y la de otros rangos de 3 a 2.

En la misma obra se dan cuadros comparativos que detallan las pérdidas de ambos bandos en los distintos períodos de las ofensivas.

OFENSIVAS BRITÁNICAS DE 1916 Y 1917

	<i>Oficiales¹⁴⁰</i>		<i>Otros rangos</i>	
	<i>Británicos</i>	<i>Alemanes</i>	<i>Británicos</i>	<i>Alemanes</i>
1916. Julio-diciembre (El Somme)	21.947	4.879	459.868	231.315
	4-1		2-1	
1917. Enero-junio (Arras-Messines)	15.198	3.953	295.803	172.962
	4-1		5-3	
1917. Julio-diciembre (Passchendaele-Cambrai)	22.316	6.913	426.298	263.797
	3-1		5-3	
Totales	59.488	15.745	1.181.969	668.074
	4-1		2-1	

Durante la guerra, y en todas sus fases, los alemanes jamás tuvieron más bajas que los franceses con que se enfrentaban, y con frecuencia les infligieron el doble de bajas. En efecto, en ninguno de los períodos en que las autoridades francesas han dividido la lucha, los franceses salieron mejor librados que sus adversarios en muertos, prisioneros ni heridos, siendo el resultado el mismo, tanto si atacaban como si permanecían a la defensiva. Lo mismo en la embestida inicial de la invasión, que en la ofensiva alemana de Verdún o en los grandes ataques franceses al frente alemán, o incluso en el largo período de desgaste de la guerra de trincheras, siempre hizo falta la pérdida de 1,5 a 2 franceses para causar una baja a los alemanes.

El segundo hecho que se evidencia en los cuadros es que en todas las ofensivas británicas las bajas británicas nunca estuvieron en relación a las alemanas en una proporción inferior a la de 3:2, y con frecuencia los alemanes sufrieron el doble.

No obstante, comparando los esfuerzos británicos y franceses contra el mismo enemigo en el frente occidental, se observa que los franceses sufrieron en todos los períodos e independientemente de la clase de operación pérdidas más severas que las que ellos infligieron al enemigo, mientras que los británicos, si bien las sufrieron también mayores en las fases de ofensiva, infligieron más que las propias cuando fueron a su vez atacados por los alemanes.

En la serie de grandes intentos ofensivos lanzados por el general Joffre durante la primavera y otoño de 1915, los franceses tuvieron cerca de 1.300.000 bajas, y en el mismo período y en las mismas operaciones, causaron a los alemanes 506.000, sin lograr ninguna ganancia territorial digna de este nombre, ni ventaja estratégica de ninguna clase. Este fue el peor año del mando de Joffre. Por grandes que hubieran sido, y lo fueron, las faltas de la batalla de las Fronteras, y por evidentes que hubieran resultado los errores del encuentro inicial, ambos fueron eclipsados por la insensata obstinación y la

falta de comprensión de la situación. Sin la superioridad numérica indispensable, sin la artillería ni las municiones necesarias, sin empleo de ningún nuevo medio mecánico, sin aspiración alguna a la sorpresa ni a la maniobra y sin esperanza alguna razonable en la victoria, continuó este general arrojando a la heroica, pero limitada población masculina de Francia, sobre las trincheras más potentes, provistas de alambradas intactas y ametralladoras innumerables manejadas con fría habilidad. Las responsabilidades de esta fase lamentable han de ser compartidas en grado secundario por Foch, que, bajo las órdenes de Joffre, pero con una fe sin límites en sus resultados, dirigió la prolongada ofensiva de primavera que fue la más pródiga y estéril de todas.

Durante la batalla del Somme en 1916, cuando el peso de la matanza fue soportado por los británicos, las bajas francesas y alemanas fueron mucho menos desiguales. Pero, en cambio, en Verdún, el sistema de defensa rígida de los alemanes, que será descrito más adelante, infligió a los franceses un número de pérdidas superior aun al de los atacantes.

Ante las cifras oficiales ahora publicadas y expuestas en los cuadros, ¿en qué se convierte el argumento de las «batallas de desgaste»? Si perdíamos tres o cuatro veces más oficiales y cerca del doble de soldados al atacar que el enemigo al defenderse, ¿cómo íbamos a desgastarlo? El resultado de cada una de estas ofensivas fue el de dejarnos relativamente más débiles y en algún caso mucho más débiles que el enemigo. El resultado conjunto de todas ellas desde 1915 a 1917, y después de deducir las bajas de ambos bandos en el ataque alemán de Verdún, es de 4.123.000 de bajas francesas y británicas frente 2.166.000 alemanas. Y esto vale no solo para la cifra numérica, sino para la calidad de las tropas: en el ataque son los más valientes los que caen y las pérdidas pesan, principalmente, sobre los mejores y más audaces; en tanto que en la defensa las bajas se reparten casi por igual entre todos los que están expuestos al fuego. El proceso de desgaste fue, pues, efectivo, pero fue sobre nuestras propias filas donde se ejerció, no sobre las de los alemanes.

Cabe argüir que, si uno de los bandos es mucho más numeroso que el otro, puede permitirse ir «consumiendo» al enemigo, como trató en balde de consumir Grant a los Confederados, frente a Richmond en 1864, incluso a costa de perder dos hombres a costa de uno. Pero este argumento no es aplicable a la lucha en el frente occidental. En primer lugar, los aliados no tuvieron nunca la superioridad suficiente para consentir un sacrificio de vidas tan desigual. En segundo término, el contingente anual de reclutas alemanes era suficiente para compensar el total de sus bajas definitivas en el año correspondiente. Examinemos las pérdidas alemanas totales en el frente occidental.

Bajas infligidas a los alemanes por los

Bajas infligidas a los alemanes ¹⁴¹ por los			
	Británicos	Franceses ¹⁴²	Total
1914 (aproximadamente)	100.000	748.000 ¹⁴³	848.000
1915	116.000	536.000	652.000
1916	291.000	673.000	964.000
1917	448.000	436.000	884.000
1918	818.000	680.000	1.498.000
<i>Totales</i>	1.773.000	3.073.000	4.846.000 ¹⁴⁴

Hay que extraer de los cuadros de muertos, desaparecidos, prisioneros y heridos, las bajas definitivas para el ejército, es decir, los hombres que quedaron incapaces de seguir tomando parte en la lucha. Para ello sumaremos todos los muertos, desaparecidos y prisioneros, y solo un tercio de los heridos. En tal supuesto, las bajas definitivas alemanas en el Oeste durante los tres años de guerra de sitio fueron las siguientes:

1915	337.000
1916	549.000
1917	510.000
<i>Total</i>	1.396.000 ¹⁴⁵

Así, en los tres años de la lucha de trincheras, en el frente occidental los alemanes sufrieron un promedio de 465.000 bajas por año. Su contingente anual de reclutas, jóvenes que llegaban a la edad del llamamiento pasaba de 800.000, pero, debido a su necesidad de hombres y en parte también por el ardor de su juventud, anticiparon notablemente las llamadas anuales. Así, desde mayo, que era el mes normal del alistamiento, hasta el final de 1915, incorporaron a filas 1.070.000 hombres y en el mismo período de 1916 nada menos que 1.443.000. Así, en 1917, solo pudieron alistar 622.000. Aun así, la más baja de estas cifras excede notablemente al desgaste producido por las ofensivas aliadas. Únicamente en 1918, bajó la cifra a 405.000 incorporados; pero, si no hubiera sufrido su colapso la resistencia nacional, habría subido de nuevo en 1919, porque las cifras de jóvenes que llegaban a la edad militar iban prosiguiendo a razón de 800.000 por año. Resulta, pues, que las cifras de pérdidas y ganancias alemanas en soldados durante los tres años de guerra de sitio son las siguientes:

	Bajas en el Oeste	Incorporados en total	Balance en todos los frentes
1915	337.000	1.070.000	733.000
1916	549.000	1.443.000	894.000
1917	510.000	622.000	112.000
<i>Totales</i>	1.396.000	3.135.000	1.739.000

¿Dónde podía verse, pues, el final mediante el simple desgaste? En los términos de 1915, 1916 y 1917, la fuerza de los alemanes en soldados podía durar indefinidamente. En realidad, en el conjunto de los tres años de ofensivas aliadas en el frente occidental habían logrado una diferencia de 1.739.000 entre las bajas y los nuevos reclutas. Como yo escribí en marzo de 1918, «estábamos simplemente trocando vidas humanas en una escala más espantosa de lo que jamás se había visto y a la vez demasiado modesta para producir un resultado decisivo».

Fue en 1918 cuando tuvo lugar el cambio que iba a ser fatal a los alemanes. Entonces sobrevino un nuevo período en el que las pérdidas relativas entre alemanes y británicos quedaron invertidas. Pero este período no corresponde, como podría esperar el lector, a cuando nuestras tropas estaban ganando terreno, tomando por asalto trincheras, pulverizando pueblos fortificados y amontonando prisioneros y otros despojos de la batalla, y cuando nuestra propaganda interior y exterior estaba proclamando alegremente que se iba extendiendo la ola de la victoria. Fue, por el contrario, precisamente durante el período que la mayor parte de la gente recuerda como el más angustioso y alarmante de toda la guerra en el frente occidental, durante los días de las mayores victorias alemanas y los mayores reveses británicos. En la terrible ofensiva de Ludendorff de 1918, en la batalla que siguió al 21 de marzo y en la del Lys, fue cuando, por primera vez, las bajas alemanas en oficiales y soldados, y sobre todo muertos y más especialmente aún en oficiales muertos, fueron superiores a los de las tropas que ellos creían estar derrotando y a las que ahora sabemos que solo estaban empujando hacia atrás.

Fue su propia ofensiva y no la nuestra la que consumió su ruina. No fueron Joffre, Nivelle ni Haig los que los desgastaron, sino Ludendorff. Véanse de nuevo las cifras implacables del período del 21 de marzo a finales de junio. En tres meses sufrieron los alemanes, exclusivamente en su lucha contra los británicos, 16.000 bajas de oficiales y 419.000 de otros rangos. Casi en el mismo lapso de tiempo, perdieron 3.860 oficiales, mientras habían perdido 3.878 durante los dos años anteriores en el mismo frente británico. Contra los franceses y en los mismos tres meses, pero principalmente en las cinco últimas semanas, perdieron los alemanes 253.000 oficiales y soldados, ascendiendo sus pérdidas totales en el plazo de solo trece semanas a 688.000, muy pocas de las cuales fueron ya recuperables en lo que quedó de guerra. En este período, además, su contingente de reclutas había quedado reducido a 405.000 para los nueve meses que aún duró la guerra, y así vinieron a consumir 700.000 hombres en un intervalo en que sus entradas no pasaron de 150.000. Este fue, pues, el desgaste que, al sobrevenir en un momento en que el espíritu nacional alemán se encontraba debilitado por cuatro años de esfuerzo y por los efectos acumulados del bloqueo, dio por resultado la retirada alemana en el frente occidental, hizo imposible un repliegue ordenado a la línea Amberes-Mosa,

con todas las posibilidades de regateo que ofrecía, y produjo, finalmente, el colapso súbito de la resistencia en noviembre de 1918.

Sin embargo, se dirá que el desgaste numérico no es la única estadística; existe también el desgaste moral, que anula la voluntad de resistencia de un enemigo cuando se ve constantemente atacado; tiene que ceder terreno, pierde prisioneros, cañones y trofeos, ve tomadas por asalto sus mejores defensas y su línea de batalla en retroceso perpetuo. Es esta experiencia la que lo consume, pese al hecho de que mate dos o tres veces más asaltantes que bajas sufre él. Puede admitirse que en la guerra moderna las pruebas a que está sometido el defensor no son menos terribles que las del asaltante; pero, después de todo, no puede haber mejor estímulo para el soldado en su agonía que saber las bajas que está a su vez infligiendo a sus enemigos; acurrucado junto a su ametralladora y en medio del terrible bombardeo ve que líneas enteras van siendo segadas ola tras ola, por centenares y por millares; sabe cuán pocos y cuán desperdigados se hallan los defensores y ve cuántos son los blancos que acierta. A cada nuevo ataque rechazado, su confianza aumenta, y cuando al fin es aplastado, sabe que quedan otros detrás de él que han visto lo que ocurre y sabe también qué bando es el que sufre más pérdidas.

Vamos también a aplicar la teoría del desgaste moral a los hechos. ¿Puede discutirse el hecho de que la confianza de los ejércitos alemanes aumentó lo mismo que su número relativo al rechazar el ataque francobritánico de Loos y la Champagne de 1915? ¿Les indujeron en manera alguna estas batallas a aflojar su presión sobre Rusia? ¿No fue precisamente durante estas mismas batallas cuando otras divisiones alemanas conquistaron Serbia y sometieron los Balcanes? ¿No le fue posible al alto mando alemán, en plena ofensiva del Somme, retirar más de doce divisiones de distintos frentes para atacar a Rumanía? ¿Qué ejército subió de moral después de la gran ofensiva de Nivelle en 1917? ¿Quién salió con más confianza de la lucha prolongada que siguió a la batalla de Arras? ¿No era la situación relativa de los ejércitos británicos y alemanes, al terminar la batalla de Passchendaele, la de estar los primeros agotados y con las divisiones reducidas de trece a diez batallones, mientras los segundos descansaban, se entrenaban y reunían sus refuerzos de Rusia para un esfuerzo superior a todo lo que habían hecho hasta entonces?

Es evidente, considerada la guerra en conjunto, que los alemanes salieron relativamente fortalecidos después de cada una de las ofensivas aliadas, tanto francesas como británicas, que se lanzaron contra ellos hasta la del verano de 1918. Si no hubieran disipado sus fuerzas en la ofensiva suprema de Ludendorff de 1918, no hubiera habido razón alguna para que no hubieran podido mantener su frente de Francia prácticamente inalterado durante todo el año, y podido retirarse a placer durante el invierno hasta una línea no más allá del Mosa.

No obstante, se objetará que si las condiciones a lo largo de un período prolongado son tales que toda ofensiva resulta excesivamente costosa para el atacante, ¿qué modo queda de hacer la guerra? ¿Han de permanecer los dos ejércitos inmóviles años y años mirándose mutuamente y convencido cada uno de que perderá el que se decida a atacar? ¿Es esta la desoladora conclusión a que se llega con el razonamiento? ¿Qué dispositivos prácticos hay que adoptar? Evidentemente no hay que llevar las cosas hasta el extremo de sostener que debían haberse evitado todas las ofensivas aliadas. Realmente existen al menos cinco ejemplos de ataques cortos, por sorpresa y preparados con todo detalle, que constituyen de por sí éxitos brillantes. Son: el comienzo de la batalla de Arras, la toma de la cresta de Messines, las reconquistas francesas del fuerte de Douaumont y de Malmaison y el primer día de la batalla de Cambrai. Todos ellos, si se hubieran limitado a los frutos de la sorpresa inicial, habrían costado más caros a los alemanes que a los aliados, lo mismo en hombres que en reputación. Con episodios como estos es como puede sostenerse el prestigio del sistema de la «defensiva activa». Pero la cuestión está en saber si fue una estrategia prudente la de buscar y proseguir ofensivas prolongadas y en gran escala, con el objeto de consumir al enemigo por desgaste; si en lugar de buscar nosotros la ofensiva en Francia no hubiéramos debido mejor, franceses y británicos, tratar sistemáticamente de incitar al enemigo a que atacara él. Si nuestra estrategia y nuestra táctica combinadas hubieran tendido a este objeto, ¿no se hubiera ganado antes la guerra?

Una vez que el enemigo se hubiese visto comprometido en el ataque, hubiéramos podido exigirle una dura expiación: le habría tocado a él y no a nosotros raer las alambradas y ser carne de ametralladoras con la flor de su juventud. Y la cosa no habría acabado con eso. El empleo de la fuerza en la guerra no ha de regularse simplemente con firmeza de carácter y con máximas de libros de texto; a los jefes de los grandes ejércitos ha de exigírseles también habilidad, previsión, comprensión a fondo de las verdades, no solo locales, sino generales, empleo en gran escala de estratagemas, ingenios y maniobras de todas clases.

Supongamos que franceses y británicos hubiéramos instruido a nuestros ejércitos detrás de la línea del frente hasta alcanzar un grado elevado de eficiencia en maniobras y flexibilidad; supongamos que se hubieran fortificado sólidamente con hormigón y con toda clase de ingenios modernos aquellas partes del frente donde no se creyera posible efectuar un repliegue. Supongamos que se hubieran seleccionado y debilitado voluntaria y astutamente aquellas otras partes en que se pudieran ceder sin inconveniente 20 o 30 kilómetros de fondo y supongamos que por fin se lograra tentar al enemigo a que atacara en estos sitios, formando grandes bolsas en un frente tenue y en retirada, para en este momento y cuando creyera precisamente estar

forzando la victoria final, asestarle un fuerte golpe por medio de una contraofensiva independiente y en gran escala, servida por una estudiada red ferroviaria, no en su frente fortificado, sino en los flancos de la línea de fuego oscilante e insegura. ¿No existen combinaciones como esta en que se puede ceder terreno solo provisionalmente y a elevado precio, para tener luego la oportunidad de que tropas de refresco, valientes y bien ejercitadas, puedan lograr una victoria súbita y gloriosa?

Y, además, ¿por qué había de limitarse el panorama al teatro de la guerra en que se habían enfrentado los ejércitos más grandes y mejores? El dominio del mar, las comunicaciones ferroviarias y la política extranjera presentaban medios de encontrar nuevos flancos más allá de la zona del equilibrio. Las ciencias mecánicas ofrecen en tierra, en el aire, en las costas, posibilidades ilimitadas de novedad y de sorpresa, salidas de la forja o del laboratorio. ¡Supongamos, por ejemplo, que la potencia militar representada por los 450.000 franceses y británicos que fueron bajas en las batallas de Loos-Champagne de 1915 se hubieran empleado en forzar los Dardanelos o en aglutinar las fuerzas de los estados balcánicos!

A fin de guardar el sentido de la proporción, vamos a apartarnos por un momento del frente occidental para atender a los teatros de guerra secundarios, muchos de los cuales han sido por cierto mal apreciados, a fin de poder medir la distribución de nuestras fuerzas terrestres globales. El Military Effort ha publicado un cálculo hecho por el Ministerio de la Guerra a base, no de las bajas, como se comprenderá, sino del número de hombres empleado en cada teatro, multiplicado por el número de días en que fueron empleados. De este cálculo se obtienen las proporciones siguientes en las que se ha tomado como unidad el esfuerzo realizado en los Dardanelos.

Hombres-días (sin contar los oficiales)

Dardanelos	1,00
Salónica	6,40
Norte de Rusia	0,08
Palestina	12,20
Mesopotamia	11,80
África Oriental	8,20
Francia	73,00

Y, además, ¿no es también una virtud el ahorro? Por nuestra parte, nunca nos procuramos la posibilidad de practicarla. Nuestros ejércitos tuvieron que ser improvisados frente al enemigo. Se les entregó libremente la flor de la nación, su población civil, su valor, su inteligencia. Pero no hubo nunca tiempo de instruir y organizar estos elementos antes de que fueran consumidos; de tan precioso metal se forjaron sucesivamente armas que solo

se aguzaron y se templaron a medias, para ser empleadas y rotas en cuanto recibían forma, y reemplazadas por otras igualmente sin perfeccionar. Había que defender el frente, había que hacer la guerra sin duda, pero no era una política prudente intentar alegremente ofensivas sin formaciones maduras o durante períodos en los que no se tenía nada que oponer a las ametralladoras. Supongamos que el ejército británico sacrificado en el Somme, y que fue el mejor que tuvimos nunca, se hubiera reservado, instruido y perfeccionado hasta su máxima eficiencia, hasta que hubiese llegado el verano de 1917, hasta que se hubiera dispuesto de quizá 3.000 tanques, hasta que se hubiera acumulado una artillería aplastante, hasta que se hubiera ideado un nuevo método de avance continuo; en una palabra, hasta que todo el aparato hubiera estado completo: ¿no hubiera podido entonces quizá lograrse de un golpe supremo el resultado decisivo?

Se objetará: ¿qué habría sido entonces de los otros aliados, de Rusia, de Italia? ¿Habrían resistido todo este tiempo, mientras Francia y Gran Bretaña perfeccionaban sus planes y acumulaban sus fuerzas? Pero si se hubiera podido prestar ayuda directa a Rusia mediante la destrucción de Turquía, y a Italia mediante la unión de los países balcánicos contra Austria, ¿no se les habrían evitado a estos países los desastres a que estuvieron expuestos? ¿Y de qué sirve, además, empeñarse en una ofensiva prolongada en la que, sin ventaja apreciable, el atacante sufre pérdidas dobles que el defensor? ¿En que podía ayudar a sus aliados un acto tan imprudente, costoso y agotador? Cualquiera que sea el alivio temporal que se les preste ante el apuro del momento, ¿no lo pagarán ellos mismos a la larga y con interés compuesto? ¿Qué objeto tiene atacar cuando solo se puede ser rechazado y de qué sirve tratar de «consumir» al enemigo para ser consumido uno mismo dos veces más deprisa? Un ímpetu sin regla, la falta de unidad y de dirección entre los aliados y las corrientes de sentimientos nacionales imponen casi siempre actos inconvenientes a los gobiernos y a los mandos, y hay que conceder además su parte a las limitaciones de sus conocimientos y de sus fuerzas: los mandos británicos, por ejemplo, se encontraron siempre profundamente influidos por el ambiente y la situación de Francia. Pero no dejemos que todo ello oscurezca la verdad y no fundemos conclusiones sobre el error: no proclamemos sus tristes consecuencias como el modelo perfecto del arte de la guerra ni como la realización triunfante de un plan grandioso.

XXXIX

La decisión de Falkenhayn

Se levanta el telón el año 1916 y su primera escena tiene lugar en el Gran Cuartel General alemán, siendo su personaje principal el general Von Falkenhayn, verdadero generalísimo de los imperios centrales. Siendo ministro de la Guerra, había sido designado jefe del Estado Mayor General por el emperador, en la tarde del 14 de septiembre de 1914, sustituyendo en dicho cargo al general Von Moltke, que, cuando la solución de la batalla del Marne no había ofrecido dudas, había dicho a su soberano: «Majestad, hemos perdido la guerra», y se había retirado, física y moralmente destrozado. El nuevo jefe supremo del ejército alemán había conservado por algún tiempo también su situación de ministro de la Guerra, y, cuando la cedió al fin, a principios del nuevo año, fue para nombrar a una persona de su confianza. Falkenhayn disponía, pues, de la totalidad de los poderes y continuó disfrutándolos durante un período de casi exactamente dos años, sin que nadie se los disputara. Había heredado una situación crítica: la jugada suprema había hecho y la había perdido su antecesor; la embestida sobre París, saltando sobre Bélgica, había fracasado y con ella la esperanza de ganar la guerra de un solo golpe. Le había costado a Alemania su reputación ante el mundo y había arrastrado al campo adverso al poder naval, la riqueza y la fuerza militar siempre creciente del Imperio británico. Al Este, la derrota de los austríacos en la batalla de Lemberg había neutralizado las victorias de Hindenburg y Ludendorff, y los gobernantes alemanes con sus ejércitos parados, su territorio bloqueado y su comercio marítimo paralizado, tenían que prepararse para una lucha larga contra una coalición de estados. La población y riqueza de estos era al menos el doble que las suyas; mediante el dominio del mar disponían de los recursos del mundo entero, y en aquel momento, podían elegir el sitio donde asestarían el próximo golpe.

Las verdades de la guerra son absolutas, pero las reglas que rigen su aplicación han de deducirse en cada caso de las circunstancias, siempre diferentes; la acción no puede guiarse por reglas. El estudio del pasado es valioso como medio de ejercitar y alimentar el espíritu, pero no sirve de nada sin la apreciación selectiva de los hechos particulares y de su importancia, relaciones y proporciones.

La política de guerra alemana, como la británica, osciló durante, toda la Gran Guerra entre dos concepciones opuestas que, reducidas a su expresión más simplista, pueden enunciarse como: atacar al fuerte y atacar al débil. Para Gran Bretaña, y una vez que habían sido totalmente excluidas toda clase de tentativas contra los Dardanelos, no quedaba casi otra alternativa que atacar al fuerte. Los Balcanes estaban perdidos y la escala de los ejércitos que habrían sido precisos para obtener un resultado decisivo en dicha península o en Turquía sobrepasaba en aquellos momentos los límites del poder marítimo disponible. Los premios a obtener habían desaparecido o menguado y los esfuerzos necesarios para lograrlos habían subido más allá de toda proporción.

Pero para Alemania, con su posición central y su excelente sistema ferroviario, quedaban abiertas constantemente las dos políticas de guerra, y sus directivos, en los tormentos de su confusión, se lanzaron en una u otra dirección alternativamente.

Sería forzar el razonamiento más allá de los límites del sentido común querer sostener que una de estas teorías era siempre la justa y correcta y la otra, la impropia. Evidentemente, si es posible batir al oponente más fuerte de la combinación enemiga, es preciso hacerlo. Sin embargo, si no se lo puede batir en el teatro principal, ni puede él batirnos a nosotros, o si, siendo poco probable el éxito, el coste del fracaso resulta muy grande, entonces conviene considerar si no sería posible lograr la caída del adversario más fuerte por medio de la destrucción de su aliado más débil, o de uno de los más débiles. En este sentido, pueden desempeñar su parte en la argumentación una serie de ventajas políticas, económicas y geográficas. Cada caso ha de ser juzgado por lo que promete y con relación a todas las circunstancias del momento, y la decisión final no ha de ser en términos generales rígida ni absoluta, sino más bien una inclinación teórica basada en una profunda reflexión y que sirva de guía en el conflicto y la confusión de los hechos.

Lo indicado no habrá dejado ya duda en el lector sobre la opinión del autor de estas páginas: desde el principio hasta el final he sostenido que, una vez inmovilizados los ejércitos principales en Francia, la verdadera política de guerra para ambos bandos consistía en atacar a los aliados más débiles de la combinación opuesta, con la mayor rapidez y con el máximo esfuerzo. Con arreglo a este punto de vista, Alemania no procedió con prudencia al atacar a Francia en agosto de 1914 y especialmente no fue prudente invadir a Bélgica para hacerlo. En lugar de ello, debió haber puesto fuera de combate a Rusia, dejando que Francia gastara sus fuerzas contra las fortalezas y las trincheras alemanas. De este modo, probablemente habría evitado la guerra con el Imperio británico, por lo menos durante la primera fase de la lucha, que era, para ella, la más importante. La decisión inicial de atacar al más fuerte llevó a Alemania a las derrotas del Marne y del Yser, y la dejó parada y aturdida frente a la fuerza creciente de un Imperio británico implacable. Así terminó 1914.

Pero, en 1915, Alemania se lanzó a la segunda alternativa, y su decisión fue coronada por grandes éxitos. Dejó a los franceses y británicos gastarse contra sus líneas de trincheras de Francia. A la vez, Alemania, acompañada de sus aliados, marchó contra Rusia y consiguió, al llegar el otoño, conquistar territorios enormes. Además, todo el sistema de fortalezas y de ferrocarriles estratégicos rusos se hallaba en sus manos, los ejércitos rusos se encontraban en gran medida destruidos y el Estado ruso gravemente herido.

El único medio para que los aliados pudieran ayudar a Rusia era forzar los

Dardanelos, único contraataque que podía ser realmente efectivo. Si se hubiera logrado, se habría establecido contacto directo y permanente entre Rusia y sus aliados occidentales y se habría eliminado de la guerra a Turquía, o por lo menos a la Turquía europea, además de ofrecer la posibilidad de unir contra Austria y Alemania al conjunto de los estados balcánicos: Serbia, Grecia, Bulgaria y Rumanía. Así, no solo habría recibido Rusia un socorro directo, sino que habría experimentado además un enorme alivio por la presión que habrían ejercido instantáneamente los estados balcánicos sobre el Imperio austrohúngaro. Por desgracia, la visión limitada y estrecha de los almirantes y generales británicos y del Gran Cuartel General francés había obstruido esta brillante maniobra. En lugar de ser una concepción estratégica clara, vestida y armada con todo lo que podían proporcionar los conocimientos de los estados mayores y la autoridad de los mandos, había resultado víctima de resistencias, obstáculos e inanición de medios, hasta que se la dejó consumir del todo. El tiempo que ganó con este desbarajuste y la situación creada por las derrotas rusas permitieron a Alemania, en septiembre, dar un paso más en su estrategia de atacar al más débil. Falkenhayn organizó un ataque contra Serbia. Se ganó a Bulgaria para el bando alemán, se conquistó a Serbia y se estableció contacto directo entre los imperios centrales y Turquía. Así el fracaso y abandono final de la campaña de los Dardanelos sellaba el destino, no solo de los estados balcánicos, sino también de Rusia, en el mismo momento en que las desastrosas batallas de la Champagne y de Loos demostraban que el frente alemán era irrompible en el Oeste. El contacto directo entre Alemania y Turquía, establecido a través de Bulgaria, vivificó al imperio otomano y abrió el camino hacia Oriente. Así pues, el año 1915, fue de grandes triunfos para Alemania, y Falkenhayn podía pretender con justicia que, entre las faltas de sus enemigos y su política de guerra de atacar al más débil, había logrado reparar la desastrosa situación en que se había encontrado su país a fines de 1914. Alemania poseía de nuevo la oportunidad y la iniciativa; a ella le tocaba ahora jugar de nuevo y el año 1916 empezaba en una espera ansiosa de cuál iba a ser su próxima jugada.

En ninguna parte se esperaba la decisión alemana con más inquietud que en Rumanía. La política de este pequeño estado era necesariamente calculadora, pues sobre él se cernían las sombras de dos grandes imperios vecinos en lucha entre sí y de ambos codiciaba importantes provincias. En los años anteriores a la guerra, Rumanía se había sentido defraudada por Rusia después de la guerra rusoturca de 1878 por la posesión de Besarabia. Respecto a Hungría, sentía deseos naturales pero ambiciosos, pues en Transilvania, y en menor medida en Bucovina, había mucha población de raza rumana y en Transilvania, en particular, el sentimiento rumano había sido severamente reprimido por el Gobierno húngaro. El motivo supremo y dominante en Bucarest era, pues, liberar las provincias irredentas y unir a la madre patria los

núcleos nacionales situados en tierra extraña para constituir en una u otra forma la unidad integral y étnica de una gran Rumanía. Estas pretensiones eran conocidas hacía mucho tiempo por los dos imperios, ruso y austrohúngaro, que vigilaban arma al brazo y sin dejarse engañar, todos los movimientos de la política rumana. En sus otras fronteras, Rumanía lindaba con dos estados balcánicos: se hallaba en conflicto con las ambiciones serbias sobre la adjudicación eventual del Banato de Temesvar y, en 1912, había aprovechado la crisis de la guerra balcánica para arrebatar a Bulgaria la Dobruja. A sus graves preocupaciones sobre Rusia y el Imperio austrohúngaro, tenía, pues, en adelante, que añadir el temor constante de un desquite búlgaro.

Estas sombrías relaciones exteriores estaban agravadas por las complicaciones interiores y dinásticas. Los conservadores rumanos, dirigidos por Majoresco, simpatizaban con Alemania, mientras los liberales, capitaneados por el nuevo primer ministro Bratiano, eran partidarios de Francia. Fuera de los círculos oficiales, el político más prominente del lado de la Entente era Take Ionescu y del lado alemán, Carpo. El rey era, no solo germanófilo, sino alemán de origen y miembro fiel de la casa de Hohenzollern; en cambio el heredero era francófilo y su mujer anglófila. Tanto el rey como su sucesor tenían esposas excepcionales: todo el mundo ha apreciado la poesía de Carmen Sylva, y la entereza de la reina María iba a resistir intrépidamente todas las pruebas que el porvenir le reservaba. En una palabra, si Rumanía se decidía a ir la guerra, podía hacerlo en cualquier sentido para lograr unas u otras presas igualmente brillantes, y en cada caso disponía de un partido y de una familia real dispuestas y encantadas de realizar esta política. La elección entrañaba muchos peligros, pero no elegir y prolongar una neutralidad inútil equivalía a desaprovechar la oportunidad más sobresaliente de la historia nacional rumana.

La Gran Guerra se impuso, pues, a la complicada política de la ambiciosa Rumanía; Rusia y el Imperio austrohúngaro se lanzaron una contra la otra en una lucha a muerte, mientras, dominando la escena europea, brillaba la espada de fuego de Alemania. Cada bando pidió los favores de Rumanía y le ofreció recompensas por su intervención, pero las ofertas de las grandes potencias no pasaron por cederle porciones de sus propios territorios sino por prometerle porciones de territorio de sus rivales una vez que, con la ayuda de Rumanía, hubieran ganado la guerra. El problema a resolver por Rumanía era, pues, el de saber quién iba a ganar la guerra, lo cual era muy difícil de decidir, ya que de juzgar o no acertadamente dependía el imperio o la ruina. Así, Rumanía vaciló mucho tiempo antes de dar su contestación.

Al principio no había dudas de hacia dónde iban sus simpatías. Rumanía, como todos los estados neutrales y como todos los observadores independientes, vio la forma flagrante con que los imperios centrales se

privaban de toda razón y cuán grandes eran sus desatinos. Además, en la balanza, Rumanía había de ganar mucho más de la caída del Imperio austrohúngaro que de la de Rusia. En el poder se hallaba un gobierno francófilo, el de Brătianu, y el político Take Ionescu, como en Grecia Venizelos, tuvo siempre la convicción de que Inglaterra saldría victoriosa de la lucha. Las simpatías, los aplausos, los intereses, el carácter, todo apuntaba hacia Gran Bretaña, Francia y Rusia. En el otro lado, estaba el rey Carlos con el tratado que ligaba su conciencia y con el temor de ver su nación destruida.

La prudencia originó el aplazamiento, y en esta atmósfera estaba fuera de toda cuestión cualquier propuesta de hacer honor al tratado de alianza y de unirse a Austria. El Gobierno rumano siguió, pues, el ejemplo de Italia y declaró que, al no haber tenido lugar un ataque a Austria no provocado, no se daba el *casus foederis*.

Rumanía se declaró, así, neutral y el rey Carlos tuvo que contentarse con ello. A partir de aquel momento, la política de Rumanía la describe agriamente el conde Czernin en los términos que siguen, que habrían de considerarse justos si no se tuvieran en cuenta las dificultades que atravesaba dicho país: «El Gobierno rumano se situó deliberadamente y a conciencia entre los dos grupos de potencias y se dejó atraer y empujar por uno y otro, para sacar el máximo de ventajas de cada uno, esperando el momento en que se viera cuál era el más fuerte, para lanzarse sobre el más débil».

Mientras vivió el viejo rey, su influencia fue suficiente, a pesar de la batalla de Lemberg y del avance ruso en Galitzia, para impedir que Rumanía declarase la guerra a Austria. Pero el rey Carlos murió el 10 de octubre de 1914, y en este momento la guerra parecía ya que iba a ser larga, y para Rumanía todavía de resultado incierto. En la primavera de 1915, los alemanes empezaron a golpear el frente ruso y los inmensos desastres y enorme retroceso de los ejércitos zaristas impresionaron fuertemente a Rumanía y paralizaron la diplomacia individual de Francia, Rusia y Gran Bretaña. Por otro lado, el ataque a los Dardanelos, con la perspectiva de la caída de Constantinopla y la aparición de la escuadra británica en el mar Negro, hizo de contrapeso. Así, durante todo el 1915, mientras continuaba el repliegue ruso, la esperanza de una victoria anglofrancesa sobre Turquía mantuvo a Rumanía fiel a sus convicciones y neutral en la guerra. Aceptó dinero de ambos bandos, vendió trigo y petróleo a Alemania, pero no permitió el paso de municiones alemanas para los Dardanelos y no cerró a los aliados ninguna puerta definitiva. Con el fracaso de la expedición de los Dardanelos, la unión de Bulgaria a la causa germánica, la invasión y ruina de Serbia y la evacuación final de la península de Gallípoli, todos los factores militares se pusieron en contra y, a comienzos de 1916, Rumanía quedó aislada y rodeada por los imperios centrales.

Sin embargo, había un factor del que se dio cuenta Rumanía: había un ejército aliado apoyado en Salónica y haciendo frente a los búlgaros a lo largo de su frontera sur. Ya hemos visto los curiosos comienzos de esta empresa y son dignas de recordarse, en cierto modo, las causas, aún más curiosas, que hicieron confiar su mando al general Sarrail.

Sarrail llegó a Salónica en septiembre de 1915, y encontró solo una división británica y dos francesas en la ciudad o sus alrededores. Los serbios se estaban retirando en medio de la crueldad del invierno ante la invasión austroalemana y búlgara. Se adelantaron algunos pequeños destacamentos franceses hacia el norte, a lo largo del valle del Vardar, pero, desde luego, era ya demasiado tarde para que Sarrail y las fuerzas aliadas pudieran prestar ayuda alguna a Serbia, pues no se lo permitía ni el número de sus tropas ni sus comunicaciones. Como había explicado minuciosamente a su Gobierno el Estado Mayor británico en octubre, no podían dispensarse fuerzas suficientes para esta empresa, ni, caso de poderse enviar, podían desembarcar en Salónica a tiempo, ni, por último, aunque desembarcaran, podían ser transportadas a Serbia y mantenidas en este país. Las carreteras y vías férreas, vagones y material existente no podían transportar hacia el norte a ningún ejército de fuerza suficiente para intervenir seriamente en la tragedia serbia. Al mismo tiempo, la actitud del rey Constantino se había hecho tan abiertamente germanófila que existía un peligro evidente de que Salónica se convirtiera en una ciudad enemiga detrás de los destacamentos avanzados franceses que tenían en ella su base. En tales circunstancias, Sarrail retiró rápidamente sus tropas hacia Salónica, disponiéndose a mantenerse en ella a toda costa, mientras los restos del ejército serbio lograban al final escapar hasta la costa del Adriático, donde buques de guerra franceses e italianos embarcaron a sus indomables supervivientes y más tarde los llevaron a Salónica. Así terminó, en noviembre de 1915, la primera fase, completamente inútil, de la expedición.

Pero, tal como se habían puesto las cosas, esto no iba a ser más que el principio del asunto. Aunque Serbia estaba conquistada, los restos de su ejército salvados, Bulgaria al lado de los imperios centrales y no hubiera esperanza alguna de cooperación efectiva con Grecia, la política de guerra de Salónica iba, no obstante, a continuar. A principios de 1915, habían tenido simultáneamente Lloyd George y Briand la idea de enviar a Salónica un gran ejército para ejercer influencia en los Balcanes. Por entonces, que era cuando el asunto ofrecía grandes promesas, no tuvieron el poder suficiente para ejecutar el plan, pero en estos momentos, cuando habían desaparecido todas las ventajas posibles, estos dos hombres eminentes, tan parecidos en muchos rasgos de sus temperamentos, se encontraban uno y otro ocupando posiciones políticas dominantes. Ambos se aferraron ciegamente a su plan primitivo, sin darse cuenta de lo mucho que habían quedado reducidas sus perspectivas. Tal era su influencia que, al fin, y a un precio elevadísimo fue transportado a

Salónica un numeroso ejército aliado. Eso sí, habían desaparecido la mayor parte de los objetivos políticos originales y habían desoído la opinión militar. Al principio, la oposición a desarrollar esta expedición a gran escala parecía abrumadora: la mayoría del Gobierno británico estaba en contra, así como el Estado Mayor General. Lord Kitchener amenazó varias veces con dimitir si se insistía en ella, pero Lloyd George era un hombre capaz de hacer frente a todos juntos. Al otro lado del Canal, las circunstancias eran parecidas: Joffre y el Gran Cuartel General se oponían a destacar fuerzas del teatro principal de la guerra y Clemenceau se mostraba también violentamente contrario, pero Briand, hábil, persuasivo, y entonces primer ministro, tenía infinidad de recursos. La posición de Joffre había quedado debilitada con su derrota de la Champagne, y así logró llegarse a un arreglo entre él y el Gobierno francés, cuyos puntos esenciales fueron que Joffre tendría bajo su mando tanto al ejército de Salónica como a los de Francia, a cambio de lo cual apoyaría de buen grado el proyecto de Salónica en los consejos interaliados y lo apoyaría además con todos los recursos a su disposición. Así, Francia quedó unida frente al Gabinete británico, y entre esto y la ayuda de Lloyd George se logró finalmente su consentimiento definitivo.

Las controversias suscitadas por la expedición de Salónica a ambos lados del Canal quedaron silenciadas al final por el hecho notable de que fue en este frente tan denigrado donde empezó el colapso final de los imperios centrales. La caída de Bulgaria, que era el aliado más débil, causó en Alemania reacciones tan desmoralizadoras como los peores golpes que había sufrido en el frente occidental. La política de guerra de Salónica, por lo tanto, resultó ampliamente justificada por la prueba práctica de sus resultados, pese a todo el trabajo que impuso a nuestra marina y a nuestros recursos, a las tropas que distrajo de otros teatros, al engaño que supuso para Rumanía y a sus operaciones insignificantes. Pero hay que tener en cuenta que la consternación producida por las derrotas alemanas en Francia desempeñó un papel tan importante en el colapso de Bulgaria como la presión militar a que se encontraron sometidas sus propias tropas. Las reacciones fueron recíprocas: las derrotas alemanas minaron la resistencia búlgara y la capitulación búlgara hizo saltar el broche que mantenía la coalición germana.

Las reflexiones del alto mando alemán fueron largas y angustiosas. Han sido expuestas detalladamente por el principal responsable: durante las navidades de 1915, Falkenhayn escribió un memorándum personal para el emperador, que ha sido publicado en sus memorias. El documento no convence, y se ve que ha sido redactado con vistas a complacer a su augusto señor, pero su argumentación y conclusión son ciertamente claras. Falkenhayn critica la propuesta austríaca de efectuar un ataque contra Italia, pero no trata de oponerle su veto; también desaprueba un ataque a Inglaterra en Oriente: «Las victorias en Salónica, el canal de Suez o Mesopotamia no pueden

servirnos más que para incrementar las dudas sobre la invulnerabilidad de Inglaterra que se han suscitado ya entre los pueblos del Mediterráneo y en el mundo musulmán. [...] En ningún caso podemos esperar obtener de ellas un efecto decisivo sobre el curso de la guerra, como están siempre esperando los que abogan por una marcha sobre la India o sobre Egipto, al estilo de Alejandro, o por un golpe definitivo sobre Salónica». Igualmente rechaza los planes para continuar la ofensiva contra Rusia: «Según toda clase de informaciones, las dificultades internas del gran Imperio se están multiplicando rápidamente, y, aunque no debemos esperar quizá una revolución de gran alcance, tenemos derecho a creer que sus perturbaciones interiores la obligarán a ceder en un plazo relativamente corto. [...] A menos de querer imponer a nuestras tropas un nuevo esfuerzo fuera de toda proporción, y no parece que el estado de nuestros nervios lo consienta, no puede emprenderse en el Este una ofensiva con vistas a un resultado definitivo antes del mes de abril, a causa del tiempo y del estado del terreno. El único objetivo a considerar en este orden es el rico territorio de la Ucrania y hacia tal región las comunicaciones no son en modo alguno suficientes. Tendríamos, además, que asegurarnos la adhesión de Rumanía o decidarnos a atacarla, y ambas cosas parecen, de momento, impracticables. En cuanto a un ataque sobre San Petersburgo, con su millón de habitantes, a los que tendríamos que alimentar con nuestros propios recursos si la operación tenía éxito, no presenta probabilidades de ser decisivo. Y un avance sobre Moscú no nos llevaría a ninguna parte. No disponemos de fuerzas para ninguna de estas empresas y por todas estas razones es preciso excluir a Rusia como objeto de nuestra ofensiva...». Falkenhayn pasa entonces a examinar el frente occidental: «En Flandes, desde el mar a la cresta de Lorette, el estado del terreno impide toda operación de envergadura hasta mediados de primavera y, al sur de este punto, los mandos locales creen que serían precisas unas treinta divisiones, las mismas que harían falta también en el sector septentrional, y que son una cifra que nos es imposible concentrar hoy en ningún punto de nuestro frente. [...] Además, las lecciones que se deducen del fracaso de los ataques enemigos en masa hablan claramente en contra de estos métodos. Un intento de ruptura en masa, incluso realizado con una acumulación enorme de hombres y material, no puede considerarse que tenga probabilidades de éxito contra un enemigo bien armado, de moral sólida y no muy inferior en número. El defensor consigue siempre cerrar la brecha, lo que le resulta particularmente fácil si se decide a un repliegue voluntario, y esto es casi imposible impedirselo. Los salientes que quedan entonces y que se hallan enormemente expuestos a los efectos del fuego de flanco pueden fácilmente convertirse en un simple matadero, aparte de que las dificultades técnicas para dirigir y alimentar a las masas en ellos encerradas parecen prácticamente insuperables.

»Hay que descartar igualmente todo intento de atacar un sector británico

con medios relativamente insuficientes. Solo podría aprobarse este sistema si fuera para atacar un objetivo razonablemente a nuestro alcance. Pero no existen tales objetivos y habríamos de aspirar nada menos que a arrojar por completo a los británicos del continente y a hacer retirarse a los franceses detrás del Somme. Si no se lograra este fin como mínimo, el ataque no habría tenido objeto...».

Habiendo descartado todas estas alternativas, el general expone la conclusión a que le habían conducido sus reflexiones: «Solo queda Francia. [...] En Francia, el esfuerzo realizado ha llegado casi al límite de la rotura. [...] No es necesario por lo demás el método incierto de la ruptura en masa, para el que no tenemos los medios suficientes. Hay objetivos en el sector francés del frente occidental que se hallan a nuestro alcance y por cuya conservación el Estado Mayor francés se verá obligado a empeñar todos los hombres a su disposición. Si lo hace así, la sangría de Francia será mortal, logremos o no el objetivo, ya que no puede haber en este caso repliegue voluntario, y si no lo hace así y alcanzamos el objetivo, el efecto moral será enorme en el país. En tal operación, limitada a un frente estrecho, Alemania no se encontrará obligada a emplearse a fondo, porque todos los demás frentes se hallan prácticamente exhaustos. Podrá esperar con confianza los ataques de descongestión que puedan intentarse en otros frentes e incluso replicar a ellos con contraataques, ya que queda perfectamente libre de acelerar o retrasar su ofensiva, y de intensificarla o de interrumpirla de tiempo en tiempo según convenga a su propósito.

»Los objetivos a que me refiero son Belfort y Verdún; a los dos pueden aplicarse las consideraciones que preceden, pero entre ellos hay que dar la preferencia a Verdún. En este punto, el frente francés dista apenas 20 kilómetros de las comunicaciones ferroviarias alemanas, lo que hace de Verdún el punto de apoyo más fuerte para intentar [los franceses] desde él en un momento dado y con un esfuerzo relativamente débil, hacer insostenible el frente entero alemán de Francia y Bélgica». En sus memorias, Falkenhayn añade que: «En Navidad se decidió llevar a efecto el proyecto que había cristalizado de este razonamiento».

La ejecución de esta nueva política de guerra de Falkenhayn exigía el cese casi completo de la presión sobre Rusia. Se informó a Hindenburg y a Ludendorff de que, en 1916, no se emprendería ningún esfuerzo importante en el frente oriental y de que no tenían que esperar refuerzos de ninguna clase. Se retiraron del frente sur de Galitzia todas las tropas alemanas y este teatro, que ofrecía a la vez tantas ventajas y tantos peligros, fue confiado exclusivamente al mando austríaco. Como no se disuadió a los austríacos de su idea de preparar y realizar una ofensiva contra Italia en el Trentino, ellos retiraron a su vez para este propósito algunas de sus mejores tropas del frente oriental. Así, a

la vez en el norte y en el sur, los imperios centrales volvieron la espalda a los graves problemas de su frontera oriental y, dejando a Rusia reponiéndose de sus heridas y a Rumanía contemplando la escena con ansiosa mirada, se sumergieron en sus desesperadas aventuras del Oeste.

Fue realmente una decisión transcendental: significaba la inversión total de la política de guerra con la que el general Von Falkenhayn había restaurado la situación alemana en 1915. En lugar de proseguir los ataques contra los adversarios más débiles, elegía para el gran esfuerzo alemán de 1916 al adversario más fuerte y en su punto más fuerte. Los resultados probaron que tal decisión era desastrosa, pero también de antemano podía sostenerse que era errónea. Se fundaba ante todo en una apreciación equivocada de las condiciones de la ofensiva y de la defensiva en el gran campo de batalla de Francia, y en la falsa creencia de que la guerra podía terminarse en 1916 mediante un gran esfuerzo que hiciera uno u otro de los contendientes. En segundo lugar, apreciaba la situación general de Alemania, y de sus aliados, desde un punto de vista a la vez demasiado estrecho y demasiado profesional.

La necesidad vital para Alemania era la de romper el bloqueo: si no se podían asegurar recursos muy superiores a los que podía reunir entre las fronteras de la Cuádruple Alianza, la guerra larga a que el mundo estaba en estos momentos condenado había de acabar inevitablemente con su agotamiento y su derrota. Por mar, no tenía probabilidad alguna de romper el bloqueo; su rigor podía ser burlado hasta cierto punto por las artimañas de los neutrales, pero el inmenso proceso de extenuación, no solo en alimentos, sino en las materias primas indispensables para un ejército moderno, obraba implacable e incesantemente. La flota británica ejercía el dominio con su masa superior y nadie dudaba seriamente de cuál sería el resultado de una batalla que se librara sobre los mares. El poder marítimo y el terrestre se hallaban frente a frente y, desde el momento en que Alemania no podía batir a Gran Bretaña en el mar, ¿adónde podía volverse? Solo podía hallar salida en una dirección: si no podía romper el bloqueo por mar, había de hacerlo por tierra; si los océanos estaban cerrados, Asia estaba abierta; si ante el Oeste se elevaba una triple muralla de acero, el Oriente se presentaba inerme. Solo en el este y sudeste europeos y en Asia, podía encontrar Alemania las tierras fértiles y el espacio vital, por no decir el material humano, sin el cual su poder militar, por impresionante que pareciera, no era más que una seguridad inútil. Únicamente extendiendo sus fronteras más allá de nuevas e inmensas regiones, podían los imperios centrales convertirse en un organismo autónomo y suficiente en sí mismo, y únicamente convirtiéndose en tal organismo podían privar a sus enemigos del arma más terrible que poseían: el tiempo.

Los objetivos verdaderos de Alemania y realmente los únicos a su alcance en 1916 eran la derrota final de Rusia y la adhesión de Rumanía a la causa de

los imperios centrales. El éxito del primero acabaría de forzar el segundo. Rumanía era esencial para Alemania. Al hablar de la situación en octubre de 1916, Ludendorff dice: «Como veo ahora claramente, no habríamos podido subsistir y mucho menos llevar la guerra adelante sin el trigo y el petróleo de Rumanía [...]». Y si el cadáver atropellado de una Rumanía invadida y conquistada resultaba tan indispensable a fines del año, ¿cuánto más preciosa no habría sido intacta y aliada con todos sus recursos y tropas al empezar este tiempo? Durante 1915, un convenio con Rumanía había asegurado a Alemania el trigo y el petróleo indispensables. Pero Alemania, en enero de 1916, podía razonablemente esperar una modificación de este arreglo en un sentido más favorable. Bulgaria se había unido a los imperios centrales y los Dardanelos habían quedado cerrados; Rusia estaba tambaleándose y Rumanía, virtualmente casi rodeada, si se daba un nuevo colapso ruso, quedaría completamente aislada. Si bien codiciaba la Transilvania húngara, también aspiraba a la Besarabia rusa, y en tales circunstancias una política alemana sagaz habría sabido ofrecer a Rumanía toda clase de premios y a la vez amenazarla con toda clase de rigores para inducirla a unirse a sus vecinos.

Con arreglo a estas consideraciones, parece, pues, que los verdaderos objetivos estratégicos de Alemania, en 1916, eran el mar Negro y el Caspio. Ambos se hallaban a su alcance y para alcanzarlos no era preciso un esfuerzo superior al que podía desarrollar. Un avance continuo contra las tierras del sur de Rusia, a través de Ucrania y hacia Odesa, habría asegurado alimento a los pueblos germánicos a un precio relativamente bajo. Otra embestida de los ejércitos turcos sostenidos por tropas alemanas y organizada bajo mandos alemanes podía al mismo tiempo conquistar el Cáucaso. La industria germánica podía improvisar flotas y flotillas que dominarían fácilmente los dos mares interiores, y su dominio amenazaría simultáneamente todos los puntos de su larga costa de 9.000 kilómetros, absorbiendo en su defensa pasiva a diez veces más fuerzas rusas que alemanas y multiplicando en grado casi ilimitado las oportunidades para ulteriores avances. Rumanía, separada por Bulgaria y Turquía de toda ayuda francesa o británica, y separada igualmente de los ejércitos rusos por la marcha alemana de Lemberg a Odesa, en definitiva, totalmente cerrada, no tendría otro remedio que unirse a los imperios centrales. Con el empleo hábil de quince o veinte divisiones alemanas que animaran a los ejércitos austríaco y turco, se podrían extender con seguridad y fácilmente los territorios que servían para nutrir a Alemania y que hubieran podido comprender a fines del verano de 1916 todo el sudeste de Europa, el mar Negro, el Cáucaso y el Caspio. El frente austroalemán contra Rusia podía extenderse de Riga a Astracán con un poco más de fuerza de la que se requería para sostener la línea actual. En todo momento y en todas las fases de estas vastas combinaciones, habría seguido aumentando la presión sobre Rusia y sus ejércitos vacilantes, cuyas tropas, como las de sus aliados, se

habrían desgastado inútilmente en vanas tentativas para poner un dique a la creciente marea del Este o habrían caído segadas por la muerte en sus frenéticos asaltos contra las trincheras alemanas de Francia.

Y todo esto no era a su vez más que un primer paso en el proceso de expansión continental y de amenaza estratégica que se ofrecía a la potencia militar alemana. Una vez dominadas las aguas del Caspio, Persia era una presa fácil y económica. No había necesidad de hacer marchar hacia Oriente grandes ejércitos como hizo Alejandro. Bastaba literalmente un reducido número de miles de alemanes para dominar el norte de Persia, marchar hacia el Este por el Afganistán y amenazar la India. En consecuencia, esta política de guerra podía, pues, haber paralizado todo el esfuerzo de guerra del Imperio británico de la India y obligar en este país, como en Mesopotamia y Egipto, a permanecer ociosos, arma al brazo, ejércitos enteros británicos e indios a la expectativa de una posible invasión o de una revuelta, mientras la gloria de las águilas alemanas y la sensación de un próximo cambio se extenderían ampliamente por todos los pueblos asiáticos.

Pero Alemania se dejó disuadir de todas estas perspectivas que se le ofrecían en Oriente. Falkenhayn renunció en unos cortos párrafos a la destrucción final de Rusia, a la intimidación y conversión de Rumanía, a la conquista sucesiva de graneros y pozos de petróleo en serie ilimitada y a la amenaza indefinida al Imperio británico en Asia, con la consiguiente dispersión y disipación de nuestros esfuerzos. Alemania concentraría todas sus fuerzas disponibles contra el grupo de colinas cubiertas de bosque y de fuertes permanentes que constituía la plaza fuerte de Verdún. Con la mitad del esfuerzo y la cuarta parte de los sacrificios que se prodigaron vanamente en el ataque a esta plaza, habría superado la dificultad de la falta de comunicaciones en las «ricas tierras de Ucrania»; los ejércitos rusos habrían sido derrotados antes de poder ganar las sorprendentes victorias de Brusiloff, y Rumanía, con sus 500.000 soldados y sus preciosas existencias en trigo y petróleo, habría entrado a tiempo en la guerra, y en calidad de aliada, no de enemiga. Pero la escuela de las fórmulas había vencido a la de los hechos y la deformación profesional había sido superior a la práctica, sustituyendo la sumisión a las teorías a la busca de las realidades. Una vez más se proclamó como máxima fundamental de la política militar alemana la de atacar al más fuerte y en el punto más fuerte, en lugar de atacar al más débil y en su parte más débil.

En cuanto recibió la noticia de la evacuación total de la península de Gallípoli, el general Von Falkenhayn, jefe del Estado Mayor General alemán habría debido pronunciar la palabra «Rumanía». En su lugar pronunció la palabra «Verdún».

XL

Verdún

El drama de Verdún quizá conviene empezarlo con la visita a la fortaleza, en julio de 1915, por una delegación de la Comisión de Guerra del Parlamento francés. Los diputados estaban inquietos por los rumores que habían corrido sobre la escasa seguridad del sector situado frente al ejército del príncipe imperial alemán. Recibieron y acompañaron a la delegación el general Dubail, jefe del grupo de ejércitos del Este, y el general Coutanceau, gobernador militar de la plaza. El general Dubail explicó que, después de las experiencias de Lieja y de Namur, los fuertes permanentes no resultaban ya de utilidad alguna, pues serían destruidos con seguridad por los obuses pesados, y que, por lo tanto, no eran más que «nidos de proyectiles» para sus guarniciones. La única defensa efectiva de Verdún consistía en mantener tropas de campaña formando un frente extenso alrededor de la plaza. Con arreglo a estas ideas, sobre las que hubiera habido mucho que decir, los fuertes habían sido desmantelados y sus codiciados cañones, depósitos y guarniciones se habían distribuido entre los ejércitos del frente. El gobernador, el general Coutanceau, tuvo la osadía de emitir una opinión distinta: creía, por su parte, que los fuertes poseían todavía un valor importante y habían de desempeñar una parte esencial en combinación con las fortificaciones de campaña. Entonces el general Dubail se irritó de tal manera por esta intervención de su subordinado y le reprendió en términos tan severos que la Comisión, a su regreso a París, creyó necesario dirigirse al ministro de la Guerra para que amparase al locuaz gobernador contra un posible castigo o traslado. No obstante, pasadas algunas semanas, el general Coutanceau fue desposeído de su cargo de gobernador de Verdún, puesto que pasó a ocupar el general Herr. A principios de febrero de 1916, en vísperas del ataque, el ejército del que formaban parte las tropas de Verdún pasó del grupo de ejércitos Dubail al grupo de ejércitos del centro, que mandaba el general Langle de Cary, con lo que las responsabilidades por la negligencia en desarrollar y perfeccionar las defensas de dicha zona quedaron divididas y difíciles de dilucidar.

Desde un punto de vista puramente militar, Verdún no tenía ninguna importancia excepcional, ni para los franceses, ni para los alemanes. Sus fuertes se hallaban desarmados, no contenía almacenes de importancia y no guardaba ningún punto estratégico vital. Se hallaba a 220 kilómetros de París, así que su pérdida no habría significado ninguna diferencia material para la seguridad de la capital ni de la línea general del frente. Tanto Falkenhayn como Ludendorff hablan de ella como de un saliente peligroso para las líneas ferroviarias principales alemanas, que pasaban a escasamente 20 kilómetros, pero si se considera que a Verdún no afluyen más que dos líneas, mientras la

zona ocupada frente a esta plaza por los alemanes es alimentada nada menos que por quince, se comprende que les habría sido fácil a los alemanes preparar una defensa en tal dirección. Como máximo, puede decirse que la toma de Verdún habría sido una ventaja para los alemanes y su pérdida habría significado una desventaja en grado inferior para los franceses.

Pero en Verdún intervenía, además, el sentimiento que se unía a su nombre. Como dice un historiador francés: «Era la gran fortaleza que se erguía orgullosa frente a su rival Metz, cuyo nombre no había cesado de obsesionar durante siglos a las imaginaciones alemanas; era la ciudadela avanzada de Francia, el bastión principal de su frontera del Este, cuya caída resonaría en Europa y en el mundo entero apagando para siempre los nombres del Marne y del Yser».

Este era el fundamento sobre el que reposaba la idea de Falkenhayn de atacar Verdún. No tenía que ser una tentativa de ruptura en la que los asaltantes quedaran metidos en bolsas sobre las que recibirían fuego de todas partes. Eran ellos los que iban a tirar sobre los franceses y a asaltarlos continuamente en posiciones que el orgullo francés no consentiría nunca en ceder. Las diecinueve divisiones alemanas y la masa artillera asignada para esta tarea tenían que gastar y «sangrar» al ejército francés. Verdún sería un yunque sobre el que la población masculina de Francia sería golpeada hasta morir por el martillo de los cañones alemanes. Los franceses estarían encadenados por el sentimiento a posiciones fijas en las que serían destrozados por la artillería. Por supuesto, que este plan ingenioso quedaría frustrado si los franceses no se prestaban al juego y no se consideraban obligados a sufrir sacrificios desproporcionados para conservar las alturas precisas en que se erguían los fuertes vacíos de Verdún.

No tratamos aquí de llevar este argumento demasiado lejos. Baste decir que Verdún era un trofeo y el reto alemán tenía que ser contestado con todos los recursos del ejército francés, pero podía muy bien haberse cedido terreno como se perdían vidas, con tal de exigir por cada paso del enemigo el precio más costoso. Concediendo a la defensa una mayor libertad de movimientos, el conjunto de la tragedia habría resultado mucho menos oneroso para el ejército francés y habría desprovisto al plan del general Falkenhayn de los supuestos con que había contado. Pero el mando alemán, equivocado en tantas otras cosas, había juzgado acertadamente la psicología de la nación francesa.

En un artículo escrito en agosto de 1916, yo trataba de penetrar y analizar del modo que sigue los motivos probables que animaban a los alemanes en su ataque a Verdún:

[...] Supongamos que habéis abierto un boquete, ¿qué sacáis con esto? ¿Vais a marchar por él a París? ¿Qué pasa porque se rompa el frente de un

ejército que por lo demás no ha sido batido? ¿Vais a meter realmente la cabeza por el boquete?

No —contesta el Gran Cuartel General alemán—, no somos tan locos. No es Verdún lo que buscamos, ni estamos tratando de abrir ningún boquete y menos aún de marchar por él hacia adelante. Nos proponemos una cosa muy distinta: tratamos de desgastar a un ejército, no de abrir un agujero; de abrir brecha en el corazón de un país, no de abrir brecha en un frente. Hemos escogido Verdún porque creemos que los franceses se considerarán obligados a defenderlo a toda costa, porque en este sitio podemos disponer nuestros cañones alrededor de un saliente de su frente, abrumar sus posiciones vitales con nuestro fuego dominante y concentrado y obligar al enemigo a someter una a una sus divisiones a nuestros golpes sobre este yunque.

Las concepciones estratégicas y psicológicas que habían llevado a Falkenhayn a escoger Verdún como punto de ataque alemán se mezclaban en la esfera táctica con sus impresiones derivadas del éxito del ataque alemán de Gorlice-Tarnow sobre el frente ruso en el año anterior. Allí, con una embestida seguida de un barrido, realizados sobre un frente moderado pero apoyados por una concentración devastadora de artillería y de gases, se había logrado un repliegue general de la línea rusa, y el proceso se había repetido una y otra vez. De aquí que su plan en Verdún fuera realizar esta embestida intensa sobre un frente más estrecho y con tropas de élite, apoyadas por una masa artillera sin precedentes, para machacar a los franceses en el yunque de sus posiciones y, caso de tener éxito, abrir además su frente a derecha e izquierda simplemente como efecto secundario. Siguiendo esta idea, asignó al príncipe heredero cerca de 2.000 piezas de artillería suplementarias, en las que se incluían los tipos más modernos, así como grandes aprovisionamientos en proyectiles, pero solo incrementó en cuatro cuerpos a las fuerzas en línea de este quinto ejército. Prescribió el frente y profundidad precisos del ataque y los redujo estrictamente a los límites que podían ser alcanzados con fuerzas tan modestas.

La línea de trincheras francesa describía un saliente en forma de media luna 5 o 6 kilómetros más allá de los fuertes permanentes de Verdún. Esta posición se hallaba dividida en dos partes desiguales por el río Mosa, que en esta época del año venía a tener un kilómetro de ancho. Había, pues, tres sectores: las defensas de la orilla izquierda (izquierda francesa, o sea el oeste), las defensas de la orilla derecha (centro francés, al este) y, más al este todavía (derecha francesa), la meseta de Woëvre y las alturas fortificadas al este del Mosa. El ataque intenso iba a dirigirse contra el centro francés, entre el Mosa y la meseta de Woëvre: el alto mando alemán creía que, si se atravesaba este centro hasta cierta profundidad, se produciría automáticamente la retirada de los dos flancos o se podría forzar presionando algo más. Los estudios tácticos

hechos acerca de este terreno antes de la guerra habían hecho considerar las posiciones de la orilla izquierda como excepcionalmente fuertes e inexpugnables, a menos de verse comprometidas por la retirada del centro francés. Todas estas conclusiones y decisiones fueron debidamente comunicadas al príncipe heredero y al jefe del Estado Mayor del quinto ejército, que era el general Knobelsdorf.

En la pasión y en la propaganda de la guerra, el príncipe heredero ha sido juzgado duramente, representándose a la vez como un petimetre y como un tirano, como un joven inexperto y como un Moloc insaciable, como una figura irresponsable y como un jefe culpable de errores militares desastrosos. Ninguna de estas impresiones contradictorias corresponde a la verdad. Los príncipes alemanes que mandaban ejércitos o grupos de ejércitos estaban sujetos a un mando severo. Los estados mayores superiores y locales lo decidían y regulaban todo, con lo que la misión de las desdichadas testas coronadas se reducía principalmente a cargar con la responsabilidad si sus cálculos habían sido erróneos y al principio de la guerra a recibir sus ceremoniosas cortesías. Y hasta estas cortesías se fueron atenuando al irse desarrollando y ensombreciendo el largo conflicto. No obstante, el príncipe heredero poseía influencia; tenía acceso al todopoderoso, como hijo suyo que era, y por ello derecho a expresar una opinión, plantear una cuestión o exigir una respuesta de cualquier general por elevada que fuera su posición. Tuvo, pues, su parte en la opinión suprema del emperador; era accionista de la empresa. En la Gran Guerra todos los combatientes arriesgaron vida, integridad y fortuna, pero la herencia del trono imperial tan íntimamente ligada al resultado general ejerció desde el primer día del conflicto un efecto de serenidad y de concentración en aquel espíritu hasta entonces despreocupado. También hay que decir que ningún otro grupo de ejércitos alemanes tuvo éxitos más constantes que el suyo, y que hay pruebas de que su influencia personal, hasta donde haya alcanzado, se ejerció con gran frecuencia en el sentido más razonable.

El príncipe heredero no simpatizaba con el ataque a Verdún de 1916. Creía que habría sido mejor terminar primero con los rusos en el Este. Tenía, desde luego, muchas ganas de «conducir una vez más contra el enemigo a sus tropas fieles y ejercitadas, etc», pero se sentía inquieto ante las repetidas afirmaciones de Falkenhayn de que había que «sangrar» en Verdún al ejército francés. No estaba seguro de que fueran solo los franceses los que sufriesen la sangría; podía incluso ocurrirle lo mismo a la casa de Hohenzollern. Además, en lo que concierne al concepto táctico del ataque, su disconformidad estaba sostenida y quizá inspirada por el general Von Knobelsdorf y su Estado Mayor: creían que el ataque, caso de llevarse a cabo, había de hacerse sobre un frente más ancho, que comprendiera las dos orillas del Mosa, y que habían de tenerse a mano desde el primer momento reservas considerables para explotar

el éxito de la sorpresa inicial. El príncipe heredero envió a Knobelsdorf a que expusiera estos puntos de vista a Falkenhayn; pero este último insistió en su plan: lo había trazado teniendo en cuenta el conjunto de la situación tal como él la veía y no quiso ceder en el menor detalle. Tenía que haber un yunque, tenía que atacarse en un frente estrecho, tenía que haber una artillería sin precedentes, pero únicamente la infantería indispensable para explotar el éxito, y tenía que procederse paso a paso, después de devastar cada posición con la artillería. De esta manera, se tomara o no a Verdún, el ejército francés sería destruido y la nación francesa quedaría hastiada de la guerra. Era una solución simplista de los problemas de la guerra, pero era la suya, y Falkenhayn ejercía entonces el mando supremo. Knobelsdorf fue pronto convencido por su firmeza y superior autoridad y el príncipe heredero quedó por lo tanto vencido por la jerarquía militar en unanimidad mecánica. Tales han sido los hechos: aunque los periódicos de la época y aun muchas historias de hoy hayan insistido sobre la vanidad y el duro orgullo que impulsaron al heredero del trono imperial a lanzar incesantemente a la población viril alemana al infierno de Verdún, la verdad es muy diferente. El príncipe heredero, angustiado y agobiado ante la matanza y opuesto desde el principio a la operación, trató continuamente de emplear toda la influencia de que disponía para hacerla cesar, y tenemos el testimonio de Ludendorff sobre las expresiones de alivio y de satisfacción que profirió cuando se hubo tomado al fin esta decisión.

La primera advertencia sobre el mal estado de preparación de las defensas de Verdún le llegó al Gobierno francés por un conducto irregular. El coronel Driant, diputado por Nancy, mandaba un grupo de batallones de cazadores alpinos en las líneas avanzadas de Verdún. A fines de noviembre, este oficial y miembro del Parlamento estuvo en París con permiso y solicitó ser oído por la Comisión parlamentaria de la Guerra, en la que expuso el 1 de diciembre ante sus compañeros la falta de organización y la inseguridad general de las defensas de la fortaleza. La Comisión confirmó el informe del coronel Driant y presentó sus conclusiones al ministro de la Guerra. El vigilante Galliéni, a quien habían llegado ya por otros conductos noticias parecidas, escribió, el 16 de diciembre, al general Joffre. De fuentes diversas, decía, llegaban informes sobre la organización del frente que mostraban defectos en el estado de las defensas de ciertos puntos, en particular y de un modo notable en las regiones del Meurthe y de Toul y Verdún. En ellas la red de trincheras no era tan completa como en el resto del frente y tal situación, de resultar cierta, implicaba la posibilidad de que se presentaran graves riesgos. Una ruptura que lograra el enemigo en tales circunstancias implicaría no solo la responsabilidad personal del general Joffre, sino la de todo el Gobierno. Las últimas experiencias de la guerra demostraban de un modo fehaciente que el ataque podía forzar muy bien la primera línea, pero que la resistencia de una segunda posición lograba siempre detener el ataque victorioso. Pedía, pues,

que se le asegurara que se había adoptado en todas las partes del frente la organización en dos posiciones sucesivas como mínimo y que se perfeccionara tal organización con toda la fortificación necesaria a base de alambradas, inundaciones, talas, etc.

El general en jefe se apresuró a replicar el 18 de diciembre con una carta que hará época en los anales de la literatura oficial de mal talante. Aseguraba con minuciosidad categórica que no había nada que justificara la ansiedad del Gobierno y concluía con esta nota particularmente profesional, característica de una mentalidad que no es en modo alguno exclusiva de los magnates del ejército francés:

Pero, dado que estas aprensiones se fundan en informes que alegan defectos en el estado de las defensas, le ruego me comunique tales informes con especificación de sus autores. No puedo admitir que personal bajo mis órdenes se presente al Gobierno, siguiendo conductos distintos del jerárquico, y eleven quejas o protestas que conciernen a la ejecución de mis órdenes. Ni me corresponde por otra parte defenderme contra imputaciones vagas cuya fuente desconozco. El solo hecho de que el Gobierno aliente comunicaciones de esta clase, sean de parlamentarios movilizadas, sean directa o indirectamente procedentes de oficiales que prestan servicio en el frente, no puede dar otro resultado que el de quebrantar profundamente el espíritu de disciplina del ejército. Los militares que escriben saben que el Gobierno pesa sus consejos contra los de sus jefes, la autoridad de estos padece con ello y la moral de todos sufre también de esta falta de confianza.

No puedo prestarme a que siga este estado de cosas. Solicito la confianza total del Gobierno. Si este confía en mí, no puede favorecer ni tolerar prácticas que disminuyen la autoridad moral inherente a mi cargo y sin la cual no puedo seguir asumiendo la responsabilidad.

Es evidente que el coronel y diputado Driant, en sus trincheras delante de Verdún, estaba amenazado de otros peligros, además del de los alemanes.

Se asegura que el general Galliéni no quiso dejar las cosas así, y que escribió una respuesta a la vez imperativa y seca, pero intervinieron sus compañeros para suavizar el asunto. El ministro de la Guerra estaba ordenando con mucho tino los términos de una amplia acusación contra el Gran Cuartel General, pero se lo persuadió a que redujera este incidente particular a proporciones mínimas. Sea como sea, al fin firmó una respuesta suave: Joffre y el Gran Cuartel General quedaron con su autoridad vindicada y el ministro de la Guerra y los diputados presuntuosos y entrometidos quedaron relegados a sus sitios. Pero había que contar aún con los hechos... y con los alemanes.

Seguían acumulándose las pruebas y poco a poco empezó a mezclarse cierta desconfianza en el tono seguro de Chantilly. Sus propios oficiales

enviados a examinar las defensas de Verdún habían emitido en términos discretos dudas serias sobre las afirmaciones confiadas con que había replicado el general en jefe al ministro de la Guerra. Las tropas y los mandos del sector estaban convencidos de que pronto serían atacados y de que las defensas no eran aún satisfactorias y las comisiones parlamentarias seguían murmurando sin cesar. Al fin, el 20 de enero, el general Castelnau, mayor general del Ejército, y virtualmente segundo de Joffre y su sucesor en potencia, fue a visitar Verdún, inmediatamente después de regresar de una visita a Salónica. Encontró muchos errores y dictó varias disposiciones para remediar los defectos: se envió precipitadamente un regimiento de ingenieros, se suministraron los materiales de fortificación, se mejoraron las comunicaciones y se empezó a trabajar. Pero quedaba poco tiempo: los alemanes se iban reuniendo rápidamente y sus enormes polvorines se llenaban de día en día, mientras se completaba su enorme concentración de artillería pesada.

Ya en enero la segunda Sección del Estado Mayor (Información) empezó a indicar a Verdún como punto sobre el que se dirigía el ataque alemán. Se denunció un incremento constante del número de baterías y de tropas en la región al norte de Montfaucon y a ambas orillas del Mosa, así como la presencia de divisiones de asalto junto a Hattonchâtel y la llegada de obuses austríacos pesados. El general Dupont, jefe de la segunda Sección se declaró convencido de que Verdún iba a ser objeto de un ataque intenso e inmediato.

La Sección de Operaciones francesa, a juzgar por el excelente relato de Pierrefeu, parecía haber abandonado lentamente su escepticismo. Había, ciertamente, otras partes del frente francés que se prestaban mejor a un ataque enemigo. Pero a mediados de febrero eran ya pocos los que dudaban que iba pronto a lanzarse un ataque alemán contra Verdún. La mayoría del Estado Mayor se convenció al fin de que la hora estaba próxima y todos, como se asegura, esperaban el día con ansiedad y se sentían seguros del resultado. Nadie tenía la menor idea de la fuerza mecánica del golpe.

A las cuatro de la mañana del 21 de febrero, la explosión de una granada de 35,6 cm en el palacio arzobispal de Verdún dio la señal de la batalla y después de un bombardeo corto, pero terrible, tres cuerpos de ejército alemanes avanzaron contra el saliente del frente francés apoyando su flanco derecho en el Mosa. Las tropas de las posiciones avanzadas fueron empujadas atrás, hacia la línea de la fortaleza, a excepción de las del flanco derecho. La batalla siguió durante el 22 y el 23. El valiente coronel Driant murió en el bosque cubriendo la retirada de sus cazadores.

La línea se reconstituyó sobre las crestas próximas a Douaumont, pero la artillería alemana de 15,2 cm adelantada por medio de tractores dirigió sobre la nueva posición una tempestad de fuego tan terrorífica que la división

francesa que cubría allí la línea se deshizo por completo. En la tarde del 24, tanto el general gobernador de Verdún como el jefe del grupo de ejércitos en que estaba encuadrado (Langle de Cary) telegrafiaron a Chantilly aconsejando la retirada inmediata a la orilla izquierda del Mosa, con el consiguiente abandono de la ciudad y la fortaleza de Verdún.

El general Joffre no quedó en modo alguno desconcertado ante sucesos tan inesperados y adversos: conservó siempre aquella admirable serenidad que era su característica y que, por lo demás, no hay duda que habría mostrado también sobre la cresta en llamas de Douaumont. Aprobó el envío inmediato del primer cuerpo de ejército y del 20 y aceptó el ofrecimiento de sir Douglas Haig de relevar con tropas británicas al décimo ejército, para dejarlo disponible. Por lo demás, se mantuvo en un estado de tranquilidad digno de los dioses, y con su calma no afectada, sus comidas regulares y sus siestas apacibles; inspiró la mayor confianza a todos los que estaban a su alrededor. El general Castelnau no tomó las cosas, naturalmente, de la misma manera. El segundo ejército francés había sido relevado hacía algún tiempo por las fuerzas británicas, cuyo número iba siempre en aumento; este ejército se encontraba en buen orden, descansado e instruido, su Estado Mayor no había sido afectado por la nueva disposición francesa que obligaba a todos los oficiales de los cuarteles generales a pasar cierto tiempo en las unidades de tropa, y además, el jefe de dicho ejército, Pétain, había alcanzado ya una gran reputación durante la guerra. En la tarde del 24 de febrero, el general Castelnau se presentó al general Joffre y le propuso enviar todo el segundo ejército a Verdún, a lo que el general en jefe asintió. A las once de la misma noche, y habiendo recibido nuevos partes de carácter sumamente grave, Castelnau pidió por teléfono autorización para salir él mismo para Verdún, con plenos poderes. Pierrefeu ha descrito este episodio del modo que sigue: «El general en jefe estaba ya durmiendo, pues, siguiendo su invariable costumbre, se había retirado a descansar a las diez. El oficial de servicio dijo que no podía despertarle y, de momento, Castelnau se resignó, pero pocos minutos más tarde llegó un nuevo mensaje de Verdún preludiando la inmediata evacuación de toda la orilla derecha del Mosa y ante esto Castelnau no toleró más obstrucciones: fue personalmente a la villa Poiret donde reposaba el gran soldado y bajo su orden perentoria un ayudante se decidió a asumir la responsabilidad de llamar a la puerta imponente cerrada a doble llave. El jefe supremo, después de leer los telegramas, autorizó inmediatamente al general Castelnau a marchar con plenos poderes, declaró que no había que pensar en la retirada y volvió a reanudar su descanso».

Castelnau partió poco después de medianoche. Al llegar a Avize, Cuartel General de Langle de Cary y su grupo de ejércitos, calmó el pesimismo allí existente y telefoneó a Verdún anunciando su inmediata llegada e intimidando al general Herr, «por orden del general en jefe, a no ceder terreno alguno, sino a

defenderlo palmo a palmo», advirtiéndole que, de no ejecutarse esta orden «las consecuencias podían ser muy graves para él [Herr]». Al amanecer del 25, llegó Castelnau a Verdún, donde se enfrentó con las escenas trágicas de desorden y confusión que acompañan el repliegue de un frente en derrota. Todos los informes convienen en que la intervención y autoridad de Castelnau durante ese día reanimaron la defensa y restauraron de momento la situación: a todas partes donde iba le seguían la decisión y el orden. Reiteró la orden de mantener a toda costa las alturas del Mosa y de parar al enemigo en la orilla derecha; el primer cuerpo de ejército y el 20 que llegaron en este momento, fueron lanzados a este fin en la batalla. A la vez que tomaba estas medidas de primera urgencia, Castelnau había teleografiado a Pétain para que tomara el mando, no solo del segundo ejército, que estaba ya en marcha, sino de todas las tropas que se encontraban en la región fortificada de Verdún.

En la mañana del 26, Pétain recibió de manos de Castelnau las instrucciones para la batalla que había de dirigir, a la vez que se hacía cargo de la situación local. El haber descuidado las defensas permanentes y de campaña de una fortaleza que se había resuelto defender hasta la muerte legaba ahora una cruel herencia a las tropas francesas. Delante de los fuertes permanentes no existían líneas de trincheras continuas ni una organización eficiente de puntos de apoyo; los ramales de comunicación y la red telefónica eran escasos o inexistentes; los fuertes mismos estaban todos vacíos y desmantelados, hasta sus cúpulas y sus ametralladoras habían sido retiradas y desarmadas sus baterías de flanco. Todas estas deficiencias habían de repararse en plena lucha y bajo un fuego terrible. Además de la dirección de la batalla y de la organización de sus fuerzas y de su, a partir de entonces, cada vez más numerosa artillería, Pétain adoptó varias decisiones de carácter general: se prepararon inmediatamente cuatro líneas sucesivas de trincheras y, de acuerdo con la opinión del castigado general Coutanceau, se dispuso la inmediata ocupación y rearme de todos los fuertes, asignándose a cada uno una guarnición provista de víveres y agua para dos semanas con la orden categórica de no capitular jamás. Entonces se iba a probar el enorme valor de las grandes galerías subterráneas de estos fuertes en las que podía vivir un batallón completo en absoluta seguridad hasta que llegara el momento de contraatacar. Por último, el nuevo comandante de Verdún instituyó el maravilloso sistema de convoyes en camiones entre Verdún y Bar le Duc. Por la carretera que unía estos dos puntos pasaron diariamente en una y otra dirección no menos de 3.000 carruajes, trasladando durante los siete meses de la batalla un promedio semanal de 90.000 hombres y 50.000 toneladas de material. A lo largo de esta «Vía sagrada», como se la llamó justamente, llegaron a pasar hasta 36 divisiones francesas en su camino al yunque y al fuego de la fragua.

A fines de febrero, había sido contenida la primera embestida alemana. Por

entonces había a los dos lados de la fortaleza dos grandes ejércitos enzarzados entre sí, y desde Francia y desde Alemania afluían a la lucha corrientes siempre crecientes de refuerzos y municiones, mientras otros trenes, también en constante aumento, se llevaban rápidamente de allí a los heridos. La lucha se había convertido en una competición de fuerza y honor militar entre Alemania y Francia; la sangre se había subido a las cabezas y la reflexión había desertado de ellas. Era en vano que Falkenhayn hubiera escrito en las pasadas navidades que Alemania estaría siempre «en libertad de acelerar o contener su ofensiva, de intensificarla o interrumpirla de vez en cuando como conviniera a sus propósitos». Incluso estaba empeñada su propia reputación profesional y su cargo oficial. El vino había sido servido y había que apurar la copa hasta las heces, y así, los ejércitos alemán y francés continuaron desgarrándose con la furia más insensata, y la potencia de la artillería alemana infligió día tras día pérdidas cada vez mayores al creciente número de franceses.

Cuando los alemanes atacaron el 21 de febrero, habían empleado solamente, de acuerdo con el plan de Falkenhayn, los tres cuerpos de ejército de su centro, mientras otros tres permanecían inactivos en las dos alas. No puede dudarse que si desde el primer momento se hubiera lanzado la totalidad de las fuerzas, la posición de los franceses, crítica como fue ya en realidad, no habría podido sostenerse en aquel primer choque. Pero, el 6 de marzo, los tres cuerpos de las alas entraron también en la batalla y, durante los dos meses de marzo y abril, se libraron una serie de luchas sangrientas, principalmente por la posesión de la colina llamada Le Mort Homme, en la orilla izquierda del Mosa, y por la Côte du Poivre, en la derecha. Sin embargo, ya no consiguieron los alemanes ningún otro éxito comparable al inicial: las condiciones estaban casi igualadas; las infanterías alemana y francesa, encerradas en los enormes campos sembrados de embudos de proyectiles y combatiendo bajo iguales tempestades de acero, caían por millares. A fines de abril, en la zona fatal habían sido muertos o heridos cerca de un cuarto de millón entre franceses y alemanes, sin que por esto se hubiera movido en manera alguna la balanza de la Guerra Mundial.

A la guerra de las batallas y de la matanza se añadió la de la propaganda y los comunicados. En ella, Francia llevó amplia ventaja: no dejaba de anunciar diariamente que los alemanes sufrían en cada asalto pérdidas enormes y, como estaban evidentemente asaltando trincheras y fuertes, el mundo estaba inclinado naturalmente a creer que hacían sacrificios mucho mayores que los franceses. «Hasta marzo —dice Ludendorff— la impresión fue de que Verdún era una victoria alemana», pero después la opinión cambió y durante abril y mayo tanto los aliados como los neutrales estuvieron persuadidos de que Alemania había sufrido un profundo desengaño en su ataque a Verdún y malgastado en ello lo mejor de sus ejércitos.

Yo compartía también entonces la impresión general de que las bajas alemanas habían de ser mayores que las de los franceses, aun siendo estas, según todos los datos que se tenían, enormes. Se consideraban obligados a defender toda clase de posiciones, tanto buenas como malas o indiferentes, y a disputar cada palmo de terreno por medio de contraataques incesantes bajo un fuego de artillería despiadado, y era evidente que estaban llevando la defensa de un modo sumamente pródigo. «Los franceses —escribí por aquel tiempo— sufren más bajas de las que requiere la defensa por obstinarse valientemente en mantener determinadas posiciones. Resistir un bombardeo de artillería viene a ser lo mismo que recoger una pelota de críquet: la fuerza viva del choque se consume cediendo con las manos hacia atrás. Al ceder con un poco de flexibilidad, la violencia del choque queda muy amortiguada. No obstante y a pesar del ardor obstinado y del apasionamiento glorioso de los franceses, las bajas alemanas son aún mucho mayores que las suyas».

Con una sorpresa que, sin duda, otros compartirán, conocí luego la verdad de los hechos. Durante la fase defensiva de febrero a junio, el ejército francés sufrió en Verdún 179.000 muertos, desaparecidos o prisioneros y 263.000 heridos, sin contar los oficiales, lo que da un total de 442.000, y contando los oficiales, probablemente, de 460.000. En cambio, los alemanes, aun siendo los atacantes, emplearon menos la infantería y más la artillería, de tal modo, que sus bajas totales, oficiales incluidos, no pasaron de 72.000 muertos, desaparecidos o prisioneros y 206.000 heridos, lo que da un total de 278.000. Habría que deducir de los dos totales el octavo habitual por bajas en otros lugares del frente, pero con ello no se altera el hecho concreto de que los franceses sacrificaron en la defensa de Verdún más de tres hombres por cada dos alemanes atacantes y en este orden de ideas hay que vindicar la concepción táctica y psicológica que sirvió de fundamento al plan ideado por Falkenhayn.

Desde el principio de la lucha de Verdún, la posición personal del general Joffre se empezó a quebrantar ya para siempre. La negligencia en preparar las fortificaciones de campaña de Verdún, el desarme de los fuertes, la evidente falta de información del general en jefe y de su Cuartel General en un asunto de tal gravedad, el hecho de haber tenido que ser la Comisión parlamentaria la que tuvo que dar la voz de alarma, la obstinación y resentimiento que había suscitado esta alarma, todo ello eran hechos perfectamente conocidos en París por el Gobierno y por los círculos políticos de la oposición. Los papeles desempeñados, respectivamente, por Joffre y Castelnau en los primeros momentos de la crisis también se percibieron distintamente, y el conjunto de todo este episodio no contribuía a acreditar ni al general en jefe ni a la gigantesca organización que solía designarse con burla con la palabra «Chantilly». La consideración de todos estos hechos condujo al general Galliéni a una serie de conclusiones y resoluciones. En primer lugar, quiso

traer a Joffre a París, desde cuyo centro podría ejercer mejor el mando general que se le había confiado del conjunto de los ejércitos de Francia y Oriente. En segundo lugar, quiso colocar al frente de los ejércitos franceses del frente occidental al general Castelnau. En tercer lugar, se propuso reducir en cierta medida los poderes excesivos que había acaparado Chantilly y devolver al Ministerio de la Guerra las funciones administrativas de las que había sido desposeído en gran manera. Galliéni presentó propuestas en este sentido, aunque sin nombrar de momento a Castelnau, ante el Consejo de Ministros celebrado el 7 de marzo de 1916. Francia tenía así la oportunidad de proveer de mandos de primera calidad a sus ejércitos y a los de sus aliados, sin perder a la vez ninguna de las ventajas que proporcionaba el prestigio mundial de Joffre.

El Gobierno se alarmó mucho: temía que surgiera una crisis política y ministerial a la vez que en el mando supremo y todo ello en la crisis máxima de la batalla que se libraba en Verdún. Briand intervino con argumentos hábiles, pero Galliéni estaba decidido: sufría una enfermedad que exigía prontamente una operación delicada y se limitó a dejar ante sus colegas lo que consideraba su testamento y el último servicio que podía prestar a su país; al no aceptarse su consejo, dimitió inmediatamente. Esta dimisión fue mantenida en secreto varios días y luego se explicó por razones de salud, y se encargó temporalmente del Ministerio de la Guerra al ministro de Marina. Al fin, cuando se vio que su resolución era irrevocable, se le encontró un sucesor incoloro e inofensivo en el general Roques, amigo íntimo de Joffre, y que este había sugerido. De este modo recibió el general Joffre un poder renovado que le permitió añadir a los laureles tan caros de Verdún los todavía más costosos del Somme.

Galliéni iba a abandonar la escena para siempre. Quince días después de su dimisión, entró en una clínica particular para someterse a una operación que a su edad era muy peligrosa, pero que, de tener éxito, le habría permitido recobrar rápidamente la salud y la actividad. Murió de resultados de ella el 27 de mayo. Su memoria será siempre honrada, tanto por sus compatriotas como por sus aliados, que se beneficiaron de su genio, su sagacidad y sus virtudes, y que aún podrían haber aprovechado mucho más.

Después de los desastres de 1915, los gobiernos británico, francés y ruso habían realizado un serio esfuerzo para concertar su acción para 1916. En cuanto Briand fue jefe del Gobierno francés, empezó a emplear una frase que expresaba lastimosamente la más grande y evidente de las necesidades de los aliados: «Unidad de frente». Pero unidad de frente no significa unidad de mando, y esta última idea, aunque había ya alboreado en muchos espíritus, no estaba todavía en los límites de lo posible. La unidad de frente o el «frente único» significaba solo que el círculo completo de fuego y hierro con que los

aliados tenían agarrados a los imperios centrales había de tratarse y organizarse como el frente de un solo ejército o de una sola nación, que todo lo que se planeara para una parte del frente se relacionara con todo lo que se planeara para las otras, y que, en lugar de una sucesión de ofensivas desconectadas, se hiciera por los tres grandes aliados un esfuerzo combinado y simultáneo para dominar y abatir las barreras de la resistencia enemiga. En estos conceptos amplios y seguros estaban de completo acuerdo *míster Asquith*, *míster Lloyd George*, *lord Kitchener*, *monsieur Briand*, el zar y los generales *Joffre*, *Cadorna* y *Alexeieff*, junto con los cuatro gobiernos y los cuatro estados mayores.

En la línea de estos conceptos, se había decidido lanzar un gran ataque combinado sobre Alemania y Austria, a la vez por el Este y el Oeste, durante los meses de verano. Los rusos no podían estar preparados hasta junio, y los británicos hasta julio. Se convino, por lo tanto, que se mantendría en lo posible una estrategia de expectación durante los primeros seis meses del año, mientras los rusos reequipaban y aumentaban sus ejércitos, las nuevas unidades británicas perfeccionaban su instrucción y se acumulaban enormes cantidades de artillería y de municiones. Las cuatro grandes naciones aliadas se dedicaron, pues, de lleno a estos inmensos trabajos.

Se convino, además, que los rusos tratarían de sujetar en lo posible a los alemanes en la parte norte del frente oriental, mientras su ataque principal se lanzaría sobre Galitzia en la parte sur. Al mismo tiempo, o en estrecha relación con ello, se dispuso lanzar una gran ofensiva que superaría en escala a todo lo que se había concebido hasta entonces, con los ejércitos francés y británico, uno al lado del otro y por las dos orillas del Somme (*à cheval sur la Somme*). Se trataba de practicar una brecha de 70 kilómetros de ancho, los británicos al norte del río en un frente de 25 kilómetros desde Hébuterne hasta Maricourt, y los franceses a caballo del río, pero, principalmente, al sur del mismo en un frente de 45 kilómetros, desde Maricourt hasta Lassigny. El ataque británico lo realizarían dos ejércitos completamente nuevos, el tercero y el cuarto, mandados por *Allenby* y *Rawlinson*, y comprendería de 25 a 30 divisiones. El francés lo formarían tres ejércitos, el segundo, el sexto y el tercero, con un total de 39 divisiones, bajo las órdenes de *Foch*. El conjunto de estos 5 ejércitos sumaba más de 1.500.000 de hombres que, con el apoyo de 4.000 o 5.000 mil cañones, se iban a lanzar contra los alemanes en el momento en que se esperaba que ellos y sus aliados austríacos estuvieran empeñados de un modo crítico en su frente oriental. El plan original de esta batalla monstruosa se trazó en diciembre de 1915, en la primera conferencia de los estados mayores interaliados que se celebró en Chantilly, y su forma definitiva fue acordada en una segunda conferencia que tuvo lugar el 14 de febrero de 1916.

Aún no se había secado la tinta de estos convenios cuando empezó a tronar

el cañón de Verdún y los alemanes empezaron a avanzar triunfalmente sobre las defensas abandonadas de aquella fortaleza. Puede argumentarse, sin duda, que los franceses habrían procedido juiciosamente entreteniéndolos en Verdún a los alemanes a la vez que economizaban sus propias fuerzas, vendiendo el terreno al precio más caro posible y tratando de atraer a sus enemigos al fondo de una bolsa u a otra posición desfavorable. De esta manera podrían haber infligido a los alemanes pérdidas muy graves, sin arriesgar mucho por su parte, además de echar por tierra, como ahora sabemos, el plan de Falkenhayn de sangrar al ejército francés llevándolo al yunque por fracciones sucesivas. A fines de junio, los alemanes habrían consumido la mayor parte de su esfuerzo ofensivo ganando a lo sumo unos 20 kilómetros de fondo, sin ninguna importancia estratégica decisiva, mientras durante todo este tiempo los franceses podrían haber estado acumulando fuerzas gigantescas para un golpe abrumador sobre el Somme.

Pero otros consejos, que quizá habría que llamar más bien pasiones, fueron los que prevalecieron, y el ejército y la nación francesa enteros se arrojaron al infierno de Verdún, con cuyo resultado, no solo se desgastaron las reservas francesas y se consumió el potencial de su ejército, sino que disminuyó igualmente en gran medida el esfuerzo británico que se estaba preparando. Antes del ataque alemán, sir Douglas Haig había tomado a su cargo una parte del frente francés, dejando así libre, como se ha visto, al segundo ejército, que pudo de este modo restablecer la situación en Verdún. En cuanto empezó esta batalla, Joffre solicitó de Haig que tomara otro sector más, lo que se hizo en los primeros días de marzo, liberando de este modo al décimo ejército francés. Con ello, el número de divisiones británicas que descansaban y se instruían para la gran batalla disminuyó considerablemente desde el primer momento y, a medida que la batalla de Verdún se prolongaba e intensificaba en marzo, abril y mayo, las cantidades que se fueron sustrayendo de la fuerza francesa disponible fueron cada vez mayores. A fines de junio, las 39 divisiones francesas con que se contaba en el plan original habían quedado reducidas a 18, lo que obligó a disminuir el frente de ataque y con ello la potencia del choque. Las unidades disponibles se redujeron al menos en un tercio, y el frente a atacar se redujo de 70 a 45 kilómetros. Asimismo, mientras en el plan inicial el esfuerzo más importante habrían tenido que hacerlo los franceses, cooperando los británicos con un esfuerzo secundario, los papeles habían quedado entonces invertidos por la fuerza de las circunstancias: el esfuerzo principal lo realizarían los británicos, y los franceses se limitarían a cooperar en la medida de sus efectivos.

Mientras las miradas del mundo entero se hallaban clavadas en el angustioso frenesí de Verdún y mientras se estaba terminando la pesada preparación de la contraofensiva aliada en el Somme, estaban a punto de estallar también en el Este sucesos de gran gravedad. Para los que sabían que

Rusia estaba rehaciendo sus fuerzas cada día y cada hora que pasaban, para los que conocían cómo se estaba alistando su inagotable población masculina y como afluían hacia allá corrientes cada vez más amplias de municiones de guerra, el ataque alemán contra Verdún había producido una sensación de alivio enorme. Rusia había sufrido mucho el otoño anterior, antes de que las tropas avanzadas del invierno llegaran sobre su frente desgarrado y agotado. Pero las heridas no habían sido mortales; sus ejércitos habían podido escapar al cerco, el frente se había mantenido, y tras él la «totalidad» de Rusia estaba trabajando para reequipar y reconstituir sus fuerzas.

Hay pocos episodios de la Gran Guerra más impresionantes que esta resurrección y gigantesca renovación del esfuerzo ruso en 1916. Fue el último acto glorioso del zar y del pueblo ruso, encaminado a la victoria, antes de hundirse uno y otro en el abismo de la ruina y del horror. Para el verano de 1916, Rusia, que dieciocho meses antes había quedado casi desarmada y que durante el año 1915 había soportado una serie ininterrumpida de espantosas derrotas, consiguió por su propio esfuerzo y con la ayuda de sus aliados, poner en línea, organizados, armados y equipados, sesenta cuerpos de ejército en lugar de los treinta y cinco con que había empezado la guerra. El ferrocarril transiberiano tenía en estos momentos vía doble en una distancia de más de 6.000 kilómetros, hasta el lago Baikal, al este. Un nuevo ferrocarril de 1.400 kilómetros de longitud, construido en pleno invierno a costa de innumerables vidas, unía a Petrogrado con la costa de Murmansk, libre de hielos todo el año. Y por ambas vías entraban en Rusia en cantidades imponentes las municiones procedentes de las nuevas fábricas de Gran Bretaña, Francia y Japón o compradas a Estados Unidos con dinero británico. Además, la producción nacional de material de guerra de todas clases se había también multiplicado considerablemente.

No obstante, la verdad era que los nuevos ejércitos rusos, aunque más numerosos y con más municiones de las que habían tenido nunca, sufrían de una deficiencia fatal que ninguna asistencia aliada podía reparar: la falta de hombres cultos, o que al menos supieran leer y escribir, y la de oficiales y sargentos expertos, y este defecto disminuía terriblemente la eficiencia de sus masas enormes. La fuerza numérica, la resistencia física, la artillería y las municiones, la habilidad de algunos generales y la bravura de los soldados patriotas perdían al menos los dos tercios de su valor por la falta, no de ciencia militar en las altas jerarquías, sino de escuela primaria de cien mil individuos capaces de pensar por su cuenta y de actuar con eficiencia razonable en las mil funciones subordinadas sobre las que descansa toda organización de importancia y, más que ninguna, la organización de una guerra moderna. Los poderosos miembros del gigante estaban armados, las ideas de su cerebro eran claras, y su corazón animoso, pero el sistema nervioso que hubiera debido transformar las ideas y convertirlas en actos estaba mal desarrollado o faltaba

en absoluto. Este defecto, irremediable en aquel momento y que a la larga iba a resultar fatal, no quita en modo alguno su mérito a la maravilla de la recuperación rusa, que quedará siempre como monumento supremo del imperio fundado por Pedro el Grande.

Al comenzar el verano, el frente ruso, que se extendía a lo largo de 1.200 kilómetros desde el Báltico a la frontera rumana, comprendía tres grupos de ejércitos que sumaban en conjunto 134 divisiones: el del Norte, a las órdenes del veterano Kuropatkin; el del Centro, entre Pinsk y el Pripet, bajo el general Evert, y el del Sur, más abajo del Pripet, a las órdenes de Brusiloff. Contra ellos se alineaban los grupos de ejércitos alemanes de Hindenburg y Ludendorff al Norte, del príncipe Leopoldo de Baviera y del general Linsingen en el Centro y en el Centro-Sur, y el austríaco del archiduque Federico, compuesto de tres ejércitos de esta nacionalidad, en el Sur. Las necesidades de Verdún y las tentaciones del Trentino habían dejado al frente oriental desprovisto a la vez de reservas y de refuerzos alemanes, así como falto, prácticamente, de artillería pesada. En el conjunto del sector al sur del Pripet, que comprendía toda la Galitzia y la Bucovina, no quedaba una sola división alemana para sostener a los ejércitos del archiduque Federico contra las fuerzas de Brusiloff.

El plan primitivo había fijado el 1 de julio como fecha del ataque general aliado, a la vez en el Oeste y en el Este, pero los gritos de socorro de Italia desde el Trentino y la presión evidente que sufrían los franceses en Verdún dieron lugar a que se pidiera al zar que interviniera más pronto si ello era posible. En consecuencia, el 4 de junio, Brusiloff, después de treinta horas de bombardeo, puso en marcha a sus ejércitos que sumaban más de un millón de hombres y efectuó un ataque general sobre un frente de 350 kilómetros entre el Pripet y la frontera rumana, los resultados dejaron tan asombrados a los vencedores como a los vencidos, a los aliados como a los enemigos. Puede ser que el mismo adelanto del ataque respecto a la fecha prevista proporcionara un efecto sorpresa que no habría existido un mes más tarde. Lo cierto es que los austríacos no estaban preparados en absoluto para la potencia, vigor y extensión gigantescos del asalto. Además, las largas líneas discontinuas del Este no correspondían en modo alguno a las condiciones del frente occidental. Faltaban allí por completo las grandes concentraciones artilleras, los sistemas complicados de trincheras, las barreras continuas de fuego de ametralladora y la red de carreteras y vías férreas que alimentaba al frente y permitía en pocas horas llevar al punto amenazado millares de hombres de refuerzo. Por último, los ejércitos austríacos incluían gran número de tropas checas que combatían contra su voluntad por una causa que no sentían y por un imperio que deseaban ver derribado.

El más sorprendido fue Falkenhayn, que escribe sobre ello:

Después del fracaso de la ofensiva rusa en Lituania y Curlandia, el frente oriental había permanecido absolutamente inactivo. [...] No había razón alguna para dudar de que el frente estuviera en condiciones de resistir cualquier ataque de las fuerzas que tenía enfrente en aquel momento. [...] El general Conrad von Hötzendorf [...] había declarado que no podía ser emprendido un ataque ruso en Galitzia con probabilidades de éxito sin que se supiera con cuatro a seis semanas de anticipación que se estaba preparando, período mínimo que requería la concentración indispensable de las fuerzas rusas [...]. No obstante, sin que se tuviera noticia alguna de ningún movimiento de esta clase, y, menos aún, sin que se nos hubiera comunicado, el 5 de junio nos llegó al Gran Cuartel General alemán una llamada urgente de socorro de nuestros aliados.

Los rusos, bajo el mando del general Brusiloff, habían atacado el día anterior en casi todo el frente, desde el recodo del Styr junto a Kolki, debajo de Lutsk, hasta la frontera rumana. Después de una preparación de artillería relativamente corta habían salido de sus trincheras y marchado sencillamente de frente. Solo en algunos sitios se habían tomado el trabajo de concentrar reservas formando grupos de ataque. No parecía tratarse realmente de un ataque en el verdadero sentido de la palabra, sino más bien de un reconocimiento en gran escala.

Pero un reconocimiento de Brusiloff como este solo era posible, naturalmente, si dicho general tenía razones poderosas para estimar muy baja la capacidad de resistencia de su enemigo. Y sobre este punto hay que reconocer que había calculado bien. Su ataque tuvo un éxito completo tanto en Volinia como en Bucovina. Al este de Lutsk, el frente austrohúngaro quedó roto, y en menos de dos días se había formado en él una brecha de más de 50 kilómetros de ancho. La parte del cuarto ejército austríaco, que estaba aquí en línea, quedó completamente deshecha y reducida a restos dispersos.

No fueron mejor las cosas en el séptimo ejército austríaco de Bukovina, que se replegó en desorden a lo largo de todo su frente, sin que se pudiera calcular por el momento, cuándo ni dónde podría ser parado.

Nos encontrábamos, pues, frente a una situación completamente cambiada. Un desastre en gran escala como este no podía, naturalmente, haber entrado en los cálculos del jefe del Estado Mayor General [que es el autor]. Lo había considerado siempre imposible.

A lo largo de todo el frente, los ejércitos rusos marcharon a través de las líneas austríacas o por grandes brechas abiertas en ellas. Al norte, el ejército de Kaledin, avanzó en tres días sobre un frente de 70 kilómetros no menos de 50, tomando Lutsk. Al sur, el ejército de Letchitsky, forzando sucesivamente los cursos del Dniester y del Pruth, sitió Cernovitch, después de un avance de

60 kilómetros. El frente alemán de Bothmer, aunque atacado, se mantuvo intacto o se replegó en buen orden por efecto de las retiradas austríacas a uno y otro flanco. Pero al cabo de una semana de comenzar la ofensiva, los austríacos habían perdido 100.000 prisioneros y, antes de terminar el mes, sus bajas en muertos, heridos, desperdigados y prisioneros ascendían a cerca de 750.000. Se habían reconquistado Cernovitch y prácticamente toda la Bucovina, y las tropas rusas volvían a encontrarse al pie de los Cárpatos. La magnitud de la victoria y las pérdidas de los vencidos en hombres, material y extensión de territorio eran las mayores que habían tenido lugar hasta entonces en el frente oriental.

La ofensiva austríaca del Trentino quedó paralizada instantáneamente, y ocho divisiones fueron enviadas apresuradamente al dislocado frente del Este. En el Oeste, aunque la batalla de Verdún estaba en plena crisis y Falkenhayn profundamente empeñado en lograr allí al menos un triunfo moral, y aunque, por otra parte, estuviera ya viendo reunirse en el Somme nubes cada vez más densas y sombrías, no tuvo más remedio que retirar también otras ocho divisiones alemanas de Francia, para reparar los diques que tan imprudentemente había descuidado en el Este, o por lo menos para limitar el torrente que irrumpía entonces furiosamente en tantas direcciones. Los ejércitos de Hindenburg y Ludendorff, que habían rechazado con éxito los ataques secundarios lanzados por los rusos contra su frente, también tuvieron que contribuir a aliviar al Sur con grandes refuerzos, y los alemanes hicieron un esfuerzo inmenso para cerrar las brechas y restablecer la situación en el frente meridional. A fines de junio, era evidente el fracaso de la campaña austroalemana de 1916, iniciada con tan brillantes perspectivas: la ofensiva del Trentino había quedado desjarretada, Verdún era, citando las palabras de Ludendorff, una «úlceras abierta constantemente», y se había sufrido un desastre de primera magnitud en aquella parte del frente oriental que ofrecía precisamente perspectivas más prometedoras a la iniciativa germana. Y esto no era todo: estaba a punto de comenzar en el Oeste la lucha más importante del año, y Rumanía, convulsionada de excitación al ver llegar ante sus puertas a los ejércitos rusos victoriosos, se erguía sombría con la amenaza de la guerra inminente.

XLI

Jutlandia: los preliminares

Hay una profunda diferencia entre una batalla en que ambas partes quieren utilizar totalmente su fuerza y su destreza, y una batalla en que una de las

partes no tiene intención de emplearse a fondo y trata solo de retirarse honorablemente y sin desventaja material de un combate desigual y no buscado. Los problemas que se plantean a los mandos y las condiciones mismas del encuentro son totalmente distintas en una acción accesorio, por grande que sea su escala, y una acción decisiva y suprema. En un encuentro entre dos fuerzas de desigualdad evidente, el objeto de la más débil es escapar y el de la más fuerte cazar y destruir a la otra. Muchas de las maniobras y movimientos tácticos convenientes en una batalla en que ambas partes arrojan toda su potencia y continúan sus golpes mortales hasta alcanzar el paroxismo y declararse la victoria por una de ellas resultan inadecuados en una situación en que la misión del más débil es escapar y la del más fuerte mantener el contacto.

Esto ocurre, especialmente, en los preliminares de la lucha: la forma de aproximación, el despliegue de la flota, la apertura del fuego, los sistemas de parar y rechazar los ataques de torpederos, todo ello ha de modificarse, naturalmente, con arreglo a lo que se cree que son las intenciones del enemigo. Si se considera que tratará de luchar hasta el final, no hay razón para apresurarse, sino más bien para economizar las pérdidas en la fase inicial y procurar que cada buque y cada cañón rindan al máximo en la crisis suprema. En cambio, si parece cierto que el enemigo ha de tratar de romper el combate en cuanto se vea en presencia de fuerzas superiores, la flota más fuerte tendrá que exponerse a riesgos mayores, si es que quiere por su parte obligar al enemigo a una batalla. En este caso, no solo tendrán que lanzarse a toda marcha las fuerzas ligeras y los buques de línea rápidos, sino que la misma flota de batalla tendrá que ser forzada a una velocidad que dejará retrasadas a las divisiones y a los navíos más lentos, con lo que las divisiones perseguidoras no entrarán en acción simultánea, sino sucesivamente.

Aparte de esto, las invenciones modernas proporcionan nuevas ventajas a una flota en retirada: puede llevar al enemigo a través de campos de minas cuyos canales solo ella conoce, o atraerle a una emboscada de submarinos hábilmente preparada; puede arrojar minas tras de sí y disparar torpedos en la ruta de la flota perseguidora, mientras permanece por su parte fuera del alcance de estos ingenios. No hay duda, por lo tanto, de que, a causa de estas y otras razones técnicas, la tarea de obligar a combatir a una escuadra enemiga contra su voluntad envuelve un riesgo para la flota más fuerte, mayor del que resultaría de un encuentro libremente aceptado o buscado por ambas partes. Al estudiar la batalla de Jutlandia, la primera cuestión sobre la que hay que tratar de formarse un criterio es, pues, la de saber qué grado suplementario de riesgo, además del riesgo normal de una batalla ordinaria, tenía derecho a correr la flota británica al ceder a la esperanza de obligar a los alemanes a una acción decisiva para destruirlos. Esta cuestión no puede ser resuelta sin hacer referencia a la situación estratégica general sobre los mares.

Si la flota alemana hubiera sido derrotada decisivamente el 31 de mayo de 1916 en la batalla de Jutlandia, los aliados habrían obtenido, evidentemente, grandes ventajas. El efecto psicológico sobre el pueblo alemán no puede ser calculado, pero es lógico admitir que habría sido muy intenso. La eliminación de la flota de batalla alemana habría aliviado mucho a Gran Bretaña, permitiendo que mucho personal y material destinado a la Gran Flota se empleara en apoyo del ejército y habría sido posible poner en práctica inmediatamente los proyectos de entrada en el Báltico. Además, está la cuestión de si la presencia en este mar de las escuadras británicas durante el invierno de 1916 y la primavera de 1917 hubiera podido evitar la revolución rusa; es un asunto discutible, pero que no puede dejar de tenerse en cuenta. En cuanto a las reacciones de esta supuesta derrota sobre el ataque submarino de 1917, que los alemanes estaban preparando activamente, puede decirse que son de naturalezas diversas. Por un lado, la desaparición de la mayor parte de los navíos de línea podría haber producido una mayor concentración de los hombres expertos y de todos los recursos en el desarrollo de la campaña submarina, pero, por el otro, el hecho de haber quedado libres las flotillas de la Gran Flota, con la mayor sensación de dominio del mar que se habría desarrollado al mismo tiempo, habría probablemente inducido al Almirantazgo a adoptar una acción más agresiva contra las rías alemanas y contribuido con ello a que fracasara antes el ataque submarino. Sin embargo, estas ventajas innegables de una victoria británica han de ser comparadas con las consecuencias que habría tenido una derrota para Gran Bretaña y para sus aliados. El comercio y la importación de suministros para las islas Británicas habrían quedado paralizados; nuestros ejércitos del continente, cortados de su base por fuerzas navales superiores; todos los transportes de los aliados, en peligro o interrumpidos; la intervención de Estados Unidos no habría tenido lugar probablemente; habrían sobrevenido sobre el pueblo británico los peligros del hambre y la invasión, y la causa de los aliados habría acabado por sufrir una ruina definitiva.

Esta gran disparidad entre los resultados en juego en una batalla entre las flotas británica y alemana no puede ser eliminada de nuestras consideraciones. En una batalla entre británicos y alemanes, llevada por nosotros hasta el límite, nuestra superioridad habría sido siempre suficiente para que la victoria fuera razonablemente probable y, en la primavera de 1916, el margen a favor la hacía casi segura. No podía apreciarse como tan seguro, por lo menos en los primeros tiempos del conflicto, el resultado de un combate de persecución, desperdigado contra un enemigo en retirada, que podía conseguir atraer a una parte de nuestra flota a una trampa de minas o de submarinos. Pues si en ella perdíamos ocho o nueve de nuestros buques más potentes, el resto podía muy bien ser batido por la artillería de la flota alemana de alta mar antes de que el grueso de la línea británica de batalla hubiera alcanzado el lugar de la acción.

Sabemos que este fue siempre el sueño de los alemanes y no habría tenido excusa un mando británico que aceptara correr tales riesgos en un momento en que la situación en el mar nos era absolutamente favorable, ni la habría tenido un Almirantazgo que hubiera ejercido presión sobre el almirante para tratar, contra su mejor juicio, de lograr algún resultado espectacular corriendo riesgos excesivos cuando las puestas que se jugaban eran tan desiguales. Para poder desarrollar el tráfico marítimo con todas las partes del mundo sin impedimento apreciable, para mover ejércitos, alimentar naciones y nutrir el comercio en plena guerra, era necesario el dominio del mar, y, siendo estas las premisas, tal soberanía ya era nuestra. Teníamos ventaja, y el tiempo, como parecía entonces y como resultó en realidad, estaba también de nuestra parte. No estábamos, pues, obligados a librar una batalla naval más que en el caso de que las condiciones fueran tales que la victoria fuese moralmente segura, y la derrota, en lo que puede humanamente preverse, imposible. Un almirante británico no puede ser censurado por haber hecho de estas razones graves y sólidas la base de su pensamiento y el fundamento del que salieron todas sus decisiones.

En la acerba controversia naval sobre Jutlandia, los espíritus más sutiles de la marina han pasado por el tamiz los hechos más insignificantes. Se ha medido cada minuto, se ha investigado la velocidad, la ruta y la posición de cada buque grande o pequeño en cada fase de la operación, y la documentación en poder de cada almirante para cada una de estas fases ha sido examinada, contrastada y analizada. La escuela dominante en el pensamiento y política navales ha criticado severamente a sir John Jellicoe y, rechazando toda clase de razones o motivos personales, ha afirmado que la tradición y el futuro de la marina británica exigen que siempre y cuando volvamos a entrar en guerra, nuestros mandos navales vayan animados de una doctrina diferente, de métodos distintos y, sobre todo, de un espíritu de otra clase. Han declarado que esta afirmación ante la opinión pública ha de hacerse por encima del afecto personal, del mantenimiento decoroso de las apariencias, de la conservación de una armonía aparente e incluso del respeto que merece, con razón, un comandante en jefe que, durante la mayor parte de la guerra, llevó una responsabilidad inmensa.

Sir John Jellicoe era, sin disputa, superior en experiencia y en capacidad de mando a todos los demás almirantes británicos. Conocía todos los aspectos y matices de su profesión y, tanto a bordo como en el Almirantazgo, su inteligencia, energía y eficiencia le ganaron una igual confianza entre sus superiores y los que servían a sus órdenes. Era, además, un excelente marino capaz de manejar la inmensa flota que se le había confiado, en las circunstancias atmosféricas o de navegación más difíciles. Había prestado servicio activo en más de una campaña con valor y distinción y, con anterioridad a la guerra, estaba ya indicado para el mando supremo por encima

de todos los demás. Cuando, al estallar el conflicto, asumió este cargo, su nombramiento fue celebrado por la nación y por la marina. Cerca de dos años de esfuerzos continuados durante la guerra solo habían servido para aumentar más la confianza y el afecto con que había sido siempre considerado por sus oficiales y marineros. Al juzgar el modo en que desempeñó su tarea, hemos de considerar, en primer lugar, su información y su punto de vista; en segundo lugar, las condiciones especiales de la guerra, y en tercer lugar, el espíritu que debía animar a la Marina Real.

La posición del comandante en jefe de la Gran Flota británica era única en el mundo. Sus responsabilidades eran de una magnitud incomparable con las de todos los demás. A él y a ninguna otra persona, sea soberano, hombre de Estado, almirante o general, podía ocurrirle tener que dar órdenes que en el transcurso de solo dos o tres horas podían decidir quién iba a ganar la guerra. La destrucción de la flota de batalla británica habría sido decisiva. Jellicoe era, pues, el único hombre entre los dos bandos que podía perder la guerra en una sola tarde. De aquí que, por encima de todo, como pensamiento fijo y dominante, existiera en la mente del comandante en jefe el propósito firme de no arriesgar la flota de batalla. Pesaban sobre él fuertemente los peligros de posibles daños a sufrir por torpedos y minas submarinas, con la consiguiente desaparición de la superioridad británica en navíos de línea, que a su vez comportaba consecuencias desfavorables para la proporción de artillería entre los dos bandos. Antes de la guerra esta había sido, en efecto, la preocupación dominante del Almirantazgo y, en cuanto se abrieron las hostilidades, el espectáculo de grandes navíos que desaparecían en pocos minutos a causa de una explosión submarina no hizo más que intensificar esta sensación. Entre las autoridades navales de primer orden, sir Reginald Custance había sido el único en sostener la opinión contraria y no había cesado de esforzarse en corregir lo que creía era exagerado temor a un ataque por torpedos Whitehead; le he oído repetidas veces argumentar que el torpedo jugaría solo un papel insignificante en una gran batalla naval y que el éxito lo decidiría la combinación del fuego artillero y de la maniobra. Los resultados de Jutlandia parecen justificar esta opinión entonces poco apreciada: durante doce horas, las flotas principales de Gran Bretaña y Alemania estuvieron en estrecho contacto entre sí durante el día y la noche entre flotillas torpederas de la mejor potencia y calidad, en número extraordinario, y con más de cien navíos de gran tamaño expuestos a tal amenaza. Solo tres fueron seriamente averiados por torpedos. Sin embargo, este resultado puede explicarlo en parte el papel pasivo que se encomendó durante la noche a los destructores británicos, muy distinto, ciertamente, de las previsiones anteriores a la guerra, hechas por las principales autoridades navales de Inglaterra.

La seguridad y potencia superior de la Gran Flota fueron, pues, la obsesión, dominante de Jellicoe. La potencia había de ser aumentada

constantemente, cada servicio auxiliar de la flota de batalla había de desarrollarse continuamente, a la máxima escala y hasta la máxima eficiencia, y todos los buques que estuvieran en los puertos del norte habían de ser puestos a su disposición. A este objeto, el comandante en jefe, en sus comunicaciones oficiales al Almirantazgo y por todos los demás conductos a su alcance, insistía continuamente en la debilidad y deficiencias de las fuerzas a sus órdenes, a la vez que ensalzaba la potencia de la flota enemiga, hábito que había adquirido en largos años de lucha para obtener créditos de los gobiernos de tiempos de paz, y que en estos momentos ya formaba parte de su naturaleza.

Según sus suposiciones, el enemigo debía de contar con más unidades de las que señalaba el Servicio de Información del Almirantazgo; sus mejores buques habrían sido armados de nuevo con cañones más potentes, su velocidad resultaría mayor de la conocida y, seguramente, tendrían preparada alguna sorpresa técnica asombrosa. «Los alemanes —había escrito a lord Fisher, el 4 de diciembre de 1914— deben de tener 8 flotillas con 88 destructores, todos dispuestos a actuar en el momento elegido; como cada uno monta 5 tubos lanzatorpedos, esto da un total de 440 para atacarnos, a menos que hayamos podido batirnos primero». Argumentaba luego que, por su parte, podía quedar reducido a 32, o incluso a 28 destructores, y añadía: «Usted sabe las dificultades e inconvenientes que existen para virar en redondo frente al enemigo en plena acción naval; pero, ante tal amenaza, estaré obligado a hacerlo a menos que mis propios destructores puedan detener o neutralizar el ataque». Hacia la fecha a que llega en estos momentos este relato, estaba convencido de que el alcance de 10.000 metros asignado correctamente por la sección de Información del Almirantazgo para los torpedos alemanes era demasiado bajo, y que había que adoptar 15.000 como margen de seguridad. Hasta el final del período de su mando, cuando prestaba servicio con nosotros una gran parte de la marina americana y la potencia de las flotas aliadas era al menos cuatro veces la de sus adversarios, se lo veía seriamente preocupado sobre la fuerza relativa en cruceros de batalla. Es evidente que existen límites más allá de los cuales este modo de pensar deja de contribuir a la obtención de la victoria en una guerra, pero ello no afecta al razonamiento principal.

Todos los pensamientos de Jellicoe se concentraban con razón en la batalla naval que sabía que tendría que librar algún día. El 4 de octubre de 1914, dirigió una carta al Almirantazgo que revela sus convicciones más íntimas y sus intenciones más firmes. Es necesario, pues, citarla al detalle:

Los alemanes han probado que confían en gran medida en los submarinos, minas y torpedos, y no puede haber duda alguna de que en una acción naval tratarán de hacer el máximo uso de estas armas, sobre todo desde el momento en que poseen sobre nosotros una superioridad efectiva en este aspecto

particular. Es necesario reflexionar sobre el método táctico a emplear por nosotros ante estas formas de ataque.

Los submarinos alemanes, si actúan, como se espera, con la flota de batalla, pueden ser empleados de dos maneras:

- a) Con los cruceros o posiblemente con los destructores.
- b) Con la flota de batalla misma.

En el primer caso, los submarinos serán llevados probablemente por los cruceros a una posición favorable para atacar a nuestra flota de batalla cuando ésta avance para desplegar. En el segundo caso pueden ser conservados a retaguardia o a un flanco de la flota enemiga, la cual se movería en la dirección conveniente para atraer a la nuestra a la zona de sus submarinos.

La primera maniobra (a) puede ser contrabatida por nuestros cruceros, siempre que tengamos un número suficiente de ellos, ya que pueden obligar a los cruceros enemigos a librar combate a una velocidad impropia de la táctica de submarinos.

La segunda maniobra (b) puede ser evitada manejando juiciosamente nuestra flota de batalla, pero provocará que no siga probablemente en la dirección implicada por la táctica del enemigo. Así, por ejemplo, si la flota de batalla enemiga da media vuelta ante la nuestra que avanza, deducid que su objeto es atraernos hacia submarinos o minas suyas y evitad seguirla.

Deseo llamar particularmente la atención de sus señorías sobre este punto, puesto que podrá ser calificado como una negativa a aceptar la batalla y, realmente, puede dar como resultado que no se logre obligar al enemigo a batirse tan pronto como se espera y se desea.

Tal resultado repugnará a todos los oficiales y marineros de la flota británica; pero, ante métodos de guerra nuevos y aún no experimentados, se imponen también nuevos procedimientos tácticos.

Sé que esta táctica, si no es comprendida, puede atraer sobre mí el odio general; pero, mientras posea la confianza de sus señorías, estoy resuelto a seguirla, por ser en mi opinión la indicada para derrotar y aniquilar a la flota de batalla enemiga sin tener en cuenta las críticas indocumentadas.

La situación es difícil, y, si se da un mal paso, está completamente dentro de los límites de lo posible que la mitad de nuestra flota de batalla pueda quedar deshecha por un ataque submarino antes de abrir siquiera el fuego. Siento que he de tener siempre presente la gran probabilidad de un ataque de este género y estar preparado tácticamente para hacerle frente.

La seguridad contra los submarinos consistirá en mover la flota de batalla a gran velocidad hacia uno de los flancos antes de realizar el despliegue o de

que empiece la acción de artillería. Ello nos separará del lugar en que el enemigo desea combatir, pero puede dar también como resultado, naturalmente, que el enemigo no quiera seguirnos. [...]

El objeto de esta carta es exponer mis puntos de vista ante sus señorías y llamar su atención sobre las alteraciones que estamos obligados a introducir en las ideas preestablecidas en táctica naval ante la probable aparición de submarinos y fondeadores de minas en la batalla. [...]

Lord Fisher, sir Arthur Wilson, y el jefe del Estado Mayor naval, que era entonces el almirante Sturdee, estudiaron detenidamente esta comunicación, que era, por lo demás, una de las muchas de una serie de informes, despachos y cartas particulares que dirigió el comandante en jefe. No expresaron duda alguna sobre la respuesta a dirigir, y me informaron de que la comunicación de sir John Jellicoe merecía el asentimiento completo del Consejo del Almirantazgo. Aprobé, igualmente, el informe y, evidentemente, hubiera sido imposible una respuesta en sentido contrario. Decirle al comandante en jefe de la flota británica, en la situación estratégica planteada entonces, que aunque sospechara que la flota alemana se retiraba ante él para llevarlo a una emboscada de minas y submarinos, siguiera, no obstante, derecho tras ella y que, si no conseguía obligarla a la batalla, maniobrando en contra de su mejor opinión y cualquiera que fuera el riesgo, se lo llenaría de reproches, hubiera sido una locura. Un jefe situado en su elevado cargo tenía derecho indiscutible a que se le dejara la más amplia libertad de maniobra y se le diera la mayor seguridad de confianza personal. Además, en octubre de 1914, nuestra superioridad era mínima y consistía solamente en seis o siete dreadnoughts como mucho. No habíamos tenido aún ningún encuentro con los grandes navíos enemigos y nadie podía saber con certeza qué grado de perfección había alcanzado su técnica en artillería y torpedos, ni si sus proyectiles o su táctica tenían algún factor totalmente inesperado. No había, pues, razón, en esta primera fase de la lucha naval, para que se buscara una batalla, de no ser en las condiciones más favorables.

Por mi parte, asumo la completa responsabilidad de haber aprobado en aquella fecha la respuesta que me propusieron el primer lord naval, sir Arthur Wilson y el jefe del Estado Mayor. De no haber estado de acuerdo con ella, no la habría dejado pasar sin la respuesta adecuada. Pero, no por esto compartía los temores del comandante en jefe sobre la potencia y calidad relativas de las flotas británica y alemana: he creído siempre que la línea de batalla británica podía luchar con la alemana buque contra buque y que no debía rehusar nunca un encuentro en estas condiciones. Siempre consideré que todo suplemento por nuestra parte a la igualdad teórica era una previsión ventajosa no necesaria para lograr la victoria, pero justificada por ser mucho más lo que arriesgaba Gran Bretaña que Alemania en una batalla naval. Esta opinión pareció quedar

justificada tres meses más tarde cuando, el 24 de enero de 1915, encontró el almirante Beatty con cinco cruceros de batalla al almirante Hipper con cuatro. Dos días después, el 26, escribí lo que sigue al almirante Jellicoe:

La acción del domingo prueba todo lo que yo pensaba sobre la fuerza relativa entre británicos y alemanes. Es evidente que, en la proporción de 5 a 4, ellos no piensan más que en huir, y que una batalla librada con este margen no puede tener más que un resultado. La potencia enorme de los cañones de 34,3 cm se impone en el espíritu del adversario lo mismo que en el curso de la acción. No experimento, pues, la menor ansiedad ante la idea de que entable usted combate en igualdad de condiciones. Pienso, además, que, si por nuestra parte, nos organizamos bien es más probable que tengamos un margen de 6 a 4 que no de 5 a 4, incluso en las peores condiciones.

Y al primer ministro, el día 24, a las cuatro menos cuarto de la tarde:

Esta acción nos da un buen elemento de juicio para considerar los probables resultados de una batalla general. Puede decirse, en términos generales, que combatiríamos probablemente a razón de 6 contra 4 en el peor de los casos, en tanto que hoy ha sido de 5 contra 4.

En el gran episodio que va ahora a describirse, la superioridad británica no fue de 5 ni de 6 contra 4, sino al menos de 2 a 1. Sir John Jellicoe tiene perfecto derecho a señalar su carta del 14 de octubre como prueba de que su conducta durante la acción estuvo de acuerdo con lo que había propuesto desde hacía largo tiempo tras fría reflexión y con el método táctico general que había expuesto ante el Consejo del Almirantazgo. Pero no acepto para el Consejo del Almirantazgo de 1914 ninguna responsabilidad sobre la conducta del comandante en jefe en una operación que tuvo lugar dieciocho meses más tarde, cuando las fuerzas relativas eran muy distintas de las que existían en octubre de 1914, y, como se verá en el curso de esta exposición, en circunstancias tácticas esencialmente diferentes de las que él mismo consideraba en su carta. Pensar que una batalla decisiva no es una necesidad en cada situación particular y que no ha de ser buscada a toda costa no ha de engendrar, forzosamente, una mentalidad ni un plan táctico sistemáticamente defensivos.

Después de estas observaciones preliminares, se relatará el episodio en la forma más sencilla, intercalando pausas para examinar las decisiones tomadas en sus momentos culminantes.

Anteriormente he apuntado los sucesos que aseguraron al Almirantazgo la ventaja incomparable de leer los planes y órdenes del enemigo antes de su ejecución. Sin la Sección Criptográfica del Almirantazgo, no habría tenido lugar la batalla de Jutlandia y, de no haber sido por este organismo, todo el curso de la guerra naval habría sido diferente. La flota británica no podía

permanecer continuamente en alta mar sin gastar rápidamente su personal y sus máquinas, pero, si no permanecía continuamente en alta mar, los alemanes habrían podido bombardear las ciudades de nuestra costa oriental dos o tres veces cada mes. Unas simples mediciones sobre el mapa muestran que los cruceros de batalla y otros navíos rápidos enemigos tenían tiempo de sobras de alcanzar nuestras playas, hacer el daño y volver sanos y salvos a sus bases, o por lo menos, sin sufrir el ataque de fuerzas superiores a las suyas. Este estado de cosas no habría modificado necesariamente el curso definitivo de la guerra. La nación se habría visto obligada a aceptar que la destrucción de sus ciudades de la costa este formaba parte de la prueba, como lo era la de tantas provincias francesas. Después de haber satisfecho su resentimiento derribando uno o varios gobiernos y consejos del Almirantazgo, el pueblo, resuelto, habría hecho frente a los hechos e incluso habría sacado de ellos una capacidad mayor de resistencia.

Pero las cosas ocurrieron de tal manera que se les pudo ahorrar este sacrificio: los códigos secretos de la marina alemana cayeron en manos de los rusos en el Báltico cuando hundieron al crucero ligero Magdeburg, en octubre de 1914, y fueron remitidos a Londres. Estos códigos y las cartas hidrográficas combinadas con estos fueron sometidos en Whitehall a un estudio en que el ingenio anónimo y la imaginación alcanzaron su más alto grado. Con la ayuda del material y las deducciones obtenidas de su empleo, el Almirantazgo obtuvo la facultad de leer cierto número de los mensajes radiotelegráficos alemanes. Aunque se guardó el secreto escrupulosamente, las coincidencias de los sucesos suscitaban sospechas entre los alemanes: ellos sabían que las escuadras británicas no podían estar en el mar constantemente y, a pesar de ello, casi siempre que se lanzaba una incursión alemana, se encontraban importantes formaciones británicas en el punto de encuentro o sus proximidades. Por esta razón redoblaron las precauciones de sus códigos. Además, por su parte, descifraron hasta cierto punto los códigos británicos y establecieron en Neumünster una estación que retransmitía a su flota los mensajes británicos interceptados. No obstante, durante toda la fase central de la guerra por lo menos, el Almirantazgo estuvo en condiciones de facilitar a la flota una información valiosa.

El Estado Mayor naval percibió, en la última semana de mayo de 1916, síntomas especiales que delataban una inminente actividad de la flota alemana. Además, la Sección de Información, por otras fuentes, había dado cuenta del nombramiento del almirante Scheer para el mando supremo. Este jefe era entonces considerado como partidario de una política de guerra marítima ofensiva; había apoyado la campaña submarina sin restricciones y era el favorito de Tirpitz el Temerario. Iba, pues, a abandonar la táctica precavida y hasta tímida adoptada por la marina alemana debida a la orden directa del emperador, a raíz de la irrupción de Beatty en la bahía de Heligoland a fines

de agosto de 1914. El almirante Scheer preparaba una acción ofensiva contra la costa inglesa para atraer a la flota británica hacia emboscadas preparadas de submarinos y caso de que la fortuna le fuera favorable, librar luego contra esta flota, así debilitada, o mejor aún contra una división destacada de la misma, una batalla decisiva para el dominio del mar. Del conjunto de su información dedujo el Almirantazgo la inminencia de una operación importante.

A las cinco de la tarde del 30 de mayo el Almirantazgo avisó a la flota de que había indicios de que los alemanes se estaban haciendo a la mar. La flota, que ya había recibido orden de elevar la presión, recibió entonces la de concentrarse al este de los Long Forties, a unas sesenta millas al este de la costa de Escocia, dispuesta para toda eventualidad.

Las dos flotas que se hicieron a la mar en la tarde del 30 de mayo de 1916 constituían la manifestación más grande de fuerza naval de la historia del mundo. Pero por imponente que fuera la potencia de la flota alemana, no podía compararse con la británica, ni en número, ni en velocidad, ni en poder artillero. Los británicos contaban con 28 acorazados dreadnoughts y 9 cruceros de batalla para batir los 16 dreadnoughts y 5 cruceros de batalla del almirante Scheer. Los germanos sumaban, además, 6 buques predreadnoughts de la clase Deutschland, cuya escasa velocidad y pobre armamento los convertían en objeto de ansiedad para el mando de su flota. La velocidad de la flota británica era netamente superior: su acorazado más lento podía desarrollar 20 nudos, en tanto que la quinta escuadra, que comprendía los cuatro Queen Elizabeth, que eran los navíos de línea más potentes y veloces que había en los mares, podía llegar a los 24 o 25. El acorazado alemán más rápido no podía pasar de los 21 nudos y los seis Deutschland reducían la velocidad máxima de la flota de batalla combinada a 16.

Todavía era mayor la superioridad británica en potencia artillera. Los acorazados y cruceros de batalla de sir John Jellicoe montaban 272 cañones gruesos contra 200 alemanes. Pero esta superioridad en el número era todavía incrementada por su enorme superioridad en calibre: los británicos sumaban 48 cañones de 38,1 cm, 10 de 35,6; 142 de 34,3 y 144 de 30,5, contra los 144 de 30,5 y los 100 de 28 de los alemanes. Lo que significa, en número totales, un peso de andanada británico de 180.320 kilogramos, contra 86.345 del de los alemanes.

La fuerza en tubos lanzatorpedos, incluyendo los buques de todas clases, era numéricamente casi la misma: los británicos montaban 382 tubos de 53,3 cm y 75 de 45,7 cm y los alemanes 362 de 50 cm y 107 de 45 cm. El tipo de torpedos más pequeños y de menos alcance en ambas flotas no era probable se pudiera emplear en una acción diurna, pero, en cualquier caso, los torpedos británicos de 53,3 cm eran ligeramente superiores a los alemanes de 50, tanto en alcance como en velocidad. De manera que incluso en esta arma había una

clara superioridad del lado británico.

La preponderancia británica en acorazados se mantenía plenamente en los cruceros y destructores. Los británicos llevaban 31 cruceros, 8 de los cuales eran los cruceros acorazados más potentes de la época predreadnought; los alemanes tenían once. En este día tan esperado por la batalla, y aunque no pudiera contar con los cruceros y destructores de Harwich, sir John Jellicoe podía alinear 85 destructores contra los 72 alemanes. Como en el caso de los grandes navíos, las superioridades en número tanto de cruceros como de destructores eran aún aumentadas por una mayor potencia en artillería de todas clases y una amplia ventaja en la velocidad de los cruceros y en el tamaño de los destructores. No puede, pues, señalarse inferioridad alguna en ninguna arma ni factor de combate en todo el dispositivo británico.

Siguiendo las órdenes del Almirantazgo, sir John Jellicoe concentró en los Long Forties al amanecer del 31 de mayo, 24 acorazados dreadnoughts, 3 cruceros de batalla, 3 escuadras de cruceros y 3 flotillas de destructores, procedentes de Scapa Flow y de Cromarty. Había enviado al almirante Beatty desde Forth para que fuera 65 millas por delante con 6 cruceros de batalla, 2 escuadras de cruceros ligeros, 2 flotillas y, lo que era más importante, con los 4 Queen Elizabeth. En esta formación iban ambos a dirigirse hasta las dos de la tarde, en dirección a la bahía de Heligoland, y en este momento, si no se había visto nada, Beatty daría la vuelta hasta avistar a la flota de batalla, que seguiría marchando hacia el este un trecho más en la dirección del Horn Reef, antes de regresar a su base. La distancia de 65 millas entre la flota principal y sus poderosas fuerzas de exploración ha sido criticada como excesiva: excluía el contacto visual entre las dos partes de la flota e impedía su combinación armónica en las importantísimas fases preliminares de una gran batalla. Si Beatty al llegar al punto de cita encontraba al enemigo allí o en sus proximidades, Jellicoe se encontraría fuera de toda conexión táctica y demasiado alejado para forzar la batalla. No obstante, este dispositivo había sido empleado ya muchas veces y Beatty con sus buques rápidos y potentes estaba en perfectas condiciones de actuar independientemente. Los dos almirantes habían salido tantas veces a estas expediciones que, aunque observaran todas las precauciones, ninguno de ellos, basándose en la información disponible, tenía ninguna esperanza particular de encontrar al enemigo.

El día era claro y el mar estaba en calma y, a medida que adelantaba la mañana, se fueron desvaneciendo las esperanzas que pudieran haberse tenido. Se extinguieron todas a las doce y treinta y cinco minutos, cuando se recibió un mensaje del Almirantazgo diciendo que las estaciones radiogoniométricas situaban al buque almirante enemigo, a las once y diez, en la Jade. Uno y otro almirante se retrasaron entonces examinando a pesqueros sospechosos, y se

encontraban ambos a algunas millas aún de sus posiciones prescritas para la cita, cuando llegó la hora en que habían de virar hacia el norte los cruceros de batalla para acercarse a la Gran Flota. El almirante Beatty había izado ya la señal de virar y a las dos y cuarto habían ejecutado ya esta maniobra todos los buques grandes; su cortina de cruceros estaba también adoptando la nueva dirección, cuando el crucero ligero Galatea divisó a unas 8 millas un vapor en apariencia detenido y examinado por dos buques extraños. A las dos y veinte, hizo la señal: «Enemigo a la vista. Dos cruceros probablemente enemigos al sudeste con rumbo desconocido». La situación completa en este instante se ve en el mapa de la página siguiente. Los buques extraños eran dos de los conductores de flotilla del segundo grupo alemán de exploración. Todos los cruceros ligeros británicos empezaron a dirigirse instintivamente hacia el Galatea y este abrió fuego ocho minutos más tarde. Uno tras otro iban los cruceros y destructores alemanes surgiendo y destacándose sobre el horizonte oscuro y detrás de ellos una larga nube de humo delataba la presencia de fuerzas enemigas de importancia.

El mensaje del Galatea de las dos y veinte y el ruido de sus cañones ocho minutos más tarde fueron suficientes para el almirante Beatty: había una expedición enemiga de alguna clase y se hallaban en alta mar navíos de guerra alemanes. A las dos y treinta y dos minutos el Lion, después de advertir su intención a los otros buques, viró de bordo otra vez y, elevando su velocidad a 22 nudos, se lanzó en la dirección del canal de Rorn Reef con la intención de cortar de su base a toda fuerza enemiga que pudiera hallarse hacia el norte. Todos los cruceros de batalla siguieron al Lion y ejecutaron la orden del vicealmirante, pero la quinta escuadra de batalla, 4,5 millas más atrás, continuó siguiendo las instrucciones anteriores y durante ocho minutos marchó en dirección exactamente opuesta, siguiendo la rama izquierda de un zigzag hacia el norte, como si no se diera cuenta del cambio sobrevenido en la situación. Durante estos ocho minutos, la quinta escuadra iba perdiendo contacto con los cruceros de batalla a razón de más de 40 millas por hora y cuando dio, al fin, la vuelta a las tres menos veinte, estaba ya retrasada 10 millas, sin que, a pesar de todos sus esfuerzos, pudiera recuperar totalmente esta pérdida de distancia y de tiempo antes de que diera comienzo la acción.

Una de las muchas controversias de Jutlandia gira alrededor de este retraso de la quinta escuadra en virar de bordo. Por un lado, se sostiene que el contraalmirante Evan-Thomas, que la mandaba, no percibió las señales por banderas hasta las tres menos veinte. Por otro lado, se arguye que, desde las dos y veinte minutos, ya sabía que había buques enemigos a la vista; que su buque almirante, el Barham, recibió del Lion a las dos y media por radio la ruta que debía tomarse; que sus órdenes generales y preferentes eran mantenerse en situación de apoyo a 5 millas del Lion; que, cualesquiera que fueran las dificultades en leer las señales por banderas, los movimientos de los

cruceros de batalla estaban a la vista; que nadie podía dejar de ver desde el puente del Barham a los seis enormes navíos, distantes a lo sumo 9.000 metros, virando de repente y dirigiéndose al este a toda marcha, y que no era precisa ninguna señal de banderas ni ninguna orden radiotelegráfica para que la escuadra de batalla del contraalmirante Evan-Thomas siguiera el movimiento de estos buques y de su jefe, al que era su única misión y obligación apoyar. Tales son las opiniones rivales, y difícilmente se dudará en decidir entre ellas. Por lo demás, todos están de acuerdo en que una vez que el contraalmirante Evan-Thomas se dio cuenta de la situación, hizo todo lo que estuvo en su mano para recuperar la distancia perdida y que, aprovechando las desviaciones de las líneas de combate al converger, ganó en realidad más de 4 de las millas perdidas. Pero de todos modos el resultado de estos ocho minutos de retraso en virar fue el de dejarles a él y a sus formidables cañones fuera de acción en la primera media hora, que fue la más crítica y fatal, y también más tarde lo mantuvieron en el límite del alcance.

Pero también se ha planteado la cuestión: ¿Tuvo razón el almirante Beatty en virar inmediatamente para perseguir al enemigo? ¿No debía mejor haber cerrado sobre la quinta escuadra y virado después con todos sus buques a la vez? También la respuesta a esta cuestión parece clara. Es deber de todo jefe concentrar para la batalla la fuerza superior posible, pero los seis cruceros de batalla de Beatty eran ya por sí superiores en número, velocidad y potencia artillera al conjunto de los cruceros de batalla alemanes, aun habiendo salido todos ellos al mar, lo que no era cierto. El dilema para el almirante británico no era, pues, si había o no de concentrar una fuerza superior a la que ya tenía, sino si, disponiendo ya de una fuerza superior a la del enemigo, había de apartarse de él durante seis minutos para concentrar otra fuerza aún más elevada. Apartarse del enemigo durante seis minutos de marcha podía significar una pérdida de 6.000 metros en la ulterior persecución. La última vez que había visto Beatty a los buques alemanes fue cuando los cruceros de batalla de Hipper se perdieron de vista ante el inválido Lion, en el banco Dogger, dieciséis meses antes, y la sensación de que cada minuto era precioso se imponía a su espíritu. ¿Por qué iba a esperar a ser más fuerte, si, con arreglo a todos los cuadros comparativos y a todos los informes, tenía ya fuerza suficiente? Si la quinta escuadra hubiera virado cuando lo hizo él, habría estado ya en condiciones de apoyarlo, caso de ocurrir el combate y tomar un giro adverso. La doctrina de que, teniendo concentradas ya fuerzas suficientes, un almirante ha de perder el tiempo en concentrar otras aún mayores, corriendo el riesgo de perder todas sus oportunidades, no es de las que parece prudente aplicar en ningún caso, ni siquiera para la flota de batalla, y paralizaría siempre la acción de las fuerzas exploradoras rápidas. En cambio, no cabe duda que habría sido mejor que la formación inicial de los cruceros de batalla y la quinta escuadra hubiera sido más compacta. Sin embargo, una vez

en la situación de las dos y treinta y dos minutos, cuando Beatty decidió que el enemigo estaba presente con fuerzas que justificaban virar de bordo con los navíos grandes, esta situación lo obligaba claramente a lanzarse rápidamente a toda máquina en su dirección. En el espíritu del almirante hubo, pues, todo el impulso y el ardor que todos le han reconocido, pero hubo también en su pensamiento todo lo que exige la ciencia guerrera más fría y la más dilatada experiencia en historia naval.

No era improbable que, tras la cortina de exploración alemana, hubiera fuerzas enemigas superiores, pero hasta aquel momento solo habían aparecido cruceros ligeros y destructores. Fue a las tres y veinte cuando el New Zealand divisó a cinco navíos enemigos por su banda de estribor a proa y desde las tres y treinta y un minutos el Lion fue distinguiendo uno tras otro a los cinco cruceros de batalla alemanes. El almirante Hipper había experimentado durante una hora impresiones similares a las de Beatty: sus cruceros ligeros se habían encontrado con buques de exploración británicos y él había acudido en su ayuda; de repente, a las tres y veinte se le aparecieron los seis cruceros de batalla de Beatty que se le venían encima a toda máquina, acompañados por sus flotillas y cruceros ligeros y apoyados por la amenaza de nubes oscuras de humo que se destacaban en el oeste. Como el 24 de enero de 1915, actuó con prontitud: viró inmediatamente de bordo y corrió aparentemente en dirección a su base. Pero esta vez intervenían dos factores nuevos: Beatty tenía la seguridad, resultante de la posición relativa de ambos en el mar, de poder obligar a su enemigo a la batalla, y Hipper sabía que estaba atrayendo a Beatty hacia las garras de la flota alemana de alta mar que marchaba hacia el norte. Vemos, pues, a estas dos magníficas escuadras surcando las aguas que pronto azotarán con su cañoneo y a sus dos comandantes animados uno y otro de las más risueñas esperanzas: el británico, alborozado de haberse adelantado a su enemigo, y el alemán saboreando el secreto de su celada. Así corrieron por algún tiempo las dos escuadras en silencio.

El combate de los cruceros de batalla que precedió al encuentro de las dos flotas principales en aguas de Jutlandia es un episodio independiente. Ambos almirantes, aun prescindiendo de la cuestión táctica, deseaban una competición de fuerza y calidad. Nunca ha habido seres humanos que hayan manejado con tanta resolución unos ingenios tan terribles y una organización de muerte tan formidable. En este duelo riguroso, aunque intermitente, chocaron unos contra otros los cañones más poderosos que jamás se han usado, los explosivos más mortíferos que se han inventado, los navíos de guerra más grandes y veloces que han surcado los océanos, lo mejor en oficiales y marinería de las naciones británica y alemana; todo lo que podía presentar la ciencia naval en una y otra marina. Uno primero y el otro después, tuvieron ambos que hacer frente a un enemigo superior en número, aun teniendo cada uno detrás de sí fuerzas de apoyo que, de haberse podido

disponer de ellas, habrían conducido a la destrucción del adversario. Hipper contaba con la flota de alta mar y Beatty podía siempre ser reforzado por sus cuatro Queen Elizabeth. Ambos sucesivamente se retiraron ante fuerzas superiores y trataron de atraer a su adversario a posición desventajosa. En ambos lados, los oficiales y tripulaciones se mostraron en sus decisiones y en su comportamiento totalmente insensibles al terrorífico aparato que emplearon unos contra otros y su encuentro representa en su plena intensidad la concentración y realización de todo el esfuerzo de los hombres en la guerra. Por supuesto que esta acción de los cruceros habría sido eclipsada por una batalla general entre las dos flotas principales, pero desde el momento que esta no ocurrió en medida seria, las dos horas que duró el combate entre Beatty y Hipper constituyen la maravilla de la guerra moderna en el mar.

El detalle de la acción se ha referido tantas veces y tan bien que solo es preciso aquí resumido brevemente. Los relatos oficiales alemán y francés son excelentes y el Relato Oficial Británico es un modelo de exactitud y a la vez de descripción profesional impresionante. Todos reconocerán sus rasgos más salientes.

Ambos bandos fueron convergiendo deliberadamente hasta una distancia de combate eficaz. Abrió el fuego el Lützow y le respondió el Lion poco después de las tres y cuarto. Cada buque luchó con su antagonista respectivo, pero como había seis cruceros británicos contra cinco alemanes, el Lion y el Princess Royal pudieron concentrar sus fuegos sobre el buque insignia enemigo, el Lützow. Los azares de la batalla condujeron en uno y otro bando a discrepancias en la elección de objetivo y hubo ocasiones en que estuvieron tirando dos buques británicos contra uno solo alemán, mientras otro quedaba desatendido, y otras veces al revés. Dos minutos después de abrir el fuego a 14.000 metros, con sus cañones de grueso calibre, el Lion fue alcanzado dos veces y la tercera salva del Princess Royal acertó al Lützow. En cada lado tiraban a la vez cuatro cañones por cada barco y en cada salva cuatro proyectiles de una tonelada cada uno herían el blanco o levantaban enormes columnas de agua. En los primeros 37 minutos de una acción que duró más de dos horas, quedó destruido un tercio de la fuerza británica: a las cuatro de la tarde, el Indefatigable, tras 12 minutos de duelo de artillería con el Von der Tann fue acertado simultáneamente por tres proyectiles de una salva de cuatro, explotó y se hundió sin dejar casi supervivientes. 26 minutos más tarde, el Queen Mary, alcanzado en la parte central del puente por una salva del Derfflinger, empezó a arder, dio la vuelta y a los 30 segundos explotó y provocó una columna de humo que se elevó a más de 200 metros y levantó hasta 60 metros trozos tan pesados como una chalupa de vapor de 15 metros de largo. El Tiger y el New Zealand, que lo seguían a la velocidad de un tren ordinario, solo a 500 metros de intervalo, tuvieron el tiempo justo de desviarse uno a cada lado para evitar sus restos. El Tiger pasó a través de aquella nube

de humo negra como la noche y su director de tiro, al no poder hacer fuego, aprovechó el intervalo de oscuridad para volver a poner en cero el indicador de direcciones de sus cuatro torres. Entretanto, el Lion, después de estar en acción 8 minutos, fue alcanzado en su torre Q (la del centro del buque) por una granada que habría sido fatal sin un acto sublime de comprensión y abnegación personal.

Todos los sirvientes de la torre murieron instantáneamente a excepción de un sargento y del jefe de la misma, el mayor Hervey, de la Real Artillería Naval; el mayor tenía sus dos piernas rotas o desgarradas. Las torres de los navíos de batalla son organismos autónomos empotrados en la quilla del barco como una fortaleza, y llegan desde el caparazón de las piezas, visibles sobre el puente, hasta la misma quilla 15 metros más abajo. Toda su complicada instalación hidráulica y el montacargas para las municiones que comunica con los pañales y repuestos, giran en cualquier dirección a la que apunten sus cañones gemelos. La granada del Lützow destruyó la torre e incendió sus restos. Con el impacto, uno de los cañones quedó desmontado y con la boca hacia arriba, por lo que algo más tarde resbaló hacia atrás la carga de pólvora que tenía en su recámara, se inflamó al llegar al suelo y prendió fuego a las otras cargas de la torre. Las llamas pasaron entonces por el tubo del montacargas a la pólvora de abajo; en la torre no quedaban más que muertos y moribundos, pues todos habían quedado fuera de combate con la explosión inicial. Los que manejaban el cuadro de distribución y los que maniobraban en el repuesto murieron entonces instantáneamente por la explosión de la cordita, y las llamas siguieron extendiéndose por todos los corredores de la torre y sus cimientos, y se elevaron en el aire hasta 60 metros a través de su techo desfondado. Pero las puertas de los pañales habían quedado cerradas: el mayor Hervey, destrozado, empapado en sangre, ahogado, quemado, había encontrado todavía fuerzas para dar la orden por el tubo acústico: «Cerrad las puertas de los pañales e inundadlos», y así el Lion siguió su ruta, inconsciente del peligro que había corrido y de cómo se había salvado de él por el último aliento de un hombre que moría. En la larga, ruda y gloriosa historia de la Marina Real no existe ningún otro nombre ni sacrificio que iguale a este por su naturaleza y sus consecuencias.

Entretanto, el vicealmirante, paseando por el puente de mando entre los cascos de granada que llovían a su alrededor y desafiando, como Nelson, el fuego del enemigo, se había enterado de que el Indefatigable y el Queen Mary habían sido destruidos y de que sus propios pañales estaban amenazados por el fuego. Es difícil comparar la lucha en el mar con la de tierra, pero cada crucero de batalla venía a ser una unidad comparable al menos con una división de infantería completa, por lo que de un conjunto de seis divisiones acababan de ser aniquiladas dos en un abrir y cerrar de ojos. El enemigo, al que no se había podido batir siendo seis contra cinco, tenía en estos momentos

cinco buques contra cuatro. A lo lejos, los cinco cruceros de batalla alemanes, como cinco manchas grises que se convertían de repente en lenguas de fuego, estaban aún intactos y al parecer eran invulnerables. «No obstante —dice el relato oficial—, la escuadra prosiguió su ruta sin decaer». El movimiento de estos castillos de acero, ciegos e inanimados, estaba enteramente gobernado en aquel momento por el espíritu de un solo hombre. Si este hubiera vacilado, si hubiera considerado las probabilidades británicas en el combate con otra mirada que la de un conquistador, todos estos poderosos ingenios del mar y de la guerra naval hubieran vacilado y se hubieran dispersado de un modo ineficaz. Es este un momento sobre el que los historiadores navales británicos gustarán de detenerse, y merece la pena recordar la situación: el Indefatigable había desaparecido bajo las olas, el Queen Mary había saltado en una columna de fuego, el Lion estaba incendiado y una salva certera acababa de herir al Princess Royal, que seguía detrás de él, haciéndolo desaparecer de la vista en una nube de humo y espuma. Un señalador saltó al puente de mando del Lion diciendo: «Señor, el Princess Royal ha volado», y en este momento el vicealmirante dijo al comandante de su buque insignia: «Parece que nuestros buques tienen hoy mala suerte, Chatfield; meted dos cuartas a babor». Es decir, se acercaron más al enemigo.

Así se venció la crisis de la batalla. Todo el daño lo hicieron los alemanes en la primera hora, y, al proseguir la acción, los cruceros de batalla británicos, aunque inferiores entonces en número, empezaron a adquirir superioridad sobre el enemigo. El tiro de su artillería se fue haciendo más eficaz y, por su parte, ya no sufrieron daños más graves. Durante la hora y media siguiente fue manifiesta la pérdida de precisión y la disminución de ritmo del tiro alemán. Cada bando maniobraba acercándose o alejándose sucesivamente para descentrar el tiro de su enemigo y, además, desde las cuatro y diez minutos, la quinta escuadra había abierto fuego a su vez al alcance límite de 17.000 metros contra los dos buques de cola de Von Hipper. La influencia de esta intervención, tardía pero aún oportuna, ha sido tratada algo ligeramente por los narradores oficiales británicos, pero recibe pleno testimonio en los relatos alemanes. Los cuatro poderosos navíos del almirante Evan-Thomas lanzaban sus proyectiles de 38,1 cm con precisión asombrosa a través de la enorme distancia que los separaba de la retaguardia alemana. Si hubieran estado solo 5.000 metros más cerca, la derrota, si no la destrucción de la escuadra de Hipper, hubiera sido inevitable; no estaban a esta distancia únicamente debido a su lentitud en darse cuenta de la situación en el momento en que se estableció contacto por primera vez con el enemigo. No obstante, llegaban a la batalla tronando con sus cañones y, cuando hubieran llegado a la distancia eficaz, su intervención habría sido decisiva. Sin embargo, no ocurrió así porque este día se encontraban en el mar otras fuerzas alemanas. Los cruceros de batalla se continuaban tirando mutuamente a distancias variables y a toda

marcha, pero, desde las cuatro y media en adelante, la proximidad y creciente fuego de la quinta escuadra y el desarrollo por ambos bandos de terribles ataques y contraataques de destructores hicieron disminuir sensiblemente la intensidad de su acción.

El almirante Scheer, que avanzaba con la flota de alta mar completa, había recibido la noticia del primer contacto entre los cruceros ligeros a las dos y veintiocho minutos, casi inmediatamente después de que sucediera. A las tres y veinticinco, supo de la presencia de los cruceros de batalla británicos, y un mensaje recibido veinte minutos después de su «jefe de las fuerzas de exploración» (Hipper) lo informó que este se hallaba empeñado en lucha con seis cruceros de batalla enemigos haciendo ruta hacia el sudeste. Scheer comprendió claramente que Hipper se dirigía hacia él para atraer a los buques enemigos bajo los cañones de la flota alemana principal. En consecuencia, al principio se situó de manera que pudiera coger a los británicos, a ser posible, entre dos fuegos. Pero cuando, unos minutos más tarde, supo que habían aparecido también en escena los Queen Elizabeth, creyó su deber apresurarse a acudir directamente en socorro de sus cruceros de batalla, en estos momentos demasiado inferiores en número. Dejando, pues, a sus acorazados antiguos que lo siguieran tan aprisa como pudieran, se dirigió al norte a 17 nudos a partir de las cuatro de la tarde. Las fuerzas opuestas se estaban acercando una a otra a una velocidad relativa de 43 millas por hora.

La segunda escuadra de cruceros ligeros que precedía a Beatty para guardarle contra una sorpresa fue la primera en percibir a la flota enemiga. A las cuatro y treinta y tres minutos, el Southampton, que arbolaba la insignia del comodoro Goodenough, divisó en el horizonte la vanguardia de la larga línea de los acorazados alemanes y dio la señal con las palabras mágicas: «Acorazados a la vista». Beatty vio también a la flota de alta mar casi al mismo tiempo que le llegaba la señal de los cruceros ligeros y en un instante se dio cuenta de la situación. Sin perder un momento, hizo virar en redondo a los cuatro buques que le quedaban y se dirigió a toda máquina en dirección a Jellicoe. Hipper, que ya se encontraba en contacto con Scheer, viró inmediatamente después en la misma dirección y así la posición recíproca de los dos almirantes quedó invertida: Beatty trataba en estos momentos de atraer a Hipper y a la flota de batalla alemana hacia Jellicoe, y Hipper perseguía a su enemigo en retirada sin saber que se estaba acercando por momentos a la Gran Flota británica. En esta fase de la acción que se conoce por «Carrera al norte», siguió el fuego de los cruceros de batalla por ambos lados, pero entonces la luz era mucho más favorable a los británicos y los cruceros alemanes sufrieron cruelmente de su fuego.

Al ver a la flota alemana principal, había virado Beatty tan rápidamente que sus buques pasaron enseguida a la quinta escuadra, que avanzaba todavía

a toda marcha con rumbo al sur. Al pasar las dos escuadras una junto a otra en direcciones opuestas, el Lion hizo señal al Barham para que virara también a continuación. La señal del Lion fue izada a las cinco menos doce minutos y pasó al Barham dos millas más allá, con la señal izada, cinco minutos más tarde, y respondió a la señal el contraalmirante Evan-Thomas tres o cuatro minutos después. Quizá el contraalmirante, por haber sido tardío en entrar en acción, estaba inclinado entonces a continuarla. Por breve que fuera este intervalo, fue suficiente a la velocidad con que se estaban moviendo todos los buques para que la quinta escuadra quedase expuesta al fuego de la vanguardia de la flota alemana de batalla. Esta vanguardia estaba constituida por la tercera escuadra, que comprendía los König y los Kaiser, o sea, los navíos más nuevos y potentes de la marina alemana. Los cuatro Queen Elizabeth quedaron, pues, sometidos a un terrible fuego, concentrado en particular sobre el punto en que iban virando uno después de otro. Los dos buques en cabeza, el Barham y el Valiant luchaban con los cruceros de batalla enemigos y los dos de cola, el Warspite y el Malaya combatían contra el conjunto de la mejor escuadra de la flota alemana. Esta lucha tan desigual duró más de media hora y todos los buques excepto el Valiant fueron alcanzados repetidas veces por los proyectiles más pesados, recibiendo el Warspite solo trece y el Malaya siete. Pero era tal la resistencia de estos navíos que ninguna de sus torres quedó fuera de acción y su velocidad permaneció inalterada.

En estos momentos estaban las fuerzas principales acercándose rápidamente y todo estaba convergiendo sobre la escena en un movimiento grandioso. Todos los buques se movían a la vez y, tras un intervalo apenas perceptible, el duelo de los cruceros de batalla se fundía en los preliminares de un encuentro general entre las dos flotas.

XLII

Jutlandia: el encuentro

Hasta este momento nos hemos estado moviendo entre sucesos que, aunque terroríficos, se hallaban dentro de los límites de experiencias anteriores. Los cruceros de batalla habían ya luchado entre ellos y sus almirantes conocían el tipo de combate, el poder del armamento y el género de exigencias que comportaba. Además, como ya he dicho, en ninguno de los dos bandos representaba la fuerza en cruceros de batalla una fracción vital. Pero en estos momentos eran las dos flotas de batalla las que se estaban aproximando a una velocidad relativa de más de 35 millas por hora y con cada nuevo minuto se entraba en los dominios de lo decisivo y de lo desconocido.

Sobrevenía entonces el momento supremo sobre el que habían estado concentrados durante tantos años los pensamientos y esfuerzos de los dos almirantazgos, el alemán y el británico. Por ambas partes se había consagrado casi todo el esfuerzo naval de la nación a la flota de batalla. En la marina británica cuando menos, el cuadro de una gran batalla naval había dominado sobre todos los pensamientos, y sus necesidades habían recibido prioridad sobre todas las demás exigencias. Todo se había gastado para poder disponer de una línea de baterías de tal preponderancia y buena ordenación que la flota de batalla alemana fuera destruida con seguridad en un corto intervalo de tiempo. Se habían puesto a disposición del comandante en jefe barcos, cañones, calidad, instrucción, todo lo que podían dar en su máximo rendimiento la voluntad y la ciencia. Si no intervenía algún factor imprevisto o algún accidente imposible de calcular, no había razón para dudar que un cañoneo de media hora entre dos líneas de batalla paralelas y con una distancia entre sí de 10.000 metros acabaría en una victoria completa.

Por esta razón el pensamiento de Jellicoe se había concentrado desde hacía años en esta forma más sencilla de la batalla naval: la línea única y las rutas paralelas, el duelo artillero a larga distancia, y la acción defensiva contra los ataques con torpedos. Todo lo que iba más allá de esta fase preliminar era especulación y complicación. Si esta fase inicial era satisfactoria, todo se resolvería por sí mismo. El Almirantazgo no podía hacer nada más que proveer al comandante en jefe de una amplia superioridad en buques de todas clases; el método y momento de empeñar la batalla y su dirección táctica habían de ser regulados por él. Se ha objetado más tarde que habría sido preferible, en vez de fijar toda la atención y esfuerzos en el duelo artillero a distancia entre las dos flotas en fila y siguiendo rutas próximas y paralelas, estudiar el sistema mucho más flexible de emplear los acorazados más rápidos separados de los más lentos y de tratar cada situación con arreglo a las circunstancias del momento. Puede que sea así y, desde luego, si hubiera habido en la guerra muchas batallas, o aun simples encuentros navales, entre las escuadras alemana y británica, no hay duda de que se habría desarrollado un sistema táctico mucho más eficiente. Pero nunca había ocurrido hasta entonces un suceso de esta clase y nunca más iba a volver a ocurrir. La habilidad de Nelson surgió después de muchos años de batallar con los navíos más poderosos de su tiempo. El genio personal de aquel gran almirante le permitió medir siempre acertadamente las consecuencias de cualquier decisión, pero este genio trabajaba sobre datos prácticos precisos y antes de la batalla de Trafalgar había visto ocurrir muchas veces las mismas cosas en escala menos elevada. Además, Nelson no tenía que preocuparse del peligro submarino y estaba seguro de conocer todo lo que podía ocurrir en una batalla naval. Pero Jellicoe no lo sabía, ni lo sabía nadie. Solo sabía que una victoria completa no mejoraría de un modo decisivo una situación naval que era ya

favorable y que, en cambio, una derrota haría perder la guerra. Estaba, pues, resuelto a aceptar la batalla en los términos que lo podían convenir, pero no estaba dispuesto a forzarla corriendo riesgos serios. La batalla había de librarse como él quería o no librarse.

Pero así como ha de justificarse en términos generales de política nacional la actitud de conjunto del comandante en jefe respecto a las condiciones bajo las cuales, y solo bajo estas, había de librarse una batalla decisiva, no puede, en cambio, admirarse ni aprobarse el sistema de dirección y de instrucción que había establecido en la flota. Todo se hallaba centralizado en el buque insignia y estaba prohibido a los jefes de escuadra o de división toda iniciativa que no fuera la de evitar un ataque de torpedos. Era, pues, necesaria una corriente continua de señales que fluían del buque almirante para regular el movimiento de la flota o para distribuir el fuego entre sus fracciones. Estas señales prescribían la ruta y velocidad de cada navío, lo mismo que todos sus virajes y maniobras. En ejercicios puede ser conveniente tal centralización y producir una instrucción más perfecta, pero entre el humo, la confusión y la incertidumbre de una batalla, el proceso resultaba demasiado complicado. La flota era demasiado grande para combatir como un organismo único y para ser movida al detalle por el dedo de un solo hombre. Los alemanes, siguiendo el sistema de mandos del ejército, habían previsto ya antes de la guerra que en las acciones navales del porvenir habría que sustituir el mando rígido y centralizado por la colaboración inteligente de unos subordinados que conocieran exactamente el punto de vista general y el espíritu de su jefe. En aquel momento, la formación en que se venían aproximando los alemanes era precisamente la de tres escuadras sucesivas, que maniobraban autónomamente. Pero el sistema de Jellicoe no solo negaba iniciativa a sus escuadras de batalla, sino, incluso, a sus flotillas. Durante todo el encuentro trató de dirigir personalmente la flota entera. Como él mismo describe, únicamente podía ver o tener noticia de una pequeña parte de lo que ocurría, y como no hay ningún ser humano que pueda recibir más allá de cierto número limitado de impresiones en un tiempo determinado, su mando desapareció como elemento de dirección para no subsistir más que como traba a la iniciativa de los demás.

Consideremos ahora la conducta del almirante Scheer. Él no tenía intención alguna de librar batalla contra la flota británica entera y no se formaba ninguna ilusión acerca de las fuerzas relativas de las artillerías rivales. Nada hubiera sido más ridículo que oponer su flota en rutas paralelas a un fuego que lanzaba un peso de andanada doble al suyo y que sería ejecutado por un personal cuyos conocimientos, destreza en el mar y resistencia le inspiraban un sincero respeto. No había salido con intención de librar una batalla en regla y nunca había tratado de combatir en desventaja irremediable. Si hubiera encontrado fuerzas más débiles o iguales a las suyas, o siquiera tales que le permitieran una esperanza clara de victoria, habría luchado con

toda la habilidad y el valor guerreros inseparables del nombre alemán. Pero, desde el momento en que sabía que se hallaba en presencia de la Gran Flota completa, y vio todo el horizonte iluminado con sus fogonazos, no tuvo más mira que la de zafarse honrosamente lo antes posible de aquella trampa fatal, y lo consiguió por completo.

Él había hecho practicar asiduamente el movimiento de inversión o virada individual, mediante el cual, y bajo la protección de ataques con torpedo o de cortinas de humos, cada buque independientemente gira y marcha en dirección opuesta, sin que le arredrara para realizarla el hecho de que la línea de formación fuera ya una curva o estuviera desordenada por los «bucles» y la confusión de una acción reñida. A esta maniobra y a su perfecta comprensión por todos los comandantes debió por dos veces la flota alemana el poder escapar con éxito.

Habiendo así examinado el carácter y las intenciones de los dos comandantes en jefe, sus respectivos problemas estratégicos, sus velocidades relativas y las tres horas de luz que quedaban cuando se encontraron, se comprenderá que eran escasas las probabilidades de que se librara una batalla general el 31 de mayo.

El lector tiene ahora que situarse mentalmente en el puente de mando del Iron Duke, que durante todo este tiempo ha marchado a toda máquina, guiando el centro de la flota de batalla británica. Sir John Jellicoe ha leído todas las señales radiadas por los cruceros ligeros y cruceros de batalla de Beatty. Ha podido, pues, seguir sobre la carta el curso de los sucesos desde el primer aviso sobre navíos sospechosos lanzado por el Galatea hasta el grave anuncio del comodoro Goodenough, de que se hallaba a la vista la flota alemana de alta mar. Las fuerzas a sus órdenes se están moviendo formando una inmensa media luna: el cuerno sur lo forma el destacamento de Beatty, que es ya de por sí una flota; el cuerno norte, que es el flanco menos expuesto, lo forma el almirante Hood, con una fuerza similar, pero mucho más débil, consistente en la tercera escuadra de cruceros de batalla con dos cruceros ligeros y destructores. El frente inmediato de la flota de batalla está cubierto por ocho cruceros acorazados predreadnought seguidos por cuatro de los más recientes cruceros ligeros (clase Caroline).

El comandante en jefe sabe que la totalidad de sus potentes fuerzas de exploración del flanco sur se halla empeñada en la acción y que, desde hace cerca de dos horas, se está desarrollando un duro encuentro entre los cruceros de batalla. Desde la primera alarma ha puesto su flota a la máxima velocidad combinada de sus unidades y el conjunto de sus veinticuatro navíos de línea marcha en estos momentos a 20 nudos. En cuanto ha sabido que estaban en acción los cruceros de batalla alemanes, ha ordenado al almirante Hood que con los Invencible y los barcos restantes acuda a reforzar a Beatty. Por último,

tiene aún tiempo para enviar al Almirantazgo este mensaje solemne: «Batalla naval inminente», y allá lejos, en las abruptas costas británicas, entran en intensa actividad, largo tiempo preparada, arsenales, astilleros y hospitales.

En estos momentos hay que desplegar la flota y en este punto, y en tanto que los dos bandos acaban de aproximarse, nos desviaremos unos instantes de la narración para permitir al lector profano en asuntos navales que aprecie algunas de las soluciones técnicas que se presentaban.

Las evoluciones de la caballería en los tiempos de la táctica de choque y las de una flota moderna son muy parecidas entre sí: las dos se aproximan en columna y combaten en línea y así, tanto la caballería como la flota, se instruyen preferentemente en pasar de un modo rápido y correcto de una a otra formación. La Gran Flota avanzaba entonces formando una masa de seis columnas, cada una de cuatro buques, con intervalos de una milla entre dos columnas. El buque insignia, el Iron Duke, conducía la cuarta columna empezando por la derecha y así, aunque el ancho total del dispositivo era de más de 10.000 metros, quedaba todo bajo el mando directo del comandante en jefe. Su ideal era llegar en el momento del contacto a encontrar a la flota enemiga exactamente de frente, y para tal fin podía ir alterando su dirección dentro de ciertos límites, lo mismo que un jinete hábil sabe presentar su caballo de frente al obstáculo. Pero la formación en masa, aunque muy manejable para la marcha de aproximación y para maniobrar, resulta muy peligrosa, tanto en el caso de una división de caballería como en el de una gran flota, si el enemigo ya desplegado en línea lo sorprende aún en esta formación. La flota británica de batalla había, pues, de desplegarse en línea, para poder combatir. Cuanto más cerca del enemigo pudiera llevar el comandante en jefe a su flota en la formación de masa, tanto más seguramente podría cuadrarla en la dirección correcta, pero cuanto más tiempo aguardara y más se aproximara antes de desplegar, mayor sería, en cambio, su riesgo de ser sorprendido con gran desventaja. Se trata, como al tomar tierra con un avión, de escoger el momento justo entre dos series opuestas de peligros. Si el comandante en jefe ha sido hábil o afortunado en llevar su masa de acorazados en la dirección correcta de la flota enemiga y se encuentra exactamente frente a ella, podrá efectuar el despliegue rápida y fácilmente, pues le bastará hacer virar a la derecha o a la izquierda, según el caso, a los buques en cabeza de sus columnas y en solo cuatro minutos la flota entera se encontrará estirada en una sola línea de batalla, tirando con toda su artillería. Pero si, debido a factores que exceden a la voluntad o al juicio humanos, no le ha sido posible apuntar su masa exactamente en la dirección conveniente, o se halla todavía inseguro sobre la verdadera posición del enemigo, tiene aún otro sistema para desplegar a su disposición: puede hacer continuar de frente a una cualquiera de sus columnas extremas y hacer que las otras la sigan sucesivamente hasta que quede así formada la fila única que constituirá la línea de batalla. Este segundo

sistema tiene la ventaja de poder adaptarse más fácilmente a una situación inesperada: en el momento en que aparece el enemigo en el horizonte, se ordena al buque de cabeza del flanco conveniente que varíe su ruta en relación a la línea adversa y todos los otros buques lo seguirán a continuación. Pero mientras que el despliegue en línea, siguiendo el primer sistema, solo habría exigido a la flota británica de aquel día cuatro minutos de tiempo, el despliegue siguiendo la estela de una de las columnas de los flancos o, como se llama, «despliegue sobre una ala», habría requerido veintidós minutos antes de que pudiera abrirse fuego por todos los buques y, durante este tiempo, el enemigo podría hallarse empeñado con todas sus fuerzas contra la sola fracción que ha logrado ya desplegar en línea de batalla.

Para desplegar correctamente es, pues, importantísimo tener una información precisa e instantánea sobre la posición de la flota adversaria. Por esta razón el comandante en jefe marcha bajo la protección de cruceros y cruceros ligeros situados bajo sus órdenes directas, que tratan de vigilar continuamente al enemigo y de avisarle a intervalos muy cortos de todos sus movimientos y dispositivos. En el cuarto de hora que precede al momento del despliegue, estos exploradores, o parte de ellos al menos, han de encontrarse a la vez a la vista del enemigo y de su propio buque almirante. De las mayores complicaciones surgen las mayores simplificaciones. En un momento tan grave, nada puede sustituir al contacto visual directo por señales hechas con destellos de los reflectores: es casi como hablar directamente entre personas. Confiar un asunto de esta importancia a la radio de unos cruceros que no se hallan a la vista es correr un riesgo innecesario: estos radiogramas son muy importantes y pueden, a veces, revelar el conjunto de la situación, pero si en algún momento se exige certeza absoluta es cuando la flota ha de desplegar, y tal certeza no puede obtenerse de unos cruceros que se hallan fuera del alcance visual del comandante en jefe y no están enlazados a la vista con otros barcos que él pueda ver.

Tanto las flotas como los cruceros se están moviendo rápidamente y alterando por momentos sus situaciones relativas, los cruceros situados más allá de la visión directa se hallan, probablemente, en acción, pegándose al enemigo, zigzagueando y virando de repente para evitar la artillería o los torpedos, y es seguro que no conocen bien su propia situación. Sus partes han de ser, además, escritos, cifrados, transmitidos, recibidos y descifrados antes de que lleguen al comandante en jefe, y en este proceso transcurren fácilmente unos diez minutos, y, como se comprenderá, no pueden perderse diez minutos en tales circunstancias. Por último, los informes de distintos buques exploradores pueden no concordar entre sí, y pueden llegar al comandante en jefe, simultáneamente, tres o más versiones distintas, de las que ninguna sea acaso absolutamente cierta. De aquí que la decisión capital del despliegue haya de fundarse invariablemente en las señales visuales de una exploración

que vea a su vez directamente a la flota enemiga. El único medio seguro de conocer exactamente dónde se encuentra el adversario en el instante del despliegue es, pues, el sistema primitivo de disponer cruceros ligeros propios a los que se pueda ver y que, por su parte, puedan ver al enemigo y verse entre sí: solo esta red de visual puede asegurar el conocimiento exacto en un asunto tan vital.

La misión de pegarse a la flota alemana de alta mar y dar cuenta continuamente de sus movimientos por radiogramas que podían ser leídos a la vez por Beatty y por Jellicoe correspondía, en primera instancia, a los cruceros ligeros de la exploración de Beatty y la cumplieron admirablemente el comodoro Goodenough y su escuadra. No hay razón para criticar al Lion por no haber retransmitido durante su propia acción los partes de los cruceros ligeros, ya que el Iron Duke leía a la vez todo lo que se iba transmitiendo. Pero las señales procedentes de cruceros ligeros alejados 60, 50, 40 y hasta 30 millas, resultaron contradictorias y erróneas. Ahora sabemos que Goodenough se encontraba a 4 millas del punto en que se creía situado y el Iron Duke a más de 6 del suyo. Los informes de los buques de Beatty, todos fuera del alcance de la vista y más allá del horizonte, eran un medio inapreciable con el que Jellicoe podía seguir el curso general de los sucesos y dirigir en líneas generales su marcha de aproximación hacia el enemigo, pero no eran sustitutos de los informes que proporcionan los cruceros exploradores propios, y nunca debieron considerarse como tales.

Y el comandante en jefe no estaba en manera alguna desprovisto de tales navíos: aparte de los catorce cruceros ligeros destacados con las fuerzas avanzadas de Beatty, Jellicoe se había reservado para su uso personal cuatro de los más recientes cruceros ligeros de la clase Caroline y tenía, además, los ocho cruceros acorazados de la época predreadnought (Defence, Warrior, etc.). Desde la primera alarma, había dado orden a estos viejos navíos de aumentar su marcha y de cubrir su frente; pero, como no podían avanzar a más de 20 nudos, y él andaba ya a 18 y fue subiendo hasta 20, no pudieron adelantarlo en manera apreciable durante estas dos horas tan importantes. Los Caroline, en cambio, tenían un andar teórico de 29 nudos y, sabiendo que las fuerzas de Beatty combatían más allá del horizonte visible, habría hecho bien el comandante en jefe en emplear estos cuatro cruceros en el solo propósito de asegurarle una información pronta y exacta sobre la cual basar su despliegue. En sus propias órdenes para la batalla, declara que las indicaciones sobre longitud y latitud del enemigo hechas con menos de 12 millas de visibilidad son completamente inútiles, y encomia la gran importancia de mantener el contacto visual por medio de cruceros ligeros.

En dos horas, los Caroline, desplegados en abanico, podían haber adelantado 15 millas al Iron Duke en la dirección aproximada del enemigo,

quedando a la vista de los cruceros acorazados británicos, visibles, a su vez, desde la Gran Flota. Desde allí los *Caroline* habrían visto otras 7 millas más adelante al menos, y de esta manera habría dispuesto el comandante en jefe, si así lo deseaba, de más de 20 millas de información visual sobre la posición y dirección de marcha de la flota alemana. Así habría tenido un elemento más de precaución para permitirle llevar su flota segura en formación de masa hasta la posición precisa Y poder desplegar desde ella del modo más conveniente por el sistema de los cuatro minutos.

En la media hora que precedió al despliegue británico, todos los buques de ambas flotas se estaban moviendo a una velocidad impresionante y en este intervalo los sucesos que siguen tuvieron lugar de un modo casi simultáneo. Los cruceros de batalla de Beatty, con la quinta escuadra detrás, corrían hacia el norte, para establecer contacto con la Gran Flota y atraer al enemigo hacia ella. Hipper y el contraalmirante Boedicker, con el primer y el segundo grupo alemán de exploración, corrían también hacia el norte cubriendo el avance de la flota alemana de alta mar. Beatty y Hipper marchaban combatiendo en rutas paralelas y la quinta escuadra se hallaba en acción con los acorazados alemanes de vanguardia a la vez que con los cruceros de batalla de Hipper. Entretanto, el almirante Hood, a bordo del *Invincible*, con la tercera escuadra de cruceros de batalla y precedido de los cruceros ligeros *Chester* y *Canterbury*, avanzaba por el flanco norte del dispositivo británico. De este modo, hacia las seis menos veinte, los dos grupos de exploración alemanes se estaban metiendo en el fondo de la media luna británica, que se había convertido en un arco de herradura cuyo extremo derecho (Beatty) se contraía rápidamente, a la vez que el izquierdo (Hood) se extendía a la misma velocidad.

Acababa de reanudar Hipper, con el primer grupo de exploración, la acción contra Beatty al sudoeste, cuando, a las cinco y treinta y seis minutos, el *Chester*, explorador del almirante Hood, encontró al segundo grupo alemán. A las seis menos veinte, tres de los cruceros ligeros que lo constituían emergieron bruscamente de entre la bruma y el *Chester* se encontró «casi inmediatamente envuelto en una granizada de proyectiles»; casi todos sus cañones quedaron fuera de servicio y su cubierta deshecha. Sin embargo, el centro de la media luna británica avanzaba también rápidamente y, a las seis menos trece minutos, el *Defence* (buque insignia del contraalmirante sir Robert Arbuthnot) y el *Warrior*, que eran los dos barcos del centro de la línea de cruceros acorazados que cubría directamente la marcha de la Gran Flota, divisaron al segundo grupo de exploración alemán desde la dirección opuesta y abrieron un violento fuego contra él. Los cruceros ligeros de Boedicker, que perseguían animosamente al desamparado *Chester*, viraron rápidamente ante el fuego de estos buques potentes aunque de edad madura, pero fue para tropezar con otro adversario aun más poderoso.

El almirante Hood, con sus tres cruceros de batalla, había oblicuado en dirección del cañoneo y salía entonces de la bruma cayendo sobre los cruceros ligeros alemanes con sus cañones de 30,5 cm; consiguió inutilizar al Wiesbaden y averiar gravemente al Pillau y al Frankfort en unos pocos minutos. La aparición de navíos de batalla desde el norte «dejó al almirante Boedicker petrificado», pues oía por su retaguardia el estruendo de la acción contra los cruceros de Beatty y, por lo tanto, el nuevo antagonista había de ser la vanguardia de la flota británica principal. En el acto trató Boedicker de escapar de la tenaza que lo amenazaba, dejando al inválido Wiesbaden que saliera del peligro como mejor pudiera. Como se verá, el estampido de los cañones de Hood significó para Hipper una advertencia parecida.

Entretanto, Arbuthnot, con el Defence y seguido del Warrior, estaba persiguiendo al segundo grupo de exploración y se encontró con el Wiesbaden que trataba de escabullirse. Resuelto a destruirlo «se precipitó sobre él a toda marcha», mientras el Lion, que conducía la fila de cruceros de batalla en lucha con Hipper, convergía también hacia el mismo lugar. Arbuthnot, en su ímpetu, se atravesó en la ruta del Lion, obligándolo a desviarse, y le tapó su objetivo con el humo de sus chimeneas. El Defence estaba a 6.000 metros del Wiesbaden y viró a estribor para dirigirle toda su andanada; pero, en aquel momento, Hipper, que volvía a ganar terreno, dirigió sobre él sus cañones e hicieron otro tanto algunos de los acorazados alemanes que iban llegando a distancia de combate. En un momento se vio alcanzado el Defence por una serie de proyectiles de los calibres más pesados, estalló con una explosión terrible y desapareció a las seis y diecinueve minutos, con toda su tripulación de cerca de ochocientos hombres y en una inmensa columna de humo. El Warrior, alcanzado gravemente, parecía próximo a compartir su destino. Pero entretanto tenían lugar otros sucesos aun más importantes: la Gran Flota había empezado a desplegarse a las seis y cuarto.

Durante estos episodios, había terminado la Carrera al norte. A las cinco y veinticinco minutos Beatty había reanudado la lucha con Hipper: la luz era entonces favorable a los británicos y los cañones de 38,1 cm del Barham y del Valiant tiraban también sobre los cruceros de batalla alemanes, que empezaron a sufrir terriblemente. A todo esto, a las cinco y cuarenta y dos minutos se oyó el sonido de los cañones del Invencible, que atacaba al segundo grupo alemán de exploración hacia el nordeste. Ante esto, y teniendo buenas razones para sentirse rodeado por fuerzas superiores a la vez que dominado en el duelo artillero que sostenía, Hipper hizo virar rápidamente a sus buques y se dirigió hacia la flota de alta mar. Al virar su adversario a estribor, Beatty imitó al principio su movimiento, pero después giró a su alrededor en dirección al este, como prolongación del mismo y a la vez también con el objeto de impedir a Hipper que en su giro descubriera a la flota de batalla británica. Fue en este momento cuando se divisaron el Lion y el Iron Duke y esta aparición

constituyó una sorpresa para Jellicoe: la posición de Beatty señalada por este en sus radiogramas le había hecho creer que lo encontraría mucho más al este. La suma de los errores de los dos buques no era menor de 11 millas y entonces los hechos se imponían a las apreciaciones: allí estaba el Lion a seis millas de él y cerca de cuatro cuartas (45°) más a estribor del Iron Duke de lo que se había supuesto; era, pues, razonable admitir que también la flota de batalla enemiga estaba desviada hacia el este en la misma medida y ello significaba que Jellicoe no la encontraría de frente ni siquiera aproximadamente, sino oblicuamente por la banda de estribor a proa.

La situación era crítica, urgente y oscura. El comandante en jefe sentía el aliento del enemigo a su derecha y le era necesario encarar urgentemente su flota en la nueva dirección. Pero este giro exigía quince minutos y no disponía de ellos. En cuanto vio a Beatty cruzando delante de su ruta a toda máquina a las seis y un minuto, le preguntó con señales: «¿Dónde está la flota de batalla enemiga?». Un minuto más tarde, como consecuencia de la aparición y posición de Beatty, y al no tener tiempo de oblicuar, hizo girar hacia el sur a los buques de cabeza de sus divisiones para mejorar su línea de aproximación al enemigo ganando espacio en esta dirección. Este movimiento, que no hizo perder tiempo y era de concepción absolutamente correcta, colocó, sin embargo, a la flota en una formación escalonada por divisiones nada conveniente para el despliegue, y más teniendo en cuenta que la flota alemana podía estar muy cerca y salir en cualquier momento de la niebla a 6 o 7 millas para abrir el fuego inmediatamente. Así, cinco minutos más tarde, el comandante en jefe hizo volver a la formación inicial, que, aunque no apuntaba a la dirección verdadera, le ofrecía mejores oportunidades para desplegar.

Entretanto, Beatty, que estaba solo a 2 millas delante del Marlborough (guía de la columna derecha de la masa), respondió: «Cruceros de batalla enemigos al sudeste», a lo que el comandante en jefe volvió a preguntar: «¿Dónde está la flota enemiga de batalla?», pregunta que el Lion no contestó. De momento Hipper había desaparecido y el Lion no tenía enemigo alguno a la vista.

Escrutando ansiosamente las amenazadoras cortinas de niebla o discurriendo sobre las contradicciones y oscuridades de la carta náutica, Jellicoe mantuvo su ruta en incertidumbre expectante durante ocho minutos más y entonces, por fin, vino la luz: a las seis y diez minutos, el Barham divisó acorazados alemanes al SSO y, como su estación de radio había quedado destruida, pasó las señales al Valiant y Jellicoe las recibió cuatro minutos después. Casi al mismo tiempo, el Lion señalaba también la flota de alta mar al SSO y entre ambas referencias quedaba localizado el enemigo a cuatro cuartas a estribor proa, o sea, en ángulo recto. La dirección resultante era la

correcta, pero la distancia que se obtuvo era 3 millas menor que la verdadera, y ante esta apreciación no pareció posible dilatar más la decisión. Había llegado el momento; como dice el relato del Almirantazgo, «era necesario desplegar la flota urgentemente».

Al haber tenido lugar el encuentro desde un ángulo tan desfavorable no era posible el despliegue rápido virando las divisiones a babor o a estribor: habría quedado la flota en una línea mal situada con relación al frente de batalla potencial del enemigo. Quedaba solo el sistema de despliegue por un ala, de veintidós minutos de maniobra. Jellicoe se consideró limitado, pues, a dos alternativas: o tenía que hacer seguir adelante a la división de la derecha, que era la más próxima al enemigo, y que las demás la siguieran, o hacer iniciar la marcha a la columna de la izquierda, que era la más alejada de él. Si escogía el primer despliegue, corría el peligro de que el enemigo concentrara el fuego sobre la cabeza de su línea, mientras el resto de la flota no podía aún contestarlo. Si escogía el segundo, formaría su línea de batalla 10.000 metros más lejos del enemigo, es decir, que en lugar de entrar en acción y romper el fuego inmediatamente, quedaría desplegado fuera del alcance eficaz del tiro artillero y su maniobra inicial en la batalla sería un repliegue.

Lo que sabemos ahora nos lleva a la conclusión de que podía haber desplegado perfectamente sobre el ala de estribor sin peligro alguno. La quinta escuadra, con sus inigualables cañones, coraza y velocidad, estaba, precisamente, a punto de situarse delante del Marlborough, por lo que vendría a quedar formando la vanguardia de la división de dreadnoughts más antiguos. Los cruceros de batalla de Beatty se hallaban ya siguiendo la dirección correcta, y delante de todos, Hood, con rápida comprensión de la situación, estaba a punto de virar para iniciar la línea de fila general. La flota entera habría quedado así desplegada armónicamente en plena batalla y dentro del alcance eficaz, con casi todos sus navíos rápidos y potentes a vanguardia, en el extremo precisamente más conveniente para cortar al enemigo de su base. Pero el comandante en jefe escogió la otra alternativa y no puede decirse realmente que, tal como conocía él los hechos en aquel momento, su decisión fuera errónea. Hay muchos argumentos en los dos sentidos, y él era el único que podía decidir: si hubiera desplegado sobre el ala próxima al enemigo y las divisiones de cabeza hubieran sido aplastadas por el fuego de la flota alemana de batalla, o si se hubiera sufrido un ataque con torpedos sobre la vanguardia y nuestra línea entera hubiera quedado desordenada y detenida en su despliegue, perdiéndose cuatro o cinco buques en otros tantos minutos, como hubiera podido muy bien ocurrir, no habría dejado de criticarse la imprudente decisión del almirante, y las consecuencias habrían sido aún más lamentables que la crítica.

Pero había, seguramente, una tercera alternativa posible para sir John

Jellicoe, que no tenía ninguno de los inconvenientes de aquellas dos tan peligrosas, y que, aunque llevaba consigo una evolución complicada, era, en principio, una solución sencilla, y, si se miran bien las cosas, precisamente la más sencilla de todas las soluciones. Podía haber desplegado por su centro, poniéndose él mismo en cabeza. Existe en la marina británica una antigua señal bien conocida que permite al comandante en jefe salir de la masa en cabeza de su propia división y hace que las demás lo sigan en el orden que él mismo va indicando. Bastaba izar la señal «A» sobre una serie de números que indicarían el orden en que las distintas divisiones habían de seguir. Implicaba para los buques de las divisiones de babor que redujeran su velocidad o que describieran un círculo a babor en contramarcha para no reducirla, mientras las divisiones de estribor iban ocupando su sitio detrás del comandante en jefe. La flota no se hallaba bajo el fuego enemigo y la maniobra podía realizarse. Venía a decir en una palabra: «Seguidme», y en un mar de incertidumbres como aquel, era una medida intermedia, segura, prudente y gloriosa de salir del cruel dilema. Al adoptarla habría conservado sir John Jellicoe el máximo dominio sobre su flota después de desplegada, y habría dispuesto de 3 millas en distancia y diez minutos en tiempo más que si hubiera desplegado sobre el ala próxima al enemigo. Habría evitado un repliegue frente a un adversario que avanzaba, habría guiado a su flota, y esta lo habría seguido a él.

Parece extraño que no haya tratado el almirante esta alternativa en ninguno de los informes y explicaciones que ha dado de sus actos. Quizá pueda explicarse fácilmente: sir John Jellicoe operaba sobre un sistema preconcebido bien marcado, y, en el tumulto y misterio de los preliminares de lo que podía ser la batalla más grande del mundo, se atuvo a sus principios en todo lo que pudo. En todos sus dispositivos de batalla había imaginado un despliegue sobre la columna de babor o sobre la de estribor y, como consecuencia del sistema ordinario de señales de la Gran Flota, las órdenes de batalla no habían previsto un despliegue sobre el buque almirante. La vieja señal era bien conocida y de haberse izado habría sido comprendida inmediatamente, pero había caído en desuso y en aquel momento parece que no se le ocurrió siquiera al comandante en jefe.

Tampoco se le ocurrió adoptar una precaución indispensable para evitar que escapara el enemigo y que no comprometía en nada la seguridad de la flota. Su despliegue cauteloso sobre el ala exterior hacía aún más imperativo que se tomaran seguridades para obligar al enemigo a la batalla. Para ello le bastaba ordenar a los cuatro Queen Elizabeth de la quinta escuadra que, en lugar de situarse dócilmente a la cola de la fila, desaprovechando totalmente su combinación de velocidad y potencia, única en la flota, atacaran separadamente por su cuenta el lado libre del enemigo. Tales navíos no habrían estado en peligro alguno de ser abrumados por la superioridad del enemigo en número porque eran 8 o 9 nudos más rápidos que la flota de

Scheer, mientras esta permaneciera unida, y en todo momento podían romper el combate si se sentían demasiado apurados. Sabiendo esto, ¿qué cosa podía serles más fácil que dar la vuelta y caer sobre la escuadra de los viejos Deutschland, para inutilizar o destruir dos o tres de ellos en pocos minutos? Scheer se habría visto casi obligado a detenerse e ir en su socorro y, cogido entre dos fuegos, no habría tenido otro recurso que aceptar la batalla. Esta era, precisamente, la clase de situaciones para la que había sido construida aquella división de superdreadnoughts rápidos, que combinaban casi en igual medida velocidad, artillería y protección, y en la que se había empleado tanto gasto y trabajo, constituyendo uno de los hechos fundamentales de mi gestión en el Almirantazgo. Pero ni el comandante en jefe ni el propio jefe de esta escuadra encontraron mejor empleo para ellos que hacerlos seguir inútilmente la cola de la formación a 17 nudos cuando su velocidad propia pasaba de los 24.

Así, a las seis y cuarto exactamente, se dio por señales y por radio la orden de desplegar sobre el ala de babor: las banderas fatales se agitaron en la brisa y fueron luego arriadas de nuevo. La orden se puso en ejecución y los cinco sextos de la inmensa línea de acorazados británicos viraron a la izquierda y empezaron a alejarse del enemigo. La flota británica había efectuado su primer movimiento en la batalla de Jutlandia.

Tanto Beatty como la quinta escuadra estaban en la posición perfecta para un despliegue sobre el ala de estribor. Al efectuarse este a babor, Beatty se vio obligado a atravesar a toda marcha el frente de batalla para ocupar su posición en vanguardia y Hood viró para colocarse en la línea delante de él. El humo de los cruceros de batalla impedía la visión a los acorazados y, a las seis y veinticinco, Jellicoe redujo la velocidad de la flota a 14 nudos, para que los cruceros de batalla se colocaran en cabeza. La señal no circuló con prontitud y sobrevinieron amontonamientos y dobles filas en algunos sitios, especialmente en el de giro del conjunto. La quinta escuadra, demasiado retrasada para cruzar el frente de despliegue de Jellicoe, y no habiendo recibido órdenes para actuar independientemente, decidió situarse a retaguardia y ejecutó un viraje a la izquierda bajo el tiro concentrado de los cruceros de batalla y de los acorazados de cabeza de la línea alemana. Una vez más, los cañones de 38,1 cm y la coraza de 33 cm de aquellos acorazados rápidos entraron en acción contra fuerzas muy superiores, y se dieron y se recibieron golpes terribles. El Warspite, con su timón inutilizado durante algún tiempo, se salió de la formación y, sin poder dominar su maniobra, describió un círculo bajo un fuego enemigo intensísimo; este círculo le hizo pasar por delante del medio hundido Warrior que, aprovechando la confusión y bendiciendo a su involuntario salvador, se esforzó en ponerse a salvo.

A las seis y veinticinco, y mientras el despliegue proseguía, la flota empezó a tirar, ya que un tercio aproximadamente de los buques hallaron

objetivos a distancia útil, sea en el desdichado Wiesbaden, que se hallaba en llamas entre las dos líneas de batalla, sea sobre la tercera escuadra alemana (Königs), que iba en cabeza de la flota enemiga. El alcance estaba limitado por el humo, y la visibilidad era escasa, pero la maniobra de Jellicoe había proporcionado a los británicos las condiciones de iluminación más favorables y el enemigo no podía ver más que los fogonazos de sus cañones. Cuando la mitad de la flota había cruzado ya por el punto de giro, parece que Jellicoe pensó acercarla más al enemigo alterando la ruta por subdivisiones, pero, sin duda, la figura en «L» que formaba entonces la flota le hizo pensar que esta maniobra era impracticable y se anuló la señal apenas iniciada. Cuando terminó el despliegue, a las siete menos trece minutos), la mitad de la flota estaba ya en acción y la tercera escuadra alemana fue alcanzada repetidas veces, sin que por parte de los británicos fuera tocado ningún buque.

Entretanto, Hood, con la tercera escuadra de cruceros de batalla, había entrado en colisión con los navíos de Hipper bajo buenos auspicios, pero, a las seis y treinta y un minutos, una salva del Derfflinger alcanzó al Invencible. Dice el Relato Oficial:

Se sucedieron rápidamente varias grandes explosiones, del casco hundido surgieron masas de polvo de carbón, sobre el buque ondearon grandes lenguas de fuego, los mástiles cayeron, el buque se partió en dos y un sudario inmenso de humo negro se elevó al cielo. Cuando se disipó, solo se veían la proa y la popa levantándose del agua como para marcar el lugar donde se había hundido un almirante.

Solo 6 hombres sobrevivieron de su tripulación de 1.026 oficiales y marineros.

Sigamos ahora, por un momento, los movimientos alemanes. Scheer se vio desde las seis y veinticinco bajo el fuego de la línea de batalla británica y tomó a los cruceros de batalla de Hood por la vanguardia de la línea británica, por lo que creyó encontrarse envuelto. En lugar de realizar sobre la línea británica la maniobra de «cruzar la T», le pareció que estaban a punto de hacérsela a él. Por ello, con la mayor prontitud, diez minutos más tarde, hizo virar a toda su flota, girando cada buque independientemente y a la vez y se dirigió al oeste, en dirección a Inglaterra, a la vez que lanzaba una flotilla para que cubriera su retirada con ataques de torpedo y cortinas de humos. Esta maniobra ampliamente practicada, se realizó con pleno éxito e incluso con precisión, a pesar de la confusión y excitación de la batalla. Por otro lado, Jellicoe, amenazado por la nube de torpedos, viró hacia el lado exterior conforme a su propósito anunciado de siempre. Las flotas se separaron rápidamente, los alemanes se desvanecieron en una capa de niebla y Scheer se encontró otra vez solo.

Pero entonces ocurrió uno de estos episodios sorprendentes que se hallan más allá de los límites de una esperanza razonable y que han constituido, a veces, los momentos cruciales de la historia. Apenas se vio libre Scheer, después de marchar unos veinte minutos hacia el oeste, cuando volvió a hacer virar a todos los buques a la derecha en redondo y a marchar de nuevo al este. ¿Cuál era su propósito? Una vez regresado a puerto declaró que había querido buscar de nuevo el contacto con la flota británica: «Cuando me di cuenta de que había cesado por completo la acción británica y de que la flota seguía intacta en mis manos, di otra vez la vuelta bajo la impresión de que el combate no podía terminar de esta manera y de que era mi deber buscar de nuevo el contacto con el enemigo». Esta explicación va respaldada por la Historia Oficial Alemana, pero parece más probable que Scheer calculara que este movimiento lo llevaría a cruzar por detrás de la línea británica y esperaba pasar castigando de paso a los buques de cola, para situarse de nuevo del lado de las bases alemanas. Sabemos que se hallaba bajo la impresión de que los cruceros de batalla británicos formaban la vanguardia de la línea británica, y de aquí debía concluir, inevitablemente, que la Gran Flota se hallaba 5 millas más adelantada de lo que estaba en realidad. Bajo estos supuestos, su movimiento lo habría llevado casi exactamente a cruzar la cola británica, pero, en lugar de esto, fue a dar de lleno en el centro de su línea, que era, seguramente, lo que menos esperaba. Este error podía muy bien haber sido fatal para los alemanes, y es imposible imaginar una posición para ellos más peligrosa. La flota de Jellicoe estaba, sin duda, todavía algo desordenada y marchaba hacia el sur con sus divisiones escalonadas, así que, en realidad, a las siete y doce minutos, vino a encontrarse, ante los alemanes en la misma posición que tanto le había desagradado antes de su despliegue inicial. No se presentó, sin embargo, prácticamente ninguna dificultad grave y, a medida que los navíos germanos fueron saliendo uno tras otro de entre la niebla, los acorazados británicos que estaban dentro de un alcance eficaz fueron abriendo sobre ellos un fuego terrible. La vanguardia alemana, los formidables König, vio encenderse en llamas el horizonte entero hasta donde alcanzaba la vista. Siguieron seis minutos de cañoneo intenso y sobre los navíos alemanes cayó una tempestad de proyectiles. El grupo de exploración de Hipper, muy averiado, pero todavía terrible, soportó una vez más lo peor del embate: el Seydlitz quedó envuelto en llamas y el Lützow se separó de la formación. Fue el cañoneo más intenso que ha tenido lugar nunca en el mar.

Pero, no duró mucho. En cuanto se dio cuenta Scheer de dónde se había metido, repitió de nuevo, aunque esta vez menos fríamente, la maniobra que ya había empleado anteriormente, y, a las siete y diecisiete minutos, volvió a invertir la flota de batalla otra vez con rumbo al oeste, lanzó otra serie de ataques con las flotillas, produjo más cortinas de humo y ordenó a los jadeantes cruceros de batalla que atacaran a toda costa para cubrir su retirada

(una «carrera a la muerte») para los navíos de Hipper). Y una vez más Jellicoe, fiel a su sistema, viró ante los torpedos, primero dos cuartas, y luego, otras dos. En esta ocasión, hubo un momento al menos, como muestra una ojeada sobre el mapa, en el que habría podido dividirse en dos la flota británica, guiando la quinta escuadra a la fracción de estribor, para coger al enemigo entre dos fuegos. Pero el comandante en jefe estaba absorto en el problema de evitar los ataques de los destructores virando de bordo, y así la distancia volvió a aumentar, las flotas volvieron a separarse y Scheer volvió a perderse de vista, esta vez para siempre.

Entre las seis y las siete y media, las flotillas alemanas llegaron a lanzar hasta siete ataques contra la flota de batalla británica. La respuesta indicada era el contraataque con las flotillas británicas y las escuadras de cruceros ligeros, de las que había dos inmediatamente disponibles. Se habría debido ordenar que avanzaran y rompieran la formación enemiga de ataque, lo que hubieran podido efectuar perfectamente. Pero, en lugar de emplear esta parada agresiva, Jellicoe se limitó cada vez a hacer virar sus buques en sentido contrario, con lo que cesó por completo el contacto con el enemigo. Las flotillas alemanas no perdieron más que una unidad en toda esta fase y, en cambio, aseguraron perfectamente la retirada de su flota de las garras de la muerte.

No obstante, Beatty trató, por su parte, de renovar la acción. Lo más importante era empujar a los alemanes al oeste, lejos de sus bases. El Lion veía aún al enemigo, pero la flota de batalla británica no se acercaba y les era imposible a los cruceros de batalla entablar combate ellos solos con las fuerzas de Scheer. A las siete cuarenta y cinco, Beatty señaló, por intermedio del Minotaur, al acorazado británico que iba en cabeza la marcación del enemigo y, dos minutos más tarde, dirigió al comandante en jefe el mensaje que ha sido tan discutido: «Propongo que me siga la vanguardia de los acorazados; podemos cortar el paso al enemigo hacia su base», y casi inmediatamente alteró su ruta para acercarse al enemigo. Entretanto, el arco que describía Scheer en dirección a sus bases había modificado el rumbo de la flota de alta mar, de dirección oeste había pasado a dirigirse hacia el sur. Las dos flotas convergían otra vez y los cruceros ligeros y destructores de ambos bandos abrieron de nuevo fuego. Los cruceros de batalla británicos volvieron a entrar pronto en acción; pero ¿dónde estaba la vanguardia de nuestra flota de batalla? Había pasado un cuarto de hora desde que Jellicoe recibiera el mensaje de Beatty cuando envió, por fin, la orden necesaria a la segunda escuadra, y en términos que no implicaban urgencia. El vicealmirante que la mandaba, Jerram, no aceleró su marcha, ni se adelantó a la Gran Flota, ni tan siquiera preguntó al Minotaur dónde se encontraba el Lion; se limitó a conservar su rumbo con desconocimiento completo de la situación general. Así, el Lion y sus camaradas quedaron solos como en el primer encuentro, en este que iba a

ser el último de la batalla y de la guerra. Los cruceros de batalla alemanes, seriamente dañados, no se hallaban casi en condiciones de combatir y la luz seguía siendo favorable a los británicos. Rompió el fuego el Tiger y siguieron los demás, a distancias de 9.000 a 13.000 metros. Una de las dos únicas torres que quedaban útiles al Derfflinger quedó fuera de combate y el Seydlitz y el Lützow podían apenas responder con algún disparo. De repente los viejos acorazados Deutschland aparecieron en socorro de los bravos y destrozados navíos de Hipper y con ellos se cambiaron las últimas salvas de artillería gruesa a la luz del crepúsculo. Quince minutos después, los alemanes viraban otra vez hacia el oeste y desaparecían en la creciente oscuridad.

La noche había ya cerrado y a las nueve la oscuridad era completa sobre el mar. Con esto, las condiciones de la lucha variaron por completo. La superioridad del más fuerte se diluyó en una igualdad gris; los cruceros de gran radio de acción quedaron ciegos, los destructores amigos se convirtieron en un peligro para los buques a los que habían de proteger, los grandes cañones perdieron su alcance y empezó el reinado de los torpedos, si alguna vez habían de reinar. Las marinas rivales distantes solo 6 millas siguieron adelante en la oscuridad, silenciosas e invisibles, en disposición de virar en cualquier dirección en menos de cinco minutos, sin saber ninguna lo que la otra pensaba hacer ni lo que podía ocurrir de un momento a otro.

Pero el almirante Scheer se había hecho una composición de lugar y su propósito, aunque peligroso, era claro. Era un hombre resuelto y que se apoyaba en un juicio bien razonado: sabía que entre él y su base se encontraba una flota enemiga superior y que ser encontrado en tal posición a la luz del próximo día significaba, según todas las probabilidades, una destrucción total. La noche era corta y a las dos y media empezaría ya la aurora. Era preciso actuar sin perder un momento. Su plan era sencillo: regresar a su base lo más rápidamente posible y por el camino más corto, a toda costa y corriendo todos los riesgos. Si encontraba en su camino a la flota británica había que pasara través de ella: se perderían muchos buques por ambos lados, pero el grueso de la marina germana escaparía hasta el puerto. Todo era preferible a ser obligado a combatir en alta mar contra una fuerza abrumadora y con dieciocho horas de luz en perspectiva. A las nueve y catorce minutos, lanzó por radio la orden siguiente: «Nuestra fuerza principal va a regresar. Mantener el rumbo SSE 1/4 E; velocidad 16 nudos». En consecuencia, la flota de alta mar alteró su ruta sur y se dirigió precedida de sus flotillas y escuadras de cruceros ligeros, a su máxima velocidad combinada, en línea recta al Horn Reef. Es indudable que procedió acertadamente.

El problema de sir John Jellicoe era más complicado. En estos momentos tenía al enemigo en una posición que no formaba parte, evidentemente, de ningún plan alemán preconcebido. La idea de una acción de noche había de

rechazarse de plano. En cambio, cualquier encuentro que se librara al romper el día estaría exento de toda prevención sobre trampas o emboscadas preparadas de antemano; sería un combate abierto a librar a muerte sobre las aguas y disponía de fuerzas que doblaban con creces las de su adversario. Tenía, pues, el deber evidente y supremo de obligar a este a librar dicha batalla. Pero ¿cómo?

Desde los comienzos de la guerra, los alemanes habían sembrado dos campos de minas en la bahía de Heligoland, para evitar un ataque de la flota británica. En esta tarea, y por razones que sería prolijo referir, los alemanes recibieron la ayuda del Almirantazgo británico y, como consecuencia de los esfuerzos de los dos bandos, había grandes sectores de la bahía cerrados por las minas británicas o alemanas. A su través, habían dragado los alemanes tres anchos canales, uno al norte hacia el Horn Reef; otro más bien al centro, junto a la isla de Heligoland, y el último al sur, junto a la desembocadura del Ems. Cada uno de los bandos conocía suficientemente los campos de minas del otro y los tenía marcados en sus cartas náuticas tan claramente como los bancos y arrecifes, pudiendo ser evitados con la misma seguridad. El Almirantazgo británico no solo conocía los campos de minas, sino los tres canales alemanes que los atravesaban y así, sir John Jellicoe tenía entonces señalados en su carta los tres pasos que se hallaban a disposición del almirante Scheer.

Quedaba aún una cuarta alternativa: Scheer podía evitar la bahía de Heligoland y, virando al norte en cuanto cerrara la noche, volver a Alemania por el Báltico pasando por el Cattegat. ¿Qué camino escogería de los cuatro? Nadie, situado en la posición del comandante en jefe, hubiera podido esperar una apreciación exacta; cualquiera que fuera la decisión de Jellicoe, esta tenía forzosamente que pasar por alto un cierto número de probabilidades. Todo lo que se le podía exigir era que actuara de acuerdo con una probabilidad razonable y que dejara lo demás al destino. La cuestión final a examinar en este capítulo ha de ser, pues, la de ver si actuó o no con arreglo a una probabilidad razonable.

Podía eliminarse inmediatamente la última de las cuatro alternativas posibles para el enemigo: la retirada al Báltico por el Cattegat no daba a Scheer la seguridad de no verse obligado a combatir al día siguiente; exigía un viaje de 350 millas que daba a los británicos, más veloces, un día entero para cazarlo en alta mar. Jellicoe podía prevenir esta ruta (lo que no hizo por cierto), destacando unos pocos cruceros ligeros para vigilar dicha zona, asegurándose así una información a tiempo cuando amaneciera. La ruta del Ems, larga y apartada, podía también descartarse como improbable. Y así las cuatro alternativas quedaban reducidas a dos, o sea, a los canales del Horn Reef y a Heligoland, que no se hallaban, además, muy separadas entre sí. Sir John Jellicoe podía, pues, considerar muy bien ambos canales como rutas

probables, y sobre esta base se le ofrecía una excelente maniobra: poniendo rumbo hacia un punto a unas 10 millas al sudoeste del Horn Reef, se habría encontrado, al romper el día, en una posición favorable para forzar a Scheer a la batalla, tanto si se dirigía por un canal como por el otro. La flota británica andaba tres 3 nudos más rápida que la alemana y se encontraba, además, más cerca que ella de este punto cuando cerró la noche.

Pero Jellicoe parece haber juzgado que el dilema se planteaba entre el canal de Heligoland y el del Ems y no menciona en ninguna parte la posibilidad del Horn Reef, que era, a primera vista, lo más probable. «Me resistía —dice— a ceder la ventaja de posición que habría resultado de una ruta al este o al oeste, y me decidí a hacer rumbo al sur, donde me encontraría en situación de renovar la acción al amanecer y, además, favorablemente situado para interceptar la ruta del enemigo, tanto si se dirigía hacia Heligoland como si lo hacía hacia el Ems para seguir luego la costa norte de Alemania». Difícilmente puede admitirse que esta hipótesis fuera la más razonable, y no solo no tenía en cuenta las posibilidades favorables, sino que más bien las excluía. Siguiendo esta ruta hasta la aurora, o sea a las dos y media, quedaría la flota británica a 45 millas al sudoeste del Horn Reef y 25 al oeste del camino directo de Scheer a Heligoland, eliminando el combate en ambos casos. Scheer quedaba libre de retirarse por el Horn Reef, por Heligoland o, si lo prefería, por el Cattegat, y solo se interceptaba la ruta mucho menos probable del Ems.

A las nueve y un minuto la flota de batalla británica se dividió por divisiones y se dirigió casi exactamente hacia el sur a una velocidad de 17 nudos. A las nueve y diecisiete, adoptó el dispositivo nocturno en orden cerrado sobre tres columnas y, diez minutos más tarde, se ordenó a las flotillas de destructores que se colocaran 5 millas detrás. Esta orden tenía un doble objeto: liberaba a la flota de batalla durante la oscuridad de la vecindad de sus propias flotillas, permitiéndole tratar como enemiga a toda fuerza torpedera que apareciera y hundir todo lo que surgiera por delante; y, además, prolongaba la línea británica aumentando las probabilidades de interceptar la ruta del enemigo. Pero no se dio a las flotillas orden alguna de atacar al enemigo, y así fueron siguiendo pasivamente su camino sin instrucciones ni información. La orden de Jellicoe a sus flotillas fue recogida por la estación escucha alemana de Neumünster, que la comunicó a Scheer a las diez y diez: «Los destructores se han colocado cinco millas a popa de la flota principal enemiga». A las once menos diez, la séptima flotilla alemana dio cuenta de que había divisado destructores británicos y, de este modo, el almirante alemán tenía, en adelante, si le llegaba el aviso de Neumünster, una idea clara de las posiciones relativas de las dos flotas. Con esto termina la primera fase de las operaciones de noche: la flota británica marcha hacia el sur a 17 nudos, dejando cada momento más libres al enemigo sus dos líneas de retirada más

cortas y más probables; los alemanes se dirigen al Horn Reef a 16 nudos y se hallan a punto de cruzar la cola de Jellicoe con la que han tropezado ya sus destructores. Todavía había tiempo de rectificar la situación.

Hacia las diez y media, el cuarto grupo alemán de exploración entró en contacto con la segunda escuadra de cruceros ligeros británicos que seguía detrás de la Gran Flota. Se entabló un cañoneo violento; el Southampton y el Dublin sufrieron grandes daños y el viejo crucero alemán Frauenlob fue hundido por un torpedo. Los haces de reflectores y los fogonazos de este encuentro fueron divisados desde las cofas de casi todos los navíos de la Gran Flota. El cañoneo en este cuadrante, aunque no era una prueba decisiva, sugería, por lo menos, que el enemigo podía estar tratando de pasar a popa de la escuadra británica, dirigiéndose hacia el Horn Reef. Además, se tenía en aquel momento una confirmación decisiva.

Allá lejos, en Whitehall, el Almirantazgo había estado escuchando los radiogramas alemanes. Interceptaron y descifraron la orden de Scheer a la flota de alta mar a las nueve y catorce minutos. A las diez y cuarenta y un minutos el Iron Duke lo recibió, y hacia las once y media, una vez descifrado, lord Jellicoe recibió el sugestivo mensaje siguiente: «Se ha ordenado a la flota alemana regresar a puerto a las nueve y catorce minutos. Los cruceros de batalla van a la cola. Rumbo SSE 3/4 E, velocidad 16 nudos». Si había de dársele fe, este mensaje quería decir, y no podía interpretarse de otra manera, que los alemanes regresaban por Horn Reef. Combinado este informe con las probabilidades en general y con el cañoneo que se oía a popa en particular, implicaba que el mensaje del Almirantazgo, de no ser totalmente erróneo, daba una seguridad casi absoluta. Si Jellicoe se hubiera decidido a seguirlo le hubiera bastado inclinar su ruta, poniéndola paralela a la de los alemanes, para tener la certeza de obligarlos al combate al amanecer y, al hacerlo, no se habría arriesgado por esto a una acción nocturna ni aumentado los peligros existentes de ataques por torpedo.

Pero ¿podía confiarse en el mensaje del Almirantazgo? Sir John Jellicoe no lo pensó así. Sin duda recordaba que, a primeras horas del día, poco antes de que se divisaran los cruceros de batalla enemigos, la misma fuente de información le había dicho que, probablemente, la flota alemana no había salido, porque su buque almirante seguía radiando desde puerto. Cuando más tarde se había llevado a la carta náutica la ruta de Scheer dada por el Almirantazgo, había resultado, debido a un error de detalle, que los alemanes se encontraban, según los datos, casi exactamente en el punto ocupado en aquel momento por el propio buque almirante británico, lo cual era un absurdo. Por último, acababa de recibir un aviso del Southampton, fechado a las diez y cuarto e indicando que el enemigo proseguía su ruta hacia el oeste. Considerada en conjunto, la situación no estaba clara y, en consecuencia,

rechazó la información del Almirantazgo y continuó haciendo ruta al sur a 17 nudos.

Es difícil dejar de considerar que esta resolución era contraria a la probabilidad de más peso. Es evidente que, si sir John Jellicoe hubiera actuado de acuerdo con el mensaje del Almirantazgo, habría tenido, aunque aquel hubiera resultado erróneo, una justificación de su acción que nunca habría podido impugnarse. Al continuar rumbo al sur estaba abandonando tantas probabilidades y guardando tan pocas que resulta difícil penetrar claramente su pensamiento, aunque, por supuesto, hay que convenir en que los elementos de duda y contradicción que se han mencionado ejercían también su peso.

A las once y media, la flota alemana de alta mar, tras algunas pequeñas alteraciones de rumbo, se encontró con la cuarta flotilla británica, y se siguió un breve combate. Quedaron inutilizados los destructores Tipperary y Broke, el Spitfire chocó con el acorazado Nassau y el Sparrowhawk con el averiado Broke. El crucero alemán Elbing fue embestido e inutilizado por su compañero Posen y el Rostock fue torpedeado. El resto de la flotilla británica se alejó en la oscuridad y, volviendo luego sobre su ruta primitiva, cargó por segunda vez sobre el enemigo. Fueron hundidos los destructores Fortune y Ardent por el fuego de la artillería adversa. Poco después de medianoche, el crucero acorazado Black Prince, que había quedado rezagado y estaba tratando de incorporarse a la flota, se encontró de pronto a 1.600 metros de la escuadra alemana de superdreadnoughts y fue en el acto aniquilado, pereciendo su tripulación de 750 hombres sin dejar un solo superviviente. A las doce y veinticinco, la vanguardia alemana, que se hallaba ya a babor de la flota británica, cayó sobre la novena flotilla británica y la décima y la 13, y hundió al destructor Turbulent. En estos encuentros casuales, las flotillas británicas, que seguían disciplinadamente la estela de la Gran Flota, sufrieron pérdidas tan severas como si hubieran sido lanzadas a un ataque efectivo. El último contacto tuvo lugar a las dos y diez, cuando la flotilla 12, que había divisado al enemigo, fue conducida al ataque resueltamente y con un plan bien definido por el capitán Stirling, destruyó al Pommern con su tripulación completa de 700 hombres y hundió al destructor alemán V4. Este fue el último episodio de la lucha.

Hasta media hora después de medianoche tuvo tiempo Jellicoe para alterar su ruta y llegar a Horn Reef, para librar un combate de día. Y, aun de hacerlo después de dicha hora, podría haber cortado la retaguardia alemana y los rezagados. Las repetidas ráfagas de fuego violento, los fogonazos de las grandes explosiones y los haces de los reflectores, cosas que fueron teniendo lugar sucesivamente de oeste a este, solo podían interpretarse de una manera. Pero la Gran Flota continuó impávida su ruta hacia el sur y, cuando al fin viró al norte a las dos y media, los alemanes estaban ya irremisiblemente fuera de

su alcance. Además, esta ruta al norte alejó más aún a la flota británica del enemigo en retirada y es evidente que desde este momento el comandante en jefe había abandonado ya decididamente toda esperanza de renovar la acción. Solo podía ya recoger sus fuerzas, barrer la zona en busca de rezagados y volver luego a puerto, y esto fue lo que hizo.

Así terminó la batalla de Jutlandia. Los alemanes proclamaron ruidosamente su victoria. En realidad, la victoria no fue de ninguno de los dos bandos, pero ellos tenían razones para mostrarse orgullosos de su joven marina. Habían logrado escapar ante la tenaza de fuerzas superiores y, al hacerlo, habían infligido pérdidas en navíos y en hombres más severas que las que habían sufrido. La flota británica de batalla no llegó a empeñarse nunca, realmente, en la acción: solo un navío de línea, el Colossus, recibió una granada enemiga, y de más de 20.000 hombres que tripulaban los acorazados solo hubo dos muertos y cinco heridos. A este instrumento supremo se había consagrado lo mejor que podía dar Gran Bretaña durante muchos años; era muy superior a la flota adversaria en número, tonelaje, velocidad y, sobre todo, en potencia de fuego, y le era, por lo menos, igual en disciplina, habilidad individual y valor. En todas las filas surgió el desencanto e inmediatamente se elevaron reproches y recriminaciones que han continuado hasta hoy, y en medio de los cuales este relato ha tratado de abrirse un camino verídico e imparcial. Todos esperaban que les sería ofrecida otra oportunidad y trataron animosamente de aprovechar las enseñanzas de la batalla. La oportunidad de haber logrado una victoria aniquiladora se ofreció quizá en el momento del despliegue; luego, otra vez, una hora más tarde, cuando Scheer cometió su gran equivocación; y por fin, por tercera, cuando, un poco antes de medianoche, el comandante en jefe decidió desoír las informaciones que daba el mensaje del Almirantazgo. No hay duda de que tres son muchas veces.

Sin embargo, se ofreció todavía otra ocasión de obligar al combate a la flota alemana. Seis semanas después de Jutlandia, en la tarde del 18 de agosto, el almirante Scheer se hizo de nuevo a la mar. Se proponía bombardear Sunderland y, si intervenía la flota británica, atraerla hacia sus flotillas de submarinos. La principal de ellas, compuesta de 17 submarinos, estaba dispuesta en dos líneas sobre las rutas probables de la flota británica, una a la altura del Blyth y otra junto a la costa de Yorkshire; en tanto que 12 submarinos más de la flotilla de Flandes se hallaban estacionados a la altura de la costa holandesa. Cuatro zepelines patrullaban entre Peterhead y Noruega, tres a la altura de la costa británica entre Newcastle y Hull y otro en la bahía de Flandes. La segunda escuadra alemana de batalla, compuesta de los lentos Deutschland, se quedó esta vez en el puerto y, de esta manera, protegidos por sus dirigibles, erizados de submarinos y sin estar entorpecidos por sus navíos más viejos, los alemanes emprendieron atrevidamente su ruta.

Las maniobras preliminares de los alemanes no habían pasado inadvertidas por el Almirantazgo y, en la misma tarde del 18, las escuadras de línea de la Gran Flota recibieron orden de reunirse en los Long Forties, los cruceros de batalla de incorporarse más al sur, y la fuerza de Harwich de acudir a un punto de cita al este de Yarmouth. A la vez, 26 submarinos británicos se desplegaron también para interceptar el rumbo enemigo: 5 en la bahía de Heligoland, 8 en la de Flandes, uno en la costa holandesa y 12 a la altura de Yarmouth y del Tyne.

Los movimientos de las dos flotas durante el día 19 pueden seguirse fácilmente sobre el mapa. Las operaciones diurnas fueron precedidas por ataques submarinos de los dos bandos. A las cinco y cinco, el acorazado alemán Westfalen fue alcanzado por un torpedo del submarino británico E23, y tuvo que regresar a puerto a las siete y veintidós, mientras el almirante Scheer seguía imperturbable su ruta con el resto de la flota. Hacia las seis, el Nottingham, uno de los cruceros de la línea avanzada de Beatty, recibió el impacto de dos torpedos del U52 alemán, otra vez a las seis y veinticinco y se hundió a las siete y diez. Al principio, hubo dudas sobre si había sido hundido por un torpedo o por una mina; pero, a las siete menos doce minutos, el buque almirante Iron Duke recibió un parte del Southampton dando por cierto que se trataba de un torpedo. Al mismo tiempo se recibía una información del Almirantazgo que fijaba la posición de la flota alemana. No obstante, sir John Jellicoe parece haber seguido bajo la impresión de que el Nottingham había sido destruido por una mina y, en consecuencia, sospechó una celada y, a las siete, mandó virar a la Gran Flota e hizo rumbo al norte durante más de dos horas, hasta las nueve y ocho minutos.

No aparece claro, aun admitiendo que el Nottingham hubiera sido hundido por una mina, que tal maniobra fuera absolutamente necesaria. Bastaba una alteración relativamente ligera del rumbo para llevar a la Gran Flota muchas millas más allá del supuesto campo de minas, aumentando, además, la posibilidad de situarse entre la flota alemana y sus bases. El U52 había, pues, tenido más éxito del que esperaba. Pasaron dos horas antes de que la Gran Flota virara de nuevo con rumbo al enemigo, para recobrar el espacio perdido; así que, en total, se perdieron cuatro horas y la probabilidad de interceptar a la flota de alta mar quedó muy reducida. Sin embargo, no puede decirse que fuera esta la causa que impidió la batalla: iba a intervenir un incidente de otro género. El almirante Tyrwhitt se hallaba, entretanto, cruzando con la fuerza de Harwich hacia el punto de cita del sur. Durante la tarde, Scheer recibió cinco partes de los zepelines, uno sobre la Gran Flota y cuatro sobre la fuerza de Harwich y, aparte, otros tres informes de submarinos sobre la Gran Flota. Las fuerzas británicas del norte parecían marchar alejándose de él, como si en aquella dirección se realizara alguna concentración. Sin embargo, a las doce y treinta y cinco, el dirigible L13 dio cuenta de que se habían visto, a las once y

media, importantes fuerzas británicas a unas 70 millas hacia el sur, dirigiéndose al norte. Eran, naturalmente, las de Harwich, pero el almirante Scheer llegó a la conclusión de que se trataba de la Gran Flota y de que se hallaba en peligro su retirada. En consecuencia, viró de bordo a las tres y cuarto y, después de aguardar a que se pusieran en cabeza los cruceros de batalla, se dirigió de nuevo a su base. Entretanto, sir John Jellicoe, que había recuperado la distancia perdida y recibido, a la una y media, una señal del Almirantazgo fijando la posición del buque almirante alemán a las once y treinta y tres, marchaba ahora a 19 nudos hacia la zona que Scheer acababa, precisamente, de abandonar. La carta náutica a bordo del Iron Duke parecía indicar que era inminente una batalla naval y sir John Jellicoe adoptó todas las disposiciones necesarias para el encuentro. Después de avanzar cerca de dos horas completamente dispuesto a la acción con los cruceros de batalla adelantados a estribor y la quinta escuadra a babor, todavía no se veía el enemigo. A las cuatro menos tres se perdió toda esperanza de encontrar a los alemanes, y la Gran Flota regresó a puerto, perdiendo en el regreso otro crucero ligero, el Falmouth, torpedeado por un submarino alemán. Por su parte, la fuerza de Harwich avistó a la flota alemana a las seis de la tarde, pero la Gran Flota se hallaba demasiado lejos para poder ayudarla, y el almirante Tyrwhitt volvió también a su base a las siete, terminando de este modo la operación de 19 de agosto.

Creo que no conviene cerrar este capítulo sin tratar de sacar algunas conclusiones de los sucesos que he intentado describir. Ante todo, y en lo que se refiere al material, ¿cuál fue la causa de la destrucción instantánea de los tres cruceros de batalla británicos? El Invencible tenía una coraza lateral de unos 15 o 18 cm de grueso, y estuvo en acción a menos de 10.000 metros, por lo que pueden haber hecho explosión sus pañales por efecto de proyectiles perforantes pesados que atravesaran su cinturón de coraza. Pero el Queen Mary se hallaba a 18.000 metros del enemigo cuando le alcanzó la salva fatal; estaba en su puesto sin haber sufrido daño alguno, marchando a 25 nudos y tirando con toda su artillería un minuto o dos antes de saltar. El Indefatigable sucumbió también con la misma facilidad y a la misma distancia límite. Solo caben, pues, dos explicaciones: o penetró una granada en sus pañales, o bien al estallar un proyectil enemigo en una torre incendió las municiones de la misma y las llamas penetraron en el pañol bajando por el tubo del montacargas, de 18 metros de profundidad. Es indudable que los pañales de los cruceros de batalla británicos no se hallaban suficientemente protegidos contra el tiro a larga distancia: las distancias a que se combatió en las batallas navales de la Gran Guerra fueron muchísimo mayores de lo que se había imaginado antes de ella y nuestros ingenieros navales no habían tenido suficientemente en cuenta, por lo tanto, el efecto vertical a que estarían sometidos los puentes y los techos de las torres, como consecuencia de los

grandes ángulos de caída. En los cruceros de batalla alemanes, la coraza estaba mejor distribuida. Además, los cruceros de batalla británicos, tal como los trazara Fisher y en gran manera también Jellicoe, aunque tenían mejor armamento que sus similares alemanes, se hallaban menos protegidos que ellos. Al examinar la arquitectura naval de 1911, yo me había apartado del tipo de crucero de batalla: gastar en aquellos tiempos dos millones de libras en un buque de la máxima potencia y velocidad, pero que no podía hacer frente a un acorazado poderoso, me pareció un sistema estéril. Me opuse, en consecuencia, a que se incrementara la clase de los cruceros de batalla, en la cual teníamos ya superioridad, y logré persuadir al Consejo del Almirantazgo de que se interrumpiera el que se proyectaba para el programa de 1912 y, en lugar de este crucero de batalla y cuatro acorazados, se construyeron cinco acorazados rápidos del tipo Queen Elizabeth, excluyendo, naturalmente, el crucero de batalla anual de los programas de 1913 y 1914. Este asunto ha sido ya explicado al detalle al principio de este relato.

A pesar de esto, es más probable que el Queen Mary y el Indefatigable hayan sido destruidos por la llamarada de las municiones de las torres a través del montacargas que por penetración del puente blindado. Los techos de las torres que se hallaban expuestos directamente al tiro con gran ángulo de caída tenían solo 7,6 cm de grueso. Desde la cámara de maniobra de estas torres, el tubo del montacargas conducía directamente al local, 18 metros más abajo, donde se preparaban los proyectiles del repuesto contiguo. Desde los primeros tiempos de los navíos acorazados modernos, se había reconocido ya el peligro de que se propagara una explosión por este tubo, pero las rivalidades en ejercicios de puntería entre buques realizados en tiempo de paz habían conducido a que se fueran omitiendo las distintas precauciones: los mamparos del repuesto en el fondo del tubo no eran dobles y, al ser sencillos, uno de ellos no podía estar cerrado siempre durante la acción; ni siquiera estaban obstruidos por cortinas espesas de fieltro. El obturador que cerraba el elevador por el que ascendía la carga de proyección había sido suprimido en algunos casos para cargar con más rapidez. Se había desarrollado el hábito de manejar sin reparo grandes cantidades de cordita, y los sacos de filoseda de los cartuchos británicos no daban la misma seguridad contra el fuego que el cartucho metálico alemán de latón, aunque este presentara, en cambio, otros inconvenientes. A lo largo del tubo del montacargas desde la recámara de las piezas hasta el repuesto, había al menos cuatro cargas dobles de cordita formando una cadena seguida de explosivos. La llamarada de un proyectil que hiciera explosión en la parte superior de la torre, o de un incendio que estallara allí en las cargas de cordita, podía en tales circunstancias transmitirse casi instantáneamente al repuesto mismo. Esta es, pues, la causa más probable de la destrucción tanto del Queen Mary como del Indefatigable, y sabemos que estuvo a punto de serlo en el Lion.

Los alemanes habían sido prevenidos y se habían armado contra este peligro por un accidente sobrevenido en el combate del banco Dogger en enero de 1915. Un proyectil de 34,4 cm penetró en la torre de popa del Seydlitz e incendió las cargas y un pequeño repuesto de disparos preparados. Una llama inmensa envolvió la torre y se extendió a los pasadizos de la próxima, destruyendo ambas torres y matando a más de doscientos hombres. Esta lección condujo a los alemanes a un cambio radical en la protección de los repuestos y en el servicio de las piezas, similar a los que se introdujeron en los buques británicos después de Jutlandia.

Los técnicos navales sostuvieron siempre que aunque los cruceros de batalla alemanes, sobre los cuales no dejábamos de estar bien informados, llevaban más coraza que sus similares británicos, esta ventaja estaba más que compensada por tener los nuestros cañones de más calibre y por lo tanto proyectiles más pesados. Pero la experiencia de la batalla probó que el proyectil perforante pesado británico era inferior al alemán del mismo calibre en posibilidades de estallar después de atravesar la coraza. Este hecho debería prevenir para siempre contra los departamentos técnicos de nuestros servicios de artillería naval e inducir a los futuros consejos del Almirantazgo a examinar y contrastar los datos científicos que acompañan los proyectos, comparándolos con los resultados de otros países, con un espíritu desprovisto de prejuicios. ¿Qué influencia tienen tales deficiencias sobre los probables resultados de una batalla naval? Esta cuestión es fundamental y a la vez se puede contestar de un modo categórico.

En ninguna ocasión, ni en el banco Dogger, ni en Jutlandia, logró penetrar ni siquiera el proyectil alemán más pesado las corazas británicas de 19 cm de grueso, y todos los impactos logrados sobre las de 23 cm fueron resistidos íntegramente por la plancha de blindaje. Todas las partes vitales de los buques británicos empeñados en Jutlandia iban protegidas por corazas de 33, 30, 28 o al menos 23 cm, de donde puede deducirse que, si la flota de batalla británica se hubiera empeñado seriamente en Jutlandia, no habría sufrido mucho del fuego alemán (prescindiendo de la mala fortuna de alguna llamarada casual transmitida por el tubo de los montacargas). Sabemos que el armamento principal y las máquinas de los cuatro Queen Elizabeth estaban intactos después de sufrir el fuego más violento de los navíos más potentes de la flota de línea y de los cruceros de batalla alemanes y que, fuera de cinco impactos de 30,5, no penetró ninguna granada su coraza principal; el techo de una de las torres del Malaya (11,5 cm) recibió el impacto de un proyectil de gran calibre sin sufrir daño. Puede concluirse, pues, que la protección en coraza de la flota británica de batalla podía resistir ampliamente los proyectiles alemanes de 30,5 cm, calibre máximo de que disponía el enemigo en Jutlandia.

Por otra parte, en el banco Dogger, un proyectil británico de 34,3 cm

perforó e hizo explosión en el lado interior de la coraza de 23 cm de una de las torres del Seydlitz, y, en Jutlandia, un proyectil británico de 38,1 cm atravesó la coraza de 25,4 cm de la parte frontal de la torre «D» del mismo buque y otro de 34,3 su coraza de 23 cm, aunque en estos dos últimos casos la explosión fue exterior. Resultados similares presenta el Lützow: al menos un proyectil de 34,3 cm perforó y estalló dentro de la coraza de 20 o de 30 cm, mientras que otro penetró en la plancha de 25 cm de una torre, produciendo un incendio en su interior. En el Derfflinger penetró también por lo menos una granada de 38,1 cm en una torre defendida por planchas de 25 o 30 cm, donde hizo explosión y ocasionó un fuego terrible que la destruyó por completo. Tales fueron los resultados del combate entre las dos flotas a larga distancia, y sería fácil añadir otros ejemplos. Si la batalla se hubiera librado hasta el fin, a distancias medias o cortas, habría aumentado la fuerza de penetración por ambos lados, pero se habría mantenido siempre la proporción superior en granadas de gran calibre por parte de los británicos.

Sobre esta base de hechos contrastados, hay que considerar la fuerza numérica de las flotas rivales. La superioridad británica en la línea de combate, de 37 dreadnoughts contra 21 unidades alemanas similares y la de un peso de andanada doble son factores que hay que considerar en justicia como abrumadores. El margen de seguridad a la vez en cifra y en potencia artillera era suficiente para considerar como menores los defectos importantes antes mencionados y para considerar toda clase de accidentes desfavorables dentro de las posibilidades.

En la esfera táctica, es evidente que el peligro submarino por minas o torpedos, «perder la mitad de la flota antes de que se disparara un tiro», dominó el pensamiento del comandante en jefe y, realmente, este peligro, aunque inferior a lo que se creía en aquella época, fue desde luego real y terrible. Combinado con la apreciación exacta de las consecuencias desproporcionadas que una batalla podía proporcionar a una y otra flota, impuso a sir John Jellicoe una táctica extraordinariamente cautelosa, que él adoptó deliberadamente tras madura reflexión y que siguió inflexible, no solo antes y durante el encuentro de Jutlandia, sino también después. Este sistema no puede ser condenado por los episodios poco satisfactorios a que condujo, sin reconocer debidamente las fatales consecuencias que habría provocado un sistema opuesto o despreocupado. Pero aun admitiendo esto por completo, no quedan así justificadas varias de las decisiones cruciales de Jutlandia, ni la que se adoptó en la salida alemana del 19 de agosto. En tales ocasiones se le ofrecieron a la Gran Flota movimientos tácticos aptos para sujetar al enemigo, sin aumentar en modo alguno el riesgo de ser atraída a una celada submarina, y un procedimiento más flexible en la instrucción y maniobra de la flota habría permitido realizarlos. La obsesión de acumular en una sola mano la dirección completa del combate en una flota tan enorme resultó un fracaso: el

comandante en jefe, con la mejor voluntad del mundo, no podía ver ni saber todo lo que ocurría. No se intentó emplear la división de acorazados rápidos (Queen Elizabeth) para sujetar al enemigo por el lado opuesto y obligarlo a librar batalla; las escuadras de cruceros ligeros y las flotillas no fueron empleadas, como debió hacerse, en parar y desarticular los ataques enemigos por torpedo y se respondió a estos simplemente virando de bordo la escuadra entera. El razonamiento prudente y sólido del comandante en jefe para evitar ser atraído a emboscadas no podía aplicarse a situaciones en las que el enemigo era evidentemente sorprendido a su vez, se hallaba separado de sus bases y enfrentado con contingencias imprevistas e imprevisibles. Una cautela digna de elogio había dado lugar a un concepto y a una doctrina táctica defensivos que embarazaron a la Gran Flota aun sin existir las condiciones especiales que indujeran a tal cautela.

La pesada y angustiosa responsabilidad que soportó con éxito, si no con triunfos, sir John Jellicoe durante dos años de mando escrupuloso, constituye un título indiscutible al eterno respeto de la nación. Pero la Marina Real ha de encontrar en otras personalidades y en otros episodios los eslabones de oro que enlazan la Gran Guerra con las audaces y triunfantes tradiciones del pasado, y, para ello, las miradas de las generaciones a venir habrán de dirigirse a Beatty y sus cruceros de batalla, a Keyes en Zeebrugge, a Tyrwhitt y su fuerza de choque de Harwich, a las flotillas de destructores y de submarinos que salían contra todo tiempo y contra todo enemigo, a las excitantes aventuras de los buques Q y a la resolución inquebrantable de la Marina Mercante británica.

XLIII

La batalla del Somme

Sobre los campos de batalla del Somme se cierne una sensación de fatalidad. Los ejércitos británicos eran tan ardientes, sus jefes tenían tal confianza, la necesidad y las llamadas de nuestros aliados eran tan angustiosas y parecían tan próximos unos resultados decisivos, que no había poder humano que pudiera impedir la tentativa. Durante toda la primavera habían estado los franceses combatiendo y muriendo en Verdún, inmolando a su población viril en el altar-yunque, y todo el instinto caballeresco de los nuevos ejércitos británicos los llamaba en socorro de Francia y los incitaba al sacrificio y a la temeridad. Los inesperados éxitos de Brusiloff redoblaban si era posible la confianza de los generales británicos y estaban completamente seguros de que iban a romper las líneas enemigas de Francia: confiaban en la abnegación de sus tropas que sabían que no conocía límites y confiaban en las

masas de artillería y municiones que nunca se habían acumulado hasta aquel extremo durante la guerra. Así lanzaron su ataque con el más elevado sentimiento de su deber y la más profunda convicción del éxito.

A fines del año 1915, había ocurrido un cambio en el mando de los ejércitos británicos de Francia. Hemos visto en qué circunstancias y con qué mala gana había consentido sir John French a contribuir, en septiembre, por el sector de Loos, a la mal meditada ofensiva francesa de la Champagne. Al fin, se había conformado lealmente y había aceptado incluso con ardor los deseos de lord Kitchener y la aprobación del Gabinete británico. Pero nada de ello le valió al día siguiente del fracaso. Los que no habían tenido la convicción o la resolución de detener el malaventurado ataque fueron fácilmente hechos responsables de su ejecución después del fracaso inevitable. En el curso de diciembre, se adoptaron disposiciones con arreglo a las cuales, a fin de año, sir John French fue trasladado del mando del ejército de Francia al de la metrópoli, y fue sucedido en aquel alto cargo por el jefe del primer ejército, sir Douglas Haig.

Tanto en eficacia personal como en méritos profesionales, sir Douglas Haig era el mejor oficial del ejército británico. Había obtenido todas las calificaciones, ganado toda la experiencia y servido en todos los empleos que eran necesarios para ejercer ahora el mando general. Era un oficial de caballería de elevada posición social y medios de fortuna independientes, que había consagrado toda su vida al estudio y a la práctica de su profesión. Había sido ayudante de su regimiento; había jugado en su equipo de polo; había pasado por la Escuela del Estado Mayor; había sido jefe del Estado Mayor de la división de caballería en la guerra sudafricana; había ganado una citación y varias condecoraciones en campaña; había mandado una columna; había ejercido un mando en la India; había servido en el Ministerio de la Guerra; había mandado en Aldershot las dos divisiones que formaban el único cuerpo de ejército británico organizado, y desde este destino había conducido a Francia al primer cuerpo de ejército británico. En todas las batallas libradas durante el mando de sir John French, había soportado la parte principal de la lucha. En la crisis desesperada de la primera batalla de Ypres, los batallones y baterías británicos fatigados y en retirada, abrumados por el número enemigo, habían sido electrizados por el espectáculo del comandante del cuerpo de ejército avanzando lentamente a caballo, seguido de todo su Estado Mayor, a lo largo de la carretera de Menin, barrida por las granadas e inmediata a la línea de fuego.

Era imposible ver reunida en ningún otro jefe una serie de méritos y calificaciones cuya suma pudiera compararse con esta. Había realizado con éxito excepcional todos los cometidos a los que daba importancia la jerarquía militar de preguerra. Durante muchos años y en todos los escalones de su

carrera había sido considerado, tanto por sus superiores como por sus iguales, como un hombre que, de vivir, llegaría con seguridad a la posición más elevada en el ejército británico. El coronel Henderson, biógrafo de Stonewall Jackson y profesor de la Escuela del Estado Mayor cuando Haig cursó en ella sus estudios, había profetizado este suceso. Su comportamiento durante el primer año de la guerra había justificado todas las esperanzas y su nombramiento como comandante en jefe al marchar sir John French no suscitó por lo tanto ninguna sorpresa, no despertó envidias ni excitó celos de sus colegas. Toda la clase militar depositaba en él una confianza que la suerte variable, las desilusiones y los errores inherentes a aquellos tres años de guerra en escala máxima habían dejado completamente incólume.

La estimación de sus colegas profesionales encontraba una sana contrapartida en su propia confianza en sí mismo. Sabía que ocupaba aquel lugar por sus méritos y sus derechos, y sabía que no tenía rivales ni debía su empleo al favor ni a la usurpación. Esta actitud mental era valiosísima y, unida a su temperamento resuelto y equitativo, le permitió sostener con ecuanimidad, no solo los golpes de la derrota y el desastre de manos del enemigo, sino las ansiedades más complejas pero no menos fatigosas procedentes de sus relaciones con los aliados franceses y los gabinetes británicos. Se sentía tan seguro a la cabeza del ejército británico como un caballero del campo sobre el suelo que han pisado sus antepasados durante tantas generaciones y a cuyo cultivo ha consagrado toda su vida. Pero la Gran Guerra no obedecía a ningún señor; nadie estaba a la altura de sus inmensos y nuevos problemas; ninguna mano podía frenar sus huracanes y ninguna mirada podía penetrar en sus remolinos de polvo. En el curso de esta narración, será necesario, en interés del futuro, investigar y presentar con toda sinceridad lo que se crea que son los hechos y méritos verdaderos. Pero, cuando este proceso esté terminado, quedará siempre el hecho de que ningún otro súbdito de Su Majestad podría haber soportado las pruebas que le estaban destinadas con más flema, ánimo y fortaleza que sir Douglas Haig.

Las ideas estratégicas que habían servido de base al plan de ataque se caracterizaban por su sencillez: los mandos francés y británico habían escogido como objeto de su ofensiva lo que constituía sin duda alguna la posición más fuerte y más bien defendida del mundo.

Durante cerca de dos años de preparación [escribe sir Douglas Haig] no había malgastado esfuerzos el enemigo para hacer inexpugnables estas defensas. La primera y la segunda posición consistían cada una en varias líneas de trincheras profundas, bien provistas de abrigos a prueba de bombardeo y ligadas por numerosos ramales de comunicación. En cada una, el frente de las trincheras estaba protegido por redes de alambradas, muchas de ellas de dos fajas de 40 metros de anchura cada una y hechas de piquetes de

hierro entrelazados con alambre que a veces tenían el grueso de un dedo.

Los numerosos bosques y pueblos situados en estas posiciones o entre ambas habían sido convertidos en verdaderas fortalezas. Las bodegas profundas que suelen encontrarse en estos pueblos y los numerosos pozos y canteras propios de este país margoso habían sido utilizados para proporcionar abrigos y emplazamientos de ametralladoras y morteros de trinchera. Las bodegas ya existentes habían sido aumentadas con abrigos subterráneos, a veces de dos pisos, y estos se hallaban enlazados por pasadizos situados hasta 10 metros bajo el suelo. Los salientes de la línea enemiga desde los cuales podían dirigir tiros de enfilada en la dirección del frente se habían habilitado como fuertes autónomos y estaban protegidos con frecuencia por campos de minas terrestres. Además, se habían construido fuertes reductos y emplazamientos de ametralladora de hormigón en posiciones desde las cuales se podían barrer sus propias trincheras caso de caer estas en nuestro poder. El terreno se prestaba bien a la observación de artillería por parte del enemigo, y este había procedido hábilmente para que se cruzaran los campos de tiro de sus baterías.

Estas posiciones sucesivas con sus localidades fortificadas y otros puntos de apoyo intermedios estaban dispuestas hábilmente para poder apoyarse entre sí y para permitir hasta el límite máximo los tiros de flanco y de enfilada de ametralladoras y artillería. Formaban, pues, no una simple serie de líneas sucesivas, sino un sistema único y compuesto de enorme fortaleza y profundidad.

Detrás de la segunda posición, y además de los bosques, poblaciones y otros centros de resistencia preparados para la defensa, el enemigo tenía ya otras varias líneas dispuestas, y sabíamos por los reconocimientos aéreos que se hallaba trabajando intensamente en mejorarlas y reformarlas, a la vez que en abrir otras entre ellas y aun más allá de ellas.

Todas estas circunstancias indicaron sin duda a los estados mayores un campo adecuado para nuestra ofensiva, pues era indudable que, si el enemigo era derrotado aquí, quedaría más desmoralizado que al ser vencido en otro campo de batalla más fácil.

Sir Douglas Haig describe también sus propios preparativos, que eran completos y se hacían sin disimulo:

Vastos depósitos de municiones y repuestos de todas clases tuvieron que ser acumulados de antemano a una distancia conveniente de nuestro frente. Para ello se construyeron muchos kilómetros de vía férrea, tanto de ancho ordinario como de vía estrecha, así como carriles de trinchera. Se mejoraron todas las carreteras disponibles, se construyeron muchas más y se elevaron largos terraplenes sobre valles pantanosos. [...] Tuvieron que abrirse miles y

miles de kilómetros de ramales de comunicación entre las trincheras, así como otras zanjas para los hilos telefónicos, trincheras de reunión y de espera, y numerosos emplazamientos de artillería y de puestos de observación.

Así, no había probabilidad alguna de sorpresa. No se iba a introducir nada que oscureciera la limpia competición de fuerza entre los dos ejércitos o que disminuyera las ocasiones de derrochar valor por parte de las fuerzas asaltantes. Durante meses enteros los alemanes pudieron observar los vastos y no disimulados preparativos que tenían lugar frente al sector de ataque escogido. Durante una semana entera un bombardeo preliminar de intensidad variable, pero sin precedentes, batió sus trincheras con su azote de hierro y fuego. Acurrucada en sus profundas cuevas margosas, la tenaz infantería alemana, con frecuencia privada por el cañoneo de alimento y de agua, esperaba la señal para guarnecer sus parapetos destrozados. Las brechas que la metralla británica había abierto laboriosamente en sus alambradas eran estudiadas con cuidado, y se emplazaban adecuadamente ametralladoras que las barrieran, o batieran sus accesos con tiros de flanco. Una sola ametralladora en manos expertas podía tender muertos a quinientos hombres, y, a lo largo del frente a asaltar, había, ciertamente, más de mil de estas armas concienzudamente distribuidas en las distintas líneas de defensa, esperando su presa. Más allá, los artilleros alemanes, a los que no molestó contrabatería alguna, estaban preparados para desencadenar sus barreras de detención sobre la línea de partida británica, sobre sus ramales de comunicación y sobre sus posiciones de espera.

El relato del coronel Boraston es intencionadamente impreciso sobre los objetivos perseguidos por su jefe el 1 de julio. El plan de franceses y británicos era abiertamente el de romper todo el sistema alemán de trincheras en un frente de muchos kilómetros y luego, girando hacia fuera, los británicos al norte y nordeste y los franceses al sudeste, arrollar desde los flancos las partes del frente alemán que quedaban expuestas. Se tenían dispuestas divisiones de caballería británicas y francesas, para lanzarlas adelante por la brecha así abierta. El objetivo francés era ganar las alturas al este del Somme y al sur de Péronne, mientras el «objetivo inglés correspondiente» era «el semicírculo de alturas que va desde cerca de Le Transloy, a través de Bapaume, hasta Achiet-le-Grand». Pero dice el coronel Boraston que no se esperaba que estos objetivos fueran alcanzados en el primer asalto. «Estas posiciones del Somme eran objetivos para los ejércitos más que para las unidades que se empeñaban sucesivamente en el ataque; marcaban la fase en que se consideraba que la penetración sería ya suficientemente profunda [...] para permitir a las fuerzas aliadas dirigir su atención a la segunda etapa de la batalla, es decir, a arrollar a las fuerzas alemanas situadas sobre los flancos del punto de ruptura». Sin duda se imaginó ya desde el principio que la lucha sería larga y dura, pero hay que observar, sobre todo, que el factor tiempo se dejaba

sin definir. Se permanece bajo la impresión de que era indiferente hasta cierto punto que la penetración y el movimiento hacia el exterior fueran efectuados en unos días, en una semana, en una quincena o incluso más. Pero este razonamiento no se puede defender: toda la eficacia del plan dependía de la rapidez de su ejecución. Si, por ejemplo, se dejaba un intervalo de dos o tres días entre la penetración y el giro lateral, la línea enemiga se desviaría a ambos lados del boquete y se formaría más allá una nueva red de atrincheramientos que impediría el avance posterior. Toda perspectiva de ruptura en gran escala seguida de un arrollamiento de los flancos dependía de que el ritmo de la progresión fuera lo bastante rápido para excluir la posibilidad de que el enemigo construyera y organizara nuevas líneas defensivas intactas. Si el plan Joffre-Haig no era simplemente el de obtener el éxito a fuerza de desgaste, la progresión había de ser continua y rápida, y los objetivos especificados habían de ser alcanzados a lo sumo en dos o tres días. Si no se lograba en estos tiempos, el gran ataque habría fracasado. Podrían más tarde plantearse y realizarse con éxito otros ataques locales, pero el plan de la gran ruptura habría llegado a su fin.

Es fácil de demostrar que este progreso rápido era, en realidad, lo que se proyectaba y se deseaba resueltamente. El empleo hecho por Haig de su artillería indica claramente las ambiciones inmediatas que se tenían: en vez de concentrar el fuego sobre las primeras líneas que se iban a asaltar, la artillería británica distribuyó su acción sobre la segunda línea y otras más allá, así como sobre muchos centros de resistencia de retaguardia, bajo la evidente esperanza de que todos ellos serían alcanzados en el curso del primero o de los dos primeros días de lucha. La posición de la caballería británica y francesa en la proximidad inmediata del frente de batalla revela también indiscutiblemente los deseos y esperanzas de ambos mandos.

A las siete de la mañana del 1 de julio, los ejércitos aliados saltaron de sus trincheras, equipados con el casco de acero y la máscara antigás, armados con los más recientes ingenios guerreros, granadas de mano, matreros y ametralladoras ligeras y pesadas y, apoyados por toda su artillería, marcharon contra el enemigo sobre un frente de 45 kilómetros. Casi al mismo tiempo fueron empeñadas 14 divisiones británicas y 5 francesas. Al sur del Somme, en el frente francés, los alemanes fueron sorprendidos; no habían creído a los franceses capaces de un esfuerzo ofensivo serio después de su castigo en Verdún, y esperaban, a lo sumo, una demostración. No estaban preparados contra ellos, y el ataque, aunque desgraciadamente llevado en una escala innecesariamente reducida, aplastó y capturó a las fuerzas alemanas en todo el conjunto de su primera posición.

Muy distinta fue la suerte de los británicos. En todas partes hallaron al enemigo bien apercibido. Los siete días de preparación artillera no habían

conseguido en modo alguno lo que de ellos se había esperado; ocultos con toda seguridad en sus profundos abrigos, los defensores y sus ametralladoras estaban prácticamente intactos y surgieron de ellos con resultados mortales para los atacantes en el momento mismo del asalto o incluso cuando las olas del ataque habían pasado ya sobre ellos y se hallaban más allá. Aunque el frente alemán fue atravesado en todas partes, el avance profundo a través de su posición falló en todos lados a excepción del ala derecha. Las tres divisiones británicas de este lado tomaron Montauban y Mametz, así como una zona de 8 kilómetros de ancho por 5 de profundidad, aislando a Fricourt por el sur. Al norte de este pueblo, la división 21 hizo también algún progreso y ganó cerca de 2 kilómetros; pero, aunque los defensores de Fricourt quedaron casi cortados, el asalto al pueblo fracasó. Más al norte todavía, las dos divisiones del tercer ejército avanzaron unos miles de metros, pero, a pesar de sus repetidos esfuerzos, no lograron ocupar La Boisselle, ni Ovillers, ni el largo espolón de la meseta de Pozières. Al caer la noche, la ganancia en esta parte del frente comprendía solo dos bolsas en la posición enemiga. Por su parte, el ataque del décimo cuerpo con tres divisiones había fracasado ante las enormes defensas de las estribaciones de Thiepval, y la meseta propiamente. Aunque se tomaron dos de sus puntos de apoyo más importantes, los reductos Leipzig y Suabia, todos los ataques a Thiepval fracasaron, y ello obligó, además, a evacuar el reducto Suabia. En la extrema izquierda, frente a Beaumont-Hamel, el octavo cuerpo, tras llegar hasta la línea alemana, fue rechazado a sus propias trincheras. En cuanto al ataque secundario lanzado contra Gommecourt, por el tercer ejército, fracasó también completamente por no haber causado prácticamente ningún daño el largo bombardeo preparatorio a las defensas alemanas.

Descendamos ahora de este punto de vista general para ponernos en contacto con una única división. La octava división tenía que atacar el espolón de Ovillers con sus tres brigadas en línea: la del centro había de asaltar la cresta y las otras los dos valles a uno y otro lado, valles que se hallaban enfilados por las posiciones alemanas de La Boisselle y de delante de Thiepval. Contra estas tres brigadas estaba en posición el regimiento alemán número 180, con dos batallones en las defensas del frente y el tercero en reserva al norte de Pozières. Incluyendo las reservas de batallón había diez compañías con un total de 1.800 hombres para oponerse a las tres brigadas de la octava división, que comprendían 8.500 fusiles.

A las siete y media, la barrera de artillería se desplazó, los morteros de trinchera cesaron el fuego y los batallones de cabeza de las tres brigadas saltaron adelante, cada uno desplegado en un frente de 400 metros. Inmediatamente se abrió un violento fuego de fusil y ametralladora a lo largo de todo el frente de las posiciones alemanas, particularmente desde los nidos de ametralladoras de La Boisselle y Ovillers, y casi al mismo tiempo las

baterías alemanas situadas detrás de Owillers colocaron una barrera en la «tierra de nadie» y a lo largo de las trincheras británicas de partida. Dejemos hablar aquí a un testigo ocular alemán:

Todos comprendimos que el bombardeo intenso era el prelude del asalto de la infantería. Los hombres esperaban dispuestos en los abrigos, con el cinturón lleno de granadas de mano, empuñando los fusiles y esperando que se desplazara el bombardeo desde las defensas del frente a las de retaguardia. Era de vital importancia no perder entonces un segundo en ocupar posiciones al aire libre para hacer frente a la infantería británica que avanzaría inmediatamente detrás de la barrera de artillería. Mirando hacia las trincheras británicas por los largos periscopios de trinchera, levantados a las entradas de los abrigos, podía verse una masa de cascos de acero que sobresalía de sus parapetos mostrando que las tropas de asalto estaban preparadas para saltar. A las siete y media cesó el huracán de fuego tan súbitamente como había empezado. En el acto, nuestros hombres treparon por las empinadas rampas que llevaban al exterior de los abrigos y corrieron aisladamente o en grupos a los embudos más próximos abiertos por las explosiones. Las ametralladoras se sacaron de los refugios y se emplazaron precipitadamente, mientras sus sirvientes subían pesadas cajas de municiones por las escaleras hasta ponerlas al lado. Así se estableció rápidamente una línea de fuego discontinua. Apenas estábamos en posición cuando se vio moverse desde las trincheras británicas una serie de líneas extensas de infantería. La primera parecía extenderse ilimitadamente a derecha e izquierda y fue seguida rápidamente por una segunda y luego una tercera y una cuarta. Avanzaban con un paso mesurado, como si esperaran no encontrar a nadie vivo en nuestras trincheras. [...] La primera línea, precedida por otra más tenue de exploradores y granaderos, estaba ahora a medio camino en la tierra de nadie. «¡Listos!», fue pasando la voz de un embudo a otro, y aparecieron cabezas en sus bordes mientras se iban adoptando las posiciones definitivas para obtener mejor visibilidad y se afirmaban sólidamente las ametralladoras en sus emplazamientos. Pocos minutos más tarde, cuando la línea de cabeza británica se hallaba ya a menos de 100 metros, crepitó de repente el fuego de las ametralladoras y de los fusiles a lo largo de toda la fila de embudos. Algunos tiraban de rodillas para apuntar mejor sobre aquel terreno deshecho, mientras otros en la excitación del momento se ponían de pie, olvidando su propia seguridad, para tirar sobre la multitud que tenían enfrente. Unos cohetes rojos subieron en el cielo azul como señal a la artillería e inmediatamente una nube de proyectiles de las baterías alemanas de retaguardia desgarró los aires y estalló entre las líneas que avanzaban. Parecieron caer secciones enteras, y las formaciones de más atrás que se movían en orden cerrado se dispersaron rápidamente. El avance se detuvo enseguida bajo esta granizada de granadas y de balas; a lo largo de toda la línea se veían hombres que levantaban los brazos al aire y caían para no

moverse más; los heridos graves rodaban por el suelo en su agonía y otros menos graves se arrastraban hasta el embudo más próximo en busca de abrigo. Pero el soldado británico es valiente y una vez se ha puesto manos a la obra no se lo disuade fácilmente de su propósito. Las líneas desplegadas, aunque deshechas y con muchos huecos, adelantaban ahora de nuevo y con más velocidad; en lugar de marchar tranquilamente ganaban terreno en cortas carreras al paso ligero. En pocos minutos las tropas más avanzadas llegaron a tiro de piedra de nuestras trincheras frontales y mientras algunos de nosotros continuábamos disparando casi a quemarropa, otros arrojaban sobre ellos granadas de mano. Los granaderos británicos contestaron de igual manera mientras los fusileros se precipitaban adelante con la bayoneta calada. El estruendo de la batalla era indescriptible, y las voces dando órdenes y los fuertes gritos de entusiasmo de los británicos cuando cargaban se oían por encima del ruido de las ametralladoras y de las explosiones de las granadas y a través de la artillería y del estampido de sus proyectiles. Con todo ello se mezclaban los lamentos de los heridos, los gritos de socorro y los quejidos de agonía. Una y otra vez las líneas de la infantería británica se rompieron contra las defensas alemanas como las olas contra un arrecife, para ser cada vez rechazadas.

Era un espectáculo maravilloso de valor sin ejemplo y de resolución inquebrantable por uno y otro lado.

En varios lugares, los británicos que habían sobrevivido a la espantosa tempestad de fuego irrumpieron en las trincheras alemanas, pero en ningún sitio tuvieron suficientes fuerzas para mantener su posición. A las nueve, la totalidad de los hombres que aún vivían y que no habían sido heridos se hallaba otra vez en sus propias trincheras o en los embudos de la tierra de nadie o aislados y defendiéndose desesperadamente en las trincheras alemanas capturadas. Desde el puesto de mando de la división se ordenó inmediatamente renovar el ataque, pero los jefes de las brigadas dieron cuenta de que no disponían ya de fuerzas suficientes para intentarlo. El Cuartel General del tercer cuerpo envió una brigada de refresco, pero antes de que pudiera compartir el destino de las anteriores, se habían extinguido ya todos los signos de lucha en las trincheras alemanas en las que los británicos habían penetrado. Se anularon las órdenes de renovar el asalto.

En total, y en poco más de dos horas, la división había perdido 218 de 300 oficiales y 5.274 de 8.500 hombres de todas las otras categorías que habían entrado en acción. Al atardecer del 1 de julio, el 180 regimiento de infantería alemán estaba de nuevo en posesión de todas sus trincheras; sus bajas durante el día habían sido de 8 oficiales y 273 soldados entre muertos, heridos y desaparecidos. Solo había empeñado dos de sus tres batallones y no había sido necesario hacer uso del batallón de reserva.

Cerró la noche sobre un campo de batalla todavía convulso. Habían caído cerca de 60.000 soldados británicos entre muertos, heridos o prisioneros en manos del enemigo. Fue esta la matanza más grave sufrida en un solo día durante toda la historia del ejército británico. De la infantería que tomó parte en el asalto, casi la mitad había sido baja y, como compensación, aparte del terreno, habíamos ganado 4.000 prisioneros y una veintena de cañones. Es algo duro el coronel Boraston cuando escribe:

Los episodios del 1 de julio [...] confirmaron las previsiones del alto mando británico y justificaron por completo los métodos tácticos empleados.

La magnitud de la catástrofe fue ocultada por la censura y su significación disimulada por la continuación de la lucha en escala mucho menor, empleándose solo cuatro divisiones. Las divisiones quebrantadas del ala izquierda fueron colocadas bajo las órdenes del general Gough, formando una unidad designada al principio como «cuerpo de reserva» para recibir divisiones en descanso, y que se llamó después «ejército de reserva», con orden de mantener sobre el frente enemigo una «presión lenta y metódica». En adelante, la batalla degeneró en una serie de operaciones menores que prosiguieron continuamente sobre un frente relativamente pequeño. En esta fase, las pérdidas estuvieron más equilibradas, porque los alemanes lanzaron muchos contraataques vigorosos.

Resumiendo los resultados de la lucha de estos cinco días [dice Haig con severa precisión] sobre un frente de más de 10 kilómetros, [...] nuestras tropas han ocupado la totalidad de la primera y más fuerte posición del enemigo. [...] Lo han rechazado a una distancia de más de 2 kilómetros y han tomado cuatro pueblos poderosamente fortificados.

Pero estas ganancias se habían logrado a costa de cerca de 100.000 hombres de nuestras mejores tropas. La batalla continuó. Los objetivos eran en estos momentos pueblos pulverizados y bosques quemados, y el terreno ganado en cada etapa era tan limitado en anchura y profundidad que excluía todo resultado estratégico. El 14 de julio, un ataque lanzado al amanecer sobre Bazentin-le-Grand obtuvo un éxito local y se anunció al mundo con vehemencia que un escuadrón del séptimo de dragones de la Guardia había llegado a caballo hasta High Wood, de donde tuvieron que retirarse el día siguiente.

La segunda posición principal del enemigo [escribe sir Douglas Haig] se ocupó en un frente de más de 5 kilómetros y lo hicimos retroceder cerca de 2. [...] Otros cuatro pueblos fortificados y tres bosques le fueron arrebatados en resuelta lucha y nuestras fuerzas avanzadas penetraron hasta su tercera línea de defensa.

Por desgracia, el enemigo «había abierto muchas nuevas trincheras, con

sus correspondientes alambradas, tanto a los lados como a retaguardia de su frente primitivo. Había traído, además, nuevas tropas de refresco y no había ya posibilidad de cogerlo por sorpresa. La tarea ante la que nos encontrábamos era, pues, muy difícil. [...] En este momento las dificultades se vieron aún aumentadas por un tiempo desfavorable».

Como las divisiones especialmente preparadas para la batalla habían sido sucesivamente destruidas y desgastadas, sus restos fueron enviados a guarnecer sectores tranquilos del frente, dejando con ello disponibles otras divisiones no empeñadas previamente, para que ocuparan su turno en el braser. La batalla no tomó de nuevo las proporciones de una operación importante hasta el 20 de julio. En este día y los dos siguientes, se organizó un ataque general con 17 divisiones británicas y francesas sobre el frente Pozières-Foucaucourt. Las bajas fueron de nuevo muy severas, especialmente entre los británicos, y solo se ganaron de media unos centenares de metros a lo largo del frente.

La lucha descendió de nuevo a combates sangrientos, pero locales, de dos o tres divisiones siempre renovadas en cuanto se consumían y que se consumían en cuanto se renovaban. A fines de julio, se había hecho un avance de 4,5 kilómetros sobre un frente cuya profundidad no excedía los 3 y para esto habían caído 171.000 soldados británicos entre muertos y heridos. Se habían capturado 11.400 alemanes, pero más del doble de esta cifra de británicos habían caído en manos del enemigo, heridos o ilesos. Bajo las terribles condiciones de la batalla muchos de los heridos perecieron entre las dos líneas del combate, lejos de toda ayuda de amigos o enemigos.

La estructura de las batallas de Verdún y del Somme fue la misma. Se había elegido un campo de batalla; a su alrededor se había levantado un muro enorme de cañones, doble, triple, cuádruple; detrás de esto se habían construido vías férreas para alimentarlos y se habían acumulado montañas de proyectiles. Había sido una obra de meses, hasta que el campo de batalla había quedado rodeado por millares de cañones de todos los calibres dejando en medio un ancho espacio ovalado. Por este circo espantoso se habían hecho pasar, sucesivamente, a todas las divisiones de cada ejército para que fueran trituradas incesantemente por la artillería circundante como entre los dientes de dos ruedas de un engranaje.

Un mes tras otro continuaba el incesante cañoneo con su mayor intensidad, y un mes tras otro las valientes divisiones de hombres intrépidos se iban desgarrando en el giro mortal. Luego llegó el invierno, derramando sus lluvias, que clavaban los pies de la gente y ponían velos de niebla ante las miradas de presa de la artillería. El circo, como solía ocurrir en el Coliseo en aquella miniatura de los tiempos romanos, se inundaba de agua, y el polvo barrido por los huracanes quedaba reemplazado por un mar de lodo ensangrentado,

removido por millares de carruajes, por cientos de miles de hombres y por millones de granadas. Pero la lucha continuaba aún, y las ruedas implacables seguían girando, y la sinfonía artillera tronando sin cesar. Al fin, los hombres no pudieron ya mover las piernas y se hundieron sin remedio en el barro y sus suministros y sus municiones quedaron detenidos detrás de ellos en los caminos destrozados e interrumpidos.

Al progresar la batalla, las condiciones de ataque y defensa se fueron igualando. Las trincheras desaparecían y las alambradas quedaban pulverizadas, tendiendo los combates cada vez más a la lucha en campo abierto entre un desierto de embudos de granadas. Las bajas enemigas aumentaron a medida que las semanas iban pasando. El 25 de septiembre y los días siguientes, la batalla creció de nuevo hasta la altura de una gran operación y, el 13 de noviembre, hubo ataques a gran escala a lo largo del Ancre, afluente del Somme, y el brillante asalto de Beaumont-Hamel.

Aunque los alemanes emplearon y arriesgaron en casi todas las etapas cantidades de tropas muy inferiores a las de los atacantes británicos, las experiencias de este reducido número de defensores fueron, probablemente, más terribles aún que las de los asaltantes, e indudablemente, fue muy depresivo para el ejército alemán el efecto moral de ver caer posición tras posición y trinchera tras trinchera y a sus defensores muertos o hechos prisioneros. En tanto que los británicos, a pesar de sus pérdidas mucho mayores, se sentían siempre avanzando y se veían animados por la captura de prisioneros y trofeos de guerra, los resueltos soldados alemanes no podían escapar a la impresión de que estaban siendo devorados a pedazos por un enemigo más fuerte. El efecto fue duradero y, aunque las tropas de choque y las divisiones de asalto alemanas habían de mostrar todavía en campañas posteriores las más altas cualidades y realizar hechos de armas admirables, la masa general de los soldados alemanes de filas no volvió ya nunca más a batirse como lo hizo en el Somme.

La división 27 alemana que defendió Guillemont fue una de las mejores unidades que tomaron parte. Su historial dice:

Es indudable que en el Somme se alcanzó un punto culminante que no volvió ya a lograrse nunca más. Lo que allí vimos sobrepasaba a todo lo concebido. El fuego del enemigo no cesaba nunca una hora seguida, cayendo día y noche sobre la línea del frente y abriendo terribles brechas en las filas de los defensores; caía sobre las vías de acceso del frente haciendo imposible todo movimiento hacia aquel infierno; caía sobre las trincheras de retaguardia y las posiciones de la artillería, aplastando a los hombres y al material de un modo que nunca se había visto hasta entonces; con frecuencia alcanzaba incluso a los batallones que descansaban mucho más atrás del frente, ocasionando en ellos bajas enormemente penosas, y nuestra propia artillería

estaba indefensa contra estos ataques para evitarlo.

Y también:

En las luchas del Somme de 1916 había un espíritu de heroísmo que nunca más volvió a encontrarse en la división, por mucho que se distinguiera hasta el fin de la guerra [...] los hombres de 1918 no tuvieron el temple, la dura resolución y el espíritu de sacrificio de sus predecesores.

Cuando los atacantes fueron teniendo más experiencia, el sistema de los abrigos profundos resultó desfavorable para los alemanes. «Las tropas de la Entente —escribe Ludendorff— se abrían paso incesantemente entre las líneas alemanas. Sufríamos grandes pérdidas en hombres y en material. En aquella época todavía se defendía fuertemente la primera línea; los hombres se refugiaban del fuego de la artillería enemiga en bodegas y abrigos subterráneos, y el enemigo llegaba inmediatamente detrás de su barrera artillera y entraba en nuestras trincheras y poblaciones antes que nuestra gente pudiera salir de sus refugios. El resultado era ceder siempre al enemigo gran número de prisioneros. La tensión física y moral era terrible y las divisiones solo podían ser mantenidas en línea unos pocos días seguidos. [...] El número de divisiones disponible iba menguando [...] no había más remedio que mezclar las unidades, y los repuestos de municiones iban disminuyendo día a día. [...] La situación en el frente occidental era origen de una ansiedad mayor de la que yo había previsto, pero en aquel tiempo no me di cuenta de su transcendencia real. Fue mejor así, pues, de otro modo, nunca habría tenido el valor de tomar la importante decisión de sacar aún más divisiones de ese frente occidental tan cruelmente empeñado, para llevarlas al oriental con objeto de recobrar allí la iniciativa y dirigir un golpe decisivo contra Rumanía».

La sensación creciente de dominar al enemigo y el deseo resuelto de llegar a toda costa a un resultado condujo, en septiembre, a la más inoportuna revelación de los carruajes oruga. Los primeros habían sido probados ya, en enero, en Hatfield Park, en presencia del rey, de lord Kitchener y de otras autoridades. Lord Kitchener se mostró escéptico, pero míster Lloyd George se interesó vivamente y también, aunque en menor grado, el Cuartel General británico. Se habían terminado cincuenta de estos vehículos, con el mayor secreto y bajo el nombre de «tanques», ideado expresamente para engañar sobre su objeto. Habían sido llevados a Francia en la primera fase de la batalla del Somme para fines experimentales y de entrenamiento de sus tripulaciones, pero cuando se vio con qué facilidad cruzaban las trincheras y aplastaban las redes de alambradas preparadas como obstáculos de ensayo detrás de las líneas británicas, la fuerza del invento sedujo a los cerebros directores del ejército. El Estado Mayor del Cuartel General, tan tibio hasta aquel momento, los quiso emplear entonces inmediatamente en la batalla. Míster Lloyd George

pensaba que el empleo de la nueva arma en tan reducido número era prematuro y me informó de la discusión que había sobre ello. Quedé tan disgustado ante la propuesta de exponer a la vista del enemigo este secreto terrible en escala tan pequeña y simplemente como un complemento de peso en lo que ya no podía ser más que una operación indecisa que solicité una entrevista con míster Asquith, del que era en aquel momento un decidido adversario. El primer ministro me recibió muy amistosamente y escuchó mis ruegos con tanta paciencia que pensé haberlo convencido; pero, si fue así, no consiguió que su voluntad se hiciera efectiva. El 15 de septiembre, los primeros tanques o, como fueron llamados en el parte oficial, «grandes carros acorazados», entraron en acción en el frente del cuarto ejército, atacando entre el barranco de Combles y Martinpuich.

En una memoria redactada varios meses antes por el general Swinton, cuando se hallaba este organizando el cuerpo de tanques, se había propuesto que estos realizaran el ataque en el mayor número posible y en combinación con grandes fuerzas de infantería que habrían de lanzarse inmediatamente detrás de ellos. Este consejo no fue aceptado y los tanques, o lo que fueran entonces, se dispersaron en grupos de dos o tres contra puntos de resistencia determinados o incluso se emplearon aisladamente para fines especiales. Se emplearon, pues, simplemente como un incremento de fuerza. De los 59 tanques que había en Francia, 49 llegaron al campo de batalla y de estos 35 alcanzaron sus bases de partida y 31 cruzaron las trincheras alemanas. Aunque sufrían de todas las enfermedades de la infancia y sus tripulaciones no estaban debidamente instruidas, quedó probado inmediatamente que se había introducido en la guerra un nuevo factor. En esta primera ocasión, un simple tanque que encontró a la infantería detenida frente a Flers, ante las alambradas y el tiro de ametralladoras, atravesó la trinchera alemana y, avanzando a lo largo de ella por detrás, obligó inmediatamente y sin sufrir bajas a rendirse a sus ocupantes, que eran más de 300 hombres. Con solo nueve tanques se vencieron todas las dificultades y se avanzó por delante de la infantería. En donde quiera que un tanque alcanzaba un objetivo, su vista era suficiente para que los alemanes, asustados, huyeran o se rindiesen en el acto. Diez días después, el 25 de septiembre, un tanque hembra, seguido de dos compañías de infantería, se apoderó de 1.500 metros de la trinchera Gird haciendo prisioneros a 8 oficiales y 362 soldados alemanes, aparte de causarles numerosos muertos y heridos. Solo hubo una pérdida británica total de 5 hombres. Compárense estos episodios con la carnicería de la octava división antes descrita.

Pero para conseguir este éxito en miniatura y para hacer adelantar un grado de experiencia a la mentalidad profesional, se había revelado despreocupadamente al enemigo un secreto de guerra que, bien empleado, podría haber proporcionado, en 1917, una victoria magnífica. No obstante, y

de manera providencial, el convencionalismo profesional oscureció también la visión del Estado Mayor alemán y nubló incluso la mirada penetrante de Ludendorff. Los alemanes habían revelado del mismo modo sus planes secretos sobre los gases tóxicos, empleándolos en pequeña escala en Ypres, en 1915, cuando no tenían reserva alguna para explotar su éxito inicial, pero en este caso sus enemigos no dejaron de aprovechar la enseñanza recibida.

Durante todo el mes de julio, el público y el Gobierno estuvieron seguros de que las pérdidas alemanas en el Somme excedían en mucho a las propias. Los cuadros de bajas expuestos en el capítulo titulado «Estadística sangrienta» muestran la falsedad de esta impresión. Sir Douglas Haig no fue bien servido en esta ocasión por su Servicio de Información del Gran Cuartel General la tendencia a decirle a un jefe de elevada situación solo las cosas que gusta de oír es una de las explicaciones más corrientes de una dirección equivocada. La visión del jefe de cuya decisión dependen los acontecimientos fatales es así, en general, mucho más confiada de lo que exige la brutalidad de los hechos.

No obstante, viendo ahora las cosas retrospectivamente, no parece justo arrojar la culpa de esta batalla sobre sir Douglas Haig. El budismo esotérico enseña que, al final de cada vida, se crea un nuevo ser que hereda las faltas y virtudes de su predecesor. Las tragedias de 1916 son hijas de los sucesos de 1915. El fracaso de los gobiernos aliados en dicho año, al no lograr destruir a Turquía y unir a los Balcanes contra los imperios centrales, no dejaba disponible ningún medio de acción favorable. La agonía francesa en Verdún obligó a una contraofensiva de descongestión británica antes de que el nuevo ejército, y en particular su muy incrementada artillería, estuvieran suficientemente instruidos para evitar a las tropas asaltantes las pérdidas crueles que sufrieron. Los tanques, aunque ya concebidos, habían aún de nacer y de criarse. No existían recursos suficientes para montar simultáneamente varias ofensivas a lo largo del frente y dejar así inseguro al enemigo hasta el último momento sobre el verdadero punto de ataque. La indispensable preparación anulaba la sorpresa igualmente indispensable. No obstante, la llamada era perentoria y no había posibilidad de demorar el ataque. Sir Douglas Haig, como todos los jefes del frente occidental, se habría opuesto, sin duda, si hubiera sido el responsable, al gran movimiento envolvente del sudeste, posible en 1915 y cuyas consecuencias eran las únicas que podían ejercer resultados decisivos en 1916. Él también estaba confiado y convencido de que se podría romper el frente alemán en el Somme; pero, aunque hubiera opuesto al ataque tanta resistencia como ardor mostró en efectuarlo, no le hubiera sido posible por esto permanecer inactivo. Los directivos estaban empujados por fuerzas inexorables y se movían juntos al ir girando las ruedas del destino.

Con todo ello, la campaña de 1916 en el frente occidental fue, desde el

comienzo hasta el final, una matanza que, una vez el resultado fue fijado, dejó a los ejércitos británico y francés más débiles con relación al alemán de lo que eran cuando se inició, mientras el frente de batalla no había cambiado sensiblemente y, a excepción del alivio de Verdún, que aligeró tanto a los alemanes como a los franceses, no se había logrado ninguna ventaja estratégica de importancia. La torpeza alemana al atacar Verdún estaba más que compensada por las bajas francesas, y estas casi compensadas en la esfera estratégica general por la heroica prodigalidad de la defensa. La pérdida de prestigio sufrida por los alemanes al no tomar la plaza iba a ser más que compensada por sus éxitos en otro teatro, a la vez que, durante este tiempo, lograban mantener intacto su frente de batalla en el Somme.

Pero este veredicto sombrío que parece probable que confirme la posteridad en términos todavía más severos no disminuye en nada la gloria intrínseca del ejército británico. Era un ejército joven, pero fue el mejor que hemos alineado jamás; fue improvisado bajo el ruido del cañón y todos sus hombres eran voluntarios, inspirados, no solo por el amor a su patria, sino por la profunda convicción de que la libertad humana se hallaba amenazada por una tiranía militar e imperialista. Estos hombres sufrieron toda clase de sacrificios por estériles que fuesen y no retrocedieron ante ninguna prueba por mortífera que resultase. Adelantando a través del cieno y de los escombros de las trincheras, atravesando los campos de embudos sembrados de cadáveres, entre barreras de artillería deslumbrantes y atronadoras y el fuego asesino de las ametralladoras, conscientes de su raza, orgullosos de su causa, asieron por el cuello a la soldadesca más formidable de Europa, la batieron y la empujaron hacia atrás sin parar. Si sus jefes exigían dos vidas o diez vidas británicas para matar a un alemán, jamás salió una palabra de queja de aquellas tropas incomparables. Ningún ataque los halló sin ardor por desamparado o fatal que fuese. Ninguna matanza los impidió volver a la carga por desoladora que resultase. No hubo pruebas físicas por duras que fuesen que privaran a sus mandos de su obediencia y de su lealtad. Fueron tan mártires como soldados y supieron cumplir como tales los altos dictados del deber que se habían impuesto. Los campos de batalla del Somme fueron la tumba del ejército de Kitchener: la flor de aquella juventud generosa que había abandonado toda clase de ocupaciones de la apacible vida civil para acudir a la llamada de Gran Bretaña y, como aún creemos, a la llamada de la humanidad, llegando de todos los rincones del Imperio, fue segada para siempre en 1916. Invencibles hasta la muerte, que ellos supieron vencer, elevaron un monumento a las virtudes nacionales que despertará la admiración, el respeto y la gratitud de nuestro pueblo mientras sigamos siendo una nación entre los hombres.

XLIV

El desastre rumano

Hemos visto ya con qué facilidad a comienzos de 1916 podía haber sido Rumanía, en su posición aislada, inducida u obligada a unirse a los imperios centrales y hemos visto cómo Falkenhayn, al volverse hacia el Oeste y permitir a Austria que hiciera lo mismo hacia Italia, había librado a Rumanía de la presión adversa y le había permitido conservar por seis meses más su actitud de vigilancia ambigua. Pero en estos momentos iban a tener lugar sucesos de carácter decisivo.

A fines de agosto, cayó sobre los imperios centrales la segunda de las dos grandes catástrofes que había preparado la imprudencia de Falkenhayn: Rumanía declaró la guerra. Aunque este peligro se había ido acercando desde las victorias de Brusiloff de comienzos de junio, y se habían tomado importantes medidas de precaución para guardarse de él, la declaración llegó mucho antes de lo que había esperado el Gobierno alemán y cayó como un rayo sobre la opinión pública de este país. Todo el Imperio se vio sacudido por un movimiento espontáneo de disgusto y de cólera. En este momento, la situación de Alemania era, realmente, más crítica que en ningún otro período de la guerra hasta el del colapso final. La batalla de Verdún exigía todavía grandes recursos y se cernía allí el peligro de una seria derrota moral. La batalla del Somme estaba en su punto álgido y los británicos, impertérritos ante sus pérdidas, continuaban arrojando nuevas divisiones a la lucha y lanzando sus formidables ataques a cortos intervalos. El esfuerzo en el Oeste era, pues, intensísimo para los alemanes: la sensación del fracaso en Verdún y la de ser lentamente dominados y desgastados en el Somme por fuerzas superiores habían afectado a la moral de sus tropas. El cansancio físico y las bajas habían reducido a las reservas alemanas a proporciones mínimas y quedaban aún muchas semanas de crisis y de incertidumbre entre el apurado frente y la protección del invierno. Entretanto, la ruina austríaca era evidente: toda la parte sur del frente oriental se hallaba aún en estado de movimiento; la marea rusa seguía avanzando y todavía no podían fijarse límites a este avance; las tropas checas se rendían al enemigo por decenas de miles y eran enroladas como cuerpos separados en el ejército ruso; la contraofensiva italiana en el Isonzo seguía progresando y el poder de resistencia total del Imperio austrohúngaro parecía bambolearse en vísperas de un colapso. Pues bien, en este momento, un ejército fresco, bravo y bien instruido de 500.000 rumanos se arrojaba en el plato contrario de la balanza y entraba en lucha en aquel teatro de guerra donde precisamente los teutones eran más débiles y más vulnerables. Se perdían los vitales graneros y yacimientos de petróleo rumanos e incluso quedaba en peligro la misma llanura húngara, y esto ocurría cuando

la presión del bloqueo minaba la vitalidad de las masas alemanas y entorpecía y complicaba en mil detalles la manufactura de su material de guerra.

En esta hora sombría y casi desesperada, el emperador, interpretando los deseos del pueblo alemán, se volvió hacia los dos grandes capitanes que por tanto tiempo habían defendido las marcas orientales en momentos difíciles, y sobre cuyas sienes brillaban todavía los laureles de Tannenberg. El 28 de agosto, el día siguiente a la declaración rumana, el conde Von Lyncker, jefe del Gabinete militar del emperador, notificó a Falkenhayn que Su Majestad había citado a su presencia a Hindenburg y a Ludendorff. Interpretando acertadamente esta comunicación como una despedida, Falkenhayn dimitió inmediatamente y, aquella misma tarde, asumieron la dirección suprema de los imperios centrales en la guerra Hindenburg como jefe del Estado Mayor y Ludendorff como cuartel maestro general.

¿Cuál es la relación entre estos dos hombres? Hindenburg la ha descrito como la de un matrimonio feliz. «En tal intimidad —escribe—, ¿cómo puede un tercero distinguir claramente los méritos de cada persona? Son uno solo en el pensamiento y en la acción y, con frecuencia, lo que dice uno de ellos es solo la expresión de los deseos y sentimientos del otro. Una vez que conocí la valía del general Ludendorff, lo que ocurrió muy pronto, comprendí que una de mis más importantes tareas había de ser la de abrir libre curso a las facultades intelectuales, a la casi sobrehumana capacidad de trabajo y a la infatigable resolución de mi jefe del Estado Mayor, y, caso necesario, quitar los obstáculos que se presentaran ante su camino, que era el camino por el que se orientaban nuestros comunes deseos y que apuntaba a nuestro común objetivo. [...] La armonía de nuestras convicciones militares y políticas formaba la base de nuestra visión conjunta sobre el empleo adecuado de nuestros recursos. Las diferencias de opinión eran pronto orilladas sin que nuestras relaciones sufrieran de una sensación de sumisión obligada a los deseos del otro».

El viejo mariscal estaba por encima de todo sentimiento de celos, tanto por su patriotismo como por su carácter. Su edad avanzada y los grandes cambios que había sufrido el arte de la guerra desde la época de su madurez militar lo inclinaban a dejar voluntariamente la iniciativa, la preparación y la ejecución completamente entre las manos de su volcánico colega. Se limitaba de pleno acuerdo con las decisiones de carácter general, a apoyarlo con su enorme influencia y a despejar su camino de obstáculos y de oposiciones. Durante todo el curso de la lucha, la unidad entre ambos fue absoluta.

Sin embargo, cuando examinamos los hechos debajo de las apariencias, no queda duda alguna de que Ludendorff lo hacía absolutamente todo y de que Hindenburg fue escogido principalmente para que aquel pudiera hacerlo todo. Fue en el cerebro de Ludendorff donde se adoptaron las grandes decisiones y

fue bajo su mano experta que se realizó todo el movimiento y el mando de los ejércitos alemanes; y de otras muchas cosas además de los ejércitos. Ludendorff era el oficial del Estado Mayor, y este sacerdocio militar fue siempre la potencia que dominó y dirigió a Alemania, no solo en los 52 meses de la guerra, sino en gran medida en los tiempos que la precedieron y la ocasionaron. Los miembros del Estado Mayor estaban ligados entre sí por los lazos más estrechos de la camaradería profesional y de una doctrina común. Eran, en relación al resto del ejército, lo que fueron los jesuitas en su época más brillante para la Iglesia romana. Sus representantes al lado de cada mando y en los cuarteles generales hablaban un mismo lenguaje y se reservaban confidencias particulares. Los generales que mandaban los cuerpos de ejército, los ejércitos y los grupos de ejércitos, incluso el mismo Hindenburg, eran tratados por esta cofradía, hasta un extremo que parece increíble, como simples figurones. Los estados mayores lo disponían todo sin citar siquiera la autoridad, la opinión o los deseos de sus generales. Era el Estado Mayor General quien dirigía las operaciones, tomaba decisiones y las transmitía a los escalones subordinados. En todo aparece Ludendorff como el señor indiscutido, y en sus conversaciones, por ejemplo, con el jefe del Estado Mayor del cuarto ejército, el nombre de Hindenburg no es citado una sola vez para justificar o apoyar una decisión.

Esto no disminuye en nada la reputación de Hindenburg, que, por su parte, no hizo más que permitir caballerosamente que se estableciera un sistema que estaba seguro redundaba en beneficio de su soberano y de su país; pero es necesario concretar claramente lo que aparece hoy como cosa asegurada.

La oportunidad dorada que había aguardado Rumanía tanto tiempo, no solo había llegado, sino que había ya pasado.

Tan pronto como se vio claramente la extensión de la victoria rusa, el Gabinete de Bratiano se decidió definitivamente a entrar en la guerra. Había terminado el largo período de ofuscaciones, vacilaciones y regateos. Ahora o nunca, había de lanzarse Rumanía con todas sus fuerzas para lograr sus ambiciones nacionales y para realizar la unidad e integración de los pueblos rumanos. Pero, una vez tomada esta resolución, no debía haberse perdido un solo día en llevarla a efecto. Cuando las tropas de Brusiloff estaban aún avanzando en Galitzia, cuando las tropas checas se estaban entregando por decenas de millares, cuando los asombrados soldados rusos estaban recogiendo un enorme botín en prisioneros, material y armamento, y antes de que las tropas alemanas pudieran acudir del norte y del oeste para restablecer el frente deshecho, entonces era el momento de la intervención rumana. Si se hubiera ordenado la movilización del ejército hacia el 10 de junio, habrían podido entrar en acción fuerzas rumanas considerables antes de fin de mes, cuando todavía se hallaba todo el frente sudeste de los imperios centrales en

completo desorden; entonces las consecuencias habrían sido trascendentes y quizá decisivas.

El hábito de negociar, de esperar a que se produjeran los sucesos, de asegurarse contra el azar y de prevenirse prudentemente contra las aventuras, había llegado a hacerse tan consubstancial con la política de Bratiano que se perdieron casi dos meses en negociaciones. Antes de comprometerse, el Gobierno rumano quería tenerlo todo convenido, asegurada la promesa de las más altas recompensas y garantizada una inmunidad prácticamente completa. Por telégrafo se discutieron laboriosa y meticulosamente con los distintos gabinetes aliados convenios militares que regulaban los movimientos eventuales de las tropas rusas y del ejército de Salónica, los suministros en armamento y municiones y las cláusulas políticas, financieras y territoriales. Los gobiernos francés y británico, entonces en el máximo de sus esperanzas sobre una victoria inminente en el Somme, se apresuraron a asegurarse la ayuda rumana a cualquier precio. Rusia, por razones que se comprenderán inmediatamente, parecía menos entusiasmada. Y, sin embargo, era con Rusia con la que habían de convenirse forzosamente las principales cláusulas militares, y en tales discusiones pasaron rápidamente el resto de junio y el mes de julio completo.

Entretanto, Falkenhayn no estaba ocioso. En todas partes del frente oriental las tropas alemanas se mantenían inamovibles frente a los rusos, y de todos los sectores alemanes del frente se reunían refuerzos que acudían apresuradamente a la escena de la invasión de Brusiloff. A fines de junio, el avance ruso se había ya amortiguado y, para mediados de julio, el frente austrogermano era de nuevo continuo y estaba ya más o menos estabilizado. En Berlín, Viena y Sofía, abrigaban, con razón, los más graves temores sobre la actitud de Rumanía y, durante junio y julio, se llevaron de un modo continuo fuerzas austríacas y búlgaras en la mayor cantidad posible a posiciones de precaución próximas a las fronteras rumanas.

Hasta el 27 de agosto no declaró Rumanía la guerra al Imperio austrohúngaro, ordenó la movilización general y se dispuso a lanzar sus ejércitos sobre Transilvania. Había exigido de los aliados las estipulaciones militares siguientes: primero, una acción enérgica de los rusos contra los austríacos, en particular por la Bucovina; segundo, que dos divisiones de infantería y una de caballería rusas fueran enviadas a la Dobruja desde el primer día de la movilización, y tercero, que los aliados tomaran la ofensiva desde Salónica a la vez que Rumanía entraba en la guerra.

Todas estas medidas y sus contrapartidas políticas juntas no valían el mes o las seis semanas de tiempo precioso que se habían perdido en su discusión. La prudencia se había convertido en imprudencia y la seguridad se había puesto en peligro por el exceso de previsión y de cautela. Los imperios centrales

habían escapado de la ruina con que los había amenazado el desastre de Brusiloff, antes de verse obligados a soportar el asalto de un nuevo antagonista. Y este asalto no era ya inesperado, sino que estaba previsto y, hasta donde lo permitían los recursos, se estaba apercebido contra él. A pesar de esto, la entrada en liza de Rumanía con 23 divisiones organizadas y más de 1.500.000 hombres capaces de tomar las armas, así como la privación de los suministros rumanos en trigo y petróleo, parecieron, tanto a los amigos como a los enemigos, constituir en aquel momento uno de los golpes más terribles que habían tenido que soportar hasta entonces Alemania y su jadeante pareja.

Mientras se estaban amontonando las nubes alemana y búlgara alrededor de Rumanía, pasemos a examinar la situación en el frente de Salónica, desde donde se había hecho esperar a Rumanía un socorro oportuno e inmediato.

La presencia del ejército aliado con base en Salónica fue uno de los factores determinantes de la decisión de Rumanía. Había allí entonces cerca de 400.000 hombres de cinco naciones distintas (franceses, británicos y serbios, una división italiana y una brigada rusa) esparcidos a lo largo y a retaguardia del frente establecido al pie de la muralla montañosa de Bulgaria. Rumanía había estipulado que este ejército emprendería una ofensiva general contra los búlgaros, a ser posible, quince días antes y, en el peor de los casos, simultáneamente con su entrada en la guerra. A ello habían accedido los dos gobiernos francés y británico, y, de acuerdo con este plan, Joffre había ordenado al general Sarrail, que mandaba el ejército aliado, que pusiera en movimiento sus fuerzas no más tarde del 10 de agosto. «En el momento que se ha juzgado oportuno, el ejército de Oriente atacará con todas sus fuerzas reunidas al enemigo a lo largo de la frontera griega y, en caso de éxito, lo perseguirá en la dirección general de Sofía». Esta orden ambiciosa no correspondía, sin embargo, a la realidad. El comandante de las fuerzas británicas, el general Milne, informó que una ofensiva contra los búlgaros no tendría éxito: pensaba que, con tropas resueltas, el frente búlgaro podría resistir eternamente. La extensión de la línea, la falta de fuerzas adecuadas, las dificultades para cooperar entre tropas de tres nacionalidades, la dudosa calidad de los serbios en el expuesto flanco izquierdo y la escasa cantidad de artillería pesada eran las principales razones en que se apoyaba. Sir William Robertson dejó por escrito su opinión de que los búlgaros eran muy buenos combatientes en su propio país, de que los serbios no se habían aún recobrado de su desastre y de que no había un solo oficial británico favorable a la empresa. Además, el Gobierno británico no tenía confianza alguna en el general Sarrail, y había fricciones continuas entre él y sus colegas británicos.

Estas opiniones pesimistas no quedaron del todo justificadas por los hechos. Los serbios, después de su reorganización, instrucción y alimentación, se mostraron, cuando llegó la hora, como tropas implacables. Pero es curioso

que el Gobierno británico, conociendo los informes que le fueron remitidos, se uniera, no obstante, al Gobierno francés para animar a Rumanía, asegurándole una ofensiva eficiente del ejército de Salónica. Las fuerzas aliadas de los Balcanes no tenían realmente medio alguno que pudiera impedir a Bulgaria aplicar su esfuerzo principal contra Rumanía. Al final, se dispuso que el general Milne, con los británicos, guardaría el flanco derecho de Sarrail en una defensiva activa, mientras el general francés, por su parte, tenía que reducir la ofensiva general ordenada por Joffre a algunas demostraciones y a un ataque envolvente a realizar por los serbios. Incluso así tuvo que alimentar 8 divisiones con un solo ferrocarril, y sobre el frente entero no pudo alinear más de 14 divisiones contra 23 búlgaras y alemanas, fortificadas en poderosas posiciones de montaña. También la fecha de estas operaciones limitadas se retardó hasta fines de septiembre y, en el intervalo, los búlgaros atacaron primero y, aunque rechazados en los demás sitios, lograron llegar al mar y capturar en Cavala a una división griega el 18 de septiembre. En tales circunstancias es notable que Sarrail pudiera, a pesar de todo, tomar Monastir. Sobre el frente de ataque, las fuerzas eran entonces casi iguales: cada uno disponía de 190.000 hombres y de 800 a 900 cañones. Pero los resultados no influyeron en modo alguno en la lucha donde se decidían los destinos de Rumanía, y aunque todos los defectos de temperamento y de carácter que se atribuyeron al general Sarrail hubieran sido reemplazados por virtudes igualmente indiscutibles, no se hubieran podido lograr por esto resultados mejores.

La peligrosa posición de Rumanía se hizo patente desde el momento en que declaró la guerra. La parte principal del reino consistía en una lengua de tierra de unos 550 kilómetros de largo por 180 de ancho situada entre la muralla de los Alpes de Transilvania al norte y el ancho Danubio al sur. Hacia el centro de esta llanura se halla la capital, Bucarest. Detrás de las montañas se estaban reuniendo los austríacos y alemanes, y detrás del Danubio acechaban los búlgaros. Cuatro meses iban a ser suficientes para aplastar a Rumanía como una nuez entre los brazos de la tenaza.

Hay que decir unas palabras sobre cada una de las fronteras rumanas. El Danubio, que corre aquí en gran parte de su curso por un cauce profundo abierto en la llanura y tiene en muchos sitios cerca de 2 kilómetros de ancho, constituye una barrera segura: sus principales puentes en Sistova, Turturkai y Silistria estaban guardados por fortalezas consideradas formidables antes de la aparición de los obuses pesados. Al correr hacia su desembocadura encierra el Danubio entre sus aguas y las del mar Negro la provincia de la Dobruja, que Rumanía había arrebatado sin lucha a la vencida Bulgaria al final de la segunda guerra balcánica. Un avance por la Dobruja con el flanco izquierdo apoyado en el Danubio y el derecho en el mar excitaba todas las ambiciones búlgaras y cortaba por su raíz a la lengua de tierra rumana.

La cadena de montañas del norte era una defensa más efectiva que la línea del Danubio. Los Alpes de Transilvania suben a alturas de 1.800 a 2.000 metros en tres escalones sucesivos de bosque, meseta esteparia y cumbres rocosas, pero redondeadas. Esta muralla está atravesada de norte a sur por cuatro grandes pasos que son hendiduras que se presentan de repente, en que baja la montaña de 600 a 900 metros, que tienen varios kilómetros de anchura y se hallan atravesadas por malas carreteras, la más occidental de las cuales es la que sigue el paso de Vulcano. En su extremidad este, los Alpes de Transilvania doblan formando un ángulo superior al recto y se unen a los Cárpatos, entre estos y la frontera rusa situada en el río Pruth se encuentra Moldavia, que es la provincia septentrional de Rumanía. Tal era el teatro de la nueva guerra.

El 27 de agosto, Rumanía movilizó 23 divisiones, 10 de las cuales estaban bien instruidas, otras 5 en menor grado y el resto eran formaciones de reservistas que sumaban en total más de 500.000 hombres. Pero el ejército rumano era débil en artillería y estaba mal surtido de municiones; su fábrica principal había volado misteriosamente unos días antes de su entrada en la guerra. También estaba mal equipada en teléfonos de campaña y tenía muy pocos aviones y ningún mortero de trinchera; además de una nula preparación para la guerra química. Parece que sus hombres de estado habían tenido al principio la esperanza, absurda si se tiene en cuenta el pasado, de que Bulgaria no declararía la guerra. Cuando esta esperanza se desvaneció el 1 de septiembre, Rumanía continuó confiando en la intervención del general Sarrail para contener en el frente de Salónica a la masa principal búlgara. Confiaba también en que los alemanes se encontrarían demasiado apurados para disponer de fuerzas importantes y en las promesas bien definidas de ayuda rusa, fuerte y pronta. Sus tropas se hallaban divididas en cuatro ejércitos, de los que el tercero guardaba el Danubio y la Dobruja, el primero y el segundo defendían los pasos de los Alpes de Transilvania y el cuarto, al que más tarde habría de ayudar el segundo, invadió Transilvania a través de los Cárpatos. Una reserva central de 50.000 hombres guardaba a Bucarest.

Al principio no había en Transilvania más que cinco divisiones austríacas fatigadas, pero a principios de septiembre, se añadieron ya cuatro divisiones alemanas y el mismo Falkenhayn fue puesto al frente de estas tropas el 6 de este mes. Más allá del Danubio, y hacia la Dobruja, también tres divisiones de infantería y una de caballería búlgara, más una división alemana procedente del frente de Salónica, se reunieron bajo el mando del temible Mackensen.

Aunque los rumanos tenían una gran superioridad numérica no se podía examinar el mapa sin experimentar ansiedad. Mister Lloyd George, entonces ministro de la Guerra, me explicó plenamente la situación y, después de habernos comunicado mutuamente nuestras alarmas en una larga conversación

que tuvimos en Walton Heath, él escribió al primer ministro un informe alarmante, serio, pero tardío: Sarraill y el ejército de Salónica no podían ponerse en movimiento; solo quedaba la ayuda rusa, y también aquí la fortuna nos era adversa. El tratado que había hecho antes de la guerra el viejo rey de Rumanía con Austria había conducido a Rusia a considerar a Rumanía como un enemigo en potencia; por esta razón el sistema de ferrocarriles del sur de Rusia que iba hacia la frontera rumana dejaba un boquete de cerca de 40 kilómetros entre la estación de término rusa de Reni y la línea más próxima rumana en Galatz. Era, pues, imposible que Rusia acudiera rápidamente en socorro de su nuevo aliado; Alexeieff y el competente Estado Mayor ruso habían comprendido el problema rumano mucho mejor que los impacientes aliados occidentales, y sus malos auspicios se habían reflejado en la tibia actitud de Rusia ante la intervención rumana.

Todavía resonaba en la prensa francesa y británica el júbilo por la incorporación de un nuevo aliado, cuando llegaron ya noticias alarmantes. El 1 de septiembre, Mackensen invadió la Dobruja, y el 6, con las tropas búlgaras y los obuses alemanes aplastó la fortaleza rumana de Turturkai, capturando a 25.000 hombres y 100 cañones. Avanzando rápidamente por la Dobruja, a fines de septiembre, Mackensen había llegado casi a la altura de Constanza junto al mar Negro, tomando de paso la fortaleza abandonada de Silistria. Constanza cayó en su poder en la tercera semana de octubre. Dejando entonces la mitad de su ejército para defender el territorio conquistado en una línea atrincherada que iba del Danubio hasta el mar, llevó el resto, reforzado por una división turca y otra más búlgara, a través del Danubio, hasta delante de Bucarest, que amenazó desde menos de 70 kilómetros. Esta amenaza tenía su objeto: mientras se había desarrollado la invasión búlgara de la Dobruja, Falkenhayn había estado probando los pasos de los Alpes de Transilvania, buscando sin cesar aquí y allá el punto por donde forzarlos. No obstante, el primer y segundo ejércitos rumanos mantenían una firme resistencia mientras el cuarto, que había desembocado ya de los Cárpatos, continuaba empujando a los austríacos hacia el oeste. Pero el desastre de Turturkai, la invasión de la Dobruja y, finalmente, la amenaza de Mackensen sobre Bucarest había absorbido ya la reserva central rumana de 50.000 hombres. El general Averescu, que mandaba el frente sur, pidió urgentemente que se llamara al cuarto ejército de Transilvania y que el primero y el segundo se redujeran al mínimo compatible con la custodia de los pasos, para que las fuerzas totales de Rumanía pudieran arrojarle contra los búlgaros. Era por lo menos un plan militar, pero fue discutido con igual vehemencia por el general Présan, que mandaba el frente norte, siendo la controversia violenta y el debate equilibrado. Al final, como podía esperarse, se adoptó un compromiso por el que el general Présan continuó invadiendo la Transilvania con fuerzas demasiado débiles para hacer su amenaza efectiva, y el general Averescu

recibió de los ejércitos que defendían los pasos tropas suficientes para poner en peligro esta defensa, pero no bastantes para dominar a los búlgaros.

Rumanía llevaba ahora dos meses de guerra y, a principios de noviembre, otras cinco divisiones alemanas y otras dos de caballería se agregaron al ejército de Falkenhayn, que con estos poderosos refuerzos atacó violentamente el paso de Vulcano. El 26 de noviembre, se había abierto camino a través de él y había entrado en la llanura rumana, descendiendo por el valle del Jiu, y cortado de paso a las fuerzas que defendían el extremo de la lengua de tierra junto a Orsova. Este movimiento puso en peligro sucesivamente la defensa de los otros pasos. A fines de noviembre, Falkenhayn había establecido contacto con Mackensen a través del Danubio y, el 6 de diciembre, después de una batalla de tres días muy disputada entre las quince divisiones de Falkenhayn y Mackensen y lo que quedaba de las fuerzas rumanas, entró triunfalmente en Bucarest. Los rumanos, ofreciendo una resistencia tenaz, se retiraron al este, hacia el considerable ejército ruso que había llegado por fin. A pesar de las lluvias torrenciales y de las duras condiciones del invierno, Falkenhayn y Mackensen los siguieron paso a paso. Los caminos no existían y las tropas estaban faltas de alimento y de todo suministro. Ludendorff, según dice Falkenhayn, «enviaba torrentes de telegramas tan superfluos como desagradables», pero no enviaba vestuario de invierno ni víveres. Los alemanes perseveraron aún y, después de una serie de terribles batallas, principalmente contra las fuerzas rusas, alcanzaron, el 7 de enero, el río Sereth, donde terminó su avance. La lengua de tierra de Rumanía había quedado cortada por su raíz. No quedaba de aquel reino infeliz más que la provincia del norte. En esta estrecha región, alrededor de la ciudad de Jassy, lo que quedaba de los ejércitos que cuatro meses antes habían entrado tan esperanzados en la guerra sufrió durante muchos meses privaciones y hasta hambre, de las que murieron lamentablemente, no solo miles de soldados, sino un número aun mayor de refugiados civiles. Así Rumanía compartió al final las terribles miserias de los pueblos balcánicos.

¡Cuán incorregibles y ciegas en sus pasiones son las razas humanas! La Gran Guerra, al caer sobre tantos pueblos como una tribulación, ofrecía a las naciones cristianas de los Balcanes su oportunidad suprema. Los otros tendrían que esforzarse, arriesgarse y sufrir, pero a ellos les bastaba perdonarse y unirse. Al realizar espontáneamente sus intereses comunes, la Confederación balcánica se habría convertido en una de las grandes potencias de Europa, con Constantinopla como capital combinada, bajo alguna protección internacional. Una neutralidad armada tomada de común acuerdo y seguida en el momento escogido por una intervención decisiva contra sus comunes enemigos, Turquía y Austria, podría haber dado fácilmente a cada uno de sus estados la mayor parte de sus ambiciones legítimas y proporcionado a todos ellos la seguridad, la prosperidad y el poder. En vez de esto prefirieron beber juntos la copa

corrosiva de las venganzas intestinas y esta copa no ha sido apurada todavía.

Es necesario volver ahora a los dominios de la política británica, que dejamos después de haberse formado el Gobierno de coalición a fines de mayo de 1915. Ya se hizo observar entonces que el nuevo Gabinete, aunque compuesto de un gran número de personalidades eminentes e íntegras, era un instrumento embarazoso y poco útil para dirigir una gran guerra. Desde el principio aparecieron ciertas desuniones y corrientes personales, que no seguían las líneas de los partidos regulares, sino que respondían más bien a los matices de temperamento y de opinión que se encuentran en todos ellos. Alrededor del primer ministro se agrupaba la vieja escuela liberal, a la que repugnaba adoptar medidas radicales interiores para la dirección de la guerra y que no dejaba de tener afinidades entre los conservadores. Esta escuela estaba profundamente impresionada por las dificultades económicas procedentes de los enormes pagos que estábamos obligados a hacer a Estados Unidos para equiparnos en gran escala nosotros y nuestros aliados. Se oponía a llegar a medidas extremas en el orden industrial con objeto de producir un máximo en la fabricación de municiones. Y, sobre todo, se oponían al principio del servicio obligatorio para mantener a los ejércitos en campaña. Alrededor de esta resolución cristalizaba la principal división de opiniones y sentimientos.

Hasta mediados de 1915, las animosas multitudes de voluntarios habían excedido en mucho a nuestra capacidad para equiparlos y organizarlos. Habían acudido ya libremente más de tres millones de hombres que representaban lo que había de mejor y más fuerte en el patriotismo de la nación británica. Pero, hacia el verano de 1915, las salidas fueron ya superiores a las entradas y resultó evidente que no podría mantenerse en campaña en 1916 un ejército de 70 divisiones y menos aún de 100, sin adoptar medidas completamente nuevas. La escuela liberal pura, capitaneada por el primer ministro, era partidaria de hacer nuevos esfuerzos con el reclutamiento voluntario, pero la mayor parte de los ministros conservadores, apoyados por míster Lloyd George, y también por mí hasta mi salida del Gobierno, estaban convencidos de que era inevitable el servicio obligatorio inmediato. Por entonces, lord Kitchener, orgulloso con razón de la admirable respuesta que habían encontrado sus sucesivos llamamientos de voluntarios, se inclinaba en aquella época del lado de míster Asquith y hacía pesar la balanza contra la adopción del servido militar obligatorio. Pero la guerra seguía su curso sin compasión y, ya en enero de 1916, bajo la fuerza imperiosa de las circunstancias, la crisis del Gabinete sobre el asunto del reclutamiento se renovó violentamente, siendo entonces reforzada la cruel necesidad de los hechos por un movimiento de opinión de carácter moral que excitó el apasionamiento de grandes masas de la población. Habían partido voluntariamente tres millones y medio, pero no eran bastantes. ¿Habían de volver al frente en virtud de su compromiso voluntario, cualquiera que fuese el número de veces que resultaran heridos?

¿Habían de empujarse a la lucha voluntarios maduros, debilitados y quebrantados, mientras cientos de miles de jóvenes robustos vivían en lo posible su vida ordinaria? ¿Había de obligarse a continuar a los ciudadanos del ejército territorial y a los soldados del ejército regular, cuyos compromisos habían expirado, mientras otros que no habían hecho ningún sacrificio no eran obligados siquiera a iniciarlos? De tres millones y medio de familias cuyo amado sostén, cuyo héroe, lo estaba sacrificando todo libremente para la causa de su país, familias que representaban los elementos más sanos sobre los que descansaba la vida entera de la nación, surgió la petición de que no se dilatara la victoria ni se prolongara la matanza porque otros rehusaran cumplir con su deber. Al fin, a fines de enero, lord Kitchener cambió de bando y míster Asquith tuvo que ceder. Solo un ministro, sir John Simon, dimitió de su cargo, y la ley de reclutamiento fue presentada al Parlamento y aprobada rápidamente por una mayoría aplastante.

Sin embargo, como podía esperarse de la lucha interna de la que había surgido, la nueva ley era solo un término medio no satisfactorio: ni aseguraba el número de hombres que era preciso, ni satisfacía la entonces perentoria exigencia de igualdad en los sacrificios. En abril, surgió en el Gabinete una nueva crisis sobre la extensión del servicio obligatorio. La lucha anterior había dejado sus huellas en ambos bandos y se habían revelado entre sus miembros diferencias de temperamento de carácter muy hondo, aun cuando para todos ellos era igual de importante la causa nacional. Esta vez pareció seguro que dimitiría míster Lloyd George y que se desharía el Gabinete y se trazaron planes para formar una oposición fuerte, resuelta a exigir medidas de guerra radicales.

Se sugirió que los jefes de tal oposición serían en la Cámara de los Comunes míster Lloyd George y sir Edward Carson, y se pidió desde varios sectores que tomara yo asiento a su lado. El batallón escocés que había estado mandando yo varios meses en Flandes se había disuelto por falta de personal y obtuve permiso para volver a las tareas parlamentarias. En mayo, el Parlamento designó con arreglo al reglamento dos comités de investigación sobre las operaciones de Mesopotamia y de los Dardanelos, y me encontré así envuelto durante cerca de un año en una defensa continua y agotadora de mis propias responsabilidades, que ya se han referido en este relato. Los sucesos de los doce meses siguientes los refiero, pues, desde el punto de vista de un miembro particular del Parlamento, aunque no sin información sobre los asuntos secretos.

La crisis del servicio obligatorio de abril de 1916 se evitó, sin embargo, con nuevas concesiones por parte de míster Asquith. Se presentó una nueva ley sobre el servicio nacional, y míster Lloyd George permaneció en el Gobierno. Todo el verano y el otoño, el Gobierno de coalición siguió unido

incómodamente y torturado por múltiples luchas y disgustos. Los reproches que surgieron de la ruina de Rumanía y de la ruina de todas las esperanzas de 1916 renovaron la lucha entre los dos sectores del Gabinete, y la dimisión de míster Lloyd George produjo la caída inmediata del Gobierno. Las agrupaciones y reagrupaciones calidoscópicas entre personajes ministeriales que acompañaron a este suceso podrán formar algún día un capítulo profundamente instructivo de la historia constitucional de Gran Bretaña.

El 5 de diciembre, míster Asquith presentó al rey su dimisión y la de su Gobierno. Citado por el soberano, míster Bonar Law aconsejó como único sucesor posible a míster Lloyd George. Todos los esfuerzos hechos para que míster Asquith se asociara a la nueva combinación resultaron inútiles y, seguido de sus colegas liberales, con la excepción de míster Lloyd George, se retiró a una oposición patriótica. Entretanto, el nuevo triunvirato de míster Lloyd George, míster Bonar Law y sir Edward Carson asumía la dirección de los asuntos con lo que eran prácticamente unos poderes dictatoriales. Estas decisiones no fueron discutidas por el Parlamento, y fueron aceptadas por la nación y aplaudidas por la prensa.

El nuevo primer ministro deseaba incluirme en su Gabinete, pero esta idea fue recibida con el mayor disgusto por personajes importantes cuya influencia en la crisis fue decisiva. En esta época, lord Northcliffe estaba motivado por una violenta hostilidad contra mí y se apresuró a anunciar en el Times y en el Daily Mail que había quedado firmemente resuelto excluir del Ministerio a todos los responsables de los fracasos de la guerra y que el público «se enteraría con alivio y satisfacción de que no se había ofrecido a míster Churchill ningún puesto en el nuevo Gobierno». Trató también, aunque afortunadamente sin éxito, de oponerse al nombramiento de míster Balfour como secretario de Asuntos Exteriores. Otros cuatro personajes conservadores que se consideraron indispensables para la nueva combinación firmaron o anunciaron un acuerdo en que estipulaban como condición para aceptar un ministerio que no fuéramos ministros ni yo ni lord Northcliffe. De este modo y aunque quizá de una manera que no le hacía mucho favor, recibió lord Northcliffe un poderoso refuerzo en su opinión. Podía aducirse, sin duda con razón, que mi gestión como primer lord del Almirantazgo estaba subyugada hasta que la Comisión de los Dardanelos hubiera presentado su informe. En tales circunstancias, míster Lloyd George no estaba en condiciones de resistir a esta cábala extrañamente combinada, pero formidable, y, en consecuencia, me envió un mensaje unos días más tarde por intermedio de un amigo común, lord Riddell, diciendo que estaba resuelto a realizar su propósito, pero que por el momento las fuerzas adversas eran demasiado potentes. Yo repliqué por el mismo conducto con una declaración verbal de independencia política.

No obstante, y especialmente después de un discurso que hice en una

sesión secreta de los Comunes del mes de mayo, mis relaciones con el primer ministro eran de tal género, que, aun no desempeñando ningún ministerio, venía a ser en gran medida su subordinado. Discutía conmigo repetidamente todos los aspectos de la guerra y muchas de sus esperanzas y temores secretos. Me aseguró su firme propósito de tenerme a su lado y fue desde esta posición un tanto anómala, desde donde presencié en los seis meses siguientes la crisis de la campaña submarina y la desastrosa ofensiva de Francia que se describirá en el capítulo «El experimento del general Nivelles».

Míster Lloyd George poseía dos características que estaban en armonía con este período de convulsiones. En primer lugar, una facultad de vivir al día, sin mirar las cosas demasiado cerca. Cada día nuevo era para él una nueva esperanza y representaba el impulso de un nuevo comienzo. Todas las mañanas pasaba revista a los asuntos con una mirada no velada por opiniones preconcebidas, declaraciones hechas o previas desilusiones y fracasos. En tiempo de paz, este temperamento no es siempre conveniente ni suele triunfar a la larga, pero en aquella intensa crisis en que el mundo era un calidoscopio, en que cada mes se alteraban los valores y las relaciones con algún nuevo acontecimiento prodigioso de reacciones inconmensurables, esta agilidad mental inagotable, guiada por el propósito fundamental de la victoria, constituía una ventaja valiosísima. Su intuición se adaptaba mejor a las crisis que el razonamiento lógico de otras mentalidades más rígidas.

Esta facultad de vivir en el presente y de empezar de nuevo cada mañana como el primer día, producía una segunda y valiosa aptitud: míster Lloyd George parecía tener en esta época un poder especial de extraer de la desgracia misma los medios de su éxito futuro. De las devastaciones de la guerra submarina sacó el sistema de los convoyes; del desastre de Caporetto sacó el Consejo Supremo de la Guerra, y de la catástrofe del 21 de marzo sacó el mando único y el inmenso refuerzo americano.

Su ascendencia en los altos círculos británicos y en los consejos de los Aliados fue aumentando con las crecientes calamidades. No se limitaba a esperar a que se produjeran los sucesos para emitir luego un juicio pedante; luchaba con ellos a brazo partido para domeñarlos, sin dejarse descorazonar por los errores y sus consecuencias. La tradición y el convencionalismo no lo afectaban. Nunca trató de levantar ninguna figura militar o naval, convirtiéndola en un fetiche para abrigarse tras de su reputación. Trataba firmemente a todas las jerarquías militares y navales obligándolas a ajustarse a la imperiosa necesidad. Puso a la cabeza de los grandes departamentos ministeriales a hombres de energía y capacidad, que tomó fuera de la esfera del Parlamento. No despreciaba nada que le pareciera útil, y todas las partes de la obra gubernamental merecían su atención y su interés. Vivía exclusivamente para su trabajo, pero este no lo abrumó nunca. Siempre que se requería

adoptaba una resolución y casi nunca pareció afectado por la carga que pesaba sobre él. A su innata habilidad en manejar hombres y comités se añadía un elevado sentido de la proporción en la política de guerra y una facultad de ahondar hasta la raíz en las cosas que le eran menos familiares. Bajo su gobierno, tanto la isla como el Imperio se organizaron realmente para la guerra y se formó el Gabinete Imperial de la Guerra que centralizó en un poder ejecutivo único todos los amplios recursos de la monarquía británica. El sistema de convoyes que desarticuló el ataque submarino, el esfuerzo sobre Palestina que aplastó a los turcos y el mando único que inauguró las victorias en Francia deben atribuirse, en primer término y en su principal impulso y decisión como actos políticos, al primer ministro de la Corona.

XLV

La intervención de Estados Unidos

Dado que el Gobierno imperial alemán ha cometido repetidos actos de guerra contra el Gobierno y el pueblo de Estados Unidos, el Senado y la Cámara de Representantes de los Estados Unidos de América reunidos resuelven: que el estado de guerra entre Estados Unidos y el Gobierno alemán que ha sido impuesto a Estados Unidos quede formalmente declarado; y que el presidente quede autorizado y requerido para emplear todas las fuerzas militares y navales de Estados Unidos y los recursos del Gobierno en la guerra contra el Gobierno imperial alemán; y el Congreso de Estados Unidos se compromete a emplear todos los recursos del país para conducir a un feliz término el conflicto.

Resolución del Congreso, 6 abril de 1917

El comienzo de 1917 fue señalado por tres sucesos portentosos: la declaración alemana de guerra submarina sin restricciones, la intervención de Estados Unidos y la revolución rusa. En conjunto estos sucesos constituyen el segundo punto máximo de la guerra. Pero el orden en que se produjeron fue decisivo. Si la revolución rusa hubiera ocurrido en enero en vez de marzo, o si, por otro lado, los alemanes hubieran aguardado al verano para declarar la guerra submarina ilimitada, no habría habido tal guerra submarina ilimitada ni por consiguiente intervención alguna de Estados Unidos. Ahora bien: si los aliados hubieran tenido que hacer frente al colapso de Rusia sin el sostén que representó la intervención de Estados Unidos, parece seguro que Francia no habría sobrevivido a dicho año y que la guerra habría terminado en una paz de compromiso, o dicho en otros términos, en una victoria alemana. Si Rusia hubiera durado dos meses menos o Alemania hubiera aguantado dos meses

más, habría cambiado todo el curso de los acontecimientos y en este orden podemos distinguir las huellas del destino. Para asegurar la entrada de Estados Unidos era necesaria la resistencia rusa o la impaciencia alemana, y se dieron una y otra.

La derrota total de Alemania se debió a tres errores capitales: la resolución de marchar a través de Bélgica sin preocuparse de la entrada de Gran Bretaña en la guerra; la decisión de emprender la guerra submarina ilimitada sin preocuparse de la entrada de Estados Unidos, y por último, la decisión de emplear a las fuerzas liberadas de Rusia en 1918 para una lucha final en Francia. De no haber cometido la primera falta, Alemania habría vencido fácilmente en un año a Francia y a Rusia; de no haber cometido la segunda, habría podido hacer en 1917 una paz satisfactoria, y de no haber cometido la tercera, habría podido aun presentar a los aliados un frente incólume en el Mosa o en el Rin y haberse asegurado cláusulas honrosas como precio para abreviar la matanza. Los tres errores fueron cometidos por las mismas fuerzas, por las mismas fuerzas que constituían la potencia militar del Imperio alemán. El Estado Mayor alemán, que con tan admirable esfuerzo sostuvo la causa germana, fue el responsable de las tres decisiones fatales. Así, las naciones, igual que los individuos, son destruidos por el abuso de aquellas mismas cualidades y facultades en que se funda su superioridad.

Por mucho que dure la controversia, nunca se llegará a un acuerdo entre las naciones beligerantes sobre los derechos y los entuertos de la guerra submarina. Los alemanes no comprendieron nunca ni comprenderán jamás el horror y la indignación con que vieron su ataque sus adversarios y el mundo neutral. Creían sinceramente que las quejas y lamentos eran simplemente hipocresía y propaganda. Las leyes y las costumbres del mar eran muy antiguas; se habían formado en el curso de siglos y, aunque infringidas muchas veces en detalle, habían sobrevivido en general a muchas y duras luchas entre naciones. La captura de un buque enemigo en el mar, aunque fuera mercante, era un acto que imponía al captor obligaciones estrictas. Hacer a un barco neutral presa de guerra suscitaba enormes conflictos de legislación internacional. Pero, entre apresar un buque y hundirlo mediaba un abismo. El buque que apresaba a otro neutral estaba obligado por una tradición inmemorial a llevar a su presa a puerto y a presentarla ante el Tribunal de presas. Hundirla sin razones levantaba odios, y hacerlo sin preocuparse por la salvación de su tripulación, dejándola perecer en botes abiertos o ahogándose entre las olas, era a los ojos de todos los pueblos marítimos un acto cruel que hasta entonces no había sido practicado deliberadamente más que por los piratas. Así, todas las naciones marineras, y en especial Gran Bretaña, Francia, Holanda, Noruega y Estados Unidos, vieron en la guerra submarina contra buques mercantes, particularmente los neutrales, un abismo de iniquidad. Realmente era espantoso el espectáculo de unos marinos mercantes desvalidos

con su barco destrozado y hundido, abandonados despiadadamente por otros marinos para que perecieran en el océano cruel.

Pero los alemanes eran unos advenedizos en el agua salada, y se preocupaban muy poco de todas estas antiguas tradiciones de los pueblos marineros. La muerte era para ellos lo mismo, viniera como viniera y terminaba siempre en un abrazo más o menos penoso. ¿Por qué iba a ser más horrible ahogarse en el agua que con los gases tóxicos, o morir de hambre en un bote abierto que consumirse vivo aún, pero herido, en la «tierra de nadie»? El bloqueo británico trataba al conjunto de Alemania como una fortaleza sitiada y se proponía abiertamente hacerla rendirse por el hambre de toda su población, hombres, mujeres y niños, jóvenes, viejos, sanos y enfermos. Supongamos que el problema se planteara en tierra en vez de hacerse en el mar; supongamos que un gran número de americanos y otros neutrales llevaran alimentos o municiones a la zona de los ejércitos bajo el fuego de la artillería alemana y supongamos que se supiera que estos convoyes atravesaban ciertos lugares en la dirección del frente. ¿Quién dudaría por un momento en aplastarlos a hierro y fuego y borrarlos de la superficie de la tierra? ¿Quién había vacilado jamás en bombardear ciudades y pueblos porque hubiera en su interior no combatientes desvalidos e inofensivos? Si se ponían al alcance de los cañones, habían de correr su riesgo. ¿Cómo no iba a aplicarse la misma regla a los torpedos? ¿Por qué era legal matar a un neutral o a un no combatiente en tierra a cañonazos, si se ponía por medio, y era una atrocidad hacerlo con torpedos en el mar? ¿Qué sentido tenía trazar esta distinción entre los dos casos? La política podía tender su telaraña de cálculos, pero, en buena lógica, el camino estaba claro. Sí, si era necesario, se mataría a todo aquel, fuera quien fuese, que llegara a su alcance y tratara de impedirles ganar la guerra, y ellos no establecerían diferencia alguna entre el mar y la tierra. Así pensaba el Estado Mayor naval alemán, pero los neutrales no pensaban de igual manera.

La mano que estaba detrás del ataque submarino inicial a los buques mercantes era de la áspera y enérgica personalidad del almirante Von Tirpitz. Hemos visto ya el resultado de sus primeros esfuerzos: el 4 de febrero de 1915 había anunciado que, desde el 18 de aquel mes en adelante, «todo navío mercante aliado que fuera encontrado en las aguas que rodeaban las islas Británicas sería destruido sin que fuera siempre posible evitar peligros a su tripulación y pasajeros». Por lo tanto, también los buques neutrales estarían expuestos al peligro si penetraban en la zona de guerra. Por este tiempo, Tirpitz no tenía a su disposición más de 20 a 25 submarinos útiles para tal propósito, de los que solo una tercera parte, o sea 7 u 8, podían prestar servicio a la vez. Teniendo en cuenta el enorme tráfico y los numerosos puertos de las islas Británicas, así como sus medidas defensivas, nosotros tuvimos por cierto que los efectos de dicho ataque serían relativamente poco importantes para el

volumen de nuestro comercio y por esta razón anuncié inmediatamente que cada semana publicaríamos los hundimientos de navíos mercantes realizados por submarinos alemanes junto con la cifra total de barcos que habían entrado y salido de los puertos británicos. El resultado justificó plenamente nuestras expectativas, y, en mayo de 1915, el fracaso de Tirpitz para impedir el tráfico marítimo con recursos tan exigüos era evidente para todo el mundo.

La ira de los neutrales y la actitud amenazadora de Estados Unidos, que esta nueva forma de guerra marítima produjo, unidas a sus débiles resultados prácticos, convencieron al emperador alemán, al canciller y al Ministerio de Asuntos Exteriores, a raíz de los hundimientos del Lusitania y del Arabic, de que Tirpitz estaba equivocado y de que era preciso frenarlo. En consecuencia, y por órdenes sucesivas, se restringieron las operaciones de los submarinos, obstaculizándolas además con vacilaciones políticas, y para el otoño de 1915, se les dio fin completamente. La revelación prematura y con fuerzas insuficientes de este procedimiento de guerra prestó a Gran Bretaña un servicio inmenso. Desde principios de 1915, el Almirantazgo, bajo mi dirección, puso en práctica contramedidas de toda clase y en la escala más amplia. Se multiplicaron los pequeños vapores armados hasta una cifra enorme, tanto construyéndolos nuevos como por transformación de los existentes; se aceleró el artillado de los navíos mercantes, así como el artificio de los barcos trampa o barcos Q, de los que se hablará más adelante, y se hizo objeto de experimentación y de fabricación en regla a todos los ingenios científicos ofensivos y defensivos imaginados contra los submarinos. El primer ataque submarino fracasó ridículamente, pero las contramedidas lanzadas fueron continuadas a gran velocidad por míster Balfour y su Consejo del Almirantazgo durante todo el 1915 y 1916, y a esta perseverancia, después de cesar el peligro en apariencia, debemos en gran parte nuestra salvación final.

En la primavera de 1916, renovó Tirpitz su presión sobre el canciller alemán para que se reanudara la guerra submarina. Reunió para el asalto contra Bethmann-Hollweg a todas sus fuerzas: el general Von Falkenhayn estaba ya de su parte, y el almirante von Holtzendorf era un entusiasta. El mismo Tirpitz escribió en su memorándum, el 16 de febrero:

Es absolutamente necesario recurrir inmediata e inexorablemente a la potencia submarina. Toda nueva demora en la introducción de la guerra sin restricciones dará tiempo a Inglaterra para proseguir sus medidas defensivas navales y económicas y nos producirá grandes pérdidas, poniendo en peligro un éxito rápido. Cuanto más pronto se inicie la campaña, más pronto se obtendrá el éxito y más pronto quedará rápida y enérgicamente destruida la esperanza de Inglaterra de derrotarnos por una guerra de agotamiento. Y si batimos a Inglaterra, romperemos la espina dorsal de la coalición enemiga.

Tirpitz se dirigió al emperador, el 23 de febrero de 1916, enérgicamente para pedirle que adoptara una decisión. El emperador, que comprendió sin duda que se estaba ejerciendo presión desde varios sectores sobre él y sobre su canciller, convocó una reunión para el 6 de marzo, de la que excluyó deliberadamente a Tirpitz. Como resultado de esta reunión a la que asistieron el canciller, Falkenhayn y Holtzendorf, se decidió suspender indefinidamente el comienzo de la guerra submarina sin restricciones y se anularon las órdenes dadas ya para empezarla el 1 de abril. Tirpitz solicitó inmediatamente su relevo, que le fue concedido el 17 de marzo, pero la discusión la siguieron el Estado Mayor naval y el almirante Scheer.

En la primavera de 1916, había disponibles para la campaña 50 submarinos apropiados en lugar de los 20 o 25 del año precedente. De modo que Tirpitz podía haber mantenido en acción menos de 20 submarinos de un modo permanente. Teniendo en cuenta el progreso de las contramedidas británicas, no hay razón para creer que tal incremento en el número pudiera haber causado un daño serio a nuestros suministros marítimos. Pero detrás de los 50 submarinos en servicio, había prevista en los presupuestos alemanes para 1916 la construcción de nada menos que 150 más, y, cuando se hallaran estos terminados para principios de 1917, el problema adquiriría por primera vez un carácter grave. El ataque de 25 submarinos en febrero de 1915 era absurdo, y el de 50 en febrero de 1916 hubiera sido fácilmente derrotado; pero el ataque de 200 en febrero de 1917 presentaba posibilidades de distinto orden. Si Tirpitz, desarrollando una previsión y un dominio de sí mismo casi sobrehumanos, no hubiera intentado ningún ataque submarino contra el comercio hasta tener dispuestos al menos 200 unidades y si no nos hubiera provocado en el intervalo a adoptar contramedidas, nadie puede decir cuál hubiera podido ser el resultado. Afortunadamente, el remedio crecía a la vez que el peligro; la amenaza submarina estaba tomando unas dimensiones terribles y enormes, pero:

la enfermedad naciente que matará a la larga,

crece y se hace más fuerte a medida que crece y se hace más fuerte el organismo.

Llegamos ahora sin embargo al final de 1916, y en este corto intervalo que dejaba todavía el invierno para respirar a las naciones en guerra, los jefes alemanes contemplaron ansiosamente la escena mortal. A pesar de los desastres que habían seguido a la decisión de Falkenhayn de atacar Verdún dejando sin atender al frente oriental, Alemania había sobrevivido; había sangrado a los franceses en Verdún, había resistido a los británicos en el Somme, había reparado la brecha abierta por Brusiloff y había incluso encontrado fuerzas para aplastar a Rumanía, saliendo del combate de aquel año todavía con su trofeo. Pero sobre los directivos alemanes pesaba ya

fuertemente la sensación del espantoso peligro, de la creciente presión, de los recursos cada vez menores, de los frentes cada vez más oprimidos, de las poblaciones ahogadas por el bloqueo y de la sangre del pueblo alemán cayendo, inexorablemente, por el reloj de arena del tiempo.

En el Oeste, los aliados preparaban golpes aún más formidables para la primavera y los rusos no se habían debilitado y estaban incluso reviviendo a una escala casi increíble. Pero por primera vez había preparados 200 submarinos: ¿sería posible matar de hambre Gran Bretaña incluso si provocaba la guerra con Estados Unidos? ¿Se rompería así la espina dorsal de los aliados?

Si se hubiera podido prever en Alemania [escribe Tirpitz] la revolución rusa, no hubiera habido quizá necesidad de considerar la campaña submarina de 1917 como el último recurso. Pero, en enero de 1917, no había ningún signo visible de revolución.

Durante los meses de noviembre y diciembre, el canciller alemán y los jefes militares y navales atormentaron al emperador con su discusión: ¿valían los 200 submarinos dispuestos, los 120.000.000 de americanos del otro lado del Atlántico? ¿Regía Britania debajo de las olas también? Terrible dilema que excedía en dramatismo a los momentos cruciales de la lucha entre Roma y Cartago.

Es indudable que la responsabilidad de la decisión recae sobre Hindenburg y Ludendorff. Tirpitz ya se había ido y sostiene incluso que en aquel entonces había pasado ya el momento para la guerra submarina sin restricciones y llega a recordar un comentario algo vacilante de «demasiado tarde» que había lanzado entonces. Pero el Gran Cuartel General hacía tiempo que estaba resuelto a emplear el arma submarina a toda costa y hasta el límite. En Ludendorff se había encontrado al fin un jefe que no retrocedía ante nada y sobre cuyo espíritu los peligros supremos ejercían evidentemente una fascinación particular. El viejo mariscal compartía esta resolución o se sometió a ella y echó todo su peso contra el canciller. Los almirantes hacían resonar promesas de éxito rápido, y los poderes civiles sintieron que la balanza oscilaba contra ellos, pues sus ofertas de paz habían sido rechazadas sin ceremonias por los aliados. El agrio intercambio de telegramas entre Hindenburg y Bethmann-Hollweg en la última semana del año marcó el final de la resistencia del canciller. Su capitulación tuvo lugar el 9 de enero. Hubiera sido mejor ante la historia haberse marchado con banderas desplegadas. Nadie puede dudar de cuáles eran sus convicciones, y ahora sabemos que eran justas. Inmediatamente, los sucesos empezaron a tomar un nuevo rumbo.

Ninguna nación ha tenido seguramente un hado más maligno que Rusia.

Su navío se hundió a la vista del puerto. Había ya realmente pasado el temporal cuando todo se deshizo. Cuando ya se habían hecho toda clase de sacrificios y trabajos, la desesperación y la traición se apoderaron del mando, en el preciso momento en que la labor estaba concluida.

Habían terminado las largas retiradas; la escasez de municiones había cesado y llegaba armamento en cantidad; ejércitos más fuertes, más numerosos y mejor equipados guardaban el inmenso frente y las unidades de reserva estaban repletas de hombres robustos. Alexeieff mandaba el ejército y Koltchak la flota. Además, en estos momentos no era precisa ninguna acción difícil; bastaba mantener el frente, apoyarse pesadamente sobre la estirada línea teutónica, retener a las fuerzas enemigas debilitadas de enfrente sin necesidad de una actividad excepcional; en una palabra: aguantar, esto era lo único que se interponía entre Rusia y los frutos de una victoria general. Dice Ludendorff al considerar la escena a finales de 1916:

Rusia en particular producía formaciones nuevas muy fuertes, reducía las divisiones a 12 batallones y las baterías a 6 piezas, formando divisiones nuevas con los otros cuartos batallones y con las dos piezas sobrantes de cada batería. Esta reorganización producía un gran incremento de fuerza.

Significaba, de hecho, que el Imperio ruso alineaba para su campaña de 1917 un ejército mayor y mejor equipado que el que tenía cuando empezó la guerra. En marzo, el zar estaba aún sobre su trono, el Imperio y el pueblo rusos estaban todavía de pie, el frente se hallaba seguro y la victoria era cierta.

Es moda fútil de estos tiempos reputar al régimen zarista como una tiranía ciega, corrompida e incompetente. Pero una mirada a sus treinta meses de guerra contra Alemania y Austria debería corregir esta impresión superficial y hacer resaltar los hechos dominantes. Podemos medir la fuerza del Imperio ruso por los golpes que soportó, por los desastres a que pudo sobrevivir, por las fuerzas inagotables que supo desarrollar y por la recuperación que logró. En el gobierno de los estados, cuando tienen lugar los grandes acontecimientos, el jefe de la nación, sea el que sea, es tenido por responsable de los fracasos y recoge el mérito de los éxitos. No importa quien haya hecho el trabajo ni quienes hayan planeado la lucha; a la autoridad suprema corresponde toda la culpa o toda la alabanza.

¿Por qué hay que negar esta prueba severa a Nicolás II? Cometió muchos errores; pero ¿qué gobernante no lo hace? No fue un gran general ni un gran soberano. Fue solo un hombre sencillo y recto, de aptitudes medianas y de disposición piadosa, sostenido en la vida diaria por su fe en Dios. Sin embargo, en él se centraba todo el embate de las decisiones supremas. En la cúspide, donde todos los problemas se reducen a un sí o a un no, donde los sucesos escapan a las facultades humanas y donde todo es inescrutable, él era

quien tenía que dar las respuestas. Su función era la de una brújula: ¿guerra o paz? ¿Avanzar o retroceder? ¿A la derecha o a la izquierda? ¿Democratizar o aguantar firme? ¿Persistir o abandonar? Tales fueron los campos de batalla de Nicolás II. ¿Por qué no habría de cosechar en ellos algún honor? La irrupción abnegada de los ejércitos rusos que salvó a París en 1914, la agonía superada del repliegue sin municiones, la lenta recuperación, las victorias de Brusiloff, la preparación para la campaña de 1917 con más fuerzas y más invencibles que nunca: ¿no tiene él su parte en todo esto? Pese a errores enormes y terribles, el régimen que personificaba y presidía y al que su carácter personal daba el aliento vital, había ganado la guerra para Rusia.

En estos momentos estaba, sin embargo, a punto de caer. Una mano oscura, disimulada al principio bajo un aspecto de locura, interviene de pronto. El zar desaparece. Entregadlo a él y a todo cuanto él amó a las injurias y a la muerte, empequeñeced sus esfuerzos, reprochad su conducta, insultad su memoria, pero parémonos un momento para preguntarnos quién habría sido capaz fuera de él. ¿Quién o qué cosa podía guiar al Estado ruso? Hombres bien dotados y atrevidos, hombres ambiciosos y decididos, espíritus audaces e imperativos, de todos ellos había muchos. Pero ninguno de ellos podía contestar la simple pregunta de que dependía toda la vida y la reputación de Rusia. Cayó en tierra con la victoria en la mano, devorada viva por los gusanos como el Herodes de antaño. Pero sus valientes acciones no se hicieron en vano: el gigante herido de muerte tuvo aún tiempo con las fuerzas del moribundo de pasar la antorcha inmortal al Este, al otro lado del océano, donde otro titán sumido en la duda por mucho tiempo se levantó al fin y empezó a armarse calmosamente. El Imperio ruso cayó el 16 de marzo y el 6 de abril entraba Estados Unidos en la guerra.

De todos los grandes errores que cometió el alto mando alemán ninguno es tan notable como el de su incapacidad para percibir el significado de la guerra con el Estado americano. Constituye quizá el ejemplo culminante de la imprudencia de basar una política de guerra en el simple cómputo de los factores materiales. El esfuerzo de guerra de 120.000.000 de personas cultas, equipadas con todos los adelantos científicos y en posesión de todos los recursos de un continente inatacable, más aún, de un Nuevo Mundo, no podía medirse por la cifra de su ejército permanente, de sus oficiales profesionales, de sus cañones en servicio o de los buques de guerra que en aquel momento tenían a su disposición. Revela una crasa ignorancia de los resortes elementales que jugaban en tal comunidad suponer que podían ser burlados permanentemente por un instrumento mecánico como el de la guerra submarina. ¡Cuán temerario fue equiparar el esfuerzo en contra de la nación civilizada más grande, si no más prominente, con la probabilidad de que no llegara a tiempo sobre el campo de batalla! ¡Cuán loco fue condenar al heroico pueblo alemán, fatigado de la guerra, desgastado y ya inferior en número, a

una lucha a muerte con este nuevo antagonista, fresco, poderoso y una vez alzado, implacable!

No es preciso subrayar la ayuda material dada a los aliados por Estados Unidos. Todo lo que podía ser enviado lo fue tan pronto y tan libremente como se pudo, hombres, buques o dinero. Pero la guerra terminó mucho antes de que la potencia material de Estados Unidos pudiera influir de un modo decisivo o incluso principal. Terminó con más de 2.000.000 de soldados americanos en suelo francés, pero la campaña de 1919 habría visto empeñados ejércitos cada vez mayores que para 1920 podían haber sumado hasta 5.000.000 de hombres. Ante una potencia de esta clase ¿qué podía haber significado, pongamos por caso, la toma de París? Y en cuanto a los 200 submarinos, que eran la esperanza mecánica, habían de contar aún con la marina británica, que en este período y bajo la égida de una flota de batalla abrumadora, mantenía sobre los mares más de 3.000 buques armados.

Pero si en la derrota de Alemania no fue aplicada realmente la potencia física de Estados Unidos, si por ejemplo no perecieron a manos de los americanos más allá de unas decenas de miles de alemanes, la consecuencia moral de la unión de dicho país a los aliados fue en cambio la que decidió decisivamente la lucha.

La guerra duraba ya cerca de tres años y todos los combatientes del principio se encontraban al máximo de tensión: en ambos lados, a los peligros del frente se unían otros surgidos más atrás de la línea palpitante de contacto. Rusia había sucumbido a estos nuevos peligros; Austria estaba a punto de hundirse; Turquía y Bulgaria aguantaban trabajosamente; la misma Alemania se vio obligada en plena lucha a conceder amplios derechos constitucionales y franquicias a su pueblo; Francia estaba desesperada; Italia iba a pasar muy pronto al borde del abismo, y hasta en la impasible Gran Bretaña la gente empezaba ya a mirar de otra manera. De repente, una nación de 120.000.000 de habitantes despliega su bandera al lado que ya era más sólido, y la democracia más poderosa del mundo, después de haber contemplado largamente la escena como juez, es precipitada o, mejor dicho, se precipita ella misma en la lucha. El nuevo refuerzo hizo olvidar la pérdida de Rusia y los movimientos derrotistas quedaron ahogados en un bando e inflamados en el otro. Por todas las naciones en lucha se extendieron las dos impresiones opuestas: «Todo el mundo está contra nosotros», o «Todo el mundo está a nuestro lado».

Los historiadores americanos quizá se extenderán algo en explicar exactamente a la posteridad por qué entró Estados Unidos en la Gran Guerra el 6 de abril de 1917, y por qué no entró en cualquier momento anterior. Los submarinos alemanes habían hundido antes buques americanos y se habían perdido tantas vidas americanas en el Lusitania como en los cinco buques

juntos cuyo hundimiento precedió inmediatamente a la declaración de guerra. En cuanto a la causa general de los aliados, si era justa en 1917, ¿no lo era igualmente en 1914? En 1917, había además muchas razones de alta política que militaban aún por la no intervención, después de tan larga espera.

Era natural que los aliados, inflamados de indignación contra Alemania, sin aliento y sangrando en la lucha cara a cara con peligros mortales, estuvieran atónitos ante la actitud fría, crítica y apartada de la gran potencia de allende el Atlántico. En Inglaterra, en particular, donde las leyes y el lenguaje parecían tender un puente de comprensión mutua entre las dos naciones, la abstención americana era difícil de comprender. Pero esto era no hacer la debida justicia a importantes factores del caso. En Estados Unidos no se sentía el peligro inmediato; el tiempo y la distancia empequeñecían la perspectiva. La masa de su población, dedicada a la industria pacífica, disponiendo de los recursos no explotados del continente que les había caído en herencia, absorbidos en su vida y política domésticas y enseñados por una larga tradición constitucional a apartarse de las complicaciones exteriores, tenía un campo de interés espiritual completamente distinto del de Europa. Todos los hombres tienen derecho a apelar a la justicia mundial, pero cabía preguntar qué parte habían tomado los americanos en los hechos que habían dado lugar a la situación que hacía necesaria esta apelación a la justicia mundial. Además ¿era la sentencia tan sencilla como les parecía a los aliados? ¿No había una terrible responsabilidad en lanzar a una comunidad enorme, desarmada y lejana, en medio de tal conflicto? Lo asombroso es que hayan podido vencerse todas estas razones, y merecen todos los honores aquellos que no dudaron nunca y que desde el principio discernieron el inevitable camino.

La constitución rígida de Estados Unidos, la fuerza y dimensiones gigantescas de la maquinaria de sus partidos y los plazos fijos en que se escogen sus cargos públicos y sus representantes confieren al presidente un poder autocrático mucho mayor que el que antes de la guerra poseía el jefe de ningún gran estado. La inmensa extensión del país, los distintos intereses, ambientes y facetas de su enorme población y la función de válvula de seguridad de los cuerpos legislativos de sus cincuenta estados soberanos hacen difícil que se concentre la opinión pública nacional y confieren al Gobierno federal una independencia excepcional fuera de las épocas fijas de elecciones. Pocos gobiernos modernos han de preocuparse tan poco de la opinión del partido al que han derrotado en las urnas, y ninguno asegura a su cargo ejecutivo supremo, a la vez soberano y jefe de partido, una autoridad tan personal y directa.

El proceso de sucesión hereditaria que hace subir al trono a un rey o un emperador ocurre por término medio a intervalos de un cuarto de siglo. Durante este largo período, como en toda su vida hasta que sube al trono, los

súbditos pueden estudiar las cualidades y disposiciones del monarca, y durante aquel tiempo los partidos políticos y las clases sociales pueden con frecuencia imaginar y crear impedimentos y contraimpedimentos a su acción personal. En las monarquías de poder limitado, donde la responsabilidad está a cargo de un primer ministro, la elección del país recae generalmente sobre hombres de estado que han pasado toda su vida ante la vista del público, que son además miembros del Parlamento y a los que pueden exigirse en todo momento cuentas de su proceder. Pero la magnitud y el carácter de los procesos electorales en Estados Unidos hacen cada vez más difícil, si no completamente imposible, que un político de larga experiencia llegue a ser jamás candidato probable a la presidencia. La elección de los directivos de los partidos tiende a recaer cada vez más en ciudadanos eminentes de personalidad destacada y de virtudes cívicas, que no se han mezclado sensiblemente en política ni en la administración y se encuentran libres por lo tanto de las animosidades y errores que llevan consigo estas experiencias combativas y ansiosas. Las más de las veces, el campeón elegido por los entusiasmos o ideales de decenas de millones de personas no está versado en los asuntos de estado y se encuentra elevado de repente a tal deslumbrante preeminencia sin preparación alguna. Los veteranos aguerridos de las batallas políticas suelen elegir tras muchas y violentas convulsiones internas alguna figura honorable y sin tacha para que lleve enhiesta la bandera del partido: ellos le arreglan su programa y su política y, si triunfan en la batalla electoral, le instalan para cuatro años en la cumbre del Estado, revestido desde aquel momento de unas funciones ejecutivas directas que nada supera en todo el mundo en importancia práctica.

Como todas las generalizaciones compendiadas sobre grandes asuntos, el párrafo anterior está sujeto a muchas y notorias excepciones, pero el presidente Wilson no era una de ellas. En todas sus grandezas y debilidades, en su nobleza y en sus defectos, a pesar de su largo historial académico y de un breve empleo como gobernador, representaba una cifra desconocida e ilimitada para el poderoso pueblo que lo eligió como gobernante en 1912. Todavía era un misterio mayor para el mundo en general. Aun escribiendo con el máximo respeto, no parece exagerado consignar que la acción de Estados Unidos con sus repercusiones en la historia mundial dependía en aquel terrible período de juicio final, casi con exclusión de todo otro factor, de las reflexiones y reacciones de este hombre que desempeñó en el destino de las naciones un papel incomparablemente más importante y directo que ninguna otra persona.

Teniendo en cuenta estas consideraciones es como adquieren su particular interés las memorias del coronel House. En sus páginas se nos revela el presidente: encerrado en el círculo de su vida doméstica con la simplicidad y frugalidad de Nicolás II, inaccesible para todos menos para sus amigos y servidores y aun para ellos muy parcamente, colocado muy alto sobre el

Congreso, con un Gabinete que era su simple instrumento, sin haberse forjado ni templado en la vida pública. Estaba guiado simplemente por aquel «frecuente recurso a los primeros principios» inserto en la Constitución americana, Woodrow Wilson, el juez inescrutable e indeciso de cuyos labios pendía la vida de millones de seres, se nos presenta como un objeto digno de meditación.

En primer lugar y ante todo, era de pies a cabeza un hombre de partido. Su lealtad dominante era hacia la gran asociación política que lo había elevado a la presidencia y de cuya continuada prosperidad estaba sinceramente convencido que dependían los intereses de la humanidad. Lo vemos en pleno esfuerzo de guerra americano, cuando todo lo que podía dar la Unión era entregado sin distinción de clases ni partidos al Gobierno del día, emplear sin escrúpulos ni reflexión aparente su influencia personal en procurar la vuelta al Congreso únicamente de aquellos representantes que llevaban la etiqueta del partido Demócrata. Bajo su régimen no se dio ninguno de aquellos sacrificios temporales de rencores partidistas a que obligó el peligro en los países europeos. Todo el poder y el prestigio de la nación americana en la guerra estuvieron asignados en la medida de lo posible solo a los gobernantes del día y a la maquinaria del partido. Esto creó un odio entre sus adversarios políticos cuyos hijos se hallaban luchando, cuyo dinero se estaba gastando y cuyo patriotismo era ardoroso; en cuanto terminó la lucha resultó fatal para el presidente Wilson y sus esperanzas. Por lo demás era un buen americano, un liberal académico y un adversario sincero de la guerra y de la violencia. Sobre estos impulsos fácilmente combinables cayeron en intensa acción mutua todas las violencias de la guerra europea que atravesaron el Atlántico y todas las presiones internas de la política americana. Se encontró ante cuatro cuestiones sucesivas que sacudieron su ser hasta las fibras más íntimas: ¿Cómo mantener a Estados Unidos fuera de la guerra? ¿Cómo ganar la elección presidencial de 1916? ¿Cómo ayudar a los aliados a ganar la guerra? Y, finalmente, ¿cómo gobernar al mundo cuando esta terminara?

Le hubiera sido de gran ayuda en su tarea haber llegado a una respuesta clara acerca de quién tenía razón en la contienda europea. Había sucesos, como la marcha de los alemanes a través de Bélgica o el hundimiento del Lusitania, que tenían una significación evidente para amigos y enemigos: ambos denunciaban la intención de emplear la fuerza sin restricciones hasta lograr el resultado definitivo. Esta perspectiva afectaba directamente a los intereses e incluso a la seguridad de Estados Unidos: la victoria de Alemania y la desaparición consiguiente de Francia y del Imperio británico como grandes potencias habría dejado, tras un intervalo incierto, a la población pacífica y desarmada de Estados Unidos expuesta sin remedio al triunfo de la doctrina de la fuerza sin límites. En los años que habrían seguido a su victoria, los imperios teutónicos se habrían hecho más fuertes que Estados Unidos por mar

y por tierra, y habrían podido conseguir fácilmente una relación mejor con Japón de la que tenían ellos; en tal situación no habrían podido resistirse eficazmente sus planes sobre América del Sur. En cualquier caso, Estados Unidos se habría visto obligado a desarrollar enormemente sus fuerzas armadas y más pronto o más tarde habría surgido un nuevo conflicto en el que Estados Unidos se habría encontrado solo.

Pero durante los dos primeros años y medio de guerra el presidente Wilson jamás consideró que los alemanes llegaran a un empleo de la fuerza sin restricciones y menos aún las remotas consecuencias de su posible éxito. No comprendió, por lo tanto, que en la lucha europea se hallaban envueltos desde el principio los intereses americanos. No se fio y más bien reprimió los sentimientos de indignación que despertaron en su pecho las escenas de Bélgica o el hundimiento del Lusitania. No supo ver el instinto verdadero del pueblo americano; subestimó la cantidad y la fuerza de los sentimientos americanos en favor de los aliados. Hasta que anunció realmente su famoso mensaje de guerra al Congreso, no comprendió dónde se hallaba dentro de la confusión de la opinión americana el deseo dominante de la nación y dónde había estado siempre. Hasta aquel momento no empezó a moverse con confianza y convicción; hasta entonces no apoyó la causa de los aliados en términos que no fueron superados por los propios estadistas de estos; hasta entonces no reveló al pueblo americano dónde estaban a su juicio la razón y el derecho y hasta qué punto se hallaban en juego sus propias vidas y sus intereses materiales.

La acción desesperada de los directivos de guerra alemanes no le había dejado al final escapatoria alguna. El 31 de enero, Alemania informó a Estados Unidos de su intención de empezar la campaña submarina sin restricciones. El 3 de febrero, el embajador alemán en Washington recibió sus pasaportes, se llamó al representante de Estados Unidos en Berlín y el presidente anunció al Congreso la ruptura de relaciones diplomáticas. Pero mister Wilson tenía aún otra línea de defensa: se negó a creer que a la declaración alemana le fuera a seguir ninguna «acción directa». El 26 de febrero, la inmovilización virtual del comercio marítimo de Estados Unidos por temor a los ataques alemanes le obligó a solicitar al Congreso la autorización para armar a los buques mercantes americanos. El mismo día 26, fue hundido un barco americano y se ahogaron ocho ciudadanos estadounidenses. Entretanto el Servicio británico de Información había adquirido la certeza de que Herr Zimmermann, ministro alemán de Asuntos Exteriores, había dado instrucciones al embajador de Alemania en México para concluir una alianza con este país en el caso de que surgiera la guerra entre Alemania y Estados Unidos, ofreciendo a México como aliciente los territorios americanos de Texas, Arizona y Nuevo México. Este documento en el que se hablaba también de la posibilidad de atraer asimismo contra Estados Unidos a Japón fue publicado por el Gobierno

americano el 1 de marzo. Durante este mes, fueron hundidos otros cuatro buques y se perdieron otras doce vidas americanas. Por fin, el 1 de abril fue hundido el Aztec, ahogándose veintiocho americanos y, el día 2, el presidente Wilson solicitó del Congreso que se declarara el estado de guerra entre Estados Unidos y Alemania.

El presidente había sido perseguido y acosado paso a paso. Muy poco a poco, contra sus más caras esperanzas, contra sus más serias dudas, contra sus más íntimas inclinaciones, en negación a todo lo que había dicho o hecho o dejado de hacer en treinta meses de carnicería, se vio obligado a dar la señal que más temía y detestaba. Había estado constantemente por debajo de la nota dominante del sentimiento americano. En apoyo de su política tenía una explicación razonada y argumentos contundentes, y todo el mundo ha de respetar los motivos de un hombre de estado que trata de ahorrar a su país los horrores y gastos de una guerra. Pero nada podrá reconciliar lo que dijo después de marzo de 1917 con la dirección que había marcado antes. Lo que hizo en abril de 1917 podía haberlo hecho en mayo de 1915, y si lo hubiera hecho entonces, ¡cuánto se habría abreviado la matanza! ¡Cuánta agonía se habría ahorrado! ¡Cuánta ruina y cuántas catástrofes se hubieran evitado! ¡En cuántos millones de hogares no habría hoy una silla vacía! ¡Cuán diferente habría sido el mundo atormentado en que vencedores y vencidos estaban condenados unos y otros a vivir!

Pero, sea como sea, ya estaba decidido. ¿Dónde quedaban el 2 de abril aquellas frases enconadas de «Una pendencia de borrachos» y «Una paz sin victoria»? Entre las pisadas y el tintineo de los sables de una escolta de caballería, el presidente llega al Senado y lee su mensaje al Congreso y a la humanidad. Allí vibran los famosos pasajes en que se proclaman por fin la justicia de la causa aliada:

Navíos de todas clases, cualesquiera que fuesen su bandera, su carácter, su cargamento, su destino y su misión, han sido hundidos sin piedad, sin previo aviso y sin previsión alguna de ayuda o de socorro a sus tripulantes, lo mismo si eran neutrales que si pertenecían a los beligerantes. Incluso barcos hospitales y barcos que llevaban socorros para el pueblo belga tan cruelmente despojado y herido, a pesar de que tenían estos últimos un salvoconducto del propio Gobierno alemán para atravesar la zona prohibida y de que se podían distinguir por marcas inconfundibles su identidad, han sido hundidos con la misma falta absoluta de compasión y de principios. [...] Está comprometida la paz del mundo y la libertad de sus pueblos, y la amenaza a esa paz y a esta libertad radica en la existencia de gobiernos autocráticos apoyados en fuerzas organizadas que dirigen totalmente a su arbitrio y no por la voluntad de sus pueblos. [...] Hay que hacer que el mundo sea seguro para la democracia. [...] El derecho es más precioso que la paz y hemos de combatir por las cosas que

han estado siempre más cerca de nuestros corazones; por la democracia, por los derechos de los que se someten a la autoridad para tener voz en su propio Gobierno, por los derechos y libertades de las naciones pequeñas, por un reinado universal del derecho en un concierto de pueblos libres, que devuelva la paz y la seguridad a todas las naciones y haga al mundo mismo libre al fin.

En respuesta a todo lo cual la Cámara de Representantes acordó, el 6 de abril, que el estado de guerra quedaba formalmente declarado y que, «para conducir a un feliz término el conflicto, el Congreso de Estados Unidos se comprometía a emplear todos los recursos del país».

La llamada fue contestada y obedecida desde el Atlántico al Pacífico. Leyes férreas sobre servicio obligatorio reforzadas por restricciones sociales de disciplina mutua en que tomó parte la inmensa mayoría de la población obtuvieron una instantánea unidad de opinión. Nadie se alzó contra el torrente. El pacifismo, la indiferencia y la disconformidad fueron barridos del camino y perseguidos sañudamente hasta su exterminación. Con un rugido de ira lentamente acumulada y contenida que ahogó con su estruendo todos los gritos discordantes, la nación americana se alzó por fin en armas.

XLVI

El experimento del general Nivelles

Entretanto, en las alturas de Verdún empezaban a surgir entre el estruendo de los cañonazos nuevas figuras destinadas a torcer fuertemente el curso de los sucesos. El más exitoso de los subalternos de Pétain era un cierto general Nivelles, un oficial de Artillería que por su valor y habilidad se había abierto camino desde un puesto modesto hasta el mando de un cuerpo de ejército. El brazo derecho de Nivelles era a su vez un cierto general Mangin, del que es necesario dar una breve descripción. Mangin pertenecía al ejército colonial y había logrado su fama en Marruecos y Túnez; había mandado la vanguardia de Marchand en su marcha a Fashoda en 1898, y, desde los primeros días de la guerra, se había distinguido en Dinant y Charleroi a la cabeza de una brigada. En el amplio barrido de jefes incompetentes que siguió a las derrotas iniciales del ejército francés, Mangin logró el mando de una división desmoralizada después de que fuera destituido su jefe desacreditado. Un joven monárquico que servía como oficinista en el Estado Mayor de esta división escribe: «Después de haber tenido a nuestro frente a una ruina en pie, poseemos ahora a uno de los mejores generales del ejército francés». Mangin hacía honor a esta reputación: rostro bronceado y ceñudo, pelo negro espeso e hirsuto, perfil aguileño con ojos y dientes brillantes, lleno de vida y actividad, violento,

fastuoso, privilegiado, acaparador (tenía en su séquito cuando era solo coronel y mandaba una brigada, hasta doce automóviles sacados de todas partes, incluso del enemigo), derrochador de las vidas de sus hombres y no menos de la suya propia (cargando a la cabeza de sus tropas, combatiendo fusil en mano cuando lograba escapar de su Cuartel General, lanzando por teléfono órdenes implacables a sus subordinados y cuando era preciso desafiando a sus superiores), Mangin derrotado o triunfador, Mangin el héroe o Mangin el carnicero, como fue llamado sucesivamente, se convirtió sobre el yunque de Verdún en la figura guerrera más indomable de Francia.

Durante la primavera confió Pétain la dirección de las operaciones más importantes a Nivelles y este delegó su ejecución en su parte más importante a Mangin. Cuando en abril, después de tres meses de batalla, fue promovido Pétain de Verdún y destinado al mando de un grupo de ejércitos, Nivelles, siempre con Mangin a su lado, lo sucedió en la dirección de la batalla.

Una de las decisiones iniciales del régimen Hindenburg-Lundendorff había sido la de detener la ofensiva de Verdún. Con lo que, desde fines de agosto, con intenso alivio del príncipe heredero, los ejércitos alemanes adoptaron una actitud puramente defensiva delante de la fortaleza. Esta decisión, prudente en aquellas circunstancias desastrosas, proporcionaba a los franceses una buena oportunidad. Los largos meses de batalla habían dejado la línea alemana en forma de cuña y el fuerte de Douaumont en la línea de contacto y en la punta misma de la cuña era a la vez el trofeo francés más grande y el más próximo. Nada podía sellar la derrota del esfuerzo alemán contra Verdún más dramáticamente que la reconquista de Douaumont, famoso en el mundo entero. En ella pusieron toda su alma Nivelles y Mangin.

La preparación fue larga y minuciosa. Sobre el saliente alemán se concentraron además de la artillería normal del ejército de Verdún otras 530 piezas pesadas y entre ellas una nueva batería del Creusot de 40,6 cm, junto con un cañón por cada 15 metros del frente a atacar. Las tres divisiones encargadas del asalto se completaron hasta el máximo de efectivos y eficiencia y se instruyeron durante más de un mes detrás del frente en los papeles precisos que habían de desempeñar. A mediados de octubre, empezó el bombardeo, que cayó con furia sobre todas las defensas y organizaciones alemanas; el objetivo principal era la artillería germana y para el día 20 aproximadamente un tercio de sus baterías habían sido puestas fuera de combate. El 22, a las dos de la tarde, el tiro francés se desplazó de las líneas del frente alemán a una posición posterior, y esta estratagema tuvo un éxito completo: creyendo llegado el momento del asalto, 158 baterías alemanas hasta entonces silenciosas rompieron el fuego, delatando a la vez sus propias posiciones y su sistema de barreras defensivas; solo 90 de estas 158 baterías quedaban en acción cuando llegó el verdadero momento.

Tres días hermosos precedieron el 24 de octubre, pero al llegar este el campo se vio cubierto por una densa niebla. Hubo un momento de discusión en el Cuartel General francés sobre si había o no de suspenderse el ataque, pero Mangin juzgó acertadamente que la niebla estorbaría a la defensa tanto por lo menos como al ataque, y su opinión prevaleció. Los morteros franceses de trinchera, concentrados secretamente en cantidades sin precedentes hasta entonces, lo que constituía una novedad más, abrieron un fuego terrible sobre la línea alemana, donde defensores se acurrucaban en los embudos de explosión a que habían quedado reducidas sus trincheras. Dos horas después la infantería francesa con una pasión fría de cálculo y de abnegación marchó contra su antiguo enemigo. En dos horas más el asunto estaba terminado, el saliente alemán quedaba sin punta, la bandera tricolor flotaba de nuevo sobre el frente de Douaumont y 6.000 prisioneros alemanes se hallaban en manos de Mangin. La «piedra angular» de Verdún, como los alemanes la habían llamado antes de tiempo, había sido recuperada y el nombre de Verdún quedaba registrado en la historia como uno de los más grandes fracasos de las armas alemanas.

En esta brillante victoria local se escondía, como veremos, la semilla de un desengaño memorable.

El plan del general Joffre para la campaña de 1917 era muy sencillo: había de ser una continuación de la batalla del Somme, dejando solo un interludio lo más corto posible durante la severidad extrema del invierno; había que aplastar el saliente formado por el frente alemán por medio de asaltos convergentes de los británicos y de los franceses; no había que perder tiempo en reagrupar a los ejércitos ni admitir demoras ni siquiera para la incorporación de refuerzos ni para completar los programas de artillería y municiones de los aliados. El comienzo de la nueva batalla se fijó para el 1 de febrero; todas las fuerzas británicas disponibles para la ofensiva y el grupo de ejércitos francés del norte tenían que atacar en dirección este, los británicos, de Vimy a Bapaume, y los franceses, entre el Somme y el Oise. Simultáneamente, otro ejército francés del centro tenía que atacar hacia el norte desde la región de Reims. Y por fin, cuando todas estas fuerzas hubieran estado empeñadas ya durante dos semanas y los alemanes estuvieran, si no quebrantados, por lo menos retenidos en todas partes, el quinto ejército francés, apoyado por todo el grupo de ejércitos de reserva al que pertenecía, había de dar el golpe decisivo para decidir la lucha o para aprovechar el éxito. Cogidos en una bolsa enorme, como entre unas tenazas gigantescas, los ejércitos alemanes, caso de que su frente cediera en alguna extensión considerable, se encontrarían sometidos, ante todo, a la captura de grandes cantidades de hombres y enormes masas de material, y luego a una ruptura del frente, de tal amplitud que sería irreparable.

Tales eran las propuestas que el generalísimo francés presentó a los

estadistas y mandos aliados en una conferencia tenida en Chantilly el 16 de noviembre de 1916, y que se exponen con precisión en sus órdenes del 27 de dicho mes: «He decidido procurar la ruptura de las fuerzas enemigas por una ofensiva general a ejecutar entre el Somme y el Oise, a la vez que los ejércitos británicos realizan una operación similar entre Bapaume y Vimy. Esta ofensiva estará dispuesta para el 1 de febrero de 1917, se fijará la fecha exacta de su ejecución de acuerdo con la situación militar general de los aliados».

Como se verá en este capítulo, el desencadenamiento de estas grandiosas operaciones desde el comienzo y durante todo el mes de febrero, habría cogido a los alemanes en un momento extraordinariamente desfavorable. Quizá, al fin, y después de tantos lamentables fracasos y errores, habría podido ganar Joffre unos laureles indiscutibles. Pero tales posibilidades han quedado en las nieblas de lo desconocido, porque en este preciso momento fue Joffre separado de su cargo y la dirección suprema pasó a otras manos.

Aunque la fama de Verdún y del Somme había sido esparcida por la prensa y la propaganda hasta los lugares más remotos de la tierra, la opinión enterada de París no se hacía ilusión alguna sobre ninguna de las dos batallas: la gloria de Verdún correspondía a los soldados de Francia, que bajo Castelnau, Pétain, Nivelle y Mangin habían sostenido el honor nacional. El abandono e insuficiencia de sus defensas era claramente imputable al general en jefe: su asombrosa correspondencia con Galliéni en diciembre de 1915 había sido ya leída a la Cámara en sesión secreta en julio, y aunque Briand había sostenido al general en jefe, había añadido concretamente que su continuación en el Mando habría de ser revisada en momento más oportuno. Como aseguró con insistencia, no podía ser beneficioso para Francia apartarlo cuando la batalla de Verdún estaba en su apogeo y cuando acababa de comenzar la ofensiva que había concertado con los británicos en el Somme, antes de que esta batalla y las esperanzas en ella hubieran llegado a una conclusión. Pero la batalla del Somme ya había terminado, se había librado su último encuentro y pese a todo el heroísmo y sacrificios de los soldados, se había librado sin dar ganancias decisivas. La línea alemana, aunque duramente presionada, se había mantenido sin romperse, e incluso algunas de las tropas que invadieron a Rumanía habían sido sacadas del frente occidental. Rumanía había sido destruida y, al finalizar el año, el prestigio alemán se hallaba restablecido. Era, pues, tiempo de echar cuentas.

En tiempos de crisis, cada gran nación tiene su manera de hacer las cosas. Los alemanes miraban a su emperador, al todopoderoso, cuyas palabras eran ley, pero miraban también detrás de él, y de una manera u otra, el grupo cambiante de personalidades que se hallaba a la cabeza del Imperio alemán hacía funcionar al oráculo imperial. También en Inglaterra tenemos nuestros métodos, más difíciles de explicar a los extranjeros quizá que los demás y en

términos generales más simples, más crudos y directos; pero con todo, efectivos. Y hay, también, el sistema francés. Cuando se estudia la política de guerra francesa, choca, ante todo, su extraordinaria complejidad: el número de personas que envuelve, lo intrincado de sus relaciones, la rapidez, y a la vez, la suavidad con que cambia continuamente su equipo completo; todo ello aturde a los extraños durante el episodio y los fatiga luego cuando se relata. Domina la impresión de un enjambre de abejas, todas zumbando al mismo tiempo, pero cada una, o casi cada una, con una idea perfectamente clara de lo que ha de hacerse para el interés de la colmena.

Por primera vez, creyó Briand haber descubierto un sucesor apto y adecuado de Joffre. Los tres grandes jefes del ejército francés, los caballos de batalla del frente, jefes de ejército o de grupos de ejércitos desde el principio de la guerra, Foch, Castelnau y Pétain, fueron todos desechados en aquella época por razones que parecían suficientes. De Castelnau decía la izquierda socialista que era demasiado religioso. De Pétain se alegaba que no era suficientemente complaciente con los miembros de las comisiones parlamentarias y otras personas distinguidas que visitaban su Cuartel General y, además, se decía que el general Sarraill, hablando con Clemenceau en agosto de 1915, había dicho de él: «No es uno de los nuestros», a lo que el gran anciano había replicado: «¿Qué me importa, si nos logra la victoria?». Pero el día de Clemenceau no había llegado aún y la sugerencia de Sarraill infectaba todo lo que alcanzaba. De Foch, una hábil propaganda, muy extendida, pero de origen imposible de descubrir, había dicho: «Su salud está quebrantada; su constitución y sus nervios están rotos; es un hombre acabado». Así no había que contar con Castelnau, con Pétain ni con Foch.

Pero había aparecido una figura nueva. Nivelle había dirigido la última batalla de Verdún a la vez con vigor y con éxito, y bajo sus órdenes Mangin había recobrado el famoso fuerte de Douaumont. Siguiendo la corriente del momento, Joffre había escogido a Nivelle para reemplazar a Foch. Un torrente de celebridades emprendió el camino de Verdún y trabó conocimiento con el nuevo jefe del ejército: se encontraron en presencia de un jefe cuya modestia, fuerte personalidad y lucidez de expresión ejercieron un encanto casi universal. Otro torrente de informes floridos y encantados corrió hacia París. Es indudable que el general Nivelle ejerció una atracción personal sobre muchos hombres de experiencia que entraron en contacto con él. Briand, sus ministros y las delegaciones parlamentarias se sintieron tan profundamente impresionados como iban a serlo pocos meses después mister Lloyd George y el Gabinete de Guerra británico. Añádase a estas satisfactorias impresiones el lustre de un reciente éxito militar indiscutible y se reconocerá que no faltaban en aquellos momentos difíciles los elementos requeridos para un nuevo general en jefe.

El 27 de diciembre, Joffre fue promovido a mariscal de Francia y relevado de su mando. La pluma hábil de Pierrefeu arroja una luz simpática y patética sobre la escena final. Nadie ha sido un crítico más enterado ni más severo para el general Joffre: su estudio penetrante, hecho a base de un conocimiento completo de los sucesos y de observaciones de primera mano, ha sido más fatal a la leyenda de Joffre que todos los demás ataques y descripciones publicados en Francia. Pero Pierrefeu ilumina sus cuadros severos con muchos toques profundos y humanos. Ha descrito el curioso espectáculo de la vida de Joffre en Chantilly durante aquellos dos años terribles: «aquel despacho sin mapas», «aquella mesa sin papeles»; las largas horas que pasaba el general en jefe leyendo y contestando a los tributos de admiración que le llegaban del mundo entero; su rutina plácida y comodona; su aspecto sosegado y sereno; su excelente apetito y sus costumbres regulares; sus largas noches de reposo ininterrumpido lejos del trueno del cruel cañoneo, «cette vie de bon rentier au plus fort de la guerre». Nos relata la costumbre de Joffre de darse golpecitos con la mano en su cabeza robusta, diciendo con aire cómico: «Pauvre Joffre», cuando tenía dificultades con el enemigo o con el Gobierno francés. Nos habla de su menudo ayudante, el capitán Thouzelier, figura familiar de todo este período, correteando de un lado para otro en las oficinas del Gran Cuartel General, donde en todas partes le conocían por «Tu-tu», y al que Joffre llamaba en sus momentos de buen humor y como muestra de aprecio especial: «Sacré Thouzelier». De detalles como estos resulta una impresión de auténtico valor histórico. Pero el cuadro va ahora a palidecer y desvanecerse para siempre.

El nuevo mariscal reunió en la villa Poiret a sus oficiales más importantes para despedirse de ellos: la ceremonia fue triste. Todos aquellos hombres se sentían penosamente afectados ante la idea de separarse del soldado ilustre que los había dirigido durante tanto tiempo. Todos llevaban en su pecho la ansiedad por un futuro que aparecía sombrío. El mariscal, que por su categoría tenía ahora derecho a tres ayudantes, preguntó quiénes de los presentes deseaban acompañarlo en su retiro. Solo levantó la mano espontáneamente el comandante Thouzelier, y como el mariscal pareció sorprendido, el general Gamelin le dijo suavemente: «No hay que molestarse con los que todavía han de hacer su carrera». Y, ciertamente, Joffre no les guardó nunca rencor. Cuando todos se hubieron marchado el mariscal dirigió una última mirada a la casa que había albergado tanta gloria y, luego, sonriendo y dando una palmada amistosa en la espalda de su fiel Thouzelier, se pasó la mano por la cabeza y profirió su expresión favorita: «Pauvre Joffre... sacré Thouzelier!».

Ciertamente, el nombramiento del general Nivelle era un asunto muy discutible. Hay grandes peligros en elegir para el mando del ejército o de la flota nacionales a un jefe relativamente moderno, por bien apoyado que se encuentre en los niveles inferiores. Sustituir, no solo a Joffre, sino a Foch,

Castelnau y Pétain por un general como Nivelle, que únicamente había mandado un ejército durante cinco meses, era un paso que solo podría resultar justificado por un resultado extraordinario. Mejor hubiera sido para el general Nivelle que lo hubieran dejado seguir su camino paso a paso a través de los mandos superiores a que su buen comportamiento y cualidades substanciales lo habían hecho acreedor.

Entretanto, el Estado Mayor francés se había formado en el momento del crepúsculo de Joffre ideas tácticas nuevas. El principio de que «la artillería conquista y la infantería ocupa», que había jugado un papel consolador, aunque algo estéril, en los años 1915 y 1916, había sido descartado a favor de una mayor audacia. La hazaña de Nivelle y Mangin el 24 de octubre en Verdún tendía a convertirse en el modelo del Estado Mayor francés y era el fundamento, no solo de la fama, sino de las convicciones del general Nivelle: era todo su evangelio. Creía que él y sus principales oficiales habían encontrado un método seguro y rápido de romper las defensas alemanas y creía, además, que este método podía aplicarse en la mayor escala posible: si se multiplicaba la escala de tal ataque por 10 o por 15, las ventajas resultantes se multiplicarían en una proporción todavía mayor. Igual que Falkenhayn en su ataque a Verdún tenía siempre presente en su espíritu la victoria de Gorlice-Tarnow, Nivelle un año más tarde fundaba todo su razonamiento y todas sus esperanzas en su triunfo de Douaumont.

Nadie puede negar que la táctica aplicada el 24 de octubre por generales dinámicos ante un fuego terrible tuvo éxito. Pero no hay que concluir en la guerra, como en ninguna otra esfera, que los métodos que resultan bien en pequeña escala lo hacen igualmente en otra escala mayor. Al hacerse más extensas las operaciones militares, se hacen también más pesadas y el factor tiempo empieza a ejercer reacciones complejas. Donde habían bastado unos días de preparación, pueden ser necesarios meses enteros; secretos que pueden guardarse durante unos días, pueden divulgarse en el curso de meses, y la sorpresa, clave de la victoria, se hace más difícil de asegurar con cada hombre o con cada cañón adicional. En el método Nivelle-Mangin y en el espíritu que lo animaba, estaban ya los elementos del éxito decisivo, pero sus autores no habían aprendido aún a aplicarlos en la escala gigantesca con que entonces habían de ser empleados, ni tenían en 1917 la necesaria superioridad de fuerzas en sus variadas formas. Le estaba reservado a Ludendorff, el 21 de marzo de 1918, ejecutar lo que Nivelle había concebido, la combinación de acción y audacia con un verdadero sentido de las proporciones, realizar una larga preparación sin perder prematuramente el secreto y lograr la sorpresa estratégica en un frente de 50 divisiones. Aunque no puede sugerirse esta comparación sin provocar numerosas reservas procedentes de las distintas circunstancias.

Nivelle fue nombrado general en jefe el 12 de diciembre. Llegó a Chantilly el 16, y en esta misma fecha salió del Gran Cuartel General una memoria sobre los nuevos métodos ofensivos (los de Verdún), redactada, sin duda, durante el mes anterior, cuando todavía mandaba Joffre, con vistas a saludar el advenimiento del nuevo jefe. Por su parte, el general Nivelle no perdió tiempo para desarrollar el tema en sus propios términos: el 21 de diciembre, en una carta a sir Douglas Haig y en unas instrucciones dirigidas a sus grupos de ejércitos escribía:

El objetivo a buscar por los ejércitos francobritánicos es la destrucción de la masa principal del enemigo. Este resultado solo puede ser obtenido como consecuencia de una batalla decisiva.

El 24, en otra nota destinada a los comandantes de los grupos de ejércitos y comunicada al Estado Mayor británico, afirmaba:

Que la ruptura del frente (penetración hasta más allá de la masa artillera enemiga) solo es posible si se consigue de un solo golpe, por un ataque rápido en veinticuatro o cuarenta y ocho horas.

Y el 29 de enero enfatizaba al general Micheler, al que había colocado al mando de los tres ejércitos destinados al ataque principal, «del carácter de violencia, de brutalidad y de rapidez que ha de revestir la ofensiva y, en particular, su primera fase: la ruptura».

Estas citas representan un ejemplo de un flujo continuo de instrucciones y exhortaciones que el general Nivelle, su hermandad de Verdún y el Estado Mayor del Gran Cuartel General francés aplicándose asiduamente detrás de ellos, prodigó semana tras semana a sus ejércitos y a sus aliados.

El lector recordará al coronel De Grandmaison, jefe de la Sección de Operaciones en los años que precedieron a la guerra, el apóstol de la ofensiva inmediata y en todo tiempo y lugar, «à outrance, à la baïonnette», etc. La guerra había consumido a su sacerdote: el cuerpo del coronel De Grandmaison yacía deshecho en la tumba, guardado, apresurémonos a decirlo, por la reputación de un caballero valiente pronto a dar su vida por su país y por sus teorías. Él había caído, pero su tema había encontrado un refugio pasajero en el pecho del coronel D'Alenson, jefe del Estado Mayor del general Nivelle. Pierrefeu da una gráfica descripción de este oficial que pasa por la escena de un modo tan súbito, rápido y trágico. Extraordinariamente alto y delgado, moreno, lívido, cadavérico, silencioso, sombrío, lleno de fuego contenido, es un hombre absorto en sus convicciones y en sus ideas. El asombroso ascenso de Nivelle como un cohete había llevado a D'Alenson como satélite al cenit de la milicia. Pero hay que observar un factor importante en lo que a él se refiere: solo le quedaba un año de vida y, por consiguiente, solo podía jugar una vez. Llegado al último grado de la tisis, sabía que le quedaba poco tiempo, pero por corto

que fuera, había que realizar en él una acción que le procurara honor inmortal. Esta situación personal no es favorable al sentido común y a la capacidad de juicio que se exigen particularmente de un jefe del Estado Mayor.

Apenas había levantado la fortuna al general Nivelle a la cumbre más elevada del poder, cuando empezó ya a abandonarlo. Desde el momento en que asumió el mando de los ejércitos franceses, todo se volvió contra él. Desde el principio, tuvo más éxito en excitar el entusiasmo de los jefes políticos que el de los militares, y lo logró más aún en el Gobierno británico que en el de su propio país. Procedió inmediatamente a aumentar el alcance de la ya inmensa operación imaginada por Joffre. En la ofensiva general contra el saliente alemán este había evitado cuidadosamente el formidable tramo de 30 kilómetros de Soissons a Craonne a lo largo del Aisne, tan bien conocido por los británicos en 1914. El general Nivelle dispuso que se montara una ofensiva adicional contra este frente y otra más allá, al este de Moronvilliers. Joffre había proyectado atacar lo antes posible, incluso sacrificando, si era preciso, algún grado de preparación. Pero en el plan de Nivelle, no solo tenía que ser más grande el ataque, sino que los preparativos tenían que ser más detallados y completos, para todo lo cual estaba dispuesto a pagar en términos de tiempo. Mientras el Estado Mayor, cuando mandaba Joffre, había definido su objeto como «la recherche de la rupture du dispositif ennemi», Nivelle exigía nada menos que la «destruction de la masse principale des armées ennemies». Donde Joffre había imaginado una renovación de la batalla del Somme en mayor escala y en condiciones más favorables, con tres o cuatro ataques terribles que hicieran empeñarse sucesivamente en un período de varias semanas a todo el frente y recursos de los alemanes, Nivelle proclamaba la doctrina de un asalto general inmediato, culminante en la victoria o en la derrota, en veinticuatro horas o en cuarenta y ocho a lo sumo. Y, en tanto que Joffre había querido atacar a principios de febrero, las amplificaciones de Nivelle exigían una demora hasta abril. El efecto de las alteraciones impuestas por Nivelle al plan de Joffre fue, pues, el de hacerlo más amplio, violento, crítico y mucho más tardío.

El 20 de diciembre, Nivelle explicó sus ideas a sir Douglas Haig y lo invitó a rehacer sus planes primitivos y a extender la derecha británica de Bouchavesnes a la carretera de Amiens a Roye. Estas discusiones, por no decir disputas, entre los cuarteles generales francés y británico sobre la parte de frente a tomar por cada uno, fueron continuas durante toda la guerra. Todas seguían el mismo curso: los franceses se apoyaban en el número de kilómetros que guarnecían y los británicos en el número de divisiones alemanas que tenían enfrente, y unos y otros reforzaban estas poderosas consideraciones recordando a sus aliados que se hallaban a punto de lanzar o de contener una gran ofensiva. Pero, en esta ocasión, Haig estaba dispuesto a satisfacer los deseos del Mando francés: era favorable a que se renovara la ofensiva en

Francia y estaba dispuesto a aceptar las opiniones de Nivelle sobre su extensión y dirección. Además, los franceses querían asumir el peso de la operación y se limitaban a pedir apoyo, así que hubiera sido difícil para los británicos rehusar. Así, el 25 de diciembre, Haig escribió a Nivelle: «Convengo en general con sus proyectos y deseo hacer cuanto me sea posible para ayudarlo en los términos que me sugiere». Procedió, pues, a extender desde 1 de febrero el frente británico hasta la carretera de Amiens a Saint-Quentin. Pero, tanto Haig como el Cuartel General británico eran sumamente escépticos acerca de la potencia del ejército francés para realizar la parte que se le asignaba en el ambicioso programa del general Nivelle. Además, estaban muy preocupados por el estado de la vía férrea del Norte, que, atendida por los franceses, era en aquella época totalmente inadecuada para alimentar las importantes operaciones que se esperaban del ejército británico. En consecuencia, instaron a que se mejoraran sus comunicaciones y se declararon incapaces de fijar una fecha para la ofensiva británica, mientras este punto tan importante quedara sin resolver.

En el curso de estas discusiones llegó al Gabinete británico, el 26 de diciembre, la primera noticia de la renovación proyectada de la ofensiva y de su modificación. Monsieur Ribot, que había llegado a Londres, expuso que el nuevo comandante francés tenía la idea de efectuar una ruptura en un amplio frente guardando en reserva un ejército de maniobra para prolongar el ataque una vez rotas las líneas; para que esto pudiera efectuarse, era preciso que el ejército británico añadiera 30 o 40 kilómetros a su frente actual. Míster Lloyd George se oponía, al principio, a renovar la ofensiva en Francia y, especialmente, a renovar una ofensiva larga como la del Somme; en todas nuestras conversaciones antes de que fuera primer ministro le había encontrado de acuerdo con mis puntos de vista sobre este asunto. Su primer esfuerzo al llegar al poder había sido el de buscar algún sustitutivo, y en la conferencia de Roma, a la que asistió a principios de enero, desarrolló la propuesta de un fuerte ataque al frente austríaco, a realizar, principalmente, con tropas italianas, apoyadas por una enorme concentración de baterías anglofrancesas. Pero los franceses, bajo la influencia de Nivelle, se opusieron a este plan, sir William Robertson no le prestó ningún apoyo y fue, simplemente, remitido a los estados mayores para su estudio. Cuando el tren en que regresaba de Italia el primer ministro estaba esperando en París en la Gare du Nord, el general Nivelle se presentó a míster Lloyd George y le explicó su plan en líneas generales. La primera impresión fue favorable por ambas partes, y Nivelle fue invitado a venir a Londres y a asistir al Gabinete de Guerra el 15 de enero. Su éxito fue inmediato: los ministros británicos no habían encontrado nunca en un consejo a un general que pudiera expresarse con argumentos poderosos y continuados ni habían encontrado hasta entonces a ningún general francés al que pudieran entender. Nivelle, no solamente

hablaba bien, sino que hablaba en inglés; no solo había tomado el fuerte de Douaumont, sino que era hijo de madre inglesa. Explicó que su sistema no consistía en renovar las prolongadas batallas del Somme sino en una ruptura corta, brusca y decisiva. La resistencia de m^{is}ter Lloyd George al plan de la nueva ofensiva se había ido debilitando rápidamente desde el encuentro de la Gare du Nord, y pronto se iba a transformar en un apoyo ardiente. Haig se hallaba también en Londres y tanto él como Robertson fueron citados ante el Consejo. Se redactó una memoria que firmaron los tres generales, en ella se aprobaba una renovación de la ofensiva en el frente occidental para una fecha previa al 1 de abril, así como la consiguiente extensión preliminar del frente británico.

Hasta entonces todo había procedido armónicamente, pero el primer ministro, en su conversión de su oposición anterior a la idea de la ofensiva, había llegado a un propósito más amplio. Estaba ya decidido a llevar adelante su grande y simple idea de la unidad de mando. Igual que el Gabinete de Guerra se sentía atraído por la personalidad del general Nivelle y dispuesto a sostenerlo, si era preciso, de todo corazón, igual de atraído se sentía él por su idea. Creía que la dirección de la guerra terrestre podían llevarla mejor los franceses y creía también, con más razón, que había de haber una sola mano para manejar el frente occidental completo. Como dijo más tarde Lloyd George, cuando al fin se impuso su opinión, «no es que un general sea mejor que otro, es que un general es mejor que dos generales». Así, Nivelle regresó a Chantilly con la promesa virtual del primer ministro de que Haig y el ejército británico quedarían bajo su dirección, pero este importante aditamento no fue comunicado en aquel momento por el primer ministro ni por el Gabinete de Guerra ni a Robertson ni a Haig.

Durante el mes de enero la insuficiencia del material rodado en la vía férrea del Norte se hizo tan ostensible que, tras persistentes protestas británicas, se convino en celebrar otra conferencia en Calais el 26 de febrero. Allí los franceses presentaron un plan detallado de organización de un Gran Cuartel General aliado en Francia que preveía un generalísimo francés con un Estado Mayor mixto francobritánico, bajo un jefe del Estado Mayor británico; se conservaba un comandante en jefe británico nominal para la labor administrativa, pero sin intervención en las operaciones. La resistencia inmediata de los generales británicos hizo que esta proposición se dejara de lado y, en su lugar, se redactó un convenio que otorgaba el desarrollo de las operaciones inmediatas bajo la dirección exclusiva de Nivelle, y al ejército británico bajo sus órdenes durante dicho período. A esto asintieron Haig y Robertson para evitar un mal peor.

Este episodio, notable por sí mismo, perjudicó a las relaciones entre los cuarteles generales británico y francés. Al alto mando británico le pareció que

Nivelle había tratado, de acuerdo con su propio Gobierno, de relegarles a una situación subordinada si no totalmente inoperante. Desde el principio habían visto con cierta sorpresa el nombramiento del nuevo general en jefe saltando por encima de los militares franceses más conocidos; y en estos momentos se añadieron a ello la desconfianza y el resentimiento. Cuando mediante sus nuevas atribuciones Nivelle envió a Haig unas instrucciones redactadas en tonos autoritarios ordenándole que renunciase al ataque británico largamente preparado sobre la cresta de Vimy, para sustituirlo por las operaciones a efectuar más al sur de Arras, Haig se negó a obedecer. Apeló al Gobierno británico y «pidió se le dijera si el Gabinete de Guerra deseaba que el comandante en jefe de la fuerza expedicionaria británica fuera tratado de esta manera por un jefe más moderno». La situación era tirante y al fin se logró un compromiso eventual, pero la cooperación amistosa e íntima que había existido por tanto tiempo entre los estados mayores británico y francés había sufrido una notable disminución y Nivelle fue criticado en los círculos militares franceses por haber provocado tan desfavorable resultado.

En este momento ocurrió un suceso inesperado: intervino Ludendorff y actuaron los alemanes. La gran figura militar que Alemania había descubierto en sus horas difíciles, armada en la panoplia y amparada bajo la égida de Hindenburg, de un solo golpe seguro deshizo toda la estrategia del general Nivelle. A fines de febrero empezó la evacuación alemana de todo el sector desde Arras a Noyon. Dejó una cortina de tropas ocupando las posiciones abandonadas y haciendo fuego de fusil y de cañón, mientras el ejército alemán se retiró 90 kilómetros de la zona amenazada del saliente y con deliberación no precipitada ocupó las nuevas posiciones profundamente estudiadas de lo que se iba a llamar, en adelante, línea Hindenburg. El Estado Mayor alemán designó esta operación largo tiempo preparada con el título convencional de «Alberico», nombre que lleva el malicioso enano de la leyenda de los Nibelungos. Dejaron a sus adversarios en los campos de embudos del Somme y con una severidad bárbara que excedía en mucho a todas las necesidades militares, dejaron devastadas con el hacha y el fuego las regiones que abandonaban.

El movimiento de repliegue, rumoreado durante algunos días, se descubrió por primera vez en el frente del quinto ejército británico. Ya el 24 de febrero habían surgido sospechas por el hecho de que la artillería alemana cañoneara sus propias trincheras; las patrullas británicas encontraron estas trincheras vacías. La orden de operaciones del quinto ejército británico de aquella misma noche dijo: «Se cree que el enemigo se está retirando». Nubes inmensas de humo y las llamas de los incendios proclamaron durante la noche el implacable repliegue del enemigo; el 25 se lo descubrió 18 kilómetros más atrás en algunos sectores y el 28 el Servicio de Información británico habló ya de un repliegue sobre la línea Hindenburg.

Por absorto que se halle un general en jefe en la elaboración de sus propios planes, conviene a veces tener en cuenta en ellos al enemigo. El plan de Joffre había sido morder el saliente alemán en febrero, y en tal fecha nadie puede decir si lo habría logrado o no. El plan de Nivelles era morderlo en mayor extensión en abril, pero, en marzo, el saliente desapareció. Tres de los cinco ejércitos que pensaba Nivelles emplear en el asalto quedaban entonces separados de sus objetivos por un desierto de territorio devastado; todos sus ferrocarriles, sus carreteras y sus depósitos quedaban tan lejos de las posiciones enemigas que harían falta al menos dos meses para ponerlos en relación con el nuevo frente; los otros dos ejércitos no tenían ante sí otra posibilidad que la de lanzar ataques frontales desconectados entre sí y dirigidos contra las partes más fuertes de la antigua línea alemana.

En tales circunstancias la «Directiva» de Nivelles a los ejércitos británicos situados bajo su dirección es de gran interés.

Gran Cuartel General

6 de marzo de 1917

Directiva para el mariscal [Haig].

El repliegue del enemigo en el frente del quinto ejército británico constituye un hecho nuevo cuya repercusión sobre la ofensiva conjunta de los ejércitos francobritánicos es preciso examinar.

Hasta ahora, este repliegue ha afectado solo al frente del quinto ejército británico; quizá se extienda a la región entre el Somme y el Oise, pero en todo caso nada induce a suponer que el enemigo vaya a hacer lo mismo en el frente de ataque del primer y del tercer ejército, como tampoco en el del grupo de ejércitos de reserva. Por el contrario, la llamada posición Hindenburg está orientada de tal manera que las direcciones de nuestros ataques principales en las dos zonas británica y francesa la toman de flanco y de revés.

En este sentido, el repliegue alemán puede redundar completamente en ventaja nuestra, incluso si se hace general, y en este supuesto fundo una primera decisión de no modificar en ningún aspecto fundamental el plan general de operaciones ya establecido y en particular de insistir en la fecha fijada para desencadenar nuestros ataques.

Hay que admitir, no obstante, que no todas nuestras operaciones podrán desarrollarse en la forma prevista y voy a examinar por lo tanto sucesivamente la actitud a adoptar en el frente del ejército británico y en el del grupo de ejércitos del Norte...

Distancia, número, dirección... todo estaba cambiado. Y, sin embargo, se decretó que las bases no habían sufrido alteración ninguna y que la empresa

había de proseguir.

Ya hemos visto las características tácticas del plan Joffre tal como lo modificó el general Nivelles: escala gigantesca, convergencia sobre el saliente alemán, estudio minucioso de los detalles que habían de ser comprendidos por los combatientes de todas las categorías y, finalmente, como más preciosa y vital de todas, la explosión brutal y violenta de la sorpresa. De estas cuatro condiciones, la escala había quedado reducida a la mitad, y la convergencia prácticamente anulada por el repliegue alemán; en cuanto a las otras dos, detalle y sorpresa, estaban destinadas a destruirse mutuamente.

La progresión de los inmensos preparativos en las partes del frente británico y francés, que se hallaban aún en situación ofensiva respecto al enemigo, era constantemente visible desde el aire. Del sur de Arras al sur de Soissons, a lo largo de un frente de 150 kilómetros, los alemanes sabían que gracias a su retirada no podían ser atacados; el sector de 20 kilómetros delante de Arras y otro de quizá unos 100 en la Champagne eran los únicos frentes todavía peligrosos. Sobre estos frentes podían ir viendo cada día cómo se iba acumulando la tormenta, y una buena información unida a la observación aérea permitía reducir aún más la pequeña inseguridad sobre el lugar en que se iban a efectuar los asaltos principales. Pero pronto se les iba a proporcionar una información de mucha más precisión y seguridad.

En su deseo de que todas las categorías comprendieran el espíritu de su plan y de que los mandos de batallón e incluso de compañía lo conocieran en su alcance completo, el general Nivelles había hecho circular entre las tropas de primera línea varios documentos de gran importancia. El primero de ellos era aquella famosa memoria del Estado Mayor de 16 de diciembre sobre los nuevos principios de la ofensiva, que se citó ya anteriormente. La imprudencia de dejar pasar un documento como este a manos de las tropas de primera línea, a veces a menos de 100 metros del enemigo, iba a ser rápidamente castigada: el 3 de marzo una incursión de una de las divisiones alemanas del ejército del príncipe heredero capturó el documento fatal. «Esta memoria —escribe el príncipe heredero— contenía información de extraordinario valor y hacía evidente que esta vez no se trataba de un ataque limitado, sino que se intentaba una ofensiva de ruptura en gran escala. [...] La memoria contenía también revelaciones sobre el género particular de sorpresa que preparaba el atacante: estaba basada en el hecho de que se había observado que, en general, nuestra artillería de la defensa replicaba solo débilmente a la preparación artillera que precedía al ataque. Los franceses pensaban, pues, ahorrarse la construcción de atrincheramientos de campaña para las tropas atacantes y, en particular, para la artillería. [...] El conde Von Schulenberg [...] formuló inmediatamente la réplica lógica para la defensa, es decir, que no solo se contestara fuertemente a la preparación artillera, sino que se abrumaran previamente bajo un fuego de

artillería concentrado todos los preparativos enemigos de ataque que fueran reconocidos. Esperábamos que de este modo podríamos contrarrestar ventajosamente la sorpresa y reducir la fuerza del primer ataque que, como había mostrado la experiencia, era siempre el más fuerte y mejor apercebido».

Durante todo el mes de marzo, los preparativos de sorpresa del general Nivelles continuaron concentrando la atención del enemigo. «En abril — escribe el príncipe heredero— la gran cantidad de información obtenida condujo a la conclusión de que había que esperar el ataque principal para fecha próxima, hacia el frente sur del séptimo y del tercer ejército al oeste del Argona. El Servicio de Información confirmó, además, la impresión causada por la memoria francesa que había sido capturada. [...] Grandes cantidades de artillería, enormes acumulaciones de municiones, innumerables posiciones de batería inmediatamente detrás de la primera línea enemiga, ausencia de posiciones artilleras fuertemente fortificadas, simple cobertura para las baterías a la vista del enemigo, cese completo de las hostilidades». Y luego: «El 6 de abril, un hábil ataque de la décima división de reserva en Sapigneul nos puso en posesión de una orden de ataque del quinto ejército francés en la que las unidades atacantes se citaban por sus nombres. El objetivo del quinto ejército era la línea Prouvais-Proviseux-Aumenancourt; la posición de Brimont había de ser tomada por un movimiento envolvente desde el norte. Se añadía nueva información sobre el método de ataque francés mencionado. Se desgarraba así el último velo que ocultaba las intenciones de la ofensiva francesa».

Durante todo este tiempo, espolcados y asistidos por la información más perfecta, los alemanes estaban preparando la defensa. Se reorganizaron los mandos de ejército y, en febrero, cuando empezaron a ser notorios los preparativos de Nivelles, el mando del príncipe heredero se extendió al oeste para incluir al séptimo ejército (hasta entonces del grupo de ejércitos del príncipe Ruperto de Baviera) unificando así el mando de todo el frente que iba a ser atacado. En marzo, un nuevo ejército, el primero, fue intercalado entre el séptimo y el tercero y el Cuartel General del príncipe heredero se trasladó de Stenay a Charleville. Durante todo el mes de marzo, fue continuo el refuerzo de este grupo de ejércitos, y ametralladoras, artillería, aviones de combate, servicios de información y batallones de trabajadores afluyeron en densa corriente al frente amenazado. El alivio logrado por los alemanes al acortar su línea replegando el saliente les permitió concentrar más fuerzas aún frente al inminente ataque francés. Noche y día proseguía incesantemente el trabajo de fortificar toda aquella zona. Las posiciones de Soissons a Reims y más allá de Reims eran, por naturaleza, quizá las más fuertes del frente enemigo. Por otro lado, la meseta de Craonne, la larga arista del Camino de las Damas y los escarpados y crestas frondosas del Argona se convirtieron con un trabajo asiduo en un laberinto homogéneo de trincheras y túneles repletos de

batallones y de ametralladoras y rodeado de redes de alambradas. A comienzos de año, había habido en este frente ocho o nueve divisiones alemanas, pero en el momento en que Nivelles acababa de perfeccionar su plan de sorpresa, había esperado la embestida cuarenta, o sea, un número apenas inferior al de los atacantes.

Otras preocupaciones empezaron a amontonarse sobre el general Nivelles. Había sido elegido por un Gobierno francés cuya reputación y existencia estaban encadenados a la suya: en el primer ministro Briand y en el ministro de la Guerra, Lyautey, tenía padrinos que en ningún caso lo abandonarían; no había Gobierno que pudiera cambiar de opinión sobre un general en jefe al que había elevado violentamente por encima de todos los jefes profesionales reconocidos. Pero entonces iba a fallarle de repente este apoyo seguro: a principios de marzo, el general Lyautey se dejó coger en las redes parlamentarias y dimitió apresuradamente arrastrando en su caída a Briand y al Gobierno entero. Subieron al poder gobernantes nuevos con los que Nivelles solo tenía relaciones de hostilidad. El Gobierno presidido por Ribot nombró a Painlevé ministro de la Guerra.

Paul Painlevé era un hombre de reconocida categoría intelectual, ardiente en política, grande en matemáticas, fiel partidario de las izquierdas y dispuesto a conformarse a todas sus fórmulas mientras lo permitiera una amplia interpretación de los intereses públicos. En el primer gobierno Briand, había sido Painlevé ministro de Educación Nacional y encargado del estudio de todos los inventos que podían ser útiles al ejército. En esta función había recorrido libre y constantemente el frente y discutido con los mandos más importantes, no solo sobre inventos, sino sobre planes de campaña: conocía a todos y la mayor parte de ellos apreciaban su aguda inteligencia. Painlevé había descubierto a Pétain. Este general era tan frío y reservado para los miembros de las comisiones parlamentarias que había incurrido en una peligrosa impopularidad en los círculos influyentes, pero Painlevé lo admiró por su independencia y quizá Pétain había respondido a esta atención. El candidato de Painlevé para suceder a Joffre había sido Pétain. Cuando, a finales de octubre de 1916, había reformado Briand su Gabinete, lo había hecho sobre la base de una liquidación honrosa de Joffre y de la elevación de Nivelles. Cuando se le ofreció a Painlevé que continuara en su puesto, se había negado por no estar de acuerdo con el nombramiento de Nivelles. Su entrada en la Cámara después de esta decisión, realmente sería para ser adoptada por un hombre de estado en tiempo de guerra, había sido saludada por una ovación, no solo de la izquierda sino casi general. En estos momentos se convertía en ministro de la Guerra y, dada la edad avanzada del primer ministro, en la figura más importante del nuevo Gobierno francés. En lugar de Briand, identificado con el éxito de Nivelles, el nuevo general en jefe tenía a Painlevé, que, aunque leal a su subordinado, había expresado de antemano y

públicamente que consideraba su nombramiento como un error.

Pero las objeciones de Painlevé sobre Nivelle no se limitaban al aspecto personal. Painlevé y las fuerzas políticas que en aquel tiempo representaba eran los adversarios declarados de emprender grandes ofensivas en el frente occidental. De acuerdo con Pétain, creía que no había que sangrar a Francia hasta el agotamiento, que había que economizar la vida del ejército francés, que no había aquel año y en aquel teatro de guerra ninguna probabilidad de ruptura (la percée), que lo único que estaba al alcance era la captura gradual de objetivos limitados y que las dos claves de la política militar inmediata habían de ser la moderación de miras y la economía en vidas de soldados franceses. Nivelle representaba el polo opuesto: ofensiva en escala máxima y con los franceses en vanguardia, ejércitos lanzados con una confianza absoluta en la victoria decisiva, ruptura de la línea alemana en un frente enorme, marcha a través de la brecha por grandes ejércitos de maniobra, vuelta a la guerra en campo abierto y expulsión del invasor del suelo de Francia. Y estas diferencias no eran simplemente teóricas: Nivelle estaba planeando activamente la ofensiva más ambiciosa que habían emprendido nunca los franceses y Painlevé era el ministro que había de asumir ante el Parlamento y ante la historia la responsabilidad de todo lo que Nivelle pudiera intentar. No es fácil de distinguir cuál de los dos se hallaba en una posición más desagradable.

Si Painlevé hubiera actuado con arreglo a sus convicciones, que por lo demás eran en este caso las justas, habría destituido a Nivelle y nombrado para el mando supremo a Pétain, en el que tenía confianza y con cuya visión general del problema militar él y su partido simpatizaban por completo. Pero dificultades de orden práctico y consideraciones importantes lo disuadieron de tomar decisiones que, de haberlas superado, habrían sido su mejor título de gloria. Contemporizó y sacó el mejor partido posible de la situación tal como la encontró. Se inclinó, como han tenido que hacerlo todos los que han llegado a posiciones elevadas, ante las fuerzas del momento, ante la lógica de las circunstancias y ante la sombría corriente de los acontecimientos. Aceptó a Nivelle y se sometió a sus planes ya muy adelantados.

Frente a todos los hechos que marchaban ya abiertamente contra él, y a pesar de presiones de todo género que le llegaban de todas partes y que crecían constantemente de tono, el general Nivelle desplegaba una persistencia asombrosa. En febrero, conocía ya el escepticismo de Pétain y la mala opinión que tenía el Estado Mayor británico de su plan. Cuando el repliegue alemán fue evidente, el propio general Micheler, al que él mismo había escogido especialmente para dirigir la ofensiva principal, le escribió señalando que todo había cambiado y preguntando si sería prudente en las nuevas circunstancias contar con «un aprovechamiento del éxito que tendría el carácter rápido de una marcha adelante». Nivelle replicó el 1 de abril: «Hay que mantener el carácter

de violencia, de brutalidad y de rapidez. Es en la velocidad y sorpresa causadas por una rápida y súbita irrupción de nuestra infantería sobre la tercera y cuarta posición donde se encontrará el éxito de la ruptura. No ha de intervenir ninguna consideración que tienda a debilitar el impulso del ataque». Advertido de que el enemigo estaba plenamente preparado, sabiendo bien antes de dar la última señal que su plan de detalle había caído en sus manos, ponderaba todavía la virtud de la sorpresa. Tenía detrás al coronel D'Alenson con su mirada febril y su único año de vida por delante, y a su lado al terrible Mangin ardiendo con la fiebre de las batallas y seguro de que en la tarde del primer día de ofensiva su caballería se extendería en la persecución por las llanuras de Laon. Pero en el resto de los altos mandos del ejército y en los estados mayores corrían olas heladas de duda y de desconfianza.

Painlevé fue nombrado ministro de la Guerra el 19 de marzo. Todo el mundo sabía que la ofensiva era inminente. «El 20 —escribió Painlevé—, antes incluso de haberme instalado en el Ministerio, me enteré, por decirlo así, por la voz pública, de que estaba fijada para el 8 de abril y de que, por consiguiente, el ataque británico de Arras iba a empezar el 4». Estas fechas se fueron dilatando día a día a causa del mal tiempo hasta fijarse en el 9 y 16. El 22 de marzo el ministro tuvo su primera entrevista con el general en jefe, le dijo que era público que su elección para el cargo habría sido diferente, pero que esto había pasado ya y que podía contar plenamente con su apoyo. No obstante, Painlevé le señaló que el plan original de operaciones había quedado afectado por una serie de sucesos de primera magnitud: el repliegue alemán, el estallido de la revolución rusa, la entrada segura e inminente de Estados Unidos en la guerra contra Alemania. Todo ello había, sin duda, introducido algún cambio en el problema y, en nombre del Gobierno, instó al general a que revisara la situación y volviera a considerar su posición libremente, sin sentirse ligado por esperanzas que hubiera podido concebir o comunicar a otras personas. «Una nueva situación había de considerarse de un modo nuevo».

El pensamiento de Nivelle no quiso amoldarse a esta argumentación: su confianza era inquebrantable y, según refiere Painlevé, se expresó como sigue. La retirada alemana no lo afectaba en nada; liberaba más divisiones francesas que alemanas; no podía haber prescrito él mismo al enemigo un movimiento que favoreciera mejor sus propias intenciones. El estrechamiento del frente de ataque podía corregirse prolongando la derecha francesa e incluyendo en ella una parte del grupo de ejércitos de Pétain frente a Moronvilliers. El frente enemigo sería roto, por decirlo así, sin pérdidas. En cuanto a la meseta de Craonne «la tenía en el bolsillo» y lo único que temía era que los alemanes la abandonaran. Cuanto más reforzaran su frente, más brillante sería la victoria francesa, solo necesitaba que la intensidad del ataque fuera creciendo constantemente. Quizá el tercer día habría que tomar aliento en el Serer,

después de 30 kilómetros de persecución, pero «sería difícil contener a las tropas una vez lanzadas». Y así en todo lo demás. Tal era el estado de ánimo del general Nivelle.

Sobre el nuevo ministro de la Guerra llovían consejos de carácter muy distinto. Arriesgando sus destinos, oficiales del Estado Mayor de gran mérito le escribían secretamente advertencias solemnes y razonadas de un desastre inminente si se cumplían las órdenes que se habían dado. Los tres comandantes de grupos de ejércitos, Franchet d'Espérey, Pétain e incluso Micheler, se inhibían en términos respetuosos, pero decisivos, de la idea de que fuera practicable tal ruptura súbita y violenta del frente. Los tres convenían, no obstante, en el peligro de dejar pasar la iniciativa al enemigo y solo Pétain sugería otra alternativa fecunda: la de dejar que atacaran los alemanes para lanzar entonces como gigantesca contraofensiva la ofensiva francesa que se había preparado.

Painlevé convocó entonces una conferencia que se celebró en la tarde del 3 de abril en el Ministerio de la Guerra y en la que estuvieron presentes, junto con otros varios ministros, el jefe del Gobierno y el general en jefe. En ella llamó la atención de Nivelle sobre los malos informes de sus principales subordinados, pero este siguió inquebrantable hasta el final, la victoria completa era segura; las dos primeras posiciones enemigas se tomarían con bajas insignificantes; en cuanto a la tercera y a la cuarta, ¿creían que no sabía él que para llegar a ellas había que tomar primero la primera y la segunda? Respecto al buen tiempo, nadie mejor que él sabía cuán esencial era para su procedimiento de ataque. Todo estaría decidido en veinticuatro horas, en cuarenta y ocho a lo sumo. Si al cabo de este tiempo no se había logrado la ruptura, era inútil perseverar: «bajo ningún pretexto —declaró— quiero reanudar una batalla del Somme». Finalmente, dijo que si no le otorgaban su confianza, nombraran un sucesor. Los ministros quedaron abrumados ante tanta seguridad, y Nivelle abandonó la conferencia convencido de que se había dicho la última palabra.

Se ha presentado ya varias veces en esta lucha el nombre del general Messimy y siempre ha ido asociado a una acción decisiva, para bien o para mal. Lo vimos en 1911 denunciando a Michel el Profeta ante un Sanedrín de generales y desterrándole al reino de las sombras. Lo vimos el 25 de agosto de 1914, otra vez en uso del poder, respondiendo a la propuesta del general Joffre de declarar a París «ciudad abierta», y por lo tanto, de abandonarla, con la orden categórica de asignar tres cuerpos de ejército como mínimo para su defensa, y lo vimos unos días más tarde, en medio de las convulsiones del comienzo de la guerra, separado del Ministerio por uno de los innumerables enredos de la política francesa tan desconcertantes para los extranjeros, pero no sin haber ordenado antes que se defendiera París, de haberle procurado el

ejército necesario y de haber nombrado para esta misión fundamental a Galliéni en lugar de su antigua víctima, Michel. Después de esto ocupa inmediatamente su puesto a la cabeza de una brigada y desaparece en la polvareda y confusión de la lucha hasta que el 5 de abril de 1917, dos años y medio más tarde, Messimy surge de nuevo súbitamente con una carta sumamente irregular que dirige a monsieur Ribot y en la que resume todos los argumentos contra la ofensiva. «Se obtendrán, ciertamente, prisioneros y cañones y una estrecha faja de territorio de quizá 10 o 12 kilómetros, pero a un precio desproporcionado y sin ningún resultado estratégico. Conclusión imperiosa: hay que ordenar, sin perder un minuto, el atraso del ataque hasta que mejore el tiempo». Estas opiniones eran escritas según declaraba, «casi bajo el dictado de Micheler», y representaban la convicción de «los jefes más famosos del ejército francés».

Pero entonces ya era inminente el momento. Los inmensos preparativos se habían desarrollado hasta el punto de explosión. El Gobierno británico estaba ganado para siempre y el Cuartel General británico convencido. La cooperación de Inglaterra, del gran aliado, había sido lograda después de un terrible esfuerzo, pero, una vez lograda, sería dada con fuerza brutal y a fondo. Renunciar al plan, despedir al general en jefe, significaría no solo una crisis ministerial y parlamentaria, posiblemente fatal al Gobierno, sino también renunciar a todo el plan de campaña de aquel año y, probablemente, aunque no con seguridad, pasar la iniciativa a los alemanes. Así, Nivelle y Painlevé, estos dos hombres que acababan de lograr casi simultáneamente sus más altas ambiciones, se encontraban en la situación más desdichada que puede ocupar un hombre: el general teniendo que arriesgarlo todo, con un jefe tras él completamente escéptico sobre el resultado, y el ministro teniendo que hacerse responsable de una matanza terrible a petición de un general en cuya capacidad no creía y de una política militar de cuya locura estaba con razón convencido. ¡Tal es la pompa del poder!

No voy a tratar de describir el proceso de la ofensiva francesa que empezó el día 16 de abril, ni el de la brillante operación preliminar por la que el ejército británico en la batalla de Arras se apoderó de toda la cresta de Vimy. Existen muchos relatos excelentes, franceses, ingleses y alemanes. Aquí bastará decir que las tropas francesas atacaron con tiempo desfavorable y con su valor habitual. En una parte del frente atacado penetraron hasta una profundidad de 3 kilómetros y entre el 16 y el 20 cogieron 21.000 prisioneros y 183 cañones, pero perdieron más de 100.000 hombres y no lograron ningún resultado estratégico. Solo en los frentes de Moronvilliers y de Soissons-Craonne, precisamente los añadidos por Nivelle después de escritos los documentos capturados por el enemigo, se lograron a la vez la sorpresa y el éxito. En la tarde del 16, todas las esperanzas y confianzas de Nivelle habían desaparecido y sus órdenes para reanudar la batalla el 17 ya no implicaban

simples modificaciones tácticas, sino la sustitución de los objetivos por otros mucho más moderados.

Las últimas fases de la batalla fueron en algunos aspectos más felices que su comienzo y las pérdidas francesas no fueron, además, tan desproporcionadas con las de los alemanes como en las ofensivas de Joffre. Realmente, la ofensiva de Nivelles fue la menos costosa, tanto absoluta como relativamente a las pérdidas del enemigo, de todas las que emprendieron los franceses. Pero el general no podía escapar a las consecuencias de sus entusiastas declaraciones. Había afirmado una y otra vez que, a menos de lograrse una ruptura inmediata y total «dentro de las veinticuatro o cuarenta y ocho horas» era inútil continuar la operación y había predicho tal ruptura con toda clase de circunstancias y detalles. Antes dudaban casi todos y en estos momentos todas las dudas eran certezas. La matanza, odiosa para la mermada población francesa, se exageró extraordinariamente. Surgieron disturbios entre las tropas y en la capital se levantó una tempestad furiosa contra el general. Se rechazó su idea de convertir la gran operación en una empresa más modesta y, el 29 de abril, Pétain fue nombrado jefe del Estado Mayor General y, como tal, consejero del Gabinete francés en todo lo que se refería a operaciones militares.

Una situación especial siguió al colapso de la ofensiva de Nivelles. El ejército británico, como se ha visto, había empezado con vigor y con éxito la importante parte del plan que le correspondía. La victoria de Arras, con su captura de la cresta de Vimy, 13.000 prisioneros y 200 cañones, había sido lograda sin gran sacrificio. Al principio había tratado Haig de suspender estas operaciones después de la captura de Monchy-le-Preux y de empezar en cuanto fuera posible la tentativa de limpiar el sector costero tomando las crestas de Messines y de Passchendaele. Pero la situación del ejército francés y de París era tal, que se creyó peligroso aflojar la presión sobre el enemigo ni siquiera por unas semanas. Retomar el ataque británico fue muy costoso y no se vio recompensado por ningún éxito importante. Desde muy pronto, los alemanes empezaron a emplear un nuevo sistema de defensa: manteniendo sus trincheras de primera línea con poca gente, guardaban intactas y a mano fuerzas considerables, y con potentes contraataques lanzados independientemente, despojaban casi en todos los casos a los británicos de sus ganancias iniciales.

El primer ministro se había comprometido fuertemente al aceptar tan fácilmente los planes de Nivelles sobre la nueva modalidad ofensiva, y se mostró resuelto a perseverar. Había que arrojar sin vacilar al ejército británico a la batalla de desgaste y hacer todos los esfuerzos para inducir a los franceses a rendir hasta el máximo incesantemente. El Cuartel General encontró así en esta ocasión en mister Lloyd George un fuerte apoyo. Esta acción no puede ser

juzgada sin relacionarla con la situación general. La hora era trágica: los hundimientos por submarinos, sobrepasando todas las cifras anteriores, habían alcanzado en abril el total de 800.000 toneladas; la curva fatal subía todavía y en el pensamiento británico lo dominaba todo. «Que luchen los ejércitos mientras quede tiempo», o como en la frase provocadora de lord Fisher: «¿Podrá ganar el ejército la guerra antes de que la marina la haya perdido?». El primer ministro, el general en jefe y sir William Robertson marcharon juntos a París y, en una conferencia celebrada los días 4 y 5 de mayo, mister Lloyd George dirigió a los señores Ribot y Painlevé y al general Pétain algunas de las más enérgicas exhortaciones a continuar la ofensiva que se hicieron nunca entre los aliados. El curso completo de esta conferencia ha sido publicado por Mermeix en uno de sus excelentes libros y constituye un capítulo notable en las relaciones anglofrancesas y en la vida de mister Lloyd George.

Los propósitos arrancados al Gobierno francés en plena conferencia por el imperioso galés no estaban en armonía ni con la decisión final del Estado Mayor de Francia ni con las realidades de la situación. La batalla continuó, y en las dos semanas siguientes se tomaron Craonne y el Camino de las Damas. Pero el mismo día de la conferencia de París había ocurrido ya un incidente muy inquietante: una división francesa, a la que se había ordenado entrar en línea, se negó a marchar; los oficiales consiguieron reducir a los soldados a la obediencia y la división tomó parte en la batalla sin hacer mal papel, pero eran las primeras gotas que precedían al chubasco.

La desmoralización del ejército francés fue en aumento rápidamente. La pérdida de confianza en su jefe, las grandes bajas y una activa propaganda derrotista habían producido entre sus filas un choque intenso. Surgieron motines, algunos de carácter muy grave, en dieciséis cuerpos de ejército distintos; en ellos estuvieron implicadas algunas de las mejores unidades; hubo divisiones que eligieron consejos de soldados, y regimientos enteros marcharon sobre París para pedir se negociara la paz y se dieran más permisos. Un contingente ruso de unos 15.000 hombres de infantería había sido enviado a Francia antes de la revolución de su país para ser allí armado y equipado. Estos hombres fueron muy influidos por los acontecimientos políticos de su patria y habían sometido a votación si tomarían o no parte en la batalla del 16 de abril, decidiendo por mayoría de votos entrar en la contienda. Allí habían sido empleados por los franceses de un modo desconsiderado; cerca de 6.000 habían sido muertos o heridos y los supervivientes se sublevaron abiertamente. Un párrafo de su manifiesto revela una propaganda de mano maestra: «Se nos ha dicho —empezaba la queja— que hemos sido enviados a Francia para pagar las municiones enviadas a Rusia». Solo después de haberse empleado contra ellos un prolongado fuego de artillería, pudo reducirseles y se les pudo desarmar.

El espíritu de la nación francesa estuvo a la altura de esta peligrosa prueba. El 15 de mayo, Nivelles, que se había negado a dimitir, fue destituido y Pétain nombrado general en jefe. Tropas leales redujeron a las que habían faltado a su deber. Viejos territoriales, padres de familia fueron a parlamentar y convencer a los enfurecidos rebeldes. Los desórdenes fueron pacificados o sofocados. Sobre todo ello, y no obstante estar implicados muchos miles de franceses, se tendió un velo de secreto tan impenetrable que ni un solo rumor alcanzó jamás al enemigo y toda la información comunicada a sir Douglas Haig permaneció por mucho tiempo enterrada en su Estado Mayor. Pétain era el más apropiado de todos para la labor de curación: en un período de varios meses visitó más de cien divisiones, dirigiéndose a los oficiales y a los soldados, oyendo quejas y agravios, mitigando la dureza del servicio, aumentando los permisos y disminuyendo con hábiles disposiciones la lucha en el frente francés. Así, para fines de año había restaurado la moral y la disciplina de aquel ejército glorioso y tan tristemente puesto a prueba, sobre el cual habían descansado en tres terribles campañas las libertades de Europa.

XLVII

En el Ministerio de Municiones

El 16 de julio de 1917, el primer ministro me invitó a entrar en el nuevo Gobierno. Me propuso el Ministerio de Municiones o el nuevamente creado del Aire, con la advertencia de que si escogía este último, habría de disponer aún de una tarde para hacer ciertos cambios de personal en el Gabinete. Contesté enseguida que prefería las Municiones y el asunto quedó arreglado sin más palabras que las que se han referido.

El nombramiento se anunció la mañana siguiente. Hubo quejas entre los que por aquel tiempo se habían acostumbrado a mirarme con hostilidad; tuvo lugar una protesta inmediata del Comité de la Unión Nacional de Asociaciones Conservadoras y una comisión influyente de diputados unionistas se dirigió al jefe del Partido en son de fuerte queja. Pero míster Lloyd George había preparado el terreno con su paciencia habitual: lord Northcliffe se hallaba en misión en Estados Unidos y apaciguado; sir Edward Carson y el general Smuts eran partidarios firmes, y el grupo de ministros que había evitado con éxito mi entrada en el Gobierno cuando este se formó ya no estaba intacto, se habían aplacado algunos y consentido los demás. Por fin, míster Bonar Law, que siempre había sido un amigo, dio una respuesta muy seca a los comisionados de su partido. Fui reelegido por Dundee por una notable mayoría y asumí sin tardanza mi nueva función. No me permitían hacer planes, pero me dejaban

forjar las armas para realizarlos.

Las condiciones internas del suministro de municiones y, en realidad, la estructura total del Gobierno británico era entonces muy distinta de como yo las había dejado veinte meses atrás, y más aún de las de los días en que era yo primer lord del Almirantazgo. En el primer período de la guerra, y en realidad casi hasta fines de 1915, los recursos de Gran Bretaña habían excedido con mucho a cualquier organización que pudiera emplearlos. Fuera lo que fuese lo que se necesitara para la flota o para el ejército, bastaba solo pedirlo con tiempo oportuno y en escala suficiente. La dificultad principal estaba en extender el pensamiento hasta la escala no imaginada hasta entonces de los sucesos: la megalomanía se convertía en una virtud positiva, y, realmente, añadir uno o dos ceros a casi todas las propuestas o planes de producción de guerra habría constituido un acto meritorio. Todo había cambiado; a los tres años de lucha se había empeñado casi todo el poder de la nación; la producción en municiones de todas clases se realizaba en escala gigantesca; la isla entera era un arsenal; las enormes fábricas nacionales que había planeado míster Lloyd George empezaban justamente entonces a funcionar; se habían vencido las primeras dificultades con las Trade Unions sobre la intensificación del trabajo; cientos de miles de mujeres estaban fabricando granadas y espoletas mejores y más baratas que las fabricadas por los mejores obreros antes de la guerra; los espíritus más agudos de la industria británica estaban reunidos como servidores del Estado en la fila de hoteles que alojaba el Ministerio de Municiones, y las antiguas gotas y arroyuelos de suministros de guerra afluían en ríos que crecían continuamente.

No obstante, las demandas de los frentes en lucha devoraban pronta y fácilmente todo lo que se producía. Nos encontrábamos en presencia de exigencias imperativas y al parecer insaciables. Y al mismo tiempo se empezaba a ver, finalmente, el agotamiento de nuestra capacidad.

Los principales factores limitativos de la producción de municiones con que tuve que enfrentarme en el otoño de 1917 eran cuatro: los barcos (el tonelaje), el acero, el trabajo especializado y los dólares. Este último se había hecho menos agudo con la incorporación de Estados Unidos al campo de los aliados. Habíamos vendido ya un millón de libras esterlinas de valores americanos y antes de esta medida decisiva habíamos aceptado grandes empréstitos para alimentarnos y equiparnos a nosotros mismos y a nuestros aliados. A principios de 1917, nuestros créditos transatlánticos estaban, pues, prácticamente agotados. Pero la situación del dólar quedó entonces algo aliviada; la puerta que de otro modo se nos habría cerrado, nos quedaba abierta en parte. No obstante, los límites del poder adquisitivo, tanto en dólares americanos como canadienses, imponían restricciones al establecimiento de todos los programas.

La necesidad de buques era aguda; las pérdidas de la guerra submarina, las exigencias de los distintos teatros de lucha, la alimentación y todo lo que subsistía del comercio de Gran Bretaña, las necesidades de los aliados, los deseos crecientes de Estados Unidos y las importaciones de primeras materias de guerra habían llevado a nuestra Marina Mercante al límite de su esfuerzo. En este período, el tonelaje era, por lo tanto, el factor que regía nuestra producción. Detrás de él venía el acero, que representaba una medida más directa del esfuerzo de guerra. La producción de acero de Gran Bretaña se había ya casi duplicado; minas que en tiempo de paz no rendían estaban en estos momentos en plena actividad. En general, sin embargo, dependíamos en mineral de hierro de la costa norte de España, y todos los buques que lo traían corrían grandes peligros y sufrían numerosos hundimientos; y comprábamos, además, acero manufacturado de Estados Unidos y de Canadá hasta el límite de nuestros dólares, así como fundición para granadas en todas sus formas intermedias.

El desarrollo del Ministerio de Municiones habría sobrepasado muchísimo a su organización. Había transcurrido un año desde que su creador, míster Lloyd George, lo había dejado para ocupar un cargo más elevado, y los dos capacitados ministros que le habían sucedido, míster Montagu y el doctor Addison, habían hecho frente a las dificultades a medida que se presentaban, cargando con una responsabilidad tras otra, añadiendo un departamento a otro y un negociado a otro, sin alterar en lo esencial la organización básica que había asumido en el período empírico y convulsivo de su creación. Todas las decisiones importantes, que eran innumerables, se centralizaban aún en el ministro mismo. Encontré un cuerpo de 12.000 empleados organizado en nada menos que cincuenta negociados principales, todos los cuales reclamaban acceso directo al jefe y requerían un torrente de decisiones inmediatas sobre los problemas más complicados y entremezclados. Puse, pues, inmediatamente manos a la obra para dividir y distribuir esta peligrosa concentración del poder.

Bajo el nuevo sistema, los cincuenta negociados del Ministerio se agruparon en diez grandes unidades, cada una a cargo de un director que respondía directamente ante el ministro. Estos diez jefes de grupo o de departamento se reunían a su vez en un consejo, como si formaran un gobierno. Los miembros de este Consejo tenían, pues, una función doble: en primer lugar, la de dirigir su grupo de negociados, y, en segundo lugar, la de tomar un interés general en las funciones globales del Ministerio. Tenían, así, que desarrollar un «sentido colectivo» y no limitarse a su propia esfera particular. Cada grupo de negociados se designó con una letra; así «A» significaba diseños, «G» cañones, «F» fondos, «P» proyectiles, «X» explosivos, etc. Combinando las letras se formaban comités exactamente adaptados para estudiar cualquier asunto particular, en tanto que la marcha

general de los asuntos se dirigía firmemente con un comité de coordinación o de enlace. Los grandes hombres de negocios que formaban el Consejo estaban ayudados por un numeroso cuadro de funcionarios civiles y a este fin logré que el Almirantazgo me cediera a mis dos antiguos amigos sir William Graham Greene y míster Masterton-Smith. Así combinamos la iniciativa, impulso, fuerza y experiencia práctica del mundo de la competencia abierta con el elevado modelo de experiencia, de rutina oficial y de sistema que son característicos de los servicios públicos.

El alivio fue instantáneo; dejé de estar abrumado por montones de carpetas voluminosas y cada uno de mis diez consejeros pudo adoptar en su propia esfera decisiones importantes y definitivas. La reunión diaria del Consejo los mantenía en relación constante entre sí y con el plan general, mientras el sistema de los comités de consejeros permitía llegar a conclusiones rápidas en las cuestiones especiales. La organización en conjunto, una vez puesta en marcha, ya no exigió jamás modificación alguna. En lugar de marchar a pie y entre dificultades a través de la selva virgen, cabalgaba cómodamente sobre un elefante cuya trompa podía con la misma facilidad recoger una aguja que desarraigar un árbol, y desde su lomo veía ante mí un amplio panorama.

Yo, por mi parte, me limitaba a la distribución y regulación del trabajo, a determinar la importancia relativa y la prioridad de los distintos suministros, a la visión de conjunto de los programas de guerra y a la iniciación de empresas especiales. Después de experimentar durante cinco meses este nuevo sistema pude decir: «Apruebo prácticamente siempre todos los informes de los comités del Consejo tal como vienen. Creo que apenas cambio alguna palabra. Me limito a leerlos atentamente y a ver la decisión a adoptar que sé que es mucho mejor de la que habría podido tomar yo mismo después de estudiar el asunto dos días enteros».

En el Ministerio de Municiones trabajé, desde luego, con el cuerpo de funcionarios más numeroso y potente que he conocido en mi vida. Allí se encontraban reunidos los hombres de negocios más inteligentes del país, trabajando intensamente y con la máxima lealtad para la causa común. Muchos, si no la mayoría de los directivos, estaban al frente de las industrias que se habían amplificado para las necesidades de guerra y con ello renunciaban, al mismo tiempo, a las inmensas fortunas que habrían acumulado indefectiblemente si hubieran continuado como contratistas particulares. Servían al Estado solo por el honor de hacerlo, sin molestarse al ver que hombres de posición inferior se habían quedado en sus industrias propias, acumulando grandes riquezas y extendiendo la escala de sus negocios. Entre ellos se había formado una viva rivalidad en el servicio del Estado, y el cargo de miembro del Consejo con su visión general era objeto de la más alta consideración. De acuerdo con el estatuto de constitución del Ministerio, la

autoridad total recaía únicamente sobre el ministro, pero, en la práctica, el Consejo poseía una auténtica responsabilidad colectiva.

«En lo que concierne al material —escribió sir Douglas Haig en su informe final de 1919—, la situación de la artillería no empezó a ser casi adecuada para la ejecución de operaciones importantes hasta mediados del verano de 1916. Durante toda la batalla del Somme, el consumo de municiones de artillería tuvo aún que ser vigilado con el mayor cuidado. Durante las batallas de 1917, hubo municiones en abundancia; pero, en cambio, el estado de las armas de fuego fue causa de constante ansiedad. Solo en 1918 fue posible realizar operaciones artilleras con independencia de toda otra consideración que la del transporte».

Si insisto con orgullo en estas páginas sobre el extraordinario rendimiento del Consejo de Municiones en el terreno de los suministros, no es para apropiarme su mérito, el cual corresponde en primer término a míster Lloyd George, que fue el que reunió a la gran mayoría de aquellos hombres tan capacitados, y cuya previsión al crear las fábricas nacionales puso los fundamentos de la producción ulterior. Corresponde, igualmente, a los que realizaron la obra, a los que tallaron y dispusieron las bases y con cuyo ingenio y esfuerzo leal, infatigable y lleno de recursos, contrajeron el ejército y la nación una deuda eterna.

En la época en que pasé a formar parte del Gabinete, los ejércitos británicos estaban en vísperas de emprender una nueva y terrible ofensiva. El ataque largamente preparado sobre la cresta de Messines se había ejecutado con precisión y éxito el 7 de junio, y el plan ulterior de sir Douglas Haig era lanzarse en la dirección de Ypres hacia Ostende. Venía a ser una renovación en escala gigantesca y por métodos distintos de aquellas ideas de despejar el flanco marítimo que tanto habían atraído a sir John French en 1914. Se habían reunido cuarenta divisiones entre la colina de Kemmel y el frente belga; se habían acumulado montañas de proyectiles y el ataque iba a ser apoyado por la concentración de artillería más poderosa que se había visto hasta entonces. El Cuartel General británico confiaba, como siempre, en un éxito decisivo y, como siempre también, estaba fuertemente apoyado por sir William Robertson y por el Estado Mayor del Ministerio de la Guerra. Por otro lado, las posiciones a atacar eran enormemente fuertes; el enemigo estaba plenamente preparado y las sombrías ondulaciones de la cresta de Passchendaele-Klercken habían sido fortificadas con todos los recursos de la ciencia y del ingenio alemanes. El terreno se hallaba sembrado de reductos de hormigón armado, «cajas de píldoras» como fueron pronto llamados, repletos de ametralladoras, rodeados de alambradas y a prueba del bombardeo más pesado. Las comunicaciones ferroviarias detrás del frente enemigo eran, por lo menos, tan buenas, si no mejores, que las que alimentarían la ofensiva británica. Un

ejército alemán que contaba con el triple de divisiones necesarias en cualquier momento para defender el frente se había reunido a las órdenes del príncipe Ruperto y se habían estudiado cuidadosamente todas las facilidades para el relevo y sustitución de las unidades desgastadas. Por último, los ferrocarriles holandeses acarreaban incesantemente grava para el hormigón y la elaboración de las defensas línea tras línea se proseguía de un modo continuo.

Aparte de las esperanzas de victoria decisiva que iban creciendo separadas de la primera línea y llegaban a la convicción absoluta en la Sección de Información, el Cuartel General aducía razones para justificar el nuevo y severo esfuerzo que se iba a exigir de las tropas: en primer lugar, el estado de extenuación e inactividad obligada en que alegaba estar el ejército francés desde la derrota de la ofensiva de abril del general Nivelle y, en segundo lugar, la importancia de tomar Ostende y Zeebrugge para paralizar o invalidar la guerra submarina. El primero de estos argumentos era exagerado: el ejército francés había, sin duda, de economizar sus fuerzas en lo posible, pero los cuadros de bajas muestran que, en el año 1917, infligieron a los alemanes casi tantas bajas como nuestras propias tropas. En cuanto al argumento de los submarinos era completamente engañoso y recae una gran responsabilidad en el Almirantazgo, por haber informado mal a Haig y a su Estado Mayor sobre el valor de Ostende y Zeebrugge para la campaña submarina. Estos dos puertos eran bases avanzadas convenientes para los submarinos que operaban en el canal de la Mancha, pero no eran indispensables en modo alguno para la guerra submarina propiamente dicha. Los submarinos, que podían dar la vuelta completa a las islas Británicas y permanecer en el mar un mes entero, podían operar casi tan fácilmente desde sus propias bases alemanas del Elba, del Weser y del Ems como desde los puertos avanzados y mucho más castigados de Bélgica. La guerra submarina entera estaba basada en los principales puertos de guerra alemanes y nunca dependió de otra cosa. En realidad, el mes de mayo de 1918, o sea, el mes que siguió al embotellamiento de Ostende y Zeebrugge por nuestra marina, los hundimientos por submarinos mostraron un incremento respecto al mes precedente, en que estos puertos se encontraban abiertos y en plena actividad. Cualquiera que fuera la influencia que haya ejercido este argumento erróneo sobre la decisión Haig-Robertson de lanzar una nueva ofensiva, es indudable que contribuyó a desbaratar las objeciones del primer ministro y del Gabinete de Guerra: parecía arrojar al ejército en la lucha antisubmarina, confundía la decisión, oscurecía el consejo, acallaba las desconfianzas, se sobreponía a los dictados de la prudencia y facilitaba el camino para un gasto desesperado de valor y de vidas de una inutilidad sin igual.

También en la guerra contra Turquía del teatro sudoriental, se proseguía la política más cara y laboriosa. Los turcos fortificados en Gaza, entre el desierto y el mar, bajo el mando de Kemal Pachá, hacían frente con éxito al ejército

británico de Allenby, que había avanzado con esfuerzos y gastos extraordinarios desde Egipto por ferrocarril y canalización del agua. Este obstáculo fue vencido y destruido el año siguiente, pero, entretanto, la clara maniobra de desembarcar un ejército detrás de los turcos fue desaprobada por sir William Robertson como aventurada e impracticable.

Antes, incluso, de que pasara yo a formar parte del Gobierno, el primer ministro, como ya he dicho, acostumbraba discutir conmigo libremente la situación militar. Al ocupar mi nuevo cargo me confió ya absolutamente todo. Después de su aventura con el general Nivelles y la desilusión consiguiente, había vuelto a aquel punto de vista, ya familiar al lector, de no buscar ofensivas en el frente occidental antes de haberse asegurado la necesaria superioridad o el sistema. El escollo de la guerra submarina parecía vencido y si en tierra las esperanzas habían resultado engañosas, también los temores en el mar habían resultado falsos. Míster Lloyd George quería entonces contentarse en el teatro principal con esperar la llegada de los ejércitos americanos; deseaba que sir Douglas Haig mantuviera el resto del año una defensa activa mientras instruía a sus fuerzas. Entretanto, la actividad en Palestina y el refuerzo de Italia con divisiones británicas y francesas, podían producir resultados importantes contra Turquía y Austria y, en todo caso, no serían cosas excesivamente costosas en vidas. Al principio, la mayoría del Gabinete de Guerra compartía estas opiniones generales, pero entre pensar y actuar correctamente hay un abismo de distancia. Sir William Robertson y, bajo su dirección, el Estado Mayor del Ministerio de la Guerra ejercían una presión incesante para que se realizaran nuevos esfuerzos, y su insistencia ganó a varios miembros del Gabinete. Durante todo el mes de junio, siguiendo las discusiones y, al final, el primer ministro no se sintió bastante fuerte para resistir a la combinación Haig-Robertson y se sometió con resentido fatalismo. Se abandonó el plan de sostener a Italia y en la tercera semana de julio, Robertson arrancó al Gabinete y llevó a Haig la seguridad de un apoyo «cordial» para el ataque a Passchendaele. Cuando tuve oportunidad de conocer estos hechos era ya demasiado tarde; la decisión estaba tomada y solo podía esperar limitar sus consecuencias. El 22 de julio emití mi consejo como sigue:

De míster Churchill al primer ministro:

Muchas gracias por haberme dejado leer los interesantísimos documentos que con esta le devuelvo. En términos generales coincido con Smuts, pero discrepo con usted de la necesidad de ceder al deseo militar de efectuar una nueva ofensiva en el Oeste. Los ejércitos son equivalentes y si alguno es más fuerte es más bien el alemán, que tiene más reservas y abundancia de municiones. Una serie ilimitada de líneas fortificadas con posibilidad de ser inundadas y las grandes dificultades naturales del terreno constituyen obstáculos insuperables. Estamos ya casi a final de julio, e incluso si se

ganaran tres o cuatro batallas como la de Messines, la situación en el Oeste no podría alterarse sensiblemente para fin de año.

Es evidente, sin embargo, que no existe fuerza humana que pueda impedir que se haga la tentativa. Lo esencial es, pues, llegar a una definición del éxito o de los «grandes resultados» que permita adoptar una nueva decisión una vez se hayan librado la primera o la segunda fase de esta ofensiva. Tal definición podría a mi juicio comprender tres condiciones, a saber: objetivos logrados, bajas sufridas y, tercero e importantísimo, tiempo empleado o requerido entre cada embestida y la siguiente. Así sería posible, tomando como referencia estas bases previas, sentar definitivamente después de, por ejemplo, seis semanas de combate, si había realmente alguna perspectiva de lograr «grandes resultados» antes de que llegara el invierno.

Respecto al Oriente, la solución salta a la vista: habría que sacar del frente de Salónica un ejército de seis divisiones británicas o francobritánicas y lanzarlas detrás del ejército de Kemal Pachá, lo que obligaría a rendirse a sus tropas y dejaría libres a todas las fuerzas aliadas de Siria y Palestina, incluidas las de Allenby, para que en la primavera del año próximo pudieran entrar en acción en Italia o en Francia.

El primer ministro llegó al extremo de ofrecer el mando de los ejércitos británicos de Palestina al general Smuts. Este contestó, después de reflexionar, que estaba dispuesto a aceptar esta misión previa a condición de que se le permitiera desembarcar un ejército adecuado para cortar las comunicaciones turcas. Como este proyecto no se consideró practicable, declinó el ofrecimiento. Pero en su lugar se encontró un jefe cuya personalidad y destreza estuvieron a la altura de la tarea de desalojar, y finalmente destruir, a los ejércitos turcos de Siria sin necesidad de recurrir a una gran operación anfibia. Con el nombramiento de Allenby cambió rápidamente la situación de Palestina. Aunque pedía constantemente más refuerzos de los que se le podían enviar e insistía siempre prudentemente en las dificultades que tenía delante, Allenby consiguió, por una serie de combinaciones maestras, dominar por la maniobra y por la batalla y con fuerzas inferiores a los turcos de Kemal, que estaba aconsejado por Falkenhayn. Amagando sobre Gaza en la última semana de octubre, tomó por sorpresa a Beersheba mediante un súbito ataque de dos divisiones de infantería y un amplio movimiento envolvente de caballería y camellos. Habiendo rebasado de este modo el flanco enemigo del desierto, arrolló desde el este, en una serie de reñidas acciones, las líneas poderosamente fortificadas de los turcos. Gaza cayó el 6 de noviembre, haciéndose 10.000 prisioneros turcos y causándoles al menos otras tantas pérdidas en muertos y heridos. En una persecución vigorosa cayó también el puerto de Jaffa, del que se dispuso desde entonces como nueva base de suministros para las fuerzas británicas. Provisto así de la región costera, de una

nueva base y una línea de comunicaciones supletoria y más corta, avanzó Allenby hacia el noroeste sobre Jerusalén, empujando ante sí al séptimo y al octavo ejército turco y amenazando la línea de retirada del cuarto ejército. El 8 de diciembre de 1917, los turcos abandonaron Jerusalén después de cuatrocientos años de odiosa dominación, y el general en jefe entró en la ciudad entre las aclamaciones de sus habitantes. En ella se mantuvo todo el invierno en una situación sumamente delicada, reagrupando sus fuerzas, alimentando hábilmente la revuelta árabe, que crecía alrededor de la asombrosa personalidad de Lawrence, y preparándose para empresas aun mayores en primavera. Con no más de 150.000 hombres había expulsado a 170.000 turcos dirigidos por alemanes de posiciones fuertemente fortificadas, de verdaderas Plewnas, en las que se habían empleado años de trabajo, y les infligió pérdidas considerables en hombres, artillería y territorio.

No hay suficientes alabanzas para estas operaciones brillantes y económicas, que servirán siempre como modelo en teatros de operaciones en que sea aún posible la maniobra. No obstante, sus resultados no simplificaron el problema principal, sino, al contrario, al inaugurar una competencia en interés que no podía influir sobre el resultado general, tendieron más bien a complicarlo. La considerable corriente de hombres, municiones y transportes que hubo de afluir incesantemente a la expedición de Palestina habría debido ser contenida por medio de una acción de carácter mucho más rápido y de escala mucho más grande. Rapidez y finalidad, tanto en este período como en todo el resto de la guerra, eran las verdaderas claves de cualquier acción que se emprendiera contra Turquía. Las operaciones prolongadas y extensivas en teatros distantes y desconectados, tanto si languidecían como las de Salónica, como si estallaban rápida y brillantemente como la de Allenby en Palestina, no podían armonizarse con una política de guerra prudente. Hubiera sido mucho más seguro y económico en vidas y en recursos correr un riesgo mayor en un tiempo más breve; se habría podido aprovechar la ventaja del dominio marítimo y, mientras Allenby mantenía a los turcos en Gaza, hacer un desembarco bien preparado en Haifa o en cualquier otro punto de la costa, en su retaguardia. Si en septiembre se hubiera cortado con un nuevo ejército de seis a ocho divisiones el ferrocarril único que los mantenía, la guerra de Siria habría terminado de un solo golpe. La sangría oriental de nuestros recursos se habría detenido desde el mes de febrero y todas las tropas británicas de Palestina habrían estado disponibles para el peligro supremo de Francia. Pero en Palestina, como antes en Gallípoli, el choque entre las escuelas oriental y occidental dio lugar a incoherencias y medias medidas; se envió a Oriente lo bastante para constituir una dispersión peligrosa, pero nunca lo suficiente de golpe para producir un resultado pronto. Será incomprensible para las generaciones futuras que los estrategas de un pueblo insular, dotado en aquel momento del atributo único y soberano del dominio del mar, hayan dejado

durante toda la guerra de utilizarlo en beneficio de su esfuerzo ofensivo.

En este caso particular, como luego se verá, la ofensiva de Ludendorff de 1918 desbarató en un solo día todos los planes cuidadosamente estudiados de Allenby para la campaña de primavera. Nada menos que sesenta batallones y muchas baterías tuvieron que ser sacadas inmediatamente de Palestina para taponar el boquete abierto el 21 de marzo, y su ejército, así reducido, estuvo hasta la llegada de dos divisiones indias desde Mesopotamia, en una situación sumamente precaria. El hecho de que después de tales circunstancias consiguiera tomar Deraa, Damasco y Alepo y destruyera antes del armisticio todo vestigio del poder turco, tanto militar como civil, constituye uno de los hechos de armas más notables de la guerra.

Entretanto, la ofensiva británica contra Passchendaele seguía su triste destino. Una preparación terrorífica de artillería pulverizó el terreno destrozando a la vez las trincheras alemanas y las canalizaciones ordinarias. Con abnegación sublime y sufriendo pérdidas terribles se lograron pequeñas mellas en el frente alemán. En seis semanas se habían avanzado 7 kilómetros en el punto más adelantado. Pronto llegaron las lluvias y el inmenso campo de embudos se convirtió en un mar de barro pestilente y sofocante en el que se hundían y perecían sin remedio hombres, animales y tanques. Los pocos senderos que podían preservarse a través de este cenagal eran barridos sin cesar por el fuego de la artillería, a través de los cuales marchaban toda la noche con firmeza interminables columnas de transporte. La imposibilidad de municionar a las baterías de campaña fuera de la carretera única que seguía en servicio obligó a concentrarlas en una línea inmediata a ella, con lo que no podían disimularse en modo alguno, y la contrabatería alemana causó grandes bajas en sirvientes y en bocas de fuego y mató a casi todos los caballos de tiro.

Las decepcionantes ganancias de terreno fueron disimuladas con cuentos de extraordinarias matanzas de alemanes. Ciertamente, no hay que subestimar las bajas e inquietudes infligidas al enemigo, y las cifras admitidas por Ludendorff son un índice evidente; estos choques violentos conmovían al enemigo hasta sus cimientos. Pero las bajas alemanas fueron siempre mucho menores de lo que se dijo; tenían siempre mucho menor número de tropas en el campo, vendieron siempre cada vida por dos nuestras y cada palmo de terreno por un precio usurario.

El primer ministro hizo nuevos esfuerzos en octubre para poner término a las operaciones; llegó al extremo de llamar a sir Henry Wilson y a lord French para consultarles como «consejeros técnicos» del Gobierno, con independencia del Estado Mayor General. Nos lo ha contado ingenuamente el propio Robertson en su libro. Nos dice que lord French, después de criticar «en veinte páginas de un escrito de veintiséis» la estrategia y la táctica Haig-Robertson, recomendaba «adoptar una táctica defensiva en todas partes,

recurriendo solo a las acciones ofensivas necesarias para hacer eficiente esta defensa; aguardar el desarrollo de las fuerzas americanas y, entretanto, consagrarse a una guerra económica radical para debilitar al enemigo». Al consultar oficialmente a personalidades de fuera, el primer ministro sugería, evidentemente, la dimisión del jefe del Estado Mayor imperial, pero este no la presentó y el Gabinete no estaba tampoco dispuesto a exigirla, por lo que no resultó de todo ello más que desconfianza mutua.

En consecuencia, siguió la lucha en Flandes. Nuevas divisiones siguieron reemplazando a las que se desgastaban; la lluvia llegó y el barro se extendió, pero la fuerza de voluntad del mando y la disciplina del ejército siguieron invencibles. Con sacrificios inauditos se tomó a Passchendaele; pero, más allá, a lo lejos, se erguían aún intactas e inaccesibles las fortificaciones de Klercken. Había pasado agosto, pasó septiembre y estaba muy avanzado octubre. El espectral campo de batalla se vio envuelto en toda la severidad de un invierno de Flandes; la puerta de Menin en Ypres seguía vomitando torrentes humanos; por deprisa que tiraran los cañones, más deprisa afluían tras ellos las municiones. Todavía en octubre, el Estado Mayor británico estaba planeando y lanzando ofensivas y confiaba en lograr resultados decisivos. No fue hasta el final de noviembre cuando se aceptó el fracaso final. «El boche es malo y el barro también es malo —decía Foch, entonces poco más que un espectador—; pero boche y barro juntos... ¡Ah!», y alzaba las manos con un gesto de prevención.

No podrá decirse que «los militares», es decir, el Estado Mayor, no hayan actuado a su gusto. Pudieron llevar su triste experimento hasta el final; sacaron de Gran Bretaña todo lo que pidieron; gastaron a la vez los hombres y los cañones del ejército británico casi hasta su destrucción y lo hicieron frente a las más claras advertencias y contrargumentos que no podían contestar. Sir Douglas Haig actuó por convicción, pero sir William Robertson se dejó arrastrar pesadamente: ha aceptado plenamente su responsabilidad y no podía dejar de hacerlo. «Yo era más que un simple asesor; era el jefe profesional de todos los ejércitos británicos, como Haig lo era de los del frente francés. Se recurría a mí, como hizo el Imperio entero, para que no se les pidieran cosas imposibles y para no encontrarse colocados en ninguna parte en situación desventajosa» y también el 23 de junio: «Mi propia responsabilidad [...] no es pequeña al pedir la continuación de un plan con el que el primer ministro se ha mostrado disconforme [...]». Y, finalmente, de Robertson a Haig, el 27 de septiembre: «Usted conoce ya mi opinión personal. Siempre ha sido la defensiva en todos los teatros menos en el Oeste. Pero la dificultad está en probar que esto es lo correcto ahora que Rusia ha caído. Confieso que me empeño en ello más bien porque no veo otra cosa mejor y porque me impulsa mi intuición, no porque disponga de ningún buen argumento en que apoyarlo». Estas palabras son terribles cuando se aducen para justificar el sacrificio de

cerca de 400.000 hombres.

Entretanto, las consecuencias de abandonar a Italia por Passchendaele estallaron con una violencia que nadie podía haber previsto. El 24 de octubre, empezó el desastre italiano de Caporetto. Se habían llevado rápidamente seis divisiones alemanas al Isonzo por marchas nocturnas, y se habían ocultado en valles profundos situados detrás del frente. Con ellas y la presencia del general Von Below se animó a las tropas austríacas. Con un hábil ataque por caminos de montaña se logró una posición clave. Lo siguió un bombardeo súbito con artillería pesada y granadas de gases y luego un asalto general a lo largo de todo el frente, llevado en los puntos decisivos por tropas alemanas, que, unido a los efectos de una propaganda derrotista entre las líneas italianas, ocasionó en doce horas una derrota completa y decisiva al ejército del general Cadorna. Al caer la noche, más de un millón de italianos se hallaban en franca retirada y una gran parte del ejército estaba en plena descomposición. En tres días se capturaron 200.000 hombres y 1.800 cañones y hasta que terminó la larga retirada y se constituyó de nuevo un frente italiano 150 kilómetros al oeste a lo largo del Piave, habían perdido los italianos más de 800.000 hombres entre muertos, heridos, enfermos, prisioneros, desertores, y sobre todo, desaparecidos. Este desastre asombroso exigía esfuerzos inmediatos de Gran Bretaña y Francia.

Me encontraba descansando en mi casa de Kent cuando llegaron las verdaderas noticias. El primer ministro me telefoneó para que fuera enseguida en automóvil a Walton Heath. Me enseñó los telegramas que, aun dentro de su forma velada, mostraban una derrota de primera magnitud. En estos momentos, cuando nuestro ejército se había desangrado en Passchendaele y cuando los franceses se estaban aún reponiendo de la ofensiva de Nivelle y de sus inquietantes consecuencias, la perspectiva de tener que enviar una gran fuerza a Italia no resultaba atractiva. El primer ministro reaccionó con su elasticidad habitual: a los pocos días salió para Rapallo, donde había propuesto una reunión con los jefes políticos y militares franceses e italianos. Entretanto, cinco divisiones francesas y otras cinco británicas, bajo el mando del general Fayolle y de sir Herbert Flumer, dos de los jefes más exitosos y experimentados del frente occidental, se expidieron a máxima velocidad por los túneles de los Alpes y empezaron a aparecer, a partir del 10 de noviembre, en el frente italiano. Si se hubieran enviado unos meses antes, es seguro que, aunque la ofensiva aliada no hubiera logrado resultados importantes, los sucesos habrían seguido luego un curso muy distinto.

La grandeza de la nación italiana se reveló en esta hora que recuerda el día siguiente de Cannas. El «derrotismo» se deshizo en la llama de la resolución nacional. Por inmensas que hubieran sido sus pérdidas, el esfuerzo de Italia fue mayor a partir de Caporetto que en el período anterior de la guerra. Con

castigo inexorable se restauró la disciplina en los ejércitos y con reservas y voluntarios entusiastas se completaron sus filas. Pero todo ello exigía tiempo, y durante varios meses el destino de Italia osciló en la balanza. Fue necesario considerar una situación en la que todo el norte de Italia fuera invadido por los ejércitos teutónicos, Italia eliminada de la guerra y tuviera que surgir un nuevo frente suizo en Francia. Afortunadamente «los árboles no crecen hasta el cielo» y las ofensivas, por victoriosas que sean, pierden su fuerza inicial y se agotan con el terreno ganado.

Lo que habría podido ocurrir si Alemania se hubiera preparado desde el principio para sostener el impulso inicial con doce o catorce divisiones más, sacadas del desvanecido frente oriental, es una cuestión que puede interesar y aleccionar al militar estudioso. Pero Ludendorff estaba forjando otros planes más grandes y ambiciosos y, como se iba a ver, fatales para su país. Ya tenía en el pensamiento el vasto bosquejo de la ofensiva alemana de 1918; Italia no era más que un «teatro secundario», que valía quizá «los huesos de un granadero de Pomerania», pero nunca lo suficiente para perturbar la teoría clásica ni la competición suprema de fuerzas contra el enemigo más fuerte. Y, sin embargo, la eliminación de Italia, un pueblo de cuarenta millones de habitantes y potencia de primera clase, de la causa de los aliados en aquel momento, podía haber sido un acontecimiento más preñado de consecuencias que todos los triunfos alemanes del 21 de marzo de 1918. Aplastar a Italia y buscar luego una paz general era todavía lo mejor que podían esperar los imperios centrales. Por parte del Estado Mayor de Haig, es una alegación cierta, aunque inadecuada, la de sostener que la presión continua sobre Passchendaele influyó en el pensamiento militar alemán: los recursos casi inagotables del ataque británico; el modo como iba venciendo dificultades sobrehumanas; la obstinación de sus jefes, la bravura de sus soldados; la repetida destrucción de los frentes alemanes; la sangría (mitad de la nuestra, pero aún terrible) impuesta a los recursos alemanes, todo ello contribuyó a clavar la mirada de Ludendorff en el frente occidental. Dios no permitió que aquellos sacrificios, tan innecesarios y tan desproporcionados, fueran del todo vanos.

Hemos de llevar ahora al lector de tan profundos pensamientos a la posición limitada en que yo veía la situación.

Era indispensable que Francia e Inglaterra volvieran a armar a Italia en la mayor medida posible, y el 18 de noviembre marché a París, para reunirme allí con Loucheur y con el ministro italiano de Armamentos, el general Dallolio. Fue una experiencia desoladora: nuestros excedentes eran muy débiles, nuestras necesidades muy grandes y el vacío italiano enorme. En aquellos días duros, la derrota no era juzgada con indulgencia por los extenuados aliados y todos tuvimos que sobreponernos a ello, con cortesía que apenas velaba el

menosprecio y con simpatía que apenas dominaba al resentimiento. Y he de rendir aquí un tributo a la dignidad y al valor tranquilo del ministro italiano y al respeto que supo inspirar a todos en aquellas tristes circunstancias.

La ofensiva de Passchendaele había terminado entre la carnicería y el barro cuando surgió en el sector británico, frente a Cambrai, una batalla totalmente distinta a todas las que hasta entonces se habían librado en la guerra. Por primera vez se empleó auténticamente el procedimiento mecanizado para lograr la sorpresa. El relato de Boraston señala esta batalla como una refutación de «las críticas lanzadas contra los métodos anticuados de nuestro Mando en Francia durante 1916-17, de su falta de ingenio y de habilidad y de su enorme consumo de vidas». En ella hay, según él, un ejemplo magnífico de novedad científica y de táctica audaz combinadas en una concepción militar impresionante. Pero esta concepción, no solo en su idea básica, sino en sus métodos, e incluso en sus instrumentos, había sido requerida del alto mando británico durante casi dos años. El plan de ataque de Cambrai estaba implícito en la idea original del tanque; era para esto, precisamente para esto, para lo que los tanques se habían imaginado.

Los tanques habían entrado en acción en el frente británico en número creciente y considerable desde que su invención había sido inoportunamente expuesta al enemigo en el Somme en 1916. En el Cuartel General del cuerpo de tanques se habían desarrollado profunda y ampliamente las ideas tácticas originales que habían inspirado su nacimiento, pero el cuerpo de tanques no había logrado nunca que se le permitiera ponerlas en práctica. Se habían empleado estos ingenios en número reducido como simples auxiliares en las batallas de infantería y artillería, y habían sido condenados a encenagarse en los campos de embudos bajo el fuego concentrado de la artillería alemana o a hundirse en el barro de Passchendaele. Nunca se les había permitido arriesgar su suerte en una batalla para ellos solos, adaptada a su especialidad y en la que pudieran rendir los servicios inestimables para los que habían sido especialmente trazados.

El éxito de algunos tanques en una operación secundaria de Passchendaele, donde fueron correctamente empleados por el cuerpo de ejército del general Maxse, fue probablemente lo que redimió al cuerpo de tanques del disfavor creciente en que habían caído sus carruajes debido al mal empleo que había hecho de ellos el Cuartel General británico, durante mucho tiempo. Cualquiera que fuera la razón, el hecho es que se aprobó un proyecto que había estado en la mente del Estado Mayor del cuerpo de tanques durante cerca de tres meses, y para el cual se habían emprendido ya los preparativos necesarios, fijándose su fecha para el 20 de noviembre. Se concedieron al fin todos los requisitos necesarios: los tanques operarían en un terreno no dislocado todavía por la artillería y en un frente no preparado aún contra la ofensiva: la sorpresa por

encima de todo, iniciando los propios tanques el ataque. Aceptando osadamente la responsabilidad, sir Julian Byng, que mandaba el tercer ejército, ordenó que la artillería británica no disparara un tiro ni siquiera de corrección hasta que los tanques estuvieran ya lanzados; los cálculos artilleros que hicieron posible este hecho por primera vez sin daño para las tropas propias acreditan altamente a sus autores.

El plan detenidamente preparado del cuerpo de tanques tenía la aspiración de «efectuar la penetración en cuatro sistemas sucesivos de trincheras en unas pocas horas y sin preparación artillera de ninguna clase». Se disponía aproximadamente de quinientos tanques. El general Elles, jefe del cuerpo de tanques, dijo a sus hombres en una orden especial: «Mañana, el cuerpo de tanques tendrá la oportunidad que ha estado esperando largos meses, operará abiertamente en la vanguardia del asalto».

«El ataque —dice el historiador del cuerpo de tanques, coronel Fuller— tuvo un éxito asombroso. Al moverse y avanzar los tanques, seguidos inmediatamente por la infantería, el enemigo perdió completamente su moral y todos los que no huyeron del campo presa del pánico se rindieron con escasa o nula resistencia. [...] A las cuatro de la tarde de dicho día, se había ganado una de las batallas más asombrosas de la historia y en lo que concierne al cuerpo de tanques, se había también terminado, pues, al no disponerse de reservas, no era posible hacer más». En la breve duración de un día de noviembre había sido penetrado el sistema completo de las defensas alemanas en un frente de 10 kilómetros y se habían capturado 10.000 prisioneros y 200 cañones sin perder más que 1.500 soldados británicos. «Cabe preguntarse —dice el oficial del Estado Mayor— si hubo algún otro golpe de los ejércitos aliados en el frente occidental que resultara más fructífero a la vez en terreno y en resultados que esta batalla de Cambrai, pese a su limitado propósito».

Pero si es así ¿por qué no haberlo hecho antes, y por qué no haberlo hecho en mayor escala? Si los mandos británicos y franceses hubieran tenido, no más ingenio, porque las posibilidades eran ya en aquella época evidentes para todos los que estaban estudiando el problema de los tanques, sino la visión y comprensión que hay que esperar de los reputados jefes de los grandes ejércitos, no había razón para que la batalla de Cambrai no se hubiera librado un año antes o, mejor aún, para no haber librado simultáneamente en la primavera de 1917, tres o cuatro batallas como la de Cambrai, conectadas entre sí. Entonces se habría podido realmente aplastar por completo a la línea enemiga, perforada a la vez en tres o cuatro lugares, sobre un frente de 90 kilómetros, y entonces realmente la marcha adelante del ejército completo podría haberse realizado y se habría roto la odiosa inmovilización.

Se dirá, sin embargo, que estas afirmaciones no tienen bastante en cuenta las dificultades prácticas, la experiencia lentamente acumulada y los inmensos

refinamientos de estudio, disciplina y organización requeridos. ¿Se podían, por ejemplo, haber tenido 3.000 tanques para la primavera de 1917? ¿Se podían haber ahorrado del frente los hombres necesarios para manejarlos? ¿Podía haberse perfeccionado su instrucción táctica detrás del frente y fuera del contacto con el enemigo? ¿Podía haberse mantenido el secreto? ¿No habría descubierto el enemigo una preparación en tan gran escala, aunque fuera detrás de las líneas? A todas estas preguntas responderemos que si hubiera empleado el Estado Mayor del Gran Cuartel General la décima parte del esfuerzo mental que gastó en preparar las ofensivas al viejo estilo de que se compuso la guerra, la vigésima parte de la influencia que usó en ganar para ellas la aprobación de los gobiernos refractarios, y una centésima parte de los hombres que en ella se perdieron, habría resuelto todos los problemas antes de la primavera de 1917 fácil y totalmente. En cuanto a que los alemanes oyeran hablar de ello y supieran, por ejemplo, que los británicos estaban ensayando carros-oruga acorazados en trincheras de ensayo, ¿qué habrían sacado de saberlo? ¿Qué uso hizo Ludendorff de la torpe revelación de los tanques en septiembre de 1916, no como simple rumor o noticia discutible del Servicio de Información, sino como aparición auténtica? Se encuentra un triste consuelo al pensar que si los mandos británicos y franceses fueron miopes, el militar más capacitado de Alemania fue completamente ciego. En verdad todos estos grandes técnicos pertenecían a la misma escuela. Haig, por lo menos, se movió más deprisa y avanzó más en el nuevo sendero y, en consecuencia, aunque dudosa y tardíamente, obtuvo, al fin, una generosa recompensa.

Ha sido necesario insistir particularmente sobre este aspecto de la batalla de Cambrai a causa del objeto principal de la presente obra. Al acusar como lo hago a todas las grandes ofensivas aliadas de 1915, 1916 y 1917, sin excepción, como de operaciones inútiles, mal concebidas y de coste ilimitado, me encuentro obligado a contestar a la pregunta de qué otra cosa podía haberse hecho, y la contesto señalando a la batalla de Cambrai: «Esto es lo que podía haberse hecho». Esto, con muchas variantes, y en forma más amplia y mejor es lo que se debía haber hecho y que se habría hecho si los generales no se hubieran contentado con combatir a las ametralladoras con los pechos de valientes soldados, pensando que esto era hacer la guerra.

Queda por decir solamente acerca de la batalla de Cambrai que el éxito inicial excedió de tal manera a las esperanzas del Estado Mayor del tercer ejército, que no se habían adoptado preparativos adecuados para explotarlo: la caballería que se lanzó adelante se encontró, naturalmente, detenida enseguida por los tiradores y las ametralladoras, y, después de las ganancias del primer día, no se logró ya ningún avance importante. En esta parte del frente alemán, las vías férreas favorecían una concentración rápida de fuerzas enemigas, y, diez días después de la victoria, los alemanes lanzaban un poderoso contraataque en el que recobraron gran parte del terreno conquistado y

cogieron, a su vez, 10.000 prisioneros y 200 cañones. En este contraataque, el enemigo empleó por primera vez aquella táctica que iba pronto a emplear en mayor escala, la «infiltración» de pequeños grupos especializados cuyo núcleo era un fusil-ametrallador o un mortero de trinchera. En consecuencia, se juzgó que las campanas que habían resonado por Cambrai lo habían hecho prematuramente, y el año 1917 se terminó en todos los frentes aliados: británico, francés, italiano, ruso y balcánico, en una lóbreguez iluminada solamente por el reflejo de la espada de Allenby en Jerusalén.

XLVIII

Gran Bretaña vence a los submarinos

Se dice muchas veces que la marcha alemana sobre París, en 1914, y la campaña submarina sin restricciones estuvieron, una y otra, «a punto de triunfar»). Pero esta expresión ha de analizarse y al mismo tiempo ha de establecerse una diferencia entre los puntos en cuestión en tierra y en el mar. Un aficionado que contempla un partido de fútbol y un ingeniero que ve un coche, cuyo peso no conoce exactamente, pasar sobre un puente, cuya resistencia tampoco ha podido comprobar, experimentan, sin duda, uno y otro, sensaciones parecidas de ansiedad y de emoción, y sin embargo, los procesos son diferentes. Un partido de fútbol, lo mismo que una gran batalla terrestre, es un estado continuo de flujo y de azar; en tanto que si el coche va o no a romper el puente, no depende del azar, sino, únicamente, del peso del vehículo y de la resistencia de la construcción. Al ser desconocidos estos dos factores, la ansiedad que se sufre es normal; pero, una vez se sabe que el puente puede soportar al menos 10 toneladas y que el coche pesa a lo sumo 8, todas las inquietudes resultan infundadas. Cuando alguien dice que el coche estuvo «a punto de romper el puente» no está en lo cierto, pues no hubo nunca probabilidad alguna de ello. Así, en tanto que una de las posibilidades o azares que estaban en juego, podía haber provocado que los ejércitos invasores se hicieran con París en 1914, los recursos marítimos de Gran Bretaña siempre fueron positivamente superiores al ataque submarino, en el caso de que se trata. Además, este ataque fue en sí mismo de un carácter tan gradual que tales recursos superiores pudieron, con toda seguridad, alcanzar su total desarrollo.

No obstante, la lucha entre los submarinos alemanes y los marinos británicos, tanto de guerra como mercantes, ya que unos y otros desempeñaron papeles igualmente indispensables, figura entre los episodios más impresionantes de la historia y su resultado será considerado por las generaciones futuras como el punto decisivo del destino de las naciones. Fue

en magnitud y en valores puestos en juego el conflicto más grande que se ha decidido nunca sobre el mar, y fue casi exclusivamente un duelo entre Gran Bretaña y Alemania, pues, aunque los submarinos austríacos ayudaron a esta, y navíos aliados y destructores americanos y japoneses ayudaran a Gran Bretaña en toda la medida de sus fuerzas, los tres cuartos del tonelaje hundido fueron británicos y de una pérdida total de 182 submarinos alemanes, 175 fueron hundidos por los británicos.

Las deficiencias del alto mando de la marina británica, tanto a bordo como en el Almirantazgo, que habían conducido al fracaso del almirante De Robeck en el forzamiento de los Dardanelos, al resultado abortivo de Jutlandia y no llevar la lucha a la bahía alemana, habían proporcionado al enemigo durante 1915 y 1916 los medios para desarrollar una forma enteramente nueva de ataque marítimo, en una escala cuya intensidad potencial nadie podía estimar de antemano, y que, de haber triunfado, habría resultado fatal. A primera vista, todo parecía favorecer al atacante: estaba en posesión de 200 submarinos de radios de acción comprendidos entre tres y cuatro semanas; todos ellos eran capaces cada uno de hundir con torpedo, cañón o explosivos a cuatro o cinco barcos en un solo día. Se iban a posicionar en las cercanías de una isla por las que cada semana pasaban en uno u otro sentido varios millares de navíos mercantes, y entonces, el submarino, mostrando solo sobre las olas su periscopio como un mango de escoba, podía disparar sus torpedos sin ser visto o podía subir a la superficie y disparar su cañón para hundir, incendiar u obligar a rendirse al buque indefenso y desaparecer, después, en las profundidades del vasto desierto marino sin dejar huellas. De todas las tareas impuestas a una marina, ninguna podía parecer más desconcertante que la de proteger este tráfico inmenso y tantear bajo la superficie de las aguas en busca del mortal y esquivo enemigo. Era, realmente, un juego de la gallinita ciega en un espacio ilimitado de tres dimensiones.

Visto el problema a sangre fría antes de la guerra, podía muy bien haber parecido que no tenía solución. Pero, durante el curso de los acontecimientos, al crecer el peligro, creció también la fuerza de voluntad del Estado amenazado y el valor, resistencia e ingenio de sus servidores. En la cúspide del poder, y bajo la autoridad del primer ministro, todos los malos augurios fueron reprimidos, los murmuradores silenciados y los que dudaban eliminados de los puestos de responsabilidad. No obstante, se hizo un examen detenido de todos los hechos y ninguna expresión desesperanzada fue nunca motivo de discusión. Las cualidades de audacia, iniciativa y espíritu mariner, innatas en la tropa y oficiales jóvenes de la Marina Real, hallaron en este nuevo sistema de guerra sus mejores oportunidades, pero sin el inagotable espíritu de la Marina Mercante nada habría valido. El fundamento de toda la defensa estribaba en el hecho de que los tripulantes mercantes «submarinados» tres o cuatro veces volvían indefectiblemente al peligroso mar, y de que incluso en el

terrible mes en que de cada cuatro buques que salían del Reino Unido uno no regresaba, no hubo que retrasar ningún viaje por falta de voluntarios civiles.

Para comprender los entresijos de esta extraña forma de guerra desconocida hasta entonces por el hombre, ha de recordar el lector el esquema general de un submarino. Este delicado navío es movido en superficie por potentes motores de aceite pesado que en aquella época daban velocidades hasta de 16 o 17 nudos. En inmersión, se mueve por acumuladores eléctricos que puede recargar con sus motores de combustión cuando marcha en superficie; estos acumuladores proporcionan una velocidad máxima en inmersión de unos 8 nudos y duran una hora a toda velocidad y veinte a velocidad económica. Para sumergirse no necesita el submarino disponer de flotabilidad negativa, es decir, hacerse más pesado que el agua; le basta llenar los depósitos para tener aproximadamente una tonelada de flotabilidad y entonces girar sus timones horizontales y hacer marcha adelante con sus motores eléctricos, con lo que penetra hasta la profundidad deseada. El submarino es lo bastante fuerte para resistir la presión creciente del agua hasta unos 75 metros de profundidad; más allá, hay cada vez mayor peligro de que se filtre agua por las juntas de su casco; una penetración importante de agua salada haría desprender vapores de cloro de los acumuladores y sofocaría a la tripulación. A una profundidad de 100 metros o más, el submarino sería destruido por la presión del agua y, al abrirse, se hundiría rápidamente hasta el fondo del océano. Por este motivo, en aguas profundas, el submarino solo puede permanecer sumergido cuando está en movimiento, y estar en movimiento mientras le duran los acumuladores; al agotarse estos ha de volver a la superficie, donde flota indefenso durante varias horas hasta haberlos recargado. En cambio, donde el mar no tiene más de 75 metros de profundidad, el submarino no tiene reparo en darse flotabilidad negativa, con lo que puede sumergirse y descansar en el fondo sin emplear los acumuladores, mientras el aire y los tubos de oxígeno que lleva permiten respirar a la tripulación; esto le permite permanecer bajo el agua al menos cuarenta y ocho horas, en las cuales puede desplazarse hasta 60 millas. Resulta, pues, que la facultad de permanecer sumergido por más de veinte horas queda limitada a los mares poco profundos. En cambio, las profundidades inferiores a 15 metros ocasionan dificultades de otra clase que impiden los ataques submarinos.

El arma inicial de todos los submarinos era el torpedo, y combatiendo con barcos de guerra, ninguna otra arma podía serles útil. Los submarinos tienen el casco delgado y solo podrían entablar un duelo artillero con buques protegidos de superficie, en condiciones de desigualdad fatales para ellos; la penetración de un único proyectil en el casco de un submarino lo privaría de su facultad de sumergirse, si no se hunde directamente. Pero, cuando los alemanes decidieron emplear sus submarinos para atacar barcos mercantes, se presentaron

condiciones distintas: los buques mercantes eran tan numerosos que el torpedo resultaba una arma inadecuada para procurar resultados decisivos; era costoso y de fabricación lenta y difícil; su suministro no podía aumentarse exponencialmente y en cada submarino solo podían llevarse de ocho a veinte torpedos, según su clase; además, como una gran proporción de ellos fallaba su objetivo por unas u otras causas, el poder destructivo de un submarino contra el comercio durante un crucero determinado era sumamente limitado. De aquí que el primer impulso de los alemanes fuera el de armar a sus submarinos con cañones para atacar a los barcos mercantes en superficie, hundiéndolos con fuego de cañón o bien, una vez rendidos, con explosivos colocados a bordo.

Este sistema permitía también a los submarinos emplear su velocidad superior de superficie, y podían distinguir entre las diferentes clases de buques mercantes y entre buques enemigos y neutrales, observar su propio código de presas visitándolas y registrándolas, y, finalmente, dar tiempo a las tripulaciones mercantes a que escaparan en botes si preferían rendir el barco.

La primera contramedida británica, tomada bajo mi responsabilidad en 1915, fue armar a los barcos mercantes británicos con el máximo número posible de cañones con potencia suficiente para disuadir a los submarinos del ataque de superficie. Si se conseguía esto, la pérdida de velocidad del atacante y su limitado aprovisionamiento en torpedos aumentarían considerablemente las probabilidades de escapar del mercante. El razonamiento era correcto, pero, por desgracia, al principio apenas había cañones, tanto para los navíos mercantes como para las patrullas costeras. Buscamos en todos los rincones del globo y en todos los escondrijos del Almirantazgo en busca de cañones, por anticuados y variados en modelo que fuesen, y, en la primavera de 1915, pudieron armarse un centenar de buques de cabotaje con un cañón de 6 kilogramos cada uno. También se armaron los más importantes buques de alta mar, y tal era la falta de material que tenían que trasladarse los cañones del barco entrante al saliente en los puertos de la zona submarina exterior, a fin de que pudieran usarse más tiempo. Pese a todos los esfuerzos de mi sucesor, míster Balfour, la cantidad de cañones aumentó muy lentamente y hasta el verano de 1916 no se pudo emprender el armamento de toda la Marina Mercante. Pero se habían hecho ya buenos progresos antes de que el peligro submarino se renovara en su forma más grave.

Al verse obligados los submarinos a atacar cada vez más en inmersión, a causa del progresivo armamento de la Marina Mercante británica, se encontraron expuestos a una nueva serie de peligros. El submarino sumergido, con su visión defectuosa, corría el riesgo de confundir los barcos neutrales con los británicos y de ahogar tripulaciones neutrales enemistando así a Alemania con otras potencias. Además, nosotros recurrimos también al bien conocido

ardid de guerra de enarbolar colores falsos para desconcertar y confundir al enemigo. Así, desde una fase temprana, se vieron obligados los submarinos a escoger todos los inconvenientes prácticos y todas las peligrosas consecuencias diplomáticas del ataque submarino con torpedo o los azares desproporcionados de un duelo artillero en superficie. Fue en esta etapa cuando desarrollamos la estratagema de los barcos trampa o barcos Q: cierto número de navíos mercantes se equiparon especialmente con tubos lanzatorpedos y con cañones disimulados que tiraban tras amuras que podían bajarse en un momento dado, y se enviaron a las rutas comerciales ofreciéndolos como cebo a los submarinos enemigos. Cuando un submarino que quería economizar torpedos atacaba a un barco trampa con cañón, una parte de la tripulación británica se embarcaba en los botes y trataba por toda clase de artificios de atraer a los alemanes a distancia corta; una vez bajo el alcance eficaz se arriaba la bandera blanca de la Marina Mercante británica, caían las amuras movibles y se abría contra el enemigo un fuego mortal por artilleros bien instruidos. Por este procedimiento fueron hundidos en 1915 y 1916 once submarinos, y los restantes, cada vez más temerosos de atacar con cañón, quedaron reducidos más y más a sus torpedos. A fines de 1917, este proceso culminó con éxito, pues los comandantes de submarino no querían arriesgarse en absoluto a un duelo artillero desigual. Con ello quedó agotada la estratagema de los barcos Q, pereciendo su última víctima, el U88, en septiembre de 1917.

Con todas estas maniobras y esfuerzos, se encontraron los alemanes durante 1916 ante el dilema de perder un gran número de submarinos en duelos artilleros y emboscadas de barcos trampa o de recurrir casi exclusivamente al ataque con torpedo, con el riesgo creciente de ofender a los neutrales. Esta discusión complicada y muy equilibrada originó mucha tirantez y muchos despropósitos entre las autoridades navales y políticas alemanas. El Estado Mayor naval, capitaneado por Tirpitz y Scheer, pedía que se hundieran toda clase de navíos en la zona de guerra. El emperador y el canciller, en su temor de ofender a los neutrales, insistían en que se cumpliera la costumbre de visita y registro en el caso de buques desarmados. Pero, protestaba el Estado Mayor naval, ¿cuáles eran los buques desarmados, y que le iba a ocurrir al submarino mientras hacía su registro? Y declaraba además que la guerra submarina ilimitada aumentaría los hundimientos de tal modo que, en un término de seis meses, Gran Bretaña se vería obligada a pedir la paz.

El medio más eficaz para atacar a los submarinos sumergidos era lanzar al agua cargas explosivas que explotaban a una profundidad determinada. El choque de la explosión sacudía fuertemente al submarino y, si se producía muy cerca, perturbaba sus máquinas y abría sus juntas. Estas cargas de profundidad fueron nuestro primer ingenio antisubmarino; gradualmente mejoró el modo de arrojarlas y se multiplicó varias veces su tamaño y su

número. El enemigo del submarino por excelencia era el destructor, que tenía la máxima velocidad y el mayor número de cargas de profundidad, y era además más barato que la caza que perseguía. Cuando se divisaba en aguas profundas el periscopio de un submarino, todos los destructores, embarcaciones de motor y demás buques rápidos disponibles se extendían formando una red bien organizada para mantenerlo sumergido y obligarlo a consumir sus acumuladores; y tanto en aguas poco profundas como en las profundas, a la más ligera indicación de su presencia, burbujas de aire o manchas de aceite en la superficie, se volcaba un alud de cargas de profundidad. A medida que progresaba la lucha, mejoraron constantemente la destreza y los métodos de los barcos cazadores. Se imaginaron instrumentos maravillosos para identificar el sonido de las hélices y con estas y otras indicaciones se perseguía a veces a un submarino hasta cazarlo después de una carrera intermitente de más de treinta y seis horas, durante la cual el submarino había quizá recargado sus baterías en superficie dos o tres veces sin ser visto.

La segunda arma antisubmarina fue la red de alambre fino suspendida en largas fajas en estrechos o canales de poca anchura. Estas redes, mantenidas a flote con globos de vidrio, tenían por objeto enredarse en la hélice y adherirse al casco. El submarino así envuelto arrastraba inconscientemente la boya delatora por la superficie, y aunque su fuerza motora no quedara reducida, de este modo guiaba a sus perseguidores. A estas redes ligeras se añadieron en determinados canales collares de minas cuidadosamente colocadas y vigiladas por gran número de chalupas y destructores dispuestos a acudir al primer aviso. Otro peligro para este ser lento y medio ciego era el choque, y el golpe de ariete de los acorazados, cruceros, destructores o incluso barcos mercantes logró en ocasiones la victoria final.

Por último, los submarinos se cazaban también mutuamente y algunos de ellos, que se hallaban atacando a un barco mercante o recargando sus baterías en superficie, fueron en más de una ocasión torpedeados por un perseguidor de cuya aproximación no se habían dado cuenta. Los rasgos brutales inseparables del ataque submarino a navíos mercantes y el triste destino que recayó con frecuencia sobre sus tripulaciones y pasajeros civiles dieron a esta guerra una ferocidad excepcional. El ataque a los buques de guerra, por grave que resultara en vidas humanas, era considerado por la Marina Real como juego limpio, pero el hundimiento de buques mercantes o neutrales o de buques hospitales le parecía un acto bárbaro, traidor y de piratería, que merecía todos los medios de exterminio concebibles. Si consideramos que los submarinos alemanes hicieron perder cerca de 13.000 vidas británicas, muchas de ellas civiles, así como los crueles y horribles incidentes hasta cierto punto inevitables que caracterizaron este género de guerra, y recordamos luego los terribles intereses en juego, el hecho de que muchos cientos de oficiales y

marineros alemanes fueran salvados de las olas o admitidos como prisioneros después de hundir su submarino, constituye una muestra del dominio de sí mismos de los ofendidos vencedores.

Los alemanes habían resuelto primero empezar la guerra submarina sin restricciones el 1 de abril de 1916. La amenaza de Estados Unidos de romper las relaciones después del ataque del Sussex hizo que, a fin de mes, se diera la contraorden. Cuando el almirante Scheer, partidario ferviente de la campaña submarina ilimitada, recibió este aviso, llamó destempladamente a los submarinos de la flota de alta mar, negándose a permitir que siguieran operando a base de visita y registro. De aquí que, de mayo a octubre, la campaña quedara prácticamente limitada al Mediterráneo y a los minadores de la flotilla de Flandes. Pero el alivio proporcionado así a Gran Bretaña en las aguas septentrionales fue a la vez pasajero e ilusorio. Los submarinos alemanes del Mediterráneo operando por el procedimiento alemán de presas lograron hundir un gran número de buques con lo que, el 6 de octubre, el Estado Mayor naval alemán ordenó a Scheer que reanudara la campaña restringida con las flotillas del mar del Norte. En este intervalo de marzo a noviembre, el número de submarinos disponibles había subido de 47 a 93. En consecuencia, los hundimientos aumentaron rápidamente al reanudarse las operaciones; las pérdidas mensuales medias en el período de abril a septiembre habían sido de 131.000 toneladas; las de noviembre a febrero, se elevaron a 276.000. A fines de 1916 era evidente que el desarrollo de las medidas antisubmarinas no había estado a la altura de la intensidad creciente del ataque. Las medidas adoptadas en 1915 habían aumentado el número de mercantes armados y de embarcaciones auxiliares de patrulla, pero el problema de atacar y destruir realmente a los submarinos estaba todavía en una etapa rudimentaria.

El 1 de febrero empezó el ataque sin restricciones en pleno vigor, y el número de submarinos fue creciendo constantemente. Las pérdidas de navíos británicos, aliados y neutrales aumentaron cada mes: 181 en enero, 259 en febrero, 325 en marzo y 423 en abril; con el correspondiente aumento en las cifras de tonelaje: 298.000 en enero, 468.000 en febrero, 500.000 en marzo y 849.000 en abril. Sabemos ahora que el Estado Mayor naval alemán estimaba que el tonelaje británico podía ser reducido a razón de 600.000 cada mes y que en esta proporción en cinco meses Gran Bretaña se vería obligada a pedir la paz. En abril solamente, el tonelaje mundial perdido alcanzó la aterradora cifra de 849.000 toneladas. La pérdida mensual media de Gran Bretaña durante los meses de abril, mayo y junio debido a los submarinos subió a 409.300 toneladas, que vienen a corresponder aproximadamente a 5.000.000 de toneladas en un año. Prescindiendo de los navíos empleados en servicios navales o militares, en el tráfico indispensable en mares lejanos, o en curso de reparación, a fines de mayo había disponibles menos de 6.000.000 de

toneladas para todo el suministro y tráfico del Reino Unido. Si las pérdidas continuaban en esta proporción y quedaban igualmente divididas entre los servicios expuestos al ataque, el tonelaje disponible para el tráfico a comienzos de 1918 estaría reducido a menos de 5.000.000 de toneladas, es decir, casi exactamente a la cifra global de hundimientos admitida para 1917. Parecía que el tiempo, considerado hasta entonces como un aliado incorruptible, quisiera entonces pasarse al otro bando.

La entrada en guerra de Estados Unidos no arrojaba rayo alguno de esperanza en esta visión sombría, los ansiados recursos americanos exigían un enorme aparato de barcos británicos para transportarlos al frente. El sistema de patrullas en las inmediaciones del canal de la Mancha y al sur de Irlanda había fracasado por completo; no solo el número limitado de embarcaciones de patrulla era insuficiente para proteger la navegación, sino que su misma presencia ayudaba a los submarinos a encontrar las rutas del tráfico. En abril, la gran ruta de aproximación al sudoeste de Irlanda se estaba convirtiendo en un verdadero cementerio de barcos británicos, en el que se hundían regularmente los navíos día tras día a unas 200 millas de tierra. Durante este mes, se calculó que de cada cuatro buques mercantes que salían del Reino Unido uno ya no volvía. Los submarinos estaban minando rápidamente no solo la vida de las islas Británicas, sino los mismos fundamentos del poder aliado, y el peligro de un colapso para 1918 empezó a asomar negro e inminente.

La dura presión de los acontecimientos repercutió sobre la organización del Almirantazgo. En mayo, se dio al Estado Mayor naval una posición adecuada en el Consejo con la fusión del cargo de primer lord naval y de jefe del Estado Mayor, mientras la adición de un delegado y adjunto que podía actuar como él con la autoridad del Consejo aceleraba los trámites y descargaba al jefe del Estado Mayor de una gran cantidad de trabajo. La Sección de Operaciones, hasta entonces preocupada con demasiadas cosas a la vez, no había podido ver los asuntos con la adecuada perspectiva; en mayo, se creó en ella un pequeño Departamento de Proyectos, que se encargó del estudio y preparación de los planes de acción y que en el curso del año se transformó en una sección independiente. Se llamaron al Almirantazgo jefes más jóvenes y se les dio más responsabilidad. Sin esta reorganización del Almirantazgo, las medidas que vencieron a los submarinos, aunque hubieran sido imaginadas no habrían podido ser ejecutadas. Estas medidas fueron de tres clases: primero, preparación y ejecución de planes extensos de minado; segundo, nuevos adelantos en el campo técnico de las minas, cargas de profundidad e hidrófonos, y tercero y decisivo, la institución del sistema de convoyes que llevaba consigo la escolta y vigilancia de todos los barcos mercantes.

Yo ya había establecido el sistema de convoyes para los transportes de tropas que cruzaban los océanos a comienzos de la guerra, cuando el peligro estaba en el ataque por cruceros ligeros alemanes más rápidos. Los cañones de un acorazado o crucero pesado de tipo anticuado podían seguramente rechazar a cualquier fuerza lanzada por el enemigo en incursiones contra la navegación. También habíamos empleado desde el principio escoltas de destructores para los convoyes de tropas que habían de cruzar la zona de los submarinos, sin que en ningún caso ocurriera ninguna desgracia. Pero no pareció razonable esperar resultados similares si aplicábamos el sistema de convoyes a los barcos mercantes, pues, por el contrario, era evidente que los submarinos enemigos causarían más daños en una aglomeración de navíos mercantes que en barcos aislados, siendo evidente también que los buques de guerra de escolta serían a su vez objeto de los torpedos enemigos. Los ataques submarinos contra el comercio, en 1915 y al inicio de 1916, parecían haber quedado limitados a una extensión tolerable en relación a la cantidad misma de buques que navegaban, la variedad de sus rutas y puertos, la incerteza de sus horas de llegada y sobre todo por las dimensiones del océano. El sistema de vigilar y patrullar en la mayor cantidad posible en las confluencias de las rutas de tráfico había dado excelentes resultados contra los cruceros alemanes de alta mar, y en los dos primeros años de guerra el Almirantazgo lo empleó contra los submarinos sin gran inconveniente.

Cuando bajo la presión de las pérdidas cada vez más crecientes los jefes jóvenes del Estado Mayor del Almirantazgo propusieron de nuevo el sistema de los convoyes, hallaron una oposición prácticamente general. Todas las escuadras y todas las bases navales reclamaban destructores y los convoyes significaban quitarles hasta los que ya tenían. Habría retrasos en la concentración; habría reducción de velocidad en los navíos más rápidos y congestión de buques en los puertos. Se exageraban la magnitud y dificultades de la tarea y se alegaba que, cuanto mayor fuera el número de barcos que fueran juntos, mayor sería el riesgo submarino. Esta lógica convincente solo podía ser refutada por los hechos, y, en enero de 1917, la opinión oficial del Almirantazgo se expresaba como sigue:

El sistema de varios buques navegando juntos en convoy no puede recomendarse para ninguna zona en que haya posibilidad de un ataque submarino. Es evidente que cuanto mayor fuera el número de buques que formaran el convoy, mayor sería la probabilidad para un submarino de impactarlos y mayor la dificultad para la escolta de evitar tal ataque.

Las autoridades navales francesas y americanas eran también opuestas al sistema de los convoyes y, en una conferencia celebrada en febrero de 1917, los representantes de la Marina Mercante expresaron la misma opinión.

Vamos ahora a ver lo que dejaba de tenerse en cuenta en esta autorizada y

experta unanimidad. La extensión del mar es tan inmensa que la diferencia entre las dimensiones de un convoy y las de un buque aislado se reducen relativamente casi por completo; en realidad, tiene casi la misma probabilidad de pasar sin ser visto un convoy de 40 buques en orden cerrado entre los submarinos de patrulla, como de que lo logre uno solo, y cada vez que esto ocurra habrán escapado 40 buques en lugar de uno. Aquí estaba, pues, la clave del éxito del sistema de convoyes contra los submarinos: la concentración reducía el número de objetivos en una zona dada y hacía más difícil para los submarinos la localización de su presa. Además, los convoyes podían ser fácilmente dirigidos y desviados, por avisos radiados, de las zonas que en un momento dado se supieran peligrosas. Finalmente, los destructores, en lugar de estar desperdigados patrullando sobre zonas extensas, quedaban concentrados en el punto a atacar por el enemigo y aumentaban considerablemente sus oportunidades de acción ofensiva. En realidad, fueron destruidos trece submarinos sin que consiguieran causar daño a los convoyes, y este temor a la réplica inmediata de las escoltas ejerció un efecto desmoralizador sobre el enemigo y, como consecuencia, los ataques ya no se realizaron siempre a fondo.

La mayor parte de todo esto se hallaba aún por demostrar en los primeros días de 1917. Solo existía el hecho probado de que los convoyes de tropas habían sido siempre escoltados a través de las zonas submarinas en 1915 y 1916, y habían logrado impunidad completa. Pero la opinión profesional más competente seguía opuesta a los convoyes como defensa contra los submarinos.

Le tocó a sir Edward Carson, durante su gestión como primer lord del Almirantazgo, tener que hacer frente al período más angustioso y duro de la guerra naval. Durante aquellos ocho meses, los hundimientos de buques mercantes por submarinos alcanzaron su máximo aterrador, y fue bajo su dirección cuando se salvó el escollo y se adoptaron las decisiones generales más importantes con las que el peligro fue al fin dominado. El ensayo del sistema de convoyes fue impuesto a las autoridades navales por el Gobierno y en ello tomó el primer ministro una parte decisiva.

A fines de abril de 1917, el jefe de la Sección Antisubmarina abogó claramente por la introducción de los convoyes, y el primero de ellos salió de Gibraltar el 10 de mayo. Tuvo un éxito y, desde el 4 de junio, empezaron regularmente a salir convoyes de Estados Unidos. El 22 de junio se dieron instrucciones para extender el sistema a los puertos canadienses y el 31 de julio otras similares se establecieron para el tráfico en el Atlántico meridional. La entrada en la guerra de Estados Unidos facilitó los convoyes al abrirles sus puertos como puntos de concentración y al darles la preciosa ayuda de un gran número de sus destructores para la misión de escolta. Más de la cuarta parte de

las escoltas que cruzaban el Atlántico estaban formadas por los destructores americanos, y la camaradería en este duro servicio formará una tradición imborrable para las dos marinas.

La organización de los convoyes será eternamente un monumento a la constancia y al valor de las marinas de guerra y mercante. No hay alabanzas adecuadas para los oficiales y marineros que, sin previa instrucción, navegaron en estas armadas de cuarenta a cincuenta buques, en orden cerrado y bajo toda clase de vientos. Ninguno de los servicios llevados a cabo por la Marina Real fue de mayor valor para el Estado que el de los navíos de escolta, y los que hayan servido en buques pequeños comprenderán la habilidad, constancia y resistencia que se requerían para llevar a cabo este servicio día tras día y mes tras mes, con temporal y mar gruesa, sin averías y sin desfallecimientos. La dirección y las disposiciones del Almirantazgo y del ministro de Navegación se hicieron también más completas y perfectas cada semana que iba transcurriendo.

El sistema de los convoyes fue limitado al principio a los navíos que se dirigían a Gran Bretaña, y entonces empezó a subir enseguida el porcentaje de hundimientos en los buques que salían. En agosto de 1917, se extendieron los convoyes a los navíos que salían, y el triunfo fue pronto evidente. A fines de octubre de 1917, 99 convoyes que se dirigían a Gran Bretaña y que comprendían más de 1.500 vapores con una capacidad total de 10.656.000 toneladas habían logrado llegar con una pérdida de 10 buques torpedeados cuando iban propiamente en convoy, y de otros 14 que se habían separado de ellos.

En tanto que los convoyes aumentaban considerablemente la protección del tráfico, progresaban enormemente todos los métodos de ataque a los submarinos y la proporción de los destruidos aumentaba otro tanto. En abril de 1917, se dispusieron flotillas de submarinos británicos apostadas en Scapa Flow y Lough Swilly al norte, y en Killybegs en la costa oeste de Irlanda, que empezaron a ponerse en acecho, esperando a los submarinos alemanes que pasaban por el norte dirigiéndose a la gran ruta comercial. Al mismo tiempo se lanzaban los submarinos de defensa costera de la pequeña clase C para realizar la misma misión en la parte meridional del mar del Norte. Este sistema de cazar submarinos con otros navíos similares dio resultados substanciales: se destruyeron siete submarinos alemanes en 1917 y seis en 1918. La amenaza de ataque de nuestros submarinos obligó además a los alemanes a sumergirse con más frecuencia y durante intervalos más largos durante su travesía, con la consiguiente demora en alcanzar sus presas.

Las minas, no obstante, resultaron el arma más efectiva. Antes de la guerra, el Almirantazgo no esperaba que desempeñaran un gran papel; en una guerra sobre la superficie de los océanos, la marina más débil emplearía sin

duda esta arma para dificultar los movimientos del enemigo superior, pero para la flota más fuerte cuantos menos campos de minas hubiera, más favorable sería el resultado. Estas conclusiones, que en su tiempo no eran infundadas, quedaron alteradas por los cambios a que dio lugar la prolongación de la guerra. Al principio, las minas británicas eran pocas e ineficaces; en una orden alemana se llegaba a decir que «las minas británicas generalmente no hacen explosión», lo que era una exageración, pero indica que, ciertamente, no estábamos a la altura debida en este asunto.

A fines de abril de 1916 la fuerza de Dover, al mando del almirante sir Reginald Bacon, hizo una tentativa para bloquear a los submarinos de Flandes por medio de una costosa barrera de minas a lo largo de la costa belga. Quedó terminada el 7 de mayo y consistía en 18 millas de minas fondeadas y de redes vigiladas desde mayo a octubre por patrullas diurnas. El UB13 fue destruido por una de estas minas el día siguiente de establecerse la barrera, y se siguió una inmediata disminución de la actividad submarina en el mar del Norte y en el Canal. Ello se atribuyó a la nueva barrera, y esa parecía ser la razón, y dio al mando de la fuerza de Dover una idea exagerada de su eficacia. Ahora sabemos que fue la brusca retirada de las flotillas submarinas de la flota de alta mar por el almirante Scheer y no la barrera de Dover la causa de la mejoría observada en aquellos meses, ya que solo fue destruido en sus minas un submarino y no impedía además seriamente sus movimientos de entrada y de salida.

Desde el principio de la guerra se habían realizado esfuerzos incesantes para mejorar la calidad de las minas británicas, pero hasta el otoño de 1917 no se dispuso en cantidad de las nuevas minas de «antenas». El progreso del nuevo tipo sobre el antiguo no puede medirse mejor que por el dato siguiente: de 41 submarinos destruidos por minas, solo 5 lo fueron con anterioridad a septiembre de 1917. En 1917 se sembraron nada menos que 15.700 minas en la bahía de Heligoland y 21.000 más en 1918, principalmente por la flotilla de destructores 20, que operaba desde el Humber. Este intento de bloquear a los submarinos condujo a una lucha prolongada entre los minadores británicos y los dragaminas alemanes. El enemigo se vio obligado a escoltar a sus submarinos tanto en su viaje de regreso como de ida, por medio de un dispositivo múltiple de dragaminas, de barcos construidos a propósito con las proas llenas de hormigón, llamados «rompebarreras», y de torpederos. Esta escolta había de ser a su vez protegida y, del 1917 en adelante, la ocupación principal de la flota de alta mar fue la de apoyar a sus fuerzas de dragado cuando operaban lejos en la ruta de los submarinos. A medida que pasaba el tiempo, fueron aumentando las dificultades de entrar y salir; los canales de acceso dragados en la bahía alemana se cerraban con frecuencia y, desde octubre de 1917, los submarinos que regresaban empezaron a hacer ruta a través del Cattegat. A principios de 1918, se sembraron también unas 1.400

minas en esa ruta, pero no se las podía vigilar. El minado intensivo de la bahía alemana no logró el éxito completo por las dificultades en atacar a las fuerzas alemanas de dragado y por la falta de destructores que patrullaban en el Cattegat. Pero el esfuerzo realizado destruyó varios submarinos y alargó la duración de sus travesías de ida y vuelta por las rutas comerciales.

En 1917 el fracaso de la barrera establecida en 1916 a través del canal de Dover era completo. De febrero a noviembre, los submarinos continuaron atravesándola a razón de 24 por mes. El paso por Dover ahorraba a los submarinos pequeños de Flandes ocho días de los catorce que tenían de crucero, y a los de mayor tamaño de la bahía alemana, seis días de su total de veinticinco. En vista de ello se resolvió hacer una nueva tentativa con todos los nuevos adelantos entonces disponibles. El 21 de noviembre, se estableció un nuevo campo profundo de minas entre el Varne y el Gris Nez. Cuando se comprobó que en las dos primeras semanas no habían pasado por ella menos de 21 submarinos, se abrió en el Almirantazgo una violenta controversia: algunos técnicos sostenían las afirmaciones del mando de Dover de que la barrera era lo bastante eficiente y de que las patrullas adicionales eran impracticables; otros decían que intensificando las patrullas y empleando de noche reflectores y destellos se obligaría a los submarinos a sumergirse y se obtendrían mayores resultados. Hacia esta época, y en parte en relación con esta discusión, fue reemplazado sir John Jellicoe como primer lord naval por el almirante Wemyss, y al almirante Bacon le sucedió en el mando de la patrulla de Dover el almirante Keyes. Este revolucionó la situación: redobló las patrullas y, por las noches, la barrera quedaba de un extremo al otro tan iluminada como Piccadilly. Los destructores alemanes de Ostende y de Zeebrugge trataron de romper las patrullas por medio de incursiones súbitas, pero se los rechazó en violentas acciones nocturnas, manteniéndose la vigilancia con eficiencia cada vez mayor. Nueve submarinos alemanes perecieron en la zona de Dover entre enero y mayo de 1918, y cuatro más hasta septiembre. Desde febrero dejaron los submarinos de la bahía alemana de utilizar el estrecho y para abril lo habían abandonado también en su mayoría los de Flandes. En septiembre solo pasaron dos, y de ellos uno fue destruido a su regreso.

La famosa historia del embotellamiento de Zeebrugge el día de San Jorge por el almirante Keyes y la fuerza de Dover no puede ser repetida aquí. Puede considerarse como el más hermoso hecho de armas de la Gran Guerra, y ciertamente como un episodio no superado en toda la historia de la marina británica. El puerto quedó completamente cerrado durante tres semanas y resultó peligroso para los submarinos por más de dos meses, y aunque los alemanes, con enormes esfuerzos, abrieron luego parcialmente la entrada para submarinos después de algunas semanas, los destructores de Flandes ya no volvieron a realizar nunca operaciones de importancia. El resultado del mando

del almirante Keyes en Dover redujo las pérdidas británicas en el canal de 20 a 6 por mes, y los campos de minas sembrados por los submarinos de Flandes bajaron de 33 por mes en 1917 a 6 en 1918. Estos resultados que constituyen una parte apreciable de la victoria general fueron logrados a pesar del hecho de que el número de submarinos en servicio se mantuvo alrededor de los 200, por medio de nuevas construcciones.

El intento de minar la bahía de Heligoland había sido frustrado por las operaciones alemanas de dragado, apoyadas de cerca por la flota de alta mar. Se pensó que podía intentarse otra barrera más distante bajo la vigilancia y protección directa de la Gran Flota. En 1918, las marinas británica y estadounidense trazaron un ambicioso plan para establecer una línea de campos de minas vigilados a través de las 180 millas de mar comprendidas entre Noruega y las islas Orcadas. Se emplearon cantidades enormes de material sin reparar en coste ni en esfuerzo en esta manifestación suprema de guerra defensiva. El amplio sector central fue sembrado exclusivamente por los americanos, el sector de las Orcadas por los británicos, y el sector noruego por ambas marinas combinadas. Los americanos empleaban un tipo de mina especial con antenas que hacía explosión al entrar estas en contacto con el casco metálico de un navío; pusieron nada menos que 57.000 y gran parte de ellas estallaron prematuramente poco después de ponerlas. Los británicos pusieron unas 13.000, pero algunas de ellas fueron a bastante profundidad por lo que dejaban pasar por encima a los barcos de superficie y tuvieron por lo tanto que ser luego elevadas. No puede juzgarse la eficacia de este enorme esfuerzo material porque el campo de minas acababa apenas de establecerse cuando se firmó el armisticio. Se sabe, no obstante, que se averiaron dos submarinos en el sector central y posiblemente se hundieron otros cuatro en el sector de las Orcadas.

La eficacia creciente de la organización antisubmarina durante 1918 supo vencer también a la táctica del sembrado de minas por los submarinos alemanes. Jugaron su parte en ello una estrecha cooperación entre el Servicio de Información británica y las divisiones de dragaminas, la rápida difusión de los informes, una firme dirección de la navegación y el empleo de los «Otter» o nutrias. En 1917 se hundieron 123 navíos mercantes británicos por efecto de las minas y en 1918 este número quedó reducido a 10. Todos los demás ingenios antisubmarinos de incesante destreza, aviones, hidrófonos y tipos especiales de minas, impusieron un tributo creciente a los submarinos enemigos. En 1918, se habían cifrado grandes esperanzas en una táctica de caza sistemática, y se reunieron para este fin en la zona septentrional flotillas de chalupas equipadas con ingeniosos dispositivos de escucha. Se logró varias veces el contacto, pero los submarinos escapaban parando los motores y dejándose arrastrar a la deriva, con lo que sus movimientos no eran ya revelados por los instrumentos y no disponíamos de suficientes destructores en

esas zonas extensas para hacerles agotar sus acumuladores.

En la fase final de la guerra submarina se invirtieron los papeles de los combatientes: el submarino era la presa y no el buque mercante. Pueden servir de ejemplo las aventuras del UB110 en su primera salida. Partió de Zeebrugge el 5 de julio de 1918 y, antes incluso de haberse reunido a la flotilla de Flandes, ya había sido atacado por dos aviones. Del 7 en adelante su cuaderno de navegación da cuenta de la caída a su alrededor de cargas de profundidad en cifras siempre crecientes hasta el 18, cuando hicieron explosión 26 a su lado mismo. Durante todo su crucero solo pudo lanzar dos torpedos, de los que el primero averió a un petrolero, y el segundo no pudo ver los efectos debido a un inmediato y violento contraataque de destructores. El 19, cuando intentaba atacar a un convoy, sus timones horizontales fueron averiados por una carga de profundidad, lanzada desde un bote a motor, y mientras estaba tratando de sumergirse fue atacado y hundido por la embestida de un destructor. En estos días finales un submarino de Flandes solo podía pretender hacer seis viajes antes de encontrar su sino fatal. El presentimiento constante de una muerte súbita y espantosa fuera de toda mirada o socorro humano, las conmociones aterradoras de las cargas de profundidad, los continuos ataques de los navíos de escolta, el temor de ser aniquilados en cualquier momento por una mina, el reiterado escapar por un pelo, todo, producía en las tripulaciones de los submarinos un estado intenso de excitación nerviosa. Su elevada moral del principio bajó rápidamente en 1918 debido a esta tensión intolerable, y la rendición de algunos submarinos intactos y numerosos regresos a puerto para reparar pequeñas averías pocos días después de haber salido prueban que hasta en esta edad valerosa se había llegado al límite de la resistencia humana.

Se han examinado las diversas etapas de la guerra submarina y sus extrañas condiciones. Apenas habían adoptado los directivos de guerra alemanes la decisión irrevocable de empezar el ataque sin restricciones, cuando la revolución rusa, al hacer menos desesperada su situación, quitó el móvil principal. Apenas había obligado la guerra submarina ilimitada a entrar a Estados Unidos en guerra contra Alemania, cuando empezó a declinar su eficacia. En el mes en que el presidente Wilson, entre el tintineo de su escolta de jinetes, había ido al Senado para arrojar en el platillo contrario la energía vital de una nación de 120.000.000 de almas, se marcó también el cenit del ataque submarino. Ya no volvió Alemania a igualar los hundimientos de abril. Quedaban aún ante los isleños y sus aliados muchos meses de pérdidas graves y de ansiedad angustiosa, y redirecciones enormes de recursos, algunas inútiles, dificultaron su esfuerzo militar. Pero cada mes se hizo más fuerte la sensación de dominar el peligro. Hubo un momento en que las curvas de hundimientos y de entradas en servicio que revelan nuestros gráficos parecieron un «Mane, tecel, fares» escrito en la pared. Pero las letras siniestras se borraron pronto y, el otoño del 1917, que debía haber visto la realización de

los sueños alemanes, pasó con nosotros aún a salvo. A fines de aquel año, era ya seguro que no sucumbiríamos y que, además, la guerra podría seguir adelante hasta que la potencia de Estados Unidos pudiera aplicarse plenamente, si era necesario, en los campos de batalla de Europa. A mediados de 1918, la campaña submarina había sido definitivamente ganada y, aunque nuevos submarinos sustituían a los hundidos, cada mes aumentaban sus peligros, la limitación de sus depredaciones y la desmoralización de sus tripulantes. El arma que tan cara habían comprado los directivos de guerra alemanes se había embotado primero y roto después entre sus manos, y solo les quedaba pagar el precio y hacer frente al furor del mundo entero en armas. Pero ellos no se asustaban ante esto.

XLIX

La concentración alemana en el Oeste

A la pródiga campaña de 1917 siguió una crisis aguda de soldados, y el Gabinete de Guerra hizo un análisis prolongado e inquisitivo de los recursos que nos quedaban. La infantería británica sobre la cual había recaído todo el peso de la matanza estaba terriblemente depauperada: los batallones estaban muy por bajo de su cifra normal y, aun así, compuestos principalmente de nuevos reclutas. También eran sumamente severas las bajas de la artillería tanto en hombres como en cañones. Las pérdidas en oficiales estaban, además, fuera de toda proporción con las de soldados de filas; la tarea había exigido a los oficiales de las unidades combatientes un grado de sacrificio que no tenía precedentes; habían muerto más de 5.000 y habían sido heridos más de 15.000 en la ofensiva de Passchendaele. Era difícil reemplazar estas bajas, y nunca se logró por completo. Teníamos, por otra parte, toda clase de razones para esperar que, en 1918, el peso principal de la lucha en Francia recaería sobre Gran Bretaña; los franceses habían empezado con la inigualada carnicería de 1914, y desde entonces tenían empeñadas constantemente unas 120 divisiones, con lo que tenían que reservar, necesaria y naturalmente, el resto de sus energías, que iban a resultar muy grandes, para las contingencias supremas. No era seguro que Estados Unidos, a pesar de sus extraordinarios esfuerzos y apasionado deseo de compartir los sufrimientos, pudiera jugar más que un papel secundario en las batallas inmediatas: en realidad, solo ocho o nueve divisiones americanas iban a entrar en línea antes de que terminara el verano. Había habido que prestar forzosamente una ayuda substancial a Italia desde el frente occidental y no podía esperarse de vuelta. Teníamos también entre manos casi el peso entero de la guerra contra Turquía, y Allenby, en lugar de liberar divisiones, estaba constantemente pidiendo, no solo reclutas para

completar las que tenía, sino otras de refuerzo. Había que mandar fuerzas adicionales, tanto indias como británicas, al ejército de Mesopotamia y, finalmente, el frente de Salónica, en el que también teníamos nuestra parte, era una sangría continua. En tan graves circunstancias, habíamos de prevenir un ataque alemán de potencia y furor superiores a todo lo que se había visto hasta entonces.

El colapso final de Rusia había dejado libres masas enormes de tropas alemanas y austríacas. Durante todo el invierno, había sido incesante el movimiento de divisiones y de artillería del frente oriental al de occidente y en menor proporción al italiano. No podíamos conocer exactamente la intensidad de este movimiento, pero los partes del Servicio de Información, que yo trataba de asimilar por completo, revelaban una semana tras otra el interminable flujo de hombres y de material que se dirigía al Oeste. Considerando las fuerzas de ambos bandos en el teatro principal, no podía haber duda de que para la primavera Alemania dispondría, por primera vez en la guerra, sin exceptuar siquiera la invasión inicial, de una gran superioridad numérica en el frente de Occidente. Además, las divisiones que llegaban de Rusia dispondrían, cuando se iniciara la nueva campaña, de cerca de un año sin combates serios para reconstituirse e instruirse. En cambio, todas nuestras unidades combatientes habían sido diezmadas cinco veces en los últimos seis meses del año 1917. Finalmente, además de las masas de artillería alemana y austríaca liberadas del frente ruso, el enemigo había capturado al menos 4.000 cañones de Rusia y 2.000 de Italia, junto con enormes suministros de material de guerra de todas clases.

Sir Douglas Haig pedía insistentemente, como es natural, que se le enviaran lo antes posible todos los oficiales y soldados necesarios para completar sus divisiones, y Robertson lo apoyaba y se veía que estaba seriamente alarmado. Desde mi posición intermedia entre el Ejército y el Gabinete de Guerra y, según creo, con toda la información disponible en mi poder y constante acceso íntimo al primer ministro, nunca dejaba de presionar para que se reforzara inmediatamente a sir Douglas Haig. Pero míster Lloyd George contemplaba con horror la misión que se le imponía de enviar al matadero por órdenes inexorables al resto de la población masculina de la nación. Muchachos de dieciocho y de diecinueve años; hombres maduros hasta los cuarenta y cinco; el último hermano; el hijo único de madres que a su vez habían quedado viudas; el padre, sostén único de la familia; los débiles; los enfermizos; los tres veces heridos, todos habían de prepararse para la terrible guadaña. Para hacer frente al ataque alemán cuando llegara, y realmente se acercaba, había de arrojarse todo a la lucha, pero el primer ministro temía que hasta estos últimos recursos se disiparan en otro Passchendaele.

Fue en diciembre cuando se ensombreció de repente el pensamiento militar. Hasta entonces se había asegurado al Gabinete que todo iba bien en el Oeste y que, con cubrir las bajas, podía esperarse el nuevo año con confianza. En el Ministerio de Municiones se nos había encargado mucho antes preparar una nueva ofensiva de treinta semanas, para comenzar a principios de primavera. Al acabar la operación de Passchendaele vino la ruina de las ilusiones, y el Estado Mayor fue presa de repente de una impresión siniestra. Murió el clamor por una nueva ofensiva y la disposición de los ánimos pasó a ser puramente defensiva y con los más tristes augurios. Fue una revolución a la vez silenciosa y completa, y yo reaccioné a ella con profundo alivio. Pero el Gabinete de Guerra siguió por algún tiempo fiándose de las confiadas declaraciones de los generales, hechas en septiembre para abogar por la continuación de Passchendaele; no se conformaban fácilmente con el cambio de frente militar, y eran escépticos ante unas opiniones tan opuestas a las de algunas semanas antes.

Yo instaba a que el Gobierno enviara a todos los hombres que fueran necesarios para reconstituir el ejército y que, a la vez, se prohibiera absolutamente cualquier reanudación de la ofensiva. Pero el primer ministro no creía que una vez las tropas estuvieran en Francia fuera capaz de resistir a aquellas presiones militares para la ofensiva que con tanta frecuencia habían rebasado el juicio más prudente de los hombres de estado. Por esta razón se atuvo con toda su poderosa influencia a una política distinta: aprobó solo un refuerzo moderado del ejército a la vez que reunía en Inglaterra el mayor número posible de reservas; de este modo creía posible a la vez impedir una ofensiva británica y alimentar a los ejércitos durante todo el año terrible que se veía venir. Esto fue lo que se hizo al fin, pero yo sostuve y sostengo todavía que si el Gabinete de Guerra hubiera tenido más resolución, hubiera encontrado la fuerza suficiente para apoyar y a la vez mantener sujeto al alto mando de Francia.

Mis argumentos oficiales y públicos fueron reforzados por mis más vehementes apelaciones personales, pero no conseguí el menor efecto. El primer ministro y sus colegas del Gabinete de Guerra se mantuvieron inflexibles: su política había sido decidida tras plena deliberación; se oponían absolutamente a toda renovación de la ofensiva británica en Francia; deseaban que los ejércitos británico y francés adoptaran, en 1918, una actitud defensiva, y querían mantener una parquedad severa sobre el remanente de su material humano hasta que la llegada de millones de americanos ofreciera la perspectiva de un éxito decisivo. Entretanto, la acción en Palestina con fuerzas casi insignificantes, comparadas con las del frente occidental, podía eliminar a Turquía de la guerra y animar a la opinión pública durante esta espera larga y penosa. Conocían plenamente la creciente concentración alemana frente a Haig y la discutían con frecuencia, pero creían que, si los alemanes atacaban,

se encontrarían con las mismas dificultades que nos habían desconcertado tanto tiempo a nosotros, y que nuestros ejércitos eran lo suficientemente fuertes para la defensa. En consecuencia, se dejó a Haig esperar la primavera con un ejército cuyas 56 divisiones de infantería estaban reducidas de 13 a 10 batallones y en el que se contaban tres en vez de cinco divisiones de caballería, las cuales a falta de otro medio mejor, rendirían al menos servicios apreciables.

Pero no fue este el fin de sus amarguras. Los franceses, que vivían también en un mundo de ilusiones, presentaron entonces una urgente petición para que los británicos tomaran a su cargo una mayor parte del frente. Basta una mirada superficial al mapa para ver que los franceses con 100 divisiones, que comprendían 700.000 fusiles, guardaban 480 kilómetros de frente, mientras 56 divisiones británicas, que contaban 504.000 fusiles, mantenían solo 200. Dicho de otro modo, los británicos con más de dos tercios de la fuerza francesa guardaban un frente de menos de un tercio del suyo. Pero esta era una apreciación muy superficial: en el frente francés había grandes sectores en constante reposo, y las débiles comunicaciones ferroviarias que tenían enfrente excluían toda posibilidad de una ofensiva enemiga seria. Los británicos, en cambio, tenían casi todo el frente realmente activo y tenían enfrente, ya desde enero, una proporción de divisiones alemanas superior a las que se alineaban contra el ejército francés. Contra el largo frente de los franceses se desplegaban 79 divisiones alemanas, y en el corto sector británico no se contaban menos de 69. Además, la concentración contra el frente británico iba creciendo por semanas y lo más probable era que el primero y principal ataque se lanzaría sobre él. Los franceses no habían librado ninguna batalla importante desde abril y mayo de 1917, en tanto que el ejército británico había sostenido una ofensiva casi continua, sufriendo pérdidas innumerables. Finalmente, los franceses disfrutaban de casi tres veces más tiempo de permisos que los británicos, es decir, que había, en proporción, el triple de fusiles ausentes del frente francés que del británico en un momento dado.

Bajo la presión conjunta de los gobiernos francés y británico, había consentido Haig, en diciembre, en extender su frente 25 kilómetros más al sur, hasta Barisis. En febrero se efectuó el relevo. Llegó una nueva petición francesa de que los británicos se extendieran otros 50 kilómetros al sudeste, hasta Berry-au-Bac, apoyada nada menos que con la amenaza de dimisión de monsieur Clemenceau, en este caso se resistió con éxito con otra amenaza análoga del comandante en jefe británico.

La fricción continua y la falta de confianza que había entre sir William Robertson y mister Lloyd George llegaron al máximo a comienzos de febrero. El primer ministro se encaminaba con cautela, pero infatigablemente, hacia la idea del mando único; todavía no se sentía lo bastante fuerte para exponer sus

propósitos y, por entonces, creía más allá de su alcance cualquier proposición que colocara de un modo claro a los ejércitos británicos bajo un mando francés, puesto que esta proposición arriesgada llevaría consigo las dimisiones conjuntas de sir William Robertson y de sir Douglas Haig. Es probable que el Gabinete de Guerra al completo no lo habría sostenido y que la oposición liberal habría estado unánimemente contra él. Por ello, el primer ministro había pospuesto su aspiración hasta el extremo de que, hablando de un generalísimo independiente, dijo en diciembre en la Cámara de los Comunes: «Estoy formalmente opuesto a tal planteamiento: no funcionaría bien y produciría fricciones, no solo entre los ejércitos, sino entre las naciones y los gobiernos».

No obstante, míster Lloyd George continuaba, por una serie de maniobras sumamente laboriosas y desconcertantes, avanzando firmemente hacia su solución. El 30 de enero, en la reunión del Consejo Supremo de Guerra de Versalles, logró una resolución para crear una reserva general de treinta divisiones que se confiaría a un Comité en que figuraban Gran Bretaña, Italia, Estados Unidos y Francia, bajo la presidencia del general Foch. Esta proposición constituye su respuesta, y la del Gabinete de Guerra, al cargo que se les hacía de disminuir imprudentemente las fuerzas del ejército británico de Francia ante la creciente concentración alemana. No hay duda de que si este plan se hubiera puesto inmediatamente en práctica y se hubieran colocado a disposición de Foch las treinta divisiones designadas precisamente para apoyar cualquier parte del frente que fuera atacada, habría tenido Haig asegurados más recursos en la hora cercana del ataque supremo. Sin embargo, Haig no convino con la propuesta, y declaró que no tenía divisiones disponibles para la reserva general, ya que carecía de las suficientes siquiera para los frentes de los distintos ejércitos. En tales circunstancias, la designación de divisiones británicas asignadas para un servicio hipotético distinto, no habría sido más que una simple fórmula; nada se le podía quitar, a menos que el ataque ocurriera en otro sector que no fuera el suyo.

La resolución quedó, pues, en letra muerta, como tantas otras del Consejo Supremo de Guerra, y los sucesos fueron transcurriendo sin que los ejércitos británicos recibieran los refuerzos que pedía Haig, ni las reservas que Lloyd George había tratado de proveer.

Aunque faltaban las treinta divisiones, se creó en Versalles el Comité ejecutivo que había de manejarlas. Sir William Robertson reclamó que era él, como jefe del Estado Mayor imperial, el único que podía representar a Gran Bretaña. Ello suscitó una cuestión en la que el primer ministro se sintió ya lo bastante fuerte para discrepar: declaró como cuestión de principio que los dos cargos no podían ser desempeñados por la misma persona, indudablemente su intención era la de armar al Gabinete con un nuevo equipo de consejeros

militares cuyas opiniones pudieran contrapesar y rectificar el punto de vista Robertson-Haig, y evitar así la repetición de ofensivas como la de Passchendaele. No hay duda de que también habría empleado al nuevo organismo para trazar planes de guerra en otros teatros distintos del occidental; el arreglo era, en principio, indefendible, pero después de lo ocurrido en Passchendaele, su objeto estaba justificado. No es necesario entrar aquí en las complicaciones de la discusión ni en sus maniobras. El 11 de febrero, al volver Robertson a Londres, de donde se había alejado algo imprudentemente por unos días, se encontró con el ministro de la Guerra, que le mostró una nota firmada el día 9 por el primer ministro, donde explicaba la reducción de las funciones del jefe del Estado Mayor imperial a los límites que habían existido antes de la ruina de lord Kitchener, prescribía las funciones independientes del representante militar británico en el Comité de Versalles y, finalmente, nombraba a sir William Robertson representante militar en él y a sir Henry Wilson jefe del Estado Mayor imperial. Robertson, atónito de verse pospuesto, rehusó su nombramiento para Versalles, fundándose en que tal arreglo era defectuoso. Entonces, y aunque se había designado primero a Wilson, se ofreció el puesto de jefe del Estado Mayor imperial a sir Herbert Plumer, que lo rehusó con la misma prontitud con que se lo ofrecieron. Finalmente, se le ofreció de nuevo a Robertson, pero sobre los arreglos dispuestos en la nota del primer ministro. El 16 de febrero, Robertson reiteró su negativa a aceptar las condiciones prescritas y, aquella misma noche, la Oficina Oficial de Prensa anunció que el Gobierno «había aceptado su dimisión». En realidad, había sido relevado, y lord Derby, que había hecho todo lo posible para arreglar las diferencias, presentó también su dimisión, que no fue aceptada.

Los principios de obediencia militar por que se regía invariablemente sir Douglas Haig le impidieron, hasta en este momento de tensión con el Gobierno, que añadiera su propia dimisión al relevo del jefe del Estado Mayor imperial. Sir Douglas Haig se hallaba dispuesto a dimitir, si era necesario y tuviera o no razón, por cuestiones que envolvieran la seguridad de los ejércitos británicos situados bajo su mando, pero esta era la única excepción que se permitía en su concepto del deber. Si hubiera existido en su mente cualquier elemento de intriga personal, la crisis entre el alto mando y el poder civil se habría agravado notablemente. Pero la posición del Gobierno era fuerte en aquel momento y la resolución adoptada era de aquellas en que se podía contar con la opinión pública. El primer ministro no vaciló, pero, a pesar de ello, la acción de Haig de conservar su puesto sin comentarios fue recibida con alivio por el angustiado Gabinete de Guerra y sir Henry Wilson quedó nombrado rápidamente para el puesto vacante de Whitehall.

No sería justo, ciertamente, declarar que en todas estas maniobras influyera en cualquiera de las partes otra cosa que los intereses públicos. Pero ante la limpia exposición de los hechos, el choque se ve claro. Tanto el primer

ministro como sir William Robertson se empeñaron a fondo, midieron sus fuerzas y sabían uno y otro los riesgos que corrían. No les era posible seguir trabajando juntos, y la situación en la cúspide del poder había llegado a ser intolerable. La solución se dilató largo tiempo y fue una lástima que no se resolviera de un modo más sencillo.

Sir William Robertson era una personalidad militar relevante. Sus ideas como estratega no eran profundas, pero su visión era clara, ejercitada y práctica. Durante su gestión había vuelto a restaurar un sistema ordenado de resolver problemas con el Ministerio de la Guerra, y había vuelto a dar vida al sistema del Estado Mayor General. No tenía ideas propias, pero sí un juicio sensible desprovisto de prejuicios; representaba el formalismo profesional en su expresión más genuina. Sostuvo un concepto de la política de guerra totalmente opuesta a la que se expone en esta obra, pero la mantuvo con honradez y firmeza. Tuve la satisfacción, siendo ministro de la Guerra y cuando después de la victoria se retiró del ejército, de someter a la firma del rey una propuesta que le otorgó el bastón de mariscal como coronación de una carrera honorable, emprendida desde simple soldado de filas.

Yo no había tomado parte en los vaivenes de esta lucha interna. Durante toda aquella semana había estado muy ocupado visitando el frente, y solo a mi regreso conocí los hechos por los distintos actores del drama. El cuidado de mi propia labor me obligaba a mantenerme en constante contacto con las condiciones reales de la línea de fuego, y el general en jefe me había otorgado la más amplia libertad de circulación por toda la zona británica y puesto toda clase de facilidades a mi disposición. Tenía yo gran interés en conocer por observación personal los últimos métodos de lucha en el frente que se habían desarrollado con vistas a la gran batalla defensiva. Fui huésped del general Lipsett que mandaba la tercera división canadiense y, bajo su guía experta, examiné minuciosamente desde el frente hasta la retaguardia el conjunto del sector que ocupaba frente a Lens.

El estado de la línea era muy diferente del que yo había conocido cuando servía en la Guardia en 1915, o cuando mandé un batallón en 1916. El sistema de trincheras continuas con sus redes de alambradas, sus parapetos, banquetas de tiro, traveses y abrigos, y con la primera línea fuertemente guarnecida constituyendo con frecuencia la línea principal de resistencia, había desaparecido por completo. El contacto con el enemigo se mantenía solamente por una cortina de puestos avanzados que estaban fortificados simplemente disimulados. Detrás de ellos, a una distancia de 2 o 3 kilómetros, había emplazados complicados sistemas de nidos de ametralladoras, casi todos tirando de flanco y apoyándose mutuamente. Unas estrechas trincheras de comunicación permitían el acceso y relevo durante la noche. Las redes de alambradas, en lugar de formar una faja continua a lo largo del frente, estaban

dispuestas oblicuamente dejando intervalos para canalizar el ataque en avenidas barridas implacablemente por el fuego de ametralladora. Quedaban reservados espacios abiertos entre puntos importantes para soltar la furia de las barreras de artillería. Tal era la zona de batalla. Aproximadamente 2 kilómetros más atrás estaban las posiciones de las baterías de campaña. Obras fortificadas a las que se aplicaba de nuevo el viejo nombre de «reductos». Entrelazados de trincheras profundas y de abrigos más profundos aún y cuidadosamente enmascarados permitían la reunión y el mantenimiento de las tropas de sostén. Detrás de ellas, y en rincones modestos y oscuros, estaban los puestos de mando de las brigadas, y más atrás todavía, los grupos de baterías de calibres medios y pesados, dispuestos en un despliegue estudiadamente irregular. Gracias a un tiempo espléndido y a un día tranquilo pudimos llegar, tomando las necesarias precauciones, hasta las ruinas del pueblo de Avion, en el que grupos de dos o tres tiradores canadienses de vista penetrante sostenían un tiroteo incesante con los puestos avanzados alemanes situados entre 50 y 100 metros más allá.

Debo admitir francamente que todo cuando vi, tanto en el frente como en la organización perfectamente detallada de la retaguardia, me inspiró plena confianza en la eficacia del sistema defensivo que se había ido desarrollando a medida que progresaba la guerra. Con las convicciones que describe esta obra sobre la fuerza relativa del ataque y la defensa en las condiciones modernas, creí poder mirar con confianza, al menos en lo que concernía a aquel sector, hacia el día en que los alemanes quisieran paladear un poco de aquella amarga bebida que nuestros ejércitos habían tenido que tragar durante tanto tiempo. Por desgracia, tales condiciones no representaban en modo alguno el estado general del frente.

Sin menosprecio alguno a las cualidades de sir William Robertson, recuerdo aquí con qué placer supe el nombramiento de sir Henry Wilson como jefe del Estado Mayor. Nos conocíamos desde hacía muchos años: lo había encontrado por primera vez sobre la orilla del Tugela en febrero de 1900 y mi primer recuerdo de él es el de un alegre mayor al regreso de una sangrienta ronda nocturna en el combate de Pieter's Hill. Discutiendo con él fue como estudié, de 1910 en adelante, el problema de la guerra entre Francia y Alemania, y aunque llegué entonces a conclusiones algo distintas de las suyas sobre su fase inicial, mi deuda con él es muy grande. Nunca olvidaré el notable pronóstico que había hecho al Comité de Defensa Imperial, en agosto de 1911, durante la crisis de Agadir. En aquella época éramos aliados, pero la crisis pasó y la cuestión irlandesa separó nuestras opiniones personales. Él era un hijo fiel del Ulster y odiaba con un apasionamiento sin límites la política del Home Rule del Gobierno liberal. Durante los días intensos que precedieron a la declaración de guerra de Gran Bretaña a Alemania, tuvimos que vernos en varias ocasiones, pero puramente para asuntos oficiales. La movilización de la

flota y la decisión final de unirnos a Francia, en la que tuve mi parte, lo borraron todo en el corazón de Wilson; pero yo no lo sabía y tuve una sorpresa al recibir en el Almirantazgo, una mañana de agosto, una visita suya de protocolo días antes de que se marchara a Francia: había ido a decirme que todas las antiguas discrepancias quedaban borradas y que éramos amigos otra vez. Más tarde fue contrario a la expedición de los Dardanelos y, por aquel tiempo, veía la guerra solo desde el punto de vista de la lucha en Francia; si hubiera dispuesto de una situación más central habría sostenido quizá una opinión diferente. En todo caso su política como jefe del Estado Mayor abarcaba mucho más que el frente occidental. Y tales desacuerdos no afectaron, que yo sepa, a nuestras relaciones personales y, cuando más tarde presté servicio en Francia como jefe de batallón, me mostró la más gran cortesía y discutió con frecuencia conmigo el conjunto de la situación militar y política con la misma libertad que había en Whitehall en los tiempos en que mi situación era superior. Su nombramiento como jefe del Estado Mayor imperial produjo inmediatamente la más íntima armonía entre los dominios de la estrategia y del material, y las ideas sobre la guerra que se registran en estas páginas fueron cordialmente recibidas por él. Casi su primer acto fue el de elevar la petición del Ministerio de la Guerra para el cuerpo de tanques de 18.000 hombres a 46.000.

En sir Henry Wilson halló el Gabinete de Guerra, por primera vez, un consejero experto, de inteligencia superior, que podía explicar el conjunto de la situación de un modo claro y convincente y dar razones para adoptar o rechazar tal o cual proyecto. Con razón o sin ella, estas dotes han sido, en general, objeto de cierta desconfianza en Inglaterra, pero constituyen, sin duda, un gran alivio para tratar asuntos públicos. Sir Henry Wilson completaba constantemente la claridad de su pensamiento con giros extravagantes se expresaba en parábolas y empleaba imágenes curiosas y frases sibilinas. Tenía un vocabulario personal: los políticos eran «levitas»; Clemenceau era siempre el «Tigre», y le llamaba así hasta cuando hablaba con él; su fiel ayudante Duncannon era «el Señor»; solía pronunciar los nombres de las ciudades y generales franceses de una manera cómica, y al discutir toda clase de asuntos, empleaba un tono invariablemente frívolo. Un día comenzó su discurso en una reunión a que asistí del Gabinete de Guerra, diciendo: «Señor primer ministro: hoy me siento boche», y siguió con una descripción penetrante de la situación general considerada desde el punto de vista del Cuartel General alemán. Otro día decía ser Francia o Bulgaria y en todas las ocasiones se descubría, a mi entender, en el fondo de este tono afectado, la raíz misma del asunto perfectamente comprendida. Pero algunos ministros se irritaban ante estas fantasías, y si no llegó nunca al extremo de Foch, que a veces daba un informe militar haciendo una pantomima, el modo de plantear las proposiciones militares era muy parecido en los dos generales.

Cuando escribo lo estoy viendo claramente de pie ante el mapa de la sala del Consejo dando una de sus sucintas y telegráficas apreciaciones: «Esta mañana, señor, ha habido una nueva batalla —luego se comprenderá cuál—. Esta vez hemos atacado nosotros. Atacamos con dos ejércitos: uno británico y otro francés. Sir Haig se encuentra en su tren, señor ministro, muy incómodo, junto a la buena ciudad de Amiens, teniendo a su izquierda a Rawly y a su derecha a Debeney. Rawly emplea 500 tanques. Es una batalla dura y creemos que usted no querrá que le digamos el resultado por anticipado». No respondo de las verdaderas palabras, pero estos eran el sentido y el estilo.

Afortunadamente, nos estaba entonces velado el futuro: en aquella misma habitación tenía yo que presenciar más tarde otra escena en la que ya no podía figurar Wilson, y en la que el primer ministro y yo teníamos sobre la mesa que nos separaba las pistolas que hacía una hora habían segado la vida de este hombre leal.

Me he separado a la vez de la narración y de la cronología para hacer con todo el respeto esta referencia al espíritu militar británico más comprensivo de nuestra época y a un jefe que, aunque no mandó ejércitos, ejerció en muchas ocasiones una influencia profunda y afortunada sobre los acontecimientos más importantes.

Con sir Henry Wilson, y como adjunto suyo, vino el brillante Harington que, al lado de Plumer, había ganado para el segundo ejército una reputación sin parangón. Creo poder decir que en todo lo que concierne a forjar las armas para la campaña de 1919 con sus inevitables alteraciones sobre los planes, pensábamos al unísono. Me apoyó en todos mis principales proyectos para el suministro de los ejércitos y empleó, bajo el nombre de sir Henry Wilson, todo el poder del Estado Mayor para llevar adelante los planes de la gran batalla mecanizada en que confiábamos que, aunque tarde, lograríamos la solución final.

Tenía por este tiempo otro amigo en el Ministerio de la Guerra, el general Furse, inspector general de la Artillería. Era el que mandaba la división en que yo presté servicio los pocos meses que estuve en el frente y habíamos discutido muchas veces sobre la clase de proyectos que estaba yo entonces en situación de llevar adelante. Para asegurar el más íntimo contacto en la amplia esfera de la Artillería, lo nombré, con el beneplácito de lord Milner, para que formara parte como miembro del Consejo de Municiones. Así, todas estas intervenciones trascendentes y vitales, aunque fueran de segundo orden, trabajaron desde entonces coordinadamente y solo tuvimos que preocuparnos ya del enemigo. En tal atmósfera favorable pude efectuar, a principios de marzo, una revisión completa del conjunto de la guerra, desde luego desde el punto de vista de las municiones, y empecé a desarrollar el proyecto de la futura batalla mecanizada.

Pero, en estos momentos, iba a desencadenarse sobre nosotros la furia del huracán, y los proyectos iban pronto a ser ilustrados y corregidos por los sucesos. Ludendorff, al volver al período de las grandes batallas y al consumir las fuerzas alemanas en una ofensiva desesperada sin las necesarias armas y vehículos mecanizados, iba a dar lugar a la «gran batalla general aliada sobre un frente de 300 kilómetros», que terminó la guerra, e iba a hacerlo, tras una fase de espantoso peligro, un año antes de que pudieran haberse completado nuestros planes.

L

El 21 de marzo

Cuando la lucha de Passchendaele se apagó entre las tormentas y el barro del invierno, los jefes militares de Alemania estudiaron la nueva situación. El colapso de Rusia les había permitido transportar un millón de hombres y tres mil cañones del frente oriental al de occidente. Por primera vez desde la invasión, disponían de una clara superioridad numérica sobre los aliados en Francia. Pero esta superioridad era temporal: Estados Unidos había declarado la guerra y se estaba armando, aunque no había llegado todavía. Una vez que las grandes masas americanas estuvieran instruidas, equipadas, transportadas y puestas en línea, toda la superioridad en número que había logrado Alemania con la destrucción de Rusia quedaría más que compensada. Al mismo tiempo, el Gran Cuartel General alemán conocía las graves pérdidas que el ejército británico había sufrido en Passchendaele y creían que podían contar con una disminución notable de su fuerza y de su eficacia combativas. Finalmente, el carácter asombroso de la victoria austroalemana sobre los italianos en Caporetto brillaba ante ellos tentadoramente.

Era aquella, indudablemente, una oportunidad favorable para abrir negociaciones de paz. Con Rusia caída, Italia jadeante, Francia agotada, los ejércitos británicos desangrados, los submarinos aún no batidos y Estados Unidos a 3.000 millas de distancia, se estaba creando una situación en la que los estadistas germánicos podían muy bien haber intervenido de un modo decisivo. Las enormes conquistas hechas por los alemanes en Rusia y el odio y desprecio con que los aliados veían a los bolcheviques habrían hecho muy aceptable que Alemania hiciera cesiones territoriales de consideración a Francia y ofreciera a Gran Bretaña la restauración completa de Bélgica. La deserción de la Rusia soviética de la causa de los aliados y la consiguiente eliminación de todas las pretensiones rusas creaban una facilidad similar para las negociaciones de Austria y de Turquía. Tales eran los elementos de esta

gran oportunidad que iba a ser la última.

Pero Ludendorff no tenía en cuenta ninguna de estas cosas. En este momento hay que considerarlo como la voluntad dominante, pues, desde la caída de Bethmann-Hollweg, él y Hindenburg, a la cabeza del Estado Mayor General, habían usurpado, o al menos tomado posesión, del mando político. El emperador, aterrado interiormente ante la avalancha de los sucesos, y sospechoso de ser en el fondo pacifista, estaba cada vez más por debajo de su papel, y así, en las decisiones supremas, el poder militar resultaba siempre el preponderante. Y este poder se fundaba en la base especializada de la opinión profesional, incapaz de medir acertadamente muchas fuerzas importantes que actuaban tanto en el interior como en el extranjero. Además, este poder era aún más peligroso puesto que no era completo: Ludendorff y Hindenburg podían, amenazando con su dimisión, obtener todas las resoluciones decisivas que deseaban, y estas decisiones regían los destinos de Alemania; pero ellos conocían solo una parte del problema y únicamente podían llevar adelante la parte de la política que caía dentro de su propia esfera militar. Faltaba siempre aquella combinación suprema de rey-guerrero-estadista que se distingue en los grandes conquistadores de la historia.

Ludendorff se inclinaba a conservar a Curlandia, Lituania y Polonia en el Este, sin duda por haber ganado su propia fama en estas regiones. También estaba resuelto a guardar una parte de Bélgica que incluía a Lieja, donde también se había distinguido; sentía que era algo obligado si se quería que los ejércitos alemanes dispusieran de una buena base de partida para otra guerra futura. Del mismo modo, lejos de ceder ninguna parte de Alsacia y Lorena, él y el Estado Mayor consideraban como una simple medida de prudencia la adquisición de una zona de protección al oeste de Metz, incluida la cuenca minera de Briey. Estos postulados y el disponer de los nuevos ejércitos llegados de Rusia decidieron el curso de los sucesos.

El 11 de noviembre de 1917, fecha que iba más tarde a celebrarse por otras razones, se reunieron en Mons Ludendorff, Von Kuhl y Von der Schulenberg, sin que tuvieran que molestarse en asistir los jefes nominales de otros grandes oficiales del Estado Mayor, o sea, Hindenburg, el príncipe Ruperto y el príncipe heredero. Las bases de la conferencia eran que había de efectuarse una ofensiva suprema en el Oeste, que solo había fuerzas suficientes para una única ofensiva sin otra diversión separada, que había de hacerse en febrero o principios de marzo antes de que los americanos pudieran desarrollar sus fuerzas y, finalmente, que era al ejército británico al que había que batir. Se discutieron varios planes alternativos y se dieron las órdenes para que se prepararan con todo detalle, asignándose un nombre convenido a cada uno. Así el plan de Von Kuhl de un ataque contra el frente La Bassée-Armentières, era «San Jorge I»; un ataque al saliente de Ypres, «San Jorge II», y otro en

Arras-Notre Dame de Lorette, «Marte»; había, además, los «Michels» I, II y III, pero la elección final a favor de los «Michels» no se hizo hasta el 24 de enero, después de un estudio detenido y pro fundo.

El objetivo de este ataque era romper el frente aliado y alcanzar el Somme desde Ham a Péronne, y se fijó como fecha inicial el 20 de marzo. La batalla se extendería unos días más tarde con el ataque «Marte sur», y otro ataque secundario llamado «Arcángel» había de ser ejecutado por el séptimo ejército al sur del Oise; al mismo tiempo, se prepararían, para principios de abril, los dos «San Jorge». Para los tres «Michels» y el «Marte sur» se disponía de 62 divisiones, a saber: 15 de asalto y 2 ordinarias en el séptimo ejército, 15 de asalto y 3 ordinarias en el segundo ejército, 19 de asalto y 5 ordinarias en el ejército 18; y en reserva 3 divisiones de asalto. Pese a algunas discrepancias de opinión con Von der Schulenberg y con Von Hutier (el jefe del ejército 18) sobre la dirección e intensidad de la ofensiva en sus distintas fases, Ludendorff se aferró a su propia idea: «Había que batir a los británicos» y se los batiría con un ataque a cada lado de Saint Quentin, cortando el saliente de Cambrai. Luego el ejército 18 formaría un flanco defensivo a lo largo del Somme para contener a los franceses, y todo el resto de las fuerzas alemanas disponibles, girando a la vez que progresaban, atacaría a los británicos en dirección noroeste para arrojarlos a la costa. Quedaban las dos operaciones «San Jorge» como golpes posteriores y eventuales a asestar en el último momento. Sobre tales bases todos los ejércitos alemanes comprendidos en el plan perfeccionaron sus preparativos.

El 10 de marzo, aprobó, finalmente, el emperador, la orden siguiente:

Jefe del Estado Mayor General

Gran Cuartel General, 10 de marzo; circulado el 12 de marzo

Su Majestad ordena lo siguiente:

1.El ataque «Michel» tendrá lugar el 21 de marzo. Primera penetración en la posición enemiga a las 9.40.

2.El primer gran objetivo táctico del grupo de ejércitos del príncipe Ruperto es cortar el saliente británico de Cambrai y, al norte del río Omignon hasta su confluencia con el Somme, ocupar la línea Croisilles-Bapaume-Péronne. [...] Si en el ala derecha progresa el ataque de un modo muy favorable, adelantara más allá de Croisilles. La misión siguiente del grupo de ejércitos será la de progresar hacia Arras-Albert, con el ala izquierda fija en el Somme junto a Péronne y llevando el esfuerzo principal a la derecha, para quebrantar el frente británico que se opone al sexto ejército y dejar disponibles para el avance más fuerzas alemanas de las que se hallan en el frente inmovilizadas. Caso de ocurrir así se adelantarán inmediatamente todas las

divisiones que se hallan a retaguardia de los ejércitos cuarto y sexto.

3.El grupo de ejércitos del príncipe heredero ha de ocupar ante todo el Somme y el canal de Crozat al sur del río Omignon. Avanzando rápidamente, puede el ejército 18 apoderarse de los puntos de paso sobre el Somme y sobre el canal. Ha de estar igualmente preparado para extender su ala derecha hasta Péronne. El grupo de ejércitos deberá estudiar el posible refuerzo del ala izquierda del ejército 18 con divisiones de los ejércitos séptimo, primero y tercero.

4.El Gran Cuartel General conserva a su disposición la división segunda de la guardia, la wurtemberguesa 26 y la 12.

5.El Gran Cuartel General se reserva la decisión sobre los ataques «Marte» y «Arcángel» y resolverá con arreglo a las circunstancias. Los preparativos para estos ataques han de ser continuados sin interrupción.

6.Los restantes ejércitos actuarán de acuerdo con la orden de operaciones 6925, fecha 4 de marzo de este Gran Cuartel General. El grupo de ejércitos del príncipe Ruperto deberá proteger el ala derecha de las operaciones «Marte-Michel» contra un contraataque británico. Las fuerzas del grupo de ejércitos del príncipe heredero se replegarán ante cualquier ataque importante de los franceses contra los ejércitos séptimo (a excepción del frente del ataque «Arcángel»), tercero y primero.

El Gran Cuartel General se reserva la decisión sobre medidas estratégicas a adoptar en el caso de un fuerte ataque francés sobre los grupos de ejércitos de Gallwitz y del duque Alberto, así como sobre retirar de línea nuevas divisiones para la zona de la batalla.

VON HINDENBURG

El 19 de marzo y acompañado del inspector general de Artillería, tuve una conferencia en el parque de armamentos de Montreuil con el jefe del Estado Mayor, el jefe del cuerpo de tanques y cierto número de oficiales y técnicos, para fijar el plan del programa de tanques para 1919 y para organizar y fijar las fechas de entrega de los tanques en 1918. Fui huésped del general en jefe, y, después del almuerzo, sir Douglas Haig me llevó a su despacho particular y me explicó sobre el mapa la situación tal como él la veía. Era evidente la enorme concentración alemana sobre el frente británico y, en particular, contra el quinto ejército. Aunque nada era seguro, el general en jefe estaba cada día esperando un ataque de primera magnitud; las masas enemigas del norte hacían posible que fuera asaltado el frente británico de Ypres a Messines, pero los sucesos principales habían de esperarse claramente en el sector del frente de Arras a Péronne y más al sur. Todos estos detalles me los había explicado ya el día anterior el general Birch, jefe de la Artillería, cuyo mapa mostraba

claramente las zonas que estaban infectando los alemanes con gas mostaza, sin duda para evitar la maniobra en ellos por uno y otro bando durante algunos días, así como los amplios espacios comprendidos entre estas zonas, y por los que, sin duda alguna, se lanzaría la ofensiva enemiga. Aunque menos manifiestas, había también fuertes concentraciones frente a los franceses en el sector del Aisne. En términos generales, más de la mitad de las divisiones alemanas del Oeste estaban alineadas contra el frente de los ejércitos británicos, y en amplios sectores la fuerza estimada del enemigo en fusiles, que era el índice más significativo, era cuatro veces mayor que contra los franceses.

El general en jefe consideraba el choque a sufrir con mirada ansiosa, pero resuelta. Insistía sobre el esfuerzo excesivo impuesto a sus ejércitos debido al arreglo convenido con los franceses por el Gabinete de Guerra, al que había asentido con repugnancia, y que había comportado la extensión del frente británico hacia el sur hasta Barisis. Se quejaba también de la presión que se le había hecho en tal situación para que asignara una parte considerable de sus limitadas fuerzas a la reserva general. No tenía fuerzas adecuadas ni siquiera para reservas de sector ni del alto mando británico: ¿cómo podía, entonces, encontrar tropas para una reserva general? Le insinué que si, como él creía, la fuerza principal del enemigo caía sobre los británicos, él dispondría entonces de la totalidad de dicha reserva, y si no ocurría así sobraba la cuestión. A esto contestó que prefería el arreglo que había convenido con el general Pétain, por el que se mantenían 7 u 8 divisiones británicas y francesas preparadas para desplazarse lateralmente al norte o al sur, según fueran los británicos o los franceses los atacados. Considerando el conjunto del frente, resultaba que había 110 divisiones alemanas frente a 57 británicas y del 40 total alemán, al menos, frente al quinto ejército. Por otro lado, había 85 divisiones alemanas frente a las 95 francesas y 4 frente a las 9 divisiones americanas que habían entrado en línea en varios puntos, pero, en particular, en las proximidades de Saint-Mihiel.

Nuestra conversación terminó hacia las tres de la tarde y, cuando salí, el inspector general de Artillería me sugirió que, puesto que teníamos dos días libres antes de que empezara la conferencia sobre guerra química en Saint-Omer, podíamos hacer una visita rápida a nuestra antigua novena división, en la que había servido yo cuando él la mandaba y a cuyo frente se encontraba en estos momentos el general Tudor, un amigo mío desde el tiempo en que éramos los dos tenientes en la India. Salimos enseguida para allá: el Cuartel General del general Tudor estaba en Nurlu, en la región devastada 16 kilómetros al norte de Péronne, junto al saliente de la línea británica y en medio del frente amenazado; allí fuimos cordialmente recibidos cuando llegamos, después de anochecer, en un panorama tranquilo alumbrado solo rara vez por el resplandor de un fogonazo.

El general Tudor estaba en plena expectación: todo estaba listo. Preguntamos: «¿Cuándo cree usted que va a ocurrir?». Y contestó: «Quizá mañana por la mañana, quizá el día siguiente, quizá la semana que viene». El día siguiente lo pasamos entero en las trincheras sobre las que se cernía un silencio mortal y lleno de pronósticos. Durante horas enteras no se oía un cañonazo y, sin embargo, se advertían instintivamente los presentimientos sobre aquellos campos soleados. La novena división guarnece el sector llamado «Frente del desastre», es decir, el sitio en que había quedado la línea estabilizada después del triunfante contraataque alemán que siguió a la batalla de Cambrai. Examinamos todas las defensas desde Gauche Wood, que guarnece los valientes sudafricanos, apodados «springboks», hasta las posiciones de la artillería de mediano calibre sobre la falda detrás del poblado de Havrincourt. Era indudable que no se había olvidado nada de lo que podía humanamente preverse y realizarse. A lo largo de 7 kilómetros el frente era un laberinto de alambradas y de nidos de ametralladora científicamente emplazados; las tropas, aunque dispersas sobre el terreno, estaban dispuestas de tal manera que se sacaba el máximo partido de todos los hombres. A causa de los rumores de que los alemanes iban a emplear gran número de tanques, se habían emplazado grandes campos de minas con granadas enterradas en ellos, provistas de espoletas sensibles y rodeadas de marañas de alambrada. Teníamos que abrirnos camino con gran precaución por los estrechos senderos que cruzaban esta zona, y se estaba poniendo el sol cuando abandonamos Gauche Wood y nos despedimos de los sudafricanos: los estoy viendo todavía, serenos como los espartanos de Leónidas la víspera de la batalla de las Termópilas.

Antes de ir a acostarnos en las ruinas de Nurlu, Tudor me dijo: «Ahora ya es seguro; esta noche las patrullas han identificado nada menos que ocho batallones enemigos a lo largo de media milla de frente». La noche era muy tranquila si se exceptúa un tronar de artillería muy lejano y las explosiones sordas de algún avión de incursión. Pocos minutos después de las cuatro me desperté en medio de un silencio absoluto y me quedé despierto pensando; de pronto, después de un cuarto de hora aproximadamente, rasgaron el silencio seis o siete explosiones violentas a unos kilómetros de distancia. Pensé si serían nuestros cañones de 30,5 cm, pero, probablemente, eran minas y luego, lo mismo que cuando un pianista pasa la mano por el teclado desde el registro más agudo al más grave, empezó en menos de un minuto el cañoneo más terrible que he oído jamás. «A las cuatro y media —dice Ludendorff en su relato— estalló súbitamente nuestro fuego de barrera». Desde lejos, hacia el norte y el sur, el estrépito y su eco se iban acercando, mientras por las rendijas de los papeles que cubrían cuidadosamente la ventana, la luz de los fogonazos iluminaba mi estrecha habitación como las llamas de un incendio.

Me vestí y salí al exterior; sobre los tablones por los que se salía del

alojamiento del comandante encontré a Tudor. «Aquí está —dijo—. He mandado que abran fuego todas nuestras baterías; dentro de un minuto las oiremos». Pero el estallido de las granadas alemanas, que hacían explosión en la línea de nuestras trincheras a 8.000 metros, era tan ensordecedor que no pudo distinguirse siquiera el ruido de cerca de 200 cañones que se unieron al tumulto tirando desde mucho más cerca de nosotros. Desde el puesto de mando de la división en las alturas de Nurlu se podía ver el frente en muchos kilómetros: se extendía a nuestro alrededor describiendo una ancha curva de llamas fugitivas que iba al norte a lo largo del frente del tercer ejército lo mismo que al sur en el del quinto, perdiéndose de vista sin terminar en ambas direcciones. Quedaban todavía dos horas para el alba y las enormes explosiones sobre nuestras trincheras parecían tocarse una a otra sin apenas intervalo en espacio ni en tiempo. Entre los fogonazos de las granadas se elevaban momentáneamente, pero de un modo casi continuo, las llamas mucho más altas de los repuestos que volaban. La intensidad y vigor del bombardeo sobrepasaban a todo cuanto se había conocido hasta entonces.

Al puesto de mando solo le tiraba un cañón: pertenecía a la clase llamada «Percy», y sus proyectiles caían inofensivos a unos cien metros de distancia. Unos quinientos metros más al sur, a lo largo de la carretera de Péronne, otro cañón mucho más potente estaba demoliendo la cantina de la división. Se hizo de día sobre aquel pandemónium y el cuadro de llamas se dibujó entonces bajo un dosel de humo del que se elevaban grandes surtidores que terminaban en forma de hongo y que procedían de los depósitos volados. Tuve que abandonar aquella escena, y hacia las diez, lleno de emociones distintas, me despedí de mis amigos y seguí en mi coche sin percance alguno por la carretera de Péronne. La impresión que conservé de Tudor era la de una estaca de hierro clavada en un terreno helado e inmóvil; y así fue. La novena división mantuvo, no solo su posición de resistencia contra todos los asaltos, sino también la avanzada, así como la unión del tercer y quinto ejército, y solo se replegó cuando se le dio la orden, como consecuencia del movimiento general de la línea.

Aquí solo se puede dar un bosquejo general de la batalla. Se han publicado de ella muchos y excelentes relatos y, sin duda, se escribirán más aún. Teniendo en cuenta a la vez su extensión y su intensidad, la cantidad y la calidad, ha de considerarse sin excepción a «Michel» como la batalla más grande de la historia mundial. Desde el río Sensée al Oise, sobre un frente de 70 kilómetros, los alemanes lanzaron simultáneamente 37 divisiones de infantería apoyadas por unos 6.000 cañones, e inmediatamente detrás tenían otras 30 divisiones. En el mismo frente, la línea de batalla británica estaba guarnecida por 17 divisiones y 2.500 cañones con otras 5 divisiones en reserva. En total, los alemanes habían desplegado y puesto en movimiento algo más de 750.000 hombres contra 300.000 británicos. En los dos sectores

de 20 kilómetros de frente, situados al norte y al sur del saliente en que se encontraba la novena división, la densidad del despliegue enemigo daba una división de asalto por kilómetro y alcanzaba una superioridad de 4 a 1.

Las tropas británicas empeñadas constituían el conjunto del quinto ejército y cerca de la mitad del tercero, bajo los mandos respectivos de los generales Gough y Byng. El sistema defensivo comprendía una zona o posición avanzada que tenía por objeto frenar al enemigo y dislocar su formación, y otra zona de combate o posición de resistencia en la que había de sostenerse la lucha principal. La profundidad media del sistema era de unos 7 kilómetros y detrás había aún una zona o posición de reserva que no había habido tiempo o medios de fortificar, a excepción de las defensas de las baterías de mediano y grueso calibre. En realidad, en todo el frente del quinto ejército, pero más especialmente en el sector recientemente asumido del Omignon a Barisis, muchas de las líneas de trincheras y puntos de apoyo eran rudimentarias y la zona de retaguardia, por ejemplo, constaba de una simple zanja abierta en la hierba, donde faltaba todavía un sistema de comunicaciones a base de buenas carreteras y ferrocarriles de vía estrecha. El dispositivo de defensa consistía en una malla complicada de pequeños puestos, de nidos de ametralladora y de reductos que se apoyaban mutuamente, comunicados entre sí, en caso necesario, por ramales y túneles y protegida o apoyada por una organización exacta de barreras de artillería. Detrás del frente británico, se extendía el desierto del campo de batalla del Somme; su ala izquierda se apoyaba, en sentido estratégico, en el sólido estribo de la cresta de Vimy y la derecha se hallaba en contacto con fuerzas francesas, relativamente débiles.

No hubo sorpresa alguna sobre el momento ni sobre la dirección general del ataque; la sorpresa radicó solamente en intensidad, extensión y potencia.

Después de un bombardeo de furia increíble, pero que no duró más allá de dos a cuatro horas y fue acompañado en ciertos puntos por densas emisiones de gases tóxicos, la infantería alemana empezó a avanzar. La totalidad de la región había estado en su poder durante 1915 y la mayor parte de 1916, con lo que en ninguna unidad faltaban oficiales o soldados que conocieran cada palmo de terreno. El sistema de ataque adoptado era una extensión de la «infiltración» ya ensayada por ellos en su contraataque después de la batalla de Cambrai, y una niebla baja, en algunos sitios muy densa, lo favoreció, por lo menos en las fases iniciales. El sistema de puestos destacados que planearon los británicos y que a causa de su número relativamente pequeño resultaba necesariamente diseminado, dependía en gran parte de la visibilidad clara tanto para las ametralladoras como, en menor medida, para su artillería de sostén. Con la niebla a su favor, la infantería alemana penetró libremente en la zona avanzada, en pequeñas fracciones o grupos de tropas de choque que llevaban consigo ametralladoras y morteros de trinchera. Les siguieron

formaciones más importantes y, ya al mediodía, habían penetrado en muchos puntos de la zona de resistencia. Los puestos británicos, volados, aturridos o ahogados por los proyectiles de gases, desconcertados y confundidos por la niebla, aislados y cogidos muchas veces por retaguardia, se defendieron resueltamente con éxito variable. Sobre el conjunto del campo de batalla que comprendía, aproximadamente, 300 kilómetros cuadrados, se desarrolló un gran número de encuentros sangrientos; pero los alemanes, guiados por su excelente organización y su conocimiento del terreno y sostenidos por su inmensa superioridad numérica, continuaron todo el día haciendo penetraciones en la posición de resistencia e incluso la atravesaron en algunos puntos. Al anochecer, casi todas las divisiones británicas habían sido desplazadas a viva fuerza de su línea de fuego primitiva y se hallaban entremezcladas con el enemigo en muchos puntos de la posición de resistencia.

La defensa tenaz de los puestos aislados británicos impuso un duro tributo al enemigo y tuvo una parte evidente en el resultado final. Desde el primer momento, comprendieron los alemanes que se las habían con tropas que lucharían mientras tuvieran municiones, sin tener en cuenta lo que ocurría en las demás partes del frente ni si quedaba o no alguna probabilidad de escapar.

La lucha era constante, e incesantemente entraban en liza nuevas tropas alemanas de refresco. En la tarde del 22, el quinto ejército británico había sido completamente arrojado de su zona de combate y la mitad de él se encontraba ya detrás de la última línea de detención prescrita. El tercer ejército luchaba todavía en el interior y en las inmediaciones de su posición de resistencia. La penetración alemana al sur del Oise había hecho grandes progresos y las bajas británicas en muertos, heridos o prisioneros pasaban de los 100.000 hombres, y se habían perdido ya cerca de 500 cañones. En el lado alemán, se había sufrido también una inmensa matanza; en cada paso habían pagado el precio de la ofensiva, pero sus grandes contingentes hacían inapreciables las pérdidas durante la crisis y tenían inmediatamente a mano enormes reservas. Por el contrario, los británicos tenían únicamente ocho divisiones como reserva general de las que solo cinco estaban inmediatamente disponibles, y los franceses avanzaban muy despacio o se hallaban demasiado lejos para proporcionar una ayuda efectiva hasta dentro de unos cuantos días. En consecuencia, en la noche del 22, sir Hubert Gough ordenó la retirada general del quinto ejército al otro lado del Somme, consignando en su orden que «había de protegerse a toda costa el importante centro de Péronne y el curso del Somme al sur de él». Estaba perfectamente justificado que se replegara hasta esta línea librando acciones de retaguardia, pero una vez empezada la retirada de una línea tan débil y sobre un frente tan amplio, era muy difícil detenerla mientras continuara la presión enemiga. Las condiciones de cada cuerpo de ejército y de cada división eran tan variadas que los que se detenían

veían expuestos sus flancos por la retirada de las unidades contiguas. Se volaron gran número de puentes sobre el Somme, pero se dejaron aún bastantes, y entre ellos, los más importantes, confiados a empleados de ferrocarriles en vez de al ejército, lo que permitió a los alemanes pasar artillería rápidamente a la otra orilla; además, el río era fácilmente vadeable en aquella época del año.

Así se desplazó, por cinco días seguidos, el frente británico a través de la espantosa desolación de los viejos campos de cráteres. El cuerpo de caballería taponaba las brechas, y la aviación, concentrando toda su fuerza sobre la zona de batalla, en vuelo bajo, infligía pérdidas terribles a las interminables columnas en marcha. Entretanto, se sacaban reservas de otras partes del frente y se improvisaban unidades con gente de los establecimientos técnicos y de instrucción, que entraban en línea continuamente. Al mismo tiempo, con cada nuevo día de avance, la fuerza y el impulso alemán disminuían y la verdadera lucha era reemplazada por una fatigosa marcha hacia el oeste de dos ejércitos agotados. Cuando los británicos en retirada tuvieron refuerzos suficientes para hacer, por fin, un alto general, sus perseguidores no se hallaban menos agotados que ellos y excesivamente adelantados sobre su propia artillería y suministros. Así, en la tarde del 27, había terminado la primera crisis de la batalla.

Se habían lanzado todos los «Michel», pero ¿qué había sido del «Marte»? El sexto ejército alemán y la derecha del ejército 17 debían de haber entrado en lucha hacia Arras y la cresta de Vimy el día 23. El hecho de que se retrasara este ataque hasta el 28 fue debido a una causa significativa. El general Byng había retirado secretamente sus tropas de la línea en Monchy y ocupaba ya una posición 7 kilómetros más atrás. Los alemanes bombardearon las trincheras vacías de un frente falso y necesitaron luego cuatro días con sus noches para adelantar la artillería y montar el ataque contra esta nueva posición. Así, la segunda embestida no se sincronizó con el flujo máximo de la primera y «Marte» en vez de contribuir a la intensidad de la otra batalla, resultó un episodio separado que tuvo lugar cuando había ya pasado el máximo del primero.

Tampoco la progresión realizada en el ataque inicial por el segundo ejército y el 18 había satisfecho las esperanzas de Ludendorff. A las nueve y media de la mañana del día 23, ya había tenido que abandonar su primer objetivo estratégico, o sea, la derrota general y lanzamiento de los ejércitos británicos a la costa de Francia, y contentarse con el objetivo limitado y sumamente difícil de precisar de separar a los británicos de los franceses por medio de la captura de Amiens, hacia donde avanzaban el segundo ejército y el 18. Al mediodía, decía en otra orden: «Una parte considerable del ejército británico ha sido ya batida. [...] Ahora, el objetivo de la operación es separar

franceses y británicos por medio de un rápido avance por las dos orillas del Somme». Esto significaba ya una notable reducción en sus aspiraciones.

En la mañana del 28, empezó el aplazado ataque contra la posición de Arras («Marte»). Se lanzaron 20 divisiones alemanas contra 8 inglesas sobre un frente de 38 kilómetros. Los métodos por ambas partes fueron los mismos que el 21 de marzo, pero el tiempo estaba claro y las ametralladoras y la artillería de la defensa pudieron actuar plenamente. El ataque fue rechazado en todas partes con bajas terribles e incluso se mantuvo en muchos puntos la posición avanzada, sin que la de resistencia fuera seriamente afectada en ninguna parte ni fuese preciso echar mano de reservas de otro lado del frente. Los alemanes, que avanzaron con la mayor bravura, fueron segados a montones. Como resultado de los ocho días de batalla, el ejército británico, virtualmente sin ayuda alguna del francés, había detenido o paralizado la más grande ofensiva jamás lanzada.

Los franceses habían ido entrando en línea débil e intermitentemente sobre la parte sur del campo de batalla a partir de la mañana del 23. En la madrugada de este día, una división (la 125), entró ya en acción y, por la tarde, lo hizo una división de caballería a pie. La novena y la décima división, junto a la 62 y la 22 entraron en línea en la tarde del día 24, aunque dos de ellas no tenían artillería y ninguna pieza pesada ni más de cincuenta cartuchos de fusil por individuo. En la mañana del 25, el general Fayolle asumió la responsabilidad completa de todo el frente del quinto ejército al sur del Somme. Sin embargo, hasta el 27, el peso principal de la acción, incluso en esta zona, continuó gravitando sobre las agotadas tropas británicas, y en ningún momento hasta la tarde del 28, cuando habían terminado ya las dos primeras crisis de la batalla, los franceses tuvieron en acción simultáneamente más de seis divisiones, y ninguna de ellas empeñada seriamente. Hasta este punto crítico de la noche del 28, la lucha fue solo entre británicos y alemanes.

Entonces empezó su fase final, y en ella la fuerza cada vez mayor de los franceses en las partes del frente aún en lucha tuvo ya un peso igual al de los británicos. El día 27, el ejército 18 alemán, rechazando la débil resistencia francesa, había tomado Montdidier, pero este fue el punto máximo del avance. Dice Ludendorff: «La línea enemiga se hacía ahora más densa, y en algunos sitios eran ellos los que atacaban, en tanto que nuestros ejércitos no tenían ya las fuerzas necesarias para dominarlos sin recibir nuevo apoyo. Faltaban las municiones, y el suministro era difícil. La reparación de las carreteras y ferrocarriles empleaba demasiado tiempo, a pesar de todos nuestros preparativos. Una vez repuestas las municiones, el 30 de marzo atacó el ejército 18 entre Montdidier y Noyon y, el 4 de abril, lo hicieron el segundo ejército y el ala derecha del 18 en Albert, al sur del Somme y en dirección a Amiens. Estas acciones fueron indecisas. Era ya un hecho indiscutible que la

resistencia enemiga estaba fuera del límite de nuestro esfuerzo. [...] La batalla terminó el 4 de abril».

Vamos ahora a analizar lo que ocurrió realmente. ¿De quién era la victoria? Contrariamente al veredicto aceptado en general, yo sostengo que los alemanes, a juzgar por la severa estadística de ganancias y pérdidas, fueron decididamente derrotados. Ludendorff no logró alcanzar un solo objetivo estratégico y, en la mañana del 23, se vio obligado a renunciar a su sueño de aplastar y arrojar al mar al grueso de los ejércitos británicos, habiendo de contentarse con la esperanza de tomar Amiens y quizá separar así a los británicos de los franceses. Después del 4 de abril, abandonó también este importante, pero para él secundario, objetivo. «Estratégicamente —dice— no habíamos logrado lo que los acontecimientos del 23, 24 y 25 nos animaron a creer. El no haber logrado ocupar Amiens [...] era particularmente desalentador». ¿Qué es, entonces, lo que se había logrado? Los alemanes habían vuelto a ocupar sus antiguos campos de batalla y las regiones que tan cruelmente habían devastado y arruinado un año antes; una vez más se hallaban en posesión de estos tristes trofeos. No habían obtenido como recompensa ninguna provincia fértil, ninguna rica ciudad, ninguna barrera fluvial o montañosa, ninguna nueva fuente de recursos intactos; solo habían ganado los campos de embudos sembrados horriblemente en todas direcciones, las viejas trincheras, los inmensos cementerios, los esqueletos, los árboles hendidos y los pueblos machacados; estos eran, de Arras a Montdidier y de Saint Quentin a Villers-Bretonneux, los resultados de las promesas de la concepción militar más poderosa y del combate más terrible que recuerdan los anales de la historia. Habían pagado un precio elevado: por primera vez en la guerra, o por lo menos desde la batalla de Ypres en 1914, habían perdido dos soldados por cada uno británico y tres oficiales por cada dos británicos. Habían hecho 60.000 prisioneros y cogido más de 1.000 cañones junto con gran cantidad de municiones y material, pero su ganancia en prisioneros estaba más que compensada por la mayor pérdida en heridos, y su consumo de material excedía al botín. Además, si eran serias las pérdidas alemanas en hombres, la pérdida de tiempo resultaba fatal: se había realizado el esfuerzo supremo y había fallado; el ejército alemán no estaba ya agazapado sino distendido y había expuesto y comprometido a gran parte de sus reservas. En cambio, la inminencia del peligro había arrancado de los aliados esfuerzos y sacrificios que, como se verá, harían más que compensar sus pérdidas.

Las recriminaciones por el resultado de la batalla dejaron una huella duradera en la historia política de Gran Bretaña. En abril, el general Maurice, jefe de la Sección de Operaciones del Ministerio de la Guerra, indignado porque no se hubiera reforzado al ejército durante el invierno, acusó a Lloyd George de presentar falsamente ante la Cámara de los Comunes los hechos y las cifras del asunto. Surgió la tensión y la inseguridad, no solo en la

oposición, sino entre los que sostenían al Gobierno, e incluso entre las propias filas de este. Cuando míster Asquith formuló una interpelación en regla, el primer ministro pudo convencer a la Cámara de que su exposición de los hechos estaba basada en información escrita suministrada por el adjunto del general Maurice. Esto resultó decisivo en el debate y los argumentos de la controversia apenas fueron discutidos. La escisión que siguió fue aceptada por míster Lloyd George como señal de la división entre los liberales que lo seguían y los de míster Asquith. Cuando, ocho meses más tarde, a la hora de la victoria, tuvieron lugar las elecciones generales, todos los que en aquella ocasión habían votado contra el Gobierno se encontraron ante la oposición de la coalición triunfante y casi ninguno escapó de la derrota. Los ecos de la contienda suenan hoy todavía.

Hemos de intentar, sin embargo, un juicio provisional. Si no hubiera consumido Haig sus ejércitos en Passchendaele, o por lo menos se hubiera contentado con interrumpir aquella ofensiva en septiembre, habría podido disponer, sin adición alguna a los reclutas que se le enviaron de Inglaterra durante el invierno, de suficientes reservas para permitirle, el 21 de marzo, sostener el frente amenazado. Si no hubiera sido por el horror que inspiró Passchendaele al primer ministro y al Gabinete de Guerra, habría podido contar, sin duda, con muchos otros refuerzos y de esta manera habríamos ganado a la vez en vidas y en tropas adicionales. Si por otro lado, a pesar de Passchendaele, el Gabinete de Guerra le hubiera reforzado como era su deber hacerlo, habría podido mantenerse el frente el 21 de marzo. La responsabilidad por haber sido insuficientes las cifras de fuerzas británicas, ha de ser repartida, por lo tanto, entre el Gran Cuartel General y el Gabinete de Guerra. Con arreglo a la doctrina constitucional, la responsabilidad máxima incumbe sin disputa al Gabinete de Guerra, que no supo obligar al general a conformarse con su opinión en una cuestión que excedía ampliamente la esfera militar y técnica, y que, además, dejó recaer sobre el ejército las consecuencias de su desacuerdo con el general en jefe. Pero si se tiene en cuenta el predominio de la influencia militar en tiempo de guerra y los serios peligros de una colisión entre los «militares» y los políticos, es preciso reconocer una culpa muy importante al Gran Cuartel General británico.

Mis tareas en el Instituto de Guerra Química próximo a Saint-Omer me ocuparon todo el día 23 y no llegué a Londres hasta el mediodía del 24. En el Instituto Químico no había llegado ninguna información importante sobre el curso de la batalla y, por lo tanto, fui inmediatamente al Ministerio de la Guerra para saber noticias de Francia. Sir Henry Wilson, con rostro muy grave, me mostró los telegramas y su mapa y luego marchamos juntos a Downing Street, donde el primer ministro lo estaba esperando. Era un día claro y sereno y míster Lloyd George estaba sentado en el jardín con lord French. Creyendo que traería noticias directas, se volvió hacia mí; pero le dije

que no conocía otra cosa que lo que había él ya leído en sus telegramas, y que no había visto más que las primeras horas del bombardeo en un sector particular. Después de un tiempo de conversación general me llevó aparte y me planteó que si no podíamos mantener la línea que tan cuidadosamente se había preparado, ¿cómo íbamos a defender otras posiciones más atrás con tropas ya batidas? Le respondí que toda ofensiva pierde su fuerza a medida que progresa, que era lo mismo que cuando se echa un cubo de agua en el suelo, primero corre, luego avanza empapando y por último se para y es necesario echar otro cubo; después de 50 o 70 kilómetros, se lograría, seguramente, un tiempo de respiro en el que se podría reconstituir el frente si se aplicaba todo el esfuerzo. Parece ser, aunque yo no estaba al tanto de ello, que ya había enviado a Francia a lord Milner, y el jefe del Estado Mayor dijo que pensaba ir también él para allá aquella noche. Convenimos en cenar los tres juntos en mi casa de Eccleston Square antes de su salida; solo asistió, además, mi esposa y no recuerdo en todo el curso de la guerra una velada más sombría. Una de las grandes cualidades de míster Lloyd George era su facultad de borrar el pasado y concentrar todo su ser para hacer frente a cada nueva situación. Había en Inglaterra doscientos mil hombres que podían ser enviados inmediatamente: ¿podía proveérseles de armamento y municiones? Wilson dijo que «podían perderse muy bien mil cañones» y que tenían que abandonarse montañas de municiones y depósitos de todas clases en la retirada. Tuve la satisfacción de poder decirles que, en este punto por lo menos, no había que apurarse: todo podía reemplazarse inmediatamente con nuestros excedentes sin que quedara afectado el suministro normal. Entonces el jefe del Estado Mayor se marchó para tomar el tren y quedamos los dos solos. La resolución del primer ministro bajo sus realmente terribles responsabilidades se mantenía inquebrantable.

Entretanto, había ocurrido un suceso que, aunque no influyó en el curso de la batalla, fue de capital importancia. En la noche del 24, cuando la situación era más crítica, el general Pétain, cuya ayuda floja y tardía era causa de gran preocupación, fue a ver a Haig y a su jefe del Estado Mayor en Dury, junto a Amiens. Aunque se habían identificado ya en la batalla 62 divisiones alemanas, de las que 48 eran nuevas, y por tanto de las reservas, Pétain aseguraba que el golpe principal todavía estaba por venir y que recaería sobre los franceses en la Champagne. En consecuencia, le dijo a Haig que si los alemanes seguían presionando hacia Amiens, las tropas francesas que se estaban concentrando en la región de Montdidier serían retiradas hacia Beauvais para cubrir París, de acuerdo con las órdenes del Gobierno francés, e indicó que se habían tornado ya disposiciones en este sentido. Las órdenes primitivas de Haig, que le habían sido dadas personalmente por lord Kitchener más de dos años antes, se reducían, en último término, a «conservarse unidos con el ejército francés a toda costa», pero, en este momento de crisis, se

abandonaba completamente el principio básico de la unidad.

Al conocer esta intención fatal, sir Douglas Haig telegrafió al ministro de la Guerra y al jefe del Estado Mayor imperial rogándoles que acudieran inmediatamente. Pero, como hemos visto, los dos ya habían partido separadamente. Milner, actuando con toda la energía necesaria, después de ver al jefe del Estado Mayor de Haig en Saint-Omer, fue derecho en automóvil a París, reunió al presidente de la República, a Clemenceau y a Foch, y con todos ellos marchó, el 25, a Compiègne, donde consultaron a Pétain sobre sus intenciones y, finalmente, llevándose a Pétain con ellos, fueron a encontrarse, el 26 al mediodía, con Haig en Doullens, adonde había llegado ya también sir Henry Wilson. La magnitud del peligro había hecho desaparecer todos los prejuicios y oposiciones, tanto personales como nacionales, y solo había un nombre en todos los pensamientos. Foch, calificado aún una semana antes como «viejo chocho», era el hombre indispensable. Él era el único que tenía la talla y la energía combativa necesarias para impedir que se separaran los ejércitos británico y francés. Milner propuso que Foch ejerciera la coordinación de las fuerzas de la región de Amiens, pero Haig declaró que esto no era bastante, y que había que dar a Foch el mando completo de los ejércitos franceses y británicos «desde los Alpes al mar del Norte». En una conferencia tenida un mes antes en Londres, el viejo «Tigre» había interrumpido bruscamente a Foch cuando este expresaba sus malos augurios, y le había dicho: «Cállese usted; yo soy el único que represento a Francia». En estos momentos, le tocaba hablar al general y dijo: «Es una tarea dura lo que ustedes me ofrecen ahora; una situación comprometida, un frente desmoronado, una batalla desfavorable en pleno curso; no obstante, la acepto». Así se estableció por primera vez en el frente occidental aquella unidad de mando hacia la que siempre había dirigido mister Lloyd George sus pasos cautelosos y tortuosos, pero perseverantes, y a la que, por mucho que se diga en contra, que es bastante, la historia adjudicará una inestimable ventaja para la causa de los aliados.

Este arreglo perentorio fue confirmado y especificado unas semanas más tarde en el llamado «Convenio de Beauvais», por el que cada uno de los generales en jefe de los dos ejércitos tenía derecho a apelar a su gobierno respectivo, caso de que creyera que una orden del generalísimo ponía en peligro la seguridad de sus tropas.

Se tomó una medida dura contra el general Gough. El quinto ejército había dejado de existir desde el día 28, y sus dislocadas divisiones se llevaron a reorganizar penosamente detrás del frente. El boquete fue cubierto por los franceses que llegaban entonces rápidamente, gracias a la caballería, como unidades improvisadas con gente de los establecimientos de instrucción, de mano del general Rawlinson, que empezó a constituir con estos materiales

escasos y heterogéneos un cuarto ejército que mantuvo la vacilante y movediza línea de batalla.

A Gough no se le volvió ya a dar ningún mando en el frente. El Gabinete insistió en relevarlo por la razón, probablemente cierta, de que había perdido la confianza de sus tropas. Este jefe había subido durante la guerra del mando de una brigada de caballería al de un ejército, y se decía que se había distinguido notablemente en el Ancre a fines de 1916; y que había sostenido, con Plumer, todo el peso de Passchendaele mientras duró. Cuando este terminó, al fin, todas las culpas cayeron también sobre él. Era un típico oficial de caballería, de personalidad robusta y maneras alegres y juveniles; un hombre que nunca fue económico de sí mismo ni de sus tropas, un instrumento para ataques costosos y desesperados que había salido de la tragedia de Passchendaele perseguido por duros resentimientos de sus subordinados, y muchos de sus rumores habían llegado a los soldados de filas. Durante más de un año había tenido tal reputación que tanto los soldados como los oficiales rehuían servir en el quinto ejército; existía la convicción de que en él faltaban los suministros y no se estudiaban debidamente los ataques. En tales circunstancias, Gough no estaba en condiciones de soportar la impresión de un gran desastre. Sin embargo, la crítica más severa no ha sido capaz de hallar ningún motivo de censura en su dirección general de la batalla del 21 de marzo; parece haber adoptado, tanto antes como durante el combate, cuantas medidas podían sugerir la experiencia y la energía y que estaban al alcance de unos recursos tan notablemente inadecuados; parece ser que no falló nunca su temple, que desplegó una actividad inagotable, que sus decisiones fundamentales fueron siempre prudentes y resueltas y que ningún episodio de su carrera puede honrarlo más que este desastre que le tocó en suerte.

Era mi deber hacer efectiva mi afirmación de que todas las pérdidas en material serían sustituidas inmediatamente, y para ello, el Consejo de Municiones, sus setenta negociados y sus dos millones y medio de trabajadores de ambos sexos se pusieron a la obra con un entusiasmo frío que no conocía el descanso. En todas partes, las fábricas nacionales, trabajando al máximo rendimiento, renunciaron a las vacaciones de Pascua que requería la salud; un pensamiento único dominaba toda aquella organización gigantesca: ponerse otra vez al corriente en un mes. De nuestras reservas celosamente guardadas se sacaron cañones, granadas, fusiles, cartuchos, ametralladoras y fusiles ametralladores, tanques, aviones y toda clase de accesorios. Además, como los riesgos eran relativos decidí adelantar el suministro de un mes en cañones, omitiendo las pruebas de fuego reglamentarias, sin que, afortunadamente, resultara luego ninguna desgracia.

Antes de fin de marzo, pude asegurar al Gabinete de Guerra y al Cuartel General que, para el 6 de abril, podrían suministrarse cerca de 2.000 cañones

nuevos de todas clases con sus accesorios completos y a toda la velocidad que pudiera desarrollar la sección de recepción de materiales del ejército. En realidad, bastaron 1.200.

LI

El punto culminante

El martes, 9 de abril, empezó la tercera gran batalla de los alemanes contra los británicos. Para poder detener el avance alemán sobre Amiens, sir Douglas Haig se había visto obligado a debilitar la línea en los demás sitios; pero, en lugar de hacerlo de un modo uniforme, había realizado una prudente selección. Conservaba fuertemente defendido el sector que comprendía desde el gran bastión central de Arras hasta el canal de La Bassée en Givenchy, una zona bien defendible e importante por los yacimientos de carbón de Lens, así como las alturas dominantes en que estaban incluidas las posiciones clave de Vimy y de Loreto. Al norte de este sector era inevitable que la línea quedara peligrosamente débil. De 58 divisiones de infantería británicas, 46 habían sido ya empeñadas en el Somme, y las del quinto ejército estaban reorganizándose e incapacitadas para entrar en línea. Para guarnecer el frente de 40 kilómetros entre los canales de La Bassée y de Ypres, Haig disponía, pues, solo de seis divisiones, cada una de las cuales había de extenderse para cubrir 6,5 kilómetros, es decir, una zona superior a la que cubrieron las divisiones del quinto ejército antes del 21 de marzo, y casi todas estas tropas habían combatido ya en la anterior quincena en el Somme, sufriendo crueles pérdidas. En el apuro de los acontecimientos, ni siquiera estas disposiciones precarias habían podido ser completadas antes de que cayera el golpe alemán, y en aquel momento, cerca de 9 kilómetros de frente junto a Neuve Chapelle estaban mantenidas por una sola división portuguesa de cuatro brigadas.

Sobre este frente desnudo, y la víspera del día en que la división portuguesa tenía que ser relevada por dos británicas, golpeó Ludendorff. El 3 de abril, se habían agregado al sexto ejército alemán dieciséis divisiones y cuatro al cuarto ejército. El sexto tenía que atacar hacia Hazebrouck y a las alturas más allá del Kemmel, y el cuarto tenía que apoyarlo y explotar el éxito. La ciudad de Armentières, que fue sofocada con granadas de gases por un bombardeo que se inició en la tarde del día 7, quedó como una zona intransitable. Con su flanco norte así protegido, diez divisiones alemanas marcharon en un frente de 20 kilómetros contra la división portuguesa y las divisiones británicas 40 y 55, a uno y otro lado de aquella. Siete divisiones alemanas cayeron sobre las cuatro brigadas portuguesas, y las dejaron fuera de

combate en un instante; la división 40, con su flanco descubierto por el desastre portugués, quedó rápidamente dominada; una niebla espesa cegaba los nidos de ametralladoras, escalonados en profundidad detrás de la línea. En dos horas de avance de la infantería alemana quedó abierta en el frente una brecha de más de 13 kilómetros, por la que irrumpían las masas enemigas. Las divisiones 50 y 51, que formaban la reserva británica, se dirigieron en cuanto comenzó la batalla a sus posiciones apercebidas sobre la segunda zona de defensa, en los pasos de los ríos Lys y Lawe, pero la rapidez sin parangón de la ruptura, el ímpetu del avance alemán, el flujo de la retirada portuguesa y la confusión general les impidieron ocupar las posiciones preparadas y se encontraron inmediatamente envueltas en una batalla de movimiento contra fuerzas muy superiores. Tras una jornada de intensa lucha, los alemanes habían llegado a los arrabales de Estaires, 5 kilómetros más allá de su línea de partida, alrededor de esta bolsa, los restos de cinco divisiones británicas luchaban para formar y mantener un frente contra dieciséis alemanas empeñadas a fondo.

Al amanecer del día 10, el cuarto ejército alemán lanzó una segunda ola de asalto al norte de Armentières en un frente de algo más de 4 kilómetros. Se había dispuesto que esta fase de la ofensiva empezara veinticuatro horas después del ataque principal con la esperanza bien fundada de que todas las reservas británicas del sector habrían sido empeñadas en la primera batalla. De hecho, se habían enviado cuatro brigadas, y el conjunto de las cinco divisiones alemanas cayó sobre cinco brigadas de las divisiones 19 y 25, que solo tenían detrás a la brigada restante de la división 29. El asalto tuvo éxito y el frente fue roto; el pueblo llamado Plugstreet, la mayor parte de Messines y la cresta de Wytschaete cayeron hacia el mediodía en poder del enemigo. La división 34 corría gran peligro de quedar cortada en Armentières y, en la tarde del día 10, los alemanes ocupaban o dominaban todo el sistema defensivo británico de Wytschaete a Givenchy. Durante el día, habían caído Lestrem y Estaires y, al caer la noche, los supervivientes de las ocho divisiones británicas ocupaban un frente improvisado de 50 kilómetros en lucha mortal con 27 divisiones alemanas de las que 21 habían entrado ya en línea. La división 34 logró evadirse de Armentières durante la noche, y solo gracias a su habilidad escapó de las tenazas que la amenazaban.

Pero, en tanto que se abría este gran boquete en la mayor parte del frente atacado, la línea se mantenía firme en los dos flancos. Una división del Lancashire, la 55, perfectamente organizada y fortificada en Givenchy y Festubert, continuó rechazando los ataques durante siete días, perdiendo 3.000 hombres y cogiendo 900 prisioneros. En el flanco norte, se hallaba la novena división escocesa, a la que dejamos inquebrantable en Nurlu, en la mañana del 21 de marzo. Después de haber luchado con la mayor bravura y el mayor éxito en aquella gran batalla, y de perder en ella más de 5.000 oficiales y soldados,

había sido apresuradamente completada con reclutas y llevada a descansar y recuperarse en lo que se creía iba a ser un sector tranquilo. Al ser barrido todo el frente al sur de ella, su flanco derecho se encontró envuelto y la resucitada brigada sudafricana contraatacó en la tarde del día 10 y arrojó a los alemanes de la cresta de Messines, fracasando todos los esfuerzos del enemigo para desalojarla de la posición en que se había clavado. Así, los dos contrafuertes permanecieron inmóviles, aunque la pared intermedia se hundiera, y de este hecho dependió sin lugar a dudas la seguridad total del frente y el resultado final de la batalla.

El día 11, el enemigo, con los frentes unidos el cuarto y el sexto ejército, continuó avanzando en todas las direcciones a excepción de los flancos, en los que no pudo abrirse paso. Pueblos y campos que por más de tres años habían albergado a los ejércitos británicos y cuyos nombres se hallaban asociados a victorias duramente ganadas, cayeron en sus manos; se perdieron Merville, Nieppe y el resto de Messines. A medida que su frente se extendía, el enemigo pudo desplegar nuevas divisiones y aumentar a la vez la intensidad del ataque y la extensión de la débil y oscilante línea de la defensa en jaque. Las divisiones 50 y 51 mantuvieron, el 10 y el 11 de abril, una lucha desesperada con siete o más divisiones alemanas a lo largo de un frente cambiante, pero en repliegue, de unos 20 kilómetros.

Al terminar este día, la línea alemana formaba un saliente o bolsa de 15 kilómetros de profundidad y 64 de ancho dentro de la posición británica primitiva. Entretanto, iban precipitándose a la escena refuerzos, a pie, en camiones o por ferrocarril. El resto de la división 29 empezó a llegar al sector norte del ataque y la cuarta y quinta división junto a la 31 (incluida la cuarta brigada de la guardia), la 33, la 61 y la primera australiana estaban todas en marcha hacia el sector sur. Se disputaba cada palmo de terreno y, en la terrible lucha a corta distancia que no cesaba de noche ni de día, las bajas alemanas, como sus fuerzas presentes, eran al menos el doble de las británicas. Esta era, por fin, aunque peligrosa, agónica e imposible de reconocer, la verdadera batalla de desgaste.

El éxito inicial del asalto alemán sobrepasó las esperanzas de Ludendorff y, durante las primeras cuarenta y ocho horas de la batalla, resolvió extender la escala del ataque y empujar con todas sus fuerzas hacia los puertos del Canal. Desde el 12 de abril en adelante, se arrojaron profusamente en la lucha las reservas alemanas, y los jefes de los dos ejércitos, Quast y Sixt von Arnim, fueron autorizados a echar mano libremente de las importantes concentraciones del norte. Comenzada como una diversión para atraer reservas aliadas del frente de Amiens, la batalla del Lys se había convertido en estos momentos en una operación principal.

Desde el punto de vista general, que coincide con el británico, el 12 de

abril es probablemente, después del Marne, el punto culminante de la guerra. Parecía que los alemanes hubieran resuelto poner en juego sus destinos y su renovada superioridad para aniquilar al ejército británico. Durante veinte días, habían empeñado cerca de 90 divisiones en tres grandes batallas contra un ejército que no contaba más de 58, y de ellas la mitad inmovilizada en frentes no atacados. Con una superioridad numérica en las zonas de asalto de 3 y a veces de 4 contra 1, con sus tropas de choque brillantemente instruidas, con su extraordinaria habilidad y espíritu de iniciativa para maniobrar ametralladoras y morteros de trinchera, con su nueva táctica de infiltración, con su corrosivo gas mostaza, con su terrible artillería y su gran ciencia de la guerra, podían muy bien haber triunfado. Los franceses les parecían al Cuartel General británico sumidos en el estupor y la pasividad: desde el desastre de Nivelles, habían estado combatiendo las insubordinaciones y nutriendo los recursos que les quedaban. Con la excepción de la batalla miniatura de la Malmaison, en el invierno, y las escasas y tardías divisiones empeñadas al sur del Somme en la última fase del 21 de marzo, solo habían arrostrado durante cerca de nueve meses la guerra ordinaria de trincheras. Durante este tiempo, el mucho más reducido ejército británico había luchado casi sin cesar y, con habilidad o sin ella, había sacrificado a la causa común, sin contar la prolongada ofensiva de Arras de 1917, más de 400.000 hombres en la tragedia de Passchendaele y perdido cerca de 300.000 más bajo el terrible martillo de Ludendorff. Sobre un ejército desangrado por pérdidas espantosas, con los oficiales de las unidades segados a millares, con sus batallones y baterías completados y repletados con reclutas jóvenes que se hacían entrar en la batalla antes de que conocieran a sus oficiales y de que se conocieran entre sí, caía una vez más la fuerza concentrada del desesperado Imperio alemán.

Además de esto, no se podía amortiguar el choque, ni se podía ganar espacio cediendo terreno; a sir Douglas Haig no le quedaba el recurso de un repliegue como el «Alberico». Solo podían cederse aquí y allá unos pocos kilómetros; podía abandonarse el terreno caramamente comprado de Passchendaele, consiguiendo con ello algún alivio, e Ypres podía, en último término, ser abandonada también; pero en el frente de Amiens, como en el de Arras y el de Béthune, o el de Hazebrouck, había que aguantar o morir. Por esto, en la mañana del 12, el general en jefe, habitualmente tan reservado y, como se ha dicho a veces, tan poco propicio a la emoción, dirigió a sus tropas la orden del día que se acompaña en facsímil: «No nos queda otro recurso que el de combatir. Han de conservarse todas las posiciones hasta el último hombre. No ha de haber idea alguna de repliegue. Con las espaldas apoyadas en el muro y creyendo en la justicia de nuestra causa, cada uno de nosotros ha de combatir hasta el final». En consecuencia, todas las unidades y todos los combatientes de la fuerza expedicionaria británica se dispusieron a vencer o morir.

La lucha continuaba. Los refuerzos cerraban las brechas que se abrían a cada momento en la línea de fuego. Compañías, batallones y brigadas enteras eran aniquiladas en sus puestos. Ludendorff, decidido, implacable y temerario, ponía cada vez más fuerza en juego. Las reservas alemanas iban siendo empeñadas en la lucha. El retumbar del cañoneo resonaba en todo Flandes, y sus ecos llegaban al otro lado del Canal. Pero nada pudo mover a la división 55 a la derecha ni a la novena a la izquierda; llegaban los australianos y la cuarta brigada de la guardia, y se les pudo ver los días 12 y 13 derrochando valor y cubriendo el camino de Hazebrouck. Las unidades estaban tan mezcladas en la línea de fuego que en la carretera de Bailleul a Armentières se encontró Freyberg V. C., que cuatro años antes no era más que un subteniente, defendiendo un frente de 4.000 metros con miembros de cuatro divisiones distintas y apoyado por los restos de dos artillerías divisionarias que habían retrocedido con la línea. Se perdieron Neuve Eglise, Bailleul y Méteren, y el frente, bajo la terrible presión, se dobló hacia atrás. Pero no se rompió y cuando, el día 17, ocho divisiones alemanas, siete de ellas intactas, fueron violentamente rechazadas en su ataque a la famosa colina de Kemmel, la crisis de la batalla del Lys había pasado. La orden del general en jefe se había cumplido estricta y fielmente.

Ya desde antes de comenzar la batalla del Lys estaba convencido sir Douglas Haig de que Ludendorff se proponía aniquilar al ejército británico, y en consecuencia pidió ayuda a Foch.

Propuso al generalísimo que adoptara, sin perder tiempo, una de las medidas siguientes:

1. Iniciar una ofensiva en los siguientes cinco o seis días con los ejércitos franceses y en una escala suficiente para atraer las reservas enemigas.
2. Relevar a las fuerzas británicas al sur del Somme (cuatro divisiones).
3. Colocar un grupo de cuatro divisiones francesas en las cercanías de Saint-Pol, como reserva del frente británico.

El 10, cuando ya había empezado la batalla volvió a escribir:

El enemigo piensa sin duda seguir golpeando contra los británicos hasta que queden agotados. Es indispensable que el ejército francés adopte medidas inmediatas para relevar alguna parte del frente británico y tomar una parte activa en la batalla.

Renovó sus peticiones el 11 y el 14 y, por fin, el 15 recordó:

Su opinión de que las disposiciones adoptadas por el generalísimo eran insuficientes para la actual situación militar.

Con el objeto de dar más fuerza a sus demandas, manteniendo, sin

embargo, buenas relaciones con el mando supremo, ya desde el 10 de abril, Haig había hecho uso en plena batalla del Lys, del general Du Cane, que mandaba el cuerpo 15 británico, enviándole a residir en el Cuartel General de Foch como alto intermediario u oficial de enlace.

Tales peticiones eran sumamente penosas para Foch. Su primer deber era el de reunir y economizar sus reservas: el manejo de las mismas era, a su juicio, la misión principal de un jefe en la defensiva. Ya se habían tenido que dejar en cuadro diez divisiones británicas, a causa de sus bajas, y emplear sus supervivientes para reforzar a las otras. Y preguntaba: ¿Cuándo podrían estas divisiones estar reconstituidas? ¿No podrían los británicos, una vez pasada la crisis de la batalla, iniciar un turno de relevos de partes tranquilas del frente francés con divisiones británicas fatigadas? Tales contrapropuestas no encajaban con la lucha desesperada en que se hallaban empeñados los británicos, y suscitaron penosas discrepancias entre Foch y Haig en una conferencia celebrada el 14 de abril en Abbeville, y a la que asistió lord Milner. Foch creía que la «batalla del norte», como él la llamaba, estaba ya agonizando y que sus reservas estaban dispuestas convenientemente para intervenir sea en la batalla de Flandes, sea en la de Arras-Amiens-Montdidier, que esperaba ver renovarse en cualquier momento. Su actitud excitó el resentimiento de los representantes británicos y no se llegó a ningún acuerdo. Él había visto al primer cuerpo del ejército británico combatir en Ypres en 1914, y conservaba la impresión imborrable de que las tropas británicas resistían a toda clase de pruebas, si se apelaba a ellas resueltamente.

Es indudable que la obligación de Foch era guardar sus reservas y exigir el máximo esfuerzo de todas las facciones de los ejércitos aliados; pero, por lo menos, era prematuro su juicio de que «la batalla del norte estaba agonizando», y no tenía tampoco derecho a contar con la resistencia límite que se estaba exigiendo en aquel momento de las fuerzas británicas desesperadamente apuradas. La teoría de Foch de no relevar nunca a una fuerza durante la batalla podía aplicarse a batallas de dos o tres días, pero las luchas prolongadas durante semanas enteras no admiten tales reglas. Después de un límite determinado, las divisiones que no se relevan desaparecen simplemente por efecto de la matanza y de su mezcla con los refuerzos que se les envían para apoyarlas, y los supervivientes aislados de una serie de días de peligro incesante, de horror y conmociones quedan entorpecidos y desanimados aunque se hallen ilesos físicamente.

Los británicos, tanto el Cuartel General como el Gobierno, que eran precisamente los que habían elevado a Foch al mando supremo, desconfiaban ya del empleo que iba a hacer de sus poderes. Hay que convenir, no obstante, en que Foch iba a quedar justificado por los hechos, ya que los ejércitos británicos capearon el temporal prácticamente sin ayuda alguna y la impulsión

alemana fue muriendo paulatinamente.

Con lentitud y de mala gana Foch se vio obligado a soltar una pequeña parte de sus reservas, y, el 18 de abril, se formó un «destacamento de ejército francés del Norte», consistente en cinco divisiones de infantería y tres de caballería, que tomó a su cargo el frente de Bailleul-Wytschaete. Pero estas tropas, aun después de haber llegado al campo de batalla, solo fueron entrando gradualmente en línea. Al final, esta fuerza francesa se elevó a nueve divisiones de infantería; pero antes de ello había terminado la crisis.

No obstante, la continuación de la batalla, la fuerza del enemigo y el evidente peligro en que se hallaba nuestro ejército sugerían las más graves reflexiones. Supongamos que los alemanes hubieran continuado desgarrando nuestro frente con todas sus fuerzas; supongamos que hubieran puesto a nuestro ejército fuera de combate, y supongamos que el frente distendido se hubiera roto o hubiera sido barrido por una fuerza irresistible. Desde luego, había «las líneas del agua». Al otro lado de Dunkerque, a la línea avanzada le seguía otra segunda o principal que corría a lo largo del Aa desde Gravelinas por Saint-Omer hasta Saint-Venant. En ella se habían realizado grandes trabajos y se la llamaba «línea del agua» a causa del gran papel que podían jugar en su defensa las inundaciones. Esta línea reduciría el frente y representaría un alivio substancial, pero significaba la pérdida de Dunkerque y el bombardeo continuo de Calais. Ambos puertos desempeñaban un papel importante en la recepción de nuestros suministros y su pérdida llevaría consigo dificultades y complicaciones de gran alcance.

Y aún se presentaban posibilidades más sombrías. Supongamos que tuviéramos que escoger entre abandonar los puertos del Canal o quedar separados de la masa de los ejércitos franceses. En el primer caso, quedaban destruidas nuestras comunicaciones más cortas y mejores y, hasta que se habilitaran otras bases, habríamos de contar exclusivamente con el Havre; todos nuestros programas quedarían destruidos de un solo golpe. Me interesaba mucho que esta decisión se examinara detenidamente antes de que llegara el caso.

Se le planteó el dilema a Foch en la reunión del Consejo Supremo de Guerra que tuvo lugar en Abbeville los días 1 y 2 de mayo. Tanto Wilson como Haig comprendían que era necesaria una decisión del mando supremo para que pudieran adoptarse las medidas preventivas, y el jefe del Estado Mayor imperial instó a los representantes del Gobierno británico para que exigieran una respuesta. Pero lo más que se pudo hacer admitir a Foch fue que era más importante conservar el contacto entre los dos ejércitos que conservar los puertos del Canal; él volvía siempre a su idea fija: «Pienso luchar por las dos cosas; la cuestión no puede, pues, plantearse hasta que me encuentre batido. Nunca cederé ninguna de las dos cosas; ni l'un ni l'autre; cramponnez

partout». Arriesgaba mucho en la resistencia del ejército británico, pero no quedó defraudado.

El 25 ocurrió un suceso desgraciado. Las divisiones francesas que se habían desplegado desde el día 18 detrás de nuestro frente se habían hecho cargo de una parte de la línea, que guarnecían con frentes de división que no excedían de 3.000 metros. Incluida en este sector, la división 28 francesa guardaba las preciosas alturas de Scherpenberg y de Kemmel, defendida esta última por un batallón del regimiento 99. Al amanecer, los alemanes concentraron sobre la colina y las trincheras que rodeaban su falda una terrible granizada de proyectiles de alto explosivo y de gases, tanto de artillería como de lanzaminas. Se dice que las máscaras francesas solo estaban parcialmente a prueba de gas, pero sea cual fuese la causa, el hecho es que las tropas francesas de ambos lados de la colina, después de haber rechazado tres ataques de infantería y sufrir grandes bajas, cedieron y se replegaron hacia las siete de la mañana. Su retirada dejó al descubierto a las tropas que ocupaban la cúspide, entre las que había algunas baterías nuestras de morteros. Una desgracia parecida le ocurrió a la brigada británica que guarnecía las trincheras a la izquierda de los franceses; fueron arrollados de flanco y ni uno solo escapó a la muerte o al cautiverio. El desastre habría tomado un sesgo aún peor de no haber sido por la prontitud con que la brigada de Highlanders, que seguía a continuación, dobló hacia atrás su derecha y formó así un corchete defensivo.

Es indudable que las relaciones entre los mandos francés y británico durante el período de batallas que empezó el 21 de marzo no se distinguían por ninguna elevada apreciación mutua de las cualidades militares del otro. El Estado Mayor francés creía que los británicos habían fallado y habían originado un gran desastre en el frente común, y expresaban abiertamente la opinión de que en aquella época la calidad de las tropas británicas era mediocre. En cambio, los británicos sentían que la ayuda que se les había prestado bajo una tensión extrema había sido a la vez débil y lenta y que la entrada en línea de las divisiones francesas de relevo había sido seguida casi siempre de nuevas retiradas. El coronel Boraston cita ejemplos de ataques mancomunados que fracasaron por no ponerse en movimiento las divisiones francesas, aunque estuvieran ya empeñados sus camaradas británicos.

Este autor recuerda igualmente un curioso incidente del que yo fui testigo. Me encontraba el 29 de abril, a las diez, almorzando con sir Douglas Haig, y estaban presentes su jefe del Estado Mayor, sir Herbert Lawrence, y dos o tres ayudantes. El general en jefe acababa de sentarse para tomar el café cuando le llevaron el siguiente mensaje: «El mando de la división 39 francesa da cuenta de que es indudable que el enemigo se halla en posesión de Mont Rouge y de Mont Vidaigne. Las fuerzas a la derecha de Scherpenberg están cortadas. [...]

Se informa que el enemigo está presionando entre Scherpenberg y el Mont Rouge». Al mismo tiempo llegaba un parte de Plumer que confirmaba la noticia y requería la inmediata presencia del jefe del Estado Mayor en el puesto de mando del segundo ejército. No había reserva alguna disponible y, si las noticias eran ciertas, se relacionaban con la decisión discutida en mi memorándum del 18. La sala quedó vacía instantáneamente; Haig se marchó a su despacho diciendo: «La situación no es nunca tan mala ni tan buena como la presentan los primeros informes», y Lawrence desapareció en un automóvil.

Yo pensé que podía ir a ver por mí mismo lo que ocurría y, en consecuencia, salí en mi coche para la zona del cuerpo de ejército de sir Alexander Godley, que era la más próxima a la ruptura referida. Se oía un violento cañoneo, pero en el Cuartel General las caras estaban radiantes: el mando francés había telefoneado que era todo un error y que no ocurría nada de importancia. Tales incidentes son inevitables de cuando en cuando, pero ilustran el estado de tensión en que vivían en aquellos tiempos difíciles los jefes franceses y británicos.

Para los mandos británicos, no obstante, lo peor había pasado ya aunque ellos no lo sabían, y el resto de la guerra con todos sus asaltos y esfuerzos solo les reservaba esperanzas y triunfos. La toma del monte Kemmel fue el último esfuerzo de los alemanes en esta batalla; es asombroso que, después de haber logrado esta gran presa a un precio tan elevado, no la utilizaran. Tal resolución fue de Ludendorff, y los diarios de operaciones y documentación del cuarto ejército capturados por los franceses y que se refieren al período del 9 al 30 de abril muestran que, lejos de presionar a este ejército para que forzara la victoria, fue Ludendorff quien sugirió que había de detenerse y prepararse para resistir un contraataque británico. «Ante la solidez de la defensa —escribía— es preciso considerar si conviene interrumpir o continuar el ataque». A lo que el general Von Lossberg, jefe del Estado Mayor del cuarto ejército, replicó que «nuestras tropas encontraban en todas las partes del campo de batalla una defensa muy sólida, bien escalonada en profundidad y especialmente difícil de dominar a causa de los numerosos nidos de ametralladora. [...] Con las fuerzas actualmente a nuestra disposición, la operación no ofrece probabilidad alguna de éxito y es preferible interrumpirla», lo cual fue aprobado por Ludendorff. La tenacidad de la defensa había triunfado en el momento en que acababa de recibir la herida más peligrosa.

Así terminó la lucha más intensa y terrible entre británicos y alemanes. Durante cuarenta días, del 21 de marzo al final de abril, el esfuerzo principal de Alemania se había consagrado incesantemente a batir y destruir al ejército británico. 120 divisiones alemanas habían atacado repetidamente a las 58 británicas, perforando el frente, logrando grandes ganancias y capturando más de 1.000 cañones y 70.000 u 80.000 prisioneros. Durante estos cuarenta días,

el ejército británico había sufrido en oficiales 2.161 muertos, 8.619 heridos y 4.023 desaparecidos o prisioneros, y en los otros rangos 25.967 muertos, 172.719 heridos y 89.380 desaparecidos o prisioneros. En total 14.803 oficiales y 288.066 soldados de otros rangos, lo que era más de la cuarta parte del total de combatientes británicos a las órdenes de sir Douglas Haig el 21 de marzo. Pero estas pérdidas terribles concentradas en un período tan corto y sobre un organismo militar relativamente tan reducido, no habían agotado por esto su fuerza vital. No se había abandonado ninguna posición decisiva y ningún desmayo había sobrecogido a las tropas ni a sus jefes. La máquina seguía funcionando y los hombres combatiendo. Combatieron terca e indomablemente, convencidos de que, cualquiera que fuera su destino, Gran Bretaña saldría al fin victoriosa como había ocurrido siempre. Gracias a su resistencia tenaz y experta en todos los puntos, gracias a las pequeñas fracciones que siguieron luchando, olvidadas de todos hasta el último hombre, los británicos infligieron a los alemanes pérdidas mayores aún de las que ellos mismos sufrieron, pérdidas irreparables en aquel momento de la guerra y que rompieron desde el primer momento el esfuerzo supremo alemán por la victoria, haciendo sonar la campana fúnebre en los oídos del agotado pueblo germano. En aquellos mismos cuarenta días y entre los alemanes que atacaron a los británicos cayeron 3.075 oficiales muertos, 9.305 heridos y 427 desaparecidos o prisioneros y 53.564 de otros rangos muertos, 242.881 heridos y 39.517 desaparecidos o prisioneros, en total 12.807 oficiales y 335.962 soldados de otros rangos. Un ejército que avanza recoge siempre prisioneros y desaparecidos en escala mucho mayor que su adversario en retirada; estas unidades perdidas son el costoso precio del repliegue y constituyen una reducción de efectivos permanente para el defensor. Pero si hechas estas reservas, se deducen de ambos lados los desaparecidos y prisioneros, resulta el hecho de que los británicos derribaron en estas batallas 308.825 alemanes al precio de 209.466 de los suyos o dicho brevemente 3 alemanes por cada 2 británicos.

Llegaba el turno a nuestros aliados. El martillo que tanto tiempo habíamos sufrido iba a alzarse contra los franceses y si hubiéramos conocido de antemano la prueba que les aguardaba, habríamos agradecido que hubieran nutrido y conservado todas las fuerzas que les quedaban para hacerle frente.

LII

La sorpresa del Camino de las Damas

A finales de abril, cuando murió por fin la batalla del norte, Ludendorff,

después de encontrar allí demasiadas fuerzas delante, buscó hacia otra parte. «La operación más favorable en sí misma —escribe— era continuar el ataque contra el ejército británico en Ypres y Bailleul. [...] Pero antes de que se pudiera atacar allí otra vez, tenía que debilitarse al enemigo y mejorar nuestras comunicaciones». Había renunciado así a todos los objetivos estratégicos decisivos por los que estaban luchando los ejércitos alemanes desde el 21 de marzo. Primero había abandonado el gran arrollamiento del frente británico desde Arras hacia el norte y la destrucción general de los ejércitos británicos, a favor del objetivo más limitado, pero todavía vital, de tomar a Amiens y separar a los británicos de los franceses. Sin poder lograr esto, había golpeado más al norte para distraer a las reservas británicas del campo de batalla de Amiens. Pero, más tarde, la batalla del Lys, empezada como diversión, había ofrecido el premio menor, pero todavía enorme, de los puertos del Canal. En estos momentos, tenía que abandonarse esto también, y sus ambiciones estratégicas, ya reducidas tres veces, tenían que descender aún a otro plano todavía más bajo. La cuarta ofensiva alemana de 1918 era en gran medida una simple aspiración a un éxito local y, aparte de su utilidad en distraer tropas aliadas de los frentes decisivos, no ofrecía ninguna posibilidad estratégica vital.

El mariscal Foch veía con mirada certera la grande y simple escala de los sucesos. Sin dejarse engañar por la enorme masa de consideraciones importantes, pero poco atinadas, que oscurecían los términos del problema, clasificó las necesidades estratégicas de los aliados en su verdadero orden. La primera y muy por encima de todas las demás era la unión de los ejércitos franceses y británicos; la segunda, conservar los puertos del Canal, y la tercera, en un plano menos decisivo, la defensa de París. Pétain, en cambio, mostró en más de una ocasión que su evaluación era diferente, y su actitud en la noche del 24 de marzo, que precipitó la Conferencia de Doullens, prueba que habría estimado la pérdida de París como una desgracia mayor que el corte entre los ejércitos francés y británico. Todavía veremos más adelante: un ejemplo más palpable aún de este error, que en un militar tan completo puede ser atribuido únicamente al sentimiento. París podía haber sido ocupada por los alemanes en junio de 1918 sin que ello evitara el colapso de los imperios centrales en noviembre, en tanto que la pérdida de los puertos del Canal y consiguiente escisión del esfuerzo militar británico habría significado un año más de guerra, y la separación de los ejércitos británico y francés podía muy bien haber producido su derrota final. Afortunadamente, el buen sentido de Foch supo penetrar en la niebla de las apariencias engañosas y, desde el momento en que obtuvo el mando supremo, se consagró a concentrar fuertemente sus reservas de acuerdo con el punto de vista británico para salvaguardar la unión de los dos frentes. Detrás de él, con igual comprensión, Clemenceau, cuando llegó el caso, declaró: «Combatiré delante de París, en

París y detrás de París». Así fueron capaces estos grandes hombres de elevar sus pensamientos por encima de las más caras tentaciones de su corazón, y así hallaron el camino de la seguridad distinguiendo las señales de la verdad.

De la decisión de Foch de concentrar las reservas en Flandes y entre Compiègne y Amiens, se seguía que había que aceptar peligrosas debilitaciones en otras partes importantes del frente. Este desplazamiento hacia el norte de tantas divisiones francesas era observado con profunda ansiedad por Pétain y el Cuartel General francés. Pétain hizo incluso un esfuerzo supremo para retener el último envío, pero Foch insistió. Así, cuando la batalla del Lys llegó al punto muerto, Ludendorff se encontró que no le era posible renovar la batalla de Amiens. Se encontraba ya metido en dos grandes bolsas que había conquistado a costa de gran parte de las reservas superiores que había reunido para la campaña. En ninguna de ellas podía ya avanzar de frente y de ninguna de las dos quería en modo alguno retirarse para no conmover la confianza resplandeciente, pero, como sabía bien, ya frágil, del pueblo alemán. Ambas tenían sus especiales desventajas para las tropas alemanas: en la región del Somme, se veían obligadas a operar entre sus propias devastaciones y con comunicaciones que, aunque mejoradas, hacían imposible montar una nueva ofensiva; en el saliente de Bailleul, las condiciones eran aún peores. La escala era más pequeña, pero por esta misma razón la incomodidad era más intensa; la totalidad del terreno conquistado se encontraba dominada por la artillería británica que lo rodeaba y esta artillería, alimentada con cantidades ilimitadas de municiones y con cañones nuevos, barría y rastillaba el saliente alemán de día y de noche desde tres cuadrantes distintos. En esta caldera habían de ser mantenidas cerca de veinte divisiones alemanas constantemente y a un precio que fundía rápidamente las reservas.

Ludendorff hubo de escoger entre funestos presentimientos el lugar del siguiente ataque. Exteriormente, todo iba bien; pero, en realidad, todo había salido al revés. Quedaba solo el consuelo de la venganza espectacular. Había aún inmensos recursos a mano y podía todavía lograrse una victoria deslumbrante, por estériles que fueran sus consecuencias, que conservara la ilusión del éxito creciente. Ya desde el 17 de abril se ordenó al grupo de ejércitos del príncipe heredero que preparara con urgencia una ofensiva sobre el Camino de las Damas, con objeto de irrumpir entre Soissons y Reims. Los preparativos se hicieron con la perfección y ciencia habituales y con un sigilo sin precedentes. El primer ejército y el séptimo reunieron para la batalla 29 divisiones, se desplegaron nada menos que 1.158 baterías y se fijó la hora para las dos de la madrugada del 27 de mayo.

Foch conocía, lo mismo que Pétain, los perjuicios a que sus prudentes disposiciones exponían a los ejércitos franceses, y durante todo el mes de mayo los dos generales no pudieron adivinar por dónde iba a caer el golpe. Se

ha atribuido la culpa al Estado Mayor del sexto ejército francés. El temperamento colérico de su jefe, el general Duchêne, tenía desanimados y alejados a sus subordinados y la máquina trabajaba mal. En este momento más que en ninguno habría habido que hacer esfuerzos, sin reparar en pérdidas, para rasgar el velo que encubría al enemigo por medio de incursiones súbitas en uno y otro punto, a fin de obtener la información indispensable. Pero nada de esto se hizo con éxito, ni por el sexto ejército, ni en ningún otro sector del frente francés. En el Camino de las Damas, había cuatro divisiones francesas en línea con otras cuatro en reserva detrás del Aisne, y a su derecha estaba el noveno cuerpo de ejército británico al mando de sir Alexander Hamilton Gordon, que comprendía tres divisiones en línea (la octava, la 50 y la 21) y la 25 en reserva, todas ellas muy mutiladas en la batalla del norte y enviadas por expreso deseo de Foch a lo que era considerado por los franceses como el sector más tranquilo del frente, para completarse e instruir a sus reclutas. A pesar de las advertencias formales del Cuartel General británico de que estaba montándose un ataque contra el frente del Aisne, el Estado Mayor del sexto ejército francés informaba en la mañana del día 25 de mayo: «En nuestra opinión, no hay indicio alguno de que el enemigo haya hecho preparativos que le permitan atacar mañana».

Lo que siguió es interesante. Al amanecer del día 26, los franceses cogieron dos prisioneros alemanes: uno era soldado y el otro un officier-aspirant, pertenecientes a dos regimientos distintos de cazadores. En el camino hacia el Cuartel General de la división, sus captores entablaron conversación con ellos: el soldado habló de que iba a haber un ataque y el oficial lo contradijo. A su llegada a la Sección de Información del cuerpo de Ejército, los prisioneros fueron interrogados por separado, y el oficial que lo fue primero se mostró muy locuaz y declaró que los alemanes no tenían intención alguna de realizar un ataque en este frente. Siguió el interrogatorio del soldado que dijo que la tropa creía que atacarían aquella noche o la siguiente, pero no podía asegurar la fecha. Cuando le presionaron dijo que se habían distribuido ya los cartuchos y las granadas de mano pero todavía no las raciones en frío; había visto el día anterior junto a su alojamiento a soldados que pertenecían a distintos regimientos de la guardia; no sabía más. Entonces se llamó de nuevo al oficial y se le dijo que, con arreglo a las leyes de la guerra, no se le había obligado a hablar, pero que él había hecho voluntariamente declaraciones de las que se le haría responsable, pues dar informaciones falsas era un acto de espionaje. Ante esto se turbó visiblemente y bajo nuevas presiones acabó por dar al fin los detalles más completos del ataque que iba a lanzarse el día siguiente. Eran ya las tres de la tarde del 26; se dio la alarma y todas las tropas disponibles ocuparon sus posiciones de combate.

Pierrefeu ha descrito las horas terribles que pasaron entonces Pétain y el Estado Mayor del Cuartel General francés allá lejos en Provins. Sabían que se

avecina un inmenso desastre, que ningún refuerzo podía llegar en varios días y, después, durante un período aún más largo, solo llegaría a razón de dos divisiones por día. Entretanto, no se podía hacer nada dentro de los límites humanos. Toda la noche permanecieron sentados en sus despachos silenciosos, doblados ante el golpe inminente y sufriendo otro tipo de torturas a que estaban condenadas las tropas. A la una de la madrugada se inició el tiro alemán sobre un frente de 30 kilómetros y tres horas más tarde avanzaron 18 divisiones contra las 4 francesas y las 3 británicas, convalecientes. Aunque las tropas estaban alertadas, la sorpresa estratégica fue completa y aplastante. Dice el príncipe heredero:

Después de tres horas y media de preparación de artillería y morteros de trinchera, saltaron las divisiones adelante contra el Camino de las Damas. [...] La pequeña fuerza enemiga que guarnecía la posición, 6 divisiones francesas y 3 inglesas de trinchera, fue aplastada y de una sola embestida se llegó al Camino de las Damas y al canal Aisne-Marne. A primeras horas de la tarde, nuestras unidades de vanguardia estaban ya en el Aisne y, horas más tarde, el centro del tercer ejército alcanzaba el Vesle por ambos lados de Fismes. En un solo día se había logrado una ruptura de 20 kilómetros de profundidad. El ala izquierda del séptimo ejército había cruzado también el canal Aisne-Marne.

Las tres divisiones británicas que estaban en línea y la 25, que quedó empeñada casi inmediatamente, ofrecieron una resistencia más firme. A su derecha estaba la división 45 francoargelina, que, al no ser atacada directamente, pudo prestar un apoyo firme. Girando sobre este gozne, la línea británica se dobló hacia atrás bajo la enorme presión de su frente, teniendo su izquierda en peligro constante. Afortunadamente, los británicos, al retirarse, se encontraron en la región cubierta y abrupta del oeste de Reims, que favorecía la defensa en un combate en retirada. Por fortuna, la división 19 británica acababa también de llegar a Chalons, para descansar y recuperarse, y desde el cuarto día pudo apoyar a la línea británica. En aquel momento, la división 21 estaba prácticamente destruida y, para el 1 de junio, el conjunto de las cinco divisiones británicas era apenas equivalente a una sola completa. Todas las tropas se aguantaron como el mes anterior en el Lys, mientras eran exterminados batallones enteros y perecía gran parte de la artillería con sus cañones en el campo. Los campesinos franceses, en su ignorancia y terror, hicieron objeto a las tropas en retirada de demostraciones hostiles.

Entretanto, sobre la izquierda británica, el golpe alemán había logrado la ruptura completa. El Estado Mayor del general Duchêne retardó tanto tiempo la destrucción de los puentes sobre el Aisne que la mayor parte de ellos cayeron intactos en manos del invasor. El 2 de junio, había caído Soissons, y los alemanes habían llegado al Marne en Château-Thierry.

Pierrefeu ha descrito el episodio siguiente en un pasaje emocionante. De

pronto, las carreteras entre Provins y el frente hacia Meaux y hacia Coulommiers empezaron a llenarse de interminables columnas de americanos. La impresión que causó sobre los apurados franceses este torrente, al parecer inagotable, de brillante juventud en su primera plenitud de salud y de vigor, fue prodigiosa. Ninguno tenía menos de veinte años y muy pocos más de treinta. Cuando los vio pasar apretados en sus camiones, alborotando las carreteras, cantando a voz en grito las canciones de un mundo nuevo y ansiosos de llegar al campo de batalla, el Cuartel General francés se sintió estremecido por la impulsión de una nueva vida. «Todos sintieron —dice— que estaban presenciando la operación mágica de una transfusión de sangre. Llegaba la vida a torrentes para reanimar el cuerpo exhausto de una Francia desangrada por las innumerables heridas de cuatro años». Y, realmente, esta imagen se ajusta a la realidad con una exactitud particular. A medio instruir, a medio organizar, solo con su valor, su número y su juventud magnífica junto a sus armas, iban a comprar la experiencia a un amargo precio. Pero estaban plenamente dispuestos a ello.

Las desdichas de la batalla del Camino de las Damas produjeron el notable resultado de mejorar las relaciones entre los ejércitos francés y británico. Después de una sorpresa tan aparente y de un retroceso de 20 kilómetros en un solo día, que constituyó el récord de todas las batallas del frente occidental, los franceses no estaban ya en condiciones de conservar el aire de superioridad que no habían podido disimular ante los italianos después de Caporetto ni ante los británicos después del 21 de marzo. Hasta el momento en que sintieron a su vez la fuerza de una ofensiva de Ludendorff, habían admitido sencillamente que las francesas eran las únicas tropas que podían mantener un frente en las condiciones modernas. Tales ilusiones habían quedado segadas por la guadaña alemana, y la intensidad de sus tribulaciones comunes unió a los aliados más estrechamente que nunca. Además, el Mando francés estaba muy pesaroso ante las terribles pérdidas sufridas por las cinco divisiones británicas que les habían sido confiadas para un período de recuperación. Pagaron en términos generosos de soldado su tributo a los hechos de armas de estas tropas, y merecen transcribirse las palabras del general Maistre, jefe del grupo de ejércitos en que estaban incluidas: «Con una tenacidad que me atrevo a llamar británica, sumergidos en la oleada enemiga, habéis ido reconstituyendo sin desmayar nuevas unidades para sostener la lucha, lo que nos ha permitido, al fin, formar el dique que ha detenido a este diluvio. Esta acción no la olvidará ningún francés que la haya presenciado». La segunda división y la quinta batería de la brigada 45 de artillería de campaña fueron recompensadas con la Cruz de Guerra por haber combatido hasta perder el último hombre.

El avance de los alemanes hasta Château-Thierry, a solo unos cien kilómetros de París, me planteó problemas casi tan serios y tan inminentes como los que nos habían amenazado durante la batalla del Lys. Tenía bajo mi

responsabilidad, entre otras cosas, la totalidad del suministro en aeroplanos y material de aviación de todas clases. El Ministerio de Municiones era una tienda gigantesca donde el Ministerio del Aire encargaba todo lo que necesitaba y, bajo la increíble actividad de sir William Weir, entonces ministro, los encargos de las fuerzas aéreas llegaron a producir vértigo. Habíamos descubierto que los franceses tenían una amplia capacidad de producción suplementaria, y en consecuencia, y de acuerdo con Loucheur, yo había ordenado a sir Arthur Duckham que les encargara pedidos enormes. Las fábricas francesas de las que dependía una parte esencial de nuestros programas estaban, en su mayoría, agrupadas alrededor de París, con lo que el inminente peligro de la capital exigía planes detallados para trasladar estos establecimientos al sur, caso de necesidad, y a la vez una decisión acertada sobre la oportunidad y momento de efectuar tal operación. Si los trasladábamos sin motivo, se interrumpiría la producción, pero si retardábamos el viaje no podríamos, quizá, desplazar toda la maquinaria. París estaba en estos días de incertidumbre tranquilo e incluso agradable; el cañón alemán de gran alcance que enviaba sus proyectiles cada media hora había eliminado, en realidad, a casi todos los que no estaban demasiado ocupados ni eran demasiado pobres. La ciudad estaba vacía y agradable durante el día, y de noche había casi siempre el entretenimiento de una incursión aérea. Sobre toda la capital reinaba el espíritu de Clemenceau: «Estamos ahora cediendo terreno, pero no nos rendiremos jamás, y lograremos la victoria si las autoridades están a la altura de su misión».

Ludendorff había abierto entonces una tercera bolsa en el frente aliado. En las tres se encontraban incómodas las tropas alemanas, con sus comunicaciones muy difíciles y su posición estratégica general delicada. Parecía probable que tratarían, pues, de cortar el saliente francés que asomaba entre Montdidier y Château-Thierry hasta Noyon. La región de bosques espesos de Villers-Cotterêts y el hecho de que los alemanes solo disponían de una línea de ferrocarril para toda la bolsa de Château-Thierry hacían improbable un ataque desde el este y, en cambio, el frente delante de Compiègne desde Montdidier hasta Noyon resultaba evidentemente el más interesante. Monsieur Clemenceau me había autorizado, e incluso pedido, que fuera a todas partes, lo viera todo y «le dijera a míster Lloyd George lo que se estaba haciendo». En consecuencia, y en la medida que me lo permitía el trabajo de la Conferencia Interaliada de Municionamiento que estaba en curso, procedí a visitar los ejércitos de los generales Humbert y Debeny, que eran los que esperaban el choque. Conocía personalmente a estos dos generales y más aún al general Fayolle, que mandaba el grupo de ejércitos. Se podía llegar desde París al frente en menos de tres horas y aprovechaba la ocasión para seguir con la mayor atención los métodos de defensa perfeccionados que estaban adoptando los franceses. En estos momentos ya no se exponía nada de

importancia al bombardeo inicial de los alemanes; una fuerte línea de nidos de ametralladora, posicionados estratégicamente y cuidadosamente ocultos, quedaba únicamente en contacto con el enemigo. Detrás de estas tropas abnegadas para las que el asalto solo podía significar la destrucción, había una zona de 3.000 a 4.000 metros de fondo, en la que únicamente había fuertes puntos de apoyo guarnecidos por fuerzas relativamente débiles, y tan solo a 7.000 metros de las baterías enemigas se hallaba preparada la verdadera resistencia de la infantería y artillería. Cuando se veían todas las fortificaciones y dispositivos y las cantidades de baterías y de ametralladoras que erizaban la línea principal de resistencia y se sabía, además, que no podía quedar sujeta al bombardeo pesado hasta que los tenaces puestos destacados en la alejada vanguardia hubieran sido exterminados, resultaba difícil de admitir que algún ejército del mundo pudiera apoderarse en un solo día del conjunto de la posición desde el frente a la retaguardia.

En la tarde del 8 de junio estuve paseando por el centro de la línea francesa delante de Compiègne. Había en el aire un presagio de batalla; se habían dado todas las instrucciones y cada uno estaba en su puesto. El día había sido tranquilo y ni un solo cañonazo turbaba la suavidad de aquella tarde de verano. Los soldados franceses que aguardaban al nuevo golpe del destino estaban muy tranquilos y animosos, incluso alegres. En la tarde siguiente, todo el terreno por el que me habían conducido estaría en manos de los alemanes y la mayor parte de los que habían hablado conmigo iban a estar muertos o prisioneros.

A primeras horas de la mañana del día 9, empezó el ejército 18 alemán lo que ellos llamaron la batalla de Noyon, a la vez que el séptimo ejército atacaba al sudoeste de Soissons. De este modo, todo el frente amenazado quedó en combate, pero la intensidad del ataque duró solo dos días. Los alemanes penetraron hasta una profundidad de 15 kilómetros y pusieron pie en las alturas delante de Compiègne, pero los nuevos métodos de defensa exigían una labor muy dura, y una prudente elasticidad en el empleo del terreno permitió a los franceses ahorrar pérdidas. A partir del 11, empezó Fayolle a lanzar poderosos contraataques cuidadosamente preparados, especialmente en la dirección de Méry y se continuaron el 12 y 13. Sin embargo, ya desde el 11 había comprendido Ludendorff que la tarea estaba más allá de sus fuerzas. Dice: «A consecuencia de la gran acumulación de tropas enemigas, el día 11, el Gran Cuartel General ordenó al ejército 18 interrumpir el ataque con objeto de evitar bajas. Era evidente que el ataque empezado al mismo tiempo por el séptimo ejército al sudoeste de Soissons no lograba tampoco la ruptura. La acción del ejército 18 no consiguió alterar la situación estratégica [...] ni proporcionó ningún nuevo resultado táctico».

Hasta entonces los aliados no habían experimentado durante el año más

que retrocesos; habían sentido toda la potencia militar de Alemania y no podía evitarse la sensación de estar luchando con un monstruo de recursos al parecer insondables, de fuerza infatigable e invulnerable, ya que no lo detenía siquiera la matanza en gran escala. Nadie esperaba un final rápido, pero la idea de que la guerra pudiera tener otro resultado que la derrota total de Alemania estaba firmemente desterrada incluso de las conversaciones privadas. Todas las personalidades dominantes estaban resueltas a combatir hasta la victoria, y los soldados, con fe sencilla, la daban como cosa hecha. Dice Ludendorff: «Era ciertamente desalentador que nuestros dos grandes ataques no hubieran forzado una decisión. Que habían sido victoriosos no podía dudarse. [...] Pero el mal efecto de la desilusión se doblaba por el hecho de que no lo pudiéramos superar en nuestro estado de espíritu de entonces». Sin embargo, no es cierto que fueran victorias: eran solo carteles de propaganda. De las cinco grandes batallas que se habían librado, las tres primeras contra los británicos no habían alcanzado ninguno de los objetivos estratégicos cada vez más reducidos a que aspiraban; la cuarta contra los franceses era una simple victoria local muy espectacular, pero sin consecuencias estratégicas, y la última, o batalla de Noyon, era una parada en seco. La ofensiva suprema había llegado a un punto muerto, y el 11 de junio marcaba un jalón en la guerra sobre el frente francés, como el 12 de abril había marcado otro sobre el frente británico. En el bando alemán, y a pesar de los triunfos sensacionales, todo era desilusión, mientras detrás del frente aliado, y a pesar de sus amargas experiencias, los cimientos de la confianza seguían sólidos.

Estos tres meses de batalla incesante habían representado realmente una profunda alteración de la balanza estratégica. En Alemania se habían empeñado a fondo las fuerzas más importantes. El elemento capital de la sorpresa, sin el cual no era posible ninguna gran ofensiva, dependía de la facultad de tener dispuestos simultáneamente cinco o seis ataques de primera magnitud en diferentes partes del frente; este había sido el factor desconcertante para los aliados antes del 21 de marzo. Pero en estos momentos la mayor parte de estos ataques habían sido ya lanzados y las posibilidades que le quedaban abiertas a Ludendorff eran restringidas y en gran parte definidas. Sus depósitos estaban vacíos, mientras los nuestros se estaban llenando.

La balanza numérica se había invertido pesadamente. Los británicos habían matado, herido o capturado en aquella lucha de cinco semanas cerca de 400.000 alemanes, en tanto que sus propias bajas en hombres y material habían quedado más que reemplazadas gracias a la actividad de su Gobierno. Realmente, nuestro ejército era más fuerte a fines de junio que en la víspera del 21 de marzo. Se habían traído divisiones de Italia, Salónica y Egipto; habían salido tropas de la metrópoli; el Ministerio de la Guerra se había sobrepuesto, al fin, al absurdo temor de una invasión, y se habían formado, para guardar las líneas de trincheras, divisiones de hombres maduros que,

cuando llegó el momento, demostraron que podían avanzar lo mismo que aguantar parados. Sir Douglas Haig era consciente de su continuo incremento de fuerzas y, como iban a probar los sucesos, lo valoraba mejor que nadie.

También los recursos de Francia, tan pródigamente gastados al principio y tan celosamente economizados en los últimos años, eran suficientes para un esfuerzo final, y detrás de ellos los americanos se estaban concentrando por decenas de millares día tras día. Para esta época, la marina británica sola, de guerra y mercante, había transportado y convoyado hasta Francia cerca de tres cuartos de millón de soldados americanos. Todos estos hechos justificaban la confianza en terminar exitosamente la campaña de aquel año y en que la del año próximo sería decisiva.

La situación personal del mariscal Foch después del 27 de mayo no estaba indemne. Francia le atribuía la responsabilidad principal de haber desviado las reservas francesas para cubrir la unión con el ejército británico. El nombramiento de un generalísimo solo se había logrado contra oposiciones muy serias y naturales, y los primeros frutos de la «unidad de mando» y de la dirección personal del frente por Foch habían sido un desastre manifiesto. Corrían fuertes corrientes subterráneas de quejas y reproches, y los británicos tampoco creían haber sido bien tratados en su penosa prueba. Además, había motivos razonables de desconfianza: a diferencia de Haig y de Pétain, el mariscal Foch no tenía a su disposición la gran maquinaria de un Estado Mayor General; operaba solo con lo que describía alegremente como «ma famille militaire», un reducido número de oficiales afectos a su persona, que compartió durante toda la guerra sus variadas vicisitudes. A su frente había un joven general, Weygand, activo, discreto y silencioso en sus maneras, que más tarde iba a darse a conocer mejor. La cuestión de si este círculo extraordinariamente reducido estaba en condiciones de informar a su jefe sobre la enorme cantidad de detalles técnicos que han de examinarse antes de comparar y seleccionar entre varias alternativas las operaciones de los grandes ejércitos modernos, no podía ser contestada en aquel momento, y sobre este asunto se mantenían también muchas dudas. No obstante, el mariscal Foch, edificando su casa sobre la roca de la verdad estratégica, aguardaba con paciencia.

LIII

El reflujo de la marea

En el mes que siguió a la batalla de Noyon, los jefes alemanes se encontraron frente a un panorama terrible, y una creciente sensación de lo

inevitable empezó a enfriar todos los corazones. No aparecía ninguna grieta o hendidura en la poderosa combinación de estados, casi el mundo entero se había levantado en armas, que miraba con ojos de estatua desde el otro lado de los frentes de batalla. Francia, bajo el puño de Clemenceau era una roca; se sabía que el ejército británico se estaba recobrando rápidamente, y bajo la dirección de Lloyd George el Imperio británico entero resonaba con el eco de un esfuerzo redoblado; los americanos llegaban a torrentes a través del océano; Italia, tan próxima a extinguirse en el anterior invierno, renovaba sus fuerzas. Y, entretanto, de todas partes llovían sobre el Gran Cuartel General noticias sombrías: Turquía estaba desesperada; sobre Bulgaria se cernía un silencio siniestro; el Imperio austrohúngaro estaba al borde de la disolución; un motín acababa de estallar en la marina alemana y, además, el propio ejército alemán, el fundamento y vida de los imperios centrales, empezaba a mostrar también síntomas inquietantes. La nación alemana había empezado a desesperar, y los soldados se habían enterado de este estado de ánimo. Ocurrían desagradables incidentes; aumentaban las desertiones y los hombres que se iban con permiso se mostraban reacios a volver al frente. Los prisioneros alemanes liberados de Rusia por el tratado de Brest-Litovsk volvían infectados con el virus de Lenin y rehusaban en gran número ir otra vez al frente. Se había iniciado contra los oficiales una campaña de innmerecidos reproches: su rutina esmerada y concienzuda, que les había permitido en todos los frentes exigir dos vidas aliadas por cada una alemana, no les valía contra el cargo de no compartir las privaciones de la tropa. El fuego de los británicos había causado duras pruebas en marzo y abril y, por primera vez desde el principio de la guerra, sentía Alemania la rápida sangría que estaba acostumbrada a imponer a los demás. Pero la gigantesca máquina guerrera obedecía todavía a las palancas de la autoridad y, pese a accidentales trepidaciones y sacudidas, los dientes de sus innumerables ruedas seguían triturando implacablemente.

Y en Ludendorff había un jugador empedernido, incapaz de retirarse de la mesa mientras le quedara algo por jugar. ¿Quién podía asegurar si en este momento tenía o no razón? Él no podía saber si, adoptando una política defensiva, realizando un gran repliegue estratégico o ganando a toda costa un invierno más para negociar, no se habría dado con ello, precisamente, la señal del temido colapso. No; era mejor reunir todas las fuerzas para un envite supremo. Y Ludendorff había, en efecto, concentrado ya sus fuerzas para una zambullida más. Todavía la suerte podía sonreír: una victoria brillante contra los franceses, la marcha sobre París, y entonces, cuando todas las reservas aliadas se interpusieran para cubrir la capital, un directo súbito con la derecha contra los británicos y los puertos del Canal. Tal era, por lo menos, su propósito.

El calvario del emperador alemán durante la gran batalla de Reims ha sido

objeto de un estudio imaginativo, aunque profundamente instructivo, de un escritor alemán distinguido. El relato se limita a las actividades e impresiones del emperador seguidas, hora tras hora, durante el período de menos de diez días en que se empezó y se decidió la batalla. Y, con una meticulosidad muy alemana, consagra a este tema más de quinientas páginas en pequeños caracteres. La llegada del tren imperial a una estación apartada; el encuentro del supremo señor de la guerra con sus generales, Hindenburg solemne, respetuoso y vago; Ludendorff preocupado, conciso y reservado, como el hombre que está llevando el timón. Tal es la escena inicial. Los resortes imperiales están gastados: estos hombres están luchando contra el destino y no desean añadir a un tercero en sus secretos. El emperador es relegado ceremoniosamente a una elevada torre de madera especialmente construida en un bosque, y desde esta plataforma, que sobresale por encima de los árboles, el todopoderoso dispondrá de la mejor situación para ver lo que ocurre. Y aquí ha de continuar encaramado con su séquito inmediato, seis días enteros, con los ojos clavados en unos anteojos que no le muestran más que humos y manchas distantes, en tanto que su trono se bambolea y se decide la suerte de su pueblo, completamente ineficaz e inútil, presa de la peor ansiedad, pero en todo caso fuera de la escena.

El plan de Ludendorff para la batalla de Reims seguía el modelo habitual alemán de la doble tenaza y venía a tener casi las mismas dimensiones del ataque del 21 de marzo. Se lanzaban dos ataques independientes y simultáneos, uno a cada lado de Reims, dejando un espacio inactivo de 20 kilómetros entre ambos, con objeto de cortar aquella ciudad y las alturas que la rodean. El séptimo ejército alemán atacaba cruzando el Marne al oeste de Reims y el primer y el tercer ejército, al este; se habían asignado quince divisiones a la primera oleada de cada uno de estos ataques, y el ancho total de la ofensiva, incluido el intervalo silencioso, era de cerca de 70 kilómetros, hallándose el punto de convergencia hacia Chalons. Si esta batalla prosperaba, la creciente amenaza sobre París atraería a las reservas aliadas hacia el sur, para defender la capital, y entonces, cuando la situación estuviera madura, el príncipe Ruperto caería con 31 divisiones sobre los británicos de Flandes, reanudando la batalla del Lys y la marcha sobre los puertos del Canal. La idea era grandiosa y las fuerzas empleadas en el conjunto de la operación las más grandes desplegadas desde la invasión inicial.

El secreto de estos designios no era desconocido por los aliados. Las concentraciones enemigas estaban perfectamente definidas, y la información procedente de desertores y prisioneros capturados en incursiones bien organizadas proporcionó a los cuarteles generales francés y británico toda clase de detalles complementarios, cuando todavía quedaba tiempo suficiente para las preparaciones necesarias. Haig se dispuso a hacer frente a Ruperto, y Pétain organizó el frente de Reims con un cuidado minucioso y estudiado. La

línea francesa estaba mantenida al oeste de Reims por el ejército de Berthelot, el quinto, y al este por el de Gouraud, el cuarto, uno y otro del grupo de ejércitos de Maistre. Una vez tomadas estas medidas, la coordinación general de la gigantesca batalla quedaba en manos de Foch.

La intervención de este mando supremo fue decisiva. Ni Haig ni Pétain, sumidos en sus propias preocupaciones, podían tener una visión general. Además es improbable que de una discusión entre dos jefes de igual autoridad e igualmente amenazados, cada uno con objetivos a proteger igualmente vitales, pudieran haber surgido las disposiciones adecuadas. Entre cooperación, por leal que sea, y unidad de acción, hay un abismo suficiente para convertir la victoria en derrota. Pese a toda la incertidumbre, Foch confió en la información disponible y resolvió dejar que se desarrollara la batalla de Reims y luego, cuando estuviera en su punto culminante, asestar un potente contraataque sobre el flanco derecho alemán en pleno avance. A este efecto concentró con el mayor sigilo en los bosques de Villers-Cotterêts un ejército de más de veinte divisiones y 350 tanques o carros franceses ligeros. Sacó estas fuerzas de las reservas que Pétain hubiera querido conservar para guardar a París, y a la vez, el día 12, pidió que se trasladaran cuatro divisiones británicas a la zona francesa, dos al sur del Somme y otras dos a caballo sobre este río, para asegurar la unión de los ejércitos británico y francés cerca de Amiens, y con ello podía mover otras cuatro divisiones francesas más al este y, por lo tanto, más cerca de la inminente batalla. El Cuartel General británico accedió a ello y se dieron las órdenes oportunas, pero, el día 13, Foch pidió que estas cuatro divisiones quedaran absolutamente a su disposición para la batalla y que cuatro divisiones británicas más fueran a ocupar sus puestos.

Estas eran propuestas muy serias. Frente al sector de Hazebrouck, peligrosamente cercano a la costa, se sabía que el príncipe Ruperto tenía ocho divisiones en línea y otras veintitrés, de ellas veintiuna frescas, en reserva. Contra este ataque ya montado, los británicos podían alinear solo quince divisiones, reservas incluidas, y dos de ellas estaban aún a medio instruir, y otra era de personal de segunda línea. Sir Douglas Haig envió inmediatamente las dos divisiones adicionales que habían de sustituir a las que estaban a caballo sobre el Somme, pero insistió en la acumulación de preparativos de los alemanes para atacar el frente británico y en la incertidumbre del punto sobre el que iba a caer el golpe, declarándose opuesto a enviar de momento más tropas a la Champagne. Pidió que, por lo menos, se difiriera la decisión sobre este último punto hasta que se hubiera entrevistado con Foch en Monchy, como había sido convenido para el día 15.

Entretanto, el Gobierno británico se había alarmado ante la positiva debilitación de las reservas británicas en el momento en que era indudable que iba a lanzarse en cualquier instante una serie de terribles ataques sobre

nuestras sufridas tropas. También estaba sumamente ofendido porque se habían desviado del sector británico a casi todas las tropas americanas que iban llegando. El primer ministro convocó, el 13 por la tarde, una reunión del Gabinete de Guerra en Hassocks, y, como resultas de ella, el general Smuts fue enviado a Haig para decirle que, si consideraba conveniente invocar el Acuerdo de Beauvais, el Gobierno lo apoyaría plenamente. A este extremo habían llegado las cosas cuando empezó la batalla.

En el momento de levantarse el telón sobre la nueva escena, podemos dirigir una mirada circular a los personajes principales. El emperador, el día 15, se halla desde antes de amanecer en su elevada pértiga entre las copas de los árboles. Ludendorff está en Avesnes lleno de nervios. Pétain tiene su atención clavada en el frente y en la capital, que se encuentra solo 90 kilómetros más atrás y sobre la que va a romper la tempestad. Haig y su jefe del Estado Mayor piensan que a ellos les está reservado más bien el segundo golpe, pero que este será, sin duda, terrible: creen que la línea francesa aguantará después de doblarse, pero, en cuanto a la posibilidad de un contraataque francés, la creen demasiado buena para ser verdad. Al este de Reims, y detrás de un frente falso cuidadosamente elaborado, se halla Gouraud, un alma indomable en un cuerpo mutilado, hábil, caballeresco y exactamente informado: conoce incluso la hora H de los alemanes y, tres horas antes de que empiece el bombardeo enemigo, toda su artillería abre un tiro de contrapreparación sobre las apretadas baterías y trincheras de reunión del asalto. En los bosques de Villers-Cotterêts está agazapado el ejército del contraataque de Foch: dos fuertes divisiones americanas y dieciocho de veteranos franceses. A su frente encontramos de nuevo al impetuoso Mangin, había pasado por días oscuros desde la reconquista de Douaumont: el desastre de Nivelles, del que fue hecho víctima propiciatoria; la destitución del mando que ejercía y de toda clase de mandos; una orden ministerial prohibiéndole residir a menos de 50 kilómetros de París, y luego empleos insignificantes, mientras Armagedón se encarniza; una cosa terrible de soportar. De repente, Clemenceau, superior a los que sacrifican víctimas propiciatorias, extiende su fuerte mano, y Foch, entonces simple consejero, propone se le dé a Mangin un cuerpo de ejército. Se barren oposiciones y prejuicios y, después de seis meses de prueba al frente del noveno cuerpo, «Mangin el Carnicero» es puesto de nuevo a la cabeza de un ejército, y en estos momentos, como un leopardo hambriento, agazapado en una rama, está viendo aproximarse la ocasión incomparable que va a pasar a sus pies. Por último, en el fondo, detrás de todos estos personajes, en el hermoso castillo de Bombon, donde el sol naciente baña las praderas y el murmullo de las aguas se une al cortejo del verano, está sentado el mariscal Foch, con Weygand a su lado y su «familia militar» alrededor: tiene que librar tantas batallas detrás como delante del frente.

De los parapetos alemanes brotan de pronto cataratas de fuego y acero. Los veteranos de la patria corren adelante. Hay que cruzar el Marne, y millares de cañones y de ametralladoras levantan espuma de sus aguas. Pero las tropas de choque siguen adelante, endurecidas, acostumbradas a la batalla y otra vez con el «Nach Paris» en los labios. Lanzando en un abrir y cerrar de ojos frágiles pontones y almadías, dando alaridos y vomitando metralla, atraviesan el río, escalan la orilla opuesta y luchan con los franceses y también con los americanos, numerosos, frescos y fríamente dirigidos. Después de sufrir duras pérdidas logran, al fin, desalojarlos y consolidan sus ganancias. Lanzan puentes, hacen pasar artillería y municiones y, cuando cierra la noche sobre el sangriento campo de batalla, hay 50.000 alemanes fortificados en un amplio frente, 7 kilómetros desde el Marne. Aquí paran, para reunir nuevas fuerzas después de haber realizado el máximo de lo que pueden hacer unos soldados.

Pero al este de Reims, las cosas iban de otra manera. La contrapreparación de Gouraud castigó al primer y al tercer ejército alemán antes, incluso, de que se les diera la señal de avanzar. El general había descubierto sus baterías bajo el azar de su información. ¿Lo justificarían los hechos? Su jefe del Estado Mayor entró en su habitación en Chalons con el reloj en la mano: «No han empezado y es la hora H. Los prisioneros nos han engañado». «Quedan aún dos minutos», respondió Gouraud también reloj en mano, y así permanecieron los dos hombres frente a frente esperando sin aliento al nuevo cañoneo que había de añadirse al trueno apagado del bombardeo francés. Y, exactamente, en el instante que el reloj de Gouraud señalaba la hora, pasó sobre sus cabezas un ruido como el de un tren en marcha y con estruendo ensordecedor un proyectil alemán gigante destrozó la instalación eléctrica inmediata y sumergió al Cuartel General en una total oscuridad. Los dos jefes franceses recibieron este mensaje inequívoco con una sensación de agradecimiento y de alivio: no habían expuesto en vano sus baterías.

El tiro preliminar infligió a los alemanes concentrados pérdidas muy severas y el avance empezó en condiciones muy desventajosas. El frente falso francés resistió tenazmente y hubo de ser laboriosamente exterminado. Y entonces, más allá del alcance de su propia artillería, chocaron los alemanes con el frente verdadero, flamante, impenetrable, animado con contraataques. En toda la línea, de un extremo a otro sin excepción, quedó frenado el avance de los dos ejércitos alemanes ante la defensa francesa y, después de un día entero de espantosa matanza, no se había ganado nada de importancia. El fracaso era decisivo. «Al mediodía del día 16 —dice Ludendorff—, el Gran Cuartel General dio la orden de suspender la ofensiva del primer y del tercer ejército y de que se organizara la defensa retirando a este efecto algunas divisiones. [...] Una vez tomada la difícil decisión de suspender la ofensiva de estos ejércitos, era inútil intentar avanzar más al otro lado del Marne o dejar tropas nuestras en la orilla sur. Pero habían de tomarse algunas medidas para

cruzar de nuevo el río antes de que pudiera empezarse la retirada». La retirada se fijó para la noche del 20 al 21, pues en este tiempo se esperaba aún hacer progresos aguas arriba del Ardre hacia Reims.

Estas decisiones de Ludendorff no eran conocidas, naturalmente, por Foch ni por Pétain, y el día 15 fue de gran estrés para el general Foch. Los primeros informes de la batalla del ejército de Gouraud, en la mañana del 15, eran tan satisfactorios que Foch salió para su cita con Haig en Monchy. Pero en el Gran Cuartel General francés de Pétain, es indudable que había gran escepticismo sobre el contraataque de Mangin, y está probado que trataron a toda costa de retrasarlo. Años más tarde se ha dicho que Pétain arguyó: «Es demasiado pronto. Dejemos avanzar más a los alemanes. Cuando hayan comprometido plenamente en la batalla a todas sus reservas, entonces el contraataque será más efectivo». Si fue este el motivo real o es una explicación a posteriori para cubrir un exceso de celo respecto a París, es un punto que se discutirá aún mucho tiempo. Pero lo que está fuera de discusión es la acción personal del general Foch: en su camino a Monchy se detuvo en el Cuartel General de Fayolle, en Noailles, y allí supo que Pétain había dado instrucciones para que todas las divisiones francesas disponibles estuvieran preparadas para marchar a Reims. Foch anuló inmediatamente estas órdenes y dijo que había que apresurar la preparación del contraataque de Mangin con la mayor celeridad, y que el golpe se daría en cuanto fuera posible; quería que tuviera lugar el 17 y solo de mala gana accedió a que se fijara definitivamente para el 18.

El Cuartel General francés elevó nuevas protestas; no es seguro que emanaran directamente de Pétain, pero lo cierto es que, a las doce y veinticinco minutos, Foch telefoneó a Pétain desde Monchy, y le dijo: «No ha de pensarse en modo alguno en retrasar y mucho menos en suspender los preparativos de Mangin. Solo en caso de urgencia y necesidad extrema puede usted tomar las tropas absolutamente indispensables, informándome de ello en el acto». Hecho esto, empezó su discusión con Haig. El Cuartel General británico creía que la derrota del 27 de mayo había afectado gravemente a la moral del ejército francés y era sumamente escéptico sobre la posibilidad y la resolución de los franceses de lanzar un fuerte golpe ofensivo; temía que sus propias reservas se gastaran, no en un contraataque decisivo en el momento oportuno, sino simplemente para aumentar la masa de tropas interpuesta entre París y el enemigo. Los altos mandos francés y británico estaban en íntimo contacto entre sí y la opinión defensiva de Pétain era bien conocida por Haig. El generalísimo no podía alegar en su haber más que el desastre del 27 de mayo y la carencia de toda maquinaria del Estado Mayor, a excepción de su pequeño grupo personal del castillo de Bombon. Haig podía simpatizar con la idea de Foch, pero ¿podría el generalísimo ponerla en práctica? En la crisis de la batalla del frente de Reims y con París quizá en el fiel de la balanza, ¿no prevalecerían, al fin, el bien conocido punto de vista de Pétain y la fuerza de la

organización del Estado Mayor francés? A pesar de todo, Haig accedió a desplazar en ayuda de los franceses la totalidad de las cuatro nuevas divisiones británicas, y se ordenó a las dos primeras que completaran al cuerpo de ejército 22 al sur del Somme.

En las últimas horas de aquella misma noche, llegó a la escena el general Smuts, miembro y enviado del Gabinete de Guerra. Explicó su misión al general en jefe y le ofreció el apoyo del Gobierno británico, si creía que se le presionaba indebidamente. Haig replicó «que admitía el riesgo, que aceptaba la responsabilidad y que creía haber obrado en el mejor interés de la causa aliada». Incluso le dio a Smuts una nota escrita en que afirmaba «aceptar el riesgo y admitir plenamente que la culpa recayera sobre él, si sus disposiciones —de Foch— resultaban erróneas, mientras que si resultaban acertadas, el mérito recayera solo sobre Foch». Y añadía, intencionadamente: «Con esto el Gobierno puede quedar satisfecho».

Entretanto, se proseguía en Provins una violenta discusión. Después del relevo del general Anthoine, a raíz del 27 de mayo, había aparecido en el Cuartel General francés una nueva figura: el joven y audaz general Buat. Escogido por Foch y Clemenceau, había sido nombrado mayor general de los ejércitos y, contra la voluntad de Pétain, se había convertido en su brazo derecho. Buat, como sin duda esperaban los que le habían elegido, echó todo su peso en el platillo del contraataque inmediato y, al final, Pétain y el Estado Mayor francés tuvieron que consentir en obedecer las órdenes del mando supremo.

La batalla del Marne continuó durante todo el 16 con violentos contraataques franceses. En la mañana del 17, Foch envió a Haig al general Du Cane con una carta acerca del ataque que amenazaba al frente británico y sobre las medidas de precaución a adoptar por las reservas británicas para contrarrestarlo. Cuando subía Du Cane a su coche, Weygand, que lo había seguido hasta la puerta, le dijo: «El general Foch le autoriza para que diga a sir Douglas Haig que el ejército de Mangin atacará mañana a las ocho de la mañana con veinte divisiones».

El Estado Mayor del Cuartel General británico estaba sumamente preocupado con la dispersión de sus reservas. Reforzado con la visita de Smuts, durante el día 16, había expuesto las más graves consideraciones al general en jefe, y el general Du Cane se encontró a su llegada ante la minuta de una carta que esperaba solo la firma de Haig y en que se solicitaba el regreso inmediato al norte del Somme de las cuatro divisiones del cuerpo 22. Su entrevista personal con el general en jefe no logró impedir que la carta fuera firmada y remitida, pero Haig, convencido entonces de que el gran contraataque era cosa segura, añadió un mensaje verbal, diciendo que «si las tropas británicas eran necesarias para explotar un éxito, podían, desde luego,

ser utilizadas», y esto era, en realidad, todo lo que se les pedía.

He descrito estos trámites con algún detalle porque señalan el momento culminante de la carrera de Foch como jefe supremo de los ejércitos aliados, y porque muestran, como es justo hacerlo, a la vez sus dificultades y la parte personal preponderante que desempeñó en unas victorias que, a partir de entonces, iban a compartir todos. Muestra también la ayuda importante que en aquella crisis de incertidumbre terrible le proporcionaron sir Douglas Haig y el ejército británico.

Vamos ahora, por un momento, a cruzar las líneas.

En la noche del 17 al 18 —escribe Ludendorff— fui al Cuartel General del grupo de ejércitos del príncipe Ruperto para revisar una vez más el estado de sus preparativos. El ataque se consideraba como una continuación del que había sido interrumpido a fines de abril. Lo iban a realizar el cuarto y el sexto ejército al norte del Lys, y sus objetivos eran la toma de las alturas dominantes situadas entre Poperinghe y Bailleul, así como de las que rodean a Hazebrouck. En la mañana del día 18, durante la discusión con el Estado Mayor del grupo de ejércitos, recibí las primeras noticias de que, por medio de un inesperado ataque de tanques, los franceses habían roto la línea al sudoeste de Soissons. [...] Terminé la conferencia en el grupo de ejércitos del príncipe Ruperto (naturalmente en un estado de máxima tensión nerviosa) y volví enseguida a Avesnes.

A la hora marcada, el ejército de Mangin había saltado adelante. Su batalla siguió el modelo de la de Cambrai: no hubo preparación artillera; 330 carros ligeros Renault salieron del bosque y se abrieron camino a través de la línea alemana, detrás de ellas adelantó la infantería francesa en superioridad abrumadora. El enemigo quedó sorprendido en un ancho frente, detrás de él se hallaban las tropas alemanas recogiendo tranquilamente la abundante cosecha; tuvieron que soltar las hoces y combatir en el punto en que se encontraban. Los trigos crecidos estorbaban a sus ametralladoras, menos a las que estaban provistas de trípodes especiales, y los pequeños tanques continuaron mortíferamente rompiendo las defensas. Al caer la noche, el ejército de Mangin había avanzado un promedio de 5 kilómetros en un frente de 45. No se había dado el golpe decisivo en el frente occidental, pero desde este momento hasta el fin de la guerra, sin excepción alguna, los aliados avanzaron ya siempre y los alemanes estuvieron ya siempre en retirada.

Durante estos días terribles, las autoridades en municionamiento británicas, francesas, americanas e italianas habían estado en conferencia continua en París. El tronar distante del cañoneo y el sordo estallido, cada media hora, de las granadas del Bertha nos recordaban que la campaña de 1918 seguía adelante, aunque todo nuestro trabajo estuviera concentrado en la de 1919.

Producción y distribución del acero, del carbón y de los nitratos, manufactura de artillería, proyectiles, ametralladoras, carros, aviones y gases tóxicos en la mayor escala posible y bajo el arreglo más armónico, eran problemas que nos tenían a nosotros y a los enormes cuerpos de técnicos que dirigíamos, cada día y todo el día sujetos a la mesa de la Conferencia. Y, desde luego, mientras la batalla estuvo en el fiel de la balanza, yo esperaba, dispuesto en cualquier momento, a poner en movimiento el detallado y trascendental proyecto de evacuación y reconstrucción de las fábricas de municiones de París que nos afectaban. En la última semana de julio, fuimos invitados a tomar un día de descanso y a visitar la escena de la victoria. Pasando por Château-Thierry y el destrozado frente, llegamos al Cuartel General de Mangin, en Versigny, la casa del general se encontraba al final de una larga avenida de cañones y morteros de trinchera alemanes capturados. Mangin nos recibió cordialmente, sin que su porte modesto pudiera ocultar su alegría. Después de comer tuve ocasión de hallarme a solas con él y, conociendo los altibajos que había atravesado, le dirigí algunas palabras de admiración por su señalada victoria. Recuerdo exactamente su contestación: «Le maréchal Foch l'a conçue; le général Gouraud l'a rendue possible; moi, je l'ai faite». Años más tarde, cuando repetí estas palabras al general Gouraud, este, después de reflexionar un largo momento, me dijo: «Esta es la pura verdad». Y pienso, realmente, que tales palabras pueden muy bien servir de resumen a este memorable acontecimiento.

Invisible en la superficie, el reflujo de la marea había ya empezado. Ludendorff, no obstante, siguió perseverando, y el príncipe heredero imperial y su Estado Mayor lograron frenar el avance francés sobre su flanco. Las divisiones que debían haber apoyado la marcha sobre París formaron rápidamente un frente contra el contraataque francés y, tras la primera sorpresa, se ganaron ya muy pocos kilómetros sobre aquel tenaz enemigo. En dos semanas de dura lucha, los alemanes lograron extraer hábilmente sus masas de hombres y material del peligroso saliente del Marne. Pero Ruperto, que tenía ya el martillo alzado, permaneció inmóvil donde estaba. Al principio, fue solo un aplazamiento de una semana o dos, mientras se reorganizaban las posiciones alemanas del saliente del Marne; luego, se retiraron algunas divisiones de su grupo de ejércitos para contribuir a dicha reorganización; luego otras más, y luego otra semana de aplazamiento. Así permaneció Ruperto veinte días esperando la señal, y esta nunca llegó. La balanza en la que eran pesados los ejércitos y las naciones en lucha había oscilado; su inclinación era aún imperceptible a la vista del público, pero los espíritus directivos del Gran Cuartel General alemán registraron una sensación definida.

Pero entonces iba a ocurrir un suceso que disiparía todas las dudas. «El 8 de agosto —escribe Ludendorff— fue el día de luto del ejército alemán en la

historia de esta guerra. [...] El 8 de agosto abrió los ojos de los estados mayores de ambos bandos; los míos, desde luego, quedaron abiertos. [...] El emperador me dijo más tarde que, después del fracaso de la ofensiva de julio y después del 8 de agosto, sabía que la guerra ya no podía ser ganada».

El 24 de julio, tuvo lugar en Bombon la única conferencia en que se reunieron los altos mandos aliados. Foch presentó a Haig, a Pershire y a Pétain un documento que esbozaba sus proyectos para el resto del año. Su plan puede describirse someramente como sigue. En primer lugar, reducir los tres principales salientes del frente enemigo Amiens, Château-Thierry y Saint-Mihiel, con vistas a mejorar para la campaña de 1919 las comunicaciones ferroviarias laterales a lo largo de todo el frente desde los Vosgos al mar, a liberar como acción secundaria las minas de carbón de Bruay y a otras empresas menores. En segundo lugar, y caso de tener éxito estas operaciones, realizar una ofensiva general con todas las tropas disponibles. Se dice que entre sus íntimos había empezado ya a considerar la esperanza de alcanzar la victoria final en 1918, y su expresión favorita en aquel tiempo era: «L'édifice commence à craquer. Tout le monde à la bataille!». Por otra parte, su memorándum expone que dependerá de los éxitos que se logren en estas varias operaciones el que se pueda explotar plenamente el triunfo «antes de que llegue el invierno». Todos sus planes apuntaban al verano de 1919. En agosto, al ser preguntado cuándo terminaría la guerra, su respuesta oficial fue «hacia el siguiente otoño, dentro de doce meses», e incluso a mediados de octubre su Estado Mayor respondía que «para la primavera».

El Cuartel General británico había quedado agradablemente sorprendido por el éxito del contraataque de Mangin, pero su escepticismo quedó aún en pie por la impotencia de los franceses, aparte de la sorpresa inicial, no hicieron progresos efectivos contra los alemanes en el saliente de Château-Thierry ni impidieron que el príncipe heredero extrajera sus tropas de su peligrosa situación. No obstante, Haig estaba dispuesto al ataque y convino totalmente con el generalísimo sobre las medidas inmediatas a adoptar. Ya el 13 de julio mandó a Rawlinson para que preparara una ofensiva del cuarto ejército contra el saliente alemán de delante de Amiens. Los planes de Rawlinson estaban, pues, muy adelantados: había aceptado con lógica y convicción el modelo completo de una batalla de tanques y disponía, en total, de cerca de 600, de los cuales, prescindiendo de los que estaban en reparación, 96 eran de repuesto, 22 para transportar cañones y solo 420 eran carros de asalto propiamente dichos. De estos últimos, 324 eran del último modelo, el Mark 5, con más velocidad y maniobrabilidad, y con un peso cada uno de más de 30 toneladas. Todo se subordinaba a la sorpresa del ataque de tanques; se reunieron 120 regimientos de artillería británica de todos los calibres, pero se prohibió todo bombardeo preliminar, no debía dispararse un tiro ni siquiera para corregir. Los tanques habían de avanzar sin obstáculo ni servidumbre alguna,

simultáneamente con la infantería y con la barrera móvil artillera a unos doscientos metros detrás. Su aproximación se disimularía con tiros de barrera, especialmente ruidosos, con la niebla matinal y con otras nieblas artificiales. La artillería británica de calibres mediano y pesado se emplearía principalmente contra los cañones enemigos similares. La infantería, acompañada de cerca por numerosas baterías de campaña y teniendo próximas grandes masas de caballería, aprovecharía el éxito de los carros. Lo esencial de todo el plan era la sorpresa: el ejército de Rawlinson tenía una posición de espera muy limitada, y si el tiro enemigo de contrapreparación sorprendía a nuestras tropas en el momento de reunirse, las consecuencias serían desastrosas. Por esta razón no deseaba Rawlinson combatir con los franceses directamente enlazados a su derecha, temiendo que peligrara el secreto en una operación así combinada. Además, el ejército de Debeney tenía pocos tanques y no podía atacar sin preparación de artillería. Para asegurar la cooperación completa, Foch puso todas las tropas británicas y francesas bajo las órdenes de sir Douglas Haig, y el peligro de que el bombardeo francés previo anulara la sorpresa se eliminó asignando el asalto de la infantería francesa para tres cuartos de hora más tarde que el de la británica. Así no se dispararía un tiro antes de la hora H, y en el segundo y tercer días de la batalla irían luego interviniendo sucesivamente el resto del ejército de Debeney y el de Humbert.

A las cuatro y veinte minutos de la mañana del día 8 de agosto, en la penumbra de un amanecer neblinoso, avanzaron los carros británicos por la «tierra de nadie», a la vez que rompía el fuego la artillería aliada. Cuatro divisiones canadienses, otras cuatro australianas y dos británicas, seguidas de tres más en reserva y del cuerpo de caballería, avanzaron por el frente británico y ocho divisiones francesas cooperaron más tarde en escalón a la derecha. La victoria se declaró inmediatamente a lo largo de toda la línea, pero, especialmente, en el centro, donde combatían los canadienses y australianos. Ludendorff había adoptado medidas especiales para reforzar la línea alemana. «En este centro ciclónal —escribe— los frentes divisionarios eran estrechos, había abundante artillería y el sistema de trincheras estaba escalonado en profundidad». Pero de nada valió: los alemanes no pudieron resistir a los tanques. «Seis divisiones de primera clase» se deshicieron casi inmediatamente ante fuerzas apenas superiores en número. En menos de dos horas, los británicos cogieron 16.000 prisioneros y más de 200 cañones y, hacia mediodía, los tanques y los autocañones, seguidos por la caballería, estaban hostigando 14 kilómetros más allá del frente alemán. Los franceses, que atacaron sin carros, avanzaron la mitad de esta distancia, pero el avance británico permitió dominar el cruce de Chaulnes con fuego a corta distancia y destruyó con ello las comunicaciones alemanas de que dependía su frente entero de Montdidier a Lassigny. Esto fue decisivo, y cuando dos días más tarde se unió a la batalla el ejército de Humbert, halló las alturas próximas a

Lassigny abandonadas y el avance de los aliados fue general sobre un frente de 120 kilómetros.

Los días 9 y 10 los pasé en el campo de batalla. Había estado el día anterior en el Gabinete de Guerra, cuando sir Henry Wilson había anunciado el comienzo de la batalla, y, cuando por la tarde empezaron a llegar las primeras noticias de una gran victoria de tanques, decidí coger mi avión y tomarme un par de días de vacaciones. El Cuartel General de Rawlinson estaba en Flixicourt, junto a Amiens.

Me retrasé mucho a causa de las enormes columnas de prisioneros alemanes que afluían sin cesar por las polvorientas carreteras. Nadie que haya sido alguna vez prisionero puede pasar indiferente ante la suerte de los soldados que la fortuna de la guerra condena a esta prueba. La expresión abrumada de los oficiales contrastaba fuertemente con el porte casi alegre de los soldados de filas. Todos habían pasado por una experiencia severa: el terrible bombardeo, la embestida irresistible de los tanques escupiendo ráfagas de ametralladora en todas direcciones, la catástrofe de la rendición, la larga marcha de un campo de batalla lleno de exigencias al campo contrario, donde solo hallarían consideración, una noche en los campos de alambradas avanzados y otra larga marcha desde el amanecer. «À la guerre, comme à la guerre!».

El general me recibió con su buen humor habitual y, durante la comida, mientras seguían pasando columnas de prisioneros que proclamaban su victoria, me fue explicando cómo se había logrado. La victoria era, realmente, de él y del cuarto ejército a sus órdenes: había apartado las ideas anticuadas y empleado las armas como había que usarlas, cosechando una rápida y abundante recompensa.

Este es, quizá, el momento de dar al lector una ligera descripción de sir Henry Rawlinson. Lo conocía desde Omdurman, donde fue uno de los principales oficiales del Estado Mayor de Kitchener. En la Gran Guerra, lo había encontrado en toda clase de vicisitudes. Primero en el Aisne, en septiembre de 1914, antes de que él tuviera ningún mando, echados los dos sobre un almiar sin terminar, viendo caer las granadas en la carretera de Soissons; luego en Amberes, donde llegó para tomar el mando en un momento en que la prolongación de la defensa se había hecho muy problemática; más tarde, en mi despacho del Almirantazgo, después de haber sido virtualmente destruida la séptima división que él mandaba en la primera batalla de Ypres y cuando mucha gente tendía a censurar su actuación. Por fin, en abril de 1918, me había encontrado con él en Dury, en la última fase del 21 de marzo, cuando con alguna caballería y ametralladoras y con elementos de los establecimientos de instrucción estaba cubriendo y soportando la disolución del quinto ejército. En estos momentos lo encontraba en el cenit de su carrera,

en el momento en que, en gran parte por su actuación personal, acababa de ganarse una batalla que sabemos hoy ha de contarse entre los episodios decisivos de la guerra.

A través de estas vicisitudes era siempre el mismo. En la mejor como en la peor de las suertes, en la situación más peligrosa y desesperada como en la cumbre de la fortuna, era siempre el mismo caballero y deportista rudo y animoso, siempre pronto a acoger cordialmente a los amigos cualquiera que fuese su posición, y con la misma visión aguda, práctica y resuelta sobre los hechos de cualquier forma que se presentaran. Los lectores de la Historia de Asiria, de otro Rawlinson y del Herodoto, de otro más, reconocerán con seguridad la fuente hereditaria de esta fuerte capacidad de adaptación.

La batalla estaba aún en su apogeo y pregunté desde dónde se podría ver mejor. Hay una carretera bien conocida de la Royal Air Force que corre derecha como una flecha por 50 kilómetros en dirección este, de Amiens a Vermandoy. «Está siendo bombardeada, pero no hay en ella congestiones y puede usted seguir adelante hasta donde quiera». Y así fuimos por esta famosa carretera, atravesando Amiens, desierta, destrozada y espectral y Villers-Bretonneux, convertida en un montón de ruinas humeantes, abriéndonos paso por los intervalos de un interminable convoy que iba adelantando lentamente de un lugar bombardeado a otro. El campo de batalla presentaba toda clase de recuerdos: había cadáveres alemanes por todas partes, repartidos en grupos de dos o tres o de media docena en una amplia extensión; rígidos en sus nidos de ametralladoras, convertidos en flácidos cadáveres, yacían aquellos fieles legionarios del káiser, que habían tratado de contener la derrota de las «seis divisiones alemanas de primera clase». Sobre nuestras cabezas hizo explosión un globo cautivo británico, formando un disco de fuego del que caían en paracaídas pequeñas figuras negras. La caballería galopaba alegremente sobre el terreno conquistado como si hubiera sido la que había proporcionado la victoria. Junto a un bosquecillo había siete u ocho tanques rodeados de cadáveres alemanes, en el lugar en que una batería disimulada los había destrozado; estaban retorcidos y chamuscados por los incendios de petróleo en que habían perecido. «Casi toda la dotación murió carbonizada —dijo el oficial del equipo de enterradores—, los vivos son los que están peor».

Finalmente, donde las balas empezaban a sacudir el follaje y soldados recién heridos eran retirados de la línea de fuego avanzada, un soldado australiano dijo: «Es lo mejor que hemos tenido. Ayer tuvimos un día muy duro, pero esta mañana nos han relevado, y ahora está atacando —obsérvese la expresión— una brigada imperial».

El colapso teutón

Antes de la guerra, había parecido imposible que tales terrores y matanzas, si es que llegaban a empezar, pudieran durar más de unos meses. Después de los dos primeros años era difícil creer que pudieran terminar algún día. Parecíamos separados de la antigua vida por un abismo inconmensurable: la capacidad humana de adaptación nos había habituado a los horrores del nuevo ambiente. A lo lejos brillaba una pálida estrella de paz y hogar, pero en las cercanías rugía la tempestad con furia incesante y más bien creciente. Año tras año todos los optimistas habían quedado desacreditados, las sanas esperanzas desvanecidas y la nación británica se había resignado pacientemente a proseguir su labor sin preguntar cuándo terminaría. En los círculos gubernamentales donde tantos planes se habían hecho para más de un año más allá, este estado de ánimo formaba el fundamento subconsciente de nuestros pensamientos. La victoria final parecía segura, pero cómo y cuándo vendría, si sería en 1919, o en 1920, o más tarde aún, eran cuestiones demasiado especulativas para ser aceptadas entre las necesidades imperiosas de la vida diaria y mucho menos esperaba nadie que llegara la paz en 1918. No obstante, y siempre que de vez en cuando se pensaba en estas preguntas sin respuesta, surgía inmediatamente la cuestión: ¿se hundiría Alemania súbitamente como lo había hecho después de Jena, o combatiría hasta el final como los franceses bajo Napoleón, o los confederados con Lee? La Gran Guerra había surgido cuando ambos bandos confiaban en la victoria: ¿continuaría cuando uno de ellos no tuviera ya esperanza alguna? ¿Formaba parte del temperamento alemán, tan valiente, pero a la vez tan lógico, combatir en una desesperación vengativa? ¿Tendríamos un año de batallas en el Rin, una marcha sobre Berlín, un aplastamiento militar en campo abierto y un sometimiento de la población civil? ¿O habría algún intenso espasmo nervioso, alguna irresistible y casi universal aceptación de la derrota y de todo lo que la derrota llevaba consigo? Nosotros pensábamos siempre que ocurriría como en Jena, pero trazábamos nuestros planes para la alternativa de larga duración.

Evidentemente, el interés supremo de Alemania, una vez disipada toda esperanza de victoria, requería la retirada ordenada de la mayor parte de sus ejércitos a la línea Amberes-Mosa, y de allí a la frontera alemana. Después de la batalla del 8 de agosto y de las conclusiones deducidas de ella por los dirigentes alemanes, asegurar esta retirada a toda costa era el deber fundamental de militares y estadistas, así como de todos los partidos y clases sociales. Además, tal retirada habría podido llevarse a cabo con seguridad si la decisión hubiera sido inmediata. Aparte de todas las maniobras dilatorias que proporcionan la estrategia y la táctica para entorpecer la persecución, los

alemanes poseían en aquel momento un simple ingenio mecánico cuya plena utilización les habría hecho ganar, sin duda, el tiempo requerido hasta la primavera de 1919. Habían construido espoletas de tiempos aplicables a granadas y a minas que podían graduarse para retardar la explosión, no simplemente días o semanas, sino incluso varios meses. Los invasores habrían podido sembrar tras ellos, en las carreteras y vías férreas, minas y granadas que las irían destrozando día tras día en una serie renovada e inacabable de explosiones y en lugares y momentos que los perseguidores no podrían prever. El único procedimiento para utilizar una vía férrea así minada habría sido el de construir en la inmediación otra completamente nueva con todo el material que pudiera salvarse de la antigua. Con ello no habría sido posible a los ejércitos aliados avanzar hasta las fronteras alemanas hasta haber reconstruido la totalidad del sistema ferroviario intermedio, lo que, ciertamente, no podría haberse terminado antes de fin de año y hasta entonces no se podría empezar el pesado proceso de adelantar la enorme masa de material necesaria para montar una gran ofensiva.

Con esto habría ganado Alemania un plazo de quizá seis meses antes de que pudiera actuar toda la fuerza de los ejércitos aliados sobre su frontera y de que se viera expuesta a la verdadera invasión. Tenía el tiempo suficiente para escoger y preparar posiciones fuertes y para reunir en defensa de su territorio todos los recursos restantes del país. Y aun más importante que todas las ventajas militares, era el efecto que Alemania, al admitir la derrota y retirarse totalmente de Francia y Bélgica, habría producido sobre la cohesión y poder de dirección de los aliados. La liberación del suelo francés era el impulso dominante que sostenía en la guerra al pueblo de Francia, y la restauración de Bélgica seguía siendo el principal punto de acuerdo de los propósitos guerreros de Gran Bretaña. Al eliminar ambos motivos habría quedado Alemania en pie con las armas en la mano en los umbrales de su propio país, dispuesta a hacer una paz de derrota, a ceder territorios y a pagar reparaciones, pero dispuesta, también, si se rehusaba negociar, a defenderse hasta el límite, y capaz de infligir a los invasores dos millones de bajas, y en tal caso parece casi cierto que no se la habría acosado hasta el final. La sed de venganza era alta, y el temple de los aliados era severo, pero la retribución, por justificada que fuera, no habría constituido, frente a verdaderas ofertas de paz, un incentivo suficiente para inducir a las fatigadas naciones a un año más de gastos y matanzas espantosas. Si en la calma y el frío del invierno, hubiera el orgulloso enemigo buscado la paz y abandonado previamente todas sus conquistas, el arreglo hubiese sido inevitable. Incluso en esta última fase no hubiera necesitado Alemania llegar a la triste situación de rendirse a discreción a los que había ofendido de un modo tan odioso.

Sin duda obraron simultáneamente muchos factores sobre los que todavía regían a Alemania, pero es probable que la última posibilidad se perdiera por

una razón sumamente fútil. El Cuartel General alemán no pudo hacerse a la idea de afrontar las consecuencias de un repliegue rápido e inmediato. Se dice que Foch exclamó, a fines de agosto, señalando el mapa: «Este hombre —el teutón— podría escaparse aún si no le importara abandonar su equipaje». Las inmensas cantidades de municiones y suministros bélicos de todas clases que los alemanes habían acumulado en Francia y Bélgica durante los cuatro años eran entonces una impedimenta fatal. El Estado Mayor alemán no pudo resignarse a sacrificarla. Sus vías férreas se encontraron pronto congestionadas con montañas de material, y en este tiempo se paralizó la política suprema de guerra del país, y el frente duramente presionado empezó a crujir y bambolearse.

En estas páginas poco más puede hacerse que citar la serie de grandes y sangrientas batallas y demás acontecimientos por efecto de los cuales los ejércitos alemanes fueron arrojados de Francia y de Bélgica y el Imperio entero llevado al colapso, a la rendición incondicional y a la revolución interior. Apenas había terminado la victoria del 8 de agosto, cuando Foch y Haig trataron de renovar el ataque. Pero surgió alguna discrepancia sobre el procedimiento y la dirección a adoptar. La directiva de Foch del 10 de agosto prescribía el avance inmediato del cuarto ejército británico de Rawlinson y del primero francés de Debeney hacia el Somme, en la dirección general de Ham; se ordenaba que el tercer ejército francés prolongara el ataque y aprovechara el avance del primero, y se indicaba a Haig que lanzara lo antes posible al tercer ejército británico (Byng, situado al norte del cuarto) en una ofensiva hacia Bapaume y Péronne. Pero Haig tenía otras ideas: no creía practicable un nuevo e inmediato avance hacia el Somme por Rawlinson y Debeney; defendía que el tiro de la artillería enemiga había aumentado notablemente y que los alemanes se habían establecido en su viejo frente de 1914-15, que estaba aún en buen estado y bien precedido de alambradas; el terreno estaba deshecho y no era adecuado para los carros; y el sector estaba guarnecido, al menos, por dieciséis divisiones alemanas. En tales circunstancias, y después de una inspección personal, Haig dispuso que el ataque se aplazara hasta que pudieran adelantar los cañones pesados y se pudiera montar una batalla de artillería. En cambio estaba plenamente de acuerdo con el ataque del tercer ejército británico, y por propia iniciativa ya había dado órdenes al general Byng, antes de que le llegara la directiva de Foch del día 10. Igualmente se proponía emplear la derecha del primer ejército británico (Horne).

El día 14 de agosto, Foch reiteró sus instrucciones. No veía la necesidad de retardar el ataque frontal Rawlinson-Debeney hasta que pudiera participar Byng, y no había considerado la posibilidad de emplear a Horne. Haig siguió rehusando atacar hasta que su despliegue artillero estuviera completo y dijo que «nada había ocurrido que le hiciera modificar su opinión. [...] Rehusaba, pues, alterar las órdenes que había dado a ambos ejércitos». Y, entretanto,

estaba trasladando rápida y secretamente sus reservas al ejército de Byng y reforzando a Horne con el nuevo y potente cuerpo canadiense. En resumen, Foch quería proseguir el ataque frontal al sur del Somme, y Haig insistía en iniciar una nueva y amplia batalla al norte, en el frente Monchy-le-Preux-Miraumont. La divergencia entre ambos planes era capital, y el 15 se hizo una conferencia en Sarcus. Haig insistió en su propósito y, aunque «empleando el tono más amistoso», hizo resaltar su «responsabilidad unilateral ante su Gobierno y sus conciudadanos sobre el empleo de las fuerzas británicas». Foch vio que la cosa no podía evitarse y se resignó: en la nueva directiva, consecuencia de la conferencia, aceptó el plan y dispositivos británicos, pero retiró al primer ejército francés del mando de sir Douglas Haig y, desde mediodía del 16, lo puso de nuevo a las órdenes del general Pétain.

Es posible que Haig exagerara el poder de resistencia de los alemanes al sur del Somme (frente Roye-Chaulnes), pero sus razones eran tan sólidas como su negativa, y los hechos probaron que estaban justificadas. El 21 de agosto, el tercer ejército británico empezó la importante batalla de Bapaume: reforzado con cien carros y avanzando al sur sudeste sobre un terreno no desfavorable para esta arma soberana, como lo habrían sido los campos de embudos del Somme, el general Byng empujó hacia atrás la línea alemana. El ejército 17 germano, sobre el que cayó el golpe, estaba dispuesto 5 kilómetros detrás de un frente falso, como el del modelo Gouraud, y contraatacó en toda la línea el día 22. Pero como los británicos habían empleado, cautelosamente, solo una parte de sus fuerzas al principio, reforzaron poderosamente el asalto, rechazaron el contraataque y prosiguieron su avance. El mismo día, se reconquistó Albert, y el 23 pudo Haig ordenar el avance general en un frente de 60 kilómetros. La batalla fue disputada sin cesar, pero la progresión británica fue continua. El 26, intervino la derecha del primer ejército británico desde Arras, añadiendo otros 7 kilómetros a la amplitud del ataque, que se convirtió así en el frente ininterrumpido más largo de todas las batallas ofensivas libradas hasta entonces en Occidente. También el cuarto ejército iba entonces a ponerse en movimiento.

Aquel mismo día, y cediendo a la presión desde el norte, los alemanes se retiraron de Raye y se replegaron a la línea del Somme. De este modo, el objetivo inmediato que perseguía el mariscal Foch, y que había tratado de lograr con un ataque frontal del cuarto ejército británico, fue conseguido automáticamente con el ataque del tercero. El 29, se reconquistaron las ruinas de Bapaume. De Péronne a Noyon los alemanes se mantuvieron firmes; pero, en la noche del 30 al 31 de agosto, la segunda división australiana, por medio de un hecho de armas notable, se apoderó de Mont Saint Quentin, que era la llave de Péronne, comprometiendo así la totalidad de la línea del río. Péronne volvió a nuestro poder el 1 de septiembre, y, el 2, intervino en la batalla el primer ejército británico, y, con el cuerpo canadiense y la cuarta división

británica, rompió tras una lucha sangrienta el fuerte sistema defensivo llamado «la charnela Drocourt-Quéant». Como consecuencia, los alemanes abandonaron toda la línea del Somme y se replegaron del Oise al Sensée, hacia la línea Hindenburg.

La gran embestida británica puede decirse que terminó el 3 de septiembre. Este día los tres ejércitos británicos, y en particular el tercero, habían avanzado como término medio 36 kilómetros y capturado 53.000 prisioneros y 470 cañones. Los movimientos alemanes, no solo durante esta batalla, sino hasta el final de la guerra, se parecían a los de una fila de soldados que trataran de alinearse por la derecha y en que cada uno estuviera constantemente desconcertado por el hecho de que el vecino de este lado se veía empujado violentamente hacia atrás por la presión británica cada vez que trataba de pararse en la debida posición.

El décimo ejército francés de Mangin había presionado entretanto con fuerza creciente hacia el nordeste por Soissons y, aunque la magnitud del resultado de sus operaciones no fuera tan grande como la de los británicos, a este doble movimiento siguió la retirada general del centro alemán. Así, el resto del cuarto ejército británico y el primero y el tercero francés a su derecha pudieron moverse adelante sin grandes pérdidas, y, el 3 de septiembre, el frente aliado seguía una línea casi norte sur de debajo de Douai a las puertas de La Fère. El éxito de los ataques británicos excedía las imperiosas esperanzas de Foch, y, con una generosidad que no siempre muestran los grandes generales, se mostró efusivo en el elogio y envió al general Du Cane a sir Douglas Haig, para decirle que «las operaciones del ejército británico en agosto y los primeros días de septiembre servirían como modelo en todos los tiempos». Y estas operaciones no habían terminado en modo alguno.

Resultaba molesto para el Cuartel General británico, cuando era consciente de la parte predominante que estaban empezando a jugar nuestros ejércitos en estos grandes éxitos, ver que su propio Gobierno, lo mismo que la opinión pública, atribuían todo el mérito al mariscal Foch. La parte que había desempeñado el primer ministro en el establecimiento de la unidad de mando lo predisponía inconscientemente a insistir sobre las brillantes concepciones del generalísimo y a ver solo bajo una cierta penumbra el potente impulso del ejército británico, sin el cual los resultados solo habrían sido mediocres. La prensa y el público seguían la dirección así marcada y la impresión dominante durante estos meses, que nunca ha sido del todo corregida, fue la de que tras muchos desastres y muchos errores, había llegado, al fin, al mando supremo un genio extraordinario que casi instantáneamente había trocado la derrota en victoria. En este relato se ha tenido cuidado de describir algunas de las espléndidas decisiones en que está cimentada la fama del mariscal Foch, pero esto no disminuye en nada los servicios prestados en esta campaña por el

general en jefe británico. Sus ejércitos tuvieron la parte del león en el avance, igual que ya habían soportado el embate del asalto alemán. Foch consideraba las cosas desde un punto de vista más amplio, como correspondía a su esfera superior, y Haig las miraba más de cerca: «Desempeña bien tu parte; en ella está toda la gloria».

No obstante, como se ha mostrado y se seguirá viendo, en más de una ocasión importante Haig modificó con su insistencia los planes del jefe supremo, con consecuencias que resultaron brillantes. Y sus siempre sufridas divisiones, diezmadas diez veces en aquel año, marcharon adelante con disciplina, con abnegación y con impulso coherente.

El Cuartel General británico reaccionó al punto de vista de la metrópoli subestimando la contribución francesa al avance final, en lo que estaban tan lejos de la realidad como su propio Gobierno en la dirección opuesta. En el período victorioso de julio al 11 de noviembre, los franceses no sufrieron menos de 531.000 bajas, e infligieron al enemigo 414.000. El hecho de que un ejército empeñado al máximo desde el principio de la guerra y que había soportado 700.000 bajas en las primeras semanas y cerca de tres millones en los tres primeros años haya sido aún capaz al final de tan noble esfuerzo, merecerá siempre la admiración y la gratitud de su aliado.

Tan notables victorias no indujeron, por esto, en ninguna de las autoridades militares o civiles, ni en Gran Bretaña ni en Francia, a predecir un pronto fin a la guerra. Tanto el Gran Cuartel General como sir Henry Wilson, el Gabinete de Guerra y el primer ministro siguieron rigurosamente en la creencia de que sería necesaria aún otra severa campaña de 1919, y con vistas a ella siguió el Ministerio de Municiones haciendo toda clase de preparativos en la máxima escala. El Gabinete de Guerra sentía alguna preocupación de que Haig fuera inducido por los éxitos de su ejército a empresas que ultrapasaran las fuerzas de unas tropas que tanto habían sufrido; temían, no sin motivo, que la línea Hindenburg fuera escena de un nuevo Passchendaele. El estado de nuestro material humano, llamados ya a filas los hombres de cincuenta años y con el grado de aptitud física media sumamente bajo, convertía en muy difícil el problema de mantener los ejércitos del año 1919, a base de sesenta divisiones. Si se perdían otros trescientos o cuatrocientos mil hombres sería obligada una triste reducción en el número de divisiones disponibles para 1919, año que parecía entonces, no sin fundadas razones, que iba a ser el final y decisivo. Por todo ello, el Gabinete envió, a fines de agosto, un mensaje a su general en jefe advirtiéndole las graves consecuencias que resultarían de una nueva sangría en cantidad. El tantas veces citado «oficial del Estado Mayor de Haig» escribe algunas frases desagradables sobre esta inoportuna intromisión en las prerrogativas del alto mando y sobre la lamentable incapacidad de los políticos para hacer frente a las bajas con un espíritu fuerte.

El Gabinete obraba en esta intervención movido solo por la prudencia y el sentimiento de su obligación, pero en este momento Haig veía más certeramente tanto la debilitación de los alemanes como la elasticidad de su propio ejército. Compartía las doctrinas militares de Foch: año tras año estos dos ilustres soldados habían dirigido con obstinación y serena confianza unas ofensivas que ahora sabemos eran tan desesperadas como desastrosas; pero las condiciones habían cambiado y se encontraban provistos de unas armas ofensivas que no había concebido la ciencia militar de ninguno de los dos. Por otra parte, las pérdidas alemanas en los ataques de Ludendorff habían afectado a la vez al número y a la calidad del enemigo; el rápido e incesante flujo de los americanos inclinaba pesadamente la balanza del material humano a favor de los aliados, y, al fin, había suficiente artillería para lanzar ataques formidables casi contra todas las partes de la línea enemiga: la diosa de la sorpresa había regresado finalmente al frente occidental. Así, Haig y Foch quedaban justificados: habían sido fieles a sus teorías profesionales y, cuando en la quinta campaña de la guerra los hechos empezaron, a ajustarse a las teorías, recogieron su justa recompensa.

Por esta época me encontraba tan a menudo en el frente y en tan agradables relaciones con los cuarteles generales británico y francés que podía apreciar con cierta intensidad estas nuevas condiciones. La convicción de sir Douglas Haig de que los ejércitos británicos continuarían desalojando a los alemanes de sus líneas sucesivas era muy profunda. En su tren de Frévant, y hacia el final de la batalla de Bapaume, me mostró la orden que acababa de dar para que atacaran simultáneamente tres ejércitos británicos. Señalando las líneas alemanas Sigfrido, Wotan, Brunhilda, Hindenburg, etc., de que estaba repleto el mapa, me dijo: «Ahora verá usted de lo que sirven todas estas fortificaciones cuando no hay ya tropas dispuestas a defenderlas».

A fines de septiembre, el inspector de Artillería, el general Birch, me mostró un documento alemán capturado que me impresionó profundamente. Llamé la atención del Gabinete sobre él el 26 de septiembre en una nota sobre municionamiento. He aquí un extracto de la misma:

No hay fundamento alguno para creer que las condiciones de lucha en campo semiabierto que han sobrevenido ahora en Francia y el abandono de los prolongados bombardeos artilleros anteriores al asalto vayan a proporcionarnos ningún alivio en el consumo de proyectiles. Por el contrario, desde la última vez que se discutió este asunto en el Gabinete, han tenido lugar en Francia, en plena fase de lucha en campo abierto, los cañoneos más intensos que se recuerdan. Durante quince días sucesivos, el consumo excedió las 10.000 toneladas diarias. Estas batallas, muy amplias, desarrolladas a la vez en el frente de dos o tres ejércitos británicos y en las que se emplean también casi todas las piezas de artillería francesas, consumen más municiones

que las que se precisaban en los intensos combates locales de Messines, Passchendaele, etc. Por otra parte, este gran consumo de municiones está obteniendo resultados notables. Una orden reciente del general Ludendorff que ha caído en nuestro poder cita que, en un solo mes, más del 13 % de la artillería alemana del Oeste ha sido completamente destruida por el tiro de contrabatería. Como esta modalidad es relativamente poco empleada por los franceses, el mérito principal de tan notable resultado recae sobre la artillería británica. Resulta, pues, que una artillería superior, provista de abundantes municiones y operando en combinación con unas fuerzas aéreas bien instruidas, está produciendo un efecto inmenso, no solo en la destrucción del poder de resistencia enemigo, sino en economizar nuestras propias fuerzas. Si pudiera mantenerse la destrucción de la artillería alemana en la proporción afirmada por el general Ludendorff, se le haría prácticamente necesario reemplazar la totalidad de su material en Occidente dos veces al año, con independencia completa del desgaste natural de las bocas de fuego. Así estamos, quizá, en este aspecto, dentro de una distancia apreciable de llegar al resultado final y decisivo. Sería desastroso que por una razón cualquiera nos viéramos obligados a escatimar las municiones a nuestros artilleros en el preciso momento en que están dando resultado los inmensos esfuerzos hechos para aumentar la potencia y perfeccionar la colaboración de la artillería y de los Servicios del Aire. Al contrario, debemos más bien estar dispuestos a hacer nuevos y grandes esfuerzos en todas las direcciones.

No quiero fatigar al lector con los otros argumentos sobre acero y tonelaje de los que este extracto constituía el prelude. Baste decir que fue para mí el primer síntoma seguro de que se acercaba el final, y más aprisa de lo que nos habíamos atrevido a esperar.

LV

La victoria


La guerra había entrado en su fase final. Durante el año 1918, el esfuerzo de Gran Bretaña y de todo el Imperio británico alcanzó su grado máximo; las fuerzas imperiales en campaña contra el enemigo en todos los teatros de operaciones ascendían a 4.500.000 de hombres, y el conjunto de los llamados a filas llegaba a cerca de 6.000.000. La fuerza de la flota británica en navíos de todas clases alcanzó su máximo, y los alemanes no podían siquiera salir a alta mar; la guerra submarina estaba vencida y dominada por las operaciones de cerca de 4.000 embarcaciones armadas que arbolaban el pabellón del Imperio. Bajo esta protección se transportaron más de dos millones de soldados

americanos a través del Atlántico, siendo más de la mitad llevados en buques británicos y desembarcados durante ese año en Francia. La Marina Mercante británica, con sus 20.000 navíos, sostenía el suministro de todos los ejércitos británicos y transportaba sin agobio apreciable todas las materias y alimentos necesarios para la vida de las islas Británicas, para sus industrias de guerra e incluso para todo el comercio no comprendido en la producción bélica. El dominio del mar contra el enemigo era absoluto en todos los rincones del globo y este resultado se obtuvo con el empleo de más de 1.200.000 hombres en las escuadras y flotillas de combate, en la Marina Mercante, en los arsenales y factorías navales y en los talleres de construcción. Las instalaciones de municiones absorbían en Gran Bretaña el trabajo de cerca de 2.500.000 de personas y producían en creciente progresión todos los cañones y proyectiles que podían usar los ejércitos británicos en unión de todos los demás accesorios. Además, se suministraba acero, carbón y otros materiales de guerra a Francia e Italia en inmensas cantidades, y se estaba preparando, sin perjuicio de todas sus demás obligaciones, para suministrar a Estados Unidos la totalidad de artillería de mediano calibre, necesaria para un ejército de 80 divisiones en la campaña de 1919. Se habían hecho todos los preparativos y se había adelantado considerablemente la labor de proveer a los ejércitos británicos, para 1919, de equipo técnico de todas clases en una escala, calidad y novedad muy superior a todos los rendimientos logrados hasta entonces. En total, se hallaban empleados en los ejércitos, las flotas y las fábricas de guerra, y sin contar a los que trabajaban en la obtención de alimentos, combustibles y efectos civiles, cerca de 8.000.000 de hombres y 750.000 mujeres. Las medidas financieras necesarias para desarrollar y sostener este prodigioso esfuerzo habían requerido solo para el año 1918 más de 3.000 millones de libras esterlinas, de las que 1.000 millones se habían obtenido elevando los impuestos de 45 millones de habitantes de las islas Británicas, 1.600 millones por empréstitos en la metrópoli, cubiertos por las mismas personas, y 400 millones por empréstitos en el extranjero, principalmente en Estados Unidos y sobre la garantía del Gobierno británico.

Pero este capítulo tratará, principalmente, del esfuerzo final del ejército británico. Desde el comienzo de la campaña de 1918 el 21 de marzo, hasta el armisticio del 11 de noviembre, los ejércitos británicos en Francia sufrieron 830.000 bajas e infligieron a los alemanes entre muertos, heridos y prisioneros, una pérdida similar de 805.000. En el mismo período los franceses (y belgas), tuvieron 964.000 bajas y causaron 666.000 al enemigo. Hasta julio, cuando la marea empezó definitivamente a cambiar de dirección, los ejércitos británicos habían perdido ya aquel año, principalmente en soportar la embestida alemana, más de 400.000 hombres y, a pesar de estas pérdidas, estuvieron casi constantemente empeñados en plena batalla. A partir de aquel momento cogieron a los alemanes al menos tantos prisioneros y cañones como

todas las otras fuerzas aliadas del frente occidental juntas. Al mismo tiempo, Gran Bretaña proporcionaba el segundo en magnitud de los ejércitos aliados de los Balcanes, y terminaba con la resistencia enemiga del África Oriental alemana. Finalmente, Gran Bretaña y la India soportaban, sin ayuda de nadie, el peso completo de la guerra contra el Imperio turco y con un ejército de 400.000 hombres en Mesopotamia y con otro de cerca de 300.000 en Palestina, quebrantaron o destruyeron las tres cuartas partes de las fuerzas turcas que quedaban, conquistando todas las regiones y provincias en que tenían lugar las operaciones. Tal fue el esfuerzo de guerra final de un estado que antes de empezar la campaña de 1918 llevaba ya soportando tres años y medio de guerra, sufría más de 1.750.000 bajas, había perdido más de 6.500.000 toneladas en barcos y gastado 6.000 millones de libras esterlinas. Estos hechos y cifras motivarán la admiración de las futuras generaciones.

Puede decirse que la primera etapa del gran avance terminó el 3 de septiembre. Pero, una vez asegurado el éxito general de la batalla de Bapaume, se abrían ante el mariscal Foch nuevas y amplias combinaciones. De los proyectos primitivos de cortar los tres salientes alemanes de Amiens, Château-Thierry y Saint-Mihiel y dejar libres las importantes vías férreas que estaban tras ellos, se habían realizado ya los dos primeros y más importantes, y el ataque americano contra el tercero (Saint-Mihiel) estaba montado y era inminente. Estas grandes operaciones locales que antes habían parecido suficientes para aquel año podían entonces ser seguidas de un intento combinado y deliberadamente concebido en que intervendrían todas las fuerzas aliadas, para romper el frente alemán y expulsar al invasor de Francia antes del invierno.

Es necesario ahora dirigir una ojeada de conjunto al sistema de vías férreas sobre el que descansó el frente alemán de Francia durante los cuatro años de la guerra. La base de sus suministros la proporcionaba la artería principal (A), que iba desde las fábricas de municiones de Westfalia por Colonia, Lieja y Namur a Maubege. Por Maubege pasaba dibujando la barra transversal de una «T» y en forma de un gran arco la gran línea lateral (B), a lo largo de la cual estaba constituido el frente, (en esta forma: ) es decir, el ferrocarril que iba desde Alemania por Metz, Mezières, Hirson, Maubege, Gante y Brujas. A partir de él se ramificaban hacia el oeste y sudoeste todas las líneas y ramales secundarios que alimentaban a los ejércitos alemanes, desplegados en abanico hacia Calais, Amiens y París. Detrás de su parte sur estaba la accidentada región de bosques de las Ardenas, relativamente pobre en carreteras y ferrocarriles, y que constituía una barrera impasable para la retirada organizada de un ejército moderno tan enorme. El ejército alemán de Francia resultaba así, estratégicamente, en gran medida «desplegado sobre un flanco» y a lo largo de su principal línea de comunicaciones. Si esta se rompía, o los ejércitos eran empujados más allá de ella, el grueso ya no podría escapar.

Además de esto, cerca de las tres cuartas partes de las fuerzas alemanas irradiaban del arco lateral Mezières-Hirson-Aulnoye-Mons. De aquí que los nudos ferroviarios de Mezières y Aulnoye (junto a la perdida fortaleza francesa y centro ferroviario de Maubege), fueran para el enemigo unos órganos vitales. Si se ocupaban o se paralizaban estos nudos de ferrocarriles, quedaba cortada la inmensa masa de los invasores que dependía de ellos o de la línea lateral que los enlazaba. Hasta entonces los alemanes no habían experimentado ninguna ansiedad estratégica, porque el frente, con sus sucesivos sistemas de defensa, quedaba, a excepción de Verdún, a 90 kilómetros de la línea lateral, pero en estos momentos el frente se estaba contrayendo y replegándose rápidamente y el espacio de seguridad se iba estrechando cada día.

Finalmente, hay que recordar que todo el tráfico del frente de Flandes y de los frentes de Arras, del Somme y del Aisne, lo mismo que la masa principal del Argona, pasaban en último término por Lieja, y este estrechamiento era excesivo para dejar pasar el torrente de efectos y municiones en retirada y proporcionar al mismo tiempo a los ejércitos los suministros diarios indispensables en un momento en que se hallaban todos continuamente en plena batalla.

Estas consideraciones dictaron los movimientos de los aliados. Era evidente que, aparte Verdún, limitado por sus malas comunicaciones, el punto más próximo en el que podía asestarse el golpe más mortal era el nudo ferroviario de Aulnoye, junto a Maubege. Un avance británico contra el frente enemigo Cambrai-Saint Quentin en la dirección de Maubege comprometería y obligaría, en caso de tener éxito, a una pronta retirada a todos los ejércitos enemigos, desplegados entre Maubege y Verdún con las Ardenas a la espalda. Este fue, desde el momento en que las posibilidades entraron en el campo de la práctica, el objetivo de sir Douglas Haig. También el mariscal Foch, de un modo independiente y desde su punto de vista más elevado, había llegado a la misma conclusión y a él correspondía organizar la inmensa operación conjunta. No obstante, y cediendo de mala gana a los deseos del general Pershing, había aprobado la idea de un avance americano sobre Metz y el valle del Sarre cuando hubiera triunfado el ataque de Saint-Mihiel. Era este un elemento impropio y divergente, pues, si el ejército británico había de emprender la enorme tarea de aplastar la línea Hindenburg y avanzar sobre Maubege, era indispensable que todas las demás operaciones apuntaran al mismo objeto y contribuyeran al resultado supremo. Por esta razón, a fines de agosto, Haig pidió a Foch que cambiara la ofensiva americana de su dirección divergente a otra convergente, o sea de este a noroeste, dirigiéndola hacia Mezières en vez de hacerlo hacia Metz. Foch convino en ello y, después de nuevas conferencias con Pershing, logró se aviniera a cambiar de plan.

El 3 de septiembre, una directiva de Foch prescribió que: primero, los ejércitos británicos, apoyados por la izquierda de los franceses, continuaría atacando en la dirección general Cambrai-Saint-Quentin; segundo, el centro de los ejércitos franceses seguiría empujando al enemigo más allá del Aisne y del Ailette, y tercero, el ejército americano, después de lanzar no más tarde del 10 de septiembre su ataque contra el saliente de Saint-Mihiel, prepararía «una ofensiva tan fuerte y violenta como fuera posible en la dirección general de Mezières, cubierto al este por el Mosa y apoyado a la izquierda por el ataque del cuarto ejército francés (Gouraud)».

Además de esto, y por una nota del 8 de septiembre, Foch dispuso una tercera ofensiva en Bélgica, siguiendo la dirección general de Gante. Se formaría un nuevo grupo de ejércitos que comprendería el segundo británico, otra vez al mando de Plumer, el belga y un contingente francés; en total 16 divisiones de infantería y 7 de caballería. Estas fuerzas se pusieron bajo las órdenes del rey de los belgas con el general francés Dégouttes como jefe del Estado Mayor. El ataque era en principio un movimiento de barrido a la izquierda, girando sobre las tropas británicas que mantenían el frente del Lys junto a Armentières.

Tal era la triple ofensiva gigante de los aliados: hacia Mezières por los franceses y americanos, hacia Maubege por los británicos y hacia Gante por los belgas y británicos con un contingente francés. Se fijó la fecha para final de septiembre y, en el intervalo, se adelantarían los ejércitos aliados hacia los nuevos frentes de asalto. Esto llevaba consigo importantes batallas preliminares. La más notable y famosa de ellas fue el ataque del saliente de Saint-Mihiel por el primer ejército americano. En la mañana del 11 de septiembre nueve divisiones estadounidenses, cada una igual en número a dos divisiones y media francesas o británicas, irrumpieron en unión de otras tres divisiones francesas en el saliente alemán. Los defensores alemanes y austríacos, que ya tenían la orden de evacuarlo, fueron sorprendidos precisamente en la fase inicial de esta operación. Los americanos, atacando con el máximo ardor, penetraron en el primer impulso de su ataque por el este en una profundidad de 11 kilómetros sobre un frente de 20, y el día 12 enlazaron con el ataque dirigido desde el oeste quedando terminada la operación el día 14 y con 16.000 prisioneros y 450 cañones capturados. El 18 de septiembre atacaron el tercer y el cuarto ejército británico en un frente de 30 kilómetros a uno y otro lado de Epéhy, con objeto de adelantar las fuerzas principales a distancia de asalto de la línea Hindenburg. Esta batalla preparatoria fue sumamente dura: los británicos avanzaron 5 kilómetros y cogieron 12.000 prisioneros y 100 cañones, pero a costa de grandes pérdidas. En el mismo tiempo, los ejércitos franceses, en escalón a la derecha de los británicos, habían sorprendido en la noche del 8 los pasos del canal de Crozart y, en lucha continua, aceleraron y explotaron la retirada alemana.

El mapa de la página siguiente, que me facilitó sir Douglas Haig, muestra la posición de todas las fuerzas del frente occidental en la víspera de su mayor batalla. El coronel Boraston ha marcado oportunamente las fuerzas respectivas de los tres frentes de asalto y los hechos que siguen están basados en su relato, contrastado con otros datos. Para la batalla del sur había reunidas 31 divisiones francesas y 13 americanas, estas últimas con un número de fusiles equivalente al menos al de 30 divisiones francesas, lo que daba una masa total que se puede apreciar en 60 divisiones aliadas. A esto oponía el enemigo 1 división austríaca y 19 alemanas, de las que 6 eran de primera calidad. Para la batalla del norte los aliados habían reunido 8 divisiones belgas, 5 británicas y 3 francesas de infantería y 1 belga, 3 británicas y 3 francesas de caballería. Contra este ejército tenían los alemanes 12 divisiones, 4 de ellas de buena calidad. Pero en la batalla central los alemanes eran superiores en número a los británicos, pues había nada menos de 57 divisiones, de ellas 18 de asalto, concentradas en la zona que se extendía detrás de las renombradas defensas de la línea Hindenburg. Para asaltar estas fortificaciones y batir a las masas alemanas detrás de su frente, sir Douglas Haig no podía alinear más de 40 divisiones británicas y el segundo cuerpo americano. Además, el canal del Norte y del Escalda privaban al ataque británico casi por completo de la ayuda de los tanques.

Cada uno de estos episodios podría dar lugar a una emocionante monografía, pero en estas páginas solo pueden recordarse en breves líneas sus resultados más sobresalientes.

Pershing y Gouraud se lanzaron conjuntamente, al amanecer del 26, empujándose los americanos en un frente de 36 kilómetros y los franceses en uno de 43. Los americanos, sin reparar en sus sensibles bajas, tomaron por asalto el primer sistema de defensa alemán en casi todo el frente de ataque, penetrando en algunos puntos hasta 11 kilómetros de profundidad. El ejército de Gouraud, por su lado, avanzó entre 2.300 y 4.000 metros, pero después de esto, ninguno de los dos ataques hizo ya progresión alguna importante. Los suministros americanos fallaron y las carreteras quedaron embotelladas sin remisión con carruajes parados en decenas de kilómetros. La alimentación de la línea americana de fuego en víveres, municiones y refuerzos solo se consiguió de un modo parcial y con grandes dificultades. Los contraataques alemanes recuperaron algo del terreno perdido y en algunos lugares cortaron y aniquilaron a las unidades americanas que habían avanzado demasiado. El terreno era extraordinariamente difícil y sobrevino por varias semanas una parada severa. No obstante, en este tiempo, los franceses y americanos capturaron 39.000 prisioneros y 300 cañones y tuvieron firmemente empeñadas a fuerzas alemanas superiores.

La batalla del norte fue victoriosa: los alemanes, abrumados, se replegaron

antes del asalto, y las divisiones británicas y belgas se abrieron camino a través de la espantosa desolación de los campos de batalla de Ypres-Passchendaele y se situaron en tres días en la carretera de Menin a Roulers, a 18 kilómetros de su base de partida, habiendo capturado con pocas pérdidas propias 11.000 prisioneros y 300 cañones. El contingente francés no fue empeñado en esta fase.

La batalla del centro había empezado el 27, ese mismo día la derecha del primer ejército (Horne) y la izquierda del tercero (Byng) tomaron por asalto el obstáculo extraordinario del canal del Norte, con su zanja de 18 metros de profundidad en muchos sitios. Se logró un avance de 7 kilómetros sobre un frente de 23, capturando 10.000 prisioneros y 200 cañones. Esto permitió entrar en acción más al sur al resto del tercer y del cuarto ejército (Rawlinson). La artillería de este último, al no haber tanques en cantidad, sometió en esta ocasión a las posiciones Hindenburg a un intenso bombardeo al viejo estilo de cuarenta y ocho horas de duración. No obstante, cuando el ejército atacó el día 29, encontró una resistencia extraordinaria. El cuerpo americano realizó el asalto por el centro y tuvo que ser apoyado y rebasado durante la acción por los australianos. Entre estos dos grupos de fieros soldados, procedentes de un mismo tronco y hablando la misma lengua, aunque traídos de rincones del globo muy separados y a través de caminos históricos muy distintos, existía una noble rivalidad que condujo a los americanos a no tener cuenta sus bajas; en las avanzadas del frente alemán había varios puntos de apoyo que no habían sido destruidos la víspera como estaba planeado, y por añadidura las dos divisiones americanas marcharon 900 metros retrasadas de la barrera artillera. En una parte de su sector de ataque murieron muchos segados por el tiro de las ametralladoras, «alineados en filas bien definidas». En otras partes, su valor extraordinario los llevó a gran profundidad dentro del sistema enemigo, y entonces, del gran túnel por el que pasaba el canal y de los abrigos profundos de aquellas fortificaciones de tanto tiempo preparadas, surgieron fuertes núcleos alemanes que cogieron por la espalda a los ambiciosos asaltantes, cortándoles y matándolos en gran número. Pero todos lucharon desesperadamente sin pensar en replegarse y los aguerridos australianos llegaron en su ayuda y, después de una nueva y sangrienta lucha a corta distancia, el terreno quedó ocupado y consolidado.

Este trágico y glorioso episodio fue solo una parte de la batalla del cuarto ejército y los tres ejércitos británicos estaban empeñados plenamente y a la vez. Para la noche del 30, la línea Hindenburg, en un frente de 45 kilómetros, estaba aplastada y perforada en una profundidad media de 12 kilómetros, y sir Douglas Haig tenía noticia de 36.500 prisioneros y 380 cañones. Las bajas totales británicas en Francia desde principios de septiembre hasta el 9 de octubre ascendían a más de 200.000, de las cuales 6.500 oficiales y 135.700 soldados cayeron en la serie de batallas de la línea Hindenburg, llamadas

también de Cambrai-Saint Quentin. A ellas hay que añadir 6.000 americanos, o sea, un quinto de la infantería estadounidense del segundo cuerpo. La batalla y el avance continuaron del 8 al 10 de octubre, y se ganó en este último día 20 kilómetros en todo el frente de Cambrai-Saint Quentin y se capturaron otros 12.000 prisioneros y 230 cañones. Bajo el impulso de este terrible asalto central y de las batallas del norte y del sur, los alemanes retiraron sus fuerzas en todos los sectores del frente atacado, siendo seguidos estrechamente por las tropas aliadas que tenían detrás.

Sin embargo, solo de un modo indirecto, respecto a los terribles choques de Occidente, llegó el golpe final a la poderosa resistencia alemana. El destinado a producir la decisión culminante era el teatro donde la guerra había languidecido de una manera costosa e inútil desde el verano de 1915, y en el que todos los esfuerzos eran unánimemente condenados por las autoridades militares superiores de los aliados. La resistencia de una cadena, por fuerte que sea, es la de su eslabón más débil. El eslabón búlgaro era el que iba a saltar y con él toda la cohesión que quedaba en la coalición enemiga. Pero este suceso no fue, sin embargo, ocasionado por las circunstancias locales; resultó de la consternación que siguió a la derrota de los ejércitos alemanes de Francia. El 15 de septiembre, y de acuerdo con el avance general de los aliados en todos los frentes, el llamado ejército de Salónica desarrolló una ofensiva contra Bulgaria, teniendo como objetivo principal la importante ciudad y nudo ferroviario de Uskub. Fue, realmente, un ejército heterogéneo el que avanzó a las órdenes de Franchet d'Espérey, que era el último de los sucesores de Sarrail. Ocho divisiones francesas, siete británicas, seis griegas (de Venizelos), seis serbias y cuatro italianas, todas faltas de personal, diezmadas por las fiebres y modestamente provistas de artillería, se pusieron en movimiento contra la fortaleza montañosa de Bulgaria. Diecisiete divisiones búlgaras y dos turcas, encuadradas con algunos batallones y baterías alemanes y bajo el prestigio de Mackensen, constituían una fuerza ampliamente suficiente para asegurar la defensa de tan difícil país. Pero los búlgaros ya no querían combatir más; Bulgaria abandonó la lucha con la misma aspereza, insensibilidad y resolución con que había entrado en ella. La subida al poder del tibio ministerio Malinoff en la última semana de junio había causado ansiedad en Berlín y proporcionado una fecunda oportunidad a la diplomacia de los aliados. En especial, se ejerció con gran habilidad la influencia de Estados Unidos, que no había declarado la guerra a Bulgaria, y cuyo representante continuaba en Sofía.

Después de una débil resistencia que puso de manifiesto las ventajas de la defensa, los soldados búlgaros se replegaron, dejaron de combatir y declararon querer ir a sus hogares para recoger la cosecha; estos tercios campesinos permanecieron sordos a las invocaciones alemanas; se comportaban amistosamente con las escasas tropas alemanas que avanzaban firmemente

para sostener el frente, e incluso los batallones en retirada ayudaban a sacar a los cañones alemanes de las cunetas, pero en cuanto a dar la vuelta, o pararse, o luchar, esto había terminado para siempre.

En la noche del 26 de septiembre, un oficial del Estado Mayor búlgaro fue con bandera de parlamento al Cuartel General del general Milne y pidió en nombre de su general en jefe una suspensión de hostilidades de cuarenta y ocho horas, que iría seguida inmediatamente de una delegación de paz. El 28, Bulgaria accedió incondicionalmente a desmovilizar su ejército, a devolver todos los territorios conquistados, a entregar todos sus medios de transporte, a dejar de ser beligerante y a colocar sus ferrocarriles y su territorio a la disposición de los aliados, para ulteriores operaciones.

Me encontraba en París con Loucheur cuando llegó la noticia y se vio enseguida que había llegado el final. El 29 de septiembre en una conferencia celebrada en Spa por iniciativa de Ludendorff, se decidió dirigirse al presidente Wilson, cuyos «altos ideales» permitían esperanzas, con una propuesta de armisticio por cuenta de Alemania. El 1 de octubre, Hindenburg, ante la presión de la triple batalla, exigió que la petición de armisticio se hiciera la mañana siguiente. El 4, el rey Fernando abdicó la corona de Bulgaria y huyó a Viena; esta figura extraordinaria que combinaba los extremos más dispares de astucia, altivez, resolución y error, desapareció entonces de escena. Había tenido en sus manos por dos veces la realización de gran parte de aquellas arrogantes ambiciones de su país que tan ardientemente había patrocinado: tanto después de la primera guerra balcánica contra Turquía en el año 1912, como antes de que Bulgaria se uniera a los imperios centrales en 1915, hubiera podido, adoptando un camino distinto y más fácil, haber elevado a su país a la cabeza de una confederación balcánica. Sin embargo, las equivocadas evaluaciones en que se basaban la fuerza y la lógica de sus pensamientos, y que excluían totalmente los factores morales, lo impulsaron a riesgos y labores extraordinarios para hundir al fin a su país por dos veces en el mayor desastre.

Los que escogen el momento para emprender la guerra no siempre pueden fijar el momento de acabarla. Una cosa es pedir un armisticio y otra es lograrlo. El nuevo canciller, el príncipe Max de Baden, envió, el 5 de octubre, su nota al presidente Wilson; en ella se basaba en los «catorce puntos», y en nombre de Alemania los aceptaba. El presidente contestó el 8, haciendo algunas preguntas y exigiendo la retirada alemana de los territorios invadidos como garantía de buena fe. El 12, Alemania y Austria se declararon dispuestas a evacuar todos los territorios invadidos como medida preliminar de un armisticio. El 14 el presidente indicó que no podría haber negociaciones con el emperador, y que en lo que tocaba al armisticio habían de dejarse sus condiciones a los mandos en campaña, pero que en todo caso habrían de

adoptarse medidas que salvaguardaran de un modo absoluto la «presente superioridad de los ejércitos de Estados Unidos y de los aliados en el campo». Durante esta correspondencia que míster Wilson estaba particularmente bien indicado para conducir, y que prometía ser lenta, los ejércitos aliados siguieron avanzando en Francia en toda la línea, manteniendo una batalla incesante en un ataque cuya potencia iba constantemente creciendo. Todavía funcionaba el ferrocarril alemán vital del frente de las Ardenas; Pershing y Gouraud se estaban acercando a él firmemente por el sur, mientras la artillería pesada de Haig tenía ya bajo su fuego continuo al nudo de Aulnoye. En el flanco norte, el ejército del rey Alberto avanzaba sobre Courtrai. Las tropas alemanas de los amplios intervalos entre estas presiones principales se retiraban continuamente con arreglo a los resultados de la lucha. Las reservas de Ludendorff estaban agotadas y no se podía contar con muchas de sus divisiones para sostener un combate resuelto; todas estaban reducidas a un tercio o un quinto de su efectivo normal. La línea Sigfrido cayó por varios puntos. Se hicieron febriles esfuerzos para fortificar la línea Amberes-Mosa, y Ludendorff, con instinto certero, pero con decisión tardía, empezó a trazar otra línea a lo largo de la frontera alemana. Se sostuvieron consejos agitados y desesperados entre los jefes militares y las nuevas figuras políticas que habían surgido. El día 20, el Gobierno alemán renunció a la guerra submarina. Entretanto, en Italia, la totalidad del ejército italiano con sus aliados, el primer ejército británico de lord Cavan en vanguardia, se precipitó a través del Piave sobre las fuerzas del Imperio austrohúngaro en disolución, y en la última semana de octubre destruyó completamente su valor militar. El Vaticano extendió una mano implorante y, el 4 de noviembre, un armisticio que privaba al Imperio de los Habsburgos de todo medio de resistencia y colocaba su territorio a disposición de los aliados para ulteriores operaciones puso fin a las hostilidades en este teatro de operaciones.

Los ejércitos británicos habían pasado ahora el río Selle, haciendo 21.000 prisioneros y cogiendo 450 cañones, y estaban marchando rápidamente sobre Valenciennes, Mons y Maubege, empujando al enemigo delante de sí. El ardor de las tropas no conocía límites y la convicción de que el terrible enemigo, que por tanto tiempo habían combatido, estaba hundiéndose bajo sus terribles martillazos, así como la alegría y entusiasmo de las poblaciones liberadas, les impulsaban a sacrificar sus vidas más aún en estos últimos días que en los períodos más oscuros de la guerra. Cada soldado se sentía a la vez un conquistador y un liberador. El mismo impulso inflamaba a los americanos, y, en cuanto a los franceses, ¿quién podrá describir las emociones con que, macilentos y cansados, pero sin reparar en las bajas que en estos últimos meses de julio y noviembre excedieron de medio millón de hombres, batían día tras día a su antiguo enemigo y redimían el suelo sagrado de Francia?

El armisticio que habían pedido Hindenburg y Ludendorff se había

convertido en una rendición incondicional. Ante esto, Ludendorff quiso seguir luchando, diciendo, con razón, que nada podía hacer peores los términos que se dictarían a Alemania. El 27, el Gobierno alemán, decidido a la sumisión total, indujo al emperador a que le relevara de su cargo. Hindenburg permaneció «cayendo con grandeza con un estado caído»; a él y a las ametralladoras alemanas corresponde el honor de la agonía final.

Cuando las grandes organizaciones de este mundo se estiran más allá del límite de rotura, se rompe su estructura muchas veces en todas partes a la vez. No queda nada sobre qué poder apoyarse la política por prudente que sea; no queda ningún asidero para la virtud o el valor, ni autoridad o impulso para un genio salvador. La poderosa armadura del poder imperial alemán que pocos días antes había eclipsado a todas las naciones se deshizo súbitamente en mil fragmentos individuales e independientes. Todos los aliados que por tanto tiempo había sostenido cayeron rotos y arruinados pidiendo paces separadas. Los fieles ejércitos estaban batidos en el frente y desmoralizados desde la retaguardia. La orgullosa y eficiente marina estaba amotinada. Estallaba la revolución en el más disciplinado y dócil de los estados. El señor supremo de la guerra huía.

Tal espectáculo resulta aterrador para la humanidad, y una campanada de alerta resuena en el oído de los vencedores, incluso en su hora de triunfo.

El Parlamento estuvo reacio al armisticio hasta que conoció sus términos. Pero cuando se leyó el documento, un agradecimiento expresivo llenó todos los corazones. No podía pensarse en más exigencias: evacuación inmediata de los territorios invadidos, repatriación de todos sus habitantes, entrega en buenas condiciones de 5.000 cañones, 30.000 ametralladoras, 3.000 lanzaminas y 2.000 aviones; evacuación de la orilla izquierda del Rin y entrega de tres cabezas de puente sobre la orilla derecha; entrega de 5.000 locomotoras, 150.000 vagones y 5.000 camiones en buen estado y con piezas de recambio; revelación del emplazamiento de todas las minas y espoletas de acción retardada y asistencia en su descubrimiento y destrucción; repatriación inmediata y sin reciprocidad de todos los prisioneros de guerra aliados; anulación de los tratados de BrestLitovsk y Bucarest; entrega de 6 cruceros de batalla, de los 10 mejores acorazados, de 8 cruceros ligeros, de 50 de los mejores destructores y de todos los submarinos, y derecho, por parte de los aliados, en caso de incumplimiento de alguna de estas cláusulas, a denunciar el armisticio en un término de cuarenta y ocho horas. Tales eran las condiciones convenidas. Así se entregó Alemania, impotente e indefensa, a la merced de sus enemigos tanto tiempo torturados y por fin victoriosos.

Faltaban pocos minutos para las once del día 11 del undécimo mes. Yo estaba de pie junto a la ventana de mi despacho mirando a la Northumberland Avenue en dirección a Trafalgar Square y esperando a que el Big Ben señalara

que la guerra había terminado. Mi pensamiento volaba retrocediendo por aquellos años inolvidables, hasta la escena y las emociones de aquella noche en el Almirantazgo en que esperaba que aquellas mismas campanas dieran la señal de la guerra contra Alemania a todas nuestras flotas y escuadras del mundo entero. ¡Y todo había terminado! La nación insular sin armamento y sin práctica de la guerra que, sin más defensa que su marina, había hecho frente sin vacilar a la manifestación más grande de poder militar que recuerda la humanidad, había cumplido su tarea. Nuestro país salía de la prueba sano y salvo, con sus vastas posesiones intactas, su esfuerzo de guerra aún en estado creciente, sus instituciones inquebrantadas y su pueblo e Imperio más unidos que nunca. Tras todos los azares y preocupaciones había llegado la victoria en una forma absoluta e ilimitada. Todos los reyes y emperadores con que habíamos luchado habían huido o estaban en el destierro, y sus ejércitos y flotas destruidos o rendidos. En esta empresa Gran Bretaña había desempeñado un papel notable y cumplido del mejor modo desde el principio hasta el final.

Pasaban los minutos y yo estaba consciente más bien de una reacción que de una alegría. Todos los propósitos materiales en que se había concentrado la vida de cada uno, todos los procesos de pensamiento que se habían vivido, se derrumbaban en la nada. Toda la inmensa organización de los suministros, de los rendimientos crecientes, de las cuidadas reservas de géneros, todos los planes secretos futuros que hasta ayer constituían todas las obligaciones de la vida, quedaban desvanecidas de un solo golpe como una pesadilla, dejando un vacío en pos de sí. Mi pensamiento seguía elaborando mecánicamente los problemas de la desmovilización: ¿qué iba a ser de nuestros tres millones de trabajadores de guerra? ¿En qué trabajarían ahora?

¿En qué iban a convertirse aquellas fábricas estruendosas? ¿Cómo se transforman, en realidad, las espadas en arados? ¿Cuánto tiempo sería necesario para traer los ejércitos a la metrópoli? ¿Qué harían cuando llegaran? Teníamos, por supuesto, en el Ministerio de Municiones, un plan de desmovilización; había sido cuidadosamente elaborado, pero no había tenido parte alguna en nuestros pensamientos y entonces había de ponerse en práctica; había que mover las palancas: «máquina atrás a toda presión». Había que reunir inmediatamente al Consejo de Municiones.

Y entonces sonó de pronto la primera campanada. Miré de nuevo a la ancha calle debajo de mí; estaba desierta. Del portal de uno de los grandes hoteles ocupados por las oficinas del Gobierno saltó la figura esbelta de una muchacha allí empleada, gesticulando como loca mientras resonaba otra campanada. Entonces de todas partes se lanzaron a la calle hombres y mujeres; torrentes de personas salían de todos los edificios y empezaron a sonar todas las campanas de Londres. Northumberland Avenue estaba en estos momentos

repleta de gente a centenares o quizá millares, corriendo de aquí para allá de un modo frenético, gritando y vociferando de alegría. Desde allí podía ver que también Trafalgar Square estaba lleno a rebosar. A mi alrededor, en nuestro Cuartel General, en el hotel Metropole, había ya estallado el desorden: golpeaban las puertas, sonaban pisadas precipitadas por todos los corredores y todos dejaban sus despachos y tiraban la pluma y el papel. Todos los lazos se rompían y el tumulto crecía como un temporal, pero procedente de todas partes a la vez. La calle era entonces una masa hirviente de humanidad. Aparecieron banderas como por arte de magia. Corrientes de hombres y mujeres afluían desde los muelles y se mezclaban con otros torrentes que bajaban por el Strand para ir a aclamar al rey. Casi antes de que hubiera dado la última campanada, las calles de Londres, estrechas, reducidas y reguladas por la guerra, se habían convertido en un pandemónium triunfal. En todo caso era evidente que aquel día no se podría hacer ya trabajo alguno; las cadenas que por tanto tiempo habían tenido al mundo sujeto se habían roto; los lazos de imperiosa necesidad, de disciplina, de fuerza bruta, de abnegación, de terror o de horror que habían mantenido a nuestra nación y a la mayor parte de la humanidad sujetas a labores abrumadoras y a procesos agobiantes habían saltado todos con el tañer de unas simples campanadas. Estas significaban la seguridad, la libertad, la paz, el hogar, el regreso del ser querido, todo después de cincuenta y dos meses de distorsión. Después de cincuenta y dos meses de fabricar cargas horribles de soportar, y de doblar bajo ellas las espaldas de los hombres, al fin y de repente y en todas partes, las cargas eran arrojadas al suelo. Al menos así parecía en aquel momento.

Llegó mi esposa y decidimos ir a felicitar al primer ministro, sobre el que recaía en esta hora de triunfo el honor principal del esfuerzo de la metrópoli. Pero apenas habíamos entrado en el coche cuando más de veinte personas se subieron a él y nos vimos empujados lentamente a lo largo de Whitehall en medio de una multitud enloquecida que gritaba. Los dos habíamos marchado también en coche, en sentido contrario y por el mismo camino, la tarde del ultimátum; entonces había la misma multitud y casi el mismo entusiasmo. Con sensaciones que no pueden expresarse con palabras, oía los vítores de aquella buena gente que tanto había soportado y que lo había dado todo, que nunca había flaqueado, que nunca había perdido la fe en su país ni en sus destinos, y que sabía ser indulgente con las faltas de sus servidores en el momento en que llegaba la hora de la liberación.

No le corresponde, ciertamente, a esta generación pronunciar el veredicto final sobre la Gran Guerra. El pueblo alemán es digno de otras explicaciones que el torpe cuento de que fue minado por la propaganda enemiga. Si la propaganda ejerció efecto fue porque despertaba un eco en los corazones alemanes y avivaba malos augurios que existían en él desde el principio. Así, cuando cuatro años de bloqueo y de lucha contra fuerzas y recursos superiores

hubieron minado la vitalidad del pueblo alemán, los murmullos rebeldes de las conciencias se convirtieron en la opinión abierta de muchos millones.

No obstante, en la esfera de la fuerza, la historia no recuerda manifestación alguna que pueda compararse a la erupción del volcán alemán. Durante cuatro años, Alemania combatió y desafió a los cinco continentes del mundo por tierra, por mar y por aire. Los ejércitos alemanes sostuvieron a sus aliados vacilantes, intervinieron con éxito en todos los teatros de operaciones, se mantuvieron en todas partes sobre territorio conquistado e hicieron perder a sus enemigos más del doble de la sangre que ellos mismos vertieron. Para quebrantar su fuerza y su ingenio y para doblegar su ímpetu fue necesario reunir en el campo opuesto a todas las grandes naciones. Durante cincuenta meses no pudieron prevalecer ni la superioridad en población, ni lo ilimitado de los recursos, ni lo inconmensurable de los sacrificios, ni el bloqueo marítimo. En la lucha fueron aplastados varios estados pequeños, un gran imperio se deshizo en fragmentos y cerca de veinte millones de seres perecieron o vertieron su sangre antes de que pudiera arrancarse la espada de aquella mano terrible. ¡No hay duda de que los alemanes quedaron cumplidamente ante la historia!

Cae el telón sobre el largo frente de Francia y de Flandes. Las manos suavizadoras del tiempo y de la naturaleza y las rápidas reparaciones de la industria de paz han borrado ya casi los campos de embudos y las líneas de batalla que, formando un ancho cinturón de los Vosgos al mar, ensombrecían los campos risueños de Francia. Las ruinas han sido reconstruidas, los árboles derribados han sido sustituidos por nuevos plantíos. Solo los cementerios, los monumentos y campanarios truncados, con aquí y allá una trinchera desmoronada o una gran bolsa resultante de un embudo de mina recuerdan al viajero que aquí lucharon veinticinco millones de soldados y que doce millones vertieron su sangre o perecieron en la más grande de las luchas entre los hombres hace menos de veinte años. El olvido generoso tiende su velo, los tullidos se apartan y los seres dolientes se desvanecen en el triste crepúsculo de la memoria. Hay una nueva juventud que reclama sus derechos y la corriente eterna fluye adelante hasta en la misma zona de batalla, como si toda la historia fuera un sueño.

¿Ha sido este el final? ¿Ha sido simplemente un capítulo más de una historia cruel e insensible? ¿Será inmolada a su vez una nueva generación para igualar las terribles cuentas de galos y teutones? ¿Se desangrarán otra vez y exhalarán el último suspiro nuestros hijos en tierras devastadas? ¿O surgirá del mismo fuego de la lucha aquella reconciliación de los tres combatientes gigantes, que unirá sus genios y asegurará a cada uno en reposo y libertad su parte en la reconstrucción de la gloria de Europa?

Freeeditorial 